Vasili Grossman
Stalingrado
Traducción del ruso de Andrei Kozinets





Foto cedida por Andrew Nurnberg Associates

Vasili Grossman

Nacido en Berdíchev (1905) en una familia judía emancipada, no fue educado en la tradición de sus antepasados. Ingeniero de profesión, empezó a escribir relatos durante su etapa universitaria y se centró definitivamente en la escritura a mediados de los años treinta. Apoyó la Revolución rusa de 1917, pero la Gran Purga estalinista de 1937 le afectó de cerca, en la persona de familiares y amigos y, muy especialmente, de su pareja. Ello no disminuyó su compromiso con el destino del pueblo ruso y, a pesar de estar exento del servicio militar, se presentó como voluntario para ir al frente cuando estalló la Segunda Guerra Mundial. Sus vivencias durante el conflicto alimentaron las que serán sus obras maestras, como las novelas *Vida y destino* , *Stalingrado* y *Todo fluye* , así como el volumen de sus crónicas del frente, *Años de guerra* , o *El libro negro* , una compilación de testimonios de las víctimas del nazismo, realizada junto a Ilyá Ehrenburg. Todos estos libros han sido publicados por Galaxia Gutenberg. El totalitarismo soviético acabará, sin embargo, destruyendo a Grossman al requisarle el original de *Vida y destino* y prohibir su publicación. Vasili Grossman murió en Moscú, en 1964, creyéndolo perdido para siempre.

Vasili Grossman quiso dejar constancia de todo lo que había vivido durante la Segunda Guerra Mundial, la muerte de su madre y de su hijastro y su experiencia como corresponsal de guerra, en un ambicioso ciclo novelístico en dos partes. La primera, iniciada en 1943 y publicada en 1952 con el título *Por una causa justa* , se tenía que titular *Stalingrado* . La segunda, escrita a partir de 1949, con los mismos protagonistas, sería *Vida y destino* .

De las dos, *Vida y destino* es un clásico leído por miles de lectores en todo el mundo. La primera, en cambio, ha sido considerada como una novela de menor rango. Es más, Efim Etkind y Simon Markish, dos de las personas que más hicieron por salvar el manuscrito de *Vida y destino* , publicándolo por primera vez en Occidente en 1980, en el prólogo a dicha edición, afirmaban que *Por una causa justa* «pudo haber ganado un merecido Premio Stalin, porque rebosaba amor por el régimen socialista...».

¿Pudo Grossman escribir dos novelas tan desiguales a pesar de concebirlas como un todo y redactarlas una tras otra?

La presente edición responde a esta pregunta. Aparte de devolver a la novela el título que para ella quería Grossman, *Stalingrado* , por primera vez la reconstruye con los más de cien fragmentos, algunos de un par de frases, otros de párrafos y páginas enteras, que la censura soviética obligó a suprimir. Con ello, la novela se enriquece y se llena de matices, hasta convertirse en una obra distinta de la que se había podido leer. Ahora, como afirma *The Economist* , «igual que *Vida y destino* , la nueva *Stalingrado* es una obra maestra».

VASILI GROSSMAN

Stalingrado

Traducción de
Andréi Kozinets

Galaxia Gutenberg



La edición de este libro ha recibido una ayuda
del Institute for Literary Translation (Rusia)

Título de la edición original: *Za pravoye delo*
Traducción del ruso: Andréi Kozinets

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: septiembre de 2020

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN : 978-84-18218-97-2

Nota de los editores

Para Vasili Grossman, la Segunda Guerra Mundial tuvo consecuencias particularmente dolorosas. Su madre fue asesinada por los nazis junto a centenares de miles de judíos en Ucrania. Y su hijastro murió como soldado del Ejército Rojo.

A esta devastación particular se sumaba lo que él mismo había vivido como corresponsal de guerra en primera línea del frente, especialmente durante la batalla de Stalingrado y, después, durante el avance de las tropas soviéticas hacia Berlín, incluido el macabro descubrimiento de los campos de exterminio en tierras polacas.

Vasili Grossman se propuso dejar constancia de todo ello en un ambicioso ciclo novelístico en dos partes. La primera, iniciada en 1943 y publicada en 1952 con el título *Por una causa justa* , se tenía que titular *Stalingrado.* La segunda, escrita a partir de 1949, con los mismos protagonistas, sería *Vida y destino.*

Sobre la publicación de *Vida y destino* se ha escrito mucho, desde la confiscación de los originales en poder de Vasili Grossman en 1962, hasta su publicación en Occidente en 1980. El proceso de edición de *Stalingrado,* con el título *Por una causa justa* , merece en cambio una renovada atención. Para un mayor detalle, el lector interesado puede consultar los capítulos 9, 12 y 18 de *Cartas y recuerdos de Vasili Grossman*, de Fedor Guber, hijastro del escritor (Galaxia Gutenberg, 2019), y el epílogo al libro que el lector tiene entre manos, escrito por Robert Chandler y Yuri Bit-Yunan.

Vasili Grossman entregó el manuscrito de *Stalingrado* a la revista *Novi mir* en 1949, cuando ya había empezado la escritura de *Vida y destino.* Se inicia así un proceso de edición que durará años, con una primera parada en 1952, cuando la novela ve la luz por primera vez. Durante los tres años que transcurren entre la entrega del manuscrito y su publicación, el texto sufre

una serie de alteraciones durante las que los editores, actuando a la vez como censores, suprimen frases, párrafos y páginas enteras y obligan a Grossman a reescribir otras. El proceso lleva a Grossman a la desesperación, hasta el punto de que envía una carta al mismo Stalin, el 6 de diciembre de 1950, solicitándole que le «ayude a resolver la cuestión del destino de este libro que considero la obra fundamental de mi vida en tanto que escritor». La carta quedará sin respuesta y Grossman tendrá que esperar dos años más hasta ver publicada su obra en los números 7 a 11 de la revista *Novi mir* .

Las primeras reacciones son entusiastas. Incluso, en una reunión de la sección de narrativa de la Unión de Escritores celebrada el 13 de octubre de 1952, se propone la candidatura de la novela al premio Stalin. Pero el 13 de febrero de 1953, se publica en *Pravda* , órgano oficial del Partido Comunista, un artículo demoledor. A partir de ese momento, se suceden las críticas negativas en los medios soviéticos, con títulos como «Una novela que falsea la imagen del pueblo soviético», «Por mal camino», «Un espejo deformante». La novela cae en desgracia y sólo volverá a publicarse, en diversas ediciones y editoriales, una vez muerto Stalin.

Ninguna de estas ediciones en ruso, ni las traducciones que se hicieron a partir de ellas, incluida la que Galaxia Gutenberg publicó en español en 2011, corresponden plenamente a la novela que Grossman escribió. Muchos pasajes presentes en los primeros manuscritos y suprimidos después por los editores-censores, nunca se publicaron.

Hasta que Robert Chandler, traductor al inglés de Vasili Grossman, se propuso restablecer el texto que Grossman hubiera querido para su novela. Con su magnífica labor, concluida en 2018 y publicada en inglés el año siguiente, Chandler ha recuperado en lo posible una obra que tanta importancia tenía para Grossman y que, sin embargo, había sido considerada como secundaria por la crítica y los especialistas, sin que nadie se hubiera detenido en pensar que no estábamos leyendo el texto que su autor había concebido sino versiones corregidas y censuradas por terceros.

En el epílogo y las notas que cierran la presente edición, Robert Chandler cuenta minuciosamente el proceso seguido en su trabajo.

El lector de esta edición española podrá reconocer los fragmentos nunca publicados hasta ahora por estar impresos en gris, en vez de en negro como el resto del texto. De esta manera, podrá juzgar por sí mismo las intervenciones de los editores y censores soviéticos.

También hemos incluido al final del libro los fragmentos extensos que aparecían en las ediciones anteriores pero se han eliminado de esta porque no estaban en ninguno de los manuscritos de Grossman. La explicación de dichas supresiones también las encontrará el lector en el epílogo.

Esta edición se completa con un pliego de imágenes que reproducen algunas páginas del manuscrito de *Stalingrado* , junto a anotaciones y esquemas de Vasili Grossman para su escritura. Estos documentos no se habían visto nunca por lo que nuestra edición los reproduce por primera vez. Forman parte del inmenso material de Grossman guardado en el RGALI , el Archivo Estatal Ruso de Arte y Literatura. Si podemos publicarlos es gracias a la generosidad de Robert Chandler.

PRIMERA PARTE

1

El 29 de abril de 1942, el tren del dictador de la Italia fascista, Benito Mussolini, hizo su entrada en la estación de Salzburgo, engalanada para la ocasión con banderas italianas y alemanas.

Tras una ceremonia protocolaria, Mussolini y su séquito se desplazaron hasta el antiguo castillo de Klessheim, edificado bajo el auspicio de los obispos de Salzburgo. Allí, en sus amplias y frías salas recién decoradas con muebles traídos ex profeso de Francia, se celebraría una sesión de reuniones ordinaria entre Hitler y Mussolini. Ribbentrop, Keitel, Jodl y otros jerarcas alemanes mantendrían, por su parte, conversaciones con dos de los ministros italianos, Ciano y el general Cavallero, quienes, junto con Alfieri, el embajador italiano en Berlín, integraban la comitiva del Duce.

Aquellos dos hombres, que se creían dueños de Europa, se reunían cada vez que Hitler conjugaba sus fuerzas para desatar otra catástrofe en Europa o África. Sus reuniones privadas en la frontera alpina entre Austria e Italia solían desembocar en invasiones militares, actos de sabotaje y ofensivas de ejércitos motorizados de millones de hombres por todo el continente. Los breves comunicados de prensa que informaban sobre las reuniones entre los dictadores mantenían en vilo los corazones, acongojados y expectantes.

La ofensiva del fascismo en Europa y África sumaba ya siete años de victorias y, con toda probabilidad, a ambos dictadores les habría costado enumerar la larga lista de grandes y pequeños triunfos que los habían conducido a imponer su dominio sobre inmensos territorios y cientos de millones de seres humanos. Después de ocupar sin derramamiento de sangre Renania, Austria y Checoslovaquia, Hitler invadió Polonia en agosto de 1939 tras derrotar a los ejércitos del mariscal Ridz-Smigly. Francia, una de las vencedoras de Alemania en la Primera Guerra Mundial, cayó bajo su embate en 1940. Luxemburgo, Bélgica, Holanda, Dinamarca y Noruega, aplastadas en la acometida, corrieron la misma suerte. Fue Hitler quien arrojó Inglaterra fuera del continente europeo al expulsar sus

ejércitos de Noruega y Francia. Entre 1940 y 1941 fueron ocupadas Grecia y Yugoslavia. En comparación con la invasión paneuropea hitleriana, el bandidaje mussoliniano en Abisinia y Albania parecía obra de un provinciano. Los imperios fascistas extendieron su dominio sobre los territorios de África del Norte y ocuparon Abisinia, Argelia, Túnez, los puertos de la Costa Occidental e incluso llegaron a amenazar Alejandría y El Cairo. Japón, Hungría, Rumanía y Finlandia eran aliados militares de Alemania; los círculos fascistas de Portugal, España, Turquía y Bulgaria, sus cofrades. A los diez meses del inicio de la invasión de la Unión Soviética, los ejércitos de Hitler ya habían ocupado Lituania, Estonia, Letonia, Ucrania, Bielorrusia y Moldavia, además de las regiones de Pskov, Smolensk, Oriol, Kursk y parte de las regiones de Leningrado, Kalinin, Tula y Vorónezh. La maquinaria económico-militar creada por Hitler engulló enormes riquezas: las acererías y las fábricas de automóviles y de maquinaria francesas, las minas de hierro de la zona de la Lotaringia, las industrias siderúrgica y minera de carbón belgas, la mecánica de precisión y las fábricas de transistores holandesas, la metalurgia austríaca, las fábricas de armamento Skoda en Checoslovaquia, los pozos petrolíferos y las refinerías de Rumanía, el mineral de hierro noruego, las minas de wolframio y de mercurio de España, las fábricas textiles de Lodz. La larga correa de transmisión del «nuevo régimen» hizo girar simultáneamente las ruedas y en consecuencia poner en funcionamiento las máquinas de cientos de miles de industrias menores en todas las ciudades de la Europa ocupada.

Los arados de veinte países surcaban las tierras de cultivo y las muelas de molino trituraban cebada y trigo para el consumo de los invasores. En tres océanos y cinco mares se echaban las redes para abastecer de pescado las metrópolis fascistas. Las prensas hidráulicas de las plantaciones africanas y europeas exprimían uva, olivas, lino y girasol para procurar mosto y aceites. Millones de manzanos, ciruelos, limoneros y naranjos maduraban abundantes frutos que, una vez en sazón, se almacenaban en cajas de madera estampadas con un águila impresa en tinta negra a modo de sello. Dedos de hierro ordeñaban vacas danesas, holandesas y polacas, esquilaban ovejas en los Balcanes y en Hungría.

Parecía que el dominio sobre los territorios ocupados en África y Europa hiciera crecer sin cesar el poder del fascismo. Los secuaces del nazismo –auténticos traidores a la libertad, el bien y la verdad–, guiados por un servilismo rastrero ante el triunfo de la violencia, proclamaban

como auténticamente nuevo y superior el régimen hitleriano, augurando la devastación de todos aquellos que aún resistían. En el «nuevo orden» instituido por Hitler en la Europa conquistada se renovaron todos los tipos, formas y modos de violencia de cuantos habían existido a lo largo de la milenaria historia del dominio de unos pocos sobre una mayoría. La reunión de Salzburgo de finales de abril de 1942 se celebró en vísperas de una amplia ofensiva en el sur de Rusia.

2

Nada más comenzar la reunión, como ya era habitual en ellos, Hitler y Mussolini expresaron su satisfacción por el hecho de que las circunstancias hubieran propiciado aquel encuentro entre ambos, rubricando su conformidad con amplias y afables sonrisas que dejaron al descubierto todo el esmalte y el oro de sus dentaduras postizas. Mussolini conjeturó que el invierno y la cruel derrota sufrida en el asedio a Moscú habían hecho mella en Hitler al percatarse de su desmejorado aspecto: las bolsas debajo de los ojos habían aumentado, las abundantes canas se habían extendido más allá de las sienes, la lividez del cutis se había acentuado hasta rayar en lo enfermizo. Tan sólo la guerrera del Führer conservaba su impecabilidad habitual. Sin embargo, la expresión huraña y feroz característica del semblante de Hitler se había hecho aún más manifiesta.

Al echar un vistazo al Duce, Hitler barruntó que, al cabo de cinco o seis años, aquél ya habría entrado de lleno en la decrepitud: su prominente barriga de viejo abultaría más y acentuaría la cortedad de sus piernas, la mandíbula sería más pesada todavía. Aquella asimetría entre un cuerpo de enano y un mentón de gigante que presentaba el aspecto del Duce era espantosa, aunque su perspicaz mirada de ojos oscuros conservaba intacta su dureza. Sin dejar de sonreír, el Führer elogió el rejuvenecido físico del Duce. Éste, a su vez, felicitó a su anfitrión a tenor de su buen aspecto, que atestiguaba una salud y un espíritu inquebrantables.

Se pusieron a conversar sobre el pasado invierno. Mussolini, frotándose las manos como si se le congelaran con sólo mencionar el frío moscovita, felicitó a Hitler por haber derrotado los hielos de Rusia, personificados en sus tres generales: diciembre, enero y febrero. La solemnidad de su voz

delataba que tanto sus cumplidos como su amplia y estática sonrisa eran premeditados. Coincidieron en que, a pesar de la enorme cifra de bajas y los incontables daños materiales de aquel invierno, inusitadamente crudo y devastador incluso para los rusos, las divisiones alemanas en retirada no habían sufrido su Bereziná. [1] Aquel hecho, a su modo de ver, certificaba, tal vez, que el hombre que comandaba la guerra contra Rusia en 1941 era superior a aquel que lo había hecho en 1812. Después, debatieron las perspectivas comunes.

Como el invierno ya había terminado, nada podría salvar Rusia, el último enemigo del «nuevo orden» que aún quedaba en el continente. La próxima ofensiva haría hincar la rodilla a los soviets y dejaría sin combustible las fuerzas aéreas y terrestres del Ejército Rojo, las industrias de los Urales y la agricultura basada en el monocultivo, precipitando así la caída de Moscú. Una vez derrotada Rusia, Inglaterra capitularía. Las guerras aérea y submarina harían claudicar rápidamente a los ingleses: el frente oriental habría dejado de existir, y eso permitiría concentrar todas las fuerzas y maximizar su capacidad destructiva. La General Motors, la Steel Trust, la Standard Oil, todas aquellas empresas americanas encargadas de fabricar motores para carros de combate, aviones, acero, caucho sintético y magnesio, no tenían ningún interés en aumentar la producción, bien al contrario, la frenarían con el fin de incrementar los precios, asegurados por el monopolio. En lo que se refería a Gran Bretaña, Churchill odiaba a su aliado ruso más que a su adversario alemán, de modo que en su cerebro senil reinaba una confusión tal que le impedía discernir de qué bando estaba. Ni Hitler ni Mussolini tenían ganas de hablar sobre Roosevelt, ese “ridículo paralítico”. Ambos coincidían sobre la situación en Francia. A pesar de la reciente reorganización del gobierno de Vichy emprendida por Hitler, la animadversión hacia los alemanes cobraba fuerza y el Führer temía la traición. Sin embargo, para él todo aquello no tenía especial relevancia ni le causaba inquietud puesto que, una vez tuviera las manos libres en el Este, la paz y la tranquilidad se establecerían en toda Europa.

Esbozando una sonrisa, Hitler prometió trasladar a Heydrich desde Checoslovaquia para que pusiera orden en Francia; después pasó a los asuntos africanos. Al revisar la situación de las tropas de Rommel, enviadas a África en apoyo a los italianos, Hitler no dejó escapar un solo reproche, por lo que Mussolini comprendió que antes de abordar el asunto

fundamental de aquella reunión el Führer había querido expresar deliberadamente su apoyo a la ofensiva de los italianos en África.

En efecto, pronto se empezó a hablar de Rusia. Hitler parecía no querer admitir que los encarnizados combates en el frente oriental y las bajas que el ejército alemán había sufrido durante el invierno lo habían imposibilitado para mantener la ofensiva simultánea en el sur, el norte y el centro. Hitler se obstinaba en creer que su plan de la próxima campaña de verano de desplegar la ofensiva en el sur había sido fruto exclusivamente de su libre albedrío, y que sólo su voluntad y pensamiento determinaban el curso de la guerra.

Comunicó a Mussolini que las bajas soviéticas eran incalculables, debido a que el trigo ucraniano había quedado en poder de los alemanes. La artillería pesada bombardeaba Leningrado sin descanso. Los países bálticos habían sido arrebatados a Rusia por los siglos de los siglos. El Dnieper quedaba en la retaguardia profunda de los ejércitos alemanes. El carbón, la industria petroquímica, los minerales y la producción metalúrgica del Donbass estaban en manos de la Vaterland, la madre patria; los cazas alemanes hacían incursiones en la mismísima ciudad de Moscú; la Unión Soviética había perdido Bielorrusia, la mayor parte de Crimea y los territorios milenarios de la Rusia Central; los rusos habían sido expulsados de Smolensk, Pskov, Oriol, Viasma y Rzhev, pueblos históricos por excelencia. Sólo quedaba asestarles el golpe de gracia, aunque, para que la ofensiva en cuestión fuera efectivamente la definitiva, su potencia debería ser inconmensurable. Los generales de la sección de operaciones del Estado Mayor consideraban inviable la doble ofensiva en Stalingrado y en el Cáucaso, pero Hitler dudaba de las razones que éstos esgrimían. Si el año anterior él había sido capaz de operar en África, bombardear Inglaterra desde el aire, frustrar los empeños de los americanos gracias a su flota submarina y avanzar rápidamente hacia el interior de Rusia desplegando un frente de tres mil kilómetros de longitud, ¿por qué habían de dudar entonces, cuando la pasividad total de Estados Unidos e Inglaterra dejaba el camino expedito a los ejércitos alemanes y permitía concentrar toda la potencia del ataque única y exclusivamente en un solo sector del frente oriental? Esta nueva y mortífera ofensiva en Rusia debería ser de dimensiones colosales. Se preveía volver a desplazar grandes efectivos desde el oeste hasta el este; en Francia, Bélgica y Holanda únicamente permanecerían las divisiones a cargo de la vigilancia

de las costas. Las tropas trasladadas al este serían reagrupadas, de modo que las tropas situadas en el norte, en el noroeste y en el oeste tendrían un papel meramente testimonial. La fuerza del impacto se concentraría en el sudeste.

Probablemente jamás se había juntado tanta artillería, divisiones acorazadas, infantería, cazas y bombarderos en un solo sector del frente. Aquella particular ofensiva reunía todos los elementos propios de un ataque a escala mundial. Sería la última y definitiva etapa en el advenimiento del nacionalsocialismo, y determinaría los destinos de Europa y del mundo. El ejército italiano debería tomar parte en ella y estar a la altura de las circunstancias. La industria, la agricultura y la nación italianas también eran llamadas a participar. Mussolini conocía de antemano la prosaica realidad que derivaba de sus amistosas reuniones con Hitler. Las últimas palabras del Führer aludían a los centenares de miles de soldados italianos que habrían de ser trasladados en convoyes militares rumbo al este, al brusco aumento en el suministro a la Wehrmacht de víveres y productos agrícolas, y a la leva forzosa y extraordinaria de mano de obra para las empresas alemanas.

Una vez finalizada la reunión, Hitler salió del despacho detrás de Mussolini y lo acompañó a través de la sala de recepción. El Duce escudriñaba con una mirada rápida y celosa a los centinelas alemanes cuyos hombros y uniformes parecían de acero; sólo sus ojos irradiaban una frenética tensión cuando el Führer pasaba por su lado. Aquel color gris y uniforme que tenían en común la casaca de un soldado raso y la guerrera de Hitler, similar al de un buque de guerra y el del armamento terrestre, poseía algo que lo hacía superior respecto a los suntuosos colores del uniforme militar italiano, algo que ponía de manifiesto todo el poderío del ejército alemán.

¿Era posible que aquel arrogante comandante en jefe fuera el mismo que, ocho años atrás, durante el primer encuentro entre ambos, ataviado con un chubasquero de color blanco, un sombrero arrugado y unas botas amarillas que le daban el aire de un actor o un pintor de provincias, caminaba a trompicones provocando risas y sonrisas de la multitud veneciana mientras pasaba revista a los carabineros y guardias junto con el Duce, que vestía un capote de general, un casco de alto plumaje y una guerrera de general romano bordada en plata?

El Duce no dejaba de sorprenderse ante los triunfos y el poder de Hitler. El éxito de aquel psicópata de Bohemia tenía algo de irracional; en su fuero interno, Mussolini consideraba que se debía a una broma o a un malentendido de la historia universal.

Por la noche Mussolini conversó un rato con Ciano, su yerno. Hablaron durante un breve paseo por el esplendoroso jardín primaveral. Habían salido por miedo a que su amigo y aliado hubiera podido instalar micrófonos ocultos de la marca Siemens en los aposentos del castillo. Mussolini estaba de un humor de perros: había tenido que transigir de nuevo, de modo que la cuestión de la creación del «Gran Imperio Italiano» no se iba a resolver en el Mediterráneo y en África sino en algún maldito lugar de las estepas del Don y Kalmukia. Ciano se interesó por la salud del Führer. Mussolini respondió que lo había visto animoso, aunque algo cansado y tan charlatán como siempre. Ciano comentó que Ribbentrop había sido amable con él hasta tal punto que, incluso, le había parecido inseguro. Mussolini replicó que el próximo verano decidiría el destino de todos y supondría el balance final de cuanto se había emprendido hasta entonces.

–Creo que cualquier fracaso del Führer sería también el nuestro; sin embargo, últimamente no estoy tan seguro de que también supusiera el nuestro su triunfo final –confesó Ciano. Mussolini consideró ese escepticismo injustificado y se fue a dormir.

El 30 de abril, tras el desayuno, se celebró la segunda reunión entre Hitler y Mussolini, en la que también estuvieron presentes los respectivos ministros de exteriores, mariscales y generales. Aquella mañana Hitler estaba muy inquieto. Sin consultar los papeles dispuestos sobre la mesa, el Führer barajaba datos y cifras referentes a las tropas y a la capacidad productiva de las fábricas. Habló sin descanso durante una hora y cuarenta minutos mientras se relamía los labios con su gruesa lengua, como si, al hablar, notara un sabor dulce en la boca. En su discurso hizo referencia a cuestiones de lo más variopintas: *Krieg, Friede, Weltgeschichte, Religion, Politik, Philosophie, Deutsche Seele* … [2] Hablaba rápido, con convicción y tranquilidad, sin elevar apenas el tono de voz. Sólo rió en una ocasión, con la cara crispada: «Muy pronto la risa judía cesará para siempre», dijo. Alzó un puño, pero enseguida abrió la mano y bajó el brazo con suavidad. Su homólogo italiano torció el gesto, pues el temperamento del Führer lo asustaba. Hitler saltó varias veces de las cuestiones puramente bélicas al

tema de la organización en la época de posguerra. Era indudable que su pensamiento, adelantándose al triunfo de la próxima ofensiva estival en Rusia que supondría el final de la contienda en el continente europeo, a menudo estaba ocupado en cuestiones propias de los tiempos de paz que estaban por llegar: las relaciones con la religión, las leyes sociales, las ciencias nacionalsocialistas y el arte que podrían desarrollarse, por fin, en la nueva Europa de posguerra, libre de comunistas, demócratas y judíos. En efecto, no era conveniente posponer la solución de todos aquellos asuntos más allá de septiembre u octubre, cuando la derrota militar de la Rusia soviética habría dado lugar al comienzo de la época de paz, y centenares de cuestiones habrían cobrado toda su relevancia una vez sofocados los incendios y asentado el polvo de la última batalla que el pueblo ruso habría de librar en la historia. La normalización de la vida nacional en Alemania, el estatus económico-político y la ordenación territorial de los países vencidos, las leyes para poner coto a los derechos y a la educación de los pueblos inferiores, la selección y la regularización de la procreación, el desplazamiento de grandes contingentes humanos desde la Unión Soviética a Alemania para los trabajos de reconstrucción, la construcción de campos de concentración donde serían alojados permanentemente, la liquidación y el desmantelamiento de núcleos industriales en Moscú, Leningrado, los Urales, e incluso un asunto tan irrelevante a la vez que inevitable como la rebautización de las ciudades rusas y francesas: muy pronto urgiría resolver todas aquellas cuestiones.

En la manera de hablar de Hitler había un rasgo peculiar: parecía no conceder excesiva importancia al hecho de que lo escucharan. Su hablar era voraz, los grandes labios se movían a placer. Mientras departía dirigía su mirada por encima de las cabezas de los presentes, hacia algún punto entre el techo y el lugar donde comenzaba el blanco cortinaje de raso que bordeaba las oscuras y pesadas puertas de roble de la sala de reuniones. De cuando en cuando Hitler soltaba frases altisonantes del tipo: «El ario es el Prometeo de la humanidad…», «He restituido a la violencia su valor como fuente de toda grandeza y madre de todo orden…», «Hemos hecho realidad el dominio eterno del Prometeo ario sobre los seres humanos y demás moradores de la Tierra». Al pronunciar aquellas palabras Hitler sonreía y, en un arrebato de emoción, tragaba aire a bocanadas.

Mussolini frunció el entrecejo. En un movimiento brusco, giró la cabeza y volvió los ojos como si hubiera querido mirar su propia oreja;

luego consultó un par de veces su reloj de pulsera: también a él le encantaba hablar. Durante aquellas reuniones, en las que su homólogo, menor en edad y en cierto sentido discípulo suyo, siempre resultaba ser el primero, el Duce sólo encontraba consuelo en la superioridad de su inteligencia, y por eso le fastidiaba tener que permanecer callado durante tanto rato. En todo momento se sentía observado por Ribbentrop, que lo miraba afable pero con insistencia. Ciano, acomodado a su lado en un sillón, escuchaba con la mirada fija en los gruesos labios del Führer por si éste comentaba algo sobre las colonias norteafricanas y la futura frontera franco-italiana, pero en aquella ocasión Hitler evitó tratar de cuestiones prosaicas. Alfieri, que solía escuchar a Hitler más a menudo que los demás miembros de la comitiva italiana, miraba con expresión tranquila y resignada hacia el cortinaje, en la misma dirección que el Führer. Jodl, sentado en una butaca alejada, dormitaba con una expresión atenta y cortés en el rostro. Keitel estaba justo enfrente de Hitler; como tenía miedo a quedarse traspuesto, sacudía de vez en cuando la enorme cabeza, se ajustaba el monóculo y, sin mirar a nadie, intentaba escuchar, ceñudo y huraño. El general Cavallero, con el cuello estirado y la cabeza ladeada, atendía al discurso de Hitler con una mueca de felicidad y adulación mal disimuladas y, de tanto en cuando, asentía rápidamente, absorto en las palabras del Führer.

Para aquellos jerarcas, ministros y generales alemanes e italianos que más de una vez habían asistido a reuniones semejantes, la cumbre de Salzburgo no difería en nada de las anteriores. Como ya era habitual, los temas de conversación giraban en torno a la política en el continente y la guerra mundial. La actitud del Führer y del Duce durante esos encuentros también era la habitual: los allegados comprendían muy bien el sentimiento que se había cristalizado y asentado entre ambos. Conocían perfectamente aquella sensación de desigualdad que Mussolini albergaba en secreto y de la que era incapaz de desprenderse. Sabían que lo irritaba sobremanera el hecho de que la iniciativa no proviniera de Roma. Lo exasperaban las decisiones que se tomaban en Berlín, las declaraciones conjuntas cuya firma se le solicitaba cortés y solemnemente pero de cuya elaboración era excluido. Estaba harto de ser despertado antes del amanecer, cuando el sueño era más dulce, para acudir a la llamada del Führer, quien tenía la costumbre de convocar sin ceremonias, en plena noche, al patriarca del fascismo. Ciano sabía que Mussolini, en su fuero

interno, juzgaba a Hitler un zoquete, y que su único y permanente consuelo consistía en considerar meramente numérica y estadística la superioridad de la hueste, la industria y la nación alemanas respecto de las italianas. La fuerza de Mussolini residía en su propia persona. El Duce gustaba incluso de ridiculizar a los italianos a causa de su apocamiento, lo cual ponía aún más de manifiesto la fortaleza personal de aquel hombre que pugnaba por hacer un martillo de una nación que, durante dieciséis siglos, había sido un yunque. En el transcurso de la reunión, como ya había ocurrido en otras ocasiones, los allegados de los dictadores, que no se perdían ni uno de los gestos y miradas de sus amos, apuntaron para sí que las relaciones entre Hitler y Mussolini, tanto interna como externamente, permanecían inalterables. La gravedad manifiesta del ambiente que reinaba en la reunión también era la acostumbrada, y su formalidad, una muestra más de la grandeza guerrera y la omnipotencia de los allí congregados. Tal vez, cierta novedad de la cumbre de Salzburgo consistiera en que en ella se trató de un último y decisivo esfuerzo bélico, dado que en todo el continente europeo ya no quedaba rival capaz de resistir militarmente, a excepción de los ejércitos soviéticos que se habían batido en retirada, lejos, hacia el este. Quizás algún historiador nacionalsocialista anotara en su momento aquella peculiaridad de la cumbre de Salzburgo. Es posible que la extraordinaria convicción y seguridad en sí mismo que Hitler mostró durante la reunión conformara otra novedad de aquel encuentro y, de este modo, la hiciera diferente de las que se habían celebrado hasta la fecha.

Sin embargo, si hubo algo que hiciera realmente especial la reunión de Salzburgo con respecto a todos los anteriores encuentros entre Hitler y Mussolini fue el expreso e insistente deseo del líder alemán de abordar con una arrogancia desmesurada el tema de la paz. Por aquella vía se delató su inconsciente miedo ante la guerra que él mismo había desatado y con la que hasta entonces había gozado intensamente. Durante seis años Hitler había salido victorioso de todos los envites gracias a su diabólica crueldad y sus temerarias tretas de jugador metido a militar. Estaba convencido de que había una sola fuerza real en el mundo, la de su ejército y su imperio, de modo que todo aquello que le hacía frente le parecía ficticio, irreal y de poco peso. Lo único real y de peso era su puño, un puño que hacía pedazos, uno tras otro, como si de telarañas se tratara, los planes políticos y militares de los Estados europeos. Creía con toda sinceridad que, al revivir las atrocidades de las épocas arcaicas y volver a blandir la maza del

hombre primitivo, había abierto nuevos caminos para la historia. Tras dejar en evidencia la caducidad de facto del Pacto de Versalles, lo rompió y lo pisoteó para reescribirlo después a su manera ante la mirada del presidente de Estados Unidos y los primeros ministros de Francia e Inglaterra. Restableció el servicio militar obligatorio en Alemania y emprendió la construcción de la Armada y de los ejércitos de Tierra y Aire, a pesar de la expresa prohibición del Pacto de Versalles. Volvió a militarizar Renania desplegando allí treinta mil efectivos, suficientes para revertir a su favor los efectos de la Primera Guerra Mundial. Para aquel fin no le hicieron falta ejércitos multitudinarios ni armamento pesado. Golpe tras golpe, destruyó, uno tras otro, los nuevos Estados de la Europa post-Versalles: Austria, Checoslovaquia, Polonia y Yugoslavia.

Pero su espíritu se ofuscaba en la misma medida en que aumentaba la notoriedad de sus éxitos. No era capaz de comprender, y ni siquiera de imaginar, que en el mundo pudiera existir algo más aparte de fuerzas, que él creía ficticias, maniobras políticas, propaganda en todas sus vertientes o gobiernos que contagiaban su impotencia a soldados y marineros: todo aquello que su triunfante maza no tardaba en hacer pedazos.

El 22 de junio de 1941 los ejércitos germanos iniciaron la invasión de la Rusia soviética. Los primeros triunfos cegaron a Hitler e impidieron que apreciara la naturaleza granítica de las fuerzas espirituales y materiales a las que se enfrentaba. Éstas no eran ficticias, eran las fuerzas de una nación que había puesto los cimientos de un mundo futuro. La ofensiva del verano de 1941 y las numerosas bajas sufridas durante el invierno del mismo año desangraron el ejército germano y llevaron la industria militar al borde del colapso. Hitler ya no podía mantener, como había hecho el año anterior, la ofensiva simultánea en el sur, el norte y el centro. Al volverse lenta y dificultosa, la guerra enseguida perdió para Hitler todo su encanto. Pero no podía dejar de avanzar: aquello supondría su perdición, y no una ventaja. La guerra contra Rusia que Hitler había desatado diez meses atrás empezó a agobiarlo y a atemorizarlo, a la vez que se avivaba como un incendio en la estepa. No había forma de sofocarla, se escapaba a todo control a medida que se iba extendiendo. Sus dimensiones, su furia, su fuerza y su duración no dejaban de aumentar, de modo que Hitler tenía que acabar con ella, costara lo que costase, a pesar de que se había comprobado que fue más fácil empezarla con buen pie que acabarla de la misma manera.

Precisamente aquel rasgo distintivo, imperceptible aún, encubría la puesta en acción de las fuerzas históricas que, en adelante, desembocarían en la perdición de casi todos los participantes en la reunión de Salzburgo. Fue justamente en aquel encuentro donde el dictador fascista anunció su última y decisiva ofensiva contra la Unión Soviética.

3

Piotr Semiónovich Vavílov recibió el aviso de que tenía que incorporarse a filas en el momento menos oportuno: si la oficina de reclutamiento hubiese tardado un mes y medio o dos más en notificárselo, habría podido dejar a su familia abastecida con pan y leña para todo el año.

Cuando vio a Masha Balashova caminar por la calle en dirección a su casa con una papeleta blanca en la mano, a Vavílov se le partió el alma. Ella pasó al lado de la ventana sin mirar dentro de la casa y, por un instante, él creyó que pasaría de largo; pero entonces recordó que ya no quedaban hombres jóvenes en las casas vecinas y que los viejos estaban exentos de ir a la guerra. Efectivamente, algo retumbó enseguida en el zaguán: tal vez Masha tropezara a oscuras e hiciera chocar el balancín contra un cubo.

Algunas noches Masha iba a casa de los Vavílov para visitar a Nastia, la hija de Piotr Semiónovich, con la que hacía muy poco había compartido estudios. Masha solía llamar a Vavílov «tío Piotr»; sin embargo, esta vez dijo: «Firme conforme ha recibido el aviso», y no fue a hablar con su amiga. Vavílov se sentó a la mesa y estampó su firma. «Bueno, ya está», dijo, y se puso en pie. Aquel «ya está» no se refería al aviso que acababa de firmar, sino que rubricaba el fin de su vida en familia y en casa, una vida que, en aquel instante, se había interrumpido para él.

La casa que iba a abandonar se le antojó buena y afable. La estufa, que humeaba en los días húmedos de marzo, le pareció entrañable, como si fuera un ser vivo con el que había compartido toda una vida. A través de la cal desconchada de sus costados, abombados a causa de la vetustez, se entreveían los ladrillos. Al entrar en casa durante el invierno, Vavílov extendía los dedos entumecidos por el frío sobre la estufa y aspiraba su calor. Durante las noches se acostaba cerca de ella para calentarse, con una

pelliza de cordero por colchón, pues sabía perfectamente cuáles de sus partes desprendían más o menos calor. Antes de ir a trabajar, se levantaba a oscuras de la cama, se acercaba a la estufa y la tanteaba con la mano, familiarizada con sus recovecos, en busca de cerillas o calcetones ya secos después de la noche. La mesa del comedor con las huellas negruzcas que el fondo caliente de la sartén había dejado en ella, la banqueta al lado de la puerta donde su mujer se sentaba para pelar patatas, la rendija entre los tablones del piso, cerca del umbral, por donde los niños espiaban la vida clandestina de los ratones y las cucarachas, los visillos blancos de las ventanas, la olla de hierro fundido, hasta tal punto ennegrecida a causa del hollín que no era posible distinguirla por la mañana en la tibia oscuridad de la estufa, la repisa de la ventana con una planta de color rojo dentro de un tarro, la toalla que colgaba de un clavo: todas aquellas cosas despertaron en Vavílov una ternura que sólo los seres vivos habrían sido capaces de inspirarle. Alekséi, el mayor de los tres hijos de Vavílov, había partido a la guerra. En casa quedaban Vania, el menor, que tenía cuatro años, y Nastia, de dieciséis. Vania era un niño sensato e ingenuo a la vez. Vavílov lo apodaba «samovar», pues efectivamente lo parecía: al resoplar adoptaba un semblante serio y grave, era rubicundo y tenía un pequeño grifo que le asomaba por la bragueta siempre desabrochada del pantalón.

Nastia ya trabajaba en un koljós, [3] y con dinero propio se había comprado un vestido, unos botines y una boina de paño rojo que se le antojaba muy elegante. Se la ponía y se miraba en un espejo de mano cuyo azogue estaba semidesconchado, de modo que Nastia veía a la vez su cara, la boina y sus dedos sosteniendo el espejo. La cara y la boina se reflejaban en el espejo, mientras que los dedos se veían como a través de una ventana. Se habría ido a dormir cada noche con la boina puesta, pero le daba reparo estropearla, de manera que la colocaba a su lado y, al despertarse, la acariciaba.

Cuando Nastia salía a pasear en compañía de amigas tocada con la famosa boina, Vavílov, al verla caminar excitada y alegre por la calle, solía pensar con tristeza que después de la guerra habría más muchachas casaderas que pretendientes para ellas.

Sí, en aquella casa había transcurrido su vida. Aquélla era la mesa donde Alekséi, junto con algunos de sus compañeros, había estudiado matemáticas durante noches enteras para el examen de ingreso en el instituto agrónomo. También Nastia se había sentado allí con unas amigas

para leer una antología de literatura rusa. En torno a aquella mesa se reunían los hijos de vecinos que venían de visita desde Moscú y Gorki. Cuando hablaban sobre sus vidas y sus trabajos, Maria Nikoláyevna, la esposa de Vavílov, decía:

–Bueno, nuestros hijos también irán a la ciudad a estudiar para ser catedráticos e ingenieros.

Vavílov sacó de un baúl un pañuelo rojo en el que estaban envueltos algunos certificados y las partidas de nacimiento, y tomó su cartilla militar. Después de meterla en un bolsillo de su chaqueta y guardar de nuevo en el baúl aquel pequeño hatillo con los documentos de su esposa y de sus hijos, tuvo la sensación de haberse separado, en cierto modo, del resto de su familia. Mientras, su hija lo miraba de un modo inhabitual en ella, como inquiriendo. En aquel instante Vavílov se convirtió para ella en un ser diferente, como si un velo invisible se hubiera interpuesto entre ambos. La esposa de Piotr Semiónovich iba a regresar tarde a casa: la habían enviado junto con otras mujeres a despejar la carretera de acceso a la estación ferroviaria por la que los camiones militares transportaban heno y trigo que luego se cargaban en los trenes.

–Bueno, hija, ahora me toca a mí –dijo.

Ella le respondió en voz baja:

–Usted no se preocupe por mí y por mamá. Ya nos las arreglaremos. Lo más importante es que usted regrese sano y salvo.

Luego lo miró de abajo arriba y añadió:

–Tal vez se encuentre con nuestro Aliosha, [4] y así los dos estarán mejor.

Vavílov aún no había reflexionado acerca de lo que le aguardaba. En aquel momento sus pensamientos estaban ocupados en los temas relacionados con su casa y el koljós, asuntos que dejaba sin resolver. Cayó en la cuenta de que aquellos pensamientos habían variado y adquirido un nuevo cariz en pocos minutos. Desde aquella mañana venía pensando en remendar una bota de fieltro, soldar un cubo agujereado, luego triscar una sierra, coser los rotos de una pelliza y herrar los tacones de las botas de su mujer. Sin embargo, ahora tenía que hacer todo aquello que su esposa no podría desempeñar sola. La citación lo obligaba a presentarse a las nueve de la mañana del día siguiente en la oficina central del distrito, a dieciocho kilómetros de distancia de su aldea.

Empezó por lo más fácil: enastó la hoja del hacha en un mango nuevo que tenía de reserva. Luego cambió el peldaño roto de una escalera de mano y subió al tejado de la casa para ponerlo a punto. Para tal fin había cargado con varias tablas nuevas, el hacha, una pequeña sierra y una bolsita con clavos. Por un momento tuvo la sensación de que ya no era un hombre de cuarenta y cinco años, padre de familia, sino un chaval que había trepado al tejado para hacer alguna travesura, cuya madre estaba a punto de salir de casa y, cubriéndose los ojos con la mano a modo de pantalla, gritarle al verlo allí arriba: «¡Pietka, [5] que te aspen, baja ahora mismo!». Además, impaciente y rabiosa por no poder agarrarlo de la oreja, daría una patada en el suelo y volvería a gritarle: «¡Te he dicho que bajes!».

Una vez encaramado en el tejado, Vavílov miró involuntariamente en dirección a una colina, cubierta de saúcos y serbales, situada más allá del pueblo y sobre cuyas laderas se veían unas pocas cruces hundidas en el suelo. Por un instante se sintió culpable ante sus hijos, ante su madre muerta, de cuya tumba ya no tendría tiempo de ocuparse para arreglar la cruz. Se sentía culpable ante Aliosha, su hijo mayor. El jefe del koljós le había encontrado un empleo en una fábrica militar a su propio hijo, librándolo así del reclutamiento, pero él no había conseguido que el suyo también fuera declarado exento. Su sentido de responsabilidad para con la tierra que ya no habría de arar aquel otoño y para con su esposa, sobre cuyos hombros dejaría toda la carga que hasta entonces le había correspondido a él, acrecentó en Vavílov aquel sentimiento de culpa. Miró el pueblo, la ancha calle, las isbas con sus patios, el bosque oscuro a lo lejos y el cielo alto y despejado: era el lugar donde había transcurrido su vida. De entre todo cuanto veía destacaban la mancha blanca del colegio nuevo, en cuyas espaciosas ventanas brillaba el sol, y la larga pared del establo de la granja, asimismo de color blanco.

¡Cuánto había trabajado sin siquiera tener unas vacaciones! Sin embargo, jamás había escurrido el bulto: a los cuatro años de edad, a pesar de caminar dando tumbos a causa de sus piernas arqueadas, ya pastoreaba gansos. Cuando su madre cosechaba patatas en el huerto, él la ayudaba escarbando la tierra con sus pequeños dedos en busca de algún tubérculo que hubiera pasado desapercibido, y lo llevaba al montón. Más tarde, ya en la adolescencia, guardaría ganado, removería la tierra del huerto, acarrearía

agua, aparejaría el caballo, cortaría leña. Luego se hizo arador y aprendió a segar y a manejar la cosechadora.

También hizo de carpintero, de cristalero, de afilador de herramientas, de cerrajero. Cosió botas de fieltro, remendó zapatos, desolló ovejas y caballos muertos, curtió las pieles de las que luego confeccionó abrigos, sembró tabaco y construyó estufas. ¡Y qué decir de los trabajos para la comunidad! Fue él mismo quien, en septiembre, sumergido en las frías aguas del río, participó en la construcción de una presa y un molino. Junto con los demás empedró la carretera, abrió zanjas, amasó barro, partió piedras para la construcción del establo y del granero comunales, cavó depósitos para guardar las patatas propiedad del koljós. Aró tierra, segó hierba, trilló grano, cargó costales en cantidades enormes. Taló en el bosque, desbastó y transportó troncos y más troncos de roble para la edificación del nuevo colegio. Clavó innumerables clavos y siempre sostuvo un martillo, un hacha o una pala en la mano. Durante dos temporadas trabajó en la extracción de la turba: sacaba tres mil unidades al día compartiendo con otras dos personas un huevo, un cubo de *kvas* [6] y un kilo de pan diarios como único alimento. En la ciénaga de donde se extraía la turba, el zumbido de los mosquitos era tal que ahogaba el ronroneo de un motor diésel en funcionamiento. Una parte de los ladrillos con los que se construyeron el hospital, el colegio, el local social, los edificios del consejo del pueblo y de la dirección del koljós había sido obra de Vavílov. Algunos de aquellos ladrillos llegaron incluso hasta el centro del distrito. Durante dos veranos, Piotr Semiónovich trabajó de barquero transportando cargamentos para una fábrica. A pesar de que la corriente del río era tan fuerte que un nadador no habría podido vencerla, en el bote de Vavílov se cargaban ocho toneladas y todos remaban a fuerza de brazos si era necesario.

Contemplaba el paisaje a su alrededor: casas, huertos, la calle principal y los senderos que discurrían de una vivienda a otra, como quien pasa revista a toda una vida. Vio a dos ancianos caminar hacia la sede de la dirección del koljós. Eran Pújov, un hombre colérico y terco, y Koslov, un vecino de Vavílov al que en el pueblo llamaban Kóslik [7] a sus espaldas. Natalia Degtiariova, otra de sus vecinas, salió de casa, se acercó al portalón, miró a derecha e izquierda, amenazó con un gesto de la mano a las gallinas de los vecinos y volvió dentro.

Sin duda, la huella de su trabajo perduraría en el tiempo. Vavílov fue testigo de la irrupción del tractor y de la cosechadora, de la segadora y de la trilladora en un pueblo donde su padre sólo había conocido hasta entonces el arado de madera, el trillo, la guadaña y la hoz. Vio a los jóvenes marcharse de allí para estudiar y regresar siendo agrónomos, maestros de escuela, mecánicos y técnicos en ganadería. Vavílov sabía que un hijo de Pachkin, el herrero, había llegado a general. Antes de la guerra, algunos muchachos del pueblo que habían llegado a ser ingenieros, directores de fábricas y funcionarios regionales del Partido regresaban para visitar a sus familiares.

Algunas noches se reunían para charlar sobre cosas de la vida. El viejo Pújov consideraba que se vivía peor que antes. Tras calcular los precios del cereal, de un par de botas y de recordar el surtido del colmado y la consistencia de la sopa en época del zar, Pújov intentaba convencerles de que la vida entonces era más fácil. Vavílov se lo discutía, pues opinaba que cuanto mayor fuese la contribución del pueblo al Estado, con más facilidad podría éste devolverle después la ayuda prestada.

Las mujeres mayores decían: «Ahora sí que se nos considera personas y nuestros hijos pueden llegar a convertirse en alguien, mientras que en tiempos del zar ni siquiera se nos tenía por seres humanos, aunque las botas costaran más baratas». A lo que Pújov replicaba que el campesinado era el eterno sostén del Estado, cuyo peso, por cierto, no era nada ligero, y que tanto en el antiguo régimen como en el nuevo se tributaba, se padecían hambrunas, había campesinos pobres... Pújov solía concluir su parlamento diciendo que, en general, puede que los koljoses ayudaran al Estado, pero no a la gente.

Cuando estalló la guerra, Pújov pensó que se viviría mejor bajo mando alemán. Que habría comercio y manufactura. Y también ropa, té, azúcar, bollos, zapatos, botas y abrigos. Pero los alemanes le mataron a los tres hijos y al yerno. Nadie sufrió tanto como Pújov en toda la aldea.

Vavílov veía la guerra como una enorme catástrofe personal. Sabía que la guerra destruye la vida. El campesino que abandona su aldea en medio de la guerra no lo hace en pos de medallas y gloria. Lo hace pensando que va hacia la muerte.

Vavílov volvió a mirar a su alrededor. Siempre había deseado que la vida de los hombres fuera espaciosa y luminosa como aquel cielo, y había

trabajado por enaltecerla. Su esfuerzo y el de otros muchos como él no había sido en vano, pues la vida prosperaba.

Tras reparar el tejado, Vavílov bajó al patio y se acercó al portalón. Allí le asaltó el recuerdo de la última noche de paz, la víspera del domingo 22 de junio de 1941: entonces la inmensa y joven Rusia de los obreros y campesinos cantaba al son de los acordeones en jardines municipales, pistas de baile, calles aldeanas, arboledas, boscajes, prados y a la vera de los riachuelos patrios... De repente sobrevino el silencio, y los acordeones no terminaron de tocar su canción.

Desde hacía un año, aquel silencio áspero y grave se cernía sobre el territorio soviético.

4

Vavílov se encaminó en dirección al koljós. Por el camino volvió a ver a Natalia Degtiariova. Ésta solía mirarle con hosquedad y reproche, ya que su marido y sus hijos estaban en el frente. Pero en aquel momento le dirigió una mirada atenta y llena de compasión, por lo que Vavílov coligió que ya sabía que lo habían llamado a filas.

–¿De modo que te marchas, Piotr Semiónovich? –preguntó–. Maria todavía no lo sabe, ¿verdad?

–Ya se enterará –contestó.

–Vaya si se va a enterar… –dijo Natalia, se separó del portalón y se dirigió a la casa.

El presidente del koljós se había marchado por dos días al centro del distrito. Vavílov entregó al contable manco, que se apellidaba Shepunov, el dinero que el día anterior había recibido para la granja en la oficina del distrito del Banco del Estado. Shepunov le dio un recibo que Vavílov dobló en cuatro y guardó en un bolsillo.

–Está todo, hasta el último céntimo –dijo–. De modo que ya no debo nada al koljós.

Shepunov acercó a Vavílov un diario regional que había sobre la mesa. El movimiento hizo que la medalla al mérito militar, colgada de su pecho, chocara contra uno de los botones metálicos de la casaca y tintineara. Luego preguntó:

–Camarada Vavílov, ¿has leído la última hora de la Oficina de Información Soviética?

–Pues no –respondió Vavílov.

Shepunov empezó a leer:

–«El 20 de mayo, al pasar a la ofensiva en dirección a Járkov, nuestras tropas penetraron las defensas alemanas y en estos momentos están avanzando hacia el oeste después de repeler los contraataques de numerosas unidades de blindados e infantería motorizada...»

Shepunov alzó un dedo y guiñó un ojo a Vavílov.

–«... nuestras tropas han avanzado entre veinte y sesenta kilómetros y han liberado más de trescientas poblaciones.» Y sigue: «Hemos arrebatado al enemigo trescientas sesenta y cinco piezas de artillería, veinticinco carros de combate y cerca de un millón de proyectiles...».

Miró a Vavílov con el cariño con que un viejo soldado observa a un novato y le preguntó:

–¿Lo comprendes ahora?

Vavílov le mostró la notificación de la oficina de reclutamiento.

–Claro que lo comprendo y, además, creo que es sólo el principio, de modo que llegaré justo a tiempo para cuando empiece la batalla de verdad –dijo, y alisó el aviso que tenía desplegado sobre la palma de la mano.

–¿Debo decirle algo de tu parte a Iván Mijáilovich? –preguntó el contable.

–Qué le voy a decir, si él ya lo sabe todo...

Se pusieron a hablar sobre los asuntos del koljós. Vavílov empezó a instruir a Shepunov, olvidando que el presidente «lo sabía todo»:

–Dile a Iván Mijáilovich que no utilice los tablones que traje de la serrería para remiendos. Díselo tal cual. Luego hay que mandar a alguien para recoger la parte de nuestros sacos que se quedaron en el centro del distrito. Si no, se echarán a perder o nos los cambiarán por otros peores. En cuanto a los trámites para el préstamo... comunícale que así lo deja dicho Vavílov.

El presidente no le agradaba: hacía primar su interés personal por encima de todo lo demás, se desentendía de los asuntos de la tierra y era un hombre taimado. Redactaba informes en los que aseguraba haber cumplido con creces los planes de producción estipulados, cuando todo el pueblo sabía que no era cierto. Iba al centro del distrito e incluso al regional llevando de regalo una vez manzanas y otra miel. En una ocasión, hasta

llevó un cerdito. Trajo de la ciudad un sofá, una lámpara grande y una máquina de coser, cosa que, seguramente, no quedó reflejada en sus informes. Cuando la región fue condecorada, él fue distinguido con una medalla al mérito en el trabajo. En verano la llevaba colgada de la americana, y en invierno, de la pelliza. Cuando hacía mucho frío y entraba en algún espacio cerrado donde la calefacción estuviera encendida, la superficie de la medalla se empañaba.

El presidente creía que lo más importante en la vida no era trabajar sino saber tratar con la gente, de modo que decía una cosa y hacía otra. Su actitud hacia la guerra era de lo más simple: se había dado cuenta de que, mientras durase la contienda, el comisario militar del distrito sería una de las personalidades de mayor relevancia. Efectivamente, Volodia, el hijo del presidente, se libró de ir al frente y pudo colocarse en una fábrica de armamento. A veces venía de visita a casa de su padre y se llevaba tocino y aguardiente para sus contactos.

Al presidente tampoco le gustaba Vavílov, le tenía miedo y solía decirle: «En mi opinión, eres una persona demasiado contestona, no sabes tratar con la gente». Porque el presidente sólo tenía trato con gente de quienes podía conseguir algo, personas que lo mismo podían dar que tomar. A pesar de que en el koljós muchos temían el carácter huraño y reservado en extremo de Vavílov, tenían plena confianza en él y siempre se le nombraba tesorero para administrar el dinero de las empresas colectivas y las actividades comunitarias. En toda su vida jamás había sido llevado a juicio ni interrogado; tan sólo en una ocasión, un año antes de la guerra, un incidente estúpido le había hecho pisar la comisaría.

Una tarde, un anciano llamó a la ventana de su casa y pidió posada para pernoctar. Sin decir palabra, Vavílov escrutó atentamente el rostro del viajero, cubierto con una espesa barba negra, lo acompañó al cobertizo donde se guardaba el heno y le dio una zamarra por colchón, algo de leche y un pedazo de pan.

Por la noche, unos muchachos vestidos con abrigos de cuero amarillo llegaron en coche desde el centro del distrito y se dirigieron directamente al cobertizo. Junto con el anciano detuvieron a Vavílov, lo obligaron a subir al coche y se lo llevaron. En el centro del distrito el comisario le preguntó por qué había permitido que aquel barbudo pasara la noche en su cobertizo. Vavílov pensó un momento antes de responder:

–Me dio lástima.

–¿Le preguntaste quién era? –insistió el comisario.

–¿Para qué iba a preguntárselo si ya había visto que era una persona como cualquier otra? –contestó Vavílov.

Tras mirarlo a los ojos un largo rato sin pronunciar palabra, el comisario dijo al fin:

–De acuerdo, vete a casa.

Después de aquello, todos los del pueblo se reían de Vavílov y le preguntaban si le había gustado el paseo en coche. El presidente, por su parte, lo miró con desaprobación al encontrárselo:

–Mira que eres tonto –le dijo.

Regresaba a casa, con paso acelerado, por la calle desierta. Ansiaba volver a ver a sus hijos y su hogar, y parecía que la angustia que le causaba la inminente separación se hubiera adueñado de su cuerpo y sus pensamientos.

Se acercó al porche de su casa, apartó con el pie al perro tumbado en el umbral y se quedó un instante de pie ante la puerta abierta. Su vida allí no había sido fácil. Sus hijos casi siempre mal vestidos y peor alimentados. Llevaba las botas gastadas. Solía faltar el keroseno para la lámpara y, aun cuando la encendía, el interior quedaba en penumbras. A la lámpara le faltaba la cubierta de vidrio y despedía mucho humo. A veces no tenían ni pan. Raramente comían carne. Una vez tuvieron carne, pero habría sido mejor que les hubiera faltado. La vaca que tenían cayó a una zanja que no estaba debidamente vallada y se partió las patas delanteras. Tuvieron que sacrificarla, y estuvieron toda aquella semana comiendo carne con los ojos llenos de lágrimas. Vavílov no solía comer grasa. Y no había probado el pan blanco jamás.

Entró en casa y las cosas que vio eran las mismas de siempre, pero aquella vez se le antojaron nuevas, le conmovieron y tocaron todas las fibras de su alma: la cómoda, cubierta con un tapete de punto; las botas de fieltro, zurcidas y remendadas con retales de color negro; el reloj de pared encima de la ancha cama; las cucharas de madera con los bordes mordisqueados por los dientes impacientes de los niños; las fotos de los familiares en un marco de cristal; la taza grande y ligera de hojalata fina de color blanco; la taza pequeña y pesada de cobre oscuro; los pantaloncitos grises con reflejos azulados de Vaniusha, [8] desteñidos a fuerza de

innumerables lavados, que irradiaban una especie de tristeza difícil de explicar. La casa misma poseía una curiosa cualidad, propia del interior de las isbas rusas: era estrecha a la vez que espaciosa. Se notaba que hacía mucho tiempo que estaba habitada por sus dueños y antes por los padres de éstos y que, todos juntos, le habían insuflado la calidez de su aliento. Parecía que ya no quedaba nada más que hacer en aquella vivienda para mejorarla pero, por otra parte, daba la impresión de que quienes allí vivían no tenían intención de permanecer en ella por mucho tiempo, como si acabaran de llegar, dispusieran sus cosas de cualquier manera y estuvieran a punto de ponerse en pie y volver a marcharse dejando las puertas abiertas... ¡Qué felices que se veían los niños en aquella casa! Por las mañanas, Vaniusha, rubio como una flor viva y cálida, correteaba por allí repiqueteando en el suelo con sus pies descalzos...

Vavílov ayudó a Vania a subir a una silla alta. Su mano, callosa y áspera, percibió al tacto la calidez del cuerpo de su hijo, cuyos ojos claros y alegres le regalaron una mirada cándida y confiada. Con su voz de hombre minúsculo, que jamás había pronunciado una palabra zafia, fumado un cigarrillo ni bebido una gota de vino, Vania preguntó:

–Papito, ¿es verdad que mañana te vas a la guerra?

Vavílov sonrió y los ojos se le anegaron de lágrimas.

5

Durante la noche, a la luz de la luna, Vavílov estuvo partiendo a hachazos los tocones que se guardaban debajo de un toldo detrás del cobertizo. Acumulados en el patio durante años, estaban ya descortezados y gastados: no eran sino raíces retorcidas y anudadas que sólo podía desgajar.

Maria Nikoláyevna, alta y de hombros anchos, de tez oscura al igual que Vavílov, permanecía en pie a su lado. De vez en cuando, mirando de soslayo a su marido, se agachaba para recoger los trozos de madera que, a causa del impacto, habían salido despedidos. Vavílov también se volvía para mirarla, unas veces con el hacha en alto y otras encorvado tras descargar un golpe. Entonces veía los pies de ella, el dobladillo de su vestido; luego, al incorporarse, se fijaba en su gran boca de finos labios, sus ojos fijos y oscuros, su prominente frente sin una arruga, alta y

despejada. De cuando en cuando permanecían erguidos a la vez, el uno al lado del otro, y entonces semejaban hermanos, así de idénticos los había moldeado la vida. El duro esfuerzo, en vez de doblegarlos, los había enderezado. Ambos permanecían callados: aquélla era su despedida. Él asestaba hachazos en la madera, que se combaba, blanda y resistente a la vez, y a cada golpe la tierra retumbaba y hacía eco en el pecho de Vavílov. A la luz de la luna, la brillante hoja del hacha era azul; el fulgor que desprendía una vez en alto, se apagaba cuando descendía.

Había silencio alrededor. La luz de la luna, cual aceite suave de lino, cubría la tierra, la hierba, los anchos campos de centeno joven, los tejados de las isbas, se extendía en las ventanillas y en los charcos.

Vavílov se enjugó el sudor de la frente con el dorso de una mano y miró al cielo. En lugar del abrasador sol de verano, sólo vio en lo alto el exangüe astro de la noche.

–Basta –dijo la mujer–. De todos modos, no podrás proveernos para toda la guerra.

Él se volvió para echar un vistazo al montón de leña cortada.

–De acuerdo; cuando Alekséi y yo volvamos del frente, cortaremos más.

Enjugó la hoja del hacha con la palma de una mano, de la misma manera en que acababa de enjugar su frente sudorosa. Luego sacó la bolsita con picadura de tabaco, lió un pitillo y se puso a fumar; el humo flotaba lentamente en la quietud del aire.

Entraron en casa y les sorprendió una bocanada de calor en la cara. Se oía la respiración tranquila de sus hijos, que dormían. Aquella penumbra calma, aquel aire, las manchas blancas de las cabezas de sus hijos en la semioscuridad de la casa eran su vida, su amor, su destino feliz. Recordó los tiempos en que había vivido en aquella casa cuando era soltero: entonces llevaba pantalones militares abombados de color azul, un gorro con estrella roja y fumaba en una pipa con tapa que su hermano le había traído de la Gran Guerra. Vavílov apreciaba mucho aquella pipa, ya que fumar en ella le daba un aire audaz. A la gente le gustaba tomarla en las manos y elogiarla: «Realmente es una buena pieza». Había perdido la pipa en vísperas de su boda.

Tras contemplar la cara de Nastia mientras dormía, Vavílov se volvió para mirar a su mujer y le pareció que la mayor felicidad del mundo sería permanecer en aquella isba y no marcharse nunca de allí. Aquel preciso

instante fue el más aciago de su vida: en el soñoliento silencio que precedía al amanecer, sus ojos, sus huesos y su piel, antes que su pensamiento, alcanzaron a comprender que el maligno poder del torbellino les era totalmente indiferente tanto a Vavílov como a cuanto éste amaba. Y en ese mismo instante se horrorizó, como lo haría una rama que comprendiera de repente que no era ella la que navegaba a placer a lo largo de verdes riberas ora bajas, ora altísimas, sino que era una enorme e indoblegable corriente de agua la que la llevaba a su merced. Y entonces la sensación de pena por su mujer y sus hijos se apoderó de él con fuerza renovada: había dejado de ser el apoyo y el arquitecto de sus vidas, porque el torbellino se había apoderado de él y ya no era dueño de sí mismo, ni les pertenecía a ellos. Por un momento se olvidó de que su destino y el de sus hijos, que dormían en la cama, se habían fusionado con el de todo un país y su pueblo; olvidó que el destino de su koljós y el de las enormes ciudades de piedra con sus millones de habitantes eran uno. Una pena, que no conoce ni quiere consuelo ni comprensión, le atenazó el corazón en aquel instante amargo. Sólo ansiaba una cosa: vivir entre aquellos leños que su mujer pondría en invierno en la estufa; en aquella sal con la que ella sazonaría las patatas y el pan; en el grano que ella recibiría y traería a casa como pago por los jornales que él habría trabajado. Pero sabía que eso era imposible y que habría miseria y escasez, y ello haría que él permaneciera vivo en la memoria de los suyos. Pensarían en él cuando miraran a la despensa vacía, cuando pidieran una medida de harina al vecino, cuando trataran de convencer al jefe del koljós para que les dejara un caballo con el que arrastrar una carga de leña del bosque.

–Las patatas no alcanzarán hasta la primavera. Lo mismo nos pasará con el pan y la leña. Lo único de lo que no estaremos escasos será de pena –dijo su mujer. Maria enumeró todo lo que les faltaría antes de que llegaran, sucesivamente, el invierno, la Navidad, el inicio del ayuno y la Pascua.

Señalando a los niños que dormían, continuó:

–Tú no tendrás problemas, porque no habrás de preocuparte del pan, pero ¿qué va a ser de mí? ¿De dónde voy a sacar yo pan para *ellos* ? ¿De qué sirve vivir así? –añadió hablando deprisa y en voz baja, arrojándole sus reproches como si él se marchara por su propia voluntad.

Sus palabras ofendieron a Vavílov, aunque comprendía que a ella le pesaba su partida y decía todo aquello para contener la congoja y el dolor

que atenazaban su alma. Cuando ella hubo acabado , le preguntó:

–¿Me has preparado lo que te pedí?

Ella puso un macuto sobre la mesa y dijo:

–El macuto en sí pesa más que todo lo que contiene.

–No pasa nada, así se camina más ligero –dijo en tono conciliador.

Efectivamente, el contenido del macuto era escaso: pan, tostadas de centeno crujientes, una taza, una aguja de coser y una bobina de hilo, dos pares de calcetones gastados y un cortaplumas con el mango de madera.

–¿Te pongo unos guantes? –preguntó ella.

–No, tú los necesitarás más.

–Eso ya lo diré yo –respondió Maria con acritud. Sabía que estaba siendo grosera y eso la enfadaba aún más.

–También voy a dejar la camisa; que sea para Nastia, ya me darán una –dijo Vavílov.

Maria Nikoláyevna asintió en silencio y puso la camisa a un lado.

–Papaíto –dijo Nastia con voz soñolienta–, ¿por qué no se lleva la camisa si yo no la voy a necesitar?

–Sigue durmiendo –dijo la madre imitando su voz amodorrada–. ¡Y dale con la camisa! ¿Qué harás cuando te manden a cavar trincheras en invierno? ¿Con qué te abrigarás entonces?

Vavílov dijo a Nastia:

–No creas que porque sea severo no te quiera, tontorrona.

La muchacha rompió a llorar, apoyó la mejilla en la mano del padre y susurró:

–Papaíto...

–¿Te llevas la camisa? –insistió Maria Nikoláyevna.

–Escríbanos, al menos –pidió entre sollozos Nastia.

Vavílov quería advertirles de decenas de cosas, unas importantes, otras insignificantes, en las que dejaría traslucir todo su amor y no sólo la preocupación por la hacienda: en invierno habría que cubrir mejor el ciruelo joven para protegerlo del frío; tampoco se debería dejar de repasar una por una las patatas que ya habían empezado a exudar; además, habría que pedir al presidente que repararan la estufa. Se sentía con ganas de añadir algo sobre aquella guerra para la que había sido movilizada toda la nación, su hijo incluido, y que ahora le llamaba también a él. Había tantas cosas, importantes y menudas, significativas e insignificantes que mencionar que, al verse incapaz de referirlas todas, dejó de hablar.

–Bueno, Maria –dijo–, antes de marcharme os traeré agua.

Cogió los cubos y fue por ella. El balde bajó hacia el fondo, retumbando contra la superficie viscosa de las paredes de troncos del pozo. Vavílov se inclinó sobre el hueco y aspiró el aire húmedo y frío. La oscuridad le cegó y, en aquel instante, pensó en la muerte.

El balde se llenó enseguida hasta el borde. Mientras lo subía, Vavílov escuchaba caer el agua del recipiente al fondo del pozo, y cuanto más subía el balde, tanto más nítido se hacía aquel sonido. Emergió de las tinieblas dejando rebosar chorros de agua que, raudos y ansiosos, se precipitaban de vuelta a la oscuridad del pozo.

Al entrar en el zaguán vio a su mujer, sentada sobre un banco. En la penumbra apenas podía distinguirla con claridad, pero adivinaba la expresión de su cara. Ella levantó la cabeza y dijo:

–Siéntate a descansar un rato y come algo.

–Está bien, ya lo haré luego –la tranquilizó.

El día empezaba a clarear. Vavílov se sentó a la mesa. Encima había un plato con patatas, un platillo con miel que rezumaba azúcar blanco, rebanadas de pan y una taza con leche. Se puso a comer despacio. Tenía las mejillas encendidas como por efecto de un frío viento invernal y la mente obnubilada. Mientras pensaba, hablaba, se movía y masticaba, tenía la sensación de estar a punto de lograr que aquella niebla que nublaba su mente se disipara para poder ver con claridad. La mujer le acercó un plato y dijo:

–Cómete algunos huevos, he cocido una decena y media, te los pondré en el macuto.

Ante aquella muestra de cariño, Vavílov dedicó a Maria Nikoláyevna una sonrisa tan cándida y despejada que ella sintió como si la abrasaran: le había sonreído de la misma manera que cuando, siendo una moza de dieciocho años, había entrado por primera vez en aquella casa. Y compartió el sentimiento de miles y miles de mujeres como ella. El corazón se le encogió y sólo le faltó prorrumpir en un grito que dejara al descubierto y ahogara a la vez su inmensa pena. Sin embargo, se limitó a decir:

–Tendría que haberte preparado unas empanadas y comprado algo de vino, pero ya sabes, estamos en guerra.

Él se puso en pie, se enjugó la boca, exclamó «¡Arriba!» y empezó a prepararse para la partida. Se abrazaron.

–Piotr... –dijo ella muy despacio, como si quisiera hacerle entrar en razón, convencerle de que se quedara.

–Es necesario –respondió él.

Sus movimientos eran lentos y procuraba no mirar en dirección a su esposa.

–Hay que despertar a los hijos, Nastia se ha vuelto a dormir –dijo Maria Nikoláyevna para sí. Quería hacerlo para que los niños la ayudaran a sobrellevar, compartiéndola con ella, la pesadumbre de aquel momento.

–¿Para qué?, ya me despedí de ellos anoche –dijo Vavílov y aguzó el oído para escuchar la respiración soñolienta de su hija.

Se ajustó el macuto, cogió el gorro y, tras dar un paso hacia la puerta, dirigió una breve mirada a su mujer. Los dos ojearon las paredes de la casa, pero ¡cuán diferentes las vio cada uno de ellos mientras permanecieron juntos en el umbral en el instante de la despedida! Ella sabía de antemano que aquellas paredes, ahora vacías y hurañas, serían testigo de su soledad. Vavílov, sin embargo, deseaba llevarse en la memoria la imagen de la que, para él, era la casa más acogedora de la Tierra.

Se alejó caminando por la carretera en tanto que ella, pegada al portalón, le seguía con la mirada, segura de que sabría soportarlo todo y a todo podría sobrevivir con tal de que él regresara y se quedara, ni que fuera por una hora, para que ella pudiera volver a verlo una vez más. Susurró dos veces su nombre, pero él no se volvió ni se detuvo, sino que siguió caminando al encuentro de la roja aurora que había despuntado sobre un confín de la tierra que él había labrado. Un viento frío le azotaba en la cara y le arrancaba de entre la ropa el calor y el olor de su hogar.

6

La alegría no reinó en la fiesta de cumpleaños de Aleksandra Vladímirovna Sháposhnikova, viuda de un famoso ingeniero de puentes, que se celebró en su casa un día de 1942.

La breve reunión de una familia que se sienta en torno a una mesa para mirar la cara de uno de los suyos que se dispone a partir en un largo viaje encierra un sentido profundo y conmovedor. No en balde era una

costumbre que seguía vigente en distintos estamentos sociales, mientras que otros muchos usos de los tiempos pasados habían desaparecido.

Los amigos y familiares se daban cuenta de que se trataba, tal vez, de su último encuentro, ya que ninguno sabía con certeza si volverían a verse alguna vez.

Habían decidido invitar también a Mostovskói y a Andréyev, un viejo amigo de la familia. Andréyev conocía al finado marido de Aleksandra Vladímirovna desde que éste, en aquel entonces un estudiante de diecinueve años de la Facultad Politécnica, había hecho prácticas de maquinista en un remolcador en el Volga. Andréyev había trabajado allí de fogonero y solían charlar apostados sobre la cubierta. Luego Andréyev trabaría con los Sháposhnikov una relación más estrecha de modo que, cuando Aleksandra Vladímirovna, ya viuda, había llegado con sus hijos a Stalingrado, Andréyev la visitaba con regularidad. Zhenia, [9] la hija menor de Aleksandra Vladímirovna, acostumbraba decir entre risas:

–Seguramente es un admirador de mamá.

También habían invitado a Tamara Beriózkina, una conocida reciente de los Sháposhnikov. Aquella mujer había padecido tantas calamidades desde que había empezado la guerra, tantos bombardeos, incendios y tanto errar les había tocado en suerte a ella y a sus hijos, que en la familia de los Sháposhnikov solían llamarla «la pobre Tamara».

–¿Por qué no viene la pobre Tamara? –decían.

El espacioso apartamento de tres habitaciones de los Sháposhnikov, donde Aleksandra Vladímirovna vivía con su nieto Seriozha, [10] se les hizo estrecho: poco tiempo después del inicio de la ofensiva de los alemanes en verano, la familia de Marusia, [11] la hija mediana de Aleksandra Vladímirovna, había dejado la central hidroeléctrica de Stalingrado para irse a casa de su madre. Antes, Marusia había vivido junto con su marido y su hija Vera en una casa adosada al edificio de la central. La mayoría de los ingenieros que trabajaban allí decidieron trasladar a sus familias a la ciudad ante la amenaza de los bombardeos nocturnos.

Stepán Fiódorovich, el marido de Marusia, llevó a casa de su suegra el piano y una parte de los muebles. Poco tiempo después, Zhenia se mudó allí también.

En las noches en las que no estaba de guardia, también dormía en aquella casa una antigua compañera de Aleksandra Vladímirovna, la

doctora Sofia Ósipovna Levinton, que trabajaba como cirujana en uno de los hospitales de Stalingrado.

La víspera de la reunión había llegado por sorpresa Tolia, hijo de Liudmila, la hija mayor de Aleksandra Vladímirovna. Tras licenciarse de la escuela militar, Tolia se dirigía al frente con la orden de incorporarse a filas. Le acompañaba un teniente que regresaba a su unidad tras permanecer ingresado en el hospital. Cuando entraron en casa la abuela tardó en reconocer a Tolia, vestido con uniforme militar, y dijo con severidad:

–¿A quién buscan, camaradas? –Y de repente exclamó–: ¡Tólenka! [12]

Entonces Zhenia anunció que debían celebrar solemnemente aquella reunificación familiar.

La masa del pastel ya estaba lista. Spiridónov había traído en coche una bolsa llena de harina blanca y una maletita con mantequilla, esturión y caviar. Zhenia consiguió tres botellas de vino dulce gracias a sus contactos en el mundo del arte, y Marusia cedió dos botellas de vodka de medio litro de su hasta ese día intocable fondo de intercambio.

Por aquel entonces era costumbre que las visitas llevaran algo de comida, pues las personas que vivían solas no estaban en disposición de organizar un festín para un gran número de invitados.

Zhenia, con la cara y las sienes empapadas a causa del calor que desprendía el horno, permanecía en pie en mitad de la cocina con un cuchillo en una mano y un trapo en la otra. Vestía una bata por encima de un elegante vestido de verano. Se había tocado con un pañuelo por debajo del cual se escapaban sus rizos oscuros.

–Por Dios, ¿cómo es posible que mamá aún no haya vuelto del trabajo? –preguntó a su hermana–. No sé si habría que dar la vuelta a la empanada, no sea que se nos vaya a quemar... No sé cómo funciona vuestro horno.

Estaba entusiasmada con la empanada y sólo pensaba en ella. Marusia, que se divertía con el fervor culinario de su hermana menor, dijo:

–Yo tampoco sé cómo funciona, pero no te preocupes... mamá ya está en casa y algunos de los invitados acaban de llegar.

–Marusia, ¿por qué llevas esa horrible chaqueta marrón? –preguntó Zhenia–. Además de andar encorvada, con ella pareces una jorobada perfecta. Y ese pañuelo tan oscuro resalta tus canas. Siendo tan flaca, deberías vestir ropa clara.

–No tengo la cabeza para pensar en esas cosas –dijo Marusia–. ¡Pronto voy a ser abuela, pues mi Vera ha cumplido ya dieciocho años!

Marusia aguzó el oído para atender al sonido del piano, que llegaba desde una de las habitaciones, frunció el ceño y con sus grandes ojos oscuros dirigió una mirada de enfado a Zhenia.

–Sólo a ti se te podría haber ocurrido organizar todo esto… –dijo–. ¡Qué dirán los vecinos! A buena hora te ha dado por festejar...

Zhenia a menudo tomaba decisiones repentinas que a veces causaban no pocos disgustos a ella y a su entorno. Cuando iba al colegio, tan pronto se aficionaba al baile, descuidando las clases, como se creía pintora. Era inconstante en sus afectos: tanto era capaz de alabar durante un tiempo la generosidad y la excelencia de alguna amiga suya como luego vituperarla fervorosamente sacando a la luz sus pecados. Empezó los estudios de pintura en el Instituto de Bellas Artes de Moscú, pero los abandonó antes de terminar. Unas veces, Zhenia se convencía de que era una artista consumada y entonces se admiraba de sus obras y sus ideas; otras, al acordarse de repente de alguna mirada de indiferencia o de algún comentario jocoso, concluía que carecía de todo talento y se lamentaba de no haber estudiado artes aplicadas, de no haber aprendido a diseñar estampados. A los veintidós años, a punto de licenciarse, Zhenia se casó con Krímov, un funcionario del Komintern trece años mayor que ella. Le gustaba todo de su marido: su indiferencia ante las comodidades burguesas y los objetos de valor, su pasado romántico como combatiente en la Guerra Civil, sus actividades en China y sus compañeros del Komintern. Pero su matrimonio resultó ser frágil, por mucho que Zhenia admirara a Krímov y a pesar del amor que éste le profesaba, al parecer, con sinceridad.

Su vida en común acabó un día de diciembre, cuando Yevguenia Nikoláyevna hizo las maletas y volvió con su madre. Sucedió en 1940. Las razones de la ruptura que Zhenia expuso a sus familiares fueron tan confusas que nadie las entendió. Marusia la tildó de neurótica, mientras que su madre le preguntó si se había enamorado de otro. Vera discutió entonces con Seriozha, que a sus quince años aprobaba la decisión de Zhenia.

–¿Cómo no vas a entenderlo? –decía Seriozha–. Se desenamoró y punto, no hay nada que entender.

–Pero ¿qué filosofía es ésa? Se enamoró, se desenamoró. ¿Qué sabrás tú de todo eso, mocoso? –le respondía su prima, quien estaba en noveno

curso y se creía una entendida en los asuntos del corazón.

Algunos vecinos y conocidos explicaban aquel suceso en la vida de Zhenia de una manera simple. Unos decían que Zhenia era precavida y práctica, y su ex marido no era precisamente una de esas personas a las que las cosas les fueran bien por aquel entonces: muchos de sus amigos y conocidos atravesaban una situación difícil –algunos habían sido cesados e incluso represaliados–, de modo que Zhenia, según afirmaban sus censores, había decidido abandonar a su marido para evitar compartir con él las calamidades que posiblemente le sobrevinieran. Otras, chismosas románticas, aventuraban que Zhenia tenía un amante con el que su marido la había descubierto al regresar por sorpresa, tras recibir un telegrama urgente, de un viaje a los Urales.

Ciertas personas tienden a suponer que tan sólo las más bajas motivaciones mueven las acciones humanas. No es que las personas en cuestión sean malas, en absoluto; más bien al contrario, pues a menudo estos mismos censores jamás serían capaces de hacer aquello que imputan a otros. Pero creen que su proceder da fe de su sabia madurez y, por consiguiente, juzgan de ingenuos y cortos de miras a aquellos que aducen buenas intenciones a la hora de explicar el comportamiento humano.

Zhenia se horrorizó cuando se enteró de lo que se murmuraba acerca de su separación... Pero todo aquello había sucedido antes de la guerra, así que en esta última visita no se habló del tema.

7

Los jóvenes de la familia se reunieron en la habitación de Seriozha: una pieza minúscula en la que, sin embargo, Stepán Fiódorovich se las había ingeniado para meter el piano que había traído desde la central hidroeléctrica.

Bromeaban sobre quién se parecía y no se parecía a quién. Seriozha, flaco, de tez pálida, ojos oscuros y pelo y piel morenos, se parecía a su madre. También había heredado de ella sus ademanes bruscos y una mirada desafiante. Tolia, en cambio, era alto, fornido, de cara y nariz anchas, y siempre estaba alisando su pelo color de heno delante de un espejo. De un bolsillo de su casaca sacó una fotografía, un retrato con su

hermana Nadia, una muchacha flaca de largas y finas trenzas que entonces vivía con sus padres en Kazán, donde habían sido evacuados desde Moscú. Todo el mundo rió ante el distinto aspecto entre Tolia y Nadia. Vera era alta, rubicunda, de nariz pequeña y recta y no guardaba ningún parecido con sus primos. Tan sólo sus ojos castaños, de expresión viva y enojada, le daban cierto parecido a su joven tía Zhenia. Aquella absoluta disparidad de rasgos entre los miembros de una misma familia se había dado sobre todo en la generación nacida tras la Revolución, cuando los matrimonios se contraían a pesar de las diferencias: el amor unía a personas de etnia, lengua, ascendencia, posición y origen sociales distintos. Naturalmente, la disparidad de caracteres también era remarcable, de modo que los temperamentos se fueron enriqueciendo con combinaciones poco comunes.

Por la mañana, Tolia y el teniente Kovaliov, su compañero de viaje, habían acudido al Estado Mayor de la circunscripción. Allí Kovaliov supo que su división estaba en la reserva en algún lugar entre Kamishin y Sarátov. Tolia también tenía orden de incorporarse a una de las divisiones de reserva. Los jóvenes tenientes decidieron permanecer en Stalingrado un día más. «Habrá suficiente guerra para todos –razonó Kovaliov–. Llegar tarde, no llegaremos.» De todos modos, acordaron no salir a la calle para evitar topar con alguna patrulla de la comandancia.

Durante el duro viaje hasta Stalingrado, Kovaliov ayudó en todo momento a Tolia. Aquél tenía una marmita de campaña, mientras que a Tolia le habían robado la suya el día en que se había licenciado de la escuela militar. Kovaliov sabía de antemano en cuál de las estaciones habría agua caliente, cuáles de los puntos de avituallamiento proveían de pescado ahumado y embutido de cordero a quienes tenían cartilla y cuáles abastecían sólo de concentrado de guisantes y mijo.

En Batrakí, Kovaliov había conseguido una cantimplora de aguardiente, y juntos dieron buena cuenta de él. Kovaliov contó entonces a Tolia su amor por una paisana suya con la que se casaría una vez terminada la guerra.

Además, le confió sus más profundos conocimientos sobre la guerra, acerca de aquellas cuestiones que, aunque no figuraban en los reglamentos ni en los libros, eran necesarias y muy valiosas para quienes combatían sin tener demasiada fe en sobrevivir; no obstante, todo aquello carecería de importancia para los que, una vez acabada la contienda, sólo querrían saber qué había ocurrido.

Tolia se sentía complacido por haber entablado amistad con aquel teniente que ya había entrado en combate. Durante el trayecto en tren, Tolia intentaba pasar por un tipo avezado y, cuando la conversación versaba de chicas, decía con una sonrisa cansina: «Lo mejor con las mujeres es amarlas y abandonarlas después...».

Tolia tenía unas ganas terribles de charlar con Seriozha y Vera, pero se avergonzaba de ellos ante Kovaliov sin que él mismo pudiera entender por qué. Si Kovaliov no hubiera estado allí, Tolia habría hablado como acostumbraba hacer con su primo y su prima. A ratos la presencia de Kovaliov le resultaba embarazosa, y entonces se avergonzaba de sí mismo por albergar semejante sentimiento hacia su fiel compañero de viaje.

La existencia pasada de Tolia había estado ligada al mundo en que vivían Seriozha, Vera y la abuela, pero en aquel momento consideraba el reencuentro con su familia como un hecho casual y pasajero.

En adelante, Tolia estaba destinado a vivir rodeado de tenientes, comisarios políticos, cabos y sargentos. En aquel mundo abundaban las insignias de rango triangulares, cuadradas, de rombos y barras, las cartillas de racionamiento y los bonos de viaje. Allí Tolia había conocido a gente nueva, había hecho nuevos amigos y nuevos enemigos. En aquel mundo, todo era insólito para él.

Tolia no confió a Kovaliov que había querido ingresar en la Facultad de Física y Matemáticas con la intención de provocar una revolución en las ciencias naturales que eclipsara a Newton y a Einstein. Tampoco le dijo que poco antes de la guerra había empezado a construir un receptor de radio de onda corta y un aparato de televisión. Ni le contó que solía presentarse en el instituto de su padre al acabar las clases y ayudar a los estudiantes a ensamblar complejos aparatos o que a su madre le gustaba bromear diciendo: «¡No alcanzo a comprender cómo este niño heredó el don para la ciencia que tiene Víktor!».

Tolia era alto y ancho de hombros, por lo que la familia le había bautizado con el sobrenombre de «peso pesado»; sin embargo, su natural resultó ser tímido y delicado.

La conversación no acababa de cuajar. Kovaliov tocaba al piano, golpeando las teclas con un dedo, la canción *Mi ciudad querida puede dormir en paz* .

–Y ésta ¿quién es? –preguntó en un bostezo a la vez que señalaba el retrato que colgaba de la pared encima del piano.

–Ésta soy yo –dijo Vera–, lo pintó la tía Zhenia.

–Pues no se te parece –concluyó Kovaliov.

Seriozha era quien provocaba una mayor tensión en el ambiente: observaba a los invitados con mirada burlona, cuando lo normal hubiera sido que, a su edad, admirara a los militares, sobre todo cuando se trataba de uno como Kovaliov, distinguido con dos medallas al mérito en el combate y tenía una cicatriz en la sien. Seriozha no había preguntado nada sobre la escuela militar y Tolia se sintió ofendido, pues le sobraban ganas de hablar sobre su sargento, las prácticas en el campo de tiro y las escapadas furtivas al cine.

Aquel día Vera, célebre en la familia por reírse sin motivo, sólo porque tenía la risa permanentemente alojada en su interior, estaba huraña y poco habladora. Había estado escudriñando al invitado, pero Seriozha, tal vez a propósito, sacaba temas de conversación fuera de lugar; con maliciosa perspicacia, hallaba palabras especialmente impertinentes.

–Vera, y tú, ¿por qué callas? –preguntó irritado Tolia.

–No estoy callada.

–El amor ha hecho presa en ella –dijo Seriozha.

–Imbécil –respondió Vera.

–Te has ruborizado, así que debe de ser verdad... –dijo Kovaliov a Vera y le guiñó un ojo con picardía–. ¡Seguro que estás enamorada! De un mayor, ¿verdad? Ahora las chicas dicen que nosotros, los tenientes, las ponemos nerviosas.

–Pues a mí los tenientes no me ponen nerviosa –dijo Vera mirando a Kovaliov a los ojos.

–Entonces debes de estar enamorada de un teniente –dedujo Kovaliov. Aquello le entristeció, pues a ningún teniente le agrada conocer a una chica que ha entregado su corazón a otro militar con el mismo rango–. ¿Sabéis qué? –dijo–. Brindemos con el aguardiente que me queda en la cantimplora.

–¡De acuerdo! –se animó de repente Seriozha–. ¡Bebamos, claro que sí!

Al principio, Vera se había negado, pero luego tomó un trago y comió una de las tostadas que Kovaliov había sacado de su macuto de color verde.

–Usted será una verdadera compañera para un combatiente –dijo Kovaliov.

Vera se echó a reír como si fuera una niña, arrugando la nariz, golpeando en el suelo con un pie y agitando su cabellera de color rubio oscuro.

El alcohol enseguida hizo mella en Seriozha. Empezó por criticar las acciones de combate, y luego se puso a recitar poesía. Tolia miraba de soslayo a Kovaliov, temeroso de que éste se mofara de su familia porque uno de sus miembros –ya adulto, aunque joven aún– recitara de memoria, agitando los brazos, los poemas de Yesenin. Pero Kovaliov prestaba mucha atención y, mientras escuchaba, tenía el aire de un joven de pueblo. Luego, de repente, abrió su cartera de campaña y dijo a Seriozha:

–Un momento, ¡deja que me lo apunte!

Vera frunció el ceño, se quedó pensativa y luego dijo a Tolia al tiempo que le acariciaba una mejilla con la mano:

–¡Ay, Tolia de mi alma, no sabes nada todavía!

Lo dijo en el tono propio de una mujer de, al menos, cincuenta y ocho años, y no en el de una muchacha de dieciocho.

8

Aleksandra Vladímirovna Sháposhnikova, una anciana alta y de buena planta, terminó sus estudios de ciencias naturales en la escuela superior para mujeres mucho antes de que estallara la Revolución. Tras la muerte de su marido trabajó durante algún tiempo de maestra, luego de química en un centro de bacteriología y ahora ejercía como encargada en un laboratorio de prevención de riesgos laborales. La guerra había hecho que se redujera aún más la ya de por sí escasa plantilla del laboratorio, de modo que Aleksandra Vladímirovna se vio obligada a visitar personalmente las fábricas de maquinaria, de textil y de calzado, el depósito de locomotoras y el elevador de granos para tomar muestras de aire y de residuos industriales. Aunque la fatigaban, a Aleksandra Vladímirovna aquellos viajes le resultaban agradables e interesantes. Le encantaba su trabajo de química. En su pequeño laboratorio había ideado un aparato para el análisis cuantitativo del aire en las industrias. También llevaba a cabo análisis de limadura, agua potable e industrial con el fin de detectar la presencia nociva de óxido de nitrógeno, óxido y sulfuro de carbono;

examinaba diferentes tipos de aleaciones y combinaciones de plomo, y determinaba los pares de mercurio y arsénico. Le gustaba estar rodeada de gente, razón por la que, cuando visitaba las industrias, entablaba amistad con torneros, costureras, molineros, herreros, electricistas, fogoneros y conductores de tranvías y de locomotoras.

Un año antes de la guerra había empezado a trabajar por las noches en la biblioteca, haciendo traducciones técnicas para ella y para otros ingenieros de las industrias de Stalingrado. De niña había estudiado inglés y francés, y durante su exilio en Berna y Zúrich junto a su marido también había aprendido alemán.

Al volver del trabajo, se acercó al espejo y estuvo un buen rato atusándose sus cabellos blancos. Luego fijó un broche –dos violetas de esmalte entrelazadas– al cuello de su blusa. Al mirarse en el espejo se quedó pensativa por un instante, soltó con determinación el broche y lo dejó sobre la mesa. La puerta se entreabrió y apareció Vera, quien, entre asustada y risueña, dijo en un susurro bien alto:

–¡Abuela, date prisa, acaba de llegar el terrible viejo de Mostovskói!

Aleksandra Vladímirovna se entretuvo un segundo, volvió a ponerse el broche y fue aprisa hacia la puerta.

Recibió a Mostovskói en un pequeño recibidor abarrotado de cestos, maletas viejas y sacos de patatas.

Mijaíl Sídorovich Mostovskói era una de aquellas personas con una energía vital inagotable, de quienes se suele decir que son «una fuerza de la naturaleza».

Antes de la guerra, Mostovskói había vivido en Leningrado. En febrero de 1942, fue evacuado de la ciudad sitiada en avión. Mostovskói conservaba la ligereza en el andar, buena vista y mejor oído, una excelente memoria y agudeza de pensamiento. Pero lo más importante era que había preservado del peligro de embotamiento su vivo interés por la vida, la ciencia y la gente. Conservaba todas aquellas cualidades a pesar de haber tenido una vida con cuyas peripecias se habría podido colmar las vidas de muchas personas: trabajos forzados, exilio, noches en vela, privaciones, encono de los enemigos, decepciones, amarguras, penas y alegrías. Aleksandra Vladímirovna había conocido a Mostovskói antes de la Revolución, en la época en que su marido trabajaba en Nizhni Nóvgorod. Mostovskói había ido allí durante su etapa de revolucionario en la clandestinidad y vivió aproximadamente un mes en el apartamento de los

Sháposhnikov. Más tarde, después de la Revolución, Aleksandra Vladímirovna seguía visitando a Mostovskói cada vez que iba a Leningrado. Durante la guerra, el destino quiso que volvieran a encontrarse en Stalingrado.

Mostovskói entró en la habitación y miró con los ojos entornados las sillas y banquetas alrededor de una mesa cubierta con un mantel blanco a la espera de los invitados, el reloj de pared, el ropero y un biombo chino con la figura bordada en seda de un tigre que avanzaba con sigilo entre bambúes verde-amarillos.

–Si un atento arqueólogo diera con esta habitación dentro de mil años –dijo con un brillo burlón en los ojos–, podría extraer interesantes conclusiones acerca de la yuxtaposición de los diversos estratos sociales en nuestro tiempo.

Las arrugas que rodeaban sus ojos desaparecieron por un instante para reaparecer después enseguida, cuando, apuntando a las estanterías de madera sin barnizar, continuó:

–A ver. Aquí tiene *El pasado y las ideas* de Herzen, algo de Hegel en alemán y los retratos de Dobroliubov y Nekrásov. Todo eso apunta a vuestro pasado revolucionario. Pero ese tigrecito de seda debe provenir de vuestro papaíto, comerciante y millonario. Como también de él habrá heredado usted ese enorme reloj de pared. En cambio, ese jarrón del tamaño del armario, el propio armario y la gran mesa de comedor ya deben de ser producto de la prosperidad actual y los habrá aportado su yerno, el ingeniero jefe. ¡Oh! A juzgar por la cantidad de cubiertos que hay en la mesa, hoy celebran un banquete de gala. Debería haberme avisado, me habría puesto mi mejor corbata –añadió alzando un dedo con gesto admonitorio.

A Aleksandra Vladímirovna, la presencia de Mostovskói siempre le había intimidado, algo impropio en ella. También en aquella ocasión le pareció que Mostovskói la había reprobado, y se ruborizó. Aquel sonrojo que cubría su rostro de anciana resultaba triste y conmovedor.

–Me plegué a las exigencias de mis hijas y nietos –se excusó Aleksandra Vladímirovna–. Después de un invierno en Leningrado, todo esto debe de resultarle un tanto extraño y fuera de lugar.

–Todo lo contrario, lo considero muy acertado –dijo Mostovskói y se sentó a la mesa para llenar su pipa de tabaco–. Sírvase usted también, por

favor –añadió y tendió a Aleksandra Vladímirovna la bolsita con tabaco–. Pruebe del mío.

Mostovskói miró los dedos manchados de tabaco de la mujer y añadió:

–Debería fumar con boquilla.

–Sabe mejor sin boquilla –dijo ella y volvió a sentir el deseo de justificarse–: Comencé a fumar en el exilio de Siberia y no veas cuántas discusiones me costó con Nikolái Stepánovich. Pero a estas alturas, creo que seguiré fumando hasta el fin de mis días.

Mostovskói sacó del bolsillo una piedra, una gruesa mecha de color blanco y un trozo de lima acerada.

–Katiusha se llama –dijo–, pero siempre me da problemas.

Intercambiaron miradas y luego una sonrisa. En efecto, Katiusha no funcionaba, no había manera de encenderla.

–Le traeré unas cerillas –propuso Aleksandra Vladímirovna, pero Mostovskói rechazó el ofrecimiento con un gesto de la mano:

–¡Ni se le ocurra! No es momento de malgastar cerillas.

–Sí, ahora la gente no desperdicia las cerillas por nada del mundo. Tengo una pequeña lámpara de aceite ardiendo siempre en la cocina y los vecinos pasan a pedirme lumbre.

–Así es en todas partes hoy en día. Cuidamos el fuego como se hacía en las cuevas en tiempos prehistóricos y los ancianos reservan las cerillas para cualquier emergencia que pueda traer la guerra.

Aleksandra Vladímirovna fue al armario e inmediatamente regresó a la mesa. Cuando llegó junto a Mostovskói, le dijo con solemnidad burlona:

–Mijaíl Sídorovich, acéptelas de todo corazón –y, acto seguido, le tendió una caja de cerillas sin abrir.

Mostovskói aceptó el regalo. Fumaron. Aspiraban y soltaban el humo al mismo tiempo. Las fumaradas se mezclaban en el aire y flotaban con pereza en dirección a la ventana abierta.

–¿Está pensando en la partida? –preguntó Mostovskói.

–Como todo el mundo, aunque de momento no se ha hablado nada al respecto.

–¿Cuál cree que será su destino, si no es un secreto de Estado?

–A Kazán. Allí evacuaron a una parte del personal de la Academia de Ciencias y también al marido de Liudmila, mi hija mayor. Él es catedrático, miembro corresponsal de la Academia, en realidad. En Kazán les dieron un apartamento; mejor dicho, un par de habitaciones pequeñas,

así que me invitan a que vaya. Pero usted no tiene que preocuparse por nada; seguramente, se encargarán de evacuarlo.

Mostovskói la miró y asintió con la cabeza.

–¿Será posible que no les detengan? –preguntó Aleksandra Vladímirovna en un tono de voz que denotaba su desesperación, tan mal avenida con la expresión de firmeza e, incluso, de soberbia de su hermoso rostro. Habló despacio, con esfuerzo–: ¿Tan poderoso es el fascismo? ¡No puedo creerlo! Explíquemelo, por Dios. ¿Qué es eso? Mire el mapa que hay en la pared: a veces tengo ganas de descolgarlo y esconderlo. No pasa un día sin que Seriozha no mueva los banderines que señalan los movimientos de avance de las tropas alemanas. Primero fue Járkov, luego de repente Kursk, más tarde Volochansk y Bélgorod. Sebastópol también ha caído. Pregunto a los militares, les interrogo: ¿qué es lo que pasa? ¿Qué sucede con nuestros hombres?

Hizo una pausa y un gesto con la mano, como si quisiera alejar de sí el pensamiento que la torturaba antes de proseguir:

–Me acerco a las estanterías a las que usted se ha referido, cojo los libros de Pushkin, Chernishevski, Tolstói y Lenin, los hojeo y les pregunto: «¿Acaso no seremos capaces de parar a los fascistas? ¿Acaso vais a morir también vosotros?». Y después les digo que son ellos los que nos tienen que defender de estas tinieblas que se ciernen sobre todos.

–¿Y qué le responden a todo eso los militares? –preguntó Mostovskói.

En aquel momento, detrás de la puerta se oyó la voz, entre enfadada y alegre, de una mujer joven:

–Mamá, Marusia, ¿dónde os habéis metido? ¡La empanada se va a quemar!

–¡Vaya, una empanada! ¡La cosa es seria! –dijo Mostovskói.

Aleksandra Vladímirovna aclaró señalando la puerta:

–Es mi hija menor, Zhenia. De hecho, hemos organizado todo esto por ella. Llegó por sorpresa hace una semana. Ya sabe, ahora que las familias andan desperdigadas, nosotros hemos tenido la suerte de reencontrarnos. Además, uno de mis nietos, hijo de Liudmila, ha venido a visitarme antes de ir al frente, así que decidimos celebrar a la vez el reencuentro y la despedida.

–Ya –dijo Mostovskói–, la vida sigue...

Aleksandra Vladímirovna dijo en voz baja, mientras los ojos se le iban llenando de lágrimas:

–Si usted supiera lo difícil que es todo esto para mí. Si fuera una mujer joven vería esta tragedia que se cierne sobre el país de otro modo. Perdóneme que llore así, ¿pero a quién mejor que a usted le voy a decir yo todo esto? Con lo que Nikolái lo quería y lo respetaba a usted… Si al final sé que todos vamos a… A veces quiero morirme y ya. Pero después pienso que todavía me queda fuerza dentro como para mover montañas.

Mostovskói le acarició la mano.

–Vaya, vaya por favor, que no se queme la empanada.

–Llega el momento decisivo –dijo Zhenia mientras se inclinaba junto con Aleksandra Vladímirovna sobre la puerta entreabierta del horno. Miró de soslayo a su madre y, tras acercar los labios a su oído, le dijo atropelladamente–: Esta mañana he recibido una carta, te lo conté una vez, ¿te acuerdas?, hace mucho tiempo, antes de la guerra... un militar al que conozco, Nóvikov, nos habíamos encontrado en el tren... qué extraordinaria coincidencia entonces y ahora... Imagínate: hoy me he despertado y precisamente me he acordado de él. Luego he pensado que debía de haber muerto hace tiempo y al cabo de una hora ha llegado la carta... Además, aquel encuentro en el tren después de dejar Moscú... ¿no será también una extraña coincidencia?

Zhenia se abrazó al cuello de su madre y empezó a besarle la mejilla y el pelo, canoso, que le cubría las sienes.

Cuando Zhenia estudiaba en el Instituto de Bellas Artes, acudió en una ocasión a una recepción de gala en la Academia Militar. Allí conoció a un militar alto, de andar pesado y lento, caporal del curso. La acompañó hasta el tranvía y luego visitó varias veces su casa. En primavera se graduó de la Academia y se marchó de Moscú. Escribió a Zhenia dos o tres cartas en las que no se le declaró, pero sí que le pidió que le enviara alguna fotografía de ella. Zhenia le envió una de tamaño carné que se había sacado para el pasaporte. Luego él dejó de escribirle. Para entonces, ella ya había abandonado el Instituto de Bellas Artes y se había casado.

Cuando, después de separarse de su marido, se dirigía en tren a Kúibishev, donde vivía su madre, un militar rubio y de hombros anchos entró en su compartimento.

–¿Me reconoce? –preguntó él y le tendió una mano grande y blanca.

–Camarada Nóvikov –dijo ella–, por supuesto que le he reconocido. ¿Por qué dejó de escribirme?

Él sonrió y, sin decir palabra, sacó la fotografía de Zhenia de un sobrecito y se la enseñó. Aquélla era la foto que la joven le había enviado a petición suya.

–La he reconocido nada más ver su rostro por la ventanilla del tren –dijo.

Dos señoras entradas en años, médicas de profesión, que iban en el mismo compartimento, no perdían palabra de la conversación que siguió entre Zhenia y Nóvikov. Para ellas, aquel reencuentro fue una suerte de entretenimiento. La charla no trataba de un tema en concreto: una de las dos médicas, de cuya chaqueta asomaba un estuche para gafas, hablaba sin parar recordando todos los encuentros inesperados que se habían producido en su vida, la de sus familiares y sus conocidos. Zhenia le estaba agradecida a aquella médica tan charlatana porque, por lo visto, Nóvikov esperaba mantener una conversación sincera y profunda, acaso en el convencimiento de que aquel encuentro no había sido fruto de la casualidad. Zhenia, en cambio, sólo deseaba una cosa: callar. Nóvikov bajó en Líski y le prometió que le escribiría. Sin embargo, no había vuelto a hacerlo hasta que llegó aquella inesperada carta que removió en Zhenia pensamientos y sentimientos que, al parecer, ya habían caído en el olvido.

Al ver a su hija afanarse junto al horno, Aleksandra Vladímirovna pensó que la fina cadenita de oro que colgaba del cuello de Zhenia combinaba muy bien con la blancura de su piel, y que la peineta que había escogido acrecentaba el brillo de los reflejos dorados de su pelo oscuro. En realidad, tanto la cadenita como la peineta que lucía Zhenia eran meros accesorios que resaltaban la belleza viva de una mujer joven. A Aleksandra Vladímirovna le pareció que la calidez que se desprendía de Zhenia no provenía de sus mejillas encendidas, sus blancas manos ni sus labios entreabiertos, sino que nacía de algún lugar en el fondo de sus brillantes ojos castaños. A pesar de que aquellos ojos fueran los de una persona adulta y hubieran visto tantas cosas, conservaban intacta la expresión infantil de veinte años atrás.

Alrededor de las cinco se sentaron a la mesa. A Mostovskói, el invitado de honor, se le había ofrecido un sillón, pero decidió renunciar al privilegio y se sentó en una banqueta al lado de Vera. A su izquierda había un joven militar de ojos claros que lucía sendas insignias cuadradas de color cereza en los ángulos del cuello de su casaca. El sillón fue para Stepán Fiódorovich.

–Usted, Stepán Fiódorovich, debe sentarse en el sillón, conforme a su condición de padre de familia –dijo Aleksandra Vladímirovna.

–Papá es la fuente principal de luz, calor y tomates en conserva –bromeó Vera.

–Mi tío es jefe de la empresa familiar de reparaciones –se sumó a la guasa Seriozha.

Efectivamente, Stepán Fiódorovich había provisto a su suegra de patatas, tomates en conserva y combustible para todo el invierno. Además, sabía reparar cualquier cosa: una plancha eléctrica, un grifo o la pata de una silla. Por si ello fuera poco, también había negociado con el peletero para que arreglara el abrigo de piel de ardilla.

Sentado en el sillón, Stepán Fiódorovich miraba de soslayo a su hija. Alta, de pelo rubio oscuro y mejillas sonrosadas, se le parecía. Algunas veces Stepán Fiódorovich se había lamentado en público de que Vera no se pareciera físicamente a Marusia, pero para sus adentros se alegraba de reconocer en su hija los rasgos de sus hermanos y hermanas del pueblo.

Stepán Fiódorovich Spiridónov, al igual que centenares de miles de personas, había recorrido en la vida un camino que, por resultar corriente, a nadie hubiera sorprendido.

Treinta años atrás Stepán Fiódorovich, ingeniero en jefe primero y director de la central hidroeléctrica de Stalingrado después, había pastoreado cabras cerca de un pueblo fabril en la región de Naro-Fominsk. El avance de las tropas alemanas desde Járkov hacia el Volga motivó que Stepán Fiódorovich reflexionara sobre su propio destino y se sorprendiera de lo que había sido y lo que llegó a ser. Tenía fama de ingeniero de mentalidad abierta. Había hecho descubrimientos innovadores en materia de producción de energía eléctrica, e incluso su nombre aparecía mencionado en un grueso tratado de electrotecnia. A pesar de ocupar el cargo de director de una central importante, algunos lo tenían por un gerente mediocre y le reprochaban que se pasara días enteros en la sala de máquinas mientras el secretario atendía las incesantes llamadas. En una

ocasión, el propio Stepán Fiódorovich había solicitado un traslado que el comisario del pueblo desestimó, una decisión que el solicitante celebró en su fuero interno. Incluso en el tan aborrecido trabajo administrativo, Stepán Fiódorovich descubría para sí no pocos aspectos interesantes y agradables. Le gustaba la tensión que conllevaba el cargo de director y, además, no temía la responsabilidad. Tenía buena relación con los obreros de la central a pesar de su carácter irritable e, incluso, severo.

Era amante de la buena comida y nunca rechazaba un vaso de buen vodka; le gustaba comer en restaurantes, razón por la cual solía guardar, sin que su mujer lo supiera, dos o tres centenares de rublos a los que llamaba «los de debajo de la piel». Si tenía alguna noche libre cuando viajaba a Moscú por trabajo, se corría una buena juerga, algo que después callaba en casa. No obstante, era un buen padre de familia, amaba a su mujer, se enorgullecía de la erudición de ésta y nunca había escatimado esfuerzos para complacer a su Marusia, su hija y todos sus familiares.

Al lado de Spiridónov se había sentado Sofia Ósipovna, una mujer entrada en años, de hombros gruesos, mejillas sonrosadas y carnosas, que lucía sobre su casaca insignias del rango de mayor en forma de barras. Su hablar era abrupto y, mientras conversaba, solía fruncir el ceño. Según contaban las amigas de Vera –que trabajaban en el hospital cuyo departamento de cirugía dirigía Sofia Ósipovna–, era temida no sólo por las enfermeras y sus auxiliares, sino también por otros médicos. Sofia Ósipovna ejercía de cirujana desde antes de la guerra; quizá su carácter fuese el más idóneo para aquella profesión que, a su vez, habría impreso su sello en su particular modo de ser. En calidad de médica había formado parte de varias expediciones científicas a Kamchátka, Kirguisia e incluso había permanecido dos años en el Pamir.

Sofia Ósipovna mezclaba en la conversación términos kirguisos y kazajos, así que Vera y Seriozha, en el transcurso de las dos semanas que la doctora llevaba viviendo en la casa de los Sháposhnikov, habían adoptado aquella manera de hablar y decían *jop* por *ladno* [13] y *dzhajshi* por *joroshó* . [14]

A Sofia Ósipovna le apasionaban la música y la poesía; al regresar de su turno de guardia en el hospital, solía tumbarse en el sofá y obligaba a Seriozha a recitarle poemas de Pushkin y Maiakovski. Cuando, en un hilo de voz, canturreaba «Entré con humildad en el templo», con los ojos entornados y marcando el compás con la mano, Vera inflaba los carrillos

pugnando por contener la risa ante la expresión que adoptaba Sofia Ósipovna hasta que no podía reprimirse más y salía corriendo hacia la cocina.

Sofia Ósipovna era aficionada a los naipes; había jugado un par de veces al veintiuno con Stepán Fiódorovich y otras muchas al tonto con Vera y Seriozha para relajar la mente, según decía. Mientras jugaba, no era extraño verla nerviosa y alborozada, y decía, barajando las cartas:

–Ay, hijos míos, ya me veo pasando otra noche sin pegar ojo, así que será mejor que regrese al hospital.

Al lado de Sofia Ósipovna se había sentado Tamara Dmítriyevna Beriózkina, una mujer flaca de rostro consumido aunque de rasgos agradables, cuyo marido, oficial del ejército, había desaparecido en combate al principio de la guerra. Vestía con ese particular esmero que ponen quienes se avergüenzan de su propia pobreza. Al ver aquel rostro delicado y mustio, de ojos tristes y hermosos, cualquiera habría pensado que esa mujer no estaba hecha para una vida tan dura y penosa.

Antes de la guerra, Tamara Dmítriyevna vivía con su marido en la zona fronteriza donde había sido destinado. El día en que estalló la guerra ella salió corriendo de su casa en llamas, con una bata y unos zapatos sin calcetines por único atuendo. Llevaba en brazos a su hija, enferma de sarampión; su hijo Slava había salido corriendo descalzo junto a ella, agarrado de su bata.

De esta guisa los tres habían subido a un camión y, tras un viaje largo y difícil, lograron llegar hasta Stalingrado, donde se establecieron precariamente gracias a la ayuda del Comisariado de Guerra, que le proporcionó un vestidito y botas para los niños. Allí comenzó a coser para las mujeres de los oficiales de mayor rango.

En el soviet municipal Tamara conocería a Maria Nikoláyevna, a la sazón inspectora regional en el departamento de educación, y, más tarde, a Aleksandra Vladímirovna.

Aleksandra Vladímirovna cedió a Tamara un abrigo y unas botas, e insistió en que Marusia le encontrara plaza a Slava en un internado.

Al lado de Tamara se había sentado Andréyev, un anciano grave y ceñudo. Aunque tenía unos sesenta y cinco años, apenas había canas en su tupido cabello negro. Su largo y enjuto rostro de obrero curtido parecía frío e impenetrable.

Aleksandra Vladímirovna, abstraída en sus pensamientos, acarició el hombro de Tamara Dmítriyevna y dijo:

–Así que tal vez también a nosotros nos toque en suerte apurar el cáliz amargo de la evacuación... ¡Y eso que creíamos que nos encontrábamos en la más profunda retaguardia! ¡Quién nos lo iba a decir!

Dio un súbito manotazo en la mesa y añadió:

–Óigame, Tamara, en cualquier caso usted vendrá con nosotros a Kazán, a casa de mi hija Liudmila. A partir de ahora, nuestros destinos irán unidos.

Tamara respondió:

–Se lo agradezco, pero sólo sería un estorbo para ustedes.

–No se hable más –dijo con determinación Aleksandra Vladímirovna–, no es momento de pensar en comodidades.

Marusia dijo en susurros a su marido:

–Que Dios me perdone, pero no me cabe ninguna duda de que mamá vive fuera del tiempo y el espacio. Liudmila sólo tiene dos habitaciones minúsculas en Kazán.

Stepán Fiódorovich respondió en tono conciliador:

–Tu madre lo juzga todo a la medida de su carácter. Todos nosotros irrumpimos en su casa y nos sentimos aquí como si fuese nuestra. A ti te cedió su cama, y ni siquiera se te pasó por la cabeza negarte.

A Stepán Fiódorovich siempre le había sorprendido lo poco práctica que era su suegra. Ella solía relacionarse sólo con personas que le caían bien. El hecho de que éstas, en su mayoría, no le fueran de ninguna utilidad o, más aún, necesitaran de su ayuda, le traía sin cuidado. Stepán Fiódorovich veía con buenos ojos aquella peculiaridad del carácter de Aleksandra Vladímirovna porque él tampoco se procuraba contactos en altas esferas, aunque, a diferencia de su suegra –que actuaba al respecto como si fuera ciega–, sabía apreciar la utilidad práctica de las personas y por ende distinguir a quien podría serle de algún provecho.

Stepán Fiódorovich había visitado a Aleksandra Vladímirovna en su trabajo varias veces. Admiraba la seguridad con la que se movía por el laboratorio y la habilidad que mostraba en el manejo de los complejos aparatos químicos para el análisis de gases y graduaciones. Él, que era muy mañoso, se exasperaba cuando su hijo Seriozha no acertaba a cambiar los fusibles quemados o cuando su hija Vera cosía y remendaba lenta y torpemente. Las habilidades de Stepán Fiódorovich no se limitaban a la

cerrajería, la carpintería y la construcción de estufas: había ingeniado un divertido mecanismo para apagar y encender, sin levantarse de la silla, las luces del árbol de Navidad. También se contaba entre sus inventos un timbre construido con tal destreza que incluso un ingeniero de la fábrica de tractores se había acercado a ver cómo funcionaba. No había obtenido nada en la vida sin esfuerzo, y por ello Stepán Fiódorovich desdeñaba a los torpes y los holgazanes.

–Y bien, camarada teniente, no permitiréis que los alemanes se acerquen a Stalingrado, ¿verdad? –preguntó Stepán Fiódorovich.

–Nuestro cometido es simple: si nos lo ordenan, ¡pelearemos! –respondió el teniente Kovaliov en un tono condescendiente, con cierto sentimiento de superioridad respecto de la gente que vivía en la retaguardia.

–Esa orden a la que se refiere está en vigor desde el comienzo de la guerra –le espetó entre risas Stepán Fiódorovich.

El teniente no encajó bien aquel comentario.

–Es muy fácil razonar estando en la retaguardia –dijo–. En la primera línea del frente, cuando disparan los morteros y los cazas bombardean desde el aire, todo es muy distinto. ¿No es así, Tolia?

–Cierto –respondió éste vagamente.

–Dejad que os diga una cosa –se alzó la voz de Stepán Fiódorovich–. Los alemanes no pasarán del Don; allí la línea de defensa es absolutamente inexpugnable.

–Stepán Fiódorovich, si tan seguro está de ello, entonces no tiene por qué ocuparse de empaquetar y trasladar las cosas –dijo Sofia Ósipovna.

–¡Veo que os falla la memoria! –exclamó Seriozha con su voz atiplada–. Recordad que el año pasado todo el mundo afirmaba que los alemanes no pasarían de la antigua frontera. [15]

–¡Atención! ¡Alarma aérea! –gritó Vera y señaló en dirección a la cocina.

Acompañada de Tamara Dmítriyevna –a quien el rubor de sus mejillas había devuelto la belleza–, Zhenia entró en el salón sosteniendo un plato de color azul pálido en el que iba la empanada, cubierta con una servilleta blanca que Tamara Dmítriyevna se afanaba por recolocar mientras Zhenia se dirigía hacia la mesa.

–Se me ha quemado uno de los bordes –anunció Zhenia–. Se me ha pasado, qué se le va a hacer.

–Yo me comeré el borde quemado, no te preocupes –la tranquilizó Vera.

–¿De dónde habrá sacado esa voracidad esta niña? –dijo Maria mirando acusadoramente a su marido. Tenía el convencimiento de que Vera había heredado de él todos sus defectos.

–¡Y yo os digo que no cruzarán el Don, allí es donde acabaremos con ellos! –insistió Stepán Fiódorovich.

Acto seguido, se puso en pie blandiendo un enorme cuchillo: siempre era el encargado de realizar operaciones tan importantes como abrir una sandía o partir una empanada. Temiendo desmenuzarla al no acertar un corte limpio y, de este modo, decepcionar a la concurrencia, Stepán Fiódorovich añadió:

–Quizá deberíamos dejar que la empanada se enfríe antes de cortarla.

–Y usted ¿qué opina? –preguntó Seriozha mirando de hito en hito a un silencioso Mostovskói.

–Avanzan hacia el Don, ya han cruzado toda Ucrania y media Rusia –gruñó Andréyev.

–Entonces ¿qué piensa usted al respecto? –le preguntó Mostovskói.

–No tengo derecho a opinar, digo lo que veo. Que opinen otros más inteligentes que yo –respondió Andréyev.

–¿En qué se basa usted para creer que acabaremos con ellos en el Don? –insistió Seriozha, excitado–. ¿Dónde está el término? Ya pasaron el Bereziná, el Dnieper, se acercan al Volga y al Don: ¿dónde está el límite?, ¿en el Irtish, en el Amu Daria?, [16] ¿cuál va a ser el río?

Aleksandra Vladímirovna miraba atentamente a su nieto. La reserva y timidez tan habituales en Seriozha habían desaparecido, y se explicaba a sí misma la excitación de su nieto por la presencia de aquellos dos tenientes. Ella estaba en lo cierto en su apreciación; sin embargo, había otra razón, más sencilla, que Aleksandra Vladímirovna desconocía: antes de la comida Seriozha había bebido de la cantimplora de Kovaliov. El alcohol se le había subido a la cabeza y empezó a creerse extremadamente juicioso, riguroso y recto, aunque no estaba muy seguro de que Mostovskói y los tenientes pudieran apreciar debidamente sus numerosas virtudes. Vera se inclinó hacia él y le preguntó:

–¿Estás borracho?

–En absoluto –respondió visiblemente enojado.

–¿Sabe qué, querido? –Mostovskói se dirigió a Seriozha mientras se hacía el silencio en torno a la mesa; todos los presentes estaban ansiosos por oír lo que diría–. Seguro que todos recordaréis los comentarios de Stalin acerca del gigante Anteo: a cada paso que éste daba sobre la tierra, se hacía más fuerte. A ese mito hoy hay que añadir otro, el de anti-Anteo: un Anteo falso, un héroe en apariencia, contrario al verdadero. Cuando este falso héroe camina por la tierra que va conquistando, cada paso que da merma su fuerza, en lugar de aumentarla como en el caso de Anteo. No es él quien se fortalece al contacto con la tierra, sino que es la tierra, que le es hostil, quien le resta fuerzas hasta acabar por derribarlo. En eso radica la diferencia entre Anteo, el verdadero héroe de la historia, y el falso héroe que brota como el moho. El poder soviético es colosal. Además, tenemos al Partido, cuya voluntad une y organiza con paciencia y razón todas las fuerzas del pueblo.

Seriozha, pensativo, miraba a Mostovskói con sus ojos oscuros y brillantes. El viejo bolchevique se rió y le acarició la cabeza.

Maria Nikoláyevna se puso en pie, tomó de la mesa una copa con vino y dijo:

–Camaradas, ¡brindemos por nuestro Ejército Rojo!

Todos se afanaron a unir sus copas con las de Tolia y Kovaliov para desearles éxitos y salud.

Luego empezó la ceremonia de reparto de la empanada. Aquella delicia esponjosa y tostada, semejante a las que se cocinaban antes de la guerra, conmovió y deleitó a los allí reunidos aunque también suscitó la añoranza de los tiempos pasados, de agradable recuerdo.

Stepán Fiódorovich preguntó a su mujer:

–Marusia, ¿te acuerdas de nuestra época de estudiantes? Vera chillando, los pañales colgando aquí y allá, nosotros recibiendo a las visitas y, además, agasajándolas con empanadas, y el frío que se colaba por el suelo y las grietas en las ventanas, ¿lo recuerdas?

–Claro que sí –respondió ella con una sonrisa.

Aleksandra Vladímirovna, en tono pensativo, alargando las palabras, dijo:

–En Siberia. Tú y Liudmila vivíais entonces con el abuelo y Zhenia aún no había nacido. ¡Sólo Dios sabe lo mal que lo pasamos allá! Cruzando el Yenisei en primavera, cuando comenzaba a ceder el hielo; los viajes en medio de la ventisca a lomos de los renos. Las heladas eran tan violentas

que se quebraban los vidrios. Guardábamos la leche y el agua como pedruscos. Y en aquellas noches sin fin allá perdidos, yo también hacía empanadas que rellenaba de arándanos o de salmón de Siberia y venían los camaradas... ¡Ay, Dios mío, qué tiempos tan lejanos!

–Las empanadas rellenas de carne de faisán son muy ricas; las probé en el valle de Issyk-Kul –dijo Sofia Ósipovna.

–Dzhajshi, dzhajshi –dijeron a la vez Seriozha y Vera.

–Parece que aquí soy el único que no tiene pasteles que recordar –intervino Mostovskói–. Yo solía comer en los comedores de estudiantes o en restaurantes extranjeros, cuando estaba fuera de Rusia. Después de la Revolución comía en los refectorios de las clínicas o los sanatorios.

Y después de una pausa, continuó:

–Ah, no, miento: ahora recuerdo que, estando preso, una vez nos dieron un trozo de *kulich* cuando la Pascua y un pastel estupendo con gachas y setas. No era comida casera, precisamente, pero es un placer recordarla.

–Dios mío –se lamentó Marusia–, ¿es posible que Hitler quiera arrebatárnoslo todo? Nuestra vida, nuestra casa, a nuestros familiares; incluso los recuerdos…

–No hablemos hoy sobre la guerra, ¿de acuerdo? –dijo Zhenia–, sólo sobre las empanadas.

En aquel momento la pequeña Liuba, hija de Tamara Dmítriyevna, se acercó a ésta y dijo entusiasmada, señalando a Sofia Ósipovna:

–¡Mamá, aquella señora me ha dado un trozo de azúcar así de grande!

Acto seguido abrió la mano y enseñó con gesto triunfante un terrón de azúcar, húmedo por el calor de su pequeño puño blanco y sucio.

–Lo ves, lo ves… –susurró bien alto–, no deberíamos irnos a casa, tal vez nos den algo más.

Liuba se volvió para mirar las caras que la contemplaban; luego vio los ojos perplejos de su madre y al tomar consciencia de que había traicionado el secreto de la pobreza en la que vivían, escondió el rostro en su regazo y rompió a llorar.

Sofia Ósipovna le acarició la cabeza y emitió un sonoro suspiro.

Volvieron a hablar sobre lo que constituía su mayor preocupación: la retirada de los soviéticos y una posible evacuación a los Urales o Siberia.

–Y si los japoneses empiezan a avanzar desde Siberia, entonces ¿qué? –preguntó Zhenia.

Tamara miró la cabeza de su hija, que reposaba sobre sus rodillas, y escondiendo entre los rizos de la niña sus propios dedos deformados por el trabajo, dijo en voz baja:

–¿Es esto el fin?

Stepán Fiódorovich les habló de gentes apegadas al «antiguo régimen» [17] quienes, según él, no pensaban marcharse, sino que esperaban la llegada de los alemanes.

–Sí, hay de esos, ya lo creo –dijo Sofía–. Ayer por la noche un médico me dijo sin cortarse un pelo que él y su mujer habían decidido que lo más razonable era quedarse si mandan evacuar la ciudad.

–Hace unos días estuve con unos actores de Leningrado que conozco y no os podríais creer las cosas que tuve que escucharles decir –intervino Zhenia–. De hecho, me animaban a acompañarlos a Kislovodsk, porque según ellos, aunque vengan los alemanes, Kislovodsk es un sitio estupendo para pasar una temporada.

–¿De qué os asombráis? –dijo Tolia–: ¡Como si no nos hubiéramos equivocado mil veces con la gente! Parecen firmes como rocas y al final no son más que miserable gentecilla.

–En cambio, he oído hablar de un chico que no fue admitido en la escuela de aviación a causa de su origen social, pero que aun así lo consiguió: acabó sus estudios y, según cuentan, murió como Gastelo [18] –explicó Seriozha.

–Mira a los jóvenes –dijo Aleksandra Vladímirovna a Sofia Ósipovna–. Tolia es miembro del Komsomol, [19] ha crecido y va al frente para defendernos mientras que, antes de la guerra, cuando venía a visitarnos, aún era un niño. Le ha cambiado la voz, los modales, la mirada...

–Fíjate, su compañero no le quita los ojos de encima a nuestra Zhenia –dijo quedamente Sofia Ósipovna a Aleksandra Vladímirovna con su voz de bajo.

–Hace dos años, en verano, cuando Liudmila y Tolia vinieron de visita –proseguía Aleksandra Vladímirovna–, Tolia salió a pasear y mientras tanto empezó a llover. Liudmila cogió un impermeable, unos chanclos de goma y fue corriendo hacia el Volga a buscarlo. «¡El niño se va a resfriar, es propenso a las anginas!», decía.

En el otro extremo de la mesa empezó una discusión.

–Eso es una debacle, una huida con todas las de la ley –afirmaba Seriozha.

–En absoluto –le replicaba enojado Kovaliov–, nos fuimos replegando sin dejar de hacerles frente desde Kastórnaia.

–Entonces ¿por qué retrocedisteis tan rápido?

–Si hubieras estado en el frente, ahora no me lo preguntarías.

–Pero ¿por qué nuestros hombres no paran de rendirse?

–¿Y a usted qué le parece? Eso sí, nuestro regimiento luchó, ¡y cómo!

–Algunos de los heridos ingresados en nuestro hospital creen que nada ha cambiado desde 1941 –dijo Vera.

–Lo duro es cruzar los ríos, los bombardean durante día y noche. Aquello sí que es como para salir corriendo. Mataron a un compañero mío y a mí me hirieron. De noche, lanzan cohetes para iluminar el objetivo y luego nos bombardean –explicaba Kovaliov.

–Seguro que también aquí acabarán por bombardearnos. ¡Tengo mucho miedo de los bombardeos! –dijo Vera.

–Pues no deberías tenerlo –intervino Maria Nikoláyevna–, todavía estamos en la retaguardia; según dicen, nuestra defensa antiaérea no le va a la zaga de la de Moscú. Es posible que la burle algún que otro avión enemigo, pero nada más.

–Déjese de cuentos, ya conocemos de sobra ese «algún que otro» –rió con indulgencia Kovaliov–. ¿Verdad, Tolka? ¡Si aún no están aquí es porque no está entre sus objetivos! Si por tierra consiguen sortear nuestros ríos sin problemas, le aseguro, camarada ciudadana, que cuando nos ataquen desde el aire lo sabremos. Su táctica es atacar primero con los aviones, luego echan mano de la artillería y rematan la faena con blindados.

Entre los presentes, aquel joven era el más ducho y entendido en los asuntos militares. Hablaba en un tono burlón, condescendiente con la ingenuidad de sus interlocutores.

A Vera, Kovaliov le recordaba a los tenientes ingresados en el hospital: con los rostros encendidos, discutían acaloradamente sobre asuntos que sólo ellos entendían, mientras echaban miradas socarronas a las enfermeras. Sin embargo, aquel joven Kovaliov también se parecía a los chicos que antes de la guerra iban a casa de Vera para jugar con ella a las cartas o el dominó, participaban en talleres del colegio y le pedían que les prestara por dos noches sus ejemplares de *Las minas del Rey Salomón* y *El sabueso de los Baskerville.*

–En mi opinión, la cuestión es simple: el mal es más fuerte que el bien –dijo Sofia Ósipovna.

En la mesa se hizo el silencio.

–Quizá sea hora de cubrir las ventanas –dijo Maria Nikoláyevna. Luego apretó los puños contra las sienes, como si luchara contra la jaqueca, y refunfuñó–: La guerra, la guerra...

–Es el momento de tomarse una copita –dijo Stepán Fiódorovich.

–¿Después de los dulces, Stepán? –se sorprendió Marusia.

Kovaliov echó mano de la cantimplora que le colgaba del cinturón.

–Quería guardarlo para el viaje, pero para gente como ustedes... Bueno, Anatoli, ¡salud! He decidido que no voy a quedarme a dormir, me marcho ya.

Kovaliov sirvió un aguardiente amarillento a Anatoli, a Stepán Fiódorovich y a sí mismo y luego agitó la cantimplora vacía ante la cara de Seriozha, haciendo chocar su tapa, colgada de una cadenita, contra el recipiente.

–No hay más.

En la semioscuridad del recibidor, Kovaliov explicó a Zhenia:

–Maneras de pensar, hay muchas. Sólo que yo, dentro de cinco días, volveré a estar en la primera línea del frente. ¿Se da cuenta? Y esa es la línea que prefiero, porque sé que me matarán. No veré el final de la guerra. ¿Me entiende? Veinte años de vida y para de contar. Toda una vida, ¿me entiende?

La miraba fijamente. En sus ojos, el enfado se mezclaba con la ternura. Zhenia sabía que le estaba pidiendo amor y empatía. Se le encogió el corazón, pues podía ver claramente el simple y cruel destino de aquel joven.

Stepán Fiódorovich rodeó con un brazo los hombros del teniente como si hubiera decidido irse con él. Se había excedido bebiendo y Maria Nikoláyevna le dirigió una mirada de reproche, como si aquella copita de aguardiente se igualara en importancia a todos los acontecimientos trágicos que la guerra conllevaba.

Apostado en la puerta, Kovaliov dijo en un arranque de rabia repentina:

–Y me preguntan por qué retrocedemos. ¡Qué fácil es hablar! Los alemanes están a doscientos kilómetros de aquí y ya hay gente liando sus bártulos. Y cuando el frente llegue, los burócratas estarán comiendo bollos en Tashkent. Y ya sabes cómo va la cosa: te echas a dormir y los alemanes

avanzan cuarenta kilómetros en una sola noche, rumbo al este. La guerra hay que pelearla y punto. ¡Si incluso he visto a los chupatintas huir como alma que lleva el diablo hacia la retaguardia! Pero los soldados caen prisioneros a veces y entonces son señalados por los burócratas de Tashkent. ¡Yo conozco bien a esos que señalan! A esos si el enemigo los cercara no los verías marchando quinientos kilómetros, muertos de hambre, para romper el frente alemán. ¡Se harían colaboradores, se convertirían en *polizei* ! Ya han engordado de lo lindo. Pero nuestros soldados tienen alma y saben bien lo que hace falta para perseverar en la lucha. ¡Quiero que se sepa la verdad! ¡Quiero la verdad!

Las palabras de Kovaliov no iban dirigidas a nadie en particular, pero cualquiera de los presentes era dueño de pensar que se dirigía concretamente a él. Tal vez el teniente estuviera buscando que alguien objetara sus palabras y entonces sí se habría armado una muy gorda y las pistolas podrían haber aparecido en escena.

Pero todos los presentes eran conscientes de que algo se había roto o desatado dentro del teniente y que él ya no era capaz de sujetarlo o controlarlo. Por eso permanecieron en silencio y rehuyeron su mirada. El rostro de Kovaliov había palidecido de repente y se había cubierto de manchas de color gris, como si estuviera sucio. El teniente dio un portazo y, ya en la escalera, soltó un improperio.

–Y eso que hoy pensaba olvidarme del hospital... –dijo Vera–. Está tan herido como los que tengo ingresados allá. Todos están heridos por igual.

–La verdad hiere más que los proyectiles –dijo Andréyev, y sus palabras sonaron tan tristes que todos se volvieron a mirarlo.

Cuando Zhenia regresó del recibidor, Mostovskói le preguntó:

–¿Ha recibido noticias de Krímov?

–No. Lo único que sé es que está en el ejército –respondió.

–Perdón, había olvidado que estáis separados... –Mostovskói hizo un gesto de resignación y añadió–: No obstante, déjeme decirle que es una buena persona, le conozco desde hace mucho tiempo, desde que era un adolescente.

Apenas se hubieron ido los invitados, en casa de los Sháposhnikov se restableció el espíritu de paz y de concordia. Tolia se ofreció para fregar los platos; después de haber bregado con la vajilla que utilizaba en la escuela militar, las tazas, platillos y cucharillas de la casa le resultaban entrañables. Vera, entre risas, le ató un pañuelo en la cabeza y le puso un delantal.

–Este olor a casa, a calor de hogar, es maravilloso; igual que en tiempos de paz –dijo Tolia.

Maria Nikoláyevna acostó a Stepán Fiódorovich y le fue tomando el pulso a cada poco, ya que atribuía sus ronquidos a una arritmia cardíaca. En un momento, se asomó a la cocina y dijo:

–Tolia, ya habrá quien friegue los platos, es mejor que escribas una carta a tu madre. ¡Ay, no tenéis piedad de aquellos que os quieren!

Pero Tolia no tenía ganas de escribir carta alguna. Empezó a llamar al gato imitando, travieso, la voz de Maria Nikoláyevna.

Luego se arrodilló e intentó embestir al felino con la cabeza, azuzándolo:

–¡Venga, dale, toro, venga!

–De no ser por la guerra –dijo soñadora Vera–, mañana temprano iríamos al río y alquilaríamos una lancha, ¿verdad? Sin embargo, ahora ni siquiera tengo ganas de bañarme; este año no he ido ni una sola vez a la playa.

–Yo iría con el tío Stepán a la central. Tengo ganas de verla a pesar de la guerra –respondió Tolia.

Vera se inclinó hacia él y dijo en voz baja:

–Tolia, tengo algo que contarte, pero no he tenido ocasión.

En aquel momento apareció Aleksandra Vladímirovna, de modo que Vera le guiñó un ojo a Tolia y negó con la cabeza.

Aleksandra Vladímirovna empezó a interrogar a Tolia sobre las dificultades de la instrucción militar. Quiso saber si se quedaba sin aliento durante una marcha rápida, si había aprendido a tirar bien, si le apretaban las botas, si tenía fotos de los familiares, hilo, agujas y pañuelos, si necesitaba dinero, si recibía a menudo cartas de su madre y si había olvidado la física.

Tolia notaba el calor de la familia y le resultaba delicioso. No obstante, ese mismo calor hacía mella en él, pues le consternaba pensar en la inminente despedida. Aquello le inquietaba, porque sabía que un alma

curtida soporta las adversidades con mayor facilidad. Yevguenia Nikoláyevna entró en la cocina. Llevaba un vestido azul, el mismo que Tolia le había visto cuando Zhenia había visitado la dacha de la madre de él.

–¡Tomemos el té en la cocina, a Tolia le encantará! –anunció.

Vera fue a avisar a Seriozha y, al regresar, dijo:

–Está llorando con la cara escondida en la almohada.

–¡Ay, Seriozha, Seriozha! Bueno, ahora me toca a mí –dijo Aleksandra Vladímirovna y fue a ver a su nieto.

11

Al salir de casa de los Sháposhnikov, Mostovskói propuso a Andréyev dar un paseo.

–¿Pasear? –rió éste–. ¿Acaso los viejos pasean?

–Bueno, una caminata entonces –se corrigió Mostovskói–. Caminemos un rato, es una noche preciosa.

–De acuerdo. Mañana trabajo a partir de las dos –aceptó Andréyev.

–¿Le resulta agotador? –preguntó Mostovskói.

–A veces sí.

A Andréyev, aquel anciano bajito y calvo, de ojos pequeños y atentos, le había caído bien. Durante un rato caminaron en silencio. El encanto de una noche de verano se cernía sobre Stalingrado. La ciudad sentía la proximidad del Volga, invisible en la oscuridad atenuada por la luz de la luna. Todo en la ciudad, sus calles y callejones, vivía y respiraba por la gracia del río. El trazado de las calles y el ángulo de inclinación de las pendientes obedecían al trazado y el declive de las orillas del Volga. Las moles de las fábricas, las casuchas de las afueras, los nuevos bloques de apartamentos en cuyas ventanas se reflejaba vagamente la luna de verano, los jardines, los parques y los monumentos: todo se orientaba en dirección al Volga y se abrevaba en él.

Aquella sofocante noche de verano, mientras la guerra hollaba la estepa en su imparable avance hacia el este, todo en la ciudad parecía especialmente solemne, preñado de sentido y significado: el sonoro

caminar de las patrullas, el ruido sordo de la fábrica, los bocinazos de los barcos y el manso silencio.

Se sentaron en un banco. Del de al lado, ocupado por dos parejas, se levantó un militar que se acercó a Mostovskói y Andréyev haciendo crujir la grava bajo sus pasos. Les echó un vistazo y, tras regresar con sus acompañantes, les dijo algo en voz baja. Se oyeron risas de mujer. Los ancianos, molestos, tosieron.

–Jóvenes… –dijo Andréyev en un tono que traslucía la desaprobación y el encomio a la vez.

–Me dijeron que en una fábrica de Stalingrado trabajaban obreros evacuados de la factoría Obújovski de Leningrado –dijo Mostovskói–. Me gustaría visitarlos, son paisanos míos.

–Sí, están en nuestra fábrica, la Oktiabr –respondió Andréyev–. He oído decir que son pocos. Venga, claro que sí.

–Camarada Andréyev, ¿le tocó participar en los movimientos revolucionarios durante el régimen zarista? –preguntó Mostovskói.

–Bueno, cómo se lo diría... Por supuesto, leía proclamas; luego estuve dos semanas preso en la comisaría acusado de huelguista. También traté con el marido de Aleksandra Vladímirovna. Trabajé de fogonero en el mismo barco donde él estuvo de prácticas cuando era estudiante. Subíamos a cubierta y allí conversábamos.

Andréyev sacó la tabaquera. Liaron unos pitillos haciendo crujir el papel. Luego, con la katiusha, hicieron saltar abundantes chispas, pero la mecha no prendía. El militar del banco de al lado dijo en voz alta y en tono chistoso:

–¡Hay que ver cómo las gastan los viejos manejando la katiusha!

Una de las chicas rió.

–¡Imbécil de mí! He olvidado en casa de los Sháposhnikov todo un tesoro: una caja de cerillas que me regaló Aleksandra Vladímirovna –se lamentó Mostovskói.

–De todos modos, ¿cree usted que la situación es grave? Lo de Anteo estuvo bien, pero los alemanes aprietan, ¿eh?

–No cabe duda de que la situación es difícil, pero aun así los nazis acabarán perdiendo la guerra –respondió Mostovskói–. Creo que Hitler tiene no pocos enemigos dentro de Alemania, no hay que olvidar que allí también hay obreros revolucionarios e internacionalistas.

–Vaya usted a saber –dudó Andréyev–. Unos conductores de blindados me dijeron que entre los alemanes que habían tomado como prisioneros también había antiguos obreros y otra gente por el estilo, pero que todos eran iguales.

–Ya –asintió Mostovskói, pensativo, en voz baja–. No está bien que usted, un viejo obrero, no distinga claramente entre el gobierno hitleriano y la clase obrera alemana...

Andréyev se volvió hacia Mostovskói y replicó enérgicamente:

–Lo comprendo: usted pretende que el pueblo de Alemania se rebele, luche contra Hitler y no olvide aquello de «¡Proletarios de todos los países, uníos!». Pero lo único que importa ahora es quién está contra nosotros y quién no. Usted parece atenerse a las enseñanzas de Cristo, muy bonitas todas, pero ha de saber que nadie vive de acuerdo con ellas. Y mientras tanto los nazis han inundado nuestra tierra de sangre rusa...

–¡Fíjese cómo cambian los tiempos! –dijo Mostovskói–. Sháposhnikov, que le dio clases a usted, aprendió leyendo mis libros. Y ahora es usted quien me da lecciones a mí.

Encorvado en el banco, Mostovskói parecía estar dormitando. De repente, en su mente apareció la imagen de lo que había vivido veinte años atrás: la enorme sala donde se celebraba el congreso, los ojos febriles, excitados y felices de los participantes, centenares de rostros rusos, tan familiares y queridos, y al lado de éstos, los de los hermanos comunistas, amigos de la joven República Soviética: franceses, ingleses, japoneses, africanos, hindúes, belgas, alemanes, chinos, búlgaros, italianos, húngaros y letones. De pronto la concurrencia dejó de agitarse, como si el corazón de la humanidad súbitamente hubiera cesado de latir, y Lenin, alzando un brazo en alto, se dirigió al congreso del Komintern con voz clara y firme: «La fundación de la República Soviética Internacional se avecina...».

Andréyev, en un arranque de confianza y simpatía que Mostovskói, tal vez, le inspirara, se quejó en voz baja:

–Mi hijo está en el frente y mi nuera sólo piensa en salir e ir al cine. Además, su suegra y ella se llevan como el perro y el gato... Mal asunto, qué se le va a hacer...

Mostovskói vivía solo; su mujer había fallecido tiempo antes de que estallara la guerra. Aquella vida solitaria había hecho de Mijaíl Sídorovich un hombre cuidadoso. Su espaciosa habitación siempre estaba recogida y limpia; los papeles, diarios y revistas que había sobre el escritorio, ordenados; cada libro ocupaba el lugar que le correspondía en la estantería según un orden prefijado. Mijaíl Sídorovich solía trabajar por las mañanas. Desde hacía algunos años venía dando clases de economía política y filosofía, y redactaba artículos para una enciclopedia y un diccionario de filosofía.

En la ciudad alternaba con pocas personas. Muy de vez en cuando se acercaban a consultarle profesores de filosofía y economía política, aunque temían su brusco carácter e intolerancia en el debate.

En primavera Mostovskói había enfermado de una pulmonía que los médicos dictaminaron como terminal en vista de la edad del enfermo, un anciano que, además, aún padecía las secuelas del sitio de Leningrado. Sin embargo, Mostovskói sobrevivió y su estado mejoró. El médico que le atendía elaboró un programa de rehabilitación para que su paciente pudiera dejar la cama y, paulatinamente, retomar su vida normal.

Mijaíl Sídorovich estudió el programa atentamente y señaló en rojo y azul algunos de los puntos, pero a los tres días de levantarse de la cama se tomó una ducha fría y se deslomó lustrando el suelo entarimado de su habitación. Su vitalidad indomable no le permitía concederse ni un momento de sensatez ni sosiego.

Cuando a veces soñaba con los tiempos pasados, en sus oídos resonaban las voces de sus compañeros, muertos hacía tiempo; creía estar pronunciando un discurso en una pequeña sala londinense a la que habían acudido sus amigos, barbudos y de ojos vivaces, con sus cuellos altos de camisa almidonados y corbatas negras. Se despertaba en mitad de la noche y le costaba volver a conciliar el sueño. Le asaltaban imágenes de una época ya lejana: concentraciones de estudiantes; debates en el claustro de la universidad; el camino a la tumba de Bakunin en Berna; una lápida rectangular sobre la tumba de Marx; un pequeño vapor navegando por el lago de Ginebra; Sebastópol y el mar Negro en invierno, encrespado y furioso; el retumbo de las ruedas de un vagón celular con su atmósfera asfixiante, el canto coral de los prisioneros y los culatazos en la puerta; el temprano crepúsculo siberiano, el crujido de la nieve bajo los pies y la

lejana luz amarilla en la ventana de una isba que le había servido de faro todas las noches durante los seis años de destierro en Siberia.

Aquellos días difíciles y oscuros fueron los días de su juventud, los días de una dura lucha a la espera de aquello, tan grandioso, que era su razón de ser.

Recordaba el trabajo sin descanso en los años de la construcción de la República soviética, el comisariado provincial de educación, el departamento de instrucción ideológica del ejército, los estudios de la teoría y práctica de la planificación, su intervención en la elaboración del plan para la electrificación del país, el trabajo en el Ministerio de Ciencia.

Al recordar todo aquello, suspiraba. ¿Cuál era la causa de su aflicción, que se traducía en aquellos suspiros? ¿Acaso fuera su corazón, cansado y enfermo, el que se quejaba porque le costaba seguir bombeando sangre día y noche por aquellas arterias y venas calcificadas y escleróticas?

A veces, antes del amanecer, iba al Volga y se alejaba por la orilla desierta hasta llegar al pie de un risco barroso. Allí se sentaba sobre las frías piedras y veía despuntar el día. Contemplaba las nubes nocturnas de color ceniza, que de pronto se hinchaban con el calor rosado de la vida, y el humo caliente de la fábrica, que a la luz del sol se tornaba exangüe, gris, ceniciento y aburrido.

Sentado sobre aquellas piedras, veía el agua negra rejuvenecer bajo una luz oblicua; fijaba la mirada en una ola minúscula, de un palmo de altura, que trepaba tímidamente por una arena plana y compacta cuyos miles y miles de partículas brillaban al absorber el agua.

De improviso, ante él se alzaba una terrible visión del invierno en Leningrado: calles enterradas bajo montañas de hielo y nieve; el silencio y el estruendo de la muerte; un trozo de pan sobre la mesa; incontables trineos en los que se transportaba agua, leña y cadáveres cubiertos con sábanas blancas; senderos helados que llevaban al Neva; las paredes escarchadas de las casas; viajes a los cuarteles y las fábricas; un discurso en un mitin de voluntarios; el cielo gris, hendido por los reflectores de la defensa antiaérea; ventanas en cuyos cristales se reflejaban las llamas de los incendios nocturnos en forma de manchas rosadas; el aullido de las sirenas; el monumento a Pedro I el Grande, protegido con sacos de arena, y, en todas partes, la memoria viva de los primeros latidos del joven corazón de la Revolución: la Estación de Finlandia, la belleza desértica del Campo de Marte y el Instituto Smolni. Los rostros lívidos de los niños, de

ojos vivos y henchidos de sufrimiento, el heroísmo estoico y tenaz de las mujeres, los obreros y los soldados culminaban aquella alucinación. Entonces Mostovskói sentía un dolor tan punzante en el corazón que temía no soportar aquella pesadumbre sin que le estallara. «¿Para qué me marché?», pensaba angustiado.

Mijaíl Sídorovich planeaba escribir un libro de memorias y se entretenía imaginando sus diferentes capítulos: la infancia, el pueblo, el padre diácono, los cuatro años de colegio, la clandestinidad, los años de la construcción soviética...

No le agradaba mantener correspondencia con viejos amigos cuyo único tema de conversación eran las enfermedades, los sanatorios, la tensión arterial o la esclerosis.

Mostovskói lo veía, lo sentía, lo sabía: jamás en la historia milenaria de Rusia se había sucedido un fluir de acontecimientos tan dinámico y veloz, una transformación de los estratos sociales tan acelerada, como durante el último cuarto de siglo. Antes de la Revolución todo fluía, de modo que el hombre no podía bañarse dos veces en el mismo río; sin embargo, el río discurría con tal calma que la gente de entonces siempre veía las mismas orillas, y la revelación de Heráclito les resultaba extraña e incomprensible.

En cambio, ¿a quién de los que vivían en la Rusia soviética habría podido sorprender la verdad revelada a aquel griego? Nacida como una idea propia del pensamiento filosófico, ascendió al rango de hecho de la realidad sensitiva, común a un académico y un obrero, un campesino y un escolar.

Mijaíl Sídorovich había reflexionado mucho al respecto. ¡Qué acontecer imparable y veloz era aquél! Todo, todo lo evocaba y daba fe de él. El avance se percibía por doquier: en los cambios del paisaje, casi una mutación geológica; en los avances en materia de educación, que se había extendido a todo el país; en la aparición sobre el mapa de nuevas ciudades con sus barrios, calles, casas y habitantes, también nuevos, cuyo aumento era incesante. Desde el anonimato, desde las nebulosas de aldeas apartadas, desde la inmensidad siberiana, emergían centenares de nombres nuevos que se harían célebres a lo largo y ancho del país, sumiendo despiadadamente en el olvido a los que poco tiempo atrás habían sido famosos y de renombre. Los diarios publicados diez años antes parecían rollos de papiro amarillentos tras los muchos acontecimientos que se habían sucedido desde entonces. En pocos años, las condiciones materiales

habían dado un salto de proporciones incalculables. Una nueva Rusia, la soviética, con su enorme peso, trillones de toneladas de tierras y bosques, avanzó un siglo transformando todo aquello que parecía inmutable desde tiempos inmemoriales: su agricultura, sus carreteras, el curso de sus ríos. Desaparecieron miles de tabernas y cafés rusos, colegios parroquiales, escuelas para señoritas, bienes inmuebles de abadengo, latifundios de terratenientes, mansiones de capitalistas y bolsas de valores. Derrotados y dispersos por obra de la Revolución, los inmensos estratos sociales que constituían la columna vertebral de la clase explotadora, junto con sus sirvientes, se consumieron y desaparecieron. Eran todos aquellos cuya sólida existencia parecía eternamente asegurada, destinatarios de canciones populares de rabia y protesta, personas cuyos caracteres los grandes escritores habían reflejado en sus obras: terratenientes, comerciantes, industriales, corredores de bolsa, oficiales de caballería, usureros, jefes de policía y gendarmes. Senadores, consejeros y asesores de todas las categorías que habían constituido el colosal, aparatoso y variopinto universo del funcionariado ruso, subdividido en diecisiete rangos, corrieron la misma suerte. A ellos les siguieron los organilleros, las cabareteras, los lacayos y los mayordomos. Los títulos de señor, señora, señorito, su excelencia y otros cayeron en desuso.

Se estableció un gobierno de obreros y campesinos. Apareció un mundo nuevo de oficios y caracteres hasta entonces insólitos: planificadores de la producción industrial y agrícola; campesinos formados en los labrantíos; colmeneros, ganaderos y hortelanos profesionales; operarios de maquinaria agrícola; radiotelegrafistas, tractoristas y electricistas al servicio de los koljoses. Surgió un sistema de instrucción popular, inaudito en Rusia, cuyo nacimiento sólo era comparable con una explosión solar de descomunal potencia: si aquella luz encendida en Rusia hubiera tenido un equivalente en ondas electromagnéticas, los astrónomos de otras galaxias habrían detectado en 1917 una nueva estrella cuyo resplandor iba en aumento. La gente humilde del llamado «cuarto estamento», obreros y campesinos, aportaron su sencillo, disciplinado y peculiar carácter al ámbito de las más altas esferas de la dirección estatal convirtiéndose en mariscales, generales, directivos provinciales y regionales, padres fundadores de ciudades gigantescas, directores de minas, fábricas y explotaciones agrícolas. Centenares de industrias nuevas dieron lugar al nacimiento de miles de oficios; pusieron de manifiesto,

aglutinaron y forjaron personalidades nuevas. Pilotos de avión, mecánicos de a bordo, radiotelegrafistas, conductores de coches y camiones, obreros e ingenieros de las industrias química sintética y eléctrica, especialistas en líneas de alta tensión, electromagnetismo de altas frecuencias, foto y termoquímica, geólogos, constructores de aviones y automóviles representaban los tipos de una sociedad nueva: la soviética.

En aquel momento, acaso el más difícil de la guerra, Mostovskói era plenamente consciente de que el poder del Estado soviético superaba en mucho al de la vieja Rusia, pues se fundamentaba en la fe, la formación, los conocimientos y el amor por la patria de millones de trabajadores, quienes constituían la base y la fuerza de la nueva sociedad.

Creía en la victoria y sólo deseaba una cosa: ser partícipe de la lucha armada por la libertad y la dignidad de su pueblo, a pesar y haciendo caso omiso de los muchos años que llevaba a sus espaldas.

13

Agripina Petrovna, una anciana ágil y mañosa, se encargaba de llevar a Mostovskói los almuerzos del comedor del Comité Regional del Partido, además de prepararle el té de la mañana y lavarle la ropa. Le bastaba con escudriñar a Mijaíl Sídorovich con sus ojos entornados, para advertir en éste las señales de los muchos sufrimientos que la guerra le causaba.

Al entrar por la mañana en su habitación, a menudo veía que la cama, que ella había hecho la noche anterior, permanecía intacta, y a Mostovskói sentado en un sillón al lado de la ventana, en cuya repisa había un cenicero lleno de colillas.

Agripina Petrovna había conocido tiempos mejores: en tiempos del zar, su finado marido había regentado un servicio de transbordadores en el Volga.

Por las noches, Agripina Petrovna solía tomar una copita en su habitación absteniéndose de acompañarla con algún alimento para que el aguardiente se le subiera más a la cabeza. Luego salía al patio para charlar con los vecinos. Así satisfacía el ansia de conversación que siente casi cualquiera después de beber. El alcohol la achispaba y, aunque sus interlocutores estuvieran sobrios, la charla se animaba con rapidez.

Mientras hablaba, Agripina Petrovna solía taparse la boca con una punta del pañuelo y procuraba no echar el aliento en dirección a sus contertulias habituales: la adusta barrendera Márkovna y Anna Spiridónovna, viuda de un zapatero. Agripina Petrovna no gustaba de chismorreos, pero llevaba en los genes la necesidad de hablar con la gente.

–Ay, comadres, lo que les voy a contar… –dijo al acercarse al banco.

Sacó el polvo del asiento con el delantal antes de acomodarse y continuó:

–Antes, las viejas pensaban que los comunistas cerraban las iglesias... –miró las ventanas abiertas de la planta baja y dijo en voz alta para que se la oyera–: ¡Ese maldito anticristo de Hitler, que se lo lleve el diablo, ojalá no tenga paz ni en la otra vida! La gente cuenta que en Sarátov el arzobispo oficia misas y que se celebran oficios en todas las catedrales, que están a rebosar. [20] Entre los feligreses, hay gente de todas las edades, no sólo viejos. ¡Todo el mundo se ha levantado contra ese cornudo de Hitler!

Entonces bajó la voz:

–El caso, comadres, es que en nuestra casa también han empezado a empaquetar los enseres. La gente va al mercado y compra maletas, cuerdas. También se han puesto a coser macutos. Mijaíl Sídorovich tiene muy mal aspecto, el pobre sufre mucho a causa de todo esto. Hoy ni siquiera ha probado bocado. Ha ido a casa de la vieja Sháposhnikova para hablar de la evacuación.

–Y a él, ¿qué más le da? –preguntó desconfiada Márkovna–. Es viejo y está solo.

–¡Qué dices, por Dios, qué dices! Precisamente él tiene que irse el primero, si se queda los alemanes lo borrarán de la faz de la tierra. No para de ir y venir, en busca de información. Hoy también ha salido corriendo. Es del Partido, un viejo bolchevique de Leningrado, poca broma. Noto que está menguando. No duerme una sola noche entera y fuma sin parar. ¡Le pagan mil quinientos rublos de la jubilación! Tiene un apartamento caliente y seco. Un viaje al Cáucaso cada año. Su cartilla de racionamiento es de categoría. Compra en una tienda especial donde hay de todo. Los médicos lo visitan en casa cuando enferma. Viviendo así, ¿por qué razón querría uno morir? Si Hitler llega, lo liquidan seguro.

Las mujeres conversaban a oscuras. ¡Tenían tanto de que hablar! Luego Márkovna echó un vistazo a las ventanas y dijo:

–En el segundo, donde vive esa puta de Mélnikova, otra vez se ve luz. Ya ni siquiera se molesta en respetar el camuflaje.

Con una fuerte voz de bajo, Márkovna gritó en un tono amenazador:

–¡Eh, tú, la del segundo! ¿No te enteras o qué?

Las viejas se levantaron del banco y Agripina Petrovna se fue a casa. Spiridónovna y Márkovna se entretuvieron un momento para murmurar sobre su vecina.

–Otra vez huele a licor –dijo Spiridónovna–. ¿De dónde lo saca? ¿Y el dinero?

–¿Que de dónde lo saca? Robará a Mijaíl Sídorovich... –respondió Márkovna y añadió asustada–: Esta, si los alemanes no vinieran, acababa levantándose otra casa de piedra como la que le quitó el poder soviético. Dios mío, ¡qué hemos hecho nosotras para que nos castigues con ese Satanás alemán! ¿Por qué pecados nos castigas así, Señor?

14

Ya había empezado a oscurecer cuando se despidieron de Tolia, que se dirigía a la estación para tomar el tren de la noche. El joven estaba tenso, como si por primera vez cayera en la cuenta de lo que le aguardaba. Sin embargo, trataba de aparentar indiferencia y tranquilidad. El rostro compungido de su abuela reflejaba su propio desasosiego, y aquel descubrimiento lo inquietaba y enojaba.

–¿Has escrito a casa? –le preguntó Aleksandra Vladímirovna.

–Dios mío –respondió irritado–, ¿qué quiere de mí? No he dejado de escribir a mamá; si no lo he hecho hoy, lo haré mañana.

–No te enfades, perdóname, por favor –se precipitó a decir Aleksandra Vladímirovna.

Sin embargo, aquellas palabras sólo contribuyeron a acrecentar el enfado de Tolia.

–¿Por qué me habla como si fuera un esquizofrénico?

Entonces la abuela también se enojó:

–Vamos, querido mío, serénate de una vez.

Media hora antes de salir hacia la estación, Tolia había llamado a su primo y, tras sacar del macuto una libreta forrada con papel de diario, le

dijo:

–Escúchame Seriozha. Esta libreta contiene mis memorias; también hay notas de libros y algunas de mis reflexiones. Tengo aquí anotado mi plan de vida hasta cumplir los sesenta, pues había decidido consagrarme a la ciencia y trabajar sin perder ni un instante de mi tiempo. Bueno, tú ya me entiendes... si yo... en fin, ya sabes... consérvala en mi memoria.

Durante algunos instantes se miraron el uno al otro, presos de la emoción del momento, sin saber qué decir. Luego Tolia apretó la mano de Seriozha con tanta fuerza que los dedos de éste palidecieron.

En casa sólo quedaban la abuela y Seriozha. Tolia se despidió de ellos aprisa, tal vez porque temiera derrumbarse.

–Que Seriozha se quede en casa, prefiero que no me acompañen a la estación.

Ya en el pasillo, antes de salir, dijo atropelladamente a Aleksandra Vladímirovna:

–Me arrepiento de haber venido. Me desacostumbré de la familia, me endurecí y una vez aquí enseguida me he derrumbado. Si hubiera sabido que reaccionaría así, habría pasado de largo. Ésa es la razón por la que no he escrito a mamá...

Aleksandra Vladímirovna puso las manos sobre sus grandes orejas, ardientes por la emoción, atrajo su cabeza, le subió el gorro un dedo y le besó largamente en la frente. Tolia se quedó inmóvil, iluminado de repente por los recuerdos de su más tierna infancia, teñidos con aquella sensación de feliz sosiego que había experimentado en brazos de la abuela.

Ahora que ella había entrado en la decrepitud y Tolia, en cambio, se había convertido en un guerrero adulto y fuerte, la debilidad atravesaba de repente su coraza: apretó su cuerpo contra el de ella, se quedó inmóvil, murmuró «abuelita, abuelita» y se precipitó, cabizbajo, hacia la puerta.

15

Por la noche Vera se quedó en el hospital, era su turno de guardia. Después de la ronda vespertina salió al pasillo, iluminado con una bombilla de color azul. Abrió una ventana y se acodó en la repisa.

Desde el cuarto piso se divisaba toda la ciudad, alumbrada por la luna y el blanco refulgir del río. Las ventanas camufladas de las casas despedían una funesta luz opaca y azul. Desprovista de toda vida y calidez, su mortecino reflejo provenía de la inerte superficie de la luna, de los cristales polvorientos de las ventanas y de las frías aguas del Volga. Aquella luz era precaria e incierta: apenas uno movía la cabeza, desaparecía sumiendo en una oscuridad exánime las ventanas y el río.

Por la orilla izquierda circulaba un vehículo con las luces encendidas. A gran altura, en el cielo, se habían cruzado los haces de dos reflectores de la defensa antiaérea, como si alguien hubiera ascendido hasta las nubes para cortar silenciosamente sus rizos con unas tijeras azuladas. Abajo, en el jardín, centelleaban varios puntos de luz rojos y se oían voces apagadas: al parecer, algunos pacientes del pabellón de heridos se habían escabullido por las puertas de la cocina y estaban fumando a escondidas. El viento traía desde el Volga la humedad de sus aguas, cuyo aroma puro y fresco se imponía a ratos sobre la pesada atmósfera del hospital; en otros momentos cedía ante ella, y entonces parecía que no sólo el hospital, sino también toda la ciudad, la luna y el Volga, olieran a éter y a fenol. Las nubes, que no semejaban sino pedazos polvorientos de algodón que flotaban en el cielo, reforzaban aquella sensación.

Desde la sala de aislamiento llegaban los débiles gemidos de tres pacientes agonizantes.

Vera conocía bien aquel gemido monótono del moribundo que ya no pedía comida, agua ni morfina. Nada.

Las puertas de la sala se abrieron y sacaron una camilla. Nikíforov, un hombre de baja estatura con el rostro picado de viruela, caminaba al frente; detrás de él apareció la figura alta y flaca de Shulepin, quien se esforzaba por dar pasitos cortos para contemporizar con su compañero. Nikíforov decía sin volverse:

–¡Más despacio, que me estás empujando!

Sobre la camilla había un cuerpo oculto bajo una manta.

Uno podría pensar que el propio cadáver se había cubierto la cara con la manta para no ver aquellas paredes, pabellones y pasillos, testigos de los muchos sufrimientos que le habían tocado en suerte.

–¿Quién es? ¿Sokolov? –preguntó Vera.

–No, es el nuevo –respondió Shulepin.

Vera imaginó la siguiente escena: «Soy médica militar en grado de general y he llegado en avión desde Moscú. El cirujano en jefe me ordena entrar en la sala de aislamiento y, tras señalar a un paciente, me dice: “Éste está en situación terminal”. “Se equivoca –le respondo-–, prepárelo urgentemente para una intervención, yo misma le operaré”».

Desde el pabellón de los oficiales, en la tercera planta, se oyeron risas y un dulce canturreo:

Tania, Tatiana, Taniusha de mi alma,
¿te acuerdas de aquel verano caluroso?
Acaso tú y yo podemos olvidar
todo lo que nos tocó vivir...

Era Sítnikov, uno de los heridos, el que cantaba. Sítnikov presentaba una herida en la mano izquierda que provocó que un fiscal militar abriera una investigación, pero todo resultó estar en orden y le extrajeron un trozo de metralla de un obús alemán. Luego alguien empezó a acompañarle, por lo visto, el técnico intendente tercero Kvasiuk. Éste se había roto una pierna cuando su camión, cargado con sandías para el comedor del hospital, había sido arrollado por otro que transportaba municiones.

Durante varios días, Sítnikov persiguió a Vera pidiéndole que le consiguiera algo de alcohol de la farmacia.

–Cincuenta mililitros, sólo eso –insistía–. ¡Será posible que quiera escatimárselo a un soldado!

Vera se negaba, pero desde que Sítnikov había conocido a Kvasiuk a menudo ambos olían a alcohol, tal vez con la complicidad de la encargada de turno de la farmacia.

Apostada al lado de la ventana, Vera advertía la existencia de dos mundos que parecían no relacionarse. Uno estaba alumbrado por aquella luz, incorpórea y azul, que centelleaba en las ventanas de las casas. Era el mundo de las estrellas, el relente y el resplandor del agua. Era incierto, no se parecía a ningún otro y nacía de las novelas heroicas y las ensoñaciones nocturnas. En opinión de Vera, sin aquel mundo ni siquiera valía la pena vivir. ¡Qué de dulces disparates le venían a la cabeza!

El otro mundo la acechaba, la asediaba desde todas partes: le mecía el pelo, entraba en sus fosas nasales, hacía crujir su bata impregnada del olor a medicamentos, hacía ruido con las botas, gemía, fumaba picadura de tabaco. Era omnipresente. Vera lo encontraba en las aburridas fichas de

registro que rellenaba; en las airadas llamadas de atención de los médicos; en las gachas de mijo aderezadas con aceite vegetal; en las reprimendas del comisario político del hospital; en el polvo de la calle; en el aullido de las sirenas; en los sermones de mamá; en las conversaciones sobre los precios; en las colas; en las peleas con Seriozha; en las discusiones familiares acerca de los defectos y virtudes de parientes y conocidos; en los zapatos con suela de goma; en la chaqueta confeccionada con un viejo abrigo de papá.

Vera oyó a sus espaldas el débil golpeteo de unas muletas contra el suelo. Apoyó los codos en la repisa de la ventana, estiró el cuello y se quedó mirando el cielo. Se forzaba a mirar las nubes, las estrellas y el baile de la luz de la luna sobre los cristales mientras su oído, atento, procuraba captar aquel golpeteo que resonaba desde la oscuridad del pasillo. Sólo un par de muletas en todo el hospital sonaban así.

–¿Con qué está soñando? –preguntó una voz de chico.

Vera callaba como si no oyera. Luego suspiró, fingiendo despertar súbitamente de sus sueños a la realidad, se volvió sorprendida, sacudió la cabeza y, como si aún no hubiera vuelto en sí del todo, dijo despacio:

–¿Es usted, Víktorov? No le he oído llegar.

Vera rió, pues su propio fingimiento y su voz simulada le parecieron ridículos.

–¿Qué ocurre? –preguntó él y también rió, mostrando una mansa predisposición para compartir el humor de Vera; ya fuera alegría o tristeza, no le importaba, pues se trataba de ella. Sin embargo, dijo:

–Déjelo, le he oído venir y he fingido que estaba soñando.

Pero aquello no era sino un juego, jugar a decir la verdad. Vera se daba cuenta de que sus palabras avivaban el amor de él, pues le servían para mostrarse como una persona absolutamente especial, rara y distinta de las demás. No era posible ni necesario aprender aquel juego porque, por un lado, era demasiado complejo y, por otro, se originaba con una facilidad sorprendente en su alma.

–¡Qué va! –exclamó Vera con viveza y sinceridad al escuchar las palabras que había querido oír–. Soy de lo más normal, poco interesante y aburrida, una más de las cincuenta mil chicas que hay en nuestra ciudad.

Un mes antes habían trasladado a Víktorov al hospital desde la estepa, donde su avión había caído acribillado por los Messerschmitt alemanes. Él yacía con la cabeza colgándole de su largo y estilizado cuello, el pálido

rostro estaba sucio y polvoriento y los ojos miraban con una expresión extraña e infantil, entre asustada y triste, que había conmovido a Vera.

Mientras lo desvestían, miró a Vera, luego desvió la mirada hacia su gastada ropa interior y volvió la cara. Vera, que había visto cientos de cuerpos desnudos de hombre, se turbó y lágrimas de pena y de vergüenza le inundaron los ojos.

A veces los pacientes la perseguían con galanteos; algunos de ellos incluso habían intentado abrazarla descaradamente en el pasillo. Un comisario político se le había declarado por escrito pidiéndole matrimonio, y después, cuando abandonó el hospital, le pidió su foto.

El brigada Víktorov jamás le había dado conversación, pero Vera advertía su mirada atenta cada vez que entraba en su habitación.

Fue Vera quien se dirigió a él:

–Su unidad está cerca, ¿por qué ningún compañero viene a visitarlo?

–Me trasladaron a otro regimiento, y en el que estuve antes el personal de vuelo había sido renovado casi por completo –explicó él.

–¿Da miedo? –preguntó ella.

Víktorov vaciló y tardó en responder. Vera comprendió que había reprimido el impulso de contestarle como solían hacerlo los jóvenes pilotos a las preguntas de las chicas. Mirando con hosquedad las manos de ella, respondió en tono serio:

–Sí.

Ambos se violentaron, pues tanto él como ella deseaban tener una relación especial, nada vacuo ni casual, una relación como la que de pronto acababa de nacer entre ellos, como si el tañido solemne de una campana la hubiera anunciado en ese instante.

Él era de Stalingrado, había trabajado de cerrajero en la central y conocía a Stepán Fiódorovich, quien muchas veces había acudido al taller mecánico para reprenderlos. Sin embargo, no tenían conocidos en común. Víktorov vivía a seis kilómetros de la central y después del trabajo, en lugar de quedarse para ir al cine en el club o participar en algún equipo deportivo, se iba directamente a casa.

–No me gusta el deporte, prefiero leer –detalló.

Vera se dio cuenta de que a Víktorov le gustaban los mismos libros que leía Seriozha y que a ella no le interesaban demasiado.

–Me gustaba leer sobre todo novelas históricas, sólo que era difícil conseguirlas, pues en la biblioteca del club había pocas, así que los

domingos iba a la ciudad a buscar alguna o las encargaba a Moscú.

El resto de los pacientes mantenían una buena relación con él. Una vez Vera oyó a un comisario político decir de Víktorov:

–Es un chico bueno y serio.

Ella se sonrojó, como si fuera una madre en cuya presencia hubieran elogiado al hijo.

Víktorov fumaba mucho. Vera le llevaba picadura y cigarrillos. Cuando él tenía para fumar invitaba, y ella lo sabía, a toda la habitación. En una mano llevaba tatuada un ancla con un trozo de maroma.

–Me la tatué cuando estudiaba en la escuela de formación profesional –explicó, y añadió–: Entonces estaba hecho un gamberro, incluso me quisieron expulsar una vez.

A ella le atraía su humildad. No alardeaba de los raids aéreos en los que había intervenido, y cuando hacía alguna alusión a ellos, siempre mencionaba a sus compañeros, el avión, el motor y las condiciones meteorológicas en lugar de hablar de sí mismo. Prefería conversar sobre los tiempos de paz. Cuando en la habitación se referían anécdotas de la guerra, él solía callar, aunque seguramente tenía mucho más que contar que el narrador principal, Sítnikov, que prestaba servicios en la sección de suministro de municiones.

Víktorov no era guapo. Tenía los ojos pequeños, era flaco y estrecho de hombros, de nariz grande y ancha. Sin embargo, a Vera todos sus gestos, su sonrisa, su manera de liar un pitillo le parecían atractivos.

Ella sabía que no era muy agraciado físicamente pero, como le gustaba, hacía de la fealdad de Víktorov una virtud en vez de un defecto. Vera creía que él era especial precisamente porque había pocos –y ella se contaba entre ellos– que pudieran ver y comprender cómo era.

Cuando Vera tenía doce años, pensaba que se casaría con su primo Tolia. En octavo curso se enamoró del líder del Komsomol de la clase, e iba con él al cine y a la playa. Le parecía que ya lo sabía todo sobre las relaciones, y sonreía con condescendencia cuando oía hablar en casa sobre asuntos amorosos. En décimo curso había chicas que decían: «Hay que casarse con hombres diez años mayores y que tengan una buena posición en la vida...».

Pero todo resultó ser muy distinto...

Aquella ventana del pasillo se convirtió en su lugar de encuentro. Muchas veces, cuando disponía de un minuto libre, Vera se acercaba a la

ventana y pensaba en Víktorov; al cabo de un momento oía el golpeteo de sus muletas, como si un telegrama lo hubiera avisado de su presencia.

A veces se quedaban en pie, junto a la ventana: él, pensativo, mirando la calle; ella, sin decir palabra, mirándolo hasta que Víktorov se volvía bruscamente y le preguntaba:

–¿Qué hay?

–¿Por qué ocurre todo eso? –preguntaba ella.

A menudo hablaban de la guerra, pero eran las frases sueltas y pueriles las que en verdad favorecían su diálogo interior.

–Me da risa pensar que sea un brigada. Un brigada debe ser mayor, y usted, ¡qué clase de brigada es a sus veinte años!

Aquella noche él se acercó a ella y se quedaron en pie el uno junto al otro. Sus hombros se rozaban y, aunque hablaban sin cesar, prestaban poca atención a lo que se decían. Lo único importante era el titubeo del hombro de ella; por momentos se apartaba y él se quedaba quieto, aguardando un nuevo contacto. Entonces ella se volvía de nuevo, confiada, y Víktorov sentía de nuevo aquel roce, que parecía casual, y miraba de soslayo el cuello, la oreja, la mejilla y un mechón del pelo de ella. El rostro del joven parecía triste y oscuro a la luz de la bombilla azul. Al mirarlo, un horrible presentimiento se apoderó de ella.

–No lo entiendo. Al principio me parecía que le tenía lástima porque estaba herido, pero ahora empiezo a sentir lástima por mí misma –dijo.

Víktorov tenía ganas de abrazarla y quería convencerse de que ella deseaba y esperaba lo mismo mientras observaba con indulgencia su indecisión.

–¿Lástima por qué? –preguntó él.

–No lo sé –respondió y lo miró de abajo arriba, como miran los niños a los adultos.

Se dejó llevar por la emoción y se movió en dirección a ella. Las muletas se le cayeron. Soltó un grito apagado no porque hubiera apoyado el pie malherido, sino por el mero pensamiento de que podría haberlo hecho.

–¿Qué le pasa? ¿Se ha mareado?

–Sí –contestó y la abrazó por los hombros.

–Ahora le acerco las muletas; mientras tanto, apóyese en la repisa de la ventana.

–¿Para qué? Así estoy mejor.

Siguieron abrazados. A Víktorov le pareció que no era ella la que lo sostenía a él, un ser torpe y desvalido, sino que era su cuerpo el que la protegía de un vasto, hostil y agorero cielo nocturno.

Él se recuperaría y patrullaría a bordo de su Yak sobre el hospital y la central eléctrica. Otra vez oiría el rugido del motor de su avión a la caza de un Junkers y volvería a experimentar aquel afán –que sólo un piloto podía comprender– de acercarse al mortífero enemigo; una estela de color violeta cruzaría silenciosamente su campo de visión y enseguida vería la cara blanca y furiosa del tirador alemán en la góndola de proa del Junkers, tal y como la vio durante un combate sobre Chugúyev.

Víktorov desabrochó su bata y arropó a Vera, que se apretó contra él.

Así permaneció por unos instantes, quieto, callado, con la vista baja, notando el aliento cálido y la maravilla del seno de ella oprimida contra su cuerpo. Estaba dispuesto a continuar así durante un año, apoyado sobre un pie y abrazado a aquella muchacha en medio de un pasillo vacío y oscuro.

–No se mueva –dijo ella de repente–. Voy a recoger las muletas.

Le ayudó a sentarse sobre la repisa de la ventana.

–¿Por qué? ¿Por qué a nosotros? Todo podría haber ido tan bien... Mi primo ha partido hoy al frente. Esta mañana el cirujano me ha dicho que su herida cicatriza con increíble rapidez, así que dentro de diez días le darán el alta.

–Así sea –dijo con la despreocupación propia de un hombre que no piensa en el futuro de un amor–. Sea como fuere, ahora estamos bien. Eso es lo que importa –Víktorov sonrió y añadió–: ¿Sabe... por qué me estoy curando tan rápido? Porque la amo...

Por la noche, recostada sobre un pequeño sofá de madera pintado de blanco en la oficina de guardia, Vera meditaba.

¿Podría sobrevivir un amor recién nacido en aquel enorme edificio de cinco plantas lleno de sufrimientos, gemidos y sangre?

Se acordó del cadáver en la camilla, cubierto con una manta, al que los auxiliares habían dado sepultura. A pesar de que no conocía su nombre ni recordaba sus rasgos, una pena intensa y punzante por aquel hombre se apoderó de Vera con tanta virulencia que hizo que chillara y doblara las piernas, como si se protegiera de un golpe.

Pero precisamente en aquel momento se dio cuenta de que aquel mundo aciago le importaba más que todos los palacios celestiales de sus sueños infantiles.

Por la mañana, ataviada con su habitual vestido oscuro de cuello blanco de encaje, Aleksandra Vladímirovna se echó el abrigo sobre los hombros y salió de casa. En el portal la esperaba la auxiliar de laboratorio Krótova, con quien debía ir en camión a la fábrica de productos químicos para tomar allí muestras de aire.

Aleksandra Vladímirovna subió a la cabina mientras que Krótova, una mujer joven y fornida, se agarró a un borde de la caja del camión y trepó con la habilidad propia de un hombre.

–Camarada Krótova, vigile bien los aparatos cuando pasemos por algún bache –le ordenó Aleksandra Vladímirovna asomándose por la ventanilla.

La conductora, una mujer joven y enclenque, vestida con un pantalón de esquí y un pañuelo rojo en la cabeza, dejó la labor sobre el asiento y encendió el motor.

–La carretera está asfaltada, no hay baches –dijo y, tras echar una mirada curiosa a la anciana, añadió–: Cuando tomemos la carretera, iremos más deprisa.

–¿Cuántos años tiene? –le preguntó Aleksandra Vladímirovna.

–Ya soy mayor, tengo veinticuatro.

–Vamos, contemporánea mía... –bromeó Sháposhnikova–. ¿Está casada?

–Lo he estado, pero ahora estoy soltera de nuevo.

–¿Su marido ha muerto en la guerra?

–Qué va, trabaja en la fábrica Uralmash, en Sverdlovsk; ha tomado otra esposa.

–¿Tiene hijos?

–Sí, una niña de un año y medio.

Una vez en la carretera la conductora, mirando de soslayo a Aleksandra Vladímirovna con sus ojitos claros y alegres, empezó a interrogarla acerca de sus hijas y nietos. También se interesó por las garrafas de cristal vacías, las mangueras de goma y los tubos curvados que Sháposhnikova había ordenado cargar en el camión.

Luego empezó a hablarle de su vida.

Había vivido medio año con su marido antes de que éste se marchara a trabajar a los Urales. Él le escribía y le contaba que

estaban a punto de concederle un apartamento. Luego estalló la guerra pero a él no lo movilizaron, pues estaba exento a causa de su trabajo. Entonces empezó a escribir cada vez menos, decía que estaba viviendo en una residencia para solteros ya que no había manera de conseguir una habitación propia. En invierno le mandó una carta en la que le comunicaba que se había casado y preguntaba si le dejaría a la niña. No se la dejó ni respondió aquella carta, pero tampoco lo denunció, pues le enviaba doscientos rublos mensuales para su hija.

–Jamás se lo perdonaré, tanto si manda mil como si no manda nada. De todas formas, con lo que gano, bien puedo mantener a mi hija yo sola –dijo la joven.

El camión circulaba por la carretera al lado de jardines, casitas de paredes de color gris reforzadas con tablones, fábricas y talleres. Las manchas azules del agua del Volga asomaban entre los árboles para luego desaparecer detrás de las colinas, de las verjas y de las paredes de las casas.

Al llegar a la fábrica, Aleksandra Vladímirovna obtuvo el pase y se dirigió a la oficina central para solicitar que le asignaran un acompañante, algún técnico o auxiliar de laboratorio, y de ese modo conocer mejor la disposición y el funcionamiento de los aparatos de ventilación. Además, necesitaba que un obrero la ayudara durante una hora, pues Krótova tenía dificultades para cargar en brazos las garrafas-aspiradoras de veinte litros.

Mescheriakov, el director de la fábrica, vivía en el mismo edificio que los Sháposhnikov. Algunas mañanas Aleksandra Vladímirovna lo veía subir al coche, cerrar la puerta con un ademán ostentoso y saludar con la mano, mandándole besos a su mujer, apostada en la ventana.

Quería conversar con Mescheriakov en tono distendido para decirle: «De verdad, vecino, écheme una mano con mi investigación para que yo pueda proponer cómo mejorar la ventilación».

Sin embargo, la conversación no tuvo lugar. A través de la puerta entreabierta del despacho Aleksandra Vladímirovna oyó al director decir a su secretaria:

–Hoy no puedo recibirla. De todos modos, dígale de mi parte que no es momento de hablar sobre la salud y sus perjuicios cuando las personas entregan sus vidas, ya no su salud, en el frente.

Aleksandra Vladímirovna se acercó a la puerta del despacho. Conociendo el carácter de Sháposhnikova, si alguno de sus familiares

hubiese visto en aquel momento sus labios apretados y el entrecejo fruncido, habría augurado unos minutos muy desagradables para Mescheriakov. Sin embargo, Aleksandra Vladímirovna no entró en el despacho sino que, tras quedarse quieta un instante, encaminó sus pasos hacia la sala de máquinas sin esperar a que la secretaria volviera con la respuesta.

La atmósfera de la inmensa sala de máquinas era sofocante. Al principio los obreros se burlaron de las dos mujeres al observar cómo éstas colocaban las garrafas-aspiradoras, tomaban muestras de aire a través de las mangueras en distintas partes de la sala, sujetaban tubos de goma con abrazaderas, echaban agua con unas pipetas al lado de un operario, junto al ventilador principal o encima de las cisternas con el producto en pleno proceso de fabricación, que desprendía un fuerte olor. Un obrero flaco y sin afeitar, vestido con un mono azul raído en los codos, dijo con acento ucraniano alargando las palabras:

–Mirad a estas tontas medir el agua...

Un encargado joven, ingeniero químico tal vez, de mirada insolente y maliciosa, dijo a Krótova:

–Cuando vengan los alemanes, ya se encargarán ellos de arreglarnos la ventilación con sus bombas y sin vuestra ayuda.

Un viejo de mejillas rojas y pequeñas, entretejidas de capilares de color azul, echó una ojeada a la joven y fornida Krótova y le dirigió algunas palabras. Aleksandra Vladímirovna no las oyó pero, en vista de que Krótova se había sonrojado y, visiblemente enfadada, había dado la espalda al viejo, entendió que le había soltado alguna grosería.

Durante la hora del almuerzo Aleksandra Vladímirovna se sentó sobre una caja al lado de la puerta; estaba cansada, pues la pesada atmósfera de la sala de máquinas la aletargaba. Se le acercó un joven aprendiz y, señalando con el dedo las garrafas-aspiradoras, preguntó:

–¿Qué está haciendo?

Aleksandra Vladímirovna le explicó el funcionamiento de la aspiradora, le habló de gases nocivos para la salud de los operarios, de desgasificación y de ventilación.

Varios obreros se acercaron para escuchar a Shápshnikova. Al ver cómo ésta liaba un pitillo de picadura, el chistoso de acento ucraniano dijo: «A ver si el mío es más fuerte», y le tendió una tabaquera de tela roja, atada con un cordón.

La conversación discurrió sobre temas generales. Primero se habló de los posibles daños para la salud que suponía trabajar en determinados tipos de industria. Los operarios de las industrias químicas eran quienes corrían mayores riesgos, por considerarse su trabajo el más perjudicial, incluso más que el de los mineros o los horneros en las acererías y fundiciones.

Refirieron varios casos de envenenamiento y asfixia a causa del mal funcionamiento del sistema de ventilación. Hablaron de la influencia «alevosa» de los productos químicos, por cuya acción se gastaban prematuramente las suelas de las botas y se oxidaban las cigarreras de acero. Mencionaron la tos con flema, que ahogaba a los viejos, y se rieron de un tal Pánchenko, que trabajaba sin ropa de protección y se había quemado los pantalones con ácido.

Luego la conversación derivó a la guerra. Acongojados y preocupados, los obreros se lamentaron de que los alemanes hubieran acabado con grandes fábricas, minas, la industria azucarera, el ferrocarril y las fábricas de medios de locomoción de Donetsk.

El viejo que había hecho sonrojarse a Krótova se acercó a Aleksandra Vladímirovna y dijo:

–Mamaíta, es posible que mañana deba volver por aquí para seguir con su trabajo, así que debería recoger los cupones para el comedor.

–Gracias, hijito –respondió–, mañana traeremos nuestra propia comida.

Al llamar «hijito» al viejo, rió. Éste se dio cuenta y dijo:

–¿Qué pasa? Puede que me haya casado hace un mes.

De pronto la conversación adquirió un tono informal, animado y afable, como si, en vez de unas pocas horas, Aleksandra Vladímirovna hubiera pasado en aquella fábrica varios años de su vida.

Cuando la hora del almuerzo hubo terminado, los operarios desplegaron una manguera para que Krótova no tuviera que acarrear agua en cubos desde un extremo alejado de la sala de máquinas. Asimismo, ayudaron a trasladar los aparatos para colocarlos en aquellos sectores de la sala en los que se sospechaba que el aire contenía un exceso de gases.

Las palabras de Mescheriakov bullían en la mente de Aleksandra Vladímirovna y al recordarlas sintió que le hervía la sangre. Tenía ganas de ir a su despacho y reprenderlo, pero se contuvo.

«Primero acabaré mi trabajo, a continuación plantearé mis propuestas y luego le daré una buena lección al demagogo ese», se dijo.

Muchos de los directores e ingenieros en jefe habían sufrido en persona el rigor y la escasa afabilidad que mostraba Aleksandra Vladímirovna a la hora de defender sus propuestas para mejorar el sistema de protección en el trabajo, de modo que, una vez escarmentados, se prometieron hacerle caso. Su ojo experto y su olfato detectaban enseguida las deficiencias de las condiciones higiénico-sanitarias. Según solía decir a menudo, la nariz era el instrumento principal de un químico. En efecto, las papeletas indicadoras cambiaban inmediatamente de color mientras que las disoluciones absorbentes se enturbiaban, posiblemente a causa de la presencia de sustancias nocivas en el aire. Aleksandra Vladímirovna notaba cómo la pesada atmósfera de la sala de máquinas, saturada de aceites, le provocaba modorra, le irritaba las mucosas y le causaba carraspera y tos.

Hicieron el trayecto de vuelta en otro camión. Por el camino, el motor se averió. El conductor se quedó un buen rato hurgando en él, luego se acercó a la cabina y, limpiándose despacio las manos en un trapo, anunció pensativo:

–Fin del viaje. Los pistones se han trabado. Tengo que avisar a los del garaje para que remolquen el camión.

–Una chica nos llevó a la fábrica, y tú, siendo hombre, eres incapaz de llevarnos de vuelta a la ciudad. Y yo que pensaba que me sobraría tiempo para ir a la compra... –se quejó Krótova.

–Por diez rublos, te lleva cualquiera –sugirió el conductor.

–La cuestión es la siguiente: ¿qué hacemos con nuestro equipo? –preguntó dubitativa Aleksandra Vladímirovna y luego añadió con determinación–: No estamos muy lejos de la central eléctrica, así que me acercaré y les pediré que nos presten un vehículo. Mientras tanto, camarada Krótova, vigile el equipo.

–No lo harán. Los conductores de la central me dijeron que los permisos los firmaba el rácano de Spiridónov en persona. No le hará caso, créame –dijo el conductor.

–Precisamente él sí me hará caso –replicó Aleksandra Vladímirovna–. Si usted quiere, podemos hacer una apuesta.

Por alguna razón, el conductor se molestó y dijo en tono de enfado:

–¿Para qué querría yo apostar con usted? ¿Qué se ha creído?

Luego guiñó un ojo a Krótova y le propuso:

–Quédese a pasar la noche aquí. Dormiremos bajo la lona, como en un balneario, y no tendrá frío. Ya podrá ir a comprar mañana.

Sháposhnikova se alejó caminando por el arcén. El sol de la tarde iluminaba casas y árboles; sobre una pendiente de la carretera centelleaban los parabrisas de los camiones, que avanzaban a toda velocidad en dirección a la ciudad. En las cuestas que daban al este la carretera estaba fría, de color azul oscuro tirando a ceniza. En cambio, las zonas iluminadas por el sol adquirían una tonalidad celeste, con remolinos del polvo luminoso que levantaban los coches a su paso. Vio los altos edificios de la central. A la luz de la tarde, las oficinas y bloques de pisos parecían de color rosa, y brillantes columnas de vaho y humo ascendían por encima de las naves. A lo largo de la carretera que bordeaba pequeñas casas, jardines y huertos, obreros vestidos con ropa de trabajo y chicas con pantalón bombacho, botas o zapatos de tacón caminaban en dirección a la central llevando una bolsa en la mano. Por lo visto, era la hora del cambio de turno...

La tarde era tranquila y despejada, y el follaje de los árboles brillaba con la luz del sol poniente.

Y siempre que se extasiaba contemplando el sereno encanto de la naturaleza, Aleksandra Vladímirovna se acordaba de su hijo.

A los dieciséis años de edad, Dmitri había combatido contra las tropas de Kolchak. [21] Luego estudió en la Universidad de Sverdlovsk para convertirse, a pesar de su juventud, en dirigente de uno de los ramos más importantes de la industria. En 1937 fue arrestado acusado de conspiración. Poco tiempo después detuvieron también a su esposa. Aleksandra Vladímirovna viajó a Moscú para llevarse a su nieto Seriozha, de doce años, a Stalingrado... Se trasladó dos veces más a Moscú para interceder por Dmitri, pero los antiguos amigos de éste, gente que en otro tiempo habían dependido de él, se negaron a recibirla y no respondían a sus cartas.

Su marido, Nikolái Semiónovich Sháposhnikov había muerto de neumonía durante la Guerra Civil. Al fin consiguió que la recibiera un personaje muy importante que recordaba bien a su finado marido. Obtuvo para ella un permiso para que visitara a su hijo, que cumplía condena en el campo de trabajo del Canal del Mar Blanco, y le dio esperanzas, prometiéndole que se revisaría la causa judicial.

Los familiares de Aleksandra Vladímirovna sólo la vieron llorar una vez en la vida, cuando les refirió el encuentro con su hijo. Llevaba mucho rato esperando en el muelle, ya que iban a traer a Dmitri en una lancha motora. Cuando llegó, Aleksandra Vladímirovna fue al encuentro de su hijo y allí se quedaron, en la orilla del gélido mar, mirándose sin decir palabra, cogidos de las manos como niños. Después de que se llevaran de nuevo a Dmitri, Aleksandra Vladímirovna caminó por la orilla desierta, en cuyas piedras rompían las olas de blancas crestas, mientras en lo alto, por encima de sus canas chillaban las gaviotas... En el otoño de 1939 Dmitri había dejado de responder a sus cartas. Aleksandra Vladímirovna intentó indagar sobre él pidiendo información a las autoridades, y a tal fin viajó varias veces a Moscú. Le prometieron nuevas investigaciones y una revisión de la causa, pero el tiempo pasaba y luego estalló la guerra.

Aleksandra Vladímirovna, ligeramente mareada, caminaba a paso ligero. Sabía que aquella indisposición no sólo se debía a los coches que pasaban a toda prisa ante sus ojos y a las manchas de luz, desparramadas por doquier. La vejez, la fatiga, la pesada atmósfera de la fábrica donde había pasado el día y la constante tensión nerviosa también influían en su estado. Hacia el final del día se le hinchaban los pies y los zapatos le apretaban, posiblemente porque su corazón ya no aguantaba tanto esfuerzo.

Se cruzó con su yerno en la entrada de la central. Éste venía rodeado de gente y blandía un fajo de papeles como si con él quisiera librarse del insistente asedio de un intendente militar.

–Eso es imposible –decía Stepán Fiódorovich–, si lo conecto echaré a perder los transformadores y dejaré sin luz a toda la ciudad, ¿se entera?

–Stepán Fiódorovich –llamó en voz baja Aleksandra Vladímirovna.

Spiridónov se paró en seco al oír aquella voz tan conocida e hizo un gesto de sorpresa.

–¿Ha ocurrido algo en casa? –preguntó rápidamente y llevó a Sháposhnikova a un lado.

–Nada, todos están bien. Anoche nos despedimos de Tolia.

Luego le explicó la avería del camión.

–Ese Mescheriakov es un indolente, ni siquiera tiene un coche en condiciones –dijo Stepán Fiódorovich no sin cierta complacencia–. Enseguida pondremos solución a esto.

Miró a Aleksandra Vladímirovna y le dijo en susurros:

–Está usted muy pálida, no es normal.

–Estoy mareada.

–Seguro que no ha comido nada desde la mañana; lleva todo el día en pie, y eso no puede ser –la reprendió Spiridónov.

Aleksandra Vladímirovna se dio cuenta de que allí, donde él era amo y señor, le había hablado en un tono entre condescendiente y preocupado, extraño en alguien que siempre se había mostrado más bien tímido en su presencia.

–No dejaré que se vaya así –dijo Spiridónov y, tras entornar los ojos, se quedó pensativo durante un momento–. Ahora mismo iremos a recoger a la auxiliar con el equipo; mientras tanto, usted descanse en mi despacho. Dentro de una hora debo ir al Comité Regional del Partido, pero antes la llevaré en mi coche a casa. Además, debe comer algo sin falta.

Antes de que Aleksandra Vladímirovna pudiera replicar, Stepán Fiódorovich ordenó:

–Sótnikov, dile al encargado del garaje que mande una furgoneta a la carretera en dirección a Krasnoarmeisk, a cosa de un kilómetro de aquí. Allí hay un camión averiado. Que recojan a la mujer junto con el equipo y los lleven a la ciudad. ¿Entendido? Y rápido. ¡Vaya con ese Mescheriakov!

Llamó la atención de una mujer mayor, tal vez encargada de la limpieza, y le dijo:

–Olga Petrovna, acompañe a esta ciudadana hasta mi despacho y dígale a Anna Ivánovna que le abra la puerta. Mientras tanto, tengo que terminar un asunto, estaré con usted dentro de un cuarto de hora.

Ya en el despacho de Stepán Fiódorovich, Aleksandra Vladímirovna se sentó en una silla y echó una ojeada a las paredes cubiertas con grandes hojas azules de papel de calcar. También había allí sillones y sofás con sus fundas almidonadas intactas porque, tal vez, nadie se sentara en ellos; un jarro polvoriento de cristal, del que quizá no solieran beber, sobre un plato con manchas amarillas; un cuadro mal colgado, que posiblemente tampoco miraran, que representaba el mitin de inauguración de la central. Sobre el escritorio había papeles, dibujos técnicos, trozos de cable, un aislante de porcelana, un montículo de carbón sobre un diario, un juego de lápices, un voltímetro, una regla logarítmica, aparatos telefónicos con las cifras de los discos tan gastadas que podías ver el metal y un cenicero lleno de colillas. Era evidente que en aquel escritorio se trabajaba día y noche, sin descanso.

A Aleksandra Vladímirovna se le ocurrió que ella, tal vez, fuera la primera persona que había entrado en aquel despacho para descansar. Antes, durante diez años, allí no se había hecho otra cosa que no fuera trabajar.

Efectivamente, apenas hubo llegado Stepán Fiódorovich, llamaron a la puerta. Acto seguido, un joven vestido con una chaqueta azul entró en el despacho, dejó un extenso informe sobre el escritorio y, tras comunicar que correspondía al turno de noche, salió.

Enseguida entró un hombre mayor con gafas redondas y manguitos negros, quien, tras entregarle a Stepán Fiódorovich una carpeta y comentarle que se trataba de una solicitud de la fábrica de tractores, también salió.

Sonó el teléfono y Spiridónov descolgó el auricular.

–Claro que sé quién eres... y ya te dije que no es no. ¿Por qué? Porque la planta Octubre Rojo es más importante, tú ya sabes qué es lo que se fabrica allí. ¿Y qué? ¿Qué más? Sabes qué...

Por lo visto, hubiera querido soltar un improperio. Sus ojos se achinaron y adquirieron una expresión maligna. Aleksandra Vladímirovna nunca antes lo había visto de aquella manera. Stepán Fiódorovich se volvió rápidamente para mirar a su suegra y, tras humedecerse la lengua con los labios, continuó:

–Si crees que tengo miedo de la directiva, te equivocas. Hoy mismo iré a hablar con ellos. Primero me pides que te ayude y luego te quejas de mí... ¡Ya te dije que no!

Entró la secretaria, una mujer de unos treinta años, de ojos muy hermosos y mirada enojada.

Se pegó al oído de Stepán Fiódorovich y le susurró algo. Aleksandra Vladímirovna se quedó mirando su cabello oscuro, sus cejas hermosamente delineadas, también oscuras, y su mano grande, de hombre, manchada de tinta.

–Por supuesto, que lo traiga –le dijo Spiridónov.

La secretaria se acercó a la puerta y llamó:

–Nadia, tráigalo aquí.

Una chica vestida con una bata de color blanco entró en el despacho, golpeando el suelo con los tacones. En las manos sostenía una bandeja cubierta con una servilleta. Stepán Fiódorovich abrió un cajón del

escritorio, sacó media hogaza de pan blanco envuelta en papel de diario y se la ofreció a Aleksandra Vladímirovna.

–Si quiere –dijo dando golpecitos con la mano en el cajón–, puedo invitarla a algo más fuerte, pero eso sí, no se lo diga a Marusia, me comería vivo, usted ya sabe cómo es.

Al decir aquello volvió a ser el Stepán de siempre, tal y como lo conocía en casa.

Aleksandra Vladímirovna sorbió un poco de vodka y dijo con una sonrisa:

–Las señoras de aquí no están nada mal, la chica es una preciosidad, y el cajón del escritorio no sólo contiene planos… Y yo que pensaba que ustedes se pasaban las veinticuatro horas del día trabajando...

–A veces –dijo Spiridónov–. ¡Ay, las chicas! Si usted supiera lo que se le ocurrió a Vera... Se lo contaré camino de casa.

Aleksandra Vladímirovna pensó que las conversaciones sobre asuntos de familia sonaban extrañas allí.

Stepán Fiódorovich miró el reloj.

–Espéreme, no tardaré, necesito ir a la central, nos iremos dentro de media hora. Mientras tanto, procure descansar.

–¿Puedo acompañarle? Nunca había estado aquí.

–Es mejor que se quede, tengo que subir a la segunda y tercera plantas.

A pesar de sus palabras, la propuesta de Sháposhnikova le había levantado el ánimo, pues tenía ganas de enseñarle la central.

Había empezado a oscurecer. Fueron caminando por el patio mientras Stepán Fiódorovich explicaba:

–Aquí están los transformadores de aceite... sala de calderas... torre de enfriamiento... aquí estamos construyendo un puesto de mando subterráneo, por si las moscas, como suele decirse...

Miró al cielo y dijo:

–Si empiezan a bombardear... Aquí tenemos mucha maquinaria, las turbinas...

Nada más acceder a una sala intensamente iluminada, notaron aquella sobretensión oculta que se percibe en las grandes centrales eléctricas y, sin que se dieran cuenta, su encanto los cautivó. En ningún lugar, sea en una sala de altos hornos, de hornos Martin-Siemens o de máquinas de laminado a calor, experimenta uno aquella emocionante sensación... En la metalurgia, la inmensidad de la labor desempeñada por el hombre se

expresa de un modo palmario y directo en la incandescencia del hierro fundido, en el estruendo, en las gigantescas moles de metal que ciegan la vista... Allí todo era diferente: la luz intensa y uniforme de las lámparas eléctricas, el suelo limpio, el mármol blanco de los tableros de distribución, los movimientos pausados y perfectamente medidos, las miradas serenas y atentas de los operarios, la inmovilidad de los cárteres de acero y hierro fundido, la sabia curvatura de las turbinas y timones. En el zumbido grave, compacto y bajo de volumen, en el palpitar casi inapreciable de la luz, del cobre y del acero, en la corriente contenida de aire cálido, se percibía la sobretensión velada de la potencia, el movimiento silencioso y velocísimo de las hélices de las turbinas y la turgencia del vapor, para crear una energía de nobleza superior a la del simple calor.

El fulgor opaco de las silenciosas dinamos, en su engañosa inmovilidad, causaba una sensación estremecedora.

Aleksandra Vladímirovna aspiró el soplo cálido que se desprendía del aparente giro ligero y silencioso del volante; sus radios, sin embargo, como entretejidos por una telaraña gris, se fusionaban y centelleaban, revelando lo enérgico de su movimiento. El aire era templado, con una mezcla acre, apenas perceptible, de ozono y un ligero olor a ajo, semejante al que sigue después de una tormenta. Aleksandra Vladímirovna comparó mentalmente aquel aire con el de las industrias químicas, saturado de aceites, con el calor sofocante de las fraguas, la neblina polvorienta de los molinos y el bochorno seco de los talleres de costura.

Y, de nuevo, volvió a ver bajo una luz distinta a aquel hombre al que creía haber llegado a conocer tan a fondo durante sus años de matrimonio con Marusia.

No sólo sus movimientos, la sonrisa, la expresión de su cara y la voz se habían tornado distintos allí, sino que también por dentro era otra persona. Cuando Aleksandra Vladímirovna lo escuchaba hablar con ingenieros y operarios y observaba sus rostros, se daba cuenta de que había algo que los unía, un nexo en común vital para todos ellos. Cuando Stepán Fiódorovich recorría las plantas hablando con operarios y maquinistas, se inclinaba sobre los mandos y mecanismos y escuchaba en actitud pensativa el sonido de las máquinas, su rostro mostraba invariablemente concentración y una serena inquietud. Esa expresión tan sólo podía ser fruto del amor. Parecía que, en aquellos momentos, para Stepán Fiódorovich y para quienes lo

acompañaban los problemas y preocupaciones cotidianas, las alegrías y disgustos familiares, dejaban de existir.

–Éste es nuestro sanctasanctórum –dijo Stepán Fiódorovich y aminoró el paso.

Habían llegado al tablero principal. Sobre una alta peana de mármol, entre interruptores, reóstatos y conmutadores, entre el cobre grasiento y el plástico pulido, destacaban, en una combinación abigarrada, las bellotas rojas y azules de las señales luminosas.

Cerca del tablero, unos operarios estaban instalando una caja casi dos veces más alta que la estatura media de un hombre, de gruesas paredes de acero, en una de las cuales había una mirilla.

–Es para proteger a la persona que esté de guardia en el tablero principal en caso de bombardeo –explicó Spiridónov–. Un blindaje seguro, como el de un buque de guerra.

–El hombre enfundado –dijo Aleksandra Vladímirovna–. Pero en este caso nada tiene que ver con el cuento de Chéjov.

Stepán Fiódorovich se acercó al tablero. Las luces rojas y azules de las señales le iluminaban la cara y la americana.

–¡Conecto la ciudad! –dijo y accionó una palanca maciza–. Conecto la fábrica Barricada... conecto Tráctorni... conecto Krasnoarmeisk...

Su voz tembló de emoción; el rostro, bañado en una extraña luz abigarrada, expresaba felicidad... Los operarios lo miraban con gesto adusto.

Una vez instalados en el coche, Stepán Fiódorovich susurró a Aleksandra Vladímirovna al oído para que el chófer no le oyera:

–¿Se acuerda de la mujer de la limpieza que le acompañó a mi despacho?

–Creo recordar que se llamaba Olga Petrovna.

–Exacto. Su apellido es Savélyeva. Tuvo viviendo en su apartamento a un chico que trabajaba en el taller de cerrajería de la central. Luego el joven ingresó en una escuela de aviación y ahora resulta que está en el hospital militar de Stalingrado, convaleciente de heridas de combate. En una carta a Savélyeva le explicaba que Vera, la hija de Spiridónov, o sea la mía, trabajaba en el hospital como enfermera y que habían decidido casarse. Así es como dieron a conocer la noticia. ¿Se lo imagina? Y yo, en vez de enterarme por Vera, me entero por Anna Ivánovna, mi secretaria. Se lo contó la limpiadora Savélyeva... ¿Se lo imagina?

–¿Y qué? Eso está muy bien; lo más importante es que el chico sea honesto y buena persona –dijo Aleksandra Vladímirovna.

–No es momento, Dios mío, además es tan joven... A ver qué dice usted si la convierte en tatarabuela.

Aleksandra Vladímirovna no distinguía con claridad la cara de su yerno en la penumbra del coche, pero su voz, después de tantos años, sonaba tan familiar como seguramente lo sería la expresión de su cara en aquel preciso instante.

–Y en cuanto al aguardiente, ni una palabra a Marusia, ¿de acuerdo? –susurró entre risas.

Aleksandra Vladímirovna sintió por Stepán Fiódorovich una ternura maternal teñida de tristeza.

–Usted, Stepán, también será abuelo –dijo Sháposhnikova y le acarició el hombro.

17

Stepán Fiódorovich fue al comité del Partido en la fábrica de tractores para ocuparse de cierto asunto, y allí supo de una noticia inesperada: a Iván Pávlovich Priajin, su viejo conocido, lo habían ascendido a la dirección del Comité Regional.

Tiempo atrás, Priajin había trabajado en la delegación del Partido en la fábrica de tractores; luego fue a formarse a Moscú y regresó a Stalingrado poco tiempo antes de la guerra. Entonces volvió a trabajar en el comité del distrito. Asimismo, también ocupó un cargo de dirigente en el comité central de la fábrica de tractores.

Stepán Fiódorovich conocía a Priajin desde hacía mucho tiempo; sin embargo, se veían en tan pocas ocasiones que el propio Spiridónov se sorprendió de que aquella noticia, que no guardaba ninguna relación directa con él, le impresionara tanto.

Entró en el despacho de Priajin, quien en aquel momento se estaba poniendo la gabardina para marcharse. Stepán Fiódorovich dijo en voz alta:

–Salud, camarada Priajin. Le felicito por su nuevo cometido en el Comité Regional del Partido.

Priajin, corpulento, tranquilo y de ancha frente, miró despacio a Stepán Fiódorovich y dijo:

–Bueno, camarada Spiridónov, espero que sigamos viéndonos como antes, tal vez más a menudo todavía.

Salieron a la calle juntos.

–Le llevo en coche, tengo que cruzar toda la ciudad para ir a la central –propuso Spiridónov.

–No, gracias, iré a pie –dijo Priajin.

–¿A pie? –se sorprendió Spiridónov–. Son tres horas caminando.

Priajin miró a Spiridónov, sonrió y no dijo nada. Spiridónov, a su vez, también miró a Priajin, sonrió y tampoco dijo nada. Había comprendido que aquel día de guerra el reservado y severo Priajin tenía ganas de andar por las calles de su ciudad natal y echar un vistazo a la fábrica, el colegio que había ayudado a construir, los jardines y las casas nuevas cuya edificación había presenciado.

Spiridónov estaba apostado junto a las puertas del comité del distrito esperando a que llegara el chófer, que se había ausentado, mientras veía a Priajin alejarse por la carretera.

«¡A partir de ahora será mi superior en el Comité Regional!», pensó Stepán Fiódorovich con ironía, aunque, en realidad, estaba conmovido. Se acordó de sus encuentros con Priajin. Recordó la inauguración de un colegio para los hijos de los trabajadores en un pueblo fabril. Priajin, preocupado y enfadado, reprendió entonces al encargado de la obra porque habían dejado mal pulimentado el suelo de parqué en algunas de las aulas, quebrando con su voz gruñona la solemnidad del momento. Se acordó de cómo, mucho tiempo antes de la guerra, durante un incendio en un pueblo de las afueras, había pensado al ver caminar a Priajin a través del humo plomizo: «El comité del distrito ya está aquí, menos mal». Recordó las tres noches en vela previas a la puesta en funcionamiento de una nueva sala de máquinas. Priajin había aparecido en la sala en el momento menos esperado y, pese a que pareciera que no hablara ni interrogara a nadie en concreto, se volvió hacia Stepán Fiódorovich para preguntarle sobre el asunto que más le preocupaba.

Al ver a Priajin en la dirección regional del Partido en aquellos días terribles para Stalingrado, volvió a experimentar aquel sentimiento de seguridad, el mismo que había tenido durante el incendio.

La emoción del momento hizo que viera a aquel hombre con otros ojos y descubrió para sí que, en realidad, Priajin se preocupaba por todo. El esfuerzo y el fruto de toda una vida, de muchas vidas, entre ellas la de Spiridónov, estaban en juego.

Mientras se despedían, Priajin pareció adivinar los pensamientos y sensaciones de Stepán Fiódorovich; le apretó la mano con fuerza, como si le diera las gracias tácitamente y reconociera la discreción de Spiridónov al no insistir en que le acompañara, respetando su decisión de cruzar la ciudad caminando.

Ciertamente, algunas personas tienen la mala costumbre de escudriñar sin permiso en el alma ajena y luego anunciar a los cuatro vientos lo que han visto.

Al regresar a la central, Stepán Fiódorovich se sumergió en los asuntos del día a día, pero los pensamientos provocados por aquel encuentro casual no se diluyeron en el torrente ruidoso de la cotidianidad.

18

Por la noche Zhenia colocó en las ventanas el camuflaje que había ingeniado, formado con chales, jerséis y mantas viejas unidos entre sí con horquillas para el pelo e imperdibles.

El bochorno se instaló enseguida en la habitación; las frentes y las sienes de los presentes se perlaron de gotitas de sudor, e incluso la sal amarillenta del salero parecía transpirar a causa del calor. En cambio, desde la habitación, el camuflaje de las ventanas ocultaba el agobiante cielo nocturno de la guerra que se cernía.

–A ver, camaradas señoras y señoritas –dijo resoplando Sofia Ósipovna–, ¿qué hay de nuevo en la heroica ciudad de Stalingrado?

Las aludidas callaban porque estaban hambrientas, y en aquel momento sacaban patatas calientes de la cacerola mientras se soplaban los dedos.

Stepán Fiódorovich, que almorzaba y cenaba en el comedor del Comité Regional del Partido, renunció a comer patatas.

–A partir de la semana que viene pernoctaré en el trabajo, así lo ha dispuesto el Comité Regional –anunció. Se aclaró la garganta y añadió despacio–: Priajin es el nuevo secretario en el comité.

Nadie prestó oídos a sus palabras. Maria Nikoláyevna, que a mediodía había ido a la fábrica para participar en un *subótnik* [22] municipal de los trabajadores de la educación, empezó a hablar sobre la animada actitud de los obreros.

En la familia, a Maria Nikoláyevna se la tenía por una intelectual. Ya en su época de colegiala les había sorprendido su capacidad de trabajo y su cualidad de encontrar siempre algo en que ocupar su tiempo. Estudió simultáneamente dos carreras: pedagogía y filosofía, esta última por correspondencia. Antes de la guerra, una editorial regional había publicado un folleto escrito por ella intitulado *La mujer y la economía socialista* . Stepán Fiódorovich mandó forrar un ejemplar en piel de color amarillo, con el título repujado en plata. Aquel ejemplar, objeto de orgullo familiar, siempre estaba sobre su escritorio. Spiridónov se dejaba guiar por las opiniones de su mujer en sus discusiones con otras personas y en la valoración de amigos y conocidos.

–Nada más pisar la sala de máquinas, uno se olvida de todas las dudas y preocupaciones –explicó Maria Nikoláyevna mientras cogía una patata. En un arrebato de entusiasmo, la dejó enseguida sobre la mesa y prosiguió–: El carácter laborioso y desprendido de nuestro pueblo hace que sea imposible vencernos. Allí, en la fábrica, uno se da realmente cuenta de cómo la nación lucha contra el enemigo. Todos nosotros deberíamos dejar nuestras ocupaciones e ir a trabajar a las fábricas de armamento y los koljoses. ¡Nuestro Tolia ya se ha marchado!

–Hoy día la gente mayor es la que mejor vive, los que sufrimos somos los jóvenes –dijo Vera. Había equivocado el acento en una de las palabras; Maria Nikoláyevna la corrigió enseguida, pues tenía la costumbre de enmendar los errores del habla de su hija.

–Tu chaqueta está llena de polvo, hay que cepillarla –dijo Stepán Fiódorovich a Maria Nikoláyevna.

–Es polvo de la fábrica, un polvo sagrado –respondió ella.

–Come, Marusia –le llamó la atención Spiridónov, preocupado porque su mujer, tan amante de conversaciones elevadas, no se dejara llevar y desatendiera su parte del esturión frito que él había traído del comedor del comité.

–Todo eso es cierto –dijo Aleksandra Vladímirovna–, pero el pobre Tolia parecía un manojo de nervios.

–Qué se le va a hacer, es la guerra, y la patria exige grandes sacrificios –dijo Maria Nikoláyevna.

Yevguenia Nikoláyevna miró a su hermana mayor con los ojos entornados.

–Querida mía, todo eso suena muy bien después de un *subótnik* , pero si en invierno tuvieras que ir todos los días a la fábrica, a tientas y cuando aún no ha amanecido, bajo la amenaza de un bombardeo y regresar a casa corriendo en la misma oscuridad después de una jornada de trabajo... con un pedazo de queso infecto por todo alimento…

–¿A qué viene razonar con el aplomo y autoridad de quien lleva veinte años trabajando en una fábrica? Además, eres incapaz de comprender que formar parte de un gran colectivo puede ser una fuente inagotable de moral. Los trabajadores se mostraron chistosos y tranquilos. Cuando hicieron traer un cañón del taller, un oficial dio un apretón de manos a un viejo operario en señal de agradecimiento. Entonces el viejo lo abrazó y le dijo: «Haga Dios que regreses vivo de la guerra». ¡Si lo hubierais visto! En aquel momento tuve tal arrebato de patriotismo que, en lugar de seis horas, habría trabajado cien.

–Dios mío –suspiró Zhenia–, ¿acaso crees que pretendo discutir contigo cuestiones de fondo? Todo lo que dices, además de cierto, es noble y lo comparto con toda mi alma. Sin embargo, hablas de las personas como si las hubieran parido redactores de diarios en vez de mujeres. Todo lo que has dicho de la fábrica es real, pero tu tono no me ha convencido. Creo que no ha sido a propósito pero, tal como lo has contado, parece ficción... En lugar de personas de carne y hueso me ha parecido que describías a los personajes de un cartel, y pintar carteles no es lo mío.

–Pues, precisamente, deberías pintar carteles en vez de cultivar esa pintura misteriosa que nadie entiende –la interrumpió Marusia–. Pero ya sé lo que me vas a decir. Te pondrás a hablarme de la necesidad de reflejar la vida con veracidad… ¿Cuántas veces te he de decir que hay dos verdades? Está la verdad que la realidad nos impone desde un pasado maldito. Y después está la verdad que conseguirá vencer al pasado. Es por esa segunda verdad, por esa verdad del futuro, por la que yo quiero vivir.

–¿Cerrando los ojos a todo lo que ocurre a tu alrededor? –preguntó Zhenia.

–Bueno, tampoco es que tú veas mucho –replicó Maria Nikoláyevna–. Y a ti los árboles no te dejan ver el bosque.

–No, Marusia, ahí te equivocas –terció Sofia Ósipovna–. Como cirujano te puedo decir que hay una sola verdad y no dos. Cuando le amputo la pierna a alguien, sé que no hay dos verdades sobre la mesa. Y si pretendemos que hay dos verdades estamos en un problema. Lo mismo pasa con la guerra, y sobre todo cuando las cosas pintan tan mal como hoy: verdad hay una sola. Es una verdad amarga, pero a la vez la única que puede salvarnos. Si los alemanes entran en Stalingrado aprenderás que quien persigue dos verdades no atrapa ninguna. Será tu final.

–La retirada es ya un hecho… –dijo Vera alargando las palabras–. Hoy han llegado algunos heridos al hospital. Han contado cosas terribles, dicen que nuestras tropas se retiran en desbandada. Por otra parte, ahora me encontré a Zina cuando venía a casa. Ha pasado tres meses en el Kiev ocupado por los alemanes y dice que estamos exagerando, que allá tenían todos los mercados abiertos, se podía ir al cine a ver películas estupendas y que los oficiales son hombres muy educados.

–Vera, ¡no repitas esos rumores contrarrevolucionarios! –dijo Spiridónov-. Sabes muy bien la que te puede caer por difundir esas cosas en tiempos de guerra.

–¿Qué os pasa a los jóvenes? A tu edad, yo era muy diferente –dijo Maria Nikoláyevna con una voz aguda y vibrante por la emoción–. ¡Y déjame que te lo diga por enésima vez: tienes que aprender a elegir a tus amigos!

–¡Ay, papá, mamá! –protestó Vera–. ¡Sois como niños con todos esos prejuicios y sermones! ¿Qué tengo que ver yo con eso? Yo simplemente os cuento lo que se dice por ahí. ¿Acaso tengo cara de estar esperando a los alemanes? Por cierto, dice Zina que en Kiev a quienes mataron fue a los judíos. Y la abuela no tiene por qué marcharse, me dijo, porque como tiene un hijo preso en los campos de trabajo, los alemanes no le harán nada.

–No me lo puedo creer –exclamó Marusia–: ¡Tanto cinismo en boca de mi hija!

–Eso no debe de ser cierto –intervino Sofia Ósipovna–. En Kiev debe de haber decenas de miles de judíos. ¡No los habrán podido matar a todos!

–Sea como sea, yo no me puedo quedar aquí a esperar a los alemanes –dijo Aleksandra–. No podría aguantarlo. Además, soy responsable de Seriozha y no puedo hacer nada que pueda dañarlo.

Entonces Seriozha irrumpió en la habitación.

–Por fin has llegado, me tenías preocupada –dijo aliviada Aleksandra Vladímirovna–. ¿Dónde has estado?

–Abuela, ¡ya puede ir preparándome un macuto, pasado mañana parto con un batallón de trabajo a cavar trincheras! –anunció Seriozha en voz alta y muy acalorado. Acto seguido, sacó un papel que guardaba entre las hojas de su carné de estudiante y lo puso sobre la mesa con el ademán del jugador que muestra, ante la perplejidad de sus contrincantes, el as de triunfos.

Stepán Fiódorovich desplegó el papel y, con la pericia de una persona versada en asuntos burocráticos, lo examinó empezando por el número, la fecha y el sello.

Seriozha, seguro de la autenticidad y validez del documento, sonreía con indulgencia mientras observaba los ojos entornados y la frente arrugada de Stepán Fiódorovich.

Marusia y Zhenia se olvidaron por un momento de la discusión que mantenían e intercambiaron una mirada de complicidad al escudriñar a hurtadillas la expresión de Aleksandra Vladímirovna.

Seriozha era su favorito. Adoraba sus ojos, su mente inquieta, directa, poderosa como la de un adulto y espontánea como la de un niño, su timidez y apasionamiento, su confianza infantil y su escepticismo, su bondad e iracundia. En una ocasión dijo a Sofia Ósipovna: «Sabes, Sonia, ya hemos llegado a la vejez y pronto abandonaremos esta vida que, ahora que estamos en guerra, no es un jardín apacible sino una hoguera. Sin embargo, yo sigo confiando en el poder de la Revolución, en la victoria sobre el fascismo, en la fuerza de quienes enarbolan la bandera de la felicidad y la libertad del pueblo. Creo que Seriozha es de esa estirpe, y por eso le quiero tanto».

El amor que Aleksandra Vladímirovna profesaba a su nieto era, por encima de todo, irracional e inconsciente, un amor verdadero.

Los familiares sabían de aquel amor, un sentimiento que los conmovía y enojaba a la vez, pues despertaba en ellos cierto sentido de protección mezclado con celos, como sucede con frecuencia en las familias numerosas. Unas veces, las hijas de Aleksandra Vladímirovna decían preocupadas: «Si le ocurriera algo a Seriozha, mamá no podría soportarlo». Otras, pensaban irritadas: «¡Por Dios, qué manera de preocuparse por ese chiquillo!». Y, de vez en cuando, desaprobaban a Aleksandra

Vladímirovna diciendo en tono de burla: «Cuando mamá intenta tratar de la misma manera a Tolia y a Seriozha, nunca lo consigue».

Stepán Fiódorovich devolvió el papel a Seriozha y dijo con pretendida indiferencia:

–Está firmado por Filimónov, pero no te preocupes, mañana hablaré con Petrov para que te busque un empleo en la central.

–¿Para qué? –se sorprendió Seriozha–. Yo mismo me alisté, nadie me obligó. Nos dijeron que, además de palas, nos darían fusiles, y a los que tuviéramos buena salud nos incorporarían a filas.

–¿De modo que tú mismo te alistaste? –preguntó Stepán Fiódorovich.

–Por supuesto.

–¡Te has vuelto loco! –exclamó enfadada Maria Nikoláyevna–. ¿Has pensado en la abuela? ¿Acaso no sabes que no podrá soportarlo si, Dios no lo quiera, te sucede algo?

–Si ni siquiera tienes pasaporte. ¿Habéis visto a este loco? –se sumó Sofia Ósipovna.

–¿Y Tolia?

–¿Qué pasa con Tolia? Es tres años mayor que tú. Es un adulto. Tolia ha sido llamado a cumplir con su deber de ciudadano. Al igual que Vera, ¿acaso le dije algo a ella? Cuando llegue la hora y termines la secundaria, te alistarán y nadie se opondrá. No puedo creer que te hayan admitido. Deberían haberte tirado de las orejas...

–Allí había uno más bajo que yo –interrumpió Seriozha.

Stepán Fiódorovich guiñó un ojo a Zhenia.

–¿No veis que ya es un hombre?

–Mamá, ¿por qué callas? –preguntó Zhenia a Aleksandra Vladímirovna.

Seriozha miró a la abuela y llamó su atención preguntándole en voz baja:

–¿Qué dices, Baba?

Seriozha era el único que le hablaba con cierta familiaridad burlona, el único que se atrevía a discutirle con una especie de indulgencia cómica y conmovedora. Incluso Liudmila, la hija mayor de Aleksandra Vladímirovna, rara vez la contradecía, a pesar de poseer un carácter autoritario y estar sinceramente convencida de tener siempre la razón en los asuntos de familia.

Aleksandra Vladímirovna alzó rápidamente la cabeza, como si estuviera ante un tribunal, y dijo:

–Seriozha, haz como tú..., yo...

Se detuvo, se levantó de la mesa y salió de la habitación.

Por un momento se hizo el silencio y Vera, cuyo corazón se había abierto aquel día a la compasión y la cortesía, frunció el ceño, conmovida, en un intento por contener las lágrimas.

19

Durante la noche, las calles de la ciudad se llenaron de ruidos: bocinazos, el zumbido de los automóviles y gritos estridentes.

Además de impedirles dormir, aquellos ruidos molestaban e inquietaban a los ciudadanos, que se desvelaban y yacían en su cama en silencio, aguzando el oído e intentando entender qué estaba sucediendo.

En aquella época temible, arrancados de su sueño en mitad de la noche, todos compartían las mismas inquietudes: la posible rotura alemana del frente, el súbito empeoramiento de la situación de las tropas soviéticas y su consiguiente retirada, que precipitaría el momento de vestirse a toda prisa, coger el hatillo con los efectos personales y abandonar los hogares. A tenor de aquellos ruidos y voces confusas, de vez en cuando cundía la alarma: los corazones se encogían por el miedo ante un eventual desembarco aéreo de los nazis.

Zhenia, que compartía habitación con su madre, Sofia Ósipovna y Vera, se incorporó en la cama apoyándose en un codo y dijo en voz baja:

–Así sucedió con nuestra brigada de pintores en Yelets: ¡cuando nos despertamos, los alemanes ya estaban en las afueras de la ciudad sin que nadie nos hubiese avisado!

–Vaya comparación más siniestra –dijo Sofia Ósipovna.

A través de la puerta que Marusia había dejado abierta para poder avisar a todos con más facilidad en caso de un bombardeo, oyeron a ésta decir:

–Stepán, y tú tan tranquilo durmiendo cuando habría que averiguar qué sucede.

–No estoy durmiendo, ¡escucha! –susurró Stepán Fiódorovich.

Afuera, muy cerca de la ventana, se oyó el runrún del motor de un coche que se detenía; una voz, que resonó tan nítida como si hablaran dentro de la habitación, dijo:

–¡Despierta y arranca!

Profirió unas cuantas palabras más que hicieron que las mujeres se ruborizaran, pero sin duda alguna quien las había pronunciado era un ruso contrariado.

–Qué bien suena –afirmó Sofia Ósipovna.

De pronto, todos empezaron a hablar con gran alivio.

–La culpa la tiene Zhenia con sus historias de Yelets –dijo Marusia con voz débil–. Todavía tengo punzadas en el corazón y debajo del omoplato...

Stepán Fiódorovich, avergonzado del reciente y nervioso cuchicheo entre él y su esposa, empezó a explicar azorado:

–¡Menuda tontería! Esto es absurdo. Desde Kalach hasta aquí se extiende una línea de defensa inexpugnable. Además, me habrían telefoneado. Esto no es como vosotras os imagináis. Ay, mujeres, mujeres, ¡qué le vamos a hacer!

–Desde luego son tonterías, pero por un momento he pensado que así es como sucede –asintió en voz baja Aleksandra Vladímirovna.

–Sí, mamita, es precisamente así como sucede –respondió Zhenia.

Stepán Fiódorovich se echó una gabardina sobre los hombros, cruzó la habitación, descolgó el camuflaje y abrió de par en par la ventana.

–Se abre la primera ventana, el bullicio penetra en la habitación –recitó Sofia Ósipovna y, tras prestar atención al fragor abigarrado de coches y voces, concluyó–: Se oye el tañido de una campana de una iglesia cercana, el rumor de la multitud y el sonido de la rueda.

–El ruido de la rueda, que no el sonido –la corrigió Maria Nikoláyevna.

–Que sea el ruido –dijo Sofia Ósipovna al modo ucraniano, haciendo que todos rieran.

–Hay muchos coches ahí abajo, «emkas» y ZIS-101 –comentaba Stepán Fiódorovich vislumbrando la calle iluminada con la difusa luz de la luna.

–Tal vez sean los refuerzos que se dirigen al frente –aventuró Maria Nikoláyevna.

–O todo lo contrario, no parece que vayan en esa dirección –replicó Stepán Fiódorovich. De pronto, alzó un dedo a modo de advertencia y pidió silencio.

En la esquina había un agente de tráfico al que se dirigían los conductores que pasaban por allí. Hablaban en voz baja, de modo que no se podía entender qué decían. A todas las preguntas, el guardia respondía con un movimiento de brazo, señalando con el banderín que sostenía en la mano la ruta que debían seguir los vehículos, cargados hasta los topes de mesas, banquetas, cajas y camas plegables. En los camiones se veía a hombres ataviados con capotes y capas anchas que se mecían soñolientos al compás del movimiento de los vehículos. Un ZIS -101 se detuvo al lado

del guardia y Stepán Fiódorovich, por primera vez, oyó con claridad lo que decían.

–¿Dónde está el comandante? –preguntó una voz lenta y profunda.

–¿Busca al comandante de plaza?

–Qué me importa tu comandante de plaza, necesito saber dónde se ha instalado el comandante del Estado Mayor del frente.

Stepán Fiódorovich no quiso seguir escuchando, cerró la ventana y, tras colocarse en medio de la habitación, anunció:

–Camaradas, Stalingrado acaba de convertirse en una ciudad del frente: ha llegado el Estado Mayor del frente sudoeste.

–No se puede huir de la guerra, nos persigue –dijo Sofia Ósipovna–. ¡Durmamos! A las seis tengo que estar en el hospital.

Apenas dejó de hablar, sonó el timbre.

–Ya abro yo –dijo Stepán Fiódorovich y, tras ponerse su gabardina de paño inglés, se dirigió a la puerta. Durante la noche aquella prenda solía colgar de la cabecera de la cama, para tenerla a mano en caso de bombardeo. Junto con la gabardina colgaba el traje nuevo de Stepán Fiódorovich, mientras que la maleta con la pelliza y los vestidos de Marusia estaba al lado del armario, lista para el combate.

Stepán Fiódorovich regresó enseguida y susurró con una sonrisa:

–Zhenia, cierto caballero pregunta por usted. Un hombre atractivo la espera en el recibidor.

–¿Por mí? –se sorprendió Yevguenia Nikoláyevna–. No entiendo nada, ¡qué bromas son ésas!

Sin embargo, todo indicaba que estaba cohibida y emocionada.

–Dzhajshi –dijo Vera en un tono divertido–. Vaya con la tía Zhenia.

–Stepán, haga el favor de salir un momento, necesito vestirme –le pidió Yevguenia Nikoláyevna, que inmediatamente se puso en pie de un salto como una jovenzuela, colocó el camuflaje en la ventana y encendió la luz.

En sólo unos segundos se puso el vestido y los zapatos, pero sus movimientos se ralentizaron cuando, con los ojos entornados, echó mano del lápiz de labios.

–Te has vuelto loca –la reprendió enfadada Aleksandra Vladímirovna–. Te están esperando, es de noche y a ti se te ocurre maquillarte.

–Por no hablar de esa cara sin lavar y ese pelo enmarañado como el de una bruja –se sumó Maria Nikoláyevna.

–No se preocupen –dijo Sofia Ósipovna–. Zhenia sabe perfectamente que es una bruja joven y hermosa.

A ella, una virgen de cincuenta y ocho años, gorda y canosa, tal vez jamás se le hubiera presentado la ocasión de arreglarse para un encuentro imprevisto, intentando poner freno al corazón desbocado.

Aquel marimacho, amante del exabrupto en la conversación, lectora de matemáticos, filósofos y poetas, que tenía la capacidad de trabajo de un buey y había recorrido medio mundo en expediciones geográficas, habría podido tratar a Zhenia con mofa reprobadora en vez de profesarle una tierna admiración y cierta envidia entre conmovedora y risible.

Zhenia se dirigió a la puerta con la misma expresión de enojo y perplejidad.

–¿No me reconoce? –preguntó alguien desde el otro lado de la puerta.

–Sí y no –respondió Zhenia.

–Soy Nóvikov –se presentó el recién llegado.

Camino de la puerta, Zhenia estaba casi segura de que era él, pero respondió en aquel tono porque aún no sabía si debería molestarse por aquella descarada intrusión nocturna.

De improviso captó, como si fuera una espectadora, toda la poesía de aquel encuentro en mitad de la noche; se vio a sí misma, soñolienta, arrancada del calor de la cama materna, y a aquel hombre apostado junto a la puerta, recién llegado de la oscuridad amenazadora de la guerra envuelto en olor a polvo, a frescura de la estepa, a gasolina y cuero.

–Acepte mis disculpas, es estúpido presentarse así, en mitad de la noche –dijo e inclinó la cabeza como lo haría un prisionero ante un comandante del ejército.

–Ahora sí que le he reconocido, camarada Nóvikov. Me alegro de verle.

–La guerra me ha traído hasta aquí. Lo siento, será mejor que regrese cuando haya amanecido.

–¿Adónde va a ir ahora, en mitad de la noche? Quédese con nosotros.

Él se negó. Zhenia se enfadó no porque Nóvikov hubiera irrumpido en la casa de aquella manera, sino porque rehusara quedarse en ella. En voz baja, dirigiéndose al oscuro hueco de la escalera, en el tono propio de una persona acostumbrada a mandar y con el convencimiento de que sería obedecida, Nóvikov ordenó:

–Korenkov, traiga mi maleta y el saco de dormir.

–Me alegro de verle sano y salvo –dijo Zhenia–. Pero no le voy a preguntar nada por ahora: está cansado, necesita lavarse, tomar té y comer algo. Ya hablaremos por la mañana con más calma y me contará qué le ha traído hasta aquí. Le presentaré a mi madre, a mi hermana y a mi sobrina.

Le cogió la mano y, escrutando su rostro, dijo:

–Su aspecto ha cambiado mucho, incluso se le han aclarado las cejas.

–Es a causa del polvo, la carretera era muy seca.

–El polvo y también el sol. Por eso los ojos parecen más oscuros.

Zhenia notó cómo la mano grande de Nóvikov que ella sostenía en la suya temblaba ligeramente. Entonces rió y dijo:

–Bueno, de momento le confío al cuidado de nuestros hombres y mañana será usted introducido en el mundo femenino.

Alojaron al huésped en la habitación de Seriozha, que acompañó a Nóvikov al cuarto de baño.

–¿Será posible que la ducha funcione? –le preguntó.

–Todavía funciona –respondió Seriozha.

Siguió a Nóvikov con la mirada mientras éste se quitaba el correaje, el revólver y la casaca con cuatro insignias en forma de barras de color carmesí. Después sacó una navaja de afeitar y una jabonera del maletín.

Era alto y ancho de hombros, y parecía que había nacido para vestir el uniforme militar.

Seriozha se veía a sí mismo debilucho y enclenque en comparación con aquel rudo hijo de la guerra, sin tener presente que él también sería pronto hijo suyo.

–¿Es usted hermano de Yevguenia Nikoláyevna? –le preguntó Nóvikov.

A Seriozha le daba vergüenza admitir que era su sobrino, pues ella era demasiado joven para ser la tía de un chico que ya se había alistado como voluntario en un batallón de voluntarios para el trabajo. Nóvikov pensaría que, o bien Zhenia era muy mayor, o bien él era un perfecto mocoso.

–Séquese con esta sábana de felpa –le dijo Seriozha como si no hubiese oído la pregunta.

No le había gustado el tono con que Nóvikov se había dirigido al chófer, un soldado encorvado de unos cuarenta años de edad.

Luego, mientras calentaba el agua para el té en un hornillo de queroseno, Seriozha dijo:

–Al camarada chófer también lo instalaremos aquí.

–No, dormirá en el coche. No se puede dejar el vehículo sin vigilancia –replicó Nóvikov.

El chófer intervino con ironía:

–Hemos aparcado cerca del Volga, camarada coronel, y no creo que nadie vaya a llevarse el coche a nado, porque no le serviría de nada.

–Puede retirarse, Korenkov –ordenó impasible Nóvikov.

Nóvikov tomó el té en la habitación de Seriozha. Stepán Fiódorovich, rascándose el pecho y bostezando, se sentó enfrente de él a tomar su té. La llegada nocturna del Estado Mayor lo había sumido en la inquietud.

Desde el otro lado de la puerta se oyó la voz de Zhenia:

–¿Qué tal, todo bien? –preguntó.

Nóvikov se dio prisa en levantarse y, como si hablara con algún alto mando, contestó:

–Gracias de nuevo, Yevguenia Nikoláyevna, y le reitero mis disculpas por esta invasión nocturna.

Mientras hablaba con Zhenia sus ojos expresaban culpabilidad, algo que no casaba con su faz autoritaria, su frente ancha, su nariz recta y sus labios prietos.

–Entonces, buenas noches y hasta mañana –dijo Zhenia.

Seriozha advirtió que Nóvikov se quedaba escuchando el golpeteo de los tacones mientras se alejaban.

Stepán Fiódorovich bebía el té, agasajaba al huésped y lo examinaba con la mirada de un experto en la selección del personal. Estaba barruntando cuál de las profesiones civiles habría encajado con Nóvikov. No se lo imaginaba en una cooperativa de producción, pero tal vez encajaría como director de alguna importante obra de construcción de interés nacional.

–¿Así que el Estado Mayor del frente se establece a partir de ahora en Stalingrado? –preguntó Stepán Fiódorovich.

Nóvikov le miró de soslayo y Stepán Fiódorovich vislumbró cierto disgusto en los ojos del huésped.

–De acuerdo, es un secreto militar –accedió Spiridónov un tanto contrariado. Y, sin poder contenerse, añadió con fanfarronería–: El cargo que ocupo me facilita el acceso a ciertas informaciones. Debe saber que proveo de energía tres fábricas de importancia que, a su vez, abastecen los frentes.

Aquella fanfarronería era fruto de la debilidad y la falta de confianza en sí mismo; la mirada serena y fría del militar incomodó a Stepán Fiódorovich, pues parecía responder a su bravuconada: «Si te confiaron semejante información, no fue para que la revelaras sin necesidad, y menos aún en presencia de este chaval, que no provee de energía a nadie».

Stepán Fiódorovich rió.

–¿Le interesa saber cómo me he enterado?

Entonces contó la conversación que había oído entre el pasajero del ZIS y el agente de tráfico.

Nóvikov se encogió de hombros.

De improviso, Seriozha preguntó:

–¿Conocía a nuestra Zhenia antes de la guerra?

Nóvikov se apresuró a responder:

–Sí, claro que sí.

Stepán Fiódorovich le guiñó un ojo.

–Secreto militar –dijo mientras pensaba: «¡Vaya con el coronel!».

Nóvikov echó un vistazo al cuadro que colgaba de la pared y que representaba a un anciano de barba verde con unos pantalones también verdes.

–¿Se ha puesto así de verde con el tiempo? –preguntó.

–Lo pintó Zhenia. Ella considera al viejo errante una de sus mejores creaciones –explicó Seriozha.

Stepán Fiódorovich creía que el romance entre Yevguenia Nikoláyevna y el coronel venía de mucho tiempo atrás, de modo que todo aquel ceremonial, hablar de pie y el tratamiento de cortesía le parecían puro teatro. Y por alguna razón, aquello le fastidiaba. «Es demasiada mujer para ti, soldado», pensó.

Nóvikov permaneció un rato en silencio y luego dijo en voz baja:

–Qué extraña ciudad es la vuestra. Estuve buscando vuestra calle durante mucho tiempo en mitad de la noche, y resulta que las calles llevan los nombres de casi todas las ciudades soviéticas: Sebastópol, Kursk, Vínnitsa, Chernígov, Slutsk, Tula, Kiev, Járkov, Moscú, Rzhev... –rió y añadió–: He intervenido en combates que se han desarrollado cerca de muchas de estas ciudades, y en algunas había servido antes de la guerra. Ahora, resulta que todas ellas han venido a parar aquí...

Mientras le escuchaba, Seriozha creía estar frente a otra persona, diferente de aquel hombre extraño e incomprensible que al principio le

había contrariado. Y entonces pensó: «Sí, sí, he tomado la decisión correcta: ¡iré!».

–Ay, calles, calles, nuestras ciudades soviéticas –entonó Stepán Fiódorovich y suspiró apesadumbrado–. Es mejor que se acueste, debe de estar fatigado a causa del viaje.

20

Nóvikov era oriundo de Donbass. Cuando estalló la guerra, de toda su familia sólo sobrevivía su hermano mayor, Iván, que trabajaba en la mina de Smolianínov, cerca de Stálino. El padre de Nóvikov había perecido en un incendio en la mina y, poco tiempo después, la madre murió a causa de una pulmonía.

Iván raramente escribía a su hermano; Nóvikov sólo había recibido dos cartas suyas en todo el tiempo que llevaba en la contienda. La última llegó al frente sudoeste en febrero, remitida desde una mina lejana a la que Iván había sido evacuado junto con su mujer y su hija. En la carta, su hermano se quejaba de lo dura que era la vida de los desplazados. Nóvikov le había enviado desde Vorónezh algo de dinero y comida, pero como Iván no le contestó, Nóvikov no supo si éste había recibido el envío o había vuelto a cambiar de dirección.

Se habían visto por última vez antes de la guerra. En 1940 Nóvikov había estado una semana de visita en casa de su hermano. Le resultó extraño volver a recorrer los lugares donde había vivido de niño. Pero por lo visto, el hombre recuerda con tanto afecto su tierra natal y su infancia, colmada de cariño maternal, que aquel pueblo minero, lúgubre y desangelado, a Nóvikov le pareció entrañable, acogedor e incluso bonito. Entonces ya no reparaba en el viento lacerante, en el humo acre y nauseabundo que despedía la fábrica de coque y benceno, ni tampoco en los terreros, que semejaban túmulos... El rostro de Iván, con las pestañas cubiertas con polvo de carbón, y los rostros de los amigos de la infancia que habían acudido a beber vodka con él, le resultaron tan familiares y entrañables que él mismo se sorprendió pensando cómo había podido vivir tantos años lejos de su pueblo.

Nóvikov era una de aquellas personas que desconocen el éxito sin esfuerzo.

Lo atribuía a su extrema rectitud de carácter y su escasa habilidad para entablar amistades. Sin embargo, él mismo se consideraba una persona afectuosa, afable y cordial, justamente todo lo contrario a como lo veían los demás.

Aunque las personas tienden a creerse algo muy diferente de lo que son en realidad, Nóvikov no iba muy errado en la valoración que hacía de sus cualidades: parecía mucho más ceñudo y seco de lo que realmente era. Así lo juzgaban sus compañeros del colegio municipal donde había ingresado una vez superó la época de correr tras las palomas; en la cerrajería, donde trabajó después, y en el Ejército Rojo, en el que ingresó más tarde, la percepción que se tenía de él seguía siendo la misma, y así fue durante toda su vida.

Aunque tanto su padre como su abuelo fueron obreros, sus camaradas de armas lo consideraban un aristócrata estirado. No soportaba el olor del vodka, una bebida de la que decía que solo había bebido nueve copas en toda su vida. Jamás utilizaba palabras soeces en sus tratos con la tropa, ni siquiera alzaba la voz. Decían de él que era justo como una balanza de boticario. Y, sin embargo, a veces sus subordinados echaban de menos a sus antiguos jefes por muy malhablados, autoritarios y caprichosos que hubieran sido.

Era aficionado a la caza y la pesca. Le hubiera gustado dedicarse al cultivo de árboles frutales, le agradaban las habitaciones elegantemente amuebladas, pero la ingente cantidad de trabajo por desempeñar y el hecho de desplazarse sin descanso por el país a causa de su condición militar le impedían cazar, pescar, practicar la jardinería y vivir en habitaciones acogedoras, bien amuebladas, decoradas con alfombras y cuadros.

En consecuencia, parecía que nada de aquello le interesaba y que sólo pensaba en su trabajo, que, efectivamente, era mucho.

Se había casado joven, a los veintitrés años. Y se quedó viudo también joven.

Pasó muchos apuros durante la guerra. A pesar de que siempre había servido en Estados Mayores de importancia, alejados de la línea del frente, también había sufrido duros bombardeos y cercos enemigos. En agosto de 1941, cerca de Mózir, comandó un ataque contra las tropas nazis

desplegado por un destacamento formado por oficiales del Estado Mayor del ejército.

Aunque constante, el ascenso de Nóvikov en la carrera militar era discreto: en un año de guerra había sido ascendido al rango de coronel y condecorado con la medalla de la Estrella Roja.

Lo tenían por un excelente oficial del Estado Mayor: bien formado, culto, metódico y capaz de analizar claramente y con rapidez las situaciones más complejas y enmarañadas.

Sin embargo, él mismo opinaba que su trabajo en el Estado Mayor era en cierto modo provisional, pues tenía el convencimiento de que su carácter casaba mejor con otros cometidos. Se consideraba un oficial de combate, un experto nato en blindados cuyas capacidades eclosionarían plenamente en un choque directo con el enemigo. Se creía capacitado no sólo para la lógica y el análisis, sino también para las embestidas rápidas y enérgicas en cuya ejecución lo analítico y lo elaborado del detalle no estaban reñidos con el entusiasmo y el riesgo.

Lo juzgaban una persona cerebral e incluso fría, pero él se sentía de un modo muy distinto. No obstante, Nóvikov comprendía que la gente no tenía la culpa de no compartir la opinión que él tenía de sí mismo. En las discusiones era sereno y contenido, y en la vida cotidiana destacaba por su pulcritud. La menor infracción del orden establecido por él le disgustaba sobremanera, de modo que porfiaba en observarlo. En medio de un bombardeo era capaz de llamar la atención al cartógrafo porque éste no había sacado punta al lápiz o de reprobar a la mecanógrafa diciéndole: «Ya le pedí que no utilizara la máquina que estampa mal la letra *t* ».

Sus sentimientos hacia Zhenia supusieron extrañamente la irrupción de lo ilógico en la vida de Nóvikov. La noche en que la había conocido, un encuentro casual durante un concierto en la Academia Militar, estuvo extremadamente inquieto y excitado. Los celos se apoderaron de él al enterarse de que estaba casada, y se alegró cuando supo que se había separado de su marido. Cuando el azar lo llevó a verla en la ventanilla de aquel compartimento, subió al tren y viajó durante tres horas y media hacia el sur aun cuando tendría que haberse dirigido hacia el norte, pero no llegó a expresarle el verdadero motivo por el que había decidido hacer lo que hizo.

Durante la primera hora de la guerra pensó en ella, aunque, en realidad, no había nada que recordar ni nada de que olvidarse.

Sólo entonces, en la habitación donde le habían preparado la cama, Nóvikov se sorprendió por lo que había pasado. Había llegado a casa de Yevguenia Nikoláyevna en plena noche, sin tener ningún derecho a hacerlo, sobresaltando a todos sus familiares. Era posible que, actuando de ese modo, la hubiera comprometido y creado, con toda probabilidad, una situación absurda y equívoca en extremo. ¿Cómo lo explicaría Zhenia a su madre, a su familia? La imaginaba enfadada, dando explicaciones mientras se encogía de hombros. Entonces ellos se burlarían de él diciendo: «Qué tipo más ridículo: se presenta a las dos de la madrugada... ¿qué quiere?, ¿estará borracho? Irrumpe en casa, se afeita, se toma un té y se acuesta». Creyó oír voces burlonas al otro lado de la pared. «Uf… –pensó avergonzado–. Debería dejar una nota de disculpa sobre la mesa, marcharme sin hacer ruido y despertar al chófer para que pusiera el coche en marcha.»

Apenas se hubo decidido a hacerlo, una idea repentina arrojó una luz nueva sobre aquella embarazosa situación: Zhenia le había sonreído, le había preparado la cama con sus manos queridas y por la mañana volvería a verla. Si él hubiera llegado tal vez un par de días más tarde, ella le habría dicho: «Oh, cuánto lamento que usted no hubiera venido nada más llegar a la ciudad, pues ahora la habitación está ocupada». Pero ¿qué podría ofrecerle a ella? ¿Acaso en los tiempos que corrían tenía él derecho a soñar con la felicidad? ¡En absoluto! Sin duda lo sabía, pero en algún rincón de las profundidades de su ser se ocultaba otro tipo de sabiduría más elevada que afirmaba y justificaba la legitimidad y la razón de sus sentimientos.

Sacó una libreta con tapas de hule del maletín y, sentado sobre la cama, empezó a hojearla. La mezcla de fatiga y emoción, cuya intensidad no cesaba, ahuyentaba el sueño en vez de atraerlo.

Nóvikov se fijó en una nota escrita a lápiz medio borrada: «22 de junio de 1941. De noche. Carretera Brest-Kobrin».

Miró el reloj: eran las cuatro de la madrugada. El desasosiego y la congoja a los que se había habituado durante el último año, y a pesar de los cuales seguía comiendo, durmiendo, afeitándose y respirando, se unieron extrañamente a la alegre emoción que había hecho que su corazón latiera más aprisa aquel día. Al entrar en aquella habitación, la idea del sueño le había parecido tan absurda como lo fue en la madrugada de aquel 22 de junio.

Recordó la conversación que había mantenido con Stepán Fiódorovich y Seriozha. No le habían gustado, sobre todo Spiridónov. Volvió a venirle a la memoria el instante en que había llamado a la puerta: tras esperar en el recibidor, había oído aquellos pasos rápidos, ligeros y entrañables acercándose…

Y, sin embargo, se durmió.

21

Con una claridad que el paso del tiempo no empañaba, Nóvikov recordaba la primera noche de guerra. Lo había sorprendido en la región del Bug, donde estaba realizando una inspección al servicio del Estado Mayor de la circunscripción militar. Al mismo tiempo, hacía indagaciones entre los comandantes de las unidades que habían participado en la guerra de Finlandia, con el fin de recabar información para un estudio sobre la rotura de la línea Mannerheim que tenía en mente escribir.

Durante el día contemplaba la orilla occidental del Bug, las manchas de arena, los prados, los jardines y las casitas, los pinos y los sotos, escuchando el zumbido de los cazas alemanes cual moscas soñolientas surcando el cielo despejado bajo dominio germano.

Cuando avistaba columnas de humo en el horizonte, más allá del Bug, se decía que los alemanes estaban cocinando gachas, como si ése fuera el único alimento que los alemanes pudieran cocinar. Leía los diarios, debatía sobre los acontecimientos militares en Europa y le parecía que el huracán que arrasaba Noruega, Bélgica, Holanda y Francia se alejaba cada vez más, migrando de Belgrado a Atenas, de Atenas a Creta para desplazarse luego a África y extinguirse allí, en alguno de sus arenales. Pero a pesar de todo, ya entonces se daba cuenta de que aquella calma, propia de un día de verano en tiempos de paz, era, además, la sofocante, ominosa y agobiante calma que precede a la tempestad. Se propuso no dejar de hurgar en su memoria en busca de aquellos intensos e imborrables recuerdos que llegaron a ser parte inalienable de su ser por el simple hecho de que había existido aquel 22 de junio, el primer día de guerra, el día que había dado fin a un período de paz. Asimismo, las personas próximas de alguien que ha fallecido intentan fijar en su memoria cada detalle del finado: una

sonrisa, un movimiento casual, un suspiro, una palabra… Y ya nada de aquello les parece casual ni fútil, sino lleno de profundos significados y señales que presagiaban la tragedia.

En una ocasión, una semana antes del comienzo de la guerra, Nóvikov se había topado con un militar alemán, al parecer un comisionado de repatriación, [23] mientras cruzaba una calle ancha y adoquinada de Brest. Recordaba su elegante gorra de visera guarnecida con hierro, el uniforme de brillo metálico de las SS, el brazalete con una esvástica de color negro enmarcada en un círculo blanco ceñido al brazo, su rostro enjuto y arrogante, el maletín de cuero de color crema y el espejo bruno de sus botas en las que el polvo de la calle no se atrevía a asentarse. Caminaba de un modo extraño, marcando el paso, a lo largo de una acera con casitas de una sola planta.

Al cruzar la calle, Nóvikov se acercó al quiosco donde vendían gaseosa. Mientras la mujer del establecimiento, una anciana de origen judío, le servía la bebida, le asaltó un pensamiento del que luego se acordaría infinidad de veces: «¡Payaso!», pensó; «¡chiflado!», se corrigió enseguida; «¡bandido!», volvió a corregirse.

Recordaba que en aquel momento le había invadido una incontenible sensación de cólera, un sentimiento de frustración y desconsuelo. Se sintió avergonzado de su camiseta raída y su cinturón arrugado, y aún más de la gaseosa con sirope que estaba bebiendo.

También le vino a la memoria que el campesino que pasaba entonces por la calle y la anciana del quiosco habían observado a aquel funcionario nazi con cierta tirantez en la expresión de sus caras. Tal vez presintieran qué presagiaba la presencia de aquel solitario mensajero del mal en medio de la ancha y polvorienta calle de una ciudad soviética fronteriza.

Tres días antes del comienzo de la guerra, Nóvikov almorzó con el comandante de un puesto fronterizo. Hacía un calor insólito para aquellas fechas, ni siquiera se movían los visillos de gasa que adornaban las ventanas. De repente, desde la orilla opuesta del río, se oyó el estampido de un cañonazo.

–¡El maldito vecino está probando la voz! –exclamó con enojo el comandante.

Más tarde, en Vorónezh, en la primavera de 1942, Nóvikov supo que cinco días después de aquel almuerzo el comandante había hecho frente a los alemanes durante dieciséis horas armado únicamente con una

ametralladora y que había perecido junto con su mujer y su hijo de doce años.

Después de invadir Grecia, los alemanes realizaban operaciones de desembarco aéreo en Creta. Nóvikov recordaba al respecto un informe que había oído en el Estado Mayor. Las preguntas que había suscitado el informe rezumaban preocupación: ¿cuál es el número de bajas del ejército germano? ¿Es notable el debilitamiento de sus tropas? Una de las preguntas apuntaba directamente al problema más acuciante: «Camarada ponente –decía–, ¿estaremos a tiempo de recibir la maquinaria de los alemanes si el acuerdo comercial se suspende en breve?». [24]

Recordaba cómo, la noche después de oír aquel informe, el corazón se le había encogido por un instante al pensar que sería un milagro si Rusia eludiera la guerra, pero ¡los milagros no existían!

¡La última noche de paz, la primera noche de guerra!

Aquella noche Nóvikov necesitaba ver al comandante de la brigada de blindados pesados. Ya se encontraba en el regimiento, pero el soldado de guardia tenía dificultades para ponerse en contacto con el Estado Mayor de la brigada ya que las comunicaciones habían quedado interrumpidas.

Ambos increparon, perplejos, a los radiotelegrafistas por su ineptitud, pues la centralita solía funcionar perfectamente.

Nóvikov se dirigió al aeródromo de campaña con el fin de aprovechar el canal de comunicación de las fuerzas aéreas con el Estado Mayor. Sin embargo fue en vano, allí tampoco había comunicación directa ni indirecta ya que la interrupción había afectado a toda la línea. Aquellos misteriosos cortes del cableado durante una apacible noche de verano tendrían su explicación unas pocas horas más tarde: los alemanes ya habían empezado la guerra.

El comandante de un regimiento de cazas había invitado a Nóvikov al teatro municipal para asistir a la representación de *Platón Kréchet* . Algunos pilotos fueron acompañados de sus respectivas esposas y otros de sus padres, que estaban de visita. En el autobús en el que viajaban quedaban plazas libres, pero Nóvikov declinó la invitación porque había decidido reunirse con la brigada de blindados.

La noche era templada, había luna y la carretera desierta adoptaba una tonalidad blanquecina en medio de los tilos oscuros y achaparrados. Una vez hubo subido al coche, desde la ventana intensamente iluminada y abierta de par en par Nóvikov oyó la voz del soldado de guardia:

–Camarada teniente coronel, ¡hay comunicación!

Aunque la conexión era deficiente, Nóvikov logró entender que el comandante de la brigada se había marchado al taller mecánico, donde habían llevado los blindados para la revisión y cambio de motores, y que no regresaría hasta la noche del día siguiente. Nóvikov decidió pernoctar en el regimiento de cazas y, en consecuencia, pidió que le prepararan un lugar para dormir. El soldado de guardia, sonriente, le aseguró que sitio no le faltaría, pues el Estado Mayor se alojaba en la gran mansión de unos antiguos terratenientes.

El soldado condujo a Nóvikov a una habitación enorme, iluminada con una bombilla de trescientas bujías. Junto a la pared guarnecida con placas de madera tallada había una cama de hierro, una banqueta y una mesita de noche.

Aquel estrecho catre de soldado y la mesita de contrachapado al estilo cuartelario no casaban con las paredes revestidas de roble y las molduras del techo. Nóvikov reparó en que la araña de cristal no tenía bombillas y que el cable con el portalámparas colgaba a un lado. Decidió cenar en el comedor, que se encontraba en una sala espaciosa de techos altos. Estaba casi vacío, y sólo en la última mesa de la fila había dos comisarios políticos comiendo *smetana* [25] . La cena resultó ser opípara, pero Nóvikov, que no acostumbraba mostrarse indiferente ante las tentaciones culinarias, apenas pudo con la mitad de la ración que le había servido la camarera, una muchacha que hablaba con el dejo de Nizhni Nóvgorod. Le había servido las hamburguesas con patatas fritas en una escudilla esmaltada; los *bliní* con *smetana* en un plato de porcelana con el borde dorado y el dibujo de una pastora vestida de rosa y rodeada de ovejas blancas; el *kvas* , en una copa de cristal azul, y el té, en una taza nueva de aluminio que le quemaba los labios.

–¿Cómo es que el comedor está vacío? –preguntó a la camarera.

–Muchos soldados tienen familia, mujeres e hijos. Algunos cocinan en casa, y otros prefieren llevarse la comida.

La camarera alzó un dedo y dijo con una sonrisa encantadora que denotaba su ingenuidad y candidez:

–Algunas de las camareras comentan que no les gusta que hombres tan jóvenes ya tengan esposa e hijos, pero a mí me parece bien. Así nos sentimos como si estuviéramos en casa.

Lo dijo con vehemencia, buscando, al parecer, que él secundara su opinión; tal vez hubiera discutido al respecto con alguna compañera de la cocina. Luego volvió a acercarse a Nóvikov y le preguntó, abatida:

–¿No le ha gustado la cena? Apenas ha comido nada.

Se inclinó hacia Nóvikov y añadió en un tono confidencial:

–Camarada teniente coronel, ¿se quedará mucho tiempo? No pensará irse mañana, ¡el domingo serviremos una comida para chuparse los dedos! Además de helado, habrá *schi;* [26] han traído un barril entero de col agria desde Slutsk, pues los pilotos se quejaron de que hace tiempo que no comen *schi* .

Su aliento rozaba la mejilla de Nóvikov, sus ojos refulgían. Si su mirada no hubiera dejado traslucir una expresión tan infantil y crédula, él habría interpretado como coqueteo aquel conmovedor cuchicheo con acento del Volga.

No tenía sueño, de modo que salió al jardín.

A la luz de la luna, los anchos escalones de piedra semejaban de mármol blanco. El silencio era absoluto, inaudito. La quietud del aire claro era tal que los árboles parecían estar sumergidos en las aguas de un estanque transparente.

La extraña mezcla que conformaban las luces de la luna y el alba del día más largo del año iluminaba el cielo. Al este se vislumbraba una mancha entre turbia y clara, mientras que el oeste se teñía tímidamente de rosa. El cielo se alzaba blancuzco y sombrío, con visos azulados.

El contorno de las hojas de los árboles se perfilaba como si las hubieran cincelado en piedra negra. El colosal conjunto de arces y tilos formaba un dibujo negro y plano sobre el fondo del cielo, que clareaba. La belleza del mundo sobrepasó aquella noche su cota más alta, hasta tal punto que nadie no pudiera dejar de reparar ni de pensar en ella. Semejante triunfo de la belleza sólo se manifiesta cuando, además de algún observador ocioso que se detiene impresionado ante el cuadro que se despliega ante sus ojos, también el obrero que acaba de terminar su jornada y el caminante con los pies llagados abarcan lentamente con la mirada la tierra y el cielo, olvidándose del cansancio.

En momentos como aquél, el hombre percibe la luz, el espacio, el susurro, el silencio, los olores dulces y las caricias de la hierba y las hojas en su hermoso conjunto: todas aquellas centésimas o, tal vez, milésimas y millonésimas partes que componen la belleza del mundo.

Aquella belleza, la auténtica belleza, sólo quiere transmitir al hombre un mensaje: la vida es un bien.

Nóvikov siguió paseando por el jardín. Se detenía, se volvía para mirar, se sentaba un momento y caminaba de nuevo sin pensar en nada, sin acordarse de nada, embargado por la tristeza inconsciente de constatar que aquel mundo existía sin compartir su eternidad con los hombres.

Al volver a su habitación, se desvistió, se acercó en calcetines a la bombilla y la desenroscó del portalámparas. La bombilla le quemaba los dedos, así que cogió un diario de la mesa para envolverla.

Volvió a pensar en el día siguiente, en el informe, casi concluido ya, que pronto entregaría al Estado Mayor de la circunscripción militar. También pensó en la necesidad de cambiar la batería del coche antes de partir, y en que lo más cómodo sería hacerlo en el taller mecánico del cuerpo de blindados.

Ya a oscuras, volvió a acercarse a la ventana y echó una mirada distraída al jardín y el cielo. Los pensamientos cotidianos se habían vuelto a apoderar de él. Más tarde, recordaría muchas veces aquel preciso estado de indiferencia, somnolencia y distracción en el que se sumió al contemplar el silencioso jardín nocturno, sin saber entonces que aquélla sería su última mirada a la época de paz.

Se despertó con la conciencia cabal de una catástrofe consumada, pero sin poder comprender en qué consistía.

Vio el parqué salpicado con polvo de alabastro y los brillos anaranjados que despedían los colgantes de cristal de la araña.

Vio el cielo sucio y rojizo, cubierto con negros retazos de humo.

Oyó un llanto de mujer, el graznido de cuervos y cornejas y un estruendo que retumbaba en las paredes. Desde el cielo llegaba un débil zumbido que, pese a ser el sonido más melodioso y suave de cuantos llenaban el aire, fue el que hizo que Nóvikov se estremeciera y se levantara de la cama de un salto.

Vio y oyó todo aquello en el lapso de una milésima de segundo.

Se lanzó hacia la puerta en ropa interior; sin embargo, se detuvo y se dijo a sí mismo: «¡Calma!», volvió y se vistió.

Se obligó a abrocharse todos los botones de la casaca, se ajustó el cinturón con la funda de la pistola y bajó con paso mesurado las escaleras.

Posteriormente, más de una vez leería en los diarios la expresión «ataque repentino», pero ¿podían las personas que no habían presenciado

los primeros minutos de la guerra advertir el significado exacto de aquellas palabras?

Por el pasillo corría la gente vestida y a medio vestir.

Todos preguntaban, pero nadie respondía.

–¿Se habrán incendiado los depósitos de combustible?

–¿Es un bombardeo aéreo?

–¿Serán maniobras?

–¿Algún comando?

Sobre los escalones se apostaban algunos pilotos.

Uno de ellos, que vestía una casaca sin cinturón, dijo señalando en dirección a la ciudad:

–¡Camaradas, miren!

Por encima de la estación de tren y el terraplén de la vía férrea se elevaban las llamas rojinegras del incendio que, formando bolas de fuego, se alzaban hacia el firmamento. A ras de tierra brillaba el centelleo de los estallidos y en el cielo mortífero revoloteaban, cual negros mosquitos, los aviones.

–¡Es una provocación! –gritó alguien.

Entonces, una voz no muy alta pero convincente, que ya no interrogaba sino que revelaba una dura verdad, se elevó por encima de las demás:

–Camaradas, Alemania ha atacado a la Unión Soviética. ¡Todos al aeródromo!

Tras echar a correr junto con los demás, Nóvikov se detuvo un instante en el jardín por el que había paseado apenas unas horas antes. Aquel momento de silencio, en el que podía parecer que nada hubiera sucedido, se le grabó en la memoria con una agudeza y precisión extraordinarias: la tierra, la hierba, los bancos, un tablero de ajedrez hecho de cartón junto a unas fichas de dominó desperdigadas tras una partida sobre una mesita de varillas trenzadas bajo los árboles...

Precisamente en aquel momento de silencio, con el follaje impidiéndole ver las llamas y el humo, experimentó la punzante sensación, casi insoportable para el alma humana, de asistir a un cambio histórico.

Era una sensación de movimiento vertiginoso, semejante a la que habría experimentado la persona que, de repente, advirtiera con la piel, la vista y el protoplasma de cada célula de su cuerpo lo aterrador del movimiento de la Tierra en mitad de la infinitud del universo.

El cambio que había sobrevenido era inexorable y, pese a que tan sólo un milímetro separaba aún la vida de Nóvikov de la orilla habitual de su existencia, ya no había fuerza capaz de salvar aquella distancia, que aumentaba hasta convertirse en metros y kilómetros... La vida y el tiempo que Nóvikov todavía percibía físicamente como su vida y su tiempo presentes se fueron transformando dentro de su conciencia en pasado, en historia, en aquello a lo que se referirían diciendo: «Ah, así se vivía y se pensaba antes de la guerra». Mientras, el futuro dejaba de ser un mero vislumbre borroso, pasto de conjeturas, para convertirse en presente, en la vida nueva y en el tiempo nuevo de Nóvikov. En aquel preciso instante se acordó de Yevguenia Nikoláyevna y le pareció que su recuerdo le acompañaría en lo que acababa de sobrevenir...

En busca de un atajo para llegar al aeródromo, Nóvikov saltó una cerca y corrió entre una arboleda de abetos jóvenes, alineados en filas. Al lado de una casita en la que tal vez hubiera vivido el jardinero del terrateniente del lugar, había polacos, hombres y mujeres. Cuando Nóvikov pasó corriendo junto a ellos, una voz femenina preguntó ansiosa y jadeante:

–Stas, ¿quién es?

Una sonora voz de niño respondió:

–Es un ruso, mamá. Un soldado –detalló.

Ahogado por la carrera, Nóvikov corría y repetía las palabras que su mente conmocionada había retenido:

–Soldado ruso, un ruso, un soldado ruso...

Aquellas palabras habían cobrado para él un significado nuevo, entre amargo y delicioso, que lo llenó de orgullo.

Al segundo día de la guerra, los polacos decían: «muertos rusos», «los rusos iban», «los rusos han pasado la noche». Durante los primeros meses de la guerra se decía con amargura: «vaya, sólo nosotros, los rusos...», «las malditas normas rusas», «nuestra buena suerte rusa», «el quizá ruso», «carreteras rusas»... Aquella amarga definición de lo ruso fue arraigando en el alma de Nóvikov junto con el dolor provocado por la magnitud de la retirada soviética. Sin embargo, a pesar del sufrimiento y la tristeza que le causaba, se fue convirtiendo en parte de su vida y su destino, colmándose de savia, creando vínculos con su alma y su conciencia a la espera del triunfo militar, que acabaría con aquella amargura y la convertiría en su contrario, de signo positivo.

Apenas Nóvikov hubo llegado al aeródromo, vio aparecer un avión por encima de un bosque cercano, luego otros dos y enseguida dos grupos de tres... Un ruido semejante a un latigazo restalló en el aire y la tierra empezó a echar humo y a borbotear como cuando hierve el agua. Cerró los ojos involuntariamente: una ráfaga de ametralladora había caído a pocos pasos de él. Acto seguido, se oyó el ensordecedor rugido de un motor y Nóvikov alcanzó a ver sendas cruces sobre las alas, una esvástica en la cola del avión y el casco del piloto, que echaba un rápido vistazo a los efectos de su acción. Enseguida se volvió a oír el zumbido creciente del segundo caza, que se acercaba en vuelo rasante... y luego el de un tercero...

En el aeródromo había tres aviones en llamas. La gente corría, se caía, se levantaba y volvía a correr...

Un piloto joven y pálido, con una expresión de furia vengadora y determinación en el gesto, se metió en la cabina de su caza, dio la señal al técnico para que se apartara y condujo la vibrante aeronave hacia la pista de despegue. En su recorrido el avión planchó la hierba, cana de rocío, con un chorro de aire, dio un salto y levantó el vuelo. Apenas hubo empezado a ascender en el cielo, comenzó a girar la hélice de otro caza, que, animado por el rugido de su motor, se dio impulso como quien pone a prueba el tono muscular de sus piernas, echó a correr, despegó y fue ganando altura. Aquéllos fueron los primeros soldados del aire que intentaron proteger con su cuerpo a la nación...

Cuatro Messerschmitt se echaron encima del primer caza soviético, persiguiéndole con rugidos sibilantes y disparando breves ráfagas de metralla. El MIG , con las alas acribilladas por las balas, tosía y aceleraba intentando descolgarse del enemigo. Tomó altura por encima del bosque, luego desapareció de repente y reapareció camino del aeródromo, despidiendo tras de sí una fúnebre humareda negra.

En aquel instante, el piloto y el avión, ambos a punto de perecer, se fusionaron, se hicieron uno. Las alas de su aeronave transmitían todo aquello que el joven aviador experimentaba en lo alto del cielo. El avión se agitaba y temblaba, presa del espasmo que sacudía los dedos del piloto, se desesperaba y, de nuevo, reanudaba la lucha. El amanecer de aquel día de verano arrojaba su luz sobre el joven y sobre cuanto experimentaba su conciencia: el odio, el sufrimiento y el ansia de vencer a la muerte. Todo aquello que advertían su corazón y su mirada se transmitió a los que, desde abajo, seguían la trayectoria de su moribundo avión. De improviso, aquello

que con tanto fervor deseaban los espectadores se hizo realidad: el segundo caza soviético, del que todos se habían olvidado, se aproximó a la cola del Messerschmitt, a punto de rematar al agonizante MIG . El golpe fue inesperado: el color amarillo del fuego se mezcló con el del fuselaje y el caza alemán, que un segundo antes parecía un demonio inexorablemente poderoso y veloz, se desintegró y cayó en pedazos sobre las copas de los árboles. Al mismo tiempo, tras desplegar una cortina de humo negro y ondulado en el cielo matutino, el malherido MIG se vino abajo. Los otros tres Messerschmitt se dirigieron rumbo hacia el oeste. El caza soviético que permanecía en el aire viró en dirección a la ciudad, trepando por los escalones invisibles del cielo.

El cielo azul se quedó huérfano; sólo dos columnas de espeso humo negro se elevaban oscilantes por encima del bosque.

Unos pocos minutos después, el triunfante caza soviético aterrizó pesada y cansinamente en el aeródromo. El piloto bajó del avión y gritó con voz ronca:

–Camarada comandante del regimiento, ¡por la gloria de nuestra patria soviética, he derribado dos!

Nóvikov advirtió en sus ojos toda la felicidad, la furia, la locura y la razón de lo que había sucedido en el cielo: todo aquello que los pilotos no pueden expresar con palabras pero que, en el momento del aterrizaje, se trasluce todavía brevemente en sus pupilas dilatadas y brillantes.

A mediodía, en el Estado Mayor del regimiento, Nóvikov escuchó el discurso de Mólotov por la radio. Se acercó al comandante del regimiento, le dio un abrazo y se besaron.

«¡Nuestra causa es justa, venceremos!», había dicho Mólotov.

Por la tarde, Nóvikov se dirigió al Estado Mayor del regimiento de fusileros... Ya no se podía ir a Brest ya que, al parecer, los blindados alemanes habían irrumpido en la ciudad tras eludir las fortificaciones occidentales.

El estruendo incesante de la artillería sacudía el edificio donde se alojaba el Estado Mayor de la división.

¡Qué distinta era la actitud de las personas allí reunidas! Algunas transmitían una tranquilidad pétrea, a otras les temblaban las manos y les fallaba la voz.

El comandante del Estado Mayor, un coronel viejo y enjuto, con algunas canas que parecían haberle salido de repente, había conocido a

Nóvikov en una sesión de análisis celebrada a propósito de las últimas maniobras. Cuando vio entrar a Nóvikov, se acordó, por lo visto, del encuentro del año anterior y, tras arrojar el auricular del teléfono, dijo:

–¡Ah, eso es como jugar a matar! ¡En sólo media hora todo un batallón se ha ido al garete! ¡Enterito! ¡Ya no existe! ¡Esos bastardos! –gritó descargando un puñetazo en la mesa.

Nóvikov señaló hacia la ventana y respondió:

–A cien metros de aquí, desde detrás de aquellos arbustos, algún comando hijo de puta ha disparado dos balas a mi coche. Habría que mandar a los nuestros.

El coronel hizo un gesto de displicencia y dijo:

–¡No podemos capturarlos a todos!

Tras guiñar rápidamente un ojo, como si con aquel gesto quisiera sacar alguna mota de polvo que le empañaba la vista, continuó:

–En cuanto hubo empezado, el comandante de la división se dirigió a toda prisa a los regimientos... Y yo, aquí. Me llama el comandante de un regimiento y me suelta sin inmutarse: «He entrado en combate contra unidades de infantería y blindados. Rechazados dos ataques del enemigo con fuego de artillería». Otro informa: «Una columna de blindados alemanes ha aplastado un puesto fronterizo y avanza por la carretera. ¡Hemos roto el fuego!».

El coronel señaló en el mapa con el dedo:

–Sus blindados pasaron cerca de nuestro flanco izquierdo... Los guardias de frontera no se relevan y pelean hasta el último cartucho. ¿Y sus mujeres e hijos? ¿Cómo evacuarlos? Los subieron en camiones y se los llevaron. ¿Adónde, me pregunto? ¡Ojalá no fuera donde aquellos blindados! ¿Y qué hacemos con las municiones? ¿Organizamos el suministro o esperamos? ¡Es un rompecabezas!

Soltó un juramento y dijo bajando la voz:

–Al amanecer llamé al Estado Mayor del ejército y un cretino me ordenó que no respondiéramos a la provocación. ¿Se lo imagina usted? ¡Menudo imbécil! [27]

–Y allí ¿qué hay? –preguntó Nóvikov señalando en el mapa el sector contiguo a la carretera.

–Ése es el punto donde pereció aquel batallón junto con su comandante. ¡Era un tipo estupendo! –exclamó el coronel.

Se frotó la cara con las manos y señaló las cañas de bambú, la red de pescar y el salabardo que había en un rincón.

–Esta mañana a las seis íbamos a ir... –se interrumpió–. Me dijo que el domingo pasado la tenca no había dejado de picar. ¿Qué me dice? Era un tipo excelente y ya no está entre nosotros. El segundo del encargado del servicio activo está a punto de regresar de un balneario de Kislovodsk, y a partir del día uno me correspondía ir a mí. Ya tenía el billete. ¿Qué le parece?

–¿Cuáles son las órdenes que está dando a los regimientos? –preguntó Nóvikov.

–Las únicas posibles. Les animo a cumplir con su deber. Si un comandante de regimiento me informa de que está abriendo fuego contra el enemigo, le digo que no deje de hacerlo. Si me dicen que se están atrincherando, pues que se atrincheren... ¡Lo único que quieren es repeler y detener el avance de los alemanes!

Los ojos del coronel, atentos y perspicaces, miraban con rectitud y serenidad a Nóvikov.

Desde allí hasta donde alcanzaba la vista en dirección al este, el cielo parecía estar invadido de alemanes. Todo temblaba a causa de las explosiones, próximas y lejanas. La tierra de repente empezaba a agitarse con una respiración entrecortada y violenta, como si su hora suprema hubiese llegado. El sol se hundía en una neblina humosa. Desde todas partes se oían los chasquidos de los cañones de tiro rápido disparando y el estertor ya familiar de las ametralladoras de gran calibre. En aquel caos de movimientos y sonidos, el sentido de la acción mortífera de la fuerza aérea alemana se hacía palpable de un modo especialmente doloroso y abrumador: algunos aviones volaban raudos hacia el este sin reparar en lo que sucedía en la superficie, cumpliendo cabalmente, al parecer, con un infame plan preestablecido; otros merodeaban cual salteadores sobre la zona fronteriza, y el resto regresaban diligentes a sus aeródromos más allá del Bug.

Los rostros de los oficiales soviéticos mudaron aquel día de aspecto: pálidos y demacrados, los ojos se les agrandaron y las miradas se volvieron graves; habían dejado de ser los rostros conocidos de compañeros de servicio para convertirse en los de sus hermanos. Aquel día Nóvikov no vio una sonrisa ni tampoco oyó una palabra desenfadada ni de contento. Tal vez nunca como aquel día hubiera logrado atisbar las profundidades

ocultas de los caracteres humanos que sólo se dejan ver en los momentos más difíciles y terribles de la vida. Aquel día, Nóvikov vio a muchas personas con una voluntad inquebrantable, serias y consagradas a su deber. Una maravillosa y repentina fuerza de ánimo emergió de los tímidos, de los taciturnos y de quienes hasta entonces habían pasado desapercibidos, de todos aquellos a los que se había tenido por colaboradores de segundo orden y dudosa capacidad. Y, al mismo tiempo, en los ojos de algunos de aquellos que con tanta estridencia, arrogancia y brío se habían comportado hasta la fecha se dejó ver un gran vacío; abatidos y desconcertados, ofrecían un aspecto lamentable.

A ratos, Nóvikov creía que todo aquello era un espejismo y que, en cuanto soplara el viento, el atardecer y la apacible noche de la víspera regresarían junto con los días, las semanas y los meses de un tiempo de paz. Otras veces pensaba justamente en lo contrario y se le antojaba que el jardín a la luz de la luna, la cena en un comedor casi vacío, la simpática camarera y todo cuanto había sucedido una semana o un mes atrás había sido un sueño, mientras que aquel estruendo, el humo y el fuego eran la auténtica realidad.

Al atardecer estuvo en un batallón de fusileros, y luego en un regimiento de artillería cercano. Para aquel entonces ya había sacado sus propias conclusiones acerca de lo que había visto. Concluyó que el mayor contratiempo de las primeras horas de guerra había sido la ausencia de comunicaciones y estaba convencido de que, si hubiesen funcionado, todo habría sucedido de un modo muy distinto. En su informe decidió que constara como ejemplo la situación de la división de fusileros que había visitado a mediodía: el comandante del Estado Mayor se había mantenido en comunicación constante con los regimientos y éstos habían luchado con éxito, por lo que la capacidad ofensiva de la división no había menguado. En cambio, el regimiento que desde el principio había perdido contacto con el Estado Mayor fue aplastado y aniquilado. En efecto, Nóvikov aduciría más adelante aquel ejemplo, aunque, en realidad, el regimiento en cuestión no se había comunicado con el Estado Mayor porque había sido abatido y no al revés. Las generalizaciones, surgidas a raíz de una observación sesgada y fragmentaria, contribuyen en escasa medida a la comprensión de fenómenos complejos y de tan gran envergadura.

La verdad de las primeras horas de guerra se reducía a un simple hecho. Aquellos que cumplieron con su deber fueron quienes tuvieron el

ánimo, la valentía, la calma y la fe para pelear contra un adversario tan poderoso. Muchas veces, los que vieron coronados con el éxito sus primeros esfuerzos fueron aquellos que no recibieron órdenes y fueron abandonados a su suerte. Las órdenes nacen del acopio de información y del análisis, pero el carácter súbito del ataque impidió toda reflexión, todo estudio. Y tanto los que habitualmente daban las órdenes como quienes solían recibirlas se vieron igualmente expuestos a la sorpresa.

Aquellos hombres hallaron en su alma, en su sentido del deber, en su experiencia, en su conocimiento, en su voluntad, en su entendimiento, en su lealtad y en su amor por la patria, por la nación y por la libertad, la fuerza que necesitaban.

Una hora más tarde Nóvikov visitó un regimiento de artillería pesada. El comandante estaba de permiso y le reemplazaba el joven mayor Samsónov, el segundo del encargado del servicio activo. Su rostro flaco y alargado estaba pálido.

–¿Cuál es la situación? –preguntó Nóvikov.

–Ya lo ve usted –respondió con desazón.

–¿Qué actuaciones ha ordenado?

–Los alemanes empezaron a armar pontones para cruzar el río y acumularon un gran número de tropas en la orilla. Entonces ordené que todos los cañones del regimiento abrieran fuego –explicó el mayor. Luego, como si se excusara por alguna acción insensata, añadió–: Lo vi con los prismáticos: arrasamos con todo, no en vano habíamos quedado los primeros de la circunscripción en prácticas de tiro.

–¿Y ahora? –insistió Nóvikov con severidad–. Tiene usted personas y armamento a su cargo.

–Bueno, seguiremos disparando hasta que podamos.

–¿Le queda mucha munición?

–La suficiente –respondió Samsónov y añadió–: Mi radiotelegrafista interceptó un comunicado según el cual Finlandia, Rumanía e Italia son nuestros enemigos, pero yo sigo disparando, ¡no voy a batirme en retirada!

Nóvikov se dirigió a la batería más cercana. Tronaban los cañones, los rostros de los artilleros permanecían tensos y concentrados, mas no se observaba ningún movimiento en la batería. El regimiento descargaba su tremendo y armonioso poderío sobre los pontones que habían armado los alemanes, haciendo pedazos los blindados y la infantería motorizada que se habían concentrado en los accesos al río.

Un soldado cargador, con el rostro bronceado por el sol y empapado en sudor, se volvió hacia Nóvikov y le repitió, con el ceño fruncido, lo mismo que había oído decir al mayor de cara pálida y alargada:

–Primero agotaremos la munición, y luego ya se verá.

Se lo dijo como si hubiese sido él quien, tras analizar la situación, hubiera tomado la decisión de no retroceder sino avanzar las posiciones y abrir fuego contra el enemigo hasta disparar el último proyectil.

Para su propia extrañeza, fue precisamente en aquel regimiento, abocado al desastre, donde por vez primera Nóvikov se sintió tranquilo aquel día. La batalla acababa de empezar. El fuego ruso había hecho frente a los alemanes.

Los artilleros procedían con calma y en silencio.

–Ya ha empezado, camarada teniente coronel –le dijo un soldado de ojos claros, apuntador de cañones, como si hubiera estado esperando aquellos acontecimientos desde la víspera.

–¿No se le hace difícil? Es una situación a la que no estamos acostumbrados… –le dijo Nóvikov.

El soldado soltó una risita y repuso:

–¿Acaso puede uno acostumbrarse a esto? Lo mismo da el primer día que dentro de un año. Sus aviones son mortíferos.

Cuando dejó a aquellos artilleros, a Nóvikov le asaltó el pensamiento de que jamás volvería a ver a ninguno de ellos.

Más adelante, en invierno, cuando estaba en Donets del Norte, cerca de Protopópovka, Nóvikov se encontró con un conocido, jefe del Estado Mayor de un cuerpo de artillería. El hombre le contó que el regimiento de Samsónov se había batido en retirada hasta el Bereziná sin sufrir apenas bajas. Durante el 22 de junio había impedido que los alemanes cruzaran el Bug, destruyendo gran cantidad de armamento y efectivos del enemigo. Samsónov perecería más tarde, en el Dnieper, en otoño.

La guerra, desde luego, tenía su propia lógica.

Nóvikov vio mucho aquel primer día de guerra, el más duro de los que le tocó vivir a su pueblo. Y aunque le tocó sentir mucha amargura, tristeza y humillación y presenciar mucha confusión, cobardía y cinismo, aquella jornada llenó su corazón de orgullo y de fe. La impresión que había tenido al observar la mirada serena e inflexible de los artilleros, en cuyo interior habitaban el espíritu estoico y la fuerza titánica de la nación, se sobrepuso al resto de sus sentimientos. Nóvikov retuvo en sus oídos el sonido

atronador de la artillería soviética y el retumbar pesado y lejano de los cañones de la fortaleza de Brest, desde cuyos enormes fortines de hormigón se había seguido peleando con denuedo cuando la avalancha fascista ya se había acercado al Dnieper.

Al atardecer, tras mucho errar por caminos secundarios, el coche de Nóvikov se incorporó a la carretera. Sólo entonces fue plenamente consciente de la inmensidad de la tragedia nacional que acababa de comenzar.

Vio marchar a miles de personas hacia el este. Los camiones transportaban un número incontable de mujeres, hombres y niños medio desnudos. Todos ellos, sin excepción, miraban atrás y oteaban el cielo. Circulaban camiones cisterna, camionetas entoldadas y furgones. Campo a través, a lo largo de los arcenes, caminaban centenares de personas; algunas se sentaban en la tierra, agotadas, y luego reemprendían la marcha. Pronto los ojos de Nóvikov dejaron de distinguir entre los rostros de jóvenes y viejos, de hombres y mujeres, que empujaban cochecitos y carretillas, acarreaban hatillos y maletas... Nóvikov sólo pudo retener en la memoria imágenes aisladas que había conservado por lo insólito de la situación. Un anciano de barbas blancas que sostenía en brazos a un niño estaba sentado con las piernas colgando sobre la cuneta, contemplando el paso de los vehículos con impotencia y resignación. A lo largo del arcén caminaba una larga fila de ciegos, unidos entre sí con toallas, a los que guiaba su lazarillo, una mujer mayor de anteojos redondos y pelo canoso y desgreñado. También había niños y niñas en trajes de marinero, con pañuelos rojos al cuello, que, por lo visto, provenían de unos campamentos de verano.

Cuando el chófer detuvo el coche para llenar el depósito de gasolina, Nóvikov escuchó, durante los pocos minutos que duró la parada, gran cantidad de historias sobre cómo Slutsk había sido ocupada por tropas paracaidistas y sobre lo histérico y engañoso que había sido el discurso que Hitler había pronunciado la madrugada del 22 de junio. También se extendía el rumor infundado de que Moscú había sido destruida por un bombardeo aéreo aquel mismo día.

Nóvikov visitó el Estado Mayor de la unidad de blindados apostada cerca de Kobrin y en la que había servido hasta el otoño de 1940.

–¿Viene usted de allí? –le preguntaron algunos conocidos–. ¿Existe la posibilidad de que los alemanes alcancen la carretera?

En Kobrin, la marea humana cargada con hatillos, las mujeres llorosas que habían perdido a sus hijos en la confusión del momento y los ojos exhaustos de las ancianas dejaron de impresionar a Nóvikov. Sí lo hicieron las coquetas casitas de tejados rojos, las cortinas en las ventanas, los céspedes y los parterres. Entonces comprendió que su visión del mundo empezaba a estar condicionada por la guerra...

Cuanto más avanzaba su coche camino de la retaguardia, tanto más borroso se volvía el recuerdo de cuanto había visto: los acontecimientos y los rostros se confundían y ya no recordaba dónde había pasado la noche, dónde casi había ardido vivo durante un bombardeo nocturno ni dónde exactamente –en Kobrin o en Beriosa Kartúzskaia– había visto en una ermita a dos soldados soviéticos a los que un comando alemán había pasado a cuchillo.

Sin embargo, se le grabó en la memoria la noche que había pasado en un pequeño pueblo cerca de Minsk. Había llegado después del anochecer. Nóvikov estaba tan cansado que, cuando el conductor se hubo ido, se durmió dentro del coche a pesar del bullicio que reinaba en la plaza del pueblo, atestada de automóviles. Se despertó en mitad de la noche y descubrió que el suyo era el único coche que quedaba en la plaza, ancha y desierta, mientras a su alrededor el pueblo ardía, mudo y envuelto en llamas.

Durante los días anteriores se había acostumbrado tanto al fragor de la guerra y era tal la fatiga que acumulaba, que el bombardeo nocturno no logró despertarlo, pero sí lo hizo el silencio.

En el transcurso de aquellos días, a raíz de los centenares de incendios que había visto, en su mente se fue formando una imagen elemental, que perduraría en el tiempo. Había visto llamas rojizas y humeantes devorar los altos edificios de la capital bielorrusa, arder fábricas y escuelas, calcinarse con un fuego blanco y voluble isbas de techos de paja, gavilleros y leñeros, arder bosques enteros de pinos, envueltos en una neblina azulada, y, junto con ellos, la tierra, cubierta con las agujas secas de los abetos. Todos aquellos incendios se hicieron uno en su mente. Se imaginaba su país natal como una gran casa en la que todo le era querido e infinitamente entrañable: los cuartos enjalbegados de las casas aldeanas, los apartamentos urbanos con sus pantallas de colores, las pequeñas y silenciosas salas de lectura de los pueblos y las bibliotecas de las ciudades, amplias y luminosas, los «rincones rojos» [28] de los cuarteles...

Todo aquello que Nóvikov quería y apreciaba estaba en llamas. La tierra rusa ardía. El cielo estaba envuelto en humo.

22

Por la mañana, Yevguenia Nikoláyevna presentó a Nóvikov a su madre, a su hermana y a su sobrina.

Stepán Fiódorovich se había ido a las seis de la mañana, mientras que Sofia Ósipovna había salido hacia el hospital antes de que amaneciera.

La ceremonia de presentación transcurrió con naturalidad. A Nóvikov le agradaron las mujeres sentadas a la mesa: Marusia, de tez morena y pelo tirando a cano; su rubicunda hija quien, entre alegre y enojada, miraba a Nóvikov con sus ojos redondos y despejados, y sobre todo Aleksandra Vladímirovna, con quien Zhenia guardaba un gran parecido. Al mirar la frente blanca y ancha de Zhenia, sus ojos serios y atentos, sus labios rosados y sus trenzas colocadas con descuido matinal, Nóvikov entendió por primera vez en su vida, de un modo nuevo y singular, el sentido de la palabra «esposa», tan trivializada por el uso. Entonces, como nunca antes, advirtió su propia soledad y comprendió que sólo a Zhenia debía contar todo cuanto había vivido y en lo que había pensado durante aquel difícil año. Aquella imagen de Zhenia le reveló que si la había buscado y recordado en los momentos más duros era porque anhelaba estar cerca de ella para acabar definitivamente con aquella soledad que le embargaba. En todo momento se sintió complacido a la vez que incómodo, como si hubiese pedido a Zhenia por esposa y lo hubiesen convocado para someterlo a un riguroso examen antes de decidir si merecía entrar a formar parte de la familia.

–No es posible que la guerra debilite y destruya a las familias –le dijo a Aleksandra Vladímirovna.

–Tal vez no las debilite, pero destruirlas, y más de una, sí puede –replicó Aleksandra Vladímirovna con un suspiro.

De una de las paredes de la habitación colgaban varios cuadros. Al percatarse de que Nóvikov los miraba de cuando en cuando, Maria Nikoláyevna dijo:

–Ese que está al lado del espejo, el de la tierra rosácea y el amanecer en un pueblo quemado, es obra de Zhenia. ¿Le gusta?

–Es difícil apreciarlo sin ser un entendido en la materia –respondió Nóvikov turbado.

–Por ahí andan diciendo que anoche sus opiniones al respecto fueron algo más atrevidas –dijo Zhenia.

Nóvikov cayó en la cuenta de que Seriozha ya había informado a quien debía sobre lo que había dicho acerca del anciano verde.

Marusia añadió:

–No hace falta ser un entendido para admirar a Repin y a Súrikov. [29] No dejo de insistirle a Zhenia que sería mejor que pintara carteles para talleres, «rincones rojos» y hospitales.

–Pues a mí me gustan las pinturas de Zhenia a pesar de que yo, tal vez a causa de mi edad, sea la que menos entienda de todo eso –opinó Aleksandra Vladímirovna.

Nóvikov pidió permiso para regresar por la noche, pero no apareció aquel día ni tampoco el siguiente.

23

Durante los meses del verano de 1942, [*] después de la relativa calma del invierno anterior en Vorónezh, el Estado Mayor del frente sudoeste se encontraba en una de esas situaciones de excitación insomne y permanente, que suelen ser tan estériles como el ocio más absoluto. No importaba qué órdenes transmitiera el Estado Mayor a sus tropas en el frente, éstas seguían batiéndose en retirada en dirección al este.

En la primavera de 1942, con la llegada de refuerzos, se inició la ofensiva de Járkov. Las tropas comandadas por Gorodnianski cruzaron Yelets del Norte y se dirigieron hacia Protopópovka, Chépel y Losovaia por un corredor estrecho entre Isum-Barvenkov y Balaklea.

Sin embargo, los alemanes concentraron una gran cantidad de efectivos, acometieron los flancos de las tropas soviéticas –que habían avanzado sin proteger su retaguardia– y las cercaron. El paso abierto por las tropas bajo el mando del mariscal Timoshenko, que marchaban hacia

Járkov, se cerró. El ejército comandado por Gorodnianski fue aniquilado en el cerco. Las tropas y sus Estados Mayores volvieron a retroceder en medio del polvo, el humo y el fuego. Los nombres de Valuiki, Kupiansk, Rósosh y Mílerovo se sumaron en la memoria colectiva a los de las regiones y pueblos por los que se había luchado infructuosamente el año anterior. A la angustia causada por la pérdida de Ucrania se le sumó una nueva pesadumbre: el Estado Mayor del frente sudoeste había retrocedido hasta el Volga y ya tenía las estepas de Kazajistán a sus espaldas.

No bien los colaboradores del Estado Mayor aún buscaban donde alojarse, en la sección de operaciones ya sonaban los teléfonos, los mapas se desplegaban sobre las mesas y se oía el golpeteo de las máquinas de escribir.

Allí se trabajaba como si el Estado Mayor llevara ya meses instalado en Stalingrado. El personal, rostros insomnes y macilentos, recorría las calles con presteza, indiferente a todo cuanto no constituyera la realidad permanente de su vida, se hallara donde se hallase el Estado Mayor: en un bosque, donde la resina amarillenta se desprendía de los troncos de pino del refugio y caía sobre la mesa; en una isba, en la que las cucarachas correteaban sobre los mapas y, desde el zaguán, los gansos entraban con timidez, tras los enlaces, buscando a su dueña; en una casita de una ciudad de provincias, en cuyas ventanas había ficus y que olía a naftalina y bollería. En todas partes, la realidad cotidiana de los colaboradores del Estado Mayor era inalterable: una decena de números de teléfono, enlaces aéreos y motorizados, el centro de transmisiones, un aparato Bodo, el punto de recogida de los partes, un aparato de radiotransmisión y, encima de la mesa, un mapa de operaciones con múltiples trazos rojos y azules.

En aquellos meses del verano de 1942, el trabajo de los «operadores» era más intenso que nunca. La situación cambiaba de hora en hora. En la misma isba donde cuarenta horas antes, sentado a la mesa cubierta con un paño rojo, el secretario de mejillas sonrosadas y porte grave había anotado en el acta las decisiones que el mando había adoptado durante una reunión del Consejo Militar del ejército que nunca se harían efectivas porque no hacían mella alguna a los bombarderos y las columnas de tanques alemanes; ahora, el comandante de un batallón gritaba en el auricular: «Camarada número uno, ¡el enemigo ha abierto una brecha!» mientras los integrantes de la unidad de reconocimiento, vestidos de camuflaje, comían

despacio las conservas y rellenaban aprisa los cargadores de sus fusiles al son de los disparos de metralleta.

La velocidad de la retirada los obligaba a cambiar de prisa de un mapa a escala de 1:100.000 a otro. Nóvikov tenía a veces la sensación de que era un proyeccionista de cine que no paraba de hacer girar, día y noche, la manivela del proyector, mientras los fotogramas se sucedían sin parar ante sus ojos inflamados. Terminó sugiriendo que los mapas que utilizaban se sustituyeran por otros a escala 1:1.000.000.

La información que ofrecían los mapas que manejaban en la sección de inteligencia no siempre coincidía con la que manejaban los oficiales sobre el terreno, mientras que los mapas del Estado Mayor de artillería mostraban siempre el lado más optimista de la situación. Por el contrario, los mapas de la fuerza aérea facilitaban siempre el trazado más al «este» de la línea del frente y resultaban ser los más útiles, pues en las condiciones de una retirada vertiginosa la inteligencia aérea era capaz de fijar las cambiantes posiciones con mayor rapidez y precisión.

En los mapas de la fuerza aérea los símbolos que marcaban los aeródromos de la aviación ofensiva soviética eran sustituidos a toda velocidad por los símbolos que señalaban los aeródromos de la retaguardia, primero, y los regimientos ofensivos, después. De esa misma manera, los símbolos de los Estados Mayores de los cuerpos de ejército y las divisiones mutaban en los que marcaban los puestos de mando de regimientos y compañías. Pocos días después, aquellos mismos aeródromos eran señalados como objetivos que bombardear, porque desde ellos ya despegaban los aviones alemanes.

A Nóvikov se le hacía terriblemente difícil dibujar la línea del frente cada día. Como lo obsesionaba la precisión y además tenía la certeza de que el manejo de información imprecisa era una de las causas de los fracasos militares, sufría horrores cuando le presentaban datos contradictorios sobre la ubicación de una u otra unidad, unos llegados del Estado Mayor del ejército, otros, del Estado Mayor del frente y otros más de la fuerza aérea. En ocasiones, la mejor fuente que conseguía era el testimonio de algún oficial que se había acercado al Estado Mayor desde la línea del frente y con el que tenía ocasión de compartir el desayuno. Comparar atinadamente la información que provenía de las distintas fuentes y distinguir los datos verdaderos de los falsos le exigía un esfuerzo

mental enorme. Al propio Nóvikov le causaba sorpresa su capacidad para orientarse en medio de un caos que parecía indescifrable.

Nóvikov a menudo daba partes al jefe del Estado Mayor. A veces lo convocaban a las reuniones del Consejo Militar, de modo que poseía un conocimiento claro y completo de la situación en que se desarrollaba la retirada soviética, en contraste con la información sesgada y plagada de conjeturas que recibía la mayoría. Había examinado a fondo el mapa del frente, en el que las concentraciones de tropas alemanas se señalaban con triángulos en forma de plancha. Los apellidos de los mariscales de campo y generales germanos que comandaban aquellas tropas eran de una sonoridad siniestra: Bush, Leeb, Rundstedt, Bock, List. Ajenos al oído de Nóvikov, se relacionaban con los nombres tan familiares y queridos de Leningrado, Moscú y Rostov...

Las divisiones especiales de choque comandadas por Bock y List habían pasado a la ofensiva.

El frente sudoeste quedó fracturado en dos partes, y el 4.º Ejército acorazado y el 6.º de Infantería de los alemanes avanzaron hacia el Don sin dejar de ampliar la brecha abierta tras la rotura del frente. Entre el polvo, el humo y el fuego de la batalla librada en la estepa, emergió el nombre del general Von Paulus.

Sobre el mapa se sucedían los números, escritos en tinta negra, de las divisiones acorazadas germanas: la 9.ª, la 11.ª, la 3.ª, la 23.ª, la 22.ª y la 24.ª. La 9.ª y la 11.ª habían operado en la ofensiva contra Minsk y Smolensk en verano del año anterior y, al parecer, habían recibido la orden de desplazarse desde las cercanías de Viasma hacia el sur antes del ataque a Stalingrado.

A veces daba la sensación de que aquella ofensiva era la continuación de la del verano de 1941, en tanto que los números que identificaban a las divisiones alemanas eran los mismos que habían figurado en el mapa el año anterior. Sin embargo, sólo conservaban la nomenclatura, ya que sus efectivos se habían renovado por completo a causa de las numerosas bajas sufridas.

En el aire operaba la 4.ª Flota del «africano» Richthofen. Su modo de actuar incluía, además de bombardeos masivos, raids aéreos de cazas Messerschmitt, que tanto se lanzaban contra convoyes y automóviles como contra la población civil.

El mapa de operaciones que llevaba Nóvikov fue reflejando con todo detalle el día a día que conformaba aquel inquietante cuadro: los movimientos de grandes contingentes de tropas, los combates encarnizados, los cambios en la ubicación de los aeródromos, de los puntos de mando, de las bases de avituallamiento y de soporte técnico, las incursiones de las unidades motorizadas alemanas, el incendio que se extendía desde Bélgorod y Oskol hasta los accesos al Don, y la ruta por la que había retrocedido el frente sudoeste a través de las regiones de Kursk, Vorónezh y adyacentes hasta alcanzar las estepas cercanas a Stalingrado.

La mente de Nóvikov comparaba inevitablemente los sucesos del verano anterior y los de aquél. En medio del estruendo del primer día de guerra, los movimientos de la aviación alemana le habían hecho intuir el plan del Estado Mayor General germano. Creía que sus reflexiones al respecto durante el invierno no habían hecho otra cosa que ayudarle a comprender aquel plan. Al consultar en el mapa la dirección que había seguido la ofensiva alemana del año anterior, Nóvikov advirtió que en el verano de 1941 las tropas nazis habían evitado operar sin protegerse previamente los flancos: al flanco izquierdo del ejército sur, bajo el mando de Rundstedt, le daba cobertura Bock, que avanzaba con el grueso de las tropas hacia Moscú y cuyo flanco izquierdo estaba, a su vez, resguardado en todo momento por Leeb, que se desplazaba hacia el norte en dirección a Leningrado, con las aguas protectoras del Báltico a su izquierda.

En verano de 1942 el modo de operar alemán presentaba cambios evidentes: avanzaban hacia el sudeste a pesar de que el coloso de la Rusia soviética se cernía sobre su flanco izquierdo en toda su magnitud. ¿Cuál era la clave del enigma?

Nóvikov no lo sabía, y tampoco acertaba a comprender por qué sólo avanzaban los frentes del sur. Se preguntaba si se debía a una señal de debilidad, de fuerza o a una argucia, pero desconocía la respuesta. Necesitaba saber aquello que no figuraba en el mapa de operaciones.

Todavía no había caído en la cuenta de que la pasividad del enemigo en dirección a Moscú, en el centro y en el norte se debía a la ofensiva en el sudeste: los alemanes habían perdido la capacidad de avanzar simultáneamente en todos los frentes, de modo que su flanco izquierdo no estaba desprotegido sin motivo. Tampoco podía saber aún que aquella ofensiva, la única posible entonces, carecería de los apoyos necesarios, pues la actividad de los ejércitos soviéticos en el centro y en el noroeste

ataría las manos a los alemanes y su Alto Mando no se atrevería a trasladar al sur las divisiones apostadas cerca de Moscú y Leningrado, ni siquiera en los días más decisivos de la batalla de Stalingrado.

Nóvikov soñaba con dejar su trabajo en el Estado Mayor. Creía que, al mando de una unidad de combate, podría sacar más provecho a la experiencia acumulada durante un año de intensa reflexión y un análisis pormenorizado de las operaciones militares en las que había tomado parte.

Había entregado un informe al jefe del Estado Mayor y una solicitud de traslado al superior de la sección donde prestaba sus servicios. La solicitud se desestimó, mientras que nada más se supo del informe y nadie avisó a Nóvikov al respecto.

¿Habría leído el jefe del Estado Mayor aquel informe?

Aquella pregunta tenía a Nóvikov en ascuas, máxime cuando creía haber invertido gran cantidad de energía y conocimiento en su redacción. Había ideado un plan propio de defensa y escalonamiento de un regimiento, de una división y de un cuerpo...

La estepa proporcionaba al atacante gran margen de maniobra y permitía que las fuerzas de choque se concentraran con rapidez: mientras las tropas se reagrupaban y llegaban las reservas, el enemigo se abría paso y ganaba espacios para operar, se apoderaba de nudos importantes y cortaba las comunicaciones. Los sectores fortificados, por muy resistentes que fueran, se convertían en islas en medio de una inundación cuando se maniobraba con holgura. Heráclito dijo: «Todo fluye, todo cambia». Los alemanes transformaron la frase así: «Lo podemos rodear todo; lo podemos atravesar todo». Las zanjas antitanques carecían de importancia en la estepa. Sólo la movilidad puede enfrentar a la movilidad.

Nóvikov elaboraba detalladamente posibles planes de defensa de distintas zonas de la estepa. Contemplaba decenas de peculiaridades de la acción bélica en aquel vasto espacio, que ofrecía una amplia red de pistas fácilmente transitables durante los meses secos de verano. Sus complejos planes consideraban la velocidad de los distintos tipos de armamento motorizado y del transporte terrestre, así como la de los cazas y los bombarderos en relación con los respectivos tipos de armamento del enemigo. Elaboraba planes de cómo transportar y reagrupar las tropas del modo más rápido para poder, además de detener el avance del enemigo, llevar a cabo la contraofensiva en los flancos y las incursiones en los sectores donde menos se esperaba. Nóvikov consideraba que las

posibilidades de maniobra y la movilidad de la defensa no se limitaban, ni siquiera durante la retirada, a la rápida concentración de efectivos y armamento sobre el vértice de las incursiones alemanas. En la estepa, aquellas posibilidades eran mucho más amplias: maniobrar permitiría crear retenes que impedirían el avance enemigo, las operaciones de cerco y la captura de prisioneros y armamento. Las maniobras y la movilidad de la defensa posibilitarían que las tropas soviéticas, aun batiéndose en retirada, pudieran penetrar en la retaguardia del enemigo, cortar sus comunicaciones y cercarlo.

Así pues, Nóvikov había elaborado una teoría acerca de las posibilidades de la defensa móvil en la estepa.

A veces, cuando creía que sus conclusiones eran especialmente importantes y acertadas, su corazón se estremecía de emoción.

En aquella época tan difícil, centenares de oficiales soviéticos, al igual que Nóvikov, ideaban sus propios planes de acción bélica.

Nóvikov todavía ignoraba la existencia de los regimientos móviles que se habían formado en la retaguardia. Los regimientos antitanque, de asombrosa movilidad, se preparaban para entrar en combate en los accesos lejanos a Stalingrado. Se había concentrado un gran número de modernos cañones antitanque de reciente fabricación en divisiones especiales, dotadas de camiones de alta velocidad, capaces de transportar con rapidez aquellas piezas de artillería a lo largo y ancho de la guerra esteparia. Los regimientos antitanque en cuestión tenían una enorme capacidad de destrucción y podían maniobrar con facilidad y audacia haciendo frente a las incursiones de los blindados alemanes.

Nóvikov no sabía ni podía saber que la defensa de contención, cuyo progreso tanto ansiaba, precedería a la defensa inusitadamente feroz que la infantería desplegaría en los accesos próximos a Stalingrado, en la orilla del Volga, en las calles y en las fábricas de la ciudad. Tampoco podía prever que la defensa de Stalingrado, a su vez, sería sólo el anticipo de la ofensiva de las fuerzas móviles soviéticas.

A fuerza de práctica, Nóvikov se había formado una idea clara y sólida acerca de muchas cosas que antes de la guerra sólo conocía en teoría: las acciones nocturnas de la infantería y de los blindados, la coordinación entre la artillería, la aviación, los carros de combate y la infantería, los raids de la caballería y la planificación de las operaciones. Conocía los puntos fuertes y débiles de los cañones y de los morteros de todos los

calibres; sabía apreciar las variadas prestaciones de los cazas YAK, LAGG e IL y de los bombarderos pesados y ligeros. Se interesaba especialmente por los carros de combate y creía saberlo todo acerca de sus posibilidades de acción durante la noche y el día, en terrenos boscosos, en la estepa, en núcleos urbanos, en una emboscada y durante una brecha de la defensa o un ataque masivo...

Su mayor pasión era la defensa en todas sus vertientes: la supermóvil, la activa –llevada a cabo por blindados–, la de artillería y la antiaérea. Sin embargo, conocía y recordaba el caso ejemplar de las defensas de Sebastópol y de Leningrado, en cuyo transcurso, durante semanas y meses, se había aniquilado a un gran número de tropas alemanas a fuerza de luchar por cada porción de terreno, por cada cota, por cada fortín y cada trinchera.

Su conciencia no cejaba en el esfuerzo de relacionar y unificar aquel sinfín de acontecimientos que se desarrollaban a lo largo del extensísimo frente germano-soviético, el cual atravesaba bosques, campos y pantanos y abarcaba desde las pequeñas regiones de Hakko y Hanko hasta las inmensas estepas del Don. Las acciones bélicas de aquel frente se llevaban a cabo en una geografía cambiante: ofensivas de mil kilómetros a través de llanuras y estepas, lucha posicional en los pantanos y los terrenos rocosos de Karelia en las que los avances de todo un año se calculaban en centenares o, a veces, decenas de metros.

Durante aquellos días del verano de 1942, Nóvikov centró todos sus esfuerzos en la resolución de las cuestiones relacionadas con una defensa móvil y activa. No obstante, la infinita complejidad de vínculos propia de la guerra no podía hallar cabida en el pensamiento de quien extraía sus conclusiones ayudándose de una experiencia personal limitada, aunque valiosa.

La sagaz mente de Nóvikov no podía dejar de abordar, cada vez con mayor intensidad y profundidad, el conjunto de acontecimientos cuyo fluir conformaba una realidad que era a la vez fuente de todo conocimiento y razón y origen de fórmulas y teorías.

Nóvikov caminaba a buen ritmo por la calle. No le fue necesario preguntar a nadie por la ubicación de las distintas secciones del Estado Mayor, ya que le bastaba con ver las caras familiares en las ventanas y centinelas conocidos en los portales.

En el pasillo se cruzó con el coronel Úsov, intendente del Estado Mayor. Dejando a un lado que su cargo no movía a sentimentalismos, Úsov, un hombre de rostro rubicundo, pequeños ojos achinados y voz ronca, no era de natural delicado. La expresión de tristeza que traslucía su rostro invariablemente sereno resultaba un tanto extraña. Con una voz tomada por la emoción, contó a Nóvikov:

–Camarada coronel, volé en una avioneta U-2 más allá del Volga, a Elton: allí se encuentra una parte de las municiones que tengo a mi cargo... hay salinas, estepa, camellos. El cereal no crece allí. Si en algún momento tenemos que trasladarnos a ese lugar... ¿dónde alojaremos el Estado Mayor de artillería, la sección de ingenieros, la de inteligencia, la comisaría política y el segundo escalafón? No sé qué haremos.

Suspiró desconsolado y añadió:

–Eso sí, hay melones a montones. Cargué tantos en la avioneta que por poco no despega. Le enviaré un par esta noche, son muy dulces...

Los miembros de la sección recibieron a Nóvikov como si hubiera pasado un año en la retaguardia del enemigo intentando regresar con los suyos. Supo que durante la noche el jefe segundo del Estado Mayor había preguntado dos veces por él y ya antes del amanecer lo había llamado el comisario de batallón Cheprak, secretario del Consejo Militar.

Cruzó un cuarto espacioso donde habían colocado mesas, teléfonos y máquinas de escribir que ya conocía.

Anguelina Tarásovna, una mujer de grandes pechos y pelo teñido a la que se tenía por la mejor mecanógrafa del Estado Mayor, dejó a un lado un cigarrillo de picadura y dijo:

–Una ciudad preciosa, camarada coronel, ¿no le parece? Me recuerda Novorossiysk.

El cartógrafo en grado de mayor, un hombre de cara amarillenta que padecía un eccema de origen nervioso, saludó y dijo:

–Hoy he dormido sobre un colchón de muelles, como en la retaguardia.

Los delineantes en grado de alférez y las radiotelefonistas de cabellos permanentados se pusieron rápidamente en pie y le saludaron con la sonoridad de un coro:

–¡Buenos días, camarada coronel!

El favorito de Nóvikov, Gusarov, de pelo ensortijado y eterna sonrisa, tanteó a su superior a sabiendas de la buena predisposición que intuía en él:

–Camarada coronel, he estado de guardia toda la noche. ¿Me da usted su permiso para ir a los baños después de comer?

Pidió ir a los baños porque sabía que los superiores, en general, veían con mejores ojos aquella práctica de la higiene que las visitas a la familia, las sesiones de cine o el mero hecho de dormir después de una noche de guardia.

Nóvikov, atento, paseó la mirada por el despacho donde ya habían colocado su escritorio, su teléfono y una caja metálica cerrada donde guardaba documentos.

Bobrov, un topógrafo calvo en grado de teniente que antes de la guerra había sido profesor de geografía, trajo nuevos mapas y dijo:

–Camarada coronel, ojalá durante nuestra ofensiva pudiéramos cambiar los mapas con la misma rapidez.

–Envíe un mensajero a la sección de inteligencia y no deje entrar a nadie en mi despacho –ordenó Nóvikov mientras desplegaba los mapas sobre el escritorio.

–El teniente coronel Darenski ha llamado dos veces preguntando por usted.

–Que venga a verme después de las dos.

Nóvikov se puso manos a la obra.

Algunas unidades de infantería, con el apoyo de la artillería y blindados, habían bloqueado los accesos lejanos a Stalingrado cortando momentáneamente el avance de los alemanes hacia el Don. Sin embargo, durante los últimos días habían llegado noticias preocupantes del frente. Las secciones de inteligencia informaban sobre una importante concentración de blindados, infantería y divisiones motorizadas del enemigo.

Los problemas de suministro se habían complicado sobremanera.

Nóvikov había discutido aquellos inquietantes datos con el general Bíkov, jefe de la sección.

Guiado por su vocación «operativa», Bíkov siempre había desconfiado de los servicios de inteligencia.

–Los de inteligencia son dados a fantasear –decía–. ¿De dónde habrán sacado los alemanes todas aquellas divisiones nuevas? ¿Cómo se habrán enterado?

–No son los únicos que informan al respecto, también los comandantes de división y de ejército notifican la llegada de unidades nuevas y una potente presión enemiga.

–Nuestros comandantes tampoco se lo piensan demasiado a la hora de exagerar la capacidad de los alemanes y silenciar la suya propia. Sólo piensan en pedir refuerzos.

La línea del frente se extendía a lo largo de centenares de kilómetros, y la densidad de concentración de tropas soviéticas era demasiado baja para poder contener las unidades móviles del enemigo, capaz de reunir con presteza numerosas tropas en cualquier punto. Nóvikov estaba al corriente de la situación, pero albergaba la esperanza de que el frente acabara por estabilizarse. Creía en ello y lo esperaba, pero también lo temía: los soviéticos ya no disponían de más tropas para controlar los accesos al frente.

La información que había empezado a llegar pronto confirmó sus peores presagios, y se hizo evidente que el enemigo había pasado a la ofensiva activa.

El ataque alemán había roto la línea de defensa de los rusos.

Los blindados germanos avanzaron por el corredor abierto a consecuencia del ataque. Nóvikov leía los partes, los cotejaba y trasladaba los nuevos datos al mapa. Las informaciones de la tarde y la noche anterior eran descorazonadoras.

La brecha abierta por los alemanes en el sur se ampliaba y ya apuntaba un tímido avance en dirección al nordeste. Reflejada en el mapa, la ofensiva del enemigo fue tomando forma de pinza, de modo que varias divisiones soviéticas corrían el riesgo de caer en un cerco.

¡Qué bien conocía Nóvikov aquellos colmillos torcidos que se dibujaban en azul y no dejaban de crecer sobre el mapa! Antes de que aparecieran por allí, ya los había visto en el Dnieper y en la zona del Donets del Norte.

No obstante, la zozobra y la congoja se apoderaron de nuevo de él. En un arrebato de cólera apretó el puño y quiso descargarlo con todas sus fuerzas, profiriendo un grito, contra aquellos colmillos azules que amenazaban el trazo suave, de color celeste, del río Don.

«Qué clase de felicidad puede ser –pensó de pronto– ver a Zhenia sólo porque nuestros ejércitos se hayan retirado del Volga. Un encuentro así no tiene nada de dichoso.»

Fumaba un cigarrillo tras otro, escribía, leía, se quedaba pensativo por momentos y volvía a inclinarse sobre el mapa.

Alguien llamó a la puerta del despacho.

–¿Quién es? –preguntó enojado. Nóvikov consultó el reloj y, tras mirar en dirección a la puerta entreabierta, indicó–: Ah, es usted, Darenski. Pase, pase.

Un teniente coronel de complexión delgada, con el pelo peinado hacia atrás, de rostro flaco y moreno, se acercó con paso rápido a Nóvikov y le dio un apretón de manos.

–Siéntese, Vitali Alekséyevich –le dijo Nóvikov–. Sea bienvenido a mi nueva casa.

El teniente coronel se sentó en un sillón al lado de la ventana, encendió el cigarrillo que le había ofrecido Nóvikov y aspiró el humo. Parecía que se había acomodado en el sillón con la intención de quedarse allí un buen rato, pero tras dar otra calada al cigarrillo, se puso en pie y empezó a caminar por el despacho haciendo crujir las botas. Luego se detuvo en seco y se sentó en la repisa de la ventana.

–¿Cómo va eso? –preguntó Nóvikov.

–¿El qué? Si se refiere a lo que pasa en el frente, lo sabe mejor que yo. En lo que respecta a mis asuntos personales, qué le voy a contar…

–¿Entonces?

–Me han pasado a la reserva. He visto la ordenanza que Bíkov cursó al respecto. Es irremediable, hasta tal punto que el mismo jefe del personal me ha dicho: «Usted padece de úlcera de estómago, le voy a dar la baja para un mes y medio de modo que pueda recuperarse». Yo le he respondido que quiero trabajar. Camarada coronel, ¿qué debería hacer?

Hablaba deprisa y en voz baja, pero articulaba las palabras con claridad. De repente dijo:

–Desde que llegamos aquí me he dejado llevar por los recuerdos, todo el tiempo me viene a la memoria el primer día de guerra.

–¿De verdad? Yo también lo he recordado.

–La situación es parecida.

Nóvikov negó con la cabeza y dijo:

–No tiene nada que ver.

–No estoy tan seguro, todo cuanto veo me lo recuerda: carreteras atestadas... coches y más coches... Los jefes están nerviosos, todo el mundo pregunta cómo puede llegar a un lugar donde no haya bombardeos. El otro día me topé con un regimiento de artillería que marchaba en formación, como si fueran de maniobras, con escolta y avanzada, en dirección al oeste. ¡Marchaban marcando el paso! Paré mi coche y pregunté qué regimiento era aquél. Un teniente me contestó que el mayor Beriozkin estaba al mando e iba a entrar en combate con el enemigo. ¡Eso sí que es bueno! Miles y miles retroceden al este mientras Beriozkin avanza. Sus hombres tenían la mirada fija en el suelo, mientras las mujeres los miraban como a mártires. A Beriozkin no lo vi porque se había adelantado. No puedo quitármelo de la cabeza. Me gustaría verlo y darle un apretón de manos. ¿Por qué han tenido que pasarme a la reserva? Eso no está nada bien, ¿verdad, camarada coronel?

Hacía aproximadamente un mes Darenski había tenido un enfrentamiento con el jefe de sección Bíkov. Antes del comienzo de una ofensiva había manifestado la opinión, por lo demás bien fundada, de que el enemigo estaba concentrando fuerzas para contraatacar sólo un poco más al sur del lugar propuesto para el ataque.

El jefe de sección había tachado el informe de Darenski de ridículo y descabellado. Darenski montó en cólera. Bíkov, como se suele decir, lo puso firme, pero aquél siguió afirmando que estaba en lo cierto. Bíkov le insultó y, acto seguido, cursó la orden que obligaba a Darenski a pasar a la reserva.

–Usted sabe que soy riguroso con mis colaboradores –dijo Nóvikov–, pero si me dieran un puesto de mando, le aseguro que le propondría para el cargo de jefe del Estado Mayor. Tiene buen olfato y la intuición no le falla, cualidades muy importantes cuando se trabaja con el mapa. Su debilidad es el sexo femenino, déjeme decirlo, aunque todos tenemos nuestros defectos.

Darenski le echó una mirada rápida y socarrona con sus vivaces ojos castaños, que despidieron un destello de alegría. Luego soltó una risita y dijo:

–El problema está en que siguen sin darle el mando de la división.

Nóvikov se acercó a la ventana, se sentó al lado de Darenski y dijo:

–Hoy sin falta hablaré con Bíkov del asunto.

–Muchas gracias.

–No tiene por qué dármelas.

Cuando Darenski salía del despacho, Nóvikov le preguntó:

–Vitali Alekséyevich, ¿le gusta la pintura moderna?

Darenski le miró perplejo, luego rió y contestó:

–¿La pintura moderna? En absoluto.

–Al menos es moderna, tiene algo de nuevo.

–¿Y qué? –Darenski se encogió de hombros–. A nadie se le ocurrirá calificar la obra de Rembrandt como antigua o moderna. Antes dirán que es eterna. ¿Puedo irme ya?

–Por supuesto –dijo Nóvikov alargando las palabras y se inclinó sobre el mapa.

Al cabo de pocos minutos entró la mecanógrafa mayor Anguelina Tarásovna y preguntó enjugándose las lágrimas:

–Camarada coronel, ¿es cierto que a Darenski lo han pasado a la reserva?

Nóvikov respondió con brusquedad:

–Haga el favor de dedicarse a su trabajo.

A las cinco, Nóvikov informaba de la situación al general Bíkov.

–¿Qué hay? –preguntó Bíkov y miró huraño el tintero que había delante de él sobre el escritorio. La presencia de Nóvikov le irritaba, como si éste, al referirle diariamente las malas noticias que llegaban del frente, fuera el verdadero culpable de todas las peripecias de la retirada soviética.

Un sol de verano iluminaba intensamente los valles, ríos y estepas señalados en el mapa y las manos blancas del general.

Nóvikov fue mencionando las poblaciones con voz pausada, mientras el jefe de sección las iba señalando con un lápiz en su mapa, asintiendo con la cabeza y repitiendo «así es» en señal de aprobación.

Cuando Nóvikov terminó su exposición, la mano del general que asía el lápiz viajó del norte al sur, hasta la desembocadura del Don, donde se detuvo. Bíkov alzó la cabeza y preguntó:

–¿Eso es todo?

–Sí.

Bíkov elaboraba un informe sobre los acontecimientos que habían tenido lugar a principios de mes, y parecía estar más preocupado –Nóvikov lo intuía– por el propio informe que por el peligro que entrañaba la realidad a la que se enfrentaban.

Comentó con Nóvikov los movimientos de los ejércitos recalcando las palabras «eje» y «ritmo». Todo aquello era cosa del pasado.

–¿Lo ve? –decía señalando en el mapa con el extremo del lápiz–, el eje del movimiento del 38.º Ejército pasa por una línea recta, de modo que el ritmo de retirada del 21.º no deja de lentificarse.

Cogió una regla y midió las distancias sobre el mapa.

El tono de su voz parecía indicar que ya había previsto todo aquello y encontraba satisfacción en el hecho de haber estado en lo cierto, como si él mismo hubiera determinado el eje y el ritmo de los ejércitos soviéticos a los que se refería.

Molesto por lo que oía e incapaz de callar su opinión como a un subordinado indolente, Nóvikov dijo:

–Sus razones, camarada general, son las de un científico que navega en un bote con el casco agujereado y se entretiene en describir el movimiento de la nave sobre el agua, los motivos de que cabecee, o se incline a un lado u otro. Pero aquí lo que importa es cegar los agujeros y evitar el hundimiento, en lugar de explicar el porqué va a producirse. El problema está en que con ese eje y a ese ritmo ni siquiera podremos permanecer en el Don, aparte de carecer ya de cualquier apoyo.

Bíkov frotó con una goma de borrar un reflejo del sol que trepaba sobre el eje de movimiento, señalado en rojo, de uno de los ejércitos y pronunció las palabras que Nóvikov a menudo le oía decir:

–Eso no es asunto nuestro, hay jefes por encima de nosotros. Es el Alto Mando el que decide sobre el tema de los refuerzos y no el Estado Mayor del frente.

Luego estudió atentamente las uñas de su mano izquierda y concluyó en tono contrariado:

–Hoy el teniente general dará el parte al mariscal. Usted, camarada coronel, permanezca en la sección hasta que sea convocado. Ahora puede retirarse.

Nóvikov advirtió que Bíkov estaba descontento con él. El general solía tratarlo con frialdad. Cuando se había propuesto a Nóvikov para ocupar el cargo de jefe segundo de la sección, Bíkov opinó al respecto: «Es un buen elemento, eso es indudable, pero tiene un carácter difícil y egocéntrico, de modo que me temo que sea incapaz de tratar debidamente con el personal».

A la propuesta para condecorar a Nóvikov con la orden de la Bandera Roja, Bíkov dijo: «Con una estrella será suficiente». Y, efectivamente, a Nóvikov se le concedió únicamente la orden de la Estrella Roja. Sin

embargo, cuando solicitaron a Nóvikov desde un Estado Mayor de más rango, Bíkov se alarmó, empezó a hacer gestiones y elevó un escrito en el que explicaba que bajo ningún concepto podía prescindir de él. Asimismo, se negó en rotundo a apoyar a Nóvikov cuando éste solicitó la incorporación en alguna unidad de combate.

Cuando se le solicitaba información de cierta complejidad a alguno de los colaboradores de la sección de Nóvikov o se buscaba a alguien que pudiera arrojar cierta luz sobre un asunto embrollado, el colaborador en cuestión decía convencido: «Lo mejor es que vaya usted derecho a ver al coronel Nóvikov si no quiere que Bíkov lo tenga esperando durante una hora y media porque tiene una reunión, está recibiendo el parte o descansa. De todos modos, acabará por remitirle a Nóvikov alegando que el asunto que lo trae por aquí se lo encomendó al coronel».

Por respeto a Nóvikov, que no en consideración a su rango, el intendente le asignaba un buen alojamiento cada vez que el Estado Mayor se trasladaba a una nueva ubicación. El encargado de la sección económico-administrativa –un individuo escéptico– le proporcionaba la mejor gabardina para sus trajes y el tabaco de mayor calidad. Incluso las camareras del comedor le servían el almuerzo haciendo caso omiso del turno de cola, diciendo:

–¡El coronel no tiene un solo minuto libre, no puede esperar!

El secretario del Consejo Militar Cheprak contó a Nóvikov que, en una ocasión, al revisar la lista de personas a las que se había convocado para una reunión importante, el jefe segundo del frente había dicho: «Bíkov es como es. Llamen al coronel Nóvikov».

Por lo visto, Bíkov estaba al tanto de todo aquello, y se molestaba cuando el coronel era convocado a las reuniones. Últimamente estaba disgustado con Nóvikov porque éste había remitido un informe al jefe del Estado Mayor en el que exponía sus ideas y propuestas a tenor de un análisis crítico de una operación de suma trascendencia. Bíkov se había enterado, por un ordenanza del jefe del Estado Mayor, de que éste se había interesado por el informe y estaba molesto con Nóvikov porque había presentado aquel informe sin consultarlo con él, su superior inmediato.

Bíkov se tenía por un trabajador experimentado y valioso, conocedor de todas las disposiciones, normas y preceptos del reglamento militar y por el coordinador principal de una compleja burocracia, estructurada en múltiples niveles. Los expedientes y archivos que gestionaba estaban

perfectamente ordenados. Sus colaboradores mostraban un grado de disciplina irreprochable. Bíkov estaba convencido de que hacer la guerra era más fácil que enseñar su reglamento.

A veces hacía preguntas extrañas:

–¿Cómo es que no había munición?

–Porque el enemigo había volado el polvorín y no llegaron más suministros.

–No me venga con excusas… deberían haber dispuesto de pertrechos para una carga y media, al menos –decía encogiéndose de hombros.

Al mirar la expresión ceñuda de Bíkov, Nóvikov pensó que el general sabía mostrarse flexible e imaginativo en los asuntos personales con tal de mantener su autoridad: se acomodaba rápidamente a las circunstancias, sabía deshacerse de quien no le convenía y presentar sus credenciales marcando su territorio con contundencia, aunque tales prácticas no estuvieran reglamentadas por ninguna norma establecida.

Tras conocer mejor a Bíkov, Nóvikov infirió, además, que los conocimientos de aquél eran más bien dudosos.

Le dijo:

–Afanasi Gueórguiyevich, permítame que le comente un asunto.

Se había dirigido a Bíkov por su nombre y patronímico para insinuarle que, tras una conversación de trabajo, quería tratar un asunto personal. Bíkov se dio cuenta de ello y señaló una silla invitándole a que se sentara.

–Adelante, le escucho.

–Afanasi Gueórguiyevich, se trata de Darenski –anunció Nóvikov.

–¿A qué se refiere? –preguntó Bíkov arqueando las cejas.

La perplejidad que expresaba su rostro hizo que Nóvikov se molestara, pues comprendió que la conversación estaba condenada al fracaso.

–Ya sabe a qué me refiero: es un elemento de enorme valía que podría sernos muy útil en vez de pudrirse en la reserva.

Bíkov sacudió la cabeza y dijo:

–A mí no me hace falta, y creo que usted también puede prescindir de él.

–Pero, en esencia, resultó que en aquella discusión él tenía razón.

–No es cuestión de esencia; mejor dicho, la esencia está en otra cosa.

–Es que precisamente eso es lo esencial: Darenski tiene una capacidad extraordinaria para hacer un análisis de la situación con apenas unos pocos datos y adivinar el propósito del enemigo.

–No necesito adivinos en mi sección, que se vaya a la de inteligencia.

Nóvikov suspiró:

–En verdad, no le comprendo. La propia naturaleza, por así decirlo, ha dotado a Darenski de las cualidades idóneas para trabajar en el Estado Mayor y usted se niega a aprovecharlas. Mientras que yo, un tanquista, le solicito que me deje marchar y me ignora...

Bíkov carraspeó, sacó un reloj de oro del bolsillo, arrugó la frente, sorprendido, y se acercó el reloj al oído.

«Es hora de comer», pensó Nóvikov.

–Eso es todo –concluyó Bíkov–. Puede irse.

25

Nóvikov había sido convocado a las once de la noche. Un guardia grandullón le preguntó en un tono respetuoso a la vez que familiar:

–¿Adónde va, camarada coronel?

Se alojara donde se alojara el Estado Mayor, en los salones sombríos y de altos techos de algún antiguo palacete o en una casita adornada con un alegre jardín delantero, Nóvikov siempre experimentaba la misma sensación cuando se encontraba en la antesala del despacho del jefe. Allí había visillos en las ventanas y reinaba la penumbra, los que esperaban hablaban en susurros mirando de soslayo la puerta del despacho, los generales convocados parecían estar nerviosos e incluso los teléfonos sonaban con un timbre apagado, como si pretendieran no perturbar la solemnidad de aquel ambiente.

Cuando Nóvikov llegó a la antesala, todavía no había nadie esperando. El secretario del Consejo Militar Cheprak estaba sentado tras el escritorio leyendo un libro con expresión ceñuda. Su semblante gris amarillento era el de un hombre acostumbrado a trabajar de noche y dormir de día.

Un ordenanza, de cuyo pecho colgaban varias medallas, cenaba con el plato apoyado en la repisa de la ventana. Al ver a Nóvikov, se puso en pie con un suspiro y se dirigió, con paso perezoso y haciendo tintinear sus medallas, a un cuarto contiguo para terminar su plato.

–¿Está? –preguntó Nóvikov a media voz, señalando en dirección a la puerta del despacho con un movimiento de cabeza.

–Sí –contestó Cheprak en el tono distendido que solía emplear en el comedor. Señalando el libro que estaba leyendo con unas palmaditas en la cubierta, añadió–: ¡En tiempos de paz sí que se vivía bien!

Se puso en pie y echó a andar por la antesala hasta llegar a la repisa que había servido de mesa al ordenanza, desde donde invitó a Nóvikov con un gesto para que se le acercara. Cuando llegó junto a él, Cheprak sorprendió a Nóvikov haciéndole una pregunta en ucraniano. Jamás le había oído hablar en aquella lengua.

–¿Acaso no se ha enterado?

Nóvikov le inquirió con la mirada, de modo que Cheprak, escudriñándolo con sus ojos entornados, perspicaces y siempre risueños, volvió a preguntar:

–¿Acaso no sabe quién está ahora al mando del frente sur?

–Sí lo sé.

–Pues no, no lo sabe; antes sí lo sabía, pero ahora ya no.

Cheprak echó la cabeza hacia atrás y observó a Nóvikov, acaso intentando descubrir en él algún indicio de asombro. A Nóvikov no le sorprendió la noticia, pero advirtió la emoción del secretario del Consejo Militar y comprendió a qué se debía.

Sabía que Cheprak estaba esperando que Nóvikov le preguntara al respecto o, al menos, hiciera ademán de ello. Sin embargo, no lo hizo.

–Ahora puede pasar cualquier cosa –dijo Cheprak con un gesto de desconcierto–. Se dijo que retroceder desde Tarnópol hasta el Volga se había convertido ya en costumbre, en toda una filosofía –razonaba Cheprak repitiendo, por lo visto, el argumento que había oído defender a sus superiores–. Así que nuestro Estado Mayor cambió de nombre el pasado día 12: ya no es del sudoeste sino de Stalingrado, puesto que se ha dejado de operar en la dirección sudoeste.

–¿Quién ha dicho eso? –preguntó Nóvikov.

Cheprak sonrió y, pasando por alto la pregunta de Nóvikov, continuó:

–Es posible que pasen nuestro mando a la reserva, a algún lugar más allá del Volga, y encomienden la defensa del Don a un frente nuevo con su Estado Mayor correspondiente. ¿Qué le parece?

–¿Es una suposición suya?

–Oí una conversación en alguna parte, no puedo revelarle los nombres ni sobre qué hablaron.

Miró a los lados y añadió pensativo, tal vez presintiendo los cambios que el destino le iba a deparar en su vida:

–Recuerdo que, cuando estábamos en Valuiki, usted salió de la sala de comunicaciones diciéndome que habíamos ganado la batalla por Járkov, y precisamente en aquel momento los alemanes lanzaron un ataque desde Isum-Barvenkov en dirección a Balaklea.

Nóvikov lo interpeló molesto:

–¿A qué viene mencionar ese episodio precisamente ahora? Aquello no tiene importancia, la guerra es la guerra. ¿Por qué no recuerda también que, aparte de mí, lo dijeron otros de rango superior al mío?

Cheprak se encogió de hombros y dijo:

–Me he acordado así, sin más... ¡Qué gente había allí reunida! Gorodnianski, el teniente general Kostenko, comandante del frente, en persona, los comandantes de división Bobkin, Stepánov, Kuklin, el corresponsal Rosenfeld, una maravilla de hombre, podía contar historias durante un día entero… Me duele el alma sólo recordarlo... ¡Murieron todos!

La reunión comenzaría con retraso.

En la antesala aguardaban mandos de tan alto nivel que incluso los oficiales en grado de general no se atrevieron a sentarse en las sillas y sofás y permanecieron en pie junto a las ventanas, conversando en voz baja y volviéndose de vez en cuando para mirar la puerta del despacho del comandante del frente, que permanecía cerrada. Ivanchin, miembro del Consejo Militar del frente, entró con paso rápido respondiendo con un movimiento de cabeza a los saludos de sus subordinados. Su rostro expresaba cansancio y preocupación, en contraste con la brusquedad de sus movimientos.

Preguntó en voz alta al secretario:

–¿Está en su despacho?

–Sí, pero ha pedido que esperen un momento –respondió apresuradamente Cheprak.

Lo dijo en el tono de disculpa y reverencia con el que los subordinados transmiten a veces las palabras de sus superiores, como si se excusaran por el hecho de ser unos mandados y no estar en su mano la posibilidad de cambiar nada de lo ordenado: si hubiera dependido de Cheprak, habría abierto la puerta a Ivanchin encantado.

Éste miró a los que esperaban y preguntó al comandante de artillería:

–¿Qué tal en el nuevo apartamento? ¿La malaria ha vuelto a darle problemas?

El comandante de artillería era el único que se atrevía a hablar en voz alta en la antesala. En aquel momento reía a raíz de lo que le estaba contando en susurros un general de pecho y hombros prominentes que varios días atrás había llegado de Moscú.

–De momento no he sufrido ninguna recaída –respondió el comandante a Ivanchin señalando a su interlocutor–. Imagínese, me he encontrado con un compañero, servimos juntos en Asia Central.

Se acercó a Ivanchin y empezaron a intercambiar frases cortas, como las personas que coinciden diariamente en el trabajo y no necesitan explayarse para entenderse.

–Por cierto, ¿qué hay de lo de ayer? –oyó Nóvikov preguntar al comandante de artillería.

–Como suele decirse, continuará –respondió Ivanchin para alborozo del comandante, que rió tapándose la boca con una mano ancha y gruesa.

Las caras de los hombres que escuchaban aquella conversación entre sus superiores denotaban el deseo de descifrar de qué trataba, empresa difícil de llevar a cabo dado lo ambiguo de la charla. Como casi siempre sucede cuando la gente se reúne para tratar una cuestión importante, los presentes habían empezado por comentar asuntos que nada tenían que ver con el objeto de la reunión procurando retrasar el momento de abordar el tema principal, de índole preocupante y delicada. Nóvikov oyó la voz de bajo del general, que decía:

–Imagínate qué clase de hospitalidad es ésa. Viene mi gente y me comenta que, como nuestro comedor aún no está desplegado, se han dirigido al de la circunscripción militar. Allí no quisieron atenderlos porque llevaban cartillas de racionamiento del frente, mientras que a los de la retaguardia les daban de comer sin poner ninguna objeción.

–Eso es un escándalo –se sumó otro–. Telefoneé a Ivanchin y resulta que sí había un acuerdo con Guerasimenko, el jefe de la circunscripción. Esos ineptos locales han embrollado el asunto. Ahora el comedor está a rebosar y los colaboradores del Estado Mayor llegan tarde a trabajar, pues se forman colas enormes y no consiguen terminar de comer a tiempo.

–Entonces ¿cómo acabó todo? –preguntó un general de la sección de inteligencia, bajito y rubicundo, que había llegado a Stalingrado hacía una hora y no estaba al tanto.

–De un modo muy sencillo –dijo el segundo interlocutor señalando disimuladamente a Ivanchin–. Ése telefoneó al jefe de la circunscripción y le soltó un par de cosas, así que al cabo de un rato el intendente en persona estaba en las puertas del comedor dando la bienvenida a los soldados del frente.

El jefe de la sección de inteligencia preguntó a Bíkov:

–¿Qué tal su nuevo apartamento, es de su agrado?

–Sí, tiene bañera y las ventanas dan al sur.

–Yo ya me he desacostumbrado de los apartamentos urbanos, aunque debo decir que al principio me sentí algo extraño. En cuanto a la bañera, me da igual. Al llegar fui derecho a los baños públicos, a nuestro estilo.

El general que había iniciado la conversación sobre el comedor preguntó al de inteligencia:

–¿Ha llegado sin problemas, camarada general?

–Uf, he decidido que nunca más viajaré de día –respondió éste.

–¿Hubo que saltar a la cuneta, según dice mi chófer?

–No me lo recuerde –rió el de inteligencia–. Cuando nos acercábamos al Don, los aviones enemigos volaban casi a ras de tierra. Tres veces tuve que bajar del coche corriendo, creí que no llegaría.

En aquel momento se entreabrió la puerta del despacho y se oyó una voz queda y ronca, que dijo:

–Camaradas, pasen, por favor.

Enseguida se hizo el silencio, las caras recuperaron el gesto serio y ceñudo y la conversación ligera y distendida que había servido de escudo provisional contra la dura realidad cayó en el olvido. Lo cierto es que nuestra gente, se trate de un general o de un soldado raso, tiene la costumbre de divertirse y gastar bromas cuando la pesadumbre y la amargura le embargan el corazón y el alma.

La cabeza del mariscal Timoshenko, comandante del frente, estaba afeitada con esmero, de modo que no era posible percibir con nitidez, ni siquiera a la luz de las bombillas, la línea divisoria entre la calva y la zona rasurada.

Echó a andar por el despacho, saludando con la cabeza y mirando de pasada pero con insistencia los rostros de los generales, que se cuadraban a su paso. Luego rozó con los dedos el camuflaje de la ventana, se entretuvo un momento y se sentó tras el escritorio. Al posar sus grandes manos de campesino sobre el mapa que cubría la mesa, se quedó pensativo durante

unos instantes ante la expectación general y, tras sacudir la cabeza, dijo impaciente como si fuera él a quien estaban haciendo esperar y no al revés:

–¡Empecemos, pues!

El primero en informar de la situación fue el general Bíkov, subjefe del Estado Mayor.

–Si estuviera Bagramián, sería él quien diera el parte –susurró a Nóvikov el jefe de la sección de inteligencia, sentado a su lado.

Bíkov había empezado por las cuestiones relacionadas con la logística. La aviación enemiga bombardeaba las vías férreas que cruzaban la estepa. Durante los últimos días, los alemanes habían comenzado a minar el Volga y se tuvo noticia del hundimiento de un barco carguero entre Kamishin y Stalingrado. Se había planteado la posibilidad de transportar cargas y refuerzos por la vía férrea Sarátov-Astrakán, pero aquélla también estaba ya dentro del radio de acción de los bombarderos alemanes. Además, traer cargas desde la otra orilla del Volga suponía hacerlo en tres etapas: desde la vía férrea hasta el río, a través del río hasta Stalingrado y desde Stalingrado hasta el frente. La aviación enemiga bombardeaba intensamente los pasos a través del Don. El informante comunicó a los presentes que la vía de transporte que ofrecía el Volga quedaría paralizada en breve.

Al oír aquella afirmación, Ivanchin suspiró y dijo en voz baja:

–Es cierto.

Bíkov hablaba de la difícil situación en que se encontraba la Unión Soviética, no con frases banales como las que publicaba la prensa, sino sirviéndose de un lenguaje específico y preciso, propio de un militar avezado en la guerra. Aquel hablar en concreto y no «en general» se debía al hecho de que la existencia de toda una nación, en indudable peligro, dependía directamente de lo que pasara en el frente sudoeste, llamado ahora «de Stalingrado».

¡La situación en el frente! El informante no escatimaba detalles y hablaba con la franqueza y rectitud que requería y condicionaba la guerra misma. Frente a la dura realidad, sólo valía una verdad tan dura como aquélla.

Nóvikov, quien tenía en mucha estima al subjefe del Estado Mayor y a menudo admiraba sus conocimientos y su mente despierta, arrugó, sin embargo, la frente y pensó de él: «No, no va al grano...».

–Cuando ayer, hacia el final del día, aparecieron unidades móviles del enemigo en la retaguardia de nuestro ejército, el comandante tomó la decisión de desplegar una línea de defensa a lo largo del margen fluvial –decía tranquilamente con voz de bajo Bíkov mientras indicaba en el mapa, con su dedo blanco de uña cuidadosamente recortada, la zona donde se había producido el combate referido–. Sin embargo, la aviación del enemigo hostigó al Estado Mayor durante todo el día provocando que su sistema de comunicaciones, cableado y radiotransmisor incluidos, quedase inutilizado por espacio de cuatro horas. En consecuencia, fue imposible transmitir al comandante de la división del flanco izquierdo la orden de pasar a la defensa. La mensajería directa también se había interrumpido, ya que el enemigo había cortado la única vía de comunicación terrestre con blindados e infantería transportada, por lo visto, en camiones.

Timoshenko preguntó:

–¿Eso es todo? ¿Dispone de nuevos datos?

–Sí, camarada comandante –respondió el general echando un rápido vistazo a Nóvikov, que le había dado el parte una hora antes–. Con su permiso, camarada comandante.

Éste asintió con la cabeza.

–El Estado Mayor de la división perdió la comunicación con los regimientos durante la mañana de ayer. Los blindados alemanes irrumpieron en el puesto de mando; el comandante de la división sufrió una contusión y logró ser evacuado en un avión del servicio médico. El jefe del Estado Mayor sufrió lesiones por aplastamiento en las piernas y falleció allí mismo. Desde entonces no hay comunicación con el mando de la división ni tampoco con los regimientos.

–Naturalmente, el mando fue aniquilado –dijo Ivanchin.

–¿Cuál era el apellido del jefe del Estado Mayor? –preguntó Timoshenko a Bíkov.

–Camarada comandante, hacía poco que estaba con nosotros, lo habían trasladado desde el lejano Oriente –se excusó Bíkov.

Timoshenko seguía mirando al general, en espera de una respuesta.

Bíkov, contrariado y con los ojos entornados, esbozando una mueca propia de quien está a punto de recordar la palabra necesaria, agitó la mano en el aire y dio un ligero golpe en el suelo con un pie. Sin embargo, aquello no le fue de utilidad.

–El coronel... el coronel... lo tengo en la punta de la lengua... pertenecía a una división nueva.

–La división dejó de existir, sus integrantes murieron en combate, pero para usted siguen siendo nuevos –dijo en tono de burla el comandante. Luego añadió con despecho–: Ya les avisé: ¡hay que conocer los apellidos! Usted, coronel, ¿conoce el apellido del finado?

–Teniente coronel Alfiórov –respondió Nóvikov.

–Que en paz descanse –dijo el comandante.

Durante unos instantes se guardó silencio. Luego, Bíkov se aclaró la garganta y preguntó:

–Camarada comandante, ¿da su permiso para seguir con el informe?

–Adelante.

–Así pues, se confirma que la división perdió el mando y su dispositivo fue desmembrado –retomó su exposición el general–. En consecuencia, el ejército dejó de tener comunicación con su flanco izquierdo.

El informante se sirvió de aquel circunloquio para dar a entender que la línea del frente se había roto y el enemigo había avanzado a través de la brecha con infantería y blindados.

–Sin embargo, un día después –prosiguió, levantando un poco la voz– la línea del frente recuperó su integridad gracias a los hábiles y enérgicos contraataques de la división bajo el mando del coronel… Sávchenko.

Pronunció aquel apellido tras haber mirado al comandante y hecho una pequeña pausa después de decir «coronel», al parecer, deseoso de justificar su desconocimiento del apellido del difunto jefe del Estado Mayor de la malograda división. Acto seguido, señaló el trazado de la línea del frente en el mapa y concluyó:

–Aquí tenemos la configuración del frente a las dieciséis horas.

–¿Configuración? –preguntó con sorna Timoshenko.

–La disposición de las unidades del ejército –rectificó el general al darse cuenta de que la palabra «configuración» había irritado al comandante–. Sin embargo, el enemigo empezó a presionar en el sector contiguo y logró el éxito táctico en dos de sus puntos, amenazando con rodear el flanco derecho del ejército. En consecuencia, Chistiakov ordenó retroceder a una nueva posición, y de este modo forzó la retirada de todo nuestro ejército.

–¿O sea que fue Chistiakov quien forzó la retirada y no el enemigo? –preguntó entre risas Timoshenko–. Y yo que pensé que había sido el

enemigo. ¿Qué pasa en el sur?

–En el sur se logró estabilizar el frente, pero todo hace pensar que el enemigo, al toparse con una fuerte resistencia y haber sufrido numerosas bajas, está reuniendo fuerzas más al norte –explicó Bíkov y dio una relación detallada de los combates con las fechas, lugares y poblaciones correspondientes.

Su exposición daba fe de su excelente formación y experiencia, de su profundo conocimiento del enemigo y de la situación de batalla. Era evidente que disponía de un servicio de información bien organizado. Sin embargo, sus explicaciones no satisficieron a los participantes en aquella reunión. Lo excepcional y difícil de la situación planteaba la necesidad de algo extraordinario y cualitativamente nuevo respecto de lo que refería el informante. Nóvikov creyó que aquél era el día para hablar de la audaz guerra de maniobras, una guerra en movimiento. Aquélla era la clave de todo.

«¿Habrá leído mi informe?», se preguntaba Nóvikov mirando a Timoshenko.

Después de que el general hubiera terminado con el parte, el comandante empezó a hacer preguntas. Algunos de los generales reconocieron sus errores. Se aventuró lo que sucedería en las nuevas posiciones de defensa y en los accesos al Don.

Los presentes meditaban acerca de su compromiso con el comandante y sobre su parte de responsabilidad en los últimos acontecimientos: durante la retirada de la línea de defensa no se había volado el paso a través del río, y aquello había provocado que cayera en poder del enemigo junto con una gran cantidad de armamento. En la reunión salió a colación aquel compromiso mutuo entre los jefes. No obstante, todos eran conscientes de que los tiempos habían cambiado y que ahora debían cumplir con un deber infinitamente más exigente: el de un hijo para con la madre y el de un soldado para con la nación y para consigo mismo.

–¡La defensa rígida nos ha fallado! –exclamó el general de artillería.

Todos los presentes le miraron, y luego a Timoshenko.

Éste se volvió hacia el general de artillería y preguntó:

–¿Y bien?

El general se sonrojó.

–¡Debemos maniobrar! La defensa rígida no nos sirve... –hizo un gesto de desdén y remachó–: La línea ininterrumpida del frente prácticamente ha

dejado de existir.

–Sí, claro, basta con que maniobremos desde Chugúyev hasta Kalach –dijo Bíkov entre burlón y molesto.

–Pues sí, la maniobra –replicó Timoshenko–. Desde el Donets hasta el Don... No hay duda de que la guerra actual se ha convertido en una guerra de maniobras.

Nóvikov tenía las manos frías por la emoción. El general de artillería había puesto voz a lo que desde hacía tanto tiempo le rondaba por la cabeza. Sin embargo, tanto el comandante del frente Timoshenko como Nóvikov, junto con los demás participantes en la reunión, ignoraban aquello que ya estaba en proceso de maduración para hacer su eclosión en Stalingrado al cabo de poco tiempo.

Se trataba de una defensa de un rigor y rigidez insólitos, que no se había dado ni en el asedio a Troya ni en las Termópilas, a pesar de que antes de la batalla de Stalingrado incluso los más conservadores estaban a punto de reconocer sin reservas la supremacía de la guerra de maniobras.

Timoshenko dijo disgustado:

–Hablamos y discutimos sobre la táctica cuando en realidad es cuestión de iniciativa. La táctica puede ser de utilidad para quien tiene iniciativa.

Nóvikov pensó que, al presentar su informe, tal vez pudiera parecer un ajedrecista que, viendo jugar a otro que sin duda le superaba en experiencia, ansiara igualmente ofrecerle consejo. Así, habría creído ver la jugada que decidiría toda la partida sin darse cuenta de que el que jugaba ya la había considerado y dado por imposible, en vista de otras muchas complejas y peligrosas combinaciones que la dejarían sin efecto.

¡La iniciativa!

–Camaradas, no hay más que cumplir con el deber del cargo que nos confirió el Alto Mando –conminó a todos los presentes el comandante interrumpiendo la intervención del jefe de la sección de transportes.

Se hizo el silencio. El comandante pidió al responsable de transportes que siguiera.

–Sólo quería informar sobre los trabajos de reparación de los camiones y la disponibilidad de repuestos –dijo el general, turbado a causa del contraste entre lo trivial de aquella comunicación y la magnitud de las palabras que acababa de pronunciar el comandante.

–Le escucho –dijo éste inclinando la cabeza en dirección al informante.

En otro momento, quizás hubiera podido mostrarse severo e intolerante con sus subordinados por su apatía, torpeza y renuencia a la hora de cumplir sus órdenes. Era posible que también entonces los juzgara de aquel modo, pero era el enemigo quien llevaba la iniciativa y el comandante evitaba culpar de ello a sus colaboradores y achacar a su imperfección las causas de la cruel retirada.

Cuando la reunión hubo terminado, después de guardar los papeles en sus carpetas respectivas todos se pusieron en pie y el comandante fue estrechando, uno por uno, la mano a todos los presentes. Su ancha cara tembló y entornó los ojos, como si el comandante quisiera sobreponerse a algo que lo abrasaba por dentro.

Los chóferes, que dormitaban dentro de los coches, se sacudieron la modorra y se apresuraron a encender los motores. Los portazos resonaron como disparos. La calle, hasta entonces oscura y desierta, se llenó de ruidos, iluminada con la luz azul de los faros, pero enseguida volvió a sumirse en el silencio y la oscuridad.

Los adoquines de la calle y las paredes de las casas despedían el calor acumulado a lo largo del día. Por momentos, la brisa del Volga refrescaba la cara de Nóvikov, que caminaba hacia el Estado Mayor haciendo resonar sus pasos para que las patrullas de la comandancia, al oír su andar seguro, lo dejaran pasar sin darle el alto.

De repente pensó en Yevguenia Nikoláyevna. A despecho de lo que había sabido y oído, tuvo la certeza de que algo bueno y feliz le aguardaba. No entendía a qué se debía aquella fe tozuda y vehemente en un futuro dichoso que, en contra de toda razón, se había apoderado de él.

Nóvikov atribuía el calor sofocante que emanaba de las piedras recalentadas a sus propios pensamientos, intensos, inquietantes y contradictorios.

A la mañana siguiente, en el comedor, Cheprak le dijo a Nóvikov en voz baja:

–Aquello que le dije ayer se ha hecho realidad: se ha creado un frente nuevo, esta madrugada nuestro comandante ha partido en su Douglas hacia Moscú.

–¿De verdad? –preguntó Nóvikov–. En ese caso volveré a solicitar que me destinen en alguna unidad de combate: quiero estar en la primera línea del frente.

–Lo matarán –dijo Cheprak, serio y tranquilo.

–Pero ¿qué dice? –protestó Nóvikov en tono jocoso–. ¡Si todavía aspiro a casarme!

Aquella broma hizo que de repente se sonrojara.

26

El duro camino que el Estado Mayor y las tropas del frente sudoeste habían recorrido desde Valuiki hasta Stalingrado tocó a su fin.

Se decía que, a su llegada a Stalingrado, el mariscal Timoshenko se dio un baño en el Volga para lavarse el polvo de la retirada larga y penosa. Pero ese fino polvo pareció penetrar en las venas y los corazones de la gente. La tarea que se le encargó al mariscal era dura y triste: preservar a sus hombres y sus equipos del zarpazo enemigo.

El enemigo había hecho todo lo posible para transformar aquella retirada en una huida, rompiendo sin cesar la línea del frente, que se partía y perdía integridad, e intentando adentrarse con sus blindados en lo más profundo de la retaguardia soviética. En ocasiones, los camiones del Ejército Rojo, cargados con gente, armas y municiones, marchaban en columna a la vista de los blindados alemanes, que se desplazaban en la misma dirección por una carretera paralela. Ambas columnas avanzaban a toda velocidad, envueltas en nubes de polvo, sin dar voces ni disparar. Había sucedido en junio de 1941 en las carreteras de la región de Kobrin, de Beriozi-Kartuzí y de Slutsk, así como en julio del mismo año cerca de Lvov, cuando los blindados alemanes avanzaban desde Rovno hacia Novograd-Volinsk, Zhitómir y Korostíshev adelantando a los transportes de las tropas soviéticas, que retrocedían hacia el Dnieper.

El mariscal Timoshenko consiguió salvar del cerco a muchas divisiones y ejércitos, haciendo que cruzaran el Don. Pero en ese desplazamiento que a tantos hombres y equipos salvó, se perdió algo que pasó desapercibido a las direcciones de intendencia, sanidad o personal. Ninguna de ellas fue capaz de registrar que las decenas de miles de hombres que cruzaron el río perdieron la confianza en sí mismos y la fe en un futuro. Solo quien vio con sus propios ojos las vastas columnas de hombres hundidos y armados con fusiles y cañones andando día y noche hacia el este podía haberlo entendido.

El mariscal Timoshenko cumplió con la tarea que le había sido encomendada. Y al llegar al Volga se sacó de encima el polvo de la retirada. Timoshenko y sus subordinados más cercanos pasaron un buen rato en la corriente de agua, refunfuñando y enjabonando sus cuellos enrojecidos y sus cabezas calvas.

Miles de soldados del Ejército Rojo habían hecho lo mismo. Descendían hasta el río por un despeñadero y se sentaban sobre la arena, perlada con partículas de cuarzo y el polvo anacarado de las conchas deshechas. Avanzaban con dificultad por la orilla, frunciendo los labios, entre los terrones ásperos que se deslizaban hacia el agua. El aliento del río rozaba sus párpados inflamados. Entonces se descalzaban despacio. Algunos soldados tenían los pies llagados por haberse despeado en el largo trayecto desde el Donets hasta el Volga. El dolor que sufrían era tal que incluso una brisa les lastimaba, y se desenrollaban los calcetones como si se tratara de las vendas que cubrían una herida.

Los más afortunados se lavaban con restos de jabón; otros, con menos recursos, se restregaban con las uñas y la arena del río.

La mugre de los cuerpos tiñó el agua de azul negruzco. Los soldados gemían de placer al arrancarse la costra de polvo, áspera como papel de lija, que se les había formado en la piel.

Tras la colada, la ropa interior y los uniformes se secaban en la orilla, sujetos con piedras amarillas para que el alegre viento del Volga no los arrastrara hasta el agua.

No sabemos qué pasaba por la cabeza del mariscal Timoshenko. No sabemos si él o cualquier otro de las decenas de miles de hombres que se habían metido en el agua hasta la cintura comprendían que estaban participando de un ritual simbólico.

Quién podía saber entonces si aquel bautismo colectivo antes de emprender una sangrienta batalla por la libertad no acabaría anclándose en la historia de Rusia como aquel otro que tuvo lugar en la orilla del río Dnieper mil años atrás.

Después, los soldados se sentaban en la orilla, a los pies del despeñadero, y dirigían la mirada hacia la lúgubre estepa arenosa del otro lado del Volga. Sus ojos, fueran los de un viejo cochero o los de un joven y gallardo apuntador de cañones, se llenaban de tristeza. El pedazo de tierra bajo aquel despeñadero era un extremo de Rusia: en la orilla opuesta empezaba la estepa de Kazajistán. Si los historiadores del futuro quieren

comprender el gran cambio que supuso la guerra en Stalingrado, que se acerquen a la orilla oeste del Volga, evoquen a aquel soldado sentado a los pies del despeñadero e intenten imaginar sus pensamientos.

27

Liudmila Nikoláyevna, la hija mayor de Aleksandra Vladímirovna Sháposhnikova, ya no se contaba a sí misma entre los jóvenes. Era posible que un extraño, al escucharla hablar con su madre de sus hermanas Marusia y Zhenia, pudiera pensar que quienes departían no eran madre e hija sino dos amigas o hermanas.

Liudmila Nikoláyevna había salido a su padre: rubia, corpulenta, de hombros anchos y ojos azules muy separados. Se parecía también en el carácter, que combinaba la tozudez y el egoísmo con la sensibilidad, el pragmatismo con un altruismo despreocupado y el aturdimiento con el amor al trabajo.

Liudmila se había casado a los dieciocho años, pero su matrimonio había durado poco: se separó de su marido poco después de que naciera su hijo Tolia. Había conocido a Víktor Pávlovich Shtrum mientras estudiaba en la Facultad de Física y Matemáticas, y se casó con él en segundas nupcias un año antes de licenciarse. Más tarde, con la intención de doctorarse, estudió un posgrado en química. Sin embargo, poco a poco se vio arrastrada por la vida hogareña y acabó dejando su trabajo, al sucumbir, según ella, bajo el peso de las responsabilidades familiares y las incomodidades de la vida. Aunque, probablemente, había sido al revés: Liudmila Nikoláyevna había abandonado sus estudios en el laboratorio de la universidad cuando los éxitos científicos de su marido les procuraron una bonanza de la que la familia jamás había disfrutado hasta entonces.

Les cedieron un piso espacioso en un edificio nuevo de la calle Kalúzhskaya, además de una dacha con un extenso terreno en Ótdij. Fue entonces cuando Liudmila Nikoláyevna dejó su trabajo y se aficionó a las tareas domésticas. Iba de tienda en tienda comprando vajilla y muebles; en primavera, trabajaba en el jardín plantando manzanos de Michúrin, [30] cultivando rosas, tulipanes y tomates.

Se encontraba en la calle, en la esquina de Ojotni Riad con la plaza del Teatro, cuando supo que había empezado la guerra. Estaba en medio de la multitud, al lado de un altavoz, viendo como los ojos de las mujeres se inundaban de lágrimas, cuando advirtió que algunas gotas surcaban también sus mejillas...

Durante el primer bombardeo de Moscú, ocurrido en la noche del 22 de julio, un mes después del comienzo de la guerra, Liudmila Nikoláyevna subió junto con su hijo al tejado de la casa donde vivían para apagar una bomba incendiaria. El amanecer tiñó el cielo de rosa y la sorprendió, de pie sobre el tejado orientado hacia la salida del sol, al lado de Tolia. Estaba pálida, cubierta del polvo del desván, conmocionada pero firme y orgullosa. El sol se elevaba al este en mitad de un cielo despejado, mientras que al oeste se alzaba una espesa cortina de humo negro: la fábrica de papel alquitranado de Drogomílov y unos almacenes al lado de la estación de Bielorrusia estaban en llamas. Liudmila Nikoláyevna contemplaba sin miedo aquel incendio aterrador; sólo la apesadumbraba pensar en su hijo, al que abrazó por los hombros y estrechó contra su cuerpo.

Todas las noches hacía guardia en el desván, erigiéndose en el reproche vivo para quienes decidían irse, huir del peligro y pernoctar en casas de familiares y conocidos que vivían cerca de la estación del metro que servía de refugio durante los bombardeos. Le tenía una particular ojeriza a un científico que se refugió en el sótano, alegando que su vida era muy importante para el desarrollo de la ciencia y negándose, por ello, a subir al desván. También mencionó a un conocido escritor, un hombre no muy mayor, que perdió completamente la cabeza y cada vez que comenzaban los bombardeos se ponía a pegar gritos y a correr despavorido por el refugio. Durante aquellos meses de verano sus amigos eran los caseros, los bomberos y los estudiantes de formación profesional, muchachos intrépidos que no temían a la muerte. En la segunda mitad de agosto, Liudmila Nikoláyevna, junto con sus hijos, se marchó a Kazán. Cuando antes de la partida su marido le había sugerido que se llevara consigo los objetos de valor, ella miró una vajilla de porcelana antigua comprada en un anticuario y dijo:

–¿Para qué voy a necesitar todos esos cachivaches? No puedo entender que haya perdido tanto tiempo en cosas como ésa.

Su marido la miró primero a ella y a continuación a la vajilla que había en el aparador, recordando todos los desvelos que habían acompañado la compra de aquellos platos, tazas y tazones. Seguidamente dijo entre risas:

–Estupendo, pues. Si tú no necesitas nada de esto, entonces yo tampoco.

En Kazán, alojaron a Liudmila Nikoláyevna y a sus hijos en un pequeño apartamento de dos habitaciones cerca de la universidad. Al cabo de un mes llegó Shtrum, pero no encontró a su mujer en casa. Se había marchado a la región de Laíshev a trabajar en un koljós tártaro. Shtrum le escribió una carta rogándole que regresara, aduciendo la insuficiencia cardíaca, problemas de metabolismo y los mareos que ella padecía.

Liudmila regresó en octubre, delgada y bronceada por el sol. Al parecer, el trabajo en el campo le había hecho más bien que los consejos de las eminencias en medicina, las dietas, los viajes a Kislovodsk, los masajes y los baños con hojas de pino, y las terapias con luz, impulsos eléctricos y agua.

Decidió volver a trabajar en su especialidad. Su marido se ofreció para buscarle una plaza en el Instituto de Química Inorgánica, pero Liudmila Nikoláyevna se opuso:

–Nada de privilegios, trabajaré de química en el taller de una fábrica.

Y así lo hizo. Por lo visto, en el koljós había trabajado tanto como los demás, pues a finales de diciembre llegaron en trineo un viejo tártaro junto con un niño y descargaron para Liudmila Nikoláyevna dos costales de trigo como pago por su labor. Durante el resto del invierno y la primavera, Varia, la empleada doméstica, iba al mercado a cambiar ese trigo por leche, manzanas y cuajada. Varia, que era una mujer muy locuaz, no se ahorraba explicar a los compradores que su patrona, esposa de un miembro de la Academia de Ciencias, se había ganado aquel trigo trabajando. Al final, la conocían todos en el mercado y, al verla pasar, los tártaros decían: «Mira, ahí llega la vieja académica a buscar su ración de cuajada».

El invierno fue duro. Primero movilizaron a Tolia, que partió a Kúibishev para ingresar en una escuela militar. Liudmila Nikoláyevna enfermó de pulmonía –había pasado mucho frío en el taller donde trabajaba– y estuvo en cama más de un mes. Cuando sanó, ya no regresó al taller. Organizó una cooperativa de tejedoras que se dedicaría a proveer de jerséis, guantes y calcetines de lana a los heridos que recibían el alta. El comisario de uno de los hospitales la había incorporado en un grupo de

voluntarias. Liudmila Nikoláyevna leía libros y diarios a los heridos, y organizaba para ellos todo tipo de conferencias, dictadas por catedráticos, científicos y académicos a los que conocía, evacuados también a Kazán desde Moscú.

A menudo recordaba su intensa actividad en las filas de una brigada de defensa antiaérea en Moscú diciendo a su marido:

–Ah, si no tuviera que hacerme cargo de ti y de Nadia, no me quedaría aquí ni un día más, habría regresado a Moscú.

28

El primer marido de Liudmila Nikoláyevna, el padre de Tolia, se apellidaba Abarchuk. Liudmila Nikoláyevna se había casado con él durante su primer curso en la universidad y se separó cuando estaba a punto de empezar tercero. Abarchuk era miembro de la comisión de purgas encargada de decidir cuáles de los estudiantes de origen no proletario debían pagar por sus estudios según la tarifa más alta, la tercera, establecida para los hijos de comerciantes.

Cuando Abarchuk, el Robespierre universitario, enjuto y de labios finos, pasaba vestido con su chaqueta de cuero gastada por los pasillos de la facultad, un rumor de admiración se despertaba entre las estudiantes. Abarchuk decía a Liudmila que era impensable, e incluso un crimen, que un estudiante de origen proletario se casara con una chica de origen burgués.

Poseía una capacidad de trabajo extraordinaria. Desde la mañana temprano hasta bien entrada la noche se dedicaba a los asuntos universitarios: preparaba y pronunciaba conferencias, trabajaba para establecer y multiplicar las relaciones entre la universidad y las escuelas obreras, luchaba contra los últimos partidarios de celebrar el día de Santa Tatiana, la fiesta tradicional del estudiantado ruso. A la vez, se las ingeniaba para realizar prácticas de análisis químico cualitativo y cuantitativo y aprobar los parciales con buenas calificaciones. Apenas dormía cuatro o cinco horas al día. Era oriundo de Rostov del Don, donde vivía su hermana, cuyo marido trabajaba en las oficinas de una fábrica. El padre de Abarchuk, enfermero de profesión, había muerto a causa de las

heridas de un obús en la Guerra Civil, durante la defensa de Rostov del Don ante el asedio del Ejército Blanco comandado por el general Deníkin. La madre había muerto antes de la Revolución.

Cuando Liudmila le preguntaba a Abarchuk sobre su infancia, éste torcía el gesto y decía: «No hay nada que contar, conservo pocos recuerdos agradables de aquella época: llevábamos una vida acomodada, incluso aburguesada».

Los domingos, Abarchuk visitaba a los compañeros de estudios que estaban hospitalizados y les llevaba libros y diarios. Donaba casi todo el importe de su beca para ayudar a la Organización de Apoyo a los Luchadores Revolucionarios, los comunistas extranjeros encarcelados por el capital.

Sin embargo, se mostraba duro e intransigente ante la menor infracción de las normas cometida por el estudiantado proletario. Había insistido en expulsar del Komsomol a una estudiante que llevaba perfume en la fiesta del Primero de Mayo. Había exigido que echaran a un *nepman* [31] de la universidad: un estudiante que había ido en coche de punto, vestido con americana y corbata, al restaurante Livorno. En la residencia de estudiantes había delatado a una chica que llevaba un crucifijo.

Abarchuk consideraba que la ideología burguesa era imposible de erradicar, que se infiltraba en la sangre y las neuronas. De modo que si una joven contraía matrimonio con un hombre de origen burgués, por mucho que él intentara purificarse trabajando en una fábrica, los hijos que ambos engendraran serían portadores de la ideología burguesa. E incluso los hijos de sus hijos guardarían en lo más profundo de su mente esa ponzoña dañina para la clase obrera. Cuando se le preguntaba qué hacer con esos niños, respondía en tono sombrío: «Lo primero es aislarlos y, una vez que hayan sido sacados de circulación, ya habrá tiempo para decidir lo que hacer con ellos».

Le repugnaba hasta el más mínimo contacto con cualquier estudiante de origen burgués: cuando en un pasillo estrecho sus ropas rozaban el cuerpo de alguna alumna atractiva y bien acicalada, sospechosa de pertenecer a la burguesía, se sacudía instintivamente la manga de la casaca.

Se casó con Liudmila en 1922, un año después de la muerte del padre de ella. El intendente de la residencia de estudiantes les asignó una habitación de seis metros cuadrados. Liudmila se quedó embarazada. Por las tardes empezó a confeccionar pañales, compró una tetera, dos cacerolas

pequeñas y algunos platos hondos. Todas aquellas adquisiciones ponían a Abarchuk de mal humor. Éste opinaba que la familia moderna debía sacudirse el yugo que suponía cocinar en casa. Según él, los esposos debían alimentarse en los comedores públicos, mientras que a sus hijos les correspondía recibir alimento en las guarderías, jardines de infancia e internados escolares. Imaginaba el aspecto ideal de una habitación de matrimonio de la siguiente manera: dos escritorios, uno para el marido y el otro para la mujer, estanterías para libros, dos camas abatibles sujetas durante el día a la pared y un pequeño armario empotrado. En aquella época Abarchuk contrajo un principio de tuberculosis. Sus compañeros le consiguieron una estancia de dos meses en un sanatorio de Yalta, pero él renunció a ir en beneficio de un estudiante obrero enfermo.

Era bueno y generoso pero apenas veía sus principios amenazados, se volvía terco e implacable. Era honesto en su trabajo, despreciaba las comodidades y el dinero, aunque también él había pedido prestado un libro a algún compañero para no devolvérselo después, había leído una carta ajena y había curioseado en el diario personal que Liudmila guardaba debajo de la almohada.

Liudmila creía que su marido era único e irrepetible. En una ocasión en la que estaba ponderando a su marido ante su propia madre, ésta la interrumpió:

–No, no, he visto a muchos jóvenes como él, lo mismo cuando estudiaba en San Petersburgo que en el destierro en Siberia: son incapaces de conciliar el amor por la humanidad con el amor por una persona concreta».

–Ah, no, él no es así en lo absoluto –protestó la joven.

Antes de que naciera su hijo había obedecido en todo a Abarchuk. Sin embargo, apenas aquel pequeño ser vivo hubo visto la luz, su relación se enrareció. Abarchuk apenas evocaba ya los méritos revolucionarios del padre de Liudmila y no perdía ocasión de reprocharle la existencia de un abuelo nada proletario por parte de madre. Creía que el nacimiento del niño había despertado en Liudmila sus instintos pequeñoburgueses, ocultos hasta entonces. Cuando ella se ponía un delantal blanco, se ataba un pañuelo en la cabeza y se ponía a cocer gachas en una cacerola o bordaba con habilidad y rapidez la ropa de bebé, Abarchuk la miraba con tristeza y hosquedad. Al verla examinar con los ojos entornados un pequeño tapiz bordado que colgaba de la pared encima de la cuna, le invadía el

convencimiento de que un torrente de objetos hostiles había irrumpido en la habitación, y cuanto más inocentes parecían, más difícil le resultaba luchar contra ellos.

Abarchuk vio pisoteados los planes que había concebido para su hijo: educarlo en una guardería y luego en una comuna obrera en una fábrica metalúrgica.

En una ocasión Liudmila le anunció su decisión de pasar el verano en la dacha de su hermano Dmitri, argumentando que allí había más espacio y que sus hermanas menores y su madre irían a ayudarla para cuidar del bebé. La marcha de Liudmila a la dacha coincidió con el conflicto que se produjo entre ellos a raíz de la negativa de Liudmila de ponerle al niño el nombre de Octubre. [32]

En su primera noche en solitario, Abarchuk arrancó todo cuanto había en las paredes para despojar la habitación de su aire pequeñoburgués y devolverle su aspecto original. Sentado a la mesa de la que había quitado un mantel con borlas, Abarchuk se pasó la noche escribiéndole una carta a su mujer. En aquella misiva de seis páginas le explicaba los motivos por los que había decidido separarse de ella: él formaba parte de una clase social nueva que le exigía extirpar de su ser todo lo que le quedara de personal y egoísta, mientras que ella había dado muestras suficientes de que estaba ligada psíquica e ideológicamente a un estamento en extinción que ya se estaba retirando del escenario de la historia. Según Abarchuk, en Liudmila predominaba lo individual sobre lo social, de modo que no sólo no seguían el mismo camino, sino que sus vidas habían tomado direcciones diametralmente opuestas. Se negó a que su hijo llevara su apellido, pues tenía claro de antemano que la psique del niño sería la de un burgués. Esto último hizo que Liudmila se sintiera ultrajada hasta el punto de romper a llorar, y que más tarde, ya casi repuesta de aquel agravio, montara en cólera al releer la carta. A finales de verano Aleksandra Vladímirovna se llevó a Tolia a Stalingrado, mientras que Liudmila retomó sus estudios universitarios.

En otoño, a la salida de una clase, Abarchuk se acercó a ella, le tendió la mano y dijo:

–Hola, camarada Sháposhnikova.

Liudmila le negó el saludo con la cabeza y escondió la mano en la espalda.

En 1924 se produjo una purga del estudiantado con relación al origen social de sus integrantes. Liudmila supo por una compañera que Abarchuk había insistido en que la expulsaran. Había expuesto a la comisión de purgas la historia de su boda y separación. Los estudiantes solían bromear por aquellos días: «Vania ha tenido suerte con sus padres, porque es hijo de dos campesinas y un obrero de la fábrica». También se llevaba esta cancioncilla:

> Ay, dime dónde puedo comprar yo
> Un obrero que me sirva de padre
> Mientras del arado tira mi madre.

En aquella ocasión Liudmila no fue excluida. Durante aquella criba expulsaron a Piotr Kniazióv y Víktor Shtrum, dos amigos inseparables, que antes de ingresar en la universidad no habían trabajado ni pertenecido a ningún sindicato. Los catedráticos intercedieron por ellos, destacando su capacidad para el estudio y augurándoles un futuro prometedor. Al cabo de tres meses la Comisión Central anuló la decisión de la comisión de la facultad, procediendo a la readmisión de los expulsados. Sin embargo, Kniazióv había enfermado a causa del disgusto y, tras restablecerse, en vez de volver a clase, regresó a la ciudad de provincias donde vivían sus padres.

Durante la purga, la comisión había convocado a Liudmila varias veces para que ésta proporcionara información adicional sobre su origen, y durante sus comparecencias se había cruzado repetidamente con Shtrum. Cuando a mediados del tercer trimestre Víktor regresó a la universidad, Liudmila se alegró por él y lo felicitó.

Estuvieron charlando largo rato en la semioscuridad de la antesala del decanato, luego tomaron leche agria al horno en el bar de la universidad y acabaron por salir al claustro, donde, sentados en un banco, continuaron con la conversación.

Shtrum no era tan huraño como inicialmente le había parecido a Liudmila. Sus ojos, habitualmente risueños, se tornaban serios cuando contaba algo gracioso. Le gustaba leer novelas, asistía al teatro con frecuencia y no se perdía un solo concierto. A menudo iba a las cervecerías, donde escuchaba cantar a los gitanos, y era aficionado al circo.

Shtrum y Liudmila descubrieron que sus familiares se habían conocido tiempo atrás. La madre de Víktor había estudiado Medicina en París en los

mismos años en los que Aleksandra Vladímirovna y su marido vivieron allá emigrados. Liudmila le dijo: «Escuché a mi madre mencionar el apellido Shtrum algunas veces, pero nunca se me pasó por la cabeza que tu madre pudiera ser la mujer que alojó a la mía durante todo un mes».

Durante el invierno fueron juntos al teatro y al cine Gigante, que se encontraba en el edificio del conservatorio, y en primavera, a Vorobiovi Gori y a Kúntsevo, a pasear en bote por el río Moskova. Se casaron un año antes de terminar la carrera.

Aleksandra Vladímirovna se alegró por el hecho de que su antigua amistad con Anna Semiónovna, la madre de Víktor, se hubiera renovado de pronto y consolidado gracias a la unión entre los dos jóvenes. Ambas madres no dejaron de expresar su sorpresa al respecto y de felicitarse mutuamente en la larga correspondencia que siguió entre ellas tras el enlace. En cambio, Víktor y Liudmila consideraban aquel reencuentro una simple anécdota.

La relación que se forjó entre Shtrum y Liudmila era muy distinta de la que ésta había mantenido con su primer marido. Antes de ingresar en la universidad, Víktor no había trabajado, ni tampoco había tenido necesidad mientras cursó sus estudios académicos. Su madre le enviaba ochenta rublos todos los meses y un paquete tres veces al año. El contenido de aquellos paquetes revelaba que la madre de Shtrum lo seguía tratando como a un niño pequeño. En una caja de contrachapado siempre había un *strudel* de manzana, un par de calcetines con las iniciales de Víktor marcadas en color rojo, ropa interior etiquetada de la misma manera, manzanas y bombones. Liudmila, que había parecido una niña al lado de su primer marido, se sintió una mujer adulta y experimentada en vista de la inexperiencia de Víktor. Éste escribía a su madre una vez por semana y si, por alguna razón, dejaba de hacerlo, Anna Semiónovna enviaba un telegrama a nombre de Liudmila preguntando por la salud de su hijo.

Cuando Víktor pedía a Liudmila que ésta añadiera algunas líneas de su parte a las cartas que él escribía a su madre, Liudmila le respondía enojada:

–Por Dios, ¡si paso meses sin escribir ni siquiera a mi propia madre!

Abarchuk tardó un año más de lo previsto en terminar la carrera, pues el trabajo social le impedía concentrarse en los estudios. Poco a poco Liudmila se fue olvidando del agravio que su ex marido le había infligido, y a menudo se interesaba por la suerte de éste. Abarchuk progresaba:

escribía artículos, pronunciaba conferencias e incluso ocupó durante un tiempo un cargo de relevancia en el Consejo Superior de Ciencias.

A principios del primer plan quinquenal abandonó la teoría para dedicarse a la práctica y se marchó a trabajar a la Siberia Occidental. De vez en cuando su nombre aparecía citado en los diarios en relación con una obra de construcción importante. Jamás había escrito a Liudmila ni se había interesado por su hijo. No se supo nada más de él hasta que, al cabo de un año, Liudmila se enteró de que su ex marido había sido acusado de ser enemigo del pueblo y, en consecuencia, encarcelado. Entonces comprendió el motivo por el cual la prensa, a la hora de informar sobre la inauguración de la fábrica cuya construcción había dirigido Abarchuk, no había mencionado su nombre.

En 1936 Víktor Pávlovich Shtrum fue investido miembro corresponsal de la Academia de Ciencias. El día del nombramiento, después de la ceremonia, se celebró una fiesta en casa en la que todos felicitaron efusivamente a Víktor por haber sido el más joven de los candidatos. Zhenia, hermana de Liudmila, y su marido Krímov les hicieron compañía una vez el resto de los invitados se hubieron marchado. A Liudmila y a Víktor Pávlovich se les grabó para siempre en la memoria las palabras que Krímov les dedicó aquella noche. Shtrum, celoso del ex marido de Liudmila, había expuesto con aire triunfante:

–Es curioso: había dos estudiantes, uno de los cuales pretendió decidir sobre el destino del otro proclamando que éste no tenía derecho a estudiar en la facultad. Sin embargo, todo acabó en que a este otro lo han nombrado hoy miembro de la Academia. Y me pregunto: ¿qué habrá conseguido aquél? Es sencillo, ¿no?

–En absoluto –señaló Krímov–. Si piensa que todo es tan sencillo, se equivoca. Tuve la ocasión de coincidir varias veces con Abarchuk. La primera, en Petersburgo, cuando, lleno de entusiasmo y fe, estuvo al mando de un pelotón que participó en el asalto al Palacio de Invierno. La segunda vez fue en los Urales, cuando, tras ser fusilado por soldados del Ejército Blanco de Kolchak, logró salir a rastras de la fosa común durante la noche y llegar ensangrentado hasta la sede de nuestro comité revolucionario. También entonces seguía henchido de entusiasmo y fe. La lógica de la regularidad es sencilla sólo en apariencia, y creo que es un buen tema de reflexión. Cuando se decidía el futuro de la Revolución en

Rusia y, tal vez, en el mundo entero, aquel estudiante al que usted pretende poner en evidencia no se escondió, y pagó con su sangre y su sufrimiento.

–Es posible –dijo turbado Shtrum–, sólo que casi se me lleva por delante.

–Cosas más graves podrían haber ocurrido –remachó Krímov.

29

El apartamento de los Shtrum en Kazán tenía el mismo aspecto que cualquier otra vivienda de desplazados. En una de las dos habitaciones había maletas amontonadas junto a la pared; los zapatos y las botas estaban alineados debajo de la cama, como si con ello se quisiera dar a entender que quienes allí vivían estaban en viaje permanente; por debajo del mantel que cubría una mesa de pino, se veían las patas casi sin desbastar; el estrecho espacio que quedaba entre la mesa y la cama estaba atestado de pilas de libros... En la habitación de Víktor Pávlovich, al lado de la ventana, había un escritorio grande y vacío como una pista de aterrizaje para bombarderos pesados; a Shtrum le disgustaba que se ocupara su lugar de trabajo con bagatelas.

Liudmila había escrito a sus familiares en Stalingrado advirtiéndoles que, si tenían que ser evacuados, se dirigieran todos a su casa. Ya tenía pensado dónde instalaría las camas plegables, que ocuparían el poco espacio libre que aún quedaba en el apartamento. Tan sólo había reservado un rincón en el que soñaba con colocar la cama de su hijo, guardada mientras tanto en el sótano, por si una noche Tolia regresaba del frente. Tenía también una maleta en la que conservaba la ropa interior de Tolia, una lata de boquerones –que le encantaban– y sus cartas, atadas en un fajo con una cinta. Encima de las cartas había una hoja de papel, arrancada de una libreta escolar, en la que apenas cabían las cuatro palabras que había escritas: «Hola mamá ven pronto».

Durante la noche, Liudmila Nikoláyevna se despertaba a menudo y se quedaba pensando en sus hijos. Anhelaba estar al lado de Tolia, protegerlo con su propio cuerpo del peligro, estaba dispuesta a cavar por él trincheras profundas en la piedra y en el barro día y noche, sin descanso. Sin embargo, sabía que aquello era imposible.

Tenía la impresión de que ninguna otra madre sentía por sus hijos lo mismo que ella sentía por Tolia. Lo amaba porque no era guapo, porque tenía las orejas grandes, porque caminaba y se movía con torpeza, porque era tímido. Lo amaba porque le daba vergüenza aprender a bailar y porque era capaz de zamparse sin respirar, uno a uno, veinte bombones. Liudmila se enternecía cuando lo escuchaba informar, con los ojos bajos y el ceño fruncido, de sus malas notas en literatura; sin embargo, Tolia, turbado y refunfuñando, sólo le enseñaba sus trabajos de física y trigonometría –calificados siempre con un excelente– cuando ella se lo pedía.

Antes de la guerra, Shtrum se molestaba porque Liudmila dispensara a Tolia de las tareas domésticas y le dejara ir al cine todos los días.

–A mí me educaban de otra manera, no me sobreprotegían como a una planta de invernadero –decía Shtrum con firmeza, olvidándose de que su madre lo había mimado y protegido no menos que Liudmila a Tolia.

Aunque en momentos de enfado Liudmila reprochara a su hijo que éste no quisiera a su padrastro, sabía que no era cierto.

El interés de Tolia por las ciencias exactas se hizo patente enseguida; sin embargo, no le atraían la literatura y el teatro. En una ocasión, poco antes de que comenzara la guerra, Shtrum había sorprendido a Tolia bailando delante de un espejo ataviado con un sombrero, una corbata y una americana de su padrastro. Mientras bailaba, sonreía y hacía reverencias ante un público imaginario.

–Qué poco le conozco… –dijo Liudmila a Víktor Pávlovich después de que éste le hubiera referido el suceso.

Nadia, la hija de Liudmila y Víktor, era una muchacha flaca, alta y encorvada que estaba muy unida a su padre. Una vez, a los diez años de edad, había entrado con sus padres en una tienda. Allí Liudmila Nikoláyevna escogió felpa para unas cortinas y pidió a su marido que calculara cuántos metros necesitarían comprar. Shtrum intentó multiplicar el largo por el ancho y, luego, el resultado obtenido por el número de cortinas, pero enseguida se embarulló. La dependienta sonrió con indulgencia y, tras realizar en pocos segundos el cálculo necesario, se dirigió a Nadia, avergonzada a causa de la ineptitud de su padre:

–Parece que a tu padre no se le dan demasiado bien las matemáticas.

Desde entonces, Nadia sospechaba que a su padre le costaba hacer cálculos matemáticos. En una ocasión, al verle unas hojas repletas de

signos y fórmulas, llenas de tachaduras y correcciones, dijo con compasión: «Pobre papá».

A veces Liudmila Nikoláyevna observaba como Nadia entraba de puntillas en el despacho de su padre, se acercaba furtivamente al sillón donde Shtrum estaba sentado y le cubría los ojos con las manos. Entonces Víktor Pávlovich permanecía quieto por unos instantes, y luego abrazaba a su hija y le daba un beso. A veces, cuando había visitas en casa, Shtrum se volvía de repente para encontrarse con aquel par de ojos grandes, tristes y atentos que lo observaban. Nadia leía mucho y con rapidez, pero prestaba poca atención a lo que leía. En ocasiones permanecía extrañamente absorta y distraída, y contestaba a las preguntas a destiempo. Una vez se había vestido para ir al colegio con un par de calcetines de distinto color, y desde entonces la asistenta decía de ella: «Nuestra Nadia es un tanto peculiar».

Cuando Liudmila le preguntaba qué quería ser de mayor, Nadia le contestaba: «No sé, nada, supongo».

Nadia era muy distinta de su hermano, de modo que, siendo niños, se peleaban constantemente. Ella sabía cómo sacarlo de quicio y lo incordiaba de mil maneras posibles. Tolia, irritado, le tiraba de las trenzas. Después Nadia andaba rabiosa torciendo el gesto pero, intrépida y llorosa, no dejaba de importunarlo llamándolo «niño mimado» o «porquero», un mote extraño que hacía enfurecer a Tolia.

Sin embargo, poco antes de que estallara la guerra, Liudmila Nikoláyevna advirtió que entre sus hijos se había establecido la paz. Lo comentó en una ocasión con unas conocidas, dos señoras mayores, quienes respondieron al unísono: «Es la edad», y sonrieron con un aire triste y elocuente.

Una vez, al regresar del economato, Nadia se topó en la puerta de casa con el cartero, que traía una carta a nombre de Liudmila Nikoláyevna. Era de Tolia. Éste escribía que su sueño por fin se había hecho realidad: había terminado sus estudios en la escuela militar y, con la orden de incorporarse a filas, se dirigía, por lo visto, hacia la ciudad donde vivía la abuela.

Liudmila Nikoláyevna, sin poder conciliar el sueño durante la noche, yacía en la cama con la carta en la mano. De vez en cuando encendía una vela para leerla una y otra vez, palabra por palabra, como si aquellas breves líneas, escritas con prisa, pudieran revelarle la clave del destino de su hijo.

30

Shtrum fue convocado para una entrevista en Moscú. El académico Postóyev, un conocido de Víktor Pávlovich que también había sido evacuado a Kazán, recibió asimismo la citación. Al leer el telegrama comunicándole la entrevista, Víktor Pávlovich se inquietó: no acababa de entender quién ni por qué motivo lo había convocado. Sin embargo, optó por pensar que se trataba de su proyecto de investigación, todavía pendiente de aprobación.

Era un proyecto de gran envergadura, algunos de cuyos planteamientos teóricos necesitaban una considerable inversión de medios para su desarrollo.

Al día siguiente, tras recibir la convocatoria, Shtrum se citó por la mañana con Piotr Lavréntievich Sokolov, su amigo y asesor, y le enseñó el telegrama. Estaban reunidos en un pequeño despacho, contiguo a un aula, discutiendo los pros y contras que podía suscitar el proyecto, elaborado durante el invierno.

Piotr Lavréntievich era ocho años menor que Shtrum. Poco tiempo antes de la guerra había sido investido doctor en ciencias, y sus primeros trabajos habían suscitado un interés inmediato en la Unión Soviética y en el extranjero. Una revista francesa publicó incluso su fotografía, acompañada de una breve sinopsis biográfica; en el artículo, el autor manifestaba su sorpresa ante el hecho de que Sokolov, que había empezado trabajando de fogonero en un barco en el Volga, hiciera el bachillerato, luego cursara estudios superiores en la capital y acabara por dedicarse a la física teórica en una de sus vertientes más complejas.

Rubio, bajo, fornido, de cabeza maciza y frente prominente, Sokolov era todo lo contrario de Shtrum, moreno y estrecho de hombros.

–A juzgar por la conversación con Iván Dmítrievich Sújov, ¿se acuerda? –dijo Sokolov–, es poco probable que aprueben todos los puntos del proyecto. Además, ahora mismo es impensable que consigamos el tipo de acero necesario para construir nuestros aparatos, pues la industria metalúrgica está volcada en la fabricación de armamento. Nuestro proyecto precisa de numerosas pruebas de fundición, y todos los hornos están ocupados en la producción de acero para cañones y blindados. Nadie nos

aprobará un proyecto que requiere fundir unos centenares de kilos de metal.

–Soy consciente de ello –dijo Shtrum–, pero también hay que tener en cuenta que Iván Dmítrievich abandonó el puesto de director hace dos meses. En cuanto al tipo de acero que necesitamos, usted tiene razón, aunque sus argumentos no dejan de ser imprecisos. Además, el académico Chepizhin aprobó la línea directriz del proyecto, recordará que ya le leí su carta. Usted, Piotr Lavréntievich, a menudo pasa por alto los hechos concretos.

–Disculpe, Víktor Pávlovich, pero es más bien usted quien los pasa por alto. ¿Acaso hay algún hecho más concreto que la guerra?

Ambos estaban enfrascados discutiendo los argumentos que debiera esgrimir Shtrum en el caso de que en Moscú pusieran el proyecto en entredicho.

–No es mi intención decirle lo que tiene que hacer, Víktor Pávlovich –insistía Sokolov–, pero usted no sabe a cuál de las muchas puertas que hay en Moscú debería llamar.

–De todos modos, su experiencia ha quedado bien patente, desconozco por qué no dispone aún de una cartilla de abastecimiento con arreglo a sus méritos académicos. Se provee en el peor almacén para científicos que hay en Kazán.

Cuando querían decirse algo agradable el uno al otro, siempre se acusaban mutuamente de ser poco prácticos en las cuestiones de la vida cotidiana.

Sokolov pensó que era la dirección del instituto la que debería preocuparse por conseguirle la susodicha cartilla, pues su orgullo le impedía cursar la solicitud. Sin embargo, reservó para sí aquellos pensamientos, movió la cabeza con un gesto de desdén y señaló:

–Usted ya sabe lo poco que me importan ese tipo de cosas.

La conversación cambió de tema y empezó a girar en torno a cómo se organizaría el trabajo en ausencia de Shtrum.

Por la tarde, un colaborador del departamento administrativo del Consejo municipal, vestido con pantalones bombachos de color azul y la cara picada de viruela, miró con cierta sorpresa y desconfianza a Shtrum antes de entregarle un salvoconducto y un billete para el tren expreso del día siguiente. Shtrum, flaco, desgreñado y cargado de espaldas, parecía más bien un compositor de romances gitanos que un doctor en física

teórica. Se guardó el billete en un bolsillo y, sin preguntar a qué hora partía el tren, fue a despedirse de sus colaboradores.

Prometió dar recuerdos de parte de cada uno de los integrantes del equipo a Anna Stepánovna, técnica de laboratorio, quien se había quedado en Moscú a cargo de una parte del instrumental del instituto. Tras escuchar con paciencia las exclamaciones de algunas colaboradoras –«Oh, Víktor Pávlovich, qué envidia me da saber que pasado mañana estará usted en Moscú»–, salió hacia su casa acompañado de un coro que repetía «Buen viaje y buena suerte, regrese pronto».

Mientras caminaba, Shtrum no dejó de pensar en su proyecto, todavía sin aprobar, recordando la conversación que había mantenido con Iván Dmítrievich Sújov, ex director del instituto, durante su última visita a Kazán, procedente de Kúibishev, en diciembre del año anterior.

Durante aquella entrevista Sújov se mostró amable en extremo, estrechó ambas manos a Shtrum y se interesó por su salud, su familia y las condiciones de vida. Sin embargo, su tono no parecía el de alguien procedente de Kúibishev, sino el de un recién llegado de las trincheras de la primera línea del frente, pues se dirigió a Shtrum como si éste fuera un civil tímido y desvalido.

Sújov se mostró reacio a apoyar el proyecto que Shtrum le había presentado.

Iván Dmítrievich solía preocuparse poco por el fondo de las cuestiones, pero mostraba un verdadero interés cuando se trataba de la parte incidental de un asunto. Poseía un sentido práctico de la vida, por lo demás limitado, que le servía para adivinar qué era lo que sus superiores inmediatos, de cuya voluntad dependía la carrera profesional de Sújov, juzgaban importante y necesario. Más de una vez su oportunismo lo había llevado a mostrarse inflexible ante aquello con lo que había simpatizado de manera vehemente el día anterior. Asimismo, e ignorando las reglas esenciales de la diplomacia, tildaba de ingenuas y de tener poco entendimiento a las personas que se sulfuraban y discutían.

En las conversaciones, Sújov gustaba de resaltar siempre que su actitud ante las personas y las cosas no tenía nada de personal, aduciendo que sólo le movía el interés general. Sin embargo, jamás le había extrañado que las bruscas mudanzas en sus puntos de vista se relacionaran de manera tan armónica y directa con su medro personal.

–Iván Dmítrievich, ¿cómo pueden unos pobres pecadores como usted y yo saber si lo que investiga la ciencia es importante o no para la nación? –señaló Shtrum al discutir con Sújov sobre la planificación del proyecto–. La historia de la ciencia… me resulta imposible controlar ciertos sentimientos que tengo desde pequeño. Le voy a contar una cosa: en mi niñez me compraron un acuario... –miró la cara sonriente y compasiva de Sújov, se azoró y dijo–: Disculpe, tal vez piense que esto no guarda relación con el asunto que nos ocupa, aunque, por extraño que pueda parecerle, sí tiene que ver.

–Le comprendo perfectamente –condescendió Iván Dmítrievich–, pero usted también debe entender que el asunto del acuario no tiene nada que ver, son asuntos infinitamente más importantes que un acuario. No es momento de dedicarse a la teoría.

Shtrum se molestó y supo que, en cuestión de un minuto, montaría en cólera y dejaría de medir sus palabras.

Y, efectivamente, se enfureció y no pudo controlarlas.

–Bien o mal, yo me ocupo de la física –dijo con brusquedad–. ¿A santo de qué usted, no siendo más que un funcionario, me da lecciones al respecto? Convendrá conmigo que es algo difícil de comprender...

Iván Dmítrievich se ruborizó, mientras los demás presentes fruncían el ceño en señal de desaprobación. Shtrum pensó: «Ahora ya no podré pedirle que interceda ante el Comisariado de Tataria para que me concedan un apartamento mejor...».

Para su sorpresa, Iván Dmítrievich no se indignó, más bien todo lo contrario: su mirada expresaba culpabilidad, y parpadeaba como un niño que estuviera al borde de las lágrimas. Sin embargo, Iván Dmítrievich se repuso al instante y dijo:

–Tal vez necesite descansar, parece nervioso. En lo referente a su proyecto, sólo puedo repetir lo que ya le he dicho: creo que no se corresponde con las necesidades del momento, de modo que voy a impugnarlo.

Sújov regresó desde Kazán a Kúibishev, y de allí partió a Moscú. Estuvo un mes y medio en la capital, desde donde mandó un telegrama avisando de que pronto regresaría a Kazán.

Sin embargo, no lo hizo. Desde el Comité Central habían reclamado su presencia para criticar duramente sus métodos, desposeerlo de su cargo y mandarlo al Instituto de Maquinaria Agrícola de Barnaul para ejercer la

docencia. Pímenov, un joven aspirante a doctor que en otro tiempo había trabajado a los órdenes de Shtrum, le reemplazaba provisionalmente. Mientras caminaba por una calle de Kazán, Víktor Pávlovich pensaba en su inminente entrevista con Pímenov.

31

Liudmila Nikoláyevna recibió a Shtrum en la antesala y, mientras le cepillaba el polvo de Kazán de las hombreras de la chaqueta, le preguntó sobre aquellas particularidades del viaje que acostumbran despertar el interés de las esposas, preocupadas por custodiar la grandeza de sus maridos.

Le preguntó quién había enviado el telegrama, si le habían asignado un coche para llevarlo a la estación y en qué clase viajaría. Soltando una risita, le explicó que el doctor Podkopáyev, con cuya mujer Liudmila mantenía una mala relación, no había sido convocado. Luego añadió disgustada: «Todo eso carece de importancia; lo único que me quita el sueño es la preocupación constante por Tolia, Tolia, Tolia...».

Nadia regresó tarde a casa: había ido a visitar a su amiga Alla Postóyeva.

Shtrum oyó los pasos ligeros y cautelosos de su hija entrando en la habitación, y pensó: «Qué flacucha está, se ha sentado en nuestro desvencijado sofá y no ha hecho crujir ni un resorte».

–Buenas noches, hija –la saludó sin volver la cabeza y siguió escribiendo.

Ella no le contestó.

Al cabo de un largo rato de silencio Shtrum, otra vez sin volverse, preguntó:

–¿Qué tal Postóyev? ¿Está haciendo la maleta?

Aquella vez Nadia tampoco respondió. Shtrum golpeó con un dedo en la mesa, como si mandara callar a alguien. Quería solucionar un problema matemático antes de partir, porque sabía que, de no finalizarlo y revisarlo, lo tendría en ascuas durante el viaje y era poco probable que en Moscú dispusiera de tiempo para centrarse en la fórmula. Podía parecer que

Shtrum se había olvidado por completo de su hija; sin embargo, se volvió hacia ella y preguntó:

–¿A qué viene tanto resoplar sin decir nada?

Nadia lo miró enfadada y farfulló:

–No quiero ir a trabajar a un koljós en agosto. Alla Postóyeva no va. Mamá fue al colegio y me inscribió sin consultármelo. A principios de septiembre, cuando regrese, tendré que reanudar inmediatamente las clases. Las chicas que estuvieron allí cuentan que la comida en el koljós deja mucho que desear, y además había tanto trabajo que apenas tenían tiempo para bañarse de vez en cuando en el río.

–De acuerdo, ve a acostarte, no es tan terrible –dijo Shtrum.

–Desde luego, ya sé que no es tan terrible –asintió Nadia encogiendo los hombros–. Sin embargo, seguro que tú no irás a ningún koljós, ¿verdad?

Luego añadió en tono de burla:

–Menuda conciencia del deber la tuya, yéndote de viaje a Moscú.

Nadia se puso en pie y cuando ya estaba en la puerta dijo:

–Por cierto, Olga Yákovlevna me ha contado que anoche llevó a la estación regalos para los heridos y se encontró con Maksímov, que venía en un tren sanitario. Le han herido dos veces, y ahora se dirigía a Sverdlovsk. Cuando salga del hospital volverá a ocupar una cátedra en la MGU. [33]

–¿Cuál Maksímov? ¿El sociólogo? –preguntó Shtrum.

–No, el otro. Me refiero al bioquímico, nuestro vecino de la dacha, el que solía venir a tomar el té con nosotros antes de la guerra, ¿te acuerdas?

Shtrum se alteró.

–Tal vez su tren no haya salido todavía. Mamá y yo iremos a la estación ahora mismo.

–No, ya se ha marchado. La mujer de Postóyev subió al vagón para hablar con él después de que hubiera sonado el silbato anunciando su salida. Maksímov apenas tuvo tiempo de explicarle nada.

Bien entrada la noche, antes de acostarse, Shtrum riñó con su mujer. Señalando los brazos flacos y morenos de Nadia, que dormía, le reprochó que insistiera en que su hija trabajara en el koljós. Según Shtrum, convenía que hiciera vacaciones antes del duro invierno que les esperaba.

Liudmila Nikoláyevna replicó que todas las chicas de la edad de Nadia eran flacas, que ella misma había sido en su momento aún más flaca que su

hija y que había miles de escolares que durante el verano trabajaban en las fábricas o colaboraban en las pesadas tareas del campo.

Víktor Pávlovich replicó:

–Te digo que la niña está perdiendo peso y tú desbarras. Fíjate en cómo se le marcan las clavículas, mira sus labios pálidos y exangües. Por alguna razón que no logro comprender, estás empeñada en que vaya al koljós. Pareces disfrutar con que nuestros dos hijos vivan en apuros. ¿De veras eso te hace más feliz?

El dolor y el reproche ensombrecieron el rostro de Liudmila Nikoláyevna:

–No parece preocuparte mucho lo que le ocurra a Tolia –le espetó prorrumpiendo en sollozos–. A veces necesito la compasión de tu corazón y no la lógica de tu cerebro.

–Tampoco yo recibo mucha compasión de tu corazón –replicó Shtrum con énfasis y alargando las palabras.

–Tienes razón –dijo Liudmila–. ¡Tú siempre tienes razón! –Y abandonó la habitación dando un portazo.

En su última réplica Víktor aludía al escaso aprecio que Liudmila profesaba a su madre. Esa era la causa de muchas de las discusiones y los desencuentros entre ellos.

Víktor Pávlovich no se cuestionaba la relación que tenía con su esposa. Habían entrado en una etapa de la vida conyugal en la que la rutina de tantos años parecía haber empañado su importancia, en la que la vida cotidiana parecía haber eclipsado su relación; una etapa en la que sólo los sobresaltos podrían hacer que comprendieran que la verdadera poesía del vínculo, la intimidad y la proximidad que unía los espíritus de dos personas que caminaban codo con codo desde la juventud hasta la vejez, está precisamente en la costumbre y la cercanía diaria. Los familiares de Víktor Pávlovich solían burlarse de su actitud hacia Liudmila sin que él jamás se hubiera percatado de nada. Al llegar a casa, lo primero que hacía era preguntar a sus hijos: «¿Está mamá…? ¿Cómo que no está…? ¿Dónde está entonces…? ¿Vendrá pronto…?». Si Liudmila se retrasaba, Shtrum dejaba de trabajar y vagaba ayeando por el apartamento, luego se proponía salir a buscarla y preguntaba de nuevo: «¿Por dónde ha ido? ¿Cómo se encontraba al salir? ¡Es peligroso andar por ahí cuando hay tanto tráfico!». Sin embargo, cuando Liudmila regresaba a casa, Shtrum se calmaba enseguida, reanudaba su trabajo y contestaba con aire distraído a todo lo

que su mujer le preguntaba: «¿Qué? ¿Cómo? No me distraigas, por favor, estoy trabajando».

Como la mayoría de las personas taciturnas y propensas a la introspección, Nadia tenía a veces accesos de júbilo contagioso en los que parodiaba aquellas actitudes de su padre ante Tolia y Varia, la asistenta, en la cocina. Tolia se desternillaba de risa mientras Varia exclamaba: «¡Ay, basta, basta, es igual que Víktor Pávlovich!».

32

A Liudmila Nikoláyevna no le gustaban los parientes de Víktor Pávlovich, de modo que recibía sus visitas con desgana. Los había de dos clases: personas prósperas, que eran las menos, y aquellas a las que se solían referir en tiempo pasado: «Fue un abogado famoso y a su esposa se la consideraba la mujer más guapa de la ciudad», «Causó sensación en el sur, cantaba de maravilla». Víktor Pávlovich recibía a sus allegados con cariño y mostraba mucho interés en los sucesos familiares que le relataban. Por lo demás, cuando aquellos ancianos recordaban el pasado, no evocaban siquiera la época de su propia juventud, ya remota, sino unos tiempos casi legendarios que habían coincidido con la juventud de la generación anterior a la suya.

Liudmila Nikoláyevna no acertaba a distinguir entre todas aquellas primas, primas segundas, tíos y tías que integraban la parentela de su marido.

Éste le decía:

–¿Cómo es posible que no lo entiendas? Mira, es muy fácil: Maria Borísovna es la segunda esposa de Ósip Semiónovich, y éste es hijo del difunto tío Iliá. Ya te conté que este tío mío, hermano de mi finado padre, era un jugador de cartas empedernido. Veronika Grigórievna es sobrina de Maria Borísovna, es decir, hija de su hermana, Anna Borísovna. Ahora está casada con Piotr Grigórievich Motiliov. Eso es todo.

Liudmila Nikoláyevna respondía:

–Perdona, pero sólo tú puedes comprender esas cosas y, tal vez, Einstein. Seré tonta, pero no lo entiendo.

Víktor Pávlovich era el único hijo de Anna Semiónovna Shtrum.

Muchos años atrás, Anna Semiónovna fue una joven brillante y amiga de las fiestas. Sus amigas la adoraban. Le encantaba el teatro y todavía siendo una escolar cada vez que la compañía de Stanislavsky viajaba a Odesa se pasaba noches enteras en las colas para comprar un billete. Terminó la universidad en Berna y pasó algún tiempo en Ginebra, antes de trabajar para algunos eminentes oftalmólogos en Italia. Vivió un par de años en París. Fue por esa época, en 1903, cuando Aleksandra Vladímirovna pasó un mes en su casa, mientras su marido y otros revolucionarios asistían a un congreso que se celebró en Londres. Anna Semiónovna le regaló entonces el brochecito que todavía llevaba, una violeta tallada en hueso.

Anna Semiónovna enviudó cuando Víktor tenía tres años. Tras pasar el verano de 1914 en el mar Báltico para cuidar de la salud de su hijo, se estableció en Kiev. A sus amigos les asombraba la fanática devoción que profesaba por su hijo. Se tornó muy casera y si salía a hacer una visita, siempre era a casas donde tenían niños de la edad del pequeño Víktor.

En Kiev alternó durante un tiempo con Olga Ignátievna Bíbikova, viuda de un oficial de la Marina. Éste le había traído cantidad de recuerdos de sus viajes a países lejanos: mariposas disecadas, conchas y figuritas talladas en hueso y piedra. Tal vez Anna Semiónovna no supiera que, para Víktor, las visitas a casa de la Bíbikova importaban más que las clases de ciencias, de música y de lenguas extranjeras.

A Víktor le atraía especialmente una colección de conchas diminutas, reunidas en la costa del mar de Japón. Las había doradas y anaranjadas, cual pequeños soles ponientes; también azuladas, verdes y rosáceas, cuyas tonalidades evocaban el amanecer sobre un pequeño mar. Sus formas eran peculiares: finas espadas, gorritos de encaje, pétalos de flor de guindo, estrellitas de cal y copos de nieve. Al lado de las conchas había una caja acristalada que contenía mariposas tropicales, de colores aún más vivos, sobre cuyas enormes alas de fino talle centelleaban llamaradas rojizas y humaredas de color violeta. Absorto ante aquella maraña de formas y colores, Víktor llegaba a creer que las conchas, lo mismo que las mariposas, volaban bajo el agua entre algas a la luz ora verde ora azul de un sol subacuático.

Víktor se aficionó a reunir herbarios y colecciones de insectos; los cajones de su escritorio y sus bolsillos estaban siempre llenos de muestras de minerales. En una ocasión estuvo a punto de ahogarse, cuando saltó de

una barca al estanque olvidándose de que llevaba los bolsillos llenos de piedras y minerales: granito, cuarzo y feldespato. Sus camaradas se las vieron y se las desearon para sacarlo del agua.

Además de las colecciones, la Bíbikova tenía dos acuarios grandes entre cuyas arboledas acuáticas nadaban peces que igualaban en belleza a las conchas y las mariposas. Allí había peces gurami, de color violeta y nácar, con aletas de fino encaje; macrópodos, con sus pícaras caritas de gato y rayas rojas, verdes y anaranjadas; percas transparentes que dejaban ver su esófago y su esqueleto; peces telescopio, de ojos saltones, y peces cola de velo rosados, que parecían patatas vivas y se envolvían en sus colas largas y finas como humo de tabaco.

Aunque Anna Semiónovna mimaba a su hijo, no por ello dejaba de inculcarle los hábitos de la austeridad y el esfuerzo diario. A veces Víktor parecía un niño caprichoso, consentido y perezoso. *Taugenichts!*, [34] le espetaba a voz en grito su madre si volvía del colegio con malas notas. A Víktor le gustaba leer, pero a veces no había fuerza capaz de hacerle abrir un libro. Después de comer salía corriendo a la calle y regresaba por la noche, excitado y sin aliento, como si le hubiese perseguido una manada de lobos. Tras devorar la cena, se acostaba y se dormía al instante. En una ocasión Anna Semiónovna, apostada al lado de la ventana, oyó a su hijo, a quien suponía débil y tímido, gritarle a alguien en la calle: «¡Te voy a dar en los morros con un ladrillo!», alargando las sílabas cuando pronunció la palabra «ladrillo».

Una vez Anna Semiónovna le pegó porque la había engañado diciendo que iba a hacer deberes a casa de un amigo cuando, en realidad, había ido al cine con dinero que había robado de su bolso. Aquella noche Víktor se despertó como si la mirada severa y escrutadora de su madre lo hubiera desvelado, y, tras incorporarse en la cama, la abrazó por el cuello. Ella lo apartó.

A medida que el niño crecía, su aspecto y su manera de vestir fueron cambiando. Su mundo interior, sus simpatías y su amor por la naturaleza crecieron a la par que su físico, su vestimenta, su voz y la longitud de sus huesos.

Antes de cumplir los quince años se aficionó a la astronomía, incluso se procuraba lentes con las que pretendía construir un telescopio.

En el interior de Víktor se libraba una batalla continua entre el anhelo de la experiencia práctica y el interés por la abstracción de la teoría pura.

En aquella época tal vez porfiara inconscientemente por conciliar aquellas aspiraciones tan dispares: el interés por la astronomía se plasmaba en su sueño de establecer un observatorio en las montañas, y el descubrimiento de nuevas estrellas iba unido en su imaginación a los viajes arriesgados y peligrosos. La contradicción entre el ansia de acción y su mentalidad abstracta tenía en él una raigambre profunda que, con el paso de los años, fue comprendiendo.

Su niñez se había caracterizado por una admiración voraz por los objetos: tanto quebraba piedras con un martillo y acariciaba las aristas regulares de los cristales, como se maravillaba ante lo pesadas que resultaban pequeñas cantidades de mercurio y de plomo. No le bastaba con mirar un pez dentro de un acuario, se remangaba y lo cogía con cuidado sin sacarlo del agua. Ansiaba captar el fascinante y reluciente mundo de los objetos con las redes del tacto, del olfato y de la vista.

A los diecisiete años ya se emocionaba al leer libros de física en los que, en una página de texto, había una decena de locuciones conjuntivas del tipo «en consecuencia» y «de este modo». El vigor del pensamiento que atesoraban aquellos libros se expresaba por vía de ecuaciones diferenciales y transformaciones necesarias e insospechadas.

En aquella época Shtrum trabó amistad con Petia Lébedev, un compañero del colegio un año y medio mayor que Víktor aficionado a la física y las matemáticas. Juntos devoraban libros de física y soñaban con hacer descubrimientos en el ámbito de la estructura de la materia. Sin embargo, después de aprobar el examen de ingreso en la universidad, Lébedev se marchó al frente con un destacamento del Komsomol y al poco tiempo murió en combate en algún lugar cerca de Dárnitsa. Su muerte había conmocionado a Shtrum, quien desde entonces no dejó de pensar en su amigo, que había elegido la suerte de un soldado de la Revolución en lugar de consagrarse al trabajo científico.

Un año después, Shtrum ingresó en la Facultad de Física y Matemáticas de la Universidad de Moscú, donde se interesó por los trabajos de investigación relacionados con el estudio de la energía de los núcleos y de los electrones.

Aquel misterio de la naturaleza, el mejor guardado, poseía una dimensión poética fuera de toda duda. Sobre una pantalla oscura centelleaban lucecitas de color violeta en forma de estrella; partículas invisibles que, a su paso veloz, dejaban tras de sí, como un cometa, estelas

neblinosas de vapor concentrado; la esbelta aguja de un electrómetro temblaba al registrar el impacto que habían provocado aquellos misteriosos demonios, dotados de una potencia y velocidad fabulosas. Debajo de la superficie de la materia bullían fuerzas colosales. El centelleo en la pantalla, las indicaciones del espectrógrafo en el intento de descifrar la carga eléctrica del núcleo atómico y el oscurecimiento de una placa fotográfica fueron los primeros signos que revelaron aquellas potencias gigantescas, que se movían en sueños y volvían a quedarse quietas...

A veces Víktor concebía aquellos reflejos y manchas oscuras como el leve vapor que se elevaba del pelaje de un oso inmenso dormido en su guarida. Otras, imaginaba que eran las salpicaduras de pequeños pececillos que nadaran en un estanque sin fondo, bajo los cuales monstruosos lucios y terribles bagres llevaran siglos acechando. Quería asomarse bajo la superficie verdosa del estanque, revolver las aguas y conseguir que el monstruo emergiera a la superficie. Quería dar con el largo junco que consiguiera despertar al oso, hacerlo rugir y obligarlo a salir de la oscuridad de su guarida, sacudiendo el lomo con furia.

¡El paso reversible a través de la frontera que separaba y unía la materia de los cuantos de energía, en el marco de una sola transformación matemática! Los complejos instrumentos para la experimentación, cuyo funcionamiento se basaba en un principio sorprendentemente sencillo, constituían un puente tendido entre la orilla pedregosa de las ideas y de las sensaciones convencionales y la región de las fuerzas atómicas, oculta en una niebla sorda y muda.

Y precisamente en aquel reino sigiloso y extraño de los cuantos y los protones se hallaba la esencia de la materia del universo.

Mientras estudiaba en la universidad, un día Shtrum anunció a su madre que las clases no le bastaban y que había decidido entrar a trabajar de operario en la fábrica de productos químicos de Butirki. Había solicitado una plaza en el taller de triturado de pinturas, el puesto más duro. Durante el invierno compaginó los estudios con el trabajo, y en verano renunció a ir de vacaciones para seguir en la fábrica.

Podía parecer que todo en Shtrum había cambiado. Sin embargo, aún seguía sobreviniéndole aquella sensación que había experimentado en la niñez al contemplar y perseguir en el agua espesa y verdosa del acuario a los pececitos, que aparecían y desaparecían como por arte de magia. Le ocurría cada vez que, tras razonamientos contradictorios, experimentos

imprecisos pero a veces acertados, y otros de altísima precisión pero con un resultado de lo más absurdo, Shtrum se creía de repente en posesión de la clave del enigma, como si aquélla fuera un maravilloso pez reluciente que él había atrapado con la mano.

Aunque el objeto de sus exploraciones era una materia imperceptible al tacto y a la vista, la realidad de los átomos, de los neutrones y de los protones no era menos cierta que la existencia de la tierra y de los océanos.

Había aún otro sentimiento que era una constante en la vida de Víktor, una tenue luz que iluminaba su mundo interior, un mundo que permanecía invisible incluso para sus seres más próximos, un mundo de tristeza y bondad lleno de recuerdos y de la poesía que vive dentro de todos los hombres. Esa luz se la había insuflado su madre, aunque eso él no lo supiera. Ella creía que la vida de Víktor era más importante que la suya propia y nada la hacía más feliz que sacrificarse en aras de la felicidad de su hijo. Víktor, en cambio, no concebía nada más importante en la vida que la ciencia a la que se dedicaba. Aun cuando mostraba un carácter suave y fuera incapaz de pronunciar palabras frías o duras, era gélido y severo, y hasta despiadado, porque estaba convencido de la absoluta importancia de su trabajo. Víktor veía las renuncias y los sacrificios que su madre hacía por él como algo completamente natural. Una de las primas de su madre le contó una vez que siendo una joven viuda, un hombre que le gustaba mucho la cortejó durante años pidiéndole matrimonio. Ella rehusó, no obstante, porque temía que el matrimonio le impidiera dedicar a su hijo todo el cariño y el amor que llevaba dentro. Sencillamente, había asumido la soledad como una condena. Por ello le dijo a esa prima: «Cuando Vitia sea un hombre adulto, viviré con él, así que no estaré sola en la vejez». Víktor se sintió conmovido por esa historia, aunque no pensó demasiado en ella.

Pudiera pensarse que Shtrum había logrado todo aquello con que había soñado en sus años de juventud. No obstante, el sentimiento de insatisfacción persistía. A ratos imaginaba que la corriente de la vida lo dejaba de lado, y entonces deseaba fundir en uno su trabajo de despacho y la labor que se llevaba a cabo en las fábricas, en las minas y en las obras de construcción a lo largo y ancho del país. De ese modo tendería por fin el puente que uniera la teoría, en cuya elaboración trabajaba, con la noble y fatigosa actividad de millones de obreros. El recuerdo de su amigo de la

infancia tocado con un gorro del Ejército Rojo y un fusil al hombro le seguía doliendo y le trastornaba.

33

En la vida de Shtrum tuvo un importante papel su maestro Dmitri Petróvich Chepizhin.

Su cuerpo fornido, de frente espaciosa y brazos largos, le daba el aspecto de un herrero veterano, cuando en realidad era un científico de renombre mundial y una eminencia de la física rusa.

Al cumplir cincuenta años construyó, con la ayuda de sus dos hijos, por aquel entonces estudiantes, una casa de campo hecha con troncos que él mismo había desbastado. Cavó un pozo, levantó un baño con sauna y abrió un camino a través del bosque.

Gustaba de contar su relación con un viejo de la aldea, un incrédulo que había dudado de sus habilidades como carpintero. Según Chepizhin, en una ocasión el viejo le había dado una palmada en el hombro al reconocer en él a su igual y le había dicho tuteándole con picardía: «Oye, Petróvich, ¿por qué no vienes y me construyes un cobertizo? Te pagaré lo que me pidas».

A Chepizhin no le gustaba permanecer en su casa de campo durante el verano, prefería viajar durante aquellos dos meses en compañía de Nadezhda Fiódorovna, su esposa. Habían estado en la taiga de Siberia oriental y en los altos de Tian Shan, cerca de Narim, en la orilla del lago Teletskoye cerca de Oirot-Tura y en el lago Baikal; habían descendido por el Moskova, el Oká y el Volga hasta Astrakán y recorrido los bosques de Briansk y Meschersk desde Karachev hasta Nóvgorod-Séverski y más allá de Riazán. Los Chepizhin mantenían aquella costumbre de viajar desde sus tiempos de estudiantes, y seguían siendo fieles a ella en una época en que podía parecer que a las personas de su edad les correspondía descansar en un balneario o en una dacha en vez de caminar por el bosque y la montaña con una mochila a sus espaldas. Durante aquellos viajes, Dmitri Petróvich llevaba un diario detallado.

Aquel diario tenía un apartado especial titulado «lírico», dedicado a las descripciones de cuanto de bello tenía la naturaleza: puestas y salidas del sol, tormentas de verano en la montaña, tempestades nocturnas en un bosque, noches estrelladas y de luna. Dmitri Petróvich leía aquellas descripciones sólo a su mujer. En cuanto a la caza y la pesca, no eran prácticas del agrado de Chepizhin.

Cuando en otoño, al volver de uno de sus viajes, Dmitri Petróvich presidía las reuniones en el Instituto de Física o se sentaba a la mesa de presidencia en las sesiones de la Academia de Ciencias, su aspecto causaba extrañeza al lado de sus colegas y discípulos de pelo cano y a medio encanecer, quienes habían pasado el verano en las casas de recreo de Barvija, Úskoie, Luzhsk, Sestroretsk o cerca de Moscú. Ceñudo, de pelo oscuro sin apenas canas, Chepizhin apoyaba su maciza cabeza en un puño nudoso y cobrizo mientras pasaba la otra mano por su ancho mentón y sus mejillas flacas y tostadas por el sol. Aquel intenso bronceado suele marcar las caras, los cuellos y las nucas de los hombres que llevan una dura vida de trabajo: obreros que extraen turba, soldados o cavadores. Es el mismo color de piel de quienes raras veces duermen bajo techo; en su tonalidad se mezcla la acción del sol, la de las heladas, la de la niebla fría que precede al amanecer y la del viento abrasador que sopla de noche. Al lado de Chepizhin, sus ancianos y enclenques colegas de suave pelo canoso y piel lechosa, entretejida de capilares azules, eran como corderos viejos de ojos celestes o unos angelitos al lado de un oso pardo.

Shtrum recordaba sus conversaciones con el fallecido Lébedev, en su juventud, acerca de Chepizhin.

Lébedev soñaba con encontrarse con Dmitri Petróvich. Quería trabajar bajo su dirección y discutir con él sobre lo que la física tenía de filosofía. Sin embargo, no tuvo la oportunidad de aprender de Chepizhin ni de discutir con él.

A la gente que conocía a Dmitri Petróvich de cerca no le sorprendía que gustara de vagar por los bosques, trabajar con la pala y el hacha, escribir poesía o que fuera aficionado a la pintura. Lo realmente sorprendente y admirable en Dmitri Petróvich era que, por muchas aficiones que tuviera, le dominara una sola pasión. La esposa y los amigos íntimos de Chepizhin sabían muy bien que todos sus intereses tenían una única base que sostenía el edificio de su saber científico, que parecía prescindir de todo cimiento: su amor por los bosques y los campos rusos, su colección de cuadros de los pintores realistas Levitán y Savrásov, su amistad con viejos campesinos que iban a Moscú para visitarlo, sus denodados esfuerzos a la hora de organizar escuelas obreras, su interés por las antiguas canciones populares y por el funcionamiento de los nuevos ramos de la industria, su pasión por Pushkin y Tolstói e incluso su conmovedora preocupación, objeto de burla por parte

de algunos, por los paros carboneros, los pinzones reales y el erizo que vivían en su casa.

Aquella atalaya del pensamiento abstracto, elevada por el hombre hasta una altura vertiginosa desde la cual no sólo no era posible divisar los mares y los continentes sino vislumbrar incluso el mismo globo terráqueo, tenía sus raíces profundas en la tierra natal de cuya savia vivificadora se alimentaba y sin la que, tal vez, no pudiera existir.

En las personas como Chepizhin pervive un sentimiento intenso y elemental que se experimenta por primera vez en los años más tempranos de la adolescencia. Ese sentimiento, que nace en la conciencia de tener un único objetivo vital, perdura hasta el último día de su existencia. Es el mismo sentimiento que conmocionó a los adolescentes Herzen y Ogariov en las Colinas de los Gorriones [35] y que Nekrásov plasmó en su poema *En el Volga* al recordar cuando, de niño, había visto a los *burlakí:* [36] «... qué de juramentos presté...».

Sin embargo, ciertas personas consideran que tener un objetivo en la vida constituye un vestigio ingenuo del pasado cuya supervivencia es estéril y fortuita. El mundo espiritual de esa clase de personas rebosa de pensamientos y sensaciones que son producto de su ajetreada y mezquina cotidianidad. Su conciencia no es proclive a metamorfosis que, al igual que ciertas transformaciones matemáticas, simplifiquen las eventualidades que entorpecen pero no determinan la comprensión de la esencia de los fenómenos. No son capaces de simplificar, desechar o prescindir de aquello de lo que se puede y se debe prescindir. Viven supeditadas al abigarramiento somero de la existencia sin percibir en ello ningún tipo de unidad. Tan sólo en un momento fatídico de su destino, al final de la vida, advierten de pronto la insignificancia de aquel ajetreo voluble, vano y rápidamente extinguible. Entonces vuelven a fijar la vista en lo más sencillo e importante, en aquello que alguna vez creyeron ingenuo o inalcanzable. Es lo que se suele explicar con frases como: «Al llegar al final de la vida de repente comprendió...» o «Al volver la vista atrás se dio cuenta y entonces comprendió...». Gente así a menudo cosecha éxitos notables aunque de poca trascendencia. Nunca serían capaces de ganar una batalla mayúscula a la vida, de la misma manera que nunca podría alzarse con la victoria un mariscal carente de un plan de acción, del entusiasmo inspirado por el amor a la patria y de un objetivo noble y sencillo que lo guiara en la guerra. Quizá fuera capaz de reconquistar una ciudad al enemigo, derrotar a un

regimiento o una división, pero la victoria estratégica seguiría lejos de su alcance. La capacidad de discernimiento entre lo realmente importante y lo que no lo es a menudo se adquiere demasiado tarde, y por ende ya no puede servir de guía para la acción. Entonces, al hacer balance de sus circunstancias vitales, uno profiere con amargura sin que eso incida en absoluto en el resto de su existencia: «¡Ojalá pudiera volver a empezar!».

Hay temperamentos y caracteres para los que la idea de que la vida posee un sentido profundo y, por tanto, puede proporcionar objetivos que merezca la pena perseguir, sí les sirve de guía de acción y determina sus actos, sus decisiones, sus planes y su existencia entera. Hasta tal punto tienen arraigada en su conciencia y su alma aquella idea que ésta ya ha devenido en certeza para ellos. Ese tipo de personas a menudo dejan una impronta en la sociedad; su pensamiento y labor están consagrados a la lucha y a la creación, y no a mezquindades e intrascendentes movimientos moleculares, supeditados ahora a los intereses del día de hoy, y mañana, cuando aquéllos desaparezcan, a los del día de mañana.

Una idea tan sencilla como «quiero que las personas trabajadoras vivan libres, felices y prósperas en una sociedad justa y emancipada» fue la razón fundamental que guió las extraordinarias vidas de muchos revolucionarios y pensadores.

Se podría ampliar el paradigma y dar cabida en él a hombres de ciencias exactas, exploradores, jardineros, constructores y técnicos de regadío que trabajan en los páramos. Obreros, campesinos, ingenieros, científicos, maestros, médicos… ciudadanos soviéticos constructores de un mundo nuevo que sienten y comprenden con la pureza y la claridad propias de la infancia y la juventud la magnitud del objetivo para el que trabajan, conservando ese sentimiento hasta la vejez.

Shtrum retendría para siempre en la memoria la primera vez que asistió a una clase de Chepizhin. Recordaba su voz, profunda y algo ronca, su manera de hablar unas veces pausadamente, en el tono indulgente de un preceptor, y otras con rapidez y entusiasmo. Aquella voz parecía la de un agitador político y no la de un catedrático que explicaba teoría física a los estudiantes. Las fórmulas que escribía en la pizarra no eran simples manifestaciones desapasionadas del mundo invisible de las superenergías y supervelocidades, sino proclamas o consignas. La tiza crujía, se deshacía y a veces parecía estallar en su mano cuando Chepizhin, con un movimiento amplio, como si remachara un clavo, ponía un punto o dibujaba el cuello de

cisne de un signo de interrogación. No era de extrañar, pues aquellas manos estaban acostumbradas a manejar lo mismo una pluma o los instrumentos de alta precisión, fabricados de platino y cuarzo, que una pala o un hacha. Las ecuaciones con las que operaba semejaban frases preñadas de significado que hablaban sobre las dudas, la fe y el amor humanos. Chepizhin reforzaba aquella sensación al puntuar sus explicaciones en la pizarra, como si redactara una proclama o una carta pasional, con signos de interrogación y de exclamación triunfante, de puntos suspensivos. Una vez terminada la clase, a Shtrum le apenó ver al encargado del día borrando de la pizarra todos aquellos signos radicales, integrales, diferenciales, trigonométricos, alfas, deltas, epsilones y xíes, reunidos por la inteligencia y la voluntad humanas en una unidad de combate. Tal vez debieran conservar aquella pizarra como si fuera un manuscrito de incalculable valor.

Habían pasado muchos años desde entonces, y ya era el mismo Shtrum quien daba clases a estudiantes escribiendo con una tiza sobre una pizarra negra. No obstante, el sentimiento que había experimentado al asistir a la primera clase de su maestro perduraba en él.

Se ponía nervioso cada vez que entraba en el despacho de Chepizhin. Al regresar del instituto a casa explicaba a sus familiares, o a los amigos que iban de visita, con jactancia pueril: «Hoy he ido a pasear con Chepizhin; hemos llegado hasta la estación de radio de Shábolovka...», «Chepizhin nos ha invitado a Liudmila y a mí a la fiesta de Fin de Año... Dmitri Petróvich cree que mis trabajos de laboratorio están bien encaminados...».

A Shtrum se le grabó en la memoria una conversación que había mantenido con Krímov a propósito de Chepizhin. Había sido unos años antes de la guerra. Krímov llegó a la dacha en compañía de Zhenia después de unos duros días de trabajo.

Liudmila le convenció para que se quitara su casaca de paño y se pusiera un pijama de Víktor Pávlovich. Luego Krímov se sentó a la sombra de un tilo en flor con la expresión de placidez en el rostro que suelen adoptar las personas que llegan al campo tras haber permanecido horas interminables en locales calurosos, llenos de humo de tabaco. Entonces, una vez en el campo, les invade una sensación de felicidad plena por el simple hecho de que en el mundo existan el aire puro y perfumado, el agua fría del pozo y el ulular del viento entre las ramas de los pinos.

Shtrum recordaba con absoluta nitidez aquella expresión de felicidad en el rostro exhausto de Krímov. Al parecer, nada habría logrado alterar su

reposo, y tal vez por eso mismo a Shtrum le impresionó tanto el repentino cambio en el humor de Krímov apenas la conversación sobre lo ricas que estaban las fresas, aderezadas con azúcar y leche fría, hubo dejado paso a los temas «urbanos».

Shtrum contó que había visto a Chepizhin la víspera y que éste le había explicado los objetivos de un nuevo laboratorio creado en el Instituto de Física.

–Indudablemente es un gran científico –opinó Krímov–, pero cuando deja de lado la ciencia y se lanza a filosofar, a veces entra en contradicción consigo mismo en tanto que físico, aparte de no entender correctamente la dialéctica marxista.

Liudmila Nikoláyevna se sulfuró y arremetió contra Krímov:

–¿Cómo se atreve a hablar de Chepizhin en ese tono?

Krímov, como si no fuera el mismo que tan sólo un momento antes reposaba plácidamente bajo un tilo en flor, frunció el ceño y replicó:

–Estimada camarada Luda, en casos semejantes, a un marxista revolucionario le da igual de quién se trate, sea éste su propio padre, Chepizhin o el mismísimo Newton.

Shtrum sabía que en eso Krímov tenía razón; también el difunto Lébedev lo había dicho infinidad de veces. Sin embargo, a Víktor Pávlovich le había molestado la aspereza de su concuñado.

–Sabe, Nikolái Grigórievich –le dijo Shtrum–, a pesar de tener razón, debería reflexionar sobre por qué personas como Chepizhin, sin dominar a la perfección la teoría del conocimiento, destacan tanto en su práctica.

Krímov le miró disgustado y replicó:

–Lo que acaba de decir es irrelevante como argumento en una discusión filosófica. Usted no me negará que en la historia de la ciencia ha habido investigadores que, a tenor de su trabajo, se han erigido en predicadores espontáneos del materialismo dialéctico, en sus seguidores y herederos. Estarían en la ruina si se apartaran siquiera una pizca de las enseñanzas de aquél... Ahora bien, al punto que se lanzan a elaborar una filosofía de cuño propio, inservible para explicar los fenómenos de la vida, pasan a rebatir inconscientemente sus notables logros científicos. Me muestro así de tajante porque las personas como Chepizhin y sus obras me merecen tanto aprecio como a usted.

Pasaban los años, pero la relación entre Chepizhin y sus discípulos, que fueron emprendiendo nuevos trabajos de investigación, no sufría merma

alguna. Se trataba de un vínculo activo y natural, sin imposiciones ni restricciones, que unía a los discípulos con su maestro de un modo más estrecho que cualquier otro tipo de relación concebido y llevado a la práctica por los seres humanos.

34

La mañana del día en que Shtrum debía partir hacia Moscú amaneció fresca y despejada. Víktor Pávlovich miraba por la ventana abierta mientras escuchaba las últimas recomendaciones de Liudmila. En aquellos duros tiempos de guerra, los que se preparaban para emprender viaje se comportaban como el explorador polar que se dispone a abandonar el calor de la base para internarse en las frías extensiones de hielo.

Liudmila intentaba explicarle en qué orden había dispuesto las cosas en su maleta: aspirinas, piramidón, sulfamida y un potecito de yodo; botecitos con mantequilla, miel y grasa; sobres con sal, té y huevo en polvo; pan, tostadas, cinco cebollas y una bolsita de cebada; una pastilla de jabón, un poco de hilo blanco y negro, cerillas y viejo papel de diario para liar pitillos de picadura; un par de baterías de repuesto para la linterna; dos termos de agua hervida; y dos botellas de vodka de medio litro cada una para pagar favores especialmente importantes. Liudmila también le explicó qué alimentos debía comer en primer lugar y cuáles convenía guardar para las postrimerías del viaje. Le insistió en que trajera de vuelta los tarros y las botellas vacías, porque en Kazán era muy difícil conseguir cualquier tipo de envase.

–Por favor, no olvides que en tu billetera, junto con el pasaporte, está la lista de cosas que hace falta traer de la dacha y del apartamento.

–Recuerdo mi primer viaje en tren, en medio de la Guerra Civil –dijo él–. Mamá guardó el dinero en una bolsita especial que cosió al interior de la camisa. Después me echó tabaco de la cabeza a los pies para ahuyentar a las pulgas y me repitió no sé cuántas veces que comprara leche fresca y semillas de calabaza en las estaciones. Y que me abstuviera de comer manzanas sin lavar. El tifus y los ladrones eran el mayor peligro entonces.

Liudmila no dijo nada. Aquellos recuerdos del pasado le parecieron fuera de lugar, cuando se estaba ante una partida inminente. Pensó que su

marido se mostraba indiferente ante sus problemas de salud y el esfuerzo que ponía en las cuestiones domésticas cotidianas.

Al despedirse de él, lo abrazó y le dijo:

–Procura no cansarte mucho y prométeme que bajarás al sótano cada vez que suene la alarma antiaérea.

En cuanto el coche se hubo alejado de la casa, Shtrum se olvidó de la emoción que lo había embargado en el momento de la despedida. El sol de la mañana coloreaba los árboles, el empedrado reluciente de rocío, las ventanas polvorientas y las paredes desconchadas de las casas.

Postóyev, alto, barbudo y rechoncho, le esperaba junto al portal. Se elevaba una cabeza por encima de su esposa, su hija Álochka y su hijo de rostro macilento, estudiante de la universidad, que habían salido a despedirle.

Una vez en el coche, Postóyev se arrimó a Shtrum y, mirando de reojo las orejas de soplillo del chófer de pelo cano, le comentó:

–Usted dice que tal vez nos vuelvan a evacuar... Algunas personas precavidas ya se han llevado a sus familias de Kazán a Sverdlovsk o Novosibirsk.

El chófer se volvió de perfil y dijo:

–Me han comentado que ayer avistaron un avión espía alemán.

–Bueno, ¿y qué? Nuestros aviones también sobrevuelan Berlín –replicó Postóyev.

El coche se detuvo delante de la estación y los pasajeros comenzaron a bajar el equipaje. Al percatarse de que tres muchachos descalzos y desarrapados se aproximaron a ellos, ambos se pasaron las manos por los costados de las chaquetas buscando los bolsillos en los que guardaban los documentos. Uno de los chicos se ofreció a cargarles el equipaje, pero Postóyev rehusó. Entonces otro les pidió un cigarrillo.

En eso apareció por fin un porteador con mandil blanco. Acordó con Postóyev hacerse cargo del equipaje a cambio de cincuenta rublos y dos quilos de pan, y comenzó a reunir los bultos. Postóyev separó una maletita que dijo prefería llevar él mismo. Después se volvió hacia Víktor y le preguntó en un susurro: «¿No le parece sospechoso este porteador? Yo es que no le veo el número de identificación por ningún lado».

Ni siquiera el sol brillante de la mañana lograba suavizar el aspecto lúgubre de una estación de tren en tiempos de guerra: niños durmiendo sobre bártulos y cajas, ancianos masticando lentamente un pedazo de pan,

mujeres aturdidas a causa de la fatiga y de los chillidos de los críos, reclutas con enormes macutos sobre sus espaldas, heridos de rostros lívidos y soldados en tránsito hacia su nuevo destino...

En tiempos de paz, entre los pasajeros de los trenes no hay sólo viajantes de comercio u hombres que viajan por trabajo: también los ocupan los alegres veraneantes y los estudiantes que van de prácticas o de vacaciones; las ancianas espabiladas y parlanchinas que van a visitar a sus acomodados hijos; los adultos que llevan a los niños de visita a casa de los abuelos y, sobre todo, viajeros que se disponen a pasar las vacaciones en sus pueblos de origen.

Sin embargo, la gente que ocupaba los trenes y las estaciones de ferrocarril durante la guerra tenía un aspecto ceñudo y triste.

Víktor Pávlovich seguía al mozo de cuerda, quien se abría paso entre la multitud a través del vestíbulo de la estación. De pronto se oyó un alarido; en mitad de la confusión, le habían robado el dinero y los papeles a una campesina. Su hijo de corta edad, vestido con pantalones confeccionados a partir de una capa militar, se abrazaba a ella en busca de protección y consuelo e intentando consolarla a su vez. Mientras, la mujer, que sostenía un bebé en brazos, se desgañitaba: ¿qué iba a hacer sin el billete, sin el dinero y sin la cédula personal que le habían expedido en el koljós?

Unas pocas personas se acercaron a ella a decirle que habría hecho mejor en mantener los ojos bien abiertos. Otros decían que les habría encantado patear al ladrón o golpearlo hasta la muerte. En tiempos tan duros, suele dar más gusto maldecir al ladrón que socorrer a su víctima. Algunos le sugerían que fuera a mirar en los cestos de basura no fuera a ser que sus documentos hubieran ido a parar allí. Pero la mayoría de quienes la veían se limitaba a ignorarla.

Cuando Shtrum pasó por su lado, la mujer le miró y se calló por un instante; su mirada tensa y rebosante de sufrimiento se cruzó con la de él, tal vez en la creencia de que aquel hombre con gabardina blanca y sombrero la ayudaría a restituir lo que le habían robado.

En la segunda sala había un borracho que iba de un lado a otro sin parar. Sus ojos enrojecidos estaban hinchados de rabia y angustia. Chillaba y cantaba, amenazaba y pegaba empujones, se ponía a bailar de repente. Estaba solo en medio de la multitud. Nadie quería mezclarse con él. Nadie peleaba con él tampoco. El hombre quería liberarse de la pena que lo roía, apartarse de sí mismo: por eso se había emborrachado de aquella manera.

Quería meterse en una pelea, que le pegaran o pegar él, pero nadie quería cooperar con su anhelo.

De repente, el borracho se percató del porteador que cargaba con las maletas amarillas. Vio también al hombre con las mejillas rosadas y barba que iba acompañado del otro de nariz larga y abrigo de color blanco. Y no pudo reprimir la exclamación de contento, porque eran justo el tipo de personas que esperaba encontrar. Pero tampoco tuvo suerte esa vez, porque tropezó y rodó por los suelos. Y cuando consiguió tenerse en pie de nuevo, ya los tres, los dos viajeros y el porteador, avanzaban por el andén y el revisor validaba sus billetes.

–Esto es demasiado para mí –dijo Postóyev–: la próxima vez hago este viaje en avión, aunque tenga el corazón tan frágil.

La locomotora se acercó lenta y pesadamente al andén arrastrando una hilera de vagones cubiertos de polvo. El encargado, desconfiando de los pasajeros que subían en las estaciones intermedias, comprobó los billetes. Los que venían en el tren –oficiales del ejército e ingenieros de las fábricas de los Urales, enviados a Moscú– saltaban al andén y preguntaban: «¿Está lejos el mercado? ¿Dónde se puede encontrar agua caliente? ¿Qué dice el último boletín? ¿Cuánto cuestan las manzanas?». Luego se dirigían corriendo al edificio de la estación.

Postóyev y Shtrum subieron al vagón. Apenas vieron la moqueta del pasillo, los espejos polvorientos y las fundas azuladas de las butacas de su compartimento, una sensación de sosiego caló en ellos. A pesar de que allí dentro no se advertía el bullicio de la estación, aquella agradable impresión de paz pronto se contaminó de zozobra y tristeza: el ambiente del vagón evocaba los tiempos de paz, mientras que en el exterior todo sugería dolor y calamidad. El tren permanecía en la estación, hasta que se oyó un chirrido que indicaba que habían enganchado una nueva locomotora. Los oficiales y los ingenieros de los Urales regresaron corriendo a los vagones, unos llevando sus teteras y tazas, otros apretando contra el pecho tomates, pepinos, tortas y pescados envueltos en papel de periódico.

Entonces sobrevino aquel instante de angustia en que los pasajeros esperan el arranque de la locomotora y en que incluso los que están a punto de dejar atrás su casa y a sus seres queridos ansían que el tren se ponga en marcha, como si de esa manera pudieran acercarse un poco más a su hogar en vez de separarse de él. Una mujer apostada en el pasillo del vagón, como si ya estuviera lejos de Kazán, comentó con inquietud:

–Los encargados de los vagones aseguran que llegaremos a Múrom por la tarde. Dicen que allí las cebollas son baratas.

–Amigo, ¿has leído el boletín? Si esto sigue así, los alemanes acabarán por alcanzar el Volga. Conozco bien aquella zona –dijo una voz de hombre.

Postóyev se puso el pijama, se cubrió la calva con un bonete oriental, se roció las manos con agua de colonia de un frasco tallado de tapa niquelada, se peinó su espesa barba canosa, se refrescó con un pañuelo a cuadros y, tras apoyarse en el respaldo de su butaca, dijo: «Y bien, parece que ya estamos en camino».

Shtrum deseaba sacudirse cuanto antes la sensación de congoja que lo agobiaba. Para distraerse miraba por la ventana, o bien observaba la rubicunda y lozana figura de Postóyev. Éste superaba en méritos científicos a su joven colega. Sus maneras, su voz atronadora, sus bromas indulgentes, las historias que contaba sobre científicos ilustres a los que llamaba por sus nombres de pila, siempre habían causado una buena impresión. Debido a su trabajo tenía oportunidad de tratar, con mayor frecuencia que muchos otros, con personalidades que dirigían la economía nacional, con altos cargos del gobierno y con directores de grandes industrias reconocidas en todo el país. Miles de ingenieros conocían su nombre; en muchas universidades se utilizaba su famoso manual. A Shtrum le agradaba que Postóyev se mostrara amigable con él, de modo que se sentaba gustoso a su lado en los congresos y las reuniones generales o paseaba en su compañía durante los recesos. Al tomar conciencia de ello, se enfadaba consigo mismo a causa de su vanidad, pero como le era difícil mantenerse en ese estado de enojo durante mucho tiempo, acababa por enfadarse con Postóyev.

–¿Se acuerda de aquella mujer con dos niños a la que vimos en la estación? –preguntó de repente Shtrum.

–Me dio mucha pena, la recuerdo perfectamente –respondió Postóyev al bajar su maleta de un estante. Luego añadió en el tono grave y afectuoso de quien comprende el estado anímico de su interlocutor–: Todo eso es muy duro, amigo mío… ¿Qué tal si comemos algo? Aquí tengo pollo frito –concluyó frunciendo el ceño.

–Me parece bien –asintió Shtrum.

El tren llegó hasta el puente que cruzaba el Volga; al entrar en él, retumbó como si fuese un carro que acabara de abandonar un camino de tierra para incorporarse a una calzada.

Abajo se veían los bancos de arena del río; agitado por el viento, se hacía difícil determinar la dirección de la corriente. Visto desde el puente, el Volga presentaba un aspecto feo, gris y turbio. Sobre los cerros colindantes y en las cañadas había cañones antiaéreos de gran longitud; entre las trincheras caminaban, haciendo caso omiso del tren, dos soldados con sendas marmitas en la mano.

–Conforme la teoría de la probabilidad, es imposible que un avión alemán, que vuela a gran altura y velocidad con viento cambiante, acierte a dejar caer una bomba en un puente. Por eso es el lugar más seguro durante un bombardeo –explicó Postóyev–. Ahora bien, espero que en Moscú tengamos el mismo amparo: a decir verdad, sólo el hecho de pensar en lo contrario me aterra.

Postóyev miró el río, se quedó pensativo un momento y añadió:

–Los alemanes se acercan al Don. ¿Será posible que lleguen a mirar el Volga tal y como lo estamos mirando usted y yo en este momento? Se me hiela la sangre sólo de pensar en ello…

Desde el compartimento contiguo se oyó un acordeón que tocaba «Desde la isla boscosa en el ancho y raudo río…». [37] Por lo visto, allí también se había hablado del Volga después de que el tren lo cruzara. Luego la mano invisible golpeó las teclas con fuerza y acto seguido se oyó «Planté mi jardincito…». [38] Postóyev guiñó un ojo a Shtrum, señaló en dirección al compartimento contiguo con un movimiento de cabeza y citó: «¡No se puede entender Rusia con la mente!». [39]

Tras conversar sobre la familia y los asuntos relacionados con Kazán, Postóyev expuso:

–Acostumbrado a observar a mis compañeros de viaje me he fijado en lo siguiente: durante el trayecto desde Kazán hasta Múrom se suele hablar de asuntos domésticos. Múrom es el punto de inflexión: a partir de ahí ya no se habla sobre lo que se ha dejado atrás, en Kazán, sino de lo que se espera que pase en Moscú. Una persona que viaja es un cuerpo que se desplaza en el espacio impulsado por la fuerza de gravedad que ejerce sobre él un sistema, antes de entrar en la esfera de influencia de otro. Podrá usted comprobarlo en mi persona. Creo que estoy a punto de quedarme dormido, y cuando me despierte es posible que hable sólo sobre los asuntos relacionados con Moscú.

Efectivamente, se durmió. A Shtrum le sorprendió que su sueño fuera como el de un niño, sin emitir sonido alguno, cuando uno podía esperar que

una persona de su constitución roncara ruidosamente.

Shtrum miraba por la ventana, cada vez más emocionado. Era la primera vez que iba a Moscú desde que abandonara la capital en septiembre de 1941. El viaje, acaso un acontecimiento de lo más ordinario en tiempos de paz, ahora le entusiasmaba: ¡iba a Moscú!

Una vez en el tren, las preocupaciones relacionadas con Kazán se atenuaron y la tensión constante, que no abandonaba su mente de científico en casa ni en la calle, había disminuido. Sin embargo, Víktor Pávlovich no se sosegó como solía cuando emprendía un largo y cómodo viaje. Otros sentimientos y pensamientos, arrinconados por el trabajo diario y la afanosa cotidianidad, volvieron a él.

Le desconcertó lo intensos e imperiosos que habían resultado ser aquellos sentimientos y pensamientos inconclusos. ¿Cómo era él cuando la guerra lo había sorprendido? ¿La esperaba? Pensó en Chepizhin y luego se acordó de Maksímov, el catedrático, cuyo nombre evocaba las últimas semanas antes del comienzo de la guerra y a quien Nadia había mencionado el día anterior.

El año más largo en la vida de Shtrum había terminado: ¡volvía a Moscú! Sin embargo, la congoja le seguía atenazando el corazón a causa de la desalentadora información que llegaba del frente: los alemanes se acercaban al Don.

Luego pensó en su madre. Quería creer que cuando se decía a sí mismo que había perecido no lo hacía en serio… Cerró los ojos e intentó imaginar su rostro. Le extrañó que fuera más difícil imaginar los rasgos de los seres queridos que los de simples conocidos. El tren iba camino de Moscú. ¡Él iba a Moscú! Un júbilo repentino se apoderó de él al pensar que su madre seguramente seguía viva y que volvería a verla.

35

Antes de la guerra, Anna Semiónovna vivía en un apacible pueblo ucraniano lleno de verdor. A Víktor no lo veía mucho, pues apenas pasaba algún tiempo con él y con Liudmila una vez cada dos o tres años. Escribía a su hijo tres cartas semanales a las que él respondía invariablemente con una tarjeta postal. También enviaba telegramas por Año Nuevo y los

cumpleaños de Víktor, Nadia y Tolia. Cada verano Víktor deseaba enviarle un telegrama para felicitarla a ella por su cumpleaños, pero nunca se acordaba del día hasta que lo veía anotado en el libro de familia dos o tres semanas después del cumpleaños.

Anna Semiónovna no escribía directamente a Liudmila, pero preguntaba siempre por su salud y pedía a Víktor que le diera recuerdos. Y Víktor, como le suele pasar a la mayoría de la gente, olvidaba siempre dar esos saludos, aunque en cada carta le escribía a su madre: «Liudmila le manda saludos».

Anna Semiónovna trabajaba en una clínica donde atendía a los pacientes con enfermedades oculares dos veces a la semana. A sus más de sesenta años de edad, ya no se sentía con fuerzas para trabajar cada día. Los días que no tenía que ir a la clínica impartía lecciones de francés a los niños del lugar. Víktor le rogaba que dejara todos los trabajos asegurándole que le mandaría doscientos o trescientos rublos cada mes, pero ella le decía que eso le costaría mucho esfuerzo a él. Por añadidura, le gustaba su independencia económica. Disfrutaba enviando modestos regalos a Víktor y su familia, porque hacerlo le recordaba los tiempos en que fue una joven madre. Pero lo más importante es que el trabajo era para ella una necesidad vital. Había trabajado toda su vida y perdería la cabeza si dejaba de hacerlo. De hecho, tenía la ilusión de poder trabajar hasta el fin de sus días.

La población de la ciudad donde vivía era mayoritariamente hebrea y en algunas cartas Anna Semiónovna compartía con Víktor algunas expresiones en yidis que escuchaba a sus vecinos. Aunque siempre le escribía las palabras en alfabeto cirílico, su hijo apenas conocía unas pocas palabras del yidis y solía pedirle que se las tradujera. En las cartas que escribía a su hijo solía hablar de los familiares, de sus pacientes y de los libros que había leído... y le informaba de todos los pormenores acerca del viejo peral que había delante de su ventana: las ramas rotas durante el invierno, los brotes y las hojas nuevas que nacían en primavera. En otoño le decía a Shtrum: «No sé si volveré a ver florecer a mi viejo amigo: sus hojas se vuelven amarillas y van cayendo».

En sus cartas solía predominar el sosiego. Pero en una ocasión le escribió que se sentía tan sola que quería morirse. La carta conmovió a Víktor, quien le escribió enseguida preguntándole si quería que la fuera a ver. Pero ella le respondió lamentando haberlo preocupado y asegurándole

que se encontraba bien y que aquellas palabras se debieron a una pasajera indisposición del ánimo.

Pero en marzo de 1941 escribió:

> Hace un calor impropio para esta época del año; las cigüeñas que siempre han habitado en esta zona ya han regresado. El día en que llegaron el tiempo empeoró bruscamente, de modo que se agruparon todas para pasar la noche en un parque de las afueras, como si olieran el peligro. Durante la noche se desató una tormenta de nieve que acabó con decenas de ellas. Muchas, medio muertas y enloquecidas, salían dando tumbos a la carretera, tal vez en busca de alguien que las socorriera. La lechera me cuenta que muchas yacen, rígidas y con los ojos abiertos, a lo largo de la carretera. A otras las han apedreado los niños del pueblo, ya sea por diversión o para aliviarles el sufrimiento.

En aquella misma carta, Anna Semiónovna le decía cuánto lo echaba de menos y que soñaba con él cada noche. También le comunicaba sus deseos de visitarle sin falta en verano, que no dejaba de pensar en que la guerra era inevitable y que cada vez que encendía la radio se temía lo peor. «Estas cartas y tarjetas postales que nos enviamos son lo único que me mantiene fuerte y la sola idea de que quedemos incomunicados me aterra… No te puedes imaginar la de pensamientos que se agolpan en mi cabeza por la noche, cuando me tiendo a oscuras en la cama, incapaz de conciliar el sueño...», escribía.

En su respuesta a esa carta, Víktor le aseguró que sus temores eran exagerados. Pronto escribió que el buen tiempo había llegado para quedarse. En aquella carta, que acompañó con una violeta, una hoja de hierba y unos pétalos de su peral, Anna Semiónovna se mostró sosegada y de buen humor y le contó varias anécdotas de sus pupilos.

Shtrum esperaba recibir a su madre en la dacha a principios de julio, pero la guerra había impedido su viaje. La última postal de Anna Semiónovna databa del 30 de junio y contenía unas pocas líneas en las que, por lo visto, aludía a un bombardeo aéreo: «Los vecinos me han tenido que ayudar a bajar al sótano varias veces. La amenaza es constante, y habré de correr la misma suerte que los demás». En una acotación trazada con mano temblorosa pedía a Shtrum que diera recuerdos a Liudmila y a Tolia. También preguntaba por Nadia y le rogaba que la besara de su parte en «sus ojos amados y tristes».

36

El pensamiento de Víktor Pávlovich volvía una y otra vez a la época en que se había gestado la guerra, tan intenso era su deseo de establecer una relación entre los grandes acontecimientos de la historia y las preocupaciones, las penas y los afectos de su propia vida.

En la época inmediatamente anterior a la invasión alemana de la Unión Soviética Hitler había conquistado ya diez países europeos sin apenas esfuerzo, de suerte que los ejércitos bajo su mando habían sufrido poco desgaste. Esa circunstancia le permitió concentrar enormes contingentes de tropas en el Este de Europa. Cada día llegaban rumores de nuevas maniobras militares. Todo el mundo estaba pendiente de la radio a la espera de noticias, pero los locutores no paraban de transmitir con voz solemne los éxitos de las Olimpiadas infantiles celebradas en Bashkiria y apenas mencionaban de pasada los incendios en Londres y las incursiones aéreas sobre Berlín. Los dueños de buenos aparatos de radio escuchaban por las noches las emisoras extranjeras y las palabras de Hitler afirmando que los destinos de Alemania y del mundo estaban a punto de decidirse para los próximos mil años.

En los hogares, en los balnearios y en los centros de trabajo se hablaba de política y de los asuntos de la guerra. En aquella época, los acontecimientos a escala mundial repercutían directamente en la vida privada de las personas: unas vacaciones en la costa, la compra de unos muebles o de un abrigo nuevo para el invierno se habían convertido en asuntos que se debía tratar atendiendo a los partes de guerra, los discursos y los pactos publicados en los diarios. Todo era considerado ahora a la luz de los éxitos o los fracasos de Hitler, los discursos de Roosevelt o Churchill y los lacónicos pronunciamientos de TASS , la agencia de noticias soviética: si contraer o no matrimonio, si tener o no un hijo, la elección de la universidad a la que presentar una solicitud de admisión…

Las personas se cuestionaban incluso las relaciones ya asentadas y discutían con fervor a propósito del poder militar de Alemania y de la actitud que debían adoptar ante el invasor.

En aquel entonces Maksímov, doctor en bioquímica, acababa de regresar de un viaje de trabajo por Checoslovaquia y Austria. Shtrum no le tenía una especial simpatía. Consideraba a Maksímov, rubicundo y de pelo

cano, de suaves ademanes y voz queda, un individuo tímido, bondadoso y falto de voluntad. «Uno podría endulzar el té con su sonrisa, dos sonrisas por vaso», bromeaba Shtrum a propósito.

Cuando Maksímov informó sobre su viaje en una reunión del profesorado, apenas mencionó la ciencia. Habló de sus impresiones generales acerca de cómo se vivía en las ciudades ocupadas por los nazis, además de referir las conversaciones de carácter privado que había mantenido con sus colegas extranjeros.

Tan pronto como Maksímov empezó a hablar acerca de la situación de la ciencia en Checoslovaquia, su voz tembló y profirió a voz en grito:

–¡Soy incapaz de expresarlo en palabras, eso hay que verlo! La gente tiene miedo de su propia sombra, los colegas desconfían unos de otros y los profesores temen a los estudiantes. Los fascistas lo controlan todo: el pensamiento, la vida interior, las relaciones familiares y de amistad de las personas. Allí vive uno de mis antiguos compañeros de facultad. Nos unen treinta años de amistad y las dieciocho pruebas de síntesis orgánica que juntos realizamos mientras estudiábamos en la universidad. Dirige toda una facultad, pero se comporta como un vulgar delincuente y teme que la policía lo pueda detener en cualquier momento. Pues bien, me rogó que no le hiciera ninguna pregunta porque le horrorizaba pensar que yo pudiera citar en algún momento sus palabras y que de ellas, aun sin mencionar su apellido, la Gestapo infiriera de quién se trataba, la ciudad donde vivía y la universidad en que trabajaba. «No me preguntes nada –me dijo–. No solo les temo a mis colegas. Le temo a mi propia voz, a mis ideas.» Puedes entender mejor la situación cuando hablas con las criadas o los porteros, los chóferes o los transeúntes. Porque al saberse anónimos, hablan con más libertad con los extranjeros. Pero los científicos y los intelectuales han perdido toda capacidad de pensar. De hecho, han perdido el derecho a llamarse seres humanos. El fascismo se ha apoderado de la ciencia. Sus horrendas teorías están a punto de ser llevadas a la práctica. De hecho, ya ha ocurrido, pues se plantean seriamente cuestiones como la selección y la esterilización, e incluso un médico llegó a contarme que estaban acabando con los enfermos mentales y los tuberculosos. Las almas y las mentes se han ofuscado por completo. Las palabras «libertad», «conciencia» y «compasión» son perseguidas. A los niños les está prohibido pronunciarlas, y a los adultos, utilizarlas en la correspondencia privada. Así son los fascistas. ¡Malditos sean!

Gritó las últimas palabras al tiempo que levantaba la mano para descargar luego un violento puñetazo en la mesa, tal y como podría haberlo hecho un marinero enfurecido y no un catedrático de pelo cano, voz queda y sonrisa agradable.

Su intervención causó una profunda impresión.

El director del instituto rompió el silencio:

–Iván Ivánovich, si no está muy agotado, tal vez podría compartir con nosotros los frutos científicos de su viaje.

Shtrum lo interrumpió con vehemencia:

–Iván Ivánovich ya nos acaba de contar los principales frutos de su visita... Nada más podrá tener tanta relevancia.

Y volviéndose hacia el aludido le dijo:

–Usted tiene el deber de escribir todo eso y publicarlo, Iván Ivánovich –y después de una pausa, añadió–: Estoy dispuesto a publicarlo junto con sus hallazgos científicos en boletín del Instituto de Física.

En voz baja, en el tono que utilizan los adultos para hablar con los niños, alguien señaló:

–Todo eso no tiene nada de nuevo; dudo que sea conveniente publicar ese tipo de cosas ahora que en nuestros intereses está fomentar la política de paz en lugar de minarla. [40]

Durante aquellos últimos meses, Víktor había discutido mucho con Yákovlev, un profesor de mecánica teórica a quien conocía desde tiempo atrás. Yákovlev sostenía que Alemania había encontrado una forma óptima de organización social y se había convertido en el país más poderoso del mundo. Acusaba a Víktor de permanecer anclado en un pensamiento ya caducado que le impedía entender las realidades del presente.

Víktor comenzó a preguntarse si Yákovlev no tendría razón. Le apetecía mucho poder charlar con Krímov, siempre capaz de iluminar las cuestiones políticas con su dominio de información que no aparecía en los periódicos.

–No sé por qué la tonta de Zhenia dejó a Krímov –le dijo un día a Liudmila–. ¡Con lo bien que me vendría intercambiar opiniones con él estos días! Aunque la verdad es que me daría apuro encontrármelo y tener que pedirle perdón por el comportamiento de tu hermana.

*

El domingo 15 de junio de 1941 Shtrum había ido con su familia a la dacha. Esperaban a su madre, que se quedaría con ellos, como también Aleksandra Vladímirovna y Seriozha. Durante la comida, Víktor y Liudmila discutieron dónde alojar a los tres invitados. Víktor creía que las «mamás» estarían más cómodas en la planta baja. Añadió que a Tolia y a Seriozha les gustaría estar juntos en la primera planta. Liudmila, en cambio, quería que Aleksandra Vlamídirovna y Seriozha se alojaran abajo y la madre de Víktor en la planta alta.

–Sabes muy bien cuánto le cuesta a mamá subir las escaleras –protestó Víktor.

–Pero allá arriba estará más cómoda, porque nadie la molestará –arguyó Liudmila. Y añadió–. Además, tendrá su propio balcón.

–Veo que te esfuerzas demasiado mimándola. ¿Seguro que no tienes alguna otra cosa en mente?

–Bueno, en todo caso me gustaría que Tolia tenga una habitación para él solo. Los exámenes lo han dejado exhausto y, encima, tiene que comenzar a prepararse ya para las pruebas de acceso a la universidad. ¡Seriozha ya espabilará!

–Ahora llegamos por fin a la razón principal. ¡Preservar la independencia del delfín!

–¡Por el amor de Dios! –protestó Liudmila–. Cuando es mi madre la que viene, todo va perfecto. Pero basta que recibamos a Anna Semiónovna para que cualquier detalle se convierta de repente en una cuestión de principios. Hay espacio de sobra y la vieja estará bien donde quiera que la pongamos.

–¿Cómo que «la vieja»? ¿Acaso mi madre no tiene nombre?

Consciente de que iba a empezar a gritar en cualquier momento, Víktor cerró la ventana que daba a la casa de los vecinos.

–Bueno, tú madre no es ninguna muchacha, ¿no? –Liudmila percibía con claridad el enfado creciente de su marido, pero le había arrojado esas palabras con plena consciencia de lo que significaban. A ella también le enfadaba que Víktor no prestara la suficiente atención a Tolia.

Dos días atrás Tolia había rendido su último examen de bachillerato. Víktor lo felicitó, pero lo hizo sin darle mucha importancia. Y olvidó comprarle un regalo, a pesar de que ella se lo había mencionado dos veces subrayando que graduarse de bachillerato era casi más importante que terminar la universidad.

El futuro de Tolia la preocupaba sobremanera. El muchacho le había dicho que le interesaban las comunicaciones por radio con los aviones y se planteaba matricularse en el Instituto Electrotécnico. A Liudmila tal decisión no le hizo ninguna gracia, porque creía que las ciencias aplicadas no estaban a la altura del talento de su hijo. Y como la autoridad de Víktor era la única a la que Tolia se habría plegado, quería que su marido tomara cartas en el asunto, pero él no parecía muy interesado en inmiscuirse.

A Tolia lo aburrían las discusiones de sus padres. A veces lo asaltaban incontenibles bostezos y murmuraba repetidamente: «Nunca me casaré, nunca me casaré». Pero cuando Víktor estallaba y se ponía a pegar gritos con la voz temblando, Tolia tenía que apartar la mirada, porque le resultaba difícil ahogar la risa. Nadia reaccionaba en forma muy distinta a las discusiones de sus padres. Palidecía, sus ojos se abrían como si presenciara algo totalmente horrible y que no alcanzara a comprender. Después, por las noches, lloraba y se preguntaba en susurros: «¿Por qué? ¿Por qué?».

*

Después de comer, Víktor Pávlovich descansaba en un banco del jardín junto con Nadia y Tolia.

Nadia, al oír el chirrido de la puerta que se abría, exclamó con alegría:

–¡Ha venido alguien! ¡Oh, Maksímov!

Éste advirtió que Shtrum se alegraba de recibirle, pero aun así preguntó preocupado:

–¿Le he importunado? ¿Tal vez quería descansar?

Luego intentó averiguar si su aparición había postergado un paseo o alguna visita que Shtrum tuviera intención de hacer. Había una nota implorante en su voz que enojó al anfitrión.

–Le aseguro que estoy muy complacido de verle. Muy, muy complacido, así que no se disculpe usted más –le dijo.

Sin abandonar el tono de confusión, Maksímov se explicó:

–¿Se acuerda de lo que me dijo después de mi intervención? Pues el caso es que he puesto mis impresiones por escrito.

Maksímov sacó un manuscrito que guardaba en el bolsillo enrollado como un tubo y se lo alargó sonriendo con aire culpable.

–Acabó saliendo un manuscrito bastante grande de ochenta páginas escritas a máquina. Y me gustaría mucho saber qué le parece a usted…

Digo, por si aún le interesara y quisiera dedicarle una horita… No es nada urgente, eso sí. Y lo que le dejo es solo una copia que se puede quedar todo el tiempo quiera…

Ahí comenzó otra larga discusión. Mientras más entusiasmo mostraba Víktor por la lectura del manuscrito, mayor era la obstinación de Maksímov en rogarle que solo lo hiciera si le sobraba tiempo para ello. Víktor volvió a sentirse molesto y le dijo:

–Iván Ivánovich, no alcanzo a entender por qué me trajo estos papeles. Si no quiere que los lea, se los podría haber dejado en casa.

Después se sentaron en un banco a la sombra. Víktor le preguntó, bajando la voz, sobre algunas cuestiones que tal vez Maksímov habría preferido omitir.

En aquel momento, Liudmila Nikoláyevna bajó al jardín. Maksímov la saludó profusamente, volvió a disculparse por la irrupción y se hizo rogar para aceptar el té que le ofrecían, excusándose por hacer trabajar a la dueña de la casa.

Después del té, Liudmila Nikoláyevna llevó a Maksímov a ver su huerta de fresas, en la que crecían seis variedades distintas y un manzano del que se recogían quinientas manzanas al año. Lo había ido a buscar a Yujnov, a casa de un viejo adepto de Michúrin. También le enseñó sus grosellas, grandes como ciruelas, y su ciruelo, que daba frutos tan grandes como manzanas.

Ambos se dejaron llevar y pasaron un buen rato enfrascados en una charla sobre jardinería. Maksímov también era un jardinero experimentado y prometió traerle algunas florecillas y un tipo especial de lilas que parecían orquídeas.

–Es increíble lo que habéis conseguido aquí –le dijo Maksímov a Liudmila al despedirse–. Si todo el mundo tuviera un par de manzanos como el suyo, estoy seguro de que no habría guerras. Y el fascismo sería impotente. Esas pequeñas y quebradizas ramitas parecen brazos y manos honestos. Podrían salvar al mundo de la guerra, la barbarie y la catástrofe.

Maksímov se disculpó una vez más con Víktor y Liudmila por haber irrumpido en su casa y haberles causado tantas molestias. Rogó una vez más a Víktor que solo se asomara a sus notas si tenía tiempo de sobra para ello. La charla que pensaban tener sobre el fascismo no tuvo lugar.

Cuando Maksímov se marchó, Víktor se explayó en una larga tirada contra los intelectuales rusos. Todos hablaban demasiado, pero hacían poco,

carecían de fuerza de voluntad y eran en extremo sensibles, tanto que su sensibilidad se convertía en un freno para la acción propia y la de cualquier otro colega.

Víktor se dejó el artículo de Maksímov en la dacha cuando se marchó a Moscú con la idea de leerlo el domingo siguiente. Sin embargo, ese domingo, el día en que se desató la tormenta, Víktor Pávlovich no se acordó de Maksímov.

Un mes después del comienzo de la guerra, un conocido contó a Shtrum que Iván Ivánovich había abandonado la cátedra y, a pesar de sus cincuenta y cuatro años, se había marchado al frente tras alistarse como soldado raso en la milicia popular.

*

¿Era posible olvidar aquellos días de junio y julio de 1941? Ardían los viejos archivos de los comisariados y de las empresas estatales, y la ceniza revoloteaba en las calles. A muchos les pareció entonces que no habría futuro ni se volverían a hacer planes de futuro.

Toda la memoria de los primeros años de Revolución había sido destruida. Las memorias del primer plan quinquenal, las dificultades y el entusiasmo de aquellos días, también habían sido reducidos a negra ceniza. Por las mañanas, tras haber oído el paso nocturno de los camiones, la gente murmuraba con el ceño fruncido que tal o cual comisariado había recibido la orden de partir hacia Omsk, en Siberia. A pesar de que la avalancha aún estaba lejos de Moscú, acercándose a Kiev, Dnepropetrovsk, Smolensk y Nóvgorod, los corazones de los habitantes de la capital se encogían ante una catástrofe que se presumía inexorable. El cielo del atardecer rezumaba misterio y quietud; las horas nocturnas pasaban lentas y agobiantes a la espera de la luz de la mañana... El primer informativo del día, el de las seis, sólo hablaba de desastres.

Un año después, en el tren hacia Moscú, Shtrum recordaba el texto de la primera circular del Alto Mando del Ejército Rojo transmitida por radio. Se le había grabado en la memoria.

«En la madrugada del 22 de junio de 1941, el ejército regular germano atacó nuestras tropas apostadas en la frontera desde el mar Báltico hasta el mar Negro...»

El 23 de junio se informó de que se libraban combates cerca de Siauliai, Kaunas, Grodno, Volkovisk, Kobrin, Vladímir-Volinsk y Brodi...

A partir de entonces, los informativos referían diariamente las nuevas direcciones en que avanzaban los alemanes. En la calle, en casa y en el trabajo la gente comentaba todos los días: «Hoy ha empezado una nueva ofensiva». Shtrum, al relacionar aquellos datos, pensaba atormentado: «¿Qué quiere decir que se libran combates en la región de Vilno? ¿Será al oeste o al este de la ciudad?». Entonces volvía a escrutar el mapa o la página del diario...

Un informativo comunicaba que el ejército del aire soviético había perdido en tres días 374 aviones, mientras que habían sido abatidos 381 cazas enemigos... Shtrum repasaba con insistencia aquellas cifras intentando deducir qué curso tomaría la guerra de allí en adelante.

Un submarino alemán se había hundido en el golfo de Finlandia... ¡bueno! Un piloto alemán al que habían tomado prisionero declaró: «Estamos hartos de la guerra, ni siquiera sabemos por qué luchamos...». Tras entregarse, el soldado germano redactó una proclama en la que exhortaba a derrocar el régimen hitleriano... Los prisioneros alemanes habían declarado que antes del combate se les daba aguardiente...

Al leer aquellas noticias, una alegría febril se apoderaba de Shtrum; al parecer, al cabo de algunos días el avance de los germanos se detendría y después serían expulsados definitivamente...

El informativo del 26 de junio dio la noticia de que los alemanes avanzaban rumbo a Minsk. Sus blindados habían logrado infiltrarse a través de las posiciones soviéticas. El día 28 se informó de que cerca de Lutsk se estaba librando una importante batalla en la que participaban hasta cuatro mil carros de combate de ambos bandos... El día 29 Shtrum se enteró por los diarios de que el enemigo pugnaba por penetrar la defensa rusa en dirección a Novograd-Volinsk, Shepetovka y Dvinsk… Corrió el rumor de que los alemanes habían ocupado Minsk y avanzaban por carretera hacia Smolensk.

Shtrum estaba hundido. Ya no intentaba convencer a sus familiares y colaboradores de que se detendría a los alemanes en la antigua frontera. Dejó de calcular cuántos aviones y blindados enemigos se derribaban y destruían cada día y la cantidad de combustible que consumían diariamente sus carros de combate; la cifra del combustible le servía a Shtrum de divisor

en una operación matemática cuyo dividendo era el supuesto total de las reservas de gasolina y petróleo de que disponían los alemanes.

Permanecía a la espera temiendo que los informativos anunciaran la ocupación de Smolensk y Viazma, próximos a Moscú. Mientras observaba los rostros de su esposa, de sus hijos, de sus compañeros de trabajo y de los desconocidos que se cruzaba en la calle, pensaba: «¿Qué va a ser de todos nosotros?».

La tarde del miércoles 2 de julio Shtrum fue con su mujer a la dacha, pues Liudmila Nikoláyevna necesitaba recoger algunas cosas para llevarlas a la ciudad.

Se sentaron en el jardín, sin decir palabra. Había refrescado; las flores destacaban en la penumbra del crepúsculo. Parecía que entre el último domingo de antes de la guerra y aquella tarde mediara una eternidad, y no sólo dos semanas.

Shtrum dijo a su esposa:

–Es extraño, pero no puedo dejar de pensar en mi espectrómetro de masas y en los positrones... Pero ¿por qué y para qué? Qué barbaridad... ¿Será por inercia o es que soy un maníaco?

Liudmila no respondió, y siguieron mirando la oscuridad en silencio.

–¿En qué estás pensando? –preguntó Shtrum.

–En Tolia. Pronto lo llamarán a filas.

Víktor Pávlovich buscó la mano de su mujer en la oscuridad y se la estrechó.

Aquella noche Shtrum soñó que había entrado en una habitación atestada de almohadas y sábanas tiradas por el suelo en la que había un sillón que, según le pareció, aún conservaba el calor de la persona que se había sentado en él poco tiempo antes. En la estancia no había nadie; al parecer, sus ocupantes se habían ido precipitadamente en mitad de la noche. Contempló largo rato un pañuelo que colgaba del sillón y, de pronto, tuvo la certeza de que su madre había dormido allí. Pero ahora la habitación estaba vacía...

Al día siguiente, por la mañana temprano, Shtrum fue a la planta baja, descorrió el camuflaje, abrió la ventana y encendió la radio.

Se oyó una voz pausada. Era Stalin quien hablaba: «La guerra contra la Alemania fascista –decía– no se puede considerar una guerra corriente. No se trata sólo de una guerra que libran dos ejércitos. Se trata de la lucha de todo el pueblo soviético contra las tropas fascistas...».

En ese punto, Stalin se preguntó si las fuerzas fascistas eran tan invencibles como ellas mismas se proclamaban. Víktor se acercó a la radio, ansioso por conocer qué respondía a eso.

«¡Por supuesto que no! –exclamó Stalin–. La historia nos enseña que jamás ha existido un ejército que sea invencible.» Esas sencillas palabras ayudaron a Víktor y a mucha otra gente a tener una visión de lo que les traería el futuro, a ver a través de las densas nubes de polvo que las botas de millones de soldados invasores fascistas habían levantado sobre el suelo de Rusia.

Esa mañana fue durísima para Víktor, pero nunca más, después de escuchar el discurso de Stalin, volvió a sentir el miedo y la pesadez en el corazón que conoció esos primeros diez días de guerra.

*

A mediados de septiembre de 1941 Víktor Pávlovich tenía que salir de Moscú hacia Kazán en un tren fletado por la Academia de Ciencias.

En el día fijado para la partida se produjo un intenso bombardeo, de suerte que el tren no partió y los pasajeros hubieron de refugiarse en el metro. Una vez dentro, desplegaron hojas de diario sobre los raíles y las piedras manchadas de aceite, se sentaron encima y así permanecieron hasta el amanecer.

Salieron a la luz en silencio, empapados en sudor, lívidos y extenuados a causa de la falta de aire. En el momento en que por fin pisaron la superficie, cada uno de ellos sintió por un instante un arrebato de dicha que no experimentan ni aprecian los seres acostumbrados a estar vivos: volvieron a ver la luz, a respirar el aire y a sentir en su piel el calor del sol de la mañana...

Durante aquel día el tren permaneció en una vía de reserva. Hacia el final de la tarde todo el mundo estaba trastornado.

Los aerostatos de la defensa antiaérea ya habían despegado, el azul del cielo se había enturbiado y las nubes habían adquirido un color rosado. A la vista de aquellas suaves tonalidades del ocaso, una mezcla de zozobra y congoja inundó los corazones de los que esperaban.

A las ocho de la tarde, el tren chirrió y abandonó el ambiente abrasador del andén para dirigirse hacia la frescura del campo, tan despacio como si los vagones hubieran dejado de creer en la posibilidad de movimiento.

Víktor Pávlovich estaba apostado en la plataforma viendo desaparecer, cada vez con mayor velocidad, los cables eléctricos, el cielo rosáceo y humeante, las casas y las calles moscovitas, los últimos tranvías de las afueras. La congoja que lo atenazaba fue cobrando intensidad: dejaba Moscú, ¡tal vez para siempre! Parecía inconcebible. Por un instante le asaltó la idea de arrojarse bajo las ruedas del tren.

Al cabo de cuarenta minutos de viaje, en Moscú dieron la alarma antiaérea. El tren se detuvo en mitad de un bosque y los pasajeros bajaron de los vagones. Por encima de Moscú los haces luminosos de la defensa antiaérea se cruzaron formando una enorme capa azulada y ondulante cuyos agitados movimientos desasosegaron los ánimos. Las estelas que dejaban tras de sí los proyectiles bordaron en el cielo vivos dibujos en rojo y verde, como si fueran hilos de colores enhebrados en una aguja de acero invisible. Los potentes cañones atronaban el aire, los proyectiles chisporroteaban al estallar. De vez en cuando unas enormes alas de color amarillo se agitaban pesadamente sobre la tierra, y entonces se oía un ruido sordo, pausado y amenazador: eran bombas incendiarias estallando en las calles de Moscú.

En el bosque había refrescado. Las hojas de los pinos, resbaladizas al tacto, olían a tristeza otoñal; sus troncos se erguían con mansedumbre de anciano en la quietud del anochecer. Un sentimiento complejo y contradictorio pugnaba por hallar cabida en el alma, pero se hacía difícil abarcar aquella mezcolanza de paz, tensión, sensación de estar a salvo, humo, fuego, muerte asolando Moscú, silencio y estruendo reunidos en un único espacio, deseo físico e instintivo de seguir hacia el este y la picazón agobiante de la vergüenza que provocaba aquel deseo.

El trayecto fue arduo a causa del bochorno, el lento avance del convoy, las largas paradas en Múrom y en Kanash...

Centenares de personas –funcionarios, científicos, escritores y compositores moscovitas– vagaban durante aquellas interminables paradas por entre los raíles conversando, entre otras cosas, sobre cómo conseguir agua caliente y patatas... Shtrum se sorprendía al reconocer a algunas de las personas con las que había coincidido en los conciertos en el Conservatorio, en las exposiciones de arte y en Gaspra y Teberd, lugares donde había ido a veranear.

Un admirador de Mozart que solía desplazarse hasta Leningrado para escuchar el *Réquiem* resultó ser un pendenciero y un desalmado: se había

adueñado de la litera superior [41] y se había negado a cederla a una mujer acompañada de un niño.

Otro era un buen conocido de Shtrum. Habían viajado juntos por Crimea en coches Lincoln de la agencia Intourist, [42] recorriendo Bajchisarai y Chufu-Kale. Entonces se había mostrado solícito y simpático. Sin embargo, durante el viaje a Kazán, ocultaba a sus compañeros de fatigas las provisiones de comida que poseía, y por las noches, recostado en su litera, masticaba monótonamente haciendo crujir los envoltorios. Una mañana Shtrum encontró en su bota una corteza de queso que, por lo visto, el hombre había dejado caer durante su solitario festín nocturno.

Pero además de los mezquinos y los desalmados, también había gente cuya pureza de pensamiento y generosidad resultaban conmovedoras.

No obstante, por encima de todas aquellas emociones se imponía un creciente sentimiento de angustia a la vista de un futuro que se intuía nebuloso...

En una ocasión, mirando por la ventanilla, Shtrum vio pasar despacio un tren de carga. Entonces le señaló a Sokolov uno de los vagones, en cuyo costado se leía «Ferrocarriles de Moscú, Kiev y Vorónezh», y dijo: *«Perfectum»*. Sokolov asintió con la cabeza y, tras señalar a su vez el vagón que pasaba en aquel momento y en cuyo costado se leía «Ferrocarriles de Asia Central», dijo: *«Futurum»*.

Las estaciones estaban abarrotadas de gente. Shtrum nunca olvidaría la imagen de dos conocidos suyos que caminaban entre dos filas de vagones de carga, rodeados de basura y desperdicios. Uno llevaba en la mano un hueso grande y roído y el otro una patata cocida.

Al recordar aquellos días aciagos Shtrum comprendió que las personas a las que en otoño de 1941 había considerado una multitud desvalida no eran tal. Simplemente no se había percatado de que existía una fuerza capaz de aunar los conocimientos, la laboriosidad y el amor por la libertad de millones de individuos... gracias a cuyos esfuerzos y lucha se mantenía viva la temible llama de la guerra popular.

Entre el desasosiego y la amargura, una chispa de dicha brotó en lo profundo de su conciencia. Acto seguido pensó: «Aquel presentimiento del año pasado fue erróneo: mi madre está viva y volveré a verla».

37

Llegaron a Moscú al atardecer. A aquellas horas la ciudad poseía un encanto triste e inquietante. Moscú no se resistía a la llegada de la noche: las luces en las ventanas y el alumbrado de las calles y las plazas seguían sin encenderse. La capital pasaba del crepúsculo a la oscuridad suavemente, tal y como anochecen los valles y los montes. Tan sólo quienes lo vivieron entonces podrían narrar más adelante, en tiempos de paz, cómo era el cielo del anochecer en Moscú durante aquellas primeras tardes de guerra, cómo la oscuridad, segura y tranquila, iba envolviendo los edificios y tornando invisibles las aceras y el asfalto de las plazas. A lo largo del muelle del Kremlin el agua del río Moskova brillaba a la luz de la luna con el apacible resplandor de un humilde arroyo cubierto de juncos. Durante la noche, los paseos y los parques municipales semejaban selvas impenetrables. Ni un solo rayo de luz, por tenue que fuera, estorbaba la lenta labor del anochecer. Las manchas blancas de los aerostatos, que por momentos semejaban las nubes plateadas de la noche, destacaban en mitad de un cielo azul ceniza.

–Qué extraño está el cielo –dijo Shtrum mientras caminaba por el andén de la estación moscovita.

–Cierto –asintió Postóyev–, pero aún más extraño sería que vinieran a recogernos en coche según nos prometieron.

Los pasajeros se dispersaron con rapidez y en silencio; en época de guerra nadie se acercaba a la estación para recibir a los recién llegados, y tampoco se veían mujeres ni niños entre ellos. La mayoría de los viajeros que habían bajado del tren eran militares enfundados en capotes, con sus macutos de color verde al hombro. Se marcharon aprisa y sin decir palabra, mirando de vez en cuando el cielo.

En el hotel Moskvá, Postóyev pidió a la recepcionista que no los alojaran por encima de la cuarta planta.

–Es lo que piden todos los huéspedes –dijo la recepcionista con una sonrisa–. A nadie le gustan los bombardeos.

–En absoluto, a mí precisamente me encantan –repuso chistoso Postóyev.

En el pasillo se cruzaron con muchos militares y guapas mujeres. Todos se volvían para mirar la figura del robusto y canoso Postóyev.

De detrás de las puertas entreabiertas llegaban voces estridentes y alguna que otra nota de acordeón. Los camareros de pelo cano trajinaban bandejas con los poco exquisitos manjares de aquel 1942 –gachas y patatas–, cuya sencillez contrastaba con el brillo que despedían los macizos recipientes niquelados en los que se servían. Sin embargo, cada bandeja traía además una panzuda jarrita de vodka. Esa era una de las indiscutibles ventajas del hotel Moskvá y hacía que muchos moscovitas se acercaran a él para rogar a los camareros que les llenaran del precioso líquido potes y vasijas.

Entraron en la habitación y se quitaron las gabardinas. Postóyev examinó las camas, comprobó el camuflaje de las ventanas y se acercó al teléfono.

–Habrá que avisar al gerente, la habitación no me gusta nada –dijo–. Además, deberíamos negociar con él para que nos dieran una comida mejor.

–Leonid Serguéyevich, es poco probable que el gerente suba a la octava planta para hablar con nosotros. Es mejor averiguar cuándo estará en su oficina y bajar a verlo.

En lugar de responder, Postóyev se encogió de hombros y descolgó el auricular.

Estaba en lo cierto, pues apenas se hubieron aseado, llamaron a la puerta; acto seguido, un hombre de tez morena y aspecto imponente entró en la habitación.

–¿Es usted Leonid Serguéyevich? –preguntó dirigiéndose a Postóyev.

–Sí, el mismo –respondió éste saliendo al encuentro del recién llegado–. Permítame presentarle a Víktor Pávlovich Shtrum.

El gerente sucumbió de inmediato al encanto de Postóyev, de suerte que se limitó a saludar a Shtrum con un simple movimiento de cabeza.

Unas pocas palabras sirvieron para que el asunto de la comida quedara arreglado atendiendo a las demandas de Postóyev; además, éste insistió al gerente en que necesitaban una habitación doble por debajo de la cuarta planta.

El gerente asintió con la cabeza y, tras apuntar algo en una libreta, dijo:

–Mañana podré ofrecerles algo más conveniente, ya vendré a avisarles.

La confianza en sí mismo que mostraba Postóyev en los asuntos prácticos de la vida se basaba en la absoluta convicción de que su trabajo era sumamente importante y de que sus conocimientos, así como su experiencia profesional, resultaban inestimables. Cualquiera que se

tropezaba con él comprendía enseguida que sus privilegios –viajar en primera clase, comer ternera en lugar de patatas u ocupar la butaca más cómoda en primera fila– no dependían de ninguna ley, sino que emanaban de su propia naturaleza.

Se había erigido en mentor de la industria nacional de aceros especiales, de modo que no le faltaban motivos para tener tal seguridad en sí mismo.

En el transcurso de la conversación el gerente mencionó los nombres de los eminentes científicos que se habían hospedado alguna vez en el hotel Moskvá: Vavílov, Fersman, Vedenéyev, Aleksándrov. Recordaba perfectamente en qué habitaciones se habían alojado pero, por lo visto, no sabía distinguir a qué disciplina se dedicaba cada uno de ellos: a la geología, a la física o a la metalurgia. El gerente, acostumbrado a tratar con personalidades de gran relevancia, hablaba con calma y seguridad, manteniéndose en un punto en que su afable cortesía mitigaba su cansina diligencia. En su conversación con Postóyev dio grandes muestras de aquélla y casi ninguna de ésta, denotando con ello que contaba a su interlocutor entre los más insignes huéspedes.

Después de que el gerente se hubiera ido, Shtrum alzó los brazos y exclamó:

–Leonid Serguéyevich, ¡por un momento he creído que faltaba poco para que el gerente nos trajera un coro de mozas vestidas con túnicas blancas y engalanadas con guirnaldas de rosas!

Postóyev se echó a reír, haciendo temblar su barba y sus pesados hombros. La silla en que estaba sentado empezó a tambalearse; el vaso que había sobre la mesa, al lado de una jarra, tintineó con el violento movimiento de aquel cuerpo que se desternillaba de risa.

–Uf –dijo resoplando Postóyev–, es que en el aire de un hotel siempre flota cierto microbio de frivolidad estudiantil, así que vaya usted a saber lo que se le puede ocurrir a uno...

Durante la noche, a pesar del cansancio, les costó conciliar el sueño; como no tenían ganas de conversar, se pusieron a leer. Les resultó gracioso comprobar que habían coincidido en la elección del libro para el viaje: *Las aventuras de Sherlock Holmes*. De cuando en cuando Postóyev se levantaba de la cama, tomaba sus medicinas y echaba a andar por la habitación.

–¿Está durmiendo? –preguntó de repente a Shtrum–. Se me encoge el corazón al pensar que nací en Moscú, en el Campo de Vorontsov, que aquí está toda mi vida y todo lo que amo. Mis padres están enterrados en el

cementerio Vagánkovskoye y quisiera que me enterrasen a su lado... ya soy viejo... Y mientras tanto, los malditos alemanes no dejan de avanzar.

La mañana del día siguiente Shtrum cambió de idea y, en vez de acompañar a Postóyev al comité, según lo previsto, decidió pasar por su apartamento moscovita y desde allí ir al instituto.

–Estaré en el comité sobre las dos, llámeme allí. Ahora aprovecharé para ir a los ministerios –le informó Postóyev.

Estaba animado y contento, entusiasmado con las reuniones de trabajo que le aguardaban durante el día. Ya no era el mismo hombre que, durante la noche, había hablado acerca de la guerra y la muerte.

38

Shtrum se dirigió a la oficina de correos para poner un telegrama a Liudmila Nikoláyevna. Fue caminando por la acera ancha y desierta de la calle Gorki, cuyos escaparates estaban protegidos con tablones de madera y sacos de arena.

Tras enviar el telegrama bajó de nuevo hacia Ojotni Riad, dado que había decidido cruzar a pie el Puente de Piedra, Yakimanka y la plaza Kalúzhskaya.

Una unidad militar marchaba a través de la Plaza Roja. Los rostros cansados y circunspectos de los soldados, el cielo sobre la capital, la inmensidad de la Plaza Roja, el Mausoleo de Lenin, las murallas y las torres del Kremlin se concatenaron de improviso en la mente de Víktor Pávlovich con una imagen del otoño del año anterior, cuando él, apostado en la plataforma del vagón, se despedía, al parecer para siempre, de Moscú.

El reloj de la torre dio las diez.

Siguió caminando por las calles. Cada menudencia, cada nuevo detalle llamaban su atención. Miraba las ventanas cruzadas con tiras de papel azul, una casa destruida por un bombardeo rodeada por una valla de madera, las barricadas levantadas con troncos de pinos y sacos de tierra, con troneras para cañones y ametralladoras. Contemplaba los resplandecientes ventanales de las altas casas nuevas y el enlucido desconchado de las viejas. En algunas paredes se leía «refugio antiaéreo», subrayado con una flecha blanca y brillante...

Observaba la menguante multitud moscovita: había muchos militares, mujeres con botas de caño y casacas. Miraba los tranvías medio vacíos, los veloces camiones militares cargados de soldados, las furgonetas pintadas con manchas verdes y negras en forma de virgulilla. Los cristales de algunos de aquellos coches estaban agujereados por impactos de bala.

Miraba a las mujeres que hacían cola en silencio y a los niños que jugaban en los patios y en los parquecitos. A Shtrum se le antojaba que todos ellos sabían que había regresado de Kazán el día anterior y que no había estado a su lado durante el crudo invierno moscovita de 1941...

*

Mientras intentaba vencer la resistencia de la cerradura, la puerta del apartamento vecino se entreabrió. Una mujer joven de rostro alegre se asomó al rellano y preguntó a Shtrum en tono risueño y severo a la vez:

–¿Quién es usted?

–¿Quién? ¿Yo? Pues debo de ser el dueño –respondió Shtrum.

Entró en el recibidor y aspiró el aire viciado del apartamento. Todo seguía igual que el día de su partida, excepto la película de moho verdiblanco y suave que se había formado en un pedazo de pan abandonado sobre la mesa del comedor; el piano de cola y las estanterías para libros estaban cubiertos de polvo gris. Debajo de la cama asomaban los zapatos blancos que Nadia llevaba en verano; las pesas de Tolia seguían en su rincón.

Todo aquello le entristecía, tanto lo que permanecía inalterable como lo que había cambiado.

Shtrum abrió el aparador y, tras tantear su interior oscuro con la mano, halló una botella de vino. La limpió con un pañuelo, buscó un abridor, descorchó la botella, se sirvió el vino en un vaso que había cogido de la mesa, bebió y encendió un cigarrillo.

Como no bebía a menudo, el alcohol le subió enseguida a la cabeza: la habitación se le apareció bonita y luminosa, y dejó de notar el aire sofocante y cargado de polvo del apartamento.

Se sentó al piano, tentó las teclas con cuidado, meditabundo, y escuchó el sonido...

La cabeza le daba vueltas, el regreso a casa le hacía sentirse contento y triste a la vez. Experimentaba una extraña sensación de retorno y de

abandono, de familia y de soledad, de libertad y de dependencia...

Todo le era habitual y familiar, pero al mismo tiempo le parecía reciente, insólito y desconocido. También él se veía a sí mismo distinto de como había creído que era hasta entonces.

Shtrum se preguntó: «¿Escuchará la vecina la música? ¿Quién es la joven de ojos alegres que se ha asomado a la puerta del apartamento del catedrático Menshov? Recuerdo que los Menshov fueron evacuados en julio de 1941».

Sin embargo, cuando dejó de tocar un sentimiento de inquietud se apoderó de él. El silencio lo abrumaba. Entonces se puso en movimiento, recorrió las habitaciones, se asomó a la cocina y empezó a prepararse para salir.

Ya en la calle se topó con el casero. Hablaron sobre el crudo invierno pasado, sobre las cañerías reventadas, sobre el pago de los créditos y sobre los apartamentos que permanecían vacíos.

–Por cierto, ¿quién es la mujer que vive en el apartamento de los Menshov? –preguntó al casero–. Sé que ellos están en Omsk.

–No se preocupe, es una conocida de los Menshov. Vino a Moscú desde Omsk para resolver ciertos asuntos. La empadroné por dos semanas, así que se irá un día de éstos.

De pronto acercó su cara arrugada a la de Shtrum, le guiñó un ojo con picardía y añadió:

–Es guapa, ¿verdad, Víktor Pávlovich?

Luego rió diciendo:

–Es una lástima que Liudmila Nikoláyevna no haya venido. Los barrenderos y yo la recordamos a menudo. ¡Apagamos tantas bombas incendiarias juntos!

Camino del instituto Shtrum pensó: «Lo que voy a hacer es recoger mi maleta del hotel e irme a casa».

39

Sin embargo, se olvidó de todo apenas hubo llegado al instituto y vio el césped familiar, el banco, los álamos y los tilos del patio, las ventanas de su despacho y de su laboratorio.

Sabía que el instituto no había sido alcanzado por las bombas.

El instrumental del laboratorio de Shtrum, ubicado en el piso principal, estaba a cargo de Anna Stepánovna Loshakova.

Era una mujer mayor, la única ayudante de laboratorio sin el título correspondiente. Poco tiempo antes de la guerra, los rectores de la institución habían planteado la posibilidad de reemplazarla por algún técnico cualificado, pero ante la oposición de Shtrum y Sokolov terminaron por confirmarla en su cargo.

A pesar de que el guardia le había dicho que Anna Stepánovna guardaba las llaves de las dependencias del piso principal, Shtrum encontró la puerta del laboratorio abierta.

El sol de verano iluminaba la sala. Los cristales de sus enormes ventanales resplandecían; el laboratorio entero, atestado de níquel, vidrio y cobre, brillaba; a primera vista no se advertía la ausencia de los instrumentos de más valor, trasladados a Kazán y Sverdlovsk durante el otoño del año anterior.

Víktor tenía la respiración agitada. Acababa de encender un cigarrillo. La cabeza le daba vueltas y no sabía si era por la excitación o por el vino que había bebido en la mañana. Apoyado en la pared, al lado de la puerta, se quedó observando el laboratorio. Aquel era el único lugar donde se sentía concentrado de veras. En cualquier otro ámbito era fácil que perdiera la concentración: en casa, con sus amigos, durante los viajes por mar, en el teatro, escribiendo cartas… Y ello era así porque toda la fuerza de su ánimo y toda su energía interior estaban alojadas en aquellas habitaciones. Era metido en ellas donde se percataba de todo. Y cada vez que traspasaba el umbral de su laboratorio, su vista, su oído y su atención toda se tornaban precisos y tenaces, y no había nada, por pequeño que fuera, que escapara de su vigilancia.

Aquí también lo tenía todo a la vista: los impecables cristales de las ventanas, el parqué lustrado, el metal noble y suave de los instrumentos que irradiaba salud e higiene. En la pared había un gráfico cuya curva señalaba la temperatura anual dentro del laboratorio, y Shtrum comprobó que durante el invierno no había descendido por debajo de los diez grados negativos.

Vio su bomba neumática protegida debajo de una campana, los instrumentos de medición guardados dentro de un armario acristalado y recién cubiertos con cloruro de calcio granulado para preservarlos de la humedad. Advirtió que el motor eléctrico, montado sobre un soporte

macizo, estaba en el lugar donde Shtrum se había propuesto instalarlo antes de la guerra.

Se volvió al oír unos pasos silenciosos y ligeros.

–¡Víktor Pávlovich! –exclamó una mujer que venía corriendo hacia él.

Era Anna Stepánovna. Shtrum la miró y se quedó impresionado por lo mucho que había cambiado, en contraste con la perfecta conservación del material que le habían confiado.

Emocionado, Shtrum encendió una cerilla e intentó prender el cigarrillo, que no se había apagado del todo. El pelo de Anna Stepánovna estaba salpicado de canas; sus mejillas, antes sonrosadas, se habían demacrado; tenía la tez gris y su frente despejada estaba surcada por dos profundas arrugas en forma de cruz.

Víktor le tomó la mano. Estaba salpicada de callos y su piel era oscura y rugosa como papel de lija.

En vista de lo que Anna Stepánovna había logrado durante el invierno, Shtrum no tenía palabras para agradecérselo. Además, ¿en nombre de quién le daría las gracias: en nombre del instituto, del profesorado o tal vez del presidente de la Academia?

Sin decir palabra, Víktor se inclinó y le besó la mano.

Ella lo abrazó y le dio un beso en los labios.

Luego pasearon codo con codo por el laboratorio, hablando y riendo. El viejo guardia estaba apostado en la puerta y los miraba con una sonrisa.

Entraron en el despacho de Shtrum.

–¿Cómo consiguió trasladar el soporte del motor desde la planta baja? –preguntó Víktor Pávlovich–. Para eso habrían hecho falta seis u ocho hombres fuertes…

–Eso fue lo más fácil. Durante el invierno, en el jardín del instituto se emplazó una batería antiaérea, de modo que los soldados me echaron una mano. Lo realmente duro fue trasladar seis toneladas de carbón a través del patio con un trineo.

El viejo Aleksandr Matvéyevich, guardia nocturno del instituto, les llevó una tetera con agua caliente. Anna Stepánovna sacó de su bolso un pequeño sobre de papel lleno de caramelos de color rojo apelotonados y cortó unas rebanadas de pan, cuadradas y finas, sobre una hoja de diario. Se quedaron en el despacho de Shtrum, tomando té en los vasos graduados del laboratorio y conversando.

Anna Stepánovna convidaba a Shtrum diciendo:

–Víktor Pávlovich, por favor, coma caramelos. Esta misma mañana he conseguido canjearlos por el cupón para azúcar de mi cartilla.

Aleksandr Matvéyevich recogió las migas de pan de la hoja de diario con sus dedos exangües y amarillentos por el tabaco, se las comió pensativo y dijo:

–Sabes, Víktor Pávlovich, el invierno pasado los viejos lo tuvimos muy difícil. Por suerte los soldados nos echaron una mano –acto seguido, al caer en la cuenta de que Shtrum podría haber tomado aquella observación por un reproche y por tanto no se atrevería a tocar el pan y los caramelos, añadió–: Pero ahora estamos mucho mejor. También a mí me corresponde un cupón para algo de azúcar este mes.

A Shtrum le bastó con observar el cuidado y la gravedad con las que Anna Stepánovna y Aleksandr Matvéyevich se llevaban el pan a la boca para darse cuenta de lo terrible que había sido el invierno en Moscú.

Después de tomar el té, Shtrum y Anna Stepánovna volvieron a recorrer el laboratorio mientras hablaban de trabajo.

Anna Stepánovna le preguntó por el proyecto, del que había tenido conocimiento en invierno, cuando Sújov todavía ocupaba el cargo de director.

–Ay, Sújov, Sújov... La víspera de mi viaje Piotr Lavréntievich y yo estuvimos recordando la visita que Sújov nos hizo hace unos meses a Kazán para hablar sobre el asunto –dijo Shtrum.

Anna Stepánovna le contó acerca de sus encuentros con Sújov durante el invierno.

–Fui al comité para pedir carbón. Se mostró muy cordial, incluso gentil al recibirme. Desde luego, aquello me agradó, aunque percibía en él cierto abatimiento referente a los temas administrativos; incluso llegué a pensar que no conseguiría nada. En primavera me topé con él en la entrada del edificio principal y enseguida me di cuenta de que algo había cambiado: desviaba la mirada, se movía con lentitud y se mostraba distante; sin embargo, yo me alegré, pues pensé que las cosas podían mejorar para nosotros.

–Exactamente, para nosotros, sí, pero los asuntos de Sújov no mejorarán nunca más –bromeó Shtrum–. Por cierto, ¿el teléfono funciona?

–Por supuesto.

–Gracias a Dios –dijo Víktor Pávlovich y empezó a marcar un número. Quería retrasar en lo posible la conversación con el superior que lo había

convocado, pese a que ya en el tren había consultado varias veces el número de teléfono escrito en su libreta. Cuando oyó la señal en el auricular volvió a ponerse nervioso y deseó que fuera la secretaria quien le atendiera diciendo: «Pímenov se ha marchado y no regresará hasta dentro de tres días».

Pero no fue así. Le respondió la voz de Pímenov.

Anna Stepánovna lo comprendió al instante nada más ver el gesto adusto y tenso de Shtrum.

Pímenov se alegró de que Shtrum le llamara y le preguntó cómo le había ido el viaje y si se encontraba cómodo en el hotel. Dijo que él mismo habría ido a ver a Víktor Pávlovich, pero que si no lo hizo fue para no distraerle durante su primera visita al laboratorio. Acabó diciendo aquello que Shtrum con tanta impaciencia aguardaba oír y que ya había perdido la esperanza de escuchar.

–La Academia ha destinado fondos para financiar trabajos de investigación –dijo Pímenov– en todos nuestros institutos, y en su laboratorio en particular... Los temas que usted había propuesto han recibido la aprobación, y el académico Chepizhin avala su proyecto. Por cierto, estamos esperando a que éste regrese de Sverdlovsk. Sólo se nos plantea una duda: ¿será posible obtener los metales necesarios para fabricar los instrumentos de experimentación que usted precisa?

Tras terminar de conversar con Pímenov, Shtrum se acercó a Anna Stepánovna, le tomó las manos y dijo:

–Moscú, la gran Moscú...

–Mire cómo le hemos recibido… –le contestó Anna Stepánovna entre risas.

40

Durante el verano de 1942, la vida en Moscú era un tanto peculiar. Sólo en los momentos más difíciles de las anteriores invasiones extranjeras las fronteras del país se habían estrechado tanto. Entonces un mensajero a caballo que llevara una orden del príncipe para algún jefe militar podía llegar desde el Kremlin hasta los confines de Moskovia en una sola noche. Allí, desde una colina, avistaba a los tártaros de tez amarilla, vestidos con

sus túnicas de guerra sudadas y sus gorros de piel rotos, galopando despreocupados por los hollados campos rusos.

Durante los aciagos días de agosto de 1812, un mensajero enviado por Rostopchín, comandante en jefe del ejército ruso, que fuera desde Moscú hasta el Estado Mayor de Kutúsov en busca de noticias, tardaba lo mismo. Después de descansar y comer algo para reponer fuerzas, emprendía el camino de vuelta para llegar con un paquete a la capital al atardecer del día siguiente. Una vez de regreso, se le podía ver en casa del gobernador, en la calle Tverskaya, contando a algún compañero que, por la mañana, desde un puesto de avanzada, había visto los uniformes rojos de los franceses: «¡Los he visto tan bien como te veo ahora!».

No había gran diferencia entre aquel agosto de 1812 y los terribles días del verano de 1942, en que un correo del Estado Mayor General salía por la mañana en un blindado para llevar un paquete dirigido al comandante en jefe del frente oeste. Una vez efectuada la entrega, conseguía un cupón para el comedor militar por medio de algún compañero, delegado de comunicaciones, almorzaba y, la noche del mismo día, ya en Moscú, contaba en su batallón que una hora y media antes había oído el retumbar de la artillería alemana.

Un caza que despegara del aeródromo central de Moscú era capaz de alcanzar la línea del frente en doce o catorce minutos, ametrallar a los alemanes que mancillaban con sus uniformes grises los boscajes de abedules y álamos temblones de Mozhaisk y Viasma, virar bruscamente sobre la sede del Estado Mayor de un regimiento germano y amenazarlos con el puño , y en un cuarto de hora estar de regreso en Moscú. Al bajar del avión el piloto iba en tranvía, pasando por la Estación de Bielorrusia, hacia el monumento a Pushkin al pie del cual lo esperaba una conocida con la que se había citado el día anterior.

Mtsensk, al sur de Moscú, Viasma, al oeste, y Rzhev, al noroeste, estaban en poder de los alemanes. Las regiones de Kursk, Oriol y Smolensk se encontraban en la retaguardia del Grupo de Ejércitos comandado por el mariscal Kluge. Cuatro unidades de infantería y dos de blindados, con todos sus servicios y convoyes, se hallaban a dos jornadas a pie de la Plaza Roja, el Kremlin, el Instituto Lenin, los teatros Bolshoi y del Arte, los colegios y las casas de partos moscovitas, los barrios de Rasgulai, Cheriómushki y Sadóvniki, los monumentos a Pushkin y a Timiriásev.

Los apoyos del cuartel general del frente occidental –los suministros, la intendencia y la redacción del diario de campaña– estaban ubicados dentro del perímetro de la ciudad. De modo que los moscovitas que los integraban estaban a la vez en casa y en el frente. Pasaban las noches en sus apartamentos vacíos, vertían en los platos domésticos la comida que traían en sus vasijas de campaña y dormían en sus camas de toda la vida calzados con las botas militares. En sus casas se instalaba una curiosa mezcla de guerra y paz. Las granadas de mano y las balas reposaban junto a los juguetes de sus hijos y las boinas y batas de sus mujeres. Las metralletas reposaban sobre el costado del sofá y las ventanas estaban cegadas con sábanas negras. En la quietud de las noches sorprendía escuchar cómo rechinaban las botas, en lugar del llanto parejo de los niños y el susurro de las pantuflas de las abuelas.

La línea del frente estaba muy cerca. Apenas un poco más lejos que en los terribles días de octubre de 1941.

Sin embargo, cuanto más avanzaban los alemanes en dirección al sudeste, tanto más se alejaba la guerra de Moscú. La línea del frente que pasaba cerca de la capital cada vez sufría menos cambios de situación.

Pasaban días y semanas sin que los bombarderos alemanes sobrevolaran la capital rusa; los moscovitas se habían familiarizado hasta tal punto con los cazas que zumbaban en el cielo que habían dejado de prestarles atención y sólo miraban hacia arriba cuando sobrevenía un breve silencio, sorprendidos ante la ausencia del acostumbrado ruido...

Los tranvías y el metro ya no se llenaban como antes. En la plaza del Teatro y cerca de la Puerta de Ilyinka la gente se movía con holgura incluso en las horas punta. Por las tardes, las mujeres soldado de la defensa antiaérea lanzaban con diligencia los aerostatos plateados de la barrera antiaérea en los paseos Tverskoi, Nikitski, Gógolevski y en Chístiye Prudí.

A pesar de que en otoño de 1941 centenares de instituciones, colegios, empresas y facultades moscovitas habían sido evacuadas, la capital no estaba vacía.

Los habitantes de Moscú se habían ido acostumbrando paulatinamente a la cercanía del frente, de modo que se dedicaban a asuntos tan cotidianos como proveerse de patatas y de leña para el invierno.

Había varias razones que hicieron que los ánimos se calmaran. La primera se fundaba en la engañosa sensación de que el peligro se había alejado de una vez por todas de Moscú.

La segunda residía en el hecho de que una persona no tiene la capacidad de permanecer durante mucho tiempo en un estado de tensión extrema, antinatural para el ser humano. El ser humano se adapta a tal estado e incluso logra serenarse no porque algo en el exterior cambie para mejor, sino porque la tensa espera que le domina se disuelve en la corriente de las labores y preocupaciones diarias. De la misma manera los enfermos consiguen hallar sosiego no porque su estado mejore, sino porque se habitúan a la enfermedad.

La última, real y verdadera razón consistía en que la gente, consciente e inconscientemente, tenía una fe inquebrantable en que Moscú jamás sucumbiría a los alemanes. Aquella fe se reforzó en noviembre de 1941. El enemigo había alcanzado los alrededores de la capital y estrechado el cerco desde allí hasta Riazán; sin embargo, se le obligó a retroceder hacia Mozhaisk y fue expulsado de Klin y Kalinin. Leningrado, castigado por el hambre, las heladas y el fuego enemigo, llevaba trescientos días resistiendo el asedio; esa oposición también contribuyó al reforzamiento de aquella fe, que reemplazó al sentimiento de angustia que embargaba a los moscovitas en septiembre y octubre de 1941.

En verano de 1942, los habitantes de Moscú consideraban que el tono empleado por los diarios y los informativos era demasiado severo y alarmante. El pensamiento de los ciudadanos mudaba de un modo sorprendente a tenor de las cambiantes circunstancias. Los criterios que regían a la hora de juzgar el modo de actuar de la gente también habían sufrido un vuelco.

En octubre de 1941 algunos de los moscovitas con actitud pancista desviaban la mirada cuando se les preguntaba por qué se resistían a subir a un tren y trasladarse al este.

En aquel entonces se calificaba de patriota a todo aquel que abandonaba todos sus bienes muebles e inmuebles para marcharse evacuado a Bashkiria o a los Urales junto con la fábrica o la institución donde trabajaba. Al que se oponía a la evacuación con el pretexto de que su suegra estaba enferma o porque no era posible cargar en el tren un piano o un espejo de tres caras se le tildaba de pancista o algo peor todavía.

Por el contrario, en verano de 1942 algunas personas, desentendiéndose de las auténticas e insignificantes razones que habían motivado su permanencia en Moscú el año anterior, declararon fugitivos a los que habían abandonado la ciudad. Aquellos pancistas pretendieron obviar el abismo

que había entre ellos y los verdaderos defensores de Moscú –voluntarios de la defensa antiaérea, trabajadoras, combatientes de los destacamentos de choque, soldados, miembros de las milicias obreras– que habían decidido permanecer en la capital dispuestos a derramar su sangre para protegerla.

Los pancistas campaban a sus anchas en Moscú y opinaban que el gobierno debería prohibir el regreso a la capital de todos aquellos que habían sido evacuados en 1941.

Las circunstancias cambian y con ellas los criterios que emplean las personas al juzgar sus propios actos y los motivos que los provocaron. La volubilidad de los puntos de vista en aras del provecho propio, por muy pequeño y efímero que sea, constituye la piedra angular del espíritu de todo pancista.

Quienes se habían marchado en octubre de 1941 llevándose unas pocas mudas de ropa interior, algunas hogazas de pan y unas botas de fieltro decían: «No tiene sentido dejar los apartamentos cerrados; que los combatientes que luchen por Moscú aprovechen todos mis bienes». Pero al cabo de menos de un año, aquellas mismas personas escribían a sus vecinos y a sus caseros rogándoles que vigilaran sus pertenencias y quejándose al respecto a los fiscales y a los jefes de las comisarías de barrio. Así, los pancistas se armaban de motivos suficientes para reprochar a los que se habían marchado su mezquindad.

Sin embargo, aquella anécdota apenas constituía un detalle irrelevante entre las peculiaridades de la vida moscovita de entonces. Lo realmente importante radicaba en otro punto.

Los trabajadores de Moscú que se habían quedado en la ciudad para defenderla levantando barricadas y cavando trincheras volvieron a las fábricas y retomaron su labor con vigor, energía y abnegación.

Quienes se habían marchado tenían la sensación de haberse llevado consigo la vida y el calor de la ciudad. En su imaginación veían las fábricas enterradas bajo la nieve, las calderas apagadas, los talleres desiertos y la maquinaria desmantelada, las casas transformadas en enormes bloques de piedra inerte. Creían que toda energía de vida había abandonado Moscú junto con ellos, para renacer en las nuevas obras de industria pesada en los Urales, en Bashkiria, en Uzbekistán y en Siberia. No obstante, habían subestimado la fuerza vital de aquella gloriosa urbe soviética. El poderío de Moscú resultó ser inagotable: las chimeneas de las fábricas volvieron a humear y las máquinas arrancaron de nuevo. Fue como si la capacidad de

trabajo de los moscovitas se hubiera duplicado, permitiéndoles arraigar en las tierras lejanas y hostiles de nueva construcción y aprovechar al mismo tiempo las raíces de su suelo patrio para proveer de una segunda vida a la industria de la capital.

Y eso dio lugar a una curiosa situación.

Los que se habían marchado empezaron a mostrar signos de inquietud: Moscú seguía viviendo sin ellos, de suerte que sintieron ganas de volver. Comenzaron a hacer gestiones para que les permitieran regresar, consideraban muy sabios a quienes se habían quedado, olvidando lo mucho que les había costado subir al tren en octubre de 1941. Quienes se habían marchado a Sarátov o a Astrakán decían: «Si en Moscú uno está mucho más seguro que en el Volga…», como si no se dieran cuenta de que la suerte de Moscú era inseparable de la del Volga y de la de toda Rusia.

La Moscú que en invierno echaba humo por los cañones de hierro de las chimeneas instalados en los montantes de las ventanas, la Moscú de las barricadas, la Moscú de los bombardeos aéreos, aquella cuyo cielo plomizo se iluminaba con los incendios y las explosiones, la que enterraba por las noches a las mujeres y a los niños caídos por las bombas: aquella misma Moscú recuperó su belleza en verano. En el paseo Tverskoi, poco antes del toque de queda, había parejas sentadas en los bancos, mientras que los tilos en flor despedían después de la lluvia tibia un aroma tan dulce y exquisito como, al parecer, jamás se había sentido en tiempos de paz.

41

Al tercer día de llegar a Moscú, Shtrum recogió sus cosas y dejó el hotel, a pesar de que allí había agua caliente y todos los días se servía vodka y vino a quienes lo desearan.

Una vez en casa, abrió las ventanas y entró en la cocina para coger agua y diluir en ella la tinta, que se había secado en el tintero. Tras abrir el grifo permaneció un largo rato esperando que el chorro –fino, lento y marrón– se aclarase.

Después de escribir una postal a su mujer empezó una carta para Sokolov en la que describía detalladamente su conversación con Pímenov y le informaba de que, por lo visto, al cabo de una semana o una semana y

media a lo sumo se cumpliría con los distintos requisitos formales exigidos para la aprobación del proyecto.

Escribió la dirección en el sobre y se quedó pensativo. Le asaltó un sentimiento extraño. Antes de llegar a Moscú estaba dispuesto a discutir acaloradamente en defensa de la importancia de su proyecto; no le hizo falta, pues todas sus propuestas habían sido aceptadas.

Cerró el sobre y echó a caminar por la habitación. «En casa se está de maravilla –pensó–, he hecho bien en venir.» Poco después ya estaba sentado a la mesa, trabajando.

De cuando en cuando levantaba la cabeza y aguzaba el oído, impresionado por lo silencioso del ambiente. Entonces cayó en la cuenta de que no escuchaba el silencio, sino que aguardaba que sonara el timbre. Quizá la mujer del apartamento de los Menshov de pronto llamara a la puerta y entonces Shtrum le diría: «Quédese un rato conmigo, es muy triste estar aquí solo».

Mientras escribía, inclinado sobre la mesa y absorto en el trabajo, la mujer en la que había estado pensando llamó a su puerta para preguntarle si podía prestarle un par de cerillas para encender el gas; necesitaba una para aquella misma noche, y la otra, para la mañana del día siguiente.

–No voy a prestarle dos cerillas sino que le regalaré la caja entera... Pase usted, no se quede en el pasillo.

–Es usted muy amable –dijo ella riéndose–, hoy en día las cerillas son un bien muy preciado.

Entró en la habitación, recogió del suelo un cuello de camisa arrugado y lo dejó en una esquina de la mesa. «Cuánto polvo y qué desorden hay aquí», observó.

Cuando se agachó para recoger la prenda había dirigido una breve mirada a Shtrum, de abajo arriba; a Víktor Pávlovich su cara le había parecido especialmente atractiva.

–Dios mío, tiene un piano de cola –dijo ella–. ¿Sabe tocar?

Tenía ganas de bromear con él, y le preguntó:

–Seguro que apenas sabe tocar… ¿*Chízhik*, [43] por ejemplo?

Él hizo un gesto de desconcierto. Era torpe y retraído con las mujeres. En aquel momento, como suele pasarles a las personas tímidas, creía comportarse como un hombre de carácter frío y experimentado en los asuntos de la vida. Daba por sentado que aquella mujer de ojos claros ignoraba los gustos de su vecino, dueño de una caja de cerillas, y no

concebía que ella pudiera advertir que estaba mirando sus finos dedos, sus piernas bronceadas, sus sandalias de tacón rojo, sus hombros, su pelo, las pequeñas aletas de su nariz y su pecho.

Shtrum seguía sin atreverse a preguntarle su nombre.

Luego la joven le pidió que tocara el piano. Shtrum interpretó algunas piezas que, según creía, ella conocería bien: el famoso vals de Chopin y la mazurca de Veniavski; luego, resoplando y sacudiendo la cabeza, pasó a Skriabin. Mientras tocaba miraba de reojo a la mujer. Ella le escuchaba atentamente, frunciendo el entrecejo.

–¿Dónde aprendió a tocar? –le preguntó a Shtrum cuando éste, al terminar, hubo bajado la tapa del piano y enjugado sus sienes y manos con un pañuelo.

En lugar de responder a la pregunta de su nueva conocida, Shtrum le preguntó:

–¿Cómo se llama?

–Nina; y usted es Víktor –dijo señalando a un tiempo la mesita en la que había una fotografía grande firmada con una dedicatoria, en la que se leía: «Para Víktor Pávlovich Shtrum de parte de los estudiantes de posgrado del Instituto de Mecánica y Física».

–¿Y su patronímico? –siguió preguntando Shtrum.

–Simplemente Nina, sin patronímico.

Shtrum le ofreció un té y le propuso que cenara con él.

Nina aceptó y luego estuvo riéndose al ver con qué torpeza se desenvolvía Shtrum mientras iba preparando el convite.

–Vaya manera de cortar el pan –decía ella–, deje que lo haga yo. No hace falta que abra las conservas, ya hay de todo en la mesa... Espere, espere, primero hay que sacudir el mantel.

Aquel simpático trajín de una mujer joven en un piso grande y vacío tenía un encanto especial y conmovedor.

Durante la cena Nina contó que vivía en Omsk junto con su marido, que trabajaba en la Unión de Consumidores del distrito. Su presencia en Moscú obedecía a que llevaba una partida de ropa de cama para los hospitales procedente de la fábrica textil de Omsk. A Nina la habían retenido en la capital a causa de los trámites burocráticos relacionados con la entrega de la remesa. Al cabo de algunos días viajaría a Kalinin, adonde habían sido enviados por error los papeles que ella tenía que llevar de regreso a Omsk.

–Tendré que volver a casa desde Kalinin –concluyó Nina.

–¿Por qué «tendré que»? –preguntó Shtrum.

–¿Que por qué? Por eso mismo –dijo con un suspiro.

Shtrum le ofreció vino.

Nina bebió medio vaso de vino de Madeira , la botella que Liudmila Nikoláyevna había pedido que Shtrum llevara a Kazán. Por encima de su labio superior aparecieron pequeñas gotas de sudor; empezó a abanicarse el cuello y las mejillas con un pañuelo.

–¿Le molesta que la ventana esté abierta? –le preguntó Shtrum–. ¿Por qué ha dicho «tendré que volver a casa» cuando lo habitual es decir «tendré que marcharme de casa»?

Ella rió y movió ligeramente la cabeza.

–¿Qué es esa cadenita que lleva? –se interesó Shtrum.

–Es un medallón; dentro hay una fotografía de mi difunta madre. ¿Quiere verla?

Se quitó la cadenita y se la entregó.

Tras echar un vistazo a la pequeña fotografía amarillenta de una mujer mayor, tocada con un pañuelo blanco al estilo aldeano, Shtrum devolvió el medallón a su invitada con sumo cuidado.

Luego ella dio unos pasos por la habitación y dijo:

–Dios mío, esto es tan grande que uno podría perderse.

–Me encantaría que usted se perdiera aquí –dijo Shtrum y se turbó por el atrevimiento de sus palabras.

Sin embargo, Nina no parecía haber captado aquella indirecta.

–¿Sabe qué? Deje que le ayude a limpiar el polvo y a recoger los platos –se ofreció ella.

–¡Qué dice! –se asustó Shtrum.

–¿Qué tiene de malo? –preguntó ella sorprendida.

Al final, Nina limpió el hule de la mesa y siguió hablando de su vida mientras fregaba los vasos.

Shtrum se quedó al lado de la ventana, escuchándola.

¡Qué extraña era aquella mujer y cuán distinta de todas las que conocía! Además, ¡qué bella era! ¿Cómo era posible que no dudara en contarle, con una sinceridad que partía el alma, cosas sobre sí misma, sobre su madre muerta y sobre su injusto marido?

Puerilidad y madurez se mezclaban inefablemente en su relato.

Contó que «un chico estupendo», técnico de montaje industrial, había estado enamorado de ella. En aquel entonces ella trabajaba como ajustadora

en un taller. Se arrepentía de no haberse casado con él y de haberlo hecho en su lugar con un vecino muy guapo, poco antes de la guerra, entonces apoderado de la Unión de Productores de alimentos de Omsk. Gracias al cargo que ocupaba, quedó exento de ir a la guerra.

Nina miró su reloj de pulsera:

–Bueno, es hora de que me marche. Gracias por la invitación.

–Gracias a usted. No sé cómo podría agradecérselo.

–Estamos en guerra; todos hemos de ayudarnos.

–Le doy las gracias no sólo por eso sino también por una velada maravillosa y por la confianza que me ha mostrado. Créame, estoy emocionado por cómo se ha sincerado conmigo –repuso Shtrum y se llevó la mano al corazón.

–Es usted extraño –dijo ella y lo miró intrigada.

–En absoluto, muy a mi pesar no soy extraño en absoluto sino una persona de lo más corriente. Usted sí que lo es. ¿Me permite que la acompañe? –preguntó e inclinó la cabeza en señal de respeto.

Durante unos instantes ella le miró a los ojos, sin parpadear. Su mirada escudriñadora denotaba sorpresa, sus pupilas se habían dilatado...

–Es usted... –dijo ella y suspiró al borde de las lágrimas.

Desde luego, Shtrum nunca hubiera imaginado que una mujer tan joven y guapa como aquélla hubiera sufrido tanto. «Sin embargo, es tan sincera y pura», pensó.

Por la mañana del día siguiente, al pasar junto a la anciana portera, sentada en una poltrona de mimbres trenzados, Shtrum le preguntó:

–¿Qué tal le van las cosas, Aleksandra Petrovna?

–Como a todo el mundo. Mi hija está enferma; yo quería enviar a los nietos al pueblo donde vive mi hijo, pero el jueves llegó una carta de mi nuera en la que dice que ha sido llamado a filas. ¿Cómo voy a enviárselos ahora, si la pobre se ha quedado sola con un niño de corta edad y una niña algo mayor?

42

Aquel mismo día, en el comité, Shtrum supo que Chepizhin por fin había llegado a Moscú. La secretaria de Pímenov, una mujer gruesa de sesenta

años que desaprobaba a los hombres sin importarle si éstos eran estudiantes de primero o catedráticos de pelo cano, dijo a Shtrum:

–Víktor Pávlovich, el académico Chepizhin pidió que le esperara. Vendrá sobre las seis de la tarde –miró a Shtrum y añadió en tono severo–: Es preciso que espere hasta que llegue, pues mañana mismo se marcha a Sverdlovsk.

Al decirlo soltó una risita y concluyó en voz baja:

–Tendrá que esperar bastante, porque estoy convencida de que Dmitri Petróvich llegará tarde.

Con aquello quería dar a entender que incluso el célebre académico tenía los defectos inherentes al sexo masculino, un sexo, a su criterio, antojadizo e incorregible.

Y había acertado. Chepizhin llegó poco después de las siete, cuando los despachos ya se habían quedado vacíos. Shtrum, inquieto, caminaba arriba y abajo por el pasillo bajo la áspera mirada del portero. Un secretario, que se había quedado de guardia, se preparaba para pasar la noche de la mejor manera posible acercando una mesa al sillón de su jefe.

Shtrum sintió alegría y emoción cuando, al oír los pasos de Chepizhin y volverse, reconoció al fondo del pasillo la fornida figura de su maestro. Al ver a Shtrum, Chepizhin le tendió la mano y dijo en voz alta mientras iba al encuentro de su antiguo discípulo:

–Víktor Pávlovich, por fin volvemos a encontrarnos... ¡en Moscú!

Chepizhin lanzaba preguntas rápidas e imprevistas...

–¿Qué tal la vida en Kazán? ¿Muy dura? ¿Piensa en mí de vez en cuando? ¿Qué tal la conversación con Pímenov? ¿Teme usted los bombardeos? ¿Liudmila Nikoláyevna volvió a trabajar en el koljós durante el verano?

Mientras escuchaba las respuestas de Shtrum, ladeaba ligeramente la cabeza. Sus ojos, alegres y serios a la vez, brillaban bajo sus anchas cejas.

–Leí su proyecto –dijo–. Creo que va en la dirección correcta. –Hizo una pausa y luego añadió en voz baja–: Mis hijos están en el ejército, a Vaniusha [44] lo hirieron. Su hijastro también está en el ejército, ¿no es así? Usted y yo deberíamos dejar la ciencia y alistarnos como voluntarios, ¿qué le parece la idea?

De repente miró a su alrededor y dijo:

–Eso está lleno de humo y polvo, el ambiente es irrespirable. ¿Por qué no vamos andando hasta mi casa? Está cerca, a unos cuatro kilómetros de

aquí. Desde allí un coche lo llevará a su casa. ¿Está de acuerdo?

–Por supuesto.

La ciudad estaba en calma. A la luz del atardecer la cara atezada y curtida de Chepizhin parecía aún más oscura, sus grandes ojos claros y perspicaces miraban con insistencia. Seguramente, aquél era el mismo aspecto que habría tenido Chepizhin mientras caminaba aprisa en una de sus excursiones por un sendero del bosque que se perdía en la oscuridad, hacia un lugar donde pasar la noche.

Al cruzar la plaza Trúbnaya, Chepizhin se detuvo y miró lenta y atentamente el cielo azul ceniza del atardecer. El cielo de sus sueños infantiles incitaba a una contemplación rebosante de tristeza y melancolía irracional... Pero no para él: el firmamento era un laboratorio del universo donde aplicaba la fuerza de su razón y lo observaba con los ojos de un campesino que mira un labrantío regado con su propio sudor.

La vista de aquellas centelleantes estrellas vespertinas tal vez evocara en su mente las explosiones de protones, las fases y los ciclos evolutivos del universo, la hipersolidez de la materia, las lluvias estelares y los huracanes de varitrones, los instrumentos que registraban el flujo invisible de la energía astral, las diferentes teorías cosmogónicas y sus propias conjeturas...

O tal vez otros pensamientos totalmente diferentes surgieran en la mente de Chepizhin mientras miraba con el ceño fruncido aquellas estrellas vespertinas que centelleaban en el cielo.

¿Tal vez recordara una hoguera en mitad de un bosque nocturno, su follaje negro de hojas delicadamente recortadas, el crepitar de los leños consumiéndose en el fuego y un perol cubierto de hollín en que se cocía, borboteando suavemente, el mijo?

Quizá le viniera a la memoria el recuerdo de cómo, cuando era un niño, se sentaba en la hora calma del atardecer sobre las rodillas de su madre y, envuelto en la calidez de su aliento y de sus manos, que le acariciaban la cabeza, no podía apartar la vista, maravillado y entre bostezos, de las estrellas.

Mientras tanto, los aerostatos habían ascendido entre las escasas estrellas y las frágiles nubes plomizas, y los gruesos haces de la defensa antiaérea punteaban el cielo aquí y allá. La guerra había irrumpido en las ciudades, en los campos de cultivo y en el cielo rusos...

Shtrum y Chepizhin caminaban despacio, en silencio. Víktor Pávlovich quería preguntar a Chepizhin sobre la guerra, sobre su trabajo, sobre los progresos del catedrático Stepánov –quien hacía poco le había visitado para consultar un asunto–, sobre lo que opinaba del proyecto de Shtrum y sobre aquel encuentro tan importante que Chepizhin había mantenido en Moscú y al que Pímenov había aludido en su conversación con Víktor Pávlovich. Sin embargo, no lo hizo.

Se daba cuenta de que en todo aquello subyacía otra cuestión que englobaba la guerra y el trabajo, y en definitiva, todo cuanto angustiaba su corazón.

De pronto Chepizhin miró a Shtrum y dijo:

–¡Fascismo! ¿Qué les ha pasado a los alemanes? Ante las atrocidades que cometen los nazis, dignas de la Edad Media, a uno se le hiela la sangre. ¡Queman pueblos, construyen campos de exterminio, masacran a los prisioneros de guerra y a los civiles… algo que no se ha visto desde tiempos prehistóricos! Al parecer, todo lo bueno que tenían desapareció sin dejar rastro. Ya no quedan entre ellos hombres honrados, magnánimos ni piadosos. ¿Cómo es posible? ¡Si nosotros descubrimos cómo eran los alemanes a partir del conocimiento de su maravillosa ciencia, su literatura, su música y su filosofía! ¿Y qué me dice de su movimiento obrero? ¿De dónde sale tanto malvado? Por ahí se dice que se han regenerado, aunque lo correcto sería decir que han degenerado. Parece que Hitler y su doctrina tienen la culpa de esa transformación.

–Desde luego –dijo Shtrum–, es lo primero que a uno se le ocurre cuando piensa en esas cosas: Mahoma va a la montaña y al mismo tiempo la montaña va a él. Sin embargo, el hitlerismo no apareció de la nada. No fue Hitler quien inventó eso de *«Deutschland, Deutschland über alles!»* [45] . Hace poco releí las cartas de Heine, su *Lutezia* , escritas hace cien años. Ya entonces hablaba sobre ese repugnante, hipócrita y vocinglero nacionalismo alemán y su estúpida animadversión hacia sus vecinos y otros pueblos extranjeros. Al cabo de medio siglo, Nietzsche empezó a predicar su concepto de «superhombre», la «bestia rubia» a la que todo le estaba permitido. En 1914 la flor y nata de la ciencia alemana aclamó al káiser, aprobó la guerra y la invasión de Bélgica. Entre ellos estaban Ostwald [46] y otras figuras más importantes si cabe. Cuando Hitler llegó al poder, sabía que sus propuestas serían sin duda bien recibidas; contaba con numerosos acólitos entre los industriales, los nobles prusianos, los militares y los

pequeñoburgueses. ¡Los consumidores nunca fallan a la cita! ¿Quién desfila con los regimientos de las SS? ¿Quién convirtió Europa en un enorme campo de concentración? ¿Quién metió en las cámaras de gas a centenares de miles de personas? Fue el fascismo, emparentado con la clase reaccionaria germana de antaño, su heredero de la jaez más horrible habido y por haber.

Chepizhin agitó la mano en señal de disconformidad y replicó:

–El fascismo es fuerte, pero su poder no es ilimitado. Eso hay que comprenderlo bien. En esencia, Hitler cambió no tanto la relación como la disposición de los ingredientes que constituyen la pella de la vida alemana. Todos los residuos humanos del capitalismo, toda la porquería y la basura que hasta entonces habían estado ocultas ascendieron, mientras que lo verdaderamente bueno y juicioso de la vida popular –el pan de la existencia– se hundió en el fondo hasta hacerse casi invisible, pero siguió vivo. Es indudable que el fascismo corrompió el alma de muchos; sin embargo, el pueblo permanece. El pueblo permanece.

Miró animado a Shtrum, le tomó la mano y siguió hablando:

–Imagínese una ciudad habitada por gentes con fama de honradas, buenas, sabias, compasivas y simpatizantes con las clases populares, a las que todo el mundo conocía, desde los más pequeños hasta los más ancianos. Aquellas personas contribuían a enriquecer la vida ciudadana: enseñaban en los colegios y en las universidades, escribían libros y artículos en los diarios obreros y en las revistas científicas, trabajaban y luchaban por los derechos de los trabajadores. Se las podía ver en público desde la mañana hasta la noche, todos los días. Estaban por doquier: en las fábricas, en las conferencias, en los colegios, en las calles y en las plazas. Sin embargo, al caer la noche otra clase de gente salía a la calle, gente cuya vida secreta y negocios sucios pocos conocían en la ciudad. Aquella gente temía la luz del día y merodeaba en la oscuridad, andando a escondidas a la sombra de los edificios. No obstante, llegó un momento en que las fuerzas brutas y tenebrosas irrumpieron de la mano de Hitler. A las personas que llenaban la vida de luz empezó a confinárselas en cárceles y en campos de exterminio. Muchas de ellas perecieron en la lucha, otras se escondieron. Durante el día ya no se las veía en las calles, en las fábricas, en los colegios ni en los mítines obreros. Ardieron los libros que habían escrito. Por supuesto, hubo quienes se traicionaron a sí mismos y siguieron a Hitler, mudaron de color y se tiñeron de marrón. Mientras tanto, aquellos que habían vivido

agazapados en la oscuridad de la noche salieron a la luz del día, haciendo ruido y llenando el mundo con su presencia y sus horrores. Entonces pareció que la razón, la ciencia, la compasión y la honradez habían muerto y desaparecido, aniquiladas. Se creyó que el pueblo había degenerado en una casta de canallas y malvados. Sin embargo, ¡eso no es cierto! ¿Lo comprende? La esencia de la razón, de la moral y de la piedad populares vivirá eternamente, haga lo que haga el fascismo para destruirla.

Prosiguió sin esperar la respuesta de Shtrum:

–Lo mismo se puede decir de una persona en particular. Uno es una mezcla de razones diversas y oculta muchas cosas en su interior, algunas de las cuales tal vez sean de naturaleza bruta y primitiva. Con frecuencia, una persona que vive en unas condiciones sociales favorables ignora cuanto se esconde en los sótanos de su propio espíritu. En el caso de que ocurriera una catástrofe social, ¡vaya usted a saber qué de porquería e inmundicia saldría desde aquel subsuelo, bullendo y enlodando las estancias limpias y luminosas!

A lo que Shtrum repuso:

–Dmitri Petróvich, dice que un hombre es una mezcla de razones diversas. Sin embargo, usted mismo y su vida entera lo desmienten: es puro y transparente, sin sótanos ni subsuelos. Ya sé que no es costumbre tomar como ejemplo a los presentes, pero para contradecir sus argumentos no es necesario evocar a Giordano Bruno ni a Chernishevski, basta con mirar alrededor. ¡Tal como lo explica no se puede comprender cabalmente lo que pasó en Alemania! Un hatajo de malvados, dice usted, irrumpió en la vida germana. Pero fueron ya muchas las veces en que la reacción alemana se hizo con el poder en los momentos decisivos, encabezada sea por Friedrich, por Wilhelm, o por Wilhelm Friedrich. Así que el asunto va más allá de un simple hatajo de malvados con Hitler a la cabeza, se refiere más bien a la esencia del militarismo prusiano, que promueve a esos canallas y a sus superiores. Krímov, un buen conocido mío, comunista, y ahora comisario político en el frente, me citó una vez las palabras de Marx acerca del papel de las fuerzas reaccionarias en la historia alemana. Dicen así: «Guiados por nuestros pastores, estuvimos en compañía de la libertad sólo el día de su entierro». De modo que en la época del imperialismo la reacción engendró al supermonstruo de Hitler, al que trece millones de alemanes confiaron su voto en las urnas.

–Eso es cierto hoy. Hitler triunfó en Alemania. ¡Comprendo lo que usted quiere decir! –asintió Chepizhin–. Pero es indiscutible que la moral y la piedad populares son indestructibles y más fuertes que Hitler y su hacha. ¡El fascismo será destruido mientras que los seres humanos seguirán siendo humanos en todas partes, y no sólo en Europa, ocupada hoy por los nazis, sino también en la mismísima Alemania! ¡La moral del pueblo! Su credo se basa en el trabajo libre, útil y creador; su esencia estriba en la afirmación de la igualdad, de la libertad y del respeto mutuos, que se fundamentan en la convicción de que los trabajadores de todo el mundo tienen derecho a ser libres e iguales sin que nadie los explote. La moral del pueblo es sencilla: mis derechos son sagrados, pues son los derechos de todos los trabajadores sobre la faz de la tierra. Mientras que el fascismo y Hitler afirman lo contrario con un ímpetu y una violencia excepcionales: mi derecho se basa en la ausencia absoluta de derechos de las personas, de las naciones y del mundo entero.

–Dmitri Petróvich, tiene usted razón: los seres humanos seguirán siendo humanos, mientras que el fascismo será destruido. Sería imposible seguir viviendo sin estar seguro de ello. Comparto su fe en la maravillosa fuerza del pueblo, usted es uno de los que me enseñaron a creer en ella. También sé que la fuente de esa fuerza está, en primer lugar, en los trabajadores, en los progresistas y los humanistas que se nutren de las ideas de Marx, Engels y Bebel. No obstante, ¿dónde se encuentra esa fuerza en la vida de la Alemania de hoy? ¿Acaso en la práctica de reducir a cenizas nuestro país, nuestras ciudades, nuestros campos y pueblos? ¡Es eso lo que me duele en el alma!

–Víktor Pávlovich –le reprochó Chepizhin–, la práctica de la vida y la teoría científica jamás deben divergir ni existir por separado. Y todo esto que hemos estado discutiendo tiene tanto que ver con la guerra como con las investigaciones que usted desarrolla hoy. En cierto sentido, se puede afirmar que la física ha progresado muy poco. A lo largo de su primera era, que duró cien mil años, solo le interesaban las mutaciones de la forma y la posición de la materia. El hombre primitivo se servía de palos o utilizaba un trozo de tendón para atar un pedernal a un garrote. Nunca alteró la química de la materia. Jamás infringió la integralidad de las moléculas. En la segunda era, que se prolongó otros cien mil años, el hombre se mantuvo operando en el anillo exterior de los electrones. Esa era dio comienzo con las hogueras, la química del vino y el vinagre, la extracción de metales y su

procesamiento en sencillos hornos, y concluyó con logros tales como la separación del nitrógeno y la síntesis de la pintura y del caucho. Ahora nos encontramos en el umbral de una nueva era, la era en la que meteremos la nariz en el núcleo del átomo. Se está creando una nueva tecnología. Pronto nuestras tecnologías parecerán tan anticuadas como luce un pedernal unido a un palo al lado de las turbinas de vapor y mercurio.

En centenares de miles de años hemos progresado de la física de los materiales a la física atómica, pasando por la química: hemos recorrido un camino equivalente a una ínfima fracción de una milésima parte de un micrómetro. Podría pensarse que la ciencia existe de espaldas a un mundo lleno de esfuerzo, de dolor, de sangre derramada, de esclavitud y de violencia, y sólo se interesa por las abstracciones de la razón, que pugna por penetrar desde el anillo de los electrones hasta el núcleo del átomo. Mientras tanto, el mundo acerbo de la existencia humana viene y se va como el humo, sin dejar tras de sí rastro ni memoria. No obstante, en nada se podría valorar la labor de un científico que pensara de esa manera. La ciencia está a punto de descubrir una fuente de energía de una potencia colosal; pero debe ser el pueblo quien tenga el control sobre esa energía, pues su enorme fuerza destructiva, descubierta por la ciencia, si cayera en manos del fascismo reduciría el mundo a cenizas. Es imposible comprender la realidad de hoy sin intentar anticipar el mañana. Sin embargo, la guerra es la guerra. Por eso mismo debe entenderse que aquellos que toman el triunfo provisional de la maldad por el advenimiento del reino eterno del oscurantismo nazi y, por consiguiente, la perdición irreversible del pueblo germano, andan muy errados.

Dibujó con la mano en el aire un amplio círculo alrededor de su cabeza y prosiguió con solemnidad:

–La energía es eterna, hagan lo que hagan para destruirla. La energía que el sol irradia al espacio atraviesa el vacío de la oscuridad y resucita en el follaje de un álamo, en el jugo vivificante de un abedul, se oculta en la presión intramolecular de los cristales y en el carbón mineral. La energía solar es el fermento de la vida. Lo mismo vale para la energía espiritual de un pueblo: puede ocultarse, pero es indestructible. Una y otra vez emerge de su estado latente para formar coágulos macizos, que irradian luz y calor, dotando la existencia humana de sentido. ¿Sabe qué? La mejor prueba de la inmortalidad de esa energía reside en que los cabecillas del violento e infame régimen fascista intentan convencer a los pueblos de que los nazis

son los paladines de la justicia y del bien sociales. Perpetran sus mayores crímenes a escondidas porque su experiencia les dice que el mal no sólo engendra el mal, sino que también es capaz de inducir al bien, además de reprimirlo. Son incapaces de justificar la idea fundamental del amoralismo fascista que afirma una soberanía personal, racial y nacional mediante la negación sanguinaria de la soberanía personal, racial y popular de los demás. Son capaces de ofuscar, engañar y arrebatar por un tiempo el alma de un pueblo, pero jamás podrán convencerla ni transformarla a su antojo.

–Y bien, Dmitri Petróvich, así pues, ¿resulta impensable percibir la luz sin percibir la oscuridad? ¿La eternidad del bien que lucha contra el mal sólo es posible en el caso de que éste también sea eterno? ¿Le he comprendido bien? –replicó Shtrum con una sonrisa. Al recordar su conversación con Krímov antes de la guerra, continuó–: Dmitri Petróvich, permítame que le contradiga de nuevo: las relaciones sociales precisan del estudio científico lo mismo que el mundo natural. Las leyes de la termodinámica no admiten puntos de vista subjetivos. ¡Usted que siempre ha sido partidario del principio de la causalidad y de la objetividad en la física! Si se acepta el esquema que acaba de proponer, uno se convierte sin querer en pesimista, que no en optimista, porque niega de hecho las ideas del progreso y del cambio. Comprendo que eso le permite creer que la capacidad que posee el fascismo para transformar las estructuras sociales y mutilar al ser humano no es ilimitada. Sin embargo, intente aplicar su esquema no ya al fascismo, que desaparecerá, sino a los fenómenos sociales de índole progresista como, por ejemplo, las revoluciones y los movimientos de liberación. Entonces verá que el esquema en cuestión augura el anquilosamiento porque, según él, ni siquiera la lucha revolucionaria de la clase obrera sería capaz de transformar la sociedad ni de hacer que el hombre alcance una cota más alta en su evolución. De ese modo, la cosa quedaría en un simple cambio de disposición de los ingredientes en la pella social. ¡Pero eso no es así! Desde que Rusia es soviética, el país, la economía, la sociedad y las personas que la componen han cambiado. ¡Ya no hay vuelta atrás por mucho que se intente desandar el camino! Mientras que, según usted, la sociedad es una especie de teclado en el que cada uno puede interpretar una melodía distinta sin que el teclado en sí cambie. Comparto su optimismo, su fe en el hombre y en la victoria sobre el fascismo. Sin embargo, no sólo se trata de restablecer la posición anterior a la guerra de los componentes de la sociedad alemana una vez Hitler sea

derrotado: se trata de transformar por completo esa sociedad saneando a un tiempo el terreno del que brotaron las guerras, la crueldad y, por último, los horrores del hitlerismo.

–Vaya, vaya, ¡qué manera de acorralarme! –se quejó Chepizhin–. ¡Y eso que fui yo quien le enseñó a polemizar, mas veo que fue en perjuicio propio!

–Dmitri Petróvich, perdone usted mi impetuosidad. Sabe mejor que yo que los físicos le apreciamos no sólo porque es usted una eminencia, sino porque además no intenta imponer su autoridad sobre nadie. Precisamente en la discusión acalorada y libre de todo dogmatismo radica el placer de colaborar con usted. Cuando lo vi llegar al instituto me alegré enormemente: en primer lugar, porque le quiero y porque se me presentó la oportunidad de hablar con usted sobre las cuestiones más importantes ahora. Además, sabía de antemano que usted no esgrimiría sus Tablas de la Ley para tratar de convencerme. Estaba seguro de que coincidiríamos en lo esencial, aunque tal vez disputáramos. Sin embargo, ¿con quién si no es con usted, mi maestro y amigo, podría discutir de un modo tan apasionado?

–Bueno, bueno, no será la última vez que discutamos –dijo Chepizhin–. Usted ha hablado de algo muy importante, de modo que habría que reflexionar detenidamente al respecto.

Chepizhin tomó a Shtrum del brazo y echaron a andar a buen ritmo, emocionados.

43

Nikolái Grigórievich Krímov, comisario político [47] de una brigada antitanques, llevaba varias noches seguidas sin poder dormir. Tras abandonar la zona de combate, la brigada se había desplazado a lo largo de la línea del frente hasta un sector en que las unidades móviles del enemigo habían abierto una nueva brecha.

Apenas la brigada hubo tomado posición de la zona que le había sido asignada para su defensa, fue atacada por una columna de blindados alemanes.

Al cabo de cuatro horas de combate los nazis tuvieron que desviar la dirección de su avance.

Tras recibir la orden de retroceder hacia la orilla oriental del Don, la brigada fue atacada durante su repliegue por otra unidad de blindados alemana y tuvo que entrar en combate en unas condiciones poco favorables.

En aquel choque la brigada sufrió numerosas bajas, de modo que el comandante en jefe del ejército ordenó que cruzaran el Don, abandonaran la zona de combate y repararan el armamento y su parque móvil para estar en disposición de volver a defender el sector, amenazado por los blindados enemigos.

El comandante advirtió que el descanso sería breve, de dos días como máximo, pero aún no había pasado ni la mitad del plazo prometido cuando la brigada recibió la orden de reemprender la marcha: los tanques germanos habían penetrado la defensa soviética a través de los caminos vecinales y avanzaban hacia el nordeste.

Corrían los días más duros de la segunda decena de julio de 1942 y, tal vez, de todo aquel período de la Guerra Patria.

El ordenanza del jefe del Estado Mayor de la brigada entró en la amplia y luminosa casa del presidente del soviet local, donde se hospedaba el comisario político. Krímov dormía en una cama ancha con un diario extendido sobre la cara para protegerse del sol.

El ordenanza, a punto de despertarlo, miraba indeciso el diario, que oscilaba con el movimiento acompasado de la respiración del comisario, mientras leía sin pensar las líneas de un comunicado de la Oficina de Información Soviética: «Después de los encarnizados combates en las proximidades de Kantemírovka...».

La dueña de la casa, una mujer mayor, dijo a media voz:

–Por todos los santos, no le despiertes. Acaba de dormirse.

El ordenanza movió la cabeza compungido y susurró en tono lastimero, compadeciéndose de Krímov:

–Camarada comisario, camarada comisario, se requiere su presencia en el Estado Mayor.

El ordenanza esperaba que Krímov gruñera y se resistiera a abandonar su sueño, de suerte que tardaría en despertarlo. Sin embargo, apenas hubo tocado el hombro del comisario, éste se incorporó de golpe, apartó de sí el diario, miró alrededor con los ojos inflamados e inyectados en sangre y se calzó las botas.

En el Estado Mayor Krímov recibió la orden de volver a cruzar el Don y ocupar posiciones defensivas. El comandante de la brigada ya se había trasladado a un pueblo vecino, donde estaba acuartelada la artillería y con la que, según comunicó por teléfono, cruzaría el río para luego dirigirse al Estado Mayor del ejército. Allí precisaría la situación e indagaría acerca de la misión encomendada a la brigada. La división de morteros del teniente Sarkisián ya había sido informada de la ruta que debía seguir y tenía la orden de ponerse en marcha al cabo de tres horas. El Estado Mayor de la brigada la seguiría.

–De modo que, camarada comisario, apenas hemos podido descansar en la orilla oriental del Don –dijo el jefe del Estado Mayor. Al ver los ojos inflamados de Krímov, añadió–: Tal vez pueda descansar durante una hora. El coronel y yo pudimos echar una cabezada, mientras que usted ha estado en las unidades durante toda la noche.

–No es momento. Voy a ponerme en camino, después ya se verá. Dígame cuál es la ruta, nos encontraremos al llegar.

Una hora más tarde, tras comprobar la disposición de las unidades para la marcha, Krímov indicó al ordenanza:

–Que el chófer vaya a recoger mis cosas y luego venga a buscarme al Estado Mayor.

El jefe del Estado Mayor observó con cierta tristeza en su tono de voz:

–Esta noche pensaba organizar una sauna para todos nosotros, y luego tomar unas copas juntos, pero veo que los alemanes no pueden prescindir de nuestra brigada ni por un día.

–Usted, mayor, no ha adelgazado nada durante estos últimos días –observó Krímov al mirar su cara redonda y bonachona.

–Demasiado honor para los alemanes si hubieran logrado que adelgazara.

–Efectivamente. Incluso diría que ha ganado algo de peso –señaló Krímov con una sonrisa.

–En absoluto. Peso lo mismo desde que cumplí treinta y seis años.

El jefe del Estado Mayor acercó a Krímov el mapa que había sobre la mesa y señaló:

–Mire cuál va a ser nuestra posición: está casi noventa kilómetros al este del lugar donde combatimos anteayer. ¡Los alemanes avanzan rápido! Adelgazar no adelgazo, pero hay cuestiones que me corroen día y noche:

¿dónde les pararemos los pies? ¿Dónde están nuestras reservas? Nuestras tropas están extenuadas, el desgaste del material es considerable.

En ese momento entró el ordenanza para anunciar que el coche de Krímov estaba listo.

–Nos veremos esta noche, levantaré el campamento dentro de una hora –concluyó el jefe del Estado Mayor.

Acompañó a Krímov hasta el coche sosteniendo el mapa en la mano. Cuando el comisario hubo tomado asiento al lado del chófer, el jefe del Estado Mayor explicó:

–Le recomiendo que no cruce el río por el paso principal ya que los alemanes lo bombardean día y noche. Vaya por el paso de pontones, es más seguro. Yo tomaré el mismo camino para trasladar al Estado Mayor.

–En marcha –ordenó Krímov.

El aire, el cielo, las casas rodeadas de árboles... todo en aquel pueblo, alejado de las principales rutas de la guerra, parecía apacible y tranquilo. Sin embargo, cuando el vehículo abandonó el camino vecinal para tomar la carretera, el cuadro de aquel día despejado y sereno empezó a empañarse con el polvo y el ruido del denso tráfico propio de una vía principal en tiempos de guerra.

Krímov encendió un cigarrillo y ofreció la pitillera al chófer. Éste, sin apartar la vista de la carretera, cogió un cigarrillo con la mano derecha tal como lo había hecho centenares de veces antes, de día y de noche, a ambos lados del Dnieper, del Donets y del Don.

Krímov miraba distraído la carretera; le resultaba familiar, idéntica a otras tantas en tiempos de guerra, estuvieran en Ucrania, cerca de Oriol o más allá del Donets, y aquella visión no le impedía centrarse en sus pensamientos. Al tiempo que reflexionaba sobre la inminencia del combate, intentaba predecir cuál sería la misión que el comandante en jefe del ejército encomendaría a la brigada de Krímov.

44

El coche se acercaba al Don.

–No deberíamos viajar de día, camarada comisario, hubiera sido mejor hacerlo de noche. Si los Messerschmitt se nos echan encima no tendremos

dónde refugiarnos, sólo hay estepa alrededor. A los alemanes les gusta dar caza a los coches, es como si Hitler les diera incentivos por eso.

–La guerra no puede esperar, camarada Semiónov –repuso Krímov.

El chófer abrió la portezuela del coche en marcha, la sostuvo abierta con la mano, echó un rápido vistazo hacia atrás y anunció:

–¡Ya estamos!... La rueda de atrás se ha pinchado, así que la guerra tendrá que esperar.

Aminoró la marcha, desvió el vehículo en dirección a unos cercanos arbolitos polvorientos y salió de la carretera.

–No se preocupe –le consoló Krímov–. Peor hubiera sido que nos sucediera cruzando el río.

Semiónov vio un pequeño refugio que alguien había cavado en la tierra y sonrió.

–Nuestros chóferes son capaces de apañárselas donde sea. A uno de la división se le estropeó el condensador del coche, y había perdido el de repuesto. Entonces se las ingenió para llegar hasta el taller usando una rana como condensador (había capturado unas cuantas), que daba para cinco kilómetros más o menos. Otro, según cuentan, se sirvió de un ratón –explicó riéndose, admirado de la anécdota–. ¡Qué mañosos somos los chóferes rusos!

Los árboles cerca de los cuales se habían detenido eran jóvenes, pero el polvo blanquecino que cubría sus hojas los hacía parecer viejos. Estaba claro que habían presenciado muchas cosas durante los últimos tiempos, pues crecían junto a un cruce de carreteras.

Convoyes de coches y de carros tirados por caballos se dirigían por la carretera hacia el este. Las vendas de los heridos estaban cubiertas de polvo, y algunos de ellos se servían de los cintos para llevar sus brazos lastimados en cabestrillo. Unos marchaban apoyándose en un bastón, otros sostenían en la mano una taza de latón o una lata vacía. Durante un viaje como aquél, los efectos personales, por muy valiosos que fueran, eran superfluos: sólo se necesitaba pan, agua, tabaco y cerillas; el resto, aunque fuera un par de botas de piel de becerro, no servía.

Había hombres heridos en la cabeza y otros en los brazos. También había unos pocos con heridas en el cuello y un número más pequeño aún que había sido alcanzado en el pecho. Sus vendas blancas sobresalían por las guerreras desabotonadas manchadas de sangre negra, congelada.

A los que habían resultado heridos en la barriga, la cadera, el costado, la rodilla o los pies no se los veía, pues los llevaban en camiones con techo de madera enchapada. De modo que quienes veían pasar las columnas de hombres podían pensar que solo los habían herido en la cabeza, las manos y los brazos.

Los heridos marchaban sin mirar a su alrededor, a no ser que fuera para avistar algún lugar donde abastecerse de agua sin desviarse demasiado de la carretera. Caminaban en silencio, indiferentes ante quienes los adelantaban y ante quienes dejaban atrás... El dolor y el miedo por sus propias heridas los aislaban del dolor de los demás.

A un lado de la carretera había mujeres, tocadas con pañuelos blancos, que cavaban trincheras al tiempo que escudriñaban el amplio cielo sobre la estepa por si venían «los canallas alemanes». Las estepas del Don estaban salpicadas de fortificaciones, aunque nadie defendía ninguna de ellas.

Los soldados que marchaban en dirección al este miraban las zanjas antitanque, las trincheras, los refugios, las alambradas y los puntos de resistencia… y pasaban de largo.

Los Estados Mayores también avanzaban hacia el este. Era fácil reconocerlos: en las cajas de los camiones, entre mesas, colchones abigarrados y las fundas negras de las máquinas de escribir se sentaban, cubiertos de polvo, los secretarios, que observaban atentamente el cielo. Los acompañaban algunas jóvenes con semblante triste, tocadas con gorras militares, con archivadores y lámparas de queroseno en las manos.

Marchaban talleres móviles de campaña, camiones cargados con equipamiento militar y menaje, vehículos pesados de los batallones de servicio aéreo que transportaban combustible, estaciones de radio portátiles, generadores y bombas protegidas por unas fundas hechas con tablas de madera. Un camión remolcaba un caza accidentado en combate y montado para su transporte en una plataforma. El avión, cuyas alas vibraban a causa del movimiento, parecía una cigarra medio muerta arrastrada por un diligente escarabajo de color negro.

Las unidades de artillería también se dirigían hacia el este. Los soldados montaban a horcajadas sobre los cañones, pintados de verde y cubiertos de polvo, a los que se abrazaban cuando las ruedas pasaban por encima de un bache. La infantería también marchaba hacia el este. Aquel día, nadie, absolutamente nadie, se dirigía al oeste.

Krímov miraba la estepa, la vida que se alejaba camino al este. Ya lo había visto antes cerca de Kiev, de Priluki, de Shtepovka, de Balaklea, de Valuiki y de Rósosh.

Parecía que la estepa jamás recuperaría la paz...

Pero llegaría un día –pensó Krímov– en que la ceniza y el polvo levantados por la guerra se asentarían, volvería el silencio, se apagarían los incendios, se desvanecería el humo y todo aquel mundo de estruendo, fuego y lágrimas se convertiría en pasado, en historia.

El invierno anterior, en una isba más allá de Korocha, el ordenanza de Krímov apellidado Rógov, que perecería más tarde en un bombardeo, observó sorprendido:

–Camarada comisario, fíjese en el papel de las paredes: ¡son hojas de diarios de antes de la guerra!

–Es posible que el propietario de la casa pegue más adelante las hojas de los diarios de hoy en las paredes; entonces, cuando regresemos aquí después de la guerra, usted me dirá: «Comisario, mire, son hojas de los comunicados de la Oficina de Información Soviética y de los diarios de la época de guerra...».

Rógov movió la cabeza con escepticismo. Y con razón: no sobreviviría a la contienda. Sin embargo, un día aquella gran guerra se convertiría en pasado y en recuerdo. Entonces serían los escritores quienes la describirían.

Krímov miró a los soldados heridos que se habían dejado caer a ambos lados de la carretera con sus rostros sombríos y las cabezas gachas y se preguntó si entrarían en las páginas de los libros que hablarían de la guerra. Ciertamente, el espectáculo que ofrecían no parecía apropiado para quien quisiera adornar la guerra con vistosos ropajes. Recordó la charla que mantuvo una noche con un viejo soldado a quien no alcanzó a verle bien el rostro. Se habían tumbado los dos en una zanja cubiertos por un único abrigo… Los autores de los libros futuros harían bien en ahorrarse conocer conversaciones como aquella… Tolstói lo tuvo más fácil, claro, porque escribió su libro grandioso y espléndido décadas después de la guerra de 1812, cuando ya el dolor y los tormentos que recordaba cada vena, y el horror de toda la sangre derramada, quedaban lejos y la memoria solo guardaba los aspectos grandiosos y luminosos de la guerra.

Semiónov guardó el gato, la llave y la cámara neumática negra, ya remendada, debajo del asiento polvoriento y escuchó un estruendo

atronador que, en vez de descender desde el cielo hasta la tierra como haría un trueno, ascendía desde la tierra atormentada hacia un cielo despejado.

Semiónov miró apesadumbrado los árboles emblanquecidos y apacibles; se había encariñado con aquel lugar, donde durante veinte largos minutos nada malo le había ocurrido.

–Están bombardeando el paso a través del río. Si esperáramos un poco, estaríamos más seguros.

Encendió el motor sin aguardar la respuesta del comisario, pues ya la conocía. El peligro se anunciaba inminente.

–Camarada comisario, hay coches ardiendo en el puente sobre el río –anunció Semiónov y, señalando con un dedo, contó los cazas alemanes–. ¡Ahí vienen, uno, dos, tres!

El agua brilló a la luz del sol con el siniestro resplandor de un cuchillo desenvainado. Los vehículos que habían cruzado el río trepaban resbalando por la arenosa orilla oriental. Había hombres que los empujaban con las manos, los hombros y el pecho, invirtiendo en aquella labor todo su afán por sobrevivir. Los conductores, al cambiar las marchas, tensaban el cuello y, con mirada fija y atenta, escuchaban el runrún del motor, intentando discernir si aquella vez el vehículo avanzaría o no, ya que quedarse atascado en la orilla significaba echar a perder la oportunidad de ponerse a salvo que el destino acababa de depararles.

Zapadores de caras sombrías deslizaban tablas de madera y ramas de pino debajo de las resbaladizas ruedas de los camiones; cuando los vehículos por fin ganaban la pendiente arenosa de la orilla y se adentraban en la carretera, los zapadores abandonaban su expresión lúgubre y se alegraban, como si fueran ellos a los que aquellos camiones iban a llevar sanos y salvos lejos del río. Pero apenas unos instantes más tarde ya volvían a recuperar sus rostros sombríos, cuando comenzaban a colocar ramas debajo de las ruedas del siguiente vehículo.

Los camiones aceleraban tan pronto accedían a la carretera. Los soldados más mañosos se agarraban de los laterales de sus cajas y, ayudándose con las piernas, se encaramaban a pulso para meterse dentro; otros corrían detrás a trompicones, hundiendo las botas en la arena, al tiempo que gritaban a los conductores: «¡Venga, venga!», como si les animaran a que no frenaran para esperarlos. Una vez se alejaban del río lo suficiente como para no correr el riesgo de ser bombardeados, los camiones detenían su marcha. Entonces los rezagados los alcanzaban y ocupaban su

lugar entre jadeos y risas. Una vez dentro, se volvían para mirar el río y liaban pitillos desparramando tabaco mientras decían:

–Ahora ya está, ya nos vamos...

Poco tiempo después aquella excitación se desvanecía cuando se percataban de que en aquella ansiada orilla donde se encontraban, la estepa era la misma que al otro lado del río, al igual que los rostros sombríos de la gente, los coches destrozados y abandonados, el ala azulada de un avión derribado que clareaba entre la hierba polvorienta.

Krímov ordenó al chófer que se detuviera. Tras bajar del vehículo echó a andar arrastrando los pies, zancudo y torpe, hacia el paso del río. Caminaba despacio, a trompicones, estorbado por los hierbajos ásperos y nervudos de la estepa que se le agarraban a los pies. Andaba con los ojos fijos en las puntas grisáceas de sus botas polvorientas, sin acelerar el paso ni mirar a los lados ni hacia arriba.

Cerca se oía el tableteo de un cañón antiaéreo, mientras en lo alto del cielo un caza alemán hacía aullar sus motores. De pronto un chirrido insoportablemente agudo rasgó el aire: un Junkers 87 empezó a descender en picado. La tierra retumbó como si una enorme hacha golpeara un leño húmedo intentando partirlo.

Se escuchó un quejido. No se podía saber si era voz de hombre o de mujer. La batería antiaérea repitió su tableteo, como un perrito de guardia que intentara morder los tobillos de unos ladrones tan ensimismados en su labor que no se percataran del pequeño que los molestaba.

Entretanto, Krímov seguía andando mientras miraba la tierra y la piel gris de sus botas, que la arena ardiente quemaba.

Su rostro adoptó de repente una expresión de frío desprecio. Un desprecio que se dirigía por igual a los alemanes que arrojaban las bombas, a los soldados y oficiales del Ejército Rojo poseídos por el pánico y al propio instinto de supervivencia que se había despertado en su interior. Ese instinto le daba órdenes a gritos: «¡Ten cuidado! ¡Corre! ¡Arrójate a esa zanja! ¡Esconde la cabeza en la arena!».

Pero Krímov era consciente de la existencia de una fuerza aún más tenaz que el instinto de supervivencia y siguió andando hacia el cruce de caminos sin mirar a los lados ni apurar el paso, depositando toda su fe en esa cruel fuerza de la razón.

Muchas, muchas veces, Krímov supo permanecer en pie, cuando todo en su alma era un grito que lo mandaba echarse a tierra. Una y otra vez

siguió avanzando cuando el instinto de supervivencia lo urgía a volverse atrás a la carrera. Lo que resultaba sorprendente, y pensó en ello mientras avanzaba hacia el puente, era que el instinto de supervivencia no se diera por vencido jamás. Tenaz y metódicamente pugnaba por frenar a Krímov, hacerlo retroceder o echar cuerpo a tierra cuando permanecía firme. Por lo visto, ese instinto podía ser ahogado, pero no vencido. Era tan invencible como tozudo. Tan absurdo como sabio. Resultaba tan irritante como los consejos de una madre. Pero también tan dulce como aquellos, porque nacía de un amor que no tenía nada en común con la razón.

Una nube de lento polvo amarillento y rápido humo negro ocultó la multitud, los camiones y los carros de la orilla derecha. Por el puente que cruzaba el río, de repente vacío, pasó corriendo un soldado con la cabeza descubierta. Su rostro estaba blanco y se apretaba la guerrera contra el vientre con las dos manos para sujetar las vísceras que se le salían. A punto de perder el conocimiento, su voluntad solo alcanzaba a impulsarlo a cruzar a la margen oriental del río. Estaba prácticamente muerto ya, pero continuaba andando movido por las ansias de escapar. Cuando llegó a la orilla que anhelaba, cayó desplomado. Y mientras caía, otros se erguían y seguían sus pasos.

Cuando Krímov hubo alcanzado el puente, el encargado del paso en el otro lado del río, un joven enclenque en grado de teniente que llevaba un brazalete rojo, corrió hacia los vehículos empuñando una pistola y gritando:

–¡Todos atrás! ¡Dispararé al primero que acceda al puente sin mi autorización!

A juzgar por el tono de voz, no era la primera vez que se desgañitaba profiriendo tales amenazas.

Los conductores salían de los refugios sin sacudirse el polvo ni la arena de sus ropas, subían a las cabinas y ponían los motores en marcha a toda prisa. Los vehículos vibraban sin moverse de sitio.

Temerosos de que los alemanes atacaran de nuevo, los conductores oteaban el cielo sin dejar de echar miradas furtivas al joven teniente, al que creían dispuesto a cumplir sus amenazas. Apenas el teniente les daba la espalda, pisaban suavemente el acelerador porfiando en acercarse al puente, hipnotizados por aquella pasarela de madera que atravesaba el río.

Cuando alguno de los vehículos avanzaba medio metro, el que estaba a su lado hacía lo mismo, seguido por el resto. Aquello parecía un juego: si el

que había avanzado el primero hubiese querido retroceder no habría podido hacerlo, dado que los de atrás empujaban con fuerza.

–¡No dejaré pasar a nadie hasta que reculéis! –chilló enfurecido el teniente blandiendo la pistola en alto.

Krímov entró en el puente y notó la frescura húmeda del río en la piel; después del suelo arenoso de la orilla, su paso se hizo rápido y ligero al pisar la madera.

Mientras caminaba por el puente se cruzaba con soldados de infantería que marchaban aprisa; al verlo, ralentizaban el paso, alisaban sus uniformes y hacían el saludo militar. Krímov sabía que cumplir debidamente aquel reglamento era de sumo valor en una situación de máximo riesgo. Dos días atrás, en otro lugar, vio como un general que cruzaba el río en su coche abría la portezuela y gritaba a la multitud que marchaba por el puente:

–¿Adónde van? ¡Abran paso! ¡Déjenme pasar!

Entonces, un soldado entrado en años apartado a un lado del camino por el alerón del vehículo oficial le dijo en tono extremadamente afable –aunque con cierto reproche–, como si se tratara de una conversación entre dos campesinos:

–¿Que adónde vamos? Ya lo ve, al mismo sitio que usted, pues compartimos las mismas ganas de vivir.

En aquella franqueza del viejo soldado había algo que hizo que el general cerrara de golpe y sin decir palabra la portezuela de su coche.

Mientras cruzaba el río Krímov tomó conciencia de su fortaleza, la fortaleza de quien camina despacio por el puente hacia el oeste, al encuentro del enemigo, a contramano de quienes se dirigían al este.

Se acercó al responsable del paso. La cara del teniente denotaba la fatiga extrema de las personas conscientes de que, por muy cansadas que estén, no tienen más remedio que continuar con su labor sin concederse un breve respiro. En tal estado ya no esperan nada bueno; sólo piensan: «No dejaré de cumplir con mi deber, pero ojalá me arranquen la cabeza, y cuanto antes, mejor».

El teniente dirigió a Krímov una mirada hosca, dispuesto a rechazar sus peticiones dado que sabía de antemano qué le pediría el comisario: que le permitiera pasar con el coche sin hacer cola bien porque transportaba a algún coronel herido, bien porque llevaba un correo importantísimo o bien porque el mismísimo comandante en jefe del frente le esperaba, y no podía prescindir de su presencia ni siquiera una hora.

–Necesito ir allí –dijo Krímov al tiempo que señalaba con la mano en dirección oeste–. ¿Da usted su permiso para cruzar?

–Si es allí donde quiere ir, haré que le dejen pasar ahora mismo –accedió el teniente y acto seguido enfundó la pistola.

Al cabo de unos minutos, dos soldados agitaron sus banderines para indicar que se abriera un corredor que dejara paso al coche de Krímov. Los conductores se asomaban a las ventanillas de las cabinas y comentaban entre ellos:

–Tú recula un poco, así podré recular yo también. Hay que dejar pasar a un comisario que tiene mucha prisa por llegar al frente.

Al ver la rapidez con que se había despejado el atasco, Krímov barruntó que el ejército en retirada mantenía vivo el deseo de avanzar. Creyó deducirlo de la facilidad y las ganas con las que los soldados que regulaban el tráfico, los conductores y el joven teniente, enronquecido, desquiciado y fatigado, se habían apresurado para permitir el paso de un coche solitario que se dirigía al frente.

Krímov se plantó en el puente y llamó a voz en cuello mientras agitaba el brazo:

–¡Semiónov, ven aquí!

En ese momento se oyeron gritos de alarma avisando de que los aviones del enemigo volaban hacia el puente.

Cientos de hombres huían de sus vehículos y se metían en la estepa o entre los arbustos, corriendo por la orilla del río hacia refugios y zanjas a los que les habían echado el ojo antes.

–¡Ven aquí! –se desgañitaba furioso Krímov sin volver la vista atrás.

Al fin, una pequeña nube de polvo se elevó por detrás del coche. Por lo visto, Semiónov, aunque a regañadientes, había puesto el vehículo en marcha y se dirigía hacia el puente.

Ahora ya todo el mundo corría. Ya no eran soldados, sino una multitud presa del pánico. Solo en el puente vacío, Krímov se percató con mayor claridad aún que antes de esa capacidad que tienen las masas humanas para desintegrarse en una simple multitud de personas o conformar una fuerza viva, un verdadero ejército. Aquella masa de gente que se agolpaba en la orilla del Don estaba integrada por personas que pensaban cada una en sí misma, porque a cada una de ellas la impulsaba su propio instinto de conservación. Y el tamaño de la multitud no hacía más que multiplicar la

soledad de esas pasiones individuales, mientras que el número ayudaba a que cada cual se preocupara solamente por sí mismo.

–¡Aprisa! –chilló Krímov y dio una patada en el suelo.

Sobre los pontones que había en el agua se apostaban dos soldados con el pecho apoyado contra los tablones del puente. Su trabajo se consideraba el más duro de todos, pues recibían mayor cantidad de cascos de metralla y de fuego enemigo que los zapadores y los soldados que regulaban el tránsito de vehículos, que desempeñaban su labor en la orilla. Además, en el agua y sobre aquellos endebles pontones, no había donde esconderse.

La contemplación del incesante flujo de tropas que huían había generado en esos dos hombres una opinión nada halagüeña del género humano. Asumida la inminencia de sus muertes, se permitían observar el mundo con una burlona indiferencia. Ese desdén era su última consolación. Habían visto la terrible debilidad exhibida por toda aquella gente y no compartían la idea de Maksim Gorki de que la palabra «humanidad» era motivo de orgullo.

Cuando el rostro de alguno de los que pasaban corriendo junto a ellos tenía un aire especialmente penoso, se decían uno al otro: «¡No te pierdas a ese, amigo!».

La certeza de que iban a morir muy pronto los había desposeído de algunos signos de civilización. Tenía las caras tiznadas y con barba de varios días y ya ni siquiera recordaban los nombres propios de los demás.

Mientras Krímov llamaba impaciente a su chófer, un pontonero dijo con ironía a otro, en alusión al comisario:

–Ése tiene mucha prisa por vivir.

El otro pontonero asintió impasible, sin una sombra de reproche en su expresión.

El comisario había oído sus palabras; cuando el coche entró en el puente, salió al paso del vehículo en vez de subir en marcha y alzó el brazo. El coche frenó bruscamente y derrapó. Krímov se acercó despacio a los pontoneros, extrajo la pitillera y se la alargó, invitándolos a cigarrillos.

–Esperad a que os dé fuego –les dijo.

Krímov podía sentir cómo se le aceleraba el corazón. Ciertamente, pararse en medio del puente cuando se aproximaban los bombarderos era un acto de una temeridad descomunal.

De repente, una airada voz de mujer resonó por encima de las aguas del Don. Era la de una campesina joven y robusta que, de pie sobre un carro

lleno de refugiados, gritaba iracunda agitando un puño en el aire:

–¡Cobardes! ¡Si es sólo una bandada de grullas!

Su semblante anguloso y cargado de furia le pareció a Krímov, por un instante, el rostro de Rusia.

Entonces, aquellos que se habían guarecido en los refugios vieron en lo alto del cielo azul una bandada de grullas que sobrevolaba majestuosamente, formando una cuña, el paso del río. Una de las aves empezó a dar lentas aletadas; le siguió otra, y luego otra, hasta que volvieron a planear.

–No es temporada de que migren, ¿será a causa de la guerra? –preguntó a Krímov el joven teniente mirando el cielo con curiosidad de niño.

Mientras Krímov caminaba junto al coche sorteando carros y camiones, las personas que había en la carretera, entre los juncos de la orilla y en la estepa, se echaron a reír, avergonzadas. Se reían las unas de las otras, de la mujer que los había increpado y de las grullas, que migraban sobresaltadas por la guerra.

Cuando el coche, con Krímov ya en el interior, se había alejado un kilómetro y medio del río, Semiónov llamó la atención del comisario y señaló el cielo: habían aparecido varios puntos negros. No eran grullas sino una escuadrilla de bombarderos que descendía en picado en dirección al puente.

45

Atardecía. Aquel verano, las puestas de sol en la estepa eran espléndidas. El polvo levantado por las explosiones y por millones de pies, de ruedas y de cadenas se elevaba sobre aquella llanura infinita y permanecía suspendido a gran altura, donde ya se notaba el frío gélido del espacio sideral, formando una fina capa.

Al atravesar aquel polvo finísimo, los rayos del sol poniente llegaban a la tierra desplegando una amplia gama de colores. La estepa es enorme. Lo mismo que el cielo y el mar, que mudan de color al atardecer, el suelo duro y seco de la estepa, de un gris azulado o amarillo durante el día, adquiere una tonalidad rosácea, azul o violeta oscuro cuando el sol empieza a ponerse.

Entonces desprende unos aromas magníficos: las esencias olorosas que el sol de verano evapora flotan, sin mezclarse, en lentas corrientes a ras de la tierra que se va enfriando.

El aire huele a ajenjo, a heno que acaba de empezar a secarse; de pronto, desde una hondonada llega, como una bocanada, un aroma intenso a miel. Más adentro la estepa huele a la hierba joven y húmeda que crece en el fondo de los barrancos, a la paja seca, polvorienta y quemada por el sol. De repente no huele a hierba, ni a humo, ni a sandía, ni tampoco a las hojas acres del guindo silvestre sino a la tierra misma, cuya respiración misteriosa conjuga la levedad del polvo, la pesadez de los estratos petrificados de las profundidades y el frío cortante de los ríos subterráneos.

Al atardecer, la estepa cambia de colores, desprende sus aromas y canta. Apenas llegan al oído humano, los incontables sonidos de la estepa se funden en uno y asaltan el corazón, llenándolo de paz, de pena y de desasosiego.

Los saltamontes chirrían, cansinos y tímidos, acaso preguntándose si merece la pena hacer ruido mientras oscurece; las perdices cuchichean intercambiándose mensajes antes de que la luz se desvanezca; a lo lejos cruje una rueda; la hierba susurra sosegada, agitada por un viento fresco, preparándose para dormir; trajinan los roedores y zumban los coleópteros... Los pacíficos sonidos de una vida a punto de cerrar los ojos coexisten con el graznido, lleno de emoción malhechora, de las lechuzas, con el zumbido áspero de las mariposas proserpina, con el reptar susurrante de las culebras de panza amarilla y con los ruidos de los animales de presa que de noche abandonan los escondrijos, los agujeros, los barrancos y las grietas en la tierra seca donde se cobijan durante el día. Mientras tanto, el cielo del anochecer se eleva sobre la estepa, haciendo que sea difícil distinguir si es la tierra la que se refleja en él o al revés, de suerte que parecen dos espejos enormes que se enriquecen mutuamente con el milagroso juego de la luz y la oscuridad.

Arriba, en mitad del silencio indiferente de las alturas celestiales, los incendios prenden uno tras otro, sin humo ni estrépito. Una nube alta y apacible, de color gris ceniza, se inflama por un extremo y un minuto después arde entera, como un rascacielos de ladrillo rojo y cristal brillante en llamas. Luego el fuego se expande al resto de las nubes –grandes y pequeñas, vaporosas y planas como hojas de pizarra–, que se encienden, se echan unas encima de otras y se vienen abajo.

La fuerza de la naturaleza es admirable. Tierra mojada, cubierta de álamos enjutos y de astillas desparramadas tras talas recientes; un pantano plagado de hierbas de colores vivos y tallos cortantes; boscajes y prados de los alrededores de las ciudades hollados por centenares de pies y atravesados por numerosos senderos; un riachuelo que desemboca en un fangal lleno de mogotes; el sol que de pronto asoma detrás de una nube sobre un campo segado y húmedo; las cumbres nevadas y envueltas en niebla de las montañas inalcanzables en un día ni en cinco: todo eso evoca la alegría, la amistad, la soledad, el destino, la felicidad y la pena humanas...

En busca de un atajo, dejaron el camino real y se adentraron por una pista vecinal, apenas visible entre la hierba que la cubría. La senda se extendía de norte a sur cruzando las carreteras, que iban desde el oeste hacia el Don. Los tallos de color plateado del ajenjo golpeaban los laterales del coche, desempolvándolo y desprendiendo nubecitas de polen. Aquel camino apacible que Krímov había escogido atravesaba una pequeña cañada y desembocaba en una carretera principal por la que marchaban aquellos que venían desde Chugúyev, Balaklea, Valuiki y Rósosh.

Al llegar a la carretera, Semiónov frenó y dijo con firmeza:

–No podremos pasar por aquí.

–Siga, siga adelante. Sólo necesitamos cruzar la carretera –lo alentó Krímov.

En la estepa, las extensas y abigarradas manadas de vacas extenuadas, que tropezaban y agitaban sus cabezas, avanzaban junto con los rebaños de ovejas formando una viva, densa y fluida mancha de color gris.

Resonaban los crujidos de los carruajes campesinos, marchaban con lentitud los carros que transportaban a los refugiados bajo unos techos multicolor de lona ucraniana, de contrachapado o de láminas de hierro, pintadas en rojo y verde, que habían sido arrancadas de los tejados de las casas. Detrás, cargados con hatillos, bártulos y maletas de madera de color verde, avanzaban en desbandada, con una expresión cansina y de resignación en sus caras, los caminantes.

Por debajo de las lonas de los carruajes asomaban rostros de ancianos y mujeres, las cabezas rubias, morenas y pajizas de los niños. Todos ellos –ancianos, mujeres, mozas y niños– estaban tranquilos y en silencio. A su alrededor todo crujía, chirriaba, zumbaba, pero eran incapaces de separarse de la masa que se movía por la carretera para tomarse un descanso, bañarse

y hacer un fuego. Se confundían en la vastedad de aquel tráfico lento a través de la estepa caliente y gris entre nubes de polvo amarillento. Los caminantes se habían acostumbrado al movimiento del carro que les precedía, a la respiración pesada de los bueyes y al empuje de quienes marchaban detrás; se sentían parte de un todo nacional y grandioso que se desplazaba pesada y lentamente de oeste a este.

Quienes abrían la marcha levantaban el polvo a su paso, que descendía sobre los que iban detrás. Entonces éstos decían de los de delante: «¡No hacen más que levantar polvo!», mientras que aquéllos replicaban: «¡No hacen más que empujar!».

Como las aves o los animales migratorios, los individuos que formaban parte de aquella masa en movimiento habían perdido aquello que los conformaba como individuos. Su mundo se había tornado simple de repente y en él solo había espacio para pensar en el alimento, el agua, el polvo, el calor y el río que cruzaban. Hasta el anhelo de preservar la vida y el miedo a caer pasto de las bombas habían quedado en suspenso. Ahora eran miembros de una gran corriente, cuyo avance nada podía frenar o suspender.

El corazón de Krímov se encogió de dolor.

El fascismo pretendía someter la existencia humana a unas reglas tan monótonas, desalmadas y absurdamente crueles como las que rigen la estratificación de sedimentos en el fondo marino, la erosión de los macizos montañosos y los cambios de temperatura. Pretendía subyugar la razón, el alma, el trabajo, la voluntad y los actos del hombre convirtiéndolo en un mineral e infundiéndole la infeliz y cruel docilidad de un esclavo, como la de un ladrillo que se desprende de un tejado y cae sobre la cabeza de un niño.

Krímov creyó haber abarcado en su corazón aquel enorme paisaje. El ocaso de la Europa fáustica anunciado ya por Oswald Spengler, el ocaso de Egipto y de la Grecia clásica no eran nada comparados con la tragedia que amenazaba ahora al más hermoso de los sueños de la humanidad. La lucha por alcanzar ese sueño costó un sufrimiento incalculable, mientras que su plasmación exitosa llenó los corazones de alegría.

La noche cayó enseguida y fue como si una lluvia de fría ceniza gris se abatiera sobre la tierra. Solo en el oeste, desafiando tozudamente las tinieblas, permanecieron los fogonazos de luz blanca que producían las

salvas de artillería, mientras que en lo alto del cielo brillaban unas pocas estrellas, tan blancas que parecían recortadas de la corteza de un abedul.

46

Cruzaron la carretera y siguieron adelante, cada vez más al oeste. El coche subió una colina baja desde la que se abría una amplia vista sobre el río.

–Camarada comisario, mire: hay vehículos que van desde el puente hacia el frente. ¡Debe de ser nuestra brigada! –exclamó Semiónov.

–No, no es la nuestra –repuso Krímov y ordenó al chófer que parara. Ambos bajaron del coche.

El sol poniente asomó por un instante detrás de las nubes azules y púrpura que se amontonaban en el oeste. Sus rayos alcanzaron la tierra oscurecida del atardecer en amplios trazos.

Por la llanura, desde el puente, un torrente de vehículos avanzaba a gran velocidad en dirección al oeste.

Camiones con tres ejes y de gran potencia arrastraban piezas de artillería con cañones de gran longitud que parecían deslizarse a ras de tierra. Detrás iban los camiones, cargados con las cajas blancas de los proyectiles, y los vehículos, armados con ametralladoras gemelas de cuatro cañones.

Por encima del paso del río flotaba una gran nube de polvo: las tropas se desplazaban hacia el oeste.

–Camarada comisario, son los refuerzos que marchan al frente –observó Semiónov–. Al este parece como si la estepa humeara.

Durante la noche, la brigada de Krímov tomó posición en la línea de defensa.

El comisario fue a ver al comandante, el teniente coronel Gorélik. Éste, frotándose las manos y encogiendo el cuerpo a causa del relente, explicó a Krímov los motivos por los cuales habían convocado a la brigada sin darle tiempo para descansar y recuperarse.

Según había ordenado el Estado Mayor General, dos de los ejércitos de reserva, reforzados con blindados y artillería pesada, debían tomar parte en la campaña.

La brigada tenía la orden de cubrir las unidades de infantería que marchaban hacia el frente, amenazadas por los tanques enemigos.

–Como si aparecieran de debajo de la tierra –contaba el comandante refiriéndose a las tropas de reserva–. No fui por el camino que había tomado usted sino por el que va desde Kalach. ¡Qué cantidad de vehículos! ¡A ratos avanzábamos en óctuple fila! La infantería marchaba a través de la estepa. Había muchos jóvenes. Las armas eran nuevas: metralletas y fusiles antitanque. Eran unidades completas y frescas. ¿Y usted qué cuenta? Seguramente no ha tenido tiempo para dormir.

–Así es.

–No se preocupe, el subcomandante del ejército me dijo que pronto trasladarían nuestra brigada a Stalingrado para reorganizar las fuerzas. Entonces dispondremos de tiempo para dormir... En el Estado Mayor, los de artillería se burlaron de mí diciendo que nuestra brigada era un vestigio obsoleto y que lo último eran las unidades de destrucción antitanque.

–¿De modo que se abre un nuevo frente, el de Stalingrado?

–Pues sí, ¿cuál es el problema? Allí combatiremos –respondió Gorélik.

El ruido de los vehículos y el rumor lejano de los motores de los blindados se prolongó hasta la madrugada, señal de que las unidades de reserva se iban distribuyendo a lo largo de la línea del frente. Aquellos nuevos contingentes, rebosantes de energía, afluían a los accesos al Don, infundiendo vida a la inerte estepa nocturna.

Antes de que amaneciera, el Estado Mayor de la brigada estableció comunicación con la división que durante la noche había tomado posiciones en la estepa, y a través de la división, con el Estado Mayor del ejército.

Un miembro del Consejo Militar del ejército llamó por teléfono preguntando por Krímov. El encargado de turno le pasó el auricular al comisario y le avisó:

–Ha pedido que espere y no cuelgue, al parecer le acaban de pasar una llamada urgente.

Krímov se quedó un largo rato al teléfono, apretando el auricular contra el oído. Le gustaba escuchar los ruidos de aquella insomne vida del frente que recorrían el infinito cable de la telefonía de campaña. Se oían las voces de los telefonistas que establecían comunicación y el hablar bronco de los jefes. Alguien decía: «No dejes de avanzar, así lo ordenó el número uno. Hasta que llegues a tu destino, nada de descansos». Otro, por lo visto, inexperto, preguntaba con disimulo un tanto ingenuo: «¿Qué hay de las cajitas? ¿Han llegado ya? ¿Tendréis suficiente con los pepinos y el agua que os enviamos?». Una voz de bajo informaba: «Hemos tomado posición de

defensa según la orden recibida». «Camarada Utvenko, los cañones se encuentran en posición de tiro», dijo con claridad otro. Alguien preguntaba en tono amenazador: «¿Dónde os habéis metido? ¿Estáis durmiendo o qué? ¿Tenéis clara la orden? Entonces ¡adelante!». Una voz ronca insistía: «Lúbochka, Lúbochka, me prometió que me comunicaría con la sección de distribución de combustible y no lo ha hecho. No está bien faltar a las promesas. No me diga que no fue usted quien me lo prometió, porque aunque jamás he visto su cara reconocería su voz entre mil». Un oficial de aviación comunicaba al Estado Mayor del ejército del aire: «Las bombas de doscientos han llegado... Los bombarderos acaban de sobrevolarnos, solicito permiso para un raid a las seis de la mañana». «¿Tiene el mapa delante? ¿Le queda claro cuál es la posición del enemigo? Concrete los datos del reconocimiento», dijo precipitadamente alguien de infantería.

Kostiukov, el jefe del Estado Mayor de la brigada, preguntó a Krímov:

–Camarada comisario, ¿por qué sonríe?

–Es que mientras ésos estaban hablando sobre bombas, tanques y demás, se oyó el llanto de un bebé: deben de haber establecido el puesto de comunicaciones en alguna isba; el crío se habrá despertado con hambre y helo ahí llorando sin parar.

–La naturaleza y las personas… –resumió el telefonista de guardia.

Al poco tiempo contestaron a Krímov. Su parte fue breve:

–La brigada está provista de munición y combustible; en el sector asignado para su defensa no se ha detectado presencia enemiga.

El miembro del Consejo Militar preguntó sobre las necesidades de la brigada. Krímov señaló que los neumáticos de los vehículos estaban muy desgastados, motivo por el que la brigada había tenido que detenerse varias veces mientras se dirigía a sus posiciones. El del Consejo Militar ordenó que enviaran una camioneta a buscar neumáticos de repuesto a un almacén del ejército en Stalingrado y le aseguró que haría la llamada pertinente.

–Eso es todo –concluyó.

Al colgar, Krímov dijo al jefe del Estado Mayor:

–Esta mañana hemos hablado sobre los refuerzos; por lo que he oído mientras esperaba, no hay duda de que está naciendo un nuevo frente.

–Por lo visto, llegan los refuerzos –asintió Kostiukov.

Al amanecer, Krímov y el comandante de la brigada fueron a inspeccionar las posiciones de tiro.

Los cañones, camuflados con hierbajos polvorientos, apuntaban fijos al oeste. Las caras de los combatientes parecían ceñudas a la luz del primer sol de la mañana. La estepa brillaba de rocío y despedía un fresco aroma. Ni una mota de polvo flotaba en el aire transparente. Un azul apacible y puro, sólo posible en una mañana de verano, inundaba el cielo de un extremo a otro. Las nubes, bañadas por el sol matinal, eran escasas, rosadas y pequeñas.

Mientras el comandante departía con los jefes de las baterías, Krímov se acercó a departir con los artilleros.

Al verle, éstos se cuadraron y le miraron con ojos sonrientes.

–Descansen, descansen –dijo Krímov apoyando el codo en un cañón. Los artilleros lo rodearon–. Y bien, Selídov, ¿otra noche sin dormir? –preguntó a un apuntador–. Volvemos a estar en la línea de fuego.

–Efectivamente, camarada comisario. Ha habido bullicio durante toda la noche. ¡Ha llegado un número enorme de tropas! Suponíamos que los alemanes no tardarían en atacar, así que hemos pasado la noche fumando hasta quedarnos sin tabaco antes del amanecer.

–La noche ha sido tranquila; tampoco se han dejado ver al alba –admitió Krímov–. ¡Qué maravilla de mañana!

–Camarada comisario, lo mejor es combatir por la mañana temprano, porque se divisa perfectamente desde dónde dispara el enemigo –observó un artillero joven.

–Cierto –confirmó Selídov–, sobre todo al amanecer. Aún está un poco oscuro, pero la visión es clara, especialmente si el enemigo dispara con balas trazadoras.

–Les vamos a dar duro, ¿verdad? –preguntó Krímov.

–Camarada comisario, nuestros artilleros no se apartarán de los cañones bajo ningún concepto. Hace tres días, durante el combate, pese a que la infantería había retrocedido y las manos de los fusileros alemanes rozaban ya nuestros cañones, seguimos haciendo fuego.

–¿Y de qué nos sirve? –repuso el joven–, si seguimos retrocediendo, acabaremos más allá del Volga.

–¡Es duro entregar nuestra propia tierra al enemigo! –dijo Krímov–. Pero se ha creado un nuevo frente, el de Stalingrado. Ahora disponemos de armamento excelente: blindados y artillería. ¡Una fuerza enorme! ¡Nadie debe dudar de que detendremos a los nazis! Además, no sólo los

detendremos, ¡los haremos retroceder sin piedad! Basta de batirnos en retirada: ¡Stalingrado está a nuestras espaldas!

Los soldados escuchaban en silencio mientras miraban a un pájaro de colores que daba vueltas encima del último cañón de la fila. Parecía que estaba a punto de posarse sobre el acero, tibio por el sol del amanecer. Sin embargo, se asustó y se marchó volando.

–No le gusta la artillería pesada –observó Selídov–, se ha ido adonde los morteros del teniente Sarkisián.

–¡Mirad, mirad! –gritó alguien.

Por todo lo ancho del cielo volaban, en dirección al oeste, escuadrillas de bombarderos soviéticos.

Apenas una hora después, el sol de la mañana empalideció. Los artilleros, con las caras polvorientas y empapadas en sudor, empezaron a acarrear proyectiles, a cargar cañones y apuntarlos contra los blindados alemanes que avanzaban a gran velocidad entre nubes de polvo. Y por encima de la polvareda levantada por los tanques, el fragor de la batalla terrestre resonaba en el alto azul pálido del cielo.

47

El 10 de julio de 1942, el 62.º Ejército entró a formar parte de las tropas que operaban en el sudeste del frente germano-soviético, y recibió la orden de tomar posición de defensa en un meandro de grandes dimensiones del río Don. Su objetivo era cortar el paso a las unidades alemanas, que avanzaban hacia el este.

Al mismo tiempo, el Estado Mayor General del Ejército Rojo ordenó el avance desde la reserva de un importante contingente de tropas que se uniría al flanco izquierdo del 62.º Ejército. De este modo, se creó una nueva línea de defensa destinada a detener las divisiones alemanas que intentaban llegar al Don.

Los primeros disparos que sonaron el 17 de julio señalaron el comienzo de una batalla defensiva en los accesos lejanos a Stalingrado.

Durante varios días se produjeron escaramuzas de poca importancia entre las avanzadas de infantería y de blindados soviéticos y alemanes. En aquellas refriegas solían intervenir compañías reforzadas y batallones.

Aunque breves, eran encarnizadas, permitiendo a las unidades que acababan de salir de la reserva poner a prueba la fuerza de sus armas y sospesar las del enemigo. Día y noche, se llevaban a cabo simultáneamente trabajos de fortificación para reforzar la línea de defensa ocupada por el grueso de las tropas. El 20 de julio las fuerzas alemanas pasaron a la ofensiva. Tenían por objetivo llegar al Don, cruzarlo sin dilación y, tras salvar la distancia que mediaba entre el Don y el Volga –a la que los oficiales del Estado Mayor germano denominaban «cuello de botella»–, irrumpir en Stalingrado antes del 25 de julio. Aquél era el plan de ataque que Hitler había trazado para sus tropas.

Sin embargo, muy pronto el mando alemán se dio cuenta de que «el vacío» no estaba en los accesos al Don, sino en el pensamiento de quienes habían fijado el objetivo de tomar la ciudad a la carrera y determinado los plazos para hacerlo.

Día y noche se libraban combates encarnizados. La defensa antitanque soviética era potente y activa. La aviación bombardeaba sin descanso las tropas alemanas en avance. Las unidades de infantería, armadas con fusiles antitanque, peleaban con tesón extremo. Los contraataques repentinos en algunos sectores impedían que los alemanes concentraran sus fuerzas.

Los blindados y las unidades motorizadas germanas que habían penetrado la defensa soviética cerca de Verjnebusínovka fueron detenidos con un contragolpe enérgico.

Sin embargo, aquellos combates, que habían durado más de tres semanas, no lograron frenar el avance de las tropas alemanas, que habían concentrado el grueso de sus fuerzas en los accesos lejanos al Volga. Aun así, la importancia de aquellos combates era notable, puesto que la ofensiva germana se ralentizó en extremo, y a ello se sumaba la gran cantidad de bajas humanas y de pérdidas de armamento que había sufrido el enemigo. Su plan de tomar Stalingrado a la carrera había fracasado.

48

La guerra sorprendió a Krímov en una época difícil de su vida. Yevguenia Nikoláyevna se había separado de él el invierno anterior y vivía a caballo entre la casa de su madre, la de su hermana mayor Liudmila y la de una

amiga en Leningrado. En las cartas que escribía a Krímov le hablaba de sus planes, de su trabajo y de sus encuentros con amigos. El tono de aquellos escritos era sereno y amigable, como si Yevguenia Nikoláyevna se hubiese marchado de visita y no tardara en regresar.

En una ocasión ella le pidió que le enviara dos mil rublos, y Krímov accedió encantado. Sin embargo, se molestó cuando, al cabo de dos meses, ella le hizo una transferencia devolviéndole el dinero prestado.

A Krímov le habría resultado más fácil encajar la ruptura si Yevguenia Nikoláyevna hubiera dejado de escribirle. Aquellas cartas, que llegaban cada mes y medio o dos, le atormentaban. Las esperaba con impaciencia, pero su tono tranquilo y amigable le entristecía. Si Yevguenia Nikoláyevna refería, por ejemplo, una salida al teatro, Krímov se desentendía de lo que ella opinaba sobre la obra, los actores y los decorados, preocupado tan sólo por leer entre líneas intentando adivinar con quién había ido, quién se había sentado a su lado en la sala y quién la había acompañado del teatro a casa, cosa de la que ella jamás hacía mención alguna...

El trabajo no colmaba de satisfacción a Krímov, aunque se aplicaba con celo, desde la mañana hasta la noche. Era jefe de departamento en una editorial dedicada a temas económicos y sociales. Debido a su cargo, se le amontonaban las lecturas y las correcciones, amén de tener que acudir a numerosas reuniones.

Después de que Zhenia se hubiera marchado, los conocidos de Krímov empezaron a visitar cada vez menos su casa, que se había vuelto inhóspita y siempre olía a tabaco. Sus antiguos compañeros de trabajo, que antes iban a verlo para contarle las novedades, compartir con él sus preocupaciones y pedirle consejo o apoyo, rara vez le visitaban o le llamaban por teléfono desde que había entrado a trabajar en la editorial. Los domingos, en casa, miraba de cuando en cuando el teléfono esperando que alguien le llamara. Sin embargo, en ocasiones el teléfono no sonaba en todo el día, y si lo hacía, resultaba ser, para disgusto de Krímov, algún colaborador que quería tratar con él un asunto de trabajo o algún traductor que empezaba a hablar cansada y profusamente sobre el libro en que trabajaba.

Krímov escribió a su hermano menor Semión, afincado en los Urales, proponiéndole que se trasladara con su mujer y su hija a Moscú, con la promesa de cederles una de las habitaciones de su apartamento. Semión era ingeniero metalúrgico y había trabajado varios años en Moscú después de licenciarse. En todo aquel tiempo no logró que le concedieran una

habitación en la capital, así que tuvo que instalarse en las afueras: ya en Pokróvskoye-Stréshnevo, ya en Vishniakí, ya en Losinka, por lo que tenía que levantarse a las cinco y media de la mañana para no llegar tarde a la fábrica.

En verano, cuando muchos de los moscovitas se trasladaban a sus dachas, Semión alquilaba una habitación en la ciudad por espacio de tres meses; entonces Lusia, su mujer, tenía la oportunidad de gozar de las comodidades propias de una vivienda urbana: electricidad, gas y bañera. Durante aquellos meses podían descansar de las estufas humeantes, de los pozos de agua helada en enero y de las montañas de nieve a través de las cuales había que abrirse paso camino de la estación de tren antes de que amaneciera.

–Semión pertenece a esa clase de nobleza que en invierno vive en la dacha y en verano, en la ciudad –bromeaba Krímov al respecto.

A veces Semión, acompañado de su mujer, iba de visita a su casa. Durante aquellos encuentros Krímov se daba cuenta de que la vida que él llevaba les parecía extremadamente interesante y sustancial.

–¿Qué hay de vuestra vida? Contadme, por favor –los animaba Krímov.

–Qué le vamos a contar, no tiene nada de interesante –respondía Lusia con una sonrisa tímida bajando los ojos.

–Efectivamente, ¿qué quieres que te contemos? Mi trabajo de ingeniero es de lo más normal... He oído que asististe a un congreso de los sindicatos del Pacífico, ¿es eso cierto? –añadía Semión.

En 1936, Semión y Lusia, a punto de dar a luz, se mudaron de Moscú a Cheliábinsk. De las cartas que Semión escribía a su hermano desde los Urales se desprendía el amor y la admiración que sentía por él. Apenas hablaba de su trabajo, pero cuando Krímov le propuso que regresara a Moscú, Semión contestó que no podía ni tampoco quería hacerlo porque había accedido al cargo de subjefe de ingenieros de una fábrica importante. Pidió a Krímov que los visitara en Cheliábinsk, aunque fuera por unos pocos días, para conocer a su sobrina. «Tenemos las condiciones adecuadas para que puedas descansar: nuestra casa, un chalé, está en medio de un bosque de pinos. Junto a ella Lusia plantó un bonito jardín», le escribió.

Krímov se alegró de los progresos de su hermano, pero entendió que ya no volvería a Moscú. Al proponerle que regresara había fantaseado con la idea de la comuna familiar que se instalaría en su casa: por las noches, a la

vuelta del trabajo, cargaría en hombros a su sobrina de cuatro años y los domingos por la mañana la llevaría al zoológico.

A los pocos días del inicio de la guerra, Krímov solicitó al Comité Central del Partido que lo enviaran al frente. Se le destinó en la dirección política del frente sudoeste.

El día en que cerró la puerta de su apartamento con llave y se dirigió en tranvía a la estación moscovita de Kiev, cargando un macuto de color verde y un maletín, recuperó la serenidad de ánimo y la confianza en sí mismo. Imaginó que se había librado de su soledad dejándola encerrada dentro del apartamento; cuanto más se acercaba al frente el tren en que viajaba, más tranquilo y seguro se sentía. «Como si hubiera sosiego en la tormenta…», repetía para sí mismo. Ese verso de Lérmontov volvía a su mente día y noche una y otra vez.

Por la ventanilla del compartimento vio la estación de carga de Briansk –un amasijo de hierros y hormigón– arrasada por las bombas. Sobre las vías descansaban los esqueletos rojinegros de los vagones calcinados. En un andén desierto resonaban las palabras emitidas por un altavoz: Moscú desmentía los infundios de Transocean, la agencia alemana de noticias.

En su marcha, el tren dejaba atrás las estaciones que Krímov tan bien había conocido en los tiempos de la Guerra Civil: Teréschenkovskaya, Mijáilovski, Krolevets, Konotop...

Parecía que los prados, los robledales, los pinares, los trigales, los campos de trigo sarraceno, los altos álamos, las casas encaladas que a la luz del crepúsculo semejaban rostros de una palidez mortecina, y todas las cosas de la tierra y del cielo rezumaban tristeza y desasosiego.

En Bajmach, el tren sufrió un duro bombardeo, a resultas del cual dos de los vagones quedaron destrozados. Las locomotoras zumbaban, en sus voces de hierro se palpaba la angustia de un ser viviente.

En un trecho del camino el tren tuvo que parar dos veces: un Messerschmitt 110 bimotor pasaba en vuelo rasante disparando su cañón y su ametralladora de gran calibre. Los pasajeros huyeron campo a través y luego volvieron a los vagones mirando a su alrededor, ante el temor de un nuevo ataque.

Cuando poco antes de amanecer cruzaron el puente del Dnieper, era como si el tren tuviera miedo del estruendo que se propagaba al pasar sobre aquel río oscuro con bancos de arena blanca.

Mientras vivía en Moscú, Krímov suponía que los combates se libraban en algún lugar cerca de Zhitómir, donde lo habían herido en 1920 durante un enfrentamiento con los polacos simpatizantes con el Ejército Blanco. En realidad, los alemanes se encontraban en los alrededores de Kiev, cerca de Sviatóshino: en su intento por avanzar en dirección a Demíyevka, combatían contra la brigada de paracaidistas comandada por Rodímtsev. Al llegar a su destino Krímov supo que la retaguardia soviética estaba amenazada por los blindados de Guderian, que avanzaban desde el nordeste, procedentes de Roslavl, hacia Gómel. Mientras tanto, el grueso de las tropas comandadas por Kleist se desplegaba, partiendo del sur, a lo largo de la orilla izquierda del Dnieper. Dos enormes pinzas estaban a punto de cerrarse dejando a las tropas soviéticas aisladas en Kiev y el margen izquierdo del río.

El jefe de la dirección política del frente sudoeste, comisario de división, resultó ser una persona tranquila y metódica, que conversaba con calma y en voz baja. A Krímov le agradó que el comisario le hablara con franqueza acerca de la difícil situación que atravesaba el Ejército Rojo, sin perder el aplomo propio de su cargo. Daba la impresión de que podía continuar firmando órdenes sin inmutarse y escuchar los partes de sus subordinados, aunque la sede de la dirección política pareciera estar instalada en el cráter de un volcán en erupción.

Tras ser debidamente instruido, Krímov recibió la orden de desplazarse a uno de los ejércitos del flanco derecho para pronunciar allí unas conferencias. La división, que cerraba el flanco, estaba desplegada en la tierra bielorrusa, entre bosques y pantanos.

Pero antes de marchar, Krímov pasó por el centro de mando, donde encontró a un grupo de altos oficiales de pie en torno a un mapa. Un general entrado en años y el rostro surcado de arrugas se mesaba el cabello gris y decía con desgana y un deje burlón:

–Parece que el mando alemán ha decidido poner en marcha un cerco colosal, el mayor que conozca la historia… –seguidamente señaló los extremos sur y norte del enorme arco en cuyo centro se hallaba Kiev y añadió–: Esta herradura que veis aquí es la que nos quiere aplastar. En la última guerra cercaron de manera parecida al ejército de Samsónov, pero esta vez quieren hacerlo con todo el frente.

Alguien dijo unas palabras que Krímov no consiguió escuchar. El general se encogió de hombros y replicó:

–El Alto Mando alemán tiene una estrategia. Y la táctica rusa del «ya se verá» no parece la mejor manera de enfrentarla. Hay que emprender algo más serio que confiar en la suerte.

Krímov avanzó hasta la siguiente habitación. Un mayor que entraba a la carrera tropezó con él en la puerta.

–¿Está aquí el general Vlásov? –preguntó y siguió su camino sin esperar respuesta. [48]

*

En el sector del frente ocupado por el ejército en cuestión reinaba la calma. Muchos de los estrategas de la sección política se mostraban extremadamente confiados:

–El enemigo perdió fuelle sin remedio... No le quedan aviones, combustible, blindados ni proyectiles... Hace ya dos semanas que ningún avión alemán aparece por aquí.

Krímov volvería a encontrarse muchas veces con personas cuyo extraordinario optimismo rayaba en la necedad. Él sabía que precisamente aquellos «optimistas» eran los que, en un apuro, se dejaban dominar por el pánico, balbuciendo aturdidos: «Oh, ¿quién hubiera podido imaginarlo?».

En su viaje por el frente Krímov visitó una división de fusileros cuyos integrantes eran, en gran parte, oriundos de la región de Chernígov. El destino hizo que se encontraran cerca de sus pueblos de origen, ahora ocupados por los alemanes. Éstos, al parecer, se enteraron de ello por los prisioneros. Durante las noches, los soldados rusos atrincherados en bosques apacibles, en campos de cáñamo y en maizales, miraban las estrellas mientras escuchaban una voz atronadora de mujer, emitida por un altavoz, que los tentaba en tono autoritario: «¡Ivá-á-án, ven a ca-a-asa! ¡Ivá-á-án, ven a ca-a-asa!». Parecía que aquella voz metálica descendía directamente del cielo, seguida de un discurso en ruso con acento extranjero que conminaba a «los hermanos de Chernígov», con claridad y diligencia, a dispersarse y a volver a sus casas. De no obedecer, amenazaba con quemarlos con lanzallamas o despedazarlos con las orugas de los blindados al cabo de un par de días...

Luego volvía a sonar la voz metálica de mujer, que seguía con su «¡Ivá-á-án, Ivá-á-án, ven a ca-a-sa!». A continuación los altavoces emitían el runrún amenazante de los motores de los tanques, para cuya imitación,

según decían los soldados rusos, los alemanes se servían de una matraca de madera.

Había mañanas en las que faltaban hombres cuando se hacía el recuento. Sólo quedaban sus fusiles abandonados en el fondo de las trincheras.

Dos semanas después Krímov regresaba al Estado Mayor del frente en un coche que lo había recogido en el camino, y que iba en la misma dirección.

El conductor detuvo el vehículo en la entrada de Kiev. Krímov bajó y continuó a pie. Tras bordear un barranco largo y profundo con pendientes de tierra arcillosa, se detuvo impresionado por la belleza y el silencio de la mañana. El suelo estaba cubierto de hojas amarillas; el follaje de los árboles brillaba iluminado por el sol. El aire era de una levedad extraordinaria. El chillido de los pájaros apenas rizaba la superficie clara y profunda de aquel silencio transparente. El sol alumbró las pendientes arcillosas del barranco. La penumbra y la luz, el silencio y los chillidos de los pájaros, el calor del sol y la frescura del aire creaban una sensación asombrosa, como si unos tiernos ancianos, los personajes de un cuento para niños, estuvieran a punto de surgir desde lo profundo del barranco.

Krímov abandonó el camino y echó a andar entre los árboles. Vio a una mujer mayor, vestida con un abrigo azul, que subía una cuesta, cargando un saco de paño blanco a la espalda. Al ver a Krímov, la mujer lanzó un grito.

–¿Qué le pasa? –se sorprendió Krímov.

–Dios mío, le he tomado por un alemán –se disculpó con una sonrisa cansina mientras se pasaba la mano por los ojos.

Krímov le preguntó por dónde se iba a Kreschátik, la avenida central de Kiev.

–Ha tomado un camino equivocado. En lugar de ir a la izquierda desde el barranco de Bábiy Yar, [49] ha ido hacia el barrio de Podol. Vuelva al barranco y bordee el cementerio judío por las calles de Mélnik y Lvóvskaya...

A medida que avanzaba hacia Kreschátik, Krímov tuvo la impresión de que se adentraba en el infierno.

Las tropas soviéticas estaban abandonando la capital de Ucrania... A lo largo y ancho de Kreschátik marchaban lentamente unidades de infantería y de caballería, convoyes y cañones...

Parecía que todo el ejército había quedado mudo de repente. Los hombres avanzaban con la cabeza baja. Miraban al suelo.

Los vehículos y los cañones iban camuflados con ramas de abedul, de arce, de álamo y de avellano. Millones de hojas otoñales temblaban en el aire y traían a la memoria los bosques y los campos abandonados...

Lo abigarrado y variado del armamento, de los galones, de los uniformes, de los rostros y de las edades de quienes marchaban quedaba difuminado bajo una expresión común de tristeza. Se traslucía en los ojos de los soldados, en las cabezas gachas de los oficiales, en las banderas guardadas en fundas de color verde, en el lento caminar de los caballos, en el ronroneo apagado de los motores y en el traqueteo de las ruedas, que sonaban como una marcha fúnebre...

Krímov vio a una mujer joven y entrada en carnes que llevaba a un niño en brazos e intentaba abrirse camino entre las tropas que venían a su encuentro. Quería arrojarse a los pies de los cañones, detener la terrible retirada de las tropas. No era la única: había más gente semidesnuda y desesperada, que la secundaba e imploraba a los soldados que marchaban.

Cientos de mujeres y niños vestidos con abrigos de otoño e invierno, cargados con bultos y maletas, corrían entre la multitud para alcanzar el Dnieper. Aún no habían abandonado los límites de la ciudad y ya avanzaban a duras penas, ahogados por el esfuerzo. Destacamentos de la policía, los bomberos y los aprendices de las escuelas de oficios marchaban en la misma dirección. Los viejos los observaban andar con sus ojos cegatos, como si confiaran en un milagro. Daba la impresión de que nada podía ser más horrible, más terriblemente infantil en su dolor, que los rostros arrugados de aquellos hombres maduros, cada uno un ser solitario en medio de la multitud.

Junto a ellos, las tropas abandonaban Kiev en un silencio sepulcral.

En aquel momento todos sabían que, con cada paso atrás que las tropas soviéticas daban hacia el este, las columnas alemanas, invisibles aún, se iban acercando. Cada paso de los que se marchaban hacia el Dnieper acercaba las divisiones de Hitler a Kiev.

Entonces, acaso convocadas por aquellas fuerzas tenebrosas que se aproximaban, aparecieron en los callejones y en los patios personas cuyos ojos arteros sonreían maliciosamente y cuyos cuchicheos se hacían oír cada vez más alto. Miraban con los ojos entornados a quienes se iban y se preparaban para el encuentro. Fue entonces cuando Krímov, al pasar por un callejón, escuchó por vez primera las palabras que volvería a oír en varias ocasiones: «Hemos visto lo que hemos tenido, a ver qué tendremos ahora».

Más adelante, cada vez que recordaba sus últimos días en Kiev –el cielo azul sin una sola nube, las ventanas relucientes, las calles cubiertas de hojas doradas–, Krímov sentía como si una pesada hacha le hendiera el corazón y el dolor que sentía era tan agudo como el que provoca la pérdida de un ser querido.

Fueron muchas las ocasiones en las que le tocó abandonar el último una ciudad cedida a los alemanes y la angustia de esas despedidas no se aliviaba, sino que crecía cada vez. Esas ciudades entregadas al enemigo le parecían personas dulces e indefensas a las que se empujaba de repente a una vida que le parecía tremendamente incomprensible y lejana.

Apenas Krímov hubo cruzado a la orilla izquierda del Dnieper, los alemanes superaron la defensa antiaérea soviética y bombardearon Brovari. Durante dos horas, noventa aviones arrojaron bombas sobre el pinar donde se levantaba aquel pueblo. Krímov comprendió entonces, en su terrible plenitud, el significado del concepto «dominio del espacio aéreo».

Los blindados de Guderian avanzaban desde el norte hacia Gómel y Chernígov, rodeando Kiev por la orilla izquierda del Dnieper para unirse al cuerpo de ejércitos comandado por Kleist, que había roto la defensa soviética cerca de Dniepropetrovsk.

Transcurrida una semana, las tenazas del cerco alemán empezaron a cerrarse, dejando a Krímov más allá de la línea del frente, en territorio enemigo.

*

En una ocasión vio como decenas de blindados alemanes irrumpían en un llano por el que marchaban los refugiados de Kiev con sus mujeres e hijos. Sobre el blindado que lideraba el grupo había un oficial que agitaba en el aire un ramo de hojas otoñales de color naranja. Acto seguido, algunos de los blindados embistieron a la multitud a gran velocidad.

Uno de aquellos tanques, semejante a un animal de fauces sangrientas excitado por la caza, pasó despacio a diez metros de Krímov. Además del aire, también dominaban la tierra.

Krímov marchaba hacia el este día y noche. Por el camino tuvo noticia de la muerte del general coronel Kirponós, leyó proclamas alemanas que anunciaban la caída de Moscú y de Leningrado y que el gobierno soviético había huido a los Urales en avión. Vio a hombres que habían enterrado sus

medallas y sus carnés del Partido; fue testigo de una lealtad de hierro y de la traición, de la desesperación y de una fe inquebrantable.

Condujo hacia el este a un grupo de doscientas personas a las que fue encontrando por el camino y que constituían un colectivo variopinto. En sus filas había soldados del Ejército Rojo, marinos de la Flota del Dnieper, guardias aldeanos, funcionarios de comités regionales del Partido, varios obreros mayores procedentes de Kiev, pilotos y soldados de caballería que habían perdido sus aviones y monturas en combate.

Más adelante, Krímov tendría la sensación de que el periplo de aquel grupo había sido un sueño, pues en su trayecto les sucedieron un gran número de cosas extraordinarias. Recordaría las hogueras en mitad de un bosque nocturno, los pasos a nado bajo una lluvia fría a través de turbios ríos otoñales, los períodos de hambruna, los breves descansos en las aldeas reconquistadas al enemigo. A veces le tocó juzgar a responsables de aldeas y a *polizei* , [50] algo que nunca le tomó mucho tiempo. Recordaría haber mirado a los ojos a aquellos traidores antes de pegarles un tiro. Recordaría a una campesina que le imploraba con lágrimas en los ojos que le diera un fusil y se la llevara al este, con sus hijos en las filas del ejército. Recordaría la cruel ejecución de la concubina del oficial alemán que dirigía un batallón de castigo. Recordaría a una anciana que durante una noche de otoño quemó su propia casa, en la que dormían varios *polizei* borrachos reclutados por los nazis entre ciudadanos soviéticos; uno de ellos era su yerno. Y recordaría, por fin, la charla sobre los principios de la construcción de la sociedad comunista que dio en medio de un bosque después de un breve combate con un grupo de *polizei* .

Sin embargo, lo que más recordaría sería el sentimiento de comunión espiritual que se estableció entre los integrantes de su grupo. Era como si cada uno de ellos hubiera recogido las piezas de su pasado, desde los tiempos de la más tierna infancia, y las hubiera mostrado a los demás, de suerte que el destino de cada uno se hizo patente: el carácter, la esencia moral, la flaqueza y la fuerza se manifestaban con toda claridad en sus actos y en sus palabras.

A veces Krímov se desconcertaba, pues no podía comprender de dónde sacaban todos ellos fuerzas para soportar las privaciones y el hambre que padecían durante semanas.

¡Cuán pesada resultó ser la tierra! Costaba un esfuerzo enorme sacar el pie del lodo, levantarlo, dar un paso y volver a empezar... Todo,

absolutamente todo pesaba en aquellos crudos días del otoño de 1941. Día y noche caía una lluvia fría y pesada como el mercurio. El gorro, calado por la incesante lluvia, parecía pesar más que un casco de acero; el capote, hinchado de humedad, tiraba del cuerpo hacia abajo; la casaca o la camisa rota se pegaban al pecho, lo oprimían y dificultaban la respiración. ¡Cualquier cosa se volvía pesada bajo la incesante lluvia de otoño!

Las ramas que recogían para encender las hogueras parecían de piedra; el humo espeso y húmedo se mezclaba con la niebla gris, igual de espesa, y flotaba pesadamente a ras de tierra.

Caminaban día y noche; sentían un dolor y una pesadez permanentes en los hombros; el lodo frío y repugnante penetraba los agujeros de las botas hasta los pies. Dormían sobre la tierra mojada bajo las ramas de los avellanos, ásperas y pesadas a causa de la pertinaz lluvia. Se despertaban al amanecer, cansados, transidos de frío y humedad, mientras seguía lloviendo.

Por las carreteras que cruzaban las zonas donde se concentraban las fuerzas alemanas, el paso de las columnas de vehículos que transportaban infantería y cañones era incesante; casi en cada localidad se desplegaban tropas germanas cuyos centinelas hacían ronda día y noche. El grupo de Krímov se desplazaba por aquellas zonas sólo después del anochecer.

Marchaban sobre su propia tierra ocultándose en los bosques, cruzando a toda prisa vías de tren y evitando pisar el asfalto resonante de las carreteras. A su lado, a través de la niebla y la lluvia, los automóviles negros del enemigo circulaban a gran velocidad, la artillería motorizada avanzaba lentamente y los blindados pasaban haciendo sonar sus bocinas, semejantes a la voz metálica de las arpías. Traídos por el viento, bajo las lonas de los camiones se oían a veces fragmentos de canciones en alemán, extraños al oído ruso, y melodías de acordeón. Los fugitivos veían las luces brillantes de los coches y escuchaban el resoplido manso y esforzado de las locomotoras, que transportaban convoyes militares hacia el este. Contemplaban la luz apacible en las ventanas de las casas aldeanas y el humo acogedor que salía de sus chimeneas, pero se guarecían en los solitarios barrancos de los bosques.

Desde luego, fueron tiempos difíciles. La fe en que la causa popular era justa se convirtió en el bien más preciado de aquellos días, apenas mermada por los rumores confusos y sombríos como la niebla otoñal que el enemigo difundía.

En el alma de Krímov, el agotamiento convivía de un modo extraño con un sentimiento firme, intenso y apasionado que nacía de la conciencia del compromiso contraído con quienes marchaban a su lado. Krímov se sentía responsable de sus vidas, de su estado de ánimo y de todo cuanto acontecía en su tierra durante aquel frío otoño.

Tal vez no hubiera en el mundo otra responsabilidad más ardua que aquélla, pero ser consciente de ello fortalecía el ánimo de Krímov.

Decenas, centenares de veces al día oía: «¡Camarada comisario!».

Advertía en aquel vocativo un cariño y calidez especiales, pues sus acompañantes sabían que Hitler había ordenado exterminar a los comisarios políticos. Quienes llamaban a Krímov «camarada comisario» demostraban su plena confianza en la persona a la que los fascistas habían proclamado un fuera de la ley, una confianza pura y verdadera.

Krímov se convirtió en el líder del grupo de un modo simple y natural.

–Camarada comisario, ¿cuál será nuestra ruta mañana? –preguntaba el mayor de aviación Svetílnikov.

–Camarada comisario, ¿en qué dirección tiene que ir la avanzada? –preguntaba otro.

Krímov desplegaba el mapa descolorido y amarillento a causa del sol y de la lluvia, ajado por el viento y desgastado por el contacto de centenares de manos de soldados y oficiales. Era consciente de que la ruta que escogiera para el día siguiente podía decidir en gran medida el destino de doscientas personas. Svetílnikov también lo sabía: sus ojos castaños amarillentos, habitualmente alegres y pícaros, se tornaban serios al tiempo que fruncía sus cejas bermejas.

Para escoger bien la ruta no bastaba con estudiar el mapa y tomar en cuenta los datos del reconocimiento, ya que cualquier detalle podía ser decisivo: las huellas que habían dejado los carros y los coches en un cruce de caminos, las palabras de un anciano con el que se habían topado en el bosque, la altura de los arbustos que crecían en una ladera, si el trigo seguía erguido y espeso o ya había sido aplastado.

–Camarada comisario, ¡los alemanes! –informaba con voz ligeramente ahogada Sisov, un hombre de cara larga que comandaba a los exploradores y que no conocía el miedo a la muerte–. Son más o menos una compañía, marchan a pie hacia el noroeste, por detrás de aquel bosquecillo.

Sisov, que había visto morir a más gente que cualquiera del grupo, escudriñaba los ojos del comisario intentando adivinar en ellos la orden de

atacar. Sabía que Krímov era partidario de combatir al enemigo apenas hubiera oportunidad de hacerlo.

Aquellos combates, breves y encarnizados, parecían no fatigarlos, sino darles nuevas fuerzas para recuperarse.

–Camarada comisario, ¿qué vamos a comer mañana? –preguntaba Skoropad, encargado del abastecimiento. Sabía que Krímov, en virtud de muchas circunstancias, siempre respondía de un modo diferente a aquella pregunta: ya ordenaba repartir sólo granos de trigo chamuscado con olor a queroseno, ya decía, al prever una jornada especialmente dura: «Reparta carne de ganso y una lata de conservas para cada cuatro personas».

–Camarada comisario, ¿qué hacemos con los heridos graves? Son ocho a día de hoy –preguntaba moviendo sus labios exangües el siempre enronquecido Petrov, médico militar, enfermo de bronquitis asmática. Esperaba la respuesta de Krímov con impaciencia, mirándolo con sus ojos hinchados. Pese a que ya sabía que el comisario se negaba a abandonar a los heridos en los pueblos, aunque fuera en casas de gente de la mayor confianza, se alegraba cada vez que oía la respuesta de Krímov. Entonces sus mejillas, pálidas a causa de la enfermedad, recuperaban el color.

No es que Krímov entendiera de mapas más que Svetílnikov o supiera dirigir los combates mejor que un militar profesional. Tampoco sus conocimientos en materia de abastecimiento superaban los de Skoropad ni era capaz de decidir el destino de los enfermos con más tino que Petrov. Las personas que acudían a Krímov en busca de una respuesta valoraban y apreciaban en su justa medida su propio conocimiento acerca de la guerra y de la vida. Sabían que Krímov podía equivocarse o ignorar ciertas cuestiones. Sin embargo, se daban perfecta cuenta de que, en lo referente a la lucha por la conservación de lo más caro y necesario en aquellos terribles días –su conciencia moral, su honor y su vida, en constante riesgo–, Krímov no erraba.

En el transcurso de aquellos días el comisario se acostumbró a responder a preguntas de lo más inesperadas. Una vez un conductor de blindados, antiguo tractorista, le preguntó durante una marcha nocturna a través del bosque si había suelo fértil en las estrellas. En otra ocasión varias personas discutieron acaloradamente, mientras descansaban al lado del fuego, sobre si el pan y las botas serían gratuitos una vez instaurado plenamente el comunismo. Para resolver la cuestión delegaron en uno de ellos para que lo preguntara a Krímov. El delegado, medio asfixiado por la

carrera, se acercó al comisario, le preguntó si estaba durmiendo y le dijo: «Es que los muchachos se han embarullado hablando sobre un asunto, y piden que usted se lo aclare». Otra vez, un hombre ceñudo y callado de pelo cano se sinceró con él hablándole acerca de su mujer y de sus hijos. Le explicó a Krímov en qué creía que había sido justo e injusto con propios y ajenos.

A veces Krímov debía impartir penas a personas que habían cometido algún delito grave como, por ejemplo, dos hombres de su grupo que habían querido desertar: uno había simulado estar enfermo y el otro se había disparado en la pierna. Habían decidido permanecer en uno de los pueblos por los que pasaban y decir a los nazis que se habían casado con campesinas del lugar. Aquéllos eran juicios sumarios. Sin embargo, por muy ardua que fuese la marcha del grupo a través de los territorios ocupados por el enemigo, también hubo anécdotas que desataron las risas de todos sin excepción, heridos y enfermos incluidos. En una ocasión en que el grupo pernoctaba en un pueblo, uno de los soldados escondió en su gorro, sin el permiso de la dueña de la casa, media docena de huevos; luego, distraído, se sentó encima del gorro. La anciana dueña le regañó a voz en grito mientras le ayudaba a recomponer su aspecto guerrero sirviéndose de un trapo y agua caliente.

Krímov reparaba en que sus compañeros gustaban de contarle anécdotas para que también él se divirtiera, aunque fuera por unos breves momentos. Su vida durante aquellos días de otoño de 1941 resumía, a su juicio, las duras etapas de su carrera de revolucionario bolchevique ruso. Tenía el convencimiento de que la Revolución volvía a ponerle a prueba, al igual que cuando vivía en la clandestinidad durante los tiempos de la Guerra Civil. El viento de su juventud revolucionaria volvía a soplarle en la cara y era tan maravilloso que Krímov no perdía el ánimo ni siquiera en los días más difíciles y dolorosos.

Lo mismo que los obreros progresistas habían seguido a los revolucionarios en la época del zar sin importarles la cárcel, los trabajos forzados ni los látigos de la policía a caballo, así marchaban a través de los campos y los bosques las personas educadas en los valores de la Revolución, junto con su comisario, sobreponiéndose al dolor, al hambre y al peligro de muerte.

La mayoría eran hombres jóvenes. Habían aprendido a leer de maestros soviéticos, con la ayuda de un abecedario también soviético. Las fábricas y

los koljoses en los que habían trabajado antes de la guerra eran soviéticos, como lo eran también los libros que habían leído y los balnearios en los que habían descansado. Aquellos jóvenes jamás habían conocido a una persona que fuese propietaria de una fábrica o a un terrateniente, y ni siquiera podían imaginar que fuera posible comprar pan en una panadería privada, seguir un tratamiento en una clínica privada, trabajar con máquinas propiedad de un particular o arar la tierra de un latifundista.

Krímov intuía que, para aquellos jóvenes, la idea prerrevolucionaria de la propiedad privada se les aparecía como algo escandaloso e inimaginable. De modo que aquellos jóvenes soldados marchaban por la tierra soviética invadida, en donde los alemanes se proponían restablecer aquellas inimaginables leyes de la época prerrevolucionaria...

Ya en los primeros días de la guerra Krímov comprendió que los fascistas alemanes, en su arrogante ceguera, trataban a los soviéticos con una crueldad increíble, con burla, desprecio y altanería.

Los ancianos, los adolescentes y los niños aldeanos quedaron conmocionados ante aquel trato altivo y arrogante de colonizador. Las personas educadas en los valores del internacionalismo sintieron en sus carnes el desprecio y la soberbia de los invasores.

La necesidad de conseguir cierto equilibrio anímico y el deseo de sobreponerse a toda duda eran tan grandes que los integrantes del grupo encabezado por Krímov a menudo preferían conversar, en lugar de dormir, durante los breves y preciados momentos de descanso.

En una ocasión un regimiento de infantería alemán los cercó en un bosque, hasta tal punto que la situación parecía irremediable. «Tenemos que dispersarnos e intentar salir de aquí uno a uno –decían a Krímov incluso los más valientes–, si no, nos aniquilarán.»

Entonces el comisario reunió al colectivo en un claro del bosque, se encaramó al tronco de un pino caído y dijo:

–Nuestra fuerza radica en la unión, de modo que el objetivo principal del enemigo es dividirnos. No somos migajas abandonadas en mitad del bosque de la retaguardia fascista. Los doscientos millones de corazones de nuestros hermanos y hermanas están con nosotros. ¡Camaradas, romperemos el cerco!

Sacó su carné del Partido y lo alzó por encima de la cabeza.

–¡Camaradas, créanme: romperemos el cerco! –volvió a gritar.

Rompieron el cerco y siguieron caminando hacia el este, abotagados, andrajosos, enfermos de disentería, pero armados con granadas en las manos, transportando cuatro ametralladoras pesadas.

Una noche estrellada de otoño, tras un combate, lograron cruzar la línea del frente. Krímov se sintió feliz y orgulloso cuando echó una ojeada a su hueste, que apenas se sostenía en pie, pero seguía infundiendo respeto. Aquellos hombres habían recorrido junto con él centenares de kilómetros, y el amor que sentía por ellos era imposible de expresar en ningún idioma humano.

49

Habían cruzado la línea del frente cerca de Zhukovka, una pequeña localidad sobre el río Desná, al norte de Briansk. Allí Krímov se despidió de sus compañeros, a los que inmediatamente incorporaron a distintos regimientos.

Desde el Estado Mayor de la división fue a caballo a ver al comandante del ejército, que se alojaba en un pequeño caserío en mitad de un bosque. Allí Krímov se enteró de lo que había sucedido mientras deambulaba con su grupo en la retaguardia del enemigo.

Krímov fue convocado por Shliapin, comisario de brigada y miembro del Consejo Militar del ejército. Era un hombre de movimientos lentos, grueso y muy alto. Recibió a Krímov en un henil donde, además de heno, habían instalado una mesa pequeña y dos sillas.

Shliapin ahuecó como pudo el heno, invitó a Krímov a que se sentara y luego se tendió resoplando a su lado. También Shliapin había caído en julio de 1941 en un cerco enemigo pero, junto con las tropas del general Boldin, había conseguido romperlo y unirse al ejército comandado por el general Kónev.

La conversación pausada de Shliapin, su mirada burlona y cariñosa así como su afable sonrisa irradiaban vigor, sencillez y serenidad. Un cocinero con delantal blanco les sirvió dos raciones de carne de cordero con patatas y pan de centeno recién horneado. Al advertir la mirada emocionada de Krímov, Shliapin sonrió y citó a Pushkin: «Aquí huele a alma, huele a Rusia».

Era como si existiera una relación directa entre el aroma a heno y a pan caliente y la gigantesca figura de Shliapin.

Poco después entró el general Petrov, comandante del ejército. Era un hombre de baja estatura y pelirrojo, con una calva incipiente. Sobre su gastada guerrera de general lucía una medalla de Héroe de la Unión Soviética.

–Por favor, no se levanten. Mejor me siento con ustedes, estoy muy cansado, acabo de llegar de la división –dijo.

Sus ojos azules y saltones miraban inquisitivos, la conversación era rápida y entrecortada.

Apenas hubo entrado, la tensión de la guerra irrumpió en la penumbra olorosa del henil: los ordenanzas iban y venían, en dos ocasiones apareció un mayor veterano llevando mensajes, y el teléfono, hasta entonces en silencio, cobró vida de pronto.

Un ordenanza anunció la llegada del presidente del tribunal de guerra, procedente del Estado Mayor, para ratificar las condenas del Consejo Militar; Petrov ordenó que lo llamaran. Cuando aquél hubo entrado, el comandante le preguntó bruscamente:

–¿Son muchas?

–Seis –respondió y abrió una carpeta.

Petrov y Shliapin escucharon el informe sobre los seis casos que concernían a traidores y desertores. Con un lápiz infantil de color verde Petrov escribía «ratifico» en grandes caracteres sobre el expediente y pasaba el lápiz a Shliapin.

–¿Y esto? –preguntó Petrov arqueando sus cejas bermejas.

El presidente del tribunal pasó a relatar los hechos. Una mujer mayor, habitante de Pochop, había distribuido propaganda a favor de los alemanes entre las tropas soviéticas y la población civil.

–Una monja, por cierto; se quedó para vestir santos –detalló.

–¿Solterona? –preguntó Petrov moviendo la boca con seriedad–. Entonces vamos a conmutarle la pena –resolvió y se puso a escribir en el expediente.

–¿No peca de indulgencia? –dijo el bueno de Shliapin.

Petrov devolvió la carpeta con los expedientes al presidente del tribunal y le dijo:

–Puede irse, camarada. Tengo una visita y no puedo invitarle a cenar. Solicite de mi parte al Estado Mayor que nos envíen dulce de guinda.

Luego Petrov dijo a Krímov:

–Camarada Krímov, le conozco, y tal vez usted también se acuerde de mí.

–Camarada comandante del ejército, no consigo recordarlo.

–Camarada comisario de batallón, ¿no se acuerda de un jefe de pelotón cuyo ingreso en el Partido ratificó usted en 1920 mientras se encontraba, enviado por el Consejo revolucionario del frente, en el 10.º Regimiento de Caballería?

–No me acuerdo –dijo Krímov. Al mirar los galones de general que lucía Petrov, verdes y en forma de estrella, añadió–: El tiempo pasa

volando.

Shliapin rió.

–Desde luego, camarada comisario de batallón, correr es difícil cuando se compite con el tiempo.

–¿Los alemanes disponen de pocos blindados? –preguntó Petrov.

–Tienen muchos –respondió Krímov–. Hace dos días unos campesinos me contaron que cerca de Glújov habían llegado trenes que transportaban blindados, quinientas unidades en total.

Petrov explicó que las unidades de su ejército habían cruzado el Desná en dos puntos, habían reconquistado ocho pueblos al enemigo y alcanzado la carretera de Roslavl. Hablaba apresuradamente, con frases breves.

–Otro Suvórov [51] –bromeó Shliapin y miró sonriendo en dirección a Petrov. Por lo visto, aquellos dos hombres mantenían una buena relación y disfrutaban trabajando juntos.

Al amanecer llegó un coche, enviado desde el Estado Mayor, que debía recoger a Krímov y llevarlo ante el comandante del frente, el general coronel Yeriómenko, que quería hablar con él. Krímov se marchó conservando en el alma el recuerdo del día anterior, tan dichoso para él.

El Estado Mayor del frente se encontraba en un bosquecillo entre Briansk y Karáchev. Las secciones se habían instalado en refugios espaciosos, revestidos con tablones de madera recién cortados y aún húmedos. El comandante se alojaba en una casita situada en un claro del bosque.

Un mayor corpulento y rubicundo recibió a Krímov en la entrada.

–Estoy al tanto de su visita, aunque tendrá que esperar. El comandante ha estado trabajando durante toda la noche y se ha acostado hace una hora. Espere en aquel banco, por favor.

Al poco tiempo llegaron dos hombres fornidos, anchos de espaldas y bien alimentados que se dirigían al lavabo, que colgaba de un árbol. Ambos eran calvos; llevaban tirantes, vestían camisas de un blanco inmaculado y pantalones bombachos militares de color azul. Uno de ellos calzaba botas, mientras que el otro iba en babuchas, con un par de calcetines que ceñían sus gruesas pantorrillas.

Después de lavarse entre gruñidos y resuellos, frotaron sus anchas nucas y cuellos con unas toallas mullidas. Al punto los ordenanzas les entregaron las casacas y los cinturones de cuero amarillo. Resultó que uno

de los dos era general y el otro, comisario de división; éste se dirigió a paso rápido hacia la casa.

El general miró interrogante a Krímov.

El ordenanza, que permanecía en la entrada de la casa, explicó:

–Camarada general, éste es el comisario de batallón del frente sudoeste sobre el que informó Petrov. Está aquí por orden del comandante.

–Ah, ese al que cercaron en los alrededores de Kiev –dijo el general con una sonrisa de desprecio mientras subía a la terraza.

Jirones de nubes de color gris se deslizaban a poca distancia de la tierra. Los retazos de cielo azul parecían fríos y amenazantes como el agua de invierno.

Empezó a caer una lluvia fina, así que Krímov se guareció debajo de un cobertizo. Por fin el ordenanza apareció y anunció con solemnidad:

–Camarada comisario de batallón, el comandante le pide que entre.

Yeriómenko, con gafas, corpulento, de pómulos salientes, frente ancha y arrugada, echó una rápida pero atenta mirada a Krímov.

–Siéntate, siéntate. Por lo mucho que has adelgazado, veo que no lo has pasado demasiado bien –le dijo como si le conociera.

Krímov reparó en que tres de las estrellas que había en el cuello de la guerrera del general brillaban menos que la cuarta, por lo que dedujo que había sido añadida recientemente.

–Te felicito, camarada –dijo Yeriómenko–, Petrov me ha contado que trajiste a doscientas personas, además de las armas.

Acto seguido abordó la cuestión que, por lo visto, le interesaba y preocupaba más que cualquier otra cosa en el mundo:

–¿Te cruzaste con Guderian? ¿Viste sus blindados?

Sonrió como si se avergonzara de mostrarse tan impaciente y se pasó la mano por el pelo, corto, tupido y encanecido.

Krímov le dio un parte detallado. Yeriómenko lo escuchaba con el pecho apoyado sobre la mesa. De pronto, un ordenanza entró a toda prisa y anunció:

–Camarada coronel general, el jefe del Estado Mayor viene con una información urgente.

Detrás del ordenanza entró el general que se había mofado de Krímov. Cuando, casi sin respiración, se acercó a la mesa, Yeriómenko le preguntó:

–¿Qué hay, Zajárov?

–Andréi Ivánovich, el enemigo ha pasado a la ofensiva. Blindados procedentes de Kromi han penetrado nuestra defensa en dirección a Oriol. Hace cuarenta minutos han roto la línea del frente en el flanco derecho, donde se apostan las tropas de Petrov.

El comandante soltó una imprecación militar, se puso en pie con dificultad y fue hacia la puerta sin prestar atención a Krímov.

En la dirección política del frente le entregaron a Krímov un capote y cupones para el comedor. No le hicieron ninguna pregunta: la noticia de la ofensiva alemana hizo que pasara a un segundo plano todo lo que el comisario había vivido y visto.

El comedor se encontraba en un claro del bosque, a cielo descubierto, y consistía en varios bancos y mesas cuyos respectivos asientos y tableros, hechos de madera, estaban montados sobre troncos de árboles cortados, clavados en la tierra. Veloces jirones de nubes oscuras atravesaban el cielo; parecía como si las copas puntiagudas de los pinos las hubieran rasgado. El golpeteo de las cucharas contra los platos se mezclaba con las voces ásperas del bosque.

De repente un zumbido ahogó aquellos sonidos. En lo alto del cielo, entre nubes y por encima de ellas, unos bombarderos bimotores alemanes volaban en dirección a Briansk.

Varios soldados se pusieron en pie de un salto y corrieron a refugiarse bajo las copas de los árboles. «¡Paso ordinario!», bramó Krímov con autoridad, olvidando por un instante que ya no tenía a nadie bajo su mando.

Pronto, la tierra tembló a causa de las explosiones.

Por la noche Krímov examinó el mapa de operaciones actualizado. Las unidades de avanzada alemanes intentaban alcanzar Vóljov y Bélev. En el flanco derecho, dejando a su izquierda Ordzhonikídsegrad y Briansk, los nazis se dirigían al nordeste hacia Zhisdra, Koselsk y Sujínichi.

Una vez más, como antes en Kiev, Krímov vio las inmensas tenazas alemanas cerrándose sobre el frente de Briansk.

El joven oficial del Estado Mayor que mostró a Krímov el mapa era una persona tranquila y sensata. Explicó que el ejército de Kreiser había empezado a batirse en retirada, mientras que el de Petrov había sido alcanzado de lleno por el ataque alemán. Según las últimas informaciones, los germanos también habían pasado a la ofensiva en el frente oeste, avanzando desde Viasma hacia Mozhaisk.

Era evidente que aquel ataque no tenía otro objetivo que tomar Moscú. El nombre de la capital rusa irrumpió en las mentes y en los corazones de millones de personas –obreros, campesinos, soldados, generales pagados de sí mismos, ancianos desvalidos y mujeres–, aglutinó sus pensamientos, sentimientos, planes y esperanzas como antes lo hiciera la expresión «antigua frontera». En julio, la palabra que tenían en mente era «Smolensk»; en agosto, «Dnieper»; y en octubre «Moscú» .

El Estado Mayor del frente se hallaba en estado de alarma. Krímov vio como los radiotelegrafistas desmontaban el cableado y los soldados cargaban mesas y banquetas en los camiones. Las conversaciones eran breves y entrecortadas:

–¿Con qué sección vas? ¿Quién es el encargado del vehículo?... Anote la ruta, dicen que es un camino boscoso poco practicable.

Al amanecer Krímov salió con un camión del Estado Mayor del frente de Briansk en dirección a Bélev. De nuevo presenciaba el cuadro, amplio como un campo, de la retirada: entre los capotes grises de los soldados se veían aquí y allá los pañuelos de las campesinas, las piernas flacas de los niños y las cabezas canosas de los ancianos.

Durante los meses anteriores había visto a los refugiados bielorrusos huir de los alemanes en la frontera de Polesie y a los ucranianos en las regiones de Chernígov, Kiev y Sumi. Ahora veía a los rusos de Oriol y Tula huir del enemigo por los caminos otoñales, cargando bártulos y maletas de madera.

De los bosques de Bielorrusia recordaba el resplandor sereno de los lagos, las sonrisas confiadas de los niños, la tímida ternura que expresaban las miradas largas y llenas de preocupación que les dirigían sus padres. Recordaba sus tranquilas moradas, sus cenas apacibles con platos de patatas, sus espaldas dobladas sobre los campos de patatas hasta la caída de la noche. Recordaba un pueblo que vivía lejos de las ciudades y los caminos, en la espesura del bosque y la iridiscencia de los pantanos, gente que no solía acudir a las ferias, que sabía trenzar lienzos y cardar, coser un vestido o un abrigo de piel, fabricar zapatos y chaquetas de piel de cordero.

En sus almas parecían reflejarse los doce meses del año con sus tormentas de nieve, los deshielos, el calor sofocante sobre las llanuras arenosas, el zumbido de los mosquitos, el canto de los pájaros, el humo de los incendios en los bosques y el susurro de las hojas otoñales.

Después de cruzar Bielorrusia, Krímov se encontró en el campo ucraniano.

El zumbido de los bombarderos alemanes era constante durante la noche. Los bosques incendiados dimanaban una luz humosa. Durante el día la gente marchaba al lado de los jardines y los huertos donde maduraban coles de hojas blancas, calabazas enormes y tomates rojos, que parecían estar llenos de vida y calor. En los patios, junto a las paredes blancas de las casas, se erguían, hasta alcanzar la altura de los techos de paja, dalias y girasoles... La naturaleza se recreaba en la abundancia producida por el hombre soviético, mientras que éste permanecía ajeno a toda aquella riqueza, fruto de su trabajo.

En uno de los pueblos Krímov presenció la despedida de un anciano, artillero en la Marina durante cuarenta años, que había decidido dejar a su familia y su espléndido vergel para echarse al bosque armado de un fusil y combatir al enemigo. Vio a seres desconsolados que, sin embargo, seguían creyendo que el sol no dejaría de alumbrar la tierra; oyó a la esposa del viejo artillero llorar y hablar sobre el fin del mundo mientras cocinaba para él tortas con semillas de amapola y *varéniki* [52] con tanta diligencia que, al verla, uno se olvidaba de la guerra.

Krímov había visto a gente que reía entre las lágrimas y a otra que se echaba a llorar en medio de la risa. A veces captaba la reserva oculta tras una febril elocuencia. Y más de una vez le tocó escuchar decir: «Ya conocemos lo que teníamos: veamos ahora qué nos depara lo nuevo». Y por todas partes había gente que alimentaba la esperanza de que los alemanes suprimieran las granjas colectivas.

Vio a personas fuertes, laboriosas y con talento, conocedoras del valor de la vida en aquella tierra de abundancia y dispuestas a defender con tesón, aunque tuvieran que pagar con su sangre, los frutos de su trabajo.

En octubre de 1941 Krímov atravesaba los campos helados de la región de Tula, cuyo suelo ora crujía a causa del frío, ora trasudaba entre abedules deshojados y casas aldeanas achaparradas hechas de ladrillos rojos.

Entonces la prodigiosa belleza de la región en la que había nacido y se había criado se le reveló de nuevo a cada paso: en los ondulantes campos segados, en los racimos de un serbal que colgaban sobre el armazón de madera mohosa de un pozo, en la enorme luna de un rojo opaco que sostenía con esfuerzo su cuerpo frío y pedregoso sobre la desnuda campiña nocturna. Allí todo era vasto y majestuoso: la tierra, el cielo en el que el

otoño había vertido su gélido plomo, y el camino, más oscuro que el *chernozem,* [53] que discurría entre dos horizontes. Krímov había visto muchas veces el otoño en el campo ruso, que despertaba en él la misma melancolía que expresaban unos versos que conocía desde niño: «Un cuadro triste, nubes sin fin... un serbal marchito...». Sin embargo, aquél era un sentimiento propio de quien vivía cómodamente en un cálido hogar y podía mirar por la ventana los árboles frutales que conocía desde la niñez. En otoño de 1941 Krímov vio todo aquello con otros ojos: la tierra no se le apareció triste ni pobre; no reparó en el lodo, en los charcos, en los tejados mojados ni en los vallados torcidos.

El vasto y vacío espacio otoñal encerraba una belleza temible, una majestuosidad portentosa. La inmensidad de las tierras se percibía en toda su indestructible unidad. El penetrante viento otoñal tomaba impulso a lo largo de miles de kilómetros para soplar sobre los campos de Tula, las comarcas de Moscú, los bosques de Perm, la cordillera de los Urales, la estepa de Barabinsk, la taiga, la tundra y la inhóspita península de Kolimá. A Krímov le pareció haber captado con todo su ser la unidad entre las decenas de millones de hermanos y hermanas que se habían alzado en armas para luchar por la libertad del pueblo. La guerra ocupaba hasta los más recónditos rincones, de modo que, penetraran por donde penetraran los alemanes, una barrera viva, compuesta por los regimientos de la reserva del Ejército Rojo, se interponía a su paso. Los modernos blindados fabricados en los Urales tendían emboscadas al enemigo, los regimientos de artillería de nueva formación lo recibían con fuego cruzado. Los que retrocedían por las carreteras y los caminos vecinales hacia el este, los que conseguían romper el cerco del enemigo en la misma dirección, no se dispersaban sino que volvían a entrar a formar parte de los ejércitos de combate y de trabajo, para de nuevo enfrentarse a las hordas invasoras y opresoras.

Krímov salió de Bélev en el mismo camión que lo había llevado hasta allí.

El encargado del vehículo –un subteniente– quiso cederle su asiento en la cabina, pero el comisario rechazó el ofrecimiento y subió a la caja del camión. Allí había oficiales del Estado Mayor, colaboradores de la dirección política y soldados. Pernoctaron en un pueblo cerca de Odóyev.

Se alojaron en una vivienda fría y espaciosa. La dueña, una mujer de avanzada edad, los recibió encantada y se mostró muy hospitalaria.

Contó que su hija, obrera de una fábrica de Moscú, la había llevado al pueblo en los comienzos de la guerra y había regresado a la capital. La mujer debía alojarse, en principio, en casa de su hijo, pero su esposa se negó a compartir la vivienda con su suegra. Entonces el hijo instaló a la madre en aquella casa y le prestaba ayuda sin que su mujer lo supiera. De vez en cuando le llevaba mijo y patatas, a espaldas de su mujer.

Vania, el hijo menor de la mujer, obrero de una fábrica de Tula, se había alistado como voluntario y estaba destinado cerca de Smolensk.

Krímov preguntó a la anciana:

–Entonces ¿vive usted aquí sola, en medio de la oscuridad y el frío?

–Pues sí. Me paso las noches cantando y contándome cuentos en voz alta.

Más tarde los soldados cocinaron una olla de patatas. Cuando todos hubieron cenado, la vieja se puso en pie junto a la puerta y anunció:

–Ahora os voy a cantar unas canciones.

Y arrancó a cantar con una voz ronca y áspera de viejo.

–Yo era tan fuerte como un caballo –dijo al terminar. Luego hizo una pausa y explicó–: Ayer soñé con el demonio. Se me apareció de repente y clavó sus uñas en la palma de mi mano. Yo me puse a rezar: «Que Dios se levante, que a mis enemigos aleje». Pero el demonio no se dio por enterado. Después maldije y lo cubrí de improperios y entonces sí se marchó. Anteayer Vania se me apareció en sueños. Estaba sentado sobre la mesa, mirando por la ventana. Lo llamé: «Vania, Vania», pero seguía callado, mirando por la ventana.

La vieja ofreció a los soldados todo lo que tenía, sin guardar nada para sí: leña, un puñado de sal –un bien muy preciado en aquellas fechas– para sazonar las patatas, su almohada, su colchón relleno de paja y su manta.

Luego colocó una lámpara sin pantalla sobre la mesa, trajo un frasquito en el que guardaba su escasa reserva de queroseno y lo vertió en la lámpara.

Lo hizo con la generosidad jubilosa de un ama bienhechora, dueña de la vida y de grandes tierras, y después se retiró tras un tabique, a la parte más fría de la morada, cual madre que ha regalado todo su amor, su calor, su alimento y su luz.

Krímov estaba recostado sobre un montón de paja. Recordó a otra anciana alta, flaca, de pelo cano y enmarañado que había surgido de la oscuridad para arroparlo con la manta que se había caído, y santiguarlo

mientras él pasaba la noche en un pueblo bielorruso, fronterizo con la región de Chernígov...

Recordó como una noche de septiembre de 1941 un combatiente chuvash, [54] herido en el pecho, había llegado arrastrándose hasta el pueblo ucraniano donde Krímov se había quedado a pasar la noche. Dos campesinas ancianas llevaron al herido a la casa donde se alojaba el comisario. Las vendas que cruzaban el pecho del combatiente se habían impregnado y saturado de sangre. Cuando se secaron, le oprimieron el pecho como si fueran arcos de hierro. El herido empezó a ahogarse. Entonces las mujeres cortaron las vendas y le ayudaron a sentarse, para que respirara mejor. Se quedaron con él hasta la madrugada. El herido deliraba, gritaba en chuvash mientras las campesinas lo sostenían con las manos, llorando y exclamando en ucraniano: «¡Ay, hijo mío, hijo de mi alma!».

Krímov cerró los ojos y recordó su infancia y a su madre muerta. Pensó en la penosa soledad en la que había vivido después de que Zhenia lo dejara y le sorprendió advertir que, mientras había deambulado con su grupo por los campos y los bosques intentando salir de la retaguardia del enemigo, en ninguna ocasión había vuelto a sentirse solo.

Pocas veces antes había percibido con tanta claridad como durante aquellos meses la esencia de la unidad soviética. Se le antojó que los fascistas habían ideado destruirla envenenando sus aguas serenas y profundas con la corriente revuelta y hedionda del racismo. Tenía grabada en la memoria una imagen que día y noche le taladraba el alma: la parte delantera de un blindado alemán que arrastraba ropa de mujer hecha jirones, salpicada de sangre. Los mandos de aquel blindado estaban en las manos de un soldado al que nadie había ordenado ni presionado para que embistiera a una multitud indefensa de mujeres y niños en un lindero del bosque cerca de Priluki.

Krímov vivía por y para el comunismo. Estaba vinculado a muchos de los militantes europeos, americanos y asiáticos a fuerza de largos años de amistad y de labor conjunta, tan extraordinarias como el camino que habían recorrido juntos. Alguna vez se habían reunido en la plaza Sapozhkóvskaya, frente al Jardín de Alejandro y la muralla del Kremlin. Krímov recordaba a Kolarov, Torres, Telman, la sonrisa afable y el rostro surcado de arrugas del viejo Katayama...

Evocó con claridad la imagen moscovita de varios comunistas italianos, ingleses, alemanes, franceses, indios y búlgaros que habían salido del hotel Lux para caminar por la calle Tverskaya cogidos de la mano mientras entonaban una canción rusa. Hacía un tiempo propio del mes de octubre: niebla, oscuridad, una lluvia fría a punto de convertirse en gris aguanieve. Los carruajes traqueteaban; los transeúntes caminaban con los cuellos de los abrigos levantados. Los comunistas marchaban formando una amplia hilera a lo largo de las farolas, que desprendían una luz opaca y nebulosa. En Ojotni Riad, los ojos negros con un toque de azul de un comunista indio parecían extraños al lado de la pequeña iglesia de paredes blancas a la que habían llegado.

¿Quiénes de aquellos comunistas recordaban aún la canción que habían cantado entonces, y quiénes de ellos seguían con vida? ¿Dónde estarían? ¿Estarían luchando contra el fascismo?

> ¡Oh, víctimas de ideas insensatas!
> Parece que creísteis
> que vuestra sangre escasa
> bastaría para derretir el eterno polo.
> Pero ella, humeante apenas
> Corrió por el hielo centenario
> Y el férreo invierno bufó
> Borrando todas las huellas. [55]

Krímov se daba cuenta de que las contradicciones que lo atormentaban no eran fruto de su imaginación, sino que se agitaban en la enloquecida realidad; una y otra vez repetía para sí, apretando los dientes, las palabras de Lenin acerca de la doctrina de Marx: «Es invencible porque es cierta».

50

Camino de Tula, Krímov pasó por Yásnaia Poliana. En la casa museo de Lev Tolstói reinaba el ambiente febril de la mudanza: habían descolgado los cuadros de las paredes y recogido los manteles, la vajilla y los libros de las mesas. En el recibidor se amontonaban algunas cajas cerradas y dispuestas para su transporte.

En una ocasión, antes de la guerra, Krímov había visitado aquel museo en compañía de un grupo de camaradas extranjeros. Entonces los empleados del museo procuraban recrear la atmósfera de una casa habitada, y sobre la mesa del comedor solía haber platos, cubiertos y flores recién cortadas. Sin embargo, cuando aquella vez Krímov entró de nuevo en la casa y, tras calzarse unos pantuflos de tela para no rayar el suelo, oyó la voz apagada del guía, percibió con claridad que sus dueños habían muerto y que aquello había dejado de ser una vivienda para convertirse en un museo.

Esta vez, Krímov advirtió al entrar que la tormenta que había forzado las puertas de las casas rusas y arrojado a sus habitantes a la tierra negra de los caminos otoñales no se había apiadado de la casa de Tolstói, como tampoco de ningún apartamento urbano, isba o caserío perdidos en mitad de un bosque. Reparó en que la casa de Yásnaia Poliana se preparaba para emprender el mismo viaje bajo la lluvia y la nieve que el país y el pueblo enteros, se le antojó que estaba viva y sufría como otros miles y miles de casas rusas. Imaginó con una claridad asombrosa al anciano y enfermo príncipe Volkonsky de *Guerra y paz* en su finca de Lísiye Gori, de modo que aquello que Tolstói había descrito en su célebre obra y la realidad rusa de aquel otoño de 1941 confluyeron de pronto en la mente de Krímov. La fuerza expresiva y la veracidad de aquella novela eran tales que había devenido en la verdad suprema sobre la contienda acaecida ciento treinta años atrás.

Tal vez Tolstói se emocionara y sufriera al describir la dolorosa retirada del ejército ruso durante aquella guerra, ya tan lejana en el tiempo. Acaso llorara al narrar la muerte del viejo Volkonsky, al que sólo su hija pudo entender mientras murmuraba, en su agonía: «Me duele el alma».

Cuando Sofia Andréyevna, nieta de Tolstói, salió de la casa con el abrigo sobre los hombros y el cuerpo encogido de frío, serena y afligida, Krímov no pudo distinguir si era en realidad la princesa Maria que recorría por última vez el jardín de Lísiye Gori, antes de la llegada de los franceses, o la nieta del viejo conde Tolstói a la que le había tocado en suerte constatar con toda su alma y todo su corazón, al marcharse de Yásnaia Poliana, la verdad que su abuelo había escrito de la princesa Maria.

Luego Krímov se acercó hasta la tumba de Tolstói. El suelo estaba húmedo y viscoso, la hojarasca crujía bajo sus pies. El aire, también húmedo, tenía algo de siniestro. La vista de un pequeño túmulo que había

sobre la sepultura del escritor produjo en Krímov una extraña sensación de agobio, fruto del contraste entre la soledad de aquel montículo de tierra olvidado, cubierto con hojas secas de arce, y la candente actualidad de la obra de Tolstói. Mientras contemplaba la tumba imaginaba, angustiado, que al cabo de unos días los oficiales alemanes se acercarían a ella vociferando, riéndose y fumando...

El aire se llenó de aullidos, pitidos y zumbidos: una escuadrilla de Junkers, escoltada por varios Messerschmitt, sobrevolaba la tumba de Tolstói en su trayecto para bombardear Tula. Al cabo de un minuto, desde el norte se oyeron los estampidos de miles de cañones antiaéreos que disparaban contra los alemanes. La tierra, castigada por las bombas, tembló.

*

A Krímov se le ocurrió que el cuerpo inerte de Tolstói se habría contagiado de aquel temblor dentro de su tumba...

Por la noche Krímov llegó a Tula, que se encontraba en estado de alarma. Del cielo caía una nieve húmeda y abundante, que de pronto se transformaba en lluvia fría. Las calles se cubrían de blanco para volver a teñirse después con el negro del lodo y los charcos.

En las afueras de la ciudad, junto a las paredes de ladrillo rojo de la fábrica de alcoholes, un grupo de soldados y obreros cavaba trincheras y zanjas antitanque, levantaba barricadas e instalaba cañones antiaéreos a lo largo de la carretera de Oriol con la inequívoca intención de disparar no ya a los aviones, sino a los blindados que podían llegar desde Yásnaia Poliana y Kosaia Gorá.

Krímov entró en un comedor militar. Al lado de cada mesa había una cola de tres o cuatro personas quienes, mientras aguardaban su turno, seguían con interés, sin decir palabra, los movimientos de los que estaban sentados.

Alrededor del encargado del comedor había un círculo de militares que le pedían cupones para la comida. Él, a su vez, les exigía que le enseñaran la autorización correspondiente del comandante de plaza. Uno de los militares, en grado de capitán, intentó convencerle:

–Es que no hay manera de acceder al comandante, ¿lo comprende? Llevo todo el día sin comer, ¡deme un plato de sopa!

El capitán se volvió hacia los demás demandantes en busca de apoyo. Un mayor que había a su lado le dijo:

–Ay, camarada capitán, somos muchos los que necesitamos comer, mientras que encargado del comedor sólo hay uno. Entre todos lo habremos desquiciado. ¿Verdad, camarada? –preguntó al encargado con una sonrisa servicial.

–Tú sí que lo entiendes –asintió el encargado y al punto le proporcionó un cupón.

El hule de las mesas estaba manchado de *borsch,* [56] había cortezas de pan quemadas, platillos con restos de mostaza secos, pimenteros y saleros vacíos.

Un teniente coronel entrado en años se quejaba a una camarera:

–A ver, ¿cómo es posible que usted me sirva la sopa en un plato llano y las gachas en uno hondo? Así no se hace.

Los que seguían de pie al lado de su mesa haciendo cola intentaban convencerlo:

–No se preocupe, camarada teniente coronel, cómalo como sea, hay gente esperando.

Las ventanas del comedor estaban decoradas con visillos blancos; sobre las paredes colgaban estampas adornadas con florecitas de papel. Unas cortinas con un cartelito en el que se leía «Sólo para los generales» separaban una parte del comedor, formando una especie de reservado al que acababan de acceder dos jóvenes intendentes.

Un oficial de instrucción política que estaba al lado de Krímov observó, refiriéndose al personal del comedor, como si se lo quisiera explicar en voz alta a sí mismo:

–Míralos, con sus visillos y sus festones. Se enfadan con nosotros porque desordenamos y ensuciamos su sala, pero aún no se han enterado de que la guerra no son flores de papel.

Los oficiales que esperaban su turno conversaban a media voz. Krímov supo que el 50.º Ejército había sido aplastado y que el general Petrov y el comisario de brigada Shliapin habían muerto en un combate cuerpo a cuerpo contra unos fusileros alemanes.

También se enteró de que la ofensiva germana desde Oriol contra Mtsensk había sido frenada momentáneamente por un grupo de blindados bajo el mando del coronel Katukov, que había abandonado la reserva por orden del Estado Mayor General.

La madrugada del día siguiente Krímov acudió a ver al jefe de la guarnición para averiguar dónde se encontraba el Estado Mayor del frente sudoeste. El comandante, un mayor entrado en años, le dijo con voz cansina:

–Camarada comisario de batallón, aquí en Tula no hay quien le pueda informar al respecto. Sólo puede averiguarlo en Moscú.

51

Krímov llegó a Moscú bien entrada la noche. Apenas hubo pisado la plaza que había frente a la estación de Kursk, la tensión extrema en la que había vivido durante los últimos meses desapareció. Estaba físicamente agotado y volvía a estar solo. Ya no habría nadie esperándolo en casa.

Fue andando por la plaza desierta. Caía una nieve húmeda y abundante. Por un instante Krímov quiso levantar la cabeza y aullar como un lobo en la estepa desierta. La idea de permanecer a solas en su casa y oír sus propios pasos pasando de una habitación a otra lo aterrorizaba. Regresó a la estación. Allí, entre el humo de tabaco y las conversaciones a media voz, se sintió mejor.

Por la mañana se dirigió a casa de Shtrum. La portera le dijo que los Shtrum se habían marchado a Kazán.

–¿Sabe si la hermana de Liudmila Nikoláyevna se fue con ellos o vive en casa de su madre? –le preguntó Krímov.

–No lo sé –respondió la portera–. Mi hijo también está en el frente y no me escribe.

Pocas veces, durante sus ochocientos años de historia, Moscú había vivido tiempos tan difíciles como aquel octubre de 1941. Día y noche se libraban combates cerca de Maloyaroslávets y Mozhaisk.

En la GPU , la Dirección Política Central, tras someter a Krímov a un extenuante interrogatorio sobre la situación cerca de Tula, le prometieron trasladarlo al frente sudoeste en un avión de carga que transportaba una partida de diarios y proclamas propagandísticas. Le indicaron que debería esperar algunos días en Moscú, pues los aviones no volaban con frecuencia.

Cuando al tercer día de llegar a la capital Krímov salió a la calle, vio multitud de personas que caminaban sobre la blanda nieve hacia las estaciones de tren.

Uno de aquellos hombres, respirando con dificultad, dejó su maleta en el suelo, sacó un ejemplar arrugado del *Pravda* de su bolsillo y preguntó a Krímov:

–Camarada militar, ¿se ha enterado de las últimas noticias? Desde que comenzó la guerra es la primera vez que lo expresan con tanta claridad. –Luego leyó en voz alta–: «En la madrugada del 15 de octubre, la situación en el frente oeste empeoró. Los fascistas alemanes atacaron nuestras unidades con gran número de blindados e infantería motorizada, logrando penetrar nuestra defensa en uno de los sectores del frente...».

Lió un pitillo con dedos temblorosos, dio una calada para después tirarlo enseguida y, al coger la maleta, dijo:

–Me voy a Zagorsk caminando...

En la plaza de Mayakovski, Krímov se encontró con un redactor al que conocía. Éste le explicó que muchas de las instituciones del gobierno se habían trasladado de Moscú a Kúibishev, que en la plaza Kalanchévskaya había multitud de personas esperando a que las embarcaran en los trenes, que el metro estaba parado y que hacía una hora se había enterado por un soldado, recién llegado del frente, de que habían empezado a librarse combates en los accesos a la capital.

Krímov deambuló por la ciudad. Las mejillas le ardían; a cada rato unos mareos repentinos le obligaban a apoyarse en alguna pared para no caer. No era consciente de que había enfermado.

Llamó por teléfono a la Academia político-militar Lenin y preguntó por un coronel al que conocía que daba clases allí. Le dijeron que había partido al frente junto con sus estudiantes. Entonces llamó a la GPU y preguntó por el jefe de departamento que le había prometido que lo trasladaría al frente en un avión. El telefonista de guardia le informó de que había partido por la mañana junto con toda la sección. Krímov quiso saber si había dejado algún recado para él. El telefonista pidió a Krímov que siguiera a la escucha, que lo averiguaría. Tardó tanto en volver a ponerse al teléfono que Krímov, mientras oía la crepitación en el auricular, había creído que en el ajetreo de la partida el jefe de departamento se había olvidado de él, y que no habría nada del avión prometido. De modo que había decidido acudir al comité del Partido de Moscú o al jefe de la guarnición para pedir

que lo destinaran al frente para defender la capital... No obstante, el telefonista le comunicó, a su regreso, que se le ordenaba presentarse con sus pertenencias en el Comisariado de Defensa.

Ya había oscurecido cuando Krímov llegó a la oficina donde expedían los pases para el Comisariado. La fiebre que lo aquejaba dio paso a los escalofríos. Preguntó al guardia si en el Comisariado había un punto de atención médica. El guardia tomó de la mano a Krímov, al que le castañeteaban los dientes, y lo condujo a través de un pasillo desierto sumido en la oscuridad.

La enfermera le echó un vistazo y movió la cabeza con gesto de preocupación. Por lo que pudo ver en el helado cristal del termómetro, Krímov intuyó que tenía mucha fiebre. La enfermera llamó por teléfono y dijo:

–Envíen una ambulancia, tiene cuarenta grados y dos décimas.

Estuvo hospitalizado alrededor de tres semanas, aquejado de bronconeumonía. Las enfermeras le contaron que durante los primeros días había gritado entre delirios: «No se me lleven de Moscú... ¿Dónde estoy?... Quiero ir a Moscú...». Había intentado saltar varias veces de la cama, de suerte que habían tenido que sujetarlo mientras procuraban hacerle entender que estaba en Moscú.

Krímov recibió el alta a principios de noviembre.

Le pareció que durante el tiempo que había permanecido en el hospital la ciudad había cambiado. Terrible y formidable a la vez era el nuevo aspecto de la ciudad en guerra. Por ninguna parte se veía ya la agitación febril ni el miedo que la dominaban en el mes de octubre. Tampoco había gente arrastrando carretillas ni trineos cargados de equipaje en dirección a las estaciones de tren. Las tiendas no estaban a rebosar, los tranvías no iban llenos de pasajeros. El rumor de alarma en las calles había cesado.

En esos momentos, cuando la catástrofe se cernía sobre la tierra soviética, cuando las armas forjadas en el Ruhr retumbaban en los alrededores de Moscú, cuando los negros blindados de la fábrica de Krupp destrozaban los álamos y los abetos de los sotos cerca de Maloyaroslávets, cuando los misiles alemanes iluminaban el cielo invernal sobre el Kremlin con siniestros fuegos de la anilina producida por la fábrica química Baden Soda, cuando en los claros de los bosques el eco repetía sorda y mansamente las voces guturales de los comandos germanos, cuando las radios de onda corta transmitían aquellas órdenes despiadadas que cosían

el aire con sus gritos *«Folgen..., freiweg..., recht, Feuer... direkt recht»*, [57] pronunciados con acento prusiano, bávaro, sajón y bradenburguense... precisamente en aquel momento Moscú, severa y tranquila, se erigió en el formidable guía militar de las ciudades, las aldeas y el territorio rusos.

Por las calles desiertas, junto a los escaparates protegidos con sacos de arena, marchaban patrullas militares, circulaban blindados pintados de color nieve y camiones cargados con tropas. Las calles se habían llenado de barricadas levantadas con sacos de arena y gruesos troncos de pino rojizo; maderos atravesados por púas de hierro y estacas aguzadas cerraban las entradas a la ciudad. En los cruces de las calles se apostaban soldados para regular el tráfico y milicianos armados con fusiles... Allí donde fuera Krímov, se alzaban trabajos de construcción para la defensa de la ciudad, que se disponía a entrar en combate.

Aquélla era una ciudad-soldado, ciudad-miliciano, ceñuda e inflexible. Krímov pensó: «He aquí la cara de Moscú, la capital del Estado soviético».

El 7 de noviembre [58] presenció el desfile militar en la Plaza Roja. El comité del Partido de Moscú le había facilitado un pase.

La mañana de aquel día se levantó brumosa. Al llegar a la Plaza Roja, Krímov pensó que no había nada en el mundo que pudiera superar la majestuosidad de lo que allí se le aparecía: la torre Spáskaya, voluminosa y esbelta a la vez, cubría con su recio pecho de piedra tallada la parte oeste del cielo; las cúpulas de la catedral de San Basilio, bañadas en niebla, no parecían obra terrenal sino celeste. Aquellas formas sin par jamás dejaban de sorprender por mucho que se las mirara: ¿qué eran? ¿Palomas? ¿Nubes? ¿Un sueño humano hecho piedra o piedra hecha pensamiento y sueño humanos…?

Los abetos alrededor del Mausoleo de Lenin estaban inmóviles. El azul celeste de la vida apenas se dejaba entrever en la pétrea tristeza de sus pesadas ramas. Detrás de ellos se elevaba la piedra tallada de las murallas del Kremlin, cuyo perfil atenuaba el blanco de la escarcha. La nieve ora cesaba, ora caía en copos suaves sumiendo el monumento a Minin y Pozharski [59] en la oscuridad, cubriendo el adoquinado de la plaza donde en otros tiempos se había ejecutado públicamente a los reos.

A Krímov se le ocurrió pensar ante el Mausoleo de Lenin que la Plaza Roja era el pecho de Rusia, un pecho ancho y prominente sobre el que flotaba el cálido vaho de su aliento. Sobre el Kremlin descendió el amplio

cielo ruso embebido del frío de los tiempos de guerra que Krímov había visto en los bosques otoñales de Briansk.

Los soldados formaban filas a lo largo de la plaza. Todos vestían capotes, llevaban gorras arrugadas con orejeras y calzaban unas botas enormes y toscas. Aquel agrupamiento no obedecía a una reunión convocada tras un largo curso de formación en los cuarteles; procedían de unidades de combate en la reserva o de artillería.

Aquél era el ejército del pueblo. Los soldados enjugaban a hurtadillas –unos con un guante de lona empapado por la humedad, otros con un pañuelo o con la mano– el agua que la nieve derretida dejaba en sus rostros.

Allí estaban, ataviados con aquellos capotes mal ajustados, sujetos con cintos. Krímov pensó que tal vez los soldados de las filas traseras debían de estar masticando a escondidas alguna tostada sacada de sus bolsillos.

En la tribuna donde estaba apostado Krímov se agolpaba una multitud de hombres vestidos con capotes y chaquetas de cuero, mujeres con abrigos forrados de algodón y pañuelos en la cabeza, militares con insignias de color verde en forma de barras y rombos.

Una de las mujeres, enjugándose la frente con un pañuelo, observó:

–Con el tiempo que hace, hoy no es un día adecuado para volar.

Después de la enfermedad, a Krímov le costaba mantenerse en pie, de modo que se sentó sobre la barandilla de la tribuna...

De pronto una voz de mando recorrió la plaza. El mariscal Budiónniy, montado a caballo, pasó revista a las tropas y las saludó. Cuando terminó, subió a paso rápido a la tribuna del Mausoleo.

Stalin se acercó al micrófono para pronunciar un discurso. Krímov no podía distinguir su cara en la niebla matutina, pero sus palabras le llegaban con claridad. Hacia el final de su discurso, Stalin se quitó la nieve de la cara como cualquier soldado de los que estaban en formación, recorrió la plaza con la mirada y dijo:

–¿Alguien puede dudar de nuestra capacidad para derrotar a los invasores alemanes?

Krímov había escuchado otros discursos de Stalin, pero esta vez vio con mayor claridad aún que Stalin era capaz de hablar de manera sencilla, sin florituras superfluas. «Esa calma que muestra proviene de la confianza que tiene en los millones de personas a las que se dirige», pensó para sus adentros.

–La guerra que estáis librando es una guerra justa, es una guerra de liberación –concluyó Stalin–. ¡Muerte a los invasores alemanes! –clamó y alzó un brazo–. ¡A por la victoria!

Luego empezó el desfile. Aquella parada de la milicia popular delante del Mausoleo de Lenin tenía lugar en un momento en que las hordas de Hitler se encontraban en las proximidades de Moscú.

52

El 12 de noviembre de 1941 Krímov llegó al Estado Mayor del frente sudoeste. Pronto lo nombraron comisario de un regimiento motorizado en cuyas filas conoció la dicha de la victoria, dado que el regimiento participó en la liberación de Yelets. Allí presenció cómo el viento barría un montón de papel azul y rosa por encima de un campo nevado: los archivos del Estado Mayor de la división del general Sixt von Armin, derrotada por el Ejército Rojo. Vio a los prisioneros de guerra alemanes con las cabezas envueltas en toallas y con mantas sobre los hombros a modo de abrigo. Vio como los jerséis grises de algodón y los capotes agujereados de los cadáveres germanos, junto con los vehículos destrozados y los negros cañones Krupp, manchaban el manto de nieve sobre los campos invernales de Vorónezh.

La noticia de la derrota alemana cerca de Moscú se expandió desde el frente de Karelia hasta el frente sur como una campanada solemne.

Krímov creyó no haber estado nunca antes tan feliz como la noche en que tuvo conocimiento de aquel triunfo soviético. Salió del refugio que compartía con el comandante del regimiento. Un frío intenso le heló las fosas nasales al tiempo que le abrasaba las mejillas. Un camino cercano, ondulado y cubierto de nieve, irradiaba una luz opaca e irreal bajo un cielo despejado y lleno de estrellas. Su centelleo titilante creaba una sensación de movimiento múltiple y veloz, como si la noticia de la derrota alemana corriera de estrella en estrella sobre un cielo embargado por la emoción. Se descubrió y se quedó de pie, sin sentir el frío.

Luego releyó una y otra vez el comunicado, anotado por el radiotelegrafista, en que se informaba acerca de la exitosa contraofensiva desplegada en los accesos a Moscú por las tropas comandadas por los

generales Lelushenko, Kuznetsov, Rokosovski, Góvorov, Boldin y Gólikov. Al destrozar los flancos de las tropas alemanas, los hicieron retroceder y abandonar en la huida una cantidad ingente de armamento.

Los nombres de las ciudades liberadas le sonaban a Krímov a primavera nueva y jubilosa: Rogachov, Klin, Yajromá, Solnechnogorsk, Istra, Vénev, Stalinogorsk, Mijáilov y Epifán. Parecían haber resucitado, haber renacido tras librarse al fin de la negra capa que las cubría.

¡La hora de dar a los invasores su merecido, con la que tanto había soñado Krímov durante la retirada, por fin había llegado!

Se imaginaba los tan bien conocidos bosques de los alrededores de Moscú, y lo que el enemigo había dejado allí en su huida: blindajes destrozados, cañones pesados montados sobre ruedas altas y macizas, carros de combate, camiones de siete toneladas, montones de fusiles y subfusiles, ametralladoras retorcidas.

Krímov solía mantener largas conversaciones con los soldados, de modo que durante aquellos días se pasaba horas hablando con los artilleros y los fusileros. Se daba cuenta de lo innecesario de dar explicaciones a todas aquellas personas acerca de la importancia de aquel éxito militar incontestable cerca de Moscú, pues la comprendían cabalmente. La preocupación que sentía cada uno de ellos por la suerte de la capital rusa era constante, una dolorosa inquietud que había ido en aumento durante la ofensiva alemana contra Moscú. El día en que todo el Ejército Rojo conoció la derrota nazi, fueron millones los que lanzaron un suspiro de alivio. En calidad de comisario, Krímov pudo abarcar la trascendencia que supuso aquel acontecimiento para la vida nacional rusa.

Fue precisamente durante aquellos días cuando el desprecio burlesco hacia los invasores se sumó al sentimiento de odio con tintes trágicos y a la sensación de catástrofe que experimentaban los rusos.

En vez de decir «ellos» para referirse a los alemanes, tal y como habían hecho hasta entonces, en todos los refugios, las trincheras, los tanques y las dotaciones de artillería se les empezó a llamar despectivamente «fritz», «boches» y «hans».

Entonces comenzaron a surgir espontáneamente centenares de chistes e historias sobre la estupidez de Hitler, sobre la soberbia y la cobardía de sus generales. Aquellos chistes, fruto del ingenio de los soldados soviéticos, circularon por todos los frentes hasta llegar a la retaguardia profunda de los rusos.

En aquella época, entre los combatientes del Ejército Rojo se extendió también la costumbre de poner motes a los aviones alemanes: «jorobado», «dromedario», «guitarra», «muleta», «chirriante».

Asimismo, se empezó a tildar las armas alemanas de «bobas».

La aparición de aquellos chistes y motes, que brotaron en los refugios, en los trenes militares y en los aeródromos, marcó la cristalización definitiva de la superioridad moral sobre el enemigo.

En mayo Krímov fue nombrado comisario de una brigada antitanque.

La Wehrmacht lanzó una nueva y exitosa ofensiva cerca de Kerch. Las tropas bajo el mando de Manstein bloquearon el avance del ejército comandado por Gorodnianski, que marchaba contra Járkov, y cerraron el frente cerca de Isum-Barvenkov y Balaklea.

Durante aquellos terribles días perecieron el comandante del frente sudoeste Kostenko y el general Gorodnianski. Gúrov, miembro del Consejo Militar del mismo frente y a quien Krímov había conocido en Moscú, pudo huir del cerco enemigo a bordo de un blindado. El aire volvía a saturarse del zumbido de los bombarderos alemanes, los pueblos ardían, el trigo se quedaba sin segar en los campos, los silos y los puentes de ferrocarril se venían abajo...

El Ejército Rojo se batía en retirada, pero a su espalda ya no estaban el Bug ni el Dnieper sino el Volga y, más allá, las estepas de Kazajistán.

53

¿Cuáles fueron las causas de los dolorosos y trágicos fracasos del Ejército Rojo durante los primeros meses de la contienda?

Antes de que estallara la guerra los alemanes ya habían movilizado todas sus tropas y desplegado 170 divisiones cerca de la frontera soviética, dispuestas para entrar en combate a la primera señal, mientras que el Ejército Rojo ni estaba provisto de armamento moderno ni se había hecho a la idea de que el ataque alemán era inexorable. Así pues, cuando los germanos iniciaron la ofensiva, los soviéticos aún tenían que movilizar sus tropas y desplazarlas hacia las fronteras. Además, en aquellas fechas el único frente abierto de los alemanes en Europa sería el soviético. Por lo tanto, al considerar segura su retaguardia en el oeste, los nazis podían

permitirse lanzar todas sus fuerzas y las de sus aliados contra la Unión Soviética. Por último, el número de blindados, aviones y artillería de los que disponía el Ejército Rojo era insuficiente.

La doctrina de la guerra defensiva en territorio ajeno, según la cual se pasaría a la ofensiva sólo en el caso de que el enemigo violara las fronteras soviéticas, no se pudo llevar a la práctica.

Mientras entre los moscovitas se contaban historias fantásticas sobre el avance del Ejército Rojo hacia Königsberg, sobre la toma de Varsovia por los paracaidistas soviéticos y sobre los trabajos de modificación de la vía férrea para llevar nuestras tropas hasta Bucarest, centenares de miles de habitantes de Ucrania y Bielorrusia abandonaban sus hogares para huir hacia el este, ya fuera en un tren de carga, en camión, en tractor o caminando con un saco a cuestas. Aquellas personas advirtieron que la guerra recién comenzada dictaba sus leyes según una realidad extraordinariamente dura y cruel, que nada tenía que ver con lo que habían leído en las novelas, los artículos de prensa y los folletos, y lo que habían visto en las películas.

Al comparar el rápido avance alemán con la retirada soviética, no todos captaron la verdad de aquella guerra auténticamente popular: el ostentoso poderío mecánico del ejército germano, desarrollado a golpe de artificio, conllevaría impotencia, mientras que la debilidad que había demostrado el Ejército Rojo durante los primeros meses de la guerra estaba a punto de revelar su fuerza.

Los combates de 1941 librados durante la retirada soviética fueron los más duros de la guerra. En el transcurso de aquellas trágicas batallas la relación de fuerzas entre las partes contendientes fue inclinándose paulatinamente a favor del Ejército Rojo.

Fue entonces cuando empezó a fraguarse la victoria soviética.

El carácter popular tiene distintas facetas; también el valor guerrero, que se manifiesta de decenas y, tal vez, de miles de maneras particulares. El mundo supo de personas que habían salido al encuentro del enemigo con intrepidez, abocadas a una muerte segura, cuando aún tenían la opción de retroceder en la inmensidad del territorio ruso, personas que habían combatido con una ferocidad singular sólo porque eran conscientes de que la fuerza del enemigo era superior a la suya, personas cuyos restos no fueron enterrados con honores. Rusia debe en gran parte su salvación al

arrojo de aquellos héroes anónimos, caídos durante la primera fase de la guerra.

El primer año de guerra demostró la riqueza de la Rusia soviética en ese género de personas. A lo largo de aquel año se libraron centenares y miles de combates, de corta y larga duración, en cotas anónimas, en los alrededores de las aldeas, en los bosques, en los senderos cubiertos de hierba, en los pantanos, en los campos sin segar, en los barrancos y cerca de los pasos fluviales.

Se peleó junto a las heroicas ciudades de Leningrado, Odessa, Sebastópol, Moscú y Tula, y en las orillas de los ríos.

El Partido Comunista, su Comité Central, los comisarios de las divisiones, de los regimientos, de las compañías y de los pelotones, así como los comunistas de a pie, forjaron en aquellas batallas la disciplina, la moral y la capacidad combativa del Ejército Rojo. Como resultado, se socavaron las bases de la estrategia hitleriana de la guerra relámpago.

La *Blitzkrieg* [60] había previsto que bastarían ocho semanas para que las fuerzas alemanas tomaran los territorios rusos desde la frontera occidental soviética hasta la cordillera de los Urales. Hitler había estimado aquel plazo a partir de un cálculo que resultó ser erróneo e inútil: dividir la longitud de la zona europea de la Unión Soviética entre la distancia media que podían recorrer los blindados, la infantería y la artillería motorizadas germanas en un día. En esa estimación se basaban el resto de las pautas de la estrategia hitleriana, a saber, la destrucción de la industria pesada y el desbaratamiento de la retaguardia soviética, que imposibilitarían que el mando del Ejército Rojo movilizara las reservas.

En un año Rusia retrocedió mil kilómetros. Los trenes de carga trasladaban al este máquinas, calderas, motores, decorados para ballet, bibliotecas, colecciones de manuscritos de gran valor, pinturas de Repin y de Rafael, microscopios, reflectores de los observatorios astronómicos, millones de almohadas y de mantas, objetos de uso doméstico, infinitud de fotos de los padres, de los abuelos y de las tatarabuelas que dormían un sueño eterno en Ucrania, en Bielorrusia, en Crimea y en Moldavia.

Hubo quienes, cegados por el humo y el fuego de los incendios que había provocado la guerra, pensaron que en aquel año sólo hubo retirada, sufrimiento y destrucción. El Comité de Defensa Estatal [61] logró organizar el desplazamiento de millones de personas y de grandes cantidades de equipamiento industrial desde las zonas occidentales hasta el este del país,

a Siberia y a los Urales, donde la mente planificadora del Estado soviético creó una potente industria metalúrgica y carbonera.

Los miembros del Comité Central, así como de los demás comités de menor rango, junto con las bases del Partido Comunista, se pusieron al frente de los trabajos de construcción de nuevas fábricas, minas y viviendas para los obreros evacuados al este y lideraron aquella dura hazaña azotados por las tormentas de nieve, entre la oscuridad y el frío de las noches siberianas.

Durante aquel año se levantaron centenares de industrias nuevas entre los hielos de Siberia y de los Urales. Allí los obreros y los ingenieros cumplieron su insomne y difícil labor en aras de multiplicar la potencia militar del Estado soviético. Al mismo tiempo, la energía de los millones de personas que trabajaban en las fábricas de loza, de cartón, de lápices, de muebles, de calzado, de medias, de pasteles y demás, se desvió en función de las necesidades de la guerra: aquellas decenas de miles de pequeñas industrias se convirtieron en combatientes, lo mismo que miles y miles de campesinos, agrónomos, maestros y contables, quienes un año antes ni siquiera habían imaginado que serían llamados a filas. A muchos aquella enorme labor les pareció insignificante entonces, no en vano a menudo lo más importante pasa desapercibido.

La furia, el dolor y el sufrimiento populares se transformaban en acero, en explosivos, en cañones y en motores de bombarderos.

La fe del pueblo en la verdad y su amor por la libertad se convertían en armamento y en un sólido vínculo entre los soldados y los oficiales del Ejército Rojo.

La relación de fuerzas entre las partes en conflicto dio un vuelco durante el primer año de guerra. En la retaguardia soviética se fabricaron, cada vez en mayores cantidades, blindados, aviones y piezas de artillería. La curva de productividad de la industria militar rusa no dejaba de crecer, augurando la victoria de los ingenieros y obreros soviéticos en la pugna por aumentar la cantidad y la calidad de la maquinaria bélica.

Aquel año de consolidación de la industria militar, de combates defensivos, de kilómetros y kilómetros de retirada de las tropas, sirvió para que el pueblo y su ejército, en un duro ejercicio, aprendieran de los errores, erradicaran su apocamiento y conocieran de cerca al enemigo.

En diciembre de 1941, los Estados Unidos entraron en la guerra con su colosal poderío militar. También Inglaterra, aliviada ya de una amenaza

inminente de ataque, multiplicó la producción de armamento. Y miles de kilómetros por detrás de la línea del frente, los obreros y los ingenieros soviéticos ganaban la batalla que se medía en la calidad y la cantidad de la maquinaria militar de todo tipo.

*

Durante la campaña de 1942, Hitler concentró en el único frente que tenía abierto 179 de las 256 divisiones que entonces poseía el ejército germano. A ellas se sumaron 61 divisiones aliadas, de modo que el Ejército Rojo se enfrentaba en 1942 a un total de 240 divisiones –más de tres millones de combatientes–, es decir, el doble de tropas que Alemania, el Imperio austrohúngaro y Turquía habían desplegado contra Rusia en 1914. El mando alemán concentró el grueso de aquellas fuerzas en un sector de quinientos kilómetros de extensión entre Oriol y Losovaia. A finales de mayo de 1942 los germanos iniciaron una ofensiva en dirección a Járkov y a finales de junio del mismo año, en dirección a Kursk. El 2 de julio los blindados y la infantería alemanes lanzaron el ataque contra Bélgorod y Volochansk. El 3 de julio cayó Sebastópol.

Al emprender aquella ofensiva, Hitler creyó continuar la misma guerra que había comenzado el 22 de junio de 1941. Sin embargo, estaba en un error. La realidad había cambiado, mientras que la estrategia del Führer permanecía inalterada.

De todos modos, el frente se rompió y, como consecuencia, los alemanes volvieron a ocupar Rostov y llegaron hasta el Cáucaso. Hubo gente que, arrastrada por el humeante torbellino que se abatía sobre las entrañas de la tierra, creyó que la guerra continuaba tal y como había empezado y que la *Blitzkrieg* de Hitler acabaría por triunfar. No obstante, el tiempo no había pasado en vano, de suerte que aquello que parecía presagiar el triunfo definitivo del ejército alemán no fue sino un espejismo.

Después de la partida de Seriozha con un batallón de trabajo, la tristeza y el silencio se instalaron en casa de los Sháposhnikov. Aleksandra Vladímirovna trabajaba sin descanso, ocupada en la inspección de la fábrica donde se producía el líquido inflamable para los cócteles mólotov. Regresaba a casa tarde, dado que la fábrica se encontraba lejos del centro de la ciudad y el servicio de autobuses no llegaba hasta allí. Aleksandra Vladímirovna tenía que pasar largos ratos esperando que algún coche la llevara o, si no, regresar a casa a pie.

En una ocasión Aleksandra Vladímirovna estaba tan cansada que decidió telefonear a Sofia Ósipovna al hospital para que ésta le enviara un coche. Camino de casa, Aleksandra Vladímirovna pasó por los cuarteles de Beketovka, donde se encontraba Seriozha.

Estaban vacíos, pues la víspera los batallones de trabajo se habían desplazado a la estepa. Cuando se lo explicó en casa a sus hijas, éstas la miraron alarmadas, pero ella se mostró tranquila e, incluso, sonrió al contar lo que el chófer le había dicho refiriéndose a Sofia Ósipovna:

–La camarada Levinton es una persona justa y una excelente cirujana, sólo que tiene mal genio.

En efecto, últimamente Sofia Ósipovna estaba crispada y rara vez visitaba a los Sháposhnikov. Tenía muchísimos heridos que atender en el hospital, procedentes del otro lado del Don, en cuyos accesos se libraba día y noche una gran batalla.

En una ocasión Sofia Ósipovna observó:

–Todo se me hace una montaña. No sé por qué creen que soy de hierro...

Otra vez, a su regreso del hospital, rompió a llorar y explicó:

–¡Si hubierais visto al joven que ha muerto en la mesa de quirófano hace una hora! ¡Tenía unos ojazos y una sonrisa tan conmovedora!

En las últimas semanas, las alarmas aéreas cada vez eran más frecuentes.

Durante el día los aviones enemigos volaban a gran altura, dejando tras de sí largas estelas de vapor. Por esas fechas todo el mundo sabía que aquéllas eran las aeronaves de reconocimiento que fotografiaban las fábricas, el puerto y el Volga. Luego, casi todas las noches, aviones solitarios lanzaban bombas que atronaban la ciudad en reposo.

Stepán Fiódorovich apenas veía a su familia, ya que en la central eléctrica se había decretado el estado de sitio. Después de los bombardeos

telefoneaba a casa para preguntar si todos estaban bien.

Vera, a su regreso del hospital, se mostraba huraña e irascible; el tono que empleaba en las conversaciones con su madre era tan áspero que Maria Nikoláyevna, desconcertada, volvía la mirada hacia los demás allí presentes en busca de apoyo.

Una vez Maria Nikoláyevna se quejó a Sofia Ósipovna:

–Lo insensato de la naturaleza de mi hija consiste precisamente en que se muestra egoísta conmigo, mientras que con los extraños puede llegar a ser extraordinariamente buena y solícita.

Sofia Ósipovna observó irritada:

–Si me topara con una muchacha así en mi trabajo, huraña y hostil, te juro que la echaría a los dos días.

Pero como Maria Nikoláyevna consideraba que ella era la única con derecho a criticar a su hija –algo que ni siquiera permitía a su marido–, salió en defensa de Vera:

–La culpa es de los genes: el padre de Stepán era una persona ruda e inculta. Por otro lado, Vera se ve obligada a buscar afinidades fuera del círculo familiar, pues incluso en casa yo no hablo ni pienso en otra cosa que no sea mi trabajo. En esencia, es una muchacha pura y laboriosa. Algunas veces se sienta a leer poesía y no hay manera de que vaya por el pan, pero otras se levanta y limpia toda la casa o se pasa la noche lavando ropa.

Sofia Ósipovna dijo entre risas:

–Ay, madres, madres… Todas sois iguales.

Entre los meses de julio y agosto de 1942, en los boletines de noticias de la Oficina de Información Soviética empezaron a citarse nombres que todo habitante de Stalingrado conocía: Tsimliánskaia, Kletskaya, Kotélnikovo, localidades contiguas a la ciudad y unidas a ella.

Sin embargo, antes de que los boletines de noticias empezaran a mencionar aquellas localidades, los refugiados procedentes de Kotélnikovo, Kletskaya y Zimóvniki habían empezado a llegar a Stalingrado. Aquellas personas –conocidos, familiares y paisanos de los ciudadanos de Stalingrado– habían oído ya el estrépito de la avalancha alemana que se acercaba. Mientras tanto, Sofia Ósipovna y Vera veían todos los días a más y más heridos en el hospital, soldados que habían intervenido dos o tres días antes en los combates del otro lado del Don. Sus

relatos sembraban la alarma. Día y noche, sin descanso, la guerra se aproximaba al Volga.

Todas las conversaciones en la familia de los Sháposhnikov giraban en torno a la guerra. Si se empezaba a hablar sobre el trabajo de Víktor Pávlovich, enseguida se evocaba el destino trágico y solitario de Anna Semiónovna, su madre; si se mencionaba a Liudmila, al punto se especulaba sobre si Tolia, su hijo, seguía con vida. Tanto se había acercado la desgracia que estaba a punto de abrir las puertas de la casa de los Sháposhnikov de par en par.

El único motivo para las risas y las bromas fueron las conversaciones sobre la visita de Nóvikov.

Aleksandra Vladímirovna señaló:

–Nóvikov no deja de decir: «El espíritu ruso... el alma rusa». A mí eso me suena a 1914...

–Mamá, creo que usted se equivoca en eso. La Revolución otorgó un significado completamente nuevo a las nociones del espíritu y del alma nacionales –repuso Maria Nikoláyevna.

Una noche, mientras tomaban el té, [62] Sofia Ósipovna organizó una sesión de análisis «general» de la persona de Nóvikov.

Aleksandra Vladímirovna observó:

–Es un individuo un tanto envarado; su presencia me incomoda, da la sensación de que o bien está a punto de ofenderse, o bien de ofender a uno. No puedo dejar de pensar en si tener un jefe como Nóvikov es bueno o malo para nuestro Seriozha.

–Ay, mujeres, mujeres… –dijo Sofia Ósipovna como si ella no lo fuese y las debilidades femeninas le fueran ajenas–. ¿Cuál es el secreto de su éxito? Él es un héroe de su tiempo. A las mujeres les encantan los hombres así. En esto de los enamoramientos hay modas, como con los vestidos. En la década anterior a la Primera Guerra las jóvenes se volvían locas por los poetas y los soñadores, como los simbolistas y semejantes. En los años treinta los ingenieros que dirigían alguna obra de gran envergadura estaban muy cotizados y hoy lo están los coroneles. Sin embargo, recordemos que lleva una semana desaparecido.

–No te preocupes, tía Zhenia, seguro que no ha huido, ya volverá. Lo tienes hechizado… –dijo Vera.

–Claro, claro –añadió Sofia Ósipovna mientras todos reían–, ha dejado aquí su maleta...

Zhenia, al escuchar aquellas conversaciones, unas veces se enojaba y otras reía.

–Sabes, Sofia Ósipovna –dijo–, creo que eres la que más habla de Nóvikov; más que yo, en cualquier caso.

Sin embargo, Zhenia no se daba cuenta de que encajaba aquellas bromas con excesiva paciencia, algo que sólo podía explicarse por el placer que le producía escuchar aquellas conversaciones.

Carecía de la confianza en sí misma y de la prudencia propias de las mujeres muy guapas, convencidas siempre de su éxito. Apenas cuidaba su aspecto: llevaba peinados que no le favorecían, y tanto podía calzar zapatos con tacones gastados como vestir un abrigo viejo y deforme. Las hermanas de Zhenia lo atribuían a la mala influencia de Krímov. «Juntos sois como un caballo y un gamo tembloroso», dijo entre risas Liudmila en una ocasión. «Además, el caballo soy yo», precisó Zhenia. Cuando se enamoraban de ella, cosa que sucedía a menudo, se afligía y decía: «Acabo de perder a otro buen amigo».

Experimentaba un extraño sentimiento de culpa ante sus pretendientes. También le sucedió con Nóvikov. La expresión de desconcierto en los ojos de aquel hombre fuerte, duro y consagrado por completo a una labor tan difícil e importante, la trastornó.

Durante los últimos días había reflexionado sobre su vida con Krímov. Aún sentía lástima por él, sin reparar en que aquel sentimiento no despertaba en ella el deseo de volver a su lado, sino más bien al contrario. Se iba convenciendo de que la ruptura no tenía remedio.

Cuando Krímov visitaba la dacha de Liudmila, la hermana mayor de Zhenia, aquélla lo acompañaba en sus paseos alrededor de la casa por precaución, pues sabía por experiencia que sus «pezuñas» hollarían sin falta las flores de flox y otros tesoros de su jardín.

Durante el té Krímov solía discutir con entusiasmo, gesticulando ostensivamente, de modo que Liudmila ponía delante de él una servilleta de más, en un intento de proteger el mantel bordado de la mesa, y retiraba su juego de tazas favorito con diseños de Chejonin.

Krímov encontraba los cigarrillos convencionales demasiado suaves y fumaba unos pitillos enormes que él mismo se liaba. Mientras discutía, agitando la mano con un cigarro encendido, dejaba caer montones de pavesas que quemaban el mantel.

A Krímov no le gustaba la música; los objetos bonitos y elegantes le dejaban indiferente, pero en cambio, tenía un profundo sentido de la naturaleza y sabía hablar de ésta de un modo ameno. Crimea y la costa caucásica no eran de su agrado: en una ocasión, de vacaciones en Misjor, pasó casi un mes recluido en la habitación de su hotel, con las persianas bajadas, leyendo recostado en el sofá y ensuciando el parqué con la ceniza de sus cigarros. Sin embargo, en cuanto el viento empezó a agitar el mar, salió a la playa; cuando, bien entrada la noche, volvió al hotel le comentó a Yevguenia Nikoláyevna:

–Me ha encantado ver aquellas enormes olas. Parecía la Revolución.

Sus gustos culinarios podían calificarse de extraños. Una vez invitó a comer a casa a un camarada procedente de Viena. Pidió a Yevguenia Nikoláyevna que cocinara algo rico para la ocasión, y cuando ésta quiso que Krímov la ayudara a escoger el menú en cuestión, él respondió:

–¡Qué sé yo! De primero estaría bien una sopa de guisantes y de segundo, hígado con cebolla...

Krímov era un hombre fuerte. Una vez Zhenia acudió a un mitin celebrado en una fábrica moscovita con motivo del aniversario de la Revolución. Mientras Krímov pronunciaba su discurso, levantaba la voz al tiempo que bajaba el puño con la fuerza de un martillo. La emoción recorría la enorme sala y Zhenia notaba que las yemas de los dedos se le helaban.

No obstante, al recordar todo aquello, Zhenia sintió una enorme pena por él. Tuvo ganas de llorar durante todo el día, y por la noche, después de las bromas de Sofia Ósipovna, se encerró en el baño con la excusa de que iba a lavarse el pelo.

El agua caliente se enfrió dentro de la olla mientras Zhenia, sentada en el borde de la bañera, pensaba: «Qué distantes pueden resultar a veces las personas más queridas, incluso la propia madre, cuando no entienden nada de nada...».

Los familiares de Zhenia creían que aquel Nóvikov, un conocido casual, le interesaba, mientras que ella no dejaba de pensar en algo muy distinto... en el aura de romanticismo y sabiduría que envolvía todo lo relacionado con Krímov. Sus rarezas, su pasado, sus amigos, todo lo admiraba. En aquella época Krímov colaboraba en revistas sobre el movimiento obrero internacional, participaba en congresos y escribía acerca de la lucha revolucionaria en Europa.

A veces, los camaradas extranjeros que intervenían en aquellos congresos visitaban a Krímov en su casa. Todos intentaban hablar en ruso con Zhenia, deformando las palabras sin remedio.

Las conversaciones que aquellos camaradas mantenían con Krímov eran largas y apasionadas, y a veces se prolongaban hasta las dos o las tres de la madrugada. Cuando se hablaba en francés, lengua que Zhenia conocía desde niña, ella escuchaba atentamente, pero aquellos encendidos debates nunca habían llegado a absorberla; se mencionaban nombres que ella no conocía y se discutía sobre opúsculos que no había leído.

En una ocasión comentó a Krímov:

–Tengo la sensación de estar haciendo un acompañamiento musical a personas carentes de oído: distinguen los tonos, pero no los semitonos ni las cuartas. Creo que el problema no está sólo en el idioma, tal vez seamos muy diferentes.

Krímov se molestó:

–Ellos no tienen nada que ver, el problema está en ti. El alcance de tus intereses es muy limitado. Acaso seas tú quien carece de oído musical.

Zhenia quiso responderle con contundencia, pero acabó murmurando, con una resignación insospechada:

–Tampoco tú y yo tenemos mucho en común.

Una vez fue a visitarlos un grupo numeroso, una pandilla, según gustaba de decir Krímov. Estaba compuesto por dos mujeres bajitas y rechonchas, de cara redonda, que trabajaban en el Instituto de Economía Mundial, un indio, al que llamaban en broma Nikolái Ivánovich, un español, un inglés, un alemán y un francés.

Todos estaban de un humor excelente, así que pidieron a «Nikolái Ivánovich» que cantara. En su voz, aguda y penetrante, la tonada melancólica y melodiosa que eligió sonaba extraña.

Cuando arrancó a cantar, aquel hombre con gafas de montura dorada, dos carreras universitarias en su haber, autor de un grueso libro cuyo ejemplar descansaba sobre el escritorio de Krímov, un personaje de sonrisa fría y amable, acostumbrado a intervenir en los grandes congresos europeos, dio la impresión de haberse transformado.

Mientras escuchaba atentamente aquella tonada insólita, Zhenia miraba al indio de soslayo. Éste estaba sentado en el sofá con las piernas cruzadas, cada pie sobre el muslo opuesto, en una postura que ella sólo había visto en manuales de geografía.

Cuando terminó de cantar, el indio, visiblemente emocionado, se quitó las gafas con sus dedos finos, huesudos y temblorosos para limpiarlas en un pañuelo blanco inmaculado. Sus ojos miopes y llorosos resultaban tristemente conmovedores.

Acordaron que cada uno de los presentes cantaría en su lengua materna.

Acto seguido cantó Charles, periodista y amigo del escritor Henri Barbusse. Vestía una chaqueta arrugada y el pelo enmarañado le caía sobre la frente. Con voz fina y temblorosa, interpretó una cancioncilla sobre las obreras francesas. La tristeza perpleja que transmitía la letra, deliberadamente sencilla, ingenua e infantil, conmovió a todos los presentes.

Luego le llegó el turno a Fritz Hakken, un economista de cara larga y enjuta que había pasado media vida en prisión. Apoyó los puños cerrados sobre la mesa para interpretar la canción *Wir sind die Moorsoldaten*, [63] que había popularizado Ernst Busch.

Aquella canción era un canto desesperado, un canto de los condenados a muerte. La expresión de su cara se fue tornando cada vez más grave, tal vez porque creyese estar interpretando una canción que hablaba de él y de su destino.

Henry, un atractivo joven invitado por la Unión de Sindicatos de la Unión Soviética y que acudía en representación de la Unión de Marinos Mercantes, cantó de pie, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Podía parecer que su canción era alegre y vehemente, pero en la letra resonaba un eco de desasosiego: un marino conjeturando sobre su futuro y sobre el de aquellos a los que había dejado en tierra firme...

Cuando llegó el turno del español, éste se aclaró la garganta, se puso en pie en posición de firmes y arrancó a cantar *La Internacional* .

El resto de los presentes se levantó y lo acompañó, cada uno en su lengua, aunque parecía que todos cantaran una misma letra. Todos se habían puesto de pie y la emoción general se palpaba en el ambiente. Las dos mujeres tenían voces muy bonitas. No obstante, había cierta comicidad generada por sus rostros y la manera en que levantaban el pecho. Una de ellas marcaba el ritmo golpeando el suelo con su pierna robusta y el movimiento de sus rizos. La otra agitaba su bracito corto como si dirigiera un coro. Al principio, Zhenia se sintió dominada por aquella atmósfera tremendamente solemne, pero después sintió de repente ganas de echarse a

reír. Tuvo que simular que se aclaraba la garganta para disimularlo. Cuando vio que dos lágrimas se descolgaban por las mejillas de Krímov se sintió incómoda y avergonzada, aunque no habría sabido decir si esos sentimientos la embargaban por ella o por él.

Tras despedirse de las dos mujeres del Instituto de Economía –quienes no quisieron acompañarles a almorzar–, se dirigieron a un asador y después salieron a pasear por la avenida Tverskaia.

Krímov les propuso que fueran por la calle Malaia Nikítskaya hasta la parte nueva del zoológico.

Henry respaldó encantado la propuesta de Krímov, ya que si algo detestaba era pasear sin rumbo; no en vano, cuando visitaba Moscú sólo acudía a los lugares de interés, y lo hacía según un plan preestablecido. Entre los visitantes del zoológico distinguieron a una pareja que fue del agrado de todos: un hombre de unos cuarenta años, de cara serena y cansina, obrero de fábrica a juzgar por sus manos grandes y oscuras, que llevaba del brazo a una anciana vestida con una chaqueta marrón de aldeana y un pañuelo blanco de domingo sobre su pelo canoso.

Por lo visto, la anciana había viajado desde su pueblo para visitar a su hijo en Moscú. Su rostro arrugado parecía exánime, pero sus ojos refulgían, alegres. Al ver un alce, dijo:

–¡Vaya pedazo de animal! ¡Para arar no sería menos que un tractor!

Se interesaba por todo lo que la rodeaba y se mostraba orgullosa de su hijo.

La «pandilla» de Krímov seguía a la pareja, como si la quisieran proteger, sin ser conscientes de que docenas de otras personas los observaban a ellos a su vez. Una multitud de jóvenes fascinados los seguían de un emplazamiento a otro, más interesados en Nikolái Ivánovich que en el alce o el reno que chupaba un terrón de sal.

El grupo caminó detrás de aquella pareja durante un trecho. Luego se dirigieron al recinto donde se criaban los cachorros de distintos animales, pero el día se ensombreció y empezó a llover. El inglés Henry se quitó la chaqueta para cubrir con ella la cabeza de Zhenia. Un agua turbia inundó y desbordó la zanja que había a lo largo del caminito que habían tomado, mojándoles los pies. Aquellos simpáticos contratiempos les provocaron una alegría y una despreocupación propias de la niñez.

De pronto el sol hizo de nuevo su aparición, y el agua gris de los charcos volvió a brillar; los árboles, mojados por la lluvia, lucían un verde

intenso. Entre la hierba crecían margaritas perladas de gotas de lluvia, resplandecientes y temblorosas.

–El paraíso –dijo el alemán.

Un osezno empezó a trepar por un árbol, estirando su pesado cuerpecito y haciendo caer de las ramas unas brillantes gotas de agua. Mientras tanto, entre la hierba empezó un juego: unos cachorros de dingo fibrosos, de pelaje rojizo y colas enroscadas, zarandeaban, junto con unos lobatos que movían sus omóplatos como si hicieran girar una rueda, a otro osezno que, apoyado en las patas traseras, intentaba rechazarlos a fuerza de manotazos. El osezno que había trepado por el árbol cayó al suelo, de modo que los cachorros formaron una gran bola peluda, abigarrada y alegre, que fue rodando por la hierba. Entonces, detrás de unos arbustos apareció un pequeño zorro. Alarmado por el alboroto, empezó a menear su cola de un lado a otro, estirando el hocico. Sus ojitos brillaban; los costados, flacos y pelados, subían y bajaban aprisa. Como anhelaba participar del juego, avanzó con paso temeroso, pero, presa del miedo, apretó la panza contra el suelo y se quedó quieto. De repente dio un salto y se lanzó hacia los demás animales, chillando alegremente en un tono entre lastimoso y risible. Los cachorros de dingo enseguida lo tumbaron; se quedó tendido en el suelo con los ojitos brillantes, panza arriba, señal de máxima confianza por parte de un animal. Uno de los dingos lo mordió con tal fuerza que el zorrito emitió un chillido agudo de reproche, pidiendo ayuda. Sin embargo, aquel chillido de socorro fue su perdición: los dingos se abalanzaron sobre él, buscándole la garganta con los colmillos. Lo que había empezado siendo un juego acabó en muerte. Un guardián del zoológico llegó corriendo y arrebató el cuerpo del cachorro de zorro, ya muerto, a los perros. Lo sostuvo en la palma de una mano. El delgado hocico con un ojo abierto y la fina cola del animal colgaban sin vida. Los dingos que habían cometido el crimen siguieron al guarda; sus colas enroscadas temblaban, presas de una turbación extraordinaria.

Ante aquella escena, los ojos negros del español se nublaron de rabia. Apretó los puños y gritó:

–*Hitlerjugend!* [64]

Entonces todos se pusieron a hablar a la vez. Zhenia oyó como el indio, con una mueca de asco, decía en alemán: *«Es ist eine alte Geschichte, doch bleibt sie immer neu»*. [65]

Krímov cambió al ruso, elevando la voz por encima del resto:

—¡Dejadlo, camaradas: no existe ni ha existido jamás el instinto de matar!

De hecho, aquél fue uno de los días más agradables: las conmovedoras melodías, una comida agradable, el aroma de los tilos, el chaparrón, la anciana campesina con su hijo. Aquel conjunto de cosas hizo que Zhenia «se lo pasara bien». Sin embargo, lo que mejor recordaba de aquel día eran el malogrado zorrito y los ojos negros del español, llenos de rabia y dolor.

Durante los últimos meses de convivencia, Krímov y Zhenia tuvieron pocos días buenos. Ella descubrió que la alegraban todas las malas noticias que escuchaba sobre los amigos de su marido. Hakken había perdido la batalla por que la revista *Economía Mundial* le subiera los honorarios. Henry se lió con una traductora a la que acabó abandonando de manera súbita. Charles había viajado al mar Negro con el propósito de escribir un libro, pero no consiguió sacar ni una sola palabra en limpio. Por el contrario, lo que hizo fue abandonarse al ocio y la bebida. Zhenia consideraba a Krímov culpable de todos los fracasos de sus amigos. «¡Ahora puedes ver quiénes son tus amigos en realidad!», le dijo un día.

En aquel entonces Krímov salía todas las noches de visita a casas de amigos y no regresaba hasta muy tarde. En ocasiones no tenía ganas de ver a nadie; cuando volvía del trabajo, desconectaba el teléfono o decía a Zhenia: «Si llama Pável, dile que no estoy». Unas veces permanecía hosco y callado, otras se excitaba y reía, bromeaba o contaba historias de su pasado.

Sin embargo, el problema no radicaba, desde luego, en que Krímov se ausentara a menudo o tuviera rachas de mal humor. La cuestión era que Zhenia, poco a poco, fue notando que ya no le pesaba la soledad en que la sumían las ausencias de Krímov, como tampoco la contentaban ya las noches en que su marido se quedaba en casa y le hablaba, rememorando el pasado. Era muy posible que Zhenia, al empezar a estar molesta con Krímov, adoptara, sin querer, la misma actitud hacia los amigos de éste.

Todo aquello que la había enamorado de Krímov dejó de gustarle; lo que él tenía de romántico empezó a parecerle forzado. De hecho, la insulsez de las opiniones de Krímov sobre la pintura en general y sobre los trabajos de Zhenia en particular siempre la habían irritado. Por muy simples que parecieran las preguntas que Zhenia se formulaba, resultaban difíciles de contestar: ¿por qué había dejado de amarlo? ¿Cuál de los dos había cambiado? ¿Lo había visto con otros ojos o había dejado de

comprenderlo? ¿«El amor que una vez fue para ti, por desgracia, un día se apagará»? [66] No, no era eso. Antes ella había creído que él lo sabía todo; en cambio, últimamente le decía:

–Oh, ¡no entiendes nada!

Cuando él hacía predicciones sobre las revoluciones en otros países, Zhenia solía repetir en tono de burla aquellas palabras de Pushkin: «¡Sueños, sueños, ¿dónde se ha escondido vuestra dulzura?!». En algún momento, ella pensó que él era un hombre de pensamiento avanzado, pero ahora lo veía como a alguien ingenuo, cuyo pensamiento había quedado obsoleto, como una anciana con una boina.

A Zhenia le traían sin cuidado los éxitos de su marido aunque, desde luego, no podía pasar por alto que quienes antes solían telefonear a Krímov sin ceremonias cada vez llamaban menos, y si era él quien lo hacía, los secretarios de aquellas personas le negaban a veces la comunicación. Habían dejado de enviarle invitaciones para los estrenos del Teatro de Arte y del Maly. [67] En una ocasión llamó a la dirección del Conservatorio para pedir entradas para el concierto de un famoso pianista. Cuando dijo su apellido, la secretaria del director quiso saber de qué Krímov se trataba y luego le comunicó que, lamentablemente, ya no quedaban entradas. También supo que ya no podía conseguir medicamentos para Aleksandra Vladímirovna en la farmacia del Kremlin y que había dejado de ir al trabajo en el Mercedes para hacerlo en un Emka que se tiraba diez días de cada mes metido en el taller. A Zhenia todo aquello le resultaba indiferente, como tampoco le importaba llevar vestidos confeccionados por las mejores modistas moscovitas o tener que comprar ropa manufacturada en la fábrica textil de Moscú con un libramiento. Una vez le contaron que, en una reunión importante, el informe presentado por Krímov había recibido duras críticas por su supuesto «anquilosamiento». Sin embargo, la cuestión más importante, a fin de cuentas, era otra: simplemente se había desenamorado de él, y luego vino el resto. Intentaba no pensar en que, tal vez, primero hubiera venido «el resto» y en consecuencia se hubiera desenamorado. Cuando a Krímov lo trasladaron a la editorial, le dijo a Zhenia:

–Ahora tendré más tiempo para dedicarme de verdad a mi libro, pues en aquella vorágine de reuniones no había manera de encontrar ni un minuto libre.

Por lo visto, ya entonces se daba perfecta cuenta de que las relaciones entre ellos habían cambiado. En una ocasión le dijo:

–Alguna vez iré a visitarte vestido con una chaqueta de cuero raída y unos calcetones. Entonces tu marido, que será un académico famoso o un ministro, preguntará: «¿Quién es ése, *ma chêre* ?» . Y tú responderás con un suspiro: «Nadie, un error de juventud. Dígale que estoy ocupada».

Zhenia aún recordaba la tristeza en los ojos de Krímov cuando le gastó aquella broma.

Quería verlo de nuevo y explicarle que la culpa era de su estúpido corazón, que se había desenamorado sin ninguna razón concreta, de modo que Krímov jamás pensara mal de ella.

Todo aquello la tenía tan preocupada que, incluso durante los días más duros de la guerra, no había podido dejar de pensar en Krímov.

Cuando se acostó, tan pronto creyó que todos se habían dormido Zhenia lloró de pena por aquella vida pasada que ya no volvería.

Y todas las conversaciones, los pensamientos y sentimientos de aquellos años le parecían ahora elevados y magníficos, mientras que los amigos de Krímov se mostraban ante ella como personas dulces y nobles. Y él, su marido, le despertaba el mismo agudo sentimiento de amor y pena como el que sintió al ver a la fierecilla que se metió de repente en una cruel pelea que acabaría con su vida. ¿Por qué el amor estaría tan sujeto a la amargura? Su amargura era tan intensa que amargura y amor se confundían hasta parecer un único sentimiento.

Mientras lloraba miraba sus manos, apenas una sombra en la oscuridad de la habitación, unas manos que Krímov había besado en otros tiempos. Entonces, toda su vida se le apareció tan confusa como aquella negrura sofocante que reinaba en el cuarto.

–No llores, Zhénechka –dijo en voz baja Aleksandra Vladímirovna–, pronto vendrá tu caballero y te enjugará las lágrimas.

–¡Oh, Dios mío! –exclamó Zhenia y juntó las manos en un gesto de desesperación, olvidando que con aquel aspaviento podía despertar a los que dormían–. ¡No es eso, no es eso! ¿Por qué nadie, ni siquiera tú, mamita, quiere comprender qué me pasa?

La madre le replicó en susurros:

–Zhenia, créeme, no nací ayer y creo comprenderte mejor de lo que tú misma te comprendes ahora.

A Yevguenia Nikoláyevna le extrañó la actitud de Vera cuando ésta llegó a casa: se negó a almorzar y fue a poner el tocadiscos. Normalmente, nada más pisar el recibidor preguntaba si la comida estaba lista.

Yevguenia Nikoláyevna vio cómo escuchaba música sentada a la mesa, con los brazos acodados y la cabeza apoyada en los puños. Seguía el movimiento del disco con la mirada fija de quien, afligido, clava los ojos en cualquier objeto mientras su mente divaga en otra cosa. Yevguenia Nikoláyevna le dijo:

–Todos volverán tarde del trabajo, así que lávate las manos y almuerza.

Vera se quedó mirándola de hito en hito sin decir palabra.

Al salir de la habitación, Yevguenia Nikoláyevna se volvió y vio que Vera escuchaba música tapándose los oídos con las manos.

–¿Te duele la cabeza? –le preguntó entrando de nuevo en el cuarto.

–¡Haz el favor de dejarme en paz!

–Vera, cálmate, por favor...

–¿Quieres dejarme en paz de una vez? ¿Qué? Te has puesto guapa para recibir a tu Nóvikov, ¿eh?

–¿Qué te pasa? ¿No te da vergüenza? –insistió Yevguenia Nikoláyevna, sorprendida por la expresión de dolor y odio que había advertido en la mirada de su sobrina.

Por alguna razón Vera le había cogido ojeriza a Nóvikov, en cuya presencia callaba o bien le dirigía preguntas capciosas. «¿Le han herido muchas veces?», le preguntó en una ocasión. Tras recibir la respuesta que esperaba, puso cara de sorpresa y exclamó, arrastrando las palabras: «¡Qué dice! ¿Ni una vez desde que empezó la guerra?».

Que Nóvikov ignorara sus pullas la irritaba aún más si cabe.

–¿Darme vergüenza a mí? –respondió Vera a Yevguenia Nikoláyevna–. ¡Cómo te atreves! ¡Es a ti a quien debería darte vergüenza!

Agarró un disco de la mesa, lo arrojó al suelo, corrió a la puerta y, tras volverse hacia Yevguenia Nikoláyevna, le gritó:

–¡Me voy a dormir a casa de Zina Mélnikova, no me esperéis!

«¿Qué le pasa?», pensó Yevguenia Nikoláyevna, tan impresionada por la expresión airada y de lástima del rostro de Vera como por su inexplicable grosería.

Por la mañana, Zhenia había decidido pasar el día trabajando en casa, pero a raíz del altercado con Vera, perdió las ganas.

En contra de la opinión de Marusia, que creía que Vera había heredado el difícil carácter de su padre, Zhenia sostenía que se trataba más bien de un rasgo materno. Marusia se comportaba de una manera estúpida. Se acercaba a algún cuadro a medio acabar de Zhenia y decía, en un tono entre burlón e indulgente: «A ver...», como si el trabajo de Zhenia fuese una especie de juego infantil y el de Marusia consistiera en conducir un carro de combate... Cuando todo el mundo sabía que, aparte de pan y botas, la gente también necesitaba de la pintura. El día anterior Marusia había espetado a Zhenia: «Sólo falta que te pongas a pintar vistas de la ciudad: el Volga, los parquecitos, los niños con sus niñeras. Mientras estés pintando, los soldados y los obreros pasarán a tu lado y, al verte, se echarán unas risas...». Efectivamente, habría sido ridículo, pero también necesario. Aquello, desde luego, resultaría muy interesante: Stalingrado durante la guerra, el sol, el Volga resplandeciente, las enormes hojas de los árboles, los niños jugando en la arena, los edificios blancos y, por encima, a través y dentro… ¡la guerra! Rostros graves y sombríos, barcos camuflados, el humo oscuro flotando sobre las chimeneas de las fábricas, los blindados camino del frente, el resplandor de un incendio. Sería una fusión total, no sólo diversidad sino también unidad: la alegría y la amargura de vivir, la oscuridad cerniéndose para ser derrotada por la luz eternamente triunfante.

Zhenia decidió demorar su trabajo y salir a la calle para contemplar aquel cuadro que se le había aparecido en la imaginación.

No bien se acababa de poner el sombrero, sonó el timbre. Zhenia abrió la puerta y vio a Nóvikov.

–¿Es usted? –preguntó ella y rió.

–¿De qué se ríe?

–¿Dónde se había metido?

–Es la guerra –se excusó Nóvikov con un gesto de resignación.

–Estuvimos a punto de organizar una subasta con sus pertenencias.

–Por lo que veo, iba usted a salir.

–Sí, lo necesito. ¿Quiere acompañarme?

–Encantado.

–Pero ¿tal vez esté cansado?

–En absoluto –dijo con convencimiento, aunque en los tres últimos días apenas había dormido cinco horas. Luego añadió con una amplia sonrisa–:

Hoy he recibido una carta de mi hermano.

*

Al llegar a la primera esquina, Nóvikov preguntó a Zhenia:

–¿Hacia dónde va?

Ella se volvió y dijo:

–Hacia ninguna parte, ya haré lo que tenía que hacer, no tengo prisa. Vayamos al muelle.

Pasaron por delante del teatro municipal y llegaron junto al monumento al aviador Jolsunov.

–Lo traté en Moscú –dijo Nóvikov señalando la estatua–. Era un buen hombre: fuerte, inteligente. Lo necesitaríamos ahora y es una lástima que ya no esté con nosotros.

Luego pasearon, yendo y viniendo a lo largo del muelle mientras miraban el río. Cada vez que pasaban delante de aquel aviador de bronce que parecía estar esperándolos, alzaban la voz como si desearan que participara de su conversación.

Empezó a oscurecer, pero ellos siguieron caminando y charlando.

–Me alegro de que haya caído la noche –dijo Zhenia–. Así usted ya no tendrá que seguir haciendo el saludo militar cada vez. ¡Con lo que debe cansar !

Nóvikov había entrado en aquel estado de euforia y excitación que a veces invade a las personas taciturnas. Sus palabras no formaban sólo parte de una conversación sincera, sino que expresaban algo más importante: eran las de un hombre reservado que había creído que al fin su vida suscitaba el interés de otro.

–... Dicen que he nacido para ocupar un puesto de oficial del Estado Mayor ¡cuando yo soy tanquista! Tengo conocimientos y experiencia, pero hay algo que me frena... A decir verdad, con usted me pasa lo mismo. No logro explicarme...

–Mire qué nube más rara –se apresuró a decir Zhenia, ante el temor de que Nóvikov fuera a declarársele.

Se sentaron en la piedra áspera y aún caliente por el sol de un amplio parapeto sobre el Volga. Los cristales de las ventanas centelleaban a la luz del crepúsculo en algunos puntos de la orilla. El fresco llegaba ya desde el río y desde la luna, joven y fría. Sentados en un banco, un militar y una

joven hablaban en susurros. A juzgar por las risas de la muchacha y por lo lenta y desganada que se mostraba en su intento por apartar de sí al galán, en aquel momento no existía para ella nada más que la noche, el verano, la juventud y el amor.

–Qué bonanza pero qué desasosiego también –dijo Zhenia al recordar los pensamientos que le habían asaltado aquel mismo día.

La puerta del pabellón utilizado como comedor militar se abrió de par en par dejando paso a una mujer enfundada en una bata blanca, con un cubo en la mano. Cuando se abrió la puerta, una luz intensa alumbró al punto la calle. Zhenia creyó que aquella mujer no había vertido agua de su cubo sino una luz que, ligera y burbujeante, fluía por el asfalto ancho y liso. Detrás de la mujer salió un grupo de militares. Uno de ellos, tal vez parodiando a alguien, arrancó a cantar con acento ucraniano:

–Noche blanca, noche maravillosa...

Nóvikov callaba. Zhenia barruntó con pesar que tal vez estaba reuniendo el valor para, previo acto de aclararse la garganta y volverse hacia ella, confesarle con voz temblorosa: «La quiero». Por eso mismo Zhenia se preparaba para ponerle una mano en el hombro y decirle en un tono apenado y de consuelo: «Por favor, no hable de eso». Pero Nóvikov dijo:

–Hoy he recibido una carta de mi hermano mayor, que trabaja en una mina más allá de los Urales. Dice que se gana bien la vida, pero su hija no logra aclimatarse y está siempre enferma. ¿Será la malaria?

Zhenia suspiró y, desconfiada, miró a Nóvikov de soslayo. Éste, como sospechaba, se aclaró la garganta, se volvió bruscamente hacia ella y continuó:

–Estoy en un apuro. Hice una solicitud de traslado y discutí con mi superior, que me amenazó con rechazar mi petición y ponerme a cargo de los archivos. Entonces le respondí que no acataría semejante orden. Me amenazó con llevarme a los tribunales. Sólo pretendía asustarme, lo sé, pero no es un asunto agradable, precisamente. Y después corrí a verla a usted.

Contra toda lógica, Zhenia se ofendió y se enfadó por lo que acababa de oír; resultaba que lo que turbaba a Nóvikov eran los asuntos de trabajo. Entornó los ojos con una expresión burlona y dijo:

–¿Sabe en qué estaba pensando? Creo que el tiempo del gran amor romántico, uno como el de Tristán e Isolda, ha pasado. ¿Conoce la

leyenda? Él lo dejó todo por ella: la amistad de un gran rey, su propio reino…, y se fue a vivir al bosque, donde dormía sobre unas ramas y era feliz. Ella también abandonó su reino para vivir feliz junto a él en aquella selva. ¿No es así? La literatura de los siglos pasados ensalzaba a aquellos que sacrificaban su prestigio e incluso la gloria terrenal y celestial en aras del amor. Ahora todo eso se antoja ridículo e incomprensible, y ya no hablo de Tristán e Isolda. Si relee el *Tamán* de Lérmontov, se preguntará: «¿Cómo puede ser? Un oficial del ejército que viaja por ciertos asuntos de servicio de pronto pierde la cabeza, se enamora de una contrabandista y pasea con ella en una lancha: eso es inconcebible». ¡Creo que la gente o bien ha perdido la capacidad de amar como en otros tiempos, o bien ha encontrado otras pasiones en sustitución de las de antes!

Hablaba aprisa y con ímpetu, como si hubiese preparado aquel discurso de antemano, sorprendida por su propia y encolerizada vehemencia. Pero ya le resultaba imposible detenerse.

–¿Qué me dice? –prosiguió–. Sin ir más lejos, ¿sería capaz de abandonar su trabajo por su amada siquiera un día, sin temor a enfadar al general en jefe? ¿Qué estoy diciendo, sería capaz de llegar siquiera dos horas tarde a su puesto? ¿Veinte minutos? ¡Antiguamente eran capaces de ofrecer su reino a una mujer!

–No se trata del temor a enojar a un superior sino del sentido del deber –razonó Nóvikov.

–No es necesario que me lo explique, ya lo sé: el sentido del deber ante la sociedad está por encima de todo, es sagrado. Todo eso es cierto. –Le miró con condescendencia–. De todos modos... le voy a revelar un secreto... sí, eso es cierto, pero la gente ha desaprendido qué es amar con locura, ciegamente, olvidándose de todo. Han sustituido ese amor por algo diferente, nuevo, bueno tal vez, pero demasiado racional.

–Eso no es cierto, el amor sigue existiendo –la contradijo Nóvikov.

–Por supuesto –siguió Zhenia, molesta–, pero ha dejado de ser una fatalidad o un huracán. Por supuesto sé cuan... bueno es el amor, desde luego –dijo remedando un tono didáctico y razonable–, el matrimonio, la amistad, el amor fuera del horario laboral, ¿verdad? Es algo parecido a la ópera. A ningún melómano se le ocurriría abandonar su puesto para salir a escuchar música.

Nóvikov frunció el ceño, preocupado, y se quedó mirándola. Luego dijo con una sonrisa crédula:

–¡Comprendería que estuviera enfadada conmigo porque desaparecí los últimos días!

–¡Qué dice! ¡Cómo podría habérsele ocurrido! Estoy hablando en general. Por lo que a mí respecta, no sirvo para una pasión de ese tipo.

–Comprendo, comprendo... usted habla en general –asintió Nóvikov con docilidad.

Ella alzó la cabeza y aguzó el oído para escuchar unos bocinazos lejanos y melancólicos que llegaban desde la zona fabril y la estación de tren.

–Escuche… es la prosa de la vida que comienza, regresemos.

56

Zina Mélnikova[‡] vivía en el mismo inmueble que Mostovskói, uno de los mejores de la ciudad. Sabía que la familia de Vera estaba descontenta por su amistad con ella, aunque a Vera no le importaba lo que pudieran opinar sobre su amiga. Zina sólo era tres años mayor, pero a Vera le parecía que lo sabía todo. Llevaba dos años casada y había estado varias veces en Moscú, además de haber vivido con su marido en Asia Central y en Rostov. En 1940 se las había apañado para viajar a Lvov de donde había vuelto con zapatos y vestidos, unas botas blancas de goma, un chubasquero transparente de color azul claro, unas gafas de sol redondas para llevar en la playa y unas bufandas que eran el último grito de la moda. También se trajo un sombrero extrañísimo que tenía la forma de un telescopio. Pero sus amigas se burlaron de ella al verlo, de manera que nunca lo llegó a estrenar.

Zina había vivido un año muy intenso. En otoño de 1941 había viajado a Rostov con su madre. Allá quedó atrapada cuando los alemanes tomaron la ciudad y vivió un tiempo bajo mando alemán hasta que el Ejército Rojo recuperó la ciudad a finales de noviembre. En esas semanas Zina viajó a Kiev y a Járkov. Había pensado visitar también las repúblicas del Báltico, pero volvió antes a Rostov con comida para su madre, se quedó un par de días, y en eso se produjo el regreso del poder soviético.

A finales de julio de 1942, cuando Zina volvía a estar en Stalingrado con su marido y escuchó que los alemanes habían ocupado Rostov por segunda vez le comentó a Vera:

–No hay nada de qué preocuparse. En un par de meses se habrá reanudado el tráfico ferroviario entre las dos ciudades. Así que o me traigo a mi madre aquí o la voy a visitar allá.

–¿De veras crees que el Ejército Rojo recuperará Rostov? –le preguntó Vera sorprendida.

–No es exactamente con eso con lo que cuento –le respondió Zina con una sonrisa maliciosa.

–No pensarás quedarte aquí, en Stalingrado, cuando vengan los alemanes, ¿no? Los combates serán horribles. Yo es que me moriría de miedo.

–Ya vi los combates el año pasado en Rostov y no son tan terribles como crees.

–Pues a mí me da pavor imaginarlo. No soporto la idea de las bombas cayendo y los edificios saltando por los aires. Me entraría pánico. Lo dejaría todo y echaría a correr.

–Has estado leyendo demasiados periódicos –le dijo Zina sonriendo maternalmente–. En la vida real las cosas son muy distintas. Además, es a los hombres a quienes debemos tenerles miedo. Son mucho más peligrosos que las bombas incendiarias.

La noche que había gritado a Zhenia y arrojado un disco al suelo, Vera fue corriendo a la casa de Zina. Víktorov había recibido el alta esa misma mañana, antes de lo esperado. La noche del día anterior el jefe del hospital había entregado a Vera la lista de los pacientes a los que se les daría el alta. Vera llevó la lista a la oficina para que hicieran los trámites correspondientes: a todos los que recibían el alta se los trasladaba en barco a Sarátov desde donde, tras un reconocimiento, se les enviaba de regreso a sus respectivas unidades. Cuando por la mañana del día siguiente, al terminar su turno de guardia, Vera vio otra vez aquella lista, en la que constaban doce apellidos, se fijó en que habían añadido a mano el apellido de Víktorov. Ni siquiera tuvo tiempo de hablar con él a solas. Corrió a su habitación para verlo, pero Víktorov ya bajaba por las escaleras junto a otros ocho pacientes ; en la calle los esperaba un autobús del hospital.

Vera nunca había sentido un dolor tan grande. Y Zina era la única persona a la que podía confiarle sus sentimientos. Estuvieron charlando

hasta las dos de la mañana. Después, Zina le preparó el lecho en el sofá, apagó la luz y le dijo que era hora de dormir.

Vera se quedó tumbada un rato en silencio con la mirada insomne clavada en la penumbra. Pensó que Zina dormía, pero una hora más tarde la voz de su amiga preguntó de repente:

–¿Estás despierta?

Y cuando Vera le respondió que sí, se incorporaron las dos y continuaron hablando hasta el amanecer.

Después de esa noche, Vera la visitaba casi cada día después del trabajo y charlaban hasta poco antes del toque de queda.

A veces las personas se hacen amigas porque se parecen, pero muchas veces también lo hacen porque son diferentes.

En Zina, Vera veía a una figura resuelta y romántica; una mujer de gran corazón y alma profunda. De los vestidos de colores brillantes y las docenas de atrevidas piezas de ropa que inflamaban a los hombres, mientras que las muchachas jóvenes la miraban con envidia, Vera pensaba que no eran más que adornos muy pertinentes, una expresión adecuada de la profundidad emocional de quien los llevaba. A Vera nunca se le pasó por la cabeza que fuera al contrario y que la charla romántica y el comportamiento extravagante de Zina no fueran más que un estudiado complemento de sus alucinantes vestidos.

Zina, por su parte, se sentía atraída y divertida por la pureza y la simplicidad evidentes que percibía en Vera. Veía en ella una claridad de ideas y una sensibilidad que valoraba mucho en los demás y que no era capaz de encontrar en sí misma.

Las personas que se parecen mucho suelen experimentar una antipatía mutua: sus semejanzas engendran envidia y mala voluntad. Mientras que los polos opuestos a veces se sienten atraídos por sus propias diferencias. Es lo que pasa también con la comprensión, que no siempre consigue unir a la gente. A veces, alguien ve con demasiada claridad los defectos del otro, y la otra persona es consciente de ello y se siente afectada. Por el contrario, en ocasiones la gente se siente agradecida y dispuesta favorablemente hacia aquellos que no la comprenden y que permanecen ciegos a sus flaquezas de espíritu.

Puede que Zina Mélnikova no comprendiera a Vera, pero era consciente de la manera en que Vera la concebía a ella. Y se esforzaba en

mostrarle las características precisas –la ausencia de cálculo en sus actos y su rechazo a las convenciones– que sabía que Vera más admiraba en ella.

*

Un día Vera se encontró a Zina tumbada en el sofá leyendo.

Era joven y hermosa y se creía en el deber de mostrarse joven y hermosa. Cada mirada, cada gesto suyo, lo dejaban claro.

Zina cerró el libro y se apartó un poco para que Vera pudiera acomodarse a su lado. Después tomó sus manos entre las suyas, como si las trajera heladas y se las quisiera calentar y le preguntó:

–Lo llevas mal, ¿verdad? –y sin darle ocasión de responder continuó en el tono con que un experimentado doctor se dispone a contar toda la verdad a su paciente–: Y no creo que las cosas vayan a ir mejor, sinceramente.

–¡Si lo hubiera sabido antes! Entonces podría haberme despedido de él adecuadamente. ¡Es terrible! ¡No puedo pensar en otra cosa ahora mismo!

–Te escribirá en cuanto llegue al hospital de Sarátov.

–¿De qué hospital hablas? Lo enviarán al frente directamente. Estará volando otra vez en una semana. Sé muy bien que no lo volveré a ver jamás.

–¡No! ¡Ninguna de nosotras sabe nada! –protestó Zina–. He visto cosas extraordinarias en esta vida. ¡Milagros! Más que milagros, fíjate. El amor no atiende a cálculos.

Y le contó la historia de un oficial alemán que se había enamorado de una joven rusa y le había prometido casarse con ella. Y, sin embargo, cuando los alemanes se vieron obligados a retirarse de Rostov, los separó la línea del frente. Un mes después, alguien llamó de repente a la puerta de la joven. Era su enamorado, el oficial alemán, que lo había abandonado todo por ella: el uniforme, las medallas, la familia y hasta su país. No tenía miedo de ser desheredado por sus padres. La joven cayó desmayada cuando lo reconoció. Esa noche la pasaron juntos y ella se convirtió en su mujer. A la mañana siguiente el alemán se presentó en la comandancia y dijo que venía a entregarse. Explicó que había cruzado la línea del frente por el amor de una joven rusa. Entonces le preguntaron el nombre de la joven y él se negó a revelarlo. Lo acusaron de espionaje y le advirtieron de que si nombraba a la mujer sería tratado como prisionero de guerra, pero si

se callaba su nombre sería fusilado como un espía. Él se mantuvo en sus trece y más tarde, cuando lo llevaban ante el pelotón de fusilamiento, exclamó: «¡Ah, si tan solo pudiera decirle a ella que no me arrepiento de nada!».

La historia causó una honda impresión a Vera. Y con ánimo de disimular su emoción dijo:

–No, esas cosas nunca suceden así. Eso se lo tiene que haber inventado alguien.

Zina la miró y sonrió con una mueca tan extraña y triste que a Vera se le aceleró el corazón. Se preguntó por un instante si esa historia no le habría ocurrido a la propia Zina, pero no tuvo los arrestos para preguntarle en ese momento, y la conversación comenzó a transcurrir enseguida por otros derroteros.

Poco después Zina le mostró a Vera la ropa que había conseguido en el mercado a cambio de la porción de azúcar que le correspondía por la cartilla de racionamiento. Vera miró sus dedos finos, sus ojos almendrados y sus largas piernas, que se veían todavía más largas con aquellas medias casi transparentes, y pensó que el alemán que había dado su vida por el amor de Zina había hecho bien.

–A quien no logro entender es a tu tía Yevguenia Nikoláyevna –exclamó Zina de repente–. Debe de estar ciega a sus propias posibilidades . ¿Por qué se viste como se viste? ¡Con su figura, su cara y ese maravilloso pelo podría tener un aspecto impresionante! Podría lograr lo que se le antojara…

–Creo que se va a casar con un coronel –comentó Vera con una mueca.

Sin embargo, Zina no comprendió la crítica que pudiera esconderse en las palabras de su amiga. Más bien lo consideró no tanto un exceso de pragmatismo, como una muestra de la ingenuidad y la incapacidad de Zhenia para sacar provecho a sus oportunidades.

–Me cuesta creerlo –dijo–. Podría haberse casado con un funcionario de alguna embajada y haberse ido a vivir a donde se le antojara, a algún lugar sin cortes de suministro eléctrico, cartillas de racionamiento y eternas colas para comprar la última pieza de ropa. Ahora, en su situación, acabará viviendo en algún sórdido lugar como Cheliábinsk, con mil rublos al mes y haciendo cola para comprarle leche al bebé.

–Bueno, ¿y qué? –replicó Vera–, no me importaría hacer cola para conseguir leche para mi bebé.

Las dos se echaron a reír. Pero tampoco esta vez Zina alcanzó a comprender a su amiga. Pensó que Vera bromeaba. No se dio cuenta de que Vera trataba de ocultar las lágrimas que le asomaban a los ojos.

Vera sentía un deseo irreprimible de ser madre, de tener un hijo de Víktorov y de cuidarlo, cual una llamita en medio de la oscuridad de la noche, a pesar de las privaciones y las necesidades. El bebé tendría los ojos de su padre, su lenta sonrisa y el mismo cuello fino. Nunca antes le habían pasado por la cabeza semejantes ideas, de modo que aquel pensamiento puro, amargo y dulce a la vez, la avergonzaba y la alegraba. ¿Acaso había alguna ley que prohibiera a una muchacha amar y ser feliz? ¡No la había! No se arrepentía de nada, jamás se arrepentiría. Había hecho lo que tenía que hacer. Zina, como si hubiera leído sus pensamientos, le preguntó:

–¿Estás embarazada?

–No me lo preguntes –se precipitó a responder Vera.

–No te preocupes, soy mayor que tú y era sólo un comentario... no es ninguna broma. Él es piloto, pueden abatirle en cualquier momento. ¡Sería terrible que te quedaras sola con un bebé!

Vera se cubrió los oídos con las manos y dijo negando con la cabeza:

–¡Tonterías! ¡No quiero oír nada!

De camino a casa, Vera pensó en la historia que le había contado Zina. Ahora que Víktorov había recibido el alta y pronto volvería a pilotar aviones, un amor salvaje e impetuoso era lo único que le parecía real, lo único que tenía sentido en todo el mundo. Cada noche acudían a su mente los escenarios más fantásticos. Veía a Víktorov herido y tumbado en la tierra. Ella acudía a socorrerlo y lo llevaba a un lugar seguro bien al este. Evocando los libros que había leído en su infancia, imaginaba casitas en los bosques del norte o una cabaña en una isla deshabitada. Una vida en medio de un entorno virgen, en una cabaña rodeada por osos y manadas de lobos, le parecía algo idílico cuando lo comparaba con la vida en las ciudades atacadas por los alemanes.

Vera creía que Zina vivía en un mundo distinto al que habitaba el resto de la gente. Para ella las leyes verdaderas eran aquellas que venían dictadas por los sentimientos. Después de cada conversación con ella, Vera salía más convencida de que no había mayor poder en el mundo que el del amor. Al amor le traían sin cuidado los carros blindados, los fusiles, los aviones o los edificios en ruinas. El amor cruzaba trincheras, desconocía las fronteras y no temía al dolor ni al sacrificio.

La certeza de que la vida de Víktorov tendría un final trágico no la abandonaba. Había visto en sus ojos un aire de tristeza, el reconocimiento de un destino inevitable. La idea de que ambos huyeran a un bosque del norte no pasaba de ser una tontería. Pilotando su MIG, Víktorov era como una ramita arrastrada por la tormenta bajo un cielo en llamas.

Zhenia, Nóvikov y Sofia Ósipovna estaban en casa, cuando llegó. Sintió ganas de contarle la historia del oficial alemán a Zhenia. Quería que entendiera la banalidad de los amores sosegados y cómodos que experimenta la gente a la que la vida le sonríe. Quería que reconociera que existían amores distintos, un amor ciego a la suerte y los límites.

Repitió la historia. Lo hizo hablando de prisa y emocionada, mirando a Zhenia a los ojos. Parecía un predicador que censurara los vicios de los hombres.

La historia impactó a todos los presentes.

Sofia fue la primera en hablar:

–Homero cuenta que una joven se amancebó con Aquíles, a pesar de que este había dado muerte a su padre y sus tres hermanos y reducido a cenizas su ciudad. Pero en aquella época la gente se regía por otros valores. Y los bandidos y piratas como Aquiles eran figuras respetadas y admiradas. Hoy es distinto.

–¿Qué demonios tiene que ver con esto *La Ilíada* ? –protestó Zhenia. Lo dijo con voz serena, pero de una manera que hizo que todos se volvieran a mirarla. Pero después golpeó el borde del vaso con la cuchara, su semblante palideció de repente y dijo con furia y un súbito temblor en los labios–. ¡Si será idiota esta niña!

–Puede que lo sea –replicó Vera–, pero sé comprender muy bien lo que quiero.

–¿Cómo te atreves a usar la palabra «amor» para nombrar algo tan vulgar, tan obsceno? ¡Mira a tu alrededor! Mira todas esas canas, todas esas caras demacradas. ¡Las tumbas! Los edificios en llamas. Las ruinas. ¡Mira a todas las familias rotas, los huérfanos, la gente que no tiene nada que llevarse a la boca! El amor solo tiene algún sentido cuando es capaz de elevar a la gente, de moverla al sacrificio. De lo contrario, no es más que una baja pasión. Cuando dos personas se aman, ese amor las eleva. Se sienten dispuestas a sacrificar su fuerza, su belleza e incluso sus vidas. El amor lo conoce todo: el gozo, el dolor, el sacrificio. El amor hace grandes obras. El amor no teme a la muerte. Pero esto… Esto que nos acabas de

contar… Es asqueroso, es mezquino, sucio. Esa historia que has contado es sencillamente despreciable. Llamas amor a eso; yo lo llamo enfermedad. Es una vileza. Recuerda la adicción a la morfina o la cocaína. Me produce deseos de escupirle a los ojos.

Vera tenía los ojos clavados en ella con hosca obstinación y la boca abierta. Parecía una colegiala descompuesta ante la tirada inesperada y rabiosa de una maestra. Todo en ella era indefensión y a Zhenia le pareció inapropiado continuar descargando su rabia sobre ella, de modo que se volvió hacia Sofia y continuó en el mismo tono encendido:

–¡Usted también debería avergonzarse, Sofia! ¿Qué pinta Homero aquí? Lo que Vera nos ha contado es la historia de una vileza y eso es algo que cualquier ruso con corazón debería comprender a la primera. Y no hay necesidad de arrastrar a Homero y a Aquiles a estos lodos. Ya sé que no tengo por qué darle lecciones, pero la verdad es que usted debería mostrar mayor aplomo…

Sofia estaba de acuerdo con todo lo que Zhenia le había dicho a Vera. Pero su carácter impulsivo provocó que la alusión a los corazones rusos la hiciera saltar. Carraspeó. Su pecho abundante se inflamó. Sus mejillas, sus orejas y hasta su frente se colorearon de rojo. Los rizos de cabello gris a ambos lados de su cabeza parecían estar en llamas.

–Sí, claro, un corazón ruso –dijo. Y continuó antes de apartar la silla y abandonar la habitación con paso firme–: Y el mío, claro está, no es más que un corazón judío, por lo que veo.

–Pero ¿qué le pasa a usted ahora, Sofia Ósipovna? –protestó Zhenia–. ¿Acaso la guerra le ha sorbido los sesos a usted también?

Y se volvió nuevamente hacia Vera:

–Sí, deberías sentir vergüenza. Tú has sido criada como una revolucionaria, como una persona culta. ¿Cómo te atreves a decir esas cosas? ¡Menos mal que tu bisabuela no ha tenido que escuchar esto! No te lo habría perdonado hasta el fin de sus días.

Zhenia se había calmado, pero eso no evitó que sus últimas palabras ofendieran hondamente a Vera. El primer estallido de Zhenia la había movido a encerrarse en sí misma. Pero ahora Zhenia parecía totalmente fuera de sí y eso hizo crecer la ira dentro de Vera. Era como una hoja de hierba que volvía a erguirse después de haber sido aplastada por un golpe de viento.

–No metas a la bisabuela en esto… Tampoco es que tú tuvieras mucho en común con ella o con el bisabuelo. A la bisabuela la metieron en la cárcel con dieciocho años. Y tú, a tus veintiséis, ¿qué has hecho? Sólo se te conoce un matrimonio fracasado, ¡aunque ahora parece que hay ya otro en camino!

–No digas tonterías –replicó Zhenia con frialdad–. Métete de una vez en la cabeza que el amor y la morfina son cosas distintas. Y un drogadicto dispuesto a morir por su adicción no es precisamente un héroe. Se parece, más bien, a una prostituta. Y si no puedes entender eso, no hay nada más que hablar.

Y la despachó con un gesto que hacía pensar en una altiva reina apartando de sí a un pretendiente deshonrado.

Vera salió del cuarto sin decir palabra.

Una vez a solas, Zhenia y Nóvikov siguieron en silencio. Luego Zhenia dijo:

–Vera cree que me he enfadado sólo con ella cuando, de hecho, me he reprendido también a mí... ¿Se acuerda usted de nuestra conversación en el muelle?

Nóvikov comentó, conciliador:

–Yevguenia Nikoláyevna, creo que Vera no merecía su enfado, en realidad, todavía es una niña –y sin que viniera al caso, añadió–: Tengo que informarle de que me marcho a Moscú; debo presentarme a la Dirección Central de Cuadros del Ejército Rojo.

–¿Cuándo se va?

–Un día de éstos, en cuanto tenga plaza en un avión.

–¿Cómo es que me informa así, de improviso?

–Después de lo que hablamos durante nuestro paseo me daba apuro decírselo, pero al oír su dura crítica a Vera me he decidido.

–Qué extraño –señaló Zhenia–, mi viaje a Kúibishev, en cambio, se aplaza. No tiene sentido ir ahora.

–Sabe, Yevguenia Nikoláyevna, la situación actual en el frente apunta a que ahora, lo más razonable para usted y su familia sería marcharse de Stalingrado... –dijo buscando la mirada de Zhenia–. Si a mi regreso aún la encuentro aquí, me alegraré mucho. Sin embargo, es mejor que se vaya. A mi hermano Iván le han concedido un apartamento; si usted va a su casa, será bien recibida. Él es minero, una buena persona. Su esposa también es una mujer buena y sencilla. Acepte mi consejo, ¡vaya a casa de ellos!

–Me parece que usted y yo pronto vamos a intercambiar nuestros papeles: usted predicará lo que le dije en el muelle, mientras que yo he empezado a defender aquello por lo que le critiqué –dijo Zhenia.

–A decir verdad, antes de nuestra conversación en el muelle había hecho algunas de las cosas a las que usted se refirió. ¿Recuerda cuando la acompañé en el tren desde Vorónezh hasta Líski? En realidad, yo tenía que ir al norte, a Kashira, pero al verla en la ventanilla del compartimento subí al tren y me dirigí hacia el sur, al sudeste, para ser preciso, y luego, ya en Líski, tuve que esperar hasta la medianoche para tomar el tren de vuelta.

Yevguenia Nikoláyevna le dirigió una mirada atenta y no dijo nada.

57

Al despertarse, Mijaíl Sídorovich Mostovskói quitó el camuflaje de la ventana, la abrió de par en par y aspiró la frescura de una mañana despejada. Luego fue al cuarto de baño; mientras se afeitaba, pensó con disgusto que la barba se le había encanecido tanto que ya no podía distinguir con claridad los pelos afeitados en medio del enjabonado.

–¿Ha escuchado el boletín de noticias? –preguntó a Agripina Petrovna cuando ésta le hubo servido el té–. Mi radio está estropeada.

–Pues claro. Hay buenas noticias: los nuestros han destruido ochenta y dos blindados del enemigo, aparte de dos batallones de infantería y siete cisternas de combustible.

–¿Han dicho algo de Rostov?

–Creo que no.

Mijaíl Sídorovich tomó el té y se sentó a su escritorio para trabajar.

Sin embargo, Agripina Petrovna volvió a llamar enseguida a la puerta de su habitación.

–Mijaíl Sídorovich, ha venido Gagárov. Si está usted muy ocupado dice que volverá a pasar por la noche.

Mijaíl Sídorovich se alegró por la visita, a pesar de que le disgustaba que interrumpieran su trabajo.

Gagárov era un viejo alto, de brazos largos y delgados. Tenía unos dedos extremadamente finos y blancos; debajo de su pantalón holgado se

adivinaba la flacura de sus piernas, también largas. Nada más entrar en la habitación de Mostovskói le preguntó:

–¿Ha escuchado el boletín de noticias? Rostov ha caído, lo mismo que Novocherkask.

–Vaya –dijo Mostovskói–, Agripina Petrovna acaba de decirme que las noticias eran buenas, que se habían destruido ochenta y dos blindados y dos batallones de infantería fascistas, eso sin contar los numerosos prisioneros que se han hecho.

–Esa vieja desvaría –observó Gagárov e hizo un movimiento brusco y nervioso con los hombros–. He venido a verlo como un enfermo va al médico en busca de consuelo. Además, tengo un asunto que tratar con usted.

El rugido de un caza inundó el aire, ahogando a su paso todos los ruidos de la ciudad. Cuando por fin cesó, Mostovskói dijo:

–Yo no soy quién para confortar a nadie, pero sí le diré una cosa: mi optimismo se basa precisamente en lo que dijo esa simple de Agripina Petrovna. Lo favorable del boletín radica en lo que parece insignificante. La caída de Rostov es una tragedia, pero no será decisiva para ganar o perder la guerra. La letra pequeña de los boletines de noticias habla todo el tiempo a nuestro favor. El frente se extiende a lo largo de tres mil kilómetros y desde hace un año se libran combates a todas horas. Eso no lo refleja la letra pequeña... ¡En su ofensiva los fascistas no sólo pierden su sangre! Es innegable que han avanzado mucho, pero también han consumido miles de toneladas de combustible, han gastado los motores y los neumáticos, eso sin enumerar otros daños incontables... En el balance total de la guerra, esas aparentes menudencias cuentan más que cualquier triunfo tan espectacular como pasajero.

Gagárov meneó la cabeza, escéptico.

–¡Fíjese en cómo avanzan! No hay duda de que siguen un plan preestablecido –repuso.

Mijaíl Sídorovich agitó la mano en señal de disconformidad.

–¡Pamplinas! Su plan proyectaba, y usted lo sabe bien, conquistar la Rusia soviética en seis semanas. Ya han pasado cincuenta y seis. Y yo le pregunto: ¿comprende la importancia de ese error de cálculo? Uno de los objetivos de la guerra consistía en paralizar nuestra industria y hollar nuestros campos para impedir que pudiéramos volver a cosechar nada más durante mucho tiempo. Sin embargo, fíjese: en los Urales, en Siberia y en

toda la parte oriental del país se trabaja día y noche. Hay pan tanto para el frente como para la retaguardia, y no dejará de haberlo. ¿Adónde diablos ha ido a parar el tan bien trazado plan de Hitler, le pregunto? ¿Cree usted que sus malvadas hordas se fortalecieron por adentrarse en territorio ruso? En absoluto... Ahí está la clave de su derrota. Agripina Petrovna, con el sentido común de su alma simplona, está en lo cierto... Y usted dice tonterías.

Mostovskói había conocido a Gagárov en Nizhni Nóvgorod antes de la Revolución. A Mijaíl Sídorovich le interesaba la historia de la región, y de vez en cuando visitaba la ciudad para investigar en los archivos, además de colaborar esporádicamente en los diarios progresistas. La guerra hizo que volvieran a verse en Stalingrado. Para entonces Gagárov ya llevaba algunos años jubilado. En su momento su agudo pensamiento lo había hecho célebre, de suerte que había ancianos caídos en el olvido que aún recordaban las ocurrencias de Gagárov y conservaban sus cartas.

Tenía una memoria de elefante y conocía tal cantidad de detalles importantes y fútiles de la historia de Rusia que parecía imposible que cupieran en la cabeza de una sola persona. A Gagárov no le suponía ningún esfuerzo evocar uno por uno los nombres de varias decenas de personas que habían acudido al entierro de Pedro el Grande o señalar el día y la hora de la llegada de Chaadáyev [68] al pueblo de su tía, además de mencionar cuántas caballerías iban uncidas a su carruaje y cuál era su pelaje.

Si alguien intentaba hablar con Gagárov acerca de las dificultades materiales de la vida, éste, molesto, movía la mano con un gesto de desprecio. En cambio, era capaz de conversar incansablemente sobre cuestiones elevadas, acariciándose los labios con la lengua y tragando saliva como si fuera un sibarita en un restaurante famoso mirando al camarero poner la mesa con esmero y sin prisas.

–Mijaíl Sídorovich –señaló Gagárov–, usted insiste en hablar de «los fascistas», pero ni una sola vez ha dicho «los alemanes», como si separara rigurosamente los dos conceptos. Creo que ahora son lo mismo.

–En absoluto, y usted lo sabe perfectamente –replicó Mostovskói–. Acuérdese de la Primera Guerra Mundial, entonces nosotros, los bolcheviques, distinguíamos claramente entre el imperialismo vilhelmiano, el nacionalismo prusiano y el proletariado revolucionario alemán.

–Claro que me acuerdo de eso, cómo no me voy a acordar –dijo riéndose Gagárov–, a pesar de que es algo poco habitual en los últimos tiempos –miró a Mostovskói, contrariado, y se precipitó a añadir–: Oiga, no conviene que discutamos.

–¿Por qué no? –replicó Mostovskói–. No tengo ningún problema.

–Pues no, no nos conviene –repuso Gagárov–. Acuérdese. En su filosofía de la historia, Hegel habla sobre la astucia de la razón universal, que desaparece del escenario en el que bullen las pasiones, por ella desatadas, para volver sólo cuando éstas, una vez cumplido su cometido, se han consumido. La razón es el verdadero motor de la historia, de modo que nosotros, los viejos, deberíamos estar de su parte en lugar de dejarnos llevar por las pasiones.

El razonamiento de Gagárov disgustó a Mijaíl Sídorovich. Las aletas carnosas de su nariz se movieron, frunció el ceño y, tras apartar la mirada de su interlocutor, dijo en tono desafiante:

–Estimado objetivista, aunque le llevo cinco años, no tengo intención de abandonar la lucha mientras viva. Todavía soy capaz de marchar cuarenta kilómetros a pie, de pelear cuerpo a cuerpo esgrimiendo la bayoneta y de repartir golpes con la culata.

–No hay forma de ponerse de acuerdo con usted. Razona como si se propusiera entrar en la guerrilla –observó entre risas Gagárov–. ¿Se acuerda de un conocido mío, Ivánikov, de quien le conté?

–Sí.

–Pues el tal Ivánikov me pidió que le entregara este sobre que él ha pasado a través de la línea del frente. Tiene que dárselo a Aleksandra Vladímirovna Sháposhnikova; es para el doctor Shtrum, el marido de su hija Liudmila.

Acto seguido entregó a Mostovskói un paquete envuelto en un papel sucio y gastado, con manchas pardas.

–¿No sería mejor que se lo diera él mismo? Tal vez los Sháposhnikov quieran hacerle algunas preguntas.

–Sin duda, pero Dmitri Ivánovich Ivánikov me dijo que estos papeles habían caído en sus manos por casualidad. Se los dio en Ucrania una mujer cuyos apellido y dirección ignora. Tampoco sabe cómo llegaron hasta ella. Además, Ivánikov no quiere ir a casa de los Sháposhnikov.

–Bueno, qué le vamos a hacer, me quedo con el sobre –accedió Mostovskói encogiéndose de hombros.

–Se lo agradezco –dijo Gagárov al ver que Mostovskói guardaba el sobre en un bolsillo–. He de decirle que ese Ivánikov es un tipo raro. Estudió en el Instituto de Recursos Forestales y luego en la Facultad de Filología. Estuvo recorriendo a pie la región del Volga y fue entonces cuando nos conocimos. Iba a visitarme a Nizhni Nóvgorod. La guerra lo sorprendió en 1940, mientras exploraba los bosques montañosos de Ucrania Occidental. Vivía en casa de un guardabosques, sin escuchar la radio ni leer la prensa, de modo que, cuando bajó del monte y llegó a la ciudad de Lvov, se encontró con que ya estaba ocupada por los alemanes. Entonces su historia tomó un cariz verdaderamente sorprendente; se ocultó en el subsuelo de un monasterio cuyo abad le propuso que clasificara los manuscritos antiguos que allí se conservaban. Pues bien, sin que los monjes lo supieran, Ivánikov escondió en aquel subsuelo a un coronel herido, a dos soldados y a una vieja judía junto con su nieto. Alguien le delató, pero él ya había conseguido sacarlos a todos y huir con ellos al bosque. El coronel decidió cruzar la línea del frente e Ivánikov lo acompañó. Recorrieron más de mil kilómetros. Durante el trayecto, hirieron al coronel, de modo que Ivánikov tuvo que cargar con él.

Gagárov se puso en pie y anunció con solemnidad:

–Antes de despedirme quiero darle una noticia importante, aunque de índole personal. Me marcho de Stalingrado, imagínese, pero no como un particular...

–¿Lo han investido embajador?

–No se burle, por favor, ¡es extraordinario! He recibido una inesperada convocatoria oficial desde Kúibishev. ¡Figúrese! Me han propuesto el cargo de asesor en la elaboración de una monografía capital sobre jefes militares rusos. ¡Se han acordado de que existo! Podía pasar un año sin que me llegara una sola carta, y de pronto todo ha cambiado hasta el punto de que el otro día oí decir a las vecinas: «¿Para quién es el telegrama que han traído? Para Gagárov otra vez, para quién iba a ser...». Mijaíl Sídorovich, eso casi me hizo llorar de emoción como si fuera un chiquillo, ¡se lo juro! Estaba muy solo y de repente me necesitan en un momento tan decisivo como el que vivimos. Ya ve, también hay sitio para una «supuesta eminencia» como yo...

Mostovskói acompañó a Gagárov hasta la puerta y le preguntó de improviso:

–¿Cuántos años tiene ese Ivánikov?

–Al parecer, le interesa saber si un viejo aún sirve para guerrillero.

–Me interesan muchas cosas –repuso Mostovskói con una sonrisa.

Por la noche, después de terminar su trabajo, Mijaíl Sídorovich cogió el paquete que había traído Gagárov y salió a dar un paseo. Caminaba a paso ligero, agitando rítmicamente los brazos como lo haría un soldado.

Al concluir su recorrido habitual entró en un parque municipal y se acomodó en un banco, mirando de soslayo a dos militares que estaban sentados cerca. Las inclemencias del tiempo habían oscurecido sus rostros, cual la corteza de una hogaza tostada en un horno, en contraste con sus casacas que, por la misma razón, se habían desteñido casi por completo mudando en blanco verdoso su verde original. Al parecer, a aquellos soldados les resultaba atractiva la visión de aquella ciudad apacible. Uno de ellos se quitó una bota, desenvolvió el calcetón y se quedó mirando con preocupación el pie descalzo. El otro se sentó sobre el césped y sacó pan, tocino y una cantimplora de su macuto.

Un guardaparques, escoba en ristre, se le acercó y dijo compungido:

–¿Cómo se le ocurre, camarada?

–¿Qué pasa? –se sorprendió el interpelado–, sólo vamos a comer algo.

El guarda meneó la cabeza en señal de desaprobación y se alejó andando por un caminito.

–Vaya con los civiles –soltó el soldado con un suspiro. Su compañero, sin calzarse la bota, la puso sobre el banco, se sentó en el césped y dijo en un tono edificante–: No aprenderán hasta que los bombardeen y acaben con todos sus trastos –entonces cambió de tono para dirigirse a Mijaíl Sídorovich–: Papito, ¿por qué no te sientas con nosotros, comes algo y tomas una copita?

Mostovskói se sentó en el banco al lado de la bota. El soldado le dio un pedazo de pan, un trozo de tocino y le sirvió una copa.

–Come, papito. Aquí, en la retaguardia, seguro que has perdido peso –comentó, jocoso, el soldado.

Mijaíl Sídorovich les preguntó si hacía mucho que habían llegado del frente.

–Ayer, a esta misma hora, estábamos allí y mañana volvemos. Hemos venido por neumáticos.

–¿Y qué tal por allí? –se interesó Mijaíl Sídorovich.

El de la bota explicó:

–Estamos combatiendo en la estepa. ¡Un horror! ¡Nos están aplastando!

–Esto es muy raro –comentó el otro soldado–, sólo paz y tranquilidad. Nadie llora ni corre.

–Todavía no conocen el auténtico miedo –se sumó el de la bota.

Dirigió la vista hacia dos niños descalzos que se acercaron sin hacer ruido y se quedaron mirando, pensativos y en silencio, el pan con el tocino.

–Qué, chavales, ¿tenéis hambre? Servíos –invitó el soldado–, que con este calor a nosotros no nos apetece comer... –argumentó como si se avergonzara de su generosidad.

Mostovskói se despidió de los soldados y se dirigió a casa de los Sháposhnikov.

Tamara Beriózkina le abrió la puerta y le anunció que no había nadie en casa. Aun así le invitó amablemente a que entrara y esperara dentro. Ella le explicó que había venido para trabajar en la máquina de coser de Aleksandra Vladímirovna. Mostovskói le entregó el paquete para Shtrum y dijo que no esperaría porque, seguramente, todos regresarían cansados del trabajo y no era hora para recibir visitas.

La Beriózkina comentó que estaban de suerte con el sobre porque el correo funcionaba mal, y que al día siguiente el coronel Nóvikov saldría en avión a primera hora con destino a Moscú. Aunque Mostovskói jamás había oído antes aquel apellido, la Beriózkina le hablaba de Nóvikov como si Mijaíl Sídorovich lo conociera desde niño. Se barajaba la posibilidad de que, una vez en Moscú, el coronel se alojara en el apartamento de Shtrum.

La Beriózkina cogió el sobre con dos dedos y observó, asqueada:

–Dios, está tan sucio como si lo hubiesen guardado en un sótano durante dos años.

Allí mismo, en el recibidor, envolvió el sobre en un grueso papel color de rosa del que se recortaban las guirnaldas para adornar el árbol de Navidad.

58

Víktor Pávlovich fue al hotel Moskvá para ver a Postóyev.

Éste estaba reunido en su habitación con unos ingenieros. Envuelto en humo de tabaco y vestido con una chaqueta de trabajo de color verde con grandes bolsillos abultados, Postóyev parecía un capataz de obra rodeado

de sus ayudantes. El único elemento que contradecía aquella impresión eran sus zapatillas con ribetes de piel.

Postóyev estaba excitado y discutía acaloradamente, algo que satisfizo a Víktor Pávlovich, que jamás lo había visto tan animado y parlanchín.

Sentado en un sillón junto a la mesa había un hombre rubio y bajito, de pelo rizado y cara pálida y angulosa; tal vez se tratara de un miembro del colegio del Comisariado del Pueblo, o incluso de un subcomisario. Todos se dirigían a él por su nombre y patronímico: Andréi Trofímovich.

Al lado de éste había dos hombres de complexión delgada; uno de ellos tenía la nariz corta y recta; el otro, cara alargada y canas en las sienes.

El que estaba sentado a la derecha de Andréi Trofímovich se llamaba Chépchenko y era director de una fábrica metalúrgica, trasladada del sur a los Urales durante la guerra. Hablaba en ucraniano con un acento suave y cantarín, un dejo que no sólo no conseguía suavizar sino que, bien al contrario, parecía realzar su terquedad. Cuando se le discutían sus argumentos, en sus labios se dibujaba una sonrisa de disculpa, como si quisiera decir: «Me encantaría llegar a un acuerdo con usted pero, a mi pesar, soy así y nada puedo hacer por evitarlo».

El otro hombre, el de pelo cano, apellidado Sverchkov, parecía oriundo de los Urales por cómo pronunciaba las oes. [69] Al igual que Chépchenko, era director de una fábrica importante cuyo nombre había aparecido citado en la prensa a raíz de las frecuentes visitas de artilleros y tanquistas procedentes del frente.

Sverchkov era un patriota de los Urales, puesto que a menudo decía:

–Es así como solemos hacerlo en los Urales.

Su actitud hacia Chépchenko era más bien escéptica, de modo que cuando el ucraniano hablaba, Sverchkov torcía sus finos labios, dejando al descubierto una dentadura amarillenta de fumador, al tiempo que entornaba sus ojos azul celeste en una expresión burlona.

Al lado de Postóyev se sentaba un hombre bajito y fornido, vestido con una guerrera de general, de mirada lenta y ojos de un gris amarillento. Todos se dirigían a él como «el general»:

–A ver qué opina el general –decían.

Junto a la ventana había un hombre joven y rubicundo, totalmente calvo, que transmitía autosuficiencia. Estaba sentado en una silla, balanceándose, con el mentón apoyado en el respaldo. Le llamaban

«cooperante», de modo que Shtrum no supo su nombre, el patronímico ni el apellido. «El cooperante» lucía tres condecoraciones en el pecho.

En un sofá grande se habían sentado varios ingenieros en jefe, especialistas en energía y encargados de los talleres de experimentación, todos ellos en actitud de concentración, ceñudos y con el sello de la insomne y continua labor fabril grabado en sus rostros.

Uno de aquellos hombres, un viejo de ojos azul celeste y una alegre sonrisa curiosa, conocía de primera mano el oficio de obrero; sobre la tela oscura de su americana brillaban dos condecoraciones de Lenin. A su lado había un joven con gafas que a Shtrum le recordó la figura de un estudiante de posgrado mortificado por los exámenes.

Todas aquellas personas eran los «ases» de la metalurgia soviética de alta calidad.

*

En el momento en que Shtrum entró en la habitación, Andréi Trofímovich espetó a uno de los presentes:

–¿Quién te dijo que en tu fábrica no era posible producir planchas metálicas para blindados? ¡Te cedieron más recursos que a cualquiera! Entonces ¿por qué tu fábrica no cumple con lo que prometiste al Comité de Defensa?

El interpelado replicó:

–Pero, Andréi Trofímovich, usted recordará...

Andréi Trofímovich lo interrumpió, irritado:

–Yo no puedo incluir tu «pero» en el plan de producción, y tampoco servirá para disparar contra los alemanes. ¿De qué me sirve a mí tu «pero»? Te dieron metal, te dieron coque, además de tabaco y aceite de girasol, y tú me vienes ahora con «pero»...

Al ver a aquellos desconocidos enfrascados en una conversación tan seria, Shtrum hizo un amago de marcharse, pero Postóyev lo retuvo.

La llegada de Shtrum suspendió la conversación por unos minutos.

–Víktor Pávlovich, espere, por favor, ya estamos terminando... Éste es el doctor Shtrum –lo presentó Postóyev a los reunidos.

Resultó que ya sabían quién era, cosa que sorprendió a Shtrum, dado que siempre había creído que sólo los catedráticos y los estudiantes de posgrado moscovitas conocían su nombre.

Postóyev explicó en voz baja a Shtrum que por la mañana lo habían emplazado para una reunión en el Comisariado del Pueblo, pero como se había sentido indispuesto por unos dolores cardíacos, Andréi Trofímovich, una persona enérgica, se había dirigido directamente al hotel junto con los demás convocados a la cita para no perder más tiempo. Estaban discutiendo el último punto de la agenda: la aplicación de la corriente eléctrica de alta frecuencia en la elaboración de aceros de alta calidad.

Postóyev anunció a los reunidos:

–Víktor Pávlovich estuvo trabajando en una serie de cuestiones teóricas de gran importancia para la electrotecnia moderna. He aquí que el azar lo ha traído a esta habitación en el momento clave de la discusión sobre asuntos que tienen una relación directa con su trabajo.

Andréi Trofímovich dijo dirigiéndose a Shtrum:

–Siéntese, puesto que ahora le vamos a pedir una consulta gratuita.

El joven de las gafas señaló:

–El doctor Shtrum ni siquiera sospecha lo que me costó conseguir una copia de su último estudio. Tuve que mandar a una persona en avión a Sverdlovsk para recogerla.

–¿Le fue de utilidad? –preguntó Shtrum.

–¿Qué quiere decir? –se sorprendió el joven: ni le pasó por la cabeza que Shtrum le hubiera hecho aquella pregunta porque dudara de la utilidad de su estudio teórico en la ingeniería aplicada–. Por supuesto, tuve que emplearme a fondo para comprender el asunto –reconoció, acentuando su parecido con un estudiante de posgrado–, pero me fue de gran utilidad. Descubrí que me había equivocado en algunos puntos y supe el porqué.

–También ahora, mientras usted hablaba sobre el plan de producción, se ha vuelto a equivocar –observó sin atisbo de broma el general, mirando al joven con sus ojos amarillentos–. Ya no sé a qué academia debería acudir usted para que le aclararan sus errores.

Entonces, todos los que se habían interesado por el recién llegado se olvidaron de Shtrum como si éste nunca hubiera entrado en la habitación, y siguieron hablando sobre los metales, utilizando a menudo tecnicismos de fábrica que Shtrum no entendía.

El ingeniero de las gafas se dejó llevar por el entusiasmo y empezó a hablar acerca de los resultados de sus investigaciones con tanto detalle que Andréi Trofímovich se vio obligado a decirle en un tono de súplica:

–Apiádese de nosotros, nos quiere dictar de una vez un curso anual cuando sólo nos quedan cuarenta minutos para acabar con el orden del día.

La discusión sobre los aspectos técnicos concluyó enseguida y a continuación se abordaron las cuestiones prácticas: el plan de producción, la mano de obra y la relación de las fábricas con el Comisariado del Pueblo. Aquellos temas suscitaron el interés de Shtrum.

Andréi Trofímovich debatía con contundencia; Shtrum le oyó decir en repetidas ocasiones:

«Usted sólo aparenta ser objetivo...» «Usted recibió todo cuanto había solicitado...» «Te lo dieron todo...» «El Comité de Defensa te dio lo que pediste...» «Recibiste más coque que cualquiera...» «Piensa que los honores que se te han concedido pueden retirarse...»

A primera vista, parecía extraño que la comunidad de intereses que tan estrechamente unía a aquellas personas pudiera ser fuente de discusiones, réplicas airadas, hostilidad y, en ocasiones, críticas feroces y burlas crueles.

Pero a la vez, en lo furibundo de aquel debate también se traslucía la pasión y el amor por el trabajo, lo más importante en la vida de aquellas personas.

Las diferencias entre aquellos hombres eran notables: unos ansiaban innovar, otros se mostraban reacios a cualquier cambio. El general, por ejemplo, estaba orgulloso de haber cumplido con creces el plan de producción fijado por el Comité de Defensa, a pesar de trabajar con hornos obsoletos, construidos tiempo atrás por obreros sin formación. Sverchkov leyó en voz alta un telegrama de felicitación que había recibido hacía un mes, donde se le notificaba que el gobierno central aprobaba sus osadas innovaciones, ya que había logrado resultados excepcionales utilizando maquinaria nueva fabricada con técnicas que hacían gala de una temeridad inaudita.

El general apelaba al criterio de los viejos maestros; Chépchenko, a su experiencia personal, y «el cooperante», a los órganos de dirección. Unos eran precavidos, otros atrevidos y valientes. Estos últimos decían:

–Nos trae sin cuidado cómo acostumbran hacerlo en el extranjero. Nuestro departamento de investigación elaboró su propio método, y nos dio mejores resultados.

Entre los presentes había hombres cuyo excesivo juicio los abocaba sin remedio a la lentitud y otros que, por el contrario, eran rápidos, bruscos

incluso. Sverchkov, quien por lo visto no buscaba la aprobación de Andréi Trofímovich, no dejaba de importunarle. «El cooperante», en cambio, se interrumpía a cada instante para volverse hacia Andréi Trofímovich y requerir su opinión.

Cuando afirmó haber cumplido con creces los objetivos marcados, Sverchkov comentó:

–Estuve con el secretario de la célula del Partido de tu fábrica. Me contó que durante el invierno los obreros habían estado alojados en cabañas y barracones, muertos de frío e hinchados a causa del hambre; incluso uno de ellos, perteneciente a una minoría étnica, murió de escorbuto dentro del taller. Así que no exageres, porque veo que tú sí tienes buen aspecto.

Mientras hablaba, Sverchkov señaló con su dedo largo y huesudo al «cooperante». Éste le replicó:

–Sé que organizaste un comedor para los niños con mesas de mármol y azulejos blancos en las paredes, pero en febrero, cuando tu fábrica no produjo la cantidad de metal necesaria para el frente, tuviste que cerrarlo.

–¡Mentira! –gritó Sverchkov–. En febrero aún estábamos levantando las paredes del comedor, y en junio el Comité de Defensa nos felicitó por nuestra labor; para entonces el comedor ya estaba en funcionamiento. ¿Crees que sólo se puede aumentar la productividad hasta el 118 % cuando los hijos de los obreros padecen raquitismo?

Sin embargo, Andréi Trofímovich era quien más interés suscitaba en Shtrum.

–¡Adelante, arriésgate, compartiremos responsabilidad! –conminó a alguien en varias ocasiones–. Inténtalo, ¿de qué tienes miedo? –dijo a otro–, hay que obedecer las directrices, pero la vida dicta sus propias normas. La directriz que hoy es válida tal vez mañana quede obsoleta, así que de ti depende dar la señal. Porque, al fin y al cabo, tú eres el que funde acero, ¡ésta es la directriz que importa! –De repente se volvió hacia Shtrum y le preguntó con una sonrisa–: Camarada Shtrum, ¿cree usted que tengo razón?

–Eso creo –respondió Víktor Pávlovich.

Andréi Trofímovich consultó el reloj, movió la cabeza apesadumbrado y pidió a Postóyev:

–Leonid Serguéyevich, exponga los aspectos técnicos.

Shtrum juzgó admirable la exposición de Postóyev en tanto que transmitía la misma seguridad, sin duda legítima y comprensible, con la que afrontaba la vida.

Tenía facilidad de palabra y exponía sus ideas con orden y sencillez. Era capaz de explicar con pocas palabras el concepto más complejo y que fueran inteligibles tanto los beneficios de algún proyecto prometedor como la esterilidad de cierta medida efectista, pero de poco calado.

A continuación intervino Andréi Trofímovich:

–No hay por qué dudar de que sea posible cumplir con el plan de producción cuatrimestral que se ha fijado. Deben recordar que, en noviembre del año pasado, sin duda el momento más difícil, cuando los alemanes se encontraban cerca de Moscú y las industrias de la zona occidental del país estaban inutilizadas o, tras ser desmontadas y evacuadas, estaban sin armar, enterradas bajo la nieve, muchos de nosotros creímos que debían invertirse todos los medios y esfuerzos únicamente en aquello que podía asegurar un laminado de calidad en un plazo de una semana como máximo. Fue precisamente entonces cuando el Comité de Defensa propuso la construcción de nuevas plantas metalúrgicas. Hoy día, cuando decenas de miles de máquinas nuevas funcionan a pleno rendimiento en los Urales, en Siberia y en Kazajistán y la producción de laminados de calidad se ha triplicado, ¿en qué emplearíamos todas aquellas máquinas de cinglar, trenes de laminado y martillos pilones si no tuviéramos altos hornos y hornos Martin nuevos? ¡Ése es el secreto de una buena organización! ¡No basta con pensar hoy en qué va a pasar en la fábrica mañana! ¡Hay que ser previsores y pensar en qué pasará dentro de un año!

Tal vez con el propósito de que los presentes comprendieran la enormidad de lo que se había logrado, más allá de los problemas del día a día, Andréi Trofímovich añadió:

–¡Basta con recordar los meses de octubre, noviembre y diciembre del año pasado! Entonces se fabricaba menos del 3% de laminados no ferrosos y cerca del 5% de cojinetes de bolas respecto de lo que se producía antes de la guerra. ¿Y hoy?

Se puso en pie y alzó un brazo. La sangre había afluido a sus mejillas; de pronto parecía un orador que interviniera en un concurrido mitin obrero, en vez del presidente de una reunión de trabajo.

–Pensad un momento en lo que levantamos entre las nieves de Siberia, de los Urales y del Volga. ¡Son regimientos de máquinas, de prensas, de martillos y de hornos! ¡Son verdaderos ejércitos! ¡Ejércitos de desbastadoras de metales, de hornos Martin, de hornos eléctricos y de máquinas de cinglar: buques de guerra de nuestra industria metalúrgica! ¡Sólo en los Urales funcionan cuatrocientas fábricas nuevas! Algunas flores brotan bajo la nieve, según dicen. ¿Os dais cuenta?

Shtrum escuchaba concentrado las palabras de Andréi Trofímovich.

Todo lo que había leído y visto sobre la construcción de la nueva industria en revistas, libros, poemas y documentales fue formando en él un vívido recuerdo, como si lo hubiera experimentado en su persona.

Se imaginaba el siguiente cuadro: talleres humosos; hornos abiertos, incandescentes como la llama de un arco voltaico; el metal solidificado y gris para blindados; obreros en mitad de nubes de humo, del chisporroteo y del martilleo de las máquinas. En aquel momento le pareció sentir la enorme potencia del metal ya fundido con la inmensidad del territorio soviético, una potencia que se advertía en los discursos de aquellos hombres que hablaban sobre millones de toneladas de acero y de hierro fundido, sobre decenas de miles de toneladas de laminados de calidad y miles de millones de kilovatios-hora.

Sin embargo, a pesar de haber aludido de aquel modo tan poético a las flores que brotaban bajo la nieve, Andréi Trofímovich no parecía ser una persona proclive a la ensoñación. Cuando uno de los ingenieros en jefe le pidió que fundamentara las directrices que había recibido su fábrica, Andréi Trofímovich, en tono autoritario, le interrumpió bruscamente y replicó con hosquedad:

–Las explicaciones pertinentes se ofrecieron en su momento, ¡ahora sólo doy órdenes! –y al decirlo posó la palma de la mano sobre la mesa como si rubricara un documento oficial estampando su sello.

Cuando la reunión hubo terminado y los asistentes se despidieron de Postóyev, el joven de las gafas se acercó a Shtrum y le preguntó:

–¿Sabe algo de Nikolái Grigórievich Krímov?

–¿Krímov? –se sorprendió Shtrum. Enseguida cayó en la cuenta de por qué la cara de aquel hombre le resultaba tan familiar, y preguntó a su vez–: ¿Es usted pariente suyo?

–Soy Semión, su hermano menor.

Se dieron la mano.

–Me acuerdo a menudo de Nikolái Grigórievich, lo quiero mucho –señaló Shtrum y añadió en un arrebato–: Respecto a Zhenia, estoy muy enfadado con ella.

–¿Ella se encuentra bien?

–Por supuesto –respondió Shtrum irritado, como si estuviera molesto.

Salieron juntos de la habitación y echaron a caminar por el pasillo, recordando a Krímov y los tiempos de antes de la guerra.

–Zhenia me habló de usted –dijo Shtrum–: progresó con rapidez en los Urales y llegó a subjefe de ingenieros.

–Ahora soy ingeniero en jefe.

Shtrum inquirió a Semión Krímov sobre la posibilidad de llevar a cabo algunas fundiciones experimentales en su fábrica para obtener cierta cantidad de acero que necesitaba para construir unos aparatos especiales.

Semión se quedó pensativo y luego respondió:

–Es complicado, complejo en extremo, habría que pensarlo bien –luego añadió con una sonrisa pícara–: No sólo la ciencia ayuda a la producción, en ocasiones puede ocurrir lo contrario.

Shtrum invitó a Semión a su casa, pero éste declinó el ofrecimiento.

–Me temo que no será posible, ya que mi mujer me pidió que me acercara a visitar a unos familiares suyos que viven en las afueras de Moscú y que no tienen teléfono; además, creo que tampoco me daría tiempo. Dentro de una hora tengo que estar en el Comisariado del Pueblo, a las once y media hay una recepción en el Comité de Defensa y mañana al amanecer salgo en avión hacia Sverdlovsk. Sin embargo, anotaré su número de teléfono, por si acaso.

Se despidieron.

–Venga a los Urales sin falta –invitó Semión a Shtrum.

El parecido con su hermano mayor era notable: tenía los brazos largos, la espalda curvada y caminaba arrastrando los pies, sólo que era más bajo.

Shtrum regresó a la habitación de Postóyev. La reunión lo había dejado agotado, pero estaba satisfecho.

–Gente interesante –comentó–. Usted ha tenido la suerte de verlos a todos juntos: son los «ases» de la metalurgia, convocados a Moscú por el Comité de Defensa.

Estaba sentado con una servilleta desplegada sobre el regazo mientras un camarero, tras limpiar los ceniceros y abrir las ventanas, ponía la mesa.

–¿Quiere almorzar conmigo? –le invitó Postóyev–. ¿No habrá perdido peso comiendo en casa?

–Gracias, ya he almorzado.

–No le voy a rogar, no es un buen momento.

El camarero sonrió y salió de la habitación. Postóyev explicó:

–A juzgar por lo que he visto, muchos de los moscovitas no son conscientes de la gravedad de la situación. En Kazán, pese a encontrarse mil kilómetros más al este, el nerviosismo es patente. Sin embargo, donde estuve ayer –hizo un gesto señalando el techo– abarcan toda la situación y tienen una visión general de los acontecimientos más destacados. Debo confesarle que en las altas esferas se percibe una gran tensión. Pregunté sin ambages si la situación en el Don era grave y me respondieron que lo del Don era hasta cierto punto irrelevante, que era posible que los alemanes penetraran hasta el Volga –miró a Shtrum y dijo separando las palabras–: Víktor Pávlovich, debe comprender que ya no se trata de rumores... –Luego cambió de tema repentinamente–: Son buena gente nuestros ingenieros, ¿verdad? ¡Una gente estupenda!

–Cierto –asintió Shtrum–. Ayer me preguntaron cuál de las dos maneras de reevacuación consideraba más apropiada: ¿un traslado paulatino o en una sola etapa? No me preguntaron sobre los plazos concretos, pero la pregunta en cuestión sí se formuló. ¿Cómo relaciona usted eso con lo que acaba de explicar?

Hubo un instante de silencio.

–Creo que la clave está en lo que usted ha oído decir hoy a mis ingenieros –apuntó Postóyev–. Recuerde lo que dijo Stalin en noviembre: la guerra moderna es una guerra de motores. De modo que allí arriba calcularon quién fabrica más de éstos, si nosotros o los alemanes. ¿Sabe que en la industria de la época prerrevolucionaria había seis veces menos torneros, doce veces menos obreros manuales y nueve veces menos mecánicos que en la de hoy? Y así en todos los ramos.

–Leonid Serguéyevich, nunca he envidiado a nadie. ¡Jamás! Pero hoy, al escucharos hablar, qué no hubiera dado por trabajar allí donde se fabrica el acero para construir blindados y motores.

Postóyev le respondió medio en broma:

–Cuidado, le conozco demasiado bien. Usted tiene una sola obsesión, y sé que si se lo aparta de los electrones y de los cuantos, aunque sólo sea por espacio de un mes, languidecerá como un árbol sin la luz del sol.

Se quedó pensativo y luego preguntó con una sonrisa:

–Entonces, usted que es tan hogareño, ¿cómo solucionó el problema de la comida?

59

Shtrum vivía muy atareado en Moscú.

Aun así se citaba con Nina casi cada noche. Salían a pasear por la calle Kalúzhskaya y por el Jardín Neskuchni. Una vez fueron al cine a ver la película *Lady Hamilton* . Durante aquellos paseos era sobre todo Nina quien hablaba; Shtrum caminaba a su lado, escuchándola y haciéndole una pregunta de vez en cuando. Así conoció muchas de las circunstancias y pormenores de la vida de Nina, entre ellas que había trabajado en una fábrica textil antes de casarse y trasladarse a Omsk. Su hermana, casada con un encargado de taller, vivía en los Urales. Su hermano mayor, capitán del ejército, era jefe de una división de defensa antiaérea. También le contó que ella y sus hermanos andaban a la greña con el padre porque éste, después de enviudar, se había vuelto a casar.

Shtrum no entendía por qué razón todo aquello que Nina le contaba con tanta confianza y buena fe no le era indiferente. Había retenido en la memoria los nombres de las amigas y de los parientes de ella, y le preguntaba:

–Perdona, lo he olvidado, ¿cómo se llama el marido de Klava?

Mostraba mucha preocupación por la vida conyugal de Nina porque, al parecer, el marido de ésta era un indeseable. Shtrum le suponía muchos defectos y llegó a considerarlo un grosero, un alcohólico, un egoísta, un ignorante y un arribista.

A veces Nina iba a casa de Shtrum para ayudarle a preparar la cena. Sus ofrecimientos le emocionaban y le conmovían:

–Tengo algo de pimienta en casa, si quiere puedo traerla.

En una ocasión dijo a Shtrum:

–Me alegra que nos hayamos conocido. Me apena tener que irme tan pronto.

–Iré a visitarla sin falta –le aseguró Shtrum.

–Del dicho al hecho...

–En absoluto, hablo en serio. Me alojaré en un hotel.

–No es cierto, ni siquiera me mandará una postal.

Una vez Shtrum regresó a casa muy tarde después de una reunión y, al pasar por delante de la puerta de Nina, pensó con tristeza: «Hoy ya no la veré, y pronto tendré que marcharme».

Al día siguiente, por la mañana, fue a ver a Pímenov. Éste le comunicó, visiblemente satisfecho:

–Los trámites burocráticos han finalizado. Ayer su proyecto recibió el visto bueno del terrible camarada Zvérev. Ya puede mandar un telegrama a su familia anunciando su próximo regreso a casa.

Aquel día Shtrum tenía previsto encontrarse con Postóyev, pero decidió telefonearle para decirle que le había surgido un imprevisto y se fue a casa.

Al ver a Nina en el rellano el corazón se le aceleró, le costaba respirar.

«¿Por qué me pasa esto?», se preguntó; la respuesta, desde luego, sobraba.

Se dio cuenta de que a ella también le ilusionaba verlo, pues exclamó:

–Dios mío, cuánto me alegra que haya regresado usted hoy antes de lo habitual, ahora iba a dejarle una nota.

Nina le entregó una hoja de papel doblada en forma de triángulo.

Shtrum desplegó la nota, la leyó y se la guardó en el bolsillo.

–¿Se va a Kalinin ahora mismo? –preguntó a Nina–. Creía que iríamos a pasear.

–No me apetece marcharme, pero debo hacerlo –miró la cara afligida de Shtrum y añadió–: Volveré sin falta el martes por la mañana y me quedaré en Moscú hasta el fin de semana.

–La acompaño a la estación –se ofreció Shtrum.

–No es conveniente. Viajo a Kalinin con una compañera de trabajo de Omsk.

–Entonces entremos un momento en mi apartamento para brindar por su pronto regreso.

Cuando entraban ella dijo:

–¡Lo había olvidado por completo! Ayer vino un militar preguntando por usted, y me comentó que volvería a pasar hoy.

Tomaron un poco de vino.

–¿Está mareado? –preguntó Nina.

–Sí, pero no a causa del vino –respondió y empezó a besarle las manos.

En aquel momento sonó el timbre.

–Debe de ser aquel militar –aventuró Nina.

–Hablaré con él en el recibidor –anunció Shtrum con resolución.

Al cabo de unos minutos entró en el comedor acompañado de un militar alto.

–Le presento al coronel Nóvikov –dijo Shtrum a Nina y explicó como si se disculpara ante ella–: Viene de Stalingrado, trae recuerdos de mi familia.

Nóvikov inclinó la cabeza con la cortesía ciega e indiferente de quien, debido a las circunstancias de la guerra, se ve obligado a irrumpir en la vida privada de las personas a cualquier hora, sea en mitad de la noche o al amanecer. Su mirada impasible reflejaba indiferencia por la vida privada de Shtrum y no le interesaba saber qué tipo de relación existía entre Víktor Pávlovich y aquella mujer joven y guapa...

Sin embargo, detrás de aquella expresión de pretendida indiferencia se ocultaba un pensamiento burlón: «¡Vaya con los hombres de ciencia! ¡Resulta que ellos también tienen sus esposas de campaña!».

–Le traigo un paquete –dijo Nóvikov al tiempo que abría su bolsa–, no me dieron ninguna carta para usted, pero me pidieron que le transmitiera recuerdos de todo corazón de parte de Aleksandra Vladímirovna, Maria Nikoláyevna, Stepán Fiódorovich y Vera Stepánovna.

Por alguna razón, no mencionó el nombre de Yevguenia Nikoláyevna.

Mientras Nóvikov cumplía su cometido, Shtrum lo vio como un soldado, y no un militar con rango de coronel, que aprovechara la ocasión para mandar saludos a todos y cada uno de sus familiares desde un refugio en algún lugar del frente.

Con gesto distraído, Víktor Pávlovich dejó el sobre en un maletín abierto que había sobre la mesa.

–Gracias, gracias, ¿qué tal están todos? –preguntó Shtrum a Nóvikov y, ante el temor de que éste se extendiera en detalles, siguió preguntando–: ¿Se quedará mucho tiempo en Moscú o viene en misión de servicio?

Entonces Nina dijo:

–Dios mío, lo había olvidado... Mi compañera de viaje tiene que venir a buscarme, es hora de que me vaya.

Shtrum acompañó a Nina hasta la puerta y el coronel lo oyó salir detrás de ella al rellano.

A su regreso, sin saber cómo proseguir la conversación, Víktor Pávlovich observó:

–No ha mencionado a Zhenia, ¿acaso no está en Stalingrado?

Para sorpresa de Shtrum, el coronel se turbó visiblemente y respondió en tono marcial:

–Yevguenia Nikoláyevna le manda saludos, he olvidado decírselo.

En aquel momento sucedió entre ellos lo que ocurre cuando se conectan los extremos de un cable eléctrico: los alambres punzantes, erizados e indóciles se unen por fin, permitiendo el flujo de corriente y que la bombilla se encienda. Entonces, todo aquello que en la oscuridad parecía sombrío, huraño y hostil, se torna cordial y agradable.

Intercambiaron una breve mirada y una sonrisa.

–Quédese a pasar la noche aquí –le invitó Shtrum.

Nóvikov agradeció el ofrecimiento, pero declinó la invitación, alegando que había comunicado al Comité Nacional de Defensa otra dirección por si fuera necesario localizarlo en mitad de la noche.

–¿Cómo es la situación cerca de Stalingrado? –preguntó Shtrum.

Nóvikov hizo una pausa antes de responder.

–Mala –contestó al fin en voz baja.

–¿Usted cree que los detendremos?

–¡Debemos hacerlo y lo haremos!

–¿Por qué debemos?

–Si no lo hacemos, será nuestro fin.

–Es un argumento de peso. Con todo, debo decirle que los moscovitas se muestran muy tranquilos y confiados, incluso se habla de la reevacuación. Algunos creen que la situación está mejorando.

–Una percepción falsa.

–¿Por qué?

–La situación no ha mejorado, y los alemanes siguen avanzando.

–Y nuestros refuerzos ¿son numerosos? ¿Dónde están?

–No nos corresponde saberlo, sólo el Alto Mando lo conoce.

–Vaya –concluyó Shtrum y encendió un cigarrillo.

Luego preguntó a Nóvikov si había visto a Tolia durante los dos días que estuvo en Stalingrado, se interesó por Sofia Ósipovna y quiso saber cómo se encontraba Aleksandra Vladímirovna.

En el transcurso de aquella conversación –no tanto por lo que decía el coronel sino por la animación o la seriedad con que respondía–, Shtrum advirtió que Nóvikov había sabido comprender a todas aquellas personas a

las que Víktor Pávlovich trataba desde hacía años y cuyas relaciones conocía al detalle.

Nóvikov contó entre risas que Maria Nikoláyevna instruía a todos los niños de la región sin olvidarse de Vera y de Stepán Fiódorovich, y que Aleksandra Vladímirovna, quien en su trabajo valía por dos personas jóvenes, se preocupaba por todos, especialmente por Seriozha... A propósito de Sofia Ósipovna comentó:

–Me recitó unos poemas, pero creo que, por su carácter, podría ocupar el cargo de intendente de nuestro Estado Mayor.

No le habló de Zhenia y Shtrum decidió no preguntarle al respecto, como si entre ellos se hubiera establecido un acuerdo tácito al respecto.

Poco a poco la conversación se fue desviando hacia el omnipresente tema de la guerra. En aquellos días la guerra era el mar en el que desembocaban y nacían todos los ríos.

Nóvikov se deshizo en elogios hacia los oficiales con iniciativa pero no se abstuvo de criticar a algún burócrata excesivamente cauteloso. Por sus gestos y por sus cambios de entonación al referir lo que alguien había comentado sobre «el ritmo y el eje de movimiento», Shtrum creyó entender que se trataba de Iván Dmítrievich Sújov.

A Shtrum le conmovía la simpatía que sentía por Nóvikov, cuya inesperada aparición tanto le había contrariado hacía sólo media hora.

De repente vislumbró una nueva perspectiva acerca de su antigua idea de que el aspecto, la profesión y la esfera de intereses en tanto que rasgos diferenciales para distinguir entre sí a los soviéticos eran, con frecuencia, superficiales e impedían percibir la unidad subyacente. En efecto, a primera vista, ¿qué podían tener en común él, un investigador de las teorías matemáticas de la física, y aquel coronel procedente del frente que, al referirse a sí mismo, decía: «Yo que soy militar en activo»?

Sin embargo, resultaba que el amor y el dolor que sentían eran de la misma naturaleza, compartían muchos de sus pensamientos, coincidían en lo esencial.

–Todo es extraordinariamente sencillo –dijo Shtrum, abstraído por aquella especie de revelación momentánea y feliz que suele tener más de error que de acierto.

Le contó a Nóvikov lo que se había tratado en la reunión celebrada en la habitación de Postóyev, y explicó cómo creía que evolucionaría la situación en el frente.

Cuando Nóvikov se disponía a irse, Shtrum le dijo:

–Le acompaño, necesito mandar un telegrama.

Se despidieron en la plaza Kalúzhskaya. Shtrum se acercó a una oficina de correos y despachó un telegrama a Kazán en el que comunicaba que se encontraba bien, que su proyecto había prosperado y que, probablemente, saldría de Moscú el siguiente fin de semana.

60

La tarde del sábado Shtrum se desplazó a la dacha en un tren de cercanías. Sentado en el vagón, pensó en los acontecimientos de los últimos días. Le apenó que Chepizhin se hubiera marchado de Moscú.

Aquel coronel Nóvikov, cuya visita había recibido el día anterior, le había parecido a Víktor Pávlovich un individuo encantador. Se alegraba de haberlo conocido. Hubiera sido mejor que llegara media hora más tarde, así Shtrum hubiera podido despedirse como debía de Nina... Pero no era grave. Ella regresaría el martes, de modo que Víktor Pávlovich volvería a ver a aquella joven tan adorable y hermosa.

Shtrum pensaba con la misma obstinación tanto en Nina como en su mujer. Imaginó lo sola que estaba Liudmila en aquel momento y la preocupación constante que sentía por su hijo, y recordó los muchos años que llevaban juntos.

Cuando Liudmila se peinaba por las mañanas, solía decir:

–Ay, Vitia, [70] ahora nos toca a nosotros envejecer.

Después de alguna discusión muy dura, Liudmila se aparecía en su estudio con lágrimas en los ojos. En una ocasión le dijo:

–¿Sabes una cosa? Estoy tan habituada a ti, que disfruto mirándote hasta cuando estamos en medio de una discusión. Y cuando estás lejos de casa, la verdad es que no hallo sosiego.

¡Qué de vínculos vivos, qué de preocupaciones, éxitos, disgustos, decepciones y trabajos habían compartido juntos!

Qué fáciles, simples y transparentes le habían parecido siempre a Shtrum las relaciones humanas, cuyas leyes había explicado a Tolia y a Nadia con tanto aplomo. Sin embargo, ahora se sentía incapaz de aclarar

sus propios sentimientos. La lógica del pensamiento: ¡creía en ella! Sus trabajos de laboratorio y sus teorías siempre habían ido de la mano; algunas veces colisionaban y se enredaban, lo sumían en un estado de perplejidad, pero solían acabar por entenderse y seguir adelante en concordia, pues ningún valor tenían por separado. Entonces la práctica, caminante incansable, cargaba sobre sus hombros el peso de la teoría alada de ojos perspicaces.

Por el contrario, en aquel momento en la vida privada de Shtrum todo era confusión. Un ciego le servía de lazarillo a un vidente. Un hombre con una sola pierna cargaba sobre sus hombros a un ciego al que pedía que le indicara el camino.

Cualquier razonamiento lógico solo conseguía generarle más confusión. Porque la suya era una lógica que partía de las emociones y no del anhelo de alcanzar la verdad. En esencia, era una lógica engañosa. No perseguía la verdad, sino que buscaba justificar un error. Y lo peor era que esa lógica simplemente pretendía servir de sustento a los deseos del hombre que la practicaba.

Víktor era capaz de percibir la multiplicidad de razonamientos lógicos que bullían en su mente: una lógica de la pena, una lógica de la pasión, una lógica del deber, una lógica de la piedad y una lógica del deseo egoísta.

Recordó una frase de Martín Lutero que lo desconcertó y enfureció la primera vez que la escuchó: «La razón es la primera ramera del diablo».

Él solo quería, oh, Dios, besar a una joven. ¿Cómo podría refrenar su deseo?

Era raro. Mientras mayor era la insistencia de los argumentos de la lógica del deber, mejor funcionaba la lógica del deseo egoísta para predisponerlo contra Liudmila.

Recordaba las peleas con ella. Y le venían a la mente su carácter grosero, su argumentación siempre irracional, su extraordinaria e invencible obstinación, su constante y enfermiza mala voluntad hacia la familia de él, su frialdad hacia su madre, sus repentinos ataques de mezquindad, la manera en que cubría de improperios y echaba a patadas a los pordioseros que llamaban a la cancela de la dacha.

La gente solía decir que ella tenía en un pedestal el trabajo de su marido. ¿En serio? En una ocasión, siete años atrás, ella le había dicho: «Llevo cuatro años vistiendo el mismo abrigo de pieles y Tolia es el niño peor vestido de todo el colegio. No debiste rechazar un segundo puesto.

Toda la gente que conocemos tiene dos cargos, porque todos piensan en sus familias y no solo en sus investigaciones».

Muchos pecados se habían ido acumulando a lo largo de veinte años. Y se había guardado bien adentro muchos yerros, mucho dolor, muchas opiniones. Como un fiscal, Víktor había ido catalogando todas las faltas que ella había cometido. Estaba preparando su acta de acusación. Porque solo anhelaba una cosa: acusar. Y eso fue lo que acabó haciendo.

En el fondo de su corazón, él sabía que la acusación era injusta y parcial, falsa y mendaz. La mentira, a la que había odiado toda su vida, no solo se había colado en sus relaciones con su familia y sus conocidos, sino que también había ensombrecido la primavera fría y diáfana de su razón.

Mientras bajaba del tren se preguntó a sí mismo:

–¿Qué hay de malo en la falsedad, a fin de cuentas? ¿Por qué, si se examina el asunto con atención, son peores las mentiras que la verdad?

*

Víktor abrió la pequeña cancela y entró en el jardín. El sol se reflejaba en las ventanas de la galería.

El jardín estaba salpicado de campanillas y flores de flox que crecían entre hierbajos altos y espesos.

La maleza había invadido con avidez los lugares que Liudmila le tenía vedados: los bancales para fresones, los parterres y junto a las paredes de la casa. La mala hierba brotaba en las veredas, a través de la arena y el suelo apisonado, asomaba bajo los dos primeros peldaños de la escalera de la entrada.

El seto se había torcido, algunas de sus varas habían sido arrancadas y las ramas de los frambuesos de la parcela vecina se colaban por entre aquellos resquicios. En el suelo de la terraza había rastros de una hoguera prendida sobre una chapa. Por lo visto, alguien había vivido en las habitaciones de la planta baja durante el invierno; el suelo estaba cubierto de paja, había un abrigo hecho trizas, un par de calcetones viejos y roídos, la funda arrugada de una máscara antigás, páginas de diario amarillentas y algunas patatas podridas. Las puertas de los armarios estaban abiertas.

Víktor Pávlovich subió al primer piso y constató que también habían estado allí al ver que las puertas de las habitaciones estaban abiertas. La vista de las habitaciones vacías y las alacenas limpias no incomodó a

Víktor en lo más mínimo. Al contrario, sintió un gran alivio al verse liberado de las engorrosas exigencias de Liudmila. Ya no tendría que buscar las cosas que ella le pidiera, empacarlas, buscar un coche y llevar todo aquel equipaje superfluo a la estación.

–Estupendo –dijo para sus adentros.

Sólo su cuarto seguía cerrado. Antes de marcharse, Liudmila había amontonado sillas rotas y cubos viejos en el estrecho pasillo al que daba la habitación, y había camuflado la puerta con unas chapas de madera.

Shtrum tardó un buen rato en desmontar aquella suerte de barricada, trasteando y haciendo ruido, para acceder a su cuarto; por fin abrió la puerta con su llave, y la vista de aquella habitación intacta le causó mayor impresión que la del desorden que reinaba en el resto de la dacha. Tuvo la impresión de que sólo había pasado una semana desde el último domingo de antes de la guerra.

Había discutido con Liudmila sobre dónde debería dormir su madre. Y Maximov había venido de visita, su manuscrito estaba todavía sin leer en el suelo, junto a la cama.

Sobre la mesa había figuras de ajedrez desparramadas y un florero de cristal azul, sin una gota de agua, con unas flores deshojadas de tallos ásperos y polvorientos. Los pétalos secos, al caerse, habían formado un círculo de polvo gris azulado alrededor del recipiente...

La noche del último domingo de antes de la guerra, sentado a aquella mesa, Shtrum había reflexionado antes de acostarse acerca de un problema científico que en aquel entonces le traía de cabeza. El problema en cuestión se resolvió y dejó de preocuparle. Shtrum escribió un ensayo sobre ello, lo publicó en Kazán y regaló algunos ejemplares a sus colegas... Pero el recuerdo de aquel domingo de paz ya lejano se tornó inquietante y triste...

Se quitó la americana, dejó el maletín sobre la mesa y fue a la planta baja. La escalera de madera crujió bajo sus pies. Al oír aquel sonido, Liudmila solía preguntar desde su habitación:

–Vitia, ¿adónde vas?

Sin embargo, nadie había advertido ahora sus pasos. La casa estaba desierta.

Entonces oyó el sonido de la lluvia, gruesas gotas de agua que quebraban el aire, inmóvil, y destellaban al atravesar la franja de rayos oblicuos del sol poniente, que seguía brillando. La nube no era muy

grande, se deslizaba sobre la casa en dirección al bosque, arrastrando a su paso una cortina de agua de bordes vaporosos. El sonido de la lluvia entretenía el oído, no se percibía como un ruido monocorde, sino que cada gota parecía un músico diligente y apasionado al que le cayó en suerte tocar una única nota en su vida. Las gotas susurraban, caían en la tierra, se perdían entre las agujas sedosas de los abetos, resonaban contra las hojas turgentes de la bardana, golpeaban con un ruido sordo los escalones de madera de la entrada, tamborileaban sobre las miles de hojas de los abedules y de los tilos, hacían sonar el timbal metálico del tejado...

La lluvia cesó y un silencio maravilloso descendió sobre la tierra. Shtrum bajó al jardín. El aire húmedo era tibio y puro; cada hoja se había adornado con una gota de lluvia que, como un huevo listo para liberar un alevín, encerraba la luz del sol. Entonces Shtrum tuvo la sensación de que en lo profundo de su pecho también había madurado una gruesa gota de lluvia –un alevín vivo y brillante–, y echó a andar por el jardín deslumbrado y feliz porque le había tocado en suerte un maravilloso bien: ser un humano sobre la tierra.

El sol se estaba poniendo y la penumbra había empezado a envolver los árboles, pero aquella gota que brillaba en su pecho se resistía a apagarse con la luz del día e intensificaba cada vez más su resplandor...

Subió al primer piso, abrió el maletín y, mientras lo revolvía en busca de una vela, topó con el sobre. Pensó que era una tableta de chocolate que había comprado para Nina, pero en seguida recordó que se lo había entregado Nóvikov el día anterior. Lo había olvidado por completo.

Cubrió la ventana con una manta y encendió la vela. Su luz llenó la habitación de apacible calma.

Se desvistió, se metió en la cama y abrió el sobre. Encima de una hoja manchada alguien había escrito, con letra firme y clara, «Para Víktor Pávlovich Shtrum», y luego su dirección.

Shtrum reconoció la letra de su madre, arrojó a un lado el edredón y empezó a vestirse como si una voz nítida y tranquila lo hubiese llamado desde la oscuridad.

Se sentó a la mesa y hojeó la carta. Era un diario que Anna Semiónovna había llevado desde el comienzo de la guerra hasta el día en que la amenaza de una muerte segura tras las alambradas de un gueto judío se cernió sobre ella. En aquella carta se despedía de su hijo...

Shtrum perdió la noción del tiempo. Ni siquiera se le ocurrió preguntarse cómo podían aquellas hojas haber atravesado la línea del frente hasta llegar a Stalingrado...

Se levantó de la mesa, retiró el camuflaje de la ventana y la abrió. El sol blanco de la mañana pendía sobre el abeto plantado junto al seto; el jardín estaba cubierto de rocío y era como si las hojas, las flores y la hierba estuvieran salpicadas de polvo cristalino. En los árboles, unas veces al unísono y otras uno por uno, estallaban los gritos de los pájaros.

Víktor Pávlovich se acercó a un espejo que colgaba de la pared. Esperaba encontrarse ante un rostro demacrado de labios temblorosos, pero su reflejo era el mismo que le había devuelto la víspera.

Dijo en voz alta:

–Eso es todo.

Se sintió hambriento, así que cogió un pedazo de pan y empezó a masticarlo lentamente, con dificultad, mientras miraba, concentrado, una hilacha enroscada color de rosa que pendía temblando de un borde de la manta.

«Es como si la moviera la luz del sol», pensó.

61

El lunes por la noche Shtrum estaba sentado a oscuras en el sofá de su apartamento moscovita y miraba por la ventana abierta sin camuflar. El aullido de las sirenas quebró el silencio nocturno y el cielo se iluminó con los haces de la defensa antiaérea.

Pronto las sirenas dejaron de sonar. Los escasos inquilinos del edificio bajaron por las escaleras, arrastrando los pies en la oscuridad. Desde la calle llegaba una voz enfurecida que decía:

–Camaradas, ¿para qué quedarse aquí de pie si pueden ir como personas civilizadas al refugio antiaéreo donde tienen agua potable, bancos y catres preparados para acogerlos?

Sin embargo, era como si a los avezados inquilinos no les apeteciese encerrarse en un sótano en una noche tan sofocante como aquélla sin estar convencidos de que el bombardeo efectivamente había empezado.

Los niños hacían preguntas, y luego una voz disgustada señaló:

–¡Otra falsa alarma, no nos dejan dormir en paz!

Entonces, a lo lejos, retumbaron los cañones de la defensa antiaérea.

De repente, se oyó con nitidez el ruido sordo y monocorde del motor de un avión. Los cazas soviéticos nocturnos rugieron en lo alto del cielo. Acto seguido, la gente congregada en la calle junto al edificio empezó a vociferar; un fuerte impacto resonó en la lejanía y los cañones antiaéreos volvieron a disparar. Sin embargo, en los breves intervalos de silencio que sobrevenían entre estampido y estampido, dejaron de oírse las voces humanas.

La vida se escondió en los refugios. No quedaba nadie en las casas y en las calles. Mientras, las escobas azules de los focos antiaéreos barrían silenciosa y diligentemente el cielo nublado de la noche.

«Me alegro de haberme quedado solo», pensó Shtrum.

Transcurrió una hora. Shtrum, con el ceño fruncido, seguía mirando por la ventana sin cambiar de postura, como si estuviera durmiendo, mientras escuchaba el retumbar de los cañones y el estruendo del bombardeo.

Luego se hizo el silencio; al parecer, el ataque había terminado. Volvieron a resonar las voces de quienes abandonaban los refugios; los focos se apagaron y la ciudad se sumió de nuevo en la oscuridad.

De pronto, sonó el timbre largo y agudo del teléfono. Sin encender la luz, Shtrum atendió el aparato y una telefonista le comunicó que iba a pasarle una llamada desde Cheliábinsk. Al principio Shtrum pensó que se habían confundido de número y a punto estuvo de colgar. Sin embargo, resultó ser el hermano de Krímov, el ingeniero que había asistido a la reunión en la habitación de Postóyev. Su voz llegaba con nitidez a los oídos de Shtrum. En primer lugar, se disculpó por lo intempestivo de la hora.

–No estaba durmiendo –dijo Shtrum.

El ingeniero le explicó que en su fábrica estaban instalando unos equipos de control electrónico totalmente nuevos, pero tenían grandes dificultades para ponerlos en funcionamiento –lo cual ralentizaba el ritmo de la producción– y solicitaba a Shtrum que enviara a uno de sus colaboradores para que lo ayudara, puesto que sabía que en su laboratorio

se trabajaba en el establecimiento de los principios que determinaban el funcionamiento de aquella clase de equipos. Si Shtrum daba su aprobación, el colaborador en cuestión podía partir hacia Cheliábinsk en el avión de la fábrica, cuyo vuelo estaba previsto al amanecer. Le advirtió de la dureza del viaje, pues no era un avión de línea sino uno de carga, e iría atestado de materiales. Si Shtrum accedía a su petición, un coche iría a recoger al colaborador y lo llevaría al aeródromo; sólo habría que avisar por teléfono al apoderado de la fábrica, quien ya estaba al tanto.

Shtrum explicó que todos sus colaboradores se encontraban en Kazán y que en Moscú no quedaba ninguno. Krímov rogó a Shtrum que pusiera un telegrama a Kazán, ya que el asunto era urgente, además de complejo; no en vano necesitaban consultar con un técnico que conociera a fondo la base teórica del funcionamiento de los equipos en cuestión.

Shtrum se quedó pensando un momento.

–Víktor Pávlovich, ¿me oye bien? –preguntó Krímov.

–Deme el número de teléfono de su apoderado, iré yo mismo y le veré a usted esta noche –dijo Shtrum.

Luego llamó al apoderado de la fábrica, le dio su dirección y le avisó de que viajaría con dos maletas, pues ya no regresaría a Moscú desde Cheliábinsk sino que iría directamente a Kazán.

Acordaron que el coche recogería a Shtrum a las cinco de la mañana.

Víktor Pávlovich se acercó a la ventana y consultó el reloj de pulsera. Eran las cuatro menos cuarto.

El haz de un foco antiaéreo cruzó la oscuridad y Shtrum lo siguió con la mirada. ¿Desaparecería tan repentinamente como había surgido de entre las tinieblas? El haz osciló y se movió a la derecha, luego a la izquierda, para detenerse después en una vertical azul entre la oscuridad del cielo y la de la tierra.

62

La batalla en la orilla occidental del Don duraba ya alrededor de tres semanas. En la primera fase de aquel choque los alemanes habían intentado llegar junto al río y cercar las divisiones que defendían Kliótskaya, Surovíkino y Suvórovskaya.

En el caso de que aquella maniobra hubiera prosperado, la ofensiva alemana habría seguido al este del Don, hacia Stalingrado. Sin embargo, a pesar de la superioridad numérica de sus fuerzas y algunas penetraciones aisladas en la defensa rusa, los germanos fracasaron en su intento. Los combates que habían comenzado el 23 de julio se fueron dilatando y absorbieron un número de tropas alemanas cada vez mayor. Los contraataques soviéticos paralizaron el avance tanto de los blindados como de la infantería motorizada nazi.

Entonces los alemanes lanzaron una ofensiva desde el sudoeste que también fracasó.

Dada la situación, el mando germano se decidió a iniciar una serie de ataques concéntricos y simultáneos desde el norte y el sur.

En aquella nueva operación, los efectivos alemanes doblaban en número a los de los soviéticos. Su superioridad en blindados, cañones y morteros era aún mayor. Y ésa fue la razón de que por fin triunfaran.

Las tropas comandadas por Paulus iniciaron su avance el 7 de agosto; el día 9 del mismo mes alcanzaron la orilla derecha del Don, creando un amplio frente con el que rodearon a las fuerzas soviéticas. En el campo de operaciones al oeste del Don la situación se tornó extraordinariamente difícil.

Las tropas del Ejército Rojo emprendieron la retirada hacia la orilla oriental del Don.

A principios de agosto de 1942, el Alto Mando ordenó la retirada del frente y el traslado a Stalingrado de la brigada antitanque en la que servía Nikolái Grigórievich Krímov con el fin de renovar sus efectivos, pues había sufrido numerosas bajas.

El 5 de agosto, el Estado Mayor y el grueso de la brigada cruzaron el Don cerca del pueblo de Kachálinskaya y se dirigieron al punto de reagrupamiento fijado por el Alto Mando: el extremo norte del sector de la fábrica de tractores.

Tras llegar con la brigada hasta el río y despedirse de su comandante, Krímov se presentó en el Estado Mayor del ejército del flanco derecho, donde debía reunirse con Sarkisián, jefe de la división de morteros, para acompañarle en su marcha hacia el punto de reagrupamiento.

La división se vio obligada a demorar su partida, ya que la noche anterior una bomba alemana había reventado el camión cisterna y, en consecuencia, los vehículos, listos para emprender la marcha, se habían

quedado sin combustible. Sarkisián había tenido que acudir al Estado Mayor para que le proporcionaran un cupón que le permitiera obtener el carburante necesario.

Krímov tomó un atajo a través de la campiña. Sabía por experiencia cuán difícil era orientarse en la estepa, así que de tiempo en tiempo detenía el vehículo y aguzaba la vista para no perderse en la maraña que formaban los caminos y los senderos esteparios. ¡Los alemanes podían estar cerca!

Aquéllos eran los días en que las tropas del frente de Stalingrado, cumpliendo órdenes del Alto Mando soviético, retrocedían hacia la orilla oriental del Don. Los blindados alemanes habían penetrado los flancos rusos, habían alcanzado el río en dos puntos e intentaban rodear las divisiones que aún permanecían al oeste del Don.

Krímov dedujo que el Estado Mayor se encontraba cerca. A lo largo del camino se extendían los cables de la telefonía de campaña, y un blindado de enlace adelantó a su coche, seguido de un ZIS-101 con los costados abollados y pintados de camuflaje y de una MK de color verde, una de cuyas ventanillas laterales estaba agujereada por impactos de bala.

Krímov ordenó a Semiónov, su chófer, que siguiera aquellos vehículos; cuando se acercaba a ellos, quedaban envueltos en la nube de polvo que levantaban. Poco después llegaron hasta una barrera que se elevó para franquearles el paso. Krímov mostró su cédula al centinela y, mientras el soldado la hojeaba atentamente, le preguntó:

–¿Es aquí donde se encuentra el Estado Mayor?

–Exacto –respondió el centinela mientras devolvía la cédula a Krímov con una sonrisa. Aquel soldado conocía, sin duda, la inmensa satisfacción que produce el hecho de encontrar aquello que uno busca en mitad del fragor de la guerra.

Krímov ordenó que Semiónov estacionara el coche al lado de la barrera, montada con una vara de álamo temblón, y se dirigió al pueblo. Caminaba hundiendo los pies en la arena ardiente, cuyo calor penetraba a través de las suelas de sus botas.

Saltaba a la vista que el Estado Mayor se preparaba para ser trasladado. Los camiones que solían estar cubiertos de lonas que los enmascaraban estaban ahora aparcados junto a las casas y había soldados que cargaban en ellos de todo: sillas, mesas, máquinas de escribir y una docena de cajas llenas de documentos. A juzgar por la manera eficaz, serena y veloz con la que trabajaban, se deducía que ya habían hecho esos traslados decenas de

veces este último año, cargando y descargando una y otra vez los enseres del Estado Mayor de un ejército en retirada.

Una vez en el pueblo se acercó hasta el comedor, convencido de que la hora del almuerzo sería el mejor momento para encontrar a las personas que buscaba. Advirtió que, en un año de guerra, la cotidianidad de aquel Estado Mayor se había asentado y regularizado, al igual que ocurría en otros tantos Estados Mayores que Krímov había tenido la oportunidad de visitar.

Comentaba, con cierta sorna, que los regímenes de vida de los Estados Mayores del frente, del ejército, de la división y del regimiento reproducían respectivamente los de la capital, una región, un distrito y un pueblo de una república soviética. En cuanto a los batallones y las compañías, éstos, a juicio de Krímov, llevaban un estilo de vida semejante al de los campamentos agrícolas en los que se trabajaba febrilmente día y noche para llegar a tiempo de recoger la cosecha.

En el comedor se estaban ultimando los preparativos para la mudanza: las camareras envolvían en paja platos y tazas, mientras que el escribano de la sección económico-administrativa guardaba en un archivador metálico los cupones y las matrices de las cartillas de racionamiento.

En la puerta del comedor, ubicado en el edificio de un colegio, había varios oficiales y comisarios políticos aguardando su ración de rancho seco. Los pupitres escolares, trasladados de las aulas al patio, ocupaban casi la mitad de éste. Un capitán con la cara picada de viruela estaba sentado a uno de aquellos pupitres, liando un pitillo. Enfrente tenía una pizarra con unos cálculos matemáticos, trazados a tiza por algún escolar; hacía tiempo que no llovía sobre la estepa del Don, y aquellos signos eran todavía legibles. Los oficiales reunidos junto al comedor seguían charlando sin hacer caso de Krímov. Por su manera de andar, por lo polvorientas que estaban su cara y su ropa, era difícil no advertir que se trataba de uno de los suyos.

–Stépchenko, al final no te cortaron una casaca nueva, ¿verdad? –preguntó uno.

–¿Con quién compartes el coche? ¿Con los de inteligencia o con los de operaciones? –se interesó otro.

–El encargado del comedor ha vuelto a repartir un concentrado en vez del embutido –observó un tercero. Y añadió–: Seguro que se ha frito un pollo para él solo, que el cabrón se alimenta como un comandante.

–Por ahí viene Zínochka con sus botas nuevas, hechas a medida, y ni siquiera se digna a mirarnos, fíjate.

–No le haces falta para nada. Ella viaja en coche y tú, capitán, vas de un lado a otro en camioneta como un simple mortal.

–Cuando cambiemos de emplazamiento, alójate conmigo. El intendente me prometió un hospedaje más cerca del comedor.

–Yo, amigo, prefiero quedarme en la periferia, el comedor es un blanco perfecto porque siempre está lleno de gente. Recuerda cómo nos bombardearon cerca del Donets, en el pueblo aquel... no me acuerdo cómo se llama...

–Lo del Donets no fue nada, acuérdate del otoño pasado en Chernígov, cuando mataron al mayor Bodridse junto con seis de los nuestros.

–¿Fue cuando se te quemó el capote?

–Ni me lo mientes, me lo habían hecho en Lvov con el paño que se utilizaba para hacer los capotes de los generales.

Varias personas se congregaban para escuchar el relato de un comisario político joven y moreno. Éste, por lo visto, acababa de regresar de un viaje a la primera línea del frente. Todo en él, como suele pasar a quienes logran llegar a un lugar seguro lejos del fuego enemigo, manifestaba una dicha contenida. La excitación que transmitía su voz y su alegre expresión se contradecían con los funestos hechos que estaba refiriendo.

–Los Messerschmitt cruzan nuestras posiciones en vuelo rasante, casi rozándonos las cabezas. Hay unidades que pelean heroicamente; por ejemplo, en una batería antitanque perecieron todas las dotaciones hasta el último hombre, pero ninguno había huido. Además, cuando estás rodeado... De todos modos, ¿de qué sirve escapar si ya te tienen bien cogido?

–¿Ha traído testimonios de tal heroísmo? –preguntó con severidad un comisario de batallón, al parecer encargado de la sección informativa.

–Por supuesto –respondió el joven y dio unas palmadas en su portamapas–. Casi me matan cuando fui a ver al comandante de la batería, pero me aseguré de anotar los nombres de todos los tiradores muertos. Me alegro de que esté usted aquí; vea, se olvidaron de cargar mi macuto en el camión, y tampoco se ocuparon de asignarme mi ración de rancho. ¡Eh, camaradas!

–Pero en general, ¿cómo va todo? –preguntó un soldado que estaba sin afeitar y llevaba una gorra de plato de color verde.

–Es el caos. Nadie sabe dónde están los puestos de mando. Hace poco estaba buscando uno y me di de bruces con un regimiento de tanques alemán –contestó el instructor político encogiéndose de hombros.

Krímov había participado en muchas conversaciones como aquella. Pero ahora, tal vez por su aparente tono de normalidad, le sonaba más tremendas aún. Se pasó la lengua por los labios, bostezó enojado y señaló:

–Usted habla de la retirada y de la muerte de nuestras dotaciones de artillería como si fuera un turista que vino de Marte para ver qué ocurre en la Tierra y luego marcharse.

El joven no montó en cólera, como Krímov esperaba, sino que empezó a parpadear y farfulló:

–Claro, claro, ya me doy cuenta… Sólo que estaba contento de hallar aquí a los de nuestra sección política y así no tener que hacer dedo... ¿De qué me iba alegrar yo?

Krímov, que esperaba un insulto y ya se preparaba para reprender con dureza al joven, se turbó y dijo en un tono conciliador:

–Ya sé lo que es eso...

Conocía las leyes de la vida militar, como también sabía que las mezquindades cotidianas inherentes a ésta a menudo se expiaban con la muerte de personas que se inmolaban impertérritas, las mismas personas que, al abandonar una ciudad en llamas, se acordaban con rabia de un paquete de tabaco perdido o de una jabonera olvidada en una ventana de la cocina.

Krímov creía que la costumbre de vivir en un ambiente de normalidad era apenas un recuerdo. Aquellas semanas, o acaso los próximos días, serían quizá decisivos.

Se daba cuenta de que retroceder se había convertido en costumbre para muchos. La retirada había establecido una cotidianidad de la que participaban los talleres de costura del ejército, los hornos de pan, las tiendas y los comedores militares, y todos se habían adaptado y acostumbrado a ella. Los hombres creían que podían continuar sus labores como si nada en medio de las retiradas. Que podían continuar trabajando, comiendo, cortejar a las chicas, escuchar música en el gramófono, ser promovidos, conseguir pases o enviar paquetes de azúcar y alimentos enlatados a sus familiares en la retaguardia. Pero estaba claro que muy pronto, un día más o dos, y ya no habría dónde apoyar el pie. Un paso más atrás habría significado hundirse en el abismo.

De pronto el aire se llenó de zumbidos. Varias voces exclamaron a la vez:

–¡Son los IL [71] que se preparan para un raid!

El teniente mayor Sarkisián, jefe de la división de morteros pesados, un hombre bajo y ancho de espaldas, corrió hacia Krímov agitando los brazos.

–¡Camarada comisario! ¡Camarada comisario! –gritó aunque ya había llegado al lado de Krímov.

El rostro de Sarkisián expresaba la alegría que experimentan los niños que, al perderse entre la multitud, de pronto vislumbran el semblante feliz y enfadado a la vez de la madre.

–Lo presentía –decía sonriendo con su rostro ancho y moreno de espesas cejas negras– ¡por eso en todo momento estuve cerca del comedor!

Sarkisián había llegado al Estado Mayor del ejército aquella misma mañana para solicitar combustible al jefe de la sección de abastecimientos. Inesperadamente, éste se lo denegó con estas palabras: «Su unidad ha pasado a la reserva, así que ya no figura en nuestras listas para proveerle de carburante. En cualquier caso, diríjase al departamento de distribución de combustible del frente».

Sarkisián reprodujo su conversación con el mayor, jefe del departamento de distribución de combustible, agrandando los ojos y expresando con su cara horror, ira y solicitud.

Sin embargo, el mayor no accedió a su petición...

–Entonces le miré así –explicó Sarkisián y escenificó la mirada que había dirigido al mayor.

En aquella mirada fija y apasionada se concentró la historia del conflicto entre un hombre que venía de la primera línea de fuego y otro que pertenecía a la retaguardia del ejército.

Krímov y Sarkisián fueron juntos a ver al jefe del departamento de distribución de combustible. Por el camino, Sarkisián continuó narrando sus desventuras.

Por la noche, cuando la brigada ya había partido, su división tomó posiciones de defensa aunque la línea del frente se encontraba lejos. Habían procedido correctamente, pues acabaron por entrar en combate: la infantería había retrocedido y, en consecuencia, un destacamento móvil de los alemanes topó en su ofensiva con la avanzada de la división de Sarkisián. Éste rechazó el ataque con facilidad, ya que disponía de doble munición para sus morteros de ciento cinco milímetros.

Los alemanes perdieron tres blindados y se vieron obligados a retroceder. Hacia las dos de la madrugada un regimiento de fusileros retomó las posiciones abandonadas por la infantería que la división de Sarkisián había librado de caer en manos del enemigo.

Durante la noche los alemanes atacaron de nuevo y Sarkisián ayudó a los fusileros a repeler la acometida. Entonces pidió al jefe del regimiento ciento cincuenta litros de gasolina, pero el camarada resultó ser un mezquino y le dio sólo setenta. Gracias a aquel combustible los ocho vehículos de la división de Sarkisián pudieron llegar hasta el Estado Mayor del ejército y tomar posiciones de defensa en la estepa, cinco kilómetros al este del pueblo.

–Bien, ya hemos llegado –informó Sarkisián y señaló una casita blanca delante de la cual había una camioneta destartalada. Luego apretó los puños contra el pecho y dijo en tono de súplica–: No me atrevo, camarada comisario. Sólo conseguiré irritar a ese hombre. Es mejor que sea usted quien hable con él, yo le esperaré cerca del comedor.

Al parecer, se sentía de verdad intimidado. Krímov se rió al observar la mirada desconcertada de Sarkisián, todo un especialista en disparar con morteros pesados contra los blindados y la infantería motorizada nazi.

El jefe de departamento se disponía a irse mientras observaba a un escribano envolver en paja una lámpara de queroseno y atar con un cordel unas carpetas amarillas y de color rosa atestadas de papeles. El jefe contestó con amabilidad y una firmeza inquebrantable a todos los argumentos de Krímov:

–No puedo hacerlo, camarada comisario. Comprendo su situación, pero entiéndame: tengo órdenes rigurosas al respecto y respondo por cada gota de combustible con mi cabeza.

Ilustró sus palabras dándose una palmada en la frente.

Krímov, consciente de que no había modo de convencerlo, le pidió:

–¡Al menos dígame qué puedo hacer!

El jefe se alegró al constatar que aquel testarudo solicitante estaba a punto de dejarlo en paz.

–Acuda al general, el comandante de la retaguardia. Él es quien decide. A treinta kilómetros del pueblo hay un depósito de combustible del ejército: una palabra del general y será suyo. Le mostraré el camino, es allí, al final de la calle, donde hay una casita de postigos azules con un centinela al lado, lo verá enseguida.

Acompañó a Krímov hasta el zaguán y le dijo:

–Yo le firmaría una autorización encantado, pero órdenes son órdenes. No puedo distribuir combustible extra que exceda de la cuota trimestral; además, su unidad pasó a la reserva y ya no nos compete proveerla.

–¿De qué reserva me habla? ¡Anoche nuestra división seguía combatiendo en la primera línea de fuego! –replicó Krímov, acaso creyendo que su interlocutor estaba dispuesto a ceder en el último momento y darle la autorización correspondiente.

Sin embargo, el jefe de departamento consideraba el asunto zanjado y comentó al escribano:

–Hemos vivido en condiciones medianamente aceptables por menos de una semana, y ahora tenemos que irnos. Además, en el nuevo destino el intendente no nos dará un apartamento, de modo que tendremos que alojarnos en un refugio, como si fuéramos el último peldaño del Estado Mayor.

–Un refugio es el mejor lugar para protegerse de un bombardeo, camarada mayor –consoló el escribano a su superior.

Krímov fue a ver al general. El centinela llamó a un edecán, un joven ataviado con una casaca de gabardina. Éste escuchó a Krímov, sacudió sus rizos castaños y explicó que el general estaba descansando, ya que había trabajado toda la noche. El edecán aconsejó que visitara al general una vez se hubieran establecido en el nuevo emplazamiento.

–Ya lo ve –dijo a Krímov–, estamos haciendo las maletas, sólo el teléfono está aún disponible por si llaman de la dirección política.

Krímov explicó que el asunto era de la máxima urgencia en tanto que tenía ocho vehículos inmovilizados por falta de combustible. El edecán suspiró y acompañó a Krímov dentro de la casa.

Un ordenanza y una muchacha de cabellos rizados estaban enrollando una alfombra, quitando los visillos de las ventanas y guardando la vajilla en una maleta. Al verlos Krímov volvió a sus amargos pensamientos de antes.

Aquellos visillos blancos, la alfombra, el posavasos de plata y el mantel rojo ya habían visitado Tarnópol, Korostíshev y Kánev sobre el Dnieper para volver a viajar una y otra vez dentro de una caja o una maleta.

–Tenéis una buena alfombra –comentó Krímov y no pudo evitar reírse por el enorme contraste que había entre sus palabras y los pensamientos que lo invadían en aquel momento.

El edecán le señaló una mampara de madera contrachapada detrás de la cual descansaba el jefe de la retaguardia y le dijo en un susurro para no despertarlo:

–Esta no es nada del otro mundo. Teníamos una magnífica, una pieza de museo, pero ardió cuando cayó Vorónezh.

La chica del pelo rizado, la única que hablaba allí en voz alta, indicó al soldado que estaba empaquetando las cosas:

–No ponga el samovar debajo de todo, se va a abollar, y en cuanto a la tetera, ya le he dicho mil veces que hay que meterla en una caja, incluso el mismo general le llamó la atención sobre ello.

El soldado suspiró y le dirigió aquella mirada especial, dócil y llena de reproche con la que un campesino viejo observa a una hermosa joven de ciudad que disfruta de una vida fácil.

–Kolia –llamó la chica al edecán–, no te olvides del barbero. El general quería que lo afeitara antes de partir.

Krímov observó a la chica. Era rubicunda y tenía los hombros desarrollados como una mujer adulta; en cambio, sus ojos, azules cual cielo de abril, la nariz pequeña y los labios gruesos eran los de una niña. Tenía unas manos grandes, de obrera, y llevaba las uñas pintadas de rojo. El elegante gorro militar de paño que cubría su cabeza y los rizos permanentados que llevaba no le favorecían, le hubiera sentado mejor un pañuelo de percal echado sobre unas trenzas rubias.

–Pobre chica –se dijo Krímov y volvió enseguida a sus amargos pensamientos. La naturaleza pequeñoburguesa y la búsqueda del bienestar personal le habían parecido siempre tanto enemigos de la revolución como de cualquier otra forma de progreso. Esas fuerzas son tanto más peligrosas cuanto que están alimentadas por el poderoso instinto de autoconservación. Y ambas eran ramas del árbol de la vida. El instinto de supervivencia las alimentaba con su savia y las engordaba. Pero, al mismo tiempo, esas dos ramas eran enemigas de la vida. Se desataban, querían crecer más y más, desarrollarse y ese afán que las dominaba las rompía una contra la otra, las ahogaba. Secaban el tronco que las sostenía y malograban las raíces que las alimentaban.

Krímov conocía bien la perversa fuerza de ese instinto. La había percibido la víspera al cruzar el puente y la había rechazado, como tantas veces antes.

A quienes se retiraban se les tenía que dejar muy claro que su suerte era inseparable de la de aquellos de sus compañeros que habían caído prisioneros, que la suerte del pueblo es solo una. Porque había una fuerza maligna que pretendía fragmentar a la nación. Y el hombre dueño de un coche y gasolina podía rodar sin parar en dirección al este, dejando atrás, una tras otra, las ciudades en llamas, olvidándose de lo que ocurría en derredor. Contento con haber cargado sus pocas pertenencias en el coche, se olvidaba de todo aquello que quedaba abandonado, todo lo que no se podía cargar en camiones o vagones de ferrocarril. Ya no pensaba en la suerte de los demás; ya había olvidado el pasado y no le importaban las futuras generaciones. Había conseguido apartar su suerte minúscula de la suerte general de todo un pueblo. Ya no se sentía responsable. Huía cargando su pequeño mundo y se desentendía de todo lo horrible que estaba ocurriendo al mismo tiempo.

A esos hombres habría que enseñarles con total contundencia, pensó Krímov, que cada parte depende del todo. Darles una buena lección. La primera vez que se retiraban al este, confiscarles las cortinas. La segunda, despojarlos del samovar. La tercera, expropiarles las almohadas. La siguiente, los vasos y que bebieran de una lata. Había que hacerles entender que cada retirada les costaría algo más. Y que fueran comprendiendo que a medida que se retiraran irían perdiendo las condecoraciones, el rango y, por fin, serían fusilados.

«Sí, sería un poco brusco todo, pero al menos serviría para que quienes se retiran dejen de hacerlo con esa calma y esa suficiencia filosófica», pensó. Ningún comandante se tomaría las retiradas como moneda común en adelante.

La impaciencia lo dominó de repente. Sintió ganas de pegar un puñetazo en la mesa. Quiso gritar, como se lo escuchó hacer una vez a un soldado en las trincheras: «¡Alerta!», «¡Llegan los alemanes!».

Un capitán entró, fumando en pipa, en la estancia.

–¿Qué tal? –susurró como si preguntara sobre el estado de salud de un enfermo.

–Ya le advertí, camarada corresponsal, que no sería antes de las catorce horas en punto –respondió el edecán.

El capitán miró de hito en hito a Krímov y le preguntó:

–¿Camarada Krímov?

–El mismo.

–Ya me lo parecía –dijo rápida y entrecortadamente el capitán–. Seguro que no se acuerda de mí, mi apellido es Bolojín, lo cierto es que no nos conocemos personalmente. ¿Recuerda haber pronunciado dos conferencias sobre «El Tratado de Versalles y la clase obrera alemana» en el curso superior de movimiento sindical?

–En 1931. Por supuesto que lo recuerdo.

–Más adelante, en el Instituto de Periodismo, usted leyó un informe sobre el movimiento revolucionario en China, o en la India, no me acuerdo exactamente.

–Cierto –dijo Krímov, riendo.

Bolojín guiñó un ojo y puso un dedo sobre los labios:

–Dicho sea entre nosotros, en aquellos tiempos usted afirmaba que el fascismo no triunfaría en Alemania, demostrándolo, como suele decirse, con los números en la mano.

Rió y miró a Krímov con sus grandes ojos grises azulados. Se movía y hablaba con rapidez y brusquedad.

–Camarada –le llamó la atención el edecán–, debería bajar la voz.

–Salgamos al patio –propuso Bolojín a Krímov–, allí hay un banquito. Camarada teniente, nos avisará cuando se despierte el general, ¿verdad?

–Sin falta –prometió éste–, tan pronto como se despierte, les avisaré. El banquito está allí, bajo el árbol.

Krímov comentó con un suspiro:

–Es sorprendente, sí. La gente acude al Estado Mayor desde sus unidades, pero sus visitas siempre resultan inoportunas. Y el Estado Mayor existe precisamente para eso, para ayudarles.

Bolojín agitó la mano en señal de resignación y observó:

–¡Cada uno va a la suya! Lo importante es que haya gasolina.

Bolojín trabajaba para la prensa militar y estaba muy bien informado.

Explicó que hacía tres horas había estado en el Estado Mayor de la unidad vecina.

–¿Qué tal el 62.º Ejército? –preguntó Krímov.

–Se repliega más allá del Don. Pelearon a muerte y lograron contener al enemigo, pero el frente es demasiado extenso... Y se baten en retirada, sólo que lo hacen con torpeza y nerviosismo, aún no han aprendido a retroceder.

–Es buena señal que no lo hayan aprendido; en cambio, nosotros sabemos hacerlo de maravilla, con tranquilidad y sin alterarnos –dijo Krímov con rabia.

–Ya –asintió Bolojín–, y eso que hubo días en que los alemanes se daban contra el 62.º Ejército como las olas contra una roca…

Examinó a Krímov por un momento, luego rió, se encogió de hombros y dijo:

–De verdad ¡se me hace tan extraño!

Krímov se dio cuenta de que Bolojín estaba pensando en los tiempos en que un Krímov más joven, que no se parecía en nada al comisario de batallón de botas polvorientas y gorro desteñido que estaba ahora sentado a su lado, hablaba ante los estudiantes sobre la lucha de clases en la India; en aquel entonces, sus conferencias se anunciaban en un cartel colgado en la entrada del Museo Politécnico.

El edecán se asomó al umbral.

–Camarada comisario de batallón, pase, he anunciado su visita al general –dijo.

El jefe de la retaguardia, un hombre de cara ancha entrado en años, recibió a Krímov mientras se preparaba para un afeitado; llevaba unos tirantes que hendían la tela blanca de la camisa sobre sus hombros macizos.

–Le escucho, comisario –dijo a Krímov mientras hojeaba unos papeles que había sobre la mesa.

Krímov expuso el asunto que le había llevado a su presencia, pero al dudar de que el general, que seguía inmerso en la lectura de sus papeles, le prestara atención, no supo si debía terminar su exposición o, por el contrario, volver a explicarlo desde el principio... Indeciso, se quedó callado, pero el general le dijo:

–Y bien, ¿qué más?

El general estaba en mangas de camisa, y su aspecto resultaba muy casero. Krímov, al mirar su espalda cruzada por los tirantes, se olvidó del reglamento y se sentó sobre una banqueta. Por lo visto, aunque estaba inclinado sobre la mesa, el general se dio cuenta de la transgresión de Krímov al oír crujir la banqueta y le interrumpió, preguntándole:

–Comisario de batallón, ¿lleva usted mucho tiempo en el ejército?

A Krímov se le escapaba la verdadera razón de aquella pregunta y se le antojó que sus asuntos iban bien encaminados.

–Camarada general, participé en la Guerra Civil.

En aquel momento el edecán trajo un espejo. El general se inclinó sobre él y examinó su barbilla.

–¿Qué hay del barbero? –preguntó–. ¿O los alarmistas lo empaquetaron también a él?

–Está esperando, camarada general –informó el edecán–. También hay agua caliente.

–Que venga, pues.

Luego, en un tono misterioso, encolerizado y burlón, añadió:

–No parece que lleve usted tanto tiempo en el ejército, su actitud me ha invitado a pensar que acaba de ser movilizado. Toma asiento sin pedir permiso. ¡Es una descortesía!

El tono que había empleado el general suele desconcertar a los subordinados, pues ignoran si aquellas palabras se sucederán de un «¡Media vuelta... ar!» o bien lograrán salir airosos.

Krímov se precipitó a ponerse en pie, adoptó la posición de firmes y respondió con la serenidad grave y terca, característica de su temperamento, de la que fue capaz:

–Disculpe, camarada general, aunque tampoco es una muestra de cortesía no mostrar respeto por las canas de un oficial al recibirlo dándole la espalda.

El general alzó la cabeza y contempló de hito en hito a Krímov.

«Ahora sí que me he quedado sin gasolina», barruntó éste.

El general descargó un puñetazo en la mesa y tronó:

–¡Sómov!

El barbero, que entraba con sus utensilios en aquel momento, reculó al ver el rostro iracundo del general...

–¡A sus órdenes! –resonó la voz del edecán quien, al entrar y presentir la tormenta, se quedó inmóvil al lado de la puerta.

El general, sin apartar la mirada de Krímov, dijo al joven en voz baja, como si pronunciara una orden implacable:

–Llama a Malinin ahora mismo y dile a ese hijo de perra que como vuelva a humillar así a un mando que viene de la primera línea del frente le voy a pegar un tiro. Sabe bien que hemos recibido órdenes de volar por los aires los tanques de combustible guardados bajo tierra. Y que carecemos de camiones que muevan el combustible. Que si no consigue mandarlo a las unidades en combate tendrá que convertirlo en llamas en las próximas cuarenta y ocho horas. Es por eso que tiene que proporcionar al camarada comisario de batallón toda la gasolina que necesite. Tiene que darle a este comisario hasta la última gota que le pida para llenar sus vehículos y cinco

barriles de doscientos kilogramos adicionales. Y que no se le ocurra marcharse hasta que cumpla mi orden. ¡Retírese!

Los ojos entornados del general penetraron con una mirada llena de inteligencia, bondad y picardía hasta el fondo de los de Krímov.

–No sé cómo agradecerle, camarada general –dijo Krímov.

–Bueno, bueno –replicó el general entre risas y le tendió a Krímov la mano a modo de despedida–. Un colérico se ha topado con otro... –de pronto observó en voz baja, apesadumbrado–: Pero seguimos retrocediendo, camarada comisario, seguimos retrocediendo.

63

A veces, una mala racha se prolonga hasta tal punto que la persona en cuestión deja de tener suerte incluso en los detalles más insignificantes de la vida. Sin embargo, en algún momento la situación da un vuelco: si de pronto aparece la suerte, es tanta que todo sale bien sin que uno tenga que esforzarse en absoluto, como si la fortuna hubiese elaborado por anticipado soluciones rápidas y fáciles para cualquier problema.

Nada más dejar al general, Krímov se topó con un mensajero del jefe del departamento de distribución de combustible que había corrido a su encuentro. Luego, no bien hubo salido del despacho de aquél con la autorización firmada en la mano y mientras barruntaba dónde iba a encontrar a Sarkisián, al punto lo vio. Sarkisián llegó corriendo junto a Krímov y le preguntó, mirándolo inquisitivamente con sus brillantes ojos saltones de color castaño:

–¿Qué tal, camarada comisario?

Krímov le entregó la autorización. Durante aquellos días la gasolina se había convertido para Sarkisián en una fuente de sufrimiento. Le parecía que, de haber estudiado más a fondo las matemáticas en su momento, habría logrado solucionar aquel problema irresoluble. Junto con el sargento había empleado todo el papel que tenía, cubriéndolo con cifras redondeadas de gran tamaño, en dividir, multiplicar y sumar kilogramos, kilómetros y cantidades de combustible mientras suspiraba enjugándose el sudor y arrugando la frente.

–Bueno, ahora estamos salvados –decía una y otra vez, riéndose y examinando la autorización.

También Krímov se dejó llevar momentáneamente por «la excitación de la retirada», un sentimiento que advertía enseguida y aborrecía en los demás. Conocía la expresión de las caras de los que se retiraban de la línea de fuego tras recibir la orden pertinente, como también las miradas excitadas de los heridos leves que abandonaban lícitamente el infierno de las trincheras.

Comprendía a la perfección el porqué del diligente ajetreo de las personas que se proponían marchar hacia el este; de pronto, la pesadumbre que atenazaba su corazón cedió lugar a la sensación de estar a salvo.

Sin embargo, no había manera posible de escapar de la guerra; ésta los perseguía como una sombra negra y, cuanto más rápido intentaban huir de ella, tanto más rápido les daba alcance, yendo a rebufo de los que retrocedían. La vasta extensión del espacio que se abría hacia el este era una tentación. Pero esa aparente infinitud de la estepa rusa era engañosa: parecía que ofrecía la garantía de escapar, pero esa puerta de salida no era más que una ilusión.

Las tropas en retirada llegaban a jardines y pueblos apacibles donde disfrutaban de la paz y el silencio, pero al cabo de una hora o un día, el polvo negro, el fuego y el estruendo de la guerra irrumpían tras ellas. La guerra estaba ligada a los ejércitos con una pesada cadena que, cuanto más larga, más resistente y apretada se hacía, de suerte que la retirada era incapaz de romperla.

Krímov fue en coche junto con Sarkisián al extremo occidental del pueblo en el que, en un barranco, estaba desplegada la división. Los vehículos, camuflados por las ramas de los árboles, estaban distribuidos al pie de una pendiente. La tropa parecía pasiva y huraña; por ninguna parte se advertía la diligencia habitual de los soldados mientras organizan hábilmente su sencillo día a día en un nuevo lugar: un lecho de paja, el rancho, el aseo y la revisión del armamento.

Después de una breve conversación en la dotación de morteros, Krímov se dio cuenta de que los combatientes estaban deprimidos y rendidos por el cansancio. Cuando veían venir al comisario, se cuadraban lentamente y con evidente desgana. Respondían a las bromas con preguntas luctuosas, al tiempo que intentaban trivializar cualquier conversación seria. Krímov enseguida advirtió que sus vínculos con el personal parecían haberse roto.

Guenerálov, un artillero muy popular por su valentía y buen humor, le preguntó:

–Camarada comisario, ¿es cierto que, mientras el resto de la brigada está tomando un descanso en Stalingrado, usted ha venido aquí para entrar en combate junto con nuestra división? He oído decir que usted anunció que la orden de retirarse se había invalidado para nosotros.

Aquella pregunta, que contenía un reproche implícito, molestó a Krímov.

–Sí, es cierto. Y usted, Guenerálov, ¿acaso renuncia a defender la patria soviética? ¿Está descontento con algo?

Guenerálov se ajustó el cinto.

–Camarada comisario, soy inocente de lo que me acusa. Pregunte al jefe de la división y le dirá que mi dotación fue ayer la última en retirarse. Cuando todos se marchaban, yo seguía disparando contra el enemigo.

Un soldado joven, de expresión maliciosa y burlona, proveedor de municiones, dijo:

–Da lo mismo ser el último que el primero. Ya hemos medido toda Rusia...

–¿De qué parte es oriundo usted? –le preguntó Krímov.

El soldado, convencido de que el comisario iba a sermonearle, respondió:

–Soy de Omsk, camarada comisario. Los alemanes todavía no han llegado a mi tierra.

Detrás de un vehículo se oyó una voz que preguntaba:

–Camarada comisario, ¿es cierto eso que dicen? ¿Que los nazis ya han empezado a bombardear Siberia y los Urales?

–¿Qué hay del combustible, camarada comisario? Incluso la infantería se retira por las carreteras.

Krímov se explicó en un tono virulento, irritado, mientras los artilleros lo escuchaban sin pronunciar palabra. Cuando hubo terminado, la voz de detrás del vehículo comentó entristecida:

–Resulta que no son los alemanes los que avanzan, sino que somos nosotros los que retrocedemos. La culpa sigue siendo nuestra.

–¿Quién hay ahí? –preguntó Krímov acercándose al vehículo.

Sin embargo, allí ya no había nadie.

Ante la falta de cisternas para el transporte de combustible, Krímov ordenó a Sarkisián que fuera a cargar el preciado líquido con todos los vehículos de la división.

Sarkisián calculó que regresaría antes del anochecer, de modo que Krímov decidió esperarlo en el pueblo.

Sin embargo, el plazo estimado por Sarkisián no se cumplió. En primer lugar, se tardó mucho en cargar el combustible necesario para llegar al depósito principal. Luego se equivocaron de camino, y además resultó que el depósito no estaba a treinta kilómetros del pueblo, según le habían dicho a Sarkisián, sino a cuarenta y dos.

Llegaron allí antes de que oscureciera, y el combustible se distribuía sólo durante la noche. El depósito se encontraba cerca de una carretera principal, por lo que la aviación alemana se mantenía al acecho durante toda la noche, hasta que despuntaba el día.

Apenas algún vehículo aparecía cerca del depósito, los cazas germanos atacaban con bombas de pequeño calibre y disparos de ametralladora.

Uno de los trabajadores había contado once incursiones alemanas durante aquel día.

Tanto el encargado del depósito como el resto del servicio se resguardaban casi todo el tiempo en un refugio; si alguno salía, los de dentro le preguntaban a gritos:

–¿Qué tal por ahí?

–Sigue ahí arriba, dando vueltas, el muy perro. Sólo hay uno, seguro que está de guardia.

A veces, el vigilante avisaba a voz en cuello:

–¡El cabrón viene en picado directamente hacia nosotros!

Entonces se oía una explosión y todos los ocupantes del refugio se echaban a tierra, maldiciendo. Luego alguno reprendía al vigilante:

–¿Qué haces ahí pavoneándote? Vuelve al refugio, ¿no te das cuenta de que lo estás provocando? ¡Conseguirás que nos dispare con balas incendiarias antitanque!

Aquel día los trabajadores del depósito ni siquiera se atrevieron a cocinar para no atraer a los alemanes con el humo y tuvieron que contentarse con un rancho seco sin calentar.

Los centinelas dieron el alto a los vehículos de Sarkisián a un kilómetro del depósito.

–Desde aquí tiene que seguir a pie, camarada teniente mayor. El paso de vehículos está prohibido durante el día –le explicaron.

El encargado del depósito, que tenía el uniforme salpicado de cardos, briznas de paja y manchas de arcilla, aconsejó a Sarkisián que aprovechara la luz del sol para señalar como mejor pudiera el camino que conducía hasta el depósito y que, tan pronto como oscureciera, llevara los vehículos para cargar combustible.

–Avise a los conductores de que no enciendan las luces ni por un segundo si no quieren que les disparemos a los faros –dijo el encargado e indicó que fueran a cargar la gasolina a las veintitrés horas, ni antes ni después.

–Debe de ser la hora de la cena de esos perros alemanes, por eso no aparecen por aquí –explicó el encargado al tiempo que señalaba el polvoriento cielo azul–. Eso sí, justo antes de la medianoche cuelgan del cielo tantos cohetes como cacharros ponen las aldeanas en los palos de los setos.

A juzgar por los detalles, el encargado del depósito tenía en gran respeto a la aviación del enemigo.

65

Krímov sabía por experiencia que en la guerra los plazos fijados para un encuentro se alteran con facilidad, de modo que ordenó a Semiónov que le encontrara una casa donde poder pasar la noche.

Semiónov no era precisamente un tipo muy práctico. Cuando paraban en algún pueblo, le daba vergüenza pedir leche, o incluso agua, a las amas de casa; dormía en el coche en una postura de lo más incómoda porque su timidez le impedía hospedarse en una casa ajena. La única persona a la que no temía y en cuya presencia no se azoraba era el severo Krímov, al que le discutía y regañaba constantemente. Krímov bromeaba al respecto:

–¡Si me trasladaran a otra unidad, usted podría morirse de hambre!

No era sólo una broma, pues Krímov le tenía un verdadero afecto a Semiónov y se preocupaba por su suerte como si de un hijo se tratara.

Aquella vez, sin embargo, Semiónov se mostró sorprendentemente hábil y encontró una buena posada. Era una casa espaciosa y de techos altos en la que se había alojado la oficina del jefe de la retaguardia antes de partir aquella misma tarde.

Los propietarios, un matrimonio de ancianos y una mujer joven, alta y de buena planta, a la que seguía a todas partes un niño renqueante, rubio y de ojos oscuros, llevaban observando desde la mañana, de pie bajo el cobertizo de la cocina de verano, los preparativos de la partida de la oficina.

Después del almuerzo, los últimos servicios del Estado Mayor se marcharon junto con el batallón de defensa, dejando el pueblo sin un alma. Al atardecer, el llano de la estepa se tiñó de nuevo con los colores húmedos del ocaso. En el cielo volvía a librarse la silenciosa batalla entre la luz y las tinieblas. Sobre la tierra, condenada a la oscuridad, los olores y los sonidos sordos del atardecer desprendían otra vez tristeza y desasosiego.

En la guerra se viven horas y días embriagadores y a la vez amargos en los que un pueblo se queda sin gobierno, silencioso y expectante.

El Estado Mayor levantó el campamento y se marchó, dejando las casas sin huéspedes. Sólo quedaron los angostos refugios antiaéreos, cavados con esmero por manos experimentadas y camuflados con ajenjo marchito, huellas de vehículos, un montón de desperdicios junto al colegio donde había estado el comedor, latas de conserva vacías tiradas detrás de las casas, páginas de periódicos y una barrera levantada, como si indicara: ¡el camino está abierto, pasen!

En momentos así los habitantes del pueblo vuelven a sentirse libres y a la vez desamparados. Los niños rebuscan en todas partes por si los soldados, tras su marcha, han olvidado alguna conserva sin abrir, alguna vela sin quemar, algún alambre o una bayoneta... Las viejas, atentas, pasan revista a su hacienda, acaso temerosas de que los huéspedes se hayan llevado una lámpara, unas tijeras, un tarro de queroseno o una cuerda. Un viejo, en cambio, suele comprobar cuánta leña han gastado, cuántas manzanas han cogido del árbol y si han quemado las tablas de madera secas destinadas a remiendos. Al concluir la revisión, gruñirá benevolente:

–Ay, cabrones...

Entonces vendrá la vieja y comentará:

–El diablo del cocinero acabó llevándose el tonel.

Una mujer joven mirará pensativa la carretera desierta, provocando con su gesto el enfado de su suegra, vigilante, que mascullará a media voz:

–¡Vaya, se ha puesto nostálgica, la sinvergüenza!

El pueblo abandonado por las tropas se volverá espacioso y tranquilo, pero tan melancólico que podría parecer que, en vez de un día o dos, aquellos huéspedes se habían pasado allí toda la vida.

Entonces la gente rememorará a cada uno de los oficiales del Estado Mayor: uno era taciturno y diligente, no dejaba de trabajar en sus papeles; otro temía a los cazas, iba el primero al comedor y regresaba el último; un tercero era sencillo en el trato y se sentaba a fumar con los viejos; un cuarto se la pasaba cambiando alimentos enlatados por aguardiente y gustaba de bromear con las mujeres jóvenes, un quinto era arrogante, no hablaba con nadie, pero tocaba la guitarra y tenía buena voz, y un sexto era el peor de todos: bastaba que lo miraras indebidamente para que te acusara de estar esperando la llegada de los alemanes con impaciencia. En cuanto a su origen, costumbres, estado civil y con qué telefonista o secretaria se acostaba cada cual, en el pueblo se tenía la información completa, proporcionada a sus habitantes por los mensajeros, ordenanzas, fusileros y chóferes de los que se acordaban por sus nombres: Vanka, Grishka, Mitka. 72

Sin embargo, pasaba una hora y el viento cubría de polvo las huellas de quienes acababan de irse. Entonces, en el pueblo silencioso solía aparecer algún refugiado o refugiada procedente del oeste con una noticia que conmocionaba las mentes y los corazones: la carretera estaba vacía de tropas y los alemanes se aproximaban.

Semiónov susurró a Krímov que, en cuestiones de ideología, los dueños de la casa no eran gente de fiar, pero que la vivienda era perfecta para sus intereses. La vieja destilaba alcohol casero a escondidas; una vecina había contado a Semiónov que aquélla, junto con su marido, se había dedicado al comercio, además de a la agricultura, antes de la colectivización. Sin embargo, para Semiónov aquello carecía de importancia, pues no iban a quedarse por mucho tiempo. En cuanto a la joven, no dio ninguna opinión; sólo hizo un movimiento con la mano como resaltando su belleza...

Las mejillas hundidas de Semiónov habían tomado color. Por lo visto, le gustaba aquella mujer joven y espigada, de pechos altos, robustos brazos bronceados, piernas musculosas y una mirada fija y despejada que encogería el corazón de cualquier hombre.

Semiónov supo que era viuda. Antes de morir, su esposo, hijo de los dueños de la casa, se había ido a trabajar de mecánico a otro pueblo tras

pelearse con sus padres. Ella estaba allí de visita, había venido por unos días a recoger algunas cosas y se iría pronto.

El espíritu de los huéspedes ya se había evaporado de aquella casa; el suelo recién fregado estaba cubierto con hojas aromáticas de ajenjo para ahuyentar las pulgas. La estufa, que ardía alegremente, había absorbido el olor a tabaco, a comida de ciudad y a cuero de becerro de las botas de los oficiales; por encima de aquellos olores flotaba el humo de la fuerte picadura que fumaba el viejo.

Al lado de la estufa había una barrica llena de masa, protegida de las corrientes de aire con una manta.

La casa olía a ajenjo, a suelo húmedo, a fuego y a picadura de tabaco.

El viejo se puso las gafas y, mirando de vez en cuando hacia la puerta, empezó a leer a media voz una proclama alemana que había encontrado en el campo. Su nieto, de pelo rubio y ceño fruncido, lo escuchaba de pie junto a la mesa, apoyando la barbilla en un borde de la tablada.

–Abuelo ¿por qué todos, antes los rumanos y ahora los alemanes, nos quieren liberar? –preguntó en un tono serio, alargando las palabras.

–¡Silencio! –exclamó el abuelo con enfado y siguió leyendo.

Le costaba componer las palabras y le fastidiaba que le interrumpieran, lo mismo que un caballo que tira de un carro intentando subir una cuesta cubierta de hielo: si paraba un segundo, no podría volver a mover su carga.

–Abuelo ¿quiénes son los judíos? –insistió aquel oyente serio y atento de cuatro años de edad.

Cuando Krímov y Semiónov hubieron entrado en la casa, el viejo dejó la proclama en un extremo de la mesa, se quitó las gafas y, tras examinar a los recién llegados, preguntó con severidad:

–¿Qué erais y por qué no os marchasteis con los demás?

Los trataba como si ya no fueran personas de carne y hueso, sino fantasmas carentes de todo peso material. De ahí que se refiriera a ellos en tiempo pasado.

–Seguimos siendo lo mismo que éramos –respondió Krímov con una sonrisa–, y si no nos marchamos fue porque no debíamos hacerlo.

–¿Para qué se lo preguntas? Se irán cuando tengan que irse –observó la vieja–. Siéntense y coman algo –les invitó.

–No, gracias –dijo Krímov–, coman ustedes, nosotros ya lo hemos hecho.

La joven viuda entró en la habitación, echó una ojeada a los nuevos huéspedes, se enjugó la boca y se echó a reír. Al pasar por delante de Krímov, le miró a los ojos. Éste se sobrecogió sin estar seguro de cuál había sido la causa de aquel sobresalto: la mirada fija de la joven o el olor y el calor que desprendía su cuerpo.

–Una vecina me llamó para que ordeñara su vaca –explicó a Krímov con una voz algo ronca–, la comparte con mi suegra, pero la vaca no se dejó porque no me conoce. ¡Ahora es más fácil engatusar a una mujer que a una vaca! –concluyó entre risas.

La vieja puso sobre la mesa una botella verde llena de aguardiente casero.

–Camarada jefe, coma y no se preocupe por nada –invitó el viejo, arrimando unas banquetas a la mesa.

Pronunció «jefe» en un cierto tono de burla, de modo que Krímov supiera que le traía sin cuidado saber qué clase de jefe era: importante, de ínfima categoría o, a decir verdad, ninguno, puesto que de su autoridad ya nada dependía ni tampoco era posible servirse de ella o sufrir algún menoscabo por su causa. Según el viejo, en la vida había un único amo y señor: el campesino… Pero si a Krímov le gustaba que lo llamara «jefe» y estaba acostumbrado a oírlo de los demás, no tenía inconveniente en seguir haciéndolo.

Krímov no solía beber. Como la mayoría de las personas rebosantes de energía, raras veces lo hacía, para entonarse, según decía. Al ver que la vieja ponía la botella sobre la mesa, negó con la cabeza.

–Está hecho con azúcar, nada de remolacha –elogió el viejo el aguardiente–, es de primera, arde igual que el alcohol puro.

La vieja, sin hacer ruido, dispuso rápidamente las copas, sirvió un plato repleto de tomates y pepinos, cortó el pan, puso con cuidado un puñado de sal sobre un platillo y trajo un cuchillo pequeño de hoja gastada junto con dos tenedores, uno plateado y otro con un mango de madera negro y grasiento.

Hizo todo aquello con una rapidez y facilidad pasmosas. En vez de colocar las copas, parecía haberlas desparramado con tal precisión que cada una de ellas había caído en su lugar exacto; los tomates, los tenedores y el cuchillo brillaron por un instante y se esparcieron sobre la mesa.

Los dueños balbucearon «salud», apuraron el aguardiente y, diligentes, tomaron un bocado sin decir palabra. Luego la vieja volvió a llenar las

copas.

Se notaba que la comida y la bebida nunca habían faltado en aquella casa.

El aguardiente era en verdad muy bueno, sorprendentemente fuerte, abrasador y puro. Krímov se sintió impresionado. «Esto no es una casa cualquiera, sino un templo al aguardiente», se dijo.

La vieja miró a Krímov con los ojos entornados, le acercó un tenedor y le dijo como si percibiera la zozobra que lo embargaba:

–Es mejor que comas en lugar de fumar tanto.

Mientras, la joven lo miraba unas veces con ojos enojados de moza, otras con ojos de mujer adulta, colmados de bondad y cariño.

De repente el viejo dijo:

–En 1930 aquí, en el pueblo, se mataron todos los cerdos y se bebió durante dos semanas seguidas. Dos hombres perdieron el juicio y un anciano, tras tomarse dos litros de alcohol, se fue a la estepa, se acostó sobre la nieve y se durmió. La mañana del día siguiente lo encontraron al lado de la botella rota. La noche había sido tan fría que incluso el aguardiente se había helado. [73]

–El aguardiente que yo hago no se congela, es alcohol puro –observó la vieja.

El viejo ya estaba ligeramente embriagado.

–No se trata de eso, a ver si te enteras –dijo y dio unos golpecitos con el dedo en la proclama alemana que seguía sobre la mesa.

Y de repente la conversación abordó con extraordinaria franqueza lo que hubo y lo que vendría.

El viejo no veía la retirada como una desgracia pasajera. Bien al contrario, consideraba que la derrota era inevitable y en lo que estaba ocurriendo veía la demostración de sus ideas sobre el mundo.

–Es miembro del Partido ¿verdad? –preguntó el viejo a Krímov.

–Lo soy –le respondió Krímov–. ¿Ve estos cabellos ya canos? Pues ha de saber que soy comunista desde que era un mocoso.

–¿Y qué se cree que me puede hacer usted, camarada? –lo desafió el hombre.

–Mis hombres están ahí afuera –le dijo Krímov con calma.

–Correcto –concluyó el viejo sin alterarse.

El alcohol lo incitaba a sacar lo que hacía tanto tiempo no se atrevía a decir, ansiaba gritar a los cuatro vientos, de una vez por todas, su más

sincero parecer.

No era más que un testigo de lo que estaba sucediendo, pero en aquel instante se sentía todo un historiador.

Al escuchar a su marido criticar con tanta vehemencia los koljoses, la vieja se acaloró y quiso secundarle:

–No te olvides de contarles que Lubka, la mujer del jefe de la retaguardia, nos cogió todos los guisantes del huerto y las ciruelas del jardín. ¿Acaso hubiéramos podido decir algo en contra? En cuanto el jefe se dormía, ella se iba a jugar a las cartas con el edecán... Cuéntales también que el presidente se llevó los mejores caballos y más de sesenta kilos de miel del koljós cuando se marchó... El percal, la sal y el queroseno que llegaban a la tienda, ni los veíamos. Eso sí, se podía oír el frufrú del vestido nuevo de la presidenta cuando salía a pasear...

–¡Y eso es lo de menos! –dijo el viejo–. Se hicieron cosas mucho más graves. Con lo importante de veras…

Él mismo se sorprendió por la claridad con la que de pronto le habían venido a la memoria palabras olvidadas hacía tiempo, y se emocionó al pronunciarlas:

–Las viñas pertenecientes al Departamento de latifundios... Los terrenos del general adjunto Saltikovski... La fábrica de vinos espumosos propiedad de Mescheriakov, un miembro de la Duma... El atamán de la *stanitsa* … El comandante Nazárov del Regimiento de Cosacos de su majestad… El obispo que recorría toda la comarca en su carro tirado por cuatro caballos. 74

Según el viejo, antes de la Revolución se vivía en paz, cómodamente y sin privaciones.

En cambio, de la vida actual –con sus tractores y máquinas segadoras, con su central hidroeléctrica del Dnieper y la industria siderúrgica de Magnitogorsk, con sus koljoses y cursos de agronomía, medicina, magisterio e ingeniería– no se podía esperar ningún provecho. La gente trabajaba como loca, pero... ¡cuántas personas conocidas por su rica hacienda se habían echado a perder y a cuántas se había deportado en 1930…! Y ahora los soviéticos reculaban, ya se habían replegado hasta el Cáucaso, huían a la desbandada…

Los viejos echaban pestes de la dura vida en el koljós, a lo que su nuera les respondió:

–Y vosotros, ¿de qué os quejáis? Los que de verdad trabajaron no lo hacen. ¿Acaso trabajasteis? No hicisteis más que destilar aguardiente para vendérselo al propio jefe del koljós.

Hacía tiempo que Krímov había reparado en una peculiaridad de los hombres que no alcanzaba a comprender. La gente que se lamentaba y desbarraba no era la que llevaba la peor parte. Y eso valía tanto para los individuos como para las regiones enteras. El poder soviético había hecho mucho por las estepas ubicadas entre los lagos y el Volga. Había desarrollado una lucha sin cuartel contra el tracoma, la tuberculosis y la sífilis: había curado a pueblos enteros. Había construido escuelas y levantado una capital llena de teatros, museos y cines en el corazón de la estepa. Nutridos rebaños de cabras cruzaban ahora las estepas de Kalmukia, pero llegan noticias de mucha agitación por allá. Resulta peligroso viajar por aquellos lares. Disparan desde las aldeas. Rematan a los heridos. En cambio, en Bielorrusia, donde la vida en los bosques y los pantanos es mucho más dura, reciben como a hijos pródigos a los prisioneros que consiguen escapar de los alemanes o a los soldados que rompen los cercos.

–¡Ah, los alemanes! –dijo la vieja con voz cantarina–. De ellos no tenemos nada que temer. Los alemanes están liberando a los prisioneros de guerra. Y nos están devolviendo las tierras. Ni siquiera castigan a los miembros del Partido: les cogen los nombres y nada más. Los únicos que tienen que temer a los alemanes aquí son los mismos a quienes los rusos nunca hemos querido, los mismos a los que hemos temido siempre.

Krímov era perfectamente consciente de lo inútil que era entablar una discusión en aquellos tiempos. Los años de revolución no habían servido para cambiar la mentalidad de aquellos dos: más bien habían conseguido afianzar sus prejuicios. No es que hubieran cambiado de repente, que se hubieran estropeado, no. Simplemente, se les había soltado la lengua y ahora decían lo que antes se guardaban para sí mismos.

Krímov recordó cómo había mandado fusilar cerca de Chernígov en el otoño de 1941 a un agitador que se había puesto a cantarle a sus soldados las estupendas condiciones de vida de los prisioneros de guerra en manos alemanas. Y en eso, como si fuera capaz de leerle la mente, el viejo dijo:

–Y no vaya a creer que esto solo lo digo yo. Esto lo cree también mucha gente joven, no solo los viejos como yo. Y no nos podrá fusilar a todos.

Krímov se había pasado la vida luchando contra gente como aquella. Y se había empeñado en ello con todas sus fuerzas. Si toda la energía mental

que había dedicado a aquella lucha fuera transformada en vapor habría alcanzado para llevar a punto de ebullición el agua del lago Baikal. Había actuado sin piedad, cuando la piedad sobraba, pero también había sido paciente como un doctor y cariñoso como un maestro. Y, sin embargo, en esta hora, la hora más amarga, se encontraba con que toda aquella gente seguía estando allí. Masticando tomates sin prisa, digiriendo la comida, bebiendo aguardiente e invitándolo a apurar un vaso él mismo.

Krímov se levantó de la mesa, apartó la banqueta y salió a la calle oscurecida por la luz crepuscular. Semión lo siguió.

El desierto camino de arena blanca que transcurría entre las huertas parecía aún más blanco en la penumbra.

66

–¿Dónde se habrá metido Sarkisián? –preguntó Krímov a Semiónov, que acababa de llegar a su lado–. Hace rato que debería de haber regresado.

Semiónov se inclinó hacia Krímov y le dijo al oído:

–Un combatiente que acaba de pasar me ha dicho que no ha visto a ninguno de los nuestros por ahí delante, camarada comisario. ¿No convendría que nos moviéramos unos veinte kilómetros más hacia el interior?

–Ni hablar, hemos de esperar a Sarkisián –repuso Krímov–, sólo que no regresaremos a casa de esos fabricantes de aguardiente. Vaya a echar un vistazo en aquel henil, a ver si podemos pasar allí la noche.

Semiónov se disponía a objetar pero, al ver la expresión ceñuda de Krímov, se dirigió hacia el portalón sin decir palabra.

Oscureció. La calle estaba desierta y tranquila. El cielo se había iluminado con las llamas de un incendio lejano; las casas, los jardines, los graneros y los pozos del pueblo quedaron inundados por una luz oscilante y siniestra.

Los perros empezaron a aullar tímidamente; desde el extremo este del pueblo se oyeron el llanto de un niño y una voz enojada de mujer. El cielo se llenó de zumbidos. Un escuadrón de bombarderos Heinkel nocturnos se apresuraba a sobrevolar la zona del incendio.

Mientras miraba al cielo y escuchaba las voces, Krímov recordó un terrible incidente que le tocó vivir en una de las jornadas de la ofensiva de invierno. El teniente Orlov, un joven alegre y valiente de diecinueve años, solicitó un permiso de dos horas. Su unidad acababa de recuperar su ciudad, que había estado en manos alemanas, y el teniente quería dar un abrazo a su familia. Krímov no lo volvió a ver. Al descubrir que su propia madre se había marchado con los alemanes ante el avance del Ejército Rojo, el joven se pegó un tiro.

–¿Qué puede ser peor que la traición de una madre? –se preguntó entonces Krímov.

El fuego continuaba ardiendo en la distancia.

Krímov se dio cuenta de que alguien se le había acercado sin hacer ruido y lo estaba mirando. Era la joven viuda. No se sorprendió al verla a su lado; inconscientemente, quizá la estuviera esperando. Ella se sentó en los escalones de la entrada y rodeó sus rodillas con los brazos.

Sus ojos resplandecían, iluminados por las llamas de aquel lejano incendio; toda ella, envuelta en aquella luz centelleante, ya suave, ya siniestra, resultaba fascinante. Probablemente se daba cuenta, sin advertirlo con la mente ni tampoco con el corazón, sino con la piel, de que él estaba mirando sus dos trenzas lisas, que bajaban por su cuello hasta enroscarse sobre las rodillas, sus brazos desnudos y sus piernas iluminadas por el fuego. Con todo, permanecía en silencio, pues sabía que no había palabras para expresar aquello que empezaba a germinar entre ellos.

Aquel hombre alto de ceño fruncido, ojos oscuros y mirada serena no se parecía en nada a los jóvenes chóferes y soldados del ejército que le ofrecían carne en conserva, petróleo y concentrado de mijo a cambio de amor carnal.

No había timidez ni mansedumbre en aquella mujer que mantenía una dura lucha por la supervivencia con la fiereza de un varón. Mientras los viejos y los niños se ocupaban de faenas propias de las mujeres –cultivar el huerto, apacentar ganado y cuidar a los bebés–, ella se veía obligada a dedicarse a los asuntos reservados a los hombres: araba, hacía entrega del trigo al poder central y negociaba con las autoridades militares el régimen de funcionamiento del molino. Sabía negociar con cualquiera y, si alguien pretendía engañarla, era capaz de burlar al burlador. Sus artimañas no eran propias de una mujer, sino ingeniosas y audaces, como las de un estafador de guante blanco.

No tenía la costumbre de echar agua a la leche o de jurar que la leche de la víspera era fresca, cuando ya comenzaba a cortarse. Si se enfadaba no imprecaba como una campesina cualquiera, sino que lo hacía despacio y con mucho arte, paladeando cada insulto que salía de su boca.

Durante aquellos días de la retirada soviética, en medio del humo y el estruendo de la guerra, a la luz de los incendios y al son de los Heinkel y los Junker que zumbaban en el cielo, le resultaba extraño evocar su tímida y tranquila época de juventud.

Aquel hombre de pelo entrecano la miraba sin decir palabra; olía a alcohol, pero tenía una mirada lúcida, en absoluto lasciva...

Él también se había sentido aliviado a su lado. Le habría gustado permanecer así, junto a ella, joven y guapa, por mucho tiempo, aquel día y el siguiente... Por la mañana iría al jardín, luego al prado y por la noche, a la luz de una lámpara de queroseno, se sentaría a la mesa para ver cómo hacía la cama con sus brazos fuertes y bronceados. Entonces, sus bonitos ojos lo mirarían con confianza y cariño...

La mujer se puso en pie sin decir palabra y echó a caminar por la arena clara. Su figura era una conjunción de fuerza y donaire.

Él la vio alejarse, sabiendo que volvería. En efecto, volvió y le dijo:

–Venga conmigo, no se quede ahí solo –luego añadió señalando una de las casas cercanas–: Allí se ha reunido gente.

Krímov llamó a Semiónov para ordenarle que no se apartara del coche y revisara su subfusil.

–¿Los alemanes están cerca? –preguntó la mujer, pero no obtuvo respuesta.

Krímov entró detrás de ella en una casa espaciosa y recibió en la cara una bocanada de aire viciado y caliente, mezcla de la respiración de los allí reunidos y las emanaciones de la estufa, encendida a pesar de ser verano.

Alrededor de la mesa vio a muchas mujeres, varios ancianos y algunos chicos sin afeitar vestidos con americanas.

Al lado de la ventana había una mujer joven de buena presencia, sentada con las manos sobre las rodillas.

Cuando Krímov intentó entablar conversación con ella, la mujer agachó la cabeza y pasó una mano por su regazo, como si lo limpiara de unas migas de pan invisibles. Luego dirigió a Krímov una mirada limpia, llena de una pureza que ni la dureza del trabajo ni las negras hieles de la necesidad habían logrado enturbiar.

–Está esperando a su marido, destinado en el Ejército Rojo, así que no te molestes, es como una monja –rieron las demás mujeres–. La hemos invitado para que cante, tiene buena voz.

Un hombre de barba negra, frente ancha y brazos extraordinariamente largos gritaba, ronco:

–¡Venga, a pasárselo bien, hoy es el último día en que puedo divertirme con vosotros, amigos míos! [75]

Estaba borracho como una cuba y su expresión era la de un demente. Gotas de sudor se deslizaban por su frente y se le metían en los ojos. Las enjugaba unas veces con un pañuelo, otras con la palma de la mano. Tenía un andar pesado y, a cada paso que daba, los muebles de la habitación temblaban y la vajilla tintineaba sobre la mesa, como sucede en el bar de una estación al paso de un tren de carga. Al verle caminar las mujeres gritaban, ante el temor de que cayera en cualquier momento. Sin embargo, seguía en pie e intentaba, no sin torpeza, bailar.

Se habían reunido también algunos viejos, sonrojados y sudorosos por el alcohol y el calor sofocante.

En comparación con ellos, los jóvenes parecían pálidos y taciturnos, fuera porque el aguardiente no les había sentado bien por falta de costumbre o porque, a pesar de lo mucho que habían bebido, no conseguían desprenderse de los aciagos pensamientos que les embargaban. La vida de los viejos era de algún modo, en tiempos de guerra, menos complicada.

Cuando Krímov miraba a aquellos jóvenes a los ojos, éstos bajaban la vista, tal vez porque se sintieran en deuda con el servicio militar obligatorio.

En cambio, los viejos se acercaban para hablar con él. El de barba negra decía a Krímov:

–Ay, muchachos, no lo entiendo, ¿cómo es posible que no hayáis podido resistir frente a los alemanes? –Y agitaba el brazo, apenado, mientras hipaba con tanta fuerza que incluso las viejas, acostumbradas a aquellos desmanes, movían la cabeza en señal de reprobación.

El convite era opíparo, tal vez pagado a escote. Nadie quería escatimar nada aquella noche. Las mujeres decían mirando la mesa:

–Es mejor que tiremos la casa por la ventana a que mañana vengan los alemanes y se lo coman todo.

Sobre la mesa había huevos fritos dentro de unas sartenes enormes como soles, tocino, empanadas, jamón cocido, fuentes con *varéniki* y

kaimak, [76] tarros con mermelada, botellas de vino y aguardiente.

El hombre de la barba negra agitaba los brazos, tan largos que parecían llegar desde la mesa hasta la pared, mientras gritaba:

–¡A disfrutar! Que la vida son dos días y mañana llegan los alemanes. ¡A disfrutar de la libertad!

Al acercarse a Krímov, se comedía y mientras lo convidaba, le decía:

–Come, camarada jefe, no te preocupes por nada… Mi hijo mayor es teniente y también está en el ejército.

Krímov advirtió que el barbudo, al agasajar a un hombre taciturno, sentado en un sillón cerca de un aparador de roble, le dijo:

–Come y bebe, amigo, no te guardes nada y nosotros tampoco lo haremos... –luego añadió sin relación aparente–: Mi hermano mayor sirvió hasta el último día, en la estación de Dno, [77] en la guardia personal de su majestad el emperador...

Por lo visto, aun estando ebrio, sus dotes diplomáticas seguían intactas. Pues sabía a quién debía contar sobre su hijo, un teniente del Ejército Rojo, y a quién sobre el hermano, guardia personal del zar.

Krímov echó una ojeada al hombre silencioso y pensó: «¿De dónde habrá salido el pelirrojo ese? Tiene aspecto de lobo, pero sus ojos vidriosos son los de un zorro». Aquella figura le resultaba inquietante, le causaba cierta aversión. Mirándolo de hito en hito, le preguntó:

–¿Y quién es usted?

–Soy cosaco, vivo por la zona, he venido a divertirme con la gente –habló lentamente y con desgana el pelirrojo.

–¿A divertirse? –se extrañó Krímov, entornando los ojos–. ¿Con motivo de la boda, el cumpleaños o el día del santo del emperador?

Aquel hombre era de un solo color: su piel, su pelo, sus ojos y aun sus dientes eran de un amarillo polvoriento. Cuando miraba y hablaba, desprendía cierta parsimonia afectada y soñolienta que le recordó a Krímov la de un funámbulo recorriendo su tan habitual como mortalmente peligroso camino cerca del techo de un circo.

Con una sonrisa, el pelirrojo se levantó despacio de la mesa, salió tambaleándose al zaguán y no volvió más. Parecía estar borracho, pero al parecer no lo estaba. Mientras caminaba a paso lento hacia la puerta, se hizo el silencio y dos de los viejos allí presentes intercambiaron una mirada.

Krímov sentía como si la casualidad le hubiera impelido a tratar superficialmente algún secreto que compartían aquellos dos viejos

rubicundos, diplomáticos astutos e ingenuos a la vez.

Mientras tanto, la joven viuda que le había acompañado no apartaba los ojos de Krímov. El comisario advertía en todo momento su mirada severa, triste e interrogante.

Luego todos a la vez empezaron a pedir a la mujer que estaba sentada al lado de la ventana que cantara. Ella sonrió, se atusó el pelo y se arregló la blusa, colocó las manos sobre la mesa y, tras echar una mirada a la ventana camuflada, arrancó a cantar. Los presentes la acompañaron a coro en voz baja; cantaban con expresión grave, poniendo mucho esmero y atención, como si entre ellos no hubiese nadie ebrio...

Al hombre de barba negra, el que antes había hablado más alto que cualquiera de los que estaban allí, apenas si se lo oía cantar; ponía mucho empeño en entonar, como un escolar, mirando de través a la solista. La mujer se había puesto en pie y parecía que su cuello blanco se había hecho más fino. Una maravillosa y dulce expresión de triunfal alegría alumbraba su rostro.

Sólo aquel canto podía expresar la gran confusión y el enorme pesar que se habían apoderado de las almas de aquellas gentes... Hubo una canción que Krímov creyó haber oído hacía mucho tiempo... Llegó a tocar algo tan recóndito e íntimo de su ser que ni siquiera recordaba que aquello siguiera existiendo. Muy raramente, tan sólo en unos pocos instantes de su existencia, un hombre es capaz de establecer de repente un vínculo de unidad entre las distintas épocas de su vida: la tierna infancia, los años de juventud, la madurez colmada de esfuerzos, esperanzas, pasiones y penas y, por último, la vejez. Es como mirar a vista de pájaro el Volga en todo su recorrido, desde su nacimiento en las corrientes recónditas del lago Seliguer hasta su desembocadura en las aguas saladas del mar Caspio.

Krímov vio como las lágrimas rodaban por las mejillas del dueño de la casa.

Mientras tanto, la joven seguía mirándole.

–Nuestra fiesta no tiene nada de festiva –observó.

Se podría reproducir la letra y la melodía de la canción, describir con detalle a la cantante así como la reacción de los oyentes, su expresión triste, melancólica e interrogante, pero ¿tal descripción bastaría para que sonara de nuevo aquella canción que hizo llorar a quienes la oyeron entonces? Sería imposible...

–En verdad, no es nada festiva nuestra fiesta –repitió Krímov varias veces.

Salió afuera y se acercó al coche aparcado junto al seto.

–Semiónov, ¿está durmiendo?

–Pues no –respondió mirando a Krímov desde la oscuridad. La tristeza que había en sus ojos estaba mitigada por la alegría infantil que le había provocado la aparición del comisario–. Tanto silencio me aterra, y además, está muy oscuro después de que el incendio haya sido sofocado... Le he preparado una cama en el henil...

–Voy a descansar –anunció Krímov.

*

Se le grabarían en la memoria la penumbra de aquel amanecer de verano, el olor a heno y las estrellas en el cielo pálido de la mañana, ¿o tal vez fueron los ojos en el pálido rostro de la joven? De eso último jamás tendría un recuerdo claro.

Le habló de lo dolido y desgraciado que se sentía al ser menospreciado por su mujer, le confesó cosas que ni siquiera se había atrevido a decirse a sí mismo...

Ella, en un arrebato de pasión, le pidió, susurrándole al oído, que fuera a vivir con ella a su casa cerca de la *stanitsa* [78] Tsimliánskaia. Allí tenía un jardín con frutales, vino, nata, pescado fresco y miel. Allá nadie lo traicionaría, podrían casarse por la iglesia. Le juró amor eterno y le prometió que, si en algún momento decidía abandonarla, ella no se opondría. Le confesó que ni ella misma comprendía cómo era posible que se hubiera enamorado de él de aquella manera, pues ninguno de los hombres con los que había salido hasta entonces había dejado huella en su corazón... ¿La había hechizado Krímov? Ella respiraba con dificultad, tenía las manos y los pies helados. Jamás había imaginado que pudiera sucederle algo parecido.

Su cálido aliento llegaba hasta el corazón del comisario. «Puede que la felicidad sea esto –se dijo–, que sea precisamente esto». Y después se respondió él mismo: «Tal vez lo sea, sí, pero esta no es la felicidad que yo persigo».

Luego salió al jardín y pasó por debajo de las ramas de los manzanos, agachando la cabeza.

Desde el patio se oyó gritar a Semiónov:

–Camarada comisario ¡se acercan ya los vehículos de nuestra división!

Con aquella voz tan propia en él, rebosante de alegría, Semiónov dio a entender que había pasado una mala noche, escuchando el zumbido de los bombarderos y contemplando las llamas silenciosas del incendio...

Al atardecer cruzaron el río. Krímov, relamiéndose los labios secos a causa del polvo y el calor, comentó:

–Todos los que atienden los pontones son nuevos. Los dos zapadores que vimos cuando pasamos por aquí la última vez probablemente hayan muerto... No les tocó servir mucho tiempo en el ejército, pero sirvieron con honor.

Semiónov no respondió y siguió conduciendo. Cuando, tras cruzar el puente, se alejaron del río, dijo con una sonrisa:

–Creí que usted, camarada comisario, iba a quedarse un día más con aquella mujer...

67

Esa noche, después de acompañar a la brigada de morteros a Stalingrado, Krímov fue al apartamento que ocupaba el teniente coronel Gorélik, comandante de la brigada.

–¿Me esperabais, no? –saludó Krímov–. ¿Habéis pescado unos buenos esturiones del Volga para invitarme a sopa de pescado?

Gorélik, a quien solía gustarle bromear e ironizar con su comisario, no sonrió. Lo que hizo fue caminar hasta la puerta y asegurarse de que estuviera bien cerrada.

–Lea esto, camarada –le dijo a Krímov sacando de la carpeta un papel fino como para liar cigarrillos y alargándoselo.

Era una orden de Stalin.

Krímov leyó aquellas líneas llenas de dolor y rabia dirigidas a un ejército en retirada. Esas palabras expresaban su propio dolor, su propia desesperación, tanto como su fe y su sentido de la responsabilidad.

Le parecía estar leyendo unas palabras escritas en su interior: palabras que habían bullido dentro de él junto al polvo de la retirada, el fuego de los incendios, el dolor de miles de gentes. Las palabras de Stalin quemaban con

la amarga llama de la verdad. Llamaban a los hombres a cumplir el deber más elevado. Con la mayor simpleza, esas palabras dejaban claro que se estaba ante el mayor de los peligros. Y algo dejaban claro: continuar la retirada equivalía a la muerte y era, por tanto, el mayor de los crímenes. En esos días se estaba decidiendo la suerte de un gran país, de un gran pueblo. Y esa era también la suerte del mundo. La retirada tenía que parar.

–¡Esas son las palabras que necesitábamos escuchar! –exclamó Krímov, y cogió el fino papel con las dos manos y se lo devolvió a Gorélik. La hoja de papel pesaba como una lámina de acero. Aquellas palabras estaban imbuidas de algo más que de dolor y rabia: ¡también rezumaban fe en la victoria!

Las palabras de Stalin tenían eso: todo el mundo las sentía como suyas. [79]

68

El teniente Kovaliov, jefe de una compañía de tiradores, recibió una carta de Anatoli Sháposhnikov, su antiguo compañero de viaje.

En tono alegre y distendido, Anatoli explicaba que servía en una división de artillería y que la batería de la que formaba parte había logrado el primer puesto en unas prácticas de tiro. Escribía que comía muchas sandías y melones, y que había ido dos veces a pescar con el jefe de la división. Kovaliov dedujo que la unidad en que servía su amigo pertenecía a la reserva y estaba desplegada no muy lejos de allí, pues él también había ido a pescar al Volga y se atiborraba de sandía y melón en un koljós cercano.

Kovaliov intentó varias veces escribir una respuesta dirigida a su compañero, pero no le salía como le habría gustado. Le molestó el modo en que Sháposhnikov había concluido la carta: «Mi unidad pertenece a la Guardia, [80] de modo que el teniente de la Guardia Anatoli Sháposhnikov te manda saludos».

Kovaliov se imaginaba a Anatoli firmando de la misma manera las cartas que mandaba a su abuela, a su hermosa tía y a sus primos en Stalingrado.

En la carta que intentaba escribir a Sháposhnikov, no lograba plasmar el tono indulgente y burlón que pretendía, a la vez que protector y condescendiente, ante su amigo. Éste, sin haber olido la pólvora, se había convertido de la noche a la mañana en un miembro de la Guardia y eso último, por alguna razón, traía de cabeza a Kovaliov.

Su compañía formaba parte del batallón bajo el mando de Filiashkin, teniente mayor de la Guardia. El batallón, a su vez, formaba parte del regimiento que comandaba un teniente coronel de la Guardia, y que a su vez era parte integrante de una división cuyo comandante era un célebre general de la Guardia. De modo que aquella división era de la Guardia, como también lo eran todos aquellos que servían en ella. Kovaliov consideraba injusto que un reservista, sin haber participado en combate alguno, entrara en la Guardia sólo por haber sido inscrito en uno de los regimientos de aquella división. Sus fundadores, veteranos en el combate, intervinieron en la batalla de Kiev en verano de 1941, cuando los alemanes ya habían llegado hasta Demíyevka y el bosque Goloséyevski, a las afueras de la capital ucraniana. Durante el invierno de 1941-1942 la división peleó en el frente sudoeste, al sur de Kursk, rodeada de nieve y un frío atroz. Tras haber sufrido un gran número de bajas, se batió en retirada hasta llegar al Don y, después de tomarse un descanso para reponer fuerzas, volvió a entrar en combate: se había ganado con sangre su pertenencia a la Guardia. Entonces ¿cómo era posible que algunos soldados formaran parte de ella sin haber salido aún de la retaguardia?

La guerra despierta con frecuencia los celos entre sus protagonistas, originados por la conciencia de tener mayor veteranía y haber padecido más unos que otros. La complicidad de los que llevaban combatiendo desde junio de 1941, basada en la idea de la exclusividad de aquella experiencia única de los primeros días del conflicto, también tenía no poca relación con aquellos celos. Sin embargo, es en la guerra donde con mayor vigencia rige una sencilla ley de vida: lo que cuenta para la causa no son los méritos anteriores y las muchas o pocas hazañas logradas hasta la fecha, sino la dosis de habilidad, energía, valor e inteligencia que uno emplea todos los días para cumplir con la dura labor de la guerra.

No obstante, el pensamiento de Kovaliov tomaba otros derroteros. Era especialmente severo y quisquilloso con los recién llegados, y no concedía un minuto de paz a los soldados que se incorporaban a la división procedentes de la retaguardia. Su rigor lo había hecho célebre. Obligaba a

sus subordinados a practicar una y otra vez los centenares de técnicas de combate que había aprendido en el frente. Sin embargo, en aquellos duros y complejos ejercicios estaba precisamente la razón de ser de las unidades mientras éstas permanecían en la reserva: miles de personas recién movilizadas aprendían aprisa, con avidez y eficacia, de la experiencia obtenida a fuerza de lucha y sufrimiento.

Entre los nuevos reclutas que acababan de entrar a formar parte de la compañía de Kovaliov, había gente de todo tipo: un joven cerrajero, trabajadores de la retaguardia a quienes se había retirado el permiso de exención del servicio militar, jóvenes campesinos, chicos de ciudad que habían concluido sus estudios de enseñanza secundaria, contables, refugiados de las zonas occidentales de la Unión Soviética, voluntarios que creían que no existía oficio más honorable que el de combatiente... A su lado había también hombres a los que se les había conmutado una condena en un campo de confinamiento.

Entre los recién movilizados se encontraba un koljosiano de cuarenta y cinco años de edad: Piotr Semiónovich Vavílov.

69

La compañía comandada por Kovaliov, desplegada en mitad de la monótona estepa, más allá de la orilla izquierda del Volga, se regía –como cualquier grupo humano, fuera éste una aldea, una fábrica o un pequeño taller– por su propia escala moral, apenas perceptible desde fuera, conforme a la cual se valoraban tanto los actos y la manera de ser de las personas como cualquier acontecimiento en la vida cotidiana de la compañía. Allí coexistían personas del agrado de todo el mundo, valerosas, de espíritu inquebrantable, rectas y leales, con otras a las que se censuraba por arteras y de conducta reprobable. Entre esas últimas estaban Usúrov, un hombre de ojos amarillos, insolente, pendenciero y glotón, y el sargento mayor Dodónov, un liante, amante de raciones de comida y tabaco extra a expensas del soldado raso, obsequioso con los superiores y rudo con los subordinados. Al charlatán, chistoso y cuentista Réschikov se le trataba bien, se le protegía y respetaba, aunque no sin cierta sorna, tal y como las

clases populares a menudo tratan a sus contadores de cuentos, poetas y filósofos de tres al cuarto.

También había personas a las que pocos conocían por su nombre, sujetos carentes de personalidad que no se pronunciaban siquiera en situaciones en las que callar era pecado. Se les conocía sólo de vista, de modo que, para llamar su atención, les decían: «Eh, tú, pelirrojo» u «Oye, tío...». Mularchuk era uno de esos soldados en quien recaían todos los males: si se hacía una revisión para ver quién tenía piojos, resultaba que el que más piojos tenía de toda la tropa era él. Lo mismo sucedía cuando se pasaba revista a los uniformes: tenía que ser Mularchuk a quien le faltaban botones de la casaca y la insignia en el gorro, eso sin tener en cuenta su desaliño general. En la compañía servía un bizarro soldado que había participado en dos decenas de combates. Se apellidaba Rísiev y tenía un cuerpo ágil, enjuto y bien formado. «Nadie puede con nuestro Rísiev», decían de él con una sonrisa de orgullo.

Cuando la división viajaba hacia un nuevo emplazamiento, Rísiev saltaba del tren en marcha con un cubo en la mano y corría hacia el depósito de agua para llegar antes que nadie. Allí se apoyaba con una mano en la cisterna para que los que venían en estampida detrás de él no lo derribaran, abría el grifo de cobre y esperaba a que el cubo se llenara. Al verlo correr con paso ligero y suave por delante de aquella multitud que hacía sonar sus cubos y peroles, sus compañeros de unidad gritaban desde su vagón, tronchándose de risa: «¡Nuestro hombre otra vez va en cabeza!».

Si una persona perspicaz echara un vistazo a la compañía de Kovaliov, la viera de cerca, marchara con ella, escuchara conversar a sus miembros y comiera en su olla de campaña, se daría cuenta de que se regía por su propia ley, y de que sus integrantes trataban de vivir según sus dictados. Asimismo, la persona en cuestión habría observado que tampoco allí faltaba algún listillo vocinglero que aprovechaba la ocasión de lograr para sí un beneficio notable, aunque efímero: sentarse un rato en un carro durante una marcha a pie, conseguir un permiso cuando más lo necesitaba o hacerse con un par de botas a medida. No obstante, si esa persona «perspicaz» hubiese dado relevancia a aquellos detalles, habría demostrado no comprender en qué consistía la ley básica que imperaba en la vida de las unidades, una ley que a menudo servía de guía para hallar la clave de las victorias y de las derrotas, del poderío y de la impotencia de los ejércitos.

Aquella ley era tan natural y sencilla como los latidos del corazón, y se manifestaba en todos los aspectos de la vida de campaña. La crueldad, la sangre, el humo y el fuego de la guerra no habían mermado la moralidad ni la creencia, propia del ser humano, en el derecho a la igualdad entre naciones y trabajadores. En los años del dominio nazi la «filosofía fascista», cual meretriz a sueldo del diablo del Führer, trataba de legitimar la esclavitud de los pueblos y el asesinato de niños y ancianos. Pero al mismo tiempo, la fe en la igualdad entre las personas trabajadoras y las naciones, junto con el amor a la patria soviética, marchaba en las filas del Ejército Rojo, flotaba sobre las hogueras en los vivaques, vivía en los corazones de los combatientes, se dejaba oír en sus conversaciones nocturnas y en los discursos pronunciados por los comisarios políticos y por los comunistas de a pie... En mitad del lodo, del polvo, de la nieve compacta y a medio derretir, en la oscuridad de las trincheras inundadas de agua, la fraternidad de los trabajadores soviéticos seguía viva y cimentaba las compañías, los batallones, los regimientos. Aquella ley unificadora fue creada por hombres corrientes que sólo a ésta obedecían, a veces sin ser conscientes de ello, y la tenían por el auténtico baremo de los actos y del quehacer humanos.

Vavílov había trabajado toda su vida. Pese a haber conocido en su propia piel la dureza del esfuerzo, jamás había dejado de vivir el entusiasmo y la alegría que el trabajo infundía en él.

Mientras remaba contra la corriente impetuosa de un río, mientras miraba un campo recién arado o un montón de turba recién extraída, mientras escuchaba el crujido sonoro de un tronco nudoso al hendirse con una cuña, mientras abarcaba con la mirada la profundidad de un pozo y la vertical de una pared que acababa de levantar, siempre había tenido conciencia de la gran fuerza que poseía, una sensación que le daba seguridad pero que al mismo tiempo lo avergonzaba. El trabajo era la carga y la alegría de su vida. Aquel esfuerzo constante le recompensaba generosamente y a diario, le reportaba a Vavílov los mismos frutos que las vidas de científicos, artistas y reformadores de la sociedad: la exaltación de la lucha, la satisfacción que proporciona la victoria.

Durante los años en el koljós, la conciencia que tenía Vavílov de su propia fuerza y capacidad se fusionó con la potencia del pueblo y el objetivo que los unía en su trabajo. Durante los períodos de la labranza, la siega y la trilla, Vavílov era consciente de todo lo nuevo que había aportado la colectivización a la vida rural. De un extremo a otro de un vasto labrantío

trabajaban centenares de personas. El rumor de los camiones, el rugido de los tractores, el avance espacioso de las máquinas segadoras y los esfuerzos denodados de sus conductores y de los jefes de las brigadas confluían en dirección al objetivo común. Aquellos centenares de hombres, mujeres y ancianos araban, segaban y trillaban juntos los campos koljosianos con sus manos, ennegrecidas por el sol unas y por el aceite de las máquinas otras. Y todo aquel que allí trabajaba tomaba conciencia de su capacidad, habilidad, fuerza y voluntad personales en el proceso de aquella labor colectiva.

Vavílov sabía con certeza de qué podían los campesinos soviéticos enorgullecerse ante el mundo entero: tractores y máquinas segadoras, bombas para llevar agua a los campos experimentales, a las granjas de cerdos y de ganado, motores diésel, generadores, centrales hidroeléctricas que, aquí y allá, se habían establecido en los ríos. Había visto aparecer en el campo las primeras bicicletas, camiones, parques de máquinas y tractores con un personal bien preparado, técnicos en agronomía y apicultura, huertos de Michúrin, granjas de aves, caballerizas y establos con suelo de piedra, carreteras asfaltadas. Parecía que, de haber tenido por delante unos diez o quince años, la fuerza unida del pueblo habría podido remover y sembrar con granos selectos las inmensas tierras de labranza soviéticas. Sin embargo, los nazis no quisieron esperar.

Durante la primera sesión de instrucción política, celebrada al aire libre, el comisario Kotlov, un hombre de frente ancha y cabeza calva, preguntó a Vavílov:

–Camarada ¿qué es usted?

–Soy un activista del koljós –respondió.

–Activista de la Guardia del koljós –bromeó a media voz Réschikov.

La respuesta de Vavílov hizo reír a toda la compañía, especialmente a Rísiev, ya que aquél debería haber contestado: «Soldado de la Armada Roja, tercera compañía, regimiento equis, división equis de la guardia condecorada con la Orden de la Bandera Roja».

Sin embargo, en vez de corregirle, Kotlov se limitó a decir:

–Muy bien.

Durante aquella sesión se puso de manifiesto que el aldeano Vavílov sabía más que muchos de los allí reunidos. Conocía los acontecimientos ocurridos en Rumanía y en Hungría, recordaba cuándo se había inaugurado la planta siderúrgica de Magnitogorsk y quién había dirigido la defensa de Sebastópol en 1835. Asimismo, contó sobre la guerra de 1812 y sorprendió

a todos al señalar, corrigiendo a Saichenkov, un antiguo contable, que «Hindenburg no era ministro de defensa sino mariscal de campo durante el gobierno del káiser Guillermo II».

Kotlov se fijó en Vavílov y, cuando una de las cuestiones a debatir en aquella sesión suscitó preguntas, el comisario dijo entre risas:

–Y usted, camarada Vavílov, ¿qué hubiera respondido?

La noche de aquel mismo día el pícaro Réschikov, de nariz gruesa, hizo reír a toda la compañía cuando se cuadró ante Vavílov y le preguntó hablando deprisa:

–Con su permiso, camarada activista del koljós, ¿no será usted pariente del comisario político de la división Vavílov?

–No lo soy. Seré su homónimo, en todo caso –respondió éste.

Al alba, el teniente Kovaliov, de quien se sabía que su amor por la enfermera Yelena Gnatiuk no le dejaba conciliar el sueño, puso en pie a su compañía y organizó unas prácticas de tiro. Vavílov no destacó en aquella actividad, pues no dio en el blanco ni una sola vez.

Durante los primeros días de la instrucción le abrumaron la complejidad y la variedad del armamento: carabinas, subfusiles, granadas de mano, morteros, ametralladoras, fusiles antitanque... Visitó las unidades vecinas, donde examinó atentamente cañones, ametralladoras antiaéreas, morteros pesados, minas antipersona y antitanque. También echó un vistazo desde lejos a la estación de radio y los remolcadores de orugas...

Aquélla era la inmensa y variada hacienda de sólo una división de fusileros. Vavílov dijo a Saichenkov, su vecino de litera:

–Antes de la Revolución serví en el ejército del zar y no recuerdo haber visto esa clase de armamento... ¡Para fabricarlo son necesarias miles de industrias!

–Aunque el zar hubiera mandado comprarlo, no habría habido quien pudiera manejarlo. En aquella época en el ejército servían campesinos que lo único que sabían hacer era aparejar los caballos. En cambio ahora los hombres reclutados para el servicio militar son tractoristas, mecánicos, cerrajeros y conductores, es decir, gente con conocimientos técnicos... Fíjate en Usúrov, por ejemplo: había trabajado de chófer en Asia Central y, cuando llegó al ejército, enseguida se hizo conductor de remolcador.

–Entonces ¿por qué está en una unidad de infantería?

–Por un detalle… pero un detalle de bulto. Usúrov hizo trueque con la población local un par de veces, intercambiando queroseno por aguardiente.

El comisario político del regimiento lo descubrió y, como castigo, lo trasladó a nuestra compañía.

–Menudo detalle –observó Vavílov con una sonrisa.

Aquellos dos hombres ya habían intercambiado información acerca de cuándo había nacido y cuántos hijos tenía cada uno de ellos. Cuando Saichenkov supo que Vavílov había frecuentado la filial bancaria del distrito para tratar los asuntos de la financiación de su koljós, sintió hacia aquel tesorero aldeano una simpatía indulgente, propia de su condición de antiguo contable en jefe de un almacén de maderas.

Durante las primeras clases de instrucción militar Saichenkov ayudó a Vavílov e, incluso, le apuntó en un papel los nombres de los diferentes componentes de un subfusil y de una granada.

Tan grande era la importancia de aquellas enseñanzas que los asistentes ni siquiera se daban cuenta de todo su alcance. Los comandantes y los cientos de asistentes, de sargentos y de soldados encargados de la formación, tras meses y meses de guerra, habían aprendido conocimientos imposibles de hallar en los manuales militares: conocían la mecánica de un combate no sólo tras haberlo racionalizado, sino también tras haber analizado su aspecto emocional, valiéndose de la propia experiencia.

De los manuales no se aprendía qué era lo que pensaba ni cómo se sentía o se comportaba una persona que apretaba el rostro contra el fondo de una trinchera en el momento en que, a poco más de treinta centímetros por encima de su frágil cabeza hundida bajo tierra, rechinaban las orugas de un blindado enemigo mientras una bocanada caliente de humo de escape, con olor a carburante quemado, le entraba por la nariz mezclada con partículas de tierra. Tampoco era posible leer en los manuales qué expresaban los ojos de los combatientes cuando, en mitad de la noche, la señal de alarma rompía el silencio y empezaban a oírse explosiones de granadas y disparos de metralleta, al tiempo que bengalas alemanas iluminaban el cielo.

Debían aprender centenares, miles de cuestiones: el modo de proceder del enemigo y su armamento; las peculiaridades de un combate al amanecer, durante el día y al anochecer; en la niebla, en una carretera, en la estepa, en una aldea o en una ribera; se trataba de identificar los sonidos y los murmullos de la guerra y, por encima de todo, se trataba de conocerse a sí mismo, de explorar el alcance de la fuerza, la resistencia, la astucia y la firmeza propias.

Los recién movilizados fueron acumulando y asimilando aquella experiencia mediante las maniobras de ejercicio, las prácticas nocturnas realizadas por sorpresa y las terribles pruebas con los blindados.

El comandante de la división y los jefes de las compañías no estaban enseñando a unos escolares que después de las clases volverían a sus casas, sino a soldados que serían sus compañeros en la batalla. Sólo les instruían en una disciplina: el arte de la guerra.

Y aquella disciplina contenía decenas o, tal vez, centenares de modos de proceder. El nuevo contingente aprendía tanto a través del tono de las órdenes, dadas en voz alta por oficiales y sargentos experimentados, como a fuerza de observar su forma de caminar, gesticular, mirar y moverse. Aquella ciencia se manifestaba en las parodias sobre los alemanes que Rísiev explicaba por las noches –«¿Sabes lo que quieren estos Fritz?»– y en las llamadas de atención de Kovaliov: «Corre, corre adelante, no te caigas, que ahí no te van a dar... ¿Para qué te tiras al suelo? Así serás un blanco perfecto para un mortero... ¿Qué haces a descubierto? Ve por el barranco, que aquella quebrada está al alcance de la artillería... No dejes el vehículo ahí si no quieres que los aviones del enemigo te hagan pedazos...».

El parlanchín Réschikov también contribuía a aquel aprendizaje con su actitud alegre y despreocupada ante la guerra, sus historias sobre la astucia de los soldados soviéticos y su falta de respeto por el enemigo, tan importante en un soldado y tan poco frecuente en el Ejército Rojo durante el verano de 1941.

Con el comienzo de la guerra contra la Alemania fascista, los habitantes de las grandes y pequeñas ciudades, de las fábricas, de los pueblos, las gentes de los ríos y del mar supieron que se había iniciado una época dura y amarga, pues consideraban a los alemanes un pueblo fuerte y guerrero, y tenían a la nación germana por un país rico y belicoso.

No quedaban testigos oculares de la guerra contra Napoleón; la historia de aquel conflicto sobrevivía sólo en los libros. En cambio, el recuerdo de los enfrentamientos contra los alemanes durante la Primera Guerra Mundial aún formaba parte de la memoria viva, de la amarga experiencia del pueblo ruso.

Enseguida se tomó conciencia de que esa nueva guerra sería grandiosa y haría correr ríos de sangre y lágrimas.

Cuando en verano de 1941 las tropas de Hitler atacaron Rusia, Vavílov dijo a su mujer:

–Hitler pretende arrebatarnos nuestra tierra porque quiere para sí toda la gleba terrestre.

Vavílov decía «toda la gleba» en lugar de «todo el globo» porque creía que la Tierra era un inmenso campo que el pueblo había de arar y sembrar.

Hitler había atacado un país de obreros y campesinos y había invadido su corazón.

*

Durante los ejercicios de instrucción de los nuevos refuerzos, la división estuvo desplegada fuera de la ciudad. En todo momento hubo que cavar refugios, abrir caminos, talar y desbastar árboles.

Aquel trabajo hacía que los hombres se olvidaran de la guerra, y Vavílov se dedicó a interrogar a sus compañeros sobre su vida en tiempos de paz. Les preguntaba: «¿Era buena la tierra en tu pueblo? ¿Se cosechaba mucho trigo? ¿Había sequía? ¿Se sembraba mijo? ¿Había suficientes patatas?». Había tenido oportunidad de conocer a muchas personas que habían huido de los territorios ocupados por las tropas alemanas: viejos, mozas que conducían cabezas de ganado al este, tractoristas que evacuaban los bienes de los koljoses bielorrusos y ucranianos… Entre aquellos refugiados había personas que habían caído bajo la ocupación nazi y logrado cruzar la línea del frente para pasar al bando soviético. Vavílov los cosía a preguntas acerca de la vida en los territorios ocupados.

Gracias a aquellas conversaciones pudo comprender enseguida en qué consistía el modo de proceder, tan sencillo como canallesco, de los nazis en el campo ruso: en lo que respecta a maquinaria agrícola sólo traían trilladoras, y de los objetos de uso, piedras para mecheros. Aquél era el pago que ofrecía Hitler por toda la tierra rusa. El nuevo orden que traía con sus *Gebietskommissar* y sus *Parteien Chefs* [81] no le traía provecho a nadie. Vavílov se dio cuenta de su errónea percepción al pensar que los alemanes ambicionaban labrar «la gleba terrestre»: sólo pretendían trillar el trigo que otros habían cultivado, instaurando en el campo ruso un régimen de esclavitud que se sostenía a fuerza de latigazos.

Al principio, los soldados de la compañía, que no perdían detalle, se reían de Vavílov.

–Miradlo –decían al verlo interrogar al refugiado de turno–: nuestro activista del koljós está haciendo nuevas indagaciones.

–Oye, Vavílov –le gritaron en otra ocasión–, aquí hay unas chicas de cerca de Oriol. Tal vez quieras organizar un coloquio con ellas…

Sin embargo, pronto cayeron en la cuenta de que en aquellas preguntas no había nada que incitara a la risa, pues Vavílov se interesaba por asuntos realmente importantes de los que dependía la supervivencia de las personas.

Dos incidentes hicieron que Vavílov se ganara el respeto de los soldados de la compañía. En una ocasión, tras haber recibido orden de aproximarse a la línea del frente, Usúrov exigió a una vieja aldeana, cuya casa había desaparecido en un incendio, dos litros de aguardiente a cambio de cederle un refugio que iban a abandonar y revestirlo con tablas de madera. «Si no me lo das, yo mismo destruiré el refugio y quemaré las tablas», chantajeó a la anciana. La mujer no tenía aguardiente, de modo que dio a Usúrov un chal de lanilla como pago.

Los soldados de la compañía desaprobaron aquel trapicheo y, mientras Usúrov se reía ufano, mostrando el chal, los demás callaban y fruncían el ceño. Entonces Vavílov se acercó a Usúrov y, sin aspavientos, con una voz que hubiera hecho callar de inmediato y parar mientes a todo aquel que la oyese, le dijo:

–Devuélvele el chal a esa mujer, hijo de puta.

Al ver que Vavílov agarraba con una mano el chal mientras acercaba el gigantesco puño de la otra a la cara de Usúrov, los que presenciaron aquella escena creyeron que la pelea era inevitable: Usúrov era famoso por su fuerza física y su carácter pendenciero.

Sin embargo, soltó el chal y dijo a Vavílov:

–¡Vete al diablo, aquí lo tienes, puedes devolvérselo ahora mismo!

Vavílov tiró el chal al suelo y respondió:

–Devuélveselo tú. Yo no lo cogí.

La anciana, que para sus adentros había maldecido a Usúrov lamentando que las balas alemanas segaran las vidas de jóvenes gentiles en lugar de las de parásitos como Usúrov, se sintió incluso avergonzada cuando aquél le devolvió el chal.

Usúrov, desconcertado y molesto, pronunció un discurso ante sus compañeros, conscientes de su azoramiento:

–Cuando trabajé de conductor en Asia Central, me las apañaba muy bien, podéis estar bien seguros de eso. ¡Ese chal no me iba a hacer ninguna falta! ¡Soy un firme defensor de los oprimidos! No se lo robé, ¡me lo dio a cambio de mi trabajo! En mi trabajo siempre me sacaba algo de tapadillo.

Cada día, cuando volvía a casa, mi camioneta estaba hasta arriba. Los pasajeros me pagaban como podían, unos con dinero, otros con vodka o con tabaco, incluso algunos con albaricoques secos. Una mujer joven me pagó una vez con amor. ¡Si hasta tenía tres trajes de paño inglés buenísimos! Los días de fiesta me ponía una corbata, una gabardina y unos botines de cuero amarillo: nadie habría pensado que era conductor de camioneta. Luego iba al cine o a un restaurante, donde pedía carne asada, un kilogramo de vodka y cerveza. [82] Vivía como un rey. ¿Y creéis que ese chal me iba a servir de algo?

El segundo suceso había tenido lugar durante un bombardeo que había sufrido el tren donde viajaban mientras estaba parado en un nudo ferroviario importante. Los aviones del enemigo, eficaces y crueles, llegaron al atardecer y empezaron a lanzar bombas de media y hasta una tonelada con el objetivo de destruir un elevador de granos cercano. Aquel bombardeo comenzó repentinamente, de suerte que la gente tuvo que echarse al suelo sin apenas tiempo para bajar de los vagones. Decenas de hombres murieron o quedaron mutilados, el incendio se propagó y al poco empezaron a explotar los proyectiles que transportaba un tren de carga estacionado algo más lejos. En medio del humo, el estruendo y los pitidos de locomotora, la muerte parecía inevitable. Incluso el bravo Rísiev estaba pálido y acobardado. Apenas el bombardeo amainaba, la gente aprovechaba aquellos breves segundos de tregua para cambiar de lugar, buscando desesperadamente alguna cavidad donde refugiarse sobre una tierra negra, hostil y viscosa de lubricante. Todo el mundo estaba seguro de estar en el peor lugar posible y que estarían más a cubierto en cualquier otro escondite. Y era precisamente ese desesperado ir y venir el que causaba más muertes y heridos. Todos recordarían cómo Vavílov, sentado en el suelo al amparo de un vagón y dando caladas a un cigarrillo, gritaba en aquellos momentos terroríficos:

–¿Para qué corréis de un lado a otro? ¡Calmaos y quedaos donde estáis!

Mientras tanto, la negra tierra apisonada temblaba, crujía y se rajaba como una tela de percal podrida.

Cuando el bombardeo cesó, Rísiev dijo a Vavílov con admiración:

–Viejo, ¡eres un valiente!

El comisario instructor Kotlov pronto destacó a Vavílov de entre el resto de los combatientes. Mantenía con él largas conversaciones, le interrogaba, cada vez le confiaba más tareas y lo hacía intervenir en las charlas durante

las clases de instrucción política y las lecturas de prensa. Kotlov era inteligente y advertía en Vavílov aquel ánimo firme y llano en el que debía apoyarse su labor de comisario.

Sin que los soldados lo apercibieran, y sin que Vavílov fuera consciente de ello, cuando la división recibió la orden de abandonar la reserva y marchar al frente Vavílov se había convertido en el nexo de las relaciones entre los miembros de la compañía, un vínculo que unía a jóvenes y mayores, a novatos y veteranos: al experto Rísiev, al antiguo contable Saichenkov, a Mularchuk, el de la cara picada de viruela, a Usmanov, el uzbeco, y a Réschikov, oriundo de Yaroslavl.

El joven teniente Kovaliov y el sargento de la compañía habían reconocido también aquel papel unificador de Vavílov.

Rísiev, un ex paracaidista que estaba en el servicio activo desde antes de la guerra y había participado en los primeros combates en la frontera y en los cruentos choques en los alrededores de Kiev, aceptó con naturalidad el liderazgo de Vavílov.

Tan sólo Usúrov seguía disgustado con Vavílov, y cuando éste intentaba hablar con él, respondía con desgana, si es que lo hacía.

La noticia de que el mismísimo mariscal Voroshílov comandaría el inicio de las maniobras para entrar en combate en las unidades de reserva emocionó a todo el mundo, desde generales hasta soldados rasos.

Voroshílov, que había dirigido las divisiones compuestas por antiguos mineros durante la defensa de Tsaritsin [83] en la Guerra Civil, fue destinado al Volga para pasar revista a las tropas de reserva.

Las maniobras dieron comienzo, y los miles de combatientes que salieron al campo pertrechados con sus armas pesadas y ligeras pudieron ver la cabeza cana del mariscal.

Una vez concluidos los ejercicios, Voroshílov convocó una reunión para evaluar los resultados. Luego, en una de las aulas de un colegio del pueblo, el mariscal habló largo y tendido con los jefes de divisiones, de regimientos y de Estados Mayores. A todos les alegró saber que Voroshílov valoraba con buena nota la capacidad combativa de la división de la que formaba parte la compañía de Kovaliov.

Entonces comprendieron que se acercaba el momento de entrar en combate.

---

* Este fragmento sustituye a un extenso párrafo que narra las victorias del Ejército Rojo. Seguramente, obligaron a Grossman a añadirlo en la versión autorizada de la obra. Puede consultarse el texto eliminado aquí . *(N. del E.)*

† En el texto publicado bajo la censura este personaje está mucho menos desarrollado, y con esta versión prácticamente se duplica la información sobre su vida. Véase el texto de la edición anterior aquí . *(N. del E.)*

1 . Alusión a la decisiva derrota que sufrió el ejército de Napoleón en 1812 cuando emprendía la retirada tras la campaña en territorio ruso. Aún hoy día, en Francia el término «Bereziná» es sinónimo de catástrofe. (Salvo indicación contraria, todas las notas son del traductor.)

2 . La guerra, la paz, la historia mundial, la religión, la política, la filosofía, el alma alemana.

3 . Abreviatura de *kollektívnoye joziáistvo:* explotación agrícola colectiva. Los koljoses fueron creados en el marco de la colectivización obligatoria de la agricultura (1929-1931) con el fin de suprimir la propiedad privada e introducir el pleno control del Partido Comunista sobre la economía y la vida social del campo.

4 . Apelativo cariñoso de Alekséi.

5 . Diminutivo de Piotr.

6 . Literalmente, «levadura». Es una bebida rusa fermentada de graduación suave muy popular en Rusia, Ucrania y países del Este de Europa.

7 . Literalmente, «cabrito», de la misma raíz etimológica que el apellido Koslov.

8 . Apelativo cariñoso de Vania.

9 . Diminutivo de Yevguenia.

10 . Diminutivo de Serguéi.

11 . Diminutivo de Maria.

12 . Tolia, Tólenka, diminutivos de Anatoli.

13 . Literalmente, «de acuerdo», en ruso.

14 . «Bien», en ruso.

15 . Alusión a la frontera ruso-polaca en 1939, cuando los alemanes invadieron Polonia y los rusos penetraron en la Polonia oriental.

16 . Ríos de Siberia.

17 . En la terminología de la Revolución, las clases privilegiadas: aristócratas, burgueses y religiosos que ocultaban sus orígenes para no ser arrestados y desterrados.

18 . Aviador muerto en combate al inicio de la guerra que se convirtió en un símbolo de heroísmo para los soldados soviéticos.

19 . Acrónimo de Kommunistícheski Soyús Molodiozhi, organización sociopolítica de las juventudes comunistas cuyos miembros tenían edades comprendidas entre los catorce y los veintiocho años.

20 . Durante la guerra, el Partido cambió su política respecto a la Iglesia a fin de ganarse las simpatías del pueblo y excitar el sentimiento patriótico. En este sentido, el propio Stalin, en su primera alocución radiofónica tras el estallido de la guerra, apeló al fervor religioso y sustituyó el tradicional «¡camaradas!» por «queridos hermanos y hermanas».

21 . Aleksandr Vasílievich Kolchak (1874-1920): almirante del Ejército Blanco.

22 . El origen del *subótnik* –trabajo para la comunidad no remunerado un sábado– se remonta a abril de 1919, cuando una decena de obreros continuó voluntariamente con su labor para recoger basura y desechos. Hoy en día, la tradicional limpieza de calles, parques y lugares de trabajo durante el mes de abril ha caído en desuso, excepto en Bielorrusia, la república «más soviética» de la ex URSS .

23 . En virtud de los acuerdos vigentes antes de la guerra entre Alemania y la Unión Soviética, los prisioneros alemanes y austríacos detenidos en territorio soviético debían ser repatriados a su país.

24 . Los acuerdos entre Alemania y la Unión Soviética contemplaban intercambios comerciales: primeras materias soviéticas por armamento alemán. Evidentemente, la relación comercial se suspendió el 22 de junio de 1941. Alemania contrajo deudas mercantiles por valor de más de doscientos millones de marcos.

25 . Variedad de nata agria muy similar a la *crème fraîche* , muy típica de la cocina eslava.

26 . Sopa muy popular en la gastronomía rusa que tiene la col como ingrediente principal.

27 . En un principio, Stalin atribuyó el ataque a una provocación alemana sin consecuencias, de ahí la orden de no abrir fuego ni responder al ataque. No obstante, esa orden se revocó la noche de ese mismo día.

28 . Lugar donde se celebraban reuniones oficiales y que acostumbraba a estar adornado con banderas.

29 . La obra del pintor y escultor Iliá Yefímovich Repin (Chugúyev, 1844-Kuokkala, Finlandia, 1930) se enmarca en la corriente realista, y fue un consumado maestro a la hora de dotar a sus personajes de una gran profundidad psicológica. Vasili Ivánovich Súrikov (Krasnoyarsk, Siberia, 1848-Moscú, 1916) es uno de los pintores rusos de mayor renombre, autor de obras que en su mayoría reflejan episodios clave en la historia de Rusia.

30 . Iván Vladímirovich Michúrin (1855-1935), famoso agrónomo soviético, maestro en la selección artificial de frutales.

31 . Alguien que sacó provecho, o se creía que había sacado provecho, de la política de relativa liberalización económica, la NEP, durante los años 1921-1928. *(N. del E.)*

32 . Durante los primeros años después de la Revolución de Octubre, los comunistas más fervientes acostumbraban a poner a sus hijos nombres como Octubre, Vladlen (Vladímir Lenin), Marlen (Marx-Lenin), entre otros. *(N. del E.)*

33 . Universidad de Moscú.

34 . «¡Haragán!»

35 . Aleksandr Herzen, escritor y pensador considerado como el padre del socialismo ruso, y Nikolái Ogariov, su amigo y colaborador más íntimo, prometieron en 1840 en las Colinas de los Gorriones, cerca de Moscú, que no desfallecerían hasta ver a su país libre. *(N. del E.)*

36 . Remeros que acarreaban embarcaciones fluviales desde la orilla, tirando de ellas con la ayuda de unas cuerdas largas.

37 . Canción popular solemne y trágica que trata sobre Stenka Razin, el célebre cabecilla de una revuelta campesina en el siglo XVIII . En la canción, Razin arroja al Volga a una princesa persa cautiva con el fin de ofrecer un sacrificio al río y apaciguar su cólera.

38 . Estrofa popular: «Planté mi jardincito, de mí depende regarlo; quise a mi amado, de mí depende olvidarlo». El cambio de una canción a otra denota el cambio de humor en el compartimento.

39 . Primer verso de un poema de Afanasi Fet (1820-1892), el más refinado poeta en lengua rusa durante el último cuarto del siglo XIX .

40 . Durante el período entre la firma del pacto Mólotov-Ribentropp y la invasión alemana en territorio soviético, la prensa soviética dejó de referirse a la Alemania nazi como un régimen fascista y acusó a los Aliados de fomentar una campaña de desprestigio. En este contexto, toda declaración antialemana era peligrosa para quien la defendía.

41 . La litera superior era el único lugar donde un pasajero podía acostarse. El resto de las plazas se usaban sólo como asientos.

42 . Intourist era la agencia autorizada para acoger a los extranjeros que deseaban visitar la Unión Soviética. El hecho de poder subir a un vehículo de Intourist indica la situación de privilegio de los dos viajeros.

43 . *Chízhik-Pízhik:* título de una muy conocida canción infantil rusa.

44 . Diminutivo de Vania.

45 . «Alemania, Alemania sobre todo»: primera frase del himno nacional alemán.

46 . Químico y filósofo (Riga, 1853-Grossbothen, 1932) premio Nobel de Química en 1909. Su filosofía de la naturaleza se basa en las leyes de la energética (véase Lecciones sobre filosofía de la naturaleza, 1902); su concepción de la ciencia como «economía del pensamiento» debió de tener un amplio seguimiento en la Unión Soviética, pues se acercaba al empiriocriticismo, a las teorías de Avenarius, Ernst Mach y Rankine.

47 . El mando de cada unidad incluía, además del oficial que la comandaba, un comisario político encargado de hacer que se cumplieran las directrices del Partido. Este sistema contribuyó al debilitamiento del Ejército Rojo. El estatus de comisario político fue abolido el 9 de octubre de 1942.

48 . El general Andréi Vlásov, al frente del 37.º Ejército, consiguió escapar del cerco. Pero en julio de 1942 fue hecho prisionero por los alemanes con los que aceptó colaborar. En 1944, fundó el anticomunista Ejército de Liberación Ruso. Al terminar la guerra fue acusado de traición y ejecutado. Para Grossman era un riesgo incluso el mero hecho de mencionar el nombre de Vlásov.

49 . Los alemanes tomaron Kiev en agosto de 1941. A finales de septiembre, fusilaron a los judíos de la ciudad, entre cincuenta mil y setenta mil personas, en Bábiy Yar.

50 . Ucranianos que colaboraban con los nazis y actuaban como policía local.

51 . La trayectoria militar del generalísimo ruso Aleksandr Vasílievich Suvórov (1729-1800), conde Rimník y príncipe de Italia, es una de las más notorias de la historia, ya que nunca salió derrotado en una batalla. Azote de polacos y turcos, Rusia glorificó su inapelable victoria contra el Imperio otomano (1790) en su primer himno nacional: *Suenan los truenos de la victoria.*

52 . Plato típico de la cocina ucraniana; se elabora a partir de una pasta que suele rellenarse con requesón o guinda.

53 . Terreno negro muy fértil rico en humus, potasio, fósforo y microelementos. Existen dos cinturones de chernozem en el mundo: uno que abarca grandes extensiones de Ucrania y Rusia, y otro en tierras canadienses.

54 . Etnia turca originaria de un área que se extiende desde la región del Volga hasta Siberia.

55 . «14 de diciembre de 1825» es un poema de Fiódor Tiutchev que alude a la revuelta contra el zar.

56 . Sopa de remolacha, el plato más popular de la cocina ucraniana.

57 . «Síganme..., recto..., apunten, ¡fuego!... A tiro directo.»

58 . Día de la Revolución de Octubre.

59 . Monumento en honor a Kuzma Minin, un carnicero de Nizhni Nóvgorod, y al príncipe Dmitri Pozharski, quienes en 1612 lideraron la resistencia contra el poder polaco instalado en Moscú en los últimos tiempos del Período Tumultuoso; su acción militar desembocó en la liberación de Moscú y en la ascensión al trono del primer Romanov, Mijaíl.

60 . En alemán, «guerra relámpago».

61 . El Comité de Defensa Estatal, GOKO en ruso, se creó el día 30 de junio de 1941. Su presidente era Stalin y su vicepresidente, Mólotov. El poder del Comité de Defensa Estatal era ilimitado. En las regiones se crearon comités de defensa locales.

62 . La cena en Rusia se compone de té acompañado con rebanadas de pan con queso o salchichón.

63 . Soldados en la ciénaga.

64 . Juventudes hitlerianas.

65 . «Una historia vieja, pero eternamente nueva»: verso de un poema de Heinrich Heine.

66 . Verso de *Yevgeni Onegin* , de Pushkin.

67 . El teatro de drama más antiguo de Rusia, fundado en Moscú en 1756.

68 . Piotr Yákovlevich Chaadáyev (1794-1856), filósofo ruso contemporáneo de Pushkin. Es el autor de *Cartas filosóficas* (redactada en francés), obra en la que critica con virulencia la historia rusa y que le valió una condena a arresto domiciliario. Declarado demente por el gobierno de Nicolás I,

recibió la visita obligada de los médicos y redactó una obra titulada *Apología de un loco* , relativa a aquella experiencia.

69 . En las zonas del norte de Rusia la «o» átona se pronuncia [o] y no [a], como debería ser según dicta la norma.

70 . Diminutivo de Víktor.

71 . Caza soviético.

72 . Diminutivos de Iván, Grigori y Dmitri, respectivamente.

73 . Alusión a la colectivización. En aquel tiempo hubo muchos campesinos que prefirieron sacrificar su ganado antes que entregarlo al koljós. La colectivización forzosa, iniciada en 1929, causó miles de muertos entre los campesinos. Numerosos escritores rusos, como Bábel, Platónov y Gorenstein, describieron aquellos hechos. Grossman evoca también la colectivización en su obra *Todo fluye* . El sufrimiento engendrado por la colectivización empujó a la población de ciertas regiones a colaborar con los alemanes.

74 . Referencias al Antiguo Régimen.

75 . Versos de una canción popular.

76 . Producto lácteo, similar a la nata montada, elaborado en los países del Oriente Medio, sudeste de Europa, Irán, Afganistán, la India y Turquía. En el este se elabora con leche de búfala y en el oeste con leche de vaca.

77 . Allí firmó el zar Nicolás II el documento de su abdicación el 15 de marzo de 1917.

78 . Aldea cosaca.

79 . Se trata de la todavía hoy controvertida orden de Stalin con su famoso lema «Ni un paso atrás». Prohibía, bajo toda circunstancia, cualquier maniobra de retirada, y decretaba la pena de muerte para los cobardes, derrotistas o los que quedaran rezagados. *(N. del E.)*

80 . Título honorífico que llevaban las unidades de élite en el Ejército Rojo.

81 . Cargos administrativos. Algunos estaban ocupados por alemanes, otros por colaboracionistas ucranianos. *(N. del E.)*

82 . Era habitual medir las bebidas alcohólicas por peso más que por volumen.

83 . Stalingrado.

SEGUNDA PARTE

1

A principios de agosto de 1942, el general Yeriómenko llegó a Stalingrado. En víspera de su arribada a la ciudad, el Alto Mando soviético había dado la orden de crear dos frentes nuevos: el del sudeste y el de Stalingrado. Al frente sudeste se le encomendaba la defensa del delta del Volga, la estepa calmuca y los accesos meridionales a Stalingrado.

El frente de Stalingrado protegía las entradas este y noroeste de la ciudad.

A principios de agosto, la situación de las tropas soviéticas en ambos frentes era comprometida. Las fuerzas alemanas los sobrepasaban en número: su ejército de choque disponía de ciento cincuenta mil combatientes, setecientos blindados, mil seiscientos cañones y contaba además con el apoyo de la 4.ª Flota Aérea.

Aquellas fuerzas superaban en mucho los efectivos que los soviéticos habían desplegado en los frentes sudeste y de Stalingrado.

Todo indicaba que la ofensiva de la que Hitler había hablado con Mussolini durante el encuentro de Salzburgo se saldaría con éxito. El ejército germano había recorrido unas distancias enormes. El avance de sus blindados había partido en dos el frente sudoeste, cuyo flanco derecho tuvo que retroceder hacia el Don –cerca de Kliótskaya–, mientras que el izquierdo se replegaba en dirección a Rostov para seguir luego hasta el Cáucaso. En consecuencia, el grueso de las fuerzas alemanas avanzó a gran velocidad hacia Stalingrado. Tan sólo algunas decenas de kilómetros separaban el Volga de la primera línea del frente.

A finales de julio, tras reagrupar sus tropas, los germanos lanzaron el ataque decisivo: su objetivo era tomar Stalingrado y así alcanzar el Volga.

El Alto Mando soviético encomendó la dirección del frente de Stalingrado al general Yeriómenko. Nikita Jrushchov fue nombrado miembro del Consejo Militar del mismo frente.

La percepción de la defensa del Volga que tenían en aquellos momentos el pueblo y el ejército rusos era enteramente trágica. El humo y el fuego de la batalla, que se libraba allí y también en el Don, impedían la visión de los profundos y decisivos cambios que habían tenido lugar en el transcurso del año anterior. Con todo, el Alto Mando ruso estaba al tanto de aquella transformación, como también sabía de la superioridad –aún ignorada por la mayoría pero no por eso menos real– de la fuerza soviética sobre la violencia fascista. Se acercaba el momento en que aquella superioridad, que había costado un año de lucha, de esfuerzo y de sufrimiento, debía hacerse palpable a los ojos de la conciencia del pueblo soviético y demás pueblos del mundo.

Precisamente en eso radicaba la auténtica –y hasta entonces oculta– esencia de lo que sucedía en el frente germano-ruso en aquel momento.

Durante el verano de 1942 las huestes de Hitler seguían avanzando, pero el Führer no se daba cuenta de que aquella ofensiva, aunque exitosa, ya nada podía decidir. La única oportunidad de vencer a la Unión Soviética hubiera sido la guerra relámpago –un plan descabellado, por lo demás–, pero ésta había sido frustrada por el Ejército Rojo.

La batalla defensiva en Stalingrado iba a ser distinta. Comenzó justo cuando la producción soviética de cañones y motores ya superaba en número de piezas a la alemana. Un año de incansable labor de la clase obrera rusa y de la resistencia, representada por el Ejército Rojo, había dado sus frutos en tanto que había acabado con la superioridad germana en armamento y experiencia militar. Durante la batalla de Stalingrado los soviéticos desarrollaron en toda su plenitud la guerra de maniobras, cosa que hizo que los alemanes advirtieran, horrorizados, la tentadora inmensidad del espacio que tenían a sus espaldas y que les invitaba a retroceder. Entonces empezaron a temer quedar rodeados: aquella grave enfermedad se extendió entre las mentes, los corazones y los pies tanto de los soldados como de los generales.

En el transcurso de la encarnizada defensa de Stalingrado, el Alto Mando soviético, además de tomar las medidas necesarias para blindar la ciudad, estaba planificando la posterior ofensiva cuyos detalles no tardarían en revelarse al mundo entero.

Los artífices de aquel contragolpe divisaban, más allá de la titánica hazaña que suponía la defensa de Stalingrado, los rayos rojos que caerían

sobre los flancos del ejército alemán desde la parte media del Don y desde una franja de tierra rodeada de lagos al sur de la ciudad.

Llegó el momento en que las unidades de reserva –potencia oculta de la nación y de las Fuerzas Armadas– recibieron las órdenes de intervenir en la defensa de Stalingrado y de prepararse para una contraofensiva.

Aquel río de hierro se dividió en dos cauces: uno nutría la defensa, mientras que el otro se preparaba para acometer. ¡La ofensiva se forjaba en secreto! Quienes la habían concebido lograban avistar, vislumbrando el futuro, el día y la hora en que alrededor de los ejércitos de Paulus se cerraría una estrecha argolla fundida con el acero de las divisiones de artillería, los cuerpos de blindados y los regimientos de infantería y de caballería, todos ellos bien pertrechados de armas de fuego.

El río infinito de la furia y de la desdicha populares no murió en un arenal ni fue absorbido por la tierra, sino que se transformó –de la mano de la nación y del Partido– en esfuerzo, cambió su curso y empezó a fluir de este a oeste para inclinar el peso de la balanza a favor de las armas rusas.

2

Cuando uno lee obras ininteligibles, escucha música indescifrable y compleja y contempla pintura llena de artificios, misteriosa e intimidante piensa con inquietud y desazón: «Todos esos sentimientos, ideas y discursos de los protagonistas, fragmentos de sinfonías y colores son muy peculiares, complicados y difíciles de comprender. No son como aquellos a los que yo y quienes me rodean estamos acostumbrados, son otra cosa, un mundo aparte». Entonces, la persona en cuestión, avergonzada de su propia sencillez viva y natural, lee tales libros, escucha tal música y estudia tal pintura sin que éstos le provoquen alegría ni emoción. El arte conceptual se interpone entre el hombre y el mundo cual pesado, áspero e insalvable enrejado de hierro fundido.

Sin embargo, al leer ciertos libros, uno se dice a sí mismo con satisfacción: «Yo también he vivido y sentido eso, y lo sigo sintiendo así».

Esa clase de arte no separa al hombre del mundo sino que lo une a él, a la vida y a la gente. Ese arte no examina la existencia humana a través de un «sofisticado» cristal de colores. De modo que uno lee en aquellos libros

dejando que la vida, con su grandeza y complejidad, penetre bajo su piel y se mezcle con su sangre, su aliento y su razón.

Se trata de una sencillez artística igual a la sencillez suprema del blanco, resultante de la complejísima mezcla de los colores del espectro luminoso.

Es en esa sencillez profunda y serena donde anida el arte verdadero, semejante al agua cristalina de un arroyo que deja ver las plantas y las piedrecitas del fondo. No obstante, esa agua no representa sólo la transparencia, sino que es también un espejo donde el hombre se ve reflejado a sí mismo y el mundo en que vive, trabaja y lucha. El arte aúna en sí lo diáfano de un cristal y la potencia de un espejo perfecto y universal.

Y lo que se pueda decir en ese sentido sobre el arte, es válido también para la ciencia o la política.

La estrategia de una guerra popular, en la que el pueblo lucha por su libertad y su supervivencia, recorre el mismo camino.

3

El coronel general Yeriómenko, recién nombrado comandante del frente de Stalingrado, era un hombre de cincuenta años, corpulento, de cara redonda, nariz corta, pelo cortado a cepillo sobre una frente ancha y arrugada y unos ojos vivaces ocultos detrás de unas gafas de montura metálica, semejantes a las que llevaban los maestros de aldea entrados en años. Yeriómenko cojeaba debido a una herida de guerra.

Durante la Gran Guerra había sido soldado de primera y gustaba de recordar a menudo aquella vida de recluta. Sus ayudantes eran capaces de predecir con bastante exactitud el momento de la conversación en que el general evocaría ante sus interlocutores los combates cuerpo a cuerpo en los que había ensartado a unos veinte alemanes.

Al haber pasado por todos los grados de la jerarquía militar –desde soldado raso hasta mariscal de campo–, Yeriómenko conocía al dedillo los entresijos del difícil arte de la guerra, que para él ya había dejado de ser un acontecimiento extraordinario.

Metido en su uniforme de general parecía un obrero en traje de faena. Su ayudante, Parjómenko, que se las veía y se las deseaba para conseguir que su jefe pareciera el más listo y el más impresionante de los generales,

había acabado reconociendo su derrota. Yeriómenko llevaba siempre el pecho y los hombros cubiertos de ceniza de cigarrillo y siempre había toda suerte de manchas, alguna de ellas de tinta, repartidas por su uniforme.

Su cuerpo recio y a la vez pesado parecía hecho a medida para condenar a los sastres al insomnio.

En la persona de Yeriómenko se mezclaban los rasgos de un general experimentado y los de un sencillo hombre de pueblo. Comprendía muy bien la naturaleza de un soldado.

En verano de 1941, Yeriómenko comandó las tropas en uno de los sectores del frente occidental y se hizo célebre a raíz de una operación que logró detener la ofensiva alemana en la región de Smolensk.

En agosto del mismo año lo nombraron comandante del frente de Briansk, donde, tras encarnizados combates, los blindados de Guderian consiguieron llegar hasta Oriol. En invierno de 1941 las tropas del frente noroeste, bajo el mando de Yeriómenko, abrieron una profunda brecha en la línea de defensa de los alemanes.

Yeriómenko llegó a Stalingrado durante los días más difíciles de la retirada soviética a través de la estepa y se temía que el general desconociera el estado de cosas, nuevo para él, ya que estaba acostumbrado a actuar en bosques y terrenos pantanosos, además de haber servido casi todo el tiempo en frentes estables. Al parecer, la situación en el frente noroeste era radicalmente distinta de la del frente sudoeste: en un año, su Estado Mayor se había desplazado desde Tarnópol hasta el Volga y sus tropas tenían que combatir en condiciones desfavorables en llanuras y estepas, atravesadas por un sinfín de carreteras y pistas. El frente noroeste era estable y su línea de defensa cruzaba pantanos, bosques espesos y terrenos impracticables, de modo que, durante meses, conservaba su resistente inmovilidad. Aquellas condiciones eran diferentes, como lo son la noche y el día, de las del frente sudoeste. Allí los alemanes practicaban la maniobra envolvente a gran escala: el movimiento de los blindados se abría como unas enormes pinzas a las que seguían numerosas unidades de infantería y artillería motorizadas que penetraban una defensa ya rota. Algunos colaboradores del Estado Mayor, que dudaban de la capacidad de Yeriómenko, recordaban con ridícula satisfacción los numerosos cercos y repliegues que les había tocado vivir.

No se daban cuenta de que el hecho de que Yeriómenko careciera de su triste experiencia en las retiradas y rehuyera aprender el arte del repliegue

en la estepa constituía una virtud y no un defecto. Aún no habían entendido que la guerra estaba a punto de entrar en una nueva etapa en la que, para dirigir las tropas, se impondría la enorme e inapreciable experiencia acumulada a lo largo del año anterior, mientras que el hábito de las evacuaciones nocturnas, de los realojos urgentes y del nomadismo constante de los Estados Mayores no tendría ya ninguna utilidad.

Yeriómenko ordenó establecer su Estado Mayor en un subsuelo profundo de atmósfera sofocante, una decisión que muchos consideraron una extravagancia. El general había despreciado la comodidad de un edificio urbano para refugiarse en la galería de una mina, de donde los oficiales salían medio ahogados y se quedaban un buen rato parpadeando hasta que volvían a acostumbrarse a la luz del sol.

Aquel Estado Mayor, oculto bajo tierra, contrastaba de un modo peculiar con el encanto propio de una elegante ciudad del sur de Rusia que Stalingrado conservaba, a pesar de los rasgos que había imprimido en su aspecto la insomne labor de sus habitantes para la causa de la guerra. Durante el día, una multitud de muchachos se apostaba junto a los puestos de soda pintados de azul; en un comedor al aire libre sobre la ribera del Volga vendían cerveza fría; el viento que llegaba del río agitaba los manteles de las mesas y los delantales blancos de las camareras. En el cine proyectaban la película *El camino luminoso,* anunciada en la calle con unos carteles que representaban a una chica sonriente y elegantemente vestida. En el zoológico, escolares y soldados podían contemplar a un elefante, algo enflaquecido a causa de los contratiempos del viaje, evacuado desde Moscú. En las librerías se vendían novelas protagonizadas por personajes trabajadores y valientes cuya apacible vida transcurría de un modo feliz y razonable; universitarios y colegiales compraban manuales en los que todo estaba claro, incluso las cantidades imaginarias de las matemáticas. Mientras, por la noche, un humo luminoso, fluido e inquietante flotaba sobre las fábricas, ocultando las estrellas.

La ciudad estaba a rebosar de refugiados llegados desde Gómel, Dniepropetrovsk, Poltava, Járkov y Leningrado, y de facultades, orfanatos y hospitales evacuados desde Ucrania...

El Estado Mayor del frente tenía una vida propia, al margen de la de la ciudad. Los cables negros de la telefonía de campaña se enganchaban a las ramas de los árboles que los jardineros habían podado. De los coches con costras de barro y agujeros de bala en las ventanillas bajaban oficiales

cubiertos de polvo cuyas miradas, dispersas y atentas, las mismas que habían examinado horas antes la orilla empinada del Don, se dirigían ahora a las calles y a las casas. Los mensajeros iban en sus motocicletas a toda velocidad, violando cualquier norma de circulación para desesperación de los agentes de tráfico; en pos de ellos, cual niebla invisible, se extendía la amenaza de la guerra. Los combatientes del batallón encargado de la protección del Estado Mayor corrían hacia las cocinas de campaña, instaladas en los patios de las casas, haciendo sonar sus peroles, tal como lo habían hecho ya en las florestas de Briansk y en los pueblos de la región de Járkov...

Cuando se despliegan en mitad de un bosque, las tropas parecen llevar consigo el aliento mecánico de la ciudad al reino habitado por las bestias, las aves, los escarabajos y las plantas. En cambio, cuando un cuartel general se establece en una zona urbana, es como si aquella sensación de vastedad propia de los campos, de los bosques y la libertad de la estepa se instalara con él. Llega un momento en que los bosques de pinos centenarios y las enormes ciudades, con sus siglos de historia, quebrantan su estructura y modo de ser bajo los embates de la guerra, cuya furia asola sus abigarrados claros, calles y plazas antiguas.

Stalingrado sentía el aliento de la guerra, que se aproximaba. Durante el día, en lo alto del cielo, más allá de las nubes, sobrevolaban aviones de reconocimiento y durante la noche se oía el zumbido de los bombarderos solitarios. Al oscurecer las calles se quedaban sin luz; las ventanas de las casas se cubrían con papel oscuro, mantas y chales; en los patios y en los parques se habían cavado refugios antiaéreos; en las escaleras de los edificios se habían dispuesto barriles con agua y cajas con arena del Volga para sofocar bombas incendiarias. Los focos de la defensa antiaérea hurgaban entre las nubes nocturnas, mientras desde el oeste llegaban los estampidos de algún cañoneo. Algunas personas ya estaban haciendo las maletas y cosiendo macutos. Los habitantes de las casas de madera de las afueras cavaban hoyos y escondían en ellos cofres, máquinas de coser envueltas en estera y camas de hierro niquelado. Algunos hacían acopio de tostadas y harina. Unos se preparaban para los bombardeos alemanes y dormían mal, tenían pesadillas y les atormentaban los malos presentimientos; otros creían que la defensa antiaérea era extraordinariamente potente, de modo que no admitían la posibilidad de que los aviones alemanes llegaran a bombardear la ciudad. Con todo, la vida en

Stalingrado seguía su curso, trabada por los círculos de las relaciones y costumbres sociales, laborales y de familia.

4

En la estrecha sala de espera subterránea del general Yeriómenko se reunieron algunos periodistas y corresponsales de la prensa moscovita, de la Agencia de Información Soviética y del Comité de la Radio. Todos ellos habían llegado a la hora acordada, pero el edecán del general les anunció que tendrían que esperar. Yeriómenko, que había prometido a la prensa explicar la situación en los frentes, estaba ocupado en una reunión del Consejo Militar.

La conversación en la sala de espera empezó con las bromas a propósito de la enemistad entre los corresponsales que visitaban las unidades de combate en la primera línea de fuego y los que permanecían en los cuarteles generales, transmitiendo información por cable. Los periodistas que se acercaban a la línea del frente solían retrasarse, quedarse atascados por el camino, caer en cercos enemigos, carecer de comunicación, perder la orientación, y a menudo escribían sobre asuntos que no suscitaban ningún interés en las redacciones de los diarios. Los corresponsales que permanecían en los cuarteles generales hacían llegar la información siempre a tiempo y se tomaban con filosofía las desventuras de los colegas destinados al frente. Naturalmente, los testigos directos de los combates estaban molestos con los compañeros que cubrían la guerra instalados en un Estado Mayor.

Se conocía el caso de un corresponsal que cubría la guerra desde un Estado Mayor y un día se adelantó hasta un regimiento de infantería en la misma línea del frente con tan mala suerte que un obús le estalló a poca distancia, hiriéndolo de extrema gravedad. El caso es que tuvo que pasar tres días enteros en aquella avanzadilla sin pegar ojo. Todo lo que vio lo reflejó después en un artículo que consideró el mejor salido de su pluma en todos los días de guerra. Y, sin embargo, ese preciso artículo se lo rechazaron en la redacción y nunca lo publicaron. Su jefe se lo notificó en un telegrama en el que se mascaba la irritación: «Una pieza gris e irrelevante, sin personajes vívidos y, encima, llega con retraso».

Sbavski, corresponsal del programa de radio *Últimas noticias* , empezó a contar que el general Yeriómenko lo había recibido en el frente de Briansk y que había insistido en invitarlo a comer y encontrarle un lugar donde pasar la noche antes de permitir que se fuera.

No obstante, los demás periodistas no quisieron seguir escuchando a Sbavski. El capitán Bolojín, corresponsal del *Estrella Roja*, cambió radicalmente de tema de conversación y la condujo hacia lo único que importaba: ¿resistirá Stalingrado? Bolojín era un tipo curioso. La maleta que aquel capitán llevaba de frente en frente contenía libros de sus poetas favoritos, mezclados con mapas, recortes de prensa, ropa interior sucia, calcetines y calcetones.

A veces, la maleta sufría tanto el traqueteo y la duración del viaje que los calcetines, los poemas de Blok y Annenski y la ropa interior se amalgamaban hasta formar una materia informe y antigua que combinaba elementos de poesía y del armario. Y, no obstante, una vez abierta la maleta, la poesía y la ropa volvían a recuperar su identidad primigenia. En las noches, Bolojín se tumbaba en la casa de aldea donde consiguiera alojamiento y leía los poemas en voz alta con ánimo declamatorio. Mientras lo hacía, crujía la paja del lecho al ritmo con el que se rascaba desesperadamente los costados.

Era un tipo quisquilloso en extremo; sin embargo, tenía una cualidad relativamente rara entre los que escriben: se alegraba por los éxitos ajenos. Le tenían aprecio porque trabajaba sin descanso. Sus compañeros estaban acostumbrados a ver, cuando se despertaban en mitad de la noche, su maciza cabeza inclinada sobre un mapa de operaciones a la luz de un candil.

La conversación acabó por abordar el tema que preocupaba a todos, pero no lograron ponerse de acuerdo. Un fotocorresponsal, al dar su opinión al respecto, recurrió a la ironía cuando dijo que ya se había provisto de una cámara de neumático porque, a su juicio, al cabo de no muchos días habría que cruzar a nado a la orilla este del Volga. También valoraba cruzar el Volga ya mismo y buscarse un alojamiento en las inmediaciones del lago Elton. Allí se buscaría un par de camellos que tiraran de su automóvil, porque era improbable que este pudiera transitar por las arenas del desierto. Dijo haber comenzado a estudiar la lengua kazaja ayudándose de un manual para autodidactas y ya barruntaba el titular de su primera pieza: «Sobre una montaña de cadáveres, el enemigo avanza en vano hacia Tashkent».

Sin embargo, la mayoría de los que allí discutían creían que la ciudad no se rendiría.

–¡Stalingrado! –exclamó un corresponsal del *Izvestia* y recordó a los presentes que en aquella ciudad se había llevado a cabo la primera gran obra del plan quinquenal y que la defensa de Tsaritsin en 1919 constituía una de las páginas más heroicas de la historia reciente del país.

–Camaradas, se acordarán de cómo Tolstói describe la reunión del Consejo Militar ruso en Fili, ¿verdad? –dijo Bolojín.

–Desde luego, es magnífica –se apresuró a responder Sbavski, quien no recordaba la escena de *Guerra y paz* a la que había aludido Bolojín.

–Recuerden –prosiguió éste– lo que se dijo en Fili: «¿Será posible que entreguemos Moscú, la antigua y sagrada capital de Rusia?». Entonces el comandante en jefe Kutúsov repuso: «Cierto, Moscú es sagrada, pero yo planteo una cuestión de índole puramente militar: ¿es posible defender Moscú desde la posición en la que estamos?». Y él mismo respondió que era imposible. ¿Se dan cuenta?

Señaló con la mano la puerta del despacho y los allí presentes pensaron que la reunión del Consejo Militar que se estaba celebrando en aquel despacho tal vez fuese idéntica a la que había tenido lugar en Fili en otoño de 1812.

Todos los corresponsales que aguardaban en la sala de espera se pusieron en pie cuando los generales que habían participado en aquella reunión empezaron a salir del despacho de Yeriómenko.

El comandante invitó a los periodistas a que entraran en su despacho, un pequeño cuarto de atmósfera sofocante intensamente iluminado. Los corresponsales, tras acomodarse ruidosamente en las sillas, empezaron a sacar hojas de papel y blocs de notas de sus portaplanos y bolsas de campaña.

–Camarada coronel general, ¿se acuerda de mí? –preguntó Sbavski.

–Espere, espere, ¿dónde le habré visto? –dijo Yeriómenko frunciendo el ceño.

–Pues en los bosques de Briansk, dónde si no, usted me invitó a comer.

–A quién no habré invitado yo a comer… –dijo Yeriómenko, moviendo la cabeza apenado–. No consigo acordarme de usted.

Sbavski se turbó al darse cuenta de que sus compañeros le harían la vida imposible, pues enseguida los oyó gruñir y advirtió sus miradas llenas de pícara alegría. Yeriómenko se acercó cojeando al escritorio. Al sentarse,

hizo un mal gesto y gimió; por lo visto, la herida que había recibido en invierno cerca de Andreápol le seguía doliendo.

–Camarada comandante, ¿qué tal su herida? –le preguntó un corresponsal del *Pravda* .

–Un casco de metralla. Es la séptima vez que me hieren, ya debería haberme acostumbrado. Me duele cuando hace mal tiempo, así que he venido a Stalingrado en busca de un clima seco, que es el que más me conviene –bromeó el comandante, mirando las caras de los periodistas.

–¿No cree que tendrá que volver a cambiar de clima? –le preguntó Bolojín.

Yeriómenko dirigió a éste una mirada de enojo por encima de las gafas y le preguntó a su vez:

–¿Para qué? No tengo ninguna intención de marcharme de Stalingrado.

Luego dio un manotazo en la mesa y dijo con severidad:

–¡Hagan sus preguntas! Tengo poco tiempo.

Empezaron a interrogarle sobre la situación en el frente.

Yeriómenko les ofreció un breve resumen en el que reconoció la gravedad de las circunstancias. El caos de los ataques y contraataques del que, al parecer, era tan difícil sacar algo en claro, dejaba de serlo apenas el general trazaba con un movimiento rápido sobre el mapa la dirección de la ofensiva alemana. Aquello que podía parecer especialmente relevante para un observador neutral, a menudo resultaba ser una maniobra de distracción que no comportaba ningún peligro real. Del mismo modo, lo que podía considerarse un éxito del mando germano a veces no era sino un fracaso de su plan.

Bolojín tomó conciencia de lo equivocado que estaba respecto de la gran ofensiva alemana que habían emprendido los ejércitos nordeste y sudoeste en la mañana del 23 de julio. Creía que los ataques concéntricos del enemigo –con los que éste había logrado cercar varias unidades del 62.º Ejército soviético– constituían el mayor éxito cosechado por el mando alemán. Sin embargo, en el Estado Mayor ruso valoraban de un modo totalmente diferente los resultados de los encarnizados combates que se habían librado durante casi dos semanas a lo largo de los setenta mil kilómetros cuadrados del campo de operaciones del Don. Si bien los alemanes habían alcanzado el río, no habían cumplido, según consideraba el mando ruso, su objetivo principal en tanto que se habían visto inmersos en una inacabable batalla que no esperaban ni deseaban. La potencia de

quinientos blindados germanos, destinados a ser la punta de lanza de aquella ofensiva, se malgastaba en feroces combates a orillas del Don. Aunque la superioridad numérica de los alemanes les había permitido romper la defensa soviética y hacer retroceder y rodear algunos regimientos y divisiones rusas, de sus progresos sólo obtenían ventajas tácticas de poco alcance.

El esquema ideado por Bolojín de cara a la futura batalla de Stalingrado, basado en la visión de Kutúsov de 1812, se fue viniendo abajo.

Ya en los primeros minutos de la conversación el general Yeriómenko notó que entre él y Bolojín se había entablado una discusión implícita. En consecuencia, el tono de su voz reveló cierta irritación y la frente se le cubrió de largas arrugas, que imprimían en su rostro una expresión hostil.

El comandante no tenía intención de trasladar su cuartel general más allá del Volga y ni siquiera consideraba la posibilidad de retirarse. En la ciudad muchos ya estaban a punto de hacer las maletas, pensando en los pontones, las balsas, las tablas de madera, los neumáticos y las lanchas motoras, una gran variedad de medios para pasar de la orilla derecha del río a la izquierda.

Por el enfado que a ratos transmitía la voz del comandante, se podía deducir que no era la primera vez que trataba de hacer comprender a sus oyentes que no iba a marcharse al otro lado del Volga.

Con una voz aguda, impropia para su corpulencia, Yeriómenko decía cosas que nada tenían que ver con las palabras de Kutúsov durante la reunión mantenida en Fili.

Cuando uno de los corresponsales le preguntó sobre el estado de ánimo de las tropas, el general sonrió y empezó a hablar con entusiasmo sobre los combates que se libraban en el sur.

–¡El 64.º Ejército lucha de maravilla! Creo que ya estáis al corriente de la batalla que se libró en el kilómetro 74, pues alguno de los vuestros estuvo allí. Combaten ejemplarmente, con rabia. En vez de hablar conmigo deberíais dirigiros a la brigada de blindados comandada por el coronel Bubnov, pues sobre sus tanquistas se pueden escribir incluso novelas... ¡Y el coronel Utvenko! Sus soldados de infantería son un ejemplo de bravura: los alemanes atacaron con ciento cincuenta blindados, pero los muchachos no temblaron y resistieron, ¡poca broma!

–Camarada general, yo estuve en la unidad de Bubnov –dijo uno de los periodistas–, son gente admirable. Se enfrentan a la muerte como si fueran a

una fiesta.

Yeriómenko entornó los ojos y miró al hombre que acababa de hablar.

–No diga eso –le reprobó–, a la muerte como a una fiesta... ¿Acaso hay quien quiera morir? –Luego caviló unos instantes y respondió en voz baja a su propia pregunta, hablando para sí–: Nadie quiere morir, ni usted que es periodista, ni yo que soy soldado. –Después repitió con voz aguda, contrariado y absolutamente convencido ya del desacierto del periodista–: Sí, nadie quiere morir. Otra cosa es combatir a los alemanes.

Bolojín, en un intento de enmendar las palabras que tanto habían disgustado al comandante, dijo:

–Camarada coronel general, los tanquistas son todos gente joven y fogosa, no piensan ya en nada cuando se dirigen a la batalla. ¡Los jóvenes son los mejores combatientes!

–En eso se equivoca, camarada corresponsal –repuso Yeriómenko–. ¿Es mejor que sean jóvenes? Los jóvenes son demasiado alocados. Entonces ¿los viejos? Tampoco. Una persona de cierta edad piensa en su hogar, sus hijos, su mujer y su hacienda más que en cualquier otra cosa, de modo que su lugar debe estar en un convoy de la retaguardia. Los mejores soldados son los de mediana edad... La guerra es un trabajo, así que es necesario tener experiencia profesional y también experiencia vital, que se acumula a fuerza de golpes. Antes de entrar en combate se debe haber reflexionado sobre tantas cosas… ¿Usted cree que para ser un buen soldado basta con correr hacia la muerte como quien va a una fiesta al grito de «¡hurra!»? Combatir no es fácil. La labor de un soldado es compleja y difícil. Un combatiente sabe que, cuando el deber se lo ordena, debe morir: resulta duro, pero es necesario.

Miró a Bolojín a los ojos y, para cerrar su discusión con él, dijo:

–Así pues, camarada escritor, no queremos morir y la muerte para nosotros no es una fiesta, pero tampoco entregaremos Stalingrado. Sería deshonrarnos ante toda la nación.

Luego, tras apoyar las manos en el escritorio, se levantó a medias, miró de soslayo su reloj de pulsera y meneó la cabeza.

Al salir del despacho, Bolojín susurró a sus compañeros:

–Todo apunta a que hoy la historia no quiere repetirse.

Sbavski tomó a Bolojín del brazo.

–Por cierto, Bolojín, a ti te sobran bonos para la gasolina. Déjame uno y te prometo que te lo devolveré en cuanto reciba los que me corresponden

para el mes que viene.

–De acuerdo, de acuerdo, te lo dejaré –se apresuró a responder Bolojín.

Estaba embargado por la emoción. El hecho de haber comprendido cuán equivocado había estado le alegraba en lugar de entristecerle... Se dio cuenta de que la cuestión que lo traía de cabeza no sólo trataba de táctica y de estrategia militar.

¿De quién eran los puntos de vista que había defendido el comandante?

Acaso serían de aquellos que, vestidos con casacas desteñidas a causa del sudor, llegaban a la orilla del Volga y volvían la vista, preguntándose a sí mismos: «He aquí el Volga. ¿Será posible que sigamos retrocediendo?».

5

El viejo Pável Andréyevich Andréyev era considerado uno de los mejores fundidores de acero de su fábrica. Incluso los ingenieros le pedían su opinión y evitaban contradecirle. Andréyev no solía consultar los datos facilitados por el laboratorio, que llevaba a cabo distintos análisis precisos y detallados de cada fundición. Sólo muy de vez en cuando consultaba la hoja que listaba los principales determinantes de los compuestos de la aleación, y si no dejaba de hacerlo era para no ofender al ingeniero químico, un hombre obeso con problemas respiratorios. Éste subía aprisa los altos escalones hasta llegar a la oficina del taller y decía a Andréyev:

–Aquí tiene los datos del análisis, espero no haber llegado tarde.

Debía pensar que a Andréyev le importaba saber cuándo iba a disponer de aquellos datos, si antes o después del proceso de fundición.

Aquel ingeniero químico se había licenciado en el Instituto del Acero y, además de trabajar en la fábrica, daba clases en una escuela de formación profesional donde impartía cursos nocturnos. En una ocasión dictó una conferencia pública sobre la química en la metalurgia en el auditorio principal de la Casa de Cultura. Aquella conferencia se anunció en unos carteles que colgaban en distintas partes de la fábrica: en la entrada principal, en la puerta del comité, junto a la tienda, en el comedor y en la biblioteca. Al ver uno de los carteles en cuestión, Pável Andréyevich sonrió. Él no habría sido capaz de dar una conferencia sobre técnicas

termoeléctricas para la medición de temperaturas, sobre termómetros a gas o sobre métodos rápidos de análisis espectral y microquímico.

Pável Andréyevich siempre había respetado a las personas con estudios, se enorgullecía de haber conocido a varios científicos y creía que sólo éstos eran capaces de desembrollar los asuntos más complejos de la vida.

La bibliotecaria de la fábrica había exhibido con orgullo el carné de Andréyev en una conferencia de bibliotecarios. Era el primero de todos los lectores de la provincia, tanto por el número de libros leídos, como por la variedad de sus temas. Entre los títulos que había leído en 1940 se encontraban *Cuestiones sobre el leninismo* , de Stalin, novelas de Dickens, Pisemski, Sheller-Mijáilov, Leskov, Tolstói, Julio Verne, Kuprín, Dostoyevski y Victor Hugo. También había leído la novela *Cómo se templó el acero* , de Ostrovski, y obras de historia, geología y astronomía, así como una docena de novelas históricas y libros de viaje, que eran de su especial predilección.

La bibliotecaria lo tenía por uno de los lectores más honorables e, incluso, dejaba que se llevara a casa libros de los que sólo se conservaba un único ejemplar en la biblioteca, como *Los tres mosqueteros* o *El conde de Montecristo* .

Sin embargo, ella no había reparado en un aspecto curioso: entre los libros que pedía en préstamo, no había ninguno que tratara temas relacionados con la metalurgia ni con el proceso físico-químico de fundición del acero. Aquello no quería decir que el viejo Andréyev tuviera en poca consideración la ciencia que explicaba su labor. Los poetas no necesitan de manuales de poesía, porque son ellos quienes crean los versos y legislan sobre el uso de la palabra.

Andréyev respetaba los estudios científicos aplicados a la fundición de acero y no pretendía ir a contramano de la ciencia; de hecho, en su trabajo seguía la misma dirección que los ingenieros graduados. No era soberbio y en lo profesional jamás caía en «la brujería» como algunos de los viejos maestros. La valoración físico-química parecía estar incorporada en el cristalino de su ojo, en los nervios de sus manos, en su oído y en su memoria, depositaria de la experiencia de varios decenios de trabajo.

Andréyev manifestaba su respeto por los científicos, el orden y la organización rellenando cada noche, al término de la jornada laboral, las cartillas y los gráficos que procedía cumplimentar antes de proceder a la fundición. El acero, Andréyev lo fundía de acuerdo con sus propias normas

y proporciones. Tenía sus propias normas con los tiempos, las condiciones de temperatura y las proporciones de hierro y chatarra. Pero los estándares y las normas técnicas establecidas no siempre coincidían con las suyas. Y por ello, honrando así su respeto por la ciencia, cada día anotaba las magnitudes y los tiempos tal como lo requería el manual de instrucciones, si bien lo hacía cuando ya su producción diaria de un acero magnífico había tomado el camino de las fundiciones.

Andréyev buscaba en los libros una explicación a aquello que no comprendía. Cuando Várvara Aleksándrovna, su esposa, empezó a llevarse mal con su nuera, la vida en casa se volvió insoportable ya que las dos mujeres discutían constantemente. Pável Andréyevich intentó mediar para que hicieran las paces, pero sólo consiguió que la situación se agravara. Precisamente en aquella época tomó prestado de la biblioteca, guiándose por el título, el libro de August Bebel *La mujer y el socialismo* , esperando que su lectura le ayudara a solucionar el conflicto familiar. Sin embargo, resultó que aquella obra trataba de asuntos que nada tenían que ver con su problema.

Andréyev tenía su propia visión de las relaciones familiares. Para él, las relaciones entre su esposa y su nuera eran semejantes a las que se daban entre diferentes Estados. Ello le permitía apreciar en el seno de su propia familia las contradicciones que se producían en la arena internacional. «La falta de espacio genera muchos problemas», se decía. Y se lamentaba: «Si al menos pudiera irse cada una por su lado». En la pobreza y la falta de espacio veía la causa de los problemas en el interior de las naciones y las guerras entre países distintos.

En casa se comportaba con una severidad cercana a la crueldad; era exigente y se irritaba con facilidad. En la fundición, al contrario, descansaba de las imperfecciones del mundo. Porque allí unos hombres no buscaban el dominio sobre otros hombres. Los obreros empleaban su fuerza en dominar el hierro y el acero. Y ese poder no engendraba esclavitud, sino libertad.

Mientras trabajaba en la fábrica, Andréyev se avergonzaba de las constantes peleas en el seno de su familia. Várvara, por su parte, era consciente del respeto que los obreros y los ingenieros sentían por su marido y eso la llenaba de orgullo.

En la fábrica había jóvenes ingenieros y maestros fundidores que habían estudiado en escuelas de formación profesional y seguido cursos

especializados. Su modo de proceder era diferente del de Andréyev: acudían en todo momento al laboratorio, remitían pruebas para su análisis, consultaban constantemente el manual oficial de los procesos de fundición, comprobaban la temperatura y la entrada de gas, llevaban siempre encima libros de estándares y de instrucciones y se reunían para solucionar sus dudas. Les iba bien en su trabajo, no peor que a Andréyev.

Entre ellos había uno al que Andréyev admiraba especialmente: Volodia Korotéyev, un joven de unos veinticinco años de edad, operario de un horno. Tenía la nariz ancha, los labios gruesos y el pelo rizado. Cuando cavilaba, sus labios se hinchaban y en su amplia frente se dibujaban tres arrugas que la surcaban de sien a sien.

Ni accidentes ni piezas defectuosas: Korotéyev daba la impresión de trabajar como si jugara, con alegría y soltura. Durante la guerra, Andréyev volvió a la sala de hornos; para entonces Volodia ya había ascendido y su puesto en el turno de día lo ocupaba una operaria, la severa y reservada Olia Kovaliova. Y lo hacía bien, no peor que los veteranos. En una ocasión cargaron el horno con una nueva fórmula de material. Kovaliova se acercó a Andréyev para preguntarle cómo debía hacerse la fundición. El viejo hizo una pausa antes de contestar y luego dijo: «No lo sé. Hay que preguntárselo a Korotéyev: él lo sabrá». Aquella respuesta dejó admirado a todo el personal. «¡Éste sí que es un obrero de verdad, un hombre de bien!», dijeron de Andréyev.

Amaba su trabajo con una pasión serena. Para Andréyev todos los oficios merecían el mismo respeto, de modo que trataba por igual a la élite obrera de la fábrica –fundidores, maquinistas, electricistas– y a aquellos que, en su calidad de cavadores y auxiliares de taller, desempeñaban el trabajo que cualquiera que conservara las dos manos podía hacer. Por supuesto que a veces se mofaba de quienes ejercían un oficio diferente del suyo, pero aquello representaba sólo un gesto de simpatía y no de hostilidad. Para Andréyev, el trabajo era el baremo con que medía a las personas y sus relaciones con ellas.

Era afectuoso con la gente; el internacionalismo obrero formaba parte de su personalidad, del mismo modo que la laboriosidad y la fe en que la humanidad vive sobre la faz de la tierra para trabajar.

Durante una reunión de trabajadores celebrada para festejar el regreso voluntario de Andréyev a la sala de hornos tras el inicio de la guerra, el secretario de organización del Partido dijo: «He aquí un obrero que ha

sacrificado su energía y salud por la causa común». Andréyev se azoró. No le parecía haber hecho ningún sacrificio, sino todo lo contrario: se sentía bien al volver a trabajar. Para que lo readmitieran en la fábrica, había rebajado tres años su verdadera edad, y temía que aquello saliera a la luz.

–Es como si resucitara de entre los muertos –dijo a su amigo Poliakov.

Andréyev conservó a lo largo de varios decenios el recuerdo del finado Sháposhnikov, con quien tantas veces había conversado mientras trabajaban en aquel barco, y acabó por profesar el mismo respeto al resto de su familia: Sháposhnikov había acertado al afirmar ante Andréyev que la clase trabajadora dominaría el mundo.

Pero la guerra estalló. Los fascistas, cuyos objetivos eran incompatibles con aquello en lo que Andréyev creía y para lo que vivía, avanzaban y, aunque su causa era infame, la relación de fuerzas todavía se inclinaba en su favor.

6

Antes de incorporarse al turno de noche de la fábrica, Pável Andréyevich cenaba en la cocina de su casa. Comía sin decir palabra ni mirar a su mujer, que se quedaba de pie junto a la mesa esperando que quisiera repetir ya que, antes de ir a trabajar, Andréyev solía comerse dos platos de patatas fritas.

Hubo un tiempo en que Várvara Aleksándrovna había tenido fama de ser la chica más guapa de Sarepta, y todas sus amigas se lamentaron de que hubiera accedido a casarse con Andréyev. En aquel entonces éste trabajaba de fogonero mayor en un barco cuyo mecánico era el padre de Várvara Aleksándrovna. Todos creían que, siendo una beldad, acabaría casándose con un capitán, con el propietario del bar del puerto de Tsaritsin o con un mercader.

Habían pasado cuarenta años y los esposos habían envejecido, pero todavía se podía ver que Andréyev –feo, cargado de espaldas, de cara sombría y pelo hirsuto– no encajaba con aquella anciana alta, de mirada despejada, cutis blanco y gestos majestuosos.

–Dios mío –dijo Várvara Aleksándrovna, limpiando con un trapo de cocina el hule de la mesa–, Natashka está de guardia en el orfanato hasta mañana por la mañana, tú trabajas en turno de noche y yo vuelvo a

quedarme sola en casa con el pequeño Volodia. Si los alemanes nos bombardean, ¿qué haremos?

–No vendrán –respondió Andréyev–, y si nos bombardean mientras estoy en casa, ¿qué puedo hacer sin un cañón antiaéreo?

–Tú siempre igual. Se acabó, he decidido marcharme a casa de Aniuta, no puedo seguir viviendo así.

Várvara Aleksándrovna tenía un miedo atroz a los bombardeos. Mientras aguardaba en la cola ante la tienda, había escuchado un sinfín de historias sobre las bombas que caían aullando desde el cielo, sobre mujeres y niños enterrados vivos bajo los escombros de los edificios. Le habían contado de viviendas arrancadas de sus cimientos por las explosiones, casitas que acababan arrojadas a decenas de metros de su ubicación original.

Pasaba las noches en blanco, temerosa de que en cualquier momento empezara un bombardeo.

Ni siquiera ella misma comprendía el porqué de su terror. Las otras mujeres también temían los bombardeos, pero no dejaban de comer ni de dormir; algunas, fingiendo valor, incluso decían: «¡Que sea lo que Dios quiera!». Sin embargo, Várvara Aleksándrovna era incapaz de librarse de aquella pesadumbre.

En sus noches de insomnio la atormentaba la añoranza de su hijo Anatoli, desaparecido en combate en los primeros días de la contienda. Le resultaba insoportable ver a su nuera, a la que, al parecer, nada le importaba. Después del trabajo la joven iba al cine; cuando regresaba a casa, hacía tanto ruido –dando portazos, yendo de habitación en habitación– que a Várvara Aleksándrovna se le helaba la sangre... le parecía que el bombardeo había comenzado.

Creía que nadie amaba su casa con la misma lealtad con la que ella amaba la suya. Ninguna vecina tenía su vivienda tan aseada como Várvara Aleksándrovna: ni una mota de polvo, ni una cucaracha. Nadie podía presumir de ser dueño de un jardín de frutales y de un huerto tan ricos como los suyos. Era Várvara Aleksándrovna quien pintaba de color naranja los suelos de su casa y empapelaba las paredes. Ahorraba para comprar vajilla elegante, muebles, estampas, visillos, fundas de encaje para las almohadas. Y ahora aquella casita de tres habitaciones –«de juguete», según decían los vecinos–, que tanto quería y de la que tan orgullosa estaba, se hallaba bajo

la amenaza de la destrucción, de modo que el miedo y la impotencia hicieron presa en Várvara Aleksándrovna...

Era tal el sufrimiento que la atenazaba, que comprendió que su corazón no lo resistiría. Entonces decidió guardar los muebles en cajas, enterrarlas en el jardín y en el sótano y marcharse a Nikoláyevka, al otro lado del Volga, a casa de su hermana menor, en el convencimiento de que los aviones alemanes no lograrían llegar hasta allí.

Aquello dio lugar a una discusión con Pável Andréyevich. Éste se negó a mudarse. Un año antes de la guerra, una comisión de médicos le había prohibido seguir trabajando en la sala de hornos. Se vio obligado a solicitar un traslado al departamento de control de calidad, pero también allí el esfuerzo era excesivo: tuvo dos ataques de asfixia debido a problemas cardiorrespiratorios. Sin embargo, en diciembre de 1941 volvió a trabajar en la sala de hornos.

Si Andréyev hubiera pedido al director de la fábrica que lo dejara marchar a Nikoláyevka, éste no le habría puesto ningún inconveniente, e incluso le habría prestado una camioneta para trasladar sus pertenencias hasta el Volga. Con todo, Pável Andréyevich le anunció a su mujer su decisión de no dejar su trabajo.

Al principio Várvara Aleksándrovna tampoco quiso marcharse sin su marido, pero luego decidieron que ella se trasladaría, junto con la nuera y el nieto, al otro lado del río mientras que él permanecería, de momento, en Stalingrado.

Antes de que Andréyev saliera hacia la fábrica Várvara Aleksándrovna retomó el asunto de la mudanza. Mientras hablaba, no se dirigía a su marido sino unas veces a su nieto Volodia, un niño de ojos negros, otras a la gata, y las más a un interlocutor imaginario, por lo visto, persona razonable, sensata y digna de confianza.

–Mírelo –decía mirando en dirección a la estufa cerca de la cual se encontraba, aparentemente, su interlocutor imaginario–, si se queda solo, ¿quién cuidará de él? Todas nuestras pertenencias estarán enterradas en el jardín y en el sótano. Usted comprenderá que en los tiempos que corren no se puede guardar nada en casa. Él está viejo y enfermo, y, aunque no ha encanecido todavía, tiene el segundo grado completo de discapacidad. ¿Es posible que una persona enferma siga desempeñando ese trabajo? ¿Qué bombardearán primero los alemanes? La fábrica, por supuesto. ¿Acaso es un buen lugar para un inválido? Tendrán que pararla con o sin él.

Su interlocutor imaginario no respondía, el nieto había salido al patio para mirar las luces de la defensa antiaérea y el marido callaba según era su costumbre. Várvara Aleksándrovna lanzó un suspiro y siguió con sus argumentos:

–Algunas mujeres dicen que no se apartarán de sus pertenencias, que han de permanecer allí donde están sus bienes. ¿Acaso tiene algún sentido? Nosotros, que tenemos un armario de luna, una cómoda y toda esa vajilla no nos llevamos nada, lo dejamos todo aquí. Y es que el bombardeo es inminente. Pero si te vas a quedar, al menos haz el favor de vigilar nuestros bienes. Bueno, los bienes se pueden recuperar, pero si te arrancan una pierna o la cabeza no habrá cómo reponerlas. Con todo, ya que te quedas...

Andréyev repuso:

–No te entiendo, no sé si te preocupas por mí o sólo quieres que te vigile la casa.

Várvara Aleksándrovna dijo con voz lastimera:

–No me entiendo ni a mí misma, estoy muy confusa.

Entonces entró Volodia y observó, ilusionado:

–Tal vez hoy vengan a bombardear, hay más focos encendidos que nunca –luego preguntó haciendo brillar sus ojos alegres–: Abuelo, la gata ¿se quedará contigo o tendremos que llevarla al otro lado del Volga?

Al oír aquello, Várvara Aleksándrovna se atragantó de contenta y dijo con voz cantarina:

–Claro, claro, si no es la gata, ¿quién le llevará la casa, trabajará con él en la fábrica y canjeará los cupones por comida?

Andréyev se irritó y le ordenó que se callara.

Várvara Aleksándrovna, a su vez, gritó a la gata de cara angulosa y cuerpo largo que había subido de un salto a la mesa:

–¡Al suelo, víbora, aquí la dueña sigo siendo yo!

Andréyev miró el reloj de pared y dijo entre risas:

–Mishka Poliakov se alistó como voluntario en una compañía de morteros. Estoy pensando en hacer lo mismo.

Várvara Aleksándrovna descolgó de un clavo la chaqueta de lona de su marido y comprobó que los botones estuvieran bien cosidos.

–¡Qué clase de soldado será Poliakov… si tiene el baile de San Vito!

–En absoluto, Mishka todavía está fuerte.

–Sí, claro, Hitler echará a correr nada más verlo...

Empezó a mofarse de Poliakov, sabiendo que a Andréyev le molestaría que denostaran a su viejo amigo, con quien en 1918 había combatido cerca de Beketovka. A Várvara Aleksándrovna siempre le había irritado aquella incomprensible amistad entre su mesurado, serio y callado marido y el charlatán Poliakov.

–Además, su primera esposa lo dejó hace treinta años, cuando él todavía era joven. No hacía otra cosa que rondar a las mozas –decía Várvara Aleksándrovna–. Su segunda mujer sigue con él sólo porque sus hijos y sus nietos viven con ellos… Y de carpintero no tiene nada, sólo el nombre. La sinvergüenza de su esposa dijo el otro día: «El médico prohibió a mi Mijaíl el tabaco y el alcohol, y si sigue bebiendo es por culpa de Pável Andréyevich. Siempre que va a su casa un día de fiesta regresa borracho». ¡Hay que ver! Me reí en su cara y le dije: «La fama de su Mijaíl Ivánovich se conoce desde Rínok hasta Sarepta». [1]

En aquellos días tan difíciles, a veces Várvara Aleksándrovna se asombraba de tener valor suficiente para discutir con su marido, pues cuando éste se encontraba en casa, siempre estaba de muy mal humor. Sin embargo, aquel día Pável Andréyevich no estaba enfadado; callaba sin más. Se daba cuenta de que el enfado de su mujer se debía a la preocupación por el traslado, que suponía dejar a su marido y su casa.

En ocasiones era duro e intolerante con sus familiares, mientras que perdonaba sin reparo los defectos ajenos. Mostraba cierta indiferencia ante los asuntos domésticos: si Várvara Aleksándrovna compraba algún utensilio nuevo, a Andréyev le parecía bien; si algún objeto de valor se echaba a perder, no le importaba en absoluto, como si aquello no fuera de su incumbencia. En una ocasión, hacía mucho tiempo ya, Várvara Aleksándrovna le había pedido que trajera de la fábrica algunos tornillos de cobre.

–¿Te has vuelto loca? –la reprendió con rudeza Pável Andréyevich.

Aquel mismo día descubrió que habían desaparecido varios retales de paño que ella guardaba en la cómoda para remendar su abrigo de invierno. Cuando se lo contó a su marido, éste le dijo:

–Los he cogido yo para bruñir las piezas del compresor –luego detalló–: En la fábrica no tenemos con qué enjugar el aceite de las máquinas y el compresor es nuevo y muy delicado.

Várvara Aleksándrovna se acordaría de aquello durante muchos años. Sin embargo, Pável Andréyevich se mantenía en sus trece. Si pasaba una

vecina preguntando a Várvara Aleksándrovna: «¿Su marido ha traído harina de la fábrica? Al mío le dieron dos kilos en el taller», ésta regañaba a Andréyev:

–¿Por qué no cogiste harina? La semana pasada podrías haber traído aceite de girasol y tampoco lo hiciste.

–Mi intención era cogerlo cuando no hubiese cola, pero para entonces ya se habría agotado –se escabullía.

*

Esa noche Várvara Aleksándrovna tardó en dormirse. Antes había estado escuchando el silencio, luego se levantó de la cama y caminó descalza por las habitaciones, sin hacer ruido. Acabó por apartar el camuflaje de la ventana y escudriñar el cielo, claro y misterioso. Después se acercó a Volodia, que dormía, y se quedó mirando sus labios entreabiertos y su frente alta y morena. El niño se parecía a su abuelo: feo, achaparrado y de pelo hirsuto. Várvara Aleksándrovna le puso bien el calzón, que se le había bajado desde la barriga hasta las caderas, le besó un hombro flaco y tibio, le hizo la señal de la cruz y volvió a acostarse.

Aquella noche dio vueltas a muchas cuestiones.

Había vivido tantos años junto a Pável Andréyevich… Ni siquiera tenía sentido contarlos, ¡había pasado la vida entera a su lado! Tampoco habría sabido afirmar con certeza si le había ido bien o mal con él. Várvara Aleksándrovna jamás había confesado a nadie, ni siquiera a sus seres más cercanos, que durante los primeros años de su vida conyugal había sido una persona infeliz. Lo que había pensado acerca de su futuro matrimonio cuando era una jovenzuela no tuvo nada que ver con lo que le sucedió al casarse… Sus amigas le habían dicho: «Tú podrías casarte con un oficial y convertirte en capitana». También ella soñaba con vivir en Sarátov o Samara, ir al teatro en coche de punto y a bailar con su futuro marido en el Círculo aristocrático. Sin embargo, acabó por casarse con Andréyev: éste le había amenazado con tirarse al Volga si ella no lo aceptaba por esposo. Várvara Aleksándrovna tomó aquello a risa durante mucho tiempo, pero un día le dijo: «De acuerdo, Pável, me casaré contigo».

Aquellas palabras decidieron el resto de su vida.

Várvara Aleksándrovna tenía a Andréyev por un buen hombre, aunque de carácter difícil y extraño. Las personas como él, reservadas y caseras,

suelen ser gente hacendosa, amante de velar por los detalles de la vida doméstica y de acumular enseres y dinero. Pero en eso él era diferente.

Alguna vez había dicho a Várvara Aleksándrovna:

–Ay, Varia, cuánto me gustaría subir a un bote e ir hasta el mar Caspio y luego más allá, muy lejos. Si no lo hago, ya no veré nada más antes de morir.

Ella siempre había sentido la picazón de la vanidad, tener algo de qué enorgullecerse ante la gente. Y lo había conseguido. Ningún vecino podía presumir de un mobiliario, una glorieta en el jardín, unos frutales y unas flores en las ventanas tan hermosos como los que ella tenía.

Várvara Aleksándrovna sabía lo buen trabajador que era Andréyev y estaba dispuesta a defender ante cualquiera que no había mejor obrero que él en ninguna de las tres fábricas de Stalingrado ni tampoco en Donbass, en los Urales ni en Moscú.

Estaba orgullosa de la amistad que su marido mantenía con los Sháposhnikov, de modo que gustaba de contar a sus vecinas lo bien que aquéllos recibían en casa a Andréyev y les enseñaba las cartas de felicitación que Aleksandra Vladímirovna les enviaba con motivo del Año Nuevo.

Un Primero de Mayo, el director y el ingeniero en jefe de la fábrica fueron a visitar a los Andréyev en su casa. Las vecinas, muertas de curiosidad, se asomaron a los portalones y a las ventanas para intentar averiguar a qué habían venido aquellos dos automóviles. A Várvara Aleksándrovna se le helaban las manos del júbilo, mientras que el orgullo la abrasaba por dentro. En cambio, Pável recibió a los visitantes sin alterarse, como si el que acababa de llegar no fuera el director en persona sino el viejo carpintero Poliakov que venía después de un baño de vapor, en víspera de un día festivo, para tomar una copita de aguardiente.

Ella, la hija de un mecánico, había vivido toda su vida al lado de una fábrica importante y sabía reconocer el incalculable valor de que consideraran a su marido el mejor obrero en una enorme ciudad industrial. Finalmente pudo darse cuenta de que la posición social que había alcanzado su marido era mucho más honorable que ser el dueño de un bar del puerto.

Así habían vivido toda una vida juntos, y si alguien hubiese preguntado a Várvara Aleksándrovna si había amado o seguía amando a su esposo, por toda respuesta se habría encogido de hombros. Hacía tiempo que había dejado de pensar en aquello.

*

Cada noche era lo mismo. Primero, pensaba en su marido. Después, soñaba con su hijo Anatoli; le parecía ver sus ojos de niño y oír su voz queda. Los recuerdos del pasado, la añoranza de su hijo y los malos pensamientos a propósito de su nuera Natalia la asaltaban casi todas las noches.

Natalia era una mujer ruidosa, picajosa y antojadiza.

Várvara Aleksándrovna creía que Natalia había conseguido casarse con Anatoli con malas artes, pues entre sus méritos no se contaban la inteligencia ni la belleza, y su familia se había dedicado al pequeño comercio antes de la Revolución. Várvara Aleksándrovna solía hacer uso de su propia y peculiar lógica según la cual Anatoli había enfermado de disentería en 1934 por culpa de Natalia, como también por su culpa le habían sancionado por falta grave al ausentarse del trabajo el día después del Primero de Mayo, que había coincidido con el Domingo de Resurrección. Cuando Natalia iba con su marido al cine o al estadio, la suegra se enojaba con ella porque creía que desatendía a su nieto. Sin embargo, si veía a Natalia coser un traje para el pequeño, Várvara Aleksándrovna le reprochaba que lo malcriara, argumentando que Anatoli andaba con los codos de la chaqueta rotos y la ropa interior sin remendar.

Con todo, también Natalia era una mujer de armas tomar, de suerte que a Várvara Aleksándrovna no le resultaba nada fácil enfrentarse a ella. Natalia, a su vez, criticaba a su suegra por casi cualquier cosa que hacía.

Natalia encontró trabajo en un orfanato, donde se pasaba todo el día. A menudo, una vez acababa su turno, iba a visitar a sus conocidos. Cuando regresaba a casa después de aquellas visitas, Várvara Aleksándrovna se fijaba en todos los detalles: en si la nuera se negaba a cenar, en si su aliento olía a vodka, en qué vestidos llevaba, en cuándo se había hecho la permanente, en qué decía en sueños, en si traía un paquete de cigarrillos en lugar del tabaco para liar acostumbrado y en cómo a veces le hablaba al niño, medio distraída, con una ternura teñida de culpabilidad. Todos aquellos indicios le daban pie para fustigar a Natalia.

Pável Andréyevich intentó hacer entrar en razón a las dos mujeres, aduciendo que en la convivencia había que ser justo y bueno. Un día les dijo que eran dos émulas de Hitler. En una ocasión incluso perdió los estribos, blandió un puño, hizo añicos una fuente de porcelana color de rosa

y la taza en la que había tomado el té durante dieciocho años y amenazó a Várvara Aleksándrovna y a Natalia con echarlas de casa o bien marcharse él. No obstante, pronto cayó en la cuenta de que antes se dejaría la salud que conseguir solucionar aquel conflicto, ni por las buenas ni por las malas.

Al principio Várvara Aleksándrovna había dicho a su marido que las riñas entre mujeres no eran asunto suyo, pero cuando Andréyev dejó de intervenir, empezó a interpelarle sin descanso:

–¿Acaso no ves que se está excediendo? ¿Por qué no le dices nada?

–Déjame en paz –respondía Pável Andréyevich.

A Várvara Aleksándrovna le quedaba por delante un largo y duro camino que recorrer junto a aquella Natalia, pero se negaba a pensar en tan triste futuro.

7

Aquel día el turno de trabajo en la fábrica duró dieciocho horas. El taller de los hornos Martin, una inmensa nave de techos altos guarnecida con hierro, temblaba a causa del estruendo proveniente de los talleres contiguos y del patio donde estaban instaladas las máquinas de laminado: las brillantes planchas metálicas, al enfriarse, trocaban de repente la mudez del acero líquido en jóvenes voces resonantes. Los pesados martillos neumáticos alimentaban aquel estruendo golpeando en los carnosos y chispeantes lingotes de hierro incandescente. Luego, con igual estrépito, aquellos lingotes se depositaban en plataformas cuya estructura de madera estaba recubierta con barras de hierro para protegerla del metal todavía candente. El rumor de los motores y de los ventiladores, el crujido de las cadenas con las que se arrastraban las piezas de acero completaban aquel cuadro ensordecedor…

El ambiente en los talleres era seco y caliente. No quedaba ni una molécula de humedad; una ventisca blanca centelleaba en las bocas de piedra de los hornos, que se erguían en la alta penumbra de la nave. El polvo levantado por las imprevisibles ráfagas de aire provenientes del Volga laceraba los rostros de los operarios. El acero se vertía en los moldes, y la atmósfera crepuscular del taller se iluminaba de pronto con un haz de chispas veloces que, durante el breve instante de su maravillosa e inútil

vida, semejaban ora una nube blanca de moscas enloquecidas, ora una lluvia de flores de guindo. Cuando aquellas chispas se posaban de tiempo en tiempo en los hombros y las manos de los operarios, no parecían apagarse sino nacer sobre aquellos cuerpos sofocados por el trabajo.

Algunos de los operarios se acomodaban para tomar un descanso, y para ello colocaban una gorra a modo de almohada debajo de sus cabezas, echaban sus chaquetas forradas de lana sobre unos ladrillos o sobre una plancha de hierro y las usaban de colchón. En aquel taller no había tierra ni madera blanda, tan sólo acero, hierro fundido y piedra.

El estruendo constante del taller adormecía a los que estaban descansando. Sólo un silencio repentino hubiera podido sobresaltarlos. Sin embargo, el único silencio posible era el de la muerte o el que sobreviene tras una tempestad. En la fábrica, la paz nacía del estrépito.

Los trabajadores estaban al límite de sus fuerzas. Sus rostros se mostraban sombríos, tenían las mejillas hundidas y los ojos inflamados. Con todo, la mayoría de los operarios se sentían dichosos: las horas de incesante y dura labor, día y noche, les habían conducido a un estado de libertad, de triunfo en la lucha.

En la oficina de la fábrica se procedía a la quema de archivos: informes sobre la productividad de los años anteriores, planes de producción. Cual un soldado que al entrar en un combate a muerte deja de pensar tanto en lo que le espera al cabo de un año como en lo que le ha preocupado hasta entonces, aquella enorme planta siderúrgica vivía el presente.

El acero que allí se fundía se enviaba a la fábrica de tractores y a la Barricada, donde se transformaba en planchas de protección para blindados, en cañones y en morteros pesados. Día y noche, los carros de combate recién fabricados partían hacia el frente; día y noche, los camiones remolcaban los cañones no bien salían de la cadena de montaje en dirección al Don, levantando polvo a su paso. Estrechos lazos unían a los artilleros y a los tanquistas, que rechazaban con el fuego de sus cañones y con las orugas de sus blindados las embestidas del enemigo en su avance hacia Stalingrado, con aquellos miles de obreros –hombres y mujeres, viejos y jóvenes– que realizaban su labor en las fábricas a pocas decenas de kilómetros del frente. Aquélla era una unión sencilla y evidente que aseguraba una defensa escalonada de gran profundidad.

Al amanecer el director de la fábrica, un hombre entrado en carnes que vestía una casaca larga de color azul y unas botas de cabritilla, pasó por el

taller.

Los operarios bromeaban refiriéndose al director: que si se afeitaba dos veces al día, que si se lustraba sus botas otras tres, antes de cada turno, etc. No obstante, para aquella ocasión ni las había limpiado ni se había afeitado, ya que una incipiente barba oscura le cubría las mejillas.

El director era capaz de prever cómo funcionaría la fábrica durante el lustro siguiente; estaba informado de la calidad de la materia prima que llegaría con la próxima partida, como también sabía cuáles serían los encargos que la fábrica recibiría en otoño y cuáles en primavera. Asimismo, conocía la situación del suministro eléctrico en cada momento, sabía de dónde traerían la chatarra que se necesitaba para la producción y con qué tipo de comestibles y artículos se abastecerían los almacenes para los trabajadores. Él viajaba a Moscú; Moscú se comunicaba con él por teléfono. El primer secretario del Comité Regional del Partido en persona mantenía reuniones de trabajo con él. De él dependía lo bueno y lo malo: el acceso a la vivienda, las primas, la promoción de un trabajador dentro de la plantilla, las sanciones y los despidos.

Los ingenieros de la fábrica, el contable en jefe, el ingeniero técnico y los encargados de los talleres solían contestar a los requerimientos de sus subordinados diciendo: «Prometo pedírselo al director», «Haré llegar su petición al director», «A ver qué puede hacer el director», o, en cambio, les amenazaban con su ira: «Solicitaré al director que le despida».

El director recorrió el taller y se detuvo delante de Andréyev.

Acto seguido, los demás operarios formaron un corro alrededor de aquellos dos hombres.

Entonces, la pregunta que el director solía dirigir a los trabajadores cuando llegaba al taller resonó, severa, de labios de un obrero:

–¿Cómo va la producción?

–La situación se agrava con cada hora que pasa –respondió el director.

Explicó que, tan sólo catorce o dieciséis horas después de salir de la fábrica, el metal transformado en blindados entraba en combate; contó que una unidad del Ejército Rojo a la que se le había encomendado una misión importante había perdido todo su armamento durante un bombardeo, de modo que era necesario fabricar con urgencia cierta cantidad de acero extra. Los soldados estaban esperando. Dijo que carecía de la suficiente mano de obra, pues centenares de los mejores obreros, entre ellos comunistas, se habían incorporado a filas.

–¿Está cansado, camarada? –preguntó a Andréyev, mirándole a los ojos.

–No es momento de descansar –respondió éste y se ofreció enseguida–: ¿Necesita que me quede para hacer otro turno?

–Sí, es necesario –confirmó el director.

Aquello no era una orden, pues en ese momento no hablaba sólo en calidad de director de la fábrica. Sabía que su poder de conceder una prima, encumbrar a un trabajador, gestionar la concesión de una medalla al mérito en el trabajo o, en cambio, sancionar y rebajar de categoría, no le servía de nada durante aquellos días. Los rostros de los operarios que lo rodeaban daban fe de ello. Era consciente de que no todos los obreros bajo su mando eran personas amantes de su trabajo. También había entre ellos quienes trabajaban por necesidad, sin poner el alma en su cometido. Los había indolentes, los que habían dejado de creer en el presente y en el futuro de la fábrica y los que anteponían la habilidad de estar a bien con la directiva por encima de las cualidades profesionales.

El director miró a Andréyev.

La luz blanca que arrojaban los hornos iluminaba su frente arrugada; su rostro despedía el mismo resplandor que las vigas del techo cubiertas de hollín.

Andréyev parecía resumir en su persona una regla fundamental de la vida y del trabajo. Durante aquellos días se imponía algo más importante y poderoso que los intereses y las preocupaciones personales: lo esencial prevalecía en el momento decisivo para el destino de todo un pueblo.

Andréyev dijo:

–Siendo de ese modo, claro que voy a quedarme, faltaría más.

Una mujer mayor, vestida con una chaqueta de lona y un pañuelo mugriento de color rojo en la cabeza, dijo haciendo brillar sus dientes blancos:

–No se preocupe, hijo. Si es necesario haremos doble turno.

Así que todos siguieron en el taller.

Trabajaban en silencio. No se oían las habituales órdenes ni las enojadas instrucciones que los más competentes daban a los más torpes.

A ratos, Andréyev tenía la sensación de que los operarios conversaban sin articular palabra. De tiempo en tiempo giraba la cabeza para mirar a un chico estrecho de hombros, vestido con una camiseta de marinero a rayas, apellidado Slesariov. Éste se volvía y, como si hubiera leído los

pensamientos de Andréyev, echaba a correr hacia la puerta del taller arrastrando vagonetas llenas de moldes vacíos.

La agilidad en los movimientos de los trabajadores coexistía incomprensiblemente con el agotamiento y la fatiga.

No sólo los comunistas, los obreros de primera, los estajanovistas concienciados y los miembros del Komsomol, sino también las chicas traviesas de cejas perfiladas, vestidas con botas y pantalón de lona, que de cuando en cuando se miraban en sus pequeños espejos de mano, los refugiados de expresión huraña todavía torpes en el trabajo así como las madres de familia que con frecuencia corrían a la tienda de comestibles de la fábrica por si había llegado una nueva partida: en aquel momento, todos los que trabajaban en el taller estaban dominados por el entusiasmo desinteresado en la causa común.

Durante la pausa del almuerzo, un hombre de cara enjuta, vestido con una casaca verde, se acercó a Andréyev. Éste lo miró distraído y tardó en reconocerlo. Era el secretario del comité fabril del Partido.

–Pável Andréyevich, pase hoy a las cuatro por el despacho del director.

–¿Para qué? –preguntó contrariado Andréyev porque se le antojó que el director quería convencerle de que aceptara que lo evacuaran.

El secretario le miró por unos instantes y dijo:

–Esta mañana hemos recibido la orden de preparar la fábrica para poder volarla en cualquier momento. Se me ha encargado la selección del personal para esa tarea.

Emocionado, metió la mano en su bolsillo, buscando una tabaquera.

–No, eso no puede ser –dijo Andréyev.

8

Mostovskói telefoneó a Zhuravliov, un conocido suyo funcionario del Comité Regional, para pedirle que le ayudara a llegar hasta la fábrica.

–Debería dirigirse a Octubre Rojo –le sugirió Zhuravliov–, allí trabajan sus paisanos, los obreros evacuados de la fábrica Obújovski de Leningrado.

Entonces llamó al secretario del comité fabril del Partido y al comité del distrito de la fábrica de tractores para avisar de la visita de Mostovskói. Dejó a éste su coche personal y ordenó al chófer que esperara a Mijaíl

Sídorovich el tiempo que hiciera falta. Sin embargo, el chófer regresó al cabo de una hora y media. Mostovskói le dijo que se marchara, alegando que después de la asamblea tenía intención de visitar a un obrero al que conocía y que regresaría a casa por su cuenta.

Por la noche, mientras esperaban al secretario, el instructor del comité del distrito de la fábrica de tractores, convocado para una reunión en el Comité Regional, contó en detalle cómo había transcurrido el encuentro con Mostovskói.

–Fue una buena idea haber organizado un encuentro entre los obreros de la fábrica y un viejo combatiente de la Revolución –observó–. Todo fue muy bien, algunos incluso lloraron mientras relataba su última entrevista con Lenin, cuando éste ya estaba muy enfermo.

–También está avezado en cuestiones teóricas –señaló Zhuravliov, quien tenía una gran debilidad por la teoría, refiriéndose a Mostovskói.

–Es cierto, pero habló con gran naturalidad y sencillez. Incluso los aprendices se quedaron con la boca abierta por lo claras que resultaban sus explicaciones. Yo me encontraba en la fábrica cuando llegó, antes de que comenzara el segundo turno. Los secretarios del comité anunciaron que quienes hubieran terminado su trabajo y lo desearan podían asistir a un encuentro en el club. Se quedaron casi todos; sólo los menos concienciados se marcharon a casa. El encuentro fue muy interesante. Cuando la gente hubo llegado a la sala de conferencias, Mostovskói empezó diciendo: «Sé que estáis cansados después del trabajo». Aunque su discurso fue breve, su voz sonaba alta y clara. Es un orador extraordinario –el instructor se quedó pensativo y luego añadió–: A todos los asistentes, lo sé por mí, el corazón empezó a brincarles al escuchar sus palabras.

–¿Hubo preguntas?

–Muchas, y todas sobre la guerra: las causas de la retirada, la apertura del segundo frente, la evacuación, el apoyo a los trabajadores extranjeros. Desde luego, hubo quienes se interesaron por los salarios y el suministro de alimentos, pero tanto los viejos cuadros como los jóvenes prestaron mucha atención a sus respuestas.

El instructor bajó la voz y apuntó:

–A decir verdad, hubo una cuestión en la que metió la pata. Al hablar sobre la evacuación, dijo que las fábricas se quedarían donde estaban, que el trabajo no se interrumpiría, y dio el ejemplo de las fábricas Krasni Putílovets y Obújovski. Lo dijo cuando disertaba sobre el marco de los

objetivos de la clase obrera; sin embargo, ese mismo día habíamos celebrado una reunión a puerta cerrada a propósito de las medidas especiales que había que establecer en la fábrica como consecuencia del empeoramiento de la situación en el frente.

–Bueno, eso es comprensible –dijo Zhuravliov con una sonrisa–, él no estuvo en vuestra reunión ni tampoco habló según un plan prefijado… Por cierto, ¿por qué dejó marchar el coche?

–A eso iba. Después del encuentro, le propusimos que descansara en el despacho del director, donde le habíamos preparado un refrigerio. Sin embargo, nos dijo que quería visitar a un obrero conocido suyo, Andréyev, de modo que dejó que el coche se marchara sin él. Se despidió de nosotros y se fue andando a paso rápido; viéndolo caminar no le echaría más de cincuenta años. Por la ventana vi como unos obreros se unían a él en el patio, y juntos salieron hacia el pueblo…

9

Por la mañana, Várvara Aleksándrovna sirvió el té a Volodia y se preparó para darse un baño.

Por el camino, saboreaba de antemano el sosiego que la aguardaba. Le agradaba charlar con las conocidas en la tibia y apacible penumbra que reinaba en la sala de reposo. En los baños, las remembranzas del pasado regresaban a la mente de Várvara Aleksándrovna sin esfuerzo; los jóvenes cuerpos de piel blanca de las hijas y nietas de sus conocidas traían a su memoria, mezclada con la tristeza y el placer del recuerdo, la época de su propia juventud. Várvara Aleksándrovna creía que, una vez en los baños, dejaría de pensar, aunque sólo fuera durante media hora, en sus preocupaciones y en la inminente mudanza.

Sin embargo, también allí todo le recordaba la guerra, la angustia no la abandonaba en ningún momento. Aquel día, además de dos mujeres fornidas, venidas desde otra ciudad, según coligió de su conversación Várvara Aleksándrovna, en los baños había varias chicas que servían en el ejército. En el vestuario colgaban sus faldas de color verde, las casacas con insignias romboidales en los cuellos y las botas de caño. No había nadie a quien Várvara Aleksándrovna conociera.

Aquellos baños, a los que ella iba desde hacía tantos años, eran un pasatiempo pasajero para las chicas del ejército y no tenían ningún interés. Recordaban los baños que habían tenido ocasión de visitar en Vorónezh, Líski y Balashov como, al cabo de algunos días, recordarían asimismo los baños de Stalingrado en Sarátov o Engels. Su risa era tan sonora que a Várvara Aleksándrovna le entró dolor de cabeza. Mientras tanto, las dos civiles hablaban, sin tapujos, de asuntos poco decorosos, discutiendo sobre sus cosas. A Várvara Aleksándrovna se le ocurrió que, en compañía de aquellas dos mujeres, antes que lavarse más bien corría el riesgo de contagiarse de cualquier porquería.

–¡Venga, que la guerra todo lo borra! –decía una a voz en cuello, sacudiendo sus rizos mojados.

La otra, mirando a Várvara Aleksándrovna, le preguntó con una sonrisa:

–¿Qué te pasa, vieja? ¿Por qué me miras como si fueras de la GPU ?

–Ay, si pudiera te fulminaría con la mirada, maldita estraperlista –respondió Várvara Aleksándrovna.

En contra de lo que tenía previsto, no se lavó el pelo; se lió una toalla en la cabeza para evitar que se mojara y se dio un baño rápido con tal de salir de allí cuanto antes.

Cuando se encaminaba hacia su casa sonó la señal de alarma, alertando de un posible bombardeo. En aquel momento Várvara Aleksándrovna pasaba por delante de un solar donde se habían emplazado varios cañones antiaéreos, que empezaron a disparar con un estruendo ensordecedor. Echó a correr y cayó en el suelo polvoriento. Con la piel todavía húmeda después del baño, se levantó llena de polvo y llegó completamente sucia a su casa.

Su nuera, que ya había regresado después de su turno de guardia, estaba sentada en los escalones de la entrada, comiendo pan con pepino.

–¿Qué le ha pasado? ¿Se ha caído? –preguntó a Várvara Aleksándrovna al ver el aspecto que traía.

–No aguanto más –respondió la anciana.

Con todo, Natalia no le dirigió ni una palabra de consuelo, se limitó a dar media vuelta y entró en la cocina. Tenía la sensación de que en casa nadie la comprendía. Salía con amigos e iba al cine para distraerse, para olvidar lo infeliz que se sentía, para intentar no pensar en cuánto echaba de menos, día y noche, a su marido. Por la misma razón había empezado a fumar y a aceptar los trabajos más duros. En una ocasión, estuvo casi dos días seguidos en el orfanato haciendo la colada: lavó doscientas ochenta

prendas de ropa interior infantil, sábanas y fundas de almohada para intentar dejar de pensar en sus penas. De estar contenta y despreocupada no habría fumado ni ido de visita a casas ajenas. Tan sólo su nueva amiga Klavdia, limpiadora en el orfanato, la comprendía y sentía lástima por ella.

Precisamente, era aquella amistad con Klavdia lo que Várvara Aleksándrovna más le reprochaba a Natalia. Suegra y nuera no querían ni podían entenderse, a pesar de que ambas amaban a Anatoli. Várvara Aleksándrovna acudía a una gitana para que ésta le echara las cartas e iba a la iglesia a rezar. No obstante, ni la adivina ni el Señor la ayudaron a deshacer un embrollo con siglos y siglos de historia. Tanto la madre que había dado a luz al hijo como la esposa que había dado a luz al hijo del hijo tenían derecho de primacía en aquella casa. Pero ambas se habían dado cuenta de que aquel derecho no se podía compartir, y habían comprendido, o al menos así lo creyeron, una verdad tan dura como sencilla: vencía la más fuerte.

De pie en el recibidor, Várvara Aleksándrovna se limpió el polvo, se pasó un trapo por los zapatos y entró en la habitación.

–¿Ha regresado el abuelo? –preguntó a Volodia.

El niño gruñó algo ininteligible; por la ventana abierta, miraba el cielo con los ojos entornados. En las alturas zumbaba un avión invisible que expulsaba tras de sí una estela blanca y vaporosa.

–Es una nave de reconocimiento –dijo–. Está fotografiando la ciudad.

Así se lo habían explicado los soldados de la defensa antiaérea.

«No sé por qué se lo pregunto… –pensó Várvara Aleksándrovna–. Si hubiese regresado, su gorra estaría colgada donde siempre. Se habrá quedado a trabajar en el turno de mañana.»

Reflexionó sobre la ingrata vida que llevaba y salió a llorar entre los rojos y alegres tomates del huerto para que Natalia no viera sus lágrimas. Sin embargo, al llegar allí se encontró con que el lugar ya estaba ocupado. Vio a su nuera sentada en el suelo, llorando.

Después del almuerzo un anciano un tanto extraño llamó a la puerta de la casa. En un primer momento Várvara Aleksándrovna pensó que era un refugiado en busca de alojamiento, pero resultó que había venido a ver a Pável Andréyevich.

–Buenas tardes, madrecita –saludó–, ¿puedo ver al camarada Andréyev?

«Qué madrecita ni que ocho cuartos –pensó Várvara Aleksándrovna, contrariada, mirando al anciano con desconfianza–, si yo podría ser tu hija,

viejo chocho.»

Su ojo perspicaz enseguida advirtió la avanzada edad de Mostovskói, ya que no se había dejado engañar por la fuerza de su voz ni por la agilidad de sus movimientos. Lo invitó a entrar en la casa, al tiempo que pensaba, molesta, que aquel anciano había venido a ver a su marido para tomar juntos unas copas.

Sin embargo, transcurridos unos minutos, el viejo, que había decidido esperar a Andréyev, empezó a preguntar a Várvara Aleksándrovna sobre su vida y su familia, y se entretuvieron conversando. Aquel advenedizo, de quien al principio había desconfiado, al poco le pareció alguien a quien hacía mucho que hubiese deseado contar sus penas. Antes de entrar en la casa él había estado un buen rato limpiándose los zapatos en un felpudo delante de la puerta; luego pidió permiso para fumar en la habitación, añadiendo que también podría hacerlo fuera si a ella le molestaba el humo. Después dijo «perdone» y le pidió un cenicero. Várvara Aleksándrovna le llevó uno bonito, en el que guardaba botones, dedales y agujas de ganchillo, en vez de la tapa de hojalata que usaba Pável Andréyevich.

El anciano paseó la mirada por la habitación y comentó:

–Qué bonito –luego pensó un momento y agregó–: ¡Maravilloso!

Vestía de un modo sencillo, era narigudo y parecía un hombre de condición humilde, pero al fijarse bien, Várvara Aleksándrovna se percató de lo erróneo de su apreciación; tal vez fuera contable, ingeniero de la fábrica o médico del hospital fabril. No lograba precisar qué era exactamente. De pronto se le ocurrió que no era alguien a quien su marido conociera de la fábrica, sino de la ciudad, acaso un familiar de los Sháposhnikov.

–¿Conoce a Aleksandra Vladímirovna? –preguntó Várvara Aleksándrovna.

–Claro que la conozco –respondió y le dirigió una mirada rápida, sorprendido por su sagacidad.

La conversación con Mostovskói perturbó de nuevo el ánimo de Várvara Aleksándrovna. Le había contado a Mijaíl Sídorovich que Andréyev se equivocaba al no pensar en cómo salvar su vida, su casa y sus bienes. También le habló de Anatoli. Dijo que, a pesar de que toda madre consideraba a sus hijos las mejores personas del mundo, ella no era así, pues también sabía ver sus defectos. Tenía dos hijas casadas que vivían en el Lejano Oriente y cuyos defectos conocía al dedillo. Sin embargo, no

podía decir nada malo de Anatoli. Su hijo era tranquilo y taciturno desde niño; cuando aún era un bebé, ella le daba el pecho antes de acostarlo y él dormía toda la noche, sin llorar ni llamarla. Por la mañana, al despertarse, tampoco rompía a llorar, sino que se quedaba quieto con los ojitos abiertos, mirando.

A continuación, nada más terminar de referir la primera infancia de su hijo, pasó a hablarle de la nuera, como si entre la época en que Anatoli vivía envuelto en pañales y el día en que se casó sólo hubieran transcurrido un par de meses.

Tal vez precisamente en eso consista la peculiar y constante relación de una madre con su hijo: en el imaginario materno, un hijo que ya es adulto y lleva barba coexiste con el bebé que alguna vez fue, de suerte que en el corazón de esa madre, hasta el final de sus días, aquel bebé de pelo rubio y ese hombre de cuarenta y cinco años con canas en las sienes forman una unidad indisoluble.

En cambio, por lo que respectaba a Natalia, Várvara Aleksándrovna tenía una actitud muy diferente, ya que era incapaz de ver en su nuera ninguna bondad ni virtud.

Al escuchar hablar a Várvara Aleksándrovna, Mijaíl Sídorovich aprendió nuevas variables sobre la perfidia femenina, cosas que ni siquiera hubiera podido hallar en la obra de Shakespeare. Le impresionó la fuerza de las pasiones que desgarraban aquella pequeña familia obrera, bien avenida y apacible según él había creído al principio.

De modo que, en vez de hallar consuelo en aquella casa, fue Mijaíl Sídorovich quien tuvo que darlo.

Andréyev entró en la habitación, saludó al visitante, se sentó a la mesa y rompió a llorar. Al ver por primera vez en la vida lágrimas en los ojos de su marido, Várvara Aleksándrovna se sintió tan desconcertada que salió corriendo hacia la cocina con un tomate en una mano y un cuchillo en la otra, creyendo que la muerte había irrumpido en su casa y la hora suprema había llegado.

Mostovskói se quedó a dormir en casa de los Andréyev. Los dos hombres pasaron la mitad de la noche charlando sentados alrededor de la mesa.

Por la mañana, cuando Mostovskói regresó a su casa, Agripina Petrovna le entregó una nota de Krímov. En ella le explicaba que su unidad permanecería en Stalingrado durante algún tiempo más, pero que él tenía

que partir hacia el frente aquella misma mañana y que iría a visitar a Mostovskói tan pronto como regresara a la ciudad. Al final de la nota había una posdata: «Mijaíl Sídorovich, usted no puede imaginar siquiera las ganas que tengo de verle».

10

El domingo por la mañana, los Sháposhnikov recibieron una carta para Seriozha. Yevguenia Nikoláyevna, con el sobre en la mano, preguntó entre risas:

–¿La abro o no? Es evidente que la letra es de mujer. Tras pasar por la censura militar, ahora toca la de familia. Todo indica que es de Dulcinea del Toboso. ¿La leo, mamá?

Abrió el sobre, sacó de dentro una pequeña hoja de papel y la leyó. De pronto lanzó un grito.

–Ay, Dios mío, ¡Ida Semiónovna ha muerto!

–¿De qué? –se apresuró a preguntar Maria Nikoláyevna.

Marusia tenía un miedo cerval a morir de cáncer y no dejaba de descubrir en su organismo síntomas de aquella enfermedad. Cuando se enteraba de la muerte de alguna mujer de su misma edad, se interesaba en primer lugar en si había sido a causa de un cáncer. Stepán Fiódorovich solía decirle en broma: «Tienes tantos cánceres de esos que se podría abrir una cervecería». [2]

–Murió a causa de una pulmonía –anunció Zhenia–. ¿Qué hacemos? ¿Le enviamos la carta a Seriozha?

Ida Semiónovna, la madre de Seriozha, no era una persona querida en la familia de los Sháposhnikov.

Cuando aún vivía con su marido en Moscú, Ida no vacilaba en mandar a su hijo a casa de la abuela por largos períodos de tiempo. Antes de empezar el curso escolar Seriozha se quedaba a veces durante cuatro o cinco meses seguidos con Aleksandra Vladímirovna.

En el momento de su muerte Ida Semiónovna vivía desterrada en Kazajistán, cerca de Karaganda. Desde allí apenas había escrito a su hijo.

Seriozha, reservado y taciturno, nunca hablaba de su madre, y cuando la abuela le preguntaba por ella, respondía en un tono lacónico:

–Mamá escribe que está bien de salud; imparte conferencias sobre higiene y trabaja en una casa de cultura.

Sin embargo, cuando en una ocasión la tía Marusia comentó en presencia de Seriozha que Ida Semiónovna desatendía a su hijo y que pasaba demasiado tiempo descansando en los balnearios, el joven profirió un grito agudo, inarticulado, y salió a la carrera de la habitación, dando un portazo con todas sus fuerzas.

Aleksandra Vladímirovna estuvo un largo rato leyendo, sin pronunciar palabra, aquella breve carta escrita por una enfermera de hospital. Luego dijo, pensativa:

–En sus últimos días no dejó de recordar a Seriozha. –Metió lentamente la carta en el sobre y consideró–: Creo que en estos momentos no conviene que hagamos llegar la carta a Seriozha.

–Tienes razón –dijo Marusia–, sería un sinsentido y una crueldad. Y tú, Zhenia, ¿qué opinas?

–No sé, no sé –fue la respuesta.

–¿Cuántos años tenía la pobre? –preguntó Marusia.

–Los mismos que tienes tú –contestó Zhenia a su hermana, mirándola con enojo.

11

Spiridónov fue convocado a una reunión con Priajin en la sede del Comité Regional del Partido. Las razones de aquel requerimiento bien habrían podido ser de orden general: cuestiones relacionadas con la protección y la defensa de la central eléctrica, los nuevos objetivos que se había marcado debido al cambio de la situación…

No obstante, también podría tratarse de una reprimenda: acaso porque en una ocasión se había averiado una de las turbinas o porque la panificadora se había quedado sin luz durante dos horas y en consecuencia se había retrasado la entrega de la hornada; por una queja formal de los astilleros porque Stepán Fiódorovich se había negado a proveerlos de energía adicional; por el mal estado del cableado de reserva o por una

discusión acerca de su reclamación a propósito de la baja calidad del combustible.

Stepán Fiódorovich pensaba en qué explicaciones y excusas ofrecería al respecto: muchos de los operarios cualificados se habían alistado como voluntarios, el desgaste de la maquinaria, la falta de disponibilidad de electricistas, el mal funcionamiento de las subestaciones eléctricas instaladas en las fábricas. Él había solicitado a los responsables de las fábricas de tractores, la Barricada y la Octubre Rojo, que acordaran elaborar un plan de distribución de energía que evitara sobrecargas y bajadas de tensión en la red, pero no habían movido un dedo en ese sentido, sino que seguían funcionando a pleno rendimiento y ahora la culpa recaería sobre él. No era fácil proveer de energía tres fábricas gigantescas como aquéllas, centros que en una hora eran capaces de consumir más kilovatios que cinco ciudades juntas.

Con todo, Stepán Fiódorovich sabía que en el Comité Regional no veían con buenos ojos a quienes alegaban causas objetivas, y le responderían: «Entonces ¿hemos de pedir que la guerra espere hasta que Spiridónov resuelva su larga lista de problemas?».

Camino del comité a Stepán Fiódorovich le habría gustado pasar por casa, pues tenía tiempo suficiente. Además, echaba de menos a su familia y, si dejaba de verlos por un día o dos, se inquietaba por ellos y por su salud. Sin embargo, decidió que era improbable que hubiese alguien en casa en horario laboral, de modo que ordenó al chófer que lo condujera directamente al comité.

Delante de la sede del comité había centinelas voluntarios armados con fusiles que vestían americanas ceñidas con cintos. Con aquel aspecto se asemejaban a los guardias rojos de Petrogrado en los tiempos de la Revolución o a los combatientes obreros durante la primera defensa de Tsaritsin. Uno de ellos, con grandes bigotes entrecanos, parecía salido de un cuadro de la época.

Stepán Fiódorovich se emocionó al ver a aquellos obreros armados. Su padre había perdido la vida defendiendo la Revolución en las filas de la Guardia Roja; cuando aún era un chaval Stepán Fiódorovich también había hecho de centinela, armado con una escopeta de caza, ante la sede del comité revolucionario del distrito.

Resultó que Stepán Fiódorovich conocía al guardia apostado en la entrada, ya que hasta hacía poco había trabajado de ayudante de electricista

en la sala de máquinas de la central.

–Mis respetos a la clase obrera –le saludó Stepán Fiódorovich de camino a la entrada; sin embargo, el antiguo ayudante de electricista le interpeló:

–¿Adónde va?

–A ver a Priajin. ¿Qué te pasa? ¿Se te han subido los humos y no reconoces a tu antiguo jefe?

El rostro del joven no mudó su expresión seria. Pidió a Stepán Fiódorovich que le enseñara su documentación, al tiempo que le cortaba el paso.

Examinó durante un buen rato el carné del Partido de Spiridónov, dos veces levantó y bajó la mirada, como cotejando la foto del documento con la cara de su titular, al que tenía delante.

–Vaya, amigo, veo que te has convertido en todo un burócrata –le dijo Spiridónov algo molesto.

–Puede pasar –respondió el guardia con la misma expresión pétrea en el rostro, al tiempo que una pizca de picardía chispeaba en el fondo de sus ojos.

Mientras subía las escaleras, Stepán Fiódorovich repitió varias veces para sus adentros con burla y cierto enojo: «¡Ahora les ha dado por jugar a la guerra!».

El reservado y misterioso Barulin, ayudante del secretario del comité, vestía una casaca y un pantalón bombacho militares de color verde en lugar de su habitual americana color café y su corbata. Una correa le pasaba por el hombro cruzándole el pecho y la espalda; del cinto le colgaba una funda con un revólver dentro. Los funcionarios del comité que iban entrando en la antesala vestían asimismo casacas. Casi todos ellos llevaban portaplanos y bolsas de campaña.

En la antesala y en los pasillos se agolpaba un gran número de militares. Un coronel apuesto y delgado, jefe de una de las divisiones acuarteladas en la ciudad, se dirigió directamente al despacho del secretario, haciendo crujir sus botas brillantes y bien compuestas, mientras se quitaba uno de sus guantes de cuero marrón. A su paso todos los oficiales que se encontraban en la sala de espera se cuadraron. Barulin, aunque no era militar, también se levantó. El coronel reconoció a Stepán Fiódorovich y le sonrió; éste se puso en pie y le saludó con un estilo casi militar. Se habían conocido en un balneario del Comité Regional, de modo que el recuerdo de aquel

encuentro, ajeno a la guerra, estaba ligado a actividades agradables y divertidas como paseos en pijama, baños y pesca.

Aquel coronel, con su guerrera de corte impecable y guantes de cabritilla, encarnaba la perfecta imagen de un oficial de carrera. Sin embargo, durante la estancia en el balneario, mientras pescaban juntos una noche, le contó a Stepán Fiódorovich, con un agradable acento del sur en sus palabras, que era hijo de un carpintero de Vólogda y que en su juventud había ejercido el oficio de su padre.

El presidente del consejo municipal de la Osoaviajim [3] entró en la antesala; era un hombre atrabiliario que se sentía permanentemente ultrajado por el hecho de que los funcionarios del comité no mostraran el debido interés y respeto por su persona y por su trabajo. Andaba siempre encorvado, pero aquel día parecía haberse erguido; incluso su voz y sus ademanes denotaban diligencia y confianza en sí mismo. Le secundaban dos muchachos que llevaban carteles explicativos acerca de los mecanismos de una granada de mano, de un fusil y de una ametralladora ligera.

–Zhuravliov ya los ha aprobado –anunció el presidente de la Osoaviajim, enseñando los carteles a Barulin.

–Entonces hay que mandarlos directamente a la imprenta –dijo Barulin–, ahora mismo voy a comunicárselo al encargado.

–Sin pérdida de tiempo: son para los regimientos de voluntarios y tienen que recibirlos antes de salir en campaña –insistió el presidente de la Osoaviajim–. El año pasado me costó un mes conseguir que hicieran una tirada de cien carteles, pues estaban imprimiendo unos manuales.

–No se preocupe, le darán prioridad a su encargo, en cumplimiento de la ley marcial –le tranquilizó Barulin.

El presidente de la Osoaviajim enrolló sus carteles y se dirigió a la salida junto con su comitiva. En el momento de pasar por delante de Stepán Fiódorovich, le echó una mirada distraída, como diciendo: «Aunque sé quién eres, amigo, ahora mismo no tengo ni un segundo para ti».

Mientras, los teléfonos sonaban sin cesar: ¡la guerra se acercaba a Stalingrado! Llamaban de la dirección política del Estado Mayor del frente; llamaba el jefe de la defensa antiaérea de la ciudad; llamaba el comandante de un regimiento de voluntarios; llamaban de la dirección de la red de hospitales y del centro de distribución de combustible; llamaba un corresponsal de guerra del *Izvestia;* llamaban dos directores, conocidos de Stepán Fiódorovich, encargados de talleres donde se fabricaban morteros

pesados y cócteles mólotov; llamaba el jefe de la dotación de bomberos de una fábrica. Allí, en aquella sala de espera que tan bien conocía, Stepán Fiódorovich sintió que la guerra se cernía sobre el Volga.

Ahora, la antesala del Comité Regional parecía la oficina de una fábrica, no en vano ante las puertas del despacho de Spiridónov solía reinar el mismo bullicio: los proveedores, los jefes de taller y los contramaestres perdían los nervios; telefoneaban de la sala de calderas; el representante de un consorcio alborotaba; el chófer de algún director, siempre descontento por algo, se paseaba arriba y abajo. Había un movimiento continuo de personas en un estado de agitación constante que entraban para comunicar que estaba cayendo la presión del vapor, que había bajado la tensión en la red, que un abonado estaba armando un escándalo, que un maquinista se había distraído, que un controlador no había prestado la suficiente atención... y así desde la mañana hasta la noche, con gran estrépito y al son de los teléfonos del circuito interno y del exterior.

Spiridónov conocía otras maneras de trabajar. En Moscú, el comisario del pueblo lo había recibido varias veces. A Stepán Fiódorovich le había impresionado la tranquilidad del ambiente que reinaba en la antesala del despacho del comisario, en contraste con la algazara de las oficinas que Spiridónov frecuentaba y en las que las conversaciones se interrumpían constantemente por las llamadas telefónicas y la cháchara a media voz de las empleadas que comentaban los últimos sucesos acaecidos en la cantina.

El comisario interrogó largo y tendido a Stepán Fiódorovich, pidiéndole detalles sobre el funcionamiento de la central, como si no tuviese otros asuntos más importantes que tratar. En la tranquila antesala de su despacho solía haber poca gente, a pesar de que era responsable ante el Partido y el Estado de decenas de empresas de Stalingrado, de la recogida de la cosecha, del transporte fluvial…

Sin embargo, ahora Stepán Fiódorovich veía irrumpir el torbellino de la guerra en los sobrios despachos del Comité Regional, por cuya puerta entraban en tropel las últimas noticias de lo que estaba aconteciendo en el frente. En las comarcas donde hacía tan sólo un año se roturaban las tierras en primavera, se levantaban centrales eléctricas, se construían escuelas y molinos, o se elaboraban meticulosos informes acerca del estado de la maquinaria agrícola y del curso de la labranza y de la siembra, hoy se desmoronaban edificios y puentes, ardía el grano almacenado, mugía y corría sin rumbo el ganado, acribillado por las ráfagas de los Messerschmitt.

Durante los pocos minutos que Stepán Fiódorovich llevaba en el comité, percibió con todo su ser que los acontecimientos de la guerra que tanto lo angustiaban iban entrando a formar parte del presente de su familia, su mujer, su hija, sus amigos íntimos, las calles y las casas de su ciudad, sus turbinas y sus motores. Aquellos acontecimientos ya no componían sólo los boletines de noticias, los artículos de prensa y las historias que referían los que venían del otro lado, sino que se habían materializado en vida y muerte.

Filípov, el vicepresidente del comité ejecutivo regional, se acercó a Stepán Fiódorovich. Al igual que los demás funcionarios, vestía una casaca militar y llevaba un revólver colgado del cinto.

Filípov llevaba un año y medio enemistado con Stepán Fiódorovich, desde que éste se había negado a proveer de energía una obra de construcción que Filípov había auspiciado. Cuando coincidían, apenas si se saludaban. Durante los plenos del comité Filípov desaprobaba la labor de la dirección de la central eléctrica, alegando que eran unos cicateros. Stepán Fiódorovich comentaba con ironía a sus camaradas:

–Ciertamente, en la persona de Filípov tengo un apoyo constante: ha intentado por todos los medios que me impongan una sanción grave, pero no lo ha logrado.

No obstante, ahora, al llegar junto a Stepán Fiódorovich, Filípov le dijo: «Hombre, Stiopa, ¿qué tal te va?», y le estrechó la mano. Ambos se emocionaron, conmovidos, al caer en la cuenta de cuán insignificante resultaba su vana enemistad en relación con la magnitud del peligro en el que se hallaba la nación. ¡Qué de nimiedades impedían a veces el entendimiento entre las personas!

Filípov señaló con la cabeza en dirección a la puerta del despacho del secretario y preguntó:

–¿Sabes si te queda para mucho? Podríamos ir a la cantina; Zhalkin ha traído muy buena cerveza y, además, tienen un esturión muy rico.

–Encantado –aceptó Stepán Fiódorovich–, he llegado con mucha antelación.

Se dirigieron a la cantina reservada a los funcionarios del comité.

–Ya ves, viejo camarada –dijo Filípov–, hoy he oído en un informativo que los alemanes han ocupado Verjne-Kurmoyárskaya. Es mi pueblo natal, allí nací y me hice del Komsomol, así que ya me entiendes… Creo que tú no eres oriundo de Stalingrado sino de Yaroslavl, ¿verdad?

–En estos momentos todos somos de Stalingrado –repuso Stepán Fiódorovich.

–Cierto –asintió Filípov y repitió con agrado las palabras de su interlocutor–: es verdad, ahora todos somos de Stalingrado. Las noticias del informativo de hoy son alarmantes.

Stepán Fiódorovich sentía muy próximas a las personas que había a su alrededor: todas ellas eran sus compañeros, gente de su mismo círculo. Un hombre calvo de unos cincuenta años, jefe de la sección militar, cruzó la cantina. Filípov le preguntó:

–Mijáilov, ¿te apetece tomar una cervecita?

En tiempos de paz, el trabajo nunca había abrumado a Mijáilov. Los que pasaban las noches en blanco, desviviéndose por cumplir con los planes de producción, de siembra y de recogida de la cosecha, decían de él no sin ironía:

–Mijáilov siempre es el primero en ir a almorzar.

Pero ese día Mijáilov respondió a la invitación de Filípov:

–No puedo, ¿bromeas? Llevo dos noches sin dormir. Acabo de llegar de Kárpovka, [4] dentro de cuarenta minutos tengo que estar en la fábrica y a las dos de la madrugada he de dar parte.

Stepán Fiódorovich dijo a Filípov:

–También a Mijáilov le ha llegado el turno de trabajar.

–Lo han ascendido a mayor, ahora luce dos barras [5] –argumentó Filípov–. Ayer mismo lo invistieron, fue Priajin quien lo propuso para el cargo.

¡Cuán próximas, transparentes y entrañables sentía Stepán Fiódorovich a las personas de su entorno con todas sus virtudes y defectos! Él siempre había sido una persona sociable y afectuosa que estimaba y recordaba con cariño a todos sus antiguos compañeros y paisanos, ya fueran jóvenes cerrajeros, alumnos de las escuelas obreras o estudiantes en prácticas; siempre había censurado a los arribistas que daban la espalda a quienes habían sido sus amigos en épocas menos prósperas y medraban en las altas esferas.

Ahora sentía ternura por cuantos formaban parte de su mundo, sin hacer distinciones entre los que habían llegado a ser gente importante y los que seguían llevando una vida modesta…

Sobre ese sentimiento cariñoso se cernía la amenaza de unas fuerzas extrañas y hostiles que odiaban a muerte aquel mundo que tan querido le

era a Stepán Fiódorovich: las fábricas, las ciudades, sus amigos, coetáneos y familiares, la vieja cantinera que en aquel momento le llevaba, solícita, una servilleta de papel color de rosa...

Sin embargo, no tenía tiempo ni palabras para hablar de sus sentimientos con Filípov.

*

Volvieron a la antesala y Spiridónov preguntó a Barulin:

–Es mi turno, ¿verdad?

–Tendrá que esperar, camarada Spiridónov, antes haré pasar a Mark Semiónovich.

–¿Y eso por qué? –se sorprendió Stepán Fiódorovich.

–No depende de mí, camarada Spiridónov.

La voz de Barulin había sonado indiferente, y en vez de dirigirse a Stepán Fiódorovich por su nombre y patronímico, como hacía habitualmente, le había llamado por su apellido.

Spiridónov conocía la capacidad de Barulin de saber distinguir con sutileza entre los visitantes sumamente importantes y los importantes a secas, entre éstos y los ordinarios, subdividiendo a estos últimos en los que hacían falta con urgencia, los que simplemente hacían falta y los que podían esperar. Según esa jerarquía, Barulin acompañaba a los primeros directamente al despacho, informaba sin demora de la llegada de los segundos y pedía a los terceros que esperaran. Su trato con los que aguardaban para ser recibidos también variaba: a los primeros les preguntaba cómo les iba a sus hijos en el colegio; se interesaba por el trabajo de los segundos; sonreía y guiñaba el ojo a los terceros; a los cuartos no les decía nada, enfrascado en sus papeles; a los quintos les regañaba: «Camarada, aquí no se puede fumar».

Stepán Fiódorovich se percató de que aquel día había descendido de la categoría de los hombres importantes a la de los ordinarios. Sin embargo, en lugar de enfadarse pensó: «Ese Barulin es un buen chico. ¡Trabaja día y noche!».

12

Nada más entrar en el despacho de Priajin, Stepán Fiódorovich se dio cuenta de que aquél seguía siendo el de antes.

Su aspecto, la forma de saludar con la cabeza, la mirada atenta aunque aparentemente distraída que había dirigido a Spiridónov y la manera de colocar el lápiz sobre el juego de escritorio antes de escuchar a su visitante eran las de siempre. Su voz y sus movimientos transmitían tranquilidad y confianza en sí mismo.

Gustaba de mencionar al Estado en sus conversaciones, de modo que, cuando el director de alguna fábrica o un koljós se quejaba de las dificultades para cumplir a tiempo con los planes, Priajin solía argumentar:

–El Estado necesita acero y le trae sin cuidado si es fácil o difícil conseguirlo.

Al ver sus grandes hombros encorvados, la ancha frente de obstinado y unos ojos de mirada atenta e inteligente, la gente creía escuchar hablar por su boca al mismísimo Estado. Decenas de hombres, de jefes y de directores, notaban el peso de su dura mano, a veces cruel, pero siempre firme.

No sólo estaba al tanto del trabajo de aquellas personas, sino que también conocía su vida privada; durante aquellas reuniones, en las que se trataba de planes, números, toneladas y porcentajes, preguntaba a veces entre risas a alguno de los presentes: «¿Qué tal? ¿Has vuelto a ir de pesca» o «¿Sigues discutiendo con tu mujer?».

Mientras entraba en el despacho, Spiridónov pensó por un instante que Priajin, afligido y emocionado, se le acercaría, lo abrazaría por los hombros y le diría:

–Ay, hermano, qué tiempos tan difíciles… ¿Te acuerdas de cuando estaba en el comité del distrito…?

Pero no fue así; Priajin se mostraba tan contenido y diligente como siempre, cosa que, en vez de entristecer a Spiridónov, lo tranquilizó. El Estado permanecía sereno, seguro y nada dado a sentimentalismos de tintes líricos.

Sobre la pared del despacho en la que solían colgar cuadros y diagramas que representaban gráficamente la evolución en la producción de tractores y de acero, se desplegaba un gran mapa de operaciones. De la extensa superficie de la región de Stalingrado habían desaparecido los cultivos del

cereal, los jardines, las huertas y los molinos, y ahora aparecía surcada por rayas que delimitaban líneas de defensa, zanjas antitanque y terraplenes levantados para detener el avance del enemigo.

Sobre una mesa larga cubierta con un mantel de paño rojo en la que solía haber lingotes de acero, tarros con granos, enormes pepinos y tomates cosechados en la cuenca del Volga cerca de Ajtúbinsk, ahora había carcasas de granada, espoletas, percutores, una zapa, una metralleta y unas pinzas para la extinción de bombas incendiarias, muestras de la nueva producción de la industria local.

Stepán Fiódorovich informó brevemente sobre el funcionamiento de la central. Dijo que si se seguía utilizando combustible de baja calidad, al cabo de unos tres meses habría que suspender la actividad en una parte de la central para hacer las reparaciones pertinentes. Cualquier ingeniero hubiera estado de acuerdo con él.

Spiridónov sabía cuánto admiraba Priajin las turbinas de la central hidroeléctrica de Stalingrado: cuando la visitaba, permanecía largo rato en la sala de máquinas haciendo preguntas a maquinistas y electricistas y gozando de la visión de los más complejos y perfectos aparatos. En una ocasión, mientras estaba de pie frente al tablero principal recubierto de mármol, salpicado de luces rojas y azules de las que fluían con la rapidez de un rayo ríos de electricidad hacia la ciudad, los astilleros y las fábricas Barricada, Octubre Rojo y de tractores, Priajin dijo a Stepán Fiódorovich:

–Me descubro ante esto. ¡Qué gran obra!

Spiridónov explicó que en Svetli Yar se almacenaban ciertas reservas de combustible de alta calidad, de modo que, si le concedían la autorización pertinente, se encargaría de llevarlas a la central con sus propios medios. Aquel combustible estaba destinado a Kotélnikovo y Símniki, aunque ahora que… Creía que Priajin apoyaría aquella idea, pero éste negó con la cabeza.

–El diligente Spiridónov se propone obtener un beneficio para la central aprovechándose de las circunstancias de la guerra. El Estado tiene su propia línea directriz, y Spiridónov la suya.

Pronunció aquellas palabras en un tono de reproche y durante un instante fijó la vista en un borde de la mesa, en silencio.

Spiridónov comprendió que estaba a punto de conocer la razón de su convocatoria. Un nuevo objetivo, probablemente.

–Bien –comenzó Priajin–. El comisariado del pueblo presentó el plan de desmantelamiento de la central que usted ya conoce. El comité de defensa

de la ciudad me instó a que le comunicara lo siguiente: es prácticamente imposible desmantelar las calderas y las turbinas. La central funcionará hasta que sea posible, pero mientras tanto, hay que acometer los preparativos pertinentes para poder volar las turbinas, la sala de calderas y el transformador de aceite. ¿Entendido?

La desazón se apoderó de Stepán Fiódorovich. Consideraba poco patriótico pensar en la evacuación, y si le daba por hablar en el trabajo de la posible marcha de su familia, lo hacía sólo con sus más allegados con tal de que no se propagaran rumores alarmistas. En su caja fuerte tenía guardado el plan, ya aprobado, de la evacuación de la central, pero lo consideraba papel mojado. Cuando los ingenieros intentaban hablarle de aquello, él respondía, contrariado:

–Que no cunda el pánico. Dedíquense a trabajar.

Toda su vida había sido optimista. Cuando la guerra hubo comenzado, no creyó que el repliegue soviético se prolongara y pensó que se detendría a los alemanes en cualquier momento.

Últimamente venía barruntando que Stalingrado saldría mejor parada que Leningrado, bloqueada por los nazis, pues creía que el enemigo no atravesaría las líneas fortificadas de la región de Stalingrado. Por supuesto los alemanes bombardearían la ciudad desde el aire e, incluso, con cañones de largo alcance. Sin embargo, las conversaciones con militares y refugiados avivaban sus dudas, pero se irritaba cuando en casa se hablaba de ello en un tono alarmista. Con todo, ahora no se trataba de la evacuación o de los combates en los accesos a la ciudad, sino de preparar la voladura de la central. ¡Se lo decían en el Comité Regional del Partido!

Conmocionado, preguntó a Priajin:

–Iván Pávlovich, ¿tan grave es la situación?

Sus miradas se cruzaron; a Stepán Fiódorovich le pareció que el rostro de Priajin, al que siempre había visto tranquilo y seguro de sí mismo, se había desencajado a causa del sufrimiento y la preocupación.

Priajin tomó el lápiz del juego de escritorio y apuntó algo en el calendario de mesa.

–Oiga, camarada Spiridónov –dijo–, tanto para usted como para mí eso de dinamitar es algo nuevo: nos pasamos veinticinco años construyendo, no destruyendo. Hoy mismo se han dado instrucciones al respecto a todas las fábricas de la ciudad. ¿Ha venido con su coche?

–Efectivamente.

–Entonces diríjase a la fábrica de tractores, donde se va a celebrar una reunión sobre el asunto. Lleve por favor con usted a dos zapadores y también a Mijáilov.

–Si llevo a más de dos personas, la suspensión del coche no aguantará el peso –razonó Stepán Fiódorovich. Pensó en llamar a su mujer desde el comité, pues ésta venía pidiéndole desde hacía algunos días que le dejara su coche para visitar, en su calidad de inspectora de educación, el orfanato de la fábrica de tractores. Así podría acompañarla y durante el trayecto le informaría sobre la gravedad de la situación.

–De acuerdo, que Mijáilov vaya con un coche del comité –accedió Priajin, poniéndose en pie–. Recuerde que, mientras tanto, en la central deben trabajar como nunca antes. Nuestra conversación debe considerarse un secreto de Estado y por ahora no guarda relación alguna con el funcionamiento de la central.

Stepán Fiódorovich vaciló un momento, pues quería preguntar sobre la evacuación de las familias de los trabajadores.

Los dos hombres se quedaron de pie.

–Y bien, camarada Spiridónov, seguiremos viéndonos, a pesar de que usted creyó haberse despedido de mí en el comité del distrito –dijo Priajin y sonrió. Luego preguntó con su voz de siempre–: ¿Alguna pregunta?

–No, creo haber entendido lo que hay que hacer.

–Prepare el puesto de mando subterráneo. Bombardearán la central sin piedad, de eso no cabe duda –dijo Priajin cuando Stepán Fiódorovich ya se iba.

13

Cuando el coche se detuvo delante de la puerta del orfanato, Stepán Fiódorovich dijo a su esposa:

–Ya hemos llegado; pasaré a buscarte dentro de un par de horas, después de la reunión –luego bajó la voz y, tras mirar de soslayo a los demás pasajeros, añadió–: Tú y yo tenemos que hablar de una cosa muy importante.

Maria Nikoláyevna bajó del automóvil con las mejillas arreboladas y los ojos alegres. Le divertía ir en coche, y los militares que acompañaban a su

marido a la reunión la habían hecho reír con sus bromas.

Sin embargo, cuando llegó junto a la puerta del orfanato y oyó el rumor de las voces de los niños, su cara se tornó seria y con tintes de preocupación.

En la labor de Tókareva, la directora del orfanato, se habían detectado fallos y negligencias. Era un orfanato grande, «difícil», según el calificativo que se le daba en el departamento municipal de educación. Había pupilos de muy distintas edades y de varias nacionalidades, algunos de los cuales no dominaban la lengua rusa: había varios niños de los alemanes del Volga; [6] dos niñas kazajas sólo sabían unas pocas palabras; un niño judío, proveniente de una comunidad rural, hablaba exclusivamente en yidis y en ucraniano, y una niña de Kobrin hablaba sólo en polaco. Muchos de ellos habían llegado al orfanato en el transcurso de la guerra, habían perdido a sus padres y habían vivido en carne propia el horror de los bombardeos; todos tenían los nervios a flor de piel, y el médico incluso había diagnosticado un trastorno mental en uno de ellos. Se le propuso a Tókareva que lo trasladara a un psiquiátrico, pero la directora se negó.

El departamento de educación había recibido quejas o, según se decía, «señales concretas» a propósito del desempeño del personal del orfanato. Había trascendido que no siempre cumplían debidamente con su trabajo, además de infringir la disciplina profesional.

Cuando Maria Nikoláyevna, tras guardar los papeles en el maletín, salía para subir al coche, el director adjunto del departamento de educación la alcanzó en el pasillo y le entregó una carta que acababa de recibir y en la que dos de los trabajadores del orfanato denunciaban el comportamiento deshonroso de una de las cuidadoras y la negativa de Yelisaveta Savélyevna Tókareva, la directora, de despedirla. La persona en cuestión, apellidada Sokolova, había cantado y llorado delante de los niños en estado de embriaguez; además, había pasado dos noches en su habitación con un conductor que iba a verla al orfanato en su camión de tres toneladas.

Maria Nikoláyevna tenía que aclarar todos aquellos asuntos, de suerte que ya de antemano suspiraba y fruncía el ceño, preparándose para una conversación difícil y poco agradable no sólo para Tókareva sino también para ella.

Volvió sobre sus pasos y entró en un cuarto espacioso, una de cuyas paredes estaba adornada con dibujos hechos por los niños, y pidió a la cuidadora de guardia que avisara a Tókareva de su llegada. La cuidadora,

una chica de unos veinte años, se apresuró hacia la puerta; Maria Nikoláyevna le echó un vistazo y movió la cabeza en señal de desaprobación porque no le había gustado el flequillo de la chica.

Maria Nikoláyevna caminó lentamente a lo largo de la pared mirando los dibujos. Uno de ellos representaba un combate aéreo: varios cazas alemanes de color negro se precipitaban, envueltos en llamas y humo también negros, hacia el suelo; entre ellos volaban enormes aviones soviéticos sobre cuyas alas y fuselajes de color rojo destacaban, dibujadas con espesa pintura roja, unas estrellas de cinco puntas. Las caras de los pilotos soviéticos también estaban perfiladas con un lápiz rojo.

Otro dibujo representaba una batalla terrestre en la que unos enormes cañones de color rojo lanzaban llamas y proyectiles también rojos; los soldados alemanes perecían a causa de las explosiones, cuyos fogonazos se elevaban a veces por encima de los aviones que surcaban el cielo: cabezas, brazos, cascos y una gran cantidad de botas saltaban por los aires. En un tercer dibujo, unos gigantescos soldados del Ejército Rojo acometían al enemigo, empuñando con sus poderosas manos unos revólveres que superaban en tamaño a los negros cañoncitos germanos.

En la pared, colgada aparte, había una gran acuarela enmarcada que representaba a unos jóvenes partisanos en un bosque. Su autor, quizás uno de los niños de más edad, tenía un don fuera de toda duda; había pintado unos abedules frondosos, iluminados por el sol, con una destreza extraordinaria. Las jóvenes partisanas que caminaban por el bosque eran esbeltas y tenían las rodillas bronceadas, se notaba que el pintor conocía bien la anatomía femenina. Maria Nikoláyevna pensó en su hija; también ella se hacía mayor, y los chicos debían de mirarla con los ojos del joven autor de aquella acuarela. Los muchachos eran rubicundos, de ojos azules y buena planta. Las chicas tenían los ojos almendrados, eran puros y transparentes como el cielo sobre sus cabezas. El pelo de una de ellas le caía en ondas sobre los hombros, otra llevaba unas trenzas enroscadas alrededor de la cabeza y una tercera aparecía tocada con una corona de flores blancas. Aunque a Maria Nikoláyevna le gustó la acuarela, advirtió en ella un defecto: los perfiles de algunos partisanos y partisanas eran casi idénticos y compartían un mismo gesto. El pintor había dotado tanto a los chicos como a las chicas del mismo rostro, cuyos bellos ojos, dirigidos hacia lo alto, lo habían cautivado, adornándolo luego con trenzas o rizos según el sexo de la figura. Con todo, y pese a aquel notable defecto, la

pintura conmovía y fascinaba a un tiempo, ya que su autor había logrado plasmar de un modo preciso un sentimiento puro, claro, noble e idealista.

Al contemplar aquella acuarela, Maria Nikoláyevna se acordó de sus discusiones con Zhenia. Naturalmente, era ella y no Zhenia quien llevaba razón. Zhenia pintaba lo que a ella le venía en gana, mientras que aquel pintor había pintado algo que importaba a todos. Zhenia se equivocaba al acusarla a ella de exageración e hipocresía. Debería llevarse a casa aquella acuarela y plantársela ante las narices. ¡A ver si Zhenia se iba a atrever a criticar la obra de un artista a quien no impulsaba más que la inocencia infantil! ¿Qué más daba la verdad que Zhenia esgrimía, a fin de cuentas? Verdades había dos y no una sola. Una verdad vil, sucia, miserable y cruel que no dejaba vivir, y otra verdad, la verdad que nace del alma pura, la que surge para acabar con aquella otra verdad de Zhenia, la de la vileza y la humillación.

La directora Yelisaveta Savélyevna Tókareva, una mujer obesa de pelo cano y rostro enojado, entró en la sala. Había trabajado durante muchos años en una panificadora, luego destacó en actividades comunitarias y llegó a funcionaria del comité del distrito. Entonces le ofrecieron el puesto de vicedirectora en la misma fábrica donde había trabajado de amasadora un tiempo atrás. Fracasó, pues no supo imponer su autoridad. Al cabo de un mes la relevaron de su cargo y la nombraron directora del orfanato. A pesar de que aquel trabajo le gustaba y había realizado unos cursos especializados antes de asumir la dirección, también allí había algo que fallaba. Las inspecciones en el orfanato eran continuas; en una ocasión le habían impuesto una sanción, y un mes antes de la visita de Maria Nikoláyevna la habían convocado a una reunión con el vicesecretario del comité del distrito.

Maria Nikoláyevna estrechó la mano de Tókareva y le anunció que su presencia allí obedecía a comprobar la veracidad de unas denuncias.

Atravesaron un pasillo recién fregado, de aire fresco y con un agradable olor húmedo.

Detrás de una puerta se oía el canto de un coro de niños. Tókareva miró de soslayo a Maria Nikoláyevna y explicó:

–Son los más pequeños, todavía es pronto para enseñarles a leer y a escribir, así que los entretenemos con el canto.

Maria Nikoláyevna entreabrió la puerta y vio dentro a un grupo de niñas de pie, formando un semicírculo.

En otra aula había sólo un niño de unos cinco años, de mejillas rojas, sentado a una mesa y dibujando con un lápiz de color en un cuaderno. Dirigió una mirada hosca a Tókareva, le volvió la espalda enseguida y se enfrascó de nuevo en su dibujo, torciendo el morro.

–¿Por qué está solo? –preguntó Maria Nikoláyevna.

–Por travieso –respondió Tókareva y, recuperando la seriedad, añadió en voz alta–: Se llama Valentín Kusin. Se dibujó una esvástica en la barriga con un rotulador.

–Qué barbaridad –dijo Maria Nikoláyevna y, al salir al pasillo, rió.

Al parecer, Tókareva sentía debilidad por los visillos y los tapetes, que tenía en la ventana de su habitación, encima de la mesa, sobre la cama y cerca del lavamanos, todos de color blanco. Sobre la pared del cabecero de la cama colgaban, dispuestas en forma de abanico, fotografías de familia: mujeres mayores con pañuelos en la cabeza, hombres vestidos con camisas de color negro y botones claros. También había fotografías de grupo, probablemente participantes de algún seminario para los cuadros del Partido y estajanovistas de la panificadora donde había trabajado Tókareva.

Tras sentarse a la mesa, Maria Nikoláyevna abrió su maletín y sacó de él un fajo de papeles. El primer asunto que tenía que tratar atañía a Sujonógova, ayudante del despensero del orfanato. Una de las educadoras, al pasar casualmente por delante de la casa de aquella mujer, había visto que su hijo llevaba un par de botas de las que se daba a los pupilos del orfanato.

–¿Por qué no ha tomado usted aún ninguna medida al respecto? La denuncia pertinente se presentó hace ya tiempo –inquirió Maria Nikoláyevna a Tókareva.

Ésta respondió mirando a su interlocutora:

–Hice una investigación exhaustiva, incluso fui a casa de Sujonógova. No fue un robo. Al parecer, su hijo había destrozado las únicas botas que tenía y no pudo asistir a la escuela durante el último mes de invierno... Sujonógova llevó las botas al zapatero y, mientras se las remendaba, cogió por dos días unas del orfanato; luego las devolvió en cuanto el zapatero hubo terminado de remendar las estropeadas. Me explicó que no había manera de hacer que su hijo permaneciera en casa, se pasaba todo el tiempo en la calle esquiando, patinando, y así fue como destrozó las botas. Sujonógova no tenía entonces ningún cupón que pudiera canjear por unas

nuevas. Además, estamos en guerra... su marido está en el ejército desde junio de 1941.

Maria Nikoláyevna comprendía perfectamente las razones de Tókareva.

–Ay, querida mía –dijo–, no niego que Sujonógova esté en apuros, pero no creo que eso sea motivo suficiente para que tome prestadas unas botas del orfanato. Usted me habla de la guerra, pero de eso se trata precisamente; ahora, como nunca, cada kopek, cada trozo de carbón, cada clavo propiedad del Estado cuentan... –Se detuvo un momento y enseguida prosiguió, enfadada consigo misma–: Piense en todas las privaciones que sufre nuestro pueblo y en los ríos de sangre que se derraman en la lucha por la tierra soviética. Debería darse usted cuenta de que no es momento de ablandarse. Yo misma castigaría con la mayor severidad a mi propia hija si ésta cometiera la menor falta en ese sentido. Le aconsejo que saque de nuestra conversación las conclusiones pertinentes y deje de dar largas al asunto.

–Por supuesto, así lo haré –dijo Tókareva con un suspiro y de pronto preguntó–: ¿Y qué hay de la evacuación?

Aquella pregunta disgustó a Maria Nikoláyevna.

–Ya se le informará al respecto –contestó.

–Incluso los niños hablan de eso –se disculpó Tókareva–. ¡Han sufrido tanto! A algunos de ellos los recogieron los vehículos de los combatientes; otros viajaron con los refugiados, y los hay que llegaron hasta aquí por su propio pie, no se sabe cómo. Por la noche, cuando nos sobrevuelan aviones, saben distinguir mejor que cualquier adulto cuáles son alemanes y cuáles nuestros.

–Por cierto –dijo Maria Nikoláyevna cambiando de tema–, ¿qué tal le va al chico que le mandé, Slava Beriozkin? Su madre me pidió que averiguara cómo estaba.

–No se encuentra bien, en los últimos días ha estado resfriado. Acompáñeme a la enfermería y usted misma podrá hablar con él.

–Más tarde, cuando terminemos con los otros asuntos.

Maria Nikoláyevna interrogó a Tókareva sobre los últimos incidentes que habían tenido lugar en el orfanato. Resultó que no habían sido muchos.

Uno de los pupilos, un chaval de catorce años, había entrado de noche en el dispensario y, tras robar ocho toallas, se había dado a la fuga. A otro, un buen alumno, una de las educadoras se lo había encontrado en el mercado mendigando para ir al cine. Cuando se le interrogó al respecto,

resultó que en realidad ahorraba el dinero para un caso de apuro. «Si los alemanes bombardean el orfanato, ¿qué va a ser de mí?», arguyó el niño.

Yelisaveta Savélyevna no se alarmaba ante incidentes de ese calibre.

–Mis niños son buenos –dijo con decisión–. Se arrepienten de su mala conducta si se apela a su sentido moral y se les explica en qué se equivocaron. La mayoría son personas honestas. ¡Son verdaderos niños soviéticos! La guerra ha hecho que aquí, en el orfanato, tengamos toda una Internacional; antes sólo había rusos, pero ahora llegan niños de Ucrania y de Bielorrusia, y además hay gitanos, moldavos y críos de cualquier nacionalidad imaginable. Yo misma me sorprendo al ver lo bien que se llevan entre ellos sin discriminar a ninguno por su origen, y si a veces se pegan, es sólo porque son niños. Sucede lo mismo, por ejemplo, en un partido de fútbol entre adultos: rusos, ucranianos, armenios, bielorrusos, todos juntos cantan a coro...

–Eso es maravilloso –dijo Maria Nikoláyevna con convicción y, de pronto, se emocionó–: Lo que usted me cuenta es admirable...

Maria Nikoláyevna conocía la sensación de felicidad que se apoderaba de ella cada vez que veía plasmados en la realidad su credo y su ideal. Entonces las lágrimas asomaban a sus ojos, la respiración se le aceleraba y se exaltaba. Creía no conocer mayor dicha que aquélla. Ni siquiera el amor que sentía por su familia, por su marido y su hija, era comparable a lo que experimentaba en momentos semejantes. Por eso se enfadaba y se sentía ofendida cuando Zhenia, en su ignorancia, tildaba su carácter de seco.

Había llegado al orfanato sabiendo que iba a mantener una conversación difícil, incluso desagradable; le costaba exigir despidos, imponer sanciones, pero su sentido del deber, la necesidad y la conveniencia así lo requerían. En tales casos se mostraba tan inflexible, seca y severa como un fiscal precisamente porque necesitaba de toda su fuerza de voluntad para reprimir su aversión por el rigorismo...

Sin embargo, al salir para emprender aquella inspección, nada grata según preveía, no imaginaba en absoluto que en su transcurso le sería dado experimentar en varias ocasiones un sentimiento de júbilo, como al mirar la acuarela de aquel niño pintor, al escuchar las palabras de la directora del orfanato sobre sus pupilos...

La reunión de trabajo se acercaba a su fin. A Maria Nikoláyevna se le hizo evidente que, en contra de sus sospechas, Tókareva no pecaba de nepotista sino todo lo contrario, ya que recientemente había despedido a

una vieja cuidadora, pariente de un funcionario del comité del distrito, acusada de haber ordenado cocinar una comida especial para ella con alimentos dietéticos reservados para los niños enfermos.

Yelisaveta Savélyevna le llamó la atención, pero la vieja interpretó el enfado de la directora como el deseo de aprovecharse a su vez de aquella mejora y ordenó que prepararan la misma comida para ambas. Tókareva la despidió.

Hacia el final de la reunión Maria Nikoláyevna hizo memoria de todo lo positivo que había visto en el orfanato: la limpieza de las habitaciones y la ropa de cama, el amor del personal por los niños, el aporte energético de la comida, que superaba la media de la que se servía en los demás orfanatos de la ciudad...

«En vez de despedirla, habría que buscar para ella una directora adjunta más competente», pensaba Maria Nikoláyevna mientras hacía anotaciones en una libreta e imaginaba la reacción del director del departamento regional de educación.

–Por cierto, ¿quién pintó a los partisanos? Ese niño tiene un gran talento –comentó–. Habría que enseñar ese cuadro a los camaradas y mandarlo al comisariado de educación de Kúibishev.

Al oír aquello, Tókareva se sonrojó como si fuera ella la receptora de los elogios. De hecho, solía decir: «Hoy he vuelto a tener un disgusto» u «Hoy me ha sucedido una anécdota divertida», refiriéndose a las buenas o malas acciones, enfermedades y mejoras de sus pupilos.

–La acuarela a la que se refiere la pintó una niña; se llama Shura Bushúyeva –explicó.

–¿Es una de las refugiadas?

–No, es de aquí, de Kamishin. Inventó la escena ella solita. Los niños evacuados desde la zona de combate también dibujan, sólo que ordené que sus dibujos no se expusieran, pues exhiben una violencia extrema, todo son cadáveres o incendios. Hay aquí un niño que vivió en la zona ocupada por los alemanes que dibujó a prisioneros de guerra rusos comiendo carne de caballo podrida. Da miedo mirar esos dibujos, créame.

Volvieron a cruzar el pasillo y salieron al patio. Maria Nikoláyevna tuvo que cerrar los ojos para protegerlos del sol brillante y taparse por un instante los oídos debido a la algazara que llenaba el aire, causada por niños de doce años en camiseta, con caras frenéticas, que jugaban al fútbol levantando nubes de polvo. El que hacía de portero, un niño de pelo hirsuto,

vestido con un pantalón de esquiar de color azul, seguía con la mirada los movimientos de la pelota con el cuerpo inclinado hacia delante, las manos apoyadas en las rodillas y las piernas flexionadas. Su rostro, la boca entreabierta, los ojos, los brazos, los hombros y el cuello manifestaban que en aquel momento no había para él nada más importante en el mundo que aquel juego.

Varios niños más pequeños que los futbolistas, armados con escopetas y espadas de madera, corrían a lo largo del muro del patio al encuentro de otro grupo cuyos integrantes, ataviados con sombreros de tres picos confeccionados con papel de diario, marchaban a paso acompasado para hacerles frente.

Una niña saltaba a la comba, ligera y veloz, por encima de una cuerda que batían dos de sus compañeras; las que esperaban su turno la seguían con una mirada ávida y movían los labios, contando los saltos.

–En la guerra se lucha por ellos –observó Maria Nikoláyevna, refiriéndose a todos aquellos niños.

–Creo que los niños soviéticos son los mejores del mundo –afirmó Tókareva convencida–. En el orfanato hay verdaderos héroes: aquél, por ejemplo, el que hace de portero ¿lo ve? Se llama Semón Kótov; fue espía, los alemanes lo apresaron y le golpearon, pero no consiguieron que confesara. Ahora rabia por volver al frente... O fíjese en aquellas dos.

Por el patio caminaban dos niñas vestidas de azul. Una era rubia; la otra, morena, de ojos oscuros y vivaces, y sostenía en las manos una muñeca de trapo; con la cabeza inclinada hacia el juguete, escuchaba a su compañera. Ésta hablaba deprisa, con decisión, y aunque era imposible comprender qué era lo que decía, parecía enfadada.

–Esas dos jamás se separan, están juntas desde que se levantan hasta que se acuestan. Las trajeron desde un punto de acogida el mismo día –explicó Tókareva–. La rubia es una judía polaca, Hitler pasó a cuchillo a toda su familia, y la de la muñeca es hija de unos colonos de origen alemán.

Maria Nikoláyevna y la directora entraron en una ala del edificio que ocupaban el taller y la enfermería. En primer lugar fueron a ver el taller, una estancia umbría de grandes dimensiones cuya atmósfera fresca y húmeda recordaba la de un edificio antiguo de muros gruesos en un sofocante día de verano. No había nadie allí, excepto un niño de unos trece años que, de pie junto a una mesa, miraba por un tubo de latón hueco. Se volvió, con gesto de fastidio, hacia las recién llegadas.

–Ziniuk, ¿por qué te has quedado aquí solo en vez de ir a jugar al fútbol? –le preguntó Tókareva.

–No me apetecía, aún tengo muchas cosas que hacer. ¿Cómo voy a salir a jugar? –respondió en ucraniano y volvió a mirar por el tubo.

–Esto parece una academia –dijo Tókareva–. Ziniuk, por ejemplo, pide que le dejemos ir a trabajar en una fábrica. Aquí tenemos de todo: futuros aparejadores, mecánicos, constructores de aviones, poetas, pintores... Es terrible –concluyó en un inesperado susurro.

Atravesaron el taller y salieron al pasillo.

–Aquí está la enfermería –indicó Tókareva–. Además de Beriozkin, hay un niño ucraniano al que creíamos mudo. Por mucho que le preguntáramos nunca contestaba, hasta que una de las limpiadoras se hizo cargo de él y entonces, de repente, empezó a hablar.

14

En la enfermería, las manchas de luz del sol se deslizaban, blancas y tibias, sobre el enjalbegado áspero de la pared. Encima de una mesita cubierta con un tapete había un tarro de cristal abombado con unas flores dentro; un reflejo con los colores del arco iris, resultante del paso de la luz a través del cristal, temblaba sobre el tapete. Su pureza etérea eclipsaba el verde, el amarillo y el azul de las flores que habían brotado sobre la tierra polvorienta de la estepa.

–¿Te acuerdas de mí, pequeño? –preguntó Maria Nikoláyevna, al tiempo que se acercaba a la cama de Slava Beriozkin. El niño se parecía a su madre en los rasgos, el color de ojos y la expresión triste de su mirada.

El niño miró atentamente a Maria Nikoláyevna y dijo:

–Buenos días. Sí, la he reconocido.

Maria Nikoláyevna no sabía hablar con niños pequeños, nunca conseguía encontrar el tono adecuado; a veces tan pronto trataba a uno de seis años como si tuviera tres, como otras, al contrario, le hablaba con una seriedad excesiva. En ocasiones los propios niños la corregían, diciendo: «Ya somos mayores», o bien empezaban a bostezar, interrogantes, si les hablaba como si fueran adultos, utilizando palabras que les resultaban incomprensibles. Ahora, en presencia de Tókareva y después de una

conversación tan penosa, quería mostrarse especialmente afectuosa para que la directora no la tuviera por una persona insensible. Maria Nikoláyevna preguntó al niño con una sonrisa:

–Y bien, ¿las golondrinas entran aquí por la ventana abierta?

El pequeño negó con la cabeza y preguntó a su vez:

–¿Hay carta de mi papá?

Maria Nikoláyevna se dio cuenta de que no había empleado el tono adecuado y se apresuró a responder:

–Todavía no, además, nadie conoce su dirección. Tu mamá te echa mucho de menos, me pidió que te saludara de su parte.

–Gracias, ¿y qué hay de mi hermana Liuba? –Se quedó pensativo un momento y luego añadió–: Aquí estoy bien, dígale a mi mamá que no se preocupe.

–¿Has hecho amigos?

El niño asintió con la cabeza y, sin pretender el consuelo de aquellas adultas, dijo para tranquilizarlas:

–No tengo nada grave, la enfermera me ha dicho que me darán el alta dentro de dos días.

No le pidió que lo sacara del orfanato porque sabía que su madre vivía apurada; tampoco le suplicó que lo visitara, pues era consciente de que tenía mucho trabajo y no podía perder un día entero para ir a verlo, como tampoco preguntó a Maria Nikoláyevna si la madre le había dado alguna golosina para él. Sabía perfectamente que no podía permitírselo.

–Entonces ¿qué le digo a tu mamá? –le preguntó Marusia.

–Dígale que estoy bien –respondió con severidad.

Marusia se despidió del niño acariciando su suave pelo y su nuca, fina y tibia.

–¡Tía! [7] –gritó de pronto, dirigiéndose a Marusia–. ¡Quiero que mi mamá me saque de aquí y me lleve a casa! –Sus ojos se llenaron de lágrimas–. Dígale que la ayudaré en todo, que comeré muy poco e iré a hacer cola en la tienda...

–Pequeño, te doy mi palabra de que a la primera oportunidad que se presente tu mamá te llevará a casa, créeme –intentó tranquilizarlo Marusia, conmocionada.

Tókareva la condujo junto a una cama que estaba al lado de la ventana, detrás de una mampara. Una joven de ojos negros vestida con una bata blanca de hospital daba de comer, sirviéndose de una cucharilla, a un niño

con el pelo cortado al rape. Cuando acercaba la cucharilla a la boca del niño, su precioso brazo moreno quedaba descubierto hasta por encima del codo.

–Éste es Grisha Serpokril –anunció Tókareva.

Marusia miró al niño. Era feúcho, tenía unas orejas grandes y carnosas, el cráneo en forma de huevo y los labios de un gris azulado. Tomaba la papilla con esfuerzo y resignación, y de vez en cuando se atragantaba, como si lo estuvieran obligando a engullir trozos de arcilla seca. En el contraste entre su piel pálida, plomiza, y sus ojos vivos y brillantes había algo enfermizo. La mirada febril de sus ojos era la de un soldado herido.

El padre de Grisha tenía cataratas en un ojo, de modo que lo eximieron del servicio militar. En una ocasión, al principio de la guerra, un oficial que estaba de paso y quería pernoctar en la casa de los Serpokril echó un vistazo a la vivienda, movió la cabeza y dijo: «Voy a buscar algo menos estrecho». Sin embargo, para Grisha aquella casa era mejor que cualquier palacio, que cualquier castillo de la tierra. En aquella casa, el niño tímido de orejas grandes se sentía profundamente amado. Su madre, que tenía una pierna más corta que la otra, se acercaba cojeando a la estufa junto a la que Grisha dormía para cubrirlo con una pelliza; la mano áspera de su padre le enjugaba los mocos. El día de Pascua de 1941 la madre cocinó para Grisha una torta dentro de una lata de conservas y le dio un huevo cocido, con la cáscara teñida con piel de cebolla; en víspera del Primero de Mayo del mismo año, el padre le regaló un cinturón de cuero amarillo con una hebilla de metal blanco que había comprado en la capital del distrito.

Grisha sabía que los niños del pueblo bromeaban a propósito de la cojera de su madre; por eso mismo, sentía un intenso amor por ella. Aquel Primero de Mayo sus padres se vistieron con sus mejores galas y salieron a hacer visitas, llevando a Grisha consigo. Él caminaba a su lado orgulloso de ellos, de sí mismo y de su cinturón nuevo. El padre le parecía fuerte y majestuoso; la madre, guapa y elegante. Entonces les dijo en ucraniano: «¡Mamá, papá…, qué hermosos estáis!», y vio como ellos se miraban y le regalaban una sonrisa confusa y entrañable.

Nadie en el mundo sabía con cuánta vehemencia amaba Grisha a sus padres. La terrible imagen de sus cadáveres después de un bombardeo, cubiertos con una tela de lienzo chamuscada que sólo dejaba ver la nariz afilada del padre, un pendiente blanco en la oreja de la madre y un mechón de su ralo pelo rubio, se fusionó para siempre en su mente con la de los dos

mirándose, turbados y amorosos, aquella vez que Grisha había admirado las botas y la americana nuevas de su padre, el día que su madre lucía un vestido almidonado de color marrón, un pañuelo blanco y un collar...

No era capaz de compartir con nadie su pesadumbre ni tampoco de comprenderla él mismo, pero aquella angustia era insoportable. El recuerdo de los cuerpos sin vida de sus padres se mezclaba con el de sus rostros azorados y entrañables aquel Primero de Mayo del año anterior, formando un nudo en su pequeño corazón. Se le ofuscó el entendimiento. Comenzó a creer que, si le dolía el alma, era porque su cuerpo se movía, articulaba palabras, masticaba y tragaba, de modo que se quedó quieto, paralizado por el sufrimiento que le había nublado la razón. Y aquello tal vez hubiera acabado con su vida, hubiera muerto en silencio, inánime por negarse a comer y asolado por el horror que le habían empezado a inspirar la luz, los correteos y el parloteo de los niños, el gorjeo de los pájaros y el viento. Cuando Grisha llegó al orfanato, las educadoras y los pedagogos, por mucho que lo intentaron, no consiguieron sacarlo de su estado de estupor; ni libros, ni dibujos, ni arroz con leche y mermelada de albaricoque ni tampoco un jilguero enjaulado habían servido para revivirlo. La médica del orfanato ordenó que lo trasladaran a un hospital donde pudieran alimentarlo artificialmente.

La víspera del día en que Grisha debía abandonar el hospicio camino de una clínica para enfermos mentales, una de las limpiadoras pasó por la enfermería para fregar el suelo. Permaneció largo rato mirando a Grisha sin decir palabra y, de pronto, se arrodilló delante de él, apretó la cabeza rapada del pequeño contra su pecho y empezó a plañir como una aldeana:

–Ay, mi niño, no hay nadie que te consuele ni te haga caso...

La criatura, estremecida, rompió a gritar...

La limpiadora lo llevó en brazos a su cuarto, lo sentó sobre la cama y se quedó a su lado la mitad de la noche. El niño habló, comió algo de pan y tomó té.

–¿Cómo estás, Grisha? ¿Te vas acostumbrando poco a poco? –le preguntó Maria Nikoláyevna.

El niño no respondió, dejó de comer y posó con resignación su mirada inmóvil e inquisitiva sobre la pared blanca de la enfermería.

La joven que le daba de comer dejó a un lado la cucharilla y le acarició el pelo para calmarlo: «Ten paciencia, esa mujer se irá enseguida...», parecía decirle.

Maria Nikoláyevna, al darse cuenta de aquella tensa espera, se apresuró a decir a Tókareva:

–Vayámonos, no les molestemos más.

Mientras volvían a cruzar el patio, Maria Nikoláyevna observó, emocionada:

–Al ver a niños como ése, una empieza a darse entera cuenta de lo horrorosa que es una guerra.

Cuando entraron en el despacho de Tókareva, Maria Nikoláyevna, acaso buscando el modo de tranquilizarse y sacudirse la angustia que aún la atenazaba por la experiencia que acababa de vivir, arengó con severidad a la directora:

–Entonces, resumiendo, lo más importante es la disciplina. Estamos en guerra, como bien sabe usted. ¡Nada de contemplaciones, son tiempos difíciles para todos!

–Lo sé –respondió Tókareva–, pero me cuesta, creo que no estoy cumpliendo bien con mi cometido. Se me escapan muchas cosas, me falta formación. A decir verdad, a veces se me pasa por la cabeza que, tal vez, sería mejor que volviera a la panificadora.

–En absoluto, creo que el orfanato funciona bastante bien... Por ejemplo, la cuidadora que estaba dando de comer a Serpokril me ha conmovido profundamente. Cuando informe de mi inspección, le aseguro que no omitiré lo más importante, a saber, el ambiente sano que se respira en el orfanato. En lo que respecta a los defectos, confío en que podrá corregirlos usted misma...

Antes de despedirse de Tókareva, Maria Nikoláyevna quería decirle algo agradable que pudiera infundirle ánimos. Sin embargo, se sentía un tanto molesta por la expresión de la directora, que tenía la boca entreabierta como si fuera a bostezar. Mientras guardaba los papeles en el maletín, Maria Nikoláyevna extrajo de él la carta que le había entregado el vicedirector del departamento cuando ella salía hacia el orfanato. Movió la cabeza y apuntó:

–Pero ya ve, aún nos queda un asunto pendiente. Habría que despedir a esa Sokolova de inmediato: estuvo cantando borracha y recibe las visitas de un hombre por las noches. ¿Cómo es posible que usted permita un comportamiento así? El personal a su cargo es sano y competente, así que debería comprender que hay ciertas cosas que no puede pasar por alto...

Tókareva repuso:

–Es cierto, pero ya ha visto usted a Sokolova. Es la mujer que da de comer a Serpokril, y sólo a ella le hace caso.

–¿Es ella? –preguntó Maria Nikoláyevna sin entender de quién se trataba–. ¿Es la misma? ¿Entonces? Bien, yo...

De repente miró a Tókareva y fue incapaz de terminar la frase. Se sentía como el que ha andado por un camino ancho y ve cómo de repente se abre un abismo delante de él.

La directora dio un paso hacia Maria Nikoláyevna y le puso una mano en el hombro.

–No se preocupe, no tiene importancia –dijo Tókareva a la inspectora en jefe y le acarició un brazo.

Pero Marusia no pudo reprimir las lágrimas, mientras decía con la voz rota:

–Es tan difícil entender esto, tan difícil… ¿Por qué resulta tan difícil?

15

Después de llegar a su despacho en la mañana de un día de agosto de 1942, Iván Pávlovich Priajin fue y vino varias veces desde la ventana hasta la puerta. Cuando finalmente abrió la ventana, el despacho se inundó de sonidos. No eran los habituales ruidos de la calle, sino, posiblemente, los ecos de la marcha de una unidad militar que pasaba en aquel momento por delante del edificio del Comité Regional: se oía el zumbido de un motor, el repiqueteo de incontables pies contra el empedrado, el estrépito de las ruedas, el relinchar de los caballos, las voces irritadas de los cocheros, el rechinar de las orugas de los blindados; de tiempo en tiempo, el aullido estridente de un caza en ascenso se imponía sobre el abigarramiento de aquellos sonidos terrestres.

Tras permanecer un rato cerca de la ventana, Priajin se acercó a la caja fuerte que había en uno de los rincones del despacho, sacó un fajo de papeles, se sentó al escritorio y pulsó un timbre. Acto seguido entró su ayudante.

–¿Qué tal el viaje? –le preguntó Priajin.

–Todo bien, Iván Pávlovich. Después de cruzar el Volga, tomé la carretera de la derecha y llegué sin problemas; una sola vez, ya cerca del

lugar, caí en la cuneta porque, por precaución, iba con las luces apagadas.

–¿Zhilkin lo tiene todo organizado?

–Así es. Además, debo decirle que está lejos de la vía férrea, el lugar es perfecto. Zhilkin me comentó que por allí aún no ha aparecido ningún avión alemán.

–Y el paisaje, ¿qué tal?

–Hay naturaleza para hartarse; disculpe, quiero decir que es muy abundante. El Volga está lejos, a sesenta kilómetros, pero hay un estanque. Zhilkin me dijo que estaba limpio y que, además, había un jardín con frutales. Pedí un informe al respecto y resultó que la cantidad de manzanas que allí se recogen está por encima de la media. Cerca de allí había estado desplegado un batallón de reserva, de modo que cogieron unas cuantas, claro. Tan pronto como usted dé la orden, trasladaremos a todo el personal.

–¿Han llegado ya los convocados a la reunión?

–Están empezando a llegar.

En ese momento llamaron a la puerta del despacho y se oyó una voz que decía:

–Abre, jefe, abre, un soldado viene a verte.

Priajin aguzó el oído, tratando de reconocer la voz de quien se comportaba con tanto atrevimiento.

La puerta se abrió dejando paso al renqueante general Yeriómenko. Una vez dentro del despacho, saludó a Priajin, se peinó el copete con la mano, se ajustó las gafas y preguntó:

–¿Han telefoneado desde Moscú?

–¡Mis saludos para el comandante del frente de Stalingrado! Aún no han llamado, pero lo harán en cualquier momento. Mientras tanto tome asiento, por favor.

Yeriómenko se acomodó en un sillón y examinó el despacho. Luego cogió un tintero del escritorio y, tras sopesarlo con la mano, movió la cabeza en señal de admiración. Al devolverlo con cuidado a su sitio, observó:

–Magnífica pieza, antes de la guerra yo también quería hacerme con uno así. Había visto uno igual en el despacho moscovita de Voroshílov.

–Camarada general, dentro de un cuarto de hora comenzará una reunión entre funcionarios del Partido y directores de las industrias de la ciudad, de modo que le agradecería que comentara brevemente ante los camaradas la situación en el frente.

Yeriómenko consultó el reloj.

–Puedo hacerlo, pero me temo que apenas hay nada bueno que contar.

–¿La situación ha empeorado durante la noche?

–El enemigo cruzó el Don cerca de Triojostrovskaya. Me informaron de que, al parecer, se trataba de algunos fusileros a los que ya han abatido. Pero no acabo de creérmelo. Los alemanes también atacan desde el sur. Me da la impresión de que ciertos camaradas falsean sus partes, aunque les comprendo perfectamente. Tienen tanto miedo de sus jefes como del enemigo.

–¿Quiere usted decir que los alemanes rompieron nuestra línea de fortificaciones?

–¡Menudo baluarte! –rió Yeriómenko.

–¡Esa línea se venía levantando desde los primeros meses de la guerra! La ciudad y la región entera participaron en su construcción: se removieron doscientos cincuenta mil metros cúbicos de tierra. Creo que es resistente, sólo que nuestras tropas no supieron sacarle el máximo provecho.

–Hemos logrado bloquear el avance del enemigo gracias únicamente al fuego de artillería y a los efectivos de infantería –señaló el general–. Sólo hay un dato favorable: los alemanes aún no han logrado destruir nuestros polvorines. Les hacemos frente con el fuego de artillería, con nada más. Es una suerte que aún tengamos municiones. –Volvió a coger el tintero del escritorio, ponderando de nuevo su peso–: Menudo cachivache, ¿es de cuarzo?

–Efectivamente. Creo que de cuarzo de los Urales.

El general se inclinó hacia Priajin y dijo, con aire soñador:

–Los Urales en otoño... Hay muy buena caza allí... gansos, cisnes. En cambio, la vida de un soldado es barro y sangre. ¡Ojalá dispusiera de dos divisiones completas de infantería!

–Le comprendo, pero deberíamos empezar a evacuar las industrias antes de que sea demasiado tarde. La Barricada fabrica en un día armamento suficiente para abastecer un regimiento de artillería; la de tractores produce centenares de blindados en un mes. Son nuestras fábricas más importantes. ¿Cree que estamos a tiempo de evacuarlas?

El general se encogió de hombros:

–Si un comandante de ejército me dice: «Voy a defender mis posiciones, pero permítame que traslade mi puesto de mando lejos de la primera línea de fuego», eso quiere decir que el hombre no cree que haya posibilidad de

éxito, de modo que los jefes de división enseguida barruntan: «Eso sólo puede significar que acabaremos por retroceder». Esa idea pasa de las divisiones a los regimientos, los batallones y las compañías sucesivamente, y todos presienten que el repliegue se producirá en cualquier momento. Aquí pasa lo mismo. Si se pretende resistir, hay que resistir. Que ningún vehículo se desplace a la retaguardia. Desde atrás no se puede retener al enemigo. ¡Habría que fusilar a todo aquel que cruce sin autorización a la orilla izquierda del Volga!

Priajin se apresuró a decir en voz alta:

–Usted mismo lo dice: si se fracasa en la defensa de una posición, se corre el riesgo de perder terreno, una cota o un centenar de vehículos, mientras que en nuestro caso se trata de una industria de interés nacional. No es una línea de defensa cualquiera.

–Es... –Yeriómenko se puso en pie–, es... ¡Aquí, en el Volga, no estamos defendiendo una industria de interés nacional, sino Rusia entera!

–Camarada general, he puesto en esta ciudad y en esta fábrica toda mi vida, toda mi alma. Esta ciudad lleva el nombre del camarada Stalin. ¿Acaso resultó fácil entregarle Moscú a Napoleón? ¿Recuerda aquel consejo de guerra en Fili? Esta noche estuve releyendo a Tolstói, precisamente. Había mucha gente entonces que consideraba Moscú la última línea de la defensa.

–Me parece muy bien que usted haya estado repasando la historia. Pero también sería bueno que recordara que peleamos duro a las afueras de Moscú y habríamos continuado haciéndolo en sus calles.

Priajin se quedó callado un momento y luego dijo:

–Para nosotros, los bolcheviques, mientras sigamos vivos, no existen líneas de defensa definitivas, excepto aquella en la que nuestro corazón deja de latir. Por mucho que le pese, usted está obligado a considerar la situación. El enemigo ha cruzado el Don.

–Aún no he hecho ninguna declaración oficial en ese sentido, la información se está verificando –el general se inclinó hacia Priajin y le preguntó–: ¿Ya ha sacado a su familia de Stalingrado?

–El Comité Regional tiene la intención de trasladar al otro lado del Volga a muchas de las familias, incluida la mía.

–Excelente idea. No están hechos para la guerra. Si hay soldados incapaces de soportarlo, con mayor razón puede decirse de mujeres y niños. ¡A los Urales! Esos hijos de perra no llegarán allí con sus aviones... Pero si

dejo que el enemigo alcance el Volga, entonces bombardeará también los Urales.

La puerta del despacho se entreabrió y apareció el secretario de Priajin, anunciando:

–Los directores de las fábricas y los jefes de los talleres citados para la reunión ya han llegado.

Al momento, los convocados empezaron a entrar en el despacho y fueron acomodándose en las sillas, las butacas y los sofás. Al saludar a Priajin, algunos de ellos le informaban: «Hice llegar las instrucciones del Comité de Defensa a los talleres» o «Cumplí su orden».

Spiridónov, el director de la central eléctrica, entró en último lugar. Priajin le miró y le dijo:

–Camarada Spiridónov, quédese después de la reunión, necesito tratar un asunto personal con usted.

Spiridónov respondió rápidamente, como un soldado:

–A sus órdenes.

Alguien, tiernamente burlón, comentó:

–Nuestro Spiridónov contesta como si perteneciera a la Guardia.

Cuando todo el mundo hubo tomado asiento y el ruido de las sillas hubo cesado, Priajin dijo:

–¿Están todos? Empecemos, pues. Y bien, camaradas, Stalingrado se está convirtiendo en una ciudad del frente. El objeto de esta reunión es comprobar la disposición de las áreas y del personal que tenemos a nuestro cargo, con arreglo a las nuevas condiciones que impone el estado de guerra. ¿En qué medida nuestras fábricas, talleres y trabajadores están preparados para el cambio? ¿Qué se ha hecho al respecto? ¿Cómo se han desarrollado los trabajos para organizar una posible evacuación? Hoy contamos con la presencia del comandante Yeriómenko, a quien el Comité Regional ha pedido que nos informe sobre la situación en el frente. Tiene la palabra, camarada comandante.

Yeriómenko sonrió.

–El frente está ahí mismo. Quien lo desee, puede subir a cualquier camioneta que vaya de camino y conocerlo de cerca. –Buscó con la mirada a su ordenanza, apostado al lado de la puerta, y le pidió–: Deme el mapa, pero no el de campo sino el otro, el que mostramos a los periodistas.

–Ese mapa está en la otra orilla del Volga. Si me lo permite, iré a buscarlo en una avioneta U-2.

–Imposible, usted no puede volar, pesa demasiado.

–¡Si yo vuelo como un dios, camarada comandante! –repuso el ordenanza, imitando el tono jocoso de su jefe.

Yeriómenko, irritado e impaciente, agitó una mano en dirección al ordenanza, desentendiéndose de él.

–Camaradas, veamos aquel mapa que hay en la pared, también nos servirá.

Como si fuera un profesor de geografía rodeado de sus alumnos, empezó a explicarles señalando ya con el dedo, ya con un lápiz:

–Y bien, sois gente curtida, así que no tengo intención de asustaros ni tampoco de doraros la píldora. La verdad todavía no ha hecho mal a nadie. La situación es, más o menos, la siguiente. El grupo de ejércitos norte del enemigo ha alcanzado la orilla derecha del Don por aquí. Éste es el 6.º Ejército, compuesto por tres cuerpos de tropas, doce divisiones de infantería y varias unidades de blindados. Aquí también están las divisiones 79.º, 100.º y 295.º, mis viejas conocidas... Todas ellas de infantería. Además, el 6.º Ejército dispone de dos divisiones acorazadas y dos motorizadas. Todo ese tinglado lo dirige el coronel general Paulus quien, a día de hoy, ha cosechado más éxitos que yo, algo que no es necesario que os explique. Ésta es la situación en el norte y en el oeste. En cuanto al sudoeste, hay otro grupo de ejércitos que avanzan desde Kotélnikovo. No son de infantería, sino de blindados, y cuentan con el apoyo de un cuerpo de tropas alemán y otro rumano. Por lo visto, el objetivo principal de ese grupo es penetrar hasta Krasnoarmeisk y Sarepta. Avanzan en esa dirección, arremetiendo contra las líneas de defensa que cruzan el río Aksai y por la vía férrea que va desde Plodovítoye. El propósito del enemigo es sencillo: concentrar sus fuerzas, preparar la ofensiva y atacar la ciudad desde el norte, el oeste y el sudoeste. Dicen que Hitler anunció que el 25 de agosto estaría en Stalingrado.

–¿Y de cuántas fuerzas disponemos para hacer frente a ese coloso? –preguntó uno de los presentes.

Yeriómenko rió.

–No le corresponde saberlo. Tenemos fuerzas, y no nos van a faltar municiones. No entregaremos Stalingrado –de pronto se volvió hacia su ordenanza y le dijo con voz ahogada–: ¿Quién fue el que se atrevió a mandar mis cosas al otro lado del Volga? ¡Que lo traigan todo de vuelta

antes de que anochezca! ¡Hasta el último calcetín! ¿Le queda claro? ¡Sea quien sea el que incumpla esa orden, lo castigaré sin piedad!

El ordenanza se cuadró ante Yeriómenko. Los que estaban cerca escudriñaban con curiosidad el rostro del general. Barulin llegó aprisa junto al escritorio y susurró a Priajin, sin que nadie lo oyera:

–Piden que se ponga al teléfono.

Priajin se puso en pie rápidamente y dijo a Yeriómenko:

–Camarada comandante, le llaman desde Moscú; acompáñeme, por favor.

Yeriómenko siguió a Priajin hacia la puertecita que le indicaba.

16

Apenas la puerta forrada con hule negro se hubo cerrado detrás de ellos, el despacho se llenó de ruido, primero contenido, luego cada vez más fuerte. Algunos se acercaron al mapa y empezaron a examinarlo atentamente como si buscaran un rastro del dedo del general. Sacudían la cabeza mientras comentaban: «El número de fuerzas alemanas es gigantesco», «La suerte nunca nos sonríe: ¿que nuestras tropas se apuestan a la izquierda del Don? Pues los alemanes ocupan la orilla alta, y los nuestros, la baja, menudo inconveniente», «En el Volga pasará lo mismo», «He oído decir que los alemanes ya tienen su plaza de armas en la orilla izquierda del Don», «Imagine qué ocurriría si eso fuera cierto», «Cuando el general empezó a enumerar las divisiones alemanas, noté una punzada en el corazón», «Ya no somos niños, debemos conocer toda la verdad».

Marfin, un instructor del comité del distrito bajo, flaco y de mejillas hundidas, dijo con viveza a Spiridónov:

–Ya veo que tú, Stepán Fiódorovich, no te pierdes una sola reunión en el Comité Regional. En cambio, nunca asistes a las que se convocan en el distrito.

–Reconozco mi pecado, camarada Marfin. Si hoy estoy aquí, es porque se trata del tema de la evacuación. Tú lo tienes más fácil: sólo tienes que guardar las fichas, recoger el paño rojo y verde de las mesas, cargarlo todo en un camión y partir. ¿Y yo? Las turbinas de la central no caben en un camión.

Se les acercaron el jefe de uno de los mayores talleres de la fábrica de tractores y el director de la fábrica de conservas.

–Aquí tenemos al gran capitoste, el oligarca de los tractores que los ha fabricado a millones, el consumidor de energía eléctrica en masa –bromeó Spiridónov.

–Oye, Spiridónov, ¿cómo es posible que no me enviaras a los electricistas que te solicité? Mi fábrica trabaja día y noche. Les pagaré acorde con la tarifa más alta.

El director de la fábrica de conservas dijo a media voz:

–En su caso, camarada millonario, el mejor pago sería que usted se ofreciera a compartir los asientos de la lancha que cruza al otro lado del río.

–Veo que tú, conservero, sólo piensas en una cosa: en cómo llegar a la otra orilla –observó Marfin–. Debes de haber perdido el juicio.

El jefe de taller movió la cabeza y dijo:

–¡Vivo en un estado de zozobra permanente! Mi taller cumple con creces los planes de producción, pero cuando nos ordenen evacuarlo al otro lado del Volga, la organización de la plantilla se irá al garete. Entonces, vaya usted a recomponerla y a volver a poner todo a punto en mitad de la estepa. Los operarios siguen en el taller, y mientras aquí estoy yo, ocupado en elaborar las listas para la evacuación y trabajando en el tema de las medidas especiales. ¡Me horroriza sólo de pensar en ello! Hablar de la evacuación es peor que morir, me niego a considerarlo siquiera. Incluso Spiridónov nos suministra ahora energía sin intermitencias. ¡Antes siempre habíamos podido alegar razones objetivas cada vez que se producía un corte!

De repente se volvió hacia Spiridónov y le preguntó en un tono enojado:

–La fiebre de la evacuación es contagiosa ¿no es así, Spiridónov?

–Desde luego. El hecho de que el director de la industria de albaricoques y pepinos en conserva haya sacado a su familia de Stalingrado influye en mi estado de ánimo, he de reconocerlo. Marfin, ¿crees que existe algún antídoto contra el virus de la evacuación?

–Por supuesto, y no es nada sofisticado; sólo que no se trata de una píldora, sino de una intervención quirúrgica.

–Vaya… Eh, tú, rey de las conservas, ¿te has fijado en cómo te ha mirado Marfin? Ten cuidado, te curará en un abrir y cerrar de ojos.

–Pues sí que puedo curarlo. Si se deja llevar por el pánico, no habrá piedad para él, no es momento.

De pronto todo el mundo se calló y miró hacia la puerta. Priajin y el comandante del frente acababan de entrar de nuevo en el despacho.

Cuando ambos se hubieron sentado, Priajin carraspeó varias veces, esperó que se restableciera el silencio y habló en un tono severo:

–¡Camaradas! Últimamente, debido al empeoramiento de la situación en el frente, se extiende entre nosotros una tendencia de lo más perniciosa: estamos demasiado inmersos en los preparativos para la evacuación en detrimento del funcionamiento de nuestras fábricas, y no debemos olvidar que trabajan para la defensa de nuestra tierra. Es como si hubiésemos aceptado tácitamente el hecho de que acabaríamos por trasladarnos a la otra orilla del Volga. –Miró a los asistentes, hizo una breve pausa, se aclaró la garganta y prosiguió–: Es un gravísimo error político, camaradas.

Se puso en pie, apoyó las manos en el escritorio y dijo despacio, con énfasis, como si imprimiera cada palabra en letra de molde:

–No se defienden ciudades vacías. No habrá piedad para los alarmistas, los oportunistas y los desertores –al decir esto último, se volvió a sentar y concluyó hablando en su tono habitual, algo ahogado–: Éste es el mandato de nuestra patria, camaradas, en los momentos más duros de la lucha. El trabajo en todas las fábricas e industrias debe continuar. Nada de conversaciones sobre la evacuación y las medidas especiales, ¿entendido? ¿Lo comprenden todos? No debemos hacer mención alguna sobre esta cuestión. Y como no debemos hacerlo, no lo haremos. Hay que seguir trabajando. No podemos perder ni un minuto, cada instante cuenta.

Se volvió hacia el comandante. Yeriómenko negó con la cabeza, pero acabó añadiendo:

–Ahora no es el momento de dar conferencias. Sólo puedo comunicar que el Alto Mando nos ha ordenado que defendamos Stalingrado a cualquier precio. Eso es todo. Es todo lo que tenía que decir.

En el despacho reinaba un silencio absoluto. Un estruendo espantoso, lúgubre y siniestro rompió la calma. Las ventanas se abrieron de par en par; en el despacho contiguo los cristales se hicieron añicos y cayeron estrepitosamente al suelo; los papeles que había sobre el escritorio de Priajin volaron, agitados por una ráfaga de viento. Alguien gritó: «¡Nos están bombardeando!».

Priajin dijo con autoridad:

–Calma, camaradas. ¡El funcionamiento de las industrias no debe interrumpirse ni un minuto!

Mientras tanto, el estruendo sacudía las paredes, luego amainaba para volver a arreciar. El director de la fábrica de conservas, de pie en el vano de la puerta, anunció:

–¡El polvorín de Krasnoarmeisk ha explotado!

Yeriómenko chilló entonces con voz estentórea, henchida de furia y autoridad:

–¡Parjómenko, el coche!

–A sus órdenes, camarada coronel general –respondió su ordenanza y salió corriendo del despacho.

El general se apresuró hacia la puerta; todos se apartaron franqueándole el paso.

Cuando los últimos participantes de la reunión estaban a punto de abandonar el despacho, Spiridónov volvió la mirada hacia Priajin y fue tras ellos, creyendo que tal vez no fuera el momento idóneo para tratar un asunto personal. Sin embargo, Priajin llamó su atención:

–¿Adónde va, camarada Spiridónov? Le pedí que se quedara. –Al decirlo, sonrió, y al instante una expresión pícara y bonachona se dibujó en su rostro–: Un camarada que ha regresado del frente, un viejo conocido mío, me preguntó ayer si me había encontrado con los Sháposhnikov en Stalingrado y mostró especial interés en tener noticias acerca de la cuñada de usted.

–¿Y quién es ese hombre?

–¿Le suena el apellido Krímov?

–Por supuesto –dijo Stepán Fiódorovich y volvió la mirada hacia la ventana, ante el temor de que se produjera otra explosión.

–Esta noche irá a mi casa. No me dijo nada al respecto, pero creo que ella debería venir a verlo.

–Se lo haré saber sin falta –prometió Spiridónov.

Priajin se puso una gabardina de corte militar y una gorra de plato. Luego, desentendiéndose de la presencia de Spiridónov, se dirigió presuroso hacia la puerta.

Por la noche, Priajin tomó un té con Krímov en el cuarto de estar de su apartamento. Sobre la mesa, junto a la tetera y las tazas, había una botella de vino y varios diarios. En la estancia reinaba cierto desorden: los muebles se habían movido de su sitio, las puertas de las librerías estaban abiertas, en el suelo había periódicos y folletos desparramados, y junto al aparador, un cochecito de bebé y un caballito de madera. Sentada en uno de los sillones había una muñeca enorme de cabellera castaña enmarañada; delante de ella había una mesita con un samovar y un juego de té, ambos de juguete. Un subfusil PPSh estaba apoyado en un borde de la mesita; del respaldo del sillón en que estaba la muñeca colgaban un capote militar y un vestido veraniego de mujer floreado.

La presencia de aquellos dos hombres –altos, corpulentos, de ademanes tranquilos y voces acompasadas– en mitad de aquel desorden de fondo, propio de una mudanza, se antojaba extraña. Priajin se estaba enjugando el sudor de la frente mientras contaba a Krímov:

–¡La pérdida de un polvorín es un perjuicio incalculable! Pero quería hablarte de otra cosa. Es evidente que la ciudad acabará por convertirse en campo de batalla, así que ¿de qué sirve mantener los orfanatos y las guarderías? El Comité Regional ordenó evacuarlos, pero ¡las industrias y los organismos oficiales siguen funcionando a pleno rendimiento! Ahora que he evacuado a los míos soy dueño de mi casa... –echó un vistazo alrededor, miró a Krímov a la cara y movió la cabeza–: Hace tanto que no nos veíamos…

Volvió a pasear la mirada por el cuarto y dijo:

–En cuestiones de limpieza mi mujer es muy rigurosa, no se le escapa una colilla ni una mota de polvo, y ahora que se ha ido, ¡fíjate! ¡Fíjate bien! –y señaló con la mano–: ¡La ruina! ¡Y sólo se trata de una familia, de un apartamento! ¡Imagínatelo a escala municipal! ¿Y qué me dices de nuestro acero, de nuestros maestros fundidores? ¡Los hay que podrían ser miembros de la Academia de Ciencias! ¿Y nuestros cañones? Pregunta a los alemanes, ellos te contarán lo buena que es nuestra artillería pesada. Por cierto, quería hablarte de Mostovskói. Es un viejo temerario. Fui a visitarlo para convencerle de que se marchara. ¡No quiso escucharme! Me dijo: «No tengo por qué irme; ya agoté mi cupo de evacuado, y no pienso moverme ni un palmo más. Llegado el caso, seré útil en la clandestinidad, pues acumulé tanta experiencia en la materia antes de la Revolución que aún puedo instruiros a todos vosotros». Es tal su fuerza de convicción que acabó por

persuadirme en lugar de persuadirlo yo a él... Incluso lo puse en contacto con ciertas personas, además de anotarle alguna que otra dirección. ¡Menudo personaje!

Krímov asintió con la cabeza.

–También yo suelo pensar en el pasado. Y en Mostovskói, cómo no. Durante un tiempo estuvo exiliado en mi pueblo. Allí alternaba con la gente joven. En aquel entonces yo era un chaval. Para mí era un Dios. Creía en él como se cree en un Dios. Una vez fui con él al campo, y en una glorieta en lo alto de una pequeña colina me leyó *El Manifiesto Comunista* . En verano, los enamorados solían ir a aquel paraje; pero era otoño y estábamos solos. Recuerdo que caía una lluvia fina y que el viento traía gotas de agua y hojas de los árboles a la glorieta. Y allí estaba Mostovskói, leyendo para mí. Yo estaba embargado por la emoción, estremecido... Mientras regresábamos, oscureció. Me tomó una mano y me dijo: «Recuerde estas palabras: "Que las clases dominantes tiemblen ante la Revolución Comunista. Los proletarios no tienen nada que perder en ella, excepto sus cadenas, y en cambio tienen un mundo entero por ganar"». Mientras lo decía, chapaleaba con sus chanclos rotos en el lodo. Y rompí a llorar.

Priajin se puso en pie, se acercó a la pared y dijo señalando un mapa de Stalingrado:

–Y eso fue exactamente lo que conseguimos nosotros: nos hicimos con el mundo. Mira, mira. Aquí está Stalingrado. ¿Ves las fábricas? ¡Hercúleas, hermosas! Ésta es la central eléctrica, en noviembre se cumple su décimo aniversario. Aquí están el centro de la ciudad y los barrios obreros: casas nuevas, calles y plazas asfaltadas. Y ésta es la zona verde de las afueras, ¡son jardines!

–Esta mañana los alemanes han disparado obuses de mortero contra esos mismos jardines –señaló Krímov.

–¡No fue fácil llegar adonde estamos ahora! Levantarlo nos costó sudor y lágrimas. En la construcción trabajaron personas acostumbradas al esfuerzo físico, cavadores de los koljoses, y a su lado, codo con codo, estuvieron los chicos y las chicas del Komsomol, y a su vera, los kulaks deportados. Sin embargo, el frío era el mismo para todos, cuarenta grados bajo cero y un viento asolador. Por la noche, el aire de los barracones era irrespirable, saturado del vaho y el humo de las estufas en las que los obreros secaban sus calcetones. ¡Parecíamos hombres de las cavernas de la Edad de Piedra! Alguno de ellos, sentado con las piernas colgando de su

litera, tosía sin parar, con los ojos brillándole en la penumbra. El que tenía al lado se quedaba dormido y comenzaba a roncar. Y a mí me tocaba llamar al encargado de las obras y preguntarle cómo es que iban con retraso las zanjas para los cimientos. Yo sabía que el hombre se estaba dejando la vida en ello, como es natural. No era un socialista cristiano cualquiera aquel tipo y estaba muy comprometido con la causa…

–¿Y qué sucedió al final? –preguntó Krímov–: ¿Conseguisteis cumplir el plan?

–¡Por supuesto! Le dije al responsable que más le valía cumplir. De lo contrario, lo habría expulsado del partido y se habría tenido que ir afuera con la gente ordinaria y morirse de frío con ellos. ¿Qué otra cosa le podía decir? Fue una experiencia muy dura. Terrible. Te lo repito: una experiencia muy dura. Son palabras mayores. ¿Qué mejor idea que plantar frutales? Cerezas, manzanos… Manzanas de todas las variedades: la Antonovka, la Oporto, la de Crimea, la Rosemary Russet… Invitamos a un viejo científico para que nos asesorara al respecto, y se mostró absolutamente entusiasmado... Una celebridad, el tipo. Recibía cartas de admiradores de Bélgica, del sur de Francia y de los Estados Unidos… Levantar un vergel alrededor de una ciudad polvorienta como la nuestra, rodeada de tierras de secano, terrenos barrosos y azotada por tormentas de arena, no era ninguna broma. Nos aseguró que jamás se había emprendido una obra como aquella en toda la historia de la horticultura. Los Jardines Colgantes de Babilonia eran un parterre de nada comparado con lo nuestro. Un hombre encantador que parecía oler a manzanas. Elaboramos un proyecto junto con aquel científico y nos pusimos manos a la obra. Examinó varias veces el lugar donde habíamos planificado plantar los jardines, y se desanimó al ver que, en realidad, las dificultades eran muchas. Teníamos brigadas de jóvenes del Komsomol, pero con ellos trabajaban muchos antiguos kulaks. ¡De modo que se marchó! Y al faltarnos él cometimos muchos errores, como era de esperar. Los jóvenes manzanos murieron en las heladas. Para serle honesto, le diré que mandé a mucha gente a juicio por aquello. Y deporté a unos cuantos también. El año pasado, en primavera, volvimos a invitarlo, lo recogimos en un coche y lo llevamos al mismo sitio. Los jardines que habíamos plantado estaban floreciendo; miles de ciudadanos iban allí a pasear. El viejo, al ver aquello, se quitó el sombrero, textualmente, y anduvo todo el tiempo así, con la cabeza descubierta. Antes, en aquel lugar, sólo había barrancos, polvo, barracones y alambre de espino oxidado.

Ahora todo eran mariposas, riachuelos y zumbidos de abejas. Fue fantástico. Cuando se marchaba, el viejo me dijo: «No entiendo nada, no veo dónde están los límites de la bondad de los hombres. Ni dónde acaba el mal, dónde se transforma en bien». Y es que antes el viento que corría desde las estepas cubría de polvo la ciudad, pero ahora la llenaba de un aroma de manzanas. El mismo que emanaba de aquel buen viejo. Sí, la verdad que hicimos algo muy valioso entonces. Aquel anillo de verdor en el que cientos de miles de trabajadores tomaban aire fresco. Sesenta kilómetros de jardines y parques.

–Primero tenían un anillo de arena y barro. Y después un anillo de plantas. Y ahora, encima, este otro anillo de hierro y acero. ¿Recuerda aquella Marsellesa comunista que cantábamos en 1920 que decía: «rodeados nos tiene el enemigo vil por todas partes / en un anillo de fuego estamos, camaradas»?

–¡Vaya si la recuerdo! Pero déjeme acabar. El viejo no salía de su asombro. Y no sólo él, ¡sino el mundo entero! Por aquel entonces la fábrica de tractores había llegado a producir hasta cincuenta mil vehículos al año, se habían inaugurado tres fábricas nuevas y desecado varios miles de hectáreas de terrenos pantanosos. La cuenca de Ajtúbinsk había superado en fertilidad al delta del Nilo. ¿Sabes cuánto habíamos trabajado? Enfrentamos a la pobreza con pobreza. Con nuestros dientes y nuestros dedos helados labramos un nuevo futuro para todos nosotros. Pusimos a los antiguos kulaks a levantar bibliotecas y universidades vigilados por guardias. Y descalzos o calzados con zapatos que apenas merecerían ese nombre crearon monumentos a la clase obrera. Durmiendo en barracones construyeron fábricas de aviones. Llevamos a Rusia a una nueva dimensión. Comparado con nosotros, los bolcheviques, Pedro el Grande es un niño pequeño. Dentro de muchos años se verá y valorará en toda su magnitud lo que hicieron los bolcheviques, ¡el gigantesco avance que lograron! Así que ahora me pregunto: ¿qué es lo que pisotean, incendian y arrasan los nazis? Es nuestra sangre, el sudor de nuestras frentes, el fruto de nuestro ingente esfuerzo, la hazaña de los obreros y campesinos que lo sacrificaron todo para acabar con la miseria. Esto es lo que Hitler pretende asolar. ¡Jamás ha habido en la historia una guerra como ésta!

Krímov calló durante un largo rato, mirando a Priajin, y luego dijo:

–Sabes, pienso en lo mucho que has cambiado. Te recuerdo cuando aún eras un muchacho enfundado en un capote, y ahora te has convertido en un

hombre de Estado. Me cuentas que no hiciste más que construir y progresar. Y yo, ¿qué podría decirte? Fui activista del movimiento obrero internacional, tenía amigos comunistas en todas partes del mundo. Y ahora las hordas de fascistas alemanes, rumanos e italianos se acercan al Volga, al mismo Volga donde hace veintidós años ejercí de comisario político. Tú me cuentas que construiste fábricas, plantaste jardines, tienes mujer e hijos. Y a mí, ¿por qué me abandonó mi esposa? ¿Por qué? ¿Lo sabes? Perdona, hermano, creo que estoy desvariando… Pero tú, ¡tú sí has cambiado! ¡Es asombroso!

–Las personas crecen y cambian –dijo Priajin–, ¿qué tiene eso de asombroso? En cambio, a ti te reconocí enseguida, te veo tal y como cuando te conocí hace veinticinco años, cuando te dirigías al frente para sublevar al ejército zarista.

–¡Qué le vamos a hacer! Soy el mismo de antes. Los tiempos cambian, pero yo no. No sé hacerlo. Me lo han reprochado más de una vez. Dime, eso de no haber cambiado, ¿es bueno o malo?, ¿suma o resta?

–Siempre acabas por llevarlo todo al terreno filosófico, tampoco en eso has cambiado.

–Bromas aparte, los tiempos cambian, pero un hombre no es como un gramófono que reproduce un disco distinto cada vez. Yo no soy así.

–Un bolchevique ha de hacer lo que le pide el Partido, y el Partido representa las necesidades del pueblo. Si entiende la época en que vive desde el punto de vista del Partido, entonces estará siempre en lo cierto.

–Saqué a doscientos hombres de un cerco. ¿Sabes cómo lo conseguimos? ¡Teniendo fe! Tengo la cabeza cana, pero conservo la fe en la Revolución en mi alma. ¡Aquellos hombres me siguieron! ¡Creyeron en mí! Yo para ellos era Karl Marx o Dmitri Donskói. [8] Lo mismo un general del Ejército Rojo que un cura de aldea. Vagamos por la retaguardia del enemigo ajenos a lo que sucedía entonces en el frente. Los alemanes proclamaban en los pueblos que Leningrado había caído, que Moscú se había rendido, que el Ejército Rojo y el frente habían dejado de existir… Y mientras tanto, yo conducía a doscientos hombres hacia el este, hombres hinchados por el hambre, harapientos, enfermos de disentería, pero todos pertrechados con granadas y ametralladoras, ni uno solo estaba desarmado. En aquellas circunstancias no habrían seguido a alguien que tuviera por corazón un gramófono, ni ese alguien habría asumido la responsabilidad de guiarlos. No se puede enviar a cualquiera a la retaguardia del enemigo, ¿verdad?

–Cierto.

Krímov se levantó y paseó por el cuarto.

–Exactamente, querido hermano, cierto –señaló.

–Siéntate, Nikolái. ¡Escúchame! Hay que amar la vida, toda: la tierra, los bosques, el Volga, a nuestra gente, a nuestros jardines. Hay que amar simplemente la vida. Eres un demoledor del antiguo orden, pero ¿acaso no eres también un constructor? Sin embargo, como suele decirse, pasemos de lo general a lo particular. ¿Acaso has podido construir tu propia vida? A veces, en el trabajo, de pronto me da por pensar en que cuando termine iré a casa, veré a mis hijos y les daré un beso. ¡Es maravilloso! Una mujer, una esposa ¡necesita muchas cosas, necesita tener hijos! ¡Caramba! ¡Me enfurece pensar que unos bandidos están a las puertas de una ciudad en la que se invirtió tanto esfuerzo! Pretenden poner sus sucias manos en ella y ¡no se lo permitiremos!

La puerta se entreabrió y entró Barulin. Guardó silencio mientras escuchaba a Priajin, esperando a que éste terminara su discurso, y luego, tras un carraspeo, dijo:

–Iván Pávlovich, ¡es hora de que vaya a la fábrica de tractores!

–De acuerdo –accedió Priajin y, tras consultar el reloj, se puso en pie–. Camarada Krímov, Nikolái, tú quédate, no te apresures. Hazme caso y descansa. Luego, cuando quieras, podrás marcharte. En mi ausencia, aquí siempre habrá quien pueda quedarse para hacer guardia.

–Yo también debería marcharme. ¿Ha llegado mi coche?

–Sí, acabo de verlo en la calle –informó Barulin.

Priajin se acercó a Krímov con una sonrisa y le dijo:

–Sabes, te sugiero de todo corazón que te quedes, ¡por favor!

–¿A qué viene eso?

–Porque te conozco, no irías a casa de los Sháposhnikov por nada del mundo, eres demasiado orgulloso. Creo que deberíais hablar, de verdad –le dijo a Krímov al oído–: Si tú la quieres… ¿entonces?

–Espera, espera –respondió Krímov–. ¿Por qué debería quedarme en tu casa?

–Ella vendrá y podréis hablar. ¿Qué más quieres? Hice saber a los Sháposhnikov que te alojarías en mi casa. Estoy dispuesto a apostar lo que sea a que vendrá a verte.

–¿Qué dices? ¿De qué servirá? Yo no quiero verla.

–Mientes.

–Cierto. Sí, quiero verla, pero no tiene sentido. ¿Qué me va a decir? ¿Para qué va a venir? ¿Para consolarme? No quiero que me den consuelo.

Priajin movió la cabeza.

–Te sugiero que la esperes y habléis. Si de verdad la quieres, debes luchar por tu amor.

–No quiero hacerlo; además, no creo que sea un buen momento. Si sigo con vida, tal vez volvamos a vernos en otra ocasión.

–Allá tú; creí que te estaba ayudando a arreglar tu vida privada.

Krímov se acercó a Priajin, le puso las manos sobre los hombros y dijo:

–Te lo agradezco, hermano –sonrió y añadió en voz baja–: Creo que eso ya no tiene arreglo, ni siquiera con la ayuda de un secretario del Comité Regional.

–Entonces vámonos –dijo Priajin.

Luego llamó a Barulin y le advirtió:

–Si viene una camarada joven y guapa preguntando por el camarada Krímov, dígale que éste lo lamenta, pero que ha sido convocado en su unidad por un asunto urgente.

–Camarada Barulin, no hace falta que se disculpe por mí; sólo dígale que me marché sin dejar ningún mensaje –puntualizó Krímov.

–Vaya, viejo amigo, veo que aquello te dolió –comentó Priajin mientras se dirigían hacia la puerta.

–Mucho –respondió Krímov y salió detrás de él.

18

Al atardecer del 20 de agosto, el viejo Andréyev fue a casa de Aleksandra Vladímirovna después del trabajo. Ella le ofreció té de escaramujo, pero Andréyev tenía mucha prisa y ni siquiera quiso sentarse.

–Usted y su familia deberían marcharse de la ciudad –señaló el viejo.

Andréyev contó a Aleksandra Vladímirovna que aquella mañana habían llegado unos blindados averiados a la fábrica y que el comandante de uno de ellos, en grado de teniente, le había dicho que los alemanes habían cruzado el Don.

–Y usted, ¿piensa marcharse? –le preguntó Aleksandra Vladímirovna.

–No, yo me quedo.

–¿Y su familia?

–Mi familia se marcha pasado mañana.

–En caso de que los alemanes lleguen hasta aquí, usted perderá todo contacto con su familia. ¿Qué hará entonces?

–Nada, ¿qué quiere que haga? El camarada Mostovskói también se queda, a pesar de que es mayor que yo –respondió Andréyev e insistió–: Váyase, Aleksandra Vladímirovna. La situación se ha agravado.

Después de que Andréyev se hubiera ido, Aleksandra Vladímirovna empezó a sacar ropa y calzado de los armarios. Luego abrió un baúl donde guardaba ropa de invierno salpicada con naftalina. Volvió a meter todas las cosas en los armarios y se dedicó a seleccionar cartas, libros y fotos que fue poniendo en una maleta. Presa de los nervios, no dejaba de liar pitillos de gruesa picadura casera de color verde. El tabaco se consumía con un chisporroteo, como un leño de pino húmedo dentro de una estufa.

Cuando Maria Nikoláyevna regresó del trabajo, la habitación estaba llena de humo.

Aleksandra Vladímirovna le preguntó:

–¿Qué hay de nuevo? ¿Qué comenta la gente en la ciudad? –Luego explicó en tono de preocupación–: He decidido empezar a preparar poco a poco las cosas para la partida. No consigo encontrar la carta en la que se comunica la muerte de Ida Semiónovna. Sería una desgracia que se perdiera, Seriozha querrá verla.

Maria Nikoláyevna intentó tranquilizar a su madre:

–No ocurre nada grave, sin duda las explosiones deben de haberla asustado. A Stepán le dijeron en el Comité Regional que por el momento todo el mundo se quedaría en Stalingrado y que el trabajo debía seguir a pleno rendimiento. Sólo van a evacuar los orfanatos, los hospitales y las guarderías. Pasado mañana acompañaré a los pupilos del orfanato de la fábrica de tractores a Kamishin, donde acordaré con el Comité Regional el lugar para su realojamiento y regresaré con un coche dentro de dos días. Entonces hablaremos sobre lo que debemos hacer, pero le aseguro, madre, que no hay ninguna razón para que se apresure en hacer las maletas.

–Al menos ayúdame a encontrar la carta, no se me ocurre dónde podría estar. ¿Qué le voy a decir a Seriozha?

Abrieron los cajones del escritorio y revisaron papeles y cartas, buscándola.

–¿No la tendrá Zhenia? Creo que acaba de llegar.

Al entrar en el cuarto, Yevguenia Nikoláyevna aspiró el aire lleno de humo, puso cara de sufrimiento y abrió los brazos, queriendo dar a entender a su hermana que la atmósfera era irrespirable. No se atrevía a llamar la atención a su madre en voz alta.

–¿Has cogido la carta que informaba de la muerte de Ida Semiónovna? –le preguntó Aleksandra Vladímirovna.

–Sí –respondió Zhenia.

–Por Dios, ¡he puesto la casa patas arriba buscándola! Dámela.

–Se la envié a Seriozha –anunció Zhenia en voz alta, enfadada consigo misma por haberse azorado como una niña.

–¿Por correo? Podría perderse… –señaló Aleksandra Vladímirovna–. ¿Por qué lo hiciste? Habíamos decidido no enviársela todavía. Para un chico de diecisiete años es un golpe tremendo. Además, ahora está en las trincheras, rodeado de desconocidos...

–No se la envié por correo, sino con alguien que iba donde se encuentra Seriozha. Se la entregará en mano.

–¿En mano? –gritó Marusia–. Eres una mala pécora; acordamos no decirle nada... ¡Fue una decisión unánime! ¡Ese anarquismo es un despropósito!

–Hice lo correcto –dijo Zhenia–. Él arriesga la vida y nosotras lo tratamos como si fuera un niño. ¡Y tú no tienes que tratarnos a todos ahora como si fuéramos anarquistas o pequeñoburgueses, porque te hayan elegido para ser miembro del Partido!

Por un instante, Marusia sintió tanto odio hacia Zhenia que sólo con mirarla tuvo ganas de insultarla.

–Basta ya, hijas –intervino Aleksandra Vladímirovna–. Estoy harta de las dos, tanto de ti, Marusia, que eres del Partido, como de ti, Zhenia, que no lo eres. Marusia, ¿seguro que no has oído en la ciudad ni en la fábrica nada que debiera preocuparnos?

–En absoluto. Ya le he explicado a usted cómo están los ánimos.

–Me resulta extraño. Andréyev vino hace una hora y me comentó que en la fábrica había oído a un tanquista, que reparaba allí su blindado, decir lo siguiente: «Todo aquel que pueda que se marche al otro lado del Volga. Ayer los alemanes cruzaron el Don...».

–No lo entiendo, deben de ser rumores infundados. En la ciudad reina una relativa calma –insistió Maria Nikoláyevna.

–Pues yo no creo que esos rumores sean infundados –dijo Zhenia–. ¿Vera no ha regresado todavía? Es muy extraño.

–¿Tal vez hayan empezado a evacuar los hospitales? –preguntó Aleksandra Vladímirovna y enseguida recordó–: ¡Vera tiene hoy una guardia!

Aleksandra Vladímirovna entró en la cocina. Como allí no había luz, habían dejado de colocar el camuflaje. Aleksandra Vladímirovna abrió la ventana y permaneció largo rato escuchando. Desde la estación se oían pasar los trenes; los relámpagos iluminaban de tiempo en tiempo el cielo oscuro. Al regresar al cuarto, dijo:

–El cañoneo se oye con más claridad que otras noches. ¡Ay, Seriozha, Seriozha!

–Qué insensatez –observó Marusia–. Además, pasado mañana es domingo –añadió, como si la guerra se tomara un descanso los domingos.

Stepán Fiódorovich llegó bien entrada la noche.

–La situación es muy grave –dijo y prendió una cerilla para encender un cigarrillo–. Deberíais marcharos de inmediato.

–Entonces hay que poner un telegrama a Kazán para avisar a Liudmila –sugirió Aleksandra Vladímirovna.

–Déjese de cursiladas –dijo Stepán Fiódorovich, irritado.

–Stepán, ¿qué te pasa? –preguntó azorada Maria Nikoláyevna.

Cuando hablaba en privado con su marido, ella misma censuraba a menudo aquellas cursilerías de su madre; pero cuando Stepán Fiódorovich reprodujo sus críticas, tomó partido por Aleksandra Vladímirovna.

El rostro de Stepán Fiódorovich se transfiguró, dibujando una expresión de necedad y desconcierto.

–Dejadme en paz –dijo–. Los alemanes están cerca. No sé cómo haréis para viajar sin que yo os acompañe, será un desastre.

Les exigió que hicieran las maletas sin más dilación.

–Hay que hacer entrar en razón a Mostovskói, explicarle la situación, pues se resiste a marchar. Además, deberíamos avisar sin falta a Beriózkina –dijo Aleksandra Vladímirovna–. Stepán, vaya usted a hablar con ellos, pues tiene un salvoconducto para salir de noche. Y tranquilícese, se lo ruego.

–No me diga lo que tengo que hacer. He venido hasta aquí de noche, en coche, sin autorización alguna, para avisarlas –gritó enfadado–. No he venido para que usted me dé lecciones.

–No se deje llevar por la histeria –repuso Aleksandra Vladímirovna, ajustándose las mangas del vestido, y añadió visiblemente irritada, como si Stepán Fiódorovich no estuviera presente–: Qué curioso, siempre he creído que el proletario que habita en Stepán tenía nervios de acero, pero resulta que... –se volvió hacia Stepán Fiódorovich y le preguntó con aspereza–: ¿Le sirvo unas gotas de valeriana?

Marusia dijo en voz baja a su hermana:

–Creo que mamá se ha enfadado de verdad.

Las hijas de Aleksandra Vladímirovna conocían desde niñas los ataques de furia de su madre, que obligaban a todo el mundo a cerrar la boca y a esperar a que la tormenta amainara.

Stepán Fiódorovich se marchó a su habitación, mascullando contrariado y agitando un brazo.

Zhenia anunció en voz alta y clara:

–¿Sabéis a quién he ido a ver esta tarde? A Nikolái Grigórievich Krímov.

Aleksandra Vladímirovna y Marusia preguntaron al unísono y en el mismo tono:

–¿A Nikolái Grigórievich? ¿Y?

Zhenia rió y añadió:

–Perfecto, como debe ser. No ha querido recibirme.

Marusia y su madre se miraron en silencio. Stepán Fiódorovich regresó de su habitación, se acercó a su suegra y le dijo:

–¿Me da fuego? –Dio una calada al cigarro, expulsó una bocanada de humo y añadió en un tono conciliador–: Tal vez haya exagerado con las prisas, pero no se enfade conmigo. Es mejor que se acueste, mañana ya veremos qué hacemos. Por la mañana debo ir al Comité Regional, donde me informarán sobre la situación. Entonces mandaré un telegrama a Liudmila y hablaré con Tamara Beriózkina y con Mostovskói. ¿Cree que no soy consciente de lo que hay que hacer?

Marusia enseguida cayó en la cuenta de la causa de aquel cambio tan brusco en la actitud de Stepán Fiódorovich. Fue a su cuarto, abrió el armario y descubrió que, efectivamente, su marido había tomado un buen trago del vodka que guardaba allí y al que ahora llamaba «antibombina».

Marusia suspiró, abrió el botiquín y vertió estrofanto en una copa, moviendo sus finos labios mientras contaba las gotas. Ahora se medicaba a escondidas de su familia. Desde que había presentado la solicitud de ingreso al Partido, consideraba que tomar estrofanto e infusiones de muguete era una debilidad propia de una pequeñoburguesa.

Desde el comedor se oyó la voz de Zhenia:

–Está decidido. Para el viaje, me pondré mi traje de esquiar. –Acto seguido, y sin relación con lo que acababa de decir, añadió–: ¡Ay, si una tiene que morir, morirá!

Stepán Fiódorovich comentó entre risas, mirando a Zhenia:

–¿Qué dice, Zhénechka? ¡Cómo va a morir con lo guapa que es! ¡Jamás se lo permitiría!

Marusia solía irritarse cuando Stepán Fiódorovich empleaba aquel tono juguetón con Zhenia. Sin embargo, esta vez no se sintió contrariada.

«Qué buenos son y cuánto les quiero», pensó y notó cómo se le saltaban las lágrimas. El mundo entero estaba anegado de pena y Maria Nikoláyevna supo que nunca había amado tanto a su familia, a pesar de todas sus debilidades, como ahora.

19

En la segunda quincena de agosto, algunas de las unidades de la milicia popular de Stalingrado compuestas de funcionarios, obreros de fábrica, estibadores y marineros de la naviera del Volga salieron de la ciudad y

tomaron posiciones de defensa en los accesos cercanos. Una división de las Fuerzas de Seguridad de Estado, acuartelada en Stalingrado, recibió asimismo la orden de poner en guardia sus efectivos. Aquella división, completa y potente, carecía de experiencia en el combate, pero estaba bien formada y se componía de soldados y oficiales en servicio activo.

Mientras los regimientos de la milicia popular tomaban posiciones en el extremo oeste de la ciudad, varias unidades pertenecientes en su mayoría a los ejércitos 62.º y 64.º –en retirada desde el oeste y el sur, respectivamente– venían a su encuentro, acosadas por los alemanes. Aquellas unidades mermadas y escasas de efectivos estaban integradas por hombres exhaustos tras incesantes combates y un repliegue agotador. Las divisiones soviéticas replegadas se concentraban en la orilla izquierda del Don, detrás de la línea circular de fortificaciones que habían levantado los habitantes de Stalingrado.

Las unidades, que durante el repliegue a través de la estepa habían marchado en columnas poco compactas, separadas entre sí por varios kilómetros de distancia, ahora se condensaban alrededor de la ciudad, manteniendo una estrecha comunicación.

Sin embargo, las fuerzas alemanas también se iban concentrando a medida que se aproximaban a Stalingrado, de modo que conservaban la superioridad que habían logrado sobre los soviéticos en armamento y efectivos, por tierra y aire.

Seriozha Sháposhnikov había recibido instrucción militar durante un mes en uno de los batallones de la milicia popular de Stalingrado, acuartelado en Beketovka. Al amanecer de un día de la segunda quincena de agosto, la compañía a la que habían adscrito al joven recibió la orden de emprender camino y salir de la ciudad, cerrando la marcha del regimiento. Hacia el mediodía, la columna de la milicia llegó junto a un barranco en mitad de la estepa situado al oeste de la colonia obrera de Rínok. Los refugios y las trincheras donde se instalaron los milicianos se encontraban en una depresión de terreno desde la que no se podía ver la ciudad. A lo lejos se divisaban las casitas y las cercas grisáceas del pueblo de Okátovka y la línea amarillenta de un camino vecinal poco transitado que llegaba hasta el Volga.

Después de marchar treinta kilómetros a través de la estepa bajo un sol abrasador, entre ásperos y polvorientos hierbajos que se enredaban en los pies como alambres de espino, los milicianos, nada acostumbrados a la

vida de campaña, estaban extenuados. Parecía que nunca iba a terminar aquella marcha a través de la ardiente estepa: dar un paso suponía un esfuerzo gigantesco, mientras barruntaban si tendrían fuerzas suficientes para alcanzar el siguiente poste de la línea telegráfica que se erguía en mitad de un vasto espacio, una extensión imposible de medir aun con miles de postes como aquél.

Con todo, el regimiento arribó por fin al enclave donde tenía que tomar posiciones de defensa. Los milicianos se metieron, gruñendo de placer, en los refugios construidos muchos meses atrás, se descalzaron y se echaron al suelo en medio de una penumbra áurea y polvorienta, a salvo del sol.

Seriozha Sháposhnikov, con los ojos cerrados, embargado por una placentera sensación de paz y agotamiento, yacía tumbado junto a una pared de troncos. Tenía la mente en blanco, pues las sensaciones corporales que experimentaba en aquel momento eran demasiado intensas y numerosas. Le dolía la espalda, la sangre le golpeaba con fuerza en las sienes, las plantas de los pies le ardían y tenía las mejillas quemadas por el sol. Su cuerpo le parecía pesado, como de plomo, y liviano a la vez, casi ingrávido: una extraña mezcla de sensaciones opuestas que sólo se da en momentos de fatiga extrema. Seriozha se sentía orgulloso de aquello, de sí mismo, con la dignidad de un muchacho que durante la marcha, y pese a su corta edad, no se había rezagado ni había pedido subir a un carro, no se había despeado ni quejado una sola vez. Le había tocado marchar en la zaga de la columna, junto con un miliciano entrado en años, el carpintero Poliakov. Mientras cruzaban el jardín Skulpturni, en la zona industrial de Stalingrado, las mujeres que los miraban marchar movían apesadumbradas la cabeza y decían:

–Esos dos, el viejo y el muchacho, no llegarán hasta el frente.

Al lado del viejo Poliakov, un hombre de cara arrugada y cubierta con una barba cana de varios días, Seriozha, flaco, de nariz afilada y estrecho de hombros, parecía un polluelo.

Sin embargo, aquellos dos milicianos marcharon con una paciencia y un tesón extraordinarios, logrando llegar a su destino en mejores condiciones que muchos otros, sin rozaduras en los pies.

Poliakov había hecho gala de la terca soberbia de un viejo que quería demostrarse a sí mismo y a los demás que aún era joven. En cambio, Seriozha se había ayudado del eterno deseo de los jóvenes e inexpertos de mostrarse fuertes y maduros.

En el refugio reinaban la paz y el silencio, rotos tan sólo por la pesada respiración de los hombres que yacían en el suelo. De vez en cuando se percibía algún que otro susurro: era la tierra seca, que se desprendía y se deslizaba por las maderas del refugio.

De pronto, a lo lejos, se oyó la tan bien conocida y estrepitosa voz de Kriakin, el jefe de la compañía, que se acercaba.

–Ya está otra vez atosigando a la gente –comentó asombrado el combatiente Grádusov, tumbado cerca de la entrada del refugio–. Ha marchado todo el tiempo a pie, igual que nosotros, así que creí que descansaría al menos la mitad del día y nos dejaría en paz. –Luego añadió con voz llorosa–: ¡Que me fusile si quiere, no pienso levantarme!

–Claro que lo harás –dijo con malicia el posgraduado Chentsov como si no hubiese de levantarse junto con Grádusov.

Grádusov se sentó y, mirando a los que seguían tumbados, observó:

–Pobres de nosotros, abrasados por el sol…

Su rollizo cuello y sus manos, salpicadas de pecas, resistían todo bronceado; tan sólo habían adquirido un rojo vivo, como si se le hubieran escaldado. Su ancha cara pecosa y sudada también era de un rojo subido y traslucía sufrimiento.

Al llegar cerca del refugio, Kriakin ordenó:

–¡Cálcense las botas y formen filas!

Poliakov, que parecía estar durmiendo, se apresuró a incorporarse y empezó a enrollar un calcetón. Chentsov y Grádusov se calzaron las botas, gimiendo a causa del dolor que les provocaba el contacto de los calcetones, cuyo paño se había endurecido, con las rozaduras de los pies.

Serguéi, quien un minuto atrás había creído que no existía en el mundo una fuerza capaz de hacer que se levantara –«prefiero morir de sed antes que ir a buscar agua»–, enrolló rápidamente los calcetones y se calzó las botas sin pronunciar palabra.

La compañía formó enseguida, y Kriakin la recorrió mientras pasaba lista. Era bajo, de pómulos salientes, boca grande, nariz maciza y ojos broncíneos que parecían estar fijados a la cabeza: si necesitaba mirar a algún lado, giraba la cabeza y el torso. Antes de la guerra había ejercido de inspector regional de protección contra incendios, de modo que muchos de los milicianos habían tenido ocasión de coincidir con él en sus centros de trabajo. En tiempos de paz era un tipo taciturno, incluso tímido, servicial y siempre sonriente; llevaba una casaca verde, ceñida con un cinto fino, y un

pantalón negro, con las perneras metidas por dentro de las botas. Sin embargo, una vez lo nombraron jefe de compañía, sus puntos de vista y los rasgos de su carácter, que hasta entonces a pocos habían importado, de pronto cobraron una gran relevancia para decenas de jóvenes y mayores. Por lo visto, siempre se había creído alguien con dotes de mando, pero como era débil e inseguro, sólo podía dirigir aplicando unos métodos severos, que rayaban en la crueldad. En una ocasión, Seriozha Sháposhnikov le oyó decir al jefe de sección Briushkov:

–Hay que saber hablar con los subordinados. Por ejemplo, te he oído preguntar a un combatiente: «¿Por qué le falta un botón de la casaca?». No hay nada peor que decir «¿por qué?», pues aquel a quien se lo digas alegará mil razones: que ha perdido su aguja de coser, que no tiene hilo o que ya ha advertido al cabo sobre la cuestión. Deberías haberlo hecho así... –Kriakin exclamó con voz bronca–: ¡Cosa el botón!

Fue como si, en vez de decirlo, le hubiese dado un empujón en el pecho.

También ahora, aunque él mismo apenas se sostenía en pie, Kriakin obligó a los milicianos a formar filas, reprendió a los que estaban mal alineados y a los que respondieron en murmullos cuando él pasaba lista, y luego ordenó una revisión de armamento durante la cual descubrió que al fusil del miliciano Iliushkin le faltaba la bayoneta.

Cuando Iliushkin, un joven alto y ceñudo, abandonó la formación con paso indeciso, Kriakin lo interpeló:

–¿Qué voy a responder si desde el Alto Mando me preguntan: «Camarada jefe de la 3.ª Compañía, ¿dónde está la bayoneta del fusil número seiscientos doce mil ciento noventa y dos que el Alto Mando puso a su cuidado?».

Iliushkin miró de reojo a los milicianos que estaban a su espalda y no dijo nada: no hubiera sabido responder a aquella pregunta del Alto Mando. Entonces Kriakin interrogó a un jefe de sección y averiguó que éste había visto a Iliushkin, durante un breve alto en el camino, cortando con su bayoneta unas ramas para hacer una pantalla que le protegiera del sol. También Iliushkin se acordó de aquello; debió de olvidar coger la bayoneta cuando la compañía reemprendió la marcha.

Kriakin le ordenó que regresara al lugar donde se habían detenido y encontrara la bayoneta. Iliushkin echó a andar a paso lento en dirección a la ciudad; mientras se alejaba, Kriakin le gritó con contundencia:

–¡Espabila, Iliushkin, espabila!

Durante el tiempo que Kriakin retuvo a sus extenuados subordinados en la solana, su mirada expresaba cierta espiritualidad grave, en el convencimiento de que obrar de aquel modo los hacía a todos ellos mejores.

–Grádusov –dijo Kriakin y sacó de su portaplanos color naranja un pliego de papel doblado en cuatro–, lleve este parte al batallón que está en aquel barranco, a cuatrocientos cincuenta metros de aquí.

Grádusov regresó al cabo de veinte minutos, entregó un sobre gris a Kriakin y, cuando estaban de nuevo en el refugio, contó que el jefe de batallón, tras leer el parte, le espetó al jefe del Estado Mayor: «¿Qué hace el tonto ese pasando revista a la tropa en mitad de la estepa? ¿Quiere atraer a la aviación del enemigo? Le voy a escribir unas líneas como último aviso».

Fue precisamente el aviso en cuestión, guardado dentro del sobre de color gris, lo que Grádusov había traído desde el puesto de mando del batallón, caminando con paso ágil y apresurado.

El primer día de su estancia en la estepa, los milicianos, gente de ciudad, creyeron que les sería imposible permanecer allí sin agua, cocinas, ventanas acristaladas, calles ni aceras... Sí hubo mucho ajetreo, callado desaliento y voces de mando estridentes. No había morteros donde estaba la munición de los morteros, ni había munición para los morteros donde estos estaban. Creyeron que habían olvidado a su compañía, que quedarían abandonados en mitad de la estepa, ignorados por el mundo. Sin embargo, al atardecer del mismo día llegó desde Okátovka un grupo de chavales descalzos y mozas con pañuelos blancos en la cabeza que, entre risas, arrancaron a cantar al son de un acordeón, desparramando entre plantas de esparto la cáscara blanca de las pipas de calabaza que comían. Entonces, de repente, la estepa se volvió habitable. Resultó que en el barranco, entre unos arbustos, había una fuente con agua limpia y abundante; aparecieron unos cubos, y desde algún lugar incluso llevaron, haciéndolo rodar, un bidón de gasolina vacío. Sobre las espinas de los escaramujos, las ásperas ramas de los guindos y los perales de tronco corto que crecían a lo largo de la empinada pendiente del barranco, apareció, agitado por el viento, el percal amarillento de las camisas y los calcetones lavados de los soldados. Les llevaron sandías, tomates y pepinos. Un cable negro de telefonía de campaña se extendió entre la hierba en dirección a la ciudad. Por la noche

del día siguiente llegaron, procedentes de una de las fábricas, camiones de tres toneladas que transportaban morteros, balas, minas, ametralladoras y cócteles mólotov recién salidos de fábrica. Al cabo de una hora arribaron cocinas de campaña y dos baterías de artillería. Había algo inefablemente conmovedor y emocionante en la aparición, en medio de la estepa nocturna, de aquel armamento construido en las fábricas de Stalingrado y del pan cocido en sus hornos. Los milicianos –obreros de la fábrica de tractores, de la Barricada y de la Octubre Rojo– palpaban los cañones que acababan de llegar y creían que el acero de aquellas simpáticas piezas de artillería traía los saludos de sus esposas, vecinos, amigos, talleres, calles, jardincitos y huertos... de aquella vida que habían dejado atrás. El pan, protegido con gruesas capas de tela de campaña, se conservaba tibio como un cuerpo vivo.

Bien entrada la noche, los comisarios políticos empezaron a distribuir ejemplares del *Stalingrádskaya Pravda* entre los milicianos.

Al cabo de dos días, los combatientes se habían habituado a vivir en sus refugios y trincheras, habían abierto varios caminos hasta la fuente y ya sabían qué era lo que la estepa tenía de bueno y de malo. A veces llegaban a olvidarse de que el enemigo se acercaba; tenían la sensación de que su vida seguiría transcurriendo de aquel modo apacible en mitad de la estepa grisácea y polvorienta durante el día, azul oscuro al anochecer. Por la noche, dos resplandores iluminaban el cielo y los milicianos advertían entonces cuán engañosa resultaba aquella calma, el fulgor de los incendios y el de las fábricas de Stalingrado, el ruido ensordecedor en el que se mezclaban el fragor de la labor industrial procedente del Volga y el estruendo del cañoneo y de las explosiones en la zona del Don.

20

Al alistarse en la milicia, Seriozha cambió el ambiente familiar de su casa por un entorno cuyo sistema de relaciones le era totalmente extraño y en el que habría de sufrir privaciones considerables.

Incluso una persona adulta con experiencia en la vida advierte, en una situación comprometida, lo limitada que es su visión del mundo y lo insuficientes que resultan su experiencia y su conocimiento de la

naturaleza humana para enfrentarse a unas condiciones insólitas y de extrema dureza. Desde los primeros días en la milicia Seriozha advirtió que la vida real en nada se parecía a lo que había aprendido en el colegio, en los libros y en su casa, o a lo que había deducido a partir de sus modestas observaciones. Sin embargo, lo más sorprendente fue que paulatinamente, con el paso del tiempo, cuando logró acostumbrarse a aquel enorme cúmulo de sensaciones sorprendentes e insospechadas, cuando conoció la fatiga y el rigor del sargento y del cabo y hubo escuchado hasta la saciedad sus hirientes improperios unas veces y sus comentarios benévolos otras, Seriozha fue tomando conciencia de que su universo espiritual, en lugar de desmoronarse, había resistido aquellos embates y seguía en pie. Todo cuanto había aprendido de sus profesores y compañeros, de la vida y en los libros –el respeto por el trabajo, el amor a la franqueza y a la libertad– no se desplomó en la tormenta de la guerra que sacudía la mente y el corazón de un joven de diecisiete años. En mitad del polvo del camino, al son de las voces de mando y de las conversaciones de los soldados, le resultaba extraño evocar las canas de Mostovskói, la mirada severa de la abuela y el cuello blanco de su camisa. Sin embargo, el eje en torno al cual se desarrollaba su vida espiritual seguía conservando su elástica rectitud, ya que las adversidades no habían logrado romperlo ni deformarlo.

A medida que el regimiento avanzaba hacia la línea del frente, los milicianos que gozaban de fama y autoridad entre sus compañeros caían en el olvido, sustituidos rápidamente por otros. Durante aquellos caóticos primeros días, una vez acuartelado el regimiento, cuando la instrucción aún no había empezado y se destinaba el tiempo a elaborar y cotejar las listas de personal, charlar y tramitar permisos, el descarado, listo y mañoso Grádusov eclipsó al resto.

Desde que se alistó en la milicia y hubo llegado al cuartel, no dejó de afirmar con contundencia:

–No voy a quedarme por mucho tiempo en la compañía; conseguiré que me trasladen a otra unidad.

Sin prisa pero sin pausa, se puso a trabajar hábilmente en su propósito; resultó que tenía contactos en todas partes: en el Estado Mayor de la milicia, en el de la circunscripción militar, en la sección económico-administrativa y en la sanitaria. Se sirvió de un permiso de cuatro horas en la ciudad para obtener papel de escribir de buena calidad y lápices para la

oficina del Estado Mayor de la milicia. Regaló una navaja de acero inglés al instructor político. Para el subcomandante del regimiento llevó un par de botas de becerro, regalo de las amas de casa del distrito de Beketovka. Tal vez hubiese conseguido que lo trasladaran a la sección económico-administrativa o a la sanitaria si no hubiera sido por la terquedad del jefe de la compañía. Kriakin no le dejaba marcharse, e incluso había enviado dos comunicados al comisario del regimiento en los que argumentaba su oposición al traslado de Grádusov. El comandante del regimiento, que quería que el avispado Grádusov fuera su asistente, cedió ante las pretensiones de Kriakin y le dijo:

–De acuerdo, que siga en la compañía.

En consecuencia, Grádusov odió a Kriakin hasta tal punto que dejó de pensar en la guerra, en su familia y en su futuro. Era capaz de hablar sobre Kriakin y de ocupar su mente en él durante horas; cuando Kriakin abría su portaplanos ante la fila de milicianos en formación, la rabia le nublaba la vista.

Grádusov aglutinaba en su persona varios rasgos en apariencia incompatibles. Antes de alistarse en la milicia había trabajado en la dirección regional de la construcción de viviendas. Hablaba con orgullo sobre sus éxitos profesionales, recordando los discursos que había pronunciado en juntas y plenos, pero a la vez se jactaba de cómo, en otros tiempos, había conseguido hacerse con un traje de lana para él, cierta cantidad de hierro laminado para el tejado de su casa y una pelliza para su esposa. Denunciaba a los cobardes y a los que solo se preocupaban de sí mismos y a la vez decía que había sido muy tonto por no haber conseguido que lo eximieran de ser reclutado. Alardeaba del pingüe negocio que había hecho su mujer en Sarátov. Ésta, durante la visita a unos parientes, había conseguido vender algunos tomates de cosecha propia, y con el dinero que obtuvo compró una partida de piedras para encendedores y tejidos que luego revendió en Stalingrado, pues aquella mercancía era difícil de conseguir en la ciudad. Al escuchar aquellas historias, sus compañeros de milicia decían con ironía: «Ése sí que vivía bien, no como nosotros». Grádusov, sin caer en la cuenta de que se burlaban de él, confirmaba:

–Así es, vivía como un rey. Quien no corre, vuela.

Le gustaba bromear acerca de la manera en que Seriozha y Poliakov se las habían apañado para entrar en el ejército: uno se había añadido un año a la edad; el otro se lo había restado.

Más tarde, cuando empezó el período de instrucción y hubo que aprender a manejar un mortero y una ametralladora, además de asistir a clases de formación política y de someterse a la severa disciplina militar, la figura de Grádusov se desdibujó y cedió el liderazgo de la compañía a Chentsov, posgraduado de la facultad de mecánica y construcción.

Y fue con aquel hombre enjuto de ojos oscuros con quien Serguéi Sháposhnikov trabó una estrecha amistad. Era, entre todos los milicianos, el más cercano a Seriozha por edad, formaba parte del Komsomol y se postulaba como candidato para convertirse en miembro del Partido.

Ambos compartían la animadversión hacia Grádusov y detestaban la constante repetición de su eterno dicho: «Todo está muerto, hasta el perro», con el que expresaba su desprecio por los dictados de la moral.

Por las noches Seriozha y Chentsov mantenían largas conversaciones. Chentsov se interesaba por los estudios de Seriozha, por el colegio al que iba, y a veces le preguntaba por sorpresa:

–¿Tienes en la ciudad a alguna chica que te espere?

Seriozha se azoraba y Chentsov añadía en tono condescendiente:

–No pasa nada, tienes toda la vida por delante.

Con frecuencia contaba cosa sobre su vida.

Era huérfano. En 1932, después de terminar siete años de estudios en el colegio, llegó a Stalingrado, siendo aún un chaval, desde una aldea lejana y entró a trabajar como mensajero en la oficina central de la fábrica de tractores. Luego cambió al taller de fundiciones e ingresó en una escuela profesional nocturna. Tras tres años de estudios, aprobó el examen de ingreso en la universidad a distancia. En su proyecto de final de carrera propuso una fórmula para elaborar la carga de un horno de fundición con componentes de origen nacional, por lo que le admitieron para cursar estudios de posgrado en un centro de investigación en Moscú. Cuando estalló la guerra estaba a punto de marchar a América junto a un grupo de jóvenes ingenieros.

A Seriozha le agradaban su serena diligencia, su sentido común, la confianza que demostraba en sí mismo, cómo se interesaba por todos los detalles de la vida de la compañía y su disposición a decirles a la cara qué pensaba de aquellos hombres. Era ducho en los aspectos tecnológicos, de modo que, con pocas pero valiosas indicaciones, aconsejaba a las dotaciones de morteros a la hora de corregir la trayectoria de un proyectil. Chentsov contó a Seriozha sobre su trabajo en el centro de investigaciones,

sobre su infancia en el pueblo y sobre cuánto se había asustado al entrar por primera vez en un taller de fundiciones.

Tenía una memoria prodigiosa, hasta el punto de que se acordaba de todas las preguntas que le habían hecho los profesores en el examen final de posgrado tres años atrás. Se había casado poco antes de la guerra. Sobre su esposa explicó:

–Ahora está en Cheliábinsk, concluyendo sus estudios en la Facultad de Pedagogía. Ha obtenido matrículas de honor en todas las asignaturas –luego rió y añadió–: Ya habíamos comprado un gramófono porque queríamos aprender bailes occidentales y de salón, pero entonces estalló la guerra.

Su manera de contar era muy amena, pero cada vez que empezaba a hablar sobre literatura Seriozha se aburría. De Korolenko, [9] Chentsov afirmaba: «Era un excelente escritor y un gran patriota; luchó por nuestros ideales en la Rusia zarista». Sus palabras incomodaron a Seriozha, pues después de leer *El músico ciego* no se había sumido en ninguna de las reflexiones que la obra había desvelado en Chentsov, sino que simplemente había vertido algunas lágrimas.

A Seriozha le asombraba que Chentsov, siendo un gran conocedor de la literatura rusa clásica y extranjera, no hubiera leído los libros infantiles de Gaidar ni oído hablar de Mowgli, Tom Sawyer y Huckleberry Finn.

–¿De dónde hubiera sacado el tiempo para leerlos si no estaban en el programa? Además, tenía que compaginar el trabajo en la fábrica con los estudios universitarios, terminé en tres años una carrera de cinco... ¡Si sólo dormía cuatro horas al día! –se justificó Chentsov.

Dentro del cuartel y durante las prácticas se mostraba reservado, cumplidor y jamás se quejaba del cansancio.

Nada más empezar la instrucción Chentsov destacó sobre el resto, respondiendo con claridad y presteza a las preguntas de los oficiales. Los milicianos obreros lo trataban bien, con campechanía. Sin embargo, en una ocasión Chentsov informó al comisario político de que el escribano trapicheaba a la hora de expedir permisos de salida. En consecuencia, los milicianos de la compañía empezaron a ponerle malas caras. El estibador Galigúsov, jefe de la dotación de artillería, le dijo con sarcasmo:

–Camarada Chentsov, tienes espíritu de funcionario.

–No me alisté en la milicia para encubrir los tejemanejes de nadie, sino para defender la patria.

–¿Acaso no estamos todos dispuestos a dar nuestra sangre por ella? –lo interpeló Galigúsov.

Poco antes de que la milicia partiera hacia la estepa, la relación entre Serguéi y Chentsov se había enrarecido. La brusquedad de Serguéi, la franqueza desconcertante y pueril de sus juicios, sus preguntas extrañas y difíciles de responder irritaban y ponían en guardia a Chentsov.

–¿No le partiría usted la cara a Kriakin? –le preguntó una vez Seriozha. Sin esperar que Chentsov respondiera, añadió–: Yo lo haría. Creo que es un cabrón.

Los milicianos que lo oyeron rompieron a reír; por la noche uno de ellos, un obrero bastante joven, le comentó a Serguéi:

–Haces mal hablando del jefe de compañía de esa manera, con tus palabras te arriesgas a que te envíen a un batallón de castigo.

Chentsov, enojado, observó al respecto:

–Efectivamente, habría que informar de ello al comisario Shumilo.

–Eso sería propio de un mal compañero –censuró Serguéi a Chentsov.

–En absoluto, más bien lo contrario. Habría que darte un toque de atención antes de que sea tarde. Eres un chico bastante culto, pero poco concienciado.

–Y yo creo que si lo hicieras serías… –empezó a decir, azorado, Serguéi.

De pronto, Chentsov perdió los nervios. Serguéi jamás lo había visto tan furioso como cuando le gritó:

–¡No sé quién te crees que eres, cuando en realidad no eres más que un mocoso!

Una vez la compañía estuvo instalada en la estepa, el carpintero Poliakov resultó ser quien gozaba de mayor prestigio entre los milicianos. Los familiares de Seriozha tal vez se hubieran llevado una sorpresa al descubrir que, en opinión de Poliakov, el joven era un malcriado. El carpintero no dejaba de llamarle la atención:

–No puedes sentarte a comer de esa manera, sácate el gorro al menos... No se va «detrás del agua» sino «por agua», porque si vas detrás de ella no volverás... [10] ¿Qué maneras son ésas de poner el pan sobre la mesa, acaso es así como se hace?... Procura no echar la porquería encima de nadie cuando estés barriendo... No tires huesos al suelo, aquí no hay perros... Ves que hay gente comiendo y tú sacudes la casaca en su cara... No me digas

«н у», que no soy ningún caballo... [11] No se pregunta «¿quién es el último de la cola?» sino «¿detrás de quién voy?», aquí no hay últimos...

Poliakov pensó que Seriozha había puesto el pan sobre la mesa de manera incorrecta no solo porque pensara que la vida militar lo eximía de obedecer las normas de comportamiento habituales, sino también porque no le importaba faltar el respeto a los obreros sencillos. No concebía que Sháposhnikov ignorara las reglas de conducta básicas que conocía incluso el palomero de una colonia industrial. La sencilla, bondadosa y a veces ruda filosofía de vida de Poliakov se podía resumir de la siguiente manera: un trabajador merecía ser libre, feliz y estar bien alimentado. Se deleitaba hablando sobre el pan caliente, sobre el *schi* con *smetana* , sobre el placer de tomar una cervecita bien fría en verano o el de entrar en invierno en una casa bien caldeada y tomar una copita de vodka antes de comer.

Poliakov amaba su oficio de carpintero y, haciendo brillar alegremente sus ojos diminutos rodeados de oscuras patas de gallo, discurría acerca de las herramientas y de la madera de roble, de arce, de fresno o de haya con el mismo deleite con que hablaba sobre la comida y la bebida. Creía estar trabajando por un fin: que la gente viviera de un modo más cómodo y agradable. Amaba la vida y, por lo visto, aquel amor era correspondido, pues la vida era generosa con él y no le ocultaba sus encantos. Poliakov iba a menudo al cine y al teatro, había plantado un jardín delante de su casa y le gustaba el fútbol, de modo que muchos de los milicianos lo habían conocido por ser un asistente asiduo a los partidos. Poseía una pequeña embarcación en la que todos los veranos salía a navegar durante dos semanas por el Volga para disfrutar de su callada pasión por la pesca y de la gran riqueza natural del río: áureo y suave como aceite de girasol a mediodía, fresco en las noches de luna, taciturno y nebuloso al amanecer, brillante y sonoro en los días de sol y viento... Pescaba, dormía, fumaba, bebía, cantaba y, para comer, bien preparaba sopa de pescado, bien lo freía en una sartén, bien lo cocinaba a la brasa envuelto en hojas de bardana. Regresaba a casa embriagado, con olor a río y a humo, e incluso pasado un tiempo seguía encontrando entre sus cabellos una escama seca, un puñado de arena blanca de río en el bolsillo... Poliakov fumaba un tabaco perfumado especial que iba a buscar expresamente a casa de un anciano al que conocía y que vivía en un pueblo a cincuenta kilómetros de la ciudad.

En su juventud, Poliakov había visto mucho, había servido en la infantería y posteriormente en la caballería del Ejército Rojo, y había

participado en la defensa de Tsaritsin. Ya en la estepa, mostró a los milicianos una zanja cubierta de hierba y de arena que, según juró, no era sino la trinchera desde la que veintidós años atrás había disparado con una ametralladora contra la caballería de Krasnóv. [12]

El comisario político Shumilo decidió organizar una velada para que Poliakov hablara ante los milicianos sobre su participación en la defensa de Tsaritsin y convocó a combatientes de otras unidades. Sin embargo, el encuentro resultó ser un fracaso. Al ver los rostros de las decenas de personas que habían acudido para escucharle, Poliakov se turbó, empezó a tartamudear y acabó por enmudecer... Luego, de pronto, se animó, cayendo en una excitación desesperada y, tras sentarse en el suelo, empezó a tutear a los presentes como si en vez de dar una conferencia estuviese charlando con unos amigos en una cervecería y a tratar de temas no incluidos en el programa previsto. Aprovechándose de su memoria verdaderamente prodigiosa, Poliakov fue hablando con profusión acerca de los detalles, alentado por las sonrisas que le dedicaban los oyentes, sobre la comida que se había servido a los combatientes en la Guerra Civil: los terrones de azúcar, las raciones de carne enlatada y las tostadas. Habló con especial sentimiento sobre un tal Bichkov, quien veintiún años atrás le había robado una botella de aguardiente y un par de botas nuevas del macuto.

Shumilo se vio obligado a impartir él mismo la conferencia, a pesar de que en la época de la defensa de Tsaritsin aún no había cumplido los tres años de edad.

Después de aquella velada los milicianos empezaron a mirar a Poliakov con una simpatía burlona, y el comisario del regimiento decía a Shumilo en los momentos de distensión:

–¿Quién será nuestro próximo orador? ¿Poliakov tal vez? –Luego añadía con un guiño–: Un tipo espabilado ese viejo...

Después de la Guerra Civil Poliakov había trabajado en Rostov, Yekatirinburgo, Moscú y Bakú. Eran muchos los recuerdos que conservaba. Hablaba con mucha desenvoltura acerca de las mujeres, pero también con una admiración y un asombro temeroso que era del agrado de todo el mundo.

–Ay, tontos de vosotros, muchachos –decía–, ¿acaso sabéis algo de eso? La fuerza femenina hay que sentirla. Todavía ahora noto cómo me zumban los oídos y se me hiela el corazón cuando veo a una moza bonita...

Muchos de los que vivían en Stalingrado conocían a Poliakov. Al quinto día de su establecimiento en la estepa, la milicia recibió la visita de dos vehículos procedentes de la ciudad, uno negro y elegante y otro verde, un MK, en los que viajaban el comandante en grado de coronel de la guarnición de Stalingrado y algunos miembros del Consejo Militar. Al apearse, se dirigieron al Estado Mayor; mientras caminaban, los milicianos los examinaban y comentaban entre ellos: «Fíjate en aquél, el de las gafas, y en este otro... Todos llevan pistolas y portaplanos, sólo el coronel va desarmado...».

Pasados unos minutos, los visitantes salieron del refugio donde se ubicaba el Estado Mayor y empezaron a inspeccionar las trincheras y los refugios, conversando con los milicianos. El coronel dedicó parte de su tiempo a examinar los nidos de ametralladoras e incluso probó una, apuntando y disparando una ráfaga al aire. Luego se acercó a los morteros.

–¡Firmes! –ordenó Kriakin a los soldados y dio parte al coronel.

El coronel, delgado y elegante, hizo una señal con la mano: «Descansen». Al ver a Poliakov, sonrió y se le acercó.

–Hola, carpintero, volvemos a vernos.

Poliakov se cuadró y respondió:

–Salud, camarada coronel.

El jefe de sección Briushkov respiró aliviado al comprobar que Poliakov se había cuadrado y respondido al coronel en su debida forma.

–¿Cuál es su cargo? –preguntó el coronel a Poliakov.

–Cargador de morteros, camarada coronel.

–Y bien, eslavo, no fallarás al ejército regular, ¿verdad? ¿Combatirás a los alemanes?

–Mientras me den de comer… –respondió alegremente Poliakov–. Y los alemanes, ¿están cerca?

El coronel rió y le dijo:

–Soldado, saca ya tu bote de hierro.

Poliakov sacó del bolsillo un recipiente metálico cilíndrico en el que guardaba su tabaco perfumado y le dio un puñado al coronel. Éste se quitó los guantes, lió un pitillo y, tras encenderlo, soltó una bocanada de humo. El edecán del coronel preguntó en voz baja a los milicianos:

–¿Shápososhnikov está con ustedes?

–Ha ido por los víveres –le informó Chentsov.

–Su tía me pidió que le entregara una carta –explicó el edecán y agitó un sobre en el aire–. ¿La dejo en el Estado Mayor?

–Démela, estoy en el mismo refugio que Sháposhnikov –dijo Chentsov.

Después de que los visitantes se hubieran marchado Poliakov explicó a sus compañeros:

–Conozco al coronel desde hace mucho tiempo. Olvidaos de su graduación y de que lleva guantes. Antes de la guerra instalé el parqué de su despacho. Él entró a inspeccionar mi trabajo, se quedó mirándome y luego dijo: «Deja que yo lije un rato». Sabe bastante de eso... Me explicó que era de Vólogda y que había trabajado unos seis años de carpintero, oficio que habían ejercido también su padre y su abuelo. Sólo luego empezó con la carrera militar.

–Tiene un Chevrolet fantástico, con un motor excelente que apenas ronronea –dijo Chentsov, pensativo.

–Durante veinte años participé en la construcción de tantos edificios en Stalingrado que perdí la cuenta... en el Estado Mayor, por ejemplo, también fui yo quien puso el parqué: uno sólido, con acuchillado, de madera de haya. Una maravilla... –comentó Poliakov.

Cuando hablaba de las casas, los ateneos, los colegios y los hospitales en los que había instalado suelos, entarimados, puertas, ventanas y tabiques, los milicianos tenían la impresión de que aquel viejo alegre y gruñón había salido a la estepa dejando tras de sí una inmensa hacienda que ahora él, y no otro, debía defender y resguardar con su mortero pesado, apuntándolo al oeste.

La visita del coronel a los cuarteles generales de la milicia había alegrado e infundido ánimos a todos los que allí se encontraban. Un día después, el comandante del frente de Stalingrado dio la orden de que una nueva división saliera de la ciudad y tomara posiciones de defensa. Al atardecer, una nube de polvo se elevó sobre la estepa y empezó a oírse el zumbido de los vehículos, señal inequívoca de que la división se dirigía al punto de emplazamiento que le había asignado el mando del frente. A través de la estepa marchaban gallardas columnas compactas de infantería, unidades de fusileros, de zapadores y de fusileros PTR ; [13] artillería motorizada de gran calibre, divisiones de morteros, de ametralladoras pesadas y de cañones antitanque; camiones de tres toneladas, prácticamente aplastados por el peso de su carga, transportaban minas y proyectiles; las cocinas de campaña traqueteaban, los furgones sanitarios y

las estaciones de radio móviles cubiertas con lonas avanzaban levantando polvo a su paso.

Los milicianos, excitados y contentos, observaban cómo los batallones y las compañías de aquella nueva división se dispersaban por la estepa, los telefonistas tendían cables y los cañones de disparo rápido apuntaban sus bocas en dirección oeste.

Los hombres que se preparan para entrar en combate siempre se alegran de ver que sus vecinos y camaradas se les unen para hacer frente al enemigo, juntos, codo con codo.

21

Un mensajero avisó a Grádusov de que lo habían convocado al cuartel general del regimiento. Tras regresar de allí al atardecer, empezó a preparar su macuto sin mirar a nadie. Chentsov le preguntó con una sonrisa caritativa:

–Te tiemblan las manos. ¿Acaso te trasladan a una unidad de paracaidistas?

Grádusov dirigió a los milicianos una mirada alegre y eufórica, y respondió:

–Por suerte, todavía hay gente que se acuerda de mí. Me envían a trabajar en la construcción de una fábrica de armamento cerca de Cheliábinsk. Podré llevar conmigo a mi familia y todo se arreglará de una vez.

–¡Ah, bueno! –dijo Chentsov–. Había creído que te temblaban las manos a causa del miedo, pero ahora comprendo que era de alegría.

Grádusov, haciendo caso omiso de la burla, sonrió mansamente a la espera de que todos sus compañeros se alegraran por él y por su buena fortuna.

–¡Parece increíble que la vida de uno pueda depender de un simple papel! –dijo desplegando un folio fino, doblado en cuatro–. ¡Se acabó! Ayer soñaba con ser escribano y mañana, ya veis, haré dedo hasta Kamishin, de allí iré en tren a Sarátov y luego a Chkálov... Recogeré a mi mujer y a mi hijo y los llevaré a Cheliábinsk... Adiós, camarada Kriakin, ¡estoy fuera de tu alcance!

Volvió a soltar una risita, miró los rostros de los milicianos, agitó el papel en el aire, lo guardó en un bolsillo de la casaca, se abrochó el bolsillo con un botón y luego, para mayor seguridad, con un imperdible, pasó la mano por encima de su pecho y dijo:

–Todo en orden, ya puedo marcharme.

–Eso de encontrarse con la familia está muy bien –señaló Poliakov–. Si me dejaran, iría corriendo a ver a mi vieja aunque sólo fuera por una hora...

Presa de un arranque de generosidad y de lástima por los que se quedaban, Grádusov abrió su macuto, anunciando:

–Muchachos, repartíos mis efectos militares, yo ya estoy desmovilizado. –Sacó sus cosas, tendió a Chentsov un par de calcetones enrollados y le dijo–: Quédatelos, son nuevos, parecen servilletas almidonadas en lugar de calcetones.

–No necesito tus servilletas, puedo prescindir de ellas perfectamente.

Mientras tanto Grádusov, cada vez más eufórico y consciente de su acto de desprendimiento, sacó del macuto una cuchilla de afeitar envuelta en un paño blanco y dijo a Seriozha:

–Quiero que te la quedes de recuerdo, Sháposhnikov, aun habiéndome criticado tanto.

Seriozha callaba.

–Tómala, tómala, no seas vergonzoso –insistió Grádusov y, para dar ánimos a Seriozha, añadió–: No te preocupes, en casa tengo otra, una inglesa; aquí traje una vieja porque pensaba que, por mucho que la vigilara, acabarían por robármela de todos modos...

Por un instante Seriozha vaciló, indeciso, ante la idea de reprender con dureza a Grádusov. Estuvo a punto de decirle que no necesitaba aquella cuchilla porque todavía no había empezado a afeitarse, una confesión nada fácil para un chico de diecisiete años. Sin embargo, acabó por responderle:

–No la quiero. Usted, ahora... le considero en cierto modo un desertor...

–Cállate –le interrumpió con malos modos Poliakov–, qué importa lo que tú creas... Cada cual vive a su manera, así que no pretendas darle lecciones –luego se dirigió a Grádusov–: Venga esa cuchilla, la compartiremos todos los del pelotón, será de propiedad colectiva.

Poliakov recogió el estuche negro con la cuchilla de la mano a Grádusov y lo metió en un bolsillo de su pantalón.

–¿Por qué estáis enfadados, muchachos? –preguntó alegremente Poliakov–. Que un miliciano se marche a la retaguardia no debe ser motivo

de preocupación. Estuve en la carretera observando la marcha de la nueva división hacia sus posiciones. ¡La suya sí que es una potencia! ¡Marchan y marchan sin que pueda divisarse dónde empiezan ni dónde acaban las columnas! Visten unos uniformes que parecen de gala, y muchos calzan botas de piel de becerro; todos son hombres jóvenes, rubicundos y fornidos: ¡unos hércules! Y vosotros os enfadáis porque Grádusov se marcha.

–Tienes razón, abuelo –dijo Grádusov.

–¿Por qué no te quedas hasta mañana? –le preguntó Poliakov cuando vio que se acomodaba el macuto sobre los hombros–. Ya es de noche, podrías perderte en la estepa, corres el riesgo de que los centinelas te confundan con un enemigo y te peguen un tiro. Duerme esta noche aquí, con nosotros; pronto vendrá la cena y hoy tenemos sopa de carne, ¿por qué ibas a perder tu ración? Ya te irás por la mañana.

Durante un instante Grádusov le miró con los ojos entornados y luego negó con la cabeza. No dijo nada, pero todos adivinaron lo que aquel precavido pícaro había pensado: «Disculpad, muchachos, pero si me quedo con vosotros y mientras tanto los alemanes nos atacan, ¿de qué me serviría? No pienso correr el riesgo de morir por quedarme a tomar mi ración de sopa».

Grádusov se marchó. Los que se quedaron, del primero al último, incluso los que le tenían envidia, se sintieron superiores al que se había ido.

–Camarada Poliakov, ¿por qué aceptaste su regalo? –preguntó Chentsov.

–¿Y por qué no iba a hacerlo? –se sorprendió Poliakov–. La necesitaremos. Además, ¿para qué dejar que ese imbécil se llevara consigo una buena cuchilla?

–Creo que usted se equivocó en eso –opinó Serguéi–, tanto como en lo de darle la mano. Yo no se la di.

–Sháposhnikov hizo bien –dijo Chentsov.

Serguéi le miró con simpatía a los ojos por primera vez desde el día en que habían discutido.

Chentsov, al advertir aquella mirada, preguntó a Seriozha:

–¿Qué decía aquella carta? Eres el primero de la milicia en recibir una.

Serguéi volvió a mirar a Chentsov y respondió:

–Sí, he recibido una carta.

–¿Qué te pasa en los ojos?
–Me duelen, será a causa del polvo –contestó el joven.

*

Una estepa sumida en la oscuridad, dos resplandores en el cielo, humaredas de incendios más allá del Don y llamaradas sobre las fábricas junto al Volga. Estrellas taciturnas e intrusos cohetes alemanes, verdes y rojos, eclipsando la eterna luz celestial. En un cielo turbio zumba el sonido apagado y confuso de los aviones: no puede distinguirse a qué bando pertenecen... La estepa está en silencio; al norte, donde los resplandores no alcanzan, la tierra y el cielo se funden en una oscuridad hosca e inquietante. El aire es sofocante. La noche no trajo consigo frescura, es una noche llena de zozobra, una noche de guerra en la estepa: cualquier ruido asusta tanto como el silencio, en absoluto tranquilizador. Las tinieblas que se condensan al norte aterran, horroriza el resplandor difuso y lejano, que cada vez se ve más cerca...

Un muchacho de diecisiete años, de hombros flacos, monta guardia en medio de la estepa empuñando un fusil, mientras espera y piensa, piensa, piensa... Sin embargo, no es el miedo infantil como el de un pequeño pájaro perdido lo que le embarga; es la primera vez que se siente fuerte, mientras el aliento tibio de una tierra áspera e inmensa, a la que él ha ido a defender, lo llena de amor y piedad; se cree resuelto, valiente y ceñudo, fuerte entre débiles e insignificantes, mientras la tierra a la que protege yace en la oscuridad, lastimada y enmudecida.

De pronto apunta con el fusil y lanza un grito ronco:

–¡Alto ahí o disparo!

Luego escudriña con la mirada una sombra que, tras detenerse por un instante entre las cañas de esparto, reemprende su camino haciendo susurrar la hierba. Entonces se pone de cuclillas y empieza a llamar en voz baja:

–Conejito, cobardica, ven aquí...

Durante la noche Chentsov profirió un grito terrible que sobresaltó a decenas de hombres. Todos se pusieron en pie de un salto y asieron sus armas. Resultó que una culebra había subido a la litera de Chentsov y, mientras éste dormía, se le había metido debajo de la casaca. Chentsov, inconsciente, cambió de postura y aplastó la culebra con su peso; el animal

empezó a retorcerse, tratando de escabullirse primero por el cuello de la casaca y después por dentro del pantalón.

–Parecía un muelle de acero, con una fuerza terrible –decía Chentsov mientras sostenía con los dedos temblorosos una cerilla encendida y miraba horrorizado, inflando las fosas nasales, hacia el rincón del refugio por donde había salido la culebra.

–El animal buscaba calor, estaba desprotegido y por la noche hace frío –explicó entre bostezos Poliakov.

Las culebras habían hecho de los refugios su hogar, vacíos antes de que llegaran los milicianos, y no tenían intención de irse pese a la presencia humana: llenaban las noches de siseos, traveseando tras el enchapado de madera de las paredes.

Aquellos milicianos de ciudad les tenían pavor; algunos se negaban incluso a dormir en los refugios, a pesar de que aquellos reptiles eran inofensivos. Los que sí perjudicaban eran los ratones de campo, que procuraban abrirse camino hasta los sacos de picatostes y terrones de azúcar, abriendo agujeros en los macutos y en los morrales de paño blanco donde los milicianos guardaban sus provisiones. Una médica había explicado que aquellos roedores transmitían una enfermedad infecciosa, «tularemia», según dijo.

Desde el comienzo de la guerra los ratones de campo se habían reproducido de manera extraordinaria pues, en las zonas de combate, los campos de cereal se quedaban a menudo sin segar y los ratones se dedicaban a recolectarlo. Al amanecer los milicianos vieron cómo una culebra cazaba ratones: agazapada durante largo rato al acecho de un roedor que daba vueltas alrededor del macuto de Chentsov, se lanzó repentinamente sobre su presa. El ratón lanzó un chillido espantoso, en el que se condensó todo el horror de su fin, y la serpiente lo arrastró detrás del enchapado.

–Esa culebra hará el trabajo de un gato, así que procurad no matarla a bayonetazos, muchachos –señaló Poliakov–. Es un bicho inofensivo, por muy víbora que parezca.

Fue como si la culebra entendiera lo que el viejo quería de ella. Enseguida cogió confianza y dejó de esconderse, reptando por todo el refugio, yendo y viniendo; cuando se cansaba, se tendía a reposar junto a la pared, detrás del baúl de Poliakov.

Al atardecer, cuando unos haces oblicuos de luz calados del polvo y el ámbar de la resina que rezumaba la madera se encendieron en la penumbra subterránea del refugio, los milicianos presenciaron un hecho poco usual.

En aquel momento Seriozha estaba releyendo la carta. Poliakov le tocó suavemente en un brazo y le susurró: «Mira».

Serguéi levantó la mirada y, distraído, la paseó a su alrededor. No se había enjugado las lágrimas, pues estaba seguro de que ninguno de los que se encontraban en el refugio vería en la penumbra sus ojos llorosos, que por centésima vez escudriñaban las líneas de aquella carta.

Colgado en un rincón, un casco de soldado tintineaba con un ligero vaivén, iluminado por un denso haz de luz. Serguéi vio que era la culebra, cobriza bajo la luz del sol, la que hacía que el casco se meciera. Al aguzar la vista, advirtió que el reptil, despacio y no sin un gran esfuerzo, estaba mudando de piel. Su recién estrenada epidermis parecía perlada de sudor y relucía cual tierna castaña. Los milicianos contenían la respiración mientras observaban la transformación de la serpiente, que parecía a punto de exhalar un gemido, de quejarse por el lento y penoso esfuerzo que debía realizar para abandonar la vaina prieta de piel muerta. El conjunto de la penumbra reposada, atravesada por la luz, y lo insólito de la escena –una serpiente mudando confiadamente de piel en presencia de los milicianos–, cautivó a los hombres que, enmudecidos y pensativos, fijaban su mirada en el reptil sin pronunciar palabra. Era como si la luz seca y polvorienta del atardecer se hubiera alojado en sus cuerpos, al tiempo que todo a su alrededor permanecía en silencio y absorto.

El grito frenético de un centinela rasgó aquel instante de paz absoluta: «¡Cabo, los alemanes!». Acto seguido, uno tras otro, dos estampidos retumbaron en el aire, haciendo que el refugio temblara y se llenara de un polvo gris.

La artillería germana de largo alcance empezaba a ajustar el tiro, disparando desde la orilla izquierda del Don.

22

Una calurosa y polvorienta tarde de agosto, el general Weller, un hombre de labios finos y cara larga que comandaba una división de granaderos de

la Wehrmacht, estaba sentado detrás de un escritorio de grandes dimensiones instalado en una espaciosa aula del colegio de una *stanitsa* .

Mientras hojeaba unos papeles, hacía anotaciones en un mapa de operaciones y amontonaba en un extremo de la mesa los cables ya leídos.

Acometía aquella labor con el sentimiento de quien sabe que ya ha cumplido con la parte más importante de su trabajo, y que los detalles que aún quedan por resolver no pueden influir en los acontecimientos venideros ni alterar su curso.

Los pensamientos del general, fatigado tras haber puesto todo su empeño en elaborar los pormenores de la próxima operación, se desviaban sin cesar en un intento de analizar el curso de la guerra durante los últimos meses, ordenándose como si Weller estuviese preparando sus memorias y anotando las ideas para un futuro manual de estrategia militar.

Tenía la certeza de que el cuadro final del drama representado por granaderos, tanquistas y la infantería motorizada en el amplio escenario de operaciones de la estepa pronto conocería su desenlace a orillas del Volga, y se emocionaba al pensar en los últimos días de una campaña sin precedentes en los anales de la historia militar. Era sensible al hecho de que se encontraba en un confín de la tierra rusa desde el que, del otro lado del Volga, se vislumbraba el principio de Asia.

Si Weller hubiese sido filósofo o psicólogo, tal vez habría reparado en que aquella sensación, tan grata para él, debía originar indefectiblemente en los rusos un intenso sentimiento contrario al suyo, un aterrador sentimiento de ira. Sin embargo, no era filósofo sino general de infantería. En el fondo de su ser alimentaba cierto pensamiento secreto y delicioso al que dio rienda suelta aquel día. La satisfacción personal de Weller no pasaba por colgar otra medalla más en su uniforme, sino por gozar de la unión de dos polos: el poder y la servidumbre, el éxito militar y el cumplimiento sumiso y exacto de las órdenes, exigencias inherentes a un soldado. En aquel juego de omnipotencia y sumisión, en la unidad del poder y del sometimiento, radicaban el consuelo espiritual, el goce y la desazón de su vida.

Al inspeccionar los pasos a través del Don, Weller había visto camiones y blindados soviéticos destrozados y quemados, cañones despedazados por bombas y proyectiles. Había visto documentos de los Estados Mayores volando por la estepa, caballos desbocados que arrastraban sus arneses en la carrera. Había visto aviones soviéticos derribados con los motores

hechos añicos y las alas con la estrella roja clavadas en el suelo. En todo aquel metal ruso aplastado y muerto veía las huellas del horror que había acabado con las tropas de Timoshenko cuando se retiraban hacia el Volga. En el comunicado emitido el día anterior por el Alto Mando alemán se comunicaba que «... en un recodo del río Don se consumaron el cerco y la posterior destrucción del 62.º Ejército soviético».

La noche del 18 de agosto Weller informó al Estado Mayor del ejército de que sus tropas de avanzada habían cruzado el Don por la parte nordeste de su recodo mayor, al noroeste de Stalingrado, en las proximidades de Triojostrovskaya y Akímovski, y se habían hecho fuertes en el área conquistada.

El plan ulterior de acción que Paulus le había comunicado unos días antes era sencillo: después de que varios grupos de blindados y otras unidades motorizadas se hubieran concentrado en el sector ocupado por las tropas de Weller, el Alto Mando alemán ordenaría una ofensiva cuyo objetivo era alcanzar el Volga al norte de Stalingrado, tomar de inmediato la zona industrial y cortar el acceso al paso que comunicaba ambas orillas del río. La distancia que mediaba entre el Don y el Volga en el enclave donde se había planificado abrir una brecha en la defensa soviética para lanzar aquella ofensiva apenas superaba los setenta kilómetros. Simultáneamente, las divisiones de blindados comandadas por Hoth debían atacar la ciudad desde el sur, avanzando a lo largo de la vía férrea desde Plodovítoye. El ataque de las fuerzas terrestres llegaría precedido por una incursión de la flota aérea del general Richthofen.

Vista en el mapa, Weller juzgaba aquella operación un tanto paradójica: la inmensidad rusa amenazaba desde el norte a los ejércitos germanos, y podía parecer que los millones de toneladas de tierra y las masas de gente oprimían con su colosal peso el flanco izquierdo de las fuerzas de Paulus.

En una ocasión, durante los días de mayor éxito para los alemanes en aquel mes de agosto, los rusos habían cruzado por sorpresa el Don y aplastado una división italiana que cubría el extenso flanco izquierdo del ejército teutón.

Sin embargo, al parecer los soviéticos habían valorado aquella victoria como un hecho casual, sin conceder mayor importancia a aquella incursión en la orilla occidental del Don. Los periódicos ni siquiera se tomaron el trabajo de destacar la noticia de que se habían hecho con la artillería de toda una división italiana, además de capturar cerca de dos mil prisioneros.

Por otra parte, los rusos defendían con una tenacidad inexplicable las áreas alrededor de Serafimóvich y Kliótskaya en la orilla occidental del Don, algo que para Weller carecía de sentido práctico pues los alemanes realizaban muchas de sus operaciones importantes con los flancos descubiertos.

Weller vio por la ventana cómo llevaban a un prisionero, tal vez armenio o georgiano; en una de las mangas de su casaca clareaba una mancha en forma de estrella, justo en el lugar de donde le habían arrancado su insignia de comisario. El prisionero iba descalzo, estaba sucio, llevaba una barba negra de varios días y cojeaba a causa de una herida en la pierna, vendada con un trapo. Su cara, a juicio de Weller, carecía de toda expresión humana y sólo reflejaba idiotez, sufrimiento e indiferencia. De pronto, aquel hombre levantó la cabeza y clavó sus ojos en el general. Durante un instante se miraron el uno al otro, pero lo que Weller vio en los ojos de aquel prisionero andrajoso no fue una súplica de clemencia sino un odio visceral. El general desvió la mirada hacia la mesa donde estaba el mapa en el que había señalado los movimientos de las divisiones alemanas.

Sabía que debía buscar la clave de la guerra en aquel mapa, y no en la mirada de odio de aquel prisionero.

Así un hacha, acostumbrada a partir con facilidad un leño desbastado, tiende a sobrevalorar el peso y el afilado de su hoja, desdeñando a la vez la fuerza de cohesión que poseen las fibras de un tronco recio. Una vez clavada en su materia nudosa, queda incrustada en ella, atrapada entre sus tensos filamentos. Parece entonces como si toda esa tierra negra que conoció los fríos rigurosos de invierno, las tremendas tormentas de julio y la ansiedad de la primavera, una tierra abatida por los aguaceros y asolada por los incendios, transmitiera su fuerza al árbol que había arraigado en ella. Weller recorrió varias veces el aula; un tablón del suelo, al lado de la puerta, crujía cada vez que lo pisaba. El oficial de guardia entró y dejó unos cables sobre la mesa.

–Este tablón cruje –indicó Weller–, hay que poner aquí una alfombra.

El oficial salió aprisa y el tablón bajo sus pies volvió a crujir.

–*Was hat der Führer gesagt?* [14] –preguntó Weller a un ordenanza joven, que llegó jadeante unos minutos después trayendo una alfombra enrollada de grandes dimensiones.

El ordenanza escrutó el rostro severo del general. Dios sabe cómo, comprendió cuál era la respuesta que Weller esperaba oír:

–*Der Führer hat gesagt: Stalingrad muß fallen!* [15] –respondió con firmeza el ordenanza.

Weller sonrió y caminó por la alfombra mullida. El tablón crujió de nuevo bajo sus pies con un sonido bronco y obstinado.

23

Aquella misma tarde calurosa y polvorienta el general Paulus, comandante del 6.º Ejército alemán, meditaba, sentado en su despacho, sobre la ofensiva prevista para los próximos días y que supondría la toma de Stalingrado.

Las ventanas del despacho, que daban al oeste, estaban tapadas con unas cortinas tupidas y oscuras; la luz del sol poniente se filtraba por algunos resquicios, en forma de minúsculos puntos brillantes.

El coronel Adam, edecán del comandante, un hombre alto de mejillas regordetas, entró caminando pesadamente y anunció que el general Richthofen, comandante de la flota aérea, llegaría dentro de cuarenta minutos.

Ambos generales iban a reunirse para tratar el asunto de la próxima operación, en la que las fuerzas aéreas participarían en coordinación con las terrestres y cuya magnitud inquietaba a Paulus.

Paulus creía que el éxito cosechado en la batalla que él había iniciado el 28 de junio, al concentrar las unidades del 6.º Ejército entre Bélgorod y Járkov y que había durado cincuenta días, era decisivo. Los tres cuerpos de tropas bajo su mando, compuestos de doce divisiones de infantería, dos divisiones acorazadas y dos motorizadas, habían llegado al Don en un frente amplio desde Serafimóvich hasta Nízhnaya Chirskaya, ocupando Kremenskaya y Kalach y alcanzando los alrededores de Kletskaya y Sirótinskaya.

El Alto Mando alemán consideraba que, después de que las fuerzas de Paulus hubieran capturado 57.000 prisioneros y se hubieran apoderado de 1.000 blindados y 750 piezas de artillería –cifras proporcionadas por el Alto Mando de la Wehrmacht para perplejidad de la sección de trofeos del Estado Mayor de Paulus–, la resistencia soviética había quedado

definitivamente mermada. Paulus sabía que Alemania debía de estarle agradecida por aquella victoria. Durante aquellos días de verano, el general experimentaba una sensación plena de triunfo que tan pocas veces le es dado sentir a un hombre.

También sabía que en Berlín, en esos momentos, varias personas cuya opinión le importaba especialmente pensaban, impacientes y expectantes, en lo que iba a suceder durante los próximos días. Entornó los ojos y se imaginó victorioso, el triunfo del hombre que pondría el punto final a la grandiosa campaña del Este: detendría su coche delante de la entrada del cuartel general alemán, subiría los escalones, entraría en el vestíbulo y pasaría, vestido con una guerrera de soldado ostensiblemente sencilla, ante una masa de generales del Estado Mayor, altos funcionarios y potentados.

Sólo había una cosa que lo irritaba: necesitaba, a lo sumo, cinco días de preparativos antes de ordenar la ofensiva, mientras que el Alto Mando le exigía que empezara al cabo de dos.

Luego pensó en el soberbio Richthofen quien, en una nueva prueba de su arrogancia sin límites, consideraba que las fuerzas terrestres debían de someterse a las órdenes de la aviación. Por lo visto, la facilidad de sus triunfos en Belgrado y en África lo había envanecido. Su manera de llevar la gorra de plato; el que volviera a encender, cual un plebeyo, un cigarro ya apagado en lugar de tirarlo; su voz; el hecho de que no fuera capaz de escuchar sin interrumpir a su interlocutor; su costumbre de opinar en los momentos en que debería atender a lo que consideraban los demás... Todos aquellos rasgos de Richthofen irritaban a Paulus. El general le recordaba al afortunado Rommel, cuya popularidad era inversamente proporcional a su ignorancia, falta de cultura militar e irresponsabilidad. Y qué decir de su descaro, convertido en un principio vital, al atribuir a la aviación los éxitos logrados gracias a la dura labor de la infantería.

Sepp Dietrich, Rommel y Richthofen eran unos advenedizos, legos, héroes del día, politiqueros, falsos y corrompidos por un éxito fácil, títeres que ni siquiera habían pensado en hacer carrera en el ejército cuando Paulus ya estaba finalizando sus estudios en la Academia Militar.

En aquella calurosa y polvorienta tarde de agosto, Paulus se sumía en sus pensamientos mientras observaba en el mapa como Rusia, cual macizo poderoso, se cernía sobre el flanco izquierdo de su ejército.

Richthofen llegó completamente cubierto de polvo; se le había incrustado bajo los ojos, en las sienes y en las aletas de la nariz. Su rostro

preocupado, salpicado de manchas grises, parecía el de un tiñoso. Por el camino se había topado con una columna de blindados que, al parecer, se desplazaba hacia su lugar de concentración. Los vehículos marchaban a gran velocidad, llenando el aire de chirridos; la polvareda que levantaban era tan espesa como si aquellos blindados, en vez del polvo, araran la tierra. Avanzaban en medio de unos remolinos compactos de color marrón rojizo; tan sólo las torretas y los cañones emergían sobre la superficie del denso mar de polvo que los envolvía. Los tanquistas, con los hombros encorvados, visiblemente cansados, asomaban sus cuerpos por las escotillas; agarrados a las brazolas, de vez en cuando miraban hacia atrás con hosquedad. Richthofen ordenó al chófer que saliera de la carretera y siguiera a campo traviesa sin esperar a que la columna terminara de pasar. Nada más llegar al cuartel general fue a ver a Paulus, sin lavarse siquiera.

Paulus, de rostro enjuto y nariz aguileña como un ave rapaz meditabunda, salió a su encuentro. Después del primer intercambio de impresiones acerca del calor, el polvo, la saturación de las carreteras y las propiedades diuréticas de las sandías rusas, Paulus entregó a Richthofen un telegrama del Führer. Aquel mensaje carecía de importancia práctica, pero Paulus, sonriendo para sus adentros, no apartó la mirada de Richthofen mientras éste, con el cuerpo ligeramente inclinado hacia delante y las manos apoyadas sobre la mesa, leía despacio cada línea del telegrama intentando vislumbrar, tal vez, el significado que se ocultaba detrás del sentido literal de aquella misiva. En el telegrama, el Führer se dirigía a Paulus para tratar los asuntos relacionados con el uso de las tropas de reserva a las órdenes del comandante del grupo de ejércitos, el mariscal de campo a quien Hitler había obviado poniéndose en contacto con el general para decidir sobre todas aquellas cuestiones. El texto del telegrama contenía una palabra de la que se podía inferir que el Führer estaba descontento con Hoth, cuyo 4.º Ejército acorazado operaba al sur del contingente de Paulus. Aparentemente, Hitler compartía el punto de vista del comandante del 6.º Ejército, quien consideraba que las divisiones blindadas avanzaban a un ritmo menor que el establecido en el plan y que sufrían un número excesivo de bajas debido a las reticencias de Hoth respecto al uso de la maniobra a gran escala. Por último, en el telegrama había varias líneas que debían de disgustar particularmente a Richthofen: de éstas se colegía que en la próxima operación el Führer daba preferencia a la acción del 6.º Ejército, reconociendo de ese modo que la aviación

debía obedecer las órdenes del mando terrestre en vez de atender a las del mariscal del Reich Hermann Göring, comandante de la Luftwaffe.

Después de leer el telegrama, Richthofen lo dejó con cuidado en el centro de la mesa y separó las manos, dando a entender con aquel ademán que las instrucciones del documento no podían discutirse ni criticarse, sino que debían cumplirse sin reserva alguna.

–El Führer encuentra tiempo para dirigir los movimientos de divisiones aisladas, no se contenta con definir la marcha general de la guerra –observó Richthofen, señalando el telegrama.

–Ciertamente, es asombroso –asintió Paulus, quien tantas veces había escuchado a los oficiales quejarse de que Hitler hubiera desposeído del poder de la iniciativa a todos los comandantes del ejército, quienes sin su permiso ni siquiera podían relevar al centinela en la entrada del cuartel general de un batallón de infantería.

Paulus y Richthofen comentaron cómo había sido cruzar el Don cerca de Triojostrovskaya. Richthofen elogió la acción de la artillería y la valentía de los soldados de la 384.ª División, los primeros en pisar la orilla oriental del Don. Gracias a aquella operación se había ganado el espacio necesario para lanzar un próximo ataque contra Stalingrado en el que intervendrían una división blindada y dos motorizadas. Dichas unidades debían terminar de coordinarse antes del amanecer. Fue su avance hacia el norte lo que había retrasado el viaje de Richthofen al cuartel general de Paulus.

–Podría haberlo hecho hace dos días, pero no quise alertar a los rusos –explicó Paulus y sonrió–. Ellos esperan un ataque de Hoth desde el sur.

–Que sigan esperando –dijo Richthofen.

–Con cinco días tengo suficiente –señaló Paulus–. ¿Y usted?

–Mis preparativos son más complejos, voy a solicitar una semana. Al fin y al cabo, es la ofensiva final. Weichs nos atosiga porque quiere causar una buena impresión al Führer y demostrar que la operación marcha a buen ritmo. Sin embargo, no es él quien se arriesga sino nosotros.

Richthofen se inclinó sobre un plano de Stalingrado y, deslizando un dedo por su cuadrícula perfectamente delineada, explicó en qué orden debía incendiarse la ciudad, el escalonamiento de los mortíferos ataques aéreos, el bombardeo de los barrios residenciales, los pasos a través del río, el embarcadero y las fábricas; comentó también la mejor manera de despejar un punto señalado en el extremo norte de la ciudad donde a una

hora determinada deberían aparecer los blindados y la infantería motorizada. Insistía en que la hora en cuestión se fijara con la máxima exactitud posible. La conversación entre los dos generales fue constructiva, y en ningún momento llegaron a alzar la voz.

Richthofen, con una prolijidad que Paulus juzgaba insoportable, habló después sobre la compleja organización del futuro raid, explicando el modo de llevar a cabo un ataque aéreo lanzado desde decenas de aeródromos que se hallaban a distintas distancias respecto del objetivo. La acción de centenares de aviones de distintos tipos y velocidades no sólo debía contemporizarse con la de los blindados, lentos y pesados, sino también poseer una sincronía propia. Lo sostenía para esgrimir un argumento más en aquella discusión implícita que venía manteniendo con Paulus y que no se plasmaba en un franco desacuerdo, si bien ambos percibían una constante irritación mutua. La causa de aquella polémica radicaba, en opinión de Paulus, en una firme y absolutamente demagógica convicción de Richthofen: la creencia de que la aviación trazaba el camino de la victoria de Alemania en la guerra, mientras que los blindados y la infantería sólo afianzaban los éxitos logrados por la Luftwaffe.

Aquellos dos generales estaban decidiendo la suerte de una ciudad enorme... Estaban preocupados por los posibles contraataques rusos por tierra y aire; además, su defensa antiaérea era de lo más poderosa. A ambos les importaba sobremanera cómo se juzgaba su labor en Berlín y la valoración que se haría de la acción de las fuerzas aéreas y terrestres en el Estado Mayor General una vez concluida la operación.

–La flota que usted dirige –dijo Paulus– apoyó de un modo extraordinario al 6.º Ejército comandado por el finado Von Reichenau hace dos años en la rotura del frente belga cerca de Maastricht. Espero que en la ofensiva contra Stalingrado su apoyo al 6.º Ejército, ahora bajo mi mando, sea igual de exitoso.

Su rostro transmitía solemnidad, aunque en los ojos se vislumbraba cierta expresión mordaz.

Richthofen le miró y dijo con rudeza:

–¿Que yo apoyé a Von Reichenau? Lo cierto es que no sé quién apoyó a quién. Más bien fue él. De todos modos, aún no sé quién llevará a cabo el ataque: si usted o yo.

Por la mañana el coronel Forster, un hombre corpulento y de pelo cano de unos sesenta años de edad, colaborador de la dirección de operaciones, fue a despedirse de Weller antes de regresar a Berlín. Su larga amistad se remontaba a los tiempos en que el entonces teniente Weller servía en el Estado Mayor del regimiento que comandaba el teniente coronel Forster.

Weller se mostró atento y afable en extremo, pues pretendía que su veterano visitante constatara que seguía respetando su antigua superioridad jerárquica. Sabía que Forster se había negado a servir en el ejército durante varios años, pues compartía las ideas de Ludwig Beck, jefe del Estado Mayor General caído en desgracia. Incluso había llegado a colaborar en la redacción de un memorándum en el que Beck advertía de las funestas consecuencias que una nueva guerra podría tener para Alemania. En aquel escrito, Beck prevenía especialmente en contra de un conflicto armado con Rusia, vaticinando una derrota segura. En septiembre de 1939, Forster había dirigido una carta al Alto Mando alemán solicitando que se sacara provecho de su experiencia militar; lo movilizaron gracias al apoyo de Von Brauchitsch.

–¿Cuáles son sus impresiones al marcharse? –le preguntó Weller–. Usted sabe cuánto respeto sus opiniones.

Forster movió sus macizos hombros y respondió mirando con sus fríos ojos azules de viejo a los de Weller:

–Tengo la impresión de que hoy es un mejor día para venir que para marcharse. Todo lo que he podido ver hasta ahora no deja lugar a dudas: estamos a punto de lograr nuestros objetivos estratégicos. –Se emocionó, erizó con la mano un copete cano a lo Hindenburg que cubría su frente arrugada y, tras acercarse a Weller, dijo con solemnidad–: Se lo diré en pocas palabras, tal y como lo habría hecho hace dieciocho años: «Eres un buen chico, Franz».

–Nuestros soldados son excepcionales –señaló Weller, conmovido.

–No sólo los soldados –dijo Forster y dirigió al general una sonrisa. No sentía por Weller aquella aversión constante, que tanto lo desazonaba, que le provocaban los oficiales jóvenes y boyantes.

En 1933, durante los días decisivos para el futuro de Alemania, Weller y Forster habían coincidido en un balneario. Allí hablaron de su desprecio

hacia los líderes del Partido Nazi, de la adicción a las drogas y la glotonería de Göring, la naturaleza patológica de Hitler, su carácter vengativo, histérico y sanguinario, su ambición delirante y su cobardía, la ridiculez de su pretendida «intuición» y el oscuro origen de su Cruz de Hierro. Forster insistió una y otra vez en el fracaso seguro de cualquier intento de revancha militar, en la ignorancia de los charlatanes metidos en política sin ninguna noción del arte militar y que trataban de sustituir con su demagogia y verbosidad idiota el pensamiento lógico de los generales de carrera, que habían aprendido de la derrota en la Gran Guerra. Weller y Forster aún recordaban aquellas conversaciones de hacía diez años, pero el código no escrito de la rígida vida del Reich prohibía, incluso a los que eran íntimos amigos, mencionar sus tan peligrosos y desatinados diálogos del pasado.

Ahora, a cien kilómetros del Volga, en víspera de un triunfo jamás visto en la historia, Weller preguntó al estrechar la mano de Forster cuando se despedían:

–¿Se acuerda de nuestras conversaciones en el parque, cuando veraneamos en la costa?

–Las canas y los años que uno va sumando no siempre le dan la razón –dijo lentamente Forster–. Siempre me arrepentiré de no haberme dado cuenta enseguida de lo equivocado que estaba. El tiempo es más inteligente que yo.

–Cierto, pues durante esta guerra la estrategia militar se ha enriquecido con un nuevo elemento –observó Weller–. La idea inicial del Estado Mayor General, según la cual la ventaja que obtendríamos de la amplitud del territorio ruso durante la primera etapa de la contienda más tarde devendría un inconveniente, resultó errónea.

–Ahora todo el mundo se da cuenta de eso.

–Si vuelve dentro de dos semanas me encontrará aquí –dijo Weller señalando una casa marcada con una cruz sobre el plano de Stalingrado–. Aunque Richthofen anunció que solicitaría un aplazamiento de siete días en vez de cinco. Me aseguró que se encargaría de ello. –Weller acompañó a Forster hasta la puerta y le comentó–: Recuerdo que usted me dijo que estaba buscando a un pariente suyo, un teniente, creo. ¿Logró dar con él?

–Sí –respondió Forster–, el teniente Bach, éste es su nombre; en realidad, es mi futuro yerno, el novio de mi hija. Pero no pude verlo en persona, pues está con su unidad en la orilla izquierda del Don.

–Es un joven con suerte –dijo Weller–, verá Stalingrado antes que yo.

25

En verano de 1942, después de la caída de Kerch, Sebastópol y Rostov, el tono contenido y ceñudo de la prensa berlinesa cedió lugar a una fanfarria triunfante. El éxito de la grandiosa ofensiva en la región del Don hizo olvidar las crónicas acerca del rigor del invierno ruso, del poder del Ejército Rojo y de la potencia de su artillería, del fanatismo de los partisanos y de la férrea resistencia que habían ofrecido los soviéticos cerca de Sebastópol, Moscú y Leningrado. Los recientes triunfos desplazaron el recuerdo de las innumerables pérdidas en vidas humanas, de los millones de cruces alzadas en las tumbas de los caídos, de los convoyes atestados de heridos y víctimas de congelaciones que día y noche llegaban procedentes del frente oriental, de la campaña invernal de ayuda a las tropas cuya febril urgencia había hecho cundir la alarma. El éxito de la ofensiva en el Don atenuó la preocupación que habían provocado el fracaso de la *Blitzkrieg*, la potencia de los rusos, el disparate de la campaña oriental y la promesa incumplida del Führer de finalizar triunfalmente la guerra antes de mediados de noviembre de 1941, con la ocupación de Moscú y Leningrado.

Cada mañana empezaba en Berlín una vida llena de ruido y ajetreo.

El telégrafo, la radio y la prensa informaban sobre los nuevos triunfos en el frente oriental y en África, sobre la ciudad de Londres, prácticamente destruida, sobre los éxitos de Japón, aliado de Alemania, sobre las acciones de la flota submarina que frustraban cualquier intento estadounidense de influir en el curso de la guerra. El ambiente general era tenso, a la espera de éxitos militares aún mayores que asegurarían la pronta llegada de la paz. Los trenes y los aviones Junkers comerciales llevaban diariamente a Berlín a decenas de personalidades: industriales famosos, reyes, príncipes herederos, primeros ministros, generales. Todos ellos llegaban a la ciudad procedentes de París, Ámsterdam, Bruselas, Madrid, Copenhague, Praga, Viena, Bucarest, Lisboa, Atenas, Belgrado y Budapest. Los berlineses se reían a escondidas de los rostros de aquellos «huéspedes» voluntarios e involuntarios del Führer. A su llegada al edificio gris de la Nueva

Cancillería del Reich, las visitas, presas de un temor infantil, se sentían incómodas, se volvían con nerviosismo para mirar atrás, se mostraban inquietas y fruncían el ceño. Los diarios informaban todos los días sobre recepciones diplomáticas, desayunos, almuerzos y reuniones oficiales en la Cancillería del Reich, en el cuartel general de campaña, en Salzburgo y en Berchtesgaden, sobre acuerdos y tratados comerciales y militares. Una vez los ejércitos alemanes se hubieron acercado a la cuenca baja del Volga y al mar Caspio, en Berlín se empezó a hablar del petróleo de Bakú, de una posible unión con los japoneses, de Subhas Chandra Bose, [16] el futurible *Gauleiter* de la India.

Desde los países románicos y eslavos, los trenes de mercancías transportaban a Alemania mano de obra, cereales, madera, granito, mármol, sardinas, vino, mineral, aceite, metal...

Berlín bullía, cantando victoria, y parecía que los tilos, los castaños, las enredaderas y las parras salvajes de sus calles y jardines verdecían con una exuberancia nunca vista.

Entonces, en la Alemania nazi, prevalecía la quimera de la unidad entre el destino de aquel Estado totalitario e imperialista, pretendidamente victorioso, y el de las personas de condición humilde. Muchos asumían como real y verdadera la máxima proclamada por Hitler que reafirmaba la unión, mediante los lazos de la sangre aria, de todos los alemanes bajo la bandera de la gloria, de la abundancia y del dominio sobre el mundo. Fue la época del desprecio por la sangre ajena y de la justificación de los horrendos crímenes y las atrocidades perpetradas por el poder. Fue la época en la que el triunfo panalemán total y supuestamente popular intentó justificar las innumerables pérdidas humanas, la orfandad y las tumbas de los soldados desconocidos. Sin embargo, al anochecer, en Berlín otra vida daba comienzo. Cuando oscurecía, llegaba la hora del minotauro del aire. Era la hora del miedo y de la debilidad, de las conversaciones en susurros entre familiares y amigos, de los pensamientos solitarios, del cansancio, del llanto por los caídos en el frente oriental, de la tristeza, de maldecir la penuria, el trabajo agotador y la falta de derechos, de los pensamientos subversivos, de las dudas, del horror ante la fuerza despiadada del Reich, de vagos presentimientos y del aullido de las bombas inglesas.

La vida del pueblo germano y la de cada ciudadano alemán en particular discurría por aquellas fechas entre aquellos dos cauces. Funcionarios, obreros, catedráticos, muchachas y alumnos de la escuela

primaria vivían en aquel extraordinario desdoblamiento de la conciencia, sin saber en qué consecuencias desembocaría: ¿originaría nuevas formas de vida, tal vez? ¿Desaparecería o se preservaría después de la victoria absoluta?

26

En la Nueva Cancillería del Reich empezaba un día de trabajo. A pesar de que era temprano, el sol caldeaba las paredes de piedra gris y las baldosas de la acera. Ante el temor de llegar tarde, el personal de servicio se apresuraba: taquígrafas, estenógrafas, oficinistas, archiveros, camareras del bar y del comedor, ordenanzas de ordenanzas de la oficina de admisión y de las secretarías de los ministerios. Huesudas funcionarias nazis caminaban a paso largo, balanceando los brazos, a la par con hombres jóvenes vestidos con uniforme militar. A diferencia de otras berlinesas, las funcionarias de la Cancillería no llevaban bolsas de la compra, acatando la prohibición de acudir a sus puestos de trabajo con bolsas y paquetes voluminosos, pues se creía que aquello habría podido dañar el prestigio de tan alta institución. Supuestamente, aquella prohibición entró en vigor después de que Goebbels topara con una bibliotecaria de la cancillería cargada con bolsas atestadas de col y de tarros de habas y pepinos en conserva. Desconcertada, la mujer dejó caer un paquete lleno de guisantes, que se esparcieron por el suelo; entonces Goebbels, haciendo caso omiso del dolor en la pierna, se dispuso de cuclillas, dejó a un lado un fajo de papeles que llevaba en la mano y se puso a recoger los guisantes desparramados. La bibliotecaria le dio las gracias y le prometió guardar los guisantes recogidos por el ministro cojo como recuerdo de su sencillez y gentileza, además del hecho de que fuera alguien salido del seno del pueblo.

Los funcionarios que aquella calurosa mañana bajaban de los vagones del metro y de los tranvías procedentes de Friedrichstrasse y de Charlottenburg comprendían, a medida que se acercaban a los edificios ubicados en el barrio de los ministerios, que Hitler estaba en Berlín y que haría una visita a la cancillería. Los disciplinados funcionarios de pelo cano caminaban con aire grave, como si no quisieran darse cuenta de

aquello en lo que, según la jerarquía, no les correspondía reparar. Sin embargo, los jóvenes se guiñaban el ojo al pasar por delante de los refuerzos de las dotaciones policiales y militares y se volvían para mirar a los numerosos hombres vestidos de civil, extrañamente parecidos entre sí en la expresión atenta y penetrante de sus duros ojos que, cual rayos X, parecía atravesar el cuero de los maletines. Aquel espectáculo divertía a los funcionarios jóvenes. En los últimos tiempos Hitler raras veces visitaba Berlín, pues pasaba la mayor parte del tiempo en Berchtesgaden o en el frente, en su cuartel general de campaña a quinientos kilómetros de la zona de combate.

Los encargados del control de pases en la entrada eran funcionarios de rango mayor. Detrás de ellos se apostaban los oficiales de la guardia personal del Führer, quienes escudriñaban con la mirada a todo aquel que accedía al edificio.

Del otro lado de las altas puertas acristaladas y entreabiertas del despacho, que daban a un jardín interior, penetraba un olor a césped recién regado. El despacho era enorme, y llevaba no poco tiempo recorrerlo desde un extremo, donde había un sillón forrado de seda color de rosa junto a una chimenea, hasta la puerta que daba a una antecámara. Quien hubiera hecho aquel recorrido habría pasado por delante de un macizo globo terráqueo del tamaño de un barril de cerveza, una larga mesa de mármol y las puertas acristaladas que daban a una terraza por la que se accedía al jardín. Entre la hierba se oía piar a unos tordos que se llamaban con voces contenidas, como si temieran malgastar las fuerzas necesarias para sobrevivir en un largo día de verano. Un hombre paseaba en aquel momento por el jardín vestido con una guerrera, un pantalón gris, una camisa blanca de cuello de pajarita y una corbata negra estrechamente anudada. En el pecho lucía una Cruz de Hierro, una enseña que daba fe de una herida y una insignia de honor del Partido Nazi con un borde dorado alrededor de una esvástica. El algodón con el que el hábil sastre había forrado las hombreras de la guerrera del paseante disimulaba la estrechez de sus hombros débiles que, en comparación con la anchura casi femenina de sus caderas, era desproporcionada. Su figura reunía rasgos discordantes: era a la vez delgado y regordete; la cara huesuda, las sienes hundidas, el largo cuello y la nuca estrecha eran propias de un hombre enjuto, mientras que el trasero y las gruesas piernas parecían tomados de otra persona, rolliza y bien alimentada.

Su vestimenta, la Cruz de Hierro –un símbolo del valor guerrero–, la enseña que recordaba que le habían herido, la insignia de la NSDAP con la esvástica –el emblema oficial de la nueva Alemania racista–, todo aquello era de conocimiento público gracias a decenas de fotografías, dibujos, documentales, sellos postales, placas, bajorrelieves de yeso y de mármol, caricaturas de Lou y de Kukriniksi, [17] carteles y proclamas.

Con todo, quien hubiera visto los centenares de imágenes de Hitler y hubiese mirado aquella mañana su rostro demacrado de párpados hinchados, ojos saltones inflamados, frente alta, estrecha y pálida y las grandes fosas de su nariz prominente y carnosa, habría dudado de que realmente fuera el Führer en persona a quien tenía delante.

Aquella noche, Hitler había dormido poco y había madrugado. Ni siquiera el baño matinal había logrado vigorizarlo. Quizá fuera su mirada soñolienta la que le confería aquel aire extraño, distinto del que reflejaban sus retratos.

Durante las horas de sueño, cuando enfundado en un camisón y abrigado con una manta balbucía, roncaba, hacía chascar los labios y rechinar sus grandes dientes, apretaba las rodillas contra el pecho y se revolvía de un lado a otro, cuando hacía todo aquello que suelen hacer mientras duermen las personas de más de cincuenta años que padecen arritmias, tienen los nervios destrozados y el metabolismo alterado, tenía mayor parecido con una persona que cuando se encontraba en estado de vigilia. De hecho, las horas de aquel sueño inquieto y desapacible eran las únicas que revelaban la naturaleza antropoide del Führer. La curva que señalaba el grado de su humanidad iba descendiendo a medida que él, despierto y con el cuerpo encogido por el frío, ponía los pies en el suelo alfombrado, iba al cuarto de baño, se ponía la ropa interior preparada por un sirviente y luego el pantalón, peinaba su pelo oscuro de derecha a izquierda sobre la frente prominente y comprobaba delante del espejo si su peinado y el gesto de su rostro, marcado por las bolsas debajo de los ojos, coincidían cabalmente con el patrón autorizado y legitimado para todos, tanto para el Führer de Alemania como para los fotógrafos que lo retrataran.

Hitler se acercó a la puerta que daba al jardín y apoyó un hombro en el muro áspero y caliente por el sol. Por lo visto, su contacto le resultó agradable y apretó contra la pared la mejilla y el muslo, procurando que su

cuerpo absorbiera algo de aquel calor en un gesto instintivo en los seres de sangre fría.

Así se quedó, de pie, conmovido y emocionado en la postura propia de una moza, según le parecía, mientras disfrutaba del sol con los ojos cerrados y los músculos de la cara relajados, formando una sonrisa soñolienta y satisfecha.

El color gris de su guerrera y su pantalón concordaba con el gris claro de las paredes de la cancillería; había algo inefablemente aterrador en la quietud de aquel ser enclenque y feúcho de nuca hundida y hombros caídos.

Al oír unos pasos quedos, Hitler se volvió bruscamente. El hombre que acababa de llegar –alto, rubicundo, de buena planta, tripa incipiente, barbilla pequeña, boca carnosa y algo prominente– era uno de sus correligionarios: Heinrich Himmler, comandante en jefe de las SS y ministro del Interior.

Mientras se dirigían al despacho Himmler caminaba cabizbajo, como si le avergonzara ser más alto que el canciller del Reich.

Hitler alzó su mano blanca, que parecía estar húmeda, y dijo separando las palabras:

–No quiero explicaciones... Sólo quiero oír de tus labios que mi orden se ha cumplido.

Se sentó detrás del escritorio e invitó a Himmler, con un gesto brusco, a que se sentara enfrente. Éste empezó a hablar con una voz tranquila y suave, entornando los ojos tras el grueso cristal de sus lentes.

Himmler conocía la raíz amarga de las amistades que crecían en la escarpada cumbre del Estado. Sabía que su talento, su intelecto y sus conocimientos no le habían llevado a él, un antiguo empleado de una fábrica de nitrógeno artificial y promotor de granjas avícolas, a la cima del poder.

El terrorífico poder de su hacha tenía una sola base: el cumplimiento entusiasta de la voluntad del hombre al que ahora tuteaba como si se tratara de un compañero de estudios. Cuanto más exagerada e irreflexiva era la docilidad que mostraba en el despacho del Führer, más aumentaba su autoridad fuera de allí... Las relaciones entre los dos jerarcas no eran fáciles. Himmler se mantenía en constante tensión para que su exaltada y acomodaticia sumisión evitara cualquier sospecha de libre pensamiento, y vivía con el temor de que Hitler tomara su servilismo por mera

obsequiosidad, tan cercana a la hipocresía y la traición. La relación entre ambos se alimentaba de una sola cosa: la abnegación sin límites del esclavo.

Aquella lealtad podía y debía manifestarse de formas variadas y complejas, más allá de la simple obediencia. A veces Himmler tenía que mostrarse rezongón o huraño; por momentos convenía que discutiese con su amo y le contradijera con rudeza y obstinación... Conocía a Hitler desde la época en que todavía era un don nadie, un ser mísero y desvalido. Con toda seguridad, en algún rincón de su alma el Führer debía de sentir constantemente aquel vínculo antiguo que los había unido a través de los años y que era tan importante en el momento presente. Pero Hitler, a la vez, debía de ser consciente de lo anecdótico e insignificante que resultaba ahora aquel pasado remoto que ambos habían compartido. En el fondo, carecía de importancia y no hacía sino agrandar la enorme brecha que había entre ellos, sin que Himmler pudiera insinuar bajo ningún pretexto la posibilidad de cierta simetría. En cada una de sus conversaciones con Hitler, el ministro del Interior estaba obligado a poner de manifiesto aquella dicotomía que caracterizaba su relación con el Führer, cuyo universo transformaba la realidad en algo irreal y erigía en única realidad cualquiera de sus caprichos.

También ahora Himmler pretendió disentir de las opiniones de Hitler por el interés de éste. Himmler conocía los deseos del Führer, unos deseos que habría tachado de monstruosos si no hubieran sido provocados por un sufrimiento ya antiguo aunque imborrable, por un odio noble y visceral, por el apasionado instinto de supervivencia de la raza cuyo máximo exponente era el Führer. La furia, que no distinguía entre un enemigo armado, un recién nacido, una adolescente frágil y una anciana desvalida, era aterradora y peligrosa... Quizá fuera sólo Himmler –el único entre todos los allegados del Führer– el que sabía cuánta fuerza de voluntad se requería para combatir a los que aparentaban ser débiles y desvalidos y lo peligrosa que resultaba la lucha. Aquélla era una rebelión contra la historia milenaria de la humanidad, un desafío al prejuicio humanista... Cuanto más débiles y desvalidas eran aparentemente sus víctimas, tanto más duro y arriesgado era procurar su destrucción. Sólo él, Himmler, entre todos los camaradas del Führer, conocía la magnitud de la acción que había ideado y que, en el idioma del milenario y laxo prejuicio humanista, se llamaba asesinato en masa. Hitler debía creer que Himmler estaba orgulloso de

compartir con él aquella terrible carga y no quería que nadie, ni siquiera sus amigos más leales, conocieran la amargura de su labor. Himmler pretendía ser el único en asomarse a las profundidades que le había revelado el Führer y divisar allí la verdad de la nueva creación...

Mientras hablaba aprisa, con entusiasmo y convicción, notaba en todo momento la pesada mirada de Hitler sobre él.

Himmler sabía muy bien que en aquel momento, cuando el Führer parecía no escuchar al interlocutor sino pensar en otras cosas, sus ideas se encadenaban con una sutileza apenas perceptible que se manifestaba en su entonación y, de repente, una sonrisa estremecedora se dibujaba en su rostro.

Himmler tocó con la mano los papeles que había sobre el escritorio.

Mientras que el Führer sólo estaba al corriente de los proyectos, Himmler había visto con sus propios ojos, en las desiertas tierras del este, la sencilla austeridad de las cámaras de gas entre bosques de pinos, los escalones y las entradas adornadas con flores, había oído la música fúnebre que acompañaba a los que se despedían de la vida, había contemplado las altas llamas de los hornos crematorios en mitad de la noche. No a cualquiera le era dado comprender la poesía del caos primordial que había embarullado la vida y la muerte.

Aquella conversación entre ambos era difícil y complicada. Himmler era consciente de que por medio de un coloquio como aquél, fuera cual fuese su tema –el futuro del pueblo germano, la decadencia de la pintura francesa, las cualidades de un cachorro de pastor alemán que Hitler le había regalado a Himmler, la insólita cosecha recogida de un manzano joven en el jardín del Führer o el desenmascaramiento del «judaísmo secreto» de Roosevelt–, él perseguía el mismo y único objetivo secreto y de capital importancia: llegar a estar más cerca de Hitler que cualquiera de los otros tres o cuatro hombres que se disputaban la ilusoria confianza del Führer.

Sin embargo, la consecución de aquel fin era una tarea que no resultaba fácil. Cuando Hitler estaba irritado con Goebbels o sospechaba de Göring, a Himmler le convenía discutir con el Führer en lugar de compartir sus antipatías. Hablar con Hitler siempre había sido una labor compleja y arriesgada, ya que tendía a cambiar de humor con brusquedad, su desconfianza no tenía límites y las conclusiones que sacaba al término de una conversación casi siempre carecían de toda lógica.

También en esta ocasión el Führer interrumpió de repente a Himmler:

–¡Sólo quiero oír que mi orden se ha cumplido! ¡Eso es lo que quiero oír! No me apetece tener que volver sobre esa cuestión cuando la guerra haya terminado... ¿Para qué quiero las entradas de las cámaras de gas adornadas con flores y todos esos inventos de la ciencia? ¿Acaso faltan zanjas en Polonia y ociosos en los regimientos de las SS ?

Se incorporó a medias, recogió los papeles, los sostuvo en el aire durante un momento para demostrar su irritación y acabó por arrojarlos con fuerza sobre el escritorio.

–¡Al diablo con todos vuestros proyectos y vuestra estúpida mística con música y flores! ¿Quién te dijo que soy un místico? ¡No quiero saber nada de eso! ¿A qué estás esperando? ¿Acaso tienen blindados, ametralladoras y aviones?

Luego preguntó en un susurro:

–¿Acaso no te das cuenta? ¿Insistes en seguir molestándome con ese tema cuando todas mis fuerzas están concentradas en la guerra?

Se levantó y se acercó al ministro del Interior.

–¿Quieres que te diga el porqué de tu propensión a la tardanza y al misterio? –Miró el cuero cabelludo rosáceo de Himmler que se podía ver a través de su pelo enralecido e hizo una mueca de asco–. ¿Acaso no te das cuenta? Tú, que sabes tomar mejor que nadie el pulso a la nación, pareces no comprenderte a ti mismo. Yo sí que sé de dónde te viene ese deseo de ocultarlo todo en la oscuridad de los bosques y en la mística de las noches. ¡Tienes miedo! ¡No tienes fe en mí, en mi fuerza, en mi triunfo ni en mi lucha! Tampoco la tuviste, lo recuerdo perfectamente, en 1925, en 1929, en 1939 y ni siquiera cuando derroté a Francia. Almas cobardes, ¿cuándo me tendréis fe? ¿Cómo es posible que hasta el último papanatas de Europa haya entendido antes que tú que en el mundo existe una sola fuerza real? Ahora que he puesto a Rusia de rodillas y así es como va a permanecer durante los próximos quinientos años, ¿todavía sigues sin creer en mí? No tengo por qué ocultar mis decisiones. Stalingrado caerá dentro de tres días. La clave de la victoria está en mis manos. Tengo fuerzas suficientes para lograrlo. La época del secretismo ha terminado. Haré lo que tengo planeado y nadie en el mundo podrá impedírmelo...

Se apretó las sienes con las manos, se apartó el pelo de la frente y, tras mirar a su alrededor, repitió varias veces en un tono amenazador:

–¡Al diablo con las flores y la música!

27

El coronel Forster, que había regresado a Berlín después de su visita a Paulus, esperaba en la antecámara de la cancillería del Reich.

Era la primera vez que Forster iba a reunirse a solas con Hitler, una perspectiva que le alegraba y le infundía temor a la vez.

El día anterior, a la misma hora de la mañana, Forster estaba tomando café mientras miraba por la ventana cómo una vieja, vestida con una americana raída, arreaba una oveja de pelo gris en una calle polvorienta y absurdamente ancha de una *stanitsa* cosaca...

Por la noche su avión aterrizó en el aeródromo de Tempelhof, pero Forster no pudo ir directamente a casa ya que la guardia de seguridad impidió la salida de la terminal a los pasajeros de varios Junkers que acababan de tomar tierra. Entre los que tuvieron que esperar para abandonar el aeródromo había varios generales que, enfurecidos, exigieron explicaciones, aunque los empleados les dieron a entender que no podían hacer nada al respecto... Mientras tanto, un automóvil negro y brillante seguido por tres descapotables cruzó a toda velocidad la pista de aterrizaje, en flagrante violación de las normas, tras partir desde cerca de un avión que había tomado tierra en un sector apartado del aeródromo. Uno de los pasajeros retenidos dijo:

–Es Himmler, vimos despegar su avión desde Varsovia.

Forster se estremeció ante aquella fuerza que, a su parecer, era superior a la que en aquel momento quebraba la resistencia de los rusos, pugnando por alcanzar el Volga en mitad del polvo y el humo.

Llegó a casa, donde le recibieron su mujer y su hija, bien entrada la noche.

Animado por los gritos de alegría de su hija, que no dejaba de exclamar «¡Oh, papá!», fue sacando de la maleta los regalos que había traído: pequeñas calabazas disecadas que en el campo ucraniano se llaman *tarakutsk* , lecheras de barro, saleros y cucharas de madera, toallas bordadas y abalorios, todo un surtido de objetos exóticos a los que tan aficionada era su hija Maria, estudiante en una academia de arte. Aquellos souvenirs se incorporaron de inmediato a su colección de rarezas, entre las que se contaban bordados tibetanos, abigarradas babuchas albanesas y esterillas malasias pintadas de colores.

–¿Y la carta? –preguntó Maria cuando su padre volvió a inclinarse sobre la maleta.

–Carta no hay, no llegué a ver al estudiante de tu alma.

–¿Acaso Bach no sigue en el cuartel general?

–Ya no, ahora se ha hecho tanquista.

–Dios mío, no me lo puedo imaginar montado en un blindado. ¿Cómo es que se ha metido a tanquista ahora que la guerra está a punto de terminar?

Entonces llamaron a Forster por teléfono. Una voz queda le avisó de que un coche iría a recogerlo a su domicilio la mañana del día siguiente y le pidió que preparara su informe. Forster dedujo a quién habría de informar, pues había reconocido la voz del edecán mayor del Führer.

–¿Qué te pasa? –le preguntó su mujer al notar que el rostro del marido, excitado por la alegría del reencuentro familiar, expresaba una emoción extraña y nueva.

Él la abrazó sin pronunciar palabra.

–Hoy es un día importante en mi vida –anunció Forster en voz baja.

«Sería mejor que ese día importante no fuera hoy», pensó ella, pero no dijo nada.

Estaba a punto de suceder una cosa extraña: en veinticuatro horas Forster habría de toparse dos veces con el hombre a quien hasta entonces no había visto de cerca en toda su vida.

Después de llegar al extenso edificio de dos plantas de la Cancillería del Reich, que ocupaba toda la manzana, Forster fue fijando la vista, que la emoción y la curiosidad habían afinado, en los detalles que luego referiría a su mujer y a su hija: una pequeña placa de color negro con un águila dorada en la entrada; el número de altos escalones; la superficie de una enorme alfombra color de rosa que, según él mismo había calculado, cubría tres cuartas partes de una hectárea; el tacto de la pared gris que imitaba el mármol; los brazos de bronce de las lámparas que Forster comparó con las innumerables ramas de un árbol; los centinelas con uniformes de gris azulado y bocamangas negras que permanecían inmóviles, como si los hubieran fundido de acero, al pie de un arco interior. Del otro lado de una ventana abierta que daba a la calle se oyó una orden, breve y seca como un disparo, el ruido de las armas y unos saludos articulados en voz baja y clara.

Forster vio como un automóvil reluciente de grandes dimensiones, el mismo que había visto cruzar a toda velocidad el pavimento de hormigón del aeródromo de Tempelhof, se detenía con suavidad cerca de la entrada mientras de los dos descapotables que lo secundaban y habían virado bruscamente sin apenas aminorar la velocidad, unos guardaespaldas saltaban en marcha con gran agilidad.

Al cabo de un minuto el comandante en jefe de las SS, con una gorra de plato alta y maciza en la cabeza y una capa de color gris que ondeaba al viento, pasó por delante de Forster, sonrió con sus carnosos labios, y entró en la galería por la que se llegaba al despacho de Hitler.

Sentado en un sillón, Forster aguardaba a que lo llamaran, mientras sentía una emoción que iba en aumento. A ratos le parecía que estaba al borde de sufrir un ataque cardíaco, se ahogaba y notaba un dolor sordo debajo del omóplato. Le inquietaba el silencio que reinaba en la antecámara, la indiferencia e impasibilidad de los secretarios ante un coronel que había llegado la noche anterior procedente de la región de Stalingrado.

La espera se prolongó alrededor de una hora.

De pronto, un movimiento apenas perceptible que se produjo en la antecámara hizo comprender a Forster que Hitler se había quedado solo en su despacho. Sacó un pañuelo y se enjugó con esmero las palmas de las manos, que se le habían humedecido. Pensó que iban a llamarlo en cualquier momento; sin embargo, todavía habrían de transcurrir unos veinte minutos de tensa espera. Le hubiera gustado repasar las respuestas a las posibles preguntas de Hitler, pero un pensamiento obsesivo se lo impidió: estaba ensayando mentalmente por milésima vez cómo chocaría los talones y qué diría al saludar al Führer. «Parezco un cadete de dieciséis años a punto de participar en su primer desfile», pensó y se alisó el pelo. Luego se le ocurrió que tal vez se hubieran olvidado de él, de modo que tendría que esperar allí unas seis horas hasta que los secretarios se sonrieran y uno de ellos le dijera:

–Quizá no tenga sentido que siga esperando, pues un radiotelegrama acaba de informar acerca del aterrizaje del Führer en Berchtesgaden.

Pensó que debería llamar a casa para avisar a su familia de que se abstuvieran de contar a los conocidos la noticia de que Hitler iba a recibirlo.

Entonces se encendió una de las luces color rubí del tablero de mármol instalado en la recámara.

–Coronel Forster –dijo una voz queda cargada de reproche.

Forster se puso en pie; se le cortó la respiración, así que procuró caminar a paso lento para recuperar su ritmo normal. Ya no veía nada que no fuera aquella puerta de roble alta y lustrosa, ni siquiera a la persona que lo acompañaba hasta la entrada del despacho.

–Más rápido –susurró, instigándole, la misma voz de antes que ahora sonó ruda y autoritaria.

La puerta se abrió y, como era de suponer, todo sucedió de un modo totalmente distinto de como Forster se lo había imaginado.

Se había figurado que, nada más saludar al Führer, se acercaría a paso rápido hacia el escritorio; sin embargo, se quedó quieto al lado de la puerta mientras Hitler en persona iba a su encuentro desde el fondo del despacho caminando por una gruesa alfombra que amortiguaba el ruido de sus pasos. En un primer momento la semejanza entre el Führer y sus imágenes, monótonamente idénticas y repetidas en miles de retratos, fotografías y sellos postales, le pareció a Forster extraordinaria, de suerte que por un instante se sintió un personaje de película absorbido por la pantalla a plena luz del día y no como un espectador. Una figura conocida venía deslizándose hacia él desde un segundo plano. Sin embargo, cuanto más cerca se encontraba Hitler de Forster, más menguaba el parecido entre su fisonomía real y la que reflejaban millones de imágenes suyas. El Führer había cobrado vida y tenía la cara pálida, los dientes grandes, los ojos azules y acuosos, las pestañas ralas y bolsas bajo los ojos.

A Forster le pareció que los labios gruesos y exangües de Hitler habían sonreído, como si se hubiese dado cuenta del miedo reverencial que embargaba el ánimo del viejo coronel y recordara aún sus antiguas ideas subversivas.

–Por lo visto, el aire del frente le ha sentado bien –observó Hitler.

Forster se quedó asombrado por el tono ordinario de la voz apagada del Führer, como si su boca sólo pudiera emitir llamamientos exaltados y siniestros, punzantes cual un casco de botella rota, como los que habían hipnotizado a los veinte mil participantes de un mitin en el Sportpalast.

–Tiene razón, mi Führer, me encuentro perfectamente –respondió Forster; su voz sumisa tembló de emoción, al tiempo que un eco repetía en su interior: «Mi Führer, mi Führer, mi...».

Por supuesto, mentía. Durante el viaje en avión se había sentido indispuesto y, temiendo un ataque al corazón, había tomado una pastilla de nitroglicerina. Ya en casa, había pasado la noche en blanco, aquejado de sofocos y arritmia, consultando constantemente el reloj, asomándose a la ventana y aguzando el oído por si escuchaba llegar el coche que tenía que conducirlo a la cancillería.

–Anoche Paulus me pidió un aplazamiento de cinco días. Una hora antes me habían transmitido una queja de Richthofen, quien avisaba de que estaba listo para empezar, a pesar de que sus preparativos son más complejos. Estoy disgustado con Paulus.

Forster recordó que Richthofen había prometido solicitar a Hitler más tiempo para preparar la operación. Por lo visto, había faltado a su palabra con el fin de perjudicar a Paulus. No obstante, Forster era consciente de que en aquel despacho no podía decir la verdad, y tampoco creía que existiera nadie que se atreviera a hacerlo...

–Tiene razón, mi Führer. Los preparativos que requiere la infantería son mucho más sencillos.

–Veamos el mapa... –le invitó Hitler en voz baja.

Forster le siguió sin dejar de mirar sus brazos caídos, su espalda encorvada y su corte de pelo al estilo militar que dejaba al descubierto su cuello, cuya piel, salpicada de manchas, era pálida como la de un anémico. En aquel momento una igualdad natural se estableció entre ambos: eran dos hombres que caminaban en silencio por una alfombra. Aquella sensación de paridad era lo contrario de lo que había experimentado Forster al ver al Führer de Alemania en el desfile con motivo de la victoria sobre Francia. Entonces Hitler había marchado con paso rápido, más propio de un pequeñoburgués atareado que de un gobernante; detrás de él, algo rezagados, decenas de mariscales de campo y de generales, tocados con elegantes cascos y gorras, caminaban sin orden ni concierto; para aquellos hombres, la disposición férrea de un desfile militar no era de obligado cumplimiento. Parecía que un abismo –no ya de metros sino de kilómetros de largo– separaba entonces al Führer de todos cuantos lo rodeaban, mientras que ahora su hombro tocaba el de Forster.

En medio de una mesa larguísima, colocada en paralelo a las ventanas, se desplegaba un mapa del frente oriental; a su derecha había otro mapa cuyos colores predominantes –el azul y el amarillo– invitaron a Forster a pensar que representaba el teatro de operaciones del Mediterráneo. Se fijó

de pasada en los nombres de Mersa Matruh, Derna y Tobruk señalados con un lápiz. Forster había visto fotografías de aquella mesa, de las altas puertas acristaladas, de las ventanas, del globo terráqueo, de la chimenea protegida con una reja de hierro maciza y el sillón en revistas, de modo que ahora, al reconocerlos, le producían una sensación extraña: o bien lo había soñado hacía mucho tiempo, o bien en aquel momento estaba soñando que los veía de verdad.

–¿Dónde se encontraba ayer el cuartel general de Paulus? –preguntó Hitler.

Forster señaló un punto en el mapa y dijo:

–Mi Führer, esta mañana el cuartel general tenía previsto desplazarse a Golúbinskoye, en la orilla del Don.

Hitler apoyó las manos en la mesa.

–Le escucho, coronel –dijo.

Forster empezó su informe. Su emoción no disminuía, sino que se iba acrecentando. Hitler, con el ceño fruncido, miraba el mapa de hito en hito. El labio inferior le colgaba ligeramente. Forster tenía la sensación de que todas sus explicaciones sobre cómo asegurar los tiempos fijados para la ofensiva y los coeficientes de la entrada de refuerzos irritaban al Führer por innecesarias, al tiempo que le impedían reflexionar. Forster se sintió como un niño que balbucía ante un adulto distraído y preocupado. En su juventud había imaginado a un jefe militar como alguien atento a todos los incidentes de la guerra y que buscaba las claves estratégicas no sólo en los informes de sus generales, sino también en las sencillas explicaciones de un combatiente raso. Había creído que un estratega, con tal de averiguar el secreto de la victoria, no dejaría de indagar en la mirada de un joven teniente ni de prestar oído a las reflexiones de un soldado veterano o de quien sirve en la impedimenta. Sin embargo, al parecer se había equivocado.

Forster siguió hablando en un tono cada vez más bajo y más despacio. No se atrevía a callarse del todo. Hitler carraspeó y le preguntó sin volver la cabeza:

–¿Sabe que Stalin se encuentra en el Volga?

–No hemos recibido información que lo confirme, mi Führer.

Hitler sonrió.

–¿Así que no hay información?

El día anterior Forster había creído que la orden de tomar Stalingrado el 23 de agosto era fruto de un conocimiento detallado de la situación y de un cálculo preciso. Siempre a juicio de Forster, Hitler había considerado lo que aún podían dar de sí las unidades de blindados, conocía el grado de movilidad de la retaguardia y la superioridad numérica y cualitativa de la aviación germana sobre la rusa, como también tenía una idea clara acerca de la capacidad dinámica de cada división de infantería, de la naturaleza de las vías de comunicación y de la velocidad con que las unidades de reserva y las municiones se transportaban hasta el frente. Había creído que Hitler disponía de una información de lo más amplia y variada al respecto y que, al sentenciar *«Stalingrad muß fallen!»*, había tenido en cuenta tanto la influencia de la meteorología en la viabilidad de los caminos esteparios del Don como el hundimiento de los buques de transporte ingleses antes de que llegaran a Múrmansk, la ofensiva contra Alejandría y los acontecimientos en Singapur.

Sin embargo, ahora se daba cuenta de que la consigna *«Stalingrad muß fallen!»* había surgido a raíz de otras consideraciones más importantes que la realidad de los campos de batalla: ¡era el antojo del Führer!

Forster pensó, aterrado, que Hitler le interrumpiría y empezaría a bombardearle con preguntas. Había oído hablar de la forma de actuar del Führer con quienes le informaban, de confundirlos con preguntas, a menudo incoherentes, para que perdieran el hilo de sus argumentos. Dado que Hitler era irascible en extremo, sus informantes muchas veces fracasaban porque no sabían qué tipo de respuestas se esperaba de ellos. Sin embargo, esta vez Hitler callaba.

Forster ignoraba que, en esos momentos, al Führer cualquier opinión ajena le traía sin cuidado; en tales circunstancias dejaba de leer los partes e ignoraba los informes en clave. El avance de los ejércitos ya no influía en sus reflexiones, sino que, por el contrario, empezaba a creer que sólo su razonamiento determinaba el curso de los acontecimientos y los plazos de la consecución.

Su instinto le decía que era mejor hablarle a Hitler, quien callaba y escuchaba con una paciencia indiferente, justamente de aquellos aspectos del problema cuya resolución estaba fuera del alcance del Führer. De modo que empezó a hablar sobre el número de las tropas soviéticas desplegadas en el sudeste, sobre ciertas unidades de reserva rusas descubiertas durante el último reconocimiento aéreo gracias a las informaciones de los agentes

secretos, sobre unidades de blindados y de infantería que se desplazaban desde el norte hacia Sarátov durante la noche, sobre el posible plan de la defensa de Stalingrado que el Estado Mayor General del Ejército Rojo iba a aprobar y sobre el peligro de un contraataque soviético que amenazaba el flanco del ejército alemán desde el noroeste; Forster había detectado ciertas intenciones de los rusos, apenas perceptibles, en esa dirección. Aunque no creía en absoluto que fuera real, Forster exageró conscientemente la importancia de aquella amenaza con tal de suscitar el interés del Führer. El coronel se felicitaba por su olfato de diplomático, a pesar de que hablaba al Führer precisamente sobre aquello que más le irritaba y enfadaba.

De repente Hitler dirigió a Forster una mirada de curiosidad.

–Coronel, ¿le gustan las flores?

Forster, que jamás se había interesado por los encantos de la flora, respondió sin vacilar:

–Sí, mi Führer, me encantan las flores.

–Tal como había pensado –dijo Hitler–, también el coronel general Halder es aficionado a la botánica.

Forster pensó que quizás el Führer había dicho aquello porque creyera que los militares veteranos habían de dedicarse a otro oficio y quisiera insinuarle que lo iba a destituir por corto de entendederas...

–La decisión sobre Stalingrado ya está tomada: no puedo cambiar los plazos que establecí –señaló Hitler; una nota chirriante, como de hojalata, sonó de repente en su voz, una nota que Forster reconoció de las transmisiones radiofónicas de los discursos del Führer–. No me interesan las intenciones de los rusos, lo que quiero es que sepan qué es lo que yo he decidido.

Forster se dio cuenta de que Hitler no prestaría atención a su idea de cómo romper la línea interior de defensa de los rusos y así alcanzar el Volga, una idea en la que el coronel tenía depositadas muchas esperanzas por ser, a su juicio, inmejorable y con buenos fundamentos. Hitler dijo con enojo:

–Paulus es un general muy valioso, pero es incapaz de entender lo que significa para mí el tiempo, un día o una hora... Lamentablemente, no son sólo mis generales los que no se dan cuenta de ello. –Se acercó al escritorio y, con una mueca de asco, apartó con el dedo meñique los papeles que había allí; luego les dio unos golpecitos con un lápiz y repitió

varias veces–: Flores, flores, música en mitad de los bosques de pinos. ¡Impostores!

Una tensión creciente y un miedo atroz se apoderaron de Forster. Aquel hombre que, olvidándose de la presencia del coronel, echó a andar a paso rápido por el despacho, ya alejándose del visitante, ya acercándosele aprisa, le parecía extraño y enigmático. Forster creyó que Hitler se acordaría repentinamente de él, le gritaría y patalearía. El coronel permanecía de pie, con la cabeza gacha, mientras corrían los segundos que medían aquel silencio terrible.

Hitler se detuvo y dijo:

–He oído que su hija tiene una salud delicada. Salúdela de mi parte. ¿Cómo le va en la academia de arte? Yo sería tan feliz si pudiera dedicarme a la pintura... El tiempo, el tiempo... Hoy mismo parto hacia el frente... También yo soy ahora un huésped en Berlín.

El Führer, sonriendo con sus labios exangües, tendió a Forster una mano fría y húmeda, dándole a entender que lamentaba no poder continuar con la conversación.

*

Forster llegó a la esquina donde le esperaba el coche. El poderío de Hitler le había hecho temblar. «Salúdela de mi parte, salúdela de mi parte», repitió varias veces para sí. Al subir al automóvil se acordó de que, por alguna razón, el avión que lo llevaba a Berlín el día anterior había cambiado bruscamente de rumbo cuando sobrevolaba unos bosques de pinos y solares de arena amarilla en dirección a Varsovia. Forster había entrevisto los rieles, finos como hilos, de un ferrocarril de vía única que llegaba por entre dos filas de árboles hasta una explanada en la que, en medio de tablas, ladrillos y cal, trajinaban centenares de personas. Varias bengalas de señalización habían hecho que el piloto del avión alterara su rumbo. Por lo visto, aquélla era una obra de construcción secreta con fines militares. El oficial de navegación, con el desenfado que se permiten en el aire los pilotos en su trato con los pasajeros de posición elevada, dijo a Forster al oído, señalando la ventanilla:

–En aquel bosque Himmler está edificando un templo para los judíos de Varsovia, y teme que revelemos antes de tiempo la sorpresa que les tiene preparada.

Después de visitar a Hitler en su despacho, Forster advirtió que aquel anhelo de dominación mundial había hecho que el Führer perdiera el sentido común. En las gélidas alturas ya no existían el bien y el mal, los sufrimientos ajenos carecían de importancia y no había lugar para la piedad ni el remordimiento...

Aquellas reflexiones tan profundas e insólitas resultaban difíciles de asimilar; al cabo de pocos segundos, Forster se distrajo y empezó mirar a las personas elegantes en sus coches, a los niños que hacían cola sujetando cantimploras para la leche, a la muchedumbre que ora emergía de la oscuridad del metro, ora se sumergía en ella, los rostros de las jóvenes y las ancianas cargadas con maletines, bolsas y paquetes, ocupadas en sus quehaceres cotidianos...

Forster necesitaba decidir de antemano cuáles de sus impresiones debería contar a sus colegas del Estado Mayor General, cuáles a sus conocidos y cuáles a sus amigos íntimos. Ya por la noche, en su dormitorio, confiaría a su mujer, entre susurros, sus miedos y le explicaría que Hitler no era como en las fotografías, sino que tenía ojeras, la espalda encorvada y la piel grisácea.

Repasó mentalmente cada una de las respuestas que había dado al Führer, cada una de las frases de su informe, y le asaltó una evidencia: todo lo que había dicho –fuera en relación a su estado de salud, al aplazamiento de cinco días que Paulus había solicitado, a la disposición de los ejércitos rusos y a su amor por las flores– era una comedia, una sarta de mentiras de principio a fin. Había fingido decir la verdad, ayudándose de las palabras, de su tono de voz y de sus gestos, al tiempo que sentía que una fuerza inmensa y misteriosa lo obligaba a mentir. ¿Por qué? Era incapaz de comprenderlo.

Más adelante Forster se acordaría de que había advertido a Hitler de la posibilidad de un contraataque soviético cuando nadie la había contemplado. Quedaría sincera y profundamente impresionado por su propia capacidad de previsión. No obstante, se olvidaría, de un modo sincero e involuntario, de que se lo había dicho al Führer sin tener ninguna fe en ello, en un vano intento de atraer su interés en un momento en que a Hitler sólo le importaban sus propios planes y decisiones.

La conquista de Stalingrado habría significado para Hitler no sólo la consecución de un importante objetivo estratégico, sino también la interrupción de las vías de comunicación soviéticas entre el norte y el sur y entre las regiones centrales de Rusia y el Cáucaso. La toma de Stalingrado habría posibilitado una penetración masiva de los alemanes en el nordeste, envolviendo Moscú en una amplia maniobra, y el descenso hacia el sur. El objetivo final de la expansión territorial del Tercer Reich se habría consumado.

La caída de Stalingrado era un objetivo de primer orden en la política exterior germana, pues habría acarreado importantes cambios en la actitud de Japón y de Turquía respecto a la guerra.

Asimismo, la conquista de Stalingrado habría tenido un impacto de un valor incalculable en la política interior alemana en tanto que habría fortalecido la posición de Hitler dentro de su propio país y servido de prueba fehaciente de la victoria definitiva prometida al pueblo alemán en junio de 1941. La toma de Stalingrado habría resarcido al Tercer Reich del fracaso de la *Blitzkrieg,* que debería haber concluido a las ocho semanas del inicio de la invasión de Rusia. La caída de Stalingrado habría justificado las derrotas en las cercanías de Moscú, Rostov y Tijvin y las terribles bajas que la Wehrmacht había sufrido en invierno y que habían conmocionado a la nación germana. La toma de Stalingrado habría reforzado el dominio de Alemania sobre sus países satélites y acallado las voces críticas.

Finalmente, la conquista de Stalingrado habría significado la victoria triunfal de Hitler sobre el escepticismo de los Brauchitsch, Halder y Rundstedt, sobre la secreta soberbia de Göring y sobre Mussolini, quien dudaba de la superioridad intelectual del Führer.

Ése era el motivo por el que Hitler se negaba airadamente a escuchar cualquier petición de aplazamientos y retrasos, en la creencia de que eran el resultado final de la guerra, el futuro del Tercer Reich y su prestigio personal los que estaban en juego.

Sin embargo, los acontecimientos que se sucedían en el frente muy poco tenían que ver con las cuestiones que preocupaban a Hitler y lo que éste consideraba determinante.

29

Una calurosa mañana de agosto, el teniente Peter Bach, comandante de una compañía motorizada, de unos treinta años de edad, delgado y de piel bronceada, yacía entre la hierba en la orilla izquierda del Don, mirando el cielo despejado. Acababa de bañarse después de una dura marcha con su unidad y una ajetreada travesía nocturna a través del río. Se puso ropa interior limpia, y una sensación de paz se apoderó de él. Estaba acostumbrado a los bruscos cambios de situación que conlleva intervenir en una guerra. Siempre cabía la posibilidad de que aquel que hasta hacía poco había sufrido el calor y el ruido ensordecedor de los motores, soñando con un trago de agua cenagosa, se transportara de pronto, en escasos minutos, a un mundo completamente diferente donde reinaban la frescura y la limpieza y en el que podía disfrutar de un baño, del aroma de las flores y de la leche fría. Se había habituado a tener que cambiar repentinamente el sosiego de un jardín aldeano por la tensión férrea de la guerra...

De todos modos, pese a que ya se había acostumbrado a aquellos cambios bruscos, Bach disfrutaba de aquellos momentos, tendido en la hierba, mientras pensaba sin el mal humor habitual en la inspección del quisquilloso Preifi, comandante del batallón, y en la difícil relación que el teniente mantenía con Lenard, un miembro de las SS cuya compañía hacía poco había entrado a formar parte del regimiento de Bach. Nada de aquello le preocupaba ahora, como si, en vez de pensar en lo que afectaba a su vida presente y futura, evocara el pasado. Sabía por experiencia que, desde el momento en que se establecía una nueva base de operaciones, las tropas tardaban no menos de tres o cuatro días en concentrarse antes de emprender la siguiente ofensiva, de modo que aquel período de descanso le parecía deliciosamente largo. No le apetecía pensar en sus soldados, en un parte por redactar, en la falta de municiones, en los neumáticos gastados de los vehículos de su compañía, en que los rusos podían acabar con su vida. Se acordaba de sus no tan lejanos días de permiso, pero no lamentaba no haberlos pasado tal y como le hubiese gustado, pese a que no podía ni soñar con que le concedieran otros próximamente.

Durante esos días de permiso, le había invadido un extraño sentimiento de lástima y desprecio por sus amigos íntimos e, incluso, por su madre. Le

molestó la excesiva importancia que concedían a los problemas cotidianos que les ocasionaba la guerra, aunque Bach era consciente de que la vida en la retaguardia no era en absoluto fácil y de que era lógico que se hablara de los bombardeos, del carbón, del calzado gastado, de los cupones y de las cartillas de racionamiento. Al poco de llegar a Berlín había asistido a un concierto con su madre. Apenas prestó atención a la música, y se dedicó a observar al público de la sala. Era gente mayor, a excepción de un adolescente flaco de grandes orejas y una chica fea de unos diecisiete años. Desanimado por la visión de la piel marchita y apergaminada de los cuellos de las señoras y la tela gastada de las americanas de los varones, creyó percibir en el aire de la sala el olor a naftalina.

Durante el entreacto fue a saludar a unos conocidos. Allí estaba el viejo Ernst, famoso crítico teatral, cuyo hijo, un compañero de colegio de Bach, había perecido en un campo de concentración. Le temblaban las manos, sus ojos lagrimeaban y en su cuello arrugado se dibujaba una vena azul y esclerótica. Ernst, por lo visto, tenía que pelar patatas y cocinarse su propia comida. Sus dedos habían adquirido una tonalidad marrón, como los de una campesina vieja.

Bach conversó con Lena Bischof, la esposa de Arnold, otro de sus compañeros de colegio. Lena se había afeado y tenía el cabello encanecido. Una verruga de la que crecía un pelo enroscado asomaba en su barbilla. Tenía un aspecto desaliñado y llevaba el vestido sin planchar, con un absurdo lazo colgándole de la cintura. Lena contó a Bach en susurros que se había divorciado formalmente de Arnold porque un abuelo de éste era un judío holandés –aunque el mismo Arnold se había olvidado de ello–, y que Arnold había vivido en Berlín hasta el inicio de la campaña, hasta que en noviembre de 1941 lo habían enviado a trabajar al este, primero en Poznan y luego en Lublin. Lena no sabía nada de él desde entonces, había dejado de recibir cartas suyas y ni siquiera sabía si aún seguía con vida, ya que la hipertensión que padecía le dificultaba la adaptación a los cambios bruscos de clima.

Cuando el concierto hubo terminado, el público se dispersó sin hacer ruido; en la entrada de la sala no se vio ningún coche esperando, y los viejos que habían asistido a la función desaparecieron velozmente en la oscuridad, arrastrando los pies.

Al día siguiente Bach recibió la visita de Lunz, un compañero de la universidad que tenía un brazo atrofiado. En alguna ocasión habían

planeado editar juntos una revista para lectores selectos: catedráticos, escritores y pintores. Lunz habló con una profusión agotadora, pero no le hizo ninguna pregunta sobre la guerra ni sobre Rusia, como si no hubiese nada más importante que aquel monólogo suyo acerca de las ventajas que le procuraba el hecho de tener la cartilla de racionamiento que sólo poseían unos pocos elegidos.

Bach intentó abordar temas generales, pero Lunz respondía con desgana y en voz baja. Daba la impresión de que o bien había perdido el interés por todo aquello, o bien había dejado de confiar en Bach. En las personas que, habiendo sido brillantes, interesantes y fuertes, ahora parecían estar llenas de polvo y telarañas como objetos arrumbados en un trastero, se adivinaba un callado terror. No tenían futuro. Su moral, su honradez quisquillosa y sus conocimientos pasados de moda ya no hacían falta a nadie. Habían perdido el tren. Bach imaginó que también él, cuando volviera de la guerra, llevaría la misma vida que toda aquella gente del pasado. Habría sido mejor acabar sus días en un campo de trabajo. En ese caso, en lugar de haberse convertido en un muerto vivo, habría alcanzado a morir en un estado de exaltación, consciente de haber sido fiel a la lucha hasta el final.

Se vio con Maria Forster todos los días; en la casa de ella reinaba el mismo ambiente gris, aburrido y gruñón de descontento... Bach no llegó a ver al coronel Forster en persona porque éste trabajaba en el Estado Mayor General hasta bien entrada la noche, pero se le ocurrió que, si él fuera un agente de la Gestapo, no le habría sido difícil vislumbrar los pensamientos secretos del coronel. En la familia de los Forster, el modo de hacer de los militares y la ignorancia de los mariscales de campo y de los comandantes de ejército eran objeto de burla constante y corrían chistes sobre sus esposas. La familia del coronel estaba al corriente de aquellos chismes, sin duda, gracias a las confidencias del viejo Forster.

La esposa del coronel, que en su juventud había estudiado literatura, opinaba acerca de las esposas de Rommel y Model, refiriéndose a ellas como mujeres que quizá no habían ido nunca al colegio, pues no hablaban correctamente el alemán, mezclaban palabras en argot, eran jactanciosas, rudas e incultas, hasta tal punto que se hacía impensable permitir que participaran en las recepciones oficiales... Su actitud en la mesa era propia de las esposas de tenderos, habían engordado, no practicaban deporte, habían perdido la costumbre de caminar, sus hijos eran groseros,

malcriados y unos pésimos estudiantes, interesados tan sólo en la bebida, el boxeo y la pornografía... Sin embargo, pese a toda la indignación y el desprecio que la señora Forster manifestaba por las esposas de los mariscales, se notaba que, si una de ellas hubiese querido ser amiga suya, le habría perdonado encantada su ignorancia, sus gruesos brazos y su mala dicción.

También Maria estaba disgustada. Creía que el arte alemán estaba en decadencia: los actores habían desaprendido a actuar y los cantantes, a cantar; las obras de teatro y las novelas parecían haber sido escritas por analfabetos y no eran sino una mezcla de mal gusto, ferocidad nazi y sentimentalismo; trataban todas ellas los mismos temas, y siempre que Maria hojeaba un libro nuevo tenía la sensación de releer por centésima vez lo que había leído por vez primera en 1933. En la academia de arte donde estudiaba imperaban un aburrimiento mortal, la soberbia y la ignorancia. Las personas de más talento carecían de la posibilidad de trabajar, y si la física alemana había perdido al genial Einstein, en las demás ramas de la ciencia y el arte, aunque en menor medida, había pasado lo mismo.

Lunz confesó a Bach en una ocasión, después de que ambos hubieran bebido:

–Sabes, la sumisión, la falta de reflexión y el pancismo son los valores cívicos supremos de un berlinés. Sólo el Führer tiene derecho a pensar, a pesar de que prefiere la intuición a la reflexión. El libre pensamiento científico y los titanes de la filosofía alemana se han desvanecido como el humo. Hemos renunciado a las categorías generales, a la verdad universal, a la moral y a la humanidad. La filosofía, la ciencia y el arte están exclusivamente al servicio del Reich. Las mentes libres y audaces no tienen cabida en Alemania: o bien las castra como en el caso de Hauptmann, o bien son ellas las que callan como Kellerman. Ya ves, los más grandes, Einstein, Planck, levantaron el vuelo cual garzas y emigraron, mientras que la gente como yo nos quedamos atrapados en el pantano, entre juncos...

Angustiado, añadió:

–Sólo que te ruego que olvides todo cuanto acabo de decirte y que no se lo cuentes ni a tu propia madre. ¿Me oyes? No puedes imaginar lo extensa que es esa red invisible que todo lo capta: palabras, pensamientos,

estados de ánimo, sueños, miradas. Se necesitaron dedos de hierro para tejerla.

–Me tratas como si hubiese nacido ayer –le dijo Bach.

Lunz había bebido mucho aquella noche, y su verborrea era incesante.

–Trabajo en una fábrica –prosiguió–; allí, encima de las máquinas, cuelgan unos carteles enormes en los que se lee: *«Du bist nichts, dein Volk ist alles»*. [18] A veces pienso en ello. ¿Por qué no soy nadie? ¿Acaso no soy parte del pueblo también? ¿Y tú? Nuestra época gusta de fórmulas generales cuya aparente agudeza hipnotiza. Pero, de hecho, ¡son un disparate! ¡El pueblo! En Alemania se recurre a esa noción para demostrar a la gente que el pueblo es extraordinariamente sabio, pero que sólo el Führer sabe lo que el pueblo quiere: privaciones, la Gestapo y una guerra de conquistas.

Guiñó un ojo y añadió:

–Estoy seguro de que dentro de un par de años tú y yo también tiraremos la toalla y comulgaremos con el nacionalsocialismo, reprochándonos tan sólo haberlo hecho demasiado tarde. Se trata de la ley de la selección natural: únicamente sobreviven las especies que saben adaptarse al medio. La evolución no es más que adaptación. El hombre se encuentra en la cumbre de la escala evolutiva puesto que es el rey de la naturaleza y, por tanto, es el animal con mayor capacidad para adaptarse al medio. El que no lo logra cae de la escala evolutiva que conduce hasta la deidad. De todos modos, es posible que ni tú ni yo lleguemos a tiempo. A mí pueden encarcelarme y tú te arriesgas a que te maten los rusos.

Bach recordaba ahora el extraño sentimiento que le habían provocado aquellas conversaciones. En su fuero interno compartía todo lo que Lunz había dicho, de modo que no había rebatido sus argumentos.

–Somos los últimos mohicanos –había dicho Bach.

Al mismo tiempo, no podía evitar exasperarse y torcer el gesto, pues aquella idea se mezclaba con un angustioso y humillante sentimiento de impotencia. Los ojos de los ancianos que no dejaban de mirar atrás, la ropa gastada y pasada de moda, las conversaciones susurradas, vigilando las puertas y las ventanas, coexistían –Bach lo había notado en Maria y, especialmente, en su gruñona madre– con la mera envidia hacia los que estaban en el centro de los acontecimientos, los que asistían a los congresos en Roma y Madrid, los que llenaban las páginas del *Völkischer Beobachter* , los que montaban exposiciones, visitaban la villa de Goebbels

e iban de caza con Göring. Si a Forster le hubieran dado un cargo importante, tal vez no habría quedado rastro de la oposición política que imperaba en su familia.

Bach regresó al frente abatido. ¡Cuánto había soñado con aquellas vacaciones, con su casa, con las conversaciones con amigos, con las lecturas vespertinas en el sofá, con confesar a su madre sus pensamientos y sentimientos más ocultos!

Pensaba hablarle de la inimaginable crueldad de la guerra y del sentimiento de sumisión constante y absoluta a la ruda voluntad de las órdenes ajenas, un sentimiento más repugnante aún que el miedo a la muerte.

No obstante, para su sorpresa, se encontró fuera de lugar, languidecía. Andaba por su casa como un alma en pena y las conversaciones le exasperaban. Por mucho que se obligara a sí mismo, no lograba leer siquiera más que algunas páginas seguidas. Le parecía que de los libros emanaba aquel olor a naftalina.

Cuando llegó el día de la partida se sintió aliviado, aunque no tenía ningunas ganas de regresar al frente y le disgustaba la idea de reencontrarse con los oficiales y con los soldados que estaban bajo su mando.

Se reincorporó a su regimiento el 26 de junio, dos días antes del comienzo de la ofensiva. Ahora, tendido en la tranquila orilla del Don, tenía la sensación de que desde el día en que había regresado tan sólo habían pasado dos días. Cuando se inició la ofensiva, Bach perdió la noción del tiempo, que se había convertido en un amasijo abigarrado y compacto, en una maraña tórrida de gritos roncos, polvo, silbidos de proyectiles, humo y fuego, marchas diurnas y nocturnas, aguardiente tibio y conservas frías, retazos de pensamientos, graznidos de gansos, tintineo de vasos, tableteo de metralletas, aparecer y desaparecer de pañuelos blancos de mujer, zumbidos de los Messerschmitt en vuelo de reconocimiento, olor a gasolina, hastío, osadía y risas de borracho, miedo a la muerte, sirenas estentóreas de blindados y camiones.

A la par con la guerra y el sol enorme y humeante de la estepa recordaba imágenes fragmentarias: un manzano desmedrado y cargado de frutos; el cielo sombrío de la noche salpicado con las relucientes estrellas del sur, el fulgor de los arroyos, la luna sobre la hierba teñida de azul.

Aquella mañana volvió en sí. Le esperaba un descanso antes del último asalto para alcanzar el Volga. Soñoliento, con el ánimo sereno y el frescor del agua todavía sobre su piel, miraba los juncos de un verde brillante y sus brazos delgados y bronceados mientras recordaba aquellos días de permiso. Sentía la necesidad de unir aquellos dos mundos que, lejanos y antagónicos, separados entre sí por la inmensidad del espacio, coexistían dentro de su angosto pecho.

Se incorporó y golpeó con un pie en el suelo. Creyó haber pisoteado el cielo. Miles de kilómetros de tierra extraña se extendían a sus espaldas. Durante muchos años se había considerado un desposeído, un indigente espiritual y uno de los últimos mohicanos del pensamiento libre alemán. ¿Por qué antes había presumido tanto de la riqueza de su espíritu? ¿Acaso su espíritu había sido rico alguna vez? En el instante en que la visión de un cielo y una tierra extraños, ya conquistados, había surgido ante él de entre el humo y el polvo, había sentido con todo su cuerpo la magnitud de aquella tenebrosa empresa de la que participaba. Con todo su cuerpo, con su piel, creyó advertir los confines de aquella tierra extraña que él había recorrido. Ahora tenía esa fuerza de la que carecía cuando, mirando de soslayo la puerta, murmuraba sus pensamientos. ¿Había comprendido por fin de qué parte estaban las grandes mentes del pasado? ¿Con esa fuerza estruendosa y triunfante o con aquellos viejos que hablaban en susurros y olían a naftalina? ¿Acaso no olía a naftalina el siglo XIX del que Bach se consideraba su fiel heredero en pleno siglo XX ? ¿Acaso el siglo XIX no les había parecido cínico y atroz a los que habían conocido el encanto y la poesía dieciochescos?

Bach oyó unos pasos que se acercaban y se volvió. El telefonista de guardia llegó junto a él y le dijo:

–Mi teniente, el comandante de batallón solicita que se ponga al teléfono.

Luego el soldado miró el río y emitió un silbido apenas audible para que Bach no se diera cuenta: el baño había terminado. Acababa de escuchar de labios de un telefonista compañero de batallón que el descanso se había suspendido y que se había dado la orden de atacar sin demora.

Reiteradamente se intentó hallar en el carácter de Hitler las razones que explicaran su papel en la historia. Se conocen muchos rasgos de su temperamento; sin embargo, su sed de venganza, su predilección por los pasteles con nata batida, su siniestra capacidad para sacar partido de los bajos instintos de la multitud, su amor por los perros, su energía desbordante mezclada con desconfianza, su pasión por la mística, su intelecto, su buena memoria, su voluntad antojadiza a la hora de escoger favoritos, su extrema perfidia, su sentimentalismo exaltado y decenas y decenas de cualidades y atributos comunes o extraordinariamente repugnantes no bastan por sí solos para explicar todas sus acciones.

Hitler llegó al poder porque, después de la primera Guerra Mundial, a medida que el país se inclinaba hacia el fascismo, Alemania necesitaba de un Hitler.

Alemania, derrotada en una guerra imperialista, buscaba a alguien como Hitler, y acabó por encontrarlo.

El conocimiento del carácter de Hitler permite comprender el mecanismo de su ascensión al cargo de dirigente supremo del Estado fascista germano.

Cabe señalar una constante en su biografía, en su carácter y en la naturaleza de sus actos: su infortunio. Asombrosamente, sus fracasos sentaron las bases de sus futuros éxitos. Hitler fue un estudiante frustrado que había suspendido en dos ocasiones, en Viena y en Múnich, el examen de ingreso en la Academia de Bellas Artes. Sus comienzos en la política fueron execrables: se hizo espía del ejército para investigar a los grupos socialistas alemanes, uno de los cuales acabaría dirigiendo. Tampoco en sus relaciones con las mujeres sería un hombre afortunado.

En el fondo de su alma conservó siempre la timidez de un mal estudiante atormentado por la conciencia de que, en condiciones de libre competencia entre talentos, no habría tenido acceso siquiera a los círculos artísticos provincianos más modestos.

El infortunio traza caminos distintos según las personas: resignación huraña y conformismo; misticismo religioso; desesperación y envilecimiento; despecho y envidia; hipocresía y humillación; aprensión, apocamiento y falta de confianza en uno mismo; arbitrismo desaforado; desprecio estéril; ambición obsesiva, e iniquidad y violencia.

En los años de su lucha por la ascensión al poder y de su dominio sobre las naciones de Europa, Hitler conservó el espíritu vulgar de un

pequeñoburgués frustrado. La enormidad del poder que concentraba en sus manos y las peculiaridades del Estado nazi que Hitler encabezaba le permitieron mostrar su alma despechada, aprensiva, rencorosa y pérfida en el escenario paneuropeo... ¡Los rasgos de su carácter desembocaron en consecuencias fatales para millones de personas!

Hitler, ya en el poder, continuaba sintiéndose agraviado en lo más profundo de su alma, seguía sufriendo un intenso sentimiento de inferioridad. Y es que su ego desmedido no era sino una forma de expresar su inseguridad.

El carácter de Hitler encarnó la naturaleza del Estado germano derrotado en la Primera Guerra Mundial.

Durante los últimos cinco o seis decenios anteriores a la Gran Guerra, Alemania había sido un Estado sin fortuna. Sus intentos de dominar el mundo habían fracasado. El imperialismo germano no había logrado apoderarse de los mercados por la vía pacífica.

En 1914, Alemania desencadenó un conflicto para dominar los mercados mundiales. Sin embargo, le esperaba un fracaso: sus ejércitos serían derrotados pese a su estrategia de maniobras envolventes y los ataques relámpago de Von Schlieffen que el adversario rechazaría en el campo de batalla. En aquel entonces Adolf Schicklgruber [19] recorría, en paralelo al sino de Alemania, su propia senda de fracasos en la que, por imperceptible, aún nadie había reparado. El odio por las ideas de libertad e igualdad sociales y raciales se estaba gestando en él.

Hitler recurrió al concepto nietzscheano del superhombre y de la raza superior en el momento en que Alemania, sumida en el infortunio, empezó a desarrollar la idea de la superganancia obtenida por la vía de bandidaje. Las ideas que Hitler había tomado de Nietzsche en su microcamino encajaron como anillo al dedo en un país que había padecido en sus carnes una cruel derrota militar. Desde la perspectiva actual, es evidente que el concepto del superhombre no había surgido del triunfo de los fuertes, sino de la desesperación de los débiles. Las ideas de la libertad individual, del internacionalismo y de la igualdad social entre los trabajadores son propias de alguien que confía en la fuerza de su razón y en la capacidad creativa de su labor. Esas ideas reconocen sólo una forma de violencia, la que empleó Prometeo para librarse de sus cadenas.

En su libro *Mein Kampf* Hitler afirma que la igualdad sirve a los débiles, que la naturaleza sólo progresa gracias a una selección basada en

la exterminación y que el progreso de la humanidad debe partir de la selección racial, de la dictadura de la raza. Hitler confundió violencia con fuerza, hizo pasar por firmeza la impotencia desesperada y feroz y rechazó el concepto del esfuerzo libre del hombre en su lucha con la naturaleza, proclamando que un labrador que hubiera sembrado un campo de trigo grande como un océano era más débil que el asesino que le asestaba un golpe en la cabeza con una barra de hierro mientras el otro conducía su arado.

Ésa es la filosofía de un ser desesperado ante sus incontables fracasos e incapaz de triunfar en la vida con el esfuerzo de su trabajo, un ser que además posee una gran inteligencia, una energía desenfrenada y una ambición sin límites.

Esa filosofía de la impotencia, nacida de las muchas mentes reaccionarias germanas, convergió con la impotencia industrial y estatal de Alemania después de la Primera Guerra Mundial. Esa filosofía satisfizo por igual a los despojos de la sociedad, incapaces de obtener el éxito con su trabajo, y a un Estado cuyas ansias de dominación mundial se vieron abortadas por la firma del Pacto de Versalles.

Así fue cómo del infortunio de Schicklgruber, convertido en el elegido de la clase reaccionaria alemana, nació el éxito de Hitler hasta llevarle a ejercer un poder horrendo, breve y carente de sentido sobre las naciones de Europa. En su intento de alcanzar el mando, Hitler había comprendido de un modo simple y tosco, aunque certero, la situación en que se encontraba Alemania tras la Gran Guerra y había generado dentro de sí la enloquecida energía y la demagógica furia necesarias para la consecución de aquel fin. Procuró aunar el amoralismo particular de un alemán medio fracasado –un tendero, un oficial, un camarero y, a veces, un obrero desesperado– con el amoralismo estatal de un país imperialista derrotado y dispuesto a tomar abiertamente la senda del bandolerismo político e industrial. Apeló con frecuencia, más incluso que cualquier otro personaje en la historia, a los más bajos instintos del ser humano que le dominaban y que era capaz de generar en los demás. No obstante, también conocía el poder del bien y de la moral, precisamente porque le eran hostiles. Sabía cómo apelar a los sentimientos de madres y padres, de obreros y campesinos. Reprimió el movimiento revolucionario alemán y sometió a la clase media progresista. Amordazó a los disidentes y convirtió Alemania en un páramo intelectual donde apenas quedaba el silencio de la muerte.

Hitler engañó a muchos de los que en un principio se habían manifestado en su contra: acabaron tomando su histeria por franqueza, su religión del odio por amor a Alemania, su mentira por verdad, su potente lógica zoológica por ingenio, su dictadura de bandidaje por libertad.

Tras llegar al poder, que le permitió dominar a todos aquellos que le superaban en posición y talento, Hitler sintió instintivamente que seguía siendo inferior a buena parte de los que odiaba, pese a disponer de su vida y de su libertad. Sabía que las fuerzas creadoras del pueblo alemán no estaban de su lado, aunque había conseguido embaucar a muchos. Era consciente de que ni el hambre, ni la esclavitud, ni la falta de derechos, ni los campos de concentración bastaban para sentirse superior a los que había aplastado con su violencia. Entonces, invadido por el odio más feroz que jamás había existido sobre la faz de la tierra –aquel que siente el vencedor a la vista de la fuerza indestructible del vencido–, se lanzó a exterminar a millones de aquellos a los que odiaba.

Con todo, ésa no fue la única muestra de la impotencia hitleriana. Engañó al pueblo germano inspirándole la idea de que él, Hitler, deseaba luchar para rectificar las condiciones desfavorables para Alemania del Pacto de Versalles, al tiempo que preparaba una guerra injusta. Consiguió engatusar a dos millones de desempleados ocupándolos en la construcción de carreteras de interés estratégico-militar, convenciéndolos de que acababa de empezar una época de paz y prosperidad. La Alemania de posguerra semejaba el mecanismo desajustado de un reloj de campana en el que centenares de palancas y ruedas dentadas giraban, chasqueaban o pendían sin orden ni concierto. Hitler se convirtió en la pieza maligna que ejerció de nexo entre las partes que integraban aquel mecanismo: la desesperación de los hambrientos, el amoralismo de los despojos de la sociedad, la sed de desquite militar, el sentimiento nacionalista sangrante e inflamado tras la derrota, el odio engendrado por las injusticias del Pacto de Versalles. En sus comienzos Hitler sencillamente se había dejado arrastrar, como una astilla por la corriente, por el sueño militarista de la revancha.

En 1923, el taimado octogenario Emil Kirdorf, magnate del carbón de Renania y Westfalia, ofreció a Hitler su primera subvención. Fue en la época en que todo el Partido Nacionalsocialista, con Hitler a la cabeza, cabía en la sala de una cervecería muniquesa o en una celda de la prisión de Múnich.

Por desgracia, muchos de los embaucados por Hitler se pusieron al servicio de su causa criminal creyendo que iban a servir a Alemania. Valiéndose de la violencia, de la perfidia y de la mentira consiguió que la ciencia, la industria y la entusiasmada juventud germanas trabajaran para él. Ajustó y puso en funcionamiento el gigantesco mecanismo de la nación proclamando la supremacía de la raza, ávida de gloria y poder, ante los capitalistas alemanes privados del acceso a los mercados y ante los obreros en paro. La naturaleza de un Estado fascista se reflejó plenamente en el carácter de Hitler.

El infortunio de Hitler sentó las bases de su éxito y la marea de los acontecimientos lo situó en el centro de la escena mundial, a la cabeza de la Alemania nazi. En un principio Hitler había sido un instrumento en manos de ciertos personajes; luego, de insignificantes grupos de influencia de alcance provincial; más tarde, del Estado Mayor General germano y de los amos de la región del Ruhr, y finalmente, de las principales fuerzas reaccionarias de la política mundial. Entonces llegó la hora en que Hitler creyó ser una espada en manos de la Providencia.

Sin embargo, durante el verano de 1942 Hitler se confesó a sí mismo, en secreto, turbado y contento, que encarnaba la voluntad libre y omnipotente. A veces creía que era inmortal. Rechazaba la idea de que sus relaciones con el mundo estuvieran sujetas a la ley de la reciprocidad. No era consciente de la enormidad de las fuerzas que decidían el curso de los acontecimientos. No alcanzaba a comprender que, aun en el período de auge de sus mayores triunfos y de su pretendida libertad de acción, cuando su voluntad podía decidir descargar el próximo golpe en el este o en el oeste, estaba privado de toda libertad. Creía que durante aquel mes de agosto de 1942 se estaba haciendo efectiva la decisión tomada el 29 de abril en Salzburgo, cuando había anunciado a Mussolini su intención de asestar un golpe mortal a la Rusia soviética en el sur. Pero no podía comprender ni comprendería jamás que sólo una voluntad condenada y privada de libertad le había llevado a ordenar aquella ofensiva en la que cada kilómetro recorrido gloriosamente por sus tropas acercaba el imperio fascista a su propia destrucción.

Cuando los físicos acometen ciertos cálculos, se permiten ignorar la magnitud infinitesimal que representa la fuerza de gravedad que la Tierra ejerce sobre cualquier cuerpo, aunque no por ello niegan la ley universal de la atracción.

En cambio, cuando se hallaba en la cumbre de su éxito, Hitler quiso pasar por alto la fuerza que atrae tanto una piedra como un grano de arena hacia la superficie terrestre. Decidió, siendo él mismo un grano de arena, someter el planeta entero y reconstruirlo según su voluntad e intuición.

El único medio al que recurrió para lograrlo fue la violencia. La aplicó en su trato con las naciones, en la educación de los niños, en el arte, en la ciencia, en lo emocional y lo laboral. La violencia de un ser humano contra otro, de una nación contra otra y de una raza contra otra se erigió en algo sagrado de la mano de Hitler.

Por medio de esa violencia sacralizada Hitler procuró alcanzar el poder supremo, pero sólo consiguió sumir Alemania en un abismo de impotencia.

La historia jamás había conocido semejante grado de sacralización de la raza y la pureza de la sangre. La preservación de la pureza de la sangre aria se convirtió en una misión sagrada. Nunca antes se había establecido entre los alemanes una relación tan incestuosa como en los tiempos del Tercer Reich, cuando grandes masas de esclavos extranjeros llenaron las fábricas y el campo germanos.

Hitler estaba convencido de que el estado que había creado en base a una violencia insólita duraría mil años.

En aquella época, las piedras molares de la historia empezaron a triturar sus ideas, sus ejércitos, su imperio, su Partido, su ciencia y su arte, a sus mariscales de campo y a sus *Gauleiter* , a él mismo y el futuro de su Alemania. Su éxito fue el más estrepitoso de sus fracasos, y acarreó sufrimientos extraordinarios a la humanidad.

Todo lo que Hitler había afirmado fue rebatido por la marcha de la historia. No se consiguió nada de lo que había prometido. Todo aquello contra lo que él había luchado cobró nuevas fuerzas y se consolidó en vez de perecer.

*

¿Cómo se reconoce a un personaje histórico auténticamente significativo? Los individuos llegan al ruedo de la historia y se aseguran un lugar en la memoria de los hombres. No todos entran por la puerta principal, siguiendo el camino del esfuerzo, de la razón y del talento. Los hay que se introducen subrepticiamente por una puerta lateral entreabierta, otros la

fuerzan al abrigo de la noche, y los terceros llegan subidos a la cresta de la ola de los acontecimientos.

La grandeza de un personaje histórico se mide por su capacidad de prever, de comprender y de hacer visible la dirección principal, hasta entonces oculta y dudosa, en que debe evolucionar la sociedad humana y que determinará la existencia de muchas de sus generaciones futuras. En la historia milenaria del dominio clasista de unos pocos sobre muchos, la relación entre la sociedad y el personaje se ha construido con escasas variaciones. Los comienzos de tal personaje se asemejaban a la acción de un nadador experimentado que nadaba contra la corriente: cuanto más avanzaba remontando el río, con mayor claridad percibía que todos aquellos remolinos y flujos superficiales que estorbaban sus movimientos eran fuerzas ficticias que impulsaban el agua en la dirección contraria a la de una corriente más profunda, invisible desde la orilla. Entonces, tras sobreponerse a aquellos impulsos engañosos, el nadador llegaba a un rápido donde su fuerza se fusionaba con la de la corriente, hasta entonces oculta, en un movimiento único, libre y poderoso.

Al cabo de mucho tiempo, tras decenios o siglos, la corriente escogida por aquel nadador junto con quienes le habían seguido se convertía en secundaria, de modo que un nuevo nadador debía saltar al agua, abrirse paso y buscar otra corriente joven y poderosa nacida de las profundidades.

Así es como en la superación de lo ficticio, en la lucha contra falsos impulsos y en alianza con lo real, auténtico y verdadero se constituye la interacción de un personaje con la historia. Ese tipo de nadador no es una astilla que la corriente arrastra. Si bien ésta lo mueve, él se mueve a su vez, avanza en la dirección elegida al comprender que esa corriente nueva es la correcta, cosa que, con el paso del tiempo, se hace patente para la gran mayoría de las personas.

Sin embargo, el camino de los dementes y de los ofuscados de la historia es distinto.

¿Acaso habríamos de calificar como personaje histórico a aquel cuya obra no aportó ni un átomo de bien, de razón o de libertad a la vida y la labor de las personas?

¿Acaso habríamos de calificar como personaje histórico a un criminal que dejó tras de sí ruinas, ceniza, sangre derramada, la cerrazón hedionda del racismo, miseria e innumerables tumbas de niños, mujeres y ancianos a los que había asesinado?

¿Acaso habríamos de calificar como personaje histórico a aquel cuyo intelecto le lleva a encontrar y canalizar las fuerzas más tenebrosas y reaccionarias sólo comparables a la extraordinaria virulencia de la peste?

El siglo XX es sin duda la época más terrible y decisiva en la historia de la humanidad. Los trabajadores y pensadores deberían de acabar con la insensata y cretina benevolencia hegeliana de los historiadores del pasado que tendieron a admirar, tolerar y perdonar a los asaltantes cuya víctima era la humanidad, a los incendiarios que prendían fuego no ya a una isba sino a las capitales del mundo, a los demagogos que embaucaban no ya a un joven aldeano sino a naciones enteras, a los asesinos que mataban a millones de personas.

Tales malvados deben ser abatidos como perros rabiosos, estigmatizados con una repulsa atroz; nuestro odio debe reducir su recuerdo a cenizas, y debemos desenmascarar su naturaleza de alimaña.

Y si las fuerzas del mal llegan a engendrar nuevos Hitler, seres que ideen un nuevo asalto a la humanidad tratando de sacar partido de los bajos instintos, del atraso y de los prejuicios, que a nadie se le ocurra intentar hallar en ellos ningún rasgo de grandeza.

Ésos son los criminales que no dejarán de serlo sólo porque la historia conserve el recuerdo de sus maldades, no dejarán de serlo sólo porque el recuerdo de sus devastadoras hazañas perdure durante siglos. Ésos no son los verdaderos protagonistas de la historia sino sólo unos verdugos y granujas, engendros de las fuerzas ciegas y tenebrosas.

Los auténticos protagonistas y personajes de la Historia, los líderes de la humanidad, son y serán únicamente aquellos que enarbolan el ideal de la libertad, conscientes de que en ella radica la fuerza de una persona, de una nación y de un Estado, y que luchan por la igualdad social, racial y laboral de todos los individuos, pueblos y tribus del mundo.

31

Aquel día había empezado del mismo modo que todos los demás. Los barrenderos arreaban nubes de polvo desde el centro de la plaza hacia la acera. Ancianas y niñas se disponían a hacer cola para comprar el pan. Los

soñolientos cocineros de los comedores comunitarios, militares y de hospitales, movían con estruendo las ollas sobre unas cocinas frías, se acuclillaban y hurgaban en la ceniza tibia, esperando encontrar algún rescoldo para encender el primer cigarrillo de la mañana. Las moscas, que dormitaban en los puntos de la pared por donde pasaba el caño caliente de la estufa, levantaban el vuelo con pereza, molestas con los madrugadores cocineros que no les dejaban seguir disfrutando del calor.

Tras abrir de par en par la ventana, una chica de pelo enmarañado miraba la mañana despejada a ratos frunciendo el ceño, a ratos sonriendo, mientras se sujetaba el camisón a la altura del pecho. Unos obreros regresaban a casa después del turno de noche sin notar el fresco, todavía bajo el influjo del estruendo metálico de la fábrica. Los conductores de los camiones del ejército que habían pasado la noche en los patios de las casas se despertaban y bostezaban largamente, frotando sus cuerpos entumecidos. Los gatos, después de sus desmanes nocturnos, maullaban mansamente al pie de las puertas cerradas, suplicando que los dejaran entrar.

Miles de personas que esperaban junto a la estación fluvial para cruzar el río se despertaban, masticaban pan, hacían resonar el hierro de sus teteras y palpaban sus bolsillos para cerciorarse de que no les habían robado el dinero, los documentos y las cartillas de racionamiento mientras dormían. Una vieja de rostro céreo pasó camino del cementerio donde todos los domingos iba a visitar la tumba de su marido. Unos viejos pescadores, cargados con cañas y cestos, dirigían sus pasos hacia el Volga. En los hospitales las enfermeras se preparaban para cambiar las vendas a los heridos y vaciaban en la calle los cubos blancos que servían de orinales.

El sol estaba cada vez más alto. Una mujer, ataviada con una bata azul, pegó en una pared un ejemplar del *Stalingrádskaya Pravda.* Unos actores se encontraron junto a los leones de piedra amarilla que vigilaban la entrada del teatro municipal. Su risa estrepitosa llamaba la atención de los transeúntes. La taquillera del cine empezó a vender las entradas para la película *El camino luminoso* . Antes de entrar en la taquilla, se entretuvo hablando con una limpiadora, y le encargó que recogiera un recipiente que la acomodadora le había pedido prestado para llenarlo con su ración de aceite vegetal. La limpiadora y la taquillera censuraron al director del cine porque había retrasado el pago de los salarios y se había quedado con los

veinte litros de leche de malta que habían llevado a la cantina del cine para una matiné infantil.

Y así fue como aquella angustiada ciudad, que combinaba los rasgos de una vida pacífica con los de un campamento militar, volvió a respirar y a trabajar.

Un maquinista de la central eléctrica de Stalingrado, tras masticar despacio un pedazo de pan, acercó el oído a una turbina para escuchar su zumbido regular; su delgado rostro de ojos entornados expresaba serenidad y tensión a la vez.

Una joven fundidora de metales, frunciendo el ceño, miraba a través de sus gafas de cobalto protectoras el torbellino blanco que recorría el interior de un horno Martin; luego se hizo a un lado, se pasó la mano por la frente perlada con gotitas de sudor, sacó un espejo de mano redondo de un bolsillo de su mono de lona, se miró en él, sujetó un mechón de pelo claro que se había escapado por debajo de su pañuelo rojo manchado de hollín y rió, haciendo brillar sus ojos y dientes blancos; su rostro sombrío se despejó de repente...

Un grupo de diez operarios estaban instalando una pesada campana de protección en un extremo de la fábrica Octubre Rojo. Los músculos faciales de jóvenes y viejos reflejaban tensión. Cuando aquella pieza maciza, cediendo ante el esfuerzo coordinado de los operarios, ocupó por fin el lugar que le había sido asignado, se oyó el largo suspiro de alivio que aquella decena de hombres habían lanzado a la vez. Un gesto de satisfacción generalizada se dibujó en sus caras. Un viejo operario dijo al que estaba a su lado:

–Ahora ya podemos fumar. Dame un poco de tu tabaco, que es más fuerte que el mío.

Desde más allá del barranco Vishnióvaya, cerca de la fábrica Octubre Rojo, se oyó una voz de mando: «La posición de fuego de la ametralladora se establecerá en el borde del barranco. ¡Adelante!». Entonces, entre unos arbustos, aparecieron las espaldas encorvadas de los milicianos que arrastraban una ametralladora hasta la posición indicada. El sol de la mañana arrojaba unas manchas claras sobre sus casacas y americanas oscuras.

Dos mujeres conversaban en la sede del comité del distrito, situada en la esquina de las calles Barrikádnaya y Klinskaya. Una joven secretaria de

la célula del Partido de una pequeña imprenta contaba a una mujer de pelo cano y piel apergaminada, miembro de la oficina del comité:

–Usted, Olga Grigórievna, dice que debe movilizarse a la gente para trabajos de fortificación... Pues nuestros impresores se movilizaron solos. Los que trabajan en el turno de noche, durante el día van a cavar trincheras, y al revés... Llevan sus propias palas a la imprenta. Hay una mujer, Savostiánova de apellido, que viene con su hijo al trabajo; su marido está en el frente. En la imprenta, le da de comer al niño y luego va con él a cavar trincheras. El pobre tiene miedo de los bombardeos y no quiere quedarse solo en casa por nada del mundo.

En un banco situado junto a la entrada de un edificio blanco de cuatro plantas se habían acomodado dos mujeres jóvenes y atractivas. Una de ellas, la esposa del casero, estaba remendando un vestido de niña y la otra tejía un calcetín. A una le gustaba chismorrear; la otra era reservada, pero por cómo sonreía, mirando de tanto en tanto a su compañera, se notaba que le interesaba lo que le estaba contando.

–Los tengo calados a todos –decía la esposa del casero–. Conozco todos sus chismes, lo que hacen, con quién tienen amoríos y quiénes son los que se aprovechan. Por ejemplo, esos Sháposhnikov, los del segundo. De la vieja nada malo puedo decir. Eso sí, siempre anda criticando la administración de la finca: que si esto no está bien, que si está mal aquello. De todos modos, opino que es una mujer de bien aunque, por supuesto, llena de prejuicios, una vieja rancia. En cambio, sus hijas son de armas tomar, con perdón. Marusia, la mayor, trabaja en orfanatos. Debería ver todo lo que sale de su maletín cuando llega a casa cada noche: rosquillas, bollos, azúcar, mantequilla de verdad, cosas que el común de los mortales no ha visto en seis meses. Sí, sí, todo se lo roba de las bocas de los pobres niños. El marido la dejó. ¿Qué se podía esperar con lo fea que es? Un tipo importante el marido: ingeniero en la fábrica de tractores, come en el comedor de los jefes y recibe raciones especiales. Como es natural, ella movió cielo y tierra para recuperarlo. Su hermana menor, Zhenia… No sé lo que los hombres ven en ella. ¡Sabe vestirse, eso sí! Los sostenes se los hace la misma costurera que le cose los vestidos a la mujer del jefe del NKVD local. Menuda mujer, con perdón... ¡Y qué poca vergüenza! A veces me entran ganas de decirle a la cara: «¿Crees que no veo como tú y tu coronel os sentáis por la noche en este mismo banco?». Cuando hago guardia en el portal por si bombardean, llego a oír cada cosa… Imagínate

que incluso me meto debajo de la escalera con tal de no escuchar lo que dicen. Y después está Vera, la hija de Marusia. ¡Tiene la lengua muy suelta esa chiquilla! Tendría que verla y escucharla decir tacos cuando vuelve del colegio acompañada de chicos. Ahora está trabajando en el hospital, imagino que prestando servicios a los tenientes… Enfrente de los Sháposhnikov viven los Mescheriakov... De esos sé con toda seguridad que no se marcharán de Stalingrado. ¡Esos van a esperar aquí a los alemanes! Tienen una criada que vino de una aldea. El otro día me preguntó: «¿Qué quiere decir “régimen”?». «¿Por qué me preguntas eso?», le dije. Y ella: «Porque el hombre para el que trabajo se pasa el día leyendo periódicos y repitiendo: “Se viene un cambio de régimen”». A esos nunca les ha ido mal. Azúcar, grano y manteca nunca les ha faltado.

La mujer del casero, contemporánea de una época a la vez grandiosa y terrible, seguía enfrascada en su conversación, convencida de que no faltaba a la verdad al considerar que la humanidad era débil, hipócrita y mentirosa.

Quienes son como ella no ven más que vicios y debilidades. No comprenden a quién se le debe la victoria, conseguida a expensas de sufrimientos realmente terribles y después de haber llevado a cabo grandes hazañas.

Sin embargo, al cabo de mucho tiempo, cuando la gente vuelve su mirada hacia un pasado aterrador y glorioso, después de que los años sangrientos de una época convulsa han pasado a la historia, y ve los túmulos sombríos –monumentos a una obra digna de los dioses–, empieza a creer que entonces sólo hubo titanes, héroes y colosos del espíritu. Pero tampoco hay verdad en esa mirada al pasado tan noble como ingenua.

Al alzar su hacha sobre Stalingrado, los alemanes atentaban contra la libertad, el sueño de justicia, la alegría del trabajo, la lealtad a la patria y a la familia, el sentimiento maternal y la santidad de la vida.

Las últimas horas de Stalingrado, de la ciudad antes de la guerra, transcurrían monótonas, sin excesivas variaciones. Sus habitantes transportaban patatas en sus carretillas, hacían cola para comprar el pan, hablaban de las cartillas de racionamiento, seguían vendiendo e intercambiando botas militares, leche, pan y azúcar amarillento en el mercado, como también seguían afanándose en las fábricas las personas cuyo destino era la gesta del trabajo... Aquellos a los que se suele llamar gente corriente, trabajadores humildes –la fundidora, el maquinista de la

central eléctrica, los milicianos, los empleados públicos, los médicos, los estudiantes, los comunistas de base–, no sabían aún que, al cabo de unas pocas horas, con la misma naturalidad con que habían trabajado día tras día, muchos de ellos realizarían acciones cuyo recuerdo perduraría en la memoria colectiva de las generaciones futuras.

¿Acaso el amor por la libertad y el trabajo, la lealtad a la patria y el sentimiento maternal son patrimonio exclusivo de los héroes? ¿Acaso la esperanza del género humano no radica en el hecho de que la gente corriente lleve a cabo acciones realmente grandiosas?

*

Del otro lado de la línea del frente, los oficiales germanos abrieron las carpetas que contenían las órdenes del día. «¡Listos para despegar!», sonó en los aeródromos de campaña; los tanquistas cargaron los depósitos de combustible de sus blindados y encendieron los motores; los fusileros se apostaron junto a los cañones de las torretas; la infantería motorizada subió, empuñando sus armas, a los blindados; los radiotelefonistas comprobaron por última vez sus aparatos. Friedrich Paulus, como si fuera un mecánico que acaba de poner en marcha centenares de engranajes grandes y pequeños, se apartó del escritorio y encendió un puro a la espera de que la pesada hacha de la ofensiva alemana se abatiera sobre Stalingrado.

32

Los primeros aviones aparecieron alrededor de las cuatro de la tarde. Desde el este, seis bombarderos alemanes se acercaban a gran altura y velocidad en dirección a Stalingrado. Apenas hubieron sobrevolado el caserío Burkovsky mientras se acercaban al Volga, se oyó un silbido y, enseguida, el estruendo de las explosiones. Una columna de humo y polvo se alzó sobre los edificios alcanzados por las bombas. Aquellos bombarderos destacaban en el aire transparente. El sol brillaba; sus rayos hacían resplandecer miles de ventanas; tras la incursión, la gente en las

calles alzaba la vista y veía los aviones alemanes volar raudos hacia el oeste. Una voz joven gritó:

–Sólo son unos aviones que seguramente han conseguido llegar hasta aquí por casualidad; ya veis, ni siquiera ha sonado la señal de alarma.

Acto seguido, las sirenas de la defensa antiaérea, de las fábricas y de los barcos empezaron a entonar su sombrío aullido. Aquel sonido arrebatador, augurio de desgracia y muerte, se cernió sobre Stalingrado expresando la pesadumbre que se había apoderado de su población. Era la voz de la ciudad entera, de sus habitantes, de sus edificios, coches, adoquines, postes, la hierba y los árboles de los parques, cables, raíles de tranvía. Un alarido que unía a cuanto había de vivo y de inanimado en Stalingrado en el presentimiento de su destrucción. Sólo una garganta de hierro oxidado habría podido emitir aquel sonido que expresaba en igual medida el horror de un animal y la angustia de un corazón humano.

Luego sobrevino un silencio, el último silencio de Stalingrado.

Los aviones alemanes llegaron desde la otra orilla del Volga, por el este; del lado de Sarepta y Beketovka, por el sur; desde Kalach y Kárpovka, por el oeste; desde Yérsovka y Rínok, por el norte. Sus negros cuerpos avanzaban con soltura entre los cirros en mitad de un cielo azul; semejaban una nube de insectos venenosos que, tras salir de sus escondrijos, fueran a la caza de la ansiada presa. El sol, en su divina ignorancia, tocaba con sus rayos las alas de aquellas sabandijas, tiñéndolas de una blancura lechosa. En aquella semejanza entre los Junkers y las mariposas blancas había algo de blasfemo y abrumador.

El zumbido de los bombarderos se intensificaba, denso e insistente. Los sonidos de la ciudad se fueron amortiguando y apagando; tan sólo aquel zumbido, cuya lenta monotonía revelaba la terrible potencia de los motores, iba cobrando intensidad. El cielo se cubrió con los chispazos de los estallidos provocados por los disparos de la defensa antiaérea, parecidos a humeantes flores de diente de león entre las que revoloteaban los furiosos y enloquecidos insectos de los bombarderos alemanes. Los raudos cazas soviéticos despegaban de los aeródromos emplazados a ambas orillas del Volga para darles alcance. Los aviones germanos avanzaban formando varias capas y ocupando el cielo azul de verano. El intenso fuego de la artillería antiaérea y los ataques de los cazas soviéticos consiguieron confundir por un momento la formación del escuadrón germano. Los bombarderos alcanzados por los proyectiles caían envueltos

en llamas, desintegrándose en el aire y desplegando tras de sí largas colas de humo. Los velámenes de los paracaídas germanos salpicaron la estepa. Sin embargo, el enemigo no cejaba en su intento de acercarse a Stalingrado.

Una vez agrupados sobre la ciudad, los aviones de la Luftwaffe, procedentes de los cuatro puntos cardinales, empezaron a descender; parecía que el cielo de verano, como cuando lo abarrotan oscuras nubes de lluvia, se combara bajo el peso de los explosivos que transportaban aquellas aeronaves.

Un nuevo sonido se oyó sobre Stalingrado. Dos nuevos sonidos, más bien. Uno era el silbido agudo y penetrante con que centenares de bombas explosivas, lanzadas desde los Junkers, caían sobre la ciudad. El otro era el de las decenas de miles de bombas incendiarias que salían de sus contenedores cuando se abrían en el aire. Aquel sonido, que duraba apenas tres o cuatro segundos, caló hasta el fondo el alma de todo ser vivo; los corazones de los que iban a morir un instante después y de quienes sobrevivirían se encogían, angustiados. ¡Todo el mundo oía aquel silbido cada vez más intenso!: las mujeres que, tras abandonar las colas formadas para comprar comida, desechas ya, corrían hacia sus casas al encuentro de sus hijos; los que habían tenido tiempo de refugiarse en sótanos profundos, protegidos del cielo por gruesos techos de piedra; los que se arrojaron al asfalto en medio de una calle o una plaza; los que apretaron sus cabezas contra el fondo de tierra seca de los refugios cavados en los parques; los pacientes de los hospitales psiquiátricos; los heridos que en aquel momento se encontraban en un quirófano y los bebés que lloraban de hambre.

Las bombas golpearon Stalingrado. Sus edificios se venían abajo del mismo modo en que caen muertas las personas: unos, esbeltos, se desplomaban, abatidos en el acto; otros, achaparrados, se sostenían por un tiempo en pie, tambaleándose, temblorosos y con el pecho destrozado, dejando al descubierto lo que hasta entonces había permanecido oculto detrás de las paredes: retratos, aparadores, mesillas, camas de matrimonio, tarros con granos, una patata a medio pelar sobre una mesa cubierta con un hule manchado de tinta.

Las curvas de las cañerías, las vigas de hierro de los techos y los manojos de cables quedaron a la vista. Manaba agua de todas partes, como lágrimas de sangre formando charcos en calles y aceras. Montones de ladrillos rojos, envueltos en nubes de polvo, se acumulaban sobre las calles

como jirones de humeante carne roja. Miles de casas se cegaron: los cristales de sus ventanas se habían cubierto con las relucientes escamas de las esquirlas que los estallidos habían desprendido de las aceras. Su onda explosiva hizo que los gruesos cables del tendido eléctrico del tranvía cayeran con gran estruendo y que las lunas de los escaparates se escurrieran de sus marcos como si las hubiesen licuado. Los raíles se combaron y se desprendieron del pavimento. Por un capricho de la onda explosiva, un quiosco de contrachapado pintado de azul donde habían vendido gaseosa seguía intacto, lo mismo que una señal de hojalata en forma de flecha en la que se leía «Cruce por aquí» y la endeble cabina telefónica que hacía brillar sus cristales. Todo aquello que desde siempre había permanecido inmutable –piedras y hierro– se había puesto en movimiento, mientras que todo aquello a lo que el hombre había impreso la idea y la fuerza del movimiento –tranvías, coches, autobuses, locomotoras– se había detenido.

Una espesa nube de polvo se levantó sobre la ciudad y se fue deslizando río abajo.

Las llamas de los incendios provocados por las explosiones empezaron a avivarse... La enorme ciudad agonizaba en medio del humo, el fuego y el estruendo que sacudía el cielo, la tierra y el agua. Aquel cuadro era terrible, pero lo era aún más la mirada, que la muerte había nublado, de un niño de seis años aplastado por una viga de hierro. Existe una fuerza capaz de reconstruir ciudades gigantescas a partir de sus cenizas, pero no hay nada en el mundo que pueda hacer que los ojos de un niño muerto alcen sus delicadas pestañas.

Sólo quienes se encontraban en la orilla izquierda del Volga, junto al caserío Burkovsky, en Vérjniaya Ajtuba, en Yami, en Tumak y en Tsigánskaya Zariá, pudieron contemplar la magnitud del incendio y valorar la inmensidad de la tragedia que se cernía sobre Stalingrado. Centenares de explosiones se habían fundido en un fragor monótono que hacía temblar la tierra también del otro lado del Volga. Las ventanas de las casuchas de madera tintinaban, el follaje de los robles se agitaba. Una niebla de partículas de cal envolvió, cual enorme sábana blanca, los altos edificios de la ciudad y el río, extendiéndose a lo largo de decenas de kilómetros y llegando hasta la central eléctrica, los astilleros, Beketovka y Krasnoarmeisk. Poco a poco, al mezclarse con el humo gris y amarillo de los incendios, aquella niebla fue perdiendo su blancura.

Desde lejos se podía ver cómo las llamas que envolvían un edificio se unían a las que devoraban la casa contigua, y cómo ardían calles enteras, de modo que el fuego que las asolaba acababa formando una barrera en continuo movimiento. Por encima de ella se erguían algunas columnas, altas como la torre de un campanario, rematadas con bolas de fuego que se inflaban formando una cúpula que coronaba aquella arquitectura ígnea. Su color, entre dorado y cobrizo, invitaba a pensar que una nueva ciudad de fuego se había levantado sobre Stalingrado. Las orillas del Volga humeaban. El combustible vertido de los depósitos destrozados por las bombas ardía y se deslizaba sobre la superficie del agua, convertido en hollín y en llamas. Mientras tanto, la nube de humo que envolvía la ciudad había crecido y, sacudida por los vientos de la estepa, se fue expandiendo por el cielo. Muchas semanas después continuaría flotando a lo largo de decenas de kilómetros alrededor de Stalingrado, ocultando el camino del sol hinchado y exangüe a través de una niebla blanquecina.

Cuando empezó a oscurecer, muchos pudieron ver las llamas del incendio que arrasaba la ciudad, entre ellos un grupo de mujeres que se dirigían desde el sur a Ráigorod, cargadas con costales de grano; los barqueros en Svetli Yar; unos viejos kazajos que viajaban en sus carros a Elton, y sus camellos, que se volvían para mirar en dirección al este, moviendo sus labios salivosos y estirando sus sucios cuellos de cisne; los pescadores en Dúbovka y Górnaya Próleika, al norte de Stalingrado; los oficiales del Estado Mayor de Paulus que fumaban en silencio apostados en la ribera oeste del Don, contemplando una mancha clara y redonda que destellaba en el cielo oscuro de la ciudad.

Fueron muchos los que divisaron las llamas de aquella noche.

Pero aquel resplandor, ¿la destrucción o el triunfo de quién anunciaba?

Mientras, el telégrafo y la radio difundían la noticia del ataque decisivo que los alemanes habían lanzado contra Stalingrado. Los políticos en Londres, Washington, Tokio y Ankara permanecían despiertos; millones de trabajadores de piel blanca, negra y amarilla leían con atención los diarios, en cuyas primeras planas había aparecido una palabra nueva: Stalingrado.

La magnitud del desastre causado por el bombardeo hizo que todo ser vivo, como sucede siempre durante las catástrofes naturales –incendios, terremotos, aludes e inundaciones–, procurara abandonar la ciudad agonizante.

Los primeros en hacerlo fueron los pájaros. Las cornejas cruzaban a la orilla izquierda del Volga, volando en desbandada a ras del agua; se les adelantaban, desplazándose en grupos que ora se compactaban, ora se dispersaban, gorriones de plumaje gris.

Al sentir el calor y los temblores del terreno, unas ratas grandes, que tal vez no hubieran abandonado sus recónditos escondrijos durante años, salían de los sótanos de los almacenes de comestibles y de los graneros del puerto. Cegadas, aturdidas y desorientadas, se agitaban durante unos instantes para reptar luego, llevadas por el instinto y arrastrando sus colas y gruesos traseros de color gris, hasta el río, donde subían a las gabarras y barcos semihundidos atracados junto a la orilla, trepando por tablas y maromas. Ignorando a ratas y ratones, los gatos buscaron refugio en zanjas y grietas entre las piedras.

Un caballo tiró por tierra el carro del que tiraba y, arrastrando los arneses, corría por la orilla buscando dónde meterse en el agua. Perros de mirada enloquecida se precipitaban pendiente abajo para arrojarse al Volga, huyendo del polvo y del fuego, y, una vez en el agua, nadaban hacia Krásnaya Slobodá y Tumak.

Tan sólo las palomas, unidas a sus moradas por una fuerza mayor que el instinto de supervivencia, revoloteaban alrededor de los edificios en llamas y, arrastradas por las corrientes de aire incandescente, perecían en el fuego.

33

Várvara Aleksándrovna Andréyeva, junto con su nieto y su nuera, iba a abandonar Stalingrado el domingo. Natalia había logrado el permiso de Tókareva, la directora del orfanato, para que su suegra y su hijo pudieran embarcar con ella en la lancha asignada para la evacuación de los niños. El viernes, los Andréyev habían llevado su equipaje –compuesto de varios sacos y hatillos– en una carretilla para dejarlos junto con los paquetes, ya preparados para su transporte, del orfanato.

La mañana del domingo Várvara Aleksándrovna llegó con su nieto al lugar acordado para el embarque. Se sentía cansada y abatida tras despedirse de su casa, de su jardín y de su marido, que se había marchado

a la fábrica de madrugada. Antes de salir hacia el embarcadero, decenas de cosas se agolpaban en su mente: la leña que se guardaba bajo llave, pero cuyo candado no ofrecía ninguna seguridad; la casa, huérfana de vigilancia mientras su marido estuviera en la fábrica; los tomates del huerto que madurarían sin su supervisión; el manzano cargado de frutos aún verdes, que cualquiera podría robar; las ropas que se iban a quedar a medio remendar, coser, lavar o planchar; los cupones de comida que ella aún no había canjeado por manteca y azúcar… Tampoco tenía claro qué se iba a llevar consigo y qué dejaría en casa, pues de pronto tanto la plancha como la picadora de carne, el tapete bordado del cabecero de su cama o un par de botas de fieltro viejas y remendadas le parecieron imprescindibles...

Andréyev los había acompañado hasta la esquina. Antes de despedirse, Várvara Aleksándrovna le pidió que vigilara la casa y que no se olvidara de una decena de cosas más o menos importantes que ella había dejado a su cargo... Sin embargo, en el instante en que miró por última vez la espalda ancha y encorvada de su marido, la copa verde del manzano y el tejado gris de la casa, todas aquellas cosas que tanto la habían preocupado hasta entonces dejaron de ser relevantes. Un sentimiento semejante al miedo le reveló que su viejo compañero era la persona más cercana y entrañable que tenía en el mundo. Su marido se volvió por última vez para mirarla y desapareció detrás de la esquina.

En el embarcadero, Várvara Aleksándrovna vio a centenares de personas: viejos de barba cana enfundados en abrigos de invierno, muchachas, madres con sus hijos en brazos... Parecía que lo único que quedaba de los rostros de las mujeres jóvenes eran sus brillantes ojos; de los cinturones de sus elegantes abrigos colgaban teteras y cantimploras; sus hijos eran niños pálidos y enclenques.

Vio también a algunas quinceañeras, vestidas con pantalones para esquiar de color azul y pesadas botas, que cargaban en sus frágiles espaldas mochilas con bandas hechas de lona o, simplemente, de un pedazo de cuerda. Las viejas, sentadas en el suelo con las manos apoyadas en las rodillas, miraban cómo el agua oscura y aceitosa del río se llevaba lejos del embarcadero cáscaras de sandía hinchadas, peces muertos de ojos blancos, maderos podridos y hojas de papel grasiento.

Cuando Várvara Aleksándrovna, desde su casa, veía a los refugiados preguntar dónde estaban los baños, el embarcadero, la oficina de racionamiento o el mercado, se irritaba a veces con ellos como si fueran

los mensajeros de la desgracia, como si su inquietud hubiera contaminado la tierra que pisaban. Compartía la opinión de ciertas mujeres que, mientras hacían cola, decían de los refugiados: «Esos “evacuados” sólo traen problemas, suya es la culpa de que los precios suban». Curiosamente, no fueron sino unos refugiados, esa gente sufrida, quienes reconfortaron a Várvara Aleksándrovna en su dolor, que parecía no tener consuelo. Todos ellos habían perdido a maridos, hijos y hermanos. Todos ellos habían abandonado sus hogares, sus provisiones de leña y de patatas, sus estufas tan calientes, sus campos sin segar y, en sus huertos, verduras sin recoger.

Várvara Aleksándrovna habló con una vieja de rostro prominente, originaria de Járkov, y se sorprendió por la increíble semejanza de sus respectivas vidas. El marido de aquella mujer era supervisor de un taller y se había trasladado con su fábrica a Bashkiria en otoño de 1941; ella se había marchado a Míllerovo, a casa de su nuera, la esposa de su hijo mayor, y vivió allí durante medio año. Ahora sus dos hijos estaban peleando en el frente y ella iba a reunirse de nuevo con su marido, acompañada de su nieto y su nuera. Una mujer joven sentada a su lado contó a Várvara Aleksándrovna que era la esposa de un oficial y que viajaba junto con sus dos hijos y su suegra a Ufá, donde vivía su hermana. Luego un judío viejo, dentista de profesión, explicó que aquélla era la tercera vez que tenía que desplazarse; primero había ido de Novograd-Volinsk a Poltava, y de allí a Rósosh, donde su mujer había fallecido. Ahora se dirigía a Asia Central junto con sus dos nietas cuya madre –su hija– había muerto de ictericia antes de la guerra. El padre de las niñas, ingeniero en una azucarera, había perecido en un bombardeo. Mientras relataba sus vivencias, las pequeñas se agarraban de su americana y le miraban como si fuera un caballero antiguo, a pesar de que el más leve soplido de aire podría haberlo derribado.

Las personas que se habían reunido en el embarcadero procedían de ciudades y aldeas de las que Várvara Aleksándrovna jamás había tenido noticia, y se dirigían a distintos destinos: Krasnovodsk, Belebei, Yelábuga, Ufá, Barnaul. No obstante, compartían la misma suerte. Parecía que Rusia, al igual que la suerte de los rusos, era una. Várvara Aleksándrovna experimentó por primera vez aquel sentimiento de unidad entre los destinos del país y de su población con la misma fuerza y claridad con que había percibido el destino y la vida de su familia en la casa que acababa de abandonar.

Mientras tanto, fue pasando el tiempo. Uno tras otro, partían del embarcadero barcos pintados con manchas verdes y grises, con ramas mustias alrededor de las chimeneas para camuflarlas. «Como durante la Pascua», [20] pensó Várvara Aleksándrovna. Volodia, su nieto, había hecho amigos entre los niños que había en el muelle; la abuela, al perderlo de vista, lo llamaba dando voces. El cielo azul la desasosegaba, y no dejaba de escudriñarlo con la mirada. Tan sólo pensar en su marido la distraía de su creciente ansiedad.

Allí, en el embarcadero, se preguntó por qué Andréyev se había negado a marcharse, por qué había decidido quedarse en Stalingrado para seguir trabajando hasta que fuese posible. El miedo y la impaciencia iban haciendo mella en su ánimo, al tiempo que la ternura que sentía por su viejo esposo cobraba cada vez más fuerza. Comprendió que él no había actuado solo movido por la tenacidad y el orgullo. Deseó volver a verlo aunque sólo fuera por un minuto. Sin embargo, los malos presentimientos volvían a hacer presa en ella.

Unos cúmulos aparecieron en el cielo. El agua oscura del río chapoteaba y rugía, las ruedas de los barcos chirriaban mientras remontaban despacio la corriente. La angustia se iba apoderando de ella. Todo era culpa de su nuera, por supuesto. Seguramente le indicó acercarse al muelle equivocado, mientras que el vapor con los niños del orfanato ya navegaba a Kamishin.

Hacia el mediodía Volodia, muy excitado, llegó corriendo desde detrás de unos fardos y anunció a voz en grito:

–¡Ya vienen, abuela! ¡Ya vienen! ¡Y mamá con ellos!

Várvara Aleksándrovna recogió aprisa sus bolsas y siguió al nieto. Los pupilos del orfanato bajaban hacia el embarcadero por una empinada pendiente adoquinada. Caminaban de dos en dos, los más altos a la cabeza del grupo; algunos llevaban pañuelos rojos al cuello, todos cargaban mochilas; las cuidadoras gritaban y agitaban los brazos, mientras decenas de pies infantiles golpeaban deprisa, cual cascos, las piedras del adoquinado.

–¿Dónde tenemos que ir? –se inquietó Várvara Aleksándrovna–. Ay, Volodia, ¿dónde te has metido? Ven, no sea que nos separen durante el embarque y tengamos que quedarnos aquí.

Le pareció que la directora del orfanato –una mujer gorda de grandes pechos y cara de enfado– se negaría en el último momento a dejarla

embarcar en la lancha, de modo que Várvara Aleksándrovna no dejaba de repetirse: «Por Dios, durante el viaje ayudaré a los niños en todo lo que haga falta; puedo coser, remendar... Puedo hacer cualquier cosa que me pidan ».

La fuerza de la corriente impedía que la lancha consiguiera atracar en el muelle, como si pretendiera burlarse de la impaciencia de Várvara Aleksándrovna. Entonces el lanchero encendía de nuevo el motor y la embarcación remontaba lentamente la corriente en dirección a la orilla. Después de dos intentos de atraque fallidos, el capitán de la lancha, un viejo bajito y lleno de arrugas que llevaba una gorra de plato descolorida, se enfureció y maldijo a través de un altavoz de cobre a la tripulación y a la lancha misma. Todo se arregló de inmediato. «Eso es, viejo, debiste haberlo hecho antes, que no hay nada como un buen par de tacos bien dichos », pensó Várvara Aleksándrovna.

Desde la lancha tendieron una escalera con un pasamanos de cuerda, y dos miembros de la tripulación, acompañados de un miliciano armado con un fusil, dieron comienzo al embarque. Seguidamente, se oyó el golpeteo de las botas y los suaves pasos de las zapatillas de los niños en la cubierta.

–¿Adónde vas, abuela? –preguntó el miliciano a Várvara Aleksándrovna.

–Viene con nosotros –gritó desde la cubierta la directora del orfanato.

En la proa de la lancha había un lugar cómodo junto a unas cajas, pero Várvara Aleksándrovna temía que la lancha chocara con una mina y saltara por los aires. De modo que decidió instalarse al lado de un salvavidas y un bote amarrados en la popa. Había manchas de aceite por todas partes, pero consiguió hacerse un lugar.

–Abuela, ¿puedo quedarme con el abuelo? –preguntó Volodia.

–Mira que te ato como una cabra –le amenazó Várvara Aleksándrovna–. ¿Por qué no echas un vistazo a la lancha? Estamos a punto de partir.

Sin embargo, la lancha tardó en zarpar.

El camión que tenía que llevar al embarcadero a los niños enfermos, la vajilla, la ropa de cama y la comida se había retrasado y no llegó hasta después de las tres de la tarde. El conductor justificó la demora, alegando que había reventado una de las suspensiones del vehículo. Sin embargo, no había sido así. De hecho, llevaba una semana conduciendo con aquella pieza rota. Había comenzado el día ocupándose de uno de sus

«chanchullos»: a cambio de tres vasos de tabaco ligero, había llevado un costal de cebada en su camión desde el mercado hasta la casa del comprador. Luego fue a cargar gasolina a una estación de servicio donde, entre bostezos, se quedó charlando con un colega durante unos cuarenta minutos. Después tomaron un par de vasos de vodka cada uno. Aquello le puso de buen humor, y compró unos tomates y algo de pescado ahumado para picar. Solo cuando hubo terminado se dirigió al orfanato para cargar los paquetes y a dos niños enfermos para llevarlos al muelle. Una vez allí, escondió debajo del asiento del conductor una toalla que se había caído de uno de los fardos durante el embarque, y deseó un buen viaje a la directora del orfanato.

Luego saludó con un ademán a Klava Sokolova, que esperaba de pie en la lancha junto con los niños. Había dormido con ella unas cuantas noches y fue precisamente ella quien lo convenció para que acercara las cajas y el resto de la carga hasta el muelle.

–¡Klava, escríbeme! –le gritó–. Iré a visitarte en Sarátov.

Ella rió haciendo brillar su blanca dentadura.

No esperó a que la lancha zarpara; encendió el motor y condujo el camión pendiente arriba. A mitad de la rampa el vehículo se paró, de modo que tuvo que bajar para reparar el carburador. Cinco minutos después siguió cuesta arriba, escuchando el resoplido del motor.

De repente se oyó el silbido, cada vez más fuerte, de una bomba. El conductor apretó la cabeza contra el volante y todo su cuerpo presintió el fin. Presa de una aterradora angustia pensó: «Soy hombre muerto», y dejó de existir.

34

Habían terminado de cargar la lancha; el ajetreo del embarque siguió en la cubierta. Excitados por la partida, los niños se negaban a bajar a los camarotes; sólo los más pequeños, junto con algunas niñas, abandonaron la cubierta.

Maria Nikoláyevna debía acompañar a los niños hasta Kamishin, en cuyo comité del distrito tenía asuntos que resolver.

Bajó al camarote donde se había instalado a los enfermos –Slava Beriozkin y el siempre callado Serpokril– y se quedó sentada a su lado, abanicándose con un pañuelo.

–Y bien, al parecer estamos a punto de ponernos en marcha –dijo a Tókareva, orgullosa de que gracias a sus esfuerzos se hubiera conseguido aquella lancha para evacuar a los huérfanos–. Lo importante ahora es que lleguemos a Kamishin sin problemas.

–No lo hubiéramos conseguido sin usted –agradeció Tókareva–. Me muero de calor, tal vez refresque algo cuando zarpemos.

–Se me acaba de ocurrir que toda mi familia podría haber viajado con nosotros –comentó, pensativa, Maria Nikoláyevna–. ¡Qué lástima! En Kamishin habrían podido cambiar de barco y proseguir viaje hasta Kazán.

–Subamos a cubierta –sugirió Tókareva–, estamos a punto de zarpar, el capitán dijo que sería a las cuatro en punto. ¡Quiero ver Stalingrado por última vez antes de partir!

Cuando las dos mujeres se hubieron marchado, Slava Beriozkin tocó en el hombro a su callado compañero y le dijo: «Mira».

Sin embargo, Serpokril no giró su cabeza rapada y llena de bultos para mirar por una portilla cuadrada detrás de la cual se veía chapotear el agua.

Un poste mojado y cubierto de moho verde que se erguía del otro lado de la portilla empezó a alejarse lentamente, cediendo su lugar a otro; luego se vieron sucesivamente la cubierta de gruesos maderos del embarcadero, los pies de los que estaban junto a la barandilla, la barandilla misma, la mano bronceada de un marinero surcada de venas azules y con un ancla tatuada del mismo color, y la borda manchada de alquitrán de una gabarra. De repente, las calles empinadas de la escarpada orilla cruzaron el campo visual de Slava Beriozkin, seguidas al cabo de un minuto por el verde polvoriento y los edificios –altos y bajos, de piedra y de madera– de Stalingrado, que fue deslizándose lentamente río abajo. Detrás de la esquina derecha de la portilla fueron apareciendo un talud de barro, unos tanques de combustible de color verde y amarillo, unos vagones rojos sobre la vía férrea y los gigantescos pabellones, envueltos en humo, de una fábrica. El agua chapoteaba ruidosamente y a destiempo del otro lado de la portilla; el casco de la lancha temblaba y crujía con el estrépito del motor.

Era la primera vez que Slava Beriozkin viajaba en barco. Un deseo vehemente de hablar y de preguntar se apoderó de él. Quería saber cuál era la velocidad de la lancha; se imaginaba unos nudos marineros, grandes

como la cabeza de un gato, atados en una maroma gruesa tendida a lo largo de todo el río. Quería averiguar si la lancha tenía quilla y si resistiría una tormenta en alta mar. Al mismo tiempo, se sentía dominado por una preocupación nada infantil: aún alimentaba la esperanza de que su madre y su hermana lo acompañaran en aquel viaje, y tenía ganas de hablar sobre ello con la directora y con Maria Nikoláyevna. Su hermana, creía Slava, no quitaría el lugar a nadie; bien al contrario, él mismo le cedería encantado su cama y dormiría en el suelo, mientras que su madre podría trabajar de cocinera y de lavandera... Cocinaba rápido y cosas deliciosas. El padre de Slava, militar de profesión, siempre se sorprendía de que al volver a casa después de unas maniobras, tan pronto como terminaba de limpiar las botas, lavarse y cambiarse de casaca, la cena estaba sobre la mesa. Además, la madre de Slava era muy, pero que muy honesta, así que jamás guardaría para ella un pedacito de mantequilla ni un puñado de azúcar, sino que lo emplearía todo en preparar la comida de los niños. Slava había pensado una y otra vez en todos los argumentos que esgrimiría ante Tókareva. En el caso de que su madre los acompañara, él la ayudaría a pelar patatas y a picar carne. La noche antes de embarcar había soñado despierto con que su deseo se había cumplido: su hermana Luba dormía en su cama mientras él estaba acostado en el suelo; luego entraba su madre, y Slava le decía sintiendo el calor de sus manos: «No llores, papá está vivo y volverá», aunque sabía que aquello no era cierto. Su padre yacía en mitad de un campo con los brazos abiertos en cruz... Luego imaginaba que su madre, con el pelo totalmente encanecido, y su hermana vivían refugiadas en Siberia. Entonces Slava entraba en su casa golpeando el suelo con sus botas congeladas y les decía: «Hemos derrotado a los alemanes, regreso con vosotras para siempre». Luego empezaba a sacar galletas, manteca y tarros con mermelada de su macuto de soldado. Después talaba un pino, hacía de él un montón de leña y calentaba la casa, iluminada con la luz eléctrica que él había hecho llegar hasta allí. El barril para el agua estaba lleno y en el horno se asaba un ganso salvaje que Slava había cazado en la ribera del Yenisei. «Mamá, no me casaré y me quedaré toda la vida a tu lado», le decía a su madre mientras acariciaba su pelo cano y le envolvía los pies en su capote...

Mientras tanto, el oleaje golpeaba en la fina borda de madera con su dedo huesudo; la lancha crujía levemente; un agua turbia y gris fluía del otro lado de la portilla... Estaba solo... ¿Cómo podrá encontrarlo su madre?

¿Dónde estaba su padre? ¿Y el fin de aquel río turbio?... Las manos de Slava apretaron el marco de la portilla con tanta fuerza que sus uñas se volvieron blancas. Miró con el rabillo del ojo a su compañero por si veía las lágrimas que le rodaban por las mejillas... Pero Serpokril se había puesto de cara a la pared, su cabeza y sus hombros temblaban porque él también estaba llorando.

Slava, sorbiéndose los mocos, le preguntó:

–¿Por qué lloras?

Entonces oyó por primera vez la voz entrecortada de Serpokril, que respondió en ucraniano:

–Mataron a mi padre.

–¿Y tu mamá? –preguntó Slava, sorprendido ante el hecho de que Serpokril contestara.

–También a mi madre.

–¿Tienes alguna hermana?

–No.

–Entonces ¿por qué lloras? –preguntó Slava aunque comprendía que «el mudo» tenía razones suficientes para llorar.

–Te-e-engo miedo –respondió con voz ahogada Serpokril, apretando la cara contra la almohada.

–¿De qué?

–Te-e-engo miedo de vivir.

–No tengas miedo –dijo Slava, y un sentimiento de amor hacia Serpokril anegó su corazón–, no tengas miedo, a partir de ahora estarás conmigo, no te abandonaré jamás.

Se apresuró a calzarse las zapatillas, metió los cordones sin atar debajo de los talones y se dirigió hacia la puerta del camarote.

–Voy a decir a Klava que te traiga tu ración de comida: pan, dos bombones y cincuenta gramos de mantequilla.

Luego volvió junto a Serpokril, sacó del bolsillo una pequeña cartera de color rojo donde guardaba un pedazo de papel donde tenía apuntada, en letra grande, su dirección de antes de la guerra y se lo dio, rogándole que se lo quedara.

Los críos que seguían en la cubierta miraban la ciudad y los muelles; dos de ellos –Gólikov, oriundo de Oriol, y el tártaro Gisatulin– habían tirado al agua un cordel con un trozo de hojalata a modo de cebo y un anzuelo hecho con un imperdible, con la intención de pescar algún lucio.

Ziniuk, un niño moreno de pecho ancho que adoraba todo tipo de máquinas, se había metido donde trabajaba el mecánico para ver cómo funcionaba el motor.

Varios niños miraban a un compañero suyo de pelo rojo y nariz chata que dibujaba en un cuaderno la ribera de Stalingrado. Varias niñas, las más pequeñas, se cogieron de las manos y arrancaron a cantar con caras serias y abriendo desmesuradamente la boca:

> Lanzando fuego y haciendo brillar sus armazones de acero
> los blindados emprenderán una marcha furiosa...

El canto de aquellas niñas era inefablemente conmovedor. Sus finas voces de pájaro temblaban, en contraste con el vigor de la letra... Mientras, el agua rápida del Volga chapoteaba alrededor, brillando bajo la luz del sol.

Maria Nikoláyevna miraba con gran ternura a aquellas niñas.

–Queridas mías –dijo, conmovida, pretendiendo expresar con aquellas palabras su amor por los niños del orfanato, su hija, su marido, su madre, la vieja Andréyeva que tejía un calcetín sentada en la popa de la lancha, los que se habían quedado en la orilla, en las casas, las calles y los árboles de su ciudad natal.

Para no dejarse arrastrar por la emoción, en un intento de sobreponerse a aquel sentimiento que la incomodaba, dijo a Tókareva:

–De modo que se lleva con usted a Sokolova… Mire cómo se divierte con aquel marinero delante de los niños. Es una mala influencia para Andréyeva. ¿Se ha fijado usted en que se les acaba de unir?

Desde la orilla se oyeron unos gritos. Al mismo tiempo, Maria Nikoláyevna percibió a través del ruido del motor y el chapoteo del agua un rumor grave y monótono que de pronto parecía haber extendido una red negra sobre el río.

Luego vio como la muchedumbre en la ribera se precipitaba hacia los muelles; después oyó un grito estridente, y acto seguido una nube de polvo cubrió la orilla, propagándose sobre la superficie del agua. Entonces el gentío se alejó corriendo del embarcadero, dispersándose por entre las vías de tren y la pendiente de la orilla.

Desde debajo del agua se alzó, en silencio, como en sueños, una esbelta columna de un color verde turbio coronada por un capitel de espuma blanca; tras salpicar la lancha, se desplomó y fue engullida por el río.

Enseguida, por toda la superficie del agua alrededor de la lancha se fueron alzando y deshaciendo en espuma otras columnas similares a aquélla: eran bombas alemanas que estallaban al caer sobre el Volga.

Durante unos instantes, en un silencio sepulcral, los ocupantes de la lancha se quedaron mirando el agua, la orilla y el cielo ennegrecido e invadido de zumbidos; luego, un grito resonó sobre el Volga: «¡Mamá!».

Fue la escalofriante llamada de un huérfano invocando a una madre que ya había perecido.

Tókareva cogió a Maria Nikoláyevna de la mano y le preguntó:

–¿Qué hacemos?

Creyó que la inspectora –siempre severa, activa, resuelta e intolerante con las debilidades humanas– la ayudaría a salvar a los niños.

El desconcertado capitán maniobraba la lancha ora hacia los muelles de la zona industrial, ora hacia la orilla opuesta. Entonces el motor se paró; la lancha, atravesada en la corriente, fue arrastrándose con pereza hacia la estación fluvial. En un arranque de desesperación, el capitán se quitó la gorra de la cabeza y la arrojó con fuerza a la cubierta.

Aunque Maria Nikoláyevna podía ver todo cuanto sucedía a su alrededor, no oía nada, como si una sordera repentina la hubiese afectado. Veía a las cuidadoras, los rostros de los niños, la cabeza calva del capitán, las bocas abiertas de los tripulantes que gritaban, las columnas de agua, los botes agitándose sobre el Volga, todo envuelto en un silencio atroz. No se sentía capaz de alzar la vista, como si una mano de hierro le sujetara la nuca.

Entonces, de las profundidades de su memoria emergió una imagen olvidada desde hacía treinta años: el barco en que ella, aún una niña, viajaba con su madre por el Volga, había encallado, de modo que los pasajeros tuvieron que subir a un bote salvavidas para arribar a la orilla. Un tripulante la condujo –menuda y tocada con un sombrero de paja– hasta la borda del barco, la alzó en brazos y le dijo: «No tengas miedo, tu mamita está aquí». Al recordarlo, a Maria Nikoláyevna le pareció que no había sido a ella, sino a su hija Vera, a la que aquel cariñoso tripulante había alzado en brazos, y se olvidó de sí misma para pensar en el destino de Vera. También Stepán Fiódorovich, que siempre había necesitado de la tutela de Maria Nikoláyevna, se le apareció como un hombre fuerte y resuelto. ¡Ojalá estuviera con ella en aquel momento! Pero por suerte, sus hermanas, su madre, Vera y Stepán no estaban allí. Que pasara lo que tenía

que pasar... Sólo que hubiera deseado tanto verlos de nuevo por un instante...

Luego se dirigió a la popa de la lancha. Allí, la cuidadora Sokolova ayudaba a los niños a subir al bote salvavidas.

–En primer lugar, hay que hacer subir a los enfermos, ayude a ese mudo –indicaba Sokolova a voz en grito al tripulante que la auxiliaba–. Beriozkin, primero tú, y luego esa niña de allí.

Los ojos de Sokolova brillaban, transmitían seguridad, inspiración, coraje. No tenía miedo de nada, le había gritado a aquel tripulante, gritaba a Tókareva, a Várvara Aleksándrovna, incluso a Maria Nikoláyevna, y todos los ojos, confiados y suplicantes, la miraban a ella, rebosante de fuerza bajo la lluvia de bombas alemanas en medio del ancho Volga.

–¡Lánzales esta cesta! –gritó a Tókareva–. Ahí hay mantas. ¡No te quedas parada como un pasmarote!

Ayudó a Maria Nikoláyevna a subir al bote y gritó a los niños:

–¡La inspectora está con vosotros, no tengáis miedo!

Una vez en el bote, Maria Nikoláyevna se encontró muy cerca del agua, de la humedad que exhalaba un hondo silencio. Los niños, callados, se habían agarrado a las bordas del bote y miraban a su alrededor, escudriñando la corriente turbia del río. De pronto Marusia recobró la confianza, se sintió esperanzada.

Tuvo ganas de besar la borda del bote que significaba la salvación. Imaginó, con absoluta nitidez, el curso posterior de los acontecimientos: el bote atracaría en la orilla y ella escondería a los niños en una salceda, donde aguardarían a que cesara el bombardeo para luego regresar en el mismo bote a la ciudad.

En el fondo del bote se habían sentado dos niños: Slava Beriozkin y aquel a quien Sokolova había llamado mudo. Slava, que por alguna razón estaba descalzo, abrazaba por los hombros a su compañero, repitiéndole sin cesar:

–No tengas miedo, no te abandonaré.

Cuando empezó el bombardeo, Volodia Andréyev quiso saltar por la borda de la lancha, pero su madre lo retuvo gritándole:

–¡Qué haces, maldito!

Sokolova le dijo:

–Natashka, sube al bote con tu hijo.

Natasha miró la cara blanca como un papel de su suegra, que seguía sosteniendo la labor en sus manos agarrotadas.

–Suba usted, si Volodia se queda huérfano le hará de madre –le dijo Natasha.

Várvara Aleksándrovna abrazó convulsivamente a su nuera.

–¡Natasha! –exclamó con voz sorda, imprimiendo en aquella palabra tanto amor, arrepentimiento y ternura que Natasha se volvió hacia ella como si no hubiesen sido los labios de su suegra los que habían pronunciado su nombre sino su sangre, un espasmo del corazón de Várvara Aleksándrovna.

Con todo, el tripulante que ayudaba en el embarque de los niños no permitió que Várvara Aleksándrovna y Volodia subieran al bote porque ya estaba hasta los topes.

–¡Soltad las amarras! –gritaron los tripulantes–. ¡Remad hacia la otra orilla, en dirección a Krásnaya Slobodá!

El bote, dando bandazos y siguiendo una línea oblicua, avanzó rumbo a la ribera izquierda del Volga, mientras que la lancha, arrastrada por la corriente, se deslizaba lentamente hacia los terroríficos muelles de Stalingrado.

De pronto el motor de la lancha volvió a funcionar. Se oyeron gritos de alegría. El capitán recogió su gorra de la cubierta, la sacudió, se la puso en la cabeza y empezó a liar un pitillo con dedos temblorosos. «Sólo una calada», balbució.

Un silbido agudo rasgó el aire. Una columna gruesa y burbujeante de agua verdosa se alzó junto a la proa del bote, que ya se encontraba en el medio del río, para al punto desplomarse encima de él. Desde la lancha se vio por un instante el suave brillo bajo la luz del sol, entre borbotones blancos, del negro fondo alquitranado del bote volcado por la explosión...

35

Aleksandra Vladímirovna terminó una carta para Seriozha, la última que le enviaría y en la que le avisaba de su próxima partida de Stalingrado. Enjugó la carta con papel secante, releyó lo que había escrito, se quitó las gafas y las limpió con esmero en un pañuelo. Desde la calle llegaron gritos y un gran alboroto.

Aleksandra Vladímirovna salió al balcón y divisó un enjambre negro y retumbante. Los bombarderos alemanes se acercaban a la ciudad.

Volvió aprisa dentro del apartamento y fue al cuarto de baño, desde donde se oía chapotear y gruñir de placer a Sofia Ósipovna. La doctora había llegado hacía sólo media hora, después de una guardia de cuarenta y ocho horas en el hospital. Aleksandra Vladímirovna llamó a la puerta del cuarto de baño y dijo separando las palabras:

–Sonia ¡vístete inmediatamente, se aproxima una nube de cazas!

–¿No estarás exagerando?

–Vístete ahora mismo, ya sabes que no soy una alarmista.

Sofia Ósipovna salió de la bañera entre ruidosos chapoteos mientras murmuraba visiblemente enojada:

–Parezco un hipopótamo en una piscina... –luego añadió con un suspiro–: ¡Y yo que pensaba que dormiría hasta mañana después de dos días en vela!

Creyó haber oído que Aleksandra Vladímirovna le respondía, pero ya no pudo entender sus palabras porque en aquel preciso instante estallaron las primeras bombas. Abrió la puerta del cuarto de baño de par en par y gritó:

–¡Márchate, ya te alcanzaré, deja las llaves!

Su oído ya no distinguía una explosión de la siguiente. Un ruido denso y continuado lo había saturado todo. Cuando al cabo de pocos minutos Sofia Ósipovna entró en la habitación, vio que el suelo estaba cubierto con trozos de cristal y pedazos de estuco desprendidos de las paredes; la lámpara de mesa se había volcado, y la bombilla colgaba de un cable, oscilando como un péndulo.

Aleksandra Vladímirovna, enfundada en un abrigo de invierno y tocada con una boina, permanecía de pie delante de la puerta abierta, mirando las estanterías de libros, las camas en las que habían dormido sus hijas y su nieto, las mesas, y los cuadros que había pintado Zhenia colgados de las

paredes. Mientras se apresuraba a ponerse el capote, Sofia Ósipovna advirtió aquella intensa mirada. A Aleksandra Vladímirovna no le había resultado fácil crear, ella sola, la casa donde habían crecido sus hijos, y ahora la abandonaba para siempre, ella, una mujer entrada en años ya, pero aún poseída por la misma fuerza serena con la que en otras ocasiones se había visto en el trance de decir adiós a todo lo que amaba y a lo que estaba habituada. Lo hizo siendo una joven estudiante, cuando abandonó la cómoda casa de su acaudalado padre, emprendió los duros viajes a Siberia y el río Kara o cruzó la frontera con Besarabia aquella noche de noviembre.

–¡Vámonos, vámonos ya! ¿Por qué me has esperado? –gritó Sofia Ósipovna.

Aleksandra Vladímirovna volvió hacia ella su rostro pálido y triste y preguntó con una sonrisa:

–¿Has cogido el tabaco? –Luego, en un gesto de desesperada intrepidez, hizo un amplio ademán con la mano y dijo–: ¡Vayámonos, pues!

Un fuerte impacto sacudió el suelo bajo sus pies, haciendo que un espasmo recorriese el cuerpo agonizante del edificio. El suelo se cubrió de pedazos de estuco.

Las dos mujeres salieron al rellano. Tras cerrar la puerta, Aleksandra Vladímirovna dijo:

–Creía que mi apartamento era sólo una vivienda, pero ahora sé que es algo más. ¡Adiós, mi casa querida!

Tras atravesar el rellano, Sofia Ósipovna se detuvo de pronto.

–Dame las llaves, quiero coger la maleta de Marusia, los zapatos y los vestidos de Zhenia.

–Déjalo, no importa, sólo son cosas –argumentó Aleksandra Vladímirovna.

Bajaron por la escalera desierta; sus pasos lentos y penosos sólo se oían cuando el estruendo del bombardeo cesaba. Sofia Ósipovna bajaba apoyándose en el pasamanos, mientras sostenía a Aleksandra Vladímirovna.

Al salir del edificio se detuvieron, desconcertadas. La casa de dos plantas que había enfrente estaba destruida: una parte de la fachada había caído en mitad de la calzada; el tejado había volado y había ido a parar sobre la cerca y los pequeños árboles del jardín contiguo. Las vigas habían caído en las habitaciones de la planta baja; la onda explosiva había arrancado de cuajo los marcos de puertas y ventanas. Bloques de piedra y

ladrillos rotos cubrían la calle. En el aire flotaba una nube de polvo blanco mezclado con humo acre y amarillo.

–Abuelas, ¡echaos a tierra! ¡Bombardean de nuevo! –gritó, desesperada, una voz de hombre.

Inmediatamente se produjeron varios estallidos. No obstante, las mujeres siguieron caminando sin decir palabra, sorteando despacio y con cuidado las piedras, mientras un polvo blanco crujía bajo sus pies.

*

El suelo del refugio antiaéreo estaba abarrotado de hatillos y maletas; unas pocas personas estaban sentadas en los bancos, y los demás se habían acomodado en el suelo o, agolpados, permanecían en pie. No había luz eléctrica, y las mechas de las velas y lámparas de aceite proyectaban llamas cansinas y opacas. Seguía llegando gente; apenas el bombardeo cesaba siquiera unos minutos, más y más vecinos entraban corriendo en el refugio, sin aliento, en busca de salvación.

Eran unos momentos terribles, instantes en que el conjunto no significa la fuerza, sino que suma un nuevo peligro que lo amenaza, el momento en que un hombre perdido en la multitud advierte que está rodeado de seres tan desvalidos como él mismo; consciente de esa impotencia colectiva, se siente aún más frágil. Ese mismo sentimiento se produce en los naufragios, cuando aquellos que no saben nadar pueden poner en riesgo las vidas de los que sí saben, y así se sienten los soldados que dejan caer los brazos cuando han sido rodeados y empujados a los bosques. Entonces, la expresión «¡sálvese quien pueda!» parece la cumbre de la sabiduría.

Los vecinos del edificio se hablaban unos a otros en susurros y miraban con recelo a los de fuera.

Una mujer de ojos oscuros, vestida con un abrigo de astracán, dijo frotándose las sienes con un pañuelo:

–Había tanta gente amontonada en la entrada del refugio que mi marido por poco no consigue entrar. Me puse a gritarles que lo dejaran entrar, que su vida es de gran importancia para el país y justo en ese momento han caído decenas de bombas. Un segundo más y habría muerto...

El hombre en cuestión, frotándose las manos como si las tuviera heladas, dijo:

–Si el refugio se incendia tendremos aquí una Jodinka [21] en toda regla, ¡nos aplastaremos unos a otros, no saldremos con vida! Habría que despejar la entrada, al menos.

Mescheriakov, un vecino de los Sháposhnikov, anunció en voz alta:

–Enseguida pongo orden. El refugio no está destinado para acoger a todos los que viven en esta calle sino sólo a los de nuestra finca, residencia de científicos y jefes de producción. ¡Casero! ¡Vasili Ivánovich!

Los supuestos intrusos –algunos de los cuales acababan de llegar corriendo y aún respiraban entrecortadamente, mirando a los dueños del refugio– empezaron a recoger sus escasas pertenencias, oteando a su alrededor en busca de algún rincón donde pudieran pasar desapercibidos.

Un hombre mayor vestido con una casaca militar dijo:

–Es cierto, ciudadanos, hemos ocupado todo el lugar; hagámonos a un lado.

Por un instante reinó el silencio; fue como si aquella atmósfera viciada se hubiera vuelto aún más sofocante, como si la luz de las velas humeantes se hubiera apagado.

–Oigan –intervino con voz de bajo Sofia Ósipovna–, ha ocurrido una catástrofe, y no es momento de distinguir entre lo nuestro y lo suyo. A un refugio antiaéreo no se accede enseñando la cartilla de racionamiento, es para todos...

Aleksandra Vladímirovna miraba a Mescheriakov con los ojos entornados. Aquél era el mismo hombre que un mes atrás la había acusado de apática y cobarde, declarando que en tiempos de guerra no se debía pensar en la salud de uno ni en las medidas de protección en el trabajo.

–Camarada –se dirigió Aleksandra Vladímirovna a Mescheriakov–, también mis hijas se habrán metido en el primer refugio que hayan encontrado. Entonces ¿cree usted que deberían echarlas?

–Ciudadana Sháposhnikova, déjese de demagogia, no le servirá de nada –respondió Mescheriakov torciendo el gesto.

No era la manera en que Mescheriakov solía dirigirse a ella. De hecho, cuando se la tropezaba en las escaleras se descubría la cabeza con extravagante cuidado y le decía en un deficiente polaco: «¡Beso su querida mano, Aleksandra Vladímirovna!».

–Si yo fuera ella mantendría la boca bien cerrada –se entrometió la mujer del casero, refiriéndose a Aleksandra Vladímirovna–, envió a sus hijas al otro lado del Volga y trajo al refugio a una que no está ni

empadronada, mientras que los que pusieron aquí los bancos con sus propias manos no tienen dónde sentarse... Sí, más le valdría estarse calladita... Siempre hacen lo mismo, ya los conocemos... [22] Visten uniforme, pero no los verás en el frente...

–¿De quién es ese fardo? –preguntó Mescheriakov–. ¡Quítenlo de en medio!

Aleksandra Vladímirovna se levantó aprisa. Con voz queda, de ira contenida que sin embargo se habría oído en mitad del estruendo, dijo a Mescheriakov:

–Deténgase inmediatamente o de lo contrario llamaré ahora mismo a los soldados para que le echen de aquí.

Una mujer, cuyos ojos brillaban en la penumbra del refugio y que sostenía en brazos a un crío, gritó:

–Te voy a sacar los ojos, rata, y vas a saber de quién es el fardo: ¡no hay ninguna ley soviética que te permita maltratar a los niños!

–¡Esperáis a Hitler, cerdos! –gritó otra mujer–: ¡Pero esperáis en vano!

–¡Mamá, mamá, no te vayas! –gritó una niña–. ¡Moriremos enterradas como el abuelito!

Como si se hubiera iluminado de repente, el refugio se llenó de voces humanas que por un momento ahogaron el ruido del bombardeo:

–Cualquiera diría que esta casa es de su propiedad... Es propiedad del Estado soviético... Aquí todos somos iguales...

Aleksandra Vladímirovna tiró de la manga a la mujer que sostenía al crío y le dijo:

–Cálmese de una vez y siéntese, aquí tiene un sitio...

Mescheriakov se justificó haciéndose a un lado:

–Camaradas... Habéis malinterpretado mis palabras... Yo no tenía intención de echar a nadie, sólo quería que despejaran la entrada por el bien de todos...

Temiendo que lo fueran a linchar, se sentó sobre una maleta de contrachapado tratando de pasar desapercibido. Un fontanero que estaba a su lado y que trabajaba para la administración de la finca le dijo con encono:

–Vigila dónde te sientas, la maleta es de contrachapado, la vas a romper.

Mescheriakov se volvió hacia el fontanero, el mismo que dos días antes le había reparado un grifo del cuarto de baño y le había dado las gracias por la propina, y le indicó:

–Maksímov, no sea maleducado.

–¡Te digo que te levantes!

Mescheriakov se puso en pie de un salto.

–Dios mío –se dirigió Aleksandra Vladímirovna a la mujer que se había sentado a su lado–, no apriete tanto al crío, ¿no ve que así le cuesta respirar? Es mejor que lo siente sobre el banco.

La mujer negó con la cabeza.

–Si lo aprieto así de fuerte es porque quiero que nos maten juntos –dijo–. Tiene las piernecitas baldadas y no puede andar por sí mismo. Si yo muero, será su fin también. Su padre ya está muerto. Nos lo comunicaron por carta desde el frente.

La mujer acercó su cabeza a la del niño y la besó. Su mirada, en un rostro donde aún se reflejaba el enfado y la excitación, se llenó de tristeza y ternura.

En cuanto el estrépito provocado por el bombardeo aumentaba y se oía más cerca, los ocupantes del refugio dejaban de hablar y las viejas se persignaban...

Sin embargo, tan pronto como aquel estruendo cesaba, aunque fuera sólo por un minuto, volvían a oírse conversaciones y risas, esas risas únicas, propias de los rusos, un pueblo capaz de romper a reír con una increíble facilidad en los momentos más duros y amargos de su vida.

–Mira a la vieja Makéyeva –llamó la atención de su vecina una mujer de cara ancha sentada sobre un fardo–. Antes de la guerra nos hartamos de oírla decir aquello de «Ojalá viniera la muerte y se me llevara… ¿Para qué quiero seguir viviendo a mis ochenta años?», pero apenas empezaron los bombardeos, fue la primera en correr hacia el refugio. ¡Nos dejó a todos atrás!

–Ya –dijo la otra–, cuando cayeron las primeras bombas, me quedé paralizada; quería salir corriendo, pero las piernas no me respondían. Luego me lancé, protegiéndome la cabeza con la madera en la que había estado cortando cebolla. Un pedazo de madera contra los aviones, ¡imagínate!

–Habré perdido todos mis muebles –dijo la de cara ancha–, acababa de poner una funda nueva en el sofá, una de cretona. Todo sucedió en un minuto, no sé ni cómo me dio tiempo de salir corriendo.

–¡Qué importan los trastos cuando hay gente que muere abrasada! ¡Lo que hacen esos criminales, esos parásitos, esos bandidos alemanes!

A pesar de que los refugiados llevaban un largo rato sin salir al exterior ni tampoco había entrado nadie nuevo, la información acerca de lo que sucedía en la superficie y en el cielo llegaba, asombrosamente, a su conocimiento. Sabían cuál era el edificio que estaba en llamas, desde qué dirección se aproximaba una nueva escuadrilla de bombarderos alemanes y dónde había caído el avión enemigo derribado por la artillería antiaérea.

Un militar apostado de pie sobre la escalera, al lado de la salida, gritó:

–¡Se oyen disparos de ametralladora procedentes de la zona de la fábrica de tractores!

Otro militar preguntó:

–¿Serán las baterías antiaéreas abriendo fuego contra los aviones?

–No, es un combate en tierra –respondió el primer militar y prestó atención–. En efecto, ahora se oyen con claridad los disparos de mortero, ¿los oyes?

En ese momento, una nueva incursión aérea alemana ahogó todos los sonidos en una oleada de estallidos.

–Dios mío –dijo la mujer del abrigo de astracán–, ojalá esto termine...

Uno de los militares dijo al otro:

–Vámonos de aquí, ¡este sótano parece una ratonera!

Sofia Ósipovna se inclinó de repente hacia Aleksandra Vladímirovna, la besó en la mejilla, se puso en pie y, tras echarse el capote sobre los hombros, anunció:

–Yo también me marcho, tal vez logre llegar hasta mi hospital, pero antes voy a liar un pitillo.

–Ve, mi querida Sonia, ve –asintió Aleksandra Vladímirovna. Se quitó el broche que llevaba debajo del abrigo y lo puso en la casaca de Sofia Ósipovna–. Quédatelo –dijo en voz baja–. Me lo regaló Ania… Estuvimos viviendo en su casa de París, ¿te acuerdas? Tú eras una niña entonces… Dos violetas esmaltadas... Me lo llevé a Siberia después… Fue en primavera, cuando me casé...

Aquel recuerdo fugaz de una primavera ya lejana de la época de su juventud resultó extrañamente conmovedor y de una tristeza atroz en aquel oscuro sótano.

Las dos mujeres se abrazaron y se besaron sin decir palabra; la mirada franca que intercambiaron les confirmó que se separaban tal vez por mucho tiempo, o quizá para siempre.

Sofia Ósipovna se dirigió hacia la salida, al tiempo que la esposa del casero decía de ella a sus espaldas:

–Se ha ido corriendo... Huyen porque saben la suerte que les espera cuando lleguen los alemanes... Lo que me sorprende es que una mujer rusa le haya entregado su crucifijo.

–No era un crucifijo sino un broche –señaló la mujer que estaba a su lado.

–Lo que usted diga –dijo la esposa del casero–, pero sea lo que sea no le va a servir de ninguna ayuda ahora, sobre todo con esa nariz que tiene.

Aleksandra Vladímirovna, aún en pie y con el ceño fruncido, se quedó mirando de hito en hito la ancha espalda de Sofia Ósipovna hasta que desapareció en la penumbra. Sabía, con una claridad asombrosa, que no volvería a ver a su amiga.

36

El bombardeo sorprendió a Yevguenia Nikoláyevna en los muelles. Un terrible impacto sacudió el suelo y le pareció que el monumento a Jolsunov, cuyos ojos de bronce se alzaban hacia el cielo, temblaba y daba un paso para bajar de su peana de granito. El trueno retumbó de nuevo, partiendo de la tierra hacia el cielo; el universo vibró, y el edificio de la esquina, que albergaba una mercería que Zhenia conocía, se desmoronó en la calzada envuelto en una nube de polvo. Un golpe de aire compacto y caliente chocó contra su pecho. La gente que había en los muelles echó a correr dando voces... Dos militares se tumbaron sobre un parterre, y uno de ellos gritó a Zhenia:

–¡Échate a tierra, tonta, conseguirás que te maten!

Las madres sacaban a sus bebés de los cochecitos y se los llevaban corriendo, unas hacia el río y otras lejos de él... Una extraña calma se apoderó de Zhenia; veía con claridad todo cuanto sucedía a su alrededor: las casas que se venían abajo, las llamas geométricamente verticales de las explosiones, el humo negro y amarillo; oía el ulular triunfante de las bombas que caían desde el cielo, mientras contemplaba a la multitud que se agolpaba en los muelles, procurando subir a las barcas y los botes...

No obstante, lo percibía todo como si sus ojos y su corazón estuvieran sumergidos bajo el agua y ella observara aquel mundo alborotado desde el fondo de un estanque sereno y profundo.

Un chico con un portaplanos colgado del hombro cruzaba la calle corriendo. Se desplomó y su gorra de plato de color verde rodó hacia el portal que el muchacho había intentado alcanzar. Fue un instante fugaz, y Zhenia se olvidó del joven enseguida.

Una loca vestida con un batín que llevaba abierto estaba de pie en una calle llena de humo y se ponía polvos de maquillaje en las mejillas con gesto coqueto.

Un hombre gordo y calvo, en mangas de camisa y con los tirantes bajados, blandía en la mano un fajo de billetes de treinta rublos, blasfemando y ofreciéndolo a Dios. Había perdido el juicio.

Zhenia vio a un joven que corría por la calle con una maleta amarilla en la mano; sus movimientos eran ágiles, propios de un depredador, como si, en vez de piernas, tuviera patas. Supo enseguida que la maleta era robada. A través de las ventanas rotas de una planta baja, escuchó un foxtrot que salía de un gramófono y vio a personas con vidrios en las manos que bailaban, cantaban y pegaban saltos. También vio cómo sacaban de un edificio en llamas a hombres y mujeres y cómo alguien quitaba deprisa las botas a un cadáver.

Más tarde, al recordar lo que había vivido, se dio cuenta de que había perdido la noción del tiempo; en realidad, había visto al chico del portaplanos en el tercer día de los bombardeos y no durante el primer raid alemán contra Stalingrado.

Miraba con atención lo que había a su alrededor, intentando memorizarlo todo. Tenía la extraña sensación de que una palabra mágica la había transportado a una época pasada y terriblemente convulsa. Se vio a sí misma como a un personaje de *Los últimos días de Pompeya* , el cuadro de Briulov, entre muros y columnas humeantes y bajo un cielo plomizo surcado por rayos. Pensó en *El banquete en medio de la peste* , de Pushkin, en los círculos del «Infierno» de Dante y en el Juicio Final. Tenía la certeza de que nada de lo que veía estaba sucediendo en realidad. Y esperaba poder contar todas sus visiones cuando llegara a casa.

Todos los que la vieron caminar, alta y esbelta, en mitad de una multitud enardecida durante aquel primer bombardeo, creyeron que había perdido el

juicio. Su andar lento y la expresión pensativa de su mirada serena parecían inimaginables en aquella situación...

Ciertas personas, sorprendidas y conmocionadas por una noticia funesta, siguen tomando tranquilamente su plato de sopa o lustrando con parsimonia sus botas, terminan de coser un roto con los ojos entornados o de escribir una línea...

Sin embargo, no fueron las llamas ni el polvo que envolvían las casas, ni tampoco los golpes que un martillo enloquecido descargaba en la piedra, en el hierro y en las gentes, lo que hizo que Zhenia comprendiera el auténtico y terrible sentido de lo que estaba sucediendo... Vio a una mujer mayor, pobremente vestida, que yacía en medio del bulevar con el pelo empapado en sangre; arrodillado a su lado, mientras sostenía el cuerpo de la anciana, un hombre de cara redonda y vestido con un elegante impermeable gris decía:

–¡Mamá, mamá, qué le pasa, mamá, dígamelo, mamá, mamá!

La mujer le acarició la mejilla; entonces Zhenia tomó conciencia de todo lo que aquella mano arrugada, como si no hubiese otra cosa en el mundo, había querido expresar con aquella caricia: el cariño de una madre; la súplica de un ser tan desvalido como un recién nacido; el agradecimiento al hijo, ya adulto, por su amor; las lágrimas; el deseo de confortarlo en su impotencia; el perdón de sus faltas; el adiós a la vida y las ganas de seguir respirando y viendo la luz.

Zhenia alzó los brazos hacia el cielo, rugiente y amenazador, y gritó:

–¿Qué estáis haciendo, criminales, pero qué estáis haciendo?

¡El sufrimiento humano! ¿Se acordarán de él los siglos venideros? Se sostendrán los gigantescos edificios de piedra y pervivirá la gloria de los generales a lo largo de los siglos, pero las lágrimas y los susurros, los últimos respiros y los estertores agónicos, los gritos de dolor y desesperación se desvanecerán sin dejar rastro junto con el humo y el polvo que el viento disipará sobre la estepa.

Sólo entonces Zhenia sintió miedo. Echó a correr hacia su casa, agachándose con cada explosión; creía que Nóvikov aparecería en cualquier momento para llevársela lejos del humo y el fuego. Lo buscó, tranquilo y fuerte, entre quienes corrían a su lado, aunque sabía que no lo encontraría. Sin embargo, aquel pensamiento hubiese sido, tal vez, la declaración que Nóvikov esperaba y deseaba oír de labios de Zhenia. Más tarde, al recordarlo, se sorprendió de que en aquel momento el nombre de Krímov ni

se le hubiera pasado por la cabeza, a pesar de que Nikolái Grigórievich se encontraba en la ciudad durante el bombardeo. Creyó haber pensado en Krímov sólo en los días previos al ataque, convencida de que se preocuparía por él hasta el final de sus días. Sin embargo, no fue así. Más adelante, al recordar a Krímov y su cita fallida, sólo sentiría indiferencia por su persona.

Zhenia se acercó a su casa. Por las ventanas rotas de las cinco plantas del edificio asomaban las cortinas; desde lejos vio una de ellas, de color blanco, cuyo borde Zhenia había guarnecido con seda azul. En una de las ventanas se veían varias macetas adornadas con palmeritas y fucsias. Los alrededores estaban extrañamente desiertos. Allí, junto a su casa, el zumbido de los aviones y el estruendo del bombardeo le resultaron aún más aterradores.

En su imaginación de pintora, acostumbrada a comparar objetos y a expresar su esencia a través de los rasgos que los hacían únicos, aquella casa se le apareció como un enorme barco de cinco cubiertas que, al salir del puerto envuelto en humo y niebla, se adentraba en un mar rugiente y embravecido.

Se detuvo y miró a su alrededor, intentando vislumbrar un camino por entre los bloques de piedra y el amasijo de cables del tendido eléctrico que colgaban hasta el suelo. Alguien la llamó desde el patio y le indicó cómo llegar hasta el refugio. Cuando entró, una densa oscuridad le cegó la vista; el aire era sofocante y le cortaba la respiración. Luego empezó a distinguir las lucecitas de las lámparas de aceite, las manchas pálidas de los rostros, el paño de las almohadas y una cañería brillante, cubierta de gotitas de agua. Una mujer que estaba sentada en el suelo le advirtió:

–¡Cuidado, va a pisar al niño!

Un murmullo recorría el refugio cuando las explosiones hacían temblar la piedra y el hierro de las cinco plantas del edificio; después, en medio de aquella oscuridad sofocante, volvía a hacerse un silencio entretejido por centenares de cabezas gachas y calladas.

Dentro del refugio, el sonido atenuado del bombardeo, unido al temblor silencioso de la bóveda de hormigón, resultaba pavoroso. El oído distinguía el zumbido hiriente de los aviones, el estrépito de las explosiones y los disparos resonantes de la artillería antiaérea... Cuando surgía el silbido de una bomba, siniestramente quedo al principio, luego cada vez más fuerte, los refugiados contenían la respiración y agachaban la cabeza a la espera del impacto... Durante aquellos segundos, descompuestos en centenares de

fracciones infinitamente largas y distintas, ya no había respiración, ni deseos, ni recuerdos, sólo el eco de aquel ciego aullido metálico invadía los cuerpos de los ocupantes del refugio.

Palpando con los dedos en la oscuridad, Zhenia encontró un lugar libre en el suelo. La piedra sobre su cabeza, las cañerías y la profundidad de aquel subsuelo le parecían igualmente amenazadores, y a ratos se convencía de que el refugio no era sino una sepultura. Entonces quería echar a correr hacia la superficie, escapar de la muerte que la esperaba en aquella oscuridad y acabar muriendo a la luz del día. Pero también quería encontrar a su madre, llamar a empujones la atención de la gente que la rodeaba, abrirse paso en la oscuridad y decir a todos su nombre, rompiendo la soledad que sentía entre aquellas personas que no veían su rostro ni cuyos rostros ella podía ver...

No obstante, los minutos de espera, cada uno de los cuales podía ser el último, fueron convirtiéndose en horas, y la tensión cedió paulatinamente a una paciencia fatigosa...

–Vámonos a casa, vámonos a casa –repetía, monótona, una voz de niño–, mamá, vámonos a casa.

La mujer dijo:

–Estamos aquí sentados, humillados y ofendidos, [23] esperando nuestro final.

Zhenia le tocó un hombro y repuso:

–Ofendidos sí, pero no humillados...

–Silencio, parece que vuelven a bombardearnos –dijo una voz de hombre.

–Dios mío –se quejó Zhenia–, parece una ratonera.

–¡Dejen de fumar, la gente se está ahogando!

Llevada por una esperanza súbita, Zhenia gritó con fuerza:

–Mamá, mamá, ¿estás aquí?

Acto seguido le respondieron una decena de voces:

–Silencio, silencio... ¿Cómo se le ocurre gritar?

Como si viniera a confirmar la veracidad de aquel temor absurdo a que el enemigo pudiera oír un grito lanzado en un subsuelo, un sonido tenue y apenas audible surgió en el exterior, cobrando una inusitada fuerza... Luego un rugido ronco llenó el espacio, haciendo que todos se echaran al suelo. La tierra crujió; las paredes temblaron azotadas por el impacto de un martillo de una tonelada que descargó su golpe desde una altura de tres mil metros;

cayeron piedras, y la multitud agazapada en la oscuridad del refugio gimió y se estremeció, sobresaltada.

Cuando ya pensaban que se quedarían enterrados en aquella negrura para siempre, justo entonces se encendió la luz eléctrica, iluminando a los que se precipitaban hacia la salida. Las paredes y el techo pintado de blanco del refugio estaban intactos: por lo visto, la bomba había estallado cerca, sin llegar a impactar en el edificio. Si bien la luz se encendió sólo por unos instantes, su breve e intenso fulgor bastó para que la gente se liberara de su mayor tormento: el sentimiento de soledad y abandono. Aquellas personas no eran ya unos simples granos de arena perdidos en mitad del fuego.

Zhenia vio a su madre, envejecida, encorvada y con el pelo cano, sentada junto a la pared.

El júbilo se apoderó de Zhenia, feliz por el reencuentro. Mientras le cubría de besos las manos, los hombros y el pelo, decía a su madre:

–Ha sido Stepán Fiódorovich, mamá, estoy segura, ha sido él quien ha conectado la luz desde la central... Ojalá Marusia y Vera sepan cuanto antes que ha sido él quien ha conectado la luz en el momento más terrible, ¡el más terrible de todos! ¡No nos doblegarán, mamá, es imposible doblegar a nuestra gente!

En el momento en que Zhenia, presa de un miedo atroz a la muerte, había corrido hacia su casa, no hubiera podido imaginar que, durante aquel mismo día, además de terror, sentiría amor, orgullo y fe.

37

Vera se detuvo en la escalera, entre la cuarta y la tercera plantas.

El edificio del hospital tembló; los cristales de las ventanas se hicieron añicos y trozos de estuco cayeron con estrépito al suelo. Vera se cubrió la cara con las manos y encogió el cuerpo, temiendo que alguna esquirla de cristal le cortara el rostro, deformándolo. Uno tras otro se oyeron, cada vez más cerca, varios estallidos, era evidente que al cabo de pocos segundos las bombas iban a alcanzar el hospital. Alguien gritó desde arriba:

–¿De dónde sale ese humo?

Varias voces le respondieron al punto:

–¡Ha sido una bomba incendiaria! ¡El hospital está ardiendo!

Vera corrió escaleras abajo. Creyó que el techo y las escaleras estaban a punto de derrumbarse y que las voces se dirigían a ella, intentando detenerla.

Limpiadoras, enfermeras, el encargado del club del hospital, dos chicas de la farmacia y decenas de heridos bajaban con Vera. Desde la última planta se oía la voz autoritaria del comisario del hospital.

Dos de los heridos habían dejado sus muletas y bajaban deslizando la barriga por el pasamanos. Era como si, al borde de la locura, estuvieran jugando.

Las caras que Vera tan bien conocía se le aparecían ahora distintas; le costaba reconocer aquellos rostros empalidecidos, creyó sentir vértigo, se le nublaba la vista.

Una vez abajo, se detuvo por un instante. Todo el mundo echó a correr siguiendo la pared donde había una señal que indicaba el camino hacia un refugio antiaéreo.

Una explosión cercana hizo que un hombro de Vera golpeara violentamente en la pared.

«Si me escondo en el refugio, el jefe de sección me enviará sin dudarlo a la última planta o, incluso, al tejado», pensó. De modo que, en vez de ir al refugio, salió afuera. El hospital se encontraba en la misma calle donde estaba el colegio en el que Vera había estudiado quinto, sexto y séptimo cursos, en la calle donde había comprado caramelos y gaseosa con sirope, peleado con los chavales, cuchicheado con sus amigas, trotado con la bolsa llena de libros, temiendo llegar tarde a la primera clase del día, la calle por donde había caminado imitando los andares de su tía Zhenia.

El pavimento estaba cubierto de trozos de ladrillo; las ventanas de las casas, en las que vivían amigas y conocidos de Vera, se habían quedado sin cristales. En medio de la calle había un coche ardiendo; junto al vehículo yacía el cadáver calcinado de un militar con los pies sobre la acera y la cabeza en la calzada. Daba la impresión de sentirse incómodo y Vera tuvo la tentación de enderezarle la cabeza, pero siguió corriendo.

Aquella calle tranquila, que formaba parte de la vida de Vera, había sido pisoteada y reducida a cenizas. Vera echó a correr hacia la casa de su abuela, de su madre, pero no para salvarlas –de eso era consciente–, sino para abrazarse a su madre, para gritarle: «¡Mamá! ¿Qué sucede? ¿Por qué nos hacen esto?», y romper a llorar como nunca antes lo había hecho.

Sin embargo, Vera no llegó hasta casa. Se detuvo a medio camino, rodeada de humo y polvo. Estaba sola. Su madre, su abuela y su jefe no estaban a su lado, y era Vera quien tenía que tomar una decisión.

¿Qué fue lo que hizo que aquella chiquilla diera media vuelta y regresara al hospital en llamas? ¿Acaso habría resonado en su oído el grito quejumbroso de los heridos que esperaban ser operados? ¿Se habría arrepentido de su cobarde huida y sintió la necesidad de superar aquel miedo infantil? ¿O sería, acaso, por hacer la travesura, por aquel mismo afán que un día le hizo comenzar a leer novelas de aventuras, meterse en peleas con los chicos o saltar las tapias para robar fruta de las huertas de los vecinos?

¿O tal vez se habría acordado de su deber y de la infamia de la deserción? ¿Habría sido aquél un impulso casual y momentáneo? ¿O, por el contrario, fue un acto consecuente, fruto de todo el bien que la educación había acumulado en su alma? Vera echó a andar hacia el hospital por aquella calle en llamas de su infancia.

No se sorprendió cuando vio a la huraña limpiadora Titova y al miope doctor Babad sacando al patio la camilla de un herido y, tras dejarla allí, volver a entrar en el hospital en llamas.

Eran muchos los que estaban ocupados en salvar a los heridos: el comisario del hospital; el enfermero Nikíforov, hombre hosco y habitualmente poco activo; un instructor político convaleciente, guapo y divertido; la enfermera en jefe Liudmila Sávichna, que gastaba mucho dinero en perfumes y polvos en un vano y ridículo intento, a juicio de Vera, de gustar a los hombres cuando ya había cumplido cuarenta y cinco años.

También estaban allí la encargada del almacén Anna Apolónovna, de la que se sospechaba que bebía alcohol del hospital; el técnico intendente Kvasniuk, ya convaleciente, al que iban a dar de alta antes de tiempo como castigo por haber vendido una manta propiedad del hospital y haberse gastado todo el dinero en vodka; la terapeuta Yúkova, una persona buena y sociable; el joven docente [24] Víktor Arkádievich, un médico consultor de carácter frío y soberbio en el trato, a quien las enfermeras tenían por un petimetre de la capital siempre alardeando de su profesionalismo. Vera era consciente de que todas aquellas personas, tan distintas entre sí –además de otros muchos médicos, enfermeras y enfermeros a los que la joven siempre había considerado gente corriente y poco interesante–, compartían un mismo empeño.

Se sorprendió incluso de no haber advertido antes aquel rasgo que compartían el comisario del hospital, el enfermero Nikíforov y el médico consultor Víktor Arkádievich, que lucía una sortija en un dedo.

Asimismo, se asombró por la ausencia de otros que, según había creído hasta entonces, deberían haber estado allí.

Quienes en medio del humo y bajo el estallido de las bombas aunaban esfuerzos para salvar a los heridos no se sorprendieron al ver que Vera se les unía, a pesar de que sabían cosas de ella que no la honraban en absoluto; como aquella vez en que, mientras estaba de guardia, uno de los heridos la había llamado, pero ella, enfrascada en la lectura de una novela de Dumas, le respondió: «¡Ay, por favor, déjeme en paz, espere a que acabe el capítulo!». En otra ocasión se había comido la ración de otra persona, había abandonado varias veces su puesto de trabajo sin permiso y había tenido un romance con un piloto hospitalizado; además, tenía mal carácter y era terca e insolente.

Liudmila Sávichna, enjugando el sudor de su cara sucia, le dijo:

–¡El jefe del hospital y el médico de guardia han desaparecido como si se los hubiera tragado la tierra!

Cuando Vera llegó a la tercera planta del edificio en llamas le gritaron:

–¡No subas, no tiene sentido, allí ya no queda nadie con vida!

Siguió subiendo por la misma escalera por la que, horrorizada, había bajado corriendo media hora antes. A través del humo, logró llegar hasta la cuarta planta, acaso para demostrar a los que no temían a la muerte que ella tampoco tenía miedo a nada, que les superaba en audacia. Entró a tientas, tosiendo, en una de las habitaciones, llena de un humo abrasador y cuyo techo se había derrumbado.

En el suelo vio a un hombre flaco que tendía hacia ella sus brazos, tan blancos como el humo que lo envolvía. Vera experimentó tal conmoción que se asombró de que su corazón hubiera podido dar cabida a tanto sentimiento.

De los tres pacientes terminales que había en aquella habitación, dos aún vivían. Vera recordó que los sanitarios se quejaban siempre de que tuvieran a los casos más desesperados en las plantas altas, porque cargar los cadáveres tres tramos de escaleras abajo no era tarea fácil.

Vera descubrió en la mirada de aquellos hombres un sentimiento más terrible que el tormento de la agonía. Se creían abandonados a su suerte, odiaban y maldecían al género humano, que se había desentendido de aquel

a quien jamás se debía abandonar: un soldado herido de muerte, desvalido como un recién nacido.

Cuando Vera cayó en la cuenta de lo que habían sentido aquellos dos hombres al verla, el amor maternal, el que da calor a la existencia humana, se apoderó de su ser.

Cuando empezó a arrastrar a uno de los dos heridos, el que quedaba le preguntó:

–¿Volverás?

–Por supuesto –dijo.

Y lo hizo.

Acabaron por bajarla también a ella. Vera oyó decir al médico que la había examinado:

–Pobre chiquilla, tiene quemaduras en una mejilla, en la frente y en el mentón. Me temo que el ojo derecho también está afectado. Hay que evacuarla...

En un momento de tregua, Vera, tumbada en el jardín del hospital, vio con su ojo sano cómo su viejo mundo ocultaba de nuevo aquel horror que las llamas le habían descubierto. La gente salía de los refugios, empezaba a hacer ruido, a dar órdenes. Vera percibió en varias ocasiones la voz chillona, que tan bien conocía, del director del hospital.

38

Durante el bombardeo, tanto los que estaban en la orilla izquierda del Volga como los que se encontraban en la ciudad creyeron que una orgía de destrucción estaba asolando las fábricas.

A ninguna de aquellas personas se le pasó por la cabeza que en las tres plantas de Stalingrado –la de tractores, la Octubre Rojo y la Barricada– pudieran seguir reparando blindados y a la vez fabricando cañones y morteros pesados.

Fueron momentos difíciles para quienes, mientras los alemanes bombardeaban, no dejaron de manejar máquinas, prensas y martillos pilones, soldar con un soplete o golpear con un mazo en la pieza trabada del blindado que reparaban. Sin embargo, se sintieron mejor que aquellos que, escondidos en sótanos y refugios antiaéreos, esperaban a que se decidiera su

destino. Es más fácil sobrellevar el peligro mientras se trabaja. Bien lo saben los peones de la guerra: los soldados de infantería, los zapadores y los artilleros. Lo saben por experiencia, una experiencia acumulada en tiempos de paz, cuando el trabajo aporta sentido y placer a la existencia, cuando es un remedio contra las pérdidas y las privaciones.

Nunca antes había sentido Andréyev algo semejante... Aquello no se podía comparar con lo que había experimentado cuando había vuelto a trabajar en la fábrica, con aquellas horas de inesperada felicidad que había vivido en su juventud.

Sufría por la marcha de su mujer. Recordaba la expresión tímida y perpleja, más propia de una niña que de una anciana, con que Várvara Aleksándrovna había mirado por última vez la casa vacía, las cortinas bajadas y la puerta cerrada, la cara del hombre con quien había vivido durante cuarenta años. Cuando Andréyev evocaba la imagen de la nuca y el cuello moreno del nieto caminando hacia el embarcadero junto a Várvara Aleksándrovna, las lágrimas le nublaban la vista, haciendo desaparecer la penumbra humosa del taller en una especie de bruma...

El eco retumbante de las explosiones recorría las naves de la fábrica; el suelo de cemento y las vigas de hierro de los techos temblaban; los bramidos frenéticos de la artillería antiaérea sacudían los hornos de piedra cargados de acero.

Junto con la amargura de la separación y el tormento de ver peligrar su sistema habitual de vida, tan duros para un anciano, en Andréyev había brotado un sentimiento distinto y embriagador, de fuerza y libertad. Acaso fuera el mismo sentimiento que habría experimentado un anciano del Volga que, dos siglos antes, tras abandonar su casa y a su familia, se hubiera unido a Stepán Razin [25] para sacudirse el yugo del poder feudal. Andréyev imaginó su cara pálida y barbuda que, desde unos juncos altos y fragantes, miraba con fascinación a través de la neblina matutina el vasto espacio del Volga... Sintió deseos de gritar: «¡Aquí estoy!», vertiendo en aquel alarido toda su angustia y su fuerza de obrero, tal y como lo habían hecho ya junto a aquel río los obreros y campesinos que se enfrentaban a la muerte.

Miró el techo alto, acristalado y manchado de hollín del taller a través de cuyos vidrios el cielo azul de verano se veía gris, como si, al igual que el sol y el universo entero, la labor industrial lo hubiera ahumado. Miró a sus compañeros, consciente de que aquéllas eran las últimas horas que compartían antes de separarse por quién sabía cuánto tiempo. Allí habían

pasado largos años de su vida, allí habían consagrado sus fuerzas y su alma a su trabajo.

Miró la pequeña oficina del taller, los hornos y la grúa, que se deslizaba con docilidad y cautela por encima de las cabezas de los operarios. Abarcó con la mirada el caos aparente de aquel enorme taller en el que, en realidad, reinaba un orden razonable, tan familiar y sensato como el que Várvara Aleksándrovna había establecido en la casa de tejado verde que había acabado por abandonar...

¿Volvería ella a aquella casa donde juntos habían vivido tantos años? ¿Volvería Andréyev a ver a su esposa, a su hijo y a su nieto? ¿Volvería alguna vez a aquel taller?

39

Como siempre sucede en momentos de catástrofe, cuando la fuerza del ánimo de las personas se ve sometida a una terrible prueba, muchos en Stalingrado se comportaron en el transcurso del bombardeo de un modo distinto del habitual.

Desde la noche de los tiempos es sabido que, durante un cataclismo, el instinto ciego de supervivencia hace que una persona deje de comportarse como un ser humano... Y así fue también en Stalingrado: hubo quienes robaron aquello que se les había confiado para su custodia y quienes saquearon las tiendas de vodka y los almacenes de alimentos… Hubo empujones y peleas en el embarcadero, se vio cruzar a la orilla izquierda a gentes cuya responsabilidad les obligaba a permanecer en la ciudad. Ciertas personas, que habían alardeado de su bravura en tiempos de paz, desvelaron aquel primer día de bombardeos su faceta más lamentable.

Desde antiguo, ese tipo de sucesos se ha referido en un tono de pesadumbre, en susurros, como si se tratara de una verdad acerca del ser humano tan repulsiva como irrefutable. Sin embargo, ésa es sólo una parte de la verdad.

Los fundidores de la Octubre Rojo siguieron al pie de los hornos ajenos al humo y al estrépito de los estallidos; los talleres de montaje, de reparación y de tratamiento térmico de la fábrica de tractores no interrumpieron su labor ni un solo minuto; cierto maquinista de la central

eléctrica no abandonó su puesto aun cuando trozos de ladrillos y esquirlas de cristales lo cubrieron de pies a cabeza y un casco de bomba arrancó la mitad del mando de la caldera que él atendía. No fueron pocos los milicianos, soldados, voluntarios y bomberos que intentaron sofocar incendios inextinguibles y acabaron pereciendo en el fuego de Stalingrado. Se podrían referir actos de valentía extraordinaria llevados a cabo por niños y hacer mención de la sabiduría serena y virtuosa de los viejos obreros.

En esos momentos, las falsas opiniones se derrumban.

Las calles en llamas de Stalingrado dieron la verdadera medida del valor de las personas.

40

Pasadas las siete de la tarde, un vehículo oficial del Estado Mayor germano llegó a gran velocidad a un aeródromo de campaña, situado cerca de un bosquecillo de robles mustio y polvoriento, y frenó bruscamente junto a un bimotor de la Luftwaffe. En el momento en que el automóvil había entrado en el área del aeródromo, el piloto había puesto los motores en marcha. El general Richthofen, comandante de la 4.ª Flota Aérea, bajó del coche enfundado en un mono de piloto y, sosteniendo con la mano la gorra en la cabeza, se acercó a grandes pasos al avión sin responder a los saludos del personal del aeródromo y subió por la escalerilla de la aeronave. Los músculos de sus fuertes muslos y de su ancha espalda de deportista resaltaban con cada uno de sus enérgicos movimientos. Al ocupar el puesto del fusilero radiotelegrafista, se abrochó con soltura el casco de aviador provisto de unos auriculares, miró distraídamente a los que se quedaban en tierra, como suelen hacerlo los pilotos a punto de despegar, y se arrellanó en el duro y bajo asiento.

Los motores del avión rugieron, la hierba gris de la pista se agitó, y una larga cola de polvo blanco, cual vaharada ardiente, se escapó por debajo del fuselaje. El avión despegó rumbo al este y tomó altura.

Cuando alcanzó los dos mil metros de altitud, se le unieron, haciendo silbar sus motores, los Focke-Wulf y los Messerschmitt que le harían de escolta. Los pilotos, ante el temor de que el general Richthofen pudiera oír sus chanzas, permanecieron en silencio, dejando por una vez a un lado las

bromas que solían gastarse por la radio de onda corta. Media hora después del despegue el avión del comandante sobrevolaba la ciudad de Stalingrado, envuelta en llamas.

Desde cuatro mil quinientos metros de altitud, el cuadro completo de aquella hecatombe, iluminada por la luz del sol poniente, era perfectamente visible. Un aire ardiente hacía ascender a lo alto del cielo una humareda blanca, purgada de hollín, que formaba una cortina ondulada apenas distinguible de los cúmulos de nubes. Más abajo se elevaba una pesada e hirsuta bola de humo ya negra, ya roja, ya cenicienta, ya hirviente: era como si la misma Gauri Sankar [26] emergiera pesada y lentamente desde las profundidades de la tierra, expulsando a la luz millones de toneladas de sus macizos y llameantes minerales de color canela. Desde el fondo de aquella colosal caldera se escapaban unas llamaradas cobrizas, arrojando chispas que alcanzaban varios miles de metros de altura.

Quienes contemplaran aquella escena, habrían tenido la sensación de presenciar una catástrofe de dimensiones cósmicas.

De vez en cuando se divisaba la superficie de la tierra sobre la que se agitaban unos mosquitos negros y menudos, pero un humo denso cubría de inmediato aquella visión.

Una niebla turbia envolvía el Volga y la estepa, confiriéndoles un aspecto invernal.

Las estepas de Kazajistán se extendían a lo lejos, hacia el este. Las llamas del gigantesco incendio casi llegaban a alcanzarlas.

El piloto del avión en que iba Richthofen se puso en guardia al oír la respiración pesada del general a través de los auriculares. Éste dijo con voz entrecortada:

–Debe verse desde Marte... Una obra digna de Belcebú...

El pétreo corazón de siervo de Richthofen sintió en aquel momento todo el poder del hombre que lo había conducido hasta aquella altura vertiginosa, el hombre que le había entregado la antorcha con que la aviación germana había prendido fuego a la última marca entre Oriente y Occidente y había señalado a los blindados y a la infantería el camino hasta las enormes fábricas de Stalingrado.

Aquellos minutos y horas parecían presagiar el triunfo de la implacable idea «total», la de la violencia contra mujeres y niños ejercida con la ayuda de los motores y el trinitrotolueno. Según creyeron los pilotos alemanes que maniobraban sus naves a través de la terrible barrera de fuego levantada por

la artillería antiaérea, por encima de la caldera de humo y llamas en que se había convertido Stalingrado, aquellas horas eran una prueba de que la ferocidad germana había sometido al mundo, tal como Hitler les había prometido. Postrados a perpetuidad, así les parecieron quienes, asfixiados por el humo y agazapados en los refugios entre las ruinas ardientes de las casas reducidas a escombros, escuchaban aterrorizados el zumbido siniestro y triunfante de los bombarderos que dominaban el cielo sobre la ciudad en llamas.

Y a pesar de todo, durante aquellas horas fatales en las que se consumó la destrucción de Stalingrado sucedió algo verdaderamente grandioso: la fuerza inquebrantable del pueblo soviético y su fidelidad a la idea de libertad sobrevivieron y se abrieron paso a través del humo y las cenizas, sobreponiéndose a la violencia tan terrible como vana de quienes, en mitad de la sangre derramada y una niebla pétrea y ardiente, pretendían forjar la esclavitud y la ruina de Rusia.

41

Antes del 23 de agosto, el mando alemán había concentrado dos divisiones acorazadas, una motorizada y varios regimientos de infantería en la orilla izquierda del Don.

Esas unidades recibieron la orden de avanzar hacia Stalingrado justo en el momento en que la aviación germana descargaba toda su potencia sobre los barrios residenciales de la ciudad.

Los blindados alemanes, tras abrir una amplia brecha de entre ocho y diez kilómetros de ancho en la línea de defensa de los soviéticos, avanzaron rápidamente hacia el Volga. La penetración fue veloz y bendecida con el éxito. Los alemanes marchaban, sorteando las fortificaciones de los rusos, hacia Stalingrado. La ciudad, castigada por las bombas, se ahogaba en un mar de humo y llamas.

Un grupo de *panzers* avanzaba ajeno a los convoyes de carga soviéticos que se cruzaban en su camino y a los transeúntes que, al avistar a los alemanes, corrían hacia la estepa o se precipitaban hacia los despeñaderos del Volga. En la tarde de aquel día los blindados alemanes llegaron a la

periferia norte de Stalingrado, cerca de la villa obrera de Rínok y la aldea Yérsovka, y alcanzaron la orilla del Volga.

A las cuatro de la tarde del 23 de agosto de 1942 el frente de Stalingrado quedó partido en dos por un estrecho corredor; el mando alemán lanzó de inmediato las divisiones de infantería en pos de los blindados. La situación de los rusos se agravó aún más cuando las tropas germanas alcanzaron la orilla occidental del Volga, a un kilómetro y medio de la fábrica de tractores, mientras el grueso del 62.º Ejército soviético seguía librando un encarnizado combate en la orilla oriental del Don.

Los civiles soviéticos, conmocionados por el incendio de Stalingrado, vieron de pronto como los blindados alemanes, seguidos de largas columnas de infantería motorizada, marchaban por la amplia carretera que conducía hasta Kamishin, bordeando el Volga, levantando nubes de polvo.

Los oficiales del Estado Mayor germano cuyo cometido era dirigir las unidades acorazadas del cuerpo de choque supervisaban atentamente el avance de aquellas tropas. Todos los radiogramas transmitidos desde los vehículos de mando se reenviaban inmediatamente y sin cifrar al general Paulus.

La tensión era patente en todos los eslabones de la cadena de mando. Todo apuntaba a que la ofensiva se saldaría con éxito. Por la noche, en Berlín ya sabían que Stalingrado era un mar de fuego, que los blindados de la Wehrmacht habían alcanzado el Volga sin hallar resistencia y que se estaba librando un combate cerca de la fábrica de tractores. Faltaba un último esfuerzo para que el asunto de Stalingrado, según creían los alemanes, se resolviera definitivamente.

42

Un grupo de servidores de morteros de una brigada antitanque realizaba prácticas de tiro en un descampado lleno de hoyos situado un poco al noroeste de la fábrica de tractores.

Desde la fábrica llegaba un rumor semejante al de un bosque en otoño; de vez en cuando, las luces y el chisporroteo azul de la soldadura se hacían visibles a través de las ventanas cubiertas de hollín.

El teniente mayor Sarkisián, comandante del grupo de morteros pesados, se paseaba lentamente con aires de superioridad entre los soldados, observaba sus movimientos, escuchaba lo que decían y proseguía su camino. Su rostro, de un moreno azulado, expresaba gravedad y satisfacción; por encima de su casaca de gabardina nueva asomaba, con mucho estilo, un cuello de celuloide; sus rizos negros y ásperos se escapaban por debajo de la gorra de plato de artillero con un sutás negro recién estrenada que había reemplazado al gorro de campaña cuando la brigada se había retirado del frente. Sarkisián era robusto, ancho de hombros y de baja estatura, de modo que, igual que todas las personas bajas, intentaba parecer más alto. Para ese fin llevaba el pelo peinado de punta, y, si la situación lo permitía, usaba en verano una gorra de plato de copa alta y en invierno una *kubanka* . [27]

Al escuchar atentamente lo que un apuntador cargado de espaldas respondía al alférez de la sección, los ojos oscuros de esclerótica brillante de Sarkisián les dirigieron una mirada de soslayo, de irritación.

–Incorrecto, menuda tontería –dijo y siguió adelante.

El personal realizaba las prácticas con desgana: los combatientes contestaban sin apenas prestar atención y comunicaban a destiempo los datos relativos a la puntería; lo que más pereza les daba era atrincherarse, así que, en cuanto Sarkisián se alejaba, bostezaban y se sentaban a fumar un cigarrillo.

Tras muchos días de tensión febril, los soldados y oficiales experimentaban aquella languidez soñolienta que suele apoderarse de los combatientes una vez se ven fuera del campo de batalla: no les apetecía moverse, recordar el pasado ni pensar en el futuro. Sin embargo, el temperamento meridional del joven Sarkisián no toleraba la inactividad; cuando el teniente mayor se alejaba, los soldados miraban enojados su cuello grueso y sus orejas de soplillo. Aquel día de domingo tanto las dotaciones de la artillería antiaérea y antitanque como la sección de municiones y el Estado Mayor descansaban y se dedicaban a asuntos de manutención.

Se sabía que el comandante y el comisario de la brigada habían decretado un día de asueto para todo el personal y no exigían la realización de prácticas. Con todo, aquella mañana Sarkisián había llevado a su grupo al descampado y ordenó que se ejercitaran cavando trincheras y que trasladaran junto a un barranco profundo, cerca del lugar de las prácticas,

los morteros pesados y una parte de la munición. El sargento primero Guenerálov estaba de buen humor después de haber podido dormir y darse un baño. Con el sabor de la cerveza Zhigulióvskoye aún en sus labios, adivinaba, antes por el movimiento de labios que por el sonido, qué comentaban en susurros los soldados. Les decía con benevolencia:

–¡Basta de juramentos!

El teniente Morózov, que llevaba una mano vendada, acababa de hacer guardia en el cuartel general de la brigada. Junto con el jefe de una batería antiaérea, que formaba parte del regimiento que protegía la fábrica de tractores, habían dado un paseo antes de acercarse a Sarkisián. Los tres habían estudiado juntos en la academia militar y el azar los había llevado a coincidir en aquella línea de defensa.

–Y bien, camarada teniente, parece que aún falta mucho tiempo para que volvamos al frente –anunció Morózov–. El Estado Mayor de la circunscripción nos ha enviado hoy un cable informándonos de que vamos a trasladarnos a algún lugar al norte de Sarátov para reorganizarnos; incluso especifican el lugar exacto, pero lo he olvidado.

La risa de Morózov se contagió a Sarkisián, quien, al reír, desperezó el cuerpo.

–Es posible que nos den vacaciones, y a ti antes que a nadie, camarada teniente, pues tu herida no acaba de cicatrizar –aventuró Svistun, el de la batería antiaérea.

–Podría ser, no creo que haya ningún problema –respondió Morózov–. Según mis informaciones, el mando no tiene ningún inconveniente.

–A mí seguro que no me dan permiso. No olvidéis que la fábrica de tractores es una industria de interés nacional –se quejó Svistun y soltó un par de tacos.

Sarkisián miró la cara rubicunda de Svistun, guiñó un ojo a Morózov y dijo:

–¿Para qué quieres vacaciones? Aquí estás como en un balneario: tienes el Volga cerca, vas a la playa todos los días y comes sandía.

Sarkisián mostraba una actitud burlona hacia Svistun, ya que éste servía en un regimiento que se encargaba de la protección de un sector de la retaguardia.

–Ya estoy harto de comer sandía –dijo Svistun.

–¿Y qué me dices de las chicas que sirven en la batería de Svistun? ¿Has visto lo guapas que son? –preguntó Morózov a Sarkisián–. Un surtido

completo: telemetristas, mecánicas, casi todas tienen el graduado escolar, siempre van bien arregladas, peinadas, con el pelo rizado, y llevan unos cuellos de un blanco inmaculado. Cuando visité la batería, me quedé anonadado. Svistun, ¿para qué necesitas vacaciones? Cuando estábamos en la academia ya sobresalías en la materia...

Svistun soltó una risa contenida de hombre afortunado, propia de quien no quiere alardear de sus conquistas, bajó la mirada y respondió:

–¡Qué dices! ¡Sois unos exagerados!

Morózov se volvió hacia Sarkisián y le dijo bajando la voz:

–Aprovechemos como Dios manda el día de descanso. Cuando me reemplacen en la guardia, podríamos ir a la ciudad. Camarada teniente, ¿para qué has organizado ejercicios de prácticas si estamos en la retaguardia? Todo el mundo se ha ido. El teniente coronel y su ordenanza han ido a pescar, y el comisario está escribiendo cartas.

–Van a llevar cerveza al comedor de la fábrica –comentó Sarkisián–. Me lo dijo la encargada.

–¿Esa gorda? –preguntó Morózov.

–Maria Fomínichna es una buena mujer, siempre avisa cuando tienen cerveza –señaló Svistun, cuya batería llevaba bastante tiempo destinada en la fábrica–. Tened en cuenta que aquí la cerveza de barril es mejor que la de botella, y es más barata.

–Marúsenka [28] –asintió Sarkisián haciendo brillar sus dientes y el blanco de sus ojos– acaba su turno a las seis y entonces iremos de paseo; mientras tanto, he decidido hacer prácticas.

–Es demasiado mayor, camarada Sarkisián, una yegua vieja, pero a ti lo único que te interesa es que tenga carnes –le espetó Morózov con reproche–. ¡Al menos tiene cuarenta años!

–Yo diría que ya pasa un poco de los cuarenta –añadió Svistun.

Aquella conversación tuvo lugar a las tres de la tarde de un caluroso y tranquilo día de domingo. Ninguno de los que intervinieron en ella habría podido imaginar que serían ellos, precisamente, los que al cabo de una hora habrían de hacer frente a una columna de blindados alemanes en una acción en la que los morteros pesados de Sarkisián y los cañones antiaéreos de Svistun anunciarían el comienzo de la gran batalla de Stalingrado.

Tras charlar un rato más, acordaron volver a reunirse al cabo de dos horas en el comedor de la fábrica, tomar allí unas cervezas y luego ir en

coche a algún cine en la ciudad. Sarkisián se ocuparía de proporcionar el vehículo y Svistun de suministrar la gasolina.

–Aquí, el problema del combustible tiene fácil solución –apostilló Morózov, conocido desde sus tiempos de cadete por usar siempre un lenguaje culto.

Sin embargo, Sarkisián no habría de volver a ver a Morózov ni a Svistun. Al atardecer del mismo día el teniente Morózov, muerto en combate, yacería en el suelo con la cabeza aplastada, el pecho destrozado y el cuerpo semicubierto de tierra. Mientras tanto, Svistun mantendría un combate que duraría unas treinta horas: una parte de los cañones antiaéreos de gran calibre y tiro rápido abriría fuego contra los blindados alemanes, y el resto, cuyas piezas metálicas acabarían al rojo vivo de tanto disparar, rechazaría los ataques de los bombarderos en medio del polvo, el humo y las llamas. Como durante aquel combate la batería de Svistun perdería la comunicación con el mando del regimiento, el teniente coronel Guerman, su comandante, llegaría a creer en varias ocasiones que todas las dotaciones de la batería, oculta tras una cortina de humo negro, habían perecido. Sin embargo, al aguzar el oído, Guerman advertiría a través del humo y la niebla que la batería de Svistun seguía ofreciendo resistencia. En aquel combate fallecerían muchas de las telemetristas y mecánicas a las que los jóvenes tenientes habían mencionado en su conversación de la tarde. También a Svistun lo sacarían del campo de batalla sobre un capote con una herida grave en el vientre y quemaduras en la cara...

Sin embargo, cuando los viejos amigos Morózov y Svistun echaron a andar abrazados hacia la fábrica, bromeando y recordando su época de cadetes, mientras Sarkisián, con un gesto de gravedad y satisfacción en su rostro, seguía supervisando los ejercicios de sus subordinados, la paz y el silencio reinaban aún en la tierra y en el cielo.

Los porteadores de municiones para morteros fueron los primeros en avistar los bombarderos alemanes.

–¡Mirad, mirad! –gritó uno de ellos–. ¡Parecen mosquitos cubriendo el cielo!

–¡Vienen hacia nosotros, estamos perdidos!

–¿Seguro que no son de los nuestros?

–¡Nuestras van a ser dentro de nada esas bombas que cargan!

Empezaron a sonar las sirenas de la fábrica, pero el zumbido intenso de los motores que iba inundando el cielo ahogó su estridente aullido.

Los soldados alzaron las cabezas y siguieron con la mirada los movimientos caóticos de aquel enjambre negro; su ojo experimentado de combatientes determinó que el ataque principal de los alemanes se dirigía contra la ciudad.

–Míralos, míralos, están dando la vuelta, los muy cabrones... Ahora descienden en picado... ¡Ya están atacando!

Efectivamente, un silbido lúgubre heló la sangre de quienes lo escucharon, y una serie de estampidos se fusionaron en un sonido cavernoso que hizo temblar el suelo.

Una voz joven y estridente gritó con viveza:

–¡Mira, una parte vira hacia aquí, vienen por nosotros!

Los combatientes echaron a correr en desbandada hacia los refugios, hoyos y barrancos donde se guarecieron protegiéndose las cabezas con los gorros como si pudieran servirles de escudos contra las bombas. Los cañones antiaéreos abrieron fuego.

Las bombas empezaron a impactar entre las naves de la fábrica, una tras otra, con un ruido ensordecedor.

Al primer ataque le siguió inmediatamente otro, y luego otro más.

Sarkisián, violentamente enfrentado a la dura realidad de la guerra cuando hacía sólo un momento pensaba en la cerveza y en la salida nocturna a la ciudad, se quedó unos instantes mirando, turbado, a su alrededor. Los ataques aéreos le atemorizaban, se sentía perdido cada vez que se iniciaba un bombardeo. La visión de los aviones alemanes en acción le provocaba una profunda angustia; los seguía con la mirada intentando adivinar cuál sería su siguiente objetivo. De los raids del enemigo, decía: «Eso no es la guerra, es bandolerismo».

¡Combate terrestre! Allí se sentía fuerte, sañudo, astuto y no le invadía aquella horrible sensación de estar al descubierto...

–¡A sus puestos! –ordenó a voz en grito, ahogando con aquel bramido la congoja que atenazaba su corazón.

Tras agotar la munición, las escuadrillas de bombarderos alemanes se habían marchado sin que, de momento, otras ocuparan su lugar; tan sólo quedaba el humo que el viento se llevaba con rapidez hacia el Volga. Desde el sur se oía, unas veces amortiguado y otras más alto, el ruido sordo del cañoneo. El cielo sobre la ciudad estaba salpicado de nubecillas que dejaban las explosiones de los proyectiles de la artillería antiaérea. En medio de la humareda translúcida de los incendios que acababan de brotar,

centenares de insectos bimotores venenosos y enfurecidos revoloteaban sobre Stalingrado, formando un caótico enjambre. Los cazas soviéticos los atacaban. Los soldados salieron de los refugios y, sin sacudirse la tierra de sus ropas, conscientes de que no tardarían en volver a arrojarse al suelo, se dirigieron hacia los morteros. Las miradas de todos ellos se alzaban al cielo sobre Stalingrado... Sarkisián se mordió los labios, agrandó aún más los ojos y miró varias veces atrás, preocupado. A través del estrépito que atronaba el aire, creyó percibir el ronroneo áspero y metálico apenas audible que tan bien conocía.

–¿Lo oyes? –preguntó al ceñudo pero invariablemente rubicundo sargento Guenerálov.

Éste negó con la cabeza y señaló al cielo, maldiciendo la aviación enemiga.

–Regresan hacia aquí, donde las fábricas.

Sin embargo, Sarkisián ya no miraba arriba ni escuchaba el nutrido cañoneo de la artillería antiaérea, que volvía a la acción para proteger la fábrica. Oteaba, de puntillas y estirando el cuello, el extremo norte de un amplio barranco que se extendía hasta el Volga. Allí, en mitad de un matorral espeso, gris y polvoriento, creyó divisar el morro bajo y ceñudo de un blindado que se movía...

–Camarada teniente, escóndase, ya vuelven –advirtió Guenerálov señalando al cielo.

Sarkisián agitó un brazo en ademán de disgusto.

–Camarada –dijo a Guenerálov–, corre hacia aquel barranco y averigua qué clase de vehículos son aquéllos.

Dio un ligero empujón en la espalda a Guenerálov al tiempo que gritó:

–Márchate volando, ¡como un águila!

Luego Sarkisián ordenó a las secciones que se prepararan para disparar contra el extremo norte del barranco, y subió por una escalera de mano al tejado de una casucha abandonada.

Desde aquel tejado cubierto de musgo verde se podían abarcar con la mirada los alrededores con sus cobertizos y huertos, la carretera desierta, los numerosos senderos que conducían al barranco, el barranco mismo y el terreno que se extendía más allá. Por un camino amplio de tierra amarilla Sarkisián vio a una columna de blindados, en un número no inferior a treinta, dirigirse hacia la fábrica.

Aquellos vehículos aún estaban lejos y Sarkisián no podía distinguir su color ni sus enseñas, bien porque una espesa capa de polvo cubría las carrocerías, bien porque el viento arrojaba contra ellos la polvareda que levantaban a su paso y los ocultaba.

Vio como Guenerálov se acercaba al barranco ya corriendo, ya a paso largo... ¡Debían ser los blindados de las unidades de reserva soviéticas procedentes de Kamishin! Aquella mañana el comandante de la brigada, tras regresar del cuartel general del frente, había dicho en presencia de Sarkisián que los alemanes se habían acuartelado en el Don y que, por lo visto, tardarían en hacerse lo suficientemente fuertes como para salvar aquella amplia barrera acuática... Pero pese a todo, Sarkisián desconfiaba de aquellos blindados que avanzaban junto al barranco.

Estaba constantemente poseído por la tensión y la suspicacia que caracterizan a un combatiente en cuya naturaleza ha arraigado la costumbre de estar atento al ruido de los pasos en mitad de la noche y al ronroneo apenas audible de los motores, de espiar con mirada curiosa un camión que cruza el pueblo levantando el polvo a su paso, de otear los contornos de un avión solitario que sobrevuela las vías de tren, de detenerse en seco para mirar con la respiración contenida a un grupo de personas que marchan campo a través.

Desde la aldea Lotóshinskiye Sadí, donde Sarkisián había ido la víspera a comer uvas, se elevaba una nube de polvo; mientras tanto, desde el pequeño jardín, al lado del riachuelo Mókraya Méchetka, en el que se emplazaban un batallón de choque y varios destacamentos de la milicia obrera, se oyeron frecuentes, pero confusos, disparos de fusil y varias ráfagas breves de ametralladora.

De repente, en medio del matorral del otro lado del barranco, Sarkisián vio el fuego centelleante de una ametralladora; acto seguido el sonido chirriante e intermitente de la ráfaga alcanzó su oído, y la luz y el ruido se relacionaron al momento con Guenerálov. El sargento agitó los brazos y desapareció en el barranco. Un minuto después vio que se alejaba corriendo y con el cuerpo agachado, virando bruscamente a derecha e izquierda, arrojándose de vez en cuando al suelo. En un momento se detuvo y lanzó un grito atronador:

–¡El enemigo!

Aquel aviso estaba de más. El aspecto de Guenerálov y cada uno de sus movimientos daban a entender que los blindados alemanes se acercaban a la

fábrica de tractores.

Sarkisián, menudo y solemne sobre aquel tejado musgoso, con una voz ronca y llena de júbilo, como si saludara a su cruel destino, dio en el acto una orden no recogida en ningún reglamento:

–¡Batería! ¡Contra los putos fascistas... fuego!

Así fue cómo, tras unas breves vacaciones en la retaguardia, aquel grupo de morteros pesados se reincorporó a la guerra.

El fuego de las ametralladoras y los fusiles de los milicianos y la descarga repentina de los morteros del grupo de Sarkisián frenaron el avance de los alemanes, que intentaban cruzar el barranco. Acababa de trazarse la primera línea de la defensa soviética en el sector norte del frente de Stalingrado.

*

Krímov escribía una carta a su hermano; de vez en cuando, imaginaba cómo serían los Urales, donde nunca había estado. Todo lo que podía figurarse acerca de aquella región era fruto de lo que había oído o leído alguna vez sobre ella. Imaginaba laderas de granito cubiertas de abedules cuyas hojas empezaban a amarillear, lagos serenos rodeados de pinos centenarios, talleres de gigantescas fábricas de maquinaria intensamente iluminados, las calles asfaltadas de Sverdlovsk, cuevas en las que, en mitad de grandes y oscuras masas de roca, resplandecían piedras preciosas con todos los colores del arco iris. Imaginaba la casita donde vivía su hermano situada en un paisaje rodeado, a la vez, de lagos, cuevas, calles asfaltadas y enormes talleres. Krímov creía que aquel lugar era extraordinariamente hermoso y tranquilo.

–Camarada comisario, ¡el enemigo! –gritó el instructor político irrumpiendo en la habitación.

Aquella estrecha estancia que el ordenanza de Krímov había procurado hacer lo más acogedora posible y los pensamientos sobre los bosques y lagos de los Urales se evaporaron cual gota de agua sobre una plancha caliente.

El retorno a la guerra fue tan sencillo y natural como lo es el despertar matutino.

Pocos minutos después, Krímov ya se encontraba en el descampado donde se había empezado a librar un combate contra los blindados

alemanes.

Una vez allí, gritó con voz bronca a Sarkisián:

–¡Informe de lo que está pasando!

Sarkisián, con el rostro encendido, respondió excitado por la buena puntería de sus morteros:

–Camarada comisario, estamos haciendo fuego contra un grupo de blindados del enemigo. ¡Hemos destruido dos de ellos!

Al decirlo, pensó en la conveniencia de pedir al oficial asistente de la brigada que le expidiera un certificado en el que se diera constancia de que su grupo de morteros había abatido aquellos dos blindados. En una ocasión, cerca del Don, el comandante de una batería próxima a la de Sarkisián había recibido los parabienes del mando por haber destruido un cañón autopropulsado del enemigo cuando, en realidad, el mérito correspondía al grupo de Sarkisián...

Sin embargo, nada más mirar la cara de Krímov, aquellos pensamientos se esfumaron. Jamás hasta entonces, ni siquiera en los momentos más duros de la guerra, había visto semejante expresión dibujada en el rostro del comisario.

Los alemanes habían alcanzado el Volga y los alrededores de Stalingrado, donde estaba el verdadero corazón de la ciudad: el barrio de las fábricas. Por encima del río, a lo largo y ancho del cielo, aullaban los motores de los bombarderos germanos; aquel ruido monótono y amenazante inundaba el espacio. De pronto, se estableció un terrible nexo entre aquellos aviones y los blindados que avanzaban por tierra haciendo chirriar sus orugas. Aquella conjunción entre el enemigo en el aire y el enemigo en tierra se fue multiplicando y fortaleciendo. ¡El único objetivo era romperla para detener a los alemanes!

En momentos como esos, la tensión que atenazaba el espíritu de Krímov alcanzaba su cenit y generaba un estado semejante a la inspiración.

–Extienda el cable hasta aquella casucha –indicó al ordenanza del jefe del Estado Mayor, y enseguida preguntó a Sarkisián–: ¿De cuánta munición dispone?

Escuchó su respuesta y añadió:

–Muy bien. Hay poca distancia hasta el polvorín. Puesto que no vamos a retroceder, hemos de llevar las municiones junto a nuestras posiciones de fuego.

Un soldado cargador miró de pasada a Krímov y observó:

–Tiene razón, camarada comisario, parece que no hay por dónde retroceder –y señaló con la mano en dirección al Volga.

Las breves miradas y las frases cortas que Krímov intercambiaba con los artilleros daban fe del estrecho vínculo que unía al comisario con los combatientes.

El ordenanza del jefe del Estado Mayor llegó corriendo. Krímov se dirigió a él con estas palabras:

–Avise inmediatamente a todos los colaboradores del Estado Mayor y de la sección económico-administrativa para que nos ayuden a cargar con las municiones. Los artilleros no dan abasto.

Dirigió una sonrisa a uno de los servidores de morteros y le preguntó:

–¿Fiel a tu puesto, Sazónov?

–Y pensar que no tenía ganas de quedarme en el Don, ¿se acuerda, camarada comisario?

–Claro que me acuerdo.

El soldado dijo algo más a Krímov, pero éste no lo oyó. Disparos de fusil, estallidos de proyectiles y el estruendo cercano de las bombas se mezclaban en un caos sonoro.

Krímov ordenó al enlace que llevara una nota al comandante del regimiento de artillería antiaérea, donde le informaba de que unos blindados alemanes habían aparecido muy cerca de la fábrica, de modo que la artillería antiaérea tenía que establecer de inmediato la comunicación con la brigada antitanque y prestarle apoyo en aquel combate terrestre. Sin embargo, apenas el enlace hubo llegado al cuartel general del regimiento, los disparos rápidos y potentes de los cañones antiaéreos avisaron de que sus dotaciones y los jefes de las baterías ya se habían percatado de la presencia de los blindados alemanes y habían abierto fuego contra ellos.

Decenas de personas habían visto al comisario pasar rápidamente de una dotación de mortero a otra; cientos de ojos se cruzaban con los de Krímov, mirándole de pasada, despacio, con entusiasmo, con tranquilidad, con ímpetu.

Un apuntador le miraba después de un disparo certero; un porteador de municiones, con la espalda todavía encorvada, le miraba de abajo arriba, enjugando el sudor, para luego enderezarse; un jefe de dotación le hacía al comisario un breve saludo militar y le respondía a una pregunta rápida; un cabo radiotelefonista despegaba el auricular de su oído para pasarlo a Krímov.

En un extremo de la fábrica de tractores, las dotaciones de morteros libraban un combate contra los blindados alemanes. Aquellos artilleros sentían la proximidad de la muerte, el miedo y la tensión propias de la batalla. Se alegraban por su buena puntería y la rapidez con que disparaban; vigilaban la acción de los alemanes, que habían empezado a ajustar el fuego de su artillería contra las posiciones soviéticas, y los movimientos de los aviones germanos, que volaban en dirección a las fábricas. Se preocupaban por los tiros fallidos y la escasa seguridad que ofrecían los refugios poco profundos que habían cavado durante sus ejercicios. No pensaban en el futuro, sólo en el presente inmediato: se contentarían con tal de que los alemanes erraran el próximo tiro y ellos tuvieran tiempo suficiente para arrojarse al suelo antes de la siguiente explosión. No obstante, había un rasgo novedoso que distinguía aquel inesperado combate de los choques que se habían producido hasta entonces en la estepa, y no era el resentimiento de quien, necesitado de un descanso, por muy breve que fuera, debía entrar en combate de nuevo sin haberlo conseguido. La guerra les seguía los pasos y los volvió a atrapar allí, a orillas del Volga, junto a los muros de una enorme fábrica. El enemigo les había dado alcance en la frontera de las estepas kazajas, en la cuenca baja del Volga, y eso les infundía a todos una sensación de dolor y angustia.

Krímov constataba la estrecha unión que compartían los responsables de las primeras horas de la batalla de Stalingrado. Las órdenes que daba y lo que decía durante aquel primer combate tenían por objetivo no sólo asegurar la interacción de las dotaciones y de éstas con el mando de la brigada, así como con la artillería antiaérea, la milicia y el cuartel general del frente, sino también forjar aquella relación humana y personal sin la cual habría sido impensable llevar a buen término ninguna batalla. Krímov lo había aprendido de la experiencia que le habían proporcionado los éxitos y los duros fracasos de la época de la retirada.

El cable telefónico, tendido a instancias de Krímov, comunicó enseguida el cuartel general de la brigada con el del regimiento de artillería antiaérea; además, se pudo establecer la conexión con el Estado Mayor de la milicia obrera y el batallón acorazado de instrucción.

El telefonista pasaba constantemente el auricular a Krímov, de modo que su voz se oyera en las unidades de morteros, las de artillería y las de blindados.

–¡Camarada comisario! –decía Vólkov, jefe de la sección de ametralladoras, al entrar corriendo en el cuartel general de la brigada–. Se nos están agotando las municiones. Estábamos a punto de ser trasladados a la reserva, y ni siquiera se nos pasó por la cabeza que pudiéramos acabar entrando en combate.

–Mande a algunos hombres al cuartel general de la milicia, he acordado con su comandante que os provean de municiones.

El teléfono no dejaba de sonar. Krímov lo atendía diciendo:

–Atrinchérense a conciencia, nada de refugios provisionales, la cosa va en serio y para largo.

La comunicación entre los combatientes, que los alemanes habían planificado interrumpir y paralizar con un ataque súbito por tierra y aire, no se había cortado ni había menguado.

*

Los blindados alemanes, en su avance hacia el Volga, sembraban el pánico allí por donde pasaban, atemorizando a todos los que se cruzaban en su camino. Los tanquistas germanos tenían la certeza de que en los pasos a través del río y en las fábricas de los alrededores de la ciudad, envuelta en llamas, su incursión repentina provocaría aún mayor terror y desconcierto. Sin embargo, se asombraron por el nutrido y potente fuego con que fueron recibidos por el grupo de morteros pesados comandado por Sarkisián. Cuando, tras varios impactos directos, dos de los blindados se incendiaron, el mando de aquella unidad acorazada de choque entendió que no habían logrado sorprender a los soviéticos; éstos, por lo visto, sabían que un grupo de tanques se acercaba a Stalingrado y habían adivinado por dónde entrarían, de modo que habían dispuesto una potente línea de defensa cerca de la fábrica de tractores y de los pasos del río al norte de la ciudad.

El comandante del grupo acorazado alemán avisó de inmediato por radio al Alto Mando. Tras evaluar la situación, ordenó a los blindados y a la infantería motorizada que reforzaran su posición y entraran en combate con los soviéticos.

Ciertos sucesos, tanto en tiempos de paz como en tiempos de guerra, tienen un componente fortuito, un rasgo que puede acabar por desempeñar un papel feliz o funesto. Sin embargo, todo suceso puede ser comprendido y evaluado cabalmente sólo si se logra desentrañar su esencia, que se expresa

en las leyes del tiempo; las casualidades, felices o funestas, deben relegarse a un segundo plano, pues no influyen en la marcha general de los acontecimientos ni determinan su valor.

Los alemanes acababan de adentrarse en una época en la que las leyes de la vida y de la guerra dejarían de convertir los esfuerzos realizados por la retaguardia y el ejército alemanes en una fuerza triunfante capaz de aniquilar a cualquier enemigo. Al cruzar esa franja, los golpes de fortuna se disiparían, esfumándose como el humo, y no volverían a conducirlos a la victoria. Los infortunios, por muy insignificantes que fueran, acarrearían unas consecuencias nefastas y de largo alcance.

43

Tras varios días de bombardeos, la ciudad llevaba una vida extraña. Todo parecía raro, tanto lo que había cambiado como lo que permanecía igual que antes. Había familias que almorzaban en la calle sentadas sobre cajas y fardos junto a las ruinas de sus casas, una vieja que tejía cerca de la ventana abierta en su habitación intacta acompañada de un ficus y un gato persa, dormido, de pelambre exuberante. Todo aquello que alguna vez pudo haber parecido increíble e impensable, ocurrió.

El cambio era evidente: habían desaparecido los embarcaderos, los tranvías habían dejado de circular y los teléfonos, de sonar; muchas de las instituciones soviéticas habían interrumpido indefinidamente su cometido.

Habían desaparecido talleres de calzado y sastrerías, muchos de los ambulatorios, farmacias, colegios, relojerías y bibliotecas; los altavoces de la calle habían enmudecido; no había teatro ni cine, ni tampoco tiendas, mercados, baños públicos, cervecerías ni gaseosa.

En todas partes se percibía un olor persistente a quemado, y las paredes calcinadas de las casas, aún calientes, desprendían un aire abrasador.

El cañoneo y el estrépito de los proyectiles alemanes se oía cada vez más cerca; por las noches, desde la zona de la fábrica de tractores se oían ráfagas de ametralladora y el chasquido seco de minas de pequeño calibre al estallar. En la ciudad reinaba tal confusión que hacía dudar acerca de qué era lo que podía considerarse normal: una mujer perturbada y con sangre en sus uñas bien pintadas que hurgaba con diligencia entre los cascotes y

chapas de hierro que cubrían el cuerpo inerte de su hijo, una cola de gente de aspecto resignado junto a una panadería o un barrendero que escobaba la calle... Los habitantes de Stalingrado sabían que los alemanes se habían atrincherado en los alrededores, al norte de la ciudad. Se vivía en un estado de angustia permanente, a la espera de nuevas y terribles sorpresas que se sucederían con una rapidez vertiginosa. Parecía impensable seguir viviendo hoy como ayer, y mañana como hoy. La inmovilidad era ahora inconcebible.

Lo único que no había variado era la vida en el cuartel general que hasta hacía poco, en opinión de los habitantes de la ciudad, había sido mutable, nómada e irregular. Los combatientes del batallón de guardia seguían corriendo hacia la cocina de campaña haciendo sonar sus calderos. Los enlaces seguían conduciendo sus motos por las calles a gran velocidad, y los vehículos militares cubiertos de polvo y barro, con los costados abollados y grietas en forma de radio en los cristales, seguían deteniéndose en las plazas junto a los agentes encargados de regular el tráfico que agitaban banderines rojos y azules.

Sobre las ruinas de lo que había sido Stalingrado en tiempos de paz, zapadores, enlaces, soldados de infantería, artilleros y milicianos levantaron día tras día una ciudad nueva, la de la guerra. Los ladrillos se convirtieron en el material de construcción para levantar barricadas, las calles ya no servían para circular sino para impedir el tráfico cortándolas con trincheras y sembrándolas de minas. Se decidió que en las ventanas de las casas debían colocarse ametralladoras en lugar de macetas con flores, que los patios y los portalones eran un lugar ideal para instalar piezas de artillería y preparar emboscadas con blindados, que los recovecos entre los edificios habían sido creados para que los ocuparan francotiradores y granaderos.

44

Al quinto día del incendio de Stalingrado, Mostovskói se encontró con Sofia Ósipovna Levinton cerca de su casa.

Aquella tarde Sofia Ósipovna, con el rostro demacrado y enfundada en un capote con uno de los faldones quemado, no se parecía en nada a aquella

mujer gruesa y alegre de voz atronadora junto a quien Mostovskói se había sentado durante la celebración del aniversario de Aleksandra Vladímirovna.

Mostovskói no la reconoció enseguida. Los ojos de Sofia Ósipovna, en otro tiempo penetrantes y burlones, ahora miraban distraídos y alarmados la cara de su interlocutor y se desviaban para seguir el humo gris que flotaba a ras de suelo por entre las ruinas.

Una mujer con un albornoz de colores y un cinto militar, acompañada de un hombre mayor vestido con una gabardina blanca y un gorro raído del Ejército Rojo, pasaron cerca del portalón empujando una carretilla cargada de objetos de uso doméstico.

La pareja echó una mirada a Mostovskói y a Sofia Ósipovna, que conversaban junto al portalón. En cualquier otro lugar y momento aquel hombre y aquella mujer habrían parecido seres insólitos, pero el que resultaba verdaderamente extraño tal vez fuera Mostovskói, tranquilo y atento como siempre a todo lo que le rodeaba...

Se había escrito tanto sobre cómo huele un bosque, un prado, las hojas marchitas, la hierba joven, el heno recién segado, el mar, el agua del río, el polvo caliente y un cuerpo vivo...

¡El humo y las llamas de la guerra!

Su aparente monotonía adusta y desoladora es, sin embargo, muy variada.

El humo del incendio en un bosque de pinos: una bruma liviana que forma un velo celeste que envuelve los altos troncos cobrizos... El humo acre y húmedo del incendio en un bosque foliáceo que, frío y pesado, es atraído hacia el suelo... El hedor del trigo maduro envuelto en llamas lentas, pesadas y ardientes como una tragedia nacional... El incendio rápido y extenso en la estepa seca de agosto... El fuego rugiente con que arde un almiar... El humo ondulante y graso del petróleo ardiendo...

Aquella tarde, la ciudad quemada respiraba con dificultad. El aire estaba inusitadamente seco; las paredes de las casas irradiaban calor; las llamas, ya saciadas, aparecían ora en un lugar, ora en otro, dando cuenta con pereza de todo lo que podía arder. En el interior de los edificios que aún seguían en pie el humo flotaba y salía en corrientes lentas y finas por las ventanas sin cristales y los tejados agujereados.

Ladrillos y pedazos de estuco desprendidos de las paredes se amontonaban, aún ardientes, en la penumbra de los sótanos, despidiendo una luz rojiza y centelleante. Parecía que las manchas del sol vespertino

sobre los muros de los edificios y las nubes cárdenas que se veían a través de las brechas formaban parte del incendio y eran inseparables del fuego prendido por los hombres.

El olor a pintura calcinada, a cal y a piedra recalentada mezclado con la hediondez que desprendían el carbón bañado en agua y los plumones calcinados helaban el alma.

Un silencio hueco y extraño dominaba la ciudad, siempre ruidosa y charlatana. El cielo, en cambio, parecía estar menos alejado de la tierra que en tiempos de paz: se había acercado a las calles y plazas de Stalingrado como se aproxima, cuando anochece, a la estepa, a la taiga, a los campos y al mar.

Mijaíl Sídorovich se alegró mucho de ver a Sofia Ósipovna.

–Es sorprendente –comentó–, el techo de mi habitación está intacto, e incluso el cristal de la ventana permanece en su sitio; tal vez sea el único en toda la ciudad. Vayamos a mi casa.

Una vieja pálida de ojos llorosos les abrió la puerta.

–Permítame presentarle a Agripina Petrovna, la encargada de mi hacienda –dijo Mostovskói a Sofia Ósipovna.

Entraron en una habitación limpia y ordenada cuyo ambiente contrastaba de un modo asombroso con el caos que reinaba afuera.

–Antes de nada, cuénteme qué sabe acerca de los amigos que tenemos en común –pidió Mostovskói mientras ofrecía un sillón a Sofia Ósipovna–. Supe por Mélnikova, una vecina de los Sháposhnikov, que Maria Nikoláyevna había perecido durante el primer bombardeo. Pero ¿qué hay de los demás? ¿Cómo se encuentra Aleksandra Vladímirovna? Su casa está destruida, estuve allí. En cuanto a los Sháposhnikov, nadie tiene noticias.

–Es cierto, la pobre Marusia murió –dijo Sofia Ósipovna.

Le contó a Mostovskói que Zhenia había acompañado a su madre a Kazán, a casa de los Shtrum, y que Vera, la hija de Maria Nikoláyevna, se había negado a marcharse con ellas porque no quería dejar solo a su padre. Había ido a vivir con él en la central eléctrica; tenía quemaduras leves en la frente y en el cuello, pero afortunadamente había salvado el ojo herido.

–¿Y qué sabemos de aquel joven ceñudo? Seriozha, creo que se llamaba –preguntó Mostovskói.

–Figúrese, me lo encontré ayer por pura casualidad cerca de la fábrica de tractores. Marchaba con la tropa en formación y sólo me dio tiempo de decirle unas pocas palabras. Me contó que había estado cinco días

luchando, y que su unidad de morteros se dirigía a las afueras de la colonia de la fábrica de tractores para volver a tomar allí posiciones de defensa.

Luego Sofia Ósipovna frunció el ceño y le explicó que, desde el inicio de los bombardeos, había realizado más de trescientas intervenciones quirúrgicas a militares y civiles y que había tenido que operar a muchos niños.

Dijo que eran relativamente pocas las heridas producidas por los cascos de las bombas; la mayoría eran fracturas de extremidades, de cráneo y de caja torácica causadas por los cascotes de los edificios en el momento de derrumbarse.

El hospital en que trabajaba Sofia Ósipovna ya se había instalado en la otra orilla del Volga, en Sarátov. Ella se había queda
do un día más en Stalingrado porque tenía asuntos que resolver, entre ellos hacerse cargo de una parte de los bienes del hospital que había que enviar al caserío Burkovsky, situado más allá del Volga.

Mostovskói era otro de los asuntos que la habían retenido en la ciudad, ya que había prometido a Aleksandra Vladímirovna encontrarle y hacerle llegar su invitación para ir a Kazán.

–Gracias –dijo Mostovskói–, pero no pienso marcharme.

–Pues es hora de que lo haga, podría ir conmigo en un coche del hospital hasta Sarátov –propuso Sofia Ósipovna.

–Unos camaradas del Comité Regional ya se ofrecieron para ayudarme a marchar, pero de momento no tengo intención de hacerlo.

–Entonces, ¿cuándo? ¿Para qué se va a quedar aquí si toda la población civil está tratando de cruzar al otro lado del Volga?

Mijaíl Sídorovich tosió, hizo una mueca de disgusto, y Sofia Ósipovna se dio cuenta de que no le apetecía seguir hablando sobre las razones por las que había decidido quedarse en la ciudad.

Agripina Petrovna, presente durante la conversación, lanzó un suspiro tan sonoro al escuchar la propuesta de aquella médica militar que Mostovskói y Sofia Ósipovna se volvieron hacia ella.

Agripina Petrovna preguntó en tono de súplica a Sofia Ósipovna:

–Ciudadana, ¿podría llevarme con usted? Necesito ir a Sarátov, allí vive mi hermana. Llevo poca cosa, tan sólo una cesta y un hatillo.

Sofia Ósipovna meditó un momento y respondió:

–No veo por qué no… Podría hacer que subiera a uno de nuestros camiones, sólo que mañana por la mañana tengo que ir primero al barrio de

las fábricas.

–Entonces quédese a dormir aquí, así podrá descansar. No encontrará ninguna casa tan entera como la nuestra en toda la ciudad. La gente está viviendo en sótanos abarrotados.

–Es tentador –dijo Sofia Ósipovna–. Mi mayor deseo es poder dormir una noche entera. En cuatro días apenas he dormido seis horas.

–Por favor –se sumó Mostovskói–, yo estaría encantado y la instalaría de la manera más cómoda posible.

–No hay por qué molestar a Mijaíl Sídorovich –intervino Agripina Petrovna–; además, usted tampoco estaría cómoda. Le cederé mi habitación, donde podrá dormir a gusto, y mañana nos pondremos en camino.

–Sólo falta encontrar en qué ir –observó Sofia Ósipovna–, todos nuestros coches están al otro lado del Volga, conque habrá que hacer dedo hasta el barrio de las fábricas.

–No se preocupe –dijo ufana Agripina Petrovna–, las fábricas no están lejos, lo importante es llegar hasta Sarátov. ¡Lo más difícil es cruzar el Volga!

–Y bien, camarada Mostovskói –cambió de conversación Sofia Ósipovna–, ¿qué opinión le merecen ahora el siglo XX y la civilización? ¡Atrocidad insólita! ¿Qué hay de la Conferencia de La Haya y de las leyes de protección de la población civil? ¡Ahí tiene la vertiente humana de la guerra! ¡Papel mojado! –Sofia Ósipovna señaló con la mano en dirección a la ventana–. Camarada Mostovskói, mire esas ruinas. ¿De qué fe en el futuro se puede hablar cuando lo único que progresa es la tecnología? ¡La ética, la moral y el humanismo pertenecen a la edad de piedra! El fascismo ha hecho resurgir las atrocidades de la época primitiva, hemos retrocedido cincuenta mil años...

–¡Tremendos pensamientos los suyos! –se sorprendió Mostovskói–. Intente dormir antes de que empiece el bombardeo nocturno, tal vez el descanso consiga que recupere cierto optimismo.

Sin embargo, aquella noche Sofia Ósipovna tampoco habría de dormir. Al anochecer, cuando en el cielo brumoso comenzaron a zumbar los motores de los bombarderos alemanes, alguien llamó con fuerza a la puerta.

Era un soldado joven quien, al entrar, anunció a Mostovskói:

–Camarada Mostovskói, vengo a buscarle. De parte del camarada Krímov. Traigo una carta para usted. –Entregó a Mostovskói un sobre y,

mientras el viejo leía la carta, preguntó a Agripina Petrovna–: ¿Puede darme algo de beber? Aún no sé cómo he podido encontrar la casa.

Cuando Mostovskói terminó de leer el mensaje, explicó a Sofia Ósipovna:

–Quieren que vaya a la fábrica de tractores, el secretario del Comité Regional está ahora allí, y necesito verle –a continuación, presa de la inquietud le preguntó al soldado–: ¿Podemos ir ahora? ¿Es posible?

–Por supuesto, pero debe ser antes de que oscurezca del todo. No soy de aquí y me he perdido, estuve una hora dando vueltas hasta que encontré su casa.

–¿Qué novedades hay en el frente? –le preguntó Mostovskói.

–Parece que la cosa está más tranquila. Han convocado al camarada Krímov a una reunión en la dirección política del frente. –Tomó de las manos de Agripina Petrovna una taza de agua, se la bebió, sacudió las últimas gotas en el suelo y dijo–: Estoy preocupado por el coche, así que vayámonos.

–¿Saben qué? –anunció Sofia Ósipovna–. Aprovecho y voy con ustedes, porque mañana no tengo cómo ir hasta allí. Ya dormiré cuando acabe la guerra.

–Entonces, llévenme a mí también –pidió con voz llorosa Agripina Petrovna–, no pienso quedarme sola en casa. No les molestaré, y cuando crucen a la otra orilla, me iré con ustedes. ¿Acaso conseguiría cruzar el río yo sola?

Mijaíl Sídorovich preguntó al chófer:

–¿Cuál es su apellido, camarada?

–Semiónov.

–¿Podrá llevarnos a los tres, camarada Semiónov?

–Los neumáticos dejan mucho que desear, pero mal que bien, creo que llegaremos.

Salieron cuando ya había oscurecido por completo, porque Agripina Petrovna se demoró en hacer el equipaje y se entretuvo en explicar a Mostovskói, no sin un gran apuro, dónde dejaba las patatas, el queroseno, la sal, el agua y las cacerolas, y guardó en el cuarto de Mijaíl Sídorovich su colchón de plumas, un atado con ropa de cama, las botas de fieltro y el samovar.

Mijaíl Sídorovich se sentó en el coche al lado de Semiónov, y las mujeres, en los asientos de atrás. Cruzaron despacio la ciudad, ya que los

montones de piedras bloqueaban las calles. Los incendios a punto de extinguirse, invisibles a la luz del día, resplandecían en la oscuridad formando manchas móviles; las piedras recalentadas que se acumulaban en los sótanos de los edificios calcinados irradiaban una luz lúgubre y rojiza creando, en la desolación de las calles, una atmósfera inquietante.

Al pasar por aquellas calles desiertas, ante cientos de edificios exánimes, fueron plenamente conscientes de la magnitud de la catástrofe que se había abatido sobre Stalingrado. Podía pensarse que en la ciudad quemada debería reinar una paz sepulcral, pero no era así: tanto en la tierra como en el cielo se palpaba la tensión callada y amenazante de la guerra. Arriba, por encima de las ruinas, titilaban las estrellitas que encendían los proyectiles antiaéreos al estallar, se agitaba el pabellón que formaban con sus haces los focos de vigilancia y se veían los destellos rosáceos que dejaban, tras explotar, los obuses y las bombas lanzadas por los aviones.

Los pasajeros guardaban silencio. Incluso Agripina Petrovna, que no había dejado de lamentarse y sollozar durante el trayecto, acabó por callarse.

Mostovskói, con la cara pegada a la ventanilla, escudriñaba los contornos oscuros de los edificios calcinados.

–Creo que aquélla es la casa de los Sháposhnikov –señaló volviéndose hacia Sofia Ósipovna.

Sin embargo, ella no hizo ningún comentario; su cuerpo obeso se bamboleaba pesadamente con cada sacudida del coche, y tenía la cabeza apoyada sobre el pecho. Sofia Ósipovna se había dormido.

Pronto el coche llegó a una carretera asfaltada libre de escombros que pasaba por delante de unas casitas rodeadas de árboles. A cada instante, las figuras de los soldados soviéticos que marchaban en dirección a las fábricas emergían de la oscuridad. Semiónov dobló a la izquierda para tomar una de las calles paralelas y explicó a Mijaíl Sídorovich:

–Creo que giraré por aquí. Tomaremos un atajo, así ganaremos tiempo y el camino es más transitable.

Después de cruzar un amplio descampado, atravesaron un boscaje poco espeso. Más allá había algunas casitas que el coche fue dejando atrás rápidamente. De repente, un hombre salió de la oscuridad y saltó a la carretera agitando los brazos.

Semiónov pasó de largo sin aminorar la marcha.

Mijaíl Sídorovich tenía los ojos entornados. Le alegraba pensar que pronto vería a Krímov. ¡Aquél iba a ser un encuentro extraordinario!

Luego Mijaíl Sídorovich empezó a cavilar sobre la conversación que mantendría con el secretario del Comité Regional: «Tenemos que acordar todos los detalles de una futura actividad clandestina. No podemos excluir la posibilidad de que los alemanes acaben ocupando la ciudad o, al menos, una parte de ella». Su decisión de quedarse en Stalingrado para pasar a la clandestinidad era firme. Ah, aún se consideraba capaz de enseñar a los jóvenes el arte de la conspiración, a guardar la calma, a desenvolverse ante cualquier situación y amenaza. De todos modos, no dejaba de sorprenderle que las adversidades y las privaciones de los últimos días lo hubieran rejuvenecido. Hacía tiempo que no se sentía con tanto vigor y seguridad en sí mismo.

Luego se quedó traspuesto, la marcha suave del vehículo y la rápida sucesión de sombras en su campo visual le sosegaban. De pronto abrió los ojos, como si una mano lo sacudiera con fuerza. Sin embargo, el coche seguía avanzando por la misma carretera. Semiónov, aparentemente inquieto por algo, dijo:

–¿No me habré desviado demasiado a la izquierda?

–¿Qué les parece si preguntamos a alguien? –propuso Agripina Petrovna–. Aunque soy de aquí, tampoco conozco el camino.

Desde algún punto cercano a la cuneta se oyeron con claridad unas ráfagas de ametralladora.

Semiónov se volvió hacia Mijaíl Sídorovich y musitó:

–Parece que nos hemos metido en un atolladero.

Las mujeres se inquietaron. Agripina Petrovna gritó a Semiónov:

–¿Dónde nos has traído? ¿Al frente?

–¡Qué frente ni qué ocho cuartos! –le espetó irritado Semiónov.

–Deberíamos retroceder –razonó Sofia Ósipovna–. O nos toparemos con los alemanes.

–No, atrás no, hay que girar a la derecha, antes me desvié demasiado a la izquierda –replicó Semiónov escrutando en la oscuridad mientras aminoraba la marcha.

–¡Vuelve atrás! –ordenó autoritaria Sofia Ósipovna–. No pareces un chófer del ejército sino una mujercita.

–Camarada médica militar, deje de darme órdenes –respondió Semiónov–. El conductor soy yo, no usted.

–Es verdad, no se entrometa, que sea el chófer quien decida –se pronunció Mostovskói.

Semiónov condujo el coche por una calle lateral bordeada por cercas, las paredes grises de las casas y arbolitos.

–¿Y bien? –le preguntó Sofia Ósipovna.

–Creo que vamos bien encaminados, sólo que no reconozco aquella pasarela, o tal vez la haya olvidado.

–Deberíamos detenernos –dijo Sofia Ósipovna–. En cuanto vea a alguien, frene y pregúntele.

Tras conducir durante un rato en silencio, Semiónov comentó con alivio:

–Vamos bien, reconozco el lugar, tenemos que girar otra vez a la derecha y llegaremos a la fábrica.

–¿Qué me dice ahora, pasajera inquieta? –dijo en tono aleccionador Mostovskói a Sofia Ósipovna.

La mujer resolló, disgustada.

–Les propongo esto: pasemos primero por la fábrica y luego Semiónov las llevará a las dos hasta el paso del río –dijo Mostovskói–. Necesito ver sin falta al secretario del Comité Regional antes de que regrese a la ciudad.

El coche frenó bruscamente.

–¿Qué sucede? –exclamó Sofia Ósipovna.

–Aquellos hombres, los de la linterna, nos han dado el alto –explicó Semiónov señalando un grupo de gente apostado en medio de la carretera.

–¡Dios mío! –gritó Sofia Ósipovna.

Varios hombres rodearon el coche empuñando unos subfusiles resplandecientes; uno de ellos, con la guerrera desabrochada a la altura del pecho, apuntó al aterrorizado Semiónov con su arma y dijo en voz baja, en un tono autoritario:

–*He, ruki werch! Sdawaisia!* [29]

Durante el instante siguiente reinó un silencio pétreo, aterrador, durante el cual los ocupantes del coche, con la respiración contenida, cobraron conciencia de que las pequeñas casualidades que habían hecho posible aquel viaje acababan de conformar repentina e irremediablemente el terrible hado que habría de determinar el resto de sus vidas.

De pronto Agripina Petrovna empezó a vociferar:

–¡A mí no me hagáis daño, sólo soy una criada, servía a ése para ganarme el pan!

–*Still, Schweinehunde!* [30] –gritó uno de los alemanes y amagó con pegarle con su arma.

Diez minutos después de un registro riguroso, los detenidos fueron trasladados al puesto de mando del batallón de infantería alemán cuya avanzada había dado el alto al coche extraviado.

45

En Moscú Nóvikov se alojaba en casa del coronel Ivanov, un antiguo compañero de la Academia Militar que servía en la dirección operativa del Estado Mayor General.

Nóvikov apenas veía a Ivanov, que siempre trabajaba día y noche, y a veces desaparecía durante tres o cuatro días seguidos y se quedaba a dormir en su despacho.

La familia de Ivanov había sido evacuada a Shádrinsk, en los Urales.

Cuando Ivanov llegaba a casa, lo primero que Nóvikov hacía era preguntarle: «¿Qué hay de nuevo?»; luego repasaban el mapa de operaciones y discutían las nada esperanzadoras noticias.

Cuando Nóvikov supo de la incursión de los blindados alemanes en el barrio fabril y del bombardeo masivo que había sufrido Stalingrado y que había acabado con la vida de miles de civiles, una congoja atroz se apoderó de él.

Pasó la noche en blanco, imaginando los disparos de los obuses negros y los cañones autopropulsados del enemigo desde la orilla del Volga, la ciudad en llamas, la imagen de Yevguenia Nikoláyevna corriendo en medio del humo y el fuego. Ansiaba poder ir a toda prisa al aeródromo y volar en el primer avión que saliera hacia Stalingrado.

Permaneció en vela hasta el amanecer; de tanto en tanto se acercaba a la ventana, iba y venía por la habitación, y se quedaba largos ratos examinando el mapa desplegado sobre la mesa en un intento de adivinar el curso de la batalla que acababa de empezar en Stalingrado.

Por la mañana temprano telefoneó a Shtrum. Esperaba oírle decir: «Hace ya algunos días que Yevguenia Nikoláyevna llegó con toda su

familia a Kazán». Sin embargo, Shtrum no atendió la llamada; sin duda, Shtrum también había abandonado Moscú.

En días como aquél la espera pasiva le resultaba particularmente penosa, y Nóvikov no tenía nada en qué ocuparse.

En la dirección de cuadros de mando del Comisariado de Defensa, donde Nóvikov había acudido nada más llegar a Moscú, le habían ordenado que esperara a que lo citaran no sin antes anotar su número de teléfono para poder localizarle en caso de urgencia. Transcurrieron los días sin que nadie le convocara. Nóvikov no tenía ninguna idea de cuál sería su nuevo destino. Bíkov, su superior inmediato, no le había explicado la razón de aquel viaje a Moscú, sólo se había limitado a entregarle un sobre lacrado que contenía su expediente.

Nóvikov se sintió incapaz de pasar en soledad y sin nada que hacer aquel día tan largo, de modo que se puso una guerrera nueva, se lustró las botas y se dirigió al Comisariado de Defensa.

Una vez allí, estuvo esperando un buen rato en una oficina concurrida y llena de humo donde se expedían los pases. Tras escuchar hasta el aburrimiento las historias de varios mayores y coroneles sobre las veleidades del destino que habían sufrido, obtuvo por fin su pase en la ventanilla.

Le recibió un capitán de la sección administrativa, el mismo que le había sellado los documentos de viaje el día que Nóvikov había llegado a Moscú. El capitán, que lucía una medalla al mérito militar, empezó por preguntarle por su estancia en la capital y luego le dijo:

–Lo siento, pero ha hecho el viaje en balde, todavía no tengo nada para usted. Creo que el jefe de la dirección todavía no está al corriente de su asunto.

Un capitán de complexión delgada entró en el despacho y, tras saludar, cambió de sitio una de las banderitas que señalaban un mapa escolar colgado entre dos ventanas.

Luego ambos capitanes comentaron brevemente la situación en los alrededores de Stalingrado. De aquella breve charla, Nóvikov pudo colegir que su visión de la guerra era tan escolar como el mapa que colgaba en la pared del despacho.

El capitán que estaba sentado detrás del escritorio aconsejó a Nóvikov que se dirigiera al teniente coronel Zvezdiujin, ya que éste era quien iba a

presentar un informe sobre él al jefe de la dirección y, por tanto, podía conocer con mayor exactitud los plazos en que se resolvería su expediente.

El capitán avisó por teléfono al teniente coronel y explicó a Nóvikov cómo llegar a su despacho.

El teniente coronel Zvezdiujin, un hombre pálido y cargado de espaldas, repasó las tarjetas del fichero con un movimiento rápido de sus dedos largos y blancos y anunció a Nóvikov:

–Camarada coronel, el informe que debo presentar sobre usted al jefe de la dirección sigue incompleto, pues aún no he recibido unos documentos que solicité al Estado Mayor del frente –miró la ficha de Nóvikov y añadió–: Aquí tengo anotado que cursé la solicitud en cuestión al día siguiente de su llegada a Moscú. Por tanto, los papeles deberían llegar en unos cinco días… Entonces, sin más dilación, informaré al jefe.

–¿Tal vez podría recibirme hoy? –insistió Nóvikov–. ¿Le importaría a usted ayudarme?

–Por supuesto, camarada coronel –respondió Zvezdiujin y agregó con una sonrisa–: Me encantaría ayudarle si eso sirviera de algo, pero su asunto no se puede resolver mediante una conversación. Hacen falta papeles. Papeles.

Pronunció la palabra «papeles» con énfasis, destacando cada sílaba en su conversación apática y monótona.

Nóvikov constató que no estaba en sus manos hacer que la lenta rueda burocrática acelerara su marcha, de modo que se despidió de Zvezdiujin al tiempo que éste prometía avisarle tan pronto tuviera noticias.

Cuando Zvezdiujin consultó el reloj y firmó el pase de Nóvikov, éste se lamentó de la brevedad de la conversación. Si aquel encuentro hubiera tenido lugar algún otro día, Nóvikov tal vez se habría enfadado con Zvezdiujin y habría discutido con él; sin embargo, ese día se sentía tan solo que estaba agradecido a Zvezdiujin, al centinela que había comprobado su pase y al guardia que se lo había expedido por el simple hecho de haberle distraído de su amarga soledad.

Una vez en la calle volvió a llamar a Shtrum desde una cabina telefónica, pero de nuevo nadie atendió la llamada. Luego se dedicó a vagar por la ciudad. Al verlo caminar pudiera parecer que llevaba un asunto urgente entre manos, y a nadie se le habría ocurrido que aquel coronel no hacía sino pasear. Hasta ese día apenas había salido a la calle, pues le avergonzaba que las mujeres, al verlo desfilar por la plaza Teatrálnaya o

sentado en un bulevar, pudieran pensar de él: «Ese gigantesco coronel está de paseo mientras nuestras tropas combaten al enemigo».

A la pregunta de Ivanov de por qué no iba al cine para entretenerse o salía al campo para tomar el aire, Nóvikov le había respondido:

–¡Qué dices! ¿Acaso durante la guerra puede uno pensar en ir a pasear a la dacha?

–Pues yo, aunque sólo fuera una tarde, sueño con disfrutar del fresco y tomar unas cervezas al aire libre –dijo Ivanov.

Nóvikov se acercó al edificio donde vivía Shtrum y preguntó a la vieja portera, sentada al lado de la entrada, si el inquilino del apartamento número 19 estaba en casa.

–No está, se marchó –dijo la vieja y rió sin motivo–. Hará diez días que tomó un avión.

Luego Nóvikov fue a correos y envió un telegrama a Aleksandra Vladímirovna, aunque presentía que no recibiría respuesta. Allí mismo escribió y despachó a Kazán una postal en la que pedía a Shtrum que le informara, si sabía algo al respecto, sobre la suerte de sus parientes de Stalingrado.

Nóvikov sabía que el tono de inquietud de la postal confirmaba la existencia de un sentimiento que Shtrum, probablemente, hubiera intuido durante el primer encuentro entre ambos.

Como no le quedaba nada más por hacer ni tampoco le apetecía volver a un apartamento donde nadie le esperaba, siguió callejeando a paso largo hasta el oscurecer. Habría recorrido unos veinte kilómetros: desde la calle Kalúzhskaya había caminado hasta el centro; luego, tras cruzar la Puerta de Krásnaya Priesnia, fue hasta la carretera de Leningrado, cerca del aeropuerto, donde se quedó mirando cómo despegaban los aviones de carga, algunos de los cuales se dirigían, tal vez, hacia la región de Stalingrado… Desde la carretera de Leningrado caminó hasta la estación de tren Savélovski, pasando por el parque Petrovski, y desde allí regresó al centro por la calle Kaliáyevskaya.

Caminaba sin detenerse, a paso ligero, y de ese modo conseguía calmar algo los nervios. A ratos se acordaba de la sensación que había experimentado al comienzo de la guerra; sabía que la vida lo pondría a prueba, y se esforzaba por hacerse a la idea de que le aguardaban tiempos difíciles. De nuevo brotaba en él aquella sensación que había tenido una noche en el cuartel general de un regimiento de aviación, cuando se obligó

a abrocharse uno por uno los botones de la casaca y ajustar el cinturón mientras los alemanes les bombardeaban, la sensación de estar dispuesto a pasar por todo lo que el destino le deparara.

Cuando Nóvikov llegó al apartamento de Ivanov, ya había oscurecido.

Una llamada telefónica le despertó a altas horas de la noche. Descolgó el auricular dispuesto a contestar con la frase que ya había utilizado infinidad de veces en semejante situación: «El coronel Ivanov no duerme hoy en casa, llame a su despacho». No obstante, resultó que querían hablar con Nóvikov.

Nada más empezar la conversación, el coronel se dio cuenta de que su próximo destino no se iba a decidir en el escalafón que ocupaban el teniente coronel Zvezdiujin y su fichero… Convocaban a Nóvikov desde el Estado Mayor General.

Posteriormente recordaría muchas veces aquella llamada nocturna que duró sólo un minuto.

Al llegar al Estado Mayor General, Nóvikov tuvo conocimiento de un suceso solemne y que lo llenó de dicha: el Alto Mando había aprobado su informe sobre las tácticas de combate con blindados.

Durante los dos días siguientes, los responsables de la Dirección de las Fuerzas Blindadas conversaron con Nóvikov. Al tercer día, cerca de la medianoche, llegó un automóvil que le trasladaría a una reunión con el general Fedorenko, jefe de la Dirección de las Fuerzas Blindadas de Combate del Ejército Rojo.

En el coche, Nóvikov pensó en la posibilidad de que, durante aquellos días decisivos para su vida, pudiera sucederle una desgracia que le partiera el corazón. ¡Qué feliz le haría recibir precisamente ahora un telegrama que le informara de que los Sháposhnikov estaban a salvo y de que Zhenia seguía con vida! Sin embargo, no había obtenido respuesta al telegrama enviado a Aleksandra Vladímirovna, y tampoco tenía noticias de Kazán.

Nóvikov y el general hablaron durante unas dos horas. A tenor de los muchos puntos en común que compartían, Nóvikov tuvo la sensación de estar conversando con un antiguo conocido. Resultó que el general estaba al tanto no sólo de los servicios que Nóvikov había prestado en las Fuerzas Blindadas, sino también de su trabajo durante los últimos meses en el Estado Mayor del frente.

A ratos Nóvikov se extrañaba de que aquel hombre mayor, de aspecto bonachón y cara redonda, fuera el responsable de aquellas Fuerzas

Blindadas poderosas y tremebundas que tan relevante papel habrían de desempeñar en la contienda, y que, al mencionar los nombres de Ribalko, Katukov y Bogdánov, [31] utilizara el mismo tono con que el director de un colegio pronuncia los nombres de los profesores de historia, de ciencias naturales y de lengua.

Con todo, Nóvikov era consciente de que aquella conversación tan agradable y distendida no tenía lugar por casualidad, y de que había alguna razón oculta para que en plena guerra, y en mitad de la noche, el jefe de la Dirección de las Fuerzas Blindadas del Ejército Rojo le prestara tanta atención y no consultara ni una vez el reloj mientras le escuchaba. Nóvikov, a pesar de darse perfecta cuenta de la importancia que aquella reunión tendría para su futuro, fue incapaz de pronunciar una sola palabra, una sola frase que atrajera en exceso la atención de su interlocutor.

Ocho días después de su encuentro con el general, parecía que se habían olvidado por completo de Nóvikov. Nadie lo llamaba para convocarle. Empezaba a creer que la conversación que había mantenido con el general había causado en éste una impresión desfavorable. Se despertaba en mitad de la noche y miraba los haces azules de los focos de la defensa antiaérea, que hurgaban en el cielo oscuro, mientras evocaba la reunión con el general, rememorando alguna de las frases que había pronunciado en su transcurso y que ahora consideraba especialmente «desafortunadas»: «No, eso no lo sé, no he pensado en ello… Intenté comprenderlo sin éxito».

Recordaba con absoluta claridad la parte de la conversación que había tratado de la táctica del uso masivo de blindados. Entonces el general le había preguntado:

–¿Cuál es, en su opinión, la función principal de las unidades de blindados de nueva formación?

–Creo que en el futuro inmediato esa función pasa, en primer lugar, por su uso masivo en la defensa activa –contestó Nóvikov provocando la risa del general.

–¡En absoluto! ¡Es en el ataque donde hay que dar un uso masivo a los blindados! ¡Ésa es la base sobre la que se han de estructurar las compañías, los batallones, las brigadas, los cuerpos y los ejércitos acorazados de nueva formación! ¡Ése es el objetivo práctico del mañana!

Mientras Nóvikov recordaba con cierta turbación todos los detalles de aquella conversación, los haces de los focos, como si se hubiesen

contagiado de su desasosiego, se agitaban sobre la amplitud del cielo, trémulos y silenciosos.

Durante aquellos días, Nóvikov había mandado dos telegramas más a Stalingrado y uno a Kazán, pero seguía sin recibir respuesta. Su inquietud iba en aumento.

Al noveno día después de la reunión con el general, un automóvil se detuvo junto al edificio donde se alojaba Nóvikov. Un teniente flaco y estrecho de hombros bajó del vehículo y entró corriendo en el portal. Al verlo por la ventana, Nóvikov comprendió que estaba a punto de conocer su futuro destino. No quiso esperar a que el teniente llamara a la puerta, y se acercó a abrir en el mismo momento en que el teniente hacía sonar el timbre. Sonrió y le preguntó:

–¿Me estaba esperando, camarada coronel?

–Efectivamente.

–Le convocan con urgencia al Estado Mayor General. Vengo con un coche para acompañarle.

En el Estado Mayor General el coronel recibió una orden escrita en que se le encomendaba a P. P. [32] Nóvikov la formación de un nuevo cuerpo de blindados en una de las zonas de la circunscripción militar de los Urales.

Al leer la notificación, el coronel creyó por un instante que aquella orden no iba dirigida a él sino a otra persona: resumía perfectamente un sueño que Nóvikov había llegado a tener por un simple ideal sin ninguna probabilidad de aplicación. Incluso su propio apellido, como si fuera el de otra persona, le sonó extraño en aquel momento.

Nóvikov releyó la orden. Al cabo de dos días tenía que tomar un avión hacia su nuevo destino… Emocionado, sintió deseos compartir todo aquello con Yevguenia Nikoláyevna para que ésta fuese la primera en saber la noticia y comprendiera que la constancia y pasión con que la amaba no sufriría cambio alguno tanto si Nóvikov tenía éxito como si fracasaba.

Más adelante, al recordar aquel día, se sorprendería por la rapidez y naturalidad con que había asumido lo que le acababa de suceder y que poco tiempo atrás habría juzgado imposible.

Dos horas después de recibir aquella orden, Nóvikov ya estaba entrevistándose con la Dirección de las Fuerzas Blindadas, se ponía en contacto con uno de los adjuntos del general Jruliov y acordaba una reunión con el director de la Academia de las Fuerzas Blindadas. Su mente rebosaba de ideas y consideraciones; decenas de notas, apuntes, números de teléfono,

cifras y direcciones de telégrafo fueron llenando las páginas de su agenda; decenas de cuestiones que el día anterior eran meramente teóricas y abstractas se habían concretado de repente conformando una realidad acuciante que requería de toda su energía anímica y mental.

Cómo completar las plantillas de los batallones, regimientos y brigadas; los plazos de los suministros de armamento y de los equipos de comunicación por radio; las cuotas del combustible y la financiación; el avituallamiento y la indumentaria de la tropa; las directrices metodológicas y los planes de formación; el alojamiento y un sinfín de cuestiones complejas y sencillas, de primer orden y secundarias ocupaban a Nóvikov…

La víspera de su marcha de Moscú la pasó conversando hasta muy tarde en el despacho del general al mando del departamento de tecnología con un grupo de ingenieros militares expertos en combustible y lubricantes para carros de combate. Antes de medianoche, tenía que recibirlo el jefe de la Dirección de las Fuerzas Blindadas.

Mientras conversaba con los ingenieros sobre la salinidad del gasóleo, pidió permiso para utilizar el teléfono al general que ocupaba el despacho y marcó el número de Ivanov. Éste se encontraba en casa y preguntó a Nóvikov:

–¿Qué tal, hermano? Estás muy liado, ¿no?

Nóvikov dijo a Ivanov que iría a despedirse de él al amanecer y, aunque esperaba una respuesta negativa, preguntó:

–¿Tal vez haya alguna carta o un telegrama para mí?

–A ver… sí, hay una postal…

–¿Puedes mirar quién la firma?

Ivanov tardó en responder, pues probablemente tuvo que descifrar la letra de un remitente que no conocía. Luego dijo:

–Creo que un tal Shtrum o Shtrom.

–Léemela, por favor –se apresuró a pedirle Nóvikov.

–«Estimado camarada Nóvikov, ayer regresé de los Urales, donde me habían convocado con urgencia…» –empezó leyendo Ivanov; luego carraspeó y comentó–: He de decirte que la caligrafía es horrible. «Quiero comunicarle una mala noticia… supimos por una carta de Aleksandra Vladímirovna que Maria Nikoláyevna había perecido en el primer bombardeo…»

Ivanov se interrumpió tal vez porque le costara descifrar las palabras que leía, pero Nóvikov atribuyó aquella pausa a que vacilaba antes de atreverse a darle la noticia de la muerte de Yevguenia Nikoláyevna…

En aquel momento, el comedimiento abandonó a Nóvikov. Se olvidó de que estaba hablando con Ivanov desde el despacho de un general y de que cuatro personas, a las que apenas conocía, seguían manteniendo allí una reunión de trabajo e involuntariamente tenían que escuchar aquella conversación telefónica… Nóvikov exclamó con voz bronca y temblorosa:

–¡Sigue leyendo, por Dios!

Los presentes de pronto se callaron y le miraron.

–«Yevguenia Nikoláyevna llegó junto con su madre a Kúibishev, donde se quedará por un tiempo; ayer recibimos un telegrama de ella» –prosiguió Ivanov.

Al ver que su cara recobraba la serenidad, los reunidos retomaron la conversación. Nóvikov advirtió que, en el momento en que supo que Yevguenia Nikoláyevna había llegado a Kúibishev, el nudo que atenazaba su corazón se rompió y, sin ninguna relación aparente con el contenido de la postal, pensó: «Tengo que acordarme de tratar el asunto del nombramiento de Darenski antes de marcharme».

En la postal Shtrum le informaba, además, de que no se tenían noticias de Vera ni de Stepán Fiódorovich. Mientras escuchaba cómo Ivanov le leía despacio la postal, Nóvikov siguió cavilando: «Sería demasiado trabajo intentar colocar a Darenski en el Estado Mayor del cuerpo; podría empezar asumiendo el rango de brigada…». Acto seguido sonrió y pensó: «Ya te está brotando la vena administrativa…».

Dio las gracias a Ivanov. Éste, al terminar de leer la postal, bromeó:

–Fin del telefonograma. Ha transmitido el coronel Ivanov.

–Ha recibido el coronel Nóvikov –respondió.

Cuando colgó, se había tranquilizado y familiarizado con la noticia que acababa de recibir, pensando: «¿Acaso podría haber sido de otra manera?», aunque era consciente de que tal posibilidad había existido…

Nóvikov se dirigió a un mayor de edad avanzada, colaborador del departamento de tecnología, quien tenía que volar con él al lugar donde estaba previsto que se formarían las brigadas de blindados y le preguntó:

–¿Cuál es nuestra ruta? ¿Ha estado allí alguna vez?

–Viajaremos vía Kírov, aunque también podríamos pasar por Kúibishev, sólo que allí a veces hay escasez de combustible, de modo que corremos el

riesgo de quedar atrapados. No hace mucho tuve que esperar allí más de veinticuatro horas.

–Entendido –dijo Nóvikov–. No es conveniente que nos arriesguemos, así que tomemos la vía Kírov.

«Menudo rapapolvo me caería si Yevguenia Nikoláyevna oyera lo que acabo de decir», pensó luego.

A medianoche, el jefe de la Dirección de las Fuerzas Blindadas debía recibir a Nóvikov. Mientras el coronel aguardaba en la antesala, miraba de cuando en cuando al secretario de guardia, sentado detrás de una mesa llena de teléfonos, y escuchaba las discretas conversaciones de los que esperaban.

En el transcurso de aquellos días, Nóvikov había empezado a ver a las personas y los acontecimientos de un modo distinto, de suerte que, cuando pensaba en los sucesos pasados, los consideraba bajo una nueva luz.

Una serie de aciagos acontecimientos habían motivado que las tropas rusas retrocedieran hasta el Volga, pero a la vez la guerra había abierto otra senda: los obreros e ingenieros soviéticos hacían todo cuanto estaba en sus manos para que un día no muy lejano la industria de la Unión Soviética fabricara más carros de combate que la germana.

Casi en cada conversación, llamada telefónica, directriz o informe, Nóvikov advertía algo distinto de lo que había percibido mientras prestaba servicio en el Estado Mayor del frente.

Un ingeniero militar conversaba por teléfono con el director de una fábrica de blindados situada en la retaguardia. Un general con la cara llena de arrugas llamaba al jefe de un polígono de tiro para detallar un plan de estudios. En las reuniones se hablaba sobre el futuro aumento de producción en las fundiciones, sobre la planificación, sobre la promoción de nuevos oficiales de la Academia Dzerzhinski cuya graduación estaba prevista para el invierno siguiente, y sobre los cambios en el programa de estudios de las escuelas de las Fuerzas Blindadas durante el nuevo curso académico.

Un general de ingeniería, sentado al lado de Nóvikov en la antesala, dijo a otro:

–Tendremos que levantar una segunda colonia, pues antes de que llegue el invierno ya no habrá dónde alojar a la gente. Cuando en marzo del cuarenta y tres construyamos dos nuevos talleres de montaje, esa colonia habrá de convertirse en ciudad.

Fue entonces cuando Nóvikov creyó entender en qué consistía aquella sensación tan emocionante y nueva. A lo largo de aquel año, para el coronel, la realidad de la guerra había sido la línea del frente, sus movimientos, curvas y roturas; percibía la guerra, por así decirlo, de un modo lineal. Aquella realidad cabía en la estrecha franja de tierra que bordeaba el frente y en el lapso de tiempo necesario para concentrar y hacer avanzar la reserva de tropas emplazadas en sus inmediaciones. Para Nóvikov, la única realidad de la guerra había consistido, hasta entonces, en la relación de fuerzas en el frente durante un lapso de tiempo estrictamente limitado.

Por el contrario, durante aquellos días Nóvikov llegó a percibir la guerra de un modo diferente. ¡Tenía volumen! No eran decenas de kilómetros, días ni semanas los que determinaban su realidad. La guerra se planificaba en la profundidad que medían miles y miles de horas. Esa realidad se manifestaba en el hecho de que en los Urales y en Siberia maduraban, crecían y tomaban forma clara y precisa cuerpos de blindados, divisiones de artillería y de aviación. No sólo el momento presente conformaba la realidad de la guerra, sino también la tan ansiada hora que destellaría medio o, tal vez, un año después. El advenimiento de esa hora, oculta en la profundidad del espacio y en las tinieblas del tiempo, se preparaba de cientos de maneras distintas en centenares de lugares. El presente de la guerra y el resultado de un combate reciente no eran lo único que determinaba el verdadero curso de la contienda… Nóvikov ya sabía todo aquello cuando servía en el Estado Mayor del frente, pero entonces su conocimiento de la materia era, quizás, académico y ajeno a la práctica diaria del combate.

El éxito de las batallas de 1943 tenía sus raíces en el perfeccionamiento de los programas de estudios de las escuelas militares, en la elaboración de nuevos métodos de producción en cadena, en las discusiones y aciertos de los constructores de armamento, de los tecnólogos y los científicos, en las calificaciones obtenidas por los cadetes de las academias militares, los futuros oficiales de las tropas blindadas, aéreas y de artillería, y en la ampliación de las minas y de las canteras.

¿Qué podía saber Nóvikov sobre combates futuros? ¿Dónde se librarían?

El polvo y el humo del frente ocultaban el futuro; el fragor de la batalla a orillas del Volga lo ahogaba.

Sin embargo, Nóvikov era consciente de que acababa de convertirse en uno de aquellos miles de comandantes a quienes el Alto Mando confiaba el futuro de la guerra.

Esa segunda reunión con el jefe de la Dirección de las Fuerzas Blindadas fue muy distinta de la primera, y Nóvikov enseguida se percató de ello. El general se mostró seco y escueto en sus observaciones e incluso le reprendió, diciéndole disgustado: «Yo creía que usted había hecho más, debería ir más rápido», cosa que, sin embargo, alegró a Nóvikov pues de aquel modo el general le ponía de manifiesto que había entrado a formar parte de la familia de los tanquistas.

En un momento de la reunión entró un ordenanza e informó de la llegada de Duguin, comandante de una célebre unidad de blindados.

–Lo recibiré dentro de unos minutos –señaló el general al tiempo que miraba no sin sorpresa a un sonriente Nóvikov.

–Es un antiguo compañero de servicio, camarada general –explicó el coronel.

–Vaya –se limitó a decir el general, en absoluto interesado en conocer el pasado que habían compartido Nóvikov y Duguin en el ejército–. ¿Tiene algún asunto más que tratar conmigo? –le preguntó mientras consultaba el reloj.

Hacia el final de la conversación, Nóvikov pidió que se destinara a Darenski al cuerpo de blindados que él comandaría. El general le hizo varias preguntas breves al respecto, las necesarias en tal caso, y, tras un momento de reflexión, añadió:

–Dejemos ese asunto para más adelante. Vuelva a planteármelo cuando el cuerpo esté a punto de salir de la reserva.

Se despidieron brevemente. El general no preguntó a Nóvikov, pues ya era demasiado tarde para hablar de ello, si se sentía capaz de cumplir con su labor. Nóvikov no tenía elección: debía estar a la altura de las circunstancias.

En la antesala conversó durante unos minutos con Duguin; ambos se alegraron de volver a verse.

Nóvikov lo conocía desde antes de la guerra. Duguin era un gran entendido en setas: le encantaba salir a buscarlas y sabía salarlas de un modo magistral. Ahora era un célebre jefe militar, un héroe cuyas tropas habían repelido el ataque de las unidades de choque alemanas en su avance hacia Moscú. A Nóvikov le causó extrañeza contemplar el semblante pálido

y flaco de Duguin, quien aglutinaba en su persona a un querido compañero de los tiempos de paz y un héroe de guerra.

–Y bien, ¿qué tal las botas? –le preguntó Nóvikov a media voz; una pregunta que tal vez sonara extraña para quien no supiera que Duguin había decidido calzar el mismo par de botas hasta la derrota definitiva del enemigo.

–De momento bien, siguen sin precisar ningún remiendo –respondió Duguin con una sonrisa–. ¿Ya te lo han contado?

–Por supuesto.

En ese momento un ordenanza del jefe de la dirección dijo a Duguin:

–Camarada general, el comandante le espera.

–Enseguida –respondió Duguin y preguntó a Nóvikov–: Entonces, ¿comandarás un cuerpo?

–Así es.

–¿Ya te has casado?

–Todavía no.

–No te preocupes. Aún nos queda tiempo para volver a vernos y combatir juntos.

Se despidieron.

Nóvikov llegó al aeródromo central a las seis de la mañana. Cuando su coche entraba en el recinto, el coronel se incorporó en su asiento, miró la franja cenicienta de la carretera de Leningrado y el verde oscuro de los árboles, se volvió para contemplar Moscú, que había quedado atrás, y recordó por un instante el sentimiento de confusión e inseguridad con que había partido del mismo aeródromo apenas tres semanas y media antes. ¿Acaso habría podido imaginar entonces, mientras esperaba ante la ventanilla donde se expedían los pases para el Comisariado de Defensa y se entrevistaba con Zvezdiujin, que al poco tiempo su sueño de convertirse en comandante de blindados en activo se haría realidad?

El coche entró en el aeródromo; una estatua de Lenin blanqueaba a la luz grisácea del amanecer de verano. Nóvikov notó que el pecho le ardía; el corazón empezó a latirle desbocado.

El sol despuntó mientras se acercaba al avión en compañía de un grupo de militares que irían en el mismo vuelo. El cemento de la ancha pista de despegue, la hierba amarilla y polvorienta, los cristales de las cabinas de las aeronaves y el celuloide de los portaplanos de los pilotos que se

encaminaban hacia sus aviones brillaron de pronto, como sonriendo a la luz de un sol radiante.

El piloto del Douglas verde en el que iba a volar Nóvikov se acercó arrastrando los pies, saludó con pereza e informó:

–Camarada coronel, el cielo está despejado a lo largo de toda la ruta; podemos despegar.

–Volemos pues –dijo Nóvikov y advirtió aquella mirada curiosa y algo tensa que suelen dirigir los oficiales subalternos a los comandantes de ejército, de cuerpo y de división. Nóvikov conocía bien aquella mirada, pero era la primera vez que alguien la dirigía a él. Fue consciente de que a partir de ese momento muchos habrían de recordar su aspecto, su manera de vestir y sus bromas.

En efecto, por mucho que se ensalce la virtud de la humildad, es imposible no sentir un agradable cosquilleo en el pecho, un ligero hormigueo entre las costillas, cuando un hombre sube por primera vez a un potente bimotor especialmente fletado para su persona, se le mira con curiosidad y el mecánico de a bordo le saluda con estas palabras: «Camarada coronel, aquí le va a dar el sol en la cara, ¿le gustaría cambiar de asiento?».

*

Una vez en el avión, Nóvikov se dedicó a leer los documentos que le habían entregado en la Dirección de las Fuerzas Blindadas.

De vez en cuando echaba un vistazo por la ventanilla y veía el hilo brillante de un río que serpenteaba hasta el Volga, el verde tranquilo de los bosques de robles y de coníferas, los abetales y alamedas otoñales, una sementera que verdecía, brillante, bajo la luz del sol matutino, cúmulos de nubes y la sombra de gris ceniza del avión que se deslizaba con una precisión matemática sobre la superficie de la tierra.

Guardó los papeles en un maletín y se sumió en sus pensamientos. Le asaltó un recuerdo de su infancia: mujeres que daban voces, ropa de cama tendida al sol en los patios de un poblado minero. Se acordó de aquella mezcla de embeleso y envidia que había experimentado cuando Iván, su hermano mayor, regresó a casa después de su primer día en la mina. Entonces su madre llevó al patio una banqueta, una palangana de hojalata y un cubo con agua caliente; Vanka [33] se enjabonó el cuello tiznado y la

madre, con una expresión de tristeza y ternura en el rostro, le echó agua de un cuenco.

¡Ah, cómo le habría gustado a Nóvikov que sus padres aún viviesen y pudieran enorgullecerse del hijo que viajaba ahora a bordo de un avión para asumir el mando de un cuerpo de blindados! Pensó que tal vez pudiera pasar un día en casa de su hermano, ya que la mina donde trabajaba no estaba lejos de su destino. Pudo imaginarse la escena de su llegada a casa de Iván: su hermano estaría lavándose en el patio, a su lado habría una banqueta con una palangana y su mujer, al ver a Nóvikov, dejaría caer el cuenco y exclamaría:

–¡Vania, Vania! ¡Tu hermano ha venido a verte!

También se acordó del rostro enjuto y moreno de Maria Nikoláyevna. ¿Por qué la noticia de su muerte le había dejado indiferente? Cuando supo que Zhenia seguía con vida, olvidó a su hermana muerta. Ahora, sin embargo, le invadía un agudo sentimiento de pena que enseguida había de esfumarse, lo mismo que el recuerdo de Maria Nikoláyevna. El pensamiento de Nóvikov siguió adelante, ora dejando atrás al avión, ora retrocediendo hacia el pasado.

46

Shtrum regresó de Cheliábinsk a Kazán a finales de agosto: en vez de tres días, había permanecido en aquella fábrica de los Urales alrededor de dos semanas.

Todo ese tiempo lo pasó trabajando a destajo; en otras circunstancias no habría necesitado dos semanas sino dos meses para llevar a cabo tantos análisis, realizar tantas consultas, comprobar tantos esquemas y mantener tantas reuniones con ingenieros y jefes de laboratorio.

Shtrum no podía dejar de sorprenderse de que sus conocimientos sirvieran a decenas de especialistas, de que tuvieran aplicaciones prácticas en el trabajo de ingenieros, mecánicos y electricistas y en los laboratorios de física y química de la fábrica. El problema para cuya solución se había contactado con Shtrum se había resuelto al segundo día de su llegada. Pese a ello, Semión Grigórievich Krímov convenció a Víktor Pávlovich de que no se marchara hasta que se comprobara el esquema que había propuesto.

A lo largo de su estancia en Cheliábinsk, Víktor Pávlovich sintió crecer el nexo que lo había unido a aquella enorme fábrica: una sensación que conocen muy bien todos aquellos que tuvieron la oportunidad de trabajar en Donbass, en Prokópievsk [34] o en los Urales.

No sólo en los talleres y en el patio fabril de donde sale con estruendo el metal recién fundido para ser transportado por una ancha vía de tren, sino en todas partes: en el teatro, en el comedor decorado con tapices del ingeniero en jefe, en la peluquería, en el boscaje junto a un estanque sereno en cuya agua flotan las hojas otoñales, en las calles, en los chalés, en la colonia donde residen los ingenieros, en los largos barracones… todo respira y vive al compás de la fábrica.

La fábrica que hace sonreír o fruncir el ceño a los ingenieros y determina el trabajo, el bienestar y las necesidades de los obreros, la hora del almuerzo y del descanso, los ascensos y descensos de la marea humana en las calles de la ciudad, el horario de los trenes de cercanías y las decisiones del consejo municipal. El trazado de las calles y de las vías de tranvía, la disposición de los comercios y de los parques tienen en la fábrica su eje de coordenadas… Alrededor de ella gira la conversación y el pensamiento, es el principal punto de referencia en la ciudad.

Está presente en todas partes y en todo momento: en el pensamiento, en los corazones, en la memoria de los ancianos; es el futuro de los jóvenes y

un motivo de preocupación, de alegría y de esperanza… Respira, hace ruido; su olor, el estruendo que provoca y el calor que despide se extienden por doquier; invade los oídos, los ojos, las fosas nasales y la piel.

Shtrum había propuesto a la dirección de la fábrica un esquema que simplificaría el montaje de la nueva maquinaria.

Durante la fase final del ensamblaje, antes de que la cadena se pusiera en funcionamiento, Shtrum pasó cuarenta y ocho horas seguidas en la fábrica. Se había contagiado de la tensión de los metalúrgicos y electricistas que trabajaban en el montaje, así que aprovechaba el poco tiempo libre del que disponía para dormir a ratos en un pequeño sofá de la oficina del taller.

La noche antes de la primera prueba, Shtrum, junto con el director de la fábrica y el ingeniero en jefe, recorrió los talleres para echar un último vistazo a la maquinaria recién montada según sus indicaciones.

–Le veo muy tranquilo –dijo Krímov a Shtrum.

–En absoluto –replicó éste–, estoy terriblemente nervioso a pesar de que mis cálculos se me antojan incuestionables.

Rechazó pasar la noche en casa de Krímov y se quedó en el taller hasta el día siguiente.

Junto con Korenkov, secretario de la célula del Partido, y un joven electricista joven de cara alargada enfundado en un mono azul, Shtrum subió por una escalera de hierro a la galería superior del taller en la que se ubicaba uno de los distribuidores eléctricos.

Shtrum tenía la sensación de que el tal Korenkov jamás abandonaba la fábrica. Al pasar por delante del rincón rojo, Víktor Pávlovich veía a través de la puerta entreabierta cómo aquél leía el diario a los obreros en voz alta. Cuando entraba en el taller, veía la pequeña y encorvada figura de Korenkov iluminada por las llamas de los hornos. Lo había visto en el laboratorio y cerca del economato, donde Korenkov establecía el orden de cola agitando los brazos y dando indicaciones a las mujeres que se arremolinaban junto al mostrador… Aquella noche Korenkov también había permanecido en la fábrica.

Visto desde arriba, el taller ofrecía un aspecto fascinante: las aristas de los hornos, que parecían volcanes, se perfilaban con claridad; el caldero de colada lleno de metal en ebullición semejaba la superficie del sol, envuelta en las llamas provocadas por explosiones atómicas, rodeada por una melena de fuego movediza y chispeante que un ojo humano contemplaba por primera vez desde las alturas.

Después de hacer algunas pruebas, armar un dispositivo para transformar la corriente y realizar varias conexiones y conmutaciones que resultaron ser correctas, Korenkov propuso a Shtrum que bajara de la galería.

–¿Y usted? –preguntó éste.

–Quiero revisar el cableado que hay en el tejado, voy a subir con el electricista –explicó Korenkov y señaló una escalera metálica de caracol enroscada como un tirabuzón al techo del taller.

–Subo con ustedes –propuso Shtrum.

Desde el elevado tejado se divisaban, además del recinto fabril, la colonia obrera y los alrededores.

En la oscuridad de la noche, la fábrica despedía un resplandor de un rojo muy vivo; miles de farolas centelleaban, y parecía que el viento unas veces avivaba y otras apagaba su luz.

Aquella luz intermitente llegaba hasta el agua del estanque, hasta el bosque de pinos y hasta las nubes; la naturaleza entera parecía atravesada por la tensión y el desasosiego que se habían instalado de la mano de los hombres en el apacible reino nocturno que conformaban el agua, el cielo y los árboles.

Los silbidos agudos de las locomotoras, las bocanadas de vapor silbante y el estruendo del metal rasgaban el silencio nocturno de la naturaleza. Aquella intensa sensación contrastaba con la que Shtrum había experimentado al atardecer del día en que había llegado a Moscú desde Kazán, cuando un crepúsculo apacible nacido de las llanuras, los bosques y las aguas campestres adormecidas descendía sobre las calles y las plazas en penumbra de la capital.

Korenkov dijo a Shtrum:

–Espere aquí, mientras tanto yo ayudaré al electricista a fijar un cable para mejorar la conexión.

Shtrum sostuvo el cable. Korenkov, agitando la mano, le indicó desde lejos:

–¡Hacia mí, hacia mí!

Shtrum no le oyó bien y empezó a tirar del cable. Korenkov le gritó con enojo:

–¡He dicho hacia mí, vamos!

Cuando Korenkov regresó junto a Shtrum le dijo con una sonrisa:

–El ruido ha impedido que me oyera bien. Bajemos.

Shtrum preguntó a Korenkov sobre la posibilidad de realizar una fundición de prueba. Éste respondió que era difícil, y quiso saber para qué necesitaba Shtrum aquella nueva variedad de acero. Shtrum le dio una breve explicación de su proyecto y mencionó los requisitos técnicos que debía cumplir el metal que sería la materia prima para construir el aparato que había ideado.

Luego Shtrum se dirigió al laboratorio de la fábrica, y de allí a la oficina del taller. Era una hora relativamente tranquila, antes del cambio de turno.

Un joven fundidor a quien Shtrum ya había observado trabajar varias veces estaba sentado detrás de la mesa haciendo anotaciones en un grueso libro de cuentas, mientras comprobaba los datos de una hoja de papel manchada.

Cuando Shtrum entró en la oficina, el joven apartó sus guantes de lona y siguió escribiendo.

Shtrum se sentó en un pequeño sofá.

El fundidor acabó de escribir y empezó a liar un pitillo.

Shtrum le preguntó:

–¿Cómo le ha ido hoy en el trabajo?

–Bastante bien, gracias.

Entonces entró Korenkov.

–Ah, Grómov, hola –saludó al fundidor–, ¿has venido sólo para fumar un cigarrillo?

Miró lo que había apuntado Grómov en el libro de cuentas y dijo:

–No está mal, Grómov.

–Ahora sí que podemos fumar… –comentó el joven–, dos o tres blindados de más llegarán al frente.

–Dudo de que estén de más –apuntó Korenkov con una sonrisa.

Durante la conversación que siguió, Grómov le contó a Shtrum cómo había acabado en los Urales:

–No soy de aquí, nací en Donbass. Llegué un año antes de la guerra. ¡Todo me pareció tan extraño! Enseguida me arrepentí de haber venido. ¡Un horror! Escribí cartas a Makéyevka y Yenákiyevo [35] pidiendo que me permitieran regresar a Donbass. Camarada profesor, ¿quiere saber cómo me enamoré de los Urales? Pues pasándolo terriblemente mal. Cuando llegué, las condiciones de vida eran tolerables: me dieron una habitación, tenía para comer… En resumen, se podía vivir. Sin embargo, no había modo de adaptarme. ¡Mi único pensamiento era regresar a Donbass! Pero después de

sobrevivir con toda mi familia al otoño y el invierno de 1941, pasando hambre y frío, me acostumbré a este lugar.

Korenkov miró a Shtrum y dijo:

–Yo también sufrí mucho durante el invierno de 1941. A mi hermano lo mataron en el frente, y mis padres se quedaron en territorio ocupado. Mi mujer enfermó. Aquí había refugiados de todas partes. Hacía un frío atroz y escaseaba la comida. Mientras tanto, fueron construyendo la fábrica, día y noche. Trajeron la maquinaria desde Ucrania y la dejaron al aire libre. La gente vivía en las cuevas que habían cavado en la tierra. Y yo no dejaba de pensar en cómo estarían mis viejos allí, en Oriol. Unas veces creía que estaban vivos y que volveríamos a vernos; otras, se me partía el corazón al pensar que, a su edad, era imposible que pudieran sobrevivir a una tragedia así. Este año mi padre cumple los setenta, y mi madre es dos años menor. Cuando me marché de Oriol, antes de la guerra, ella ya sufría del corazón. Por eso mismo se le empezaron a hinchar los pies. Un desastre. Yo sigo sufriendo, pero no hay nada que pueda hacer; además, voy de aquí para allá sin cesar, no tengo tiempo ni para sentarme.

Shtrum escuchaba en silencio. Su mirada expresaba una angustia tan manifiesta que Korenkov le dijo de repente:

–Qué le voy a contar… A usted también le habrá tocado sufrir lo suyo durante este último año.

–Pues sí me tocó, camarada Korenkov, y aún me toca.

–Parece que soy el único que tiene suerte –observó Grómov–: toda mi familia está conmigo, sana y salva.

Korenkov dijo:

–Camarada Shtrum, apúnteme sin falta su dirección. Le escribiré sobre esa fundición de prueba que me pidió. Si me deja los requisitos técnicos detallados, haremos la prueba. Creo que el director y Krímov no se opondrán, sino todo lo contrario. Me encargaré del asunto, así que anote: «Responsable: Korenkov», como si se tratara del acta de una reunión técnica.

–Es usted un hombre extraordinario –dijo conmovido Shtrum–. Cuando se lo conté, pensé que se olvidaría del asunto.

–Ése no es de los que se olvidan… –sonrió Grómov y movió la cabeza sin que Shtrum entendiera si lo hacía en señal de aprobación o de censura.

Durante el turno de mañana, las pruebas de la nueva maquinaria, ya instalada, dieron buenos resultados. A las once de la noche del mismo día se

hizo otra prueba. Para ese momento habían logrado resolver los pequeños defectos que se habían detectado en el examen anterior. Un día después, la maquinaria empezó a funcionar con normalidad.

A pesar de que Shtrum estaba alojado en casa de Semión Grigórievich Krímov, ingeniero en jefe de la fábrica, apenas se veían. Krímov solía llegar a casa bien entrada la noche, y cuando se encontraban, hablaban sobre todo de trabajo. Semión Grigórievich estaba preocupado porque no había recibido carta de su hermano mayor, destinado en el frente.

Shtrum causaba no pocos sinsabores a Olga Serguéyevna, la esposa de Krímov, una mujer delgada y atractiva de ojos grandes y pálido semblante. Ella trataba de cocinar para Víktor Pávlovich los mejores platos, pero éste apenas comía y se mostraba distraído y reservado. Olga Serguéyevna concluyó que Shtrum era un hombre frío, huraño y completamente absorbido por su trabajo.

En una ocasión, al pasar por delante del cuarto donde dormía Shtrum, creyó oír unos sollozos. Desconcertada, Olga Serguéyevna pensó en despertar a su marido. Se dirigió hacia su dormitorio, pero luego vaciló y quiso comprobar si se había equivocado: aquellos sollozos en mitad de la noche no casaban en absoluto con la idea que se había formado de Víktor Pávlovich. Cuando volvió junto al cuarto de Shtrum, aguzó el oído, pero no oyó sino silencio. Olga Serguéyevna lo atribuyó a una alucinación, y volvió a su dormitorio. Sin embargo, no había sido así: en el mundo existía una fuerza aún más poderosa que la de una fábrica.

Shtrum regresó a Kazán a finales de agosto. Por la mañana, cuando su avión hubo despegado, uno de los pilotos dijo: «¡Adiós, Cheliábinsk!», y entró en la cabina; a las dos de la tarde salió para decir: «¡Hola, Kazán!». Todo aquello sucedió en un abrir y cerrar de ojos, como si, cual un prestidigitador experimentado, el piloto hubiese guardado Cheliábinsk en una manga y sacado Kazán de otra. Shtrum vio la ciudad a través de una ventanilla cuadrada. Su ojo abarcó Kazán por entero: el centro con sus altos edificios rojos y amarillos; el abigarramiento de los tejados; las calles principales y las casitas de las afueras; personas y coches; huertos cubiertos con hojas amarillas; unas cabras que corrían, sobresaltadas, por el ruido del avión en descenso; la estación de tren y las vedas plateadas de las vías férreas; la maraña de las carreteras de tierra que salían de la ciudad hacia las llanuras y los bosques envueltos en niebla… Sumido en la contemplación de Kazán, con su abigarramiento y sus límites, a Shtrum la ciudad le

pareció aburrida, sin ningún misterio por descubrir, y pensó: «Es extraño que en mitad de ese montón de piedra y hierro habiten mis seres más queridos».

Liudmila esperaba a Víktor Pávlovich en el recibidor. En la penumbra, el rostro de su esposa parecía pálido y rejuvenecido. Durante algunos instantes se miraron sin decir nada. La tristeza y la alegría provocadas por el encuentro se confundieron, y sólo el silencio, que no las palabras, podía expresar lo que los esposos sintieron al reencontrarse.

No necesitaban verse para ser felices, ni tampoco para consolarse ni ser consolados. Al observar durante aquel breve instante la cara de su mujer, Shtrum sintió todo lo que ha de sentir un hombre que sabe amar, que puede equivocarse, faltar a su palabra y olvidarse de todo arrastrado por un sentimiento fuerte y amargo que le conturba el alma, y aun así ser capaz de seguir viviendo su vida ordinaria.

Todo cuanto le sucedía en la vida tenía que ver con Liudmila: sus penas, sus triunfos, un pañuelo olvidado en casa, una observación poco acertada durante un debate científico, la falta de apetito a la hora del almuerzo, sus desavenencias con los amigos…

Si el conjunto mismo de su existencia tenía aquel sonido tan especial y cargado de sentido era porque incluso los sucesos más nimios que la iban conformando parecían sacudirse su mudez en contacto con Liudmila, y empezaban a sonar y a cobrar importancia.

Los esposos entraron en la habitación y Liudmila le habló de los familiares que vivían en Stalingrado: Aleksandra Vladímirovna y Zhenia habían llegado a Kúibishev, donde Zhenia, según Liudmila había podido saber por la carta que había recibido el día anterior, iba a quedarse por un tiempo, mientras que su madre proseguiría viaje en barco hasta Kazán. La esperaba al cabo de dos o tres días. Vera y su padre se habían quedado en Stalingrado, pero no habían recibido más noticias de ellos. Luego Liudmila comentó:

–Tolia escribe con bastante regularidad, ayer mismo recibí una carta suya con fecha de 21 de agosto. Sigue en el mismo lugar, come sandía, está sano y nos echa de menos… Entre hoy y mañana Nadia regresa del koljós. Yo tenía razón en querer que fuera allí, está muy contenta, se ha fortalecido y ha trabajado mucho… Por cierto, Zhenia escribe que no tiene noticias de Seriozha, como si se lo hubiera tragado la tierra…

–¿Hace mucho que no ves a Sokolov? –preguntó Shtrum.

–Vino anteayer y se quedó pasmado al saber que estabas en Cheliábinsk.

–¿Vino porque había algún problema?

–No, me dijo que todo iba bien. Simplemente te echaba de menos. Hace unos días también vino Postóyev y se burló de lo apegado que estabas a nuestro apartamento de Moscú, me dijo que no habías querido quedarte en el hotel ni un solo día. ¿De qué te alimentaste en todo aquel tiempo? ¿De fiambres?

–Ya me ves, he sobrevivido –se encogió de hombros Shtrum.

–Cuéntame sobre Cheliábinsk, ¿qué tal por allí? ¿Fue interesante?

Shtrum empezó a relatarle su experiencia. No mencionaron en ningún momento a Maria Nikoláyevna ni a Anna Semiónovna, pero no dejaron de pensar en ellas ni un solo instante, se hablara de lo que se hablase, conscientes de que ambos lo sabían.

Bien entrada la noche, cuando Shtrum regresó del instituto, Liudmila le dijo:

–Vítenka, Marusia ha muerto… También recibí tu carta sobre Anna Semiónovna.

Shtrum le respondió:

–Ya no me queda ninguna esperanza, y casi al mismo tiempo supe lo de la pobre Marusia.

–Ya me conoces, no quería que la depresión me venciera, pero ayer estuve revisando unas cosas y me topé con una cajita de madera que Marusia me había regalado cuando empecé el cuarto curso de secundaria; ella debía de tener entonces unos nueve años. En aquel tiempo todas nosotras nos habíamos aficionado al pirograbado. Marusia grabó en esa cajita unas hojas de arce y una inscripción en la que se leía: «Para Luda de parte de Masha», y me la regaló. Cuando ayer la encontré, se me partió el corazón y pasé toda la noche llorando.

*

La pesadumbre que atenazaba el corazón de Shtrum parecía haber aumentado después de su regreso a Kazán. El recuerdo de su madre le acompañaba en cualquiera de sus ocupaciones.

Al subir al avión que lo llevó a Cheliábinsk, había pensado: «Mi madre ya no está y yo me dirijo al este, más lejos aún de su sepultura». A su regreso de Cheliábinsk, ya cerca de Kazán, pensó: «Ya nunca sabrá que

estamos en Kazán». Cuando vio a su mujer, sumidos ambos en aquellos momentos de emoción, recordó: «La última vez que estuve con Liudmila aún creía que volvería a ver a mi madre cuando acabara la guerra».

El recuerdo de su madre, como una maroma que lo unía a la tierra, se enraizó profundamente en todos los acontecimientos, decisivos e insignificantes, de la vida de Shtrum. Tal vez siempre había sido así, sólo que antes aquella ligazón que lo unía a la madre y alimentaba su alma desde la niñez era transparente y flexible, apenas se percataba de su existencia, mientras que en el presente la sentía constantemente, día y noche.

Ahora que ya no podía alimentarse del amor de su madre sino que, por el contrario, tenía que entregar, presa de la congoja y el desconcierto, ese don; ahora que su alma ya no absorbía la sal y el jugo de la vida sino que los devolvía en forma de lágrimas, Shtrum padecía un dolor incesante.

Mientras releía la última carta de su madre; mientras a través de su tono sereno y contenido intuía el horror de las gentes indefensas, acorraladas detrás de las alambradas del gueto y condenadas a morir; mientras imaginaba los últimos minutos de la vida de Anna Semiónovna, el día de la matanza que ella había presentido a raíz de los relatos de aquellos que huían de los *shtetl* cercanos; cuando con un tesón despiadado se obligaba evaluar lo que su madre había sentido al borde de una fosa en medio de una multitud de mujeres y niños, mientras unos SS los apuntaban con sus armas… entonces, una sensación terriblemente intensa se apoderaba de él. Sin embargo, sabía que era imposible cambiar algo que ya había sucedido y que la muerte había sellado con hormigón para siempre.

No sentía la necesidad de dar cuenta de su pesadumbre a su mujer, a su hija ni a sus amigos; no quería compartir con nadie aquel sufrimiento que sólo a él concernía.

En su carta, Anna Semiónovna no mencionaba a Liudmila ni tampoco a Nadia o a Tolia. Era una carta dirigida enteramente a Shtrum, su hijo; tan sólo contenía una frase que decía: «Esta noche he soñado con Sáshenka Sháposhnikova» [36] .

Shtrum no quería mostrar aquella carta a nadie, ni siquiera a sus seres más queridos. Varias veces al día posaba una mano sobre el pecho, sobre el bolsillo interior de la americana donde la guardaba. Una vez, en un arrebato de angustia, pensó: «Si la escondiera bien, quizá conseguiría cierto sosiego. Esa carta es como una tumba abierta en mi vida».

No obstante, preferiría matarse antes que separarse de aquella carta que lo había encontrado de milagro.

Shtrum la releyó en numerosas ocasiones, y cada vez que lo hizo tuvo la misma sensación que cuando la había leído aquella noche en la dacha.

Quizá fuera porque su memoria se resistía instintivamente a ella, en un intento de rechazar lo inaceptable.

Todo seguía igual que antes de su viaje a Moscú, pero por alguna razón, también todo había cambiado.

Así, una persona gravemente enferma que no guarda cama sigue trabajando, conversando, comiendo, bebiendo e, incluso, bromeando y riendo, pero todo a su alrededor le parece diferente: el trabajo, las caras de las personas, el sabor del pan, el aroma del tabaco y el calor del sol.

Quienes la rodean advierten también que esa persona trabaja, habla, discute, ríe y fuma de un modo distinto del habitual, como si una bruma fría y ligera la separara de ellos.

En una ocasión Liudmila le preguntó:

–¿En qué piensas mientras hablas conmigo?

–En nada, sólo pienso en lo que digo en ese momento.

Asimismo, mientras hablaba con Sokolov en el instituto acerca de los éxitos que había cosechado en Moscú, de la posibilidad inesperada de ampliar su proyecto, de los encuentros de trabajo con Pímenov, de las reuniones en el Departamento de Ciencias y de la asombrosa rapidez con que se llevaban a cabo todas sus propuestas, Shtrum no podía liberarse de la sensación de que alguien lo estuviera mirando con ojos tristes y cansados, moviendo la cabeza al escucharlo hablar.

Cuando se acordaba de los días que había pasado en Moscú y de la hermosa Nina, su corazón no latía más deprisa; tenía la sensación de que todo aquello le había sucedido a otra persona, y que carecía de todo interés… ¿Acaso tenía sentido escribir a Nina y pensar en ella?

*

Aleksandra Vladímirovna llegó a Kazán al atardecer sin haber avisado de su llegada. Le abrió Nadia, que el día anterior había regresado del koljós. Cuando vio a su abuela, enfundada en un abrigo negro de hombre y con un pequeño atado en la mano, saltó para abrazarse a su cuello.

–¡Mamá, mamá, ha llegado la abuela! –gritó mientras besaba a Aleksandra Vladímirovna y la atosigaba con sus preguntas–: ¿Cómo te encuentras? ¿Estás bien de salud? ¿Dónde están Seriozha y la tía Zhenia? ¿Qué hay de Vera?

Liudmila Nikoláyevna salió deprisa al encuentro de su madre y le besó las manos, la cara y los ojos sin decir palabra, ahogada por la emoción.

Aleksandra Vladímirovna se quitó el abrigo, entró en la habitación, se atusó el pelo y, tras volverse, dijo:

–Y bien, ya está aquí la invitada… ¿Y Víktor?

–En el instituto, hoy volverá tarde –informó Nadia–. La abuela Anna Semiónovna ha muerto, la han matado los alemanes, papá recibió una carta.

–¿Ania? [37] –exclamó Aleksandra Vladímirovna.

Liudmila vio que el rostro de su madre palidecía y reconvino a la joven:

–¡Nadia, cómo puedes ser tan brusca!

Aleksandra Vladímirovna permaneció de pie junto a la mesa, en silencio, y luego empezó a ir y venir por la habitación antes de detenerse delante de una mesilla en la que había una cajita de madera. La tomó y dijo:

–Me acuerdo de esta cajita, te la regaló Marusia –dijo.

–Sí, fue Marusia –asintió Liudmila.

Por un momento, madre e hija se miraron con el ceño fruncido y los labios apretados.

–Qué recuerdos, Luda –dijo Aleksandra Vladímirovna–. He perdido a Marusia; he perdido a Ania Shtrum, pero yo estoy sana y salva, y tengo que seguir viviendo.

Se volvió de repente hacia Nadia y le preguntó:

–Y tú, trabajadora del koljós, ¿en qué curso estás ya?

–Acabo de comenzar el décimo curso de secundaria –respondió Nadia entre sollozos.

–Mamá, ¿qué quieres hacer primero, bañarte o tomar un té? Tenemos agua caliente.

–Primero quisiera bañarme, y el té lo dejaremos para después. –Aleksandra Vladímirovna abrió los brazos y añadió–: Luda, préstame ropa interior, algún vestido, una toalla y jabón. Me quedé con lo puesto después de que todas mis cosas se quemaran en el incendio.

–Mamita, te dejaré de todo, lo que quieras. Y Zhenia, ¿por qué no te acompañó si ella también lo perdió todo en el bombardeo?

–Zhenia encontró trabajo. Tras aquellos días terribles, me dijo: «Voy a buscar un empleo, tal como me sugirió Marusia». En Kúibishev se topó con un conocido que la ayudó a conseguir un puesto de delineante en una oficina de diseño de armamento. Ya conoces a Zhenia, dibuja de maravilla y se aplica con celo. Cuando trabaja, se dedica dieciocho horas al día. Y yo tampoco pienso vivir de vosotros, mañana mismo empezaré a buscar trabajo. ¿Víktor tiene algún contacto en las fábricas?

–Eso puede esperar –dijo Liudmila Nikoláyevna sacando ropa interior de una maleta–, antes necesitas descansar y recuperarte.

–Enséñame entonces dónde puedo bañarme –pidió Aleksandra Vladímirovna–. Qué grande y morena está Nadia, se parece asombrosamente a Ania cuando tenía dieciocho años, la boca, los ojos y la expresión. Conservo una foto suya de aquella época.

Abrazó a Nadia por los hombros y las tres mujeres se dirigieron a la cocina donde se estaba calentando una cuba de agua.

–¡Qué lujo, un mar de agua hirviendo! En el barco, una taza con agua caliente era todo un acontecimiento –comentó Aleksandra Vladímirovna.

Mientras Aleksandra Vladímirovna se bañaba, Liudmila Nikoláyevna preparó la cena. Puso el mantel que usaba sólo en ocasiones especiales, en las fiestas y en los cumpleaños de sus hijos. Sacó todas sus provisiones, dejó sobre la mesa las empanadas que había cocinado con motivo de la vuelta a casa de su marido y de su hija y separó la mitad de los bombones que guardaba para su hijo.

Luego fue a buscar el hatillo que Aleksandra Vladímirovna había traído por todo equipaje y lo abrió. En contraste con la mesa puesta y engalanada, su contenido resultaba aún más conmovedor: media briqueta de pan de soldado algo rota y blanca de tan seca, como si le hubieran salido canas; un puñado de sal dentro de una caja para cerillas, tres patatas cocidas sin pelar, una cebolla mustia y una sábana de bebé que le había servido de toalla durante el viaje.

Había también un fajo de cartas viejas envuelto en un diario con los dobleces gastados. Liudmila las repasó rápidamente y, sin leerlas, reconoció en aquellos pliegos, amarillentos a causa del paso del tiempo, la letra de sus hermanas cuando eran niñas y la de su padre, inclinada y menuda. Vio una hoja de una libreta de Tolia cubierta con caracteres rectos, regulares, dos cartas de Nadia y una postal de puño y letra de su suegra. Mezcladas entre las cartas había fotos de familiares. Al mirar sus rostros, Liudmila

Nikoláyevna sintió extrañeza, pena y desasosiego. Todos ellos –los muertos, los vivos y aquellos a los que el destino había desperdigado por aquella inmensa y cruel tierra– estaban allí reunidos.

Con una intensidad inusitada en ella, Liudmila sintió una oleada de ternura y agradecimiento hacia su madre, que había salvado de la quema aquellas cartas y fotos viejas y reunido cuidadosamente y para siempre en su alma a todos los familiares, el recuerdo de los que ya habían muerto y la preocupación por los que aún vivían.

El amor de su madre era tan precioso, sencillo y necesario como aquel pedazo de pan que guardaba en su atado.

Aleksandra Vladímirovna salió de la cocina. La bata que su hija le había prestado, demasiado holgada, resaltaba su delgadez. Su rostro, perlado de sudor, estaba ahora teñido de un color rosáceo y parecía rejuvenecido, aunque se dibujaba en él una expresión de fatiga y tristeza.

Echó una mirada a la mesa y dijo:

–De modo que he ido a parar del barco directamente al baile. [38]

Liudmila abrazó a su madre y la acompañó hasta la mesa.

–¿Cuánto le llevas a Marusia? –le preguntó Aleksandra Vladímirovna y enseguida contestó ella misma–: Tres años y seis meses.

Se sentó a la mesa y dijo:

–Lo recuerdo como si fuera ayer… El día de mi último cumpleaños a Zhenia se le ocurrió hacer una tarta; entonces estuvieron Marusia, Zhenia, Seriozha, Tolia, Vera, Stepán, nuestros amigos Andréyev y Sonia Levinton... no quedaba un solo hueco alrededor de la mesa. Mientras que hoy… La casa se ha quemado como también se quemó aquella mesa. Sólo quedamos Nadia, tú y yo… Marusia ha muerto, ¡no puedo creerlo!

Se quedaron un largo rato sin decir palabra.

–Pronto vendrá papá –dijo Nadia, incapaz de soportar aquel silencio.

–Ay, Ania, Ania –susurró Aleksandra Vladímirovna–, vivió sola y murió sola.

–Mamá, no puedes imaginar siquiera lo feliz que soy al verte –confesó Liudmila Nikoláyevna.

Después de tomar el té, Liudmila convenció a su madre para que se acostara, se sentó a su lado y se quedaron hablando hasta la medianoche.

Víktor Pávlovich regresó del instituto pasada la una de la madrugada, cuando todas ya estaban durmiendo.

Se acercó a la cama de Aleksandra Vladímirovna y permaneció un largo rato mirando su cabeza de pelo cano y escuchando su respiración queda y regular. Se acordó de aquella frase de la carta de su madre: «Esta noche he soñado con Sáshenka Sháposhnikova».

De pronto, Aleksandra Vladímirovna torció el gesto y le temblaron las comisuras de los labios, pero no rompió a llorar ni gimió, sino que sonrió de un modo apenas perceptible.

Víktor Pávlovich se retiró a su habitación sin hacer ruido y empezó a desvestirse. En algún momento había creído que el reencuentro con la madre de Liudmila le resultaría difícil de soportar, convencido de que al verla a ella, una vieja amiga de su madre, le sobrevendría otro acceso de angustia. Sin embargo, la presencia de Aleksandra Vladímirovna le llenó de ternura. Así, tras un frío insoportable que somete a su rigor la tierra, los árboles y el mismo sol, que brilla con una luz purpúrea y opaca a través de una niebla helada, se percibe de pronto un aliento de vida, y una nieve húmeda y en apariencia tibia cae con suavidad sobre la tierra, haciendo que la naturaleza presienta, sumida en la oscuridad de enero, el milagro de la primavera.

La mañana del día siguiente Víktor Pávlovich conversó largamente con Aleksandra Vladímirovna, muy preocupada por los amigos y conocidos cuya suerte desconocía.

Aleksandra Vladímirovna relató con todo detalle el incendio, la incursión aérea de los alemanes, la tragedia que sufrían decenas de miles de personas que se habían quedado sin techo, los muertos, los obreros y soldados que la habían acompañado en el paso del río, los niños heridos, cómo había marchado a través de la estepa junto con Zhenia y dos trabajadoras que portaban en brazos a sus bebés. Le habló de cómo eran las noches estrelladas, los amaneceres y las puestas de sol en la estepa; mencionó el esfuerzo, el sufrimiento y, a la vez, la entereza con que el pueblo se enfrentaba a las calamidades de la guerra, sin dudar siquiera por un instante del triunfo de una causa justa.

–¿Se enfadará si Tamara Beriózkina viene a su casa? Le di su dirección –preguntó Aleksandra Vladímirovna.

–Está en su casa, usted decide –respondió Víktor Pávlovich.

Vio que Aleksandra Vladímirovna, a pesar de la conmoción que había sufrido a raíz de la muerte de su hija Marusia, no parecía deprimida ni desanimada. Rebosaba una humanidad severa y belicosa, preocupada en

todo momento por la suerte de Seriozha, Tolia, Vera, Stepán Fiódorovich, Zhenia y muchas otras personas a las que Shtrum no conocía. Pidió a Víktor Pávlovich que averiguara las direcciones y números de teléfono de las empresas en las que podría encontrar trabajo.

Cuando Shtrum le aconsejó que lo mejor que podía hacer era descansar un tiempo y recuperarse, Aleksandra Vladímirovna replicó:

–¿Qué dice? ¿Acaso podría descansar de todo lo que he vivido? Estoy segura de que su madre trabajó hasta el último día.

Luego le preguntó por su trabajo. Shtrum se animó y, entusiasmado, le dio toda clase de explicaciones.

Nadia se había ido al colegio y Liudmila, a ver al comisario del hospital que aquella misma mañana le había pedido que lo visitara. Shtrum se quedó en casa con Aleksandra Vladímirovna.

–Iré al instituto después de las dos, cuando regrese Liudmila, no quiero dejarla sola –explicó, si bien lo cierto es que le apetecía quedarse.

Aquella misma noche Shtrum se quedó solo en el laboratorio, ya que tenía que comprobar el efecto fotoeléctrico en una de las placas sensibles.

Cuando conectó la corriente del inductor, la centelleante luz azulada de la descarga en el vacío recorrió un tubo de paredes gruesas. En aquella luz vaga, semejante a un viento azul, todo lo que Shtrum veía a diario –el mármol de los tableros de distribución, el cobre de los interruptores, las capas opacas de cristal de cuarzo, las oscuras placas de plomo de las pantallas fotoeléctricas y el níquel blanco de los soportes– parecía estar dominado por la emoción y palpitar lleno de vida.

Shtrum creyó entonces que aquella luz le iluminaba por dentro, como si un haz de rayos radiantes hubiera penetrado en su cerebro y en su pecho.

¡Qué emoción! ¡Qué presentimiento! Nada tenían que ver con la promesa de la felicidad sino que eran fruto de la sensación de estar vivo, una sensación más intensa aún que la de felicidad misma.

Entonces, todo pareció haberse fundido en una sola cosa: los sueños de la infancia, su trabajo, la añoranza que lo atormentaba día y noche, el odio hacia las fuerzas tenebrosas que habían irrumpido en su vida, el relato de Aleksandra Vladímirovna sobre la tragedia que había estallado en el Volga, los ojos suplicantes de aquella campesina en la estación de tren de Kazán y la fe de Shtrum en que su patria lograría ser libre y feliz.

Notó que en aquel momento tan difícil para su pueblo no se sentía impotente ni dócil ante el destino, no se había rendido.

Era consciente de que su tesón de investigador no le bastaría para contener toda su fuerza vital.

La visión de un hombre libre y feliz –rey sensato y bondadoso de la más potente energía, señor de la tierra y del cielo– apareció fugazmente ante Shtrum en la luz azulada, semejante a una ráfaga de viento, de una lámpara catódica.

47

El minero Iván Pávlovich Nóvikov regresaba a casa después de su turno de noche.

Los barracones para familias donde le habían dado alojamiento se encontraban a un kilómetro y medio de la mina. El camino atravesaba un terreno cenagoso que habían reforzado con troncos. El suelo chapoteaba bajo las pesadas botas de Nóvikov, y de cuando en cuando un agua cenagosa emergía por entre los abedules derribados que hacían las veces de pavimento.

El sol de otoño salpicaba de manchas la hierba pardusca; las hojas de los abedules y de los álamos temblones brillaban y sonreían a la mañana; de pronto, aunque no hacía viento, el abigarrado follaje de colores vivos de los árboles empezaba a temblar aquí y allá como si miles de mariposas limón, ortigueras rojas, almirante y macaón levantaran súbitamente el vuelo y llenaran el aire transparente con su ingrávida belleza. En la sombra, bajo los árboles, se veían los parasoles bermellones de las amanitas muscarias, y entre el musgo húmedo y exuberante, cual rubíes sobre seda verde, resplandecían arándanos rojos.

Al contemplar la belleza de aquella mañana en el bosque, uno se admiraba pensando que hacía diez, cien o mil años aquellos colores y olores húmedos y queridos habían sido los mismos, sólo que ahora se les añadían el ruido de la fábrica, las nubes blancas de vapor que se escapaban de la mina y un humo espeso, verde y amarillo, que se elevaba sobre los hornos de coque.

Iván Pávlovich llevaba impresa en su rostro, severo y huraño, la huella indeleble de su labor subterránea: tenía el entrecejo arrugado; sus pestañas, cubiertas de polvo de pizarra, eran oscuras, y junto a las comisuras de los

labios se marcaban unas arrugas ennegrecidas por partículas de carbón. Tan sólo sus ojos celestes, que miraban el mundo con simpatía y afabilidad, permanecían fuera del alcance de la oscuridad de la mina, y del polvo del carbón y los silicatos que devoraban la piel y los pulmones de los mineros.

En sus años mozos había trabajado de ayudante de caballerizo en la cuadra de la mina; luego su cometido fue cargar las lámparas de gasolina y acarrear carretillas en las galerías de techos bajos y aire caliente de una explotación minera menor, y de ahí pasó a conducir vagonetas cargadas de carbón para coque en su traslado hasta el exterior de la mina. Después entró a trabajar en la fábrica Yusovskói, en cuyo taller de reciclaje se encargó de dinamitar grandes piezas de hierro oxidado para luego fundirlas en los hornos Martin. Dos años más tarde cambió el taller de reciclaje por el de laminado donde, como si de un caballero medieval se tratara, trabajó protegido con una cota de malla y una visera metálica.

Con todo, mucho antes de la guerra había regresado definitivamente a la labor subterránea. Ocupó puestos de responsabilidad en los trabajos de excavación de nuevos pozos, galerías, vías y traviesas y en otras labores de la explotación minera como el bombeo, la voladura de roca y la perforación.

Su hermano menor se graduó de la Academia Militar poco antes del comienzo de la guerra. Muchos de sus coetáneos llegaron a ser gente importante. Uno de ellos, Smiriáyev, con quien dieciocho años atrás, cuando los dos aún eran mozos, Nóvikov había conducido vagonetas en la mina 10 bis, llegó a ser viceministro; otro ocupó el puesto de jefe de la Dirección de Minerales; un tercero obtuvo el cargo de director en una fábrica de alimentos en Rostov. Su mejor amigo de la infancia, Stiopka Vetluguin, hizo carrera en el sindicato y entró a formar parte del Comité Central del sindicato de mineros; vivía en Moscú. Chetvérnikov, quien había trabajado en el mismo turno que Iván Pávlovich, se había instalado en Tomsk o en Novosibirsk tras terminar sus estudios de metalurgia por correspondencia.

Muchos de los jóvenes que habían sido discípulos de Nóvikov y le llamaban «tío Iván» también emprendieron carreras prometedoras: uno era diputado del Sóviet Supremo, otro trabajaba en el comité central del Komsomol e, incluso, en una ocasión había ido a visitar a Iván Pávlovich en un coche del Partido.

Eran tantas, que Nóvikov no podía recordar ni dar cuenta de todas aquellas personas. Sin embargo, en el transcurso de los encuentros que tuvo con su hermano menor y con los compañeros que habían dejado el taller o la galería de una mina por un cargo de relevancia, jamás a ninguno de ellos se le ocurrió decirle: «Ay hermano, ¿cómo es que aún sigues en la mina?». Durante toda su vida, Iván Pávlovich nunca había dejado de sentirse una persona poderosa y afortunada…

Pensaba en su hermano menor y en aquellos compañeros con simpatía, pero también con cierta condescendencia. Había entendido siempre que su trabajo era el quehacer más importante de su vida. Estaba acostumbrado a que su hermano o algún antiguo compañero que ahora residía en Moscú acudieran a él en busca de consejo y aprobación, mientras le contaban sobre su vida y su trabajo…

Iván Pávlovich empezó a subir una pendiente y luego, tomando un atajo en su camino a casa, anduvo por un sendero que permitía evitar dos de las curvas de la carretera que recorría la colina hasta cuya cumbre Iván Pávlovich tenía que llegar. Cuando alcanzó la cima, hizo una breve pausa para descansar.

Desde lo alto de la colina se veían los alrededores. Mientras recuperaba el aliento, Nóvikov se quedó absorto en la contemplación de los talleres de la fábrica situados en una hondonada a lo lejos, las edificaciones de la mina, los filones de roca y los rieles centelleantes de una ancha vía férrea que llegaba hasta la fábrica y la mina. Admiró sin querer el humo nacarado que flotaba sobre los hornos de coque y las nubes de vapor que se elevaban pesadamente hacia el cielo cual bandada de gansos blancos iluminados por el sol de la mañana… Una potente locomotora de carga daba lentos y bajos pitidos mientras maniobraba sobre una vía de acceso; su pecho abombado brillaba a la luz del sol. Iván Pávlovich vio con una inquietud repentina teñida de envidia como el maquinista agitaba con enojo la mano llamando la atención de un guardagujas.

«No estaría mal trabajar un tiempo en un Iliá Múromets como aquel», [39] pensó y por un instante se imaginó un enorme tren cargado con cañones, carros de combate y municiones. Iván Pávlovich conduciría el convoy a setenta kilómetros por hora, y la lluvia azotaría el parabrisas de la locomotora, que rompería el aire y haría temblar a su paso la ancha estepa en medio de la noche…

Iván Pávlovich era un trabajador nato, un rasgo del que él mismo era consciente y que se manifestaba en su interés, que no decaía con el paso de los años, por los oficios más diversos. Ora se le ocurría que no habría sido una decisión errónea ir a trabajar a las minas de oro en Siberia oriental, ora le hubiera gustado probar sus fuerzas en la fundición de cobre, ora se imaginaba a sí mismo haciendo de mecánico en un transatlántico.

Tenía ganas de ver cómo vivía y trabajaba la gente en otras partes del mundo. No podía figurarse a sí mismo viviendo sin trabajar y visitando por ocio ciudades, bosques, campos y fábricas.

Tal vez fuera por eso que sus sueños de viajar siempre iban unidos en su imaginación con los de trabajar de maquinista de locomotora, de mecánico de barco o de mecánico de a bordo en un avión. Además, aquél no era un simple sueño, pues había visto mucho durante su vida. En ese sentido había sido afortunado con su mujer, Inna Vasílyevna, siempre dispuesta a dejar su casa y acompañar a su marido a algún lugar lejano. Aunque también era cierto que al cabo de dos o tres años después de marcharse empezaban a añorar su tierra de origen, de modo que siempre acababan por regresar a su pueblo de Donbass.

Estuvieron en el archipiélago Svalbard, donde Iván Pávlovich trabajó dos años en una mina de carbón e Inna Vasílyevna enseñó ruso y aritmética a los hijos de los colonos soviéticos. Vivieron quince meses en el desierto de Karakum, donde Iván Pávlovich participó en la excavación de minas de fósforo e Inna Vasílyevna hizo de profesora en una escuela para adultos. También estuvieron en una mina de plomo situada en las montañas de Tian Shan. Allí Iván Pávlovich trabajó en la perforación, y su mujer se hizo cargo de una escuela para analfabetos.

Antes de la guerra dejaron de pensar en viajar. Inna había dado a luz a una niña, débil y enfermiza. Tal como les sucede a menudo a los esposos que han tardado en ser padres, los Nóvikov sentían por su hija un amor que rayaba en locura y se preocupaban sobremanera de su salud.

Iván Pávlovich miró el pueblo situado a lo largo de la pendiente oriental de la colina, y una ola de calor le inundó el corazón. Se imaginó a su hija Masha, de pelo claro y vaporoso y cara pálida… Cuando él entrara en la casa, ella –de piel azulada de tan blanca– saldría corriendo a medio vestir a su encuentro al tiempo que gritara:

–¡Ha llegado papá!

¡Quién podía entender lo que él sentía por su hija! La cogería en brazos y la llevaría dentro de la casa mientras le acariciaba su cabello tibio y suave. Y ella, moviendo sus pies descalzos, se apartaría de él haciendo fuerza con sus puños diminutos, le miraría la cara, ladearía la cabeza y se echaría a reír. Entonces, él se sentiría tan extraño… Para Nóvikov, aquellas manos pequeñas y cálidas, aquellos dedos minúsculos con unas uñas que semejaban las escamas de una cría de pez carasio, misteriosa y sorprendentemente se relacionaban con la fuerza del fuego en los altos hornos, con los chirridos y aullidos de una máquina perforadora, con los estampidos de la dinamita y con las llamas rojas y humeantes sobre los hornos de coque… De algún modo extraño, en el alma de Nóvikov, aquel aliento puro y tibio y la mirada despejada de su hija se relacionaban con la zozobra causada por la guerra, con los rostros demacrados de los refugiados, con los incendios que habían estallado la noche en que él subió junto con su mujer y su hija a un tren de carga para abandonar su pueblo natal…

48

Entró en casa cuando Inna Vasílyevna, tras recoger aprisa la mesa, se preparaba para salir hacia el trabajo: faltaban veinte minutos para que empezaran las clases en el colegio. Dirigió a su marido una mirada rápida y atenta mientras metía en un maletín los cuadernos que había corregido la víspera. Guardó también un recipiente metálico y un tarro de cristal en una bolsa, ya que después de las clases quería pasar por la tienda. Inna Vasílyevna, como si de un trabalenguas se tratara, dijo:

–Vania, la tetera caliente está debajo de la almohada, el pan está en la mesilla, y si quieres gachas, encontrarás la olla en el zaguán…

–¿Y Masha?

–Está en casa de los vecinos. La vieja Dorónina le calentará la sopa. Yo volveré hacia las cinco.

–Las cartas siguen sin llegar –suspiró Nóvikov.

–Estoy segura de que en los próximos días llegará una de Piotr –dijo Inna Vasílyevna.

Se dirigió hacia la puerta, pero de repente se volvió, se acercó a su marido y le puso las manos sobre los anchos hombros. Su rostro, cansado y surcado por algunas arrugas, se iluminó con una tierna sonrisa que la hizo parecer de nuevo joven y atractiva.

–Vánechka, acuéstate un rato; ni siquiera un hombre tan fuerte como tú puede trabajar tanto –le advirtió en voz baja.

–Estoy bien –respondió él–, aún tengo que pasar por la Dirección de Minerales. Me llevaré a Masha.

Ella cogió su mano grande y áspera, la apretó contra la mejilla y rió.

–¿Qué pasa, clase obrera? –preguntó a Iván Pávlovich en voz alta, con fingido entusiasmo–. ¿No acabarás desquiciado de tanto trabajar? ¡Ay, Vánechka de mi alma!

Acompañó a su mujer hasta la puerta y la siguió con la mirada. Inna Vasílyevna caminaba al lado de unas colegialas balanceando, como ellas, la bolsa y el maletín que llevaba en la mano. Vista desde lejos, podría pasar por una colegiala, con aquella figura baja y estrecha de hombros y la prisa que se daba al caminar. Entonces Iván Pávlovich se acordó de cómo la había ido viendo a lo largo de los años: una niña con coleta que abroncaba sin miedo a su padre, un vecino de los Nóvikov, desquiciado por el alcohol; una estudiante de magisterio que iba a verlo a la fábrica y le leía *Tarás Bulba* en voz alta; con unas botas de piel, una kujlianka [40] y un fajo de cuadernos que apretaba contra el pecho, en medio de las nieves de Svalbard a la maravillosa luz de la aurora boreal mezclada con la claridad deslumbradora de las farolas de la mina; hambrienta en un vagón de carga durante el interminable viaje de evacuación hacia el este, leyendo un boletín de la Oficina de Información Soviética.

«He tenido mucha suerte en la vida», pensó.

De pronto, a sus espaldas, se oyó un ruido apenas perceptible, y los brazos de su hija le rodearon una pierna.

Él se agachó, la cogió en brazos y se mareó, quizá por la emoción del encuentro o tal vez debido a la tensión del trabajo en la mina durante el turno de noche.

Tras tomar té, Nóvikov subió a Masha a hombros, salió a la calle y caminó rumbo a la Dirección de Minerales.

La guerra, las privaciones y el extremo esfuerzo habían dejado su huella sobre las cuevas abiertas a lo largo de la colina y los barracones, y también en los chalés donde vivían los ingenieros, los contramaestres y los

estajanovistas. Sin duda, había muchas similitudes entre las condiciones de vida de los combatientes del Ejército Rojo y las de sus familias en la retaguardia, en los Urales.

Aquella colonia obrera se levantó en lo más crudo del invierno de 1941 con la misma rapidez con que aparecían en una sola noche, en un paisaje de colinas, bosques y tormentas de nieve, los refugios, los barracones y las trincheras de las divisiones de fusileros y de los regimientos de artillería.

Los cables eléctricos que colgaban entre los árboles y los cables de teléfono que unían las casas del director, del ingeniero en jefe y del secretario del Partido con la mina, la oficina y los talleres, evocaban las líneas de telefonía de campaña que comunicaban los cuarteles generales de las divisiones con los regimientos, las baterías, los talleres de reparación y los almacenes de abastecimiento. El ejemplar del diario fijado en la entrada del comité recordaba uno de esos periódicos que se editan en el frente y que los soldados solían leer en los días más duros de la ofensiva alemana.

Y de la misma manera que esos periódicos alientan a los recién reclutados a aprender a manejar una granada o un fusil antitanque, el diario editado por el comité de la mina urgía a los campesinos y amas de casa, quienes habían entrado a trabajar en la minería, a conocer los pormenores del funcionamiento de las máquinas cortadoras, de los martillos perforadores ligeros y pesados, a vigilar que la broca no se calentara demasiado, a reconocer los sonidos extraños del motor y que el cable eléctrico y la hoja de la sierra estuvieran bien ajustados.

Realmente había muchas similitudes entre aquella colonia minera y una unidad militar que acabara de desplegarse en el frente. Tal vez por eso inspiraban tanta ternura los niños rubios y morenos que jugaban cerca de las cuevas, en una tierra removida entre árboles otoñales, sobre montones de roca y en lo alto de una cantera de arena…

Aquella colonia era parte integrante de la guerra: los niños, las madres con sus bebés en brazos y las viejas que tendían la ropa daban fe de que aquélla era una guerra popular y de que los obreros, junto con sus hijos y sus mayores, participaban en ella.

Iván Pávlovich se detuvo delante del diario que colgaba en la entrada del comité.

–Vaya, aquí está –dijo al leer que el minero Nóvikov había superado durante el turno anterior el mínimo de producción establecido y que su brigada, integrada por los poceros Kótov y Deviatkin y los entibadores

Vikéntyev y Latkov, había alcanzado, según reflejaban los índices, a las mejores brigadas de la mina.

Nóvikov leyó atentamente el artículo mientras sostenía las piernas de Masha y le decía con paciencia de tiempo en tiempo: «Masha, Masha ¿qué haces?», cuando la niña intentaba dar con la punta de la bota en la hoja del diario.

Por una vez lo consiguió asestando un puntapié justamente en el lugar donde ponía en letra grande el apellido de su padre.

–¡Masha, Masha! ¿Cómo has podido pegarle una patada al nombre de tu padre?

–No fue a ti a quien se la pegué –replicó ella con convicción y acarició la gorra que su padre tenía en la cabeza.

Aquel artículo no decía nada que no fuera verdad, pero aun así el corresponsal no había señalado lo más importante: el enorme esfuerzo necesario para organizar el trabajo en la brigada, dado que sus integrantes eran excepcionalmente cargantes e ineptos. Kótov y Deviatkin habían ido a parar a la mina procedentes de un batallón de trabajo y querían volver a trabajar en la superficie, mientras que Latkov resultó ser un bullanguero y en una ocasión había ido a trabajar borracho. En cambio Vikéntyev, minero profesional, entendía y amaba la labor subterránea. Sin embargo, también con él había problemas a causa de su mal carácter y el trato denigrante que dispensaba a las carretilleras que hasta entonces jamás habían trabajado en una mina. A una de ellas, una antigua ama de casa procedente de Járkov, de donde había sido evacuada, Vikéntyev la llevó por el camino de la amargura, cosa que no debió haber hecho nunca pues su marido, empleado de una empresa de Járkov, había muerto en el frente, además de que ella intentaba trabajar como mejor sabía y podía.

Con todo, el mismo Nóvikov no habría sabido explicar cómo fue posible que Deviatkin –un tipo poco dado al trabajo y que constantemente se sentaba para picar algo de pan–, el bullicioso Latkov y la carretillera Braguínskaya, una polaca rusificada de ojos tristes, empezaran a sacar adelante la faena en un oficio difícil y a veces peligroso. ¿Acaso sucedió por sí mismo? ¿O fue Nóvikov quien lo consiguió? Lo cierto es que aumentaron desde un metro y medio hasta dos la profundidad de los barrenos, consiguieron tener siempre, antes del comienzo del turno, material suficiente para entibar y acarrear roca extraída, como también arreglaron la ventilación…

Enfadado, se volvió para mirar a unos obreros que pasaban de largo. ¿Cómo era posible que no se detuvieran para leer aquel diario? ¿Acaso eran unos analfabetos?

Cuando Nóvikov ya estaba cerca del barracón donde se encontraba la oficina de la mina, se topó con la carretillera Braguínskaya, una mujer flaca y nariguda.

–¿Por qué no está usted descansando? –le preguntó Nóvikov.

Se le hacía extraño verla en la superficie, fuera de la mina, tocada con una boina y sus zapatos de tacón. En cambio, su ropa de trabajo era de lo más normal: botas de goma, chaqueta de lona y un pañuelo en la cabeza. Allí, en la mina, parecía natural llamarla a gritos: «Eh, tía, ¡trae las vagonetas vacías!», mientras que ahora Nóvikov ni siquiera se atrevía a tutearla.

–He ido al ambulatorio para pedir fecha para mi hijo –explicó Braguínskaya–, no consigo arreglármelas. Ayer pedí a Yásev que intercediera por mí para que lo aceptaran en la ciudad, en un internado donde dan de comer tres veces al día, pero se negó. Así que tengo dos frentes abiertos: uno en el trabajo y otro en casa.

Braguínskaya agitó en el aire la hoja del diario que hablaba de la mina.

–¿Lo ha leído?

–Claro que lo he leído –respondió Nóvikov–, es una lástima que no mencionen su apellido.

–¿Para qué? –dijo ella–. Basta con que mencionaran nuestra brigada, aunque no niego que sería más grato leer en el diario el nombre de una.

Avergonzada tras aquella confesión, le acarició la mano a Masha y preguntó a Nóvikov:

–¿Es su hija?

Masha se abrazó al cuello de su padre y anunció desafiante:

–Sí, soy su hija, él es minero, no se lo voy a dejar a nadie ni dejaré que vaya a ninguna parte –luego, tras una pausa, como si quisiera darle ánimos, preguntó a Braguínskaya–: Tía, ¿por qué está enfadada? ¿Porque no publicaron su nombre en el diario?

Braguínskaya susurró:

–Mi hijo Kásik dejó que su padre se marchara y nunca más volverá con nosotros.

–Eres una tontaina, Mashka –dijo Nóvikov a su hija y añadió–: Me he cansado de hacer de caballo, camina tú solita.

Acto seguido bajó a la niña de los hombros y la dejó en el suelo.

49

Iván Pávlovich echó un vistazo a los tres coches cubiertos de polvo estacionados en la entrada de la oficina. Uno de ellos pertenecía al director de la mina; otro, un ZIS-101, era del secretario del comité del distrito, y en el tercero, de una marca extranjera, había llegado, al parecer, el director de una fábrica de armamento situada cerca de la estación de tren próxima.

–Creo que he venido en balde, aunque he sido convocado. Por lo que veo, se celebra una reunión de alto nivel –comentó Iván Pávlovich al chófer del director de la mina.

–¿Por qué en balde si has sido convocado?

Nóvikov explicó:

–Si hay aquí tres coches, eso quiere decir que los jefes están reunidos. En cuanto se ven unos a otros, no pueden evitar organizar una reunión. Ni a ellos mismos les hace gracia, pero es así, qué se le va a hacer, las leyes de la atracción.

El chófer soltó una carcajada; la chica que estaba al volante del coche extranjero sonrió, mientras que el conductor del ZIS del secretario del comité frunció el ceño en señal de desaprobación.

En ese momento el director de la mina se asomó por la ventana de la oficina y dijo:

–Usted, Nóvikov, entre con nosotros.

En el pasillo, cuyas paredes estaban llenas de anuncios, Nóvikov se cruzó con Rógov, el jefe de sección, quien le explicó que un apoderado del Comité Estatal de Defensa había venido a la mina para celebrar una reunión técnica.

–Ahora está con el director de la mina –le informó Rógov, le guiñó un ojo y acto seguido añadió–: No tengas miedo, hermano.

–Vaya, y ahora ¿dónde meto a Masha? –Nóvikov se volvió, desconcertado–. Pensaba que me habían convocado sólo para firmar un acta.

Masha se agarró con fuerza a la mano de su padre y le advirtió:

–Papá, no me dejes sola, voy a gritar.

–¿Y eso por qué? Voy a dejarte con la vieja tía Niura, la limpiadora, tú ya la conoces –susurró suplicante Nóvikov.

En ese momento se abrió la puerta del despacho y la joven secretaria del director de la mina preguntó con impaciencia y rudeza:

–Eh, Nóvikov, ¿dónde se había metido?

Iván Pávlovich cogió a Masha en brazos y entró en el despacho.

Yásev, el director de la mina, un hombre atractivo de treinta y cinco años de edad cuyos labios apretados formaban una línea bien perfilada, caminaba por el despacho haciendo crujir agradablemente sus botas de becerro. Llevaba una elegante casaca ceñida con un cinturón de cuero brillante. Varios hombres se habían sentado junto al escritorio. Uno de ellos, que vestía una gastada guerrera de general, era gigantesco, tenía los hombros abultados, el pelo enmarañado sobre la frente ancha y grandes bolsas bajo los ojos. Otro, sentado en el sillón del director de la mina, llevaba gafas, tenía los labios finos y una cara de trasnochador entre pálida y amarillenta, y vestía una americana gris claro y una camisa azul sin corbata. Enfrente de él, sobre el escritorio, había un maletín abierto, fajos de papeles y algunas hojas azules de papel de calcar anchas y arrugadas. En las sillas junto a la pared se habían sentado Lapshín, el director de la corporación de carbón, un hombre de dentadura amarilla y ceño fruncido, y Motorin, el secretario del comité de la mina, un individuo de pelo entrecano y ojos marrones. Aunque este último era un personaje inquieto que solía hablar en voz alta, ahora su rostro traslucía preocupación y desconcierto.

De pie junto a la ventana estaba el secretario del comité del distrito, un hombre alto y flaco que vestía una chaqueta negra de cuello abierto. Nóvikov lo había conocido en mayo, en una reunión.

–Y bien, Gueorgui Andréyevich, aquí tiene a Nóvikov, el pocero –anunció Yásev dirigiéndose al hombre de cara pálida y gafas sentado detrás del escritorio.

Éste torció el gesto y dijo a media voz:

–¿Por qué ha venido con la niña si sabía que lo convocaba el director de la mina y no la encargada del parvulario?

–Es demasiado mayor para ir al parvulario –observó el secretario del comité del distrito–. ¿Cuántos años tienes, pequeña?

Masha no respondió; estaba mirando por la ventana con los ojos muy abiertos y expresión misteriosa.

–Ya ha cumplido los tres años –explicó Nóvikov–. Yo creía que me habían convocado para que firmara el acta sobre el fallo en un conducto de aire comprimido… Y en lo que respecta al parvulario, está cerrado por cuarentena, lo mismo que el jardín de infancia.

–¡Ahora lo entiendo! –dijo el de las gafas–. ¿Y por qué están en cuarentena?

–Hubo varios casos de sarampión –explicó Motorin y tosió en señal de excusa.

–Llevan ya nueve días sin abrir –añadió Nóvikov.

–Vaya –dijo Gueorgui Andréyevich, el de las gafas. Movió la cabeza y preguntó–: ¿Qué clase de fallo es ese del conducto de aire comprimido? ¿No sería más fácil repararlo en lugar de firmar un acta?

Miró a Nóvikov y le invitó a tomar asiento.

Nóvikov, en un intento de ocultar su irritación contra Yásev, dijo:

–¿Cómo voy a sentarme si el dueño del despacho no me lo ha ofrecido?

–¿Dueño…? Usted también lo es.

Nóvikov miró a Yásev, movió la cabeza y soltó una risita tan maliciosa y cargada de sentido que los presentes no pudieron evitar echarse a reír.

A Nóvikov no le agradaba el director de la mina. Aún recordaba las primeras horas tras la llegada de los obreros y sus familias a aquella cuenca minera. Un atardecer de frío glacial; la gente bajando del tren; la nieve que crujía bajo sus pies; Inna sentada sobre el equipaje con la niña en brazos, envuelta de pies a cabeza en una manta; las hogueras que habían encendido en una hondonada cerca de la vía férrea; Yásev con una pelliza blanca y unas botas de piel altas del mismo color, de pie junto a su coche y rodeado por la multitud… Los mineros, cargados de equipaje, acababan de saber que no había estufas en los barracones ni tampoco transporte para recorrer los ocho kilómetros que los separaban de la colonia. Esperaban en mitad de la noche, con sus niños… Yásev les habló de las penalidades en tiempos de guerra, de los soldados del frente y de la necesidad de sacrificarse fueran cuales fuesen las privaciones que había que sufrir. A pesar de que él, insensible, un tipo pagado de sí mismo, era el menos indicado para hablar de todo aquello: su arenga no casaba con sus guantes bordados a punto de espiga, sus ojos entornados, bonitos y fríos, y su coche, en el que había, envueltos en papel, unos paquetes abultados y bien compuestos.

Cuando al amanecer Nóvikov llegó junto a unos largos barracones a medio construir, cargado con dos pesados fardos a la espalda y sosteniendo

a su mujer, que llevaba a su vez en brazos a la niña envuelta en una manta, vio pasar una camioneta repleta de muebles y utensilios domésticos. Enseguida supo para quién eran.

Desde entonces y durante mucho tiempo no había tenido ningún enfrentamiento directo con Yásev, pero la animadversión hacia él no cesaba. Nóvikov fue almacenando en la memoria todo aquello que le reafirmara en su antipatía: su falta de sensibilidad en el trato con la gente, las constantes quejas de los obreros por su inaccesibilidad, la inutilidad de las entrevistas con el director cuando, además de denegar sistemáticamente sus peticiones, se escandalizaba y espetaba a su secretaria:

–¿Por qué deja pasar a los que vienen con menudencias? ¿Acaso la guerra ya ha terminado? ¿Por qué no vienen para hablar de cómo aumentar la productividad?

En cualquier empresa hay, indefectiblemente, un pequeño porcentaje de personas que gustan de marear a los jefes formulándoles peticiones vacuas, mientras que el resto del personal, si pide algo a la administración, suele hacerlo en caso de extrema necesidad. Cualquiera que conozca la vida obrera sabe de la trascendencia que tienen para el solicitante esas peticiones en apariencia baladíes: cursar una instancia para que un niño consiga plaza en la guardería, permitir el traslado de una residencia para solteros a otra para casados, tener acceso al agua caliente de la sala de calderas, ayudar a una madre anciana a mudarse de la aldea a la colonia obrera, cambiar de economato para inscribirse en uno más cercano al lugar de trabajo, conceder un día de fiesta al que necesita acompañar a su mujer a la ciudad para una operación, ordenar que el administrador le conceda un lugar donde guardar carbón. En efecto, ese tipo de peticiones pueden parecer fastidiosas e insustanciales, pero de su cumplimiento dependen la buena salud y estado de ánimo del solicitante y, por consiguiente, su productividad.

Nóvikov, al escudriñar con la mirada el rostro tranquilo de Yásev, no dejaba de gruñir. Tal vez fuera un director competente, pero seguía sin gustarle.

Entonces susurró a Masha:

–Siéntate allí –dijo acomodándola de manera que los ojos claros y fríos de Yásev no pudieran verla.

Gueorgui Andréyevich, el apoderado del Comité Estatal de Defensa, dijo:

–Camarada Nóvikov, tengo algunas cuestiones que plantearle.

El general lanzó un ruidoso suspiro y opinó:

–Aquí hay una sola cuestión: cómo llegar cuanto antes al yacimiento nuevo y empezar su explotación.

Apoyó el pecho en la mesa y, mirándolo de hito en hito, dijo a Nóvikov:

–Hemos concluido la construcción de la fábrica de blindados antes de tiempo. Ateniéndonos al plan, ustedes deben proveernos de carbón y de coque, pero no lo hacen. Necesitamos su carbón enseguida, y ustedes ni siquiera han empezado a explotar la nueva mina. Van con retraso.

–Estamos cumpliendo con el plan, e incluso nos hemos adelantado. La mina entrará en funcionamiento en el plazo establecido. ¿Estoy en lo cierto, Iliá Maksímovich? –preguntó Yásev a Lapshín, director de la corporación–. Es el plan que usted me trazó, lo he cumplido y lo sigo cumpliendo.

Lapshín asintió con la cabeza:

–Los trabajos se realizan dentro de los plazos establecidos, de modo que se está cumpliendo con el plan.

Luego reprochó irritado al general:

–Camarada Meshkov, ¡ésa no es manera de plantear la cuestión! Existen documentos pertinentes que la dirección aprobó. ¿No es así, Iván Kusmich?

Dirigió una mirada interrogante al encargado de industria, que respondió:

–Así es, pero resulta que Meshkov les tomó la delantera y necesita el coque hoy.

–Lo comprendo perfectamente –dijo Lapshín–, pero ¿quién tiene la culpa? Primero cumplimos con el plan, y ahora resulta que vamos rezagados.

–¿Que quién tiene la culpa? –volvió a preguntar Meshkov; se puso en pie irguiendo su enorme cuerpo, abrió los brazos y dijo–: ¡La tiene Meshkov! ¿Sí o no? ¡Tengo la culpa de todo! Y la comparto con los cavadores que abrieron las zanjas, con los cimentadores, albañiles, montadores, ajustadores, estampadores, remachadores y soldadores, con toda la clase obrera, ¿verdad? ¿Por qué me miran así, camaradas Yásev y Lapshín? ¡Somos culpables y deberían juzgarnos por haber construido la fábrica en la mitad del plazo establecido!

Yásev miró las caras de los presentes, torció el gesto y dijo:

–Camarada general, a usted quizá lo condecoren con la medalla al mérito en el trabajo, pero sea como fuere, hoy en día la mina no puede abastecerle de carbón extraído del yacimiento nuevo. Aquí tiene a un

excavador, un jefe de brigada, pregúnteselo a él y le dirá que los operarios se emplean a fondo, pero que no pueden dar más de lo que dan porque sólo son personas. A día de hoy, la mina no puede proporcionarle ese carbón.

–Entonces, ¿cuándo podrá? No pido que sea hoy.

–Según se establece en el plan, a finales del cuarto cuatrimestre de 1942.

–Eso es imposible –señaló el secretario del comité del distrito.

–Entonces, ¡dígame qué puedo hacer! –pidió Lapshín–. El plan no se fijó al azar: ¡el calendario, el suministro de mano de obra, de materiales y de víveres se organizó según lo indicado! Soy exigente con Yásev, pero no puedo proveerle de personal cualificado. Ésa es la pura verdad. ¿Dónde lo encuentra entonces? ¿En la taiga? La corporación no dispone de entibadores ni de operarios de máquinas perforadoras, y si los hubiera, Yásev no podría proporcionarles las herramientas de trabajo. Y aunque le sobraran martillos perforadores y taladros, su capacidad seguiría siendo limitada, pues la potencia del compresor y de la estación eléctrica es insuficiente. ¿Qué se puede hacer al respecto?

Gueorgui Andréyevich se quitó las gafas, entornó los ojos y examinó las lentes.

–Camaradas carboneros –dijo–, las preguntas «¿Quién tiene la culpa?» y «¿Qué hacemos?», esas que ustedes no dejan de hacerse, ya las formularon los que dominaron el pensamiento de la inteliguéntsia revolucionaria rusa en el siglo XX .

Se puso las gafas y dirigió una mirada penetrante y repentinamente hosca a todos los presentes.

–Es la fiscalía la que, hoy en día, nos informa sobre quién tiene la culpa, de modo que, para evitar molestarla en vano, es mejor que determinemos los nuevos plazos de la puesta en funcionamiento del nivel inferior de la mina. Tenemos un solo plan y es sencillo: defender la soberanía del Estado soviético –luego añadió enojado–: ¿Eso lo entienden? Un plan muy simple. No dejamos nada al azar. Sean tan amables de reestructurar su agenda en función de ese plan.

En ese momento se oyó el crujido de unas botas de lona; la vieja limpiadora entró para dejarles una tetera y unos vasos.

Gueorgui Andréyevich dijo al secretario del comité de la mina Motorin:

–Hemos llenado de humo el despacho y eso no es nada bueno para los pulmones de una niña. –Y luego a Masha–: ¿Por qué no te vas con esa señora?

La niña acabó por aburrirse de aquella conversación sobre niveles, máquinas perforadoras, taladros y compresores… Ya había oído la misma cantinela –«No hay dónde encontrar entibadores…, el compresor tiene poca potencia…, para perforar ese tipo de roca debe utilizarse una máquina pesada…»– demasiadas veces de labios de su padre y sus compañeros. Y ahora volvía a escuchar las mismas frases, las mismas palabras largas y difíciles. «No es que no sea bueno estar aquí: ¡es que me aburro», dijo y lanzó un bostezo.

Tendió la mano a la limpiadora y se marchó con ella, pero una vez en la puerta, se detuvo y miró a su padre como si, tras dudar de sus derechos sobre él, quisiera revalidarlos.

Nóvikov escuchaba extrañado la conversación que tenía lugar en el despacho de Yásev. Le parecía que éste hablaba justamente de lo que a Nóvikov le habría gustado tratar. Sin embargo, Iván Pávlovich estaba en desacuerdo con las palabras del director. Era consciente de que Yásev utilizaba la mención del enorme esfuerzo que realizaban los operarios para cumplir con el plan como argumento en su discusión con el general, director de la fábrica de blindados, cuando, en realidad, aquellos obreros exhaustos por el trabajo no le importaban en absoluto.

De repente Yásev se volvió hacia Nóvikov y propuso:

–Preguntemos al camarada Nóvikov, uno de nuestros mejores mineros, qué tal le va en su trabajo teniendo por ayudantes y compañeros de turno a antiguos campesinos, amas de casa y estudiantes de escuelas profesionales que jamás en su vida habían trabajado en una mina, y aún menos en las labores de excavación. Bajemos con él y comprobarán los milagros que tiene que hacer Nóvikov. ¡Milagros en el sentido literal de la palabra! ¡Si vieran a las carretilleras! Una de ellas, viuda de un funcionario caído en la guerra, vino a verme. Es de ciudad, así que probablemente no sólo nunca había trabajado en una mina, sino que tampoco lo había hecho en un huerto o en un jardín. ¿Qué puedo exigirle a una mujer como ella? Debería tenerlo en cuenta, Gueorgui Andréyevich. Tanto usted mismo como el Comité Estatal de Defensa han destacado mi labor. Si yo prometo cumplir con el plan, lo cumpliré. Por eso no me da miedo volver a plantearle esa cuestión. Escuchemos a uno de nuestros mejores mineros.

Nóvikov vio cómo Gueorgui Andréyevich fruncía el ceño al escuchar a Yásev, que añadió en un tono brusco:

–Y se lo diré sin ambages, Gueorgui Andréyevich: no necesito que nadie me conciencie. Sé perfectamente qué clase de guerra se está librando. Aquel día de diciembre de 1941, cuando llegó el primer convoy y la gente bajó del tren en medio de la nieve y un frío atroz, me expresé con absoluta claridad al decirles que la guerra les exigía sacrificios. Y sé recordárselo con toda firmeza.

Meshkov se volvió también hacia Nóvikov y le comentó en tono informal, como si se tratara de una conversación entre dos viejos amigos:

–Camarada Nóvikov, sepa que los talleres de mi fábrica los construyó la misma clase de gente que trabaja ahora en la mina: profesionales mezclados con novatos y antiguas amas de casa. Si eso sólo me afectara a mí, no me preocuparía ni insistiría tanto. ¡Pero se espera de nosotros que fabriquemos carros de combate para formar nuevas unidades de blindados! ¡Hace poco vino a verme el comandante de una de ellas!

Luego prosiguió con voz lánguida:

–¡Es tanto lo que nos estamos jugando que la dirección me pide un imposible! Comprendo a Yásev, y lo que dice es cierto. Sin embargo, ¡no tenemos elección!

Gueorgui Andréyevich dijo:

–Adelante, camarada Nóvikov, le escuchamos.

En ese instante Iván Pávlovich se acordó de decenas de cosas importantes que deseaba decir. Quería reprocharle a Yásev que hablara de la carretillera Braguínskaya con tanto sentimiento cuando se había negado a ayudarla a enviar a su hijo a un internado, y que instalara en su casa unas estufas revestidas con azulejos cuando les había dicho a los obreros que podían vivir sin calefacción. Quería quejarse de que las raciones de comida eran insuficientes, de que muchos seguían viviendo en cuevas húmedas y de que hacia el final del turno los obreros apenas se sostenían en pie. Quería hablarles del funeral de un joven soldado, muerto a bordo de un convoy sanitario, que había presenciado cerca de un apartadero en los Urales: lo habían bajado del tren en una camilla y le habían dado sepultura bajo la tierra helada, como a un polluelo. Quería decir cuánto amaba a su hija, las numerosas veces que enfermaba debido al rigor del clima, y que su padre había muerto antes de que su hijo menor, Piotr, que estaba en el ejército, pudiera ir a verlo, porque le negaron el permiso en su unidad. ¡El hermano pequeño de Iván Pávlovich no tuvo la posibilidad de visitar la tumba de sus padres y ahora los alemanes merodeaban por aquellas tierras!

Su corazón dio un brinco; tenía mucho que decir y creyó que aquellos hombres le escucharían.

Sin embargo, acabó diciendo despacio y en voz baja:

–Creo que podemos lograrlo, así que adelante con el nuevo plan.

50

Por la noche, Iván Pávlovich echó a andar hacia la mina agitando de vez en cuando la pesada linterna que sostenía en la mano. ¡Asombroso! Hacía algunos días Inna había vaticinado que pronto tendrían noticias del hermano menor de Nóvikov, y, efectivamente, el cartero acababa de llevarles un telegrama. Su júbilo al leer la carta fue tal que despertó a Masha. Hasta entonces Iván Pávlovich no había dejado de pensar, angustiado, en si Piotr seguía vivo, y resultaba que se hallaba cerca y, además, amenazaba con hacerles una visita…

La oscilante mancha de luz que arrojaba la linterna se deslizaba a su lado; cientos de manchas claras como aquélla afluían desde los baños, la oficina y el taller de lámparas rumbo a la mina, al tiempo que otra corriente de luces oscilantes se movía en la dirección contraria: el elevador de la mina llevaba a la superficie a los que acababan de terminar su turno. Había silencio. En un momento como aquél, en que los mineros bajaban a las profundidades de la tierra, no había lugar para conversaciones ruidosas; se movían meditabundos y callados, y cada uno vivía a su manera los últimos minutos antes de abandonar la superficie. Por mucho que un minero ame su oficio, antes de bajar al subsuelo un estado de callada concentración se apodera siempre de él, un estado en que se mezclan la zozobra y el apego a ese mundo maravilloso en que vive y que no puede acostumbrarse a abandonar aunque tan sólo sea por unas horas.

Entre aquellas luces oscilantes que se deslizaban en la oscuridad había cinco que formaban una pequeña constelación, sin duda de los mineros de una misma brigada que se había reunido antes de bajar a la mina. Una de las luces, la del jefe de la brigada, precedía al resto; de las cuatro restantes, tres iban muy juntas y una no dejaba de revolotear unas veces rezagándose, otras adelantándose al grupo y volviendo a quedar atrás. Quizá fuera un joven aprendiz, con unas botas que le quedaban demasiado grandes, que ya

miraba a las musarañas, ya salía de su embeleso y echaba a correr en pos del jefe de la brigada… Algunas luces solitarias formaban una línea intermitente; otras iban de dos en dos, acaso amigos que caminaban juntos en silencio intercambiando de tiempo en tiempo alguna que otra palabra. Una vez bajo tierra, se separarían y volverían a encontrarse en el patio subterráneo de la mina una vez terminado su turno, haciendo brillar los dientes y el blanco de los ojos.

*

Del taller de lámparas salía una nube luminosa que se descomponía lentamente y se deslizaba, fragmentada, cada vez más rápido. Mientras tanto, junto a la mina, otra espesa nube se movía y respiraba para acabar desembocando como un torrente de luz en las puertas invisibles de la oscuridad… En lo alto del cielo otoñal titilaban las estrellas, y podía parecer que cierta semejanza viva y entrañable hermanaba las luces de las lámparas de los mineros con el centelleo pálido de los astros en la negrura del cielo otoñal. Ni siquiera la guerra logró que aquellas luces se apagaran.

Una sofocante noche de verano, mucho tiempo atrás, cuando aún era un chaval, Iván Pávlovich había ido junto con sus padres a una mina vecina. La madre llevaba en brazos al hijo menor, y el padre iluminaba el camino con su lámpara de minero. Cuando la madre se quejó diciendo: «Ay, estoy tan cansada que ya no puedo sostener al crío», el padre dijo a Iván: «Vania, tú lleva la lámpara y yo cogeré a Petka». [41]

Hacía tiempo que sus padres habían muerto; Petka, a quien aquella vez habían llevado en brazos, se convirtió en un hombre alto y taciturno que lucía insignias de coronel en el cuello de su capote. Iván Pávlovich ya no recordaba el motivo que los había llevado a aquella mina en plena noche, acaso por una boda o porque su abuelo agonizaba… Sin embargo, guardaría para siempre en su memoria aquel primer contacto con el gancho áspero de una lámpara de minero, el peso de su cálida y suave luz.

Entonces era tan pequeño que, para llevarla, tuvo que doblar el brazo de modo que la lámpara no golpeara contra el suelo.

*

En la oscuridad no se distinguía a las personas, sólo se veían las luces oscilantes. Cada uno de los mineros, silenciosos y concentrados antes de descender al subsuelo, acaso evocara confusamente en aquel instante un recuerdo íntimo y lejano y lo relacionara con la guerra, estableciendo un vínculo que unía sus recuerdos de la infancia y las tumbas de sus familiares.

Nóvikov llegó junto al elevador y sintió en la cara el aliento suave, húmedo y sofocante de la mina que relevaba a la frescura de una noche de otoño.

Los hombres contemplaban, en silencio, cómo la mugrienta maroma del elevador emergía silenciosamente del pozo de la mina resplandeciendo a la luz de las lámparas. Su movimiento se ralentizó con suavidad; unos goterones de aceite marrones y amarillos se reflejaron sobre la blancura de las prominencias que formaban los ramales metálicos de la maroma. La cabina del elevador surgió despacio de la oscuridad. Las eufóricas miradas de los mineros, enfundados en chaquetas de lona sucias y mojadas, se cruzaron con las de quienes aguardaban para bajar.

El olfato de los mineros que habían acabado su turno advirtió como la frescura de la noche se mezclaba con el aire húmedo y sofocante que emanaba de la mina. Cansados de estar suspendidos sobre el abismo, se impacientaron esperando el momento en que el ascensorista les permitiera salir al fin de la cabina y pisar la superficie.

–Ocho chicos y ocho chicas –cuenta Deviatkin, de pie al lado de Nóvikov.

Latkov se echa a reír y grita:

–¡Directo al Registro Civil, a casarlos!

Nóvikov ya había comprobado anteriormente que el juicioso Deviatkin, Latkov y el gruñón Kótov, además de los obreros que hacía poco tiempo que trabajaban en la mina, eran incapaces de mantener la calma antes de montar en el elevador y bajar al subsuelo. Cada uno de ellos hacía patente a su manera aquel nerviosismo: Latkov bromeaba alzando la voz exageradamente, con mayor estridencia de la necesaria para expresar su buen humor, mientras que Kótov entornaba los párpados y guardaba silencio con una expresión en la que podía interpretarse: «No quiero mirar, pues no espero nada bueno».

Cuando bajaban por primera vez a la mina, las mujeres solían asustarse mucho más que los hombres –algunas incluso se lamentaban y gritaban–, pero también se acostumbraban antes que ellos. A Nóvikov incluso le

molestaba que, una vez se habían adaptado, montaran en el elevador sin dejar de charlar sobre asuntos cotidianos de la vida en la superficie como las cartillas de racionamiento, las telas de costura o, si eran jóvenes, sobre las películas que habían visto y sobre cómo «yo le dije y entonces él me dijo, y Lida le preguntó y él rió, encendió un cigarrillo y no respondió…». Iván Pávlovich opinaba que para las mujeres –en contra de lo que él pensaba– la labor de minero carecía de toda solemnidad.

Por fin retumbó la cadena; el ascensorista –un evacuado de Donbass como Nóvikov– le guiñó un ojo y dio la señal al maquinista para que hiciera bajar el elevador.

–¡Ay, mamá! ¡Dejadme un paracaídas! –grita Latkov poniendo voz de payaso y abrazándose en busca de protección a los hombros de Natasha Popova, la operaria que maniobraba la cabria.

–No hagas el tonto, Kolka –le chilla ella, enojada, sacudiéndose su mano mientras profiere un juramento.

Con sus bromas, Latkov pretendía ocultar el temor de que esa vez la maroma del elevador llegara a romperse. Aunque estaban lejos del frente, no quería morir en el fondo del pozo, que se hundía a ciento ochenta metros de profundidad.

La cabina descendió con una rapidez de vértigo. Sus ocupantes se marearon y desearon poder tragar el nudo que siempre se les formaba en la garganta, tenían los oídos taponados. En su descenso, la cabina retumbaba cada poco; la pared del pozo revestida de piedra formaba un continuo de mica gris que pasaba a gran velocidad ante los ojos de los mineros. El goteo se hacía cada vez más intenso, y unas salpicaduras pesadas y tibias alcanzaban la ropa y los rostros.

La cabina aminoró la marcha al acercarse al primer nivel de extracción; el continuo de mica gris del revestimiento del pozo se fue convirtiendo en un mosaico compuesto por piedras de distintas formas y colores.

Dos chicas que trabajaban en una cabria, un maquinista, un entibador, un picador y un operario de máquina de barrenar vecino de Nóvikov se despidieron de éste con un movimiento de cabeza y bajaron de la cabina en el primer nivel.

El ascensorista dio la señal y la cabina siguió bajando hacia el nivel inferior, donde los excavadores se abrían camino en la roca para llegar a un yacimiento de coque de cuatro metros de grosor.

Durante los tres meses de invierno Nóvikov había trabajado en las tareas de excavación de aquella parte del pozo. Ahora, desde la cabina, cerca del nivel inferior, observó el revestimiento nuevo con detenimiento; dijeran lo que dijeran, saltaba a la vista que la gente se había empleado a conciencia.

Incluso le pareció que la cabina recorría aquel tramo con mayor delicadeza que otras partes del pozo y que el goteo era, en cierto modo, agradable, cual una lluvia tibia bajo el arco iris y un sol brillante, de suerte que el aire en el patio subterráneo de la mina era más limpio y seco que en el primer nivel.

¡Se había dejado la piel en aquella excavación! El invierno fue terrible. Nóvikov trabajó empapado en sudor mientras la lluvia helada y los chorros de agua que se filtraban por las paredes le azotaban el cuerpo… Aún se estremecía al recordar aquella niebla sucia y sofocante que flotaba en el pozo, el vapor y el humo acre que salían de los barrenos tras la explosión… Subía a la superficie calado de pies a cabeza, acalorado y empapado en sudor, y mientras corría en mitad de una tormenta de nieve hacia los baños, las herramientas se enfriaban en las manos y los dedos se pegaban al hierro ardiente.

Se acordó de la época en que había participado en la excavación de una mina de azufre en Karakum. Entonces soñaba con regresar al clima invernal… La gente yacía en el barro, las puertas y las ventanas de las casas estaban cerradas a cal y canto, pero aun así uno se sofocaba irremediablemente, por mucho té caliente que tomara o se envolviera en sábanas mojadas. El aire en el pozo estaba caliente y cargado de polvo, el sistema de ventilación era precario, y cuando las voladuras de roca lo llenaban de humo, la atmósfera se volvía irrespirable. Subir a la superficie después de acabar el turno era como pasar de un horno a otro: alrededor, rocas oscuras; a lo lejos, un arenal blanquecino; la tierra inmersa en un permanente estado febril. Por la noche el cielo era negro, como de antracita, con unas estrellas enormes, blancas y azules cual flores en primavera… Daba la impresión de que, si alguien hubiera golpeado aquella antracita celestial con un pico de minero, alguna de aquellas flores astrales habría caído en la tierra. Sin embargo, a nadie de allí abajo le preocupaba.

*

Mientras tanto, la brigada de Nóvikov recorre ya una galería transversal. Deviatkin da golpecitos en los puntales del entibado; los finos raíles de una vía de arrastre resplandecen…

Latkov, jocoso, señala con aire desconsolado:

–Esa roca es dura como pedernal. El camarada Nóvikov contrajo demasiados compromisos cuando todavía falta mucho para llegar hasta el carbón.

Kótov le secunda con su ronca voz de bajo:

–Este mediodía he oído decir a un topógrafo que deberíamos haber acabado cuando llegue diciembre, aunque visto lo que nos dan para comer… ¡Se puede prometer cualquier cosa, las promesas no comen pan!

–Prometer no cuesta nada. En la fábrica donde trabajé antes de la guerra había un polaco que siempre decía: «Una promesa es un juguete con que sólo un tonto se divierte» –ratifica Deviatkin.

–¿De dónde era el polaco? –pregunta Braguínskaya.

–¿Por qué, crees que era paisano tuyo?

–No es por eso, es que mi tío utilizaba el mismo dicho.

–Y el mío… –dice soñador Latkov.

Después, Braguínskaya suspira:

–Por Dios…

Deviatkin ríe.

–Latkov, eres un tonto –dice Iván Pávlovich.

Mientras recorren la galería principal, Nóvikov se fija en los desperfectos que han dejado tras de sí los trabajadores del turno de día, como una sección del techo abierta a causa del hundimiento de una pieza de la bóveda, algo habitual, pero hay que reforzarla… Los raíles de la vía de arrastre están torcidos en un punto, y la presión lateral ha provocado que uno de los soportes de la estructura del entibado se rompiera… El jefe prometió que llevarían aire comprimido hasta la galería transversal contigua, pero durante el turno de día no han alargado la tubería lo suficiente, está igual que ayer; además, ni siquiera han bajado los tubos desde la superficie. Si bien es cierto que en el almacén ya no quedaban, y prometieron que los traerían desde la estación de tren, no deben de haber conseguido camión. De acuerdo. En cambio, sí han puesto el cable, aunque de nada servirá si no aumentan la potencia de la red, apenas suficiente para los trabajos en el primer nivel, se agota sólo con barrenar…

Al desviarse para entrar en una galería transversal, Deviatkin señala:

–Aquí sí que trabajamos a destajo.

–Desde luego –asiente Latkov–, entibamos a conciencia. El relleno de mampostería es perfecto y los puntales están firmes como una formación de soldados cuando se pasa revista… Creo que por aquí cerca hubo un desprendimiento de rocas que casi me sepulta. Kótov, ¿te acuerdas de cómo subí a colocar un ademe después de que explotaran los barrenos?

–No me acuerdo –responde Kótov para hacerle rabiar, pues recuerda perfectamente aquel suceso.

Vuelve su cara flaca y torva hacia Nóvikov y dice jadeante:

–Ya ves, creí que llevarían el aire comprimido hasta la galería vecina, pero ni siquiera han hecho pasar la tubería por la principal. Tampoco he visto ningún avance en la superficie ni en el patio subterráneo. Los de al lado están tan jodidos como nosotros.

Nóvikov le responde:

–Veo que te fijas.

Sin embargo, Kótov sólo ha fruncido el ceño. Creía que estaba en el lugar equivocado: antes de trabajar en la mina había ejercido de encargado de admisión en una oficina de avicultura… Deviatkin había torneado armazones para estilográficas en una fábrica de galalita, y luego trabajó de prensador en una planta de materiales plásticos. Era un obrero profesional, pero también él dijo una vez a Kótov:

–Cuando miro la bóveda de la mina, cuando pienso en que por encima de mi cabeza hay casas y crecen pinos mientras que yo estoy día tras día aquí abajo…

Kótov, quien gustaba de contradecir a la gente, le había dicho entonces:

–Si la mina te da miedo, alístate como voluntario.

–Pues no tendría ningún inconveniente –respondió Deviatkin.

Ahora caminan juntos mirando la ancha espalda de Nóvikov, que se dirige silenciosamente hacia la galería. Iván Pávlovich provoca extrañeza en sus compañeros. Fuera de la mina no hay hombre más amable. Sin embargo, ahora Latkov le fustiga diciendo:

–Oye, Nóvikov, ayer en la oficina firmaste el compromiso de llegar hasta el carbón antes del día uno. ¿No crees que debiste habernos consultado? ¿O pretendes conseguirlo solo? ¿Acaso el secretario Motorin te ayudará a perforar?

Nóvikov no se inmuta y responde con pereza:

–¿Que con quién llegaré hasta el carbón? Con vosotros, ¿con quién si no?

–¿Acaso tenemos ocho brazos y cuatro pellejos cada uno? –pregunta Deviatkin.

–Tú mira primero lo que me dieron ayer en el economato y luego asume los compromisos que quieras –añade Kótov.

–No me hace falta ver qué te dieron para saberlo, pues mi cartilla de racionamiento es idéntica a la tuya –replica Nóvikov.

–Es que tú, Nóvikov, se mire como se mire, tienes alma de funcionario –dice enfadado Kótov.

–¿Yo? –se ofende Nóvikov–. Eres tú quien sueña con cambiar la mina por una oficina. Yo he sido obrero toda mi vida.

Latkov mira dos lucecitas que titilan a lo lejos y dice:

–Fijaos, Niurka Lopátina y Vikéntyev ya están en la galería. Son gente tan concienciada como nuestro jefe de brigada.

51

La cercanía del yacimiento de carbón es cada vez más perceptible a medida que los excavadores avanzan en su trabajo. Era como si el carbón se indignara y se volviera fiero al cobrar consciencia de que estaba a punto de ser molestado. Durante la perforación se suceden pequeñas fugas de gas; el agua que se utiliza para limpiar las aberturas cae ruidosamente en la galería. A veces la fuerza de aquellos escapes es tal que, junto con el agua, se desprenden esquirlas de roca.

En cierto momento, un silbido inquietante indica que a través del techo de la galería ha empezado a entrar un chorro invisible de metano. Cuando los mineros acercan una lámpara al lugar del escape, de la grieta se desprenden unas escamas brillantes de polvo de pizarra. Niura Lopátina arrima uno de sus rubios cabellos, y éste se agita como si alguien lo soplara. Un hombre de bigote cano, técnico de gas, llega a la galería antes de que comience el turno para valorar el escape. La llama de su lámpara indicadora aumenta de un modo alarmante; los mineros se miran y el técnico dice en un tono serio a Iván Pávlovich:

–¿Lo ves, camarada Nóvikov?

–Claro que lo veo, cómo no iba a verlo… –responde con tranquilidad–, allí hay carbón, oigo que respira.

–¿Te das cuenta? –insiste el técnico.

–Claro que sí, estamos perforando en la dirección correcta. Oigan –dice a Deviatkin y Kótov–, antes de abrir los barrenos para volar la roca, hagamos una perforación de sondeo profunda con una máquina manual y luego un drenaje. Así no nos equivocaremos.

El contramaestre encargado de la ventilación opina:

–Tienes razón; mi jefe ordenó lo mismo. Quien anda con prisas acaba por hacer el ridículo.

–Se puede hacer reír a la gente –dice Nóvikov–, pero arriesgar su vida sería una auténtica locura.

– Iván Pávlovich, ¿es muy peligroso? –preguntó Braguínskaya.

Nóvikov se encoge de hombros. Cualquier cosa puede suceder. Recordó la mina Smolianka-11, una excavación conocida por sus altas temperaturas y la dureza de sus condiciones en cuya vertiente occidental Nóvikov había estado trabajando. Allí se producían fugas de gas repentinas que hacían que centenares de toneladas de cisco y polvo de carbón se desprendieran sobre las galerías, donde formaban capas de decenas de metros de grosor. Por supuesto que era peligroso. Uno podía quedarse sepultado durante una semana antes de que lo rescataran. La normativa de protección en el trabajo prohibía seguir excavando en galerías como aquéllas. En la mina 17 bis de la Dirección de Minerales de Rutchenkovo, donde Nóvikov también había trabajado, las fugas eran espantosas: el gas silbaba con tanta fuerza que ahogaba las voces de los mineros; a veces, la presión hacía que saltaran trozos de roca capaces de hacer trizas el escudo protector de la perforadora. Pero aun así se lograba llegar hasta el yacimiento. La fuerza de un escape era imprevisible: podría ser tal que arrancara un ademe, ni que hablar de mover uno de los cabellos rubios de Niura. Después de todo, aquello era una mina y no una fábrica de bombones… ¿Si era peligroso? ¿Qué podía responder a esa pregunta? Allí donde se encontraba su hermano, el peligro era mayor si cabe. Como si por su sonrisa silenciosa y aquel encogerse de hombros desganado adivinara los pensamientos de Nóvikov, Braguínskaya dice confundida:

–Donde estaba mi marido nadie preguntaba si era o no peligroso.

Nóvikov echa un vistazo a las caras de los mineros, callados y pensativos durante aquel momento de silencio subterráneo. Luego mira la

parte de la galería que está sin entibar, el techo, el lustre siniestro del grafito, la perforadora, las vagonetas de arrastre, los maderos para entibar que huelen a humedad y resina. Durante un instante vio el rostro de Masha, enrojecido, enfebrecido, y sus ojos brillantes y bien abiertos. Y vio también a su mujer, ceñuda y ansiosa. En voz baja, como si dudara, dice:

–Y bien, parece que tendremos que emplearnos a fondo.

Acto seguido se acerca a la perforadora despacio y sin hacer ruido, como a regañadientes, para probarla.

Ese primer movimiento de tanteo con el que un operario comienza su jornada de trabajo no está reñido con un cierto encanto: mientras se sobrepone a la inercia de la quietud, parece desconocer, aunque cree en ella, la capacidad de sus fuerzas; y si bien no está dominado aún por la tensión, la presión y la velocidad, presiente que se acerca el momento de que hagan presa en él.

Es la misma sensación que experimenta el maquinista que está a punto de conducir una locomotora de carga fuera del depósito, cuando su corazón siente el leve empujón de un émbolo que da comienzo al movimiento de la máquina. La misma que surge en el tornero que contempla cómo poco a poco se origina el movimiento de un torno al inicio de su jornada. Lo mismo que deben sentir los pilotos cuando, con un movimiento suave y en cierto modo distraído, hacen que la hélice dé el primer giro, tímido y soñoliento.

Los fundidores de los altos hornos, los operarios que manejan máquinas perforadoras, conducen tractores, manipulan una llave inglesa o un hacha o ponen en funcionamiento un pesado martillo neumático, conocen, disfrutan y aprecian el encanto del primer movimiento que origina el ritmo, la fuerza y la música del trabajo.

Aquella noche la tarea resulta ser especialmente ardua. La ventilación funciona defectuosamente, ya que el ventilador que habían instalado en la entrada de aire se estropea todo el tiempo, y el calor, mezclado con la humedad, desmadeja a los mineros. Cuando en una galería vecina hacen estallar la pólvora en los barrenos y un humo acre y oleoso entra en la suya cubriendo con una niebla azulada las lámparas de seguridad, el trabajo se vuelve todavía más difícil, y por momentos creen que no podrán soportarlo. Uno suda y le pica la garganta, otro quiere sentarse y recobrar el aliento. El aire fresco que se respiraba en la superficie parece muy lejano, como un espejismo para un viajero sediento que sueña con el agua de una fuente.

Nóvikov abre un profundo agujero de sondeo en la roca. La broca penetra con relativa facilidad, sin atascarse. El rechinar acompasado de la máquina asegura la buena marcha de la tarea, aunque a la vez parece soñoliento y malhumorado, como si el calor y la falta de aire hubieran acabado por reblandecer también el metal.

Latkov ayuda a Vikéntyev a colocar unos ademes y a acarrear maderos para reforzar el techo de la galería.

–¿Por qué me das un ademe sin terminar de desbastar? –pregunta Vikéntyev y señala el pie de la pieza–. ¿Acaso estás ciego?

–Es por culpa del calor –explica Latkov y añade convencido–: No hay nada peor que el calor. Los rusos preferimos el frío.

–No estés tan seguro –replica Vikéntyev–, durante el invierno trabajé en una mina a cielo abierto en la región de Bogoslovski a cuarenta grados bajo cero. Había una niebla tan espesa que parecía crema de leche congelada y que no se desvanecía durante semanas… Desde la estepa de Cheliábinsk soplaba a veces un viento gélido… Allí uno se da cuenta de lo que es el frío de verdad. No quiero saber nada del trabajo a cielo abierto. ¡Me costó una pulmonía! Definitivamente, es mejor trabajar bajo tierra.

Mientras tanto, Kótov y Deviatkin, que ayudan a Nóvikov, no le quitan la vista de encima esperando a que termine de poner unas estacas. Deviatkin, sin enjugar las oscuras gotas de sudor que le cubren las sienes y la frente, dice con voz lánguida y entrecortada:

–El turno acaba de empezar y yo ya necesito tomarme un descanso.

–No te detengas, sigue, Gavrila –lo espolea Kótov, a quien tampoco le es fácil hacer girar la manivela de la máquina, y se enjuga el rostro con la manga de la chaqueta.

Nóvikov se vuelve para mirarlos y dice:

–Corremos el riesgo de que esa estaca se atasque, así que haz un esfuerzo, Deviatkin. ¡Estás empapado!

–¡Uf! Creo que el movimiento de la perforadora por fin se ha ralentizado.

–¿Uf? ¿Por qué? Si se ralentiza, mala señal.

Mientras Nóvikov, concentrado, se agacha sobre la perforadora siguiendo su funcionamiento con la mirada, se figura que está trabajando en su patria chica, en Donbass. La sucesión de estratos y la atmósfera húmeda y sofocante le recuerdan el yacimiento de Smolianínovo y sus galerías inferiores. Por un instante cree que ya no hay guerra y que va a salir de la

mina y regresar a la casa donde ha vivido tantos años. Sigue respirando el aire caliente y sofocante; le resulta agradable notar cómo el sudor le cubre la frente.

Un escape repentino de agua mezclada con fragmentos de roca le golpea en los hombros y en el pecho con tanta fuerza que Nóvikov se tambalea y se le corta la respiración. Sus ayudantes le miran con una expresión tensa; Nóvikov respira hondo y les grita con voz ronca:

–¡No paréis! ¡Se nos atascará la estaca!

Allí, en las profundidades oscuras de la roca, se esconde un yacimiento de carbón. La punta de la perforadora de Nóvikov busca cómo abrirse camino hasta él, de modo que entre el hombre y la piedra se desata una pugna para ver quién cede.

En momentos como aquél Nóvikov siente dentro de sí la fuerza más cierta que existe en el mundo: la fuerza de un obrero. La invierte con generosidad, sin escatimar ni racionar.

Entonces da inicio aquello que cada uno de los trabajadores explica a su manera, pero que en el fondo sigue siendo un enigma. Nóvikov, aquel hombre taciturno y educado que respondía con bromas cuando Latkov le incordiaba, que muy pocas veces alzaba la voz, que nunca se saltaba el turno de cola para salir de la mina o canjear los bonos por comida en la tienda, que paseaba solemne por las calles de tierra de la colonia minera con su hija, que hacía las faenas domésticas cuando su mujer se ausentaba –fuera pelar patatas o comprobar si la ropa tendida ya estaba seca–, ese Nóvikov de repente se transforma. Su rostro muda y sus ojos claros parecen oscurecerse; sus movimientos, de común suaves y tranquilos, se tornan tensos y bruscos, e incluso la voz le cambia y empieza a sonar ronca y autoritaria.

Latkov hace reír a todos cuando, acalorado por el trabajo, le grita al jefe de brigada:

–Cuidado camarada atamán, [42] ¡le va a caer encima la tierra!

Niura Lopátina, quien había llegado a la mina procedente de un lejano koljós de Sarátov, empuja con ayuda de Braguínskaya una pesada vagoneta cargada de roca. De repente se vuelve para mirar a Nóvikov, empapado de agua, cubierto de un barro negro e iluminado por las lámparas, y dice:

–¡Como si fuera un Yemelián Pugachov [43] cualquiera!

Apartando los mechones de pelo pegados a su frente, Barguínskaya apuntó:

–Tiene que estar poseído por algún dios pagano ese hombre. ¡Nunca he visto una fuerza así!

Un rato más tarde, cuando se sentaron a tomar un respiro, Lopatina dijo:

–¿Has escuchado lo que ha dicho Braguínskaya, Kótov? ¡Dice que nuestro jefe de brigada es un dios pagano!

Todos se volvieron a Iván. Con la oreja pegada a una grieta en la roca, el minero escuchaba el silbido de un escape de gas.

–No creo que se trate de un dios, sino más bien de un malvado demonio –apuntó.

–Es cierto –asiente Deviatkin–, impone tanto respeto que ni siquiera me atrevería a fumar con él.

Vikéntyev, un hombre ceñudo, delgado y aquejado de ataques de tos, al principio se había molestado porque, siendo siberiano de pura cepa, había ido a parar a una brigada comandada por un advenedizo de Donbass. Sin embargo, dice:

–Admitámoslo sin rodeos: es un auténtico minero y sabe lo que hace…

*

Nóvikov se acerca a los que están sentados y les dice:

–Y bien, camaradas, la galería está aireada y el drenaje hecho. Trabajemos un poco.

Cada trabajador acomete su propia tarea, distinta de las de los demás.

Braguínskaya y Lopátina cargan los pedazos de carbón arrancados y los echan con gran estruendo en las vagonetas que luego empujan fuera de la galería venciendo lentamente la resistencia de las ruedas. Vikéntyev repasa los ademes que le lleva Latkov y los pone a punto con ayuda de un hacha y una sierra. Deviatkin y Kótov asisten a Nóvikov desbrozando con los picos la roca explosionada.

Parece como si cada uno de ellos estuviera aislado de los demás y sumido en sus propios pensamientos, esperanzas y miedos, muy distintos de los del resto… Vikéntyev piensa en su mujer y en sus hijos, que viven en Anzhero-Sudzhensk [44] y aún no se han reunido porque no hay plazas suficientes en la residencia para casados; la víspera Vikéntyev ha recibido una carta en la que su esposa le dice que no puede soportar vivir sin él… Vikéntyev piensa en que los yacimientos de Kuzbass en los que ha trabajado –Goreli, Moschni, Sporni, Sadovi– eran mucho más ricos que los

que ha mencionado Nóvikov, Smolianínivo y Praskoveisk. Se equivocaba si creía que iba a impresionar a Vikéntyev con el recuerdo de aquellos yacimientos menores de Donbass. Aunque es un buen jefe de brigada, de eso no cabe duda. Pone el corazón en su trabajo, y no hay tiempo de aburrirse con él. Vikéntyev piensa también que a su hijo mayor –que ya ha empezado la instrucción militar– tal vez lo llamen a filas en otoño, y lamenta que acaso no pueda verlo antes ya que no le concederán ningún permiso… Si Lisa, su esposa, hubiese estado con él, antes de acostarse le hubiera puesto ventosas en la espalda para aliviarle la tos.

Mientras tanto, Latkov piensa en que ha sido un error pelearse con Niura Lopátina y no pedir que lo inscribieran en el comedor número uno, cuyo director, según afirman algunos compañeros, no escatima en las raciones. También ha hecho mal trocando un par de botas por una chaqueta de cuero en el mercadillo: sus amigos se reían de él asegurando que le habían tomado el pelo… Trabajando junto a Vikéntyev, entibador profesional, Latkov ha aprendido cómo se ensamblan y se empalman los maderos de los ademes; si hubiese querido, habría podido conseguir que su foto adornara el cuadro de honor de la mina. Tendría que haberse inscrito en un curso vespertino de maquinista de perforadora… ¡Ojalá pudiera trabajar como Nóvikov, un hombre que ponía el alma y el corazón en todo lo que hacía y conseguía superar todos los obstáculos que se le presentaban! La botella de aguardiente por la que había pagado ciento cincuenta rublos en la noche del sábado no le había traído ninguna alegría. No se sintió a gusto con los hombres con los que la compartió y, encima, el jefe había amenazado con echarlo del barracón . ¿Por qué lo hacía todo al revés, por qué metía siempre la pata y luego lo lamentaba y volvía a hacerlo? «¡Basta! ¡Qué me importan esa Niurka del koljós y aquel par de botas! Iré a la oficina de reclutamiento y pediré que me destinen a defender Stalingrado», acabó pensando Latkov.

Deviatkin cavila a su vez: «He tenido la mala suerte de haber ido a caer en una mina, cuando debería estar trabajando en una prensa. Si consigo llegar a la colonia de la fábrica de armamento y contactar allí con alguien, seguro que descubro que necesitan obreros cualificados; entonces iré al departamento de personal y solicitaré un traslado; estoy soltero y no me hace falta plaza en la residencia, ya me las arreglaré… Pero esa burócrata, la instructora del departamento de personal, no dejará que me marche, y sin su permiso… Tengo que enviarle doscientos rublos a mi padre, así que se

los enviaré al pueblo. ¿Acaso pensaban que no lo haría?... Aquí no llegaré a nada, pero si trabajara en una fábrica enseguida se fijarían en mí, pues adquirí mucha experiencia antes de la guerra. Quizás en la superficie yo no sería menos que Nóvikov; cuando empiece a fabricar piezas, se quedarán pasmados. Ay, si no fuera por la guerra yo ya estaría casado… Ella no quiso, se hizo enfermera; ¿cómo se va a acordar de mí si tiene a su alrededor a los soldados de la guardia? ¡Son muchachos bravos! Antes de que empezara la guerra yo también tocaba la guitarra… Aunque quizá sea mejor así; durante la guerra es más fácil ser soltero… Qué va… Se echó a perder mi dicha: ella se olvidó de mí, y yo ya no tengo aquella guitarra…».

Braguínskaya recuerda por enésima vez el día en que se despidió de su marido en la estación de Járkov… «No, eso no puede ser, fue un error, se trata de otra persona con el mismo apellido… Pero no, no es ningún error… Soy viuda, pero una no puede acostumbrarse a esa palabra: viuda, viuda, viuda… y Kasimir no tiene padre. Y él está allí, solo, enterrado bajo un sauce… Durante la primavera del año pasado, ¿quién hubiera podido imaginar lo que iba a suceder? Él está muerto y yo estoy a miles de kilómetros de nuestra casa, en la galería de una mina, vistiendo una chaqueta de lona… Pensábamos ir a Anapa [45] en verano, y antes de salir de viaje yo quería hacerme la permanente y una manicura; Kásik [46] iba a ingresar en una escuela de música… A ratos una se olvida de todo y parece que no hay nada más importante en el mundo que esa pala y ese carbón. Recuerdo de nuevo aquella mañana calurosa y sofocante en la estación de Járkov, el sol y la lluvia, los charcos brillantes, su última sonrisa, tan entrañable, desconcertada y alentadora, decenas de manos saludando desde las ventanillas del tren: “Adiós, adiós…”. ¿Sucedió realmente? Dos habitaciones, un sofá, un teléfono, y sobre la mesa una panera llena de rosquillas y de pan: blanco, negro y otra vez blanco, pero seco, de ayer, que nadie quiere comer… Y ahora el relleno de mampostería, el banco, la vagoneta que descarrila, ademes, barrenos, perforación… ¿Cómo dice Nóvikov? ¿“Traspasaremos”? Y luego sonríe de esa forma tan especial…»

Kótov frunce el ceño mientras piensa: «Ay, dónde está mi patria chica, mi pueblo de Karáchev en la región de Oriol… Cuando uno se levanta por la mañana, la brisa sopla desde el bosque de Briansk, y el aire es tan rico… Mamá ya cumplió ochenta y un años, se quedó en el pueblo y ahora está ocupado por los fascistas, y yo no volveré a verla… Dasha no lo entiende, dice que ayer Vikéntyev llevó a casa novecientos rublos de sueldo y yo sólo

cuatrocientos ochenta y seis… ¿Acaso soy minero? Eres una tonta, siempre lo has sido y lo seguirás siendo. Voy a decirle que trabaje ella, porque en tiempo de guerra eso de esperar en la cola y darle a la lengua no es ningún trabajo.

»Gracias a Dios, salud no le falta, que vaya a conducir vagonetas. Desde que está conmigo jamás le ha faltado de nada… ¡Menudo *borsch* cocinaba cuando vivíamos en Karáchev! Y para ir a Oriol yo subía a la cabina del camión que conducía Petia, y cuando salíamos a la carretera, alrededor había jardines, manzanos y un cielo tan bonito… ¡no hay mejor lugar que la patria chica de uno!»

Mientras, Niura Lopátina piensa: «A mí qué me importa… Para qué voy a querer a ese Latkov… Mi mamá tenía razón… Los chicos de mi pueblo son los mejores… Es un grosero. No entiendo de qué se quejan, da lo mismo dónde trabaje uno: en la superficie o bajo tierra… Las compañeras de la residencia son buena gente, además, una vez por semana hay cine, radio, revistas… Mejor hombre que mi Sasha no lo hay ni lo ha habido, desde luego… Y ése es un bocazas, pero seguro que no quiere saber nada de ir al frente… En cambio, Sasha está defendiendo Stalingrado dispuesto a dar su sangre. Es tan taciturno, tan hombre de principios, jamás dice palabrotas delante de una chica… Y a ese Latkov enseguida se le nota que se crió en un orfanato… ¿Y a mí qué? Yo mando dinero a mis padres todos los meses, estudiaré para ser electricista; ayer vino una chica del Komsomol y me prometió que me inscribiría en uno de los cursos… Lo más importante es que mi hermano, Sasha, el tío Iván, el tío Piotr y Aliosha, el de Niura, regresen vivos a casa… Pero eso no va a ocurrir, es imposible que sobrevivan todos, mamá me escribió que Liuba Rúkina había recibido una esquela mortuoria y la Serguéyevna dos a la vez… Y los que están aquí, en la retaguardia profunda, son como ese Latkov que sigue teniéndole miedo a la mina, lo noto en su mirada. Eso sí, cuando habla se ve que es un chico de ciudad…».

Era como si el trabajo que desempeñaba cada uno de ellos fuera distinto y singular. Sin embargo, de vez en cuando, en aquel aire asfixiante resuena una música secreta, tenue como el zumbido de una abeja, que llena de emoción y alegría los corazones de los jóvenes y los viejos. Y a partir de ese momento un vínculo sólido y sonoro une entre sí a los obreros: sus esfuerzos, sus movimientos, el pesado caminar de las carretilleras, el sordo golpeteo de los picos, los chirridos de las palas y las sierras, los impactos

sonoros de la cabeza de un hacha contra un ademe para vencer su resistencia a cargar con el peso del techo y la respiración acompasada de los que perforan fueron configurando una fuerza viva, sólida e inquebrantable, que existe y respira al unísono.

Aquel hombre de mirada bondadosa, pómulos anchos, pelo rubio y manos grandes y oscuras, capaces de levantar tanto una pesada barra de hierro como de arreglar un reloj, advierte en su interior, tierno y sensible, sin volverse para mirar a sus compañeros, el hilo musical que se ha tendido entre todos los que le rodean.

Luego, cuando abandonan la mina gimiendo de cansancio mientras su mente divaga en sus cosas, sus hogares, sus vidas, no aciertan a comprender de dónde surge aquella fuerza suya, razonable y benevolente, si no es de la fuerza colectiva, de dónde el sentimiento de libertad si no es del sacrificio de su libertad a la de otros, de dónde si no proviene la certidumbre de que en la obediencia a la autoridad de Nóvikov se expresa lo mejor que el hombre puede dar de sí.

52

Por la noche se celebró un breve mitin en el patio de la mina. Se había convocado al equipo del turno de noche, veinte minutos antes de la hora habitual, en la oficina donde se asignaban las tareas. Mientras tanto, el elevador seguía subiendo a los que habían terminado su turno; en el patio subterráneo, el secretario del comité Motorin les había anunciado el inminente inicio del mitin.

Cuando alguien se quejaba: «¿Un mitin ahora? La gente está agotada después del turno», Motorin respondía: «No os inquietéis, camaradas, la noche otoñal es larga. Ya tendréis tiempo para dormir a gusto y soñar con quien queráis soñar».

La noche era oscura y ventosa, sin estrellas; se oía el susurro de las hojas de los árboles, el rumor monótono y lejano de un bosque de pinos. Una llovizna fría, intermitente y menuda mojaba de vez en cuando las hojas y los rostros anunciando la llegada del fango, del mal tiempo otoñal y de las tormentas de nieve del invierno. Un foco proyectaba un haz oblicuo por encima de la mina, y parecía que no eran las hojas de los árboles las que

susurraban sino el roce de los bordes desgarrados de las pesadas y ásperas nubes contra el cielo.

De pie sobre una tarima de madera estaban los representantes del Partido y la administración de la mina; un rumor recorría la multitud de mineros que los rodeaban; sus caras tiznadas se fundían con la negrura de la noche.

Aquí y allá se veían las lucecitas de los cigarros encendiéndose, y se podía percibir de un modo casi tangible el placer que experimentaban los mineros al aspirar, tras largas horas bajo tierra, el aire fresco y húmedo de la noche mezclado con el humo del tabaco.

Quien observara aquel cuadro caería presa de la emoción, pues había en él algo singular: una noche fría de otoño, la llovizna; la oscuridad que envolvía el cielo y la tierra; los puntos luminosos del alumbrado de la mina vecina y la estación de tren; entre las nubes, el centelleo apenas visible de unas manchas rosáceas, reflejo de la luz que arrojaban las minas y las fábricas diseminadas alrededor en un círculo de casi sesenta kilómetros de perímetro; el rumor vivo y húmedo del bosque en el que se mezclaban el resuello huraño de los troncos centenarios, el susurro aterciopelado de las agujas mojadas de los pinos, el crujido de las ramas cubiertas de resina y el golpeteo de las piñas que chocaban entre sí movidas por el viento…

Dentro de aquel marco de oscuridad, rumor y lluvia fría brillaba un enorme cúmulo de luz que el cielo no había visto siquiera en sus noches más estrelladas.

Motorin fue el primero en hablar. En aquel momento tuvo una sensación extraña. Hasta la fecha había intervenido en asambleas obreras, en congresos de estajanovistas, en mítines, en reuniones relámpago, bajo tierra y en el patio de una mina. Estaba tan acostumbrado a pronunciar discursos, leer informes y participar en los debates… Recordaba con una sonrisa su primera intervención pública en un congreso regional del Komsomol: él, entonces un muchacho de una colonia minera, subió a la tribuna y se quedó perplejo ante la visión de centenares de rostros animados y atentos que lo miraban; comenzó a hablar, pero se detuvo al oír su propia voz temblorosa, agitó la mano con desesperación y regresó, desconcertado y sin haber terminado el discurso, a su silla, mientras el indulgente público sonreía y le aplaudía. Cuando Motorin contaba esa historia a sus hijos, le costaba creer que fuera cierta: «¿Acaso pudo haberle sucedido algo parecido?». Ahora

volvía a sentir que se le formaba un nudo en la garganta, el corazón se le aceleraba y le faltaba el aire.

Tal vez estuviera al borde de una crisis nerviosa a causa del agotamiento y las noches en vela. Quizá le hubiera afectado la conversación que había mantenido con un militar llegado en avión desde cerca de Stalingrado, quien había hablado en el comité acerca de los cruentos combates en el sudeste, acerca de la ciudad en llamas y acerca de los alemanes que, tras alcanzar el Volga en dos puntos, gritaban a los soviéticos replegados en las orillas del río: «¡Eh, ruso, gluglú!». Aunque también era posible que la causa de aquella desazón fuera la lectura, antes del mitin, de un boletín de la Oficina de Información Soviética…

Cuando articuló con voz débil y temblorosa: «Camaradas…», creyó que ya no iba a poder pronunciar ni una palabra más; la emoción le cortaba el aliento y le impediría hablar. De improviso, de las profundidades de su memoria emergió una imagen de su padre: estaba descalzo, tenía los ojos llorosos, una barba blanca y vestía una camisa azul; con la mano en alto, decía al despedirse de unos compañeros de la mina: «Estimados obreros y amigos…».

En el mismo tono que su padre había utilizado entonces y que pervivía en Motorin, éste repitió esforzadamente y con resignación:

–Estimados obreros y amigos… –calló y volvió a decir en voz baja–: Estimados obreros y amigos…

Oculto entre la multitud que rodeaba la tarima, el excavador Iván Nóvikov lanzó un suspiro quedo y dio un paso adelante para oír mejor al conferenciante y ver más de cerca su cara. Aquella voz medio ahogada por el rumor del bosque y el susurro de los árboles cercanos logró conmover al auditorio.

Deviatkin, Kótov, Latkov, Braguínskaya y Niura Lopátina dieron también un paso adelante…

Motorin vio cómo se agitaban simultáneamente las luces de centenares de lámparas. La multitud se había apiñado alrededor de la tarima y le pareció que aquel resplandor se había vuelto más cálido e intenso…

El discurso que tenía preparado, y en el que pedía que incrementaran la producción de carbón extraído y que el número de metros que se excavaban diariamente aumentara en un ciento cincuenta por ciento, pareció haberse desvanecido en la niebla. Sin pensar en absoluto en lo que diría ni tampoco sabiendo de qué iba a hablar, dijo:

–Acabo de recordar que, cuando yo aún era un niño, el dueño de la mina donde trabajaba mi padre lo echó a la calle y mandó arrojar todas nuestras cosas del apartamento donde habíamos nacido mis dos hermanas y yo. Era otoño, como ahora… Llegaron los guardias, se congregaron algunos obreros… Teníamos que marcharnos, pero ¿dónde íbamos a ir si aquélla era nuestra casa, la casa en la que habíamos vivido toda nuestra vida y donde habían muerto nuestros abuelos? Cuando mi padre empezó a despedirse de la casa, lo miré y escuché sus palabras, de las que, aunque ya tengo el pelo cano, no he podido olvidarme; sería imposible…

Motorin miró las luces a su alrededor: eran personas que estaban de pie escuchándolo, y él parecía estar hablando consigo mismo. Entonces preguntó con voz de asombro:

–Camaradas, ¿comprenden dónde quiero llegar?

–Por supuesto –contestaron muchas voces, respuesta que no sorprendió ya a Motorin.

Entonces, aparentando una tranquilidad y confianza en sí mismo que, en realidad, ponían de manifiesto el nerviosismo que lo dominaba, hurgó en su bolsillo, sacó una hoja de papel arrugada y empezó a leer en voz alta, ayudándose con una lámpara, un boletín de la Oficina de Información Soviética:

–«En el sector noroeste de Stalingrado se siguen librando encarnizados combates. En su intento de vencer a cualquier precio la resistencia de los defensores de la ciudad, el enemigo no cesa de atacar nuestras tropas. Varias unidades alemanas aisladas consiguieron penetrar en algunas calles de Stalingrado durante la noche. En consecuencia, hubo duros enfrentamientos callejeros que por momentos se transformaban en combates cuerpo a cuerpo…»

Esa vez no preguntó a los mineros si comprendían por qué después de hablar de su padre había empezado a leerles la noticia sobre los combates que se libraban en Stalingrado.

Hablaba despacio, con una voz no muy alta pero que todos oían, y la sensación que había experimentado al comenzar el discurso no lo abandonaba. Hablaba como si lo hiciera consigo mismo, pero a la vez parecía que tan sólo relataba lo que había oído contar a otros.

Nóvikov tuvo la sensación de que no se limitaba escuchar, sino que también hablaba. Lo que no comprendía era por qué su voz tenía un sonido bastante diferente del habitual. Sentía que estaba diciendo palabras que ya

había pronunciado mucho antes. A saber, que ninguna tarea superaba el poder de la clase obrera que luchaba por defender su hogar. Pero al mismo tiempo pensaba en Masha. ¿Por qué seguía en aquel estado febril? Tal vez hubiera contraído la malaria. ¿Estaría tuberculosa acaso?

En lo alto del oscuro cielo otoñal, sobre las nubes veloces, se reflejaban, apenas perceptibles, unas sombras temblorosas y rosáceas: un rastro del aliento de las fábricas y de las minas de los alrededores, un recuerdo de decenas de miles de industrias y explotaciones mineras desde el Pacífico hasta el Volga, un recuerdo de aquellos obreros que, al igual que Nóvikov, Braguínskaya, Motorin y Kótov, pensaban en la dura vida de guerra con sus muertos y perdidos en combate, un recuerdo de los millones de personas que, lo mismo que Nóvikov, Braguínskaya, Motorin, Kótov y el viejo Andréyev, estaban convencidos de que su fuerza obrera podría con todo y todo lo superaría.

---

1 . Barrios de Stalingrado.

2 . Juego de palabras: en ruso, el vocablo РАК significa «cáncer» y «cangrejo de río». Los cangrejos hervidos son uno de los aperitivos más apreciados en Rusia para tomar con cerveza.

3 . Sociedad de cooperación con la defensa y las industrias aérea y química de la Unión Soviética (1927-1948).

4 . Pueblo de los alrededores de Stalingrado.

5 . Insignias en forma de barra que llevaban en el cuello del uniforme los oficiales del Ejército Rojo. Dos barras equivalían al grado de mayor.

6 . Población de origen alemán que se había establecido en la región del Volga en el siglo XVIII , alentados por Catalina la Grande, alemana ella misma. En 1924 se les concedió el estatuto de Región Autónoma. Pero durante la invasión nazi a sus habitantes se les consideró potenciales colaboradores del invasor y unos quinientos mil fueron deportados a Siberia y Kazajistán, donde muchos murieron. *(N. del E.)*

7 . En el lenguaje infantil «tío» y «tía» se emplean para referirse a cualquier adulto.

8 . Príncipe de Moscú entre 1359 y 1389, fue el primer moscovita que desafió el dominio de los mongoles sobre su ciudad. *(N. del E.)*

9 . Vladímir Galaktiónovich Korolenko (Žitomir, 27 de julio de 1853-Poltava, 29 de diciembre de 1921) fue un novelista y periodista ruso.

10 . Juego de palabras: en ruso las preposiciones «з а» (detrás de) y «п о» (por) se utilizan indistintamente para indicar «ir por alguna cosa»; la construcción con «por» es más coloquial.

11 . Juego de palabras: en ruso la interjección «н у» o bien «н о» equivale a la castellana «arre», pero también se utiliza como locución conjuntiva («y bien» en español) para introducir una pregunta o decir algo.

12 . Piotr Nikoláyevich Krasnóv (22 de septiembre [10, según el calendario juliano] de 1869-16 de enero de 1947): atamán cosaco, teniente general del ejército ruso desde 1917. Uno de los líderes cosacos del Don y del norte del Cáucaso.

13 . Fusil antitanque.

14 . «¿Cuáles fueron las palabras del Führer?»

15 . «El Führer dijo: ¡Stalingrado debe caer!»

16 . Bose (1897-1945), discípulo de Ghandi, político nacionalista indio encarcelado varias veces por su actividad nacionalista y que destacó por sus polémicas alianzas con el Eje durante la Segunda Guerra Mundial. En 1943 formó, con ayuda de Japón, el Gobierno Provisional de la India Libre en Singapur.

17 . Caricaturistas soviéticos.

18 . «Tú no eres nada, el pueblo lo es todo.»

19 . Schicklgruber era el nombre de soltera de la abuela paterna de Hitler. Alois Hitler (1837-1903), el padre de Adolf, era hijo ilegítimo. Maria Anna Schicklgruber se casó después con Johann Georg Heidler, o Hitler.

20 . Tradicionalmente, durante la Pascua las casas y las iglesias se guarnecen con ramas de abedul.

21 . Enclave situado en la periferia de Moscú donde en mayo de 1896 se produjo un aplastamiento masivo de las personas allí congregadas con motivo de la coronación del zar Nicolás II.

22 . Se refiere a los judíos. Sofia Ósipovna, a la que alude la mujer del casero en su diatriba, también lo es.

23 . Alusión al título de una novela de Dostoyevski, *Humillados y ofendidos* .

24 . Grado científico.

25 . Stepán *Stenka* Timoféyevich Razin (1630-1671), líder cosaco y héroe popular que lideró una gran sublevación contra la nobleza y la burocracia del zar en el sur de Rusia.

26 . Una de las montañas de la cordillera del Himalaya.

27 . Gorro alto hecho con piel de cordero.

28 . Apelativo cariñoso de Maria.

29 . «Eh, ¡manos arriba! ¡Ríndete!»

30 . «¡Silencio, cerdos!»

31 . Mariscales soviéticos.

32 . Iniciales del nombre y patronímico de Nóvikov.

33 . Diminutivo de Iván, al igual que Vania.

34 . Importante centro minero e industrial en el sur de Rusia.

35 . Pueblos de Donbass.

36 . Aleksandra Vladímirovna.

37 . Diminutivo de Anna.

38 . Dicho ruso que indica un cambio radical de situación.

39 . Personaje legendario de la épica rusa, famoso por su fuerza descomunal, una suerte de Cid Campeador.

40 . Camisa hecha de piel de venado, atuendo típico de las tribus del norte de Rusia.

41 . Diminutivo de Piotr.

42 . Jefe cosaco.

43 . Líder de un levantamiento popular cosaco (1773-1774) que se alza contra el régimen de Catalina la Grande.

44 . Ciudad en la Siberia occidental.

45 . Ciudad de veraneo en la costa del mar Negro.

46 . Diminutivo de Kasimir, su hijo.

TERCERA PARTE

1

El 25 de agosto tropas alemanas iniciaron el avance hacia Stalingrado desde Kalach, en el oeste. Para entonces, tras abrir una brecha en el flanco sur, cerca de Abganérov, sus unidades de blindados e infantería habían alcanzado el barranco Dubovi, más allá del lago Sarp.

Al norte, los alemanes se hicieron fuertes en la aldea de Rínok, cerca de la fábrica de tractores. En consecuencia, el enemigo había estrechado su cerco a Stalingrado desde el sur, el oeste y el norte.

El 31 de agosto los alemanes lanzaron una nueva ofensiva en dirección a Basarguinó y Varapónovo. Las unidades del 62.º Ejército soviético, ya muy mermadas, se replegaron hacia la mediana embestidas por el adversario que avanzaba desde la línea exterior de fortificaciones que rodeaba la ciudad; el 2 de septiembre, una nueva serie de ataques concéntricos a cargo de los germanos empujó a las divisiones desde la mediana hasta la línea interior, el último baluarte defensivo.

Allí la línea de defensa atravesaba los suburbios que los habitantes de Stalingrado tan bien conocían: Rínok, Orlovka, Gumrak, Peschanka.

Quinientos carros de combate y mil aviones de combate apoyaban la ofensiva desplegada por las ocho divisiones alemanas que avanzaban hacia la ciudad en un frente compacto. Era en la estepa, en terreno descubierto, donde más daño causaban las incursiones de la aviación germana.

La artillería del enemigo disponía de posiciones ventajosas para su acción; cerca de la ciudad el terreno se deprimía notablemente de oeste a este, de modo que los alemanes podían avistar sin impedimento alguno la primera línea, la retaguardia de la defensa soviética y, asimismo, controlar los accesos a ésta mediante el fuego de sus baterías.

Un gran número de valles, barrancos y lechos de riachuelos que se secaban en verano –como el Méchetka y el Tsaritsa, afluentes del Volga– facilitaban a la infantería germana los accesos a la ciudad.

Durante aquellos días entraron en combate todas las divisiones del 62.º Ejército y todas las unidades de reserva de las que disponía el comandante del frente.

Los milicianos, obreros y funcionarios convertidos en fusileros, tanquistas y artilleros se batían codo con codo con los soldados.

Sin embargo, a pesar de la tenacidad de los defensores de Stalingrado, los alemanes siguieron acercándose lentamente a la ciudad. La desigualdad entre los dos bandos era hasta tal punto notoria, que por cada soldado ruso había tres alemanes, y por cada cañón soviético dos germanos.

El 5 de septiembre se inició una gran ofensiva soviética en la que intervinieron las tropas desplegadas al norte y al noroeste de Stalingrado, fuerzas aisladas de las que defendían la ciudad por un corredor que los alemanes habían abierto desde el Don hasta el Volga.

Aquél fue un combate cruento. Las tropas soviéticas, que avanzaban por un terreno descubierto, sufrieron incontables bajas; la aviación alemana se cernía cual nubarrón sobre nuestras divisiones desde la mañana hasta la noche, bombardeando las posiciones de la artillería y los puntos de concentración de los carros de combate.

La ofensiva de los soviéticos parecía condenada al fracaso: no se logró abrir una brecha en el corredor alemán, los combates en ciertas cotas aisladas de la estepa no obtuvieron un resultado decisivo y el pequeño avance, que tantas vidas había costado, poco a poco quedó reducido a la nada, sometido por los contraataques de los blindados y la aviación del enemigo. Aun así, los alemanes se vieron obligados a desplazar hacia el norte una parte considerable de sus efectivos desde el eje principal de su ofensiva contra Stalingrado; este movimiento de piezas constituyó un pequeño éxito del Alto Mando soviético al conseguir con ello desviar a los alemanes de su objetivo principal.

En consecuencia, los soviéticos ganaron tiempo y los defensores de la ciudad pudieron resistir hasta mediados de septiembre. Los participantes en aquella ofensiva, sin embargo, la consideraban un fracaso y no eran conscientes de la ventaja que aquel tiempo les había supuesto.

El tiempo, eterno enemigo de los aventureros y aliado perpetuo de la auténtica fuerza, se alía con aquellos que avanzan siguiendo el curso de la historia y va en contra de quienes carecen de futuro. El tiempo siempre acaba por desenmascarar a las fuerzas ficticias y dar la victoria a las verdaderas.

Pero para que esa valiosa cualidad del tiempo se manifieste, el hombre debe tomarlo por un aliado severo y exigente y no por una mera dádiva del destino.

Las unidades de reserva del Ejército Rojo se dirigían hacia Stalingrado sin distinguir entre el día y la noche, pues cada hora contaba.

Aquel 5 de septiembre, la división en la que servía el teniente de artillería Anatoli Sháposhnikov fue de las primeras en entrar en combate cerca de la aldea de Okátovka, sobre una alta ribera del Volga. La división que comandaba el general Rodímtsev, en la que servían el jefe de la 3.ª Compañía de Fusileros Kovaliov y el soldado Vavílov, se dirigió a marchas forzadas siguiendo la orilla izquierda del Volga hacia la ciudad sitiada. El Alto Mando soviético había ordenado a la división de Rodímtsev que fuera la primera en entrar en la ciudad sitiada, uniendo así para siempre su gloria a la de la batalla de Stalingrado.

2

Apenas se hubo terminado de arrastrar los cañones por una pendiente empinada y pedregosa hasta lo alto de una colina cubierta de parras, llegó un enlace para transmitir la orden de tomar posiciones de fuego en vista de que los alemanes se habían concentrado en los jardines y los viñedos de un pueblo situado sobre las colinas contiguas.

El comandante del grupo ordenó a Tolia Sháposhnikov, acalorado, empapado en sudor y cubierto de polvo –acababa de ayudar a arrastrar los cañones por un terraplén fangoso–, que organizara el transporte de las municiones hasta la cima de la colina.

Los camiones cargados con obuses permanecían cerca del río, ya que no podían salvar aquella pendiente tan empinada.

Mientras Tolia bajaba corriendo la colina cubierta de musgo y hierbas, un viento tibio le zumbó en los oídos; luego, envuelto en una nube de polvo rojizo, siguió por la pendiente hasta la orilla del río sin aminorar en ningún momento la marcha.

El despeñadero por el que había bajado arrojaba su sombra sobre la ribera. Después del sol cegador de la estepa, ya había empezado a

oscurecer. Sin embargo, allí donde el sol iluminaba el Volga, el agua brillante semejaba mercurio, vivo y elástico.

Tras organizar una cadena de soldados para acarrear los obuses cuesta arriba, Tolia subió a uno de los camiones para ayudar a descargar. «Que no piensen que sólo sé mandar», repetía para sí mientras acercaba las cajas de proyectiles al borde del camión.

Creía que había cometido un error al ingresar en una escuela de artillería, en el convencimiento de que en el combate habría sido más fácil ser un soldado raso. Corpulento, de hombros anchos y rostro huraño, aparentaba ser un muchacho tosco y rudo; sin embargo, al poco tiempo todos los oficiales y soldados sin excepción se rindieron a su carácter bondadoso, tímido y honesto. De naturaleza indecisa, se cohibía a la hora de dar órdenes, se perdía en los interminables «sea tan amable, por favor, le ruego que…», balbuceando fórmulas apenas audibles. El jefe de batería Vlasiuk le gritaba enojado e indulgente a la vez:

–Sháposhnikov, otra vez mascullando, no sabe imponerse. Se olvida de que la artillería es la diosa de la guerra. ¡Métete en la cabeza que eres artillero!

Tolia siempre se mostraba dispuesto a hacer favores a sus jefes e iguales: ora hacía guardia en el cuartel general reemplazando algún compañero, ora pasaba a limpio los informes o iba a recoger el correo.

Algunos oficiales bromeaban al respecto:

–Lástima que no esté aquí Sháposhnikov, le darías una alegría si le pidieras que hiciera guardia por ti… ¿Por qué no se lo dices a Sháposhnikov? Seguro que va encantado… –Luego añadían con una sonrisa–: A Sháposhnikov le encanta hacer guardia… Sháposhnikov adora caminar por la solana hasta el cuartel general.

Sin embargo, la actitud de sus compañeros para con él no era sólo burlona y condescendiente. Sabían apreciar sus notables conocimientos técnicos, sobre todo los soldados de la artillería. Tolia era capaz de analizar y corregir con rapidez cuantos defectos y fallos se producían en la labor de un artillero. Sabía explicar con brevedad y sencillez, incluso a los más cortos de entendederas, lo esencial de una ley abstracta y compleja. Gracias a su habilidad para el dibujo, podía explicar por qué había que hacer de una manera y no de otra los cálculos para apuntar a un blanco móvil teniendo en cuenta la distancia y la dirección del viento.

De todos modos, era difícil no reírse de Sháposhnikov: apenas se empezaba a hablar de chicas, Tolia se sonrojaba y tosía. Las enfermeras del batallón sanitario, que consideraban a los oficiales de artillería los hombres más educados de toda la división, preguntaban con una sonrisa en los labios a los tenientes del grupo donde servía Sháposhnikov:

–¿Cómo es posible que ese compañero vuestro sea tan soberbio? Jamás te dirige la palabra, si te cruzas con él, pasa de largo y si le preguntas algo, te contesta con un sí o un no y luego echa a correr.

Una vez, Sháposhnikov dijo al comandante de batería Vlasiuk:

–Una persona joven del sexo opuesto preguntó por usted en el cuartel general.

Desde entonces, los compañeros empezaron a llamar a Sháposhnikov «persona del sexo opuesto».

En cambio, los soldados lo apodaban «teniente Sea tan amable».

*

En aquella hora, los alrededores presentaban un aspecto majestuoso y amenazante. El enorme río desierto refulgía a la luz del sol. Daba la impresión de que un eterno silencio reinaba bajo las aguas de aquel río perenne, aun cuando el aire estaba saturado de chirridos y estruendo.

Por una estrecha franja de tierra que bordeaba la orilla por debajo del despeñadero se arrastraban, empujando grandes trozos de arenisca, los remolcadores que transportaban cañones y municiones. Entre el río y el despeñadero, las unidades de infantería armadas con fusiles antitanque y ametralladoras marchaban por los barrancos lejos de la orilla, y subían las colinas antes de adentrarse en la vasta estepa seguidas de otras compañías y batallones que no cesaban de llegar.

El maravilloso cielo en el que desde tiempos inmemoriales había reinado un augusto silencio azul se quebraba ahora a causa del fragor de los combates aéreos. Por entre pequeñas nubes blancas y vellosas aullaban los motores, se oían los estampidos de los cañones y rugían las ametralladoras. A veces los aviones volaban a ras del agua y volvían a tomar altura. La guerra en el aire se libraba en todas las plantas del edificio celestial.

Desde la estepa llegaba el fragor de la batalla terrestre que acababa de empezar: los regimientos del Ejército Rojo se enfrentaban a los ejércitos

del norte de Paulus.

A los hombres que seguían junto al río, al abrigo de una sombra inquietante, debía de extrañarles que, en el interior de la estepa, donde un sol irresistible brillaba indolente, se librara en aquel momento una sangrienta batalla.

Mientras tanto, los grupos de hombres armados seguían ascendiendo por la pendiente de la orilla en dirección a la estepa. Sus tensos rostros expresaban una singular mezcla de emoción y decisión, el miedo de un soldado antes de batirse en su primer combate y el temor de quedarse rezagado que obliga a los que marchan al frente a apretar el paso.

Había llegado el día más importante en la vida de Tolia…

Hacía una hora que el grupo de artillería en que servía Sháposhnikov había cruzado la aldea de Dúbovka, en la orilla del Volga. Allí fue donde Tolia percibió por vez primera la presencia del frente, oyó el silbido y el estruendo de las bombas lanzadas desde los aviones, vio las casas en ruinas y las calles cubiertas con vidrios rotos. Por delante de él pasó un carro en el que yacía una mujer vestida de amarillo que dejaba un rastro de sangre en la arena; a su lado caminaba un hombre mayor en mangas de camisa que se agarraba con la mano a un borde del carro y lloraba presa de la desesperación. Tras las cercas de las casas oscilaban, crujiendo con el soplo del viento, decenas de cigoñales que semejaban los palos de zozobrantes barcas.

Aquella misma mañana Tolia había tomado leche en la tranquila aldea de Oljovka en cuya plaza, amplia y mojada, cubierta con hierba fresca de un verde brillante, pacían unos gansos jóvenes.

La noche anterior, durante un breve alto en el camino, Tolia se alejó varias decenas de metros de la carretera haciendo susurrar a su paso el ajenjo seco. Se tumbó boca arriba para mirar el cielo estrellado y se sumió en la contemplación del polvo centelleante de las estrellas, ajeno a las voces lejanas de los soldados.

La víspera, por la tarde, hubo un calor sofocante con olor a gasolina dentro de la cabina de un camión, el ronroneo del motor y el cristal caliente del parabrisas polvoriento. Un año atrás, en Kazán, aquella pequeña mesa cubierta con hule, el cuaderno en el que escribía su diario, un libro abierto, la palma tibia de su madre en la frente, unas palabras: «Duerme, duerme».

Dos años antes Nadia, en bragas, flaca y descalza, subía corriendo los escalones de la terraza de la dacha y gritaba con voz estridente: «¡El tonto de Tolka ha robado mi pelota de voleibol!». Antes había habido piezas de mecano para montar un avión, un té con leche y un bombón antes de acostarse, un trineo con el asiento forrado de tela y flecos en los bordes, el árbol de Año Nuevo. [1] La madre de Víktor Pávlovich, una mujer de pelo cano, había sostenido a Tolia sobre sus rodillas mientras le cantaba: «Un abeto nació en el bosque», y él la acompañaba con su fina voz: «En el bosque se crió».

Ahora todos aquellos recuerdos se contrajeron hasta formar una minúscula bola, prieta y compacta como una nuez. Además, ¿habían sucedido de verdad?

La única realidad era el lejano fragor de la batalla que se acercaba y se hacía cada vez más fuerte.

Tolia se sintió desamparado. No se trataba del miedo a la muerte o al sufrimiento, sino del temor ante la mayor prueba de su vida: ¿saldría airoso? Aquel temor, natural en un adulto, tenía sin embargo un rasgo infantil: ¿sabría dar órdenes durante el combate? ¿Qué pasaría si de repente le temblara la voz y empezara a chillar? ¿Y si de pronto el comandante del grupo le gritara: «¡Nenaza, niño de mamá!» o le diera por agacharse, provocando las miradas compasivas de los soldados? Conocía bien los cañones, estaba seguro de eso, pero deseaba aún más conocerse a sí mismo.

El recuerdo furtivo de su madre y su casa no despertaron en él un sentimiento de amor ni de ternura sino que, al contrario, hizo que se enojara con ella. ¿Acaso su madre no sabía que la vida acabaría por arrastrar a Tolia hasta aquella prueba? Entonces ¿para qué lo había mimado y protegido del trabajo pesado, de la lluvia y del frío? ¿Para qué habían servido todos aquellos bombones, galletas y árboles de Navidad? Debería haber empezado a fortalecer su cuerpo desde muy joven: baños de agua helada, comida sencilla, trabajo manual, excursiones a la montaña, lo que fuera. Debería de haber aprendido a fumar.

Tolia seguía mirando hacia el cielo, de donde llegaba el estruendo y donde el sol brillaba con furia. ¿Cómo iba él, un muchacho tímido que perdía la voz a causa de los nervios, a comandar a aquellos hombres fuertes y curtidos en el combate?

Golpeó con la mano en la cabina del camión que acababan de descargar y dijo al conductor que se asomó por la ventanilla:

–Camarada conductor, hágase a un lado, vamos a descargar otro camión.

Cuando bajaba del camión pensando en que el transporte de municiones era una tarea de gran importancia y responsabilidad, vio llegar corriendo, pendiente abajo, a un sargento del Estado Mayor de su grupo de artillería. El hombre gritó con fuerza a los soldados que acarreaban obuses cuesta arriba:

–¿Dónde está el teniente?

Un minuto después se encontraba delante de Sháposhnikov.

–Camarada teniente, una ráfaga de ametralladora disparada desde un avión ha herido al comandante de la batería. El camarada mayor ordena que usted le reemplace en el mando.

Tolia subía la pendiente escuchando al jadeante sargento contar que la infantería del regimiento vecino ya había partido, que en el grupo había varios heridos, que unos cazas enemigos los habían atacado con fuego de ametralladora, que la estepa estaba cubierta de blanco por la cantidad de proclamas que los alemanes habían arrojado desde el aire y que la línea del frente estaba a unos cuatro kilómetros de su posición.

Mientras lo escuchaba hablar, Tolia miraba el polvo rojizo que levantaban sus pies al andar. Se volvió y vio que el Volga había quedado abajo.

Ahora ascendían por la pendiente escarpada, resbaladiza y cubierta de musgo y piedras menudas de una colina. El sargento caminaba delante apoyando las manos en los muslos para aligerar el paso, y Tolia le seguía. La luz del sol le cegaba.

Jamás habría de saber a partir de qué momento empezó a sentirse tranquilo y confiado. ¿Fue cuando llegó a la batería y vio los potentes y despiadados cañones, camuflados con hierba seca y sarmientos, que apuntaban hacia las cotas ocupadas por los alemanes? ¿Cuando reconoció la alegría en los rostros de los soldados, contentos porque volvían a tener a un comandante? ¿Cuando miró la estepa cubierta con el sarpullido blancuzco de las proclamas alemanas y, para su sorpresa, comprendió de repente que todo aquello que él odiaba y que amenazaba de muerte a su patria, a su tierra, a su madre, a su abuela, su felicidad y su libertad se encontraba cerca, era visible y palpable, y de que él era capaz de combatir

aquellas hordas enemigas? ¿Cuando recibió las órdenes y con rapidez y un ímpetu repentino y al borde de la alegría ideó un plan audaz que consistía en adelantar las posiciones colocando los cañones en la cresta de la pendiente? «Soy el extremo izquierdo del frente, estoy por delante de todo el mundo, el mismísimo Volga cubre mi flanco…»

Jamás habría de saber cómo su apremiante falta de confianza en sí mismo dio paso con tanta facilidad a un sentimiento de alegría liberadora.

Nunca antes se había sentido tan fuerte y necesario para los demás como en aquel día cruento y terrible. Ignoraba que fuera capaz de arriesgar su vida con tanto arrojo, que fuera tan grato tomar las decisiones más audaces y que su voz pudiera sonar tan alta y firme.

Cuando los combatientes comandados por Sháposhnikov arrastraban los cañones hacia la cresta del despeñadero sobre el Volga y Tolia indicaba a un brigada cómo debían colocarlos, llegó un coche Wyllis del que bajó un teniente coronel del Estado Mayor de la división, se acercó a paso rápido a Sháposhnikov y le preguntó:

–¿Quién ha ordenado adelantar tanto la posición de la artillería?

–Yo –respondió Sháposhnikov.

–¿Acaso quiere caer en las garras de los alemanes? Su batería está desprotegida.

–Todo lo contrario, camarada teniente coronel, mi intención es que sean los alemanes los que caigan en las mías.

Acto seguido explicó brevemente lo bien colocados que estarían los cañones sobre aquella colina cubierta de vides, al amparo del boscaje, protegidos al este por el Volga y al sur por un despeñadero que acababa en el río. Desde allí podrían abrir fuego contra aquella parte de la estepa por la que probablemente avanzarían los blindados germanos.

–Camarada teniente coronel, los alemanes se han concentrado detrás de aquellos jardines, de modo que sus posiciones están bajo mi dominio y puedo dispararles a tiro directo con fuego graneado.

El teniente coronel entornó los ojos y miró primero las posiciones elegidas por Sháposhnikov, luego el barranco que se extendía hasta el Volga y al final la estepa donde, en mitad del polvo, la infantería soviética marchaba en desbandada y aquí y allá se elevaban las nubecitas que producían los estallidos de las bombas de mortero alemanas.

–Tiene lógica –concluyó al cabo de unos instantes y preguntó a Sháposhnikov tuteándole–: Debes de llevar combatiendo desde el

comienzo de la guerra, ¿no es así, teniente?

–En absoluto, camarada teniente coronel, hoy es mi primer día.

–Entonces naciste artillero –dijo el otro, y añadió–: No perdáis comunicación con el mando. No veo el cable, ¿dónde está?

–Ordené que lo tendieran por la cuesta de la colina, así es menos probable que lo corte la metralla.

–Tiene lógica –aprobó de nuevo el teniente coronel y volvió al coche.

Poco después, telefoneó el comandante del grupo y mandó a Sháposhnikov que no abriera fuego hasta que recibiera la orden y le advirtió que los blindados del enemigo tal vez aparecieran por su derecha. En ese caso debía detenerlos costara lo que costase, dado que, si abrían una brecha, atacarían directamente la retaguardia de todas las unidades que habían pasado a la ofensiva.

Al escuchar la firme respuesta de Sháposhnikov, el comandante dudó de que fuera aquel teniente desmañado quien le hablaba. ¿Acaso era un alemán que le estaba tomando el pelo?

–Sháposhnikov, ¿es usted quien habla?

–Sí, soy yo, camarada mayor.

–¿A quién reemplaza?

–Al teniente Vlasiuk, camarada comandante.

–¿Y cuál es el nombre de usted?

–Tolia, quiero decir Anatoli, camarada comandante.

–Bien, bien, he tardado en reconocer su voz. Por el momento, eso es todo.

Nada más colgar, el comandante pensó que tal vez el teniente había bebido para armarse de valor.

¡Qué extraordinario, largo y rico en acontecimientos fue aquel día! Probablemente, Tolia habría podido contar sobre aquella jornada más que sobre toda su vida anterior.

La primera salva de la batería sonó con solemnidad sobre el Volga. No fue una salva ordinaria, y todo el contorno se paralizó aguzando el oído. La estepa rusa, el enorme cielo y el río azul cazaron al vuelo aquel disparo y se hicieron eco de él, multiplicándolo. Parecía que la estepa, el cielo y el Volga hubieran volcado su alma en aquel eco que retumbó imponente y vasto como un trueno, colmado de tristeza e ira torva, reuniendo en sí lo irreconciliable: el frenesí de la pasión y una calma majestuosa.

Los artilleros, conmocionados, permanecieron inmóviles por un instante escuchando el estampido que había provocado el disparo de sus cañones y que ora retumbaba en el cielo, ora se transformaba en un ruido sordo encima del Volga, ora sonaba como un tableteo sobre la estepa.

–Batería ¡fuego!

Y de nuevo el Volga, la estepa y el cielo estallaron en una algarabía ya amenazante, ya triste, ya triunfante, mientras sus voces se fusionaban con la amenaza, la tristeza y la sensación de triunfo que abrasaban los corazones de los combatientes soviéticos.

–¡Fuego!

Y la batería hizo fuego. Tolia observó a través de los binoculares cómo un humo gris envolvía los viñedos y los árboles, cómo se agitaban unas figuritas vestidas de gris y azul y cómo los blindados alemanes, camuflados entre los álamos jóvenes y las vides, huían cual cochinillas sobresaltadas. Vio el breve destello de una llama blanca, dura y recta, y al punto unas columnas de humo negro que flotaron sobre los jardines ocupados por los alemanes, mientras se enroscaban y se fusionaban para subir al cielo y acabar descendiendo pesadamente sobre la estepa. Sólo las llamas atravesaban aquella espesa cortina de humo cortándola como un filo blanco.

Un apuntador de origen tártaro, de mejillas prominentes, se volvió para mirar a Sháposhnikov y le sonrió. Aunque no dijo nada, aquella breve mirada era elocuente: se alegraba porque habían dado en el blanco, porque él no era el único responsable de aquella demostración de puntería sino que era mérito de toda la hermandad artillera, porque Sháposhnikov era un excelente comandante de batería y porque no había en el mundo mejores cañones que los rusos.

Empezó a sonar el teléfono de campaña. Esa vez fue Sháposhnikov quien no reconoció la alegre voz del comandante, mudada por la emoción:

–Buen trabajo, te felicito, has logrado incendiar su almacén de combustible… Acaba de telefonear el comandante de la división pidiéndome que te transmita su enhorabuena. Nuestra infantería ya se ha puesto en marcha y está avanzando, de modo que extrema la precaución al disparar, no sea que la alcances.

Regimientos de fusileros del Ejército Rojo atacaron a los alemanes desde el Don hasta el Volga con el apoyo de la artillería, la aviación y los blindados.

El polvo flotaba sobre la estepa mezclado con el humo de los estallidos. El estampido del cañoneo, el zumbido de los carros de combate, el hurra prolongado de los soldados soviéticos al atacar las posiciones del enemigo, el ruido de los silbatos de los oficiales, el aullido estridente de los aviones que descendían en picado, el chasquido de los subfusiles y el estruendo de las bombas de mortero formaban un caos sonoro.

Al mismo tiempo, la batalla aérea invadió el cielo. Había momentos en que los soldados de infantería se detenían y miles de ojos se elevaban para observar los breves y violentos enfrentamientos que se sucedían en el aire. Los motores de los aviones aullaban y rugían; los cazas soviéticos ora remontaban el vuelo en vertical, ora atravesaban el cielo, como un cuchillo reluciente, para acometer el siniestro carrusel de los bombarderos alemanes que se acercaban al campo de batalla.

Los YAK y los LAG se batían en fugaces combates con los Messerschmitt y los Focke-Wulf en el cielo sobre el Volga. Era tal la rapidez de aquellos enfrentamientos que los observadores no llegaban a apreciar en qué momento se producía una colisión, un asalto o una maniobra; ni siquiera el pensamiento era capaz de seguir, aturdido por su tremenda velocidad, aquellas complejas oscilaciones de tensiones y descargas. Al parecer, el furor de aquellos combates aéreos no se debía a la potencia de los motores, a las características técnicas de los cazas ni a su armamento; los corazones de los jóvenes pilotos soviéticos, su pasión e inspiración determinaban la increíble velocidad de sus aviones y la audacia de sus maniobras, a través de cuya aparente temeridad se manifestaba la razón que regía el combate. Un avión que un instante antes parecía un punto luminoso y titilante, perdido en un mar de aire, de pronto se convertía en una potente máquina rugiente. Entonces, desde el suelo, se veían unas alas azuladas marcadas con estrellas rojas, el fuego multicolor que escupían sus ametralladoras y el casco del piloto; un segundo después, el avión remontaba el vuelo bruscamente y desaparecía en la inmensidad del cielo. A veces, un alegre bullicio se desataba sobre la estepa: eran los soldados de infantería que, ajenos al peligro, se ponían en pie y agitaban sus gorros en el aire celebrando el éxito de algún piloto soviético. De tiempo en tiempo, un «ay» doloroso y prolongado fluía de labios de cientos de combatientes cuando algún otro piloto soviético saltaba de su avión en llamas y los Messerschmitt se cernían sobre la frágil pompa de jabón de su paracaídas.

La batería de Sháposhnikov fue testigo y víctima de una anécdota. Un caza soviético desorientado la confundió por una batería alemana, acaso debido a la posición que ocupaba, mucho más al sur que el resto de las baterías rusas. Al sobrevolar el despeñadero donde se apostaban los cañones bajo el mando de Sháposhnikov, camuflados entre álamos y viñedos, les disparó una ráfaga de ametralladora. Al reparar en aquel caza, tres Messerschmitt lo ahuyentaron y se lanzaron a planear alrededor del despeñadero. Estuvieron más de veinte minutos rondando la batería. Cuando empezó a faltarles combustible, llamaron por radio a su base para que les enviaran un reemplazo, que no tardó en aparecer para seguir dominando el espacio aéreo sobre la batería en prevención de algún ataque contra los cañones camuflados entre los árboles. En un principio los artilleros no entendieron por qué aquellos cazas alemanes sobrevolaban la batería y los seguían con desconfianza, temerosos de que en cualquier momento lanzaran sus bombas y comenzaran a disparar sus cañones y ametralladoras. Sin embargo, cuando el teniente gritó: «Camaradas, no se descubran, nos han tomado por un destacamento alemán y nos están protegiendo», los combatientes estallaron en una risa tan estridente que hubiera podido llegar incluso hasta los oídos de los pilotos alemanes.

Pero esa anécdota, que en cualquier otro momento habría monopolizado el pensamiento de los artilleros y servido de tema de conversación y fuente de bromas por mucho tiempo, pronto cayó en el olvido, desplazada por la pujanza de nuevos sucesos.

La certera puntería que había demostrado la batería al hacer blanco en la infantería y los blindados del enemigo despertó en los combatientes un estado de euforia que, en la guerra, sucede no pocas veces con brusquedad desconcertante a la congoja y el abatimiento. En apariencia, la adelantada posición de la batería de Sháposhnikov había llevado a error tanto a los pilotos alemanes como a los observadores terrestres. Nadie había detectado su ubicación, como tampoco nadie abría fuego contra ella. Aquella buena fortuna y el éxito logrado sin sufrir ninguna baja contribuyeron a que la batería se sintiera confiada y adoptara una actitud burlona y orgullosa ante el enemigo. Como acostumbra a suceder en esos casos, los hombres extendían inconscientemente su éxito a su entorno creyendo así que la ofensiva soviética triunfaba a lo largo de todo el frente, que la defensa de los alemanes estaba rota, que en cualquier momento llegaría la orden de avanzar, que al cabo de un par de días los ejércitos que habían lanzado un

ataque al noroeste de Stalingrado se reunirían con los defensores de la ciudad sitiada y todos juntos conseguirían que el enemigo retrocediera hacia el oeste. Y como también sucede siempre en esos casos, hubo quienes aseguraban haber hablado con algún teniente o capitán herido procedente de un sector del frente donde se había visto a los alemanes huir sin mirar atrás, abandonando armas, municiones y su *Schnapps* .

3

Al atardecer hubo un momento de calma. Tolia Sháposhnikov se sentó junto a un poste de telégrafo y comió apresuradamente algo de pan y carne en conserva. Los labios se le quedaron tan resecos que dejó de notarlos, e incluso creía oír el roce del pan seco por dentro de su boca también seca. Después de todo lo que le había sucedido durante aquel día, la sensación de agotamiento le resultaba agradable. Le zumbaban los oídos y tenía la mente ligeramente nublada a causa del cañoneo. A su memoria regresaban las breves órdenes de mando, como si aún estuviera dándolas; las mejillas le ardían, y aunque estaba recostado, apoyado tranquilamente en el poste de telégrafo, el corazón le latía aprisa y con fuerza.

Miró la franja de arena que bordeaba el río. Un lapso de tiempo increíblemente breve separaba ese momento de aquel en que, presa de confusión, había estado de pie allí abajo, sobre la caja del camión. No le sorprendía que su primer día en el frente hubiera sido todo un éxito: el comandante de la división le había elogiado; había demostrado su capacidad para afrontar una situación inestable con confianza y sin vacilar; su voz había sonado por primera vez fuerte y segura, y la gente había obedecido sus órdenes atendiendo con atención cada palabra que salía de su boca. Hasta entonces no había tenido fe en sus capacidades, pues no era consciente de que las poseía. Ahora ya no estaba sorprendido por su éxito: ¿acaso habría podido ser de otra manera? Su fuerza, sus capacidades, su mente y su voluntad formaban parte de su ser, se alojaban en su cerebro y en su alma. Y no se había hecho con ellas por casualidad, como quien encuentra un objeto en la calle: eran suyas y de nadie más, eran él, Tolia, Anatoli Sháposhnikov. Lo que realmente debería sorprenderle era que, hasta entonces, no se hubiera dado cuenta de todo aquello.

Efectivamente, el teniente Sháposhnikov seguía siendo el mismo. Si uno cree que alguien a quien conoce puede cambiar de pronto, se equivoca. Si lo conociera y lo comprendiera de verdad, jamás exclamaría: «Ha cambiado tan de repente…», sino que diría: «La situación cambió bruscamente y el hombre reaccionó tal y como no podía haber sido de otro modo». En cualquier caso, ¡había motivos para sorprenderse!

Tolia Sháposhnikov seguía recostado junto al poste de telégrafo imaginando cómo iría a visitar a las chicas del batallón sanitario junto con sus compañeros y, una vez allí, se mostraría como el muchacho más gracioso del mundo, eclipsándolos a todos…

A Nadia le preguntarían en el colegio: «¿Ése de quien hoy habla el diario es tu hermano?». Mientras tanto, Víktor Pávlovich enseñaría el artículo a sus compañeros del instituto…

Y las enfermeras del batallón sanitario dirían: «¿Quién lo hubiera pensado? Además, el teniente Sháposhnikov baila tan bien y es tan gracioso…».

Si uno se acuesta un buen rato al pie de un poste de telégrafo en mitad de la estepa, empieza a oír música, una música variada y compleja. El poste se empapa de viento y empieza a cantar. Cual samovar a punto de hervir, murmura, zumba, silba y gorgotea. Es un poste de color gris pizarra curtido por el viento, el frío y el sol. Es como un violín cuyas cuerdas son los cables, y la estepa lo templa como un instrumento musical. Yacer y respirar y pensar con la nuca apoyada en el poste escuchando tocar aquel violín es una sensación tan agradable…

Al atardecer, el Volga se tiñó de una gran riqueza de colores: se volvió azul, rosa, y luego se cubrió de un ligero polvo nacarado con visos de seda gris. El agua serena del río exhalaba la frescura de la calma vespertina, mientras de la estepa seguía emanando calor.

A lo largo de la orilla, rumbo al norte y arrastrando los pies, caminaba un grupo de heridos con vendas empapadas en sangre; junto al agua tersa color de rosa había unos hombres medio desnudos que lavaban sus calcetones y examinaban las costuras de su ropa interior en busca de chinches. No muy lejos rugían unos remolcadores que hacían rechinar sus ruedas en las piedras de la orilla.

–¡Alarma aérea! –avisa el centinela.

El aire es puro, tibio y huele a ajenjo…

¡Qué bella es la vida!

Apenas oscureció, los alemanes pasaron a la ofensiva. La tierra se iluminó con una luz siniestra, y todo alrededor se volvió irreconocible y terrorífico. En lo alto del cielo los aviones dejaron colgadas unas luces que, como pesadas medusas, pendían mudas y vigilantes eclipsando el resplandor suave de la luna y las estrellas. Su fulgor alumbraba el Volga, la hierba de la estepa, los barrancos, los viñedos y los álamos jóvenes sobre el despeñadero.

En el cielo empezó a oírse el zumbido lúgubre de los Heinkel y el traqueteo de los cazas italianos Macchi; la tierra y el aire temblaron con el impacto de las bombas y el espeluznante silbido de los proyectiles. Al instante unos cohetes de señalización tiñeron el Volga y la estepa con una luz verde de anilina, haciendo que el paisaje semejara una maqueta coloreada y exánime de cartón piedra; las personas, sus manos y rostros, se acartonaron de repente y su aspecto se volvió mortecino. Resultaba extraño que el suave, amargo y delicioso aroma a ajenjo siguiera flotando sobre una tierra que se había transmutado en una maqueta como las que se utilizaban en el Estado Mayor General y en la que, en vez de colinas, cuencas y un río, sólo había cotas numeradas, un terreno accidentado y una barrera hidrográfica que se extendían de oeste a este y de norte a sur.

Los motores de los blindados alemanes comenzaron a rugir; la infantería del enemigo avanzó a través de la estepa pisoteando las plantas de esparto.

Esta vez los alemanes sí habían detectado la batería de Sháposhnikov y, si abría fuego, cabía la posibilidad de que detuviera su avance. Entonces los obuses germanos empezaron a impactar en los viñedos; los heridos gemían, los soldados de la batería corrían de un lado a otro en busca de refugio. Los blindados del enemigo cargaron, y la voz del teniente ordenó que los artilleros volvieran a sus cañones y abrieran fuego. La batería de Sháposhnikov tuvo que pagar un alto precio por el éxito que había cosechado a mediodía. El fuego de la artillería alemana fue secundado de inmediato por los morteros apostados en las colinas del otro lado del barranco. Un repentino chaparrón de ráfagas de ametralladora azotó los viñedos. El poste de telégrafo cantarín se vino abajo tras el impacto de un obús.

Tolia Sháposhnikov creyó que aquel combate nocturno no tendría fin. El enemigo no cesaba de emerger de las entrañas de aquella noche asfixiante. Las bombas caían con un silbido prolongado, y toda la

naturaleza se estremecía a causa de los estallidos; los tanques del enemigo acometían una y otra vez, los cañones y las ametralladoras disparaban sin pausa, y los súbitos ataques aéreos ensordecían, cegaban y hacían saltar por los aires tierra, hojas secas y piedras menudas.

Pocos minutos después volvía a oírse el zumbido enervante de los bombarderos…

Tolia tenía la boca seca y llena de tierra. Quería escupir para desprenderse de aquella desagradable sensación, pero le faltaba saliva. Había enronquecido, y a ratos dudaba de que aquella voz tan grave y ronca fuera la suya.

Cuando la luz hiriente que iluminaba el cielo se apagaba, la oscuridad se hacía impenetrable, y sólo el jadeo revelaba la presencia de quienes se encontraban cerca. La mancha blancuzca de una pequeña iglesia al otro lado del Volga destacaba sobre un fondo negro. Un minuto después, una luz mortecina volvía a encenderse sobre la estepa, y parecía que por su culpa a uno se le resecaba la garganta.

Seguir disparando contra el enemigo requería de todas las fuerzas de Tolia Sháposhnikov. El alma del joven albergaba tan sólo un sentimiento, un único sueño: llegar a ver el sol de la mañana. Y lo vio.

El sol se levantó sobre la estepa del otro lado del Volga, sobre la niebla color ceniza, perla y rosa suave que cubría el río.

El joven gritó una orden abriendo desmesuradamente su boca reseca. El rugido de los cañones, que habían repelido todos los ataques nocturnos del enemigo, saludó la salida del sol.

*

… A Tolia le pareció que a dos pasos de él la tierra destellaba; un puño le golpeó en el pecho, tropezó con un casquillo vacío, y cayó. Luego oyó gritar a alguien:

–Aquí, enfermero, han herido al teniente.

Vio los rostros de los combatientes inclinados sobre él, pero no lograba entender por qué le miraban con pena y preocupación. Estaban en un error, sin duda, al pensar que él era el teniente a quien habían herido. «Ahora mismo voy a levantarme, me sacudiré el polvo, bajaré hasta el Volga, me lavaré con esa maravillosa agua fría y retomaré el mando de la batería», pensó.

4

Cerca de la barrera de un puesto de control situado en un cruce de carreteras en mitad de la estepa, varios oficiales y soldados del Ejército Rojo esperaban a que algún coche los recogiera.

Cada vez que a lo lejos aparecía un vehículo, cogían sus macutos y se arremolinaban alrededor del agente que regulaba el tráfico, quien decía con voz disgustada:

–Otra vez volvéis a amontonaros… Ya os he dicho que os colocaré a todos. Haceos a un lado, así no puedo trabajar.

Entre los que aguardaban había un mayor de mediana edad, enfundado en una casaca desteñida pero limpia, que sonreía ante las palabras del guardia con el gesto de quien sabe desde hace mucho que no tiene ningún sentido dar lecciones de amabilidad a encargados de almacenes de víveres, a ciertos ordenanzas de campo, a escribanos de secciones económico-administrativas y a guardias de tráfico que se encargan de encontrar un coche que lo lleve a uno.

En el cruce se erguía un enorme poste con unos indicadores en forma de flecha que señalizaban hacia Sarátov, Kamishin, Stalingrado y Balashov.

Todas las carreteras que partían de aquel punto, condujeran al este, al oeste, al norte o al sur, parecían idénticas.

Un polvo amarillo cubría la hierba seca y gris; sobre los postes telegráficos se habían posado unos halcones cuyas robustas garras asían con fuerza la porcelana blanca de los aisladores. No obstante, los que esperaban cerca de la barrera conocían en qué se diferenciaban las carreteras que iban al este y al norte de la que conducía al sudoeste, hacia Stalingrado.

Un camión en cuya caja viajaban varios heridos se detuvo junto a la barrera; sus vendas oscurecidas por el polvo estaban manchadas de sangre seca y negra.

El guardia indicó al mayor que subiera a aquel vehículo. Éste arrojó su macuto dentro de la caja, apoyó un pie sobre una de las ruedas traseras y pasó por encima de la borda. Cuando el camión hubo arrancado, el mayor saludó con la mano a sus compañeros de espera: un capitán y dos tenientes con quienes hacía poco había comido, recostado en la hierba, pan y

pescado en conserva y a los que había enseñado las fotografías de su mujer, su hija y su hijo.

Luego echó una ojeada a sus nuevos compañeros de viaje –unos combatientes del Ejército Rojo con la tez grisácea a causa del polvo, lívidos y exangües–, y preguntó entre bostezos al que llevaba un brazo en cabestrillo:

–¿Fue cerca de Kotlubán?

–Exacto –contestó el herido–, marchábamos por la línea del frente, los alemanes nos vieron y nos aplastaron.

–Y en nuestra unidad mataron a un montón de gente cuando estábamos cerca del Volga –explicó otro de los heridos–. Los que dijeron que deberíamos atacar durante la noche tenían razón, porque de día en la estepa es imposible ocultarse. Creímos que era el fin, que nadie escaparía con vida.

–¿Os dispararon con morteros?

–¿Con qué si no? Y los suyos son terribles.

–Bueno, ahora podréis descansar –dijo el mayor.

–Nosotros estamos bien –aseguró el herido y añadió señalando a un hombre que estaba tumbado sobre la paja en el fondo del camión–, pero para ese teniente, la guerra ha terminado.

Los brazos y las piernas del teniente se movían inermes, a expensas de los baches en los que caía el camión.

–Habría que acomodarlo mejor –observó el mayor–. ¡Enfermero!

El teniente dirigió una larga mirada al mayor y volvió a cerrar los ojos con una mueca de sufrimiento.

Su rostro demacrado, la expresión severa, los labios apretados con fuerza… el gesto de su cara daba a entender que no quería volver a ver la luz, que no tenía nada que decir ni que preguntar. No le importaban ya la estepa enorme y polvorienta ni los roedores que cruzaban corriendo la carretera, no le interesaba saber cuánto tardarían en llegar a Kamishin y si allí le darían de comer caliente, le dejarían mandar una carta desde el hospital o si era ruso o alemán el avión que zumbaba en aquel momento en el cielo. Ya no le importaba si la guerra continuaba o ya había llegado a su fin.

Yacía atento a cómo se iba extinguiendo en su interior el calor de la vida: el único tesoro que poseía y que estaba a punto de perder para siempre.

«Ése está acabado», suelen decir los enfermeros de las personas en su estado aunque sigan respirando y gimiendo.

La noche anterior los alemanes habían bombardeado Kamishin. Los pasajeros del camión miraron con inquietud las ventanas arrancadas de las casas, a sus habitantes –que no apartaban la vista del cielo–, el empedrado brillante cubierto de cristales rotos y los boquetes que habían abierto las bombas de media tonelada, lanzadas desde un kilómetro de altura, que los alemanes habían apuntado hacia las casitas de tejados verdes y grises.

Alarmados, los heridos comentaron entre sí que lo mejor sería no detenerse en Kamishin sino embarcar enseguida y navegar hasta Sarátov. Mientras bajaban del camión entre lamentos y gemidos, manejaban sus extremidades vendadas por encima de la borda de la caja con tanta cautela como si fueran objetos de gran valor que no les pertenecieran, al tiempo que recibían confiados la visita de un médico militar vestido con una bata blanca demasiado corta y unas botas de lona.

–¿Y qué se supone que debo de hacer con esta gente? –preguntó el doctor al enfermero–. El pasillo está lleno a reventar. Y si no nos bombardean esta misma noche, es seguro que lo harán mañana. A toda esta gente la debieron mandar a Sarátov inmediatamente.

Al bajar del camión, el mayor echó un vistazo al teniente herido, quien, con el rostro rígido y lívido por el dolor, volvió a dirigir una profunda mirada a los ojos del mayor. Éste se despidió de sus compañeros de viaje con un movimiento de la mano y echó a andar por la calle principal de Kamishin.

«¿Por qué será que los moribundos siempre le miran a uno a los ojos?», pensó.

Mientras caminaba despacio observando las casas y los pequeños parques de aquel pueblo arrollado por la locura de la guerra, recordó que su mujer había estudiado en un colegio de Kamishin. Le entristeció pensar en que su Tómochka había andado por aquellas calles cuando aún era una muchacha flaca que llevaba el pelo recogido en una trenza larga y fina, enrollada alrededor de la cabeza, y en que sus compañeros de colegio probablemente la hubieran cortejado citándola en ese pequeño jardín junto al Volga donde ahora se hacinaban los refugiados, apuntaban al cielo las ametralladoras antiaéreas y, con una expresión astuta y nerviosa, los heridos vestidos con batas grises cambiaban su ración de pan y azúcar por vodka y tabaco casero.

Luego se acordó de que debería canjear algunos cupones de su cartilla de racionamiento por comida y preguntó a un guardia dónde quedaba el punto de distribución de víveres.

–No lo sé, camarada –respondió éste y agitó su banderín.

–Vaya –dijo el mayor–, ¿y dónde está la comandancia?

–Ni idea, camarada –respondió el otro y añadió en vista de una posible regañina–: Llevamos poco tiempo aquí, llegamos ayer por la noche.

El mayor prosiguió su camino. Su avezado ojo de militar advirtió que hacía algunas horas se había establecido en el pueblo el cuartel general de un cuerpo o de un ejército.

Delante de una casa con columnas había un guardia que empuñaba un subfusil; junto al portalón, un grupo de oficiales, mientras esperaban que les expidieran unos pases, miraban a una camarera que se contoneaba llevando, apoyada en su pecho, una bandeja cubierta con una servilleta blanca.

La camarera tenía las mejillas redondas y rosadas; las pantorrillas de sus gruesas piernas eran blancas y los ojos, negros, insolentes y alegres.

–Bueno-o-o-o –dijo el mayor.

Los oficiales, con sus gorros de color verde, botas polvorientas, portaplanos y bolsas de campaña, sonrieron al oír aquel «bueno-o-o» tan elocuente.

Algunos de los hombres, sobre todo los que habían recorrido un largo camino y estaban hambrientos, se preguntaban qué había debajo de las servilletas blancas. No obstante, la mayoría de ellos miraba a las muchachas.

El mayor siguió caminando por la calle. Detrás de los árboles frutales de un jardín se veía la antena de una estación de radio y se distinguía con claridad el ruido de un generador; varios telefonistas tendían unos cables mientras echaban un vistazo a su alrededor. Junto a un edificio carmesí había varios camiones estacionados con la pintura desconchada, la mitad de las ventanas rotas y un letrero sobre la entrada en el que se leía «Cine Komintern»; un capitán con gafas de carey gritaba a sus conductores agitando los brazos en el aire.

El mayor comprendió de inmediato que se trataba de la imprenta móvil del diario de un ejército. Varios indicios le llevaron a determinar que aquél era un ejército procedente de la reserva que jamás había combatido: el ajetreo nervioso de la tropa, sus uniformes nuevos, el hecho de que los

oficiales del Estado Mayor llevaran con bizarría al hombro unos subfusiles pesados a todas luces innecesarios allí, la meticulosidad con que estaban camuflados los camiones y cómo los conductores, los centinelas, los oficiales y los telefonistas miraban en todo momento el cielo azul de agosto.

El mayor, que al principio se había amilanado debido a la presencia de los oficiales, se animó y miró a los que acababan de llegar de la reserva con superioridad y cierta condescendencia.

En verano de 1941 el mayor combatió en los bosques bielorrusos y ucranianos, sobrevivió a las adversidades de los primeros días del conflicto y fue testigo de toda clase de horrores. Era tímido y callado, y escuchaba anécdotas sobre la guerra con una sonrisa contenida mientras se deleitaba en sus pensamientos: «Ay, hermanos, lo que yo he vivido y sé no puede contarse ni escribirse».

Sólo cuando se encontraba con algún mayor tan taciturno, tímido y curtido como él, en quien reconocía como su semejante por detalles en los que sólo él podía reparar, entablaba con aquél una conversación cordial:

–¿Se acuerda de aquel general vestido con el uniforme completo y todas sus condecoraciones que llevaba una cabra atada con una cuerda mientras intentaba atravesar el cerco del enemigo? Un par de tenientes le preguntaron en mitad de una ciénaga si se guiaba por una brújula y él les respondió: «En absoluto, me dejo llevar por la cabra».

El mayor llegó hasta el despeñadero junto al Volga y se sentó en un banco pintado de verde. Era de la opinión de que en la guerra no convenía ir con prisas, pues no era cuestión de un mes o dos. Por eso el mayor jamás se olvidaba de almorzar; le encantaba quedarse al sol y fumar en pipa mientras se dejaba seducir por los recuerdos y la nostalgia. Cuando viajaba, dejaba pasar de largo los trenes abarrotados y para pernoctar buscaba alojamiento en alguna casa cuya dueña fuese de carácter afable y, a ser posible, tuviese una vaca, dada su aversión a la leche de cabra.

El día era caluroso y tranquilo. El sol brillaba en todo su esplendor haciendo refulgir el inacabable curso del Volga. Hacía tanto calor que incluso el banco en que se había sentado, los tejados de las casas, sus oscuras paredes de troncos, el adoquinado y el polvo que cubría la hierba agostada despedían un olor húmedo, como si la madera seca y muerta, la piedra, la hojalata y el polvo sudaran cual cuerpo vivo. El mayor contempló la orilla izquierda, cubierta de sauces y juncos y bordeada por

una franja de arena clara y ardiente por la que caminaban, tras cruzar el río, unas diminutas figuras vestidas de uniforme. Apetecía tumbarse al sol y luego zambullirse en el agua, nadar media hora, después ponerse a la sombra y beber cerveza de unas botellas previamente sumergidas y atadas con unas cuerdas en el fondo de una fuente fresca.

El horizonte aparecía algo brumoso, como si alguien hubiese vertido unas gotas de leche en el aire azulado. El Volga deslizaba sus aguas vastas y lentas hacia Lugovaya Próleika, Dúbovka, Stalingrado, Ráigorod y Astrakán. El río parecía triste y fatigado por el esplendor de aquel caluroso día de agosto, tal vez porque sabía que no tenía por qué darse prisa.

El mayor echó un vistazo alrededor, no fuera que algún oficial de mando anduviera por allí cerca, y desabrochó disimuladamente tres de los botones de su casaca.

«Aquí hay un montón de melones y de sandías –pensó–, estaría bien visitar el mercado, sólo que me daría vergüenza cambiarlos por azúcar. Por otra parte, a los del koljós no les gusta que les paguen con dinero. ¡Ay, si mi Tómochka estuviera aquí, lo solucionaría en un momento!»

Pensó con tristeza en su familia, que había desaparecido en un pueblo fronterizo al principio de la guerra, sacó del bolsillo una fotografía y se quedó mirándola un largo rato.

Por delante pasaba un rapaz descalzo que lucía huecos en las hombreras de la camisa y un gran remiendo de color violeta en sus pantalones de lona.

–Eh, chaval, ven aquí un momento –lo llamó el mayor.

El muchacho, que como todo joven de trece años siempre oculta pecados sin confesar, se detuvo y miró con desconfianza al mayor.

–¿Qué hay? –dijo.

–¿Cómo podría pagar por una sandía? –le preguntó afable el mayor.

–Con tabaco –respondió el muchacho y se le acercó–. Medio paquete.

–De acuerdo, hecho. Tráela aquí, pero asegúrate de que las pepitas sean negras, ¡tengo un tabaco buenísimo!

–«La garganta de Boom», [2] seguramente. Vuelvo enseguida, camarada mayor.

Cuando el muchacho enfiló un sendero, el mayor sacó una bolsa con tabaco, algunos recortes de papel de fumar impresos con números de color violeta y lió un pitillo grueso. Luego sopló la boquilla de vidrio transparente, la miró al trasluz y encendió el pitillo.

«Ay, ay, ay, a esta piedra le queda poco», pensó preocupado mientras guardaba el encendedor en el bolsillo.

En ese momento, un técnico intendente de segundo grado rubicundo y de cara redonda que pasaba ante él caminando por un sendero se detuvo para mirarlo. Tras dar un paso para proseguir su camino, se volvió de nuevo para echarle un vistazo.

–Disculpe camarada mayor, ¿su apellido no será Beriozkin? –y enseguida exclamó–: ¡Iván Leóntievich, claro que sí! –y se le acercó corriendo.

–Espera, espera –dijo el otro–, es verdad, eres Áristov, ¡cuánto tiempo sin verte! ¡Fuiste el encargado de la sección económico-administrativa de mi unidad!

–Efectivamente, Iván Leóntievich, el 11 de febrero de 1941 fui destinado en la circunscripción militar de Bielorrusia.

–Y ahora ¿dónde sirves?

–Actualmente, camarada Beriozkin, soy jefe de la sección de avituallamiento de un ejército. Hemos estado en la reserva hasta ahora.

–Y bien, hermano jefe de la sección de avituallamiento –dijo el mayor y miró atentamente al otro–, siéntate y fuma conmigo.

–No hace falta que líe ningún pitillo, tengo cigarrillos de fábrica –dijo Áristov y preguntó riendo–: ¿Se acuerda del rapapolvo que me echó en Bobruisk porque no dejé constancia en el libro de cuentas de la partida de heno que nos habían traído de un koljós?

–¿Cómo no voy a acordarme?

–En aquellos tiempos sí que se vivía bien… –dijo Áristov.

El mayor reparó en las mejillas de Áristov y decidió que tampoco ahora debía vivir nada mal. Vestía un traje de gabardina, llevaba un elegante gorro de camuflaje y calzaba unas botas de excelente factura.

Todas sus pertenencias eran de buena calidad: el encendedor con un botoncito de amatista; la navaja multiusos, dentro de una funda de ante, que Áristov sacó del bolsillo y, tras jugar con ella un rato, volvió a guardar; el portaplanos de un cuero rojo extraordinariamente bien trabajado que colgaba de un hombro del intendente.

–Venga conmigo –invitó Áristov–, me alojo muy cerca de aquí.

–Tengo que esperar a un chaval –dijo Beriozkin–. Le encargué que me trajera una sandía a cambio de medio paquete de tabaco.

–¡Qué dice, por Dios! –se escandalizó Áristov– ¿Qué le importa ese chico?

–Bueno, le he dicho que le esperaría, así que sería una falta de respeto marcharse antes de que vuelva. Será mejor que le espere un rato más.

–Venga conmigo, deje que el chico se coma esa sandía a la salud de usted –insistió Áristov mientras recogía del banco el macuto verde del mayor.

Durante su larga vida de militar Beriozkin había tenido que enfadarse más de una vez con los representantes de las secciones económico-administrativas y del *voyentorg.* [3]

–Ay, Ivantorg… [4] –gustaba de decir meneando la cabeza.

No obstante, esa vez siguió a Áristov con gusto.

Por el camino le contó su historia. La guerra había empezado para él en la frontera, a las cinco de la mañana del 22 de junio de 1941. Tuvo tiempo para evacuar la artillería que estaba a su cargo, dos baterías compuestas por cañones de ciento cincuenta y dos milímetros que una unidad vecina había abandonado y varios camiones cargados con combustible. Marchó a través de bosques y pantanos, peleó en cientos de cotas y decenas de ríos cerca de Brest, Kobrin, Bajmach, Shostka, Krolevets, Glújov, el caserío Mijáilovski, Kromi, Oriol, Bélev y Chern. Durante el invierno combatió en el Donets, tomó parte en las ofensivas de Sávintsi, Zalimán y Losovaia e intentó romper el cerco enemigo en Chépel.

Después de resultar herido con casco de metralla, permaneció un tiempo hospitalizado; luego volvieron a herirlo, en esta ocasión de un disparo, y ahora debía reincorporarse a su división.

–¡Qué le vamos a hacer! –concluyó con una sonrisa.

–Iván Leóntievich, ¿cómo es que habiendo combatido tanto aún no le han condecorado? –preguntó Áristov y señaló el pecho de la casaca desteñida, como si hubiese encanecido, de Beriozkin.

–Ah… –dijo éste–, debían de haberme condecorado en cuatro ocasiones, pero cada vez que estaban a punto de cumplimentar los trámites, me trasladaban a otro grupo de ejércitos. Ésa es la razón por la que todavía no me han ascendido ni siquiera a teniente coronel; antes de que el Estado Mayor tuviera tiempo de promocionarme, el Alto Mando me destinaba a un nuevo emplazamiento. Ya se sabe, una unidad de fusileros motorizada va y viene por todo el frente como si de una caravana gitana se tratase. Hoy estamos aquí y mañana allá, qué le vamos a hacer –volvió a

sonreír y añadió con fingida indiferencia–: Todos mis compañeros de la promoción de 1927 comandan divisiones y lucen dos o tres medallas; uno de ellos, Mitka Goguin, ha ascendido a general y está en el Estado Mayor del Ejército Rojo; si lo viera ahora, sólo podría decirle: «A sus órdenes, camarada general, misión cumplida, ¿puedo retirarme?». Luego la zarpa a la oreja, [5] media vuelta y adiós. Vida de soldado, qué le vamos a hacer.

5

El patio en que entraron estaba recogido; un soldado adormilado los saludó con brío mientras ponía en orden su casaca arrugada y se sacudía las briznas de paja que se le habían pegado a los pantalones.

–¿Estabas durmiendo? –le preguntó enfadado Áristov–. Ve a poner la mesa.

–¡A sus órdenes! –gritó el soldado, cogió el saco de las manos de Áristov y entró en la casa.

–¡Diablos, es la primera vez que veo a un soldado gordo! –exclamó el mayor.

–Es un pícaro de cuidado –explicó con admiración Áristov–. Ejercía de escribano en la sección económico-administrativa, pero resultó ser un excelente cocinero. Quieren destinarlo al comedor del Consejo Militar, conmigo está de prueba.

La dueña de la casa, una vieja achaparrada con un bigotito entrecano, los recibió en un cuarto oscuro con paredes de madera pintadas de azul según una costumbre del Volga.

Quiso saludar al invitado con una reverencia, pero como era ancha y muy baja, sólo consiguió adelantar ligeramente el cuerpo, como si alguien le hubiera dado un empujoncito en la espalda.

El mayor se llevó la mano a la gorra y saludó a la anciana; entonces miró el mantel bordado de la mesa, el rosal chino y la cama de matrimonio cubierta con una colcha limpia de color blanco.

Luego sacó una jabonera y una toalla de su bolsa de campaña y pidió a la mujer que le echara agua en las manos.

–¿Cómo se llama usted? –le preguntó Beriozkin después de quitarse la casaca y enjabonarse el fuerte cuello de piel roja y la cabeza rapada.

–Hasta ahora me he llamado Antonina Vasílievna –respondió la mujer con voz cantarina.

–Y es como seguirá llamándose, créame, Antonina Vasílievna –dijo el mayor–. Eche el agua sin miedo, por favor.

Empezó a resollar, gemir, bufar y gruñir de placer al meter la cabeza bajo el chorro de agua fría mientras se palmeaba las mejillas y la nuca.

Luego entró en la habitación, se sentó en un sillón, entornó los ojos y se quedó en silencio, dejándose llevar por la sensación de paz y bienestar que se adueña de los militares que, salidos del polvo, el viento y el ruido de la vida de campaña, se encuentran de pronto en la pacífica penumbra de una vivienda humana.

También Áristov guardaba silencio. Se quedaron mirando cómo el soldado gordo ponía la mesa.

La vieja apareció con un plato lleno de tomates duros y rojos como corales.

–Que les aproveche. Por cierto, camaradas oficiales, ¿pueden decirme cuándo va a terminar este horror?

–Cuando derrotemos a los alemanes –respondió Áristov con un bostezo.

–Ronda por aquí un anciano –prosiguió Antonina Vasílievna– que adivina el futuro leyendo en un libro; luego tiene dos gallos, uno blanco y el otro negro, a los que hace pelear, y por cómo crecieron las aguas del Volga esta primavera y por otras cosas, todo apunta, según afirma ese viejo, que la guerra terminará el 28 de noviembre.

–Me extrañaría que acertara –dijo el soldado poniendo una botella de vodka sobre la mesa.

El mayor miró el vodka y la comida con una sonrisa pueril: había jamón y tomates, caviar, lampreas, setas marinadas, carne fría de cordero y gelatina. Entonces dijo, volviéndose a la anfitriona:

–Antonina Vasílievna, le aconsejo que no se fíe ni un pelo de esos viejos embusteros. Lo único que les interesa son las gallinas y los huevos. En Kupiansk a un hombre se le ocurrió vaticinar el día en que acabaría la guerra y cuando llegó el día señalado hubo un ataque aéreo terrible. Las mujeres se le echaron encima y casi le arrancan la barba.

–¡Bien hecho! –dijo Áristov–, porque eso de estar haciendo augurios no es nada marxista.

–Yo ya cumplí los sesenta y cuatro –dijo Antonina Vasílievna–. Mi padre vivió hasta los ochenta y cuatro, y mi abuelo hasta los noventa y tres. Todos somos volguenses de pura cepa, y no recordamos que jamás se haya permitido a los alemanes o a los franchutes llegar hasta el Volga. Menos este verano, cuando dejasteis que el enemigo consiguiera pisar nuestras tierras ¡Hay que ser idiota! Dicen que su armamento y sus aviones son mejores que los nuestros y que, en vez de gasolina, utilizan unos polvos especiales disueltos en agua. No lo sé. Sólo sé que esta mañana he visto en el mercado a una vieja que vino desde Oljovka para intercambiar algo de harina y que contó que en su casa tenían prisionero a un general alemán que les decía: «Hitler me dio una orden: si tomamos Stalingrado, toda Rusia será nuestra y si no, regresaremos a nuestras fronteras». Y vosotros ¿qué pensáis? ¿Les entregaremos Stalingrado?

–No la entregaremos, puedes estar segura –dijo Áristov.

–Es la guerra –repuso el mayor–, es difícil saberlo de antemano. Por supuesto, Antonina Vasílievna, haremos todo lo posible para defender la ciudad.

Áristov se dio una palmada en la cabeza y contó a Beriozkin:

–¡Mañana uno de mis camiones parte hacia el frente! En él viajará Darenski, un teniente coronel del Estado Mayor que irá en la cabina, y en la parte trasera sólo habrá dos personas: un encargado de almacén y un joven teniente que acaba de graduarse de la escuela militar y al que debo facilitarle un vehículo. Quédese a pasar la noche y mañana por la mañana ese mismo camión pasará a recogerle.

–Perfecto –dijo el mayor–. Ya sé que uno siempre llega al frente antes de tiempo.

Permanecieron callados durante algunos minutos; estaban a punto de empezar a beber y les apetecía hablar de cosas, en cierto sentido, íntimas. Sólo la bebida suele dar pie a ese tipo de conversación, pero antes los comensales callan, prudentes, a la espera de la primera copa, la copa que romperá aquel silencio.

–Listo, camarada jefe –anunció el soldado.

El mayor se sentó a la mesa, la miró y dijo ufano:

–¡Muy bien, camarada teniente!

Para halagar a Áristov, el mayor cambió el grado de técnico intendente de su anfitrión por el que le correspondería si estuviera en el servicio activo, el de teniente. El mayor Beriozkin conocía bien las leyes no escritas que regían la vida militar. Por ejemplo, si un teniente coronel comandaba una división, sus subordinados nunca le llamaban «camarada teniente coronel», sino «camarada jefe de división»; asimismo, a un capitán que comandara un regimiento se le llamaba «camarada jefe de regimiento». En cambio, a un coronel que comandara un regimiento jamás se le habría llamado «camarada jefe de regimiento», sino «camarada coronel» para no resaltar la enojosa falta de correspondencia entre el cargo y el grado.

El mayor miró a Áristov y preguntó:

–¿Te acuerdas de mi mujer y mis hijos?

–Por supuesto, en Bobruisk ustedes vivían en la planta baja de la casa para oficiales y yo en el anexo del edificio, de modo que los veía todos los días. Su esposa iba al mercado con una bolsa de color azul.

–En efecto, con una bolsa azul. Se la compré en Lvov –dijo el mayor y movió la cabeza, afligido.

Tenía ganas de hablarle a Áristov de su mujer, de contarle que el día antes del comienzo de la guerra habían ido a comprar un armario de luna, sobre lo bien que ella cocinaba el *borsch* ucraniano y lo culta que era, no en vano tomaba en préstamo muchos libros de la biblioteca y sabía inglés y francés. También quería contarle sobre el gamberro y pendenciero de su hijo mayor Slavka y sobre cómo éste le había soltado en una ocasión: «Papá, dame una bofetada. ¡He mordido a la gata!».

Sin embargo, el anfitrión interrumpió los pensamientos de Beriozkin y tomó la palabra.

Los hombres como el mayor inspiraban en Áristov una compleja mezcla de, por un lado, condescendencia y perplejidad ante su santa simplicidad de aldeano y su falta de sentido práctico en la vida, y por otro, de temor y respeto. «Ay, hermano –pensaba Áristov mientras miraba la casaca desteñida y las botas de lona del mayor–, ay, hermano, si yo hubiese combatido dos décimas partes de lo que tú has combatido, ahora no estaría aquí. Yo entonces… Entonces habría…»

Mientras servía al mayor, copó la conversación:

–El general que comanda el frente depende completamente de mí –explicó–. ¿Que ordena esturión para la comida? Esturión se le sirve. ¡Y eso cuando apenas hacía dos horas que habíamos llegado al Volga! Uno de

los miembros del Consejo Militar fuma en pipa, ¡y yo le consigo Vellocino de Oro cada día! [6] ¡Nunca le falta su ración de tabaco! El jefe del Estado Mayor no puede beber vodka porque tiene una úlcera de estómago. ¡Yo a sus órdenes! Recuerdo que estábamos en el norte, cerca de Vólogda, en medio de la nada, y aparecí ante él con unas buenas botellas de Riesling. Llegó a sospechar, me convocó y me dijo que yo era un tipo muy peligroso. ¿Cuál es el truco? Si me quedo esperando a que llegue lo que encargué por vía oficial no conseguiré nada de nada. Es preciso tener iniciativa y arrojo y actuar a lo grande. Por ejemplo, mañana mando un camión a una destilería de Stalingrado que evacuaron después del incendio, pero aún quedan botellas. Si me quedara esperando a que me las enviaran, jamás obtendría nada. Si alguien necesita algo, se lo consigo, incluso le proporciono el transporte, me arriesgo. Pero si soy yo quien necesita algo a cambio, también pido que se esfuercen. La gente me conoce y dice de mí: «La palabra de Áristov vale más que cualquier factura o pedido» –miró a su interlocutor y preguntó–: ¿Le apetece tomar cerveza, camarada mayor?

–Por lo que puedo ver, no te falta de nada –dijo el mayor señalando la mesa.

–¿Yo?, no puedo permitírmelo –repuso Áristov. Miró con sus ojos azules y despejados a los de Beriozkin–: ¡Nada de nada! ¡Para mí mismo, no! Todos ven lo que hago. Aquí al lado está el comisario del Estado Mayor, ¡tampoco a él le escondo nada!

El mayor se tomó una copa de vodka y dijo moviendo la cabeza:

–¡Qué bueno está!

Empezó a manosear los tomates buscando uno que estuviera maduro, pero tampoco demasiado blando, y se turbó al recordar, entristecido, que su mujer siempre se molestaba cuando a él le daba por toquetear los tomates o los pepinos de un plato que era para todos.

En ese momento sonó el teléfono de campaña que había sobre una cómoda. Áristov descolgó y dijo:

–El técnico intendente de segundo grado Áristov al habla.

Por lo visto, al otro lado del hilo había alguien importante, pues Áristov permaneció erguido y con expresión tensa durante toda la conversación al tiempo que alisaba y sacudía las migas de su casaca con la mano izquierda. Su intervención se limitó a decir «a sus órdenes» cuatro veces. Cuando colgó, fue a buscar su gorra.

–Disculpe, me convocan con urgencia. Usted, mientras tanto, coma y descanse si le apetece…

–De acuerdo –accedió el mayor–, pero no se olvide del transporte para mañana.

–Hecho, hecho –prometió Áristov y salió corriendo hacia la puerta.

El grado de ebriedad que había alcanzado el mayor hacía imprescindible la presencia de un interlocutor. Se acercó a la puerta que daba al cuarto de la dueña y llamó:

–Abuela, ¿está ahí? Acompáñeme.

La vieja salió a su encuentro.

–Siéntese, Antonina Vasílievna –invitó el mayor–, ¿le apetecería tomar una copita conmigo?

–Encantada –aceptó la anciana–. En otros tiempos hubiera estado mal visto, pero hoy todas las mujeres beben, lo mismo las jóvenes que las viejas. Aquí mismo, nosotras destilamos nuestro propio vodka y nos lo bebemos. ¿Quién nos lo va a reprochar después de todo lo que hemos sufrido?

Tomó una copa y se comió un tomate.

–Y bien, ¿bombardean mucho por aquí? –preguntó Beriozkin, comenzando la misma conversación que miles de mayores, tenientes y soldados rasos entablaban con mujeres jóvenes y ancianas que vivían en ciudades y pueblos a lo largo de la línea del frente.

Ella le respondió como lo habrían hecho miles de jóvenes y ancianas si se les hubiese formulado aquella pregunta:

–Pues sí que bombardean, y mucho, querido.

–Vaya –dijo el mayor, afligido, y preguntó–: ¿No se acordará del general Saltanski, que vivió en Kamishin hace mucho tiempo?

–¿Cómo no iba a acordarme? Mi marido salía a pescar y yo siempre les llevaba pescado a su casa.

–¿Conocía a su familia?

–Por supuesto. Su mujer murió durante la última guerra. [7] Tenía dos hijas: Tamara y Nadia, la mayor, una chica que enfermaba continuamente. Recuerdo que solían llevarla al extranjero para que se curara.

–Quién lo diría… –se sorprendió el mayor.

–Y usted, ¿es de aquí? ¿Acaso los conoce? –preguntó Antonina Vasílievna.

–No, no los conozco –respondió Beriozkin tras una pausa y le sirvió otra copa.
–Quiera Dios que regrese usted a casa sano y salvo –agradeció la anciana y se enjugó los labios.
–¿Y qué clase de gente era? –preguntó Beriozkin.
–¿Quién?
–Saltanski.
–Tenía mal genio. Aquí todo el mundo le temía. Parecía un general, había que andar con mucho tiento con él. En cambio, su esposa era una buena mujer, siempre se interesaba por el estado de una y le daba ánimos. Incluso ayudaba a muchos con dinero, y siempre hacía donaciones importantes al orfanato.
–Las hijas heredarían el carácter de su madre y no el del padre, ¿verdad? –preguntó el mayor.
–Pues sí, las hijas también eran buenas personas, ambas flacas, llevaban unos vestidos muy sencillos de color marrón e iban a pasear por la avenida Sarátovski o a Tichok, donde tenían un jardín junto al Volga.
Suspiró y prosiguió:
–Su antigua cocinera, Kárpovna, era vecina nuestra. Falleció el domingo pasado en un bombardeo; regresaba del mercadillo, donde había ido a cambiar un chal por patatas, cuando una bomba cayó a su lado. Siempre hablaba de aquella familia. Nadia murió durante la Revolución, y a su hermana pequeña no querían contratarla en ningún sitio ni la dejaban afiliarse al sindicato. Dicen que luego conoció a un buen hombre, un antiguo carpintero, creo.
–Conque un carpintero… –dijo el mayor.
–Ya ve. También cuentan que él tuvo algunos problemas por casarse con ella. Sus compañeros le decían: «Déjala, ¿acaso faltan mujeres en Rusia?», y él se negaba en rotundo diciendo: «Estoy enamorado de ella y no hay más». Más tarde, la cosa se calmó, empezaron a vivir tranquilos y tuvieron hijos.
–Quién lo diría –repitió el mayor–, quién lo diría…
–Y ahora todo se ha ido al garete –prosiguió la mujer–. ¡Tantas muertes! Recibí una esquela en la que me comunicaban que mi hijo mayor había fallecido en combate, mientras que del menor hace un año que no recibo carta, creen que ha desaparecido. ¿Y de qué vivo? Pues voy al

mercadillo a hacer trueque, y a veces me cae algo de los militares que se alojan en mi casa.

–Esta guerra es una verdadera sangría –asintió el mayor.

Dejó la mesa, se sentó al lado de la ventana, sacó una cajita de metal blanco de su bolsa de campaña, desplegó sobre las rodillas un costurero de sastre y escogió un hilo del color de su casaca, una de cuyas mangas, agujereada en la parte del codo durante el viaje, pretendía remendar. Cosió con rapidez y habilidad entornando los ojos de tiempo en tiempo para ver mejor su obra.

–Qué bueno eres con la aguja, hijo –comentó la vieja tuteándole.

Sin la casaca, aquel hombre con la camisa limpia, de ojos grises y azules y cara algo angulosa y tostada por el sol, parecía un obrero cualquiera del Volga, y a la mujer le incomodaba seguir tratándolo de usted.

–Sé coser –dijo a media voz el mayor con una sonrisa–; en tiempos de paz mis compañeros se burlaban de mí diciendo: «Nuestro capitán es una costurera». Sé cortar y coser a máquina, también soy capaz de hacer un traje de niño. Mi mujer no era muy buena con la aguja, de modo que yo me ocupaba de la ropa de los niños. Una vez hasta le cosí a ella un vestido de verano y lo llevó dos años seguidos. Tanto gustó ese vestido a las mujeres de los otros comandantes que se lo copiaron. Todavía me recuerdo tomándole las medidas a mi Tamara. No podía parar de reír. Y ella, mientras, me acariciaba las manos y repetía: «Un corazón de oro y unas manos de oro».

–¿Antes de ser militar fuiste sastre?

–No, soy soldado desde el veintidós.

Volvió a ponerse la casaca, se abrochó el cuello y dio una vuelta por la habitación.

La vieja, tratándolo de nuevo de usted, le dijo:

–Le he calado enseguida, es un hombre de verdad, uno de esos sobre cuyos hombros se sostiene el país –luego entornó los ojos con una expresión de picardía y susurró–: No como ese dichoso amigo suyo. Si todo el mundo peleara como él, los alemanes ya estarían en Siberia. Cree que el país se sostiene en el alcohol. Para él, el país es como una gran taberna.

El mayor rió y dijo:

–Eres una mujer perspicaz, abuela.

–¿Acaso creías que era tonta? –replicó enfadada la vieja.

El mayor salió a dar un paseo, se acercó a la casa de enfrente y preguntó a una niña que estaba tendiendo a secar ropa interior amarillenta de soldado:

–¿Dónde vivía la vieja Kárpovna?

La niña se volvió y dijo:

–No queda nada. Su casa está tapiada, y su nuera se llevó las cosas al pueblo.

–¿Y dónde está Tichok?

–¿Tichok? No le conozco.

Cuando se alejaba, oyó como la niña se reía a sus espaldas mientras explicaba:

–Ha preguntado por Kárpovna, ¡ni que fuera un novio que viene por el ajuar! También ha dicho algo de no sé qué «Tichok»…

El mayor llegó hasta la esquina, sacó una fotografía del bolsillo de su casaca y la miró; luego escuchó las voces agudas y lastimosas de las sirenas que avisaban de una nueva incursión aérea de los alemanes, y caminó de regreso a la casa para descansar.

Áristov regresó en mitad de la noche. Se acercó a Beriozkin y le preguntó iluminándole la cara con una linterna:

–¿Está durmiendo?

–No, no lo estoy.

Áristov se inclinó hacia Beriozkin y le contó en susurros:

–Menudo trajín he tenido, mañana llega un general desde Moscú en un Douglas, así que he estado ultimando los preparativos para recibirle.

–Poca broma, realmente –le compadeció el mayor–, poca broma. Acuérdate también de mí, podrías ayudarme a conseguir algo de comida para el viaje.

–El camión vendrá a buscarle a las nueve de la mañana –informó Áristov–. En cuanto a la comida, esté tranquilo. Yo no soy de los que pierden el respeto a su antiguo jefe.

Empezó a sacarse las botas, luego gimió, se agitó y se quedó quieto.

Detrás del tabique empezaron a oírse unos sollozos.

«¿Qué será?», pensó el mayor y cayó en la cuenta de que debía de ser la dueña.

Se puso en pie, se acercó a la puerta en calcetines y preguntó con severidad:

–¿Por qué llora?

–Por ti –dijo la vieja–. Uno se me murió, y el otro no me escribe. Hoy te he visto y me has dado pena. Te diriges a Stalingrado, donde sé que correrá sangre… Eres una buena persona.

El mayor se turbó y permaneció un largo rato en silencio; luego, suspirando, dio unos pasos por la habitación y se acostó.

6

El teniente coronel Darenski regresaba a la reserva del Estado Mayor del Frente después de una cura en el hospital.

El tratamiento no había surtido efecto, de modo que no se encontraba mejor que antes de ser hospitalizado.

Su regreso a la reserva lo tenía preocupado, consciente de que allí le aguardaba una inactividad forzosa y agotadora.

Darenski hizo un alto en Kamishin, donde la víspera había llegado el Estado Mayor de uno de los ejércitos de reserva con destino al frente. En el cuartel general de la artillería Darenski se encontró con un conocido, que le prometió reservarle plaza en un camión que a la mañana del día siguiente partiría hacia Stalingrado bordeando la orilla izquierda del Volga.

Después de almorzar, Darenski, tal y como le sucedía a menudo, notó los síntomas de una indisposición estomacal inminente y se dirigió a la casa donde se había alojado. Una vez allí, se acostó y pidió a la dueña que le calentara una botella de agua. Aunque el ataque no resultó ser grave, Darenski no consiguió conciliar el sueño. Un ordenanza del coronel Filimónov, aquel conocido suyo del cuartel general de la artillería, llamó a la puerta y le propuso que fuera a casa del coronel.

–Diga a Iván Kornéyevich que no puedo ir, que tengo un ataque –le pidió Darenski–. Y por favor, recuérdele lo del camión para mañana.

El ordenanza se marchó. Darenski seguía acostado, con los ojos cerrados, mientras intentaba escuchar la conversación de unas mujeres en la calle, al lado de la ventana de la habitación. Criticaban a una tal Filípovna, quien según decían había hecho correr el rumor de que Matvéyevna se había peleado con su vecina Niura por un teniente.

El teniente coronel se retorció de dolor y aburrimiento. Para distraerse, se imaginó una escena fantástica en la que el jefe del Estado Mayor y el comandante del frente entraban en la habitación, se sentaban junto a la cama y le preguntaban, conmovidos y preocupados, por su salud:

«Darenski, ¿qué te ocurre? –diría el jefe del Estado Mayor–, estás muy pálido.»

«Hay que llamar sin falta a un médico –diría con voz de bajo el comandante, que miraría la habitación y movería la cabeza–. Deberías venir conmigo, teniente coronel; mandaré que lleven tus cosas. Estarás mejor en mi casa.»

«No se preocupen, no tiene importancia –se negaría Darenski–, lo único que quiero es ponerme en marcha mañana.»

Luego el jefe del Estado Mayor y el comandante lo tomarían de los brazos, y sus ordenanzas les seguirían, llevando la maleta y el macuto de Darenski. Por el camino se cruzarían con gente que alguna vez había perjudicado al teniente coronel, entre ellos uno de sus delatores. Allí estaría Skurijin, quien había descubierto que el padre de Darenski –ingeniero de profesión y autor de un manual sobre la resistencia de los materiales– había ostentado un título nobiliario de cuarto rango, algo de lo que el propio Darenski se había olvidado y que le acarreó serios problemas. Allí estaría el inspector jefe del departamento de vivienda del soviet de Moscú, un judío calvo que se había negado a concederle un apartamento en la capital con estas palabras: «Estimado camarada, gente mucho más importante que usted tiene que esperar dos años, e incluso más, antes de que se les conceda un apartamento en Moscú».

También estaría allí el rubicundo técnico intendente de la sección de avituallamiento, quien aquel mismo día le había negado el permiso para almorzar en el comedor de los jefes de sección y le había dado un cupón para el comedor común.

Todas aquellas personas mirarían la pechera resplandeciente de condecoraciones del comandante mientras, en un tono de preocupación, le preguntaría a Darenski cómo se encontraba y si estaba cómodo. Y los que le habían perjudicado sonreirían lastimosamente. «Al diablo con ellos», pensó. Mientras tanto, la bailarina Ulánova preguntaría: «¿Quién es ese teniente coronel? Por lo visto, está gravemente herido. Su cara morena parece tan pálida…».

Sin embargo, transcurrió el tiempo y los generales no hicieron acto de presencia en la habitación de Darenski. Entró la dueña y, tras comprobar si se había dormido, se puso a ordenar la ropa planchada que había sobre la mesita de la máquina de coser.

Empezó a oscurecer, y Darenski se sintió abatido. Cuando pidió a la dueña que encendiera la luz, la mujer le dijo:

–Ahora mismo, pero antes hay que camuflar las ventanas por si a esos demonios alemanes les da por atacar.

Tapó las ventanas con chales, mantas y jerséis viejos con tanto esmero como si los Junker y los Heinkel pudieran meterse, cual chinches y moscas, por las grietas de los marcos resquebrajados.

–Dese prisa –dijo Darenski a la dueña–, tengo que trabajar.

Ella murmuró que no tenía queroseno suficiente para calentar el agua e iluminar la casa.

Darenski estaba molesto con la dueña. Ésta, por lo visto, no vivía mal, disponía de ciertos recursos, pero su tacañería rayaba en lo absurdo: quiso cobrarle el alquiler e intentó venderle leche por un precio aún más alto que el que se pagaba en Moscú.

Además, el día anterior había insistido en que le encontrara un camión para poder ir por la leña y la harina que tenía guardadas desde el otoño en la aldea de Klímovka, a setenta kilómetros de Kamishin. ¿De dónde iba a sacar él un camión?

*

Empezó a revisar las notas que había tomado al principio de la guerra:

> Un comandante de batallón trató de demostrarme que la estratégica retirada de los ejércitos de Kutúsov no había sido sino una desbandada incontrolada. [8] Se me ocurrió que la retirada de Kutúsov no fue muy diferente de la nuestra y que su alteza real Liev Tolstói lo que hizo fue cubrir el cuerpo sanguinolento de la guerra con bonitos ropajes. Y si ese fue su propósito, ¡hay que quitarse el sombrero! ¡Porque el ejército es sagrado, como sagrada es la patria! Y el comandante es un apóstol, cuya autoridad ha de ser absoluta. ¡La disciplina es lo único que importa! El gran Stalin podrá salvarnos. ¡Y nos salvará! Ayer leí su discurso. ¡Cuánta calma, cuánta confianza!
>
> De pronto, todo el mundo se ha vuelto muy inteligente… Sólo se oye hablar de cuestiones estratégicas. Los novelistas, los rimadores, los directores de cine y algunos de más arriba las critican… Ayer, en la sección de operaciones, un mayor preguntaba mientras agitaba un libro en el aire: «¿Acaso hemos conseguido acabar con los alemanes en diez horas según vaticinó

aquel escritor?». He leído sobre Gastello: ¡una auténtica alma rusa…! Si hemos sido capaces de encajar semejante golpe, nada nos puede asustar ya… Francia, en cambio, sólo pataleó al caer fulminada, a pesar de que había movilizado al ejército y estaba preparado para entrar en combate… ¡Nuestra será la gloria! No consiguieron vencernos; todo apunta a que resistiremos…

Observo un gran abatimiento a mi alrededor. La gente teme más a los misiles que se rumorea que tienen los alemanes, que a los proyectiles. Todos hablan sobre el asedio del enemigo, los misiles, los paracaidistas y las motos alemanas que habrían penetrado en nuestra retaguardia. Creo que con el paso del tiempo toda esa mística se desvanecerá, y nuestros soldados y oficiales demostrarán a los alemanes y al mundo entero su valía… Nuestros combatientes no cantan. Nuestros combatientes no muestran interés alguno por las mujeres. Los cocineros y los escribanos de los Estados Mayores son los únicos que no se han olvidado de que son hombres. Nuestro ejército se repliega en silencio. He oído que K. se entregó al enemigo. Pues adiós muy buenas. De repente me he acordado de la despedida de mi padre, cuando partió a la guerra en 1915. Mi madre llevaba un velo negro, fuimos en un coche de punto que conducía una mujer… Hoy en un periódico del ejército he leído lo siguiente: «El enemigo, duramente maltratado, sigue su cobarde ataque». Suena original… ¿Qué pasará en invierno? Quieren ocupar Rusia en diez semanas. Jamás lo conseguirán, ¡estoy seguro! Aunque son muy hábiles maniobrando, los muy cabrones…

He leído un artículo en el que se satiriza a los oficiales alemanes que, al parecer, llevan perros de raza en sus coches… Qué cara más dura… ¡Moríos de envidia!

Por muy bien que suenen las conversaciones sobre los combates cuerpo a cuerpo, hace falta otra cosa: ¡maniobras, blindados y artillería móvil!

Hoy me han invitado a un almuerzo de gala en casa del comandante del cuerpo. Durante la comida no han hecho otra cosa que vituperar a los oficiales que temen un cerco del enemigo…

¿Dónde dirige Guderian sus blindados? ¿Irá al encuentro de las tropas de Kleist?

Los soldados del Ejército Rojo van a pie y los prisioneros son trasladados en camiones. Detuve uno de aquellos transportes e hice bajar a los prisioneros. Los alemanes se llevaron una sorpresa mayúscula, pues estaban convencidos de que los representantes de la «raza superior», incluso siendo prisioneros, habían de desplazarse en vehículos, mientras que los rusos, sus captores, tenían que ir caminando. Ay, los alemanes…

Estoy seguro de que el régimen y el ejército zaristas se habrían venido abajo. Sin embargo, nosotros resistimos y resistiremos. ¡Y venceremos!

Helo ahí evocando a Aleksandr Nevski, Suvórov, Kutúsov… [9] ¡Oh, si mi padre viviera para verlo!

Apartó el cuaderno y pensó: «¡No soy tan tonto!».

Se sintió ultrajado al pensar en que lo habían destituido injustamente. «¿Por qué me pasan a la reserva? –se preguntaba–. ¿Será porque a Bíkov le molestó que mi evaluación de la situación fuera la correcta? ¿Y dónde estará el coronel Nóvikov, mi protector? Mi único error fue tener razón. Pero no, sé reconocer enseguida la valía de un hombre, comprendo a las personas y sé justipreciarlas.»

Recordó el año 1937, el tiempo que había pasado en prisión, los interrogatorios nocturnos, al instructor y aquel momento emocionante y luminoso cuando, en 1940, lo trasladaron a Moscú desde el campo donde estaba recluido para anunciarle que su causa había sido revisada y que se había probado su inocencia.

Recordó aquel mes en que, mientras esperaba que concluyera la tramitación de sus documentos, había trabajado de estibador en Kosmodemiansk. Recordó el día solemne en que había vuelto a vestir el uniforme militar.

«Ay, si me propusieran asumir el mando de un regimiento lo aceptaría encantado –pensaba–, y si me confiaran una división, haría lo propio. Estoy harto de ese trabajo de archivador militar de tercera.»

Mientras intentaba conciliar el sueño, se imaginaba a sí mismo sentado en un puesto de mando del frente: Bíkov, degradado a mayor, llegaría y le saludaría: «A sus órdenes, camarada general», y luego palidecería al reconocer a Darenski.

Después de ese encuentro, se le ocurrían varias maneras de continuar pero, por alguna razón, lo que más le apetecía y le pedía el alma era tener con Bíkov la siguiente conversación:

«¡Oh, mi viejo amigo, no esperaba verle por aquí! –Luego haría una pausa, sonreiría y diría–: Siéntate, siéntate, pelillos a la mar. Aquí tienes té y comida, debes de estar hambriento después del viaje… Y bien, dime qué cargo te gustaría ocupar y ahora mismo lo organizamos juntos…»

Y después vería cómo el rostro de su antiguo jefe se estremecía de emoción y agradecimiento…

El mismo Darenski se sorprendió de no considerar ya un enemigo a aquel hombre que tanto daño le había hecho.

El teniente coronel era ambicioso y vanidoso, tal vez no más que cualquier otro hombre, pero cuando se atentaba contra sus progresos, sufría, se irritaba y no podía dejar de pensar en ello. Y Darenski, ese hombre serio, ese teniente coronel de treinta y cinco años, se regalaba a veces, para su vanidad, algún que otro banquete imaginario.

Por la mañana, varios camiones y unidades de infantería fueron llegando al paso del río que comunicaba Kamishin con Nikoláyevka.

El aire caliente y tornasolado de agosto destellaba sobre las barbas pelirrojas de los rastrojos y las hojas marchitas de los melonares y sandiares.

Los guardias que regulaban la circulación de vehículos, resguardados del sol a la sombra de las casuchas, daban el alto a los que llegaban agitando sus banderines al tiempo que les gritaban:

–¡Alto ahí! ¿Adónde vais? ¿Acaso no veis que la gabarra acaba de marcharse? ¡Dispersaos!

Los conductores, con las caras sucias de polvo gris o amarillo según fuera de tierra o de barro el camino por el que habían bajado hasta el río, se asomaban a las ventanillas de las cabinas buscando dónde guarecer sus vehículos. Las dotaciones de la artillería antiaérea yacían, protegiéndose del sol con sus capas de campaña, en trincheras de poca profundidad al pie de los cañones que apuntaban sus delgados morros al cielo. Los combatientes que viajaban a bordo de las cajas de los camiones palpaban los cuerpos negros de los proyectiles aéreos y decían entre bostezos:

–No vayan a explotar… ¡Están tan calientes que podrían usarse para freír huevos!

Mientras tanto, uno tras otro, levantando el polvo a su paso, seguían llegando camiones de una tonelada y media cargados con bombas de doscientos kilos destinadas a los aeródromos militares ubicados al otro lado del Volga.

Uno de los conductores soltó un grito de guerra y pisó el acelerador. El camión, cediendo bajo su terrorífica carga, se salió de la rampa y descendió hacia el río botando y haciendo chirriar sus ballestas. Unos guardias corrieron para cortarle el paso, gritando:

–¡Alto! ¡Atrás!

El primero en llegar, un guardia alto, hizo un amago de golpear el radiador del vehículo con la culata de su fusil mientras el conductor intentaba explicarle algo señalando las ruedas traseras y agitando los brazos.

Al punto llegaron otros dos guardias y se armó un alboroto que parecía que no tendría fin. Entonces, el conductor sacó del bolsillo un tarro metálico con tabaco; los guardias liaron unos pitillos con papel de diario y los encendieron. El conductor llevó el camión cerca del agua para no

entorpecer el paso de los vehículos que llegarían con la gabarra desde la orilla izquierda y luego se acostó sobre unas piedras, en la sombra.

–Tú pasarás el primero –le dijeron los guardias y aspiraron el humo del cigarrillo.

Una furgoneta flamante de color negro apareció en la orilla. Junto al conductor había un teniente coronel de rostro enjuto y una mirada tan hosca y fría que los guardias de circulación se abstuvieron de hacer comentario alguno y se limitaron a lanzar un suspiro.

Sobre una banqueta, en la parte trasera de la furgoneta, iban un mayor que fumaba un cigarrillo de fábrica y un joven y atractivo teniente de mirada triste, vestido con uniforme nuevo, y, por lo visto, recién salido de la escuela militar. A su lado se sentaba un jefe, con su elegante capote echado sobre los hombros, en quien los guardias enseguida reconocieron a un apoderado de la sección de avituallamiento.

Cuando se apartaron algunos pasos de la furgoneta, los guardias oyeron al teniente coronel decir desde la cabina:

–Vigilen el cielo, camaradas.

Uno de los guardias dijo con sorna:

–¡Qué bien viven! ¡Fuman cigarrillos de fábrica y toman té de un termo!

Un destacamento de infantería llegó junto al agua. Los que iban en cabeza aminoraron el paso y miraron hacia atrás en busca del teniente. No habían recibido la orden de detenerse, pero era muy poco probable que consiguieran cruzar el río a pie. En ese momento, el teniente estaba pidiendo fuego a uno de los guardias y le preguntaba si los alemanes bombardeaban aquel paso del río.

–¡Alto! –les gritó desde lejos–. ¡Alto! ¿Cómo se os ocurre meteros en el agua?

Los combatientes se acomodaron sobre las piedras de la orilla amontonando sus macutos y capotes; al momento un olor a cuerpo y ropa sudados mezclado con el humo de tabaco empezó a flotar sobre el Volga, ese olor tan particular que despide la tropa que marcha por el camino que conduce a la línea del frente.

Entre los soldados había hombres de distinto origen y condición: ciudadanos enjutos y poco o nada acostumbrados a las marchas largas; kazajos de pómulos anchos cuya piel parecía haberse aclarado debido a la fatiga; uzbecos de mirada aterciopelada y llena de una tristeza

meditabunda que habían cambiado sus batas y bonetes orientales de colores por casacas y gorras militares; pecosos muchachitos apenas más altos que sus rifles; jóvenes del koljós; padres de familia, labriegos cuyos cuerpos fibrosos se perfilaban aún más bajo las casacas empapadas en sudor, acentuados por el ascetismo de la vida militar. Había un armenio de pelo negro y duro; un joven con la boca torcida; y un soldado espabilado, ancho de hombros, tan rubicundo y sonriente como si el peso de la marcha pasara por ellos como resbala el agua de un río por el plumaje duro y graso de un pato.

Algunos se acercaron enseguida al agua, se acuclillaron y llenaron sus escudillas; uno ensució el agua transparente con su pañuelo manchado, otro se lavaba las manos mientras se echaba agua en la cara. Otros, sentados, masticaban picatostes y liaban cigarrillos o se rascaban bajo los calzoncillos o las camisas, o liaban cigarrillos escondiendo la picadura al compañero que tenían al lado. Sin embargo, la mayoría, unos de lado y otros sobre la espalda, se tendían en el suelo y yacían con los ojos cerrados, tan quietos que se les podría haber tomado por muertos de no dibujarse en sus rostros una mueca de cansancio.

Tan sólo un combatiente de más de cuarenta años, flaco, moreno y ancho de hombros se quedó de pie un largo rato mirando el río. La superficie del agua lucía lisa cual lámina bruñida y pesada. Era como si el bochorno de la tarde emanara de aquel enorme espejo encajado en la orilla, de un negro aterciopelado allí donde el despeñadero arenoso arrojaba su sombra, de acero azulado allí donde el sol poderoso lo fustigaba sin piedad.

El combatiente oteó la orilla de donde venía la gabarra, luego el curso de la corriente y después río arriba, hasta acabar por volverse para echar un vistazo a sus compañeros…

El conductor de la furgoneta negra bajó y se acercó a los soldados tumbados en la orilla.

–Muchachos, ¿de dónde venís? –les preguntó.

–Hemos estado cavando trincheras y haciendo tareas de peón –respondió uno de los combatientes con la secreta intención de ganarse la simpatía del conductor para luego pedirle tabaco–. Hace mucho que marchamos, algunos han caído en el camino desmayados por el sol. Camarada mecánico, ¿tiene tabaco para invitarme a fumar y papel del Estrella roja?

El conductor sacó del bolsillo una bolsa con tabaco, un trozo de papel de diario y se los dio al combatiente para que se liara un pitillo.

–¿Vais a Stalingrado tal vez? –preguntó el conductor.

–Quién sabe. Ahora regresamos a Nikoláyevka. Nuestra división está en la reserva.

Otro de los combatientes, lamentándose porque no se le hubiera ocurrido pedir tabaco al conductor, intervino:

–Así vamos, no hay nada peor que estar lejos de la unidad. Llevamos dos días sin probar comida caliente ni recibir tabaco. –Luego, dirigiéndose al que estaba fumando, pidió–: Déjame dar un par de caladas.

Un tercer soldado que yacía inmóvil y con los ojos cerrados dijo mostrando sus dientes blancos:

–Si te mandan a Stalingrado, podrás ver cómo te arde la sangre.

–Desde luego, allí la sangre brota a borbotones –dijo el otro.

Apenas hubieron cargado en la gabarra la furgoneta con los oficiales, los camiones con las bombas y varios carros del koljós tirados por bueyes, apenas el encargado del paso hubo ordenado que embarcaran las personas, un ajetreo inusual se desató en el cielo. Varios cazas patrullaban sobre el Volga y los arenales de la orilla opuesta inundando el aire con el ruido estridente de sus motores. Los combatientes que iban a subir a la gabarra aminoraron el paso mirando atrás por si se revocaba la orden de embarque en vista del alboroto que reinaba ahora en el espacio aéreo; sin embargo, el encargado del paso agitó el brazo, rodeado por un brazalete de color rojo, y gritó:

–¡Vamos! ¡Vamos!

Quizá quisiera despachar cuanto antes la enorme gabarra cargada con bombas de casi doscientos kilos de peso cada una, o tal vez estuviera ya tan acostumbrado a los ataques aéreos que ya ni siquiera les prestaba atención.

Varios centenares de personas subieron a la gabarra, y todas ellas trataban instintivamente de instalarse lo más lejos posible de la zona de la embarcación en que se apiñaban los vehículos. Se movían hacia la popa o la proa sin poder evitar apartar los ojos de las cajas de madera cilíndricas que contenían las bombas y dos salvavidas que colgaban en el puente de mando, acaso pensando en quién sería el primero en agarrarlos y saltar al agua en caso de que se produjera un ataque.

No existe una sensación peor que la de un miedo nuevo: para los soldados acostumbrados a luchar en tierra firme, el miedo en el agua les resultaba particularmente insoportable. Todos, tanto los soldados como los oficiales que habían embarcado en la gabarra, estaban atemorizados. Sin duda se debía a la falta de costumbre, pues a su lado unos marineros comían tomates sorbiendo su abundante jugo; un muchacho, con los labios fruncidos en expresión melancólica, vigilaba el flotador de su caña de pescar, y una mujer pelirroja, sentada junto al timonel, tejía una media o quizás un guante.

–¿Cómo se encuentra, camarada teniente? –preguntó el mayor mientras soplaba la boquilla–. ¿Sabe nadar? ¿Necesita un salvavidas?

El teniente coronel que había bajado de la furgoneta sonrió y, señalando los camiones apiñados y cargados con bombas, dijo:

–Creo que, si el enemigo da en nuestra gabarra, el teniente necesitará antes un paracaídas que un salvavidas.

Acompañó sus palabras con un gesto grave, demostrando al teniente que, a pesar de aquella chanza, no debía tomarse ninguna confianza con él.

El teniente, contraviniendo el código que suele regir la conducta de los jóvenes, se sinceró:

–Estoy aterrorizado, lo confieso. ¿Por qué hay tantos cazas en el aire?

–Está claro que avisaron por radio de una incursión alemana. Nos alcanzarán cuando estemos justamente en medio del río –dijo el mayor acariciando con cuidado su macuto al acordarse de los tomates que la anciana dueña le había dado para el viaje.

Mientras tanto, los cazas seguían con sus frenéticas carreras. Había MIGs, LaGGs y Cobras norteamericanos.

La gabarra avanzaba con una lentitud abrumadora; el pequeño remolcador parecía estar apurando las últimas fuerzas; mientras la orilla derecha se alejaba cada vez más, la izquierda parecía tan remota como inalcanzable. Los pasajeros, tensos, atendían al movimiento de la gabarra vigilando la parte occidental del cielo desde donde vendrían los bombarderos alemanes.

–Me pregunto qué estarán haciendo allí arriba –murmuró un soldado joven refiriéndose a los cazas.

–Vigilar los melonares –le respondió el combatiente que no se había sentado para descansar en la orilla–. Hay muchos por aquí, ¿lo entiendes?

–¡Qué cosas dice! Un hombre como usted, un padre de familia… ¡Y sólo piensa en bromear! –dijo el joven–. Como nos hundan, veremos si sigue riendo entonces.

Ninguno de los que iban en la gabarra sabía ni podía saber que aquel escuadrón de cazas escoltaba el aterrizaje de un avión de pasajeros que había despegado del aeródromo de Moscú.

8

Al amanecer, la tripulación del Douglas se desplazó desde el cuartel de pilotos al aeródromo central de Moscú.

El capitán de la aeronave, un hombre de cara hinchada y gesto mohíno, caminaba al lado del oficial de navegación, un individuo pálido y encorvado; de sus hombros colgaban con descuido sendos portaplanos de grandes dimensiones y largas correas que les golpeaban en las piernas.

–Se diga lo que se diga, es una mujer estupenda –dijo el capitán.

–Si yo no digo nada… –se defendió el oficial de navegación–, sólo que bebe mucho.

Detrás de ellos caminaba el radiotelefonista, y a cierta distancia dos sargentos.

El oficial de guardia salió al encuentro del capitán y le saludó con una sonrisa:

–Ya está usted aquí, camarada mayor.

–Buenos días, teniente coronel –respondió el mayor al pasar por delante de él, mientras el cuero de sus botas crujía sobre el suelo de losa.

Estaba acostumbrado a que el ajetreo y las atenciones que rodeaban a su pasajero, en cierta medida, también le afectaran a él.

El capitán inspeccionó los cómodos asientos, cubiertos con unas fundas almidonadas, alisó la alfombra que cubría el pasillo, frotó con la manga de su guerrera el cristal, limpio por lo demás, de la ventanilla junto al asiento en que solía viajar su pasajero y entró en la cabina.

Tras veinte minutos de espera, llegó por fin el coche del vicecomisario popular de Defensa.

El avión despegó con rumbo al sudeste. Los ocupantes de los asientos traseros callaban y miraban la nuca ancha y afeitada del vicecomisario.

¿En qué estaría pensando mientras miraba distraído por la ventanilla?

Estuvo largo rato sin mover la cabeza, y sólo cuando el avión se acercó al Volga, que parecía un chal de color azul con los bordes raídos, se volvió y preguntó al general sentado detrás de él, señalando el río:

–Y bien, ¿me invitarás a unos esturiones?

–Por supuesto, camarada general –respondió el otro al instante al tiempo que se incorporaba–, además, son magníficos. Precisamente en la zona de despliegue de la 66.ª División, bajo el mando de Malinovski, se pescan unos esturiones magníficos.

Zhúkov volvió a mirar por la ventanilla. A menudo había contemplado el mundo desde las alturas y oteado sus relieves. La imagen del río rodeado de manchas amarillas de arena y remansos azulados, las largas pinceladas verdes de los cañaverales, las aldeas y pueblos divididos en los triángulos y cuadrados que formaban las calles, los rectángulos cobrizos de los campos segados que se alternaban con los de color verde malaquita de las mieses de otoño y los hilos de las carreteras: aquel fascinante cuadro geométrico le resultaba a Zhúkov tan familiar como la hierba, los sauces derrengados y huecos, los niños mocosos y llorones, los pájaros, las vacas, las ovejas, el polvo, los barrancos, el humo y los gritos, la diversidad del mundo real que obstaculizaba el movimiento de las tropas.

Abajo se veían unos cañaverales. Cuántos patos debía de haber allí, ¡un paraíso para los cazadores!

El avión empezó a descender; los cazas que lo venían escoltando desde Balashov viraban con suavidad para después tomar altura rápidamente. El Douglas sobrevoló el Volga y Zhúkov vio la lenta marcha de la infantería bordeando la orilla; en medio del río había una enorme gabarra cargada de vehículos y centenares de combatientes que, con la cabeza alzada, seguían con sus ojos el vuelo del avión. Junto al paso del río, una cola larga e inmóvil de camiones aguardaba para cruzar a la otra orilla.

Zhúkov pensó que el aprovisionamiento de las divisiones que se replegaban hacia la línea interior de fortificaciones que rodeaba Stalingrado iba a resultar dificultoso en extremo.

Recordó la conversación en el Estado Mayor General que había versado sobre la preparación del contraataque. Cerró los ojos y vio el mapa de operaciones marcado con dos flechas de color fuego que amenazaban desde el norte y el sur.

Dejó escapar un gruñido y torció el gesto al imaginar la satisfacción del mariscal Von Bock señalando en el mapa los avances de la Wehrmacht en dirección al Volga.

Los alemanes habían cortado la última línea de comunicación terrestre de los rusos.

Se volvió hacia el general sentado a su espalda y le regañó:

–¿Así que cocináis los esturiones del Volga mientras dejáis que el armamento caiga en manos del enemigo cerca del Don? –y soltó un juramento.

Los combatientes que viajaban a bordo de la gabarra vieron de pronto un avión bimotor sobrevolando el Volga a escasa altura. Lo escoltaban varios cazas; el escuadrón que patrullaba sobre el Volga ascendió bruscamente para proteger aquella aeronave de carga cuyo avance, comparado con la agilidad de los cazas, parecía mucho más lento.

–Mira allí, Vavílov –gritó un soldado joven señalando el Douglas–, ¿quién será?

Vavílov, tras echar un vistazo a los cazas que escoltaban al Douglas, escuchó los relinchos y el pataleo de los motores, que retumbaban con la potencia del galope de quince mil caballos en el cielo. Entonces, con la pícara seriedad propia de quien todo lo comprende, dijo:

–Debe de ser aquel soldado de primera que perdimos ayer en el puesto de avituallamiento.

9

Hicieron noche en Verjne-Pogrómnoye. El mayor Beriozkin y el teniente se acostaron en un cobertizo, al teniente coronel Darenski lo acomodaron en una isba y el apoderado de la sección de avituallamiento, junto con el conductor, se quedó a dormir en la furgoneta para estar más cerca de un pequeño refugio antiaéreo cavado en el patio.

Aquella noche hacía un calor sofocante. Desde el otro lado del Volga llegaba el ruido del cañoneo, y al sur el cielo estaba cubierto con una cortina de humo resplandeciente. Desde algún lugar río abajo llegaba un rumor furioso, como si las aguas del Volga se precipitaran, desde los acantilados, en el mismo infierno. El vasto y plano espacio de la estepa de

Zavolzhye temblaba con aquel murmullo: tintinaban los cristales de la isba, los goznes de la puerta chirriaban suavemente, susurraba la paja y algunos pedacitos de barro caían del desván. En algún lugar cercano una vaca suspiraba, se levantaba y volvía a recostarse, acaso inquieta por aquel rumor, el olor a gasolina y a polvo.

Tropas, piezas de artillería y camiones avanzaban por el pueblo. Envueltos en nubes de polvo, los faros de los vehículos iluminaban vagamente las espaldas de los caminantes haciendo brillar los cañones de las carabinas, el acero pavonado de los fusiles antitanque y los caños, anchos como la chimenea de un samovar, de los morteros. El polvo negro de la noche flotaba sobre los caminos formando pesadas nubes en torno a los pies. El torrente humano era interminable; las gentes se movían sin emitir un solo sonido. A veces, una luz intermitente hacía emerger de la oscuridad una cabeza cubierta con un casco metálico, una cara delgada, tiznada por el polvo, de dientes brillantes. Un instante después el camión se alejaba y los faros del que lo seguía iluminaban por un segundo los fusiles, las caras negras y las ondeantes capas de campaña de los soldados de infantería motorizada que viajaban en la caja.

Potentes camiones Studebakers de triple eje circulaban a gran velocidad remolcando cañones de setenta y seis milímetros que aún conservaban el calor del día.

Cientos de culebras, conmocionadas por el estruendo, intentaban cruzar la carretera para huir estepa adentro; sus cuerpos, aplastados por las ruedas, yacían sobre la arena blanca.

El cielo de la noche se llenó de zumbidos. Los Junkers y los Heinkel bordeaban las estrellas, y por debajo se oía el traqueteo de los biplanos soviéticos Po-2 a punto de bombardear; en algún lugar, a una altura inalcanzable, rugían los lentos y pesados bombarderos cuatrimotores TB-3.

Aquel rumor sordo había invadido el cielo. Desde el suelo, los soldados creían estar bajo un enorme puente de color azul oscuro, adornado con estrellas, y escuchar el martilleo de unas ruedas de hierro que lo apisonaban.

Los focos de la defensa antiaérea en los aeródromos de Zavolzhye giraban suavemente sobre su eje trazando caminos nocturnos en el cielo; en la periferia de la bóveda celeste, un lápiz resplandeciente de un kilómetro de largo describía con celo y furia silenciosa circunferencias de color azul.

El torrente de vehículos y personas que se desplazaban por la carretera no tenía principio ni fin; apenas los faros se encendían, se apagaban de inmediato al clamor de la infantería que gritaba airada:

–¡Apágalos, conseguirás que nos bombardeen!

Nubes de polvo negro flotaban sobre la carretera, y desde hacía varias noches un resplandor iluminaba el cielo sobre el Volga.

El mundo entero miraba aquella luz centelleante que atraía y horrorizaba por igual a los que se dirigían hacia ella.

> Bendito sea el hombre que a este mundo vino
> cuando más exigente era el destino.

¿Se habría repetido a sí mismo estas palabras Tiutchev en esta noche de agosto de haber estado marchando hacia la gran ciudad del Volga donde se decidía el destino?

*

Mientras tanto, los combatientes de las unidades del frente sudoeste, derrotadas en las batallas al oeste del Don, marchaban desde el sur por los sucios caminos y los estrechos senderos que se adentraban en la estepa para unirse a las tropas que se dirigían sin descanso rumbo a Stalingrado. Algunos llevaban vendada la mano izquierda y avanzaban con la mirada vencida clavada en el suelo. Algunos se ayudaban de bastones, como los ciegos. Algunos gritaban de dolor y se afanaban para no cargar nada de peso sobre las llagas sanguinolentas, comidas por el sudor y la suciedad. El horror de la guerra era una presencia en sus ojos, como también el recuerdo del paso por el Don: hombres medio muertos que caminaban a tientas por los resbaladizos tablones de color rojo. Esos mismos soldados había tenido que cruzar después el Volga: algunos agarrados a tablones o neumáticos; otros en barcazas rotas a pedazos. Los gritos de los heridos de pie entre las ruinas o asomados a las ventanas de los hospitales en llamas continuaban resonando en sus oídos. También podían oír las risas de los hombres que habían perdido la razón y amenazaban con los puños a un cielo lleno de bombarderos enemigos . Sus rostros notaban todavía el soplo ardiente de los incendios. Toda esa tropa avanzaba día y noche impulsada por el horror.

En la estepa, bajo el cielo tibio de agosto, descansaban algunas refugiadas de Stalingrado, mujeres y mozas en chaquetas y abrigos de piel salvados de los baúles en el último momento, con botines de fieltro en los pies. Los niños dormían acostados sobre los fardos. El olor a naftalina de la ropa se mezclaba con el aroma a ajenjo marchito.

Más allá, en los barrancos y las oquedades excavados por las aguas en primavera, se distinguían unas luces vagas; los obreros de batallones de trabajo que se reagrupaban, los desertores y los pastores que habían llevado sus rebaños a Zavolzhye se reunían alrededor de las hogueras, cocían las calabazas que habían recogido en los huertos y remendaban sus ropas. Algunos se quitaban los piojos, fruncían los ojos y se concentraban en esa tarea como si no hubiera nada más que hacer en el mundo. De tanto en tanto, rascaban el suelo seco con las yemas de los dedos.

*

El apoderado, el conductor de la furgoneta y la dueña de la casa estaban de pie junto al portalón de la isba.

En silencio, miraban pasar las tropas que, en mitad de la noche, se dirigían a Stalingrado. A veces parecía que aquel torrente humano no era una simple suma de personas sino un ser gigantesco con un corazón enorme y la mirada fija en el camino.

De pronto, un hombre con casco se separó de la columna y se acercó corriendo al portalón.

–Abuela –gritó tendiendo la mano con un frasco de farmacia–, ¡dame agua! El polvo me está matando, ¡ardo por dentro!

Mientras la mujer vertía el agua de una taza por el cuello de la botella, el soldado miraba de soslayo la imponente figura del apoderado mientras seguía con la vista a su pelotón, que acababa de pasar.

–Necesitas una cantimplora –le sugirió el apoderado–. Un soldado sin cantimplora no es un soldado.

–Bastante me costó conseguir este frasco –respondió el soldado–, que a punto estuvieron de robármelo.

Al decirlo ajustó su estrecho cinto de lona. Su voz era aguda y ronca a la vez, como la de un polluelo. Su cara flaca, la nariz afilada y los ojos vivarachos y brillantes bajo el ancho casco que le cubría la frente le conferían la imagen de un pajarillo mirando desde dentro de su nido.

Cerró el frasco con un tapón, apuró el agua que quedaba en la taza y echó a correr torpemente en unas botas que le iban grandes, murmurando antes de desaparecer en la oscuridad:

–Allí está el del fusil antitanque, luego van aquellos dos con morteros, y más allá está nuestra fila.

El apoderado, que iba a Stalingrado para cargar vodka, comentó:

–A ese figurín no tardarán en matarlo.

–Cierto –asintió el conductor–. Los soldados como él no duran mucho en la guerra.

10

El teniente coronel Darenski entró en la isba y anunció que no dormiría en la cama sino sobre un banco, con la cabeza hacia las imágenes santas y los pies hacia la puerta. [10]

La nuera de la hospedera, una mujer joven, señaló con indiferencia:

–El banco es demasiado duro para dormir en él, camarada oficial.

–Es que odio las pulgas –explicó Darenski.

–Aquí no hay pulgas –se ofendió un viejo harapiento, sentado junto al umbral, que parecía un peregrino en lugar del dueño de la casa–. Algún que otro piojo y nada más.

Darenski miró la isba, pobre, austera y mal iluminada con una lámpara sin cristal.

«Sin embargo, en este preciso instante hay alguien en una trinchera que recuerda a ese viejo, a esa mujer consumida, ese aire irrespirable, ese techo oscuro de madera, esos ventanucos y son lo que más quiere en este mundo», pensó.

No tenía sueño. El resplandor del cielo, el zumbido de los aviones y el poderoso torrente humano en mitad de la noche le alteraban el ánimo. Comprendía la importancia de lo que estaba sucediendo. La emoción que lo dominaba iba en aumento; hacía poco había estado a punto de explicar al mayor, un compañero casual, qué opinaba de los futuros combates que se desarrollarían en Stalingrado. Darenski había entrado en la isba para evitar hablar con el mayor; a causa de su carácter reservado, siempre sufría

después de mantener una conversación sincera con alguien a quien apenas conocía. Además, aquel mayor le irritaba por alguna razón que ni el mismo Darenski sabía precisar.

Darenski se paseó entre la estufa y la puerta. Luego miró con enorme interés un sillón recostado a la pared. Estaba tapizado con un material oleoso de color negro y tenía reposabrazos de hierro. No cabía duda de que se trataba de un asiento de autobús. Entonces recordó haber visto a la anciana vertiendo agua para la cabra en un curioso recipiente enterrado en el patio. «Una tremenda fuerza centrípeta se ha desatado en este país –se dijo–, porque se necesita un torbellino muy potente para que un asiento de autobús acabe en la cabaña de una aldea en la estepa del Volga y las cabras y los camellos beban de un recipiente tan rotundamente urbano como es la cisterna de un lavabo».

La nuera de la dueña se marchó de la isba llevándose unas mantas.

–¿Dónde está la abuela? –preguntó Darenski.

–En el refugio –respondió el viejo–, las mujeres tienen miedo de dormir en la casa. Cuando empiezan los bombardeos, la vieja se asoma y vuelve a esconderse como un ratón.

–Y tú, viejo, ¿no los temes?

–¿Por qué los voy a temer? Yo luché contra los japoneses y después contra los alemanes. Doce hombres me representan en el Ejército Rojo: cinco hijos y siete nietos. ¿Cómo voy a esconderme en un refugio cuando dos de mis hijos son coroneles? Pero los soldados no dejan de aparecer por aquí a robar patatas. Se llevaron las últimas calabazas que nos quedaban. Ayer dos de ellos vinieron a ofrecer carne enlatada a cambio de cualquier cosa y acabaron robando un pañuelo. Mi vieja se lo hubiera dado todo a los heridos, sin guardar nada para sí. Uno de ellos, el muy cabrón, me sisó una caja de cerillas, y a la vieja no se le ocurre nada más que ofrecerle la leche y el puré de calabaza que había preparado para nuestra cena, y además llora. ¿Qué le parece? Está perdiendo la cabeza. En cuanto un militar entra en casa, empieza a decir: «Hijito, hijito…». Hace poco un muchacho de Asia Central le robó una oveja a mi vecino. ¿Acaso se puede tolerar eso, camarada oficial? Han traído a nuestras estepas el ganado evacuado desde la otra orilla del Volga, y los que deben encargarse de acompañarlo matan una vaca todos los días para comérsela. El responsable del koljós cambia reses por botellas de aguardiente. Y cada vaca cuesta cuarenta mil rublos. Las sacrifican a diario. ¿Le parece normal eso? ¿Cómo es posible que unos

pierdan la vida combatiendo mientras que otros se aprovechan de la guerra? ¿Podría usted explicármelo?

–Necesito dormir –dijo Darenski–. Salgo hacia Stalingrado al amanecer.

En ese momento se oyó una fuerte explosión; por lo visto, uno de los aviones alemanes que sobrevolaba el pueblo había dejado caer una bomba. La isba tembló. El viejo se puso en pie y cogió su pelliza.

–¿Adónde va? –le preguntó Darenski con una sonrisa.

–Al refugio, ¿adónde si no? ¿No oyes que nos están bombardeando? –respondió el viejo, se encorvó y salió corriendo.

Darenski se acostó en el banco y se durmió enseguida.

11

Durante toda la noche las tropas marcharon al son de un cañoneo lejano, a través de la columnata trémula y azul de los focos de la defensa antiaérea, hacia donde llameaba un incendio de dimensiones insólitas. El Volga quedaba a la derecha; a la izquierda, las estepas salíferas de Kazajistán.

Aquel flujo incesante de miles de personas componía un espectáculo sombrío y solemne. Parecía que todos y cada uno de los que marchaban se sentía arrebatado por la importancia de los sucesos y no reparaba ya en su propio miedo, en su vida, en su fatiga ni en su sed.

En la frontera de Kazajistán, la estepa por la que marchaban las tropas, el cielo y las estrellas hacia las que se dirigían las balas trazadoras parecían comprender que era allí donde iba a decidirse el destino de la nación.

Cual visiones acudían a la memoria de los soviéticos los monumentos de bronce de Lvov; el paseo marítimo de Odessa; las palmeras en los muelles de Yalta; los castaños y los álamos de Kiev; las estaciones de tren, los parques, las calles y las plazas de Nóvgorod, Minsk, Simferópol, Járkov y Rostov; las blancas casas ucranianas; los campos de girasoles y las viñas de Moldavia; los jardines de cerezos de la región de Poltava; las aguas del Danubio y del Dnieper; los manzanos de Bielorrusia; el trigo de Kubán.

Los camellos uncidos a los carros movían pacíficamente sus alargados labios y miraban con ojos entornados la marcha de las tropas; las lechuzas,

cegadas por la luz de los faros, revoloteaban golpeando con sus alas oscuras en los haces.

Durante aquellos días, los artilleros que estaban al pie de los cañones, los soldados que cargaban fusiles antitanque y ametralladoras, los obreros que trabajaban en las fábricas y los campesinos no necesitaron de la ayuda de los propagandistas para constatar una verdad sencilla: la guerra había llegado hasta el Volga, y más allá del Volga empezaban las estepas de Kazajistán. Esa verdad, como todas las grandes verdades, se reveló, diáfana, a los ojos de todos.

Los combatientes soviéticos comprendían que ya no era posible permanecer en la escarpada orilla derecha del Volga porque los alemanes habían alcanzado el río. Sabían que en la orilla izquierda empezaban la estepa y los saladares, que había dromedarios masticando espinas. Entonces, los combatientes soviéticos se volvían para mirar la vastedad del río que los separaba de la orilla derecha, de los sauces, los robles, los boscajes, las aldeas de Okátovka, Yérsovka y Orlovka, y era evidente que aquella brecha se iba agrandando. Los boscajes, la aldea de Okátovka, los koljoses, los pescadores, los niños, la mole de Kubán y el Don quedaban cada vez más lejos, en poder del enemigo.

Vista desde la llana orilla izquierda, Ucrania parecía lejana e inalcanzable. Pero el estruendo de los cañones y las llamas del incendio de Stalingrado seguían atormentando los corazones de los que habían partido más allá del Volga, como una funesta llamada que los convidaba al regreso.

12

Darenski se despertó poco antes del amanecer. Aguzó el oído y advirtió que el estruendo y el rumor aún no habían cesado. Durante la guerra, el momento que precedía a la primera luz del día solía ser el más tranquilo de la jornada. Era la hora en que la oscuridad de la noche y el miedo que la acompañaba se evaporaban, los centinelas se adormecían, los heridos graves dejaban de gritar de dolor y reposaban con los ojos al fin cerrados. Es la hora en que se calma la fiebre y el sudor perla los cuerpos de los enfermos; los pájaros abren despacio los ojos y mueven sus alas

descansadas; los bebés, adormilados aún, buscan el pecho de la madre dormida. Durante esa última hora del sueño los soldados dejan de notar la dureza de la tierra en sus costillas y se cubren la cabeza con el capote sin reparar en la fina capa de nieve que se ha posado en los botones y la hebilla del cinto.

Sin embargo, durante aquellos días la guerra no concedía ni un solo momento de tregua. Los aviones seguían zumbando en la oscuridad que precedía al alba, las tropas marchaban, los vehículos rugían y desde lejos se oían estallidos y disparos de cañones.

Inquieto, Darenski empezó a prepararse para seguir el viaje. Mientras se afeitaba, se aseaba, se lavaba los dientes y se limaba las uñas, había amanecido un nuevo día.

Salió al patio. El conductor dormía con la cabeza apoyada en el respaldo del asiento, y sus pies descalzos asomaban por la ventanilla de la cabina. Darenski tamborileó en el parabrisas; el conductor no se despertó, y entonces apretó el claxon.

–Prepárese para salir, saque el coche del patio –le ordenó mientras el conductor desentumecía su cuerpo.

Darenski pasó por delante del refugio donde los dueños de la casa dormían sobre un montón de paja, abrigados con pellizas, y salió al huerto.

A lo lejos, tras el dibujo que formaba el follaje amarillento de los árboles costeros, el Volga resplandecía. Los rayos del sol naciente, que acababa de despegarse de la línea del horizonte, se propagaban formando una línea paralela a la tierra; las nubecitas en el cielo eran de color de rosa; algunas de ellas, todavía en penumbra, conservaban la tonalidad cenicienta y azulada del frío de la noche.

El despeñadero de la orilla emergía de la oscuridad, y su piedra caliza brillaba al sol cual nieve recién caída. La luz se intensificaba a cada minuto que pasaba. Un rebaño de ovejas avanzaba, iluminado por el sol, sobre un terreno rojizo e irregular; las reses, blancas y negras, caminaban apiñadas, balando suavemente, levantando una leve polvareda rosada que flotaba alrededor de sus pezuñas.

El pastor llevaba un enorme cayado al hombro y su capa ondeaba al viento.

Darenski quedó admirado ante aquella escena: los rayos del sol naciente, anchos y oblicuos; el rebaño; la tierra agrietada, rojiza y cubierta de mogotes semejantes a cantos rodados; el pastor con su capa y su

cayado… parecían tomados de una pintura de Doré. Cuando el rebaño se acercó, Darenski pudo ver que el pastor vestía una capa militar de campaña y que el pesado cayado no era sino un fusil antitanque. Caminaba por el arcén ajeno al paso de aquel rebaño.

Darenski regresó a la furgoneta.

–¿Listo? –preguntó.

El teniente, un joven delgado y tímido, señaló:

–Camarada teniente coronel, falta el mayor.

–¿Y dónde está?

–Ha ido a buscar leche para desayunar. La vaca de los dueños de la casa no da.

Darenski recorrió el patio y dijo:

–¡Qué diablos! ¡Tengo prisa, no hay tiempo y resulta que esa vaca no da leche!

Anduvo por el patio en silencio, presa de un enojo repentino.

–¿Falta mucho para que regrese nuestro ordeñador? –preguntó.

–Debe de estar a punto de llegar –respondió el teniente en un tono de culpabilidad; desconcertado, tiró al suelo un pitillo que acababa de liar.

–¿Hacia dónde ha ido?

–Hacia allí –señaló el teniente–. ¿Me permite que vaya a buscarlo?

–No es necesario –dijo Darenski.

Su irritación contra el mayor fue en aumento. Como todas las personas nerviosas, descargaba su ira biliosa en el primero que se cruzaba en su camino.

Cuando vio al mayor llegar con una sandía debajo del brazo y una botella de litro que la blancura de la leche hacía parecer verdosa, la cólera se apoderó de Darenski.

–Ah, camarada teniente coronel –saludó el mayor mientras dejaba la sandía sobre uno de los asientos del coche–, ¿ha dormido bien? Traigo leche fresca.

Darenski le miró en silencio y luego dijo en voz baja, en el tono que suele utilizarse para proferir maldades:

–¡Pero mírese, oiga! Si parece más un pordiosero que un oficial al mando de la tropa. Por pedigüeños como usted, marrulleros como usted, fue por los que nos la jugaron en el cuarenta y uno. Y aquí estamos ahora, con Stalingrado ahí al lado. ¡Cada minuto cuenta, y usted pierde el tiempo dedicándose al trueque en las isbas!

El rostro bronceado del mayor se tiñó de ira. Tras un instante de silencio, dijo:

–Disculpe, camarada teniente coronel. El teniente se pasó la noche tosiendo, así que pensé en conseguirle algo de leche fresca.

–De acuerdo, de acuerdo –dijo Darenski, avergonzado–. Deberíamos prepararnos para la partida.

Creía estar acercándose al frente con excesiva lentitud, cuando en realidad le inquietaba estar avanzando con excesiva rapidez.

Darenski observó al mayor: su rostro, cuya aparente impasibilidad le había soliviantado, se mostraba ahora descompuesto; tenía la boca entreabierta, y sus ojos expresaban tal desconcierto, casi enajenación, que Darenski se volvió para mirar en su misma dirección, ante el temor de que una terrible amenaza se cerniera sobre ellos. ¿Un desembarco aéreo del enemigo, tal vez?

Sin embargo, la carretera socavada por las ruedas y las orugas de los blindados estaba desierta. Sólo se veían algunos refugiados que se arrastraban bordeando la hilera de casas.

–¡Tamara, Tómochka! –gritó el mayor.

Al oír su voz, una mujer joven calzada con unas zapatillas atadas con cuerdas y un morral a la espalda, acompañada de una niña de unos cinco años de edad que cargaba una bolsita hecha con la funda de una almohada, se detuvo.

El mayor fue a su encuentro con la botella de leche todavía en la mano.

La mujer, perpleja, vio como aquel soldado desconocido avanzaba hacia ella y luego gritó de repente:

–¡Vania!

Aquel terrible alarido expresó tanto horror, queja, pena, reproche y felicidad que todos cuanto lo oyeron cerraron los ojos y torcieron el gesto como si les hubiera atenazado un dolor repentino.

La mujer corrió hacia el mayor y se abrazó a su cuello estallando en un sollozo inaudible.

La niña, en sandalias, se quedó de pie a su lado mirando con ojos desorbitados la botella de leche que apretaba la mano grande, con las venas hinchadas bajo la piel morena, de su padre.

Darenski se estremeció de emoción. Más adelante recordaría a menudo aquella mañana en el arenoso Zavolzhye, creyendo que precisamente entonces se le había revelado la terrible amargura de la guerra. No podía

olvidar la imagen de aquella mujer de hombros estrechos como los de una adolescente, cubierta de polvo, sin hogar, de pie ante aquel mayor cuadragenario de cara ancha y que decía en voz alta:

–Slávochka está muerto, y yo no pude salvarle.

Al recordarlo, el corazón de Darenski se encogía como en el momento en que había visto, en la mirada que había intercambiado aquella pareja, en sus rostros y en sus ojos la viva expresión de la pena atroz y de la dicha errante de aquella época.

Después el mayor acompañó a la mujer y a la niña a la isba, salió enseguida y dijo a Darenski:

–Camarada teniente coronel, disculpe el retraso. Márchense sin mí, acabo de reencontrarme con mi familia.

–Le esperaremos –propuso Darenski.

Se acercó a la furgoneta y dijo al apoderado:

–Si el coche fuese mío, haría bajar al pasaje y llevaría a esa mujer hasta Kamishin.

–De eso nada, vayámonos ya –se opuso el apoderado–. Tengo una misión que cumplir, y esos dos se quedarán hablando hasta mañana por la mañana.

Luego se volvió y, entre risas, guiñó un ojo al conductor, que guardaba silencio, y al teniente, que en aquel momento miraba con admiración al mayor. Su risa era la abrupta, la potente carcajada de un bromista profesional.

Darenski comprendió que lo mejor era partir cuanto antes para no estorbar al mayor con atenciones inútiles.

–De acuerdo, enciendan el motor; iré por mis cosas.

Entró en la isba, agachó la cabeza y tanteó en la penumbra buscando su maleta. Oyó a la anciana murmurar algo entre sollozos y luego vio la cara afligida del abuelo, de pie con el gorro en las manos, y el rostro lívido y emocionado de la nuera. Aquel encuentro casual entre el mayor y su familia parecía haberles conmovido a todos.

Darenski trató de no mirar al mayor y su mujer, pues creyó que la presencia y la atención de aquellos extraños les resultarían insoportables.

–Entonces, camarada mayor, nos vamos –dijo en voz alta–. Le deseo suerte. Imagino que se quedará algún tiempo más.

Estrechó la mano del mayor y, al acercarse a la mujer, volvió a sentir que le dominaba la emoción. Ella le tendió la mano. Darenski sintió que

las lágrimas le llenaban los ojos mientras inclinaba suavemente la cabeza y tomaba y besaba con mimo sus dedos finos, como los de una chiquilla. Había manchas oscuras en esos dedos, manchas dejadas por las patatas, y era evidente que hacía mucho que no se los lavaba.

–Discúlpenos –dijo y salió aprisa de la isba.

13

¡Cuán desgarrador fue aquel encuentro! La pena, tenaz como las espinas de un cardo, era más profunda que la alegría y la sofocaba a cada brote.

La brevedad de aquel encuentro, que no podía durar más de un día, era desoladora.

Al acariciar a la pequeña, Beriozkin sentía por su hijo una pena terrible, ardiente.

Liuba no podía entender por qué su padre fruncía el ceño, como si se enfadara de repente, cada vez que la abrazaba y le acariciaba el pelo. Tampoco podía comprender por qué su madre, que tanto había añorado a papá, no dejaba de llorar ahora que volvía a verlo.

Una noche, su madre había soñado con que papá regresaba. Liuba la había oído reír y hablar con él en sueños; sin embargo, ahora que por fin se habían reencontrado, ella no dejaba de repetir:

–No, no voy a llorar, es que soy una tonta.

Liuba no entendía por qué sus padres habían empezado a hablar sobre la separación y a anotar direcciones cuando acababan de encontrarse. El padre dijo que conseguiría un coche que las llevara a Kamishin y preguntó a su esposa si tenía alguna fotografía que pudiera darle, ya que las que él tenía se habían estropeado tras un año de guerra.

Trajo del cobertizo su equipaje y dispuso sobre la mesa un convite parecido al que Liuba había visto una vez en casa de los Sháposhnikov. Había tocino, conservas, azúcar, mantequilla, caviar rojo, embutido e incluso bombones de chocolate.

La madre estaba sentada a la mesa como una invitada mientras el padre lo disponía todo. Luego mamá fue pellizcando pedacitos de pan con los que se ayudaba para sacar pescado de la lata, y Liuba no dejaba de preguntar: «¿Puedo coger embutido…? ¿Y una loncha de tocino?».

«Puedes», le respondía a todo papá. Después le dio una rebanada de pan con mantequilla, ella puso encima un pedacito de galleta y se la comió. Estaba tan, pero tan rico que Liuba se echó a reír. Luego miró a su padre y vio que contemplaba a su mujer con los ojos empañados de lágrimas; su madre masticaba aprisa y los dedos le temblaban. ¿Acaso lloraba porque le dolía tener que compartir con ellas su comida? Por un instante se ofendió y dejó de comer, pero de pronto su pequeño corazón advirtió todo lo que su padre sentía en aquel momento. La alegría por haber encontrado amparo en la persona de su padre cedió al deseo de consolarlo y protegerlo en su pena y su soledad. Miró hacia el rincón oscuro de la isba desde el que, según creía, acechaban las fuerzas del mal, y dijo en tono amenazante:

–¡No lo toques!

Tamara contó cómo los Sháposhnikov la habían ayudado y cómo había sobrevivido al incendio. Después de que el apartamento de los Sháposhnikov fuera pasto de las llamas, estuvo cinco días sin visitarlos; fueron a buscarla, pero Liuba y ella habían salido y no las encontraron. Entonces los Sháposhnikov subieron a un camión y partieron rumbo a Sarátov y de allí en barco a Kazán, pero le habían dejado su dirección y una carta por la que ella se enteró de todo aquello. Tamara consiguió cruzar el Volga en un transbordador junto con Liuba y ahora se dirigían a Kazán.

Luego Tamara volvió a contarlo todo desde el principio. Liuba se aburrió, porque ya sabía que no tenían abrigos para el invierno; que las habían bombardeado cuatro veces; que la cesta del pan había desaparecido; que en invierno habían viajado durante doce días en un vagón de carga y que no tenían pan; que mamá había tenido que coser, lavar ropa y trabajar en un huerto; que un kilo de pan había llegado a costar cien rublos; que mamá había cambiado el azúcar y la mantequilla que el intendente les había dado por pan; que, teniendo pan, se vivía mejor en el campo que en la ciudad… Durante los tres meses que habían vivido en el campo a los niños no les había faltado leche ni pan. Le habían robado el anillo y el broche que iba a cambiar por harina de centeno y tuvo que enviar a Slava al orfanato donde él, al menos, comió pan. Pan, pan, pan. A sus cuatro años Liuba conocía muy bien el significado de aquella gran palabra.

–Mamá, ¿podemos guardar algunos bombones para Slavka? –preguntó Liuba.

Entonces vio como aquel llanto sin lágrimas, desconocido para Liuba, volvía a sacudir a su madre, que hipaba. Entonces su padre dijo con una voz extraña y soñolienta:

–Qué le vamos a hacer, es la guerra, no somos los únicos.

Iván Leóntievich empezó a contar a mamá sobre su vida; le habló de sus antiguos conocidos, de gente de la que mamá se había acordado algunas veces, y Liuba reparó en que en el relato de su padre la palabra «murió» aparecía tantas veces como la palabra «pan» había aparecido en el de su madre.

–Murió, murió, murió –decía el padre–. Mutián murió al segundo día, cerca de Kobrin; a Alekséyenko, ¿te acuerdas de él?, lo vieron tendido en el suelo en un bosque cerca de Tarnópol con una herida en el vientre, cuando los alemanes ya habían llegado disparando sus metralletas. Morózov, el que había actuado contigo en la obra de teatro y no Vasili Ignátievich, cayó víctima de una mina de mortero durante un contraataque cerca de Kánev, en el Dnieper. A Rubáshkin, según me contaron, lo mataron cerca de Tula: su batallón cruzaba una carretera cuando un Messerschmitt abrió fuego contra ellos y una bala de gran calibre le dio en la cabeza. Era una buena persona. ¿Recuerdas cuando nos contó cómo salar las setas? Me contaron que Moiséyev se suicidó en julio del año pasado: los alemanes los habían cercado en un pantano; Moiséyev tenía una pierna herida y no podía moverse, y acabó por dispararse con su propio revólver. Creo que, de todos los comandantes de regimiento de nuestra división, soy el único que sigue con vida. ¿Sabes a quién me encontré ayer? ¿Te acuerdas de Áristov, mi encargado de la sección económico-administrativa? Parecía que acababa de volver de unas vacaciones en el mar.

Te daré su dirección y una nota para él. Es un buen hombre, él os ayudará a llegar a Sarátov, me dijo que enviaba camiones allí todos los días.

–¿Y tú? –preguntó Tamara–. Dios mío, cuántas cartas escribí intentando averiguar algo… Tú sabes de todos, pero nadie sabía nada de ti.

–¿Qué puedo decir? –dijo Iván Leóntievich y agitó la mano dando a entender que no había nada que contar–. Me pasé el año disparando, y ya ves dónde estamos. Lo más importante es que no volvamos a perdernos el uno al otro.

Le contó que viajaba para reincorporarse a su regimiento, pues la división –«completa», dijo– había salido de la reserva antes de que él saliera del hospital y se había marchado rumbo al frente, de modo que ahora tenía que alcanzarla. Luego propuso:

–Tamara, deja que te lave la ropa, y tú descansa mientras tanto.

A lo que ella respondió:

–Dios mío, a pesar de todo lo que has sufrido sigues siendo el mismo, mi maravilloso y tierno pedernal.

Los dos sonrieron porque era como Tamara le llamaba antes de la guerra.

Luego, cuando Liuba se adormiló, el padre dijo:

–Está cansada.

–Llevamos diez días caminando –explicó ella–; le dan mucho miedo los aviones, incluso reconoce a los alemanes por el sonido. Se despierta por la noche, grita y llora. Además, no tiene costumbre de comer tanto.

Ya casi dormida, Liuba notó que su padre la cogía en brazos y la llevaba a un cobertizo que olía a heno… Por la noche se despertó y volvió a comer, y aunque los aviones alemanes surcaban el cielo y se oía el estallido de las bombas, Liuba ya no tenía miedo. Se acercó a su padre, él posó la enorme palma de su mano sobre su cabeza y la pequeña se quedó de pie, tranquila y atenta, escuchando los ruidos que provenían del cielo.

–Duerme, Liuba, duerme –dijo mamá, y Liuba se durmió.

¡Qué extraña, feliz y amarga fue aquella noche!

–Nos hemos encontrado… ¿Acaso has resucitado para mí sólo para que mañana volvamos a separarnos para siempre?

–Sentada en esa postura estarás incómoda; toma un poco más de leche, por Dios, estás tan delgada... te miro y no te reconozco…

–Y él yace muerto en el fondo de ese río horrible, en la fría oscuridad de las aguas, y no hay nada en el mundo que pueda salvarlo…

–Te daré mi ropa interior, eso es mejor que nada, también mis botas de gala, son de becerro, me las puse sólo un par de veces, y yo no las necesito… Te pondré dos calcetones en cada pie, pronto llegará el invierno…

–La última vez que le vi no dejó de preguntarme cuándo podría sacarlo del orfanato. ¿Cómo iba yo a saber lo que pasaría? Y me alegré, tonta de mí, de que su salud hubiera mejorado…

–Creo que coseré la dirección de mi correo de campaña a tu vestido y no a tu chaqueta, podrías perderla, el vestido es más seguro.

–Qué fea me he vuelto, un saco de piel y huesos. ¿No te avergüenzas de mí?

–Tienes las piernas muy delgadas y rozaduras en los pies. ¡Cuánto habrás caminado, pobrecita mía!

–¿Qué haces, amor? ¿Por qué me besas los pies? Déjalo, ojalá pudiera limpiármelos del polvo.

–Y él, ¿se acordaba de mí?

–No, no puedo quedarme sola, aunque me corrieras a palos iría detrás de ti. No puedo, ¿me oyes? ¡No puedo!

–Piensa en Liuba.

–Lo sé, lo sé. Mañana subiré con ella a un camión y nos iremos a Kamishin.

–¿Por qué no comes algo? Cómete las galletas y bebe leche, aunque sólo sea un traguito.

–¿Eres tú? Dios mío, sigo sin creerlo, eres el de siempre, no has cambiado… Antes también me pedías que diera sólo un traguito…

–Ahora estoy bien, ¡si me hubieras visto el septiembre pasado! Cuando me miré una vez en el espejo, me dije: «Tamara ni siquiera querría mirarme». Llevaba barba, la cabeza sin afeitar y tenía la cara demacrada.

–¿Los oyes? Vuelan, zumban y zumban en el aire, bombardean y vuelven a bombardear, día y noche, todo el año. Han estado a punto de matarte más de una vez, ¿verdad?

–No te preocupes, me he acostumbrado a vivir con ello, no es nada grave.

–¿Qué querrán esos malditos?

–En los pueblos, las mujeres asustan a los niños para que dejen de llorar diciéndoles: «¿No oyes a Adolf venir volando para castigarte?».

–Ay, querido, eres adorable: la cabeza afeitada, el cuello blanco y las uñas recortadas. Al verte creí que acababa de quitarme una losa de encima, y un minuto después ya te lo había contado todo. No creas que lo hago con todo el mundo. ¿A quién podría interesarle? Sólo te lo cuento a ti, eres lo único que tengo…

–Prométeme que procurarás alimentarte mejor, ahora tendrás una cartilla de racionamiento. Has de tomar leche todos los días, ¿de acuerdo?

–Dios mío, qué feliz soy. ¿Eres tú de verdad?

–Sabía que te encontraría. Lo sé desde ayer.

–¿Te acuerdas de cuando nació Slava? El coche se estropeó, y tú lo llevaste en brazos desde la maternidad hasta nuestro apartamento. Sé que el de hoy es nuestro último encuentro, no volveremos a vernos y Liuba acabará en un orfanato.

–¡Qué dices, Tamara!

–¿Has oído ese estallido?

–No es nada, ha caído en el río.

–Dios, y él está en el río… Vania, ¿estás llorando? No llores, por favor, todo irá bien, ya verás. Volveremos a encontrarnos, te lo prometo, tomaré leche, no te preocupes. Pobre, la de cosas que debes de guardar en el alma y yo no hago más que hablar de mí… Mírame, amor mío, mírame, deja que te seque los mocos y las lágrimas. No seas bobo, mi niño, qué vas a hacer sin mí…

Se despidieron por la mañana…

14

Los regimientos de la 13.ª División de Fusileros de la Guardia, procedentes de Nikoláyevka, marchaban por la orilla izquierda del Volga cruzando Verjne-Pogrómnoye. Se dirigían hacia el frente.

Eran tropas motorizadas; tan sólo unas pocas unidades iban a pie. Cuando el comandante de batallón Filiashkin supo que no había transporte para una parte de los efectivos de su unidad, hizo llamar al jefe de la 3.ª Compañía, Kovaliov, y le ordenó que marchara con sus hombres a pie. De hecho, utilizó otra expresión más ordinaria para referirse al medio de locomoción que la compañía debía utilizar durante la marcha. [11]

–¿Hay vehículos para los de Konanikin? –se interesó Kovaliov.

Filiashkin asintió con la cabeza.

–Entiendo –dijo Kovaliov.

Detestaba al jefe de la 1.ª Compañía Konanikin, al que envidiaba y con quien se comparaba todo el tiempo.

Si el comandante del regimiento felicitaba a la compañía de Kovaliov por los excelentes resultados conseguidos en las prácticas de tiro, Kovaliov

preguntaba al secretario:

–¿Y qué tal le fue a Konanikin?

Si le daban unas botas de becerro nuevas, se interesaba:

–¿Cuáles le dieron a Konanikin? ¿Unas de lona?

Si se le reprendía porque sus subordinados habían acabado con los pies llagados después de una dura jornada de marcha, lo primero que quería saber era cuántos de los combatientes de la compañía de Konanikin habían sufrido el mismo percance.

Konanikin era un hombre alto, un rasgo por el que los soldados oriundos de Ucrania lo apodaban en su lengua «el de cuerpo largo».

A Kovaliov le fastidiaba que los suyos tuvieran que marchar a pie mientras el resto de la división y la compañía de Konanikin se desplazaban en vehículos, aunque aquel zanquilargo bien podría caminar también.

Cuando le informaron sobre la ruta y el destino final de la marcha, Kovaliov aseguró que, marchando a pie, su compañía no llegaría mucho más tarde que los vehículos.

–Es siempre lo mismo, camarada comandante de batallón –añadió cuando el carácter oficial de la conversación dio paso a temas intrascendentes–: Cuando se trata de marchar a pie, le toca a mi compañía, mientras que para la de Konanikin siempre hay vehículos.

Filiashkin, adoptando a su vez un tono informal, explicó:

–No nos proporcionaron transporte para tu compañía por
que os encontrabais en la otra orilla, acabáis de regresar. Sin embargo, los soldados de Konanikin estaban todos aquí. ¿Los tuyos se encuentran en disposición de marchar? ¿Cómo tienen los pies?

–Si es necesario, marcharán –aseguró Kovaliov.

Volvió con la compañía y ordenó al brigada que la tropa se preparara para la marcha. Después se acercó a la casa donde se alojaba para recoger sus pertenencias y despedirse de la dueña, y luego pasó por la unidad sanitaria para hablar con la enfermera Yelena Gnatiuk, a punto de partir.

De pie ante el camión en el que ya había montado el personal de la unidad sanitaria, Kovaliov explicó:

–Conozco Stalingrado. Cuando regresaba en junio del hospital, visité allí a la familia de un amigo mío.

Lena Gnatiuk, con el cuerpo inclinado sobre la borda del camión, dijo:

–Alcáncenos cuanto antes, camarada teniente.

El camión arrancó; los pasajeros empezaron a reír y a hablar a la vez; Lena saludó con la mano en dirección a unas casitas de color gris y gritó:

–¡Adiós, melones y sandías!

Los combatientes bajo el mando de Kovaliov habían cruzado el Volga dos horas antes de que la división se pusiera en marcha, de modo que apenas tuvieron tiempo para comer algo y arreglarse los calcetones antes de reemprender la marcha. Con las prisas, algunos se quedaron sin recibir su ración de azúcar y tabaco.

Tras una jornada de más cuarenta kilómetros, los combatientes marchaban en silencio; habían dejado de pensar en beber y en refrescarse.

Por la tarde la columna ya se había extendido a lo largo de varios centenares de metros. El teniente dio permiso a tres combatientes para que caminaran apoyándose en el borde del carro de la impedimenta, y a otros dos, que habían empezado a cojear, para que subieran a él.

Los soldados que iban en el carro no cesaban de gemir y de invitar a fumar al cochero, y los que caminaban al lado cojeando ya de un pie, ya de otro, los miraban con cara de pocos amigos y decían de vez en cuando:

–Oye, cochero, ¿acaso no ves que están fingiendo? Hazles bajar.

–A mí me da igual, el teniente es quien debe dar la orden –respondía el cochero.

Sobre un puente estrecho colgaba una señal que indicaba «10 toneladas» y una gran flecha de contrachapado en la que se leía «Desvío para blindados».

El conductor de un camión de triple eje hacía sonar el claxon para que le abrieran paso, pero los combatientes caminaban indiferentes a lo que sucedía a su alrededor. Cuando el camión alcanzó la columna, el conductor entreabrió la puerta de la cabina y se asomó para insultarlos; sin embargo, al ver sus rostros de fatiga se limitó a murmurar: «La infantería, reina de los campos», y tomó el desvío.

Vavílov y Usúrov caminaban a la cabeza de la columna.

De vez en cuando Usúrov se volvía para mirar a los que caminaban detrás, envueltos en una nube de polvo; gozaba sintiéndose superior a los soldados rezagados que ahora cojeaban a la cola de la columna. No les tenía lástima, pues creía que allí todos debían hacer frente a las mismas dificultades.

El teniente Kovaliov, que caminaba por el arcén dando golpecitos con una ramita en la caña polvorienta de su bota, dijo con vigor, como

correspondía a su cargo:

–¿Qué tal, abuelo? ¿Aguanta?

–Todo bien, camarada teniente –respondió Vavílov–, llegaremos.

El sargento Dodónov se acercó y dijo:

–Camarada teniente, Mularchuk se dedica a aterrorizar a toda la compañía, exige que hagamos un alto.

–Dígale de mi parte al instructor político que se encargue de él –ordenó Kovaliov.

Usúrov miró a unos camellos que, uncidos a los carros, se habían detenido junto a la carretera, y dijo en voz alta, sin mirar al teniente:

–¡Hay que ver hasta dónde hemos llegado! Parecen víboras. Y todo por culpa de los malditos koljoses... [12]

–Pues sí, esos animales dan miedo –asintió Vavílov.

A la cola de la columna iban dos soldados que no hablaban ni miraban a su alrededor. Tenían los ojos enrojecidos y los labios ásperos y cortados. Era tanta la fatiga que arrastraban, que ya no la sentían: había invadido sus huesos, sus tendones y sus venas, penetrándolos hasta la médula. Avanzaban a una velocidad constante. Si se les hubiera ocurrido detenerse un instante, ya no habrían sido capaces de ponerse en marcha de nuevo.

Uno de ellos sonrió y dijo al otro:

–Ya ves, no somos los últimos, todavía veo alguno más allá del puente…

El otro respondió:

–Es ese charlatán de Réschikov, creía que lo habíamos perdido.

–Pues no, ahí sigue.

Reemprendieron el camino en silencio.

Al atardecer Kovaliov ordenó un alto. Él mismo apenas se sostenía en pie. La compañía se acomodó junto a la carretera.

Por allí pasaban algunos refugiados procedentes de la ciudad: hombres con abrigo y sombrero, niños que acarreaban almohadas, mujeres que se tambaleaban bajo el peso de su carga.

–¿Adónde vas, ciudadana? –preguntó uno de los combatientes a una mujer que llevaba un fardo a la espalda, y de cuyo pecho colgaban un cubo y una bolsa. La seguían tres niñas cargadas con mochilas.

La mujer se detuvo, miró al combatiente unos segundos, se apartó un mechón de la frente y respondió:

–A Uliánovsk.

–No llegarás con ese peso –señaló el combatiente.

–¿Y qué comerán mis niñas, entonces? No tengo dinero.

–Eso es pura avaricia –sentenció un joven combatiente al recordar cómo durante la noche había arrojado a la cuneta su máscara antigás porque la correa de su bolsa le laceraba el hombro–. ¡Primero acumulan cuanto pueden y luego les apena deshacerse de sus cachivaches!

–Estúpido –le dijo la mujer con una voz que sonó sorda e indiferente.

El combatiente al que había tratado de estúpido sacó de su macuto un pedazo grande y roído de pan seco.

–Tómalo, ciudadana –y se lo dio.

La mujer cogió el pan y rompió a llorar. Las tres niñas, de boca grande y cara pálida, miraban en silencio y con expresión seria ora a la madre, ora a los combatientes tendidos en el suelo.

Luego se marcharon; los combatientes vieron cómo la madre partía el pan con la mano libre y se lo daba a las niñas.

–No se ha quedado con ningún pedazo –señaló el antiguo contable Saichenkov.

–Es madre –argumentó otro soldado con convicción.

Poco después los combatientes vieron como las tres niñas se acercaban a un niño de cabeza grande de unos tres años que estaba de pie junto a la carretera. Apoyado sobre sus rollizas piernas, comía una zanahoria enorme y sin limpiar, escupiendo los pedacitos de tierra que le entraban en la boca. Las niñas, como si se hubiesen puesto de acuerdo, se detuvieron delante del pequeño; una de ellas le dio un empujón y otra le quitó la zanahoria. Luego siguieron su camino dando pasitos cortos con sus piernas delgadas, mientras que el niño se sentaba en el suelo sin decir palabra y las veía alejarse.

–¡La alianza! [13] –comentó Usúrov con ironía.

Los combatientes se descalzaron, y el olor a cuartel se impuso sobre el aroma a ajenjo marchito, templado por el sol.

Yacían en silencio. Pocos fueron los que esperaron hasta que el agua en los calderos hirviera. Unos, absortos, masticaban el concentrado tras mojarlo en el agua tibia; otros se durmieron enseguida.

–¿Han llegado ya los rezagados? –preguntó Kovaliov al brigada.

–Ahí viene el último –respondió el brigada Márchenko–, Réschikov, nuestro bardo.

Parecía que lo único que se podía esperar de Réschikov en aquel momento era una retahíla de gemidos y quejas, pero para sorpresa de todos, dijo con voz alegre:

–¡Ya estoy aquí, el motor marcha y el claxon funciona!

Kovaliov miró al recién llegado y dijo al instructor político Kotlov:

–Son hombres resistentes, camarada instructor. Las unidades motorizadas pasaron por aquí hace una hora, avanzamos casi a la misma velocidad que los vehículos.

Kotlov se hizo a un lado, se sentó y se sacó las botas, para solaz de sus pies llagados.

Kovaliov se sentó a su lado y le preguntó a media voz:

–¿Cómo es que no impartes instrucción política durante la marcha?

Kotlov, mirando sus calcetones ensangrentados, respondió contrariado:

–Los combatientes me dicen: «Suba al carro, camarada instructor, se ha despellejado los pies hasta el hueso». Y yo, mientras, sigo andando y arranco a cantar: ésa es mi instrucción política durante la marcha.

Kovaliov miró las manchas negras de sangre y dijo:

–Camarada instructor, recuerda que te advertí que cogieras unas botas de otro número, pero no quisiste hacerme caso.

–Eso no es nada –dijo Rísiev mirando de reojo a los oficiales sentados–. Apenas llevamos equipaje. Imagina una marcha como ésta cargando con los treinta kilos que pesa cada equipo: los fusiles antitanque, los morteros y las municiones. Y aun así llegaríamos.

Los que no se habían quedado dormidos al principio se durmieron después, y los que se habían dormido antes, empezaron a despertarse poco a poco y a hurgar en sus macutos en busca de algo de pan.

–Ojalá tuviera tocino –dijo Rísiev.

–¡Ay, tocino! –suspiró el brigada Márchenko–. Esto no es Ucrania. Aquí todo es distinto: las casas son negras como una nube de lluvia, la tierra parece carbón, y además, están los camellos. Cuando me acuerdo de mi pueblo con su estanque y su río, de sus jardines, de las chicas que cantaban en el bosque de la orilla, y veo esta estepa y estas casas negras como tumbas, se me parte el corazón, es como si hubiéramos llegado al fin del mundo.

Un viejo refugiado vestido con un abrigo, chanclos y una bolsa de hule de color rojo vivo se acercó a los combatientes. Tras alisar su barba blanca, preguntó:

–Muchachos, ¿de dónde os venís replegando?

–No nos estamos replegando, nos dirigimos hacia el frente –respondió Rísiev.

–Estamos avanzando –explicó el brigada Márchenko.

–Sí, sí, veo cómo avanzáis –ironizó el viejo–. Otro mes más avanzando y la guerra habrá acabado. De hecho, acabó ya.

–¿Por qué dice eso?

–Pues porque habéis llegado al Volga –dijo el viejo, incrédulo–, y no os queda espacio para retroceder. Ni siquiera los alemanes irán más lejos, ¿para qué querrían llegar hasta aquí?

El viejo señaló la tierra roja y gris. Sacó del bolsillo una bolsa delgada con tabaco y lió un pitillo fino que tenía más papel que picadura.

–¿Podría darme un poco de tabaco? –preguntó Mularchuk.

–No –respondió impasible el viejo y guardó la tabaquera en el bolsillo.

Usúrov, el de ojos amarillos, se enfadó y le preguntó:

–¿Y usted quién es, por cierto? ¿Tiene papeles?

–Déjame en paz, no estamos en la ciudad. En la estepa los papeles no sirven de nada.

–Es necesario tener papeles. Uno sólo existe si tiene papeles.

–Vete al diablo. ¿Ves aquellas cabras? Pues acércate a pedirles los papeles a ellas –dijo el viejo.

Entonces echó a andar estepa adentro, alto y tranquilo, arrastrando los chanclos por el polvo. Luego se volvió y gritó a los combatientes:

–¡Ay de los que viven en la tierra!

–Ignoradlo. De todos modos, no nos ha invitado a fumar –observó un soldado.

Todos se echaron a reír.

–Ese viejo está loco. ¿Habéis visto sus chanclos?

–¿Loco por qué? Lo que dice es cierto.

–He oído que nuestras tropas pelearon con bravura en el Don. Dicen que fue sorprendente. Sólo que los alemanes acabaron por rodearlas.

–Cuando camino por esta estepa, se me parte el corazón.

–Un lugar de lo más extraño. Cuando se levantó el sol, creí ver una cosa blanca y pensé que era nieve, pero resultó ser sal. Una tierra amarga, sin duda.

–Y hay que ver la manera en que los camellos agitan los belfos mirándonos, como si nos dijeran: «¡Vaya idiotas!».

–Los alemanes no bromean.

–¡Los alemanes! Yo los vi cerca de Mozhaisk. Cuando los atacamos, huyeron tan aprisa como nosotros. Les tienes miedo porque hasta ahora no has salido de tu casa.

–Sí, corren tan rápido que has acabado aquí con estos camellos.

–Una marcha como ésta te quita las ganas de vivir, pero tampoco quiero morir.

–A nadie le importa lo que tú quieras.

–Venga, Réschikov, cuéntanos algo.

–¡Que alguien me invite a fumar primero!

–No, primero cuenta. Como diría aquel soldado: «Abuela, deme de beber porque tengo tanta hambre que no tengo ni dónde pasar la noche».

Entonces Réschikov dijo:

–Ay, muchachos, no es un buen momento para contar historias. Creedme, ¡resistiremos! ¡La victoria será nuestra, ya lo veréis! ¡Algún día comeremos tortitas juntos!

–Hoy no, por cierto –respondió una voz seria–. Durmamos un poco, al menos. Fijaos en lo que están haciendo.

Todos miraron en dirección a Stalingrado. Una humareda densa y pesada cubría el cielo sobre la ciudad. El fuego y el sol poniente la teñían de rojo.

–Es nuestra sangre –sentenció Vavílov.

15

El viento frío del amanecer agitaba la hierba y levantaba nubes de polvo en la carretera. Los pájaros de la estepa, con las plumas erizadas por el frescor del alba después de un día caluroso y una noche tórrida, aún dormían.

Al este, el cielo argénteo hacía dudar de si era por la salida del sol o por la puesta de la luna. Aquella luz tenue parecía áspera, fría y metálica, todavía no era el brillo del sol sino su reflejo en las nubes, semejando la reverberación de la luna.

En aquella hora todo en la estepa florecía hostil. La carretera se extendía gris y huraña, como si jamás la hubieran pisado los piececitos descalzos de los niños, como si los carros de los campesinos nunca

hubieran pasado por ella haciendo crujir sus ruedas, como si nadie la hubiera recorrido para acudir a una boda o a un mercado de fin de semana, sino que tan sólo hubiera visto pasar chirriantes camiones cargados con cañones y cajas de obuses y soldados de camino a la muerte. Los postes de telégrafo y los almiares apenas arrojaban su sombra en aquella luz difusa del amanecer; sus contornos parecían haber sido trazados con un afilado lápiz.

Los colores se difuminaban: el verde pardusco y polvoriento de la hierba, el azul borroso y turbio del agua del río se perdían en claroscuros, igual que se distingue el negro en la oscuridad de la noche sólo porque es más oscuro que ésta. Las caras de las personas se mostraban a esa hora pálidas, con la nariz afilada y los ojos oscuros.

Los que ya se habían despertado fumaban y se cambiaban los calcetones. El desasosiego nacido del presentimiento de la inminencia para entrar en combate siguió a la fatiga que el descanso había aplacado. Aquella intuición les oprimía el alma, se convertía en un nudo frío que se les revolvía en el pecho y ascendía como un soplo ardiente hasta sus caras.

Una mujer alta, de hombros estrechos y cara consumida, se acercó a los combatientes sin hacer ruido y depositó una cesta en el suelo.

–Sírvanse, muchachos –invitó mientras les repartía unos tomates.

Ninguno le dio las gracias ni se mostró sorprendido porque hubiera aparecido de la nada en medio de la estepa; cogían los tomates sin decir palabra, como si se estuvieran aprovisionando en un puesto de avituallamiento.

La mujer les observó comer los tomates de pie, en silencio.

Kovaliov, tras hurgar en la cesta, dijo:

–Mis aves rapaces han acabado con todo.

–Mi isba está cerca de aquí, justo detrás de aquella colina. Ven conmigo y te daré otra cesta de tomates –se ofreció la mujer.

Su ingenuidad hizo sonreír a Kovaliov. Aquella mujer no se daba cuenta de que un teniente no podía permitirse andar por ahí con una cesta llena de tomates, y gritó a Vavílov:

–Oiga, amigo, acompañe a esta ciudadana.

Para Vavílov, el hecho de caminar junto a aquella mujer y tocar su hombro con el suyo fue a la vez triste y emocionante, ya que despertó en él el recuerdo de la última noche que había pasado en casa y de Maria, de quien se había despedido a esa misma hora del alba. La mujer debía de

rondar los cuarenta o cuarenta y cinco años, y tanto su estatura, sus maneras de andar e, incluso, la voz recordaban a Vavílov las de su esposa.

Mientras caminaban, ella explicó:

–Ayer apareció un avión alemán, cuando yo tenía alojados en mi isba a unos heridos leves. Entonces el avión descendió en picado sobre la isba, como una lanza. Hubieran podido abatirlo, pero los soldados corrieron a esconderse entre la hierba. Yo me quedé de pie en medio del patio, gritándoles: «¡Salid de ahí, voy a derribarlo con mi hurgón!».

–Entonces ¿por qué nos das tus tomates? –preguntó Vavílov–. Ya ves qué clase de guerreros somos, gente que deja que los alemanes lleguen hasta el Volga, hasta tu casa. Deberías atizarnos con ese mismo hurgón en lugar de darnos de comer.

Entraron en la penumbra tibia y sofocante de la isba; la cabeza rubia de un niño asomaba por encima de una litera de madera, y Vavílov notó que su corazón temblaba de emoción: el aroma, el calor, la estufa, la mesa, el banco junto a la ventana, la litera, la cabeza rubia del niño y la cara de la mujer, que le miraba a los ojos, le resultaban entrañablemente familiares.

Al ver que a la parte inferior de la puerta le faltaba una tabla, preguntó a la mujer:

–¿Y el dueño?

El niño susurró en un tono misterioso:

–Eso no puede preguntarse porque mamá se entristece.

La mujer explicó con tranquilidad:

–Para mi marido la guerra ya se acabó. Lo mataron en febrero, cerca de Moscú… Hace poco trajeron a un prisionero alemán; le pregunté cuándo lo habían reclutado y me respondió que en enero. Entonces le acusé de haber matado a mi marido y quise pegarle, pero el que lo custodiaba me lo impidió. Le pedí que me dejara golpearle, pero me respondió que la ley me lo prohibía. Entonces le dije que lo haría aun sin su permiso, pero no me dejó…

–¿Tienes un hacha? –preguntó Vavílov.

–Sí.

–Déjamela, te arreglaré la puerta para que no entre el frío del invierno.

Su ojo de lince se fijó en un madero que había en el suelo junto a la pared. Cogió el hacha y se entristeció al reparar en el enorme parecido con la que él había dejado en casa. Asimismo, todo aquello que diferenciaba el

hacha de la mujer de la suya –pesaba menos y su mango era más largo y delgado– le hizo recordar de nuevo cuán lejos estaba de su familia.

La mujer comprendía sus sentimientos y le dijo:

–No te preocupes, volverás a tu casa.

–No lo sé –respondió–. El camino desde casa hasta el frente es corto, no así al revés.

Vavílov empezó a desbastar el madero.

–No tengo clavos –dijo la mujer.

–No me harán falta, fijaré la tabla con una espiga.

Mientras Vavílov trabajaba, ella iba poniendo tomates en la cesta diciendo:

–Calculo que Seriozha y yo nos quedaremos hasta que llegue el invierno. Entonces el Volga se helará, y si los alemanes cruzan a este lado, abandonaremos nuestra casa y nos marcharemos a Kazajistán… Ahora él es lo único que me queda en la vida. Con los soviet llegará a ser una persona importante, pero bajo el dominio de los alemanes será pastor hasta el fin de sus días.

Vavílov creyó oír a su espalda los pasos del teniente; dejó a un lado el hacha y se irguió. En aquel miedo a ser sorprendido mientras trabajaba había algo penoso, infame y ofensivo.

«La culpa es de los alemanes, han puesto nuestras vidas patas arriba», pensó, miró atrás y volvió a coger el hacha.

*

Aún seguía emocionado cuando regresó a la compañía. No bien se acercaba a los soldados que habían empezado a formar, el teniente le preguntó:

–¿Qué ha pasado? ¿Acaso se ha quedado dormido?

Márchenko hizo una broma obscena que nadie secundó.

Pronto se dio la orden de reemprender la marcha. En ese momento apareció un asistente del jefe del Estado Mayor montando a caballo, cargado de bolsas y portaplanos, que reprendió al teniente:

–¿Quién les concedió el permiso para hacer un alto? ¡Sólo les quedan dieciocho kilómetros!

–Me lo ordenó el comandante de batallón –mintió Kovaliov. Estaba a punto de justificar la parada aduciendo la fatiga de sus hombres, pero se

abstuvo para evitar que lo acusaran de pusilánime.

–Si informo de lo ocurrido al coronel, le hará la vida imposible. ¿Qué hacéis aquí sentados? Ahora tendréis que apresurar la marcha. Debéis estar allí a las diez en punto, ni un solo minuto más tarde.

Cuando acabó la reprimenda, el jinete siguió hablando en su tono habitual. Kovaliov y él se conocían desde hacía tiempo; le contó que el resto de la división se había alojado en isbas, que habían cenado huevos fritos y tocino y que la única molestia fue que le despertaran a las dos de la madrugada para que, cumpliendo órdenes del comandante de división, fuera a buscar a los rezagados.

Dirigió a Kovaliov una mirada benevolente y burlona:

–Pasé por donde se alojaba Filiashkin para confirmar el destino de tu compañía. ¿Y sabes quién había pasado allí la noche? Lena, la enfermera…

Kovaliov se encogió de hombros.

La estepa volvió a cubrirse de polvo. Algunas nubecitas grises y amarillas se elevaban ahora en un punto, ahora en otro, pero pronto se fusionaron hasta formar una amplia cortina que invadió el espacio, como si en Zavolzhye se hubiera desatado un incendio para ir al encuentro del que estaba asolando Stalingrado.

La tierra, impregnada de sal, era áspera y seca; un sol de hierro fundido abrasaba desde lo alto del cielo, y un viento seco y molesto levantaba el polvo y cegaba los ojos de los soldados.

Vavílov miró a sus compañeros, la estepa y la humareda en el cielo y se dijo a sí mismo en voz alta:

–Cueste lo que cueste, los haremos retroceder.

Una cortina de humo blanqueaba sobre la ciudad quemada, mezclándose en el cielo por encima del Volga con la humareda de la otra orilla.

Hacia las diez de la mañana la compañía de Kovaliov llegó a Srédniaya Ajtuba, un pueblo de casas de madera.

Hacía ya tiempo que los combatientes habían dado buena cuenta del agua que llevaban en sus cantimploras y botellas. La compañía cambió de pronto el itinerario previsto: las nuevas órdenes eran dirigirse hacia el Volga.

Dos coches MK en los que viajaban varios oficiales visiblemente preocupados pasaron a gran velocidad al lado de las apretadas columnas de

infantería. En el primer coche, un joven general acompañaba al conductor.

Al pasar por delante de las columnas, el general sostuvo en todo momento la mano a la altura de su gorra de plato saludando a los combatientes.

A continuación vieron a un enlace en motocicleta vestido con un mono azul y un casco de cuero cuyas orejeras le colgaban a ambos lados de la cabeza. El comandante del batallón le seguía a bordo de una calesa. A su paso gritó al teniente:

–¡Kovaliov, emprende la nueva ruta a marchas forzadas!

Tras aquellas palabras, una brisa repentina y ligera, el soplo de un presentimiento, pareció recorrer las filas.

La gente corriente se sorprende a menudo de la capacidad de los soldados para conocer con precisión las novedades de la guerra. Éstos no vieron al oficial de comunicaciones que se acercó en un blindado al comandante de división, el general Rodímtsev, para entregarle un sobre lacrado que contenía una orden del Alto Mando: la división debía dirigirse a marchas forzadas desde Srédniaya Ajtuba hasta el caserío Burkovsky, alcanzar el Volga cerca de Krásnaya Slobodá y cruzar de inmediato el río para entrar en Stalingrado.

Los soldados sabían ya que la noche anterior los alemanes habían logrado llegar hasta el centro de la ciudad, que habían alcanzado el Volga en dos puntos y que en aquel momento estaban bombardeando Krásnaya Slobodá, el punto desde donde la división debía cruzar el río.

Diez mil soldados marchaban por la carretera. No dejaban escapar la menor oportunidad de interrogar a las mujeres que venían cargadas con fardos desde el Volga; al obrero que empujaba por un camino de arena una carretilla en la que llevaba, perdido entre un montón de paquetes, a un niño herido con la cabeza vendada; al enlace del Estado Mayor que había detenido su motocicleta en el arcén para intentar reparar el motor averiado; a los heridos que caminaban apoyándose en muletas improvisadas, con los capotes echados sobre los hombros; a los niños de pie junto a la carretera. Nada se les pasaba por alto: cómo era la cara del general cuyo vehículo había atravesado un torbellino de polvo; la dirección en que varios operarios extendían el cable de telefonía de campaña; adónde se dirigía el camión cargado con botellas de agua carbonatada y una jaula con diez gallinas; el rumbo que tomaban los cazas alemanes para descender en picado tras virar en lo alto del cielo; la clase de bombas que el enemigo

había hecho estallar en la carretera la noche pasada; por qué una de ellas había hecho blanco en uno de los camiones soviéticos –probablemente, el conductor había encendido los faros para cruzar un puente que apenas se sostenía–; cuán profundos eran los surcos que habían dejado los vehículos en las carreteras, tanto las que llevaban hasta el Volga como las que discurrían en sentido inverso. No había nada sorprendente en el hecho de que los soldados lo supieran todo, pues querían saberlo.

–¡Paso largo! –gritaban los oficiales con la misma mueca de preocupación que se dibujaba en los rostros de los soldados. La marcha les resultaba ahora extrañamente más llevadera, los hombros no dolían tanto como antes y las malditas botas, encogidas en la estepa, ya no laceraban tanto sus pies. El miedo a la muerte había conseguido borrar el cansancio.

Junto a la carretera había una mujer de pie con una taza en la mano; a sus pies tenía un cubo con agua. Los combatientes abandonaban las filas, saltaban de los vehículos y se le acercaban corriendo.

Los soldados que marchaban a la cola de la columna veían como, tras intercambiar algunas palabras con la mujer, se retiraban sin probar el agua.

La mujer mostraba una expresión tensa, pétrea. Desde atrás, alguien gritó a uno de los que se alejaban de ella:

–¿Por qué no has bebido agua?

Una voz enfadada contestó:

–¿Cómo iba a hacerlo? ¡Esa mujer pide diez rublos por taza! –y soltó un juramento.

Un combatiente alto, con barba de varios días y llena de polvo, se separó corriendo de la columna.

–¿Haciendo negocio? –le preguntó con voz ahogada a la mujer y dio una patada tan fuerte en el cubo lleno de agua que se elevó en el aire y fue a parar más allá de la cuneta.

–¿Acaso eres tú quien da de comer a mis hijos? –chilló la mujer.

–¡Voy a matarte, parásita! –bramó el soldado, y la mujer de pronto lanzó un grito y echó a correr sin detenerse a recoger el cubo ni mirar atrás.

–¡Vaya con Vavílov! Yo que le creía dócil como un cordero… ¡Menuda sorpresa! –dijo Rísiev–. Pero no debió de haberla tratado así. Lo hacía por los niños. Lo habéis oído, ¿verdad?

Saichenkov, que marchaba a su lado, replicó:

–Y nosotros ¿por quién vamos a morir? También por nuestros hijos.

*

La división de la guardia comandada por el general Rodímtsev se dirigía sin descanso hacia Stalingrado.

Inicialmente había recibido la orden de alcanzar el Volga mucho más al sur de la ciudad. Sin embargo, la situación en Stalingrado había empeorado bruscamente durante las últimas horas, y Rodímtsev recibió una nueva orden: la división debía cambiar inmediatamente de rumbo y virar hacia Krásnaya Slobodá, frente a la ciudad sitiada.

El Estado Mayor de Rodímtsev echaba pestes con las nuevas órdenes, no en vano anteriormente la división ya había cambiado dos veces de ruta. Los hombres, agotados por la larga marcha, sometidos al calor y el polvo, ahora tendrían que caminar hacia el norte. Apenas unas horas antes, avanzaban hacia el sur por aquel mismo camino.

Tanto los oficiales como los soldados de la división ignoraban que aquel nuevo destino los iba a conducir al día siguiente hasta las calles de la ciudad con cuyo nombre acabarían por asociarlos para siempre.

16

El Estado Mayor del frente se había trasladado a la aldea de Yami, en la orilla izquierda del Volga, a ocho kilómetros de la ciudad.

El hecho de haber instalado allí el Estado Mayor parecía un sinsentido en sí mismo; los disparos de los morteros pesados de los alemanes alcanzaban la aldea de Yami, de modo que todas las secciones del Estado Mayor se encontraban permanentemente bajo la amenaza del fuego enemigo.

Puesto que el comandante del frente había tomado la decisión de trasladar el Estado Mayor desde Stalingrado hasta la orilla izquierda del Volga, ¿por qué no hacerlo a veinte kilómetros de la ciudad en lugar de los escasos ocho donde se emplazaba? Aquella ubicación causaba un sinfín de incomodidades. Lo cierto era que el fuego de mortero alemán impactaba

por igual en ambas márgenes del río. Un día cayó un obús en el comedor del Estado Mayor en medio de la comida y mató a varios jefes.

El fuego enemigo cortaba las comunicaciones con frecuencia. A veces ocurría que los generales convocaban a sus subordinados y estos no aparecían. Un desconfiado general asumió que el oficial al que había hecho llamar y no se presentaba era víctima del miedo y estaba esperando a que pasara el bombardeo. Entonces, con ganas de mandarlo al infierno, mandó a su ayudante a informarse. Y este volvió enseguida con la noticia de que el oficial de marras había sido herido a las puertas del Estado Mayor y se lo habían llevado a la enfermería.

Incluso los más serenos y laboriosos colaboradores del Estado Mayor perdían un tiempo valioso en las conversaciones sobre cuándo, dónde y a quién habían herido, cómo y cuándo había estallado cierto proyectil y dónde había impactado la metralla.

Algunos de ellos intentaban ver la parte cómica de aquellos sucesos, a saber: los generales a los que se les habían escapado unos pedos cuando explotó un obús o habían proferido tacos en presencia de una doctora; el cocinero del cuartel general dirigía su trabajo a distancia y sazonaba la comida desde un refugio; la mano de una de las camareras tembló al oír el silbido de un obús y derramó un plato con sopa por encima de un mayor; un bravo coronel, que hasta entonces había insistido en que se emplazara su sección en la primera línea del frente, se empecinaba ahora en que su lugar estaba en la segunda.

Otros se quejaban argumentando que no había necesidad de exponer el Estado Mayor al fuego enemigo. ¿Por qué había que exponer a la gente a la muerte o las heridas sin motivo alguno? Sobre todo cuando se veía cómo los alemanes montaban sus Estados Mayores a cientos de kilómetros de la línea del frente.

Sin embargo, el sorprendente emplazamiento de aquella importante institución militar con sus departamentos, subdepartamentos, secciones, mecanógrafas, escribanos, topógrafos, taquígrafas, intendentes, camareras, ordenanzas y secretarios obedecía una cierta lógica.

Yeriómenko había querido mantener su Estado Mayor en la ciudad el mayor tiempo posible.

El enemigo combatía en los alrededores de Stalingrado. Día y noche, los Messerschmitt alemanes bombardeaban y ametrallaban los pasos que

cruzaban el Volga. Era evidente que la guerra se adentraba en la ciudad, pero aun así el Estado Mayor había mantenido su emplazamiento.

Por las noches, los destacamentos de asalto del enemigo penetraban en las calles de Stalingrado, y los disparos de ametralladora se oían entonces desde el Estado Mayor. Una noche, el coronel Sitin, comandante de una división de las fuerzas del interior a quien Yeriómenko había nombrado en agosto jefe del sector fortificado de Stalingrado, le informó de que había tiradores alemanes a doscientos cincuenta metros del Estado Mayor del frente.

–¿En qué número? –quiso precisar Yeriómenko.

–No menos de doscientos –respondió Sitin.

–Haga un recuento mejor –dijo Yeriómenko–. Cuando lo haya hecho, infórmeme de nuevo.

Sitin, que nunca perdía su apostura, hizo chocar los tacones de sus botas y dijo: «A sus órdenes», y salió.

Al poco regresó, tan apuesto y tranquilo como siempre, y confirmó su primer informe.

–Tomo nota –dijo Yeriómenko.

Y el Estado Mayor siguió en la ciudad.

La comunicación con el ejército sur, que defendía Sarepta bajo el mando de Shumílov, se hacía cada vez más difícil.

El Alto Mando soviético encomendó a Yeriómenko la dirección simultánea de los frentes sudoeste y Stalingrado. Aunque era en extremo complicado mantener la comunicación con el grupo de ejércitos norte desde la ciudad, Yeriómenko no movió su Estado Mayor.

Sin embargo, llegó un momento en que el Estado Mayor del frente ya no podía permanecer en la orilla derecha, así que Yeriómenko decidió trasladarlo a Yami.

Una vez se había emplazado en la orilla izquierda, el Estado Mayor podría haberse establecido unos ocho o diez kilómetros más al este. No obstante, la razón y la lógica de los días más difíciles de la guerra eran ajenas a aquel parecer.

Desde todos los refugios de Yami se veían las zonas arrasadas y aún humeantes de Stalingrado. El Estado Mayor había cruzado a la orilla izquierda para organizar la defensa de la ciudad de la mejor manera posible y no para ponerse a salvo de los obuses y las bombas alemanas que amenazaban Yami en un grado no menor que Stalingrado.

Jefes, comandantes y comisarios de división llegaban al Estado Mayor, resolvían sus asuntos y regresaban a la orilla derecha. Sus compañeros –jefes de Estados Mayores, de batallón y comisarios de regimiento– les preguntaban, esbozando la sonrisa propia de quienes, estando en la primera línea del frente, más cerca de la muerte, hablan a los que permanecen lejos de ella:

–¿Qué tal les va a los del Estado Mayor del frente en la orilla izquierda? ¿Están bien instalados? ¿Han podido recuperar el aliento?

Y los que regresaban de la orilla izquierda contaban:

–¡Si lo hubieras visto…! Mientras corría desde la sección operativa hasta la económico-administrativa los alemanes dispararon cuatro minas. Eso sí, desde allí se divisa toda la ciudad…

¿Habrían pensado en todo aquello quienes tomaron la decisión de trasladar el Estado Mayor a Yami habiéndolo mantenido en la ciudad hasta el último momento? También podría haber motivaciones personales. Algunos podrían haberse curado en salud contra acusaciones de cobardía. Los sentimientos y las angustias personales de algunos no estaban reñidos con los intereses de todo el país. Bien al contrario, los expresaban.

17

Los dos ordenanzas del comandante del frente trabajaban sentados tras de sus respectivos escritorios mientras conversaban a media voz.

En un rincón alejado del espacioso refugio, revestido con blancas tablas de madera de pino recién cortadas, un general ceñudo que lucía tres estrellas en el cuello de su guerrera esperaba ser recibido por Yeriómenko.

Uno de los ordenanzas, el mayor Parjómenko, el favorito del comandante, alto, apuesto y rubicundo, con dos medallas sobre la pechera de su casaca y una gorra de plato nueva, de banda bermellón, sobre la nuca, hojeaba un fajo de impresos de telegrama amarillentos. El otro ordenanza, Dubrovin, inclinando su cabeza de rizos rubios, señalizaba en un mapa a la luz de una potente lámpara de mesa la nueva situación: en dos puntos –en el centro de la ciudad cerca de Tsaritsa y al norte de la fábrica de tractores–, el azul oscuro que indicaba la primera línea del frente

se fusionaba con el color del Volga. Dubrovin sonrió: acababa de afilar su lápiz azul y la línea que dibujó era fina, perfecta.

Dubrovin se incorporó y, mirando los telegramas impresos por encima del hombro de su compañero, preguntó en un susurro:

–¿Quién es el que está esperando?

–Dirigió un grupo de ejércitos integrado dentro de las fuerzas que comandaba Shumilin. Se apellida Chuikov, y lo destinan a Stalingrado a comandar el 62.º Ejército –musitó Parjómenko sin dejar de hojear los papeles.

Al advertir que los ordenanzas hablaban de él, el general se aclaró la garganta y limpió con la mano una de las mangas de su guerrera. Luego volvió despacio su cabeza maciza y les dirigió una lenta mirada de arriba abajo.

Los miró como suelen hacerlo los militares –acostumbrados a que sus subordinados obedezcan sin rechistar– a los insolentes ordenanzas de sus superiores. Esa mirada contiene un tinte burlón y cierta tristeza de índole filosófica. «Joven, se pudrirá usted sin remedio, cuando yo podría convertirle en un buen comandante, eficaz y obediente…», parecía decir.

En ese momento se oyó una voz ronca y aguda detrás de una puerta baja de madera:

–¡Parjómenko!

El ordenanza entró en el despacho del comandante, regresó al cabo de un minuto, se cuadró chocando los talones y anunció con fingido respeto:

–Camarada teniente general, le piden que entre.

Chuikov se levantó, movió sus hombros fuertes y macizos y se dirigió con paso rápido y suave al despacho del comandante en jefe.

Yeriómenko estaba sentado a su mesa. Encima había una tetera niquelada, un vaso con un poco de té, un frutero vacío y un paquete de galletas cuyo contenido permanecía intacto. El resto de la superficie lo cubría un plano de Stalingrado sembrado de flechas, círculos y triángulos que indicaban cifras, notas y marcas.

Al entrar, el general se cuadró cual soldado junto a la puerta e informó con una voz de bajo algo sorda:

–Camarada comandante del frente, el teniente general Chuikov…

–Bien –lo interrumpió Yeriómenko torciendo el gesto en una sonrisa–, Chuikov, ¿crees que no te he reconocido?

Entonces el teniente general sonrió a su vez y le saludó:

–¡Buenas tardes!

–Siéntate, Chuikov, siéntate, por favor –invitó Yeriómenko.

Apartó del lugar donde se había sentado Chuikov un cenicero lleno de restos de manzana y colillas aplastadas, apoyó el pecho en el borde de la mesa y sopló la ceniza del mantel.

Yeriómenko conocía al general Chuikov desde antes de la guerra. Había tenido la oportunidad de constatar su natural impulsivo, su brusquedad, rapidez y arrojo durante unas maniobras en la circunscripción militar de Bielorrusia.

A finales de julio, antes de que Yeriómenko llegara a Stalingrado, Chuikov comandaba un grupo de ejércitos. Tras sufrir algunos reveses, el 2 de agosto sus unidades se integraron en las fuerzas que dirigía Shumílov. Sin embargo, aquellos fracasos de Chuikov no preocupaban a Yeriómenko, pues sabía que una larga carrera militar no se construye únicamente con victorias.

Aquellos dos hombres, unidos por un destino común, siempre sabían el uno del otro sin necesidad de mantener un estrecho contacto, y en este sentido Yeriómenko estaba al corriente tanto de los éxitos y los fracasos de Chuikov en la guerra de Finlandia, como de su actividad diplomática en China. Para sus adentros siempre se había sorprendido de que Chuikov se dedicara a la diplomacia, pues creía que su carácter no casaba en absoluto con la condición de hombre de Estado. A juicio de Yeriómenko, Chuikov había nacido para las fatigas de la guerra y estaba dotado de una firmeza inquebrantable, así como de una enorme capacidad de resistencia, fuerza de voluntad, tenacidad y coraje. Durante los difíciles días del otoño de 1942, Yeriómenko había apoyado ante Stalin la candidatura de Chuikov para ocupar la comandancia del 62.º Ejército. El Alto Mando había aprobado al fin su nombramiento.

–Trabajaremos juntos –dijo Yeriómenko al tiempo que posaba la gran palma de su mano sobre el plano de Stalingrado–. Ésta va a ser tu hacienda –sonrió y añadió–: Sé que fuiste diplomático, pero ahora debes olvidarte de esa experiencia: éstos son los alemanes y éstos somos nosotros.

Yeriómenko examinó el plano de la ciudad, luego miró a Chuikov y de pronto preguntó con aspereza:

–¿Qué pasa? ¿Haces gimnasia todos los días para no engordar?

–¿Se encuentra bien, mi comandante? –preguntó Chuikov con ojos sonrientes dibujando con las manos la tripa del general.

–Qué le voy a hacer –se quejó Yeriómenko–. Tengo un carácter tranquilo, ya no soy joven, me paso día y noche sentado en este subterráneo; además, desde que me hirieron me cuesta caminar.

Yeriómenko, con el prosaísmo propio de un presidente añoso de koljós, le explicó a Chuikov cuáles eran los recursos de los que disponía el 62.º Ejército y qué era lo que se esperaba de él y de su comandante.

–Sabes –decía deslizando el dedo por el mapa mientras resumía la situación del frente–, ve a verlo tú mismo, enseguida lo entenderás. Hazte a la idea de que no habrás de combatir en la estepa sino en la ciudad. Olvídate de que el Volga tiene dos orillas. A partir de ahora sólo tiene una: la derecha. ¿Entendido? ¿Sí? Te aconsejo que te olvides de la orilla izquierda.

Yeriómenko era poco amigo de las palabras altisonantes. Tenía el convencimiento de que las personas iban a la guerra llevando a cuestas el bagaje de su experiencia vital, y los soldados le apreciaban por ello. En un momento de peligro, ante la tropa en formación transida de frío, cuando jóvenes capitanes y mayores esperaban del general una arenga grandilocuente, Yeriómenko arrugaba la nariz, sonreía y les hablaba sobre el tabaco, las botas y las esposas fieles e infieles que habían dejado en casa.

Yeriómenko miró de hito en hito a Chuikov y dijo:

–¿Comprendes cuál es tu misión? Sé que tienes coraje. No te dejarás arrastrar por el pánico, eso también lo sé.

Chuikov escuchaba con el ceño fruncido y el cuerpo en tensión, sosteniendo la mirada. La sangre le había afluido a las mejillas, a su robusto cuello, a su frente broncínea. Sabía bien lo que estaba en juego. Al pensar que el Estado Mayor del 62.º Ejército ya había estado a punto de ser trasladado al margen izquierdo, no pudo reprimir una sonrisa. ¿Lo habían elegido porque alguien pensó que era el hombre ideal para cumplir esa tarea o, simplemente, porque ya lo tenían por amortizado?

Sacudió la cabeza y dijo:

–¡Puedo asegurar al Consejo Militar del frente, y a través de éste a todo el pueblo soviético, que sabré morir con honor!

Yeriómenko se quitó las gafas, frunció el ceño y, contrariado, dijo con voz aguda:

–Morir, morir… Es muy fácil morir en la guerra, bien lo sabes. Sin embargo, no te he hecho venir para que mueras, sino para que pelees.

Chuikov, obcecado aún, volvió a sacudir sus rizos y dijo:

–Defenderé Stalingrado, y si debo morir, lo haré con honor.

Cuando llegó el momento de la despedida, ambos estaban ligeramente turbados.

Yeriómenko se levantó y dijo alargando las palabras:

–Chuikov, no me falles…

Por un momento pareció que iba a abrazarlo y darle su bendición para aquella tremenda proeza. Sin embargo, Yeriómenko, exasperado, pensó: «Otro en su lugar habría pedido más efectivos, blindados y artillería, me habría exprimido hasta la última gota, pero él no ha pedido nada».

–Te lo advierto: no tomes decisiones improvisadas. Uno se precipita y luego se arrepiente, ¿me equivoco?

Chuikov sonrió y su expresión se volvió aún más ceñuda:

–Lo intentaré, pero ya conoce mi carácter.

Cuando Chuikov, con semblante adusto, cruzó la antesala de aquel despacho subterráneo, los dos ordenanzas se levantaron de un salto y se cuadraron a su paso. El general, por su parte, ni siquiera se dignó mirarlos y abandonó el refugio por una empinada escalera de madera, rozando con sus anchos hombros las paredes de tierra.

Al salir a la superficie, pestañeó un momento hasta que sus ojos se acostumbraron al brillante sol y miró a su alrededor. Enfrente se extendían los robledales y los campos de la cuenca de Ajtuba, con sus casas de madera de color gris.

En la lontananza, más allá del resplandeciente Volga, blanqueaba Stalingrado: la ciudad destruida parecía llena de vida, marmórea, majestuosa y elegante.

Sin embargo, Chuikov, mientras la contemplaba con una mano apoyada sobre su frente, como una visera, sabía que estaba muerta y arrasada. Entonces ¿por qué aquellas ruinas parecían irradiar vida? ¿Acaso se trataba de una visión del pasado, de un espejismo o de una visión del futuro? ¿Cuál era el destino que le aguardaba entre aquellas ruinas?

Se volvió al este y llamó a su ordenanza con voz atronadora:

–¡Fedka, el coche!

Aquel rugido llegó hasta el interior del refugio.

El ordenanza Dubrovin comentó en un tono grave:

–¡A ese Fiódor deben de apretarle mucho las tuercas! ¡Y aún hay quienes afirman que los ordenanzas no saben qué es la guerra!

18

El teniente coronel Darenski llegó al cuartel general del frente sudeste, en Yami.

No obstante, casi todos sus compañeros del Estado Mayor del frente sudoeste estaban en la aldea Oljovka, en la orilla derecha del Volga, donde se organizaba un nuevo ejército: el de Stalingrado.

No conocía a nadie en Yami. Al atardecer Darenski se topó con un antiguo compañero de la sección de operaciones, ahora teniente coronel. Éste le explicó que Yeriómenko, hasta la fecha comandante en jefe de los frentes sudeste y Stalingrado, iba a ocuparse sólo del sudeste, integrado por los ejércitos 64.º y 62.º bajo el mando de Shumílov y Chuikov, y cuyo cometido era defender la ciudad y las regiones de la estepa y los lagos salados desde Stalingrado hasta Astrakán. Al parecer, el nuevo comandante que debía asumir el mando del frente al norte de la ciudad ya estaba en camino; a tenor de los rumores, el elegido era Rokosovski, el hombre que había vencido a los alemanes cerca de Moscú durante el invierno de 1941.

El teniente coronel renunció hablar acerca de la situación en el frente, tan sólo hizo un gesto con la mano y se limitó a decir:

–Mal, muy mal…

No le gustaba el nuevo Estado Mayor y lamentaba no haber logrado que lo trasladaran al noroeste de Stalingrado.

–Desde allí uno puede ir al menos a Kamishin o, con un poco de suerte, incluso a Sarátov, mientras que aquí, en Zavolzhye, sólo hay camellos y espinas. Y el personal es, cómo le diría, no sé… Juzgue usted mismo; en mi anterior destino conocía a todo el mundo y todos me conocían a mí…

A la pregunta de Darenski acerca de si Nóvikov estaba allí, el teniente coronel respondió:

–Creo que no, tengo entendido que lo convocaron a Moscú –y añadió guiñando el ojo–: En cambio, quien sí está es Bíkov…

Preguntó a Darenski si ya había encontrado alojamiento y prometió que lo instalaría en la isba donde se hospedaban los oficiales de la sección de comunicaciones. Los grados y cargos inferiores pernoctaban en isbas, y los rangos superiores en cuevas. Darenski pasó aquella noche en la isba de los oficiales de comunicación, y en ella siguió a la espera de un nuevo destino.

Aquellos oficiales –el que ostentaba el grado más alto era un mayor; el resto, tenientes y subtenientes– eran gente agradable, trataban a Darenski con respeto y se mostraban hospitalarios con él, hasta tal punto que le cedieron la mejor cama y la primera noche le llevaron agua caliente para el té. Uno de ellos salió con él fuera de la cabaña y le mostró el sitio donde habían instalado la letrina.

Más adelante, en días posteriores, mientras casualmente hojeaba la lista de los oficiales de comunicación que habían salido del Estado Mayor, reparó en que muchos de los que habían dormido bajo el mismo techo que él aquella noche habían muerto en combate. Sin embargo, durante aquellos días se mostraba constantemente enfadado con sus compañeros de isba.

Todos ellos parecían vivir en tiempo muerto. Uno de ellos era capaz de dormir catorce horas seguidas después de acabar su turno. De vez en cuando se despertaba, salía al patio con el pelo enmarañado y volvía enseguida a la cama. Los demás aprovechaban las horas de descanso para jugar a las cartas y al dominó, golpeando las fichas contra la mesa en un gesto que Darenski odiaba. Pasaban ratos extraordinariamente largos intentando adivinar si darían arroz o gachas para cenar y si el té se lo servirían con leche o sin ella. Se la pasaban discutiendo y acusándose unos a otros de robar el jabón, el dentífrico o el betún. Cuando un enlace llegaba corriendo a la isba para avisar a alguno de aquellos oficiales de que debía realizar con urgencia un viaje mortalmente peligroso hasta la ciudad en llamas, antes de partir el oficial pedía a sus compañeros que le guardasen su ración de comida y salía con la tranquilidad de quien, en vez de arriesgar su vida, se disponía a resolver un asunto insignificante.

Mientras se calzaba las botas, se sujetaba el correaje y finalmente se encaminaba hacia la puerta, sus compañeros, sin dejar de jugar, seguían con su cantinela:

–No te gustan los tréboles, pues ahora voy a darte uno…

–No tengo sotas… ¿Qué te parece un as de picas?

A juicio de Darenski, aquellos hombres se comportaban como pasajeros de un tren de largo recorrido: cuando había un apagón, se

quedaban inmóviles, suspirando, y luego se acostaban para dormir. Al encenderse la luz de nuevo, se sentaban en la cama, abrían sus maletines y revisaban sus pertenencias: uno comprobaba el filo de su cuchilla de afeitar con la punta del dedo, otro afilaba su navaja; luego echaban otra partida de cartas o de dominó. Leían la prensa con suma atención, durante largos ratos y en silencio, pero a Darenski le irritaba su manera de llamar «notas» a las crónicas extensas y «articulitos» a los escritos de tres columnas que ocupaban media plana.

Apenas hablaban de su trabajo, a pesar de que cada viaje nocturno a Stalingrado a través del Volga y bajo fuego enemigo debía de provocar en ellos un sinfín de intensas emociones.

Darenski preguntaba:

–¿Qué tal el viaje?

El interpelado le respondía brevemente:

–Una mierda, bombardean sin parar.

Cuando los compañeros libres de guardia iban a ver a los oficiales de comunicación, sus conversaciones se desarrollaban casi siempre en los mismos términos:

–Hola, ¿qué tal?

–Bien. El coronel ha salido hoy de viaje de servicio, tú pasa por la sección económico-administrativa, les han traído una partida de chalecos forrados de piel, y el comandante ha dicho que en primer lugar se distribuyan entre los oficiales del Estado Mayor.

–¿Sabes algo sobre las raciones extra?

–Aún no las han traído, se han quedado en la segunda línea.

A uno de los oficiales de comunicación, el teniente Sávinov, atractivo y ancho de hombros, le complacía contar acerca de las comodidades de que se rodeaban los jefes de las compañías y de los batallones de fusileros, de blindados y de zapadores.

–Se propone su nombramiento nada más terminar el combate, e inmediatamente el jefe de división o el comandante de ejército los condecora. En cambio, aquí, entre el planteamiento de la propuesta, el trámite del departamento de condecoraciones del frente y que el comandante y algún otro miembro de Consejo Militar estampan su firma, el proceso se eterniza… Los que están en primera línea tienen su propio peluquero, y el cocinero les prepara el plato que elijan, ya sea carne en gelatina o hígado frito; además, el sastre les cose guerreras a medida, y

cobran una soldada que ya me gustaría a mí, ya, no como la que recibimos nosotros…

Por alguna razón, Sávinov jamás se había planteado que aquellos privilegios –reales e imaginarios– de los oficiales que combatían en la primera línea del frente recompensaban su esfuerzo sobrehumano, el frío y el calor a que se sometían, las marchas larguísimas, la sangre, las heridas y la muerte…

A Darenski le enojaba que aquellos oficiales de comunicación apenas hablaran sobre mujeres, y que cuando lo hacían, fuera en un tono sumamente aburrido y desapasionado. Darenski, en cambio, siempre mostraba su disposición a admirar a las mujeres como a censurar su frivolidad y perfidia. Como todo mujeriego que se precie, era capaz de encapricharse con la chica más gris, fea e insulsa; a su juicio, todas las mujeres le parecían atractivas. En presencia de una mujer, Darenski se envalentonaba y no podía evitar hacerse el gracioso.

Creía que una conversación sobre mujeres era la más interesante que podía mantener un corro de hombres…

A pesar de su abatimiento, había visitado un par de veces la estación de radio para admirar los bellos rostros de las telegrafistas, de las radiotelefonistas y de las receptoras de correspondencia… En cambio, el apuesto Sávinov no hacía más que sacar de su maleta alguna que otra lata de conservas, manosearla, lanzar un suspiro, abrirla con una navaja y pinchar con ella trozos de pescado, dar cuenta del contenido, encajar la tapa de borde cortante dentro de la lata vacía, a continuación decir: «Así está mejor», y tenderse en su cama después de colocar una hoja de diario debajo de sus botas.

En su fuero interno, Darenski sabía que era injusto al molestarse con los oficiales de comunicación, pues sólo coincidía con ellos en su período de descanso, cuando no estaban arriesgando sus vidas en el desarrollo de su peligrosa labor. Además, él mismo estaba desanimado: la emoción y el ansia de actividad habían cedido paso al hastío y la indiferencia.

Darenski mantuvo una entrevista con el jefe de la sección de cuadros del Estado Mayor del Frente que lo desalentó sobremanera. El coronel hablaba con acento ucraniano, despacio y en un tono cantarín, era fornido, tenía el pelo rojizo y unos ojos pequeños, azafranados y chispeantes que miraban atentos a su interlocutor.

Al hablar, pasaba y examinaba con cuidado las hojas numeradas de un expediente, repletas de notas escritas en rojo y azul. No parecía tener ningún interés en escucharlo: daba la impresión de que las palabras de Darenski se perdieran en la semipenumbra que lo rodeaba sin alcanzarlo. Daba la impresión de que estaba evaluando al hombre que se sentaba ante él, a escasos dos pasos, rebuscando no en sus ojos vivos y atentos y en su conversación agitada sino en los renglones mecanografiados o caligrafiados por un escribano que llenaban su hoja de servicio, los informes sobre él y otros certificados y cuestionarios.

Mientras escuchaba a Darenski y revisaba su expediente, movía la cabeza, arqueaba ligeramente una ceja o entornaba un ojo con aire pensativo.

Aquellos gestos del coronel enervaban a Darenski, que trataba de adivinar qué parte de su hoja de servicio había despertado alguna duda o extrañeza en el jefe de la sección de cuadros.

El coronel le formuló todas las preguntas que suelen hacer las personas que ocupan el mismo cargo.

Darenski respondía molesto y nervioso; quería hacerle comprender al coronel que lo importante no era si en alguna ocasión le habían rechazado o expulsado, si una u otra circunstancia estaba o no someramente reflejada en el expediente, o si Darenski había hecho constar un detalle en un cuestionario pero no en otro.

En su opinión, todo aquello no tenía nada que ver con lo que había de determinar su valía. ¿Por qué a aquel coronel no se le ocurría interesarse por su estado de ánimo y por su deseo de consagrar toda su energía al trabajo?

Todo apuntaba a que iban a proponerle un puesto administrativo en la retaguardia, en la segunda línea, sin atreverse a confiarle, como él ansiaba, un cargo en el Estado Mayor.

El jefe de la sección de cuadros preguntó:

–¿Dónde está su esposa? Su dirección no aparece anotada en el expediente –y tamborileó en el papel.

–Nos divorciamos antes de la guerra. Fue cuando tuve aquel incidente, por así decirlo, aquel problema... cuando me encarcelaron. En realidad, por aquel entonces las relaciones entre mi mujer y yo se deterioraron –sonrió y añadió–: No fue iniciativa mía, claro está.

Aquella entrevista, más propia de los tiempos de paz, se desarrollaba en el refugio del jefe de la sección de cuadros al son del estallido sordo de las bombas aéreas, el retumbar de los cañones de largo alcance y los chasquidos de la artillería antiaérea.

Cuando el jefe de la sección de cuadros preguntó a Darenski en qué año le habían rehabilitado a la vida militar, se produjo una explosión; ambos se agacharon instintivamente y miraron hacia el techo, temerosos de que los troncos de roble y la tierra que lo sostenían se les vinieran encima. No obstante, el techo resistió y prosiguieron con la entrevista.

–Tendrá que esperar –anunció el jefe de la sección de cuadros a Darenski.

–¿Por qué?

–Necesito concretar ciertos datos.

–Está bien, esperaré –se avino Darenski–, sólo le pido que no me destinen a la segunda línea, he pertenecido siempre a la sección de operaciones. Además, le estaría sumamente agradecido que fueran tan amables de no retrasar mi nombramiento.

–Lo tendré en cuenta –prometió el coronel, aunque a Darenski su tono de voz no le sonó muy esperanzador, más bien todo lo contrario.

–Entonces ¿quiere que regrese en algún otro momento? –preguntó Darenski cuando ya se ponía en pie.

–Descuide. ¿Dónde se aloja?

–En la isba de los oficiales de comunicación.

–Tomo nota. Cuando sea necesario, le haré llamar. Y respecto al tema de la comida, ¿tiene la cartilla en orden?

–Sí, está todo en orden.

De regreso a la isba miró la ciudad del otro lado del Volga, envuelta en una neblina blanquecina. Creía que no podía irle peor. Permanecería largo tiempo en la reserva. Los oficiales de comunicación dejarían de reparar en su presencia; él mismo acabaría pidiendo que lo admitieran en sus partidas de cartas y lo dejaran apostar a qué gachas servirían en el comedor y si les servirían el té con leche o sin ella. Las camareras, con una sonrisa compasiva, comentarían a sus espaldas en el comedor: «Aquí viene aquel pobre teniente coronel desocupado otra vez, el de la reserva».

Al llegar a la isba, se acostó con las botas puestas sin mirar a nadie, se volvió de cara a la pared, cerró los ojos y apretó los dientes con tanta fuerza que parecía que se iban a astillar.

Mientras yacía, trataba de recordar los pormenores de la entrevista y la expresión del entrevistador. La fortuna no le había sonreído: todos los miembros del Estado Mayor eran nuevos y ninguno sabía cómo trabajaba Darenski… ¿Acaso se podía sacar algo en claro de unos papeles que, además, no le eran nada favorables…?

Alguien le tocó cuidadosamente en el hombro.

–Camarada teniente coronel, vaya a cenar –dijo una voz débil–, hoy hay arroz con leche, vaya antes de que cierren el comedor.

Darenski siguió acostado, sin moverse.

Otra voz dijo con enfado:

–Deja en paz al camarada teniente coronel, ¿no ves que está descansando? Y si mañana resulta que está enfermo, ve a la sección sanitaria y trae a un médico –luego la misma voz añadió, casi en un susurro–: Aunque lo mejor será que le traigas aquí la cena; quizás haya enfermado de verdad, y el comedor está a seiscientos metros. Si no tuviera que cruzar a la otra orilla para llevarle un paquete a Chuikov, iría yo mismo. Pide que te den mi ración de campaña, y no te olvides del azúcar.

Darenski reconoció la voz de Sávinov. Suspiró y notó como unas lágrimas, fruto de una ternura repentina, escaparon de sus párpados fuertemente apretados.

La mañana del día siguiente, cuando los oficiales de comunicación que no habían sido convocados durante la noche cosían unas tiras nuevas en los cuellos de sus guerreras, se lavaban y lustraban las botas, entró un enlace. Casi sin aliento a causa de la carrera, echó una mirada rápida a su alrededor y, tras detectar enseguida con su ojo de soldado experto quién de los presentes era el oficial de graduación más alta, dijo como una ametralladora, sin apenas respirar:

–Camarada teniente coronel, con su permiso, ¿quién es el camarada teniente coronel Darenski? El coronel solicita que acuda con urgencia a la sección de cuadros antes del desayuno. ¿Puedo marcharme, camarada teniente coronel?

En la sección de cuadros le anunciaron que le habían asignado un cargo importante y de gran responsabilidad en el Estado Mayor de artillería, un cargo con el que Darenski ni siquiera había soñado.

–Mañana, a las catorce horas, tiene que presentarse ante el coronel Aguéyev en el Estado Mayor de artillería –comunicó a Darenski el jefe de la sección de cuadros mirándolo con severidad.

–A sus órdenes –respondió Darenski.

El coronel, como si adivinara los pensamientos de Darenski, añadió:

–Como ve, hemos trabajado con celeridad, sin retrasos, aunque usted seguramente pensó que los trámites burocráticos lo dejarían exhausto –rió y añadió con su cantarín acento ucraniano–: Somos burócratas, pero en la guerra hay que darse prisa.

Durante su última noche en la isba, Darenski mantuvo por primera vez una conversación sincera con los oficiales de comunicación y le sorprendió no haberse dado cuenta hasta entonces de las excelentes cualidades de aquellos hombres: humildes, valientes, sencillos, leídos, laboriosos, afectuosos…

La conversación se prolongó hasta muy tarde, y en el transcurso de ésta fue descubriendo en ellos un cúmulo de virtudes que parecían no tener fin. Un poco más, y habrían alcanzado la perfección.

Darenski dudaba de si aquello era cierto. En esa isba en mitad de los lóbregos saladares de Zavolzhye, al son siniestro del cañoneo y del ruido sordo de los aviones de guerra, se sentía un ser afortunado, contento y libre. Su sueño se había hecho realidad: le habían confiado un trabajo importante y de responsabilidad, su jefe sería sin duda un hombre inteligente, curtido y capaz; sus futuros compañeros, los artilleros, sólo podían ser soldados realmente admirables, listos, concienzudos en su trabajo e ingeniosos. Darenski empezó a creer, sin habérselo propuesto, que de repente todo a su alrededor se había iluminado y vuelto llevadero.

Su propia vida empezó a parecerle entonces notable y venturosa, al tiempo que la grave situación en el frente ya no se le antojaba tan compleja y preocupante.

19

A pesar de sus canas, Aguéyev era un hombre ágil y activo. Para él, la instrucción de la artillería era el fundamento de toda la carrera militar y de la vida en pleno. Sus ordenanzas solían decir de él en broma:

–Si de nuestro coronel dependiera, impondría secciones de artillería en la jardinería, en la construcción de casas de campo y en el Teatro del Arte de Moscú.

En 1939, la decisión de su hijo de ingresar en la Facultad de Filología le hirió profundamente. Su amor propio sufrió un nuevo revés cuando un año después su hija, a la que había llevado todos los domingos al polígono de tiro para que «escuchara música de verdad», se casó con un director de cine.

–Éstos son los frutos de tu manera de educar a la niña, la has echado a perder –recriminó Aguéyev a su esposa.

Defendía una teoría propia acerca del carácter y la constitución física de un artillero: «Los nuestros tienen el cráneo grande, el cerebro voluminoso, son altos, anchos de hombros y huesudos».

Él, en cambio, era un individuo enclenque y bajito; tenía los pies tan pequeños que su mujer tenía que comprarle el calzado en la sección infantil del *voyentorg* , algo que, a juicio de Aguéyev, era un secreto inconfesable que sólo él conocía cuando, en realidad, su ordenanza, que participaba de aquellas compras, ya lo había aireado en el Estado Mayor de artillería.

A Aguéyev se le consideraba un excelente oficial de artillería, al que se respetaba y apreciaba por sus amplios conocimientos y su mente viva, audaz y jovial.

Sin embargo, aun haciendo justicia a sus capacidades, algunos le detestaban por su mal carácter.

Era brusco, sarcástico, litigante y llevaba la contraria sin poder contenerse.

Aborrecía sobre todo a los arribistas y los intrigantes. En una ocasión, durante una reunión del Consejo Militar, había ofendido a un compañero al que acusó de servil. Fue tal la gravedad del conflicto que incluso llegó a oídos de Moscú.

Darenski esperaba su nuevo destino en la misma época en que Aguéyev tenía entre manos un asunto de extrema importancia: había que tomar una decisión acerca del traslado a la orilla izquierda de toda la artillería pesada emplazada hasta entonces en la ciudad.

Tras recorrer las zonas costeras arenosas pobladas de sauces y bosque joven, Aguéyev estimó que Dios había creado Zavolzhye para que la artillería de gran calibre se instalara allí para su mayor comodidad.

Tras cruzar el río en una lancha motora en dirección a Stalingrado, pasó revista a las baterías, los Estados Mayores de los regimientos y las unidades de baterías de artillería pesada acantonadas entre las ruinas de las

plazas. Después de examinar las condiciones en las que éstas trabajaban, Aguéyev llegó a la conclusión de que la artillería pesada no podía permanecer por más tiempo en la orilla derecha.

Los alemanes estaban a las puertas de la ciudad. Por la noche, sus francotiradores y pequeños grupos de fusileros penetraban en los barrios céntricos de Stalingrado, se abrían paso entre las ruinas y disparaban contra las posiciones de la artillería pesada y sus cuarteles. En semejantes condiciones era imposible hallar dianas que estuvieran a la altura de aquel armamento de gran calibre, de modo que se veían obligados a disparar contra grupos móviles, nidos de ametralladoras y morteros aislados.

Los esfuerzos de los artilleros se desperdiciaban en menudencias; proteger los preciados cañones de los ataques por sorpresa se había convertido en su tarea más importante.

La comunicación sufría constantes interrupciones. Era sumamente complicado y a menudo imposible asegurar el suministro de municiones de la artillería pesada a través de aquellas calles cubiertas de escombros.

Aguéyev informó de todo aquello a Yeriómenko con una franqueza irritante, utilizando muchas de sus expresiones favoritas como «tonterías bienintencionadas», «cautela excesiva», «a mí la responsabilidad no me asusta ni me asustará nunca», y exigió el traslado urgente de la artillería pesada a la orilla izquierda.

Sin embargo, decidió presentar aquel informe en el momento más inoportuno: los partes que llegaban de la primera línea de combate eran alarmantes, faltaban refuerzos, los alemanes habían llegado a las afueras de Stalingrado y, según las últimas informaciones, habían empezado el asalto a la ciudad. La división de la guardia comandada por Rodímtsev aún estaba en camino.

Numerosos cañones antitanque, los regimientos de morteros de la Guardia y la artillería pesada retirados de la reserva por el Alto Mando soviético avanzaban hacia Stalingrado. Para su transporte se había empleado el gigantesco parque de vehículos de la reserva del Alto Mando.

Los alemanes, que sin duda detectaron aquel movimiento, se apresuraron a emprender el asalto decisivo.

La tensión y el nerviosismo iban en aumento. Los comandantes de algunas unidades solicitaban continuamente al Estado Mayor del frente el traslado de sus cuarteles generales a la orilla izquierda, aduciendo todo tipo de pretextos.

Fue entonces cuando Aguéyev se presentó ante Yeriómenko para exigir la retirada urgente de la artillería pesada hacia la orilla izquierda.

Entre muchas otras propuestas y peticiones similares, la de Aguéyev sí estaba justificada, bien fundada y era necesaria.

El general Yeriómenko rechazaba a diario decenas de demandas bien justificadas, pero la petición de Aguéyev era de acuciante y objetiva necesidad.

Sin embargo, en un mundo imperfecto cualquiera puede equivocarse, incluso un comandante del frente. Llevado por la inercia, Yeriómenko sospechó que Aguéyev pecaba de alarmista.

Ninguno de los colaboradores del Estado Mayor había estado presente en el encuentro entre aquellos dos hombres. Sólo trascendió que el informe de Aguéyev no había sido especialmente largo y que éste, al volver a su refugio, había arrojado sobre la mesa la carpeta con el informe y emitido un extraño sonido gutural; durante la noche, se había levantado dos veces para tomar unas gotas de valeriana y había puesto patas arriba su biblioteca de campaña en busca de algún libro que le consolara de su congoja.

Más tarde, los ordenanzas del comandante contaron a sus colegas del Estado Mayor que ninguno de los supuestos alarmistas había recibido una reprimenda tan dura como Aguéyev.

Lo que hizo Aguéyev al día siguiente demostró hasta dónde llegaban su espíritu de sacrificio y su amor puro y sacrificado por la causa común y por la artillería.

Regresó a la ciudad y, bajo su propia responsabilidad, que no era poca, ordenó que trasladaran dos grupos de baterías de artillería pesada a la orilla izquierda en unas balsas improvisadas. El mando del regimiento del que formaban parte aquellas dos baterías recibió la consigna estricta de permanecer en la ciudad. Al principio se procedió a mantener la comunicación entre los grupos y el mando del regimiento a través de un alambre que, siguiendo los consejos de Aguéyev, se había cubierto con alquitrán hasta que lo sustituyeran por un cable.

Al concluir la jornada, se comprobó la utilidad del traslado de la artillería pesada a la orilla izquierda: los cañones disparaban sin descanso, estaban fuera de peligro y el problema del suministro de municiones se resolvió por sí solo.

La comunicación telefónica no se había interrumpido ni una sola vez; los artilleros ya no estaban pendientes de los fusileros alemanes y se

habían dedicado únicamente a disparar; al dejar de preocuparse por la seguridad de los cañones, el mando pudo asistir a la infantería e informar a los artilleros de los movimientos de los grandes contingentes del enemigo que merecían la atención del dios de la guerra.

El cañoneo febril, nervioso y al azar dio paso a un fuego certero y demoledor.

Aquella maniobra reveló que el traslado de la artillería pesada a la otra ribera del río no era una simple retirada sino una necesidad vital. Aquel episodio fue el primero en demostrar que la artillería iba a desempeñar un papel crucial en la defensa de la ciudad y la primera muestra de la inestimable ayuda fraternal que la artillería emplazada en Zavolzhye brindaría a la infantería que combatía en Stalingrado.

Aguéyev volvió a visitar al comandante del frente. Al abandonar el búnker, se persignó disimuladamente.

Consciente de que todo aquello podía acabar muy mal para él actuó con toda la diplomacia posible. Por lo tanto, se abstuvo de lanzar sus habituales críticas a todos aquellos que actuaban con cautela. Le comunicó que había ordenado trasladar a la ciudad todos los morteros y piezas de artillería de que disponían los regimientos y batallones bajo su mando y que ya había transferido a Stalingrado a buena parte de los colaboradores del Estado Mayor de artillería. A continuación, Aguéyev informó al comandante de la situación de las dos baterías de artillería pesada establecidas en la orilla izquierda y encareció su acción al tiempo que recalcaba que el mando permanecía en la ciudad, «en la mismísima línea de combate», según dijo.

Yeriómenko, que ya había sido informado de que la tan largamente esperada división de Rodímtsev estaba llegando por fin a Krásnaya Slobodá, se puso las gafas y empezó a leer el proyecto del despliegue de la artillería pesada en el margen izquierdo del Volga que Aguéyev le había vuelto a presentar.

–¿Cómo llegaron allí esas dos baterías de artillería? –preguntó el comandante con voz aguda, casi de moza, señalando con un dedo en el informe.

Aguéyev carraspeó, se secó los labios con un pañuelo y, como su madre le había enseñado a decir siempre la verdad, respondió:

–Fui yo quien ordenó el traslado, camarada general.

Yeriómenko se quitó las gafas y le miró.

–A modo de ensayo, Andrei Ivánovich –se apresuró a añadir Aguéyev.

El general clavó la mirada en el informe sin decir palabra; su respiración era ronca, tenía la frente y los labios fruncidos.

Cuánto esfuerzo y cuánta preocupación representaban aquellas pocas líneas que resumían el plan…

¡La artillería de largo alcance concentrada en la ribera izquierda del Volga y supeditada al comandante del frente! ¡Grandes calibres, morteros pesados y lanzacohetes Katiusha! ¡Qué capacidad de destrucción y de maniobra, qué densidad de fuego y velocidad de concentración!

Aguéyev contó para sí los segundos. Cuando llegó a cuarenta y cinco, Yeriómenko aún no había pronunciado palabra.

«El viejo me entregará a un tribunal militar», [14] pensó Aguéyev del comandante, aunque éste sólo era ocho años mayor.

Volvió a sacar el pañuelo y miró con tristeza y atención las iniciales que su esposa había bordado con hilo de seda naranja.

Yeriómenko firmó la orden que aprobaba el plan.

–Tiene sentido –dijo.

–Camarada general, permítame que le diga que acaba de hacer algo muy importante –dijo Aguéyev emocionado–. Le juro por mi honor que su decisión será la garantía de nuestro indudable triunfo. Crearemos un núcleo de artillería con una capacidad de destrucción insólita.

El comandante apartó en silencio el documento y alargó la mano para coger los cigarrillos.

–¿Puedo retirarme, camarada general? –dijo Aguéyev mudando la voz, arrepentido de no haber mencionado «la cautela excesiva» que mostraba uno de los generales del Estado Mayor.

Yeriómenko se aclaró la garganta y la nariz, asintió despacio con la cabeza y dijo:

–¡Puede retirarse!

Cuando Aguéyev ya estaba en la puerta, Yeriómenko lo llamó y añadió:

–El Consejo Militar estrena hoy una sauna, venga sobre las nueve a hacernos compañía.

–Se ha librado –dijo uno de los decepcionados ordenanzas cuando el sonriente Aguéyev los saludó con la mano a modo de despedida y empezó a subir los escalones de tierra del refugio.

Fue durante aquella época tan feliz para Aguéyev cuando Darenski se puso a sus órdenes.

Durante la noche, Darenski, destinado en el Estado Mayor de artillería, tuvo que acudir dos veces a la llamada de su superior.

De naturaleza inquieta, Aguéyev se desesperaba cuando sus colaboradores dormían durante la noche, comían a la hora del almuerzo y descansaban después de terminar su turno.

Encargó a Darenski que, al amanecer, fuera al flanco derecho para comprobar cómo se había realizado el traslado de los cañones a través del río y su camuflaje en las nuevas posiciones, asegurarse del buen funcionamiento de la comunicación telefónica, por radio y por cable con el mando de los regimientos y las divisiones de artillería en la ciudad, supervisar el municionamiento y visitar los puestos de cambio de las divisiones.

Antes de que Darenski se marchara, Aguéyev le dijo:

–Manténgame informado todo el tiempo, comuníquese conmigo cada tres o cuatro horas a través de la segunda línea del 62.º ejército. Si descubre a algún oficial de rango superior en las posiciones de fuego, ordénele que vaya a la ciudad de inmediato. Tenga en cuenta que la sección de reconocimiento informó de la presencia de un importante contingente alemán concentrado en el sector sur, frente al barranco Kuporósnaya. Mañana pasaremos la primera prueba importante: el comandante quiere que realicemos un bombardeo masivo.

Aún faltaban dos horas para el amanecer, pero Darenski no tenía sueño, así que caminó despacio hacia su refugio.

El resplandor mortecino de un incendio iluminaba el Volga, tiñendo de rosa las ventanas de las isbas. Los focos alumbraban el cielo, los aviones zumbaban, los cañones retumbaban en la ciudad, sonaban ráfagas de ametralladora. Los centinelas emergían de repente de la oscuridad y preguntaban mecánicamente:

–¿Quién va?

En los últimos tiempos Darenski había soñado con la fatiga, con noches en vela y trabajo desbordante, con la responsabilidad y el peligro. Ahora, todos sus sueños se habían hecho realidad.

Al entrar en el refugio encendió una vela, dejó su reloj de pulsera en la mesa, sacó de la bolsa una hoja de papel y un sobre con la dirección ya

impresa y empezó a escribir una carta para su madre.

Mientras escribía consultaba de vez en cuando el reloj, a la espera del ruido que le haría saber que el coche había llegado junto al refugio.

> […] Tal vez ésta sea la primera carta en la que no te hable de mis sueños, por la sencilla razón de que al fin se han cumplido. No voy a describir mi viaje porque no fue distinto de cualquier otro en tiempos de guerra: una acumulación de polvo, chinches y otros insectos. Falta de aire, de sopa y de agua potable; estrecheces y alarmas nocturnas. Andenes sucios. En el camino sufrí, cómo no, un ataque de úlcera , pero te aseguro, y no estoy mintiendo, que fue muy leve. Ni me habría acordado si no te hubiese dado mi palabra de contártelo todo. He llegado a mi destino. Al principio las cosas no me fueron demasiado bien. Me desanimé, convencido de que o bien me quedaría para siempre en la reserva, o bien me destinarían a un lugar perdido de la retaguardia. Sin embargo, aquí se respira otra atmósfera. Han eludido las formalidades, de modo que ahora tengo un cargo activo y de responsabilidad en el Estado Mayor de artillería , trabajo sin descanso día y noche y estoy como embriagado. Esta noche tampoco he dormido; te escribo antes del amanecer, a punto de volver a partir. Ni siquiera sé cómo describirte mi estado actual. Mis compañeros de servicio, los artilleros, son gente magnífica, inteligente, educada y amable. El jefe me recibió con cordialidad. Se produjo un suceso que resolvió de un modo sorprendente; sabes tan bien como yo que un militar puede convertirse en un héroe no sólo ante el fuego enemigo.
>
> En pocas palabras, no quepo en mí de contento, como suele decirse. Siento una alegría indescriptible al ser consciente de la importancia de lo que estoy haciendo. Las cosas no podrían ir mejor, los nuestros combaten como leones, la moral es excelente y nadie duda de que venceremos.
>
> Por cierto, me han contado que vuelven a introducir hombreras [15] en las Fuerzas Armadas, que en las fábricas de la retaguardia ya las están confeccionando. Para los que están en servicio activo serán de color de oro y para los de la retaguardia, de plata.
>
> A propósito, ayer tomé vodka y comí carne de cerdo con pan negro, pero mi úlcera ni siquiera se inmutó. Al parecer, me he curado de repente.
>
> Bueno, estoy dispuesto a escribirte una carta interminable que acabará por aburrirte… Sólo te pido un favor: cuídate, no te preocupes ni sufras por mí. Escríbeme, cuéntame todo lo que haces, la dirección de mi correo de campaña está en el sobre. ¿Tienes leña para el invierno? Vuelvo a pedirte que no te preocupes por mí, no te angusties. Que sepas que jamás me he sentido tan feliz y contento como ahora.

Cerró el sobre, cogió otra hoja de papel y se quedó pensando en si debía escribir a la mecanógrafa mayor Anguelina Tarásovna al frente del Don o a Natalia Nikoláyevna, la joven médica que dos semanas atrás lo había acompañado hasta la estación.

No obstante, el ruido del coche interrumpió sus pensamientos. Darenski apartó la hoja, se levantó y se puso el capote.

21

El Estado Mayor del frente esperaba con angustiosa impaciencia la llegada de la división comandada por Rodímtsev, general de la Guardia.

Sin embargo, aquel desasosiego y el estado de tensión reinante en el Estado Mayor de Yeriómenko no tenían punto de comparación con lo que experimentaban los combatientes emplazados en la orilla derecha, en Stalingrado…

El 10 de septiembre los alemanes comenzaron el asalto definitivo a la ciudad. Dos ejércitos germanos –el 6.º y el 4.º acorazado– atacaron Stalingrado desde el sur, el oeste y el norte con el apoyo de la aviación.

En aquella ofensiva el enemigo contaba con más de cien mil hombres, quinientos carros de combate, alrededor de mil quinientas piezas de artillería y mil aviones.

El 8.º Ejército italiano cubría el avance de las tropas alemanas en el norte y las divisiones del 6.º Cuerpo hacían lo propio en el sur.

El ataque principal partía desde Zeliónaya Poliana, Peschanka y Vérjniaya Yelshanka en el sur y desde Gorodische y Gumrak en el oeste. Simultáneamente, el enemigo aumentó la presión en el sector de la fábrica de tractores y las colonias de la Octubre Rojo desde el norte.

Como consecuencia de los potentes golpes que en aquellos días claros de septiembre descargaba el martillo de la ofensiva alemana desde el sur y el oeste, la defensa del 62.º Ejército soviético se fue reduciendo y replegando hacia el Volga.

Aunque se repelieron los ataques que el enemigo había lanzado desde el sur, en la tarde del 13 de septiembre el avance de los alemanes desde el oeste logró penetrar los barrios céntricos de la ciudad y conquistar, una tras otra, sus calles.

El espacio que separaba a los germanos del Volga se fue reduciendo drásticamente. Tan sólo un contraataque desesperado de los soviéticos pudo frenar por espacio de unas horas el avance del enemigo.

La fábrica de tractores, la Barricada y la Octubre Rojo seguían bajo el control del 62.º Ejército, además de una franja costera de diez kilómetros de largo y no más de dos o tres de ancho que las separaba del centro de la ciudad.

En aquel accidentado terreno atravesado por numerosos barrancos perpendiculares al curso del río se encontraban una industria cárnica, varias colonias obreras, los terraplenes de las vías férreas que bordeaban el Volga en dirección a las fábricas y unos depósitos de combustible pintados con enormes manchas rojizas, verdes y negras en forma de coma que los hacía aún más visibles en el transparente aire otoñal.

En aquel mismo sector había una elevación de terreno que dominaba la ciudad y el río. Los militares la llamaban cota 102 y los habitantes de Stalingrado, Mamáyev Kurgán. Tras varias semanas de combates, los civiles, habituados ya a leer los mapas militares, pasaron a denominarla cota 102 y los combatientes, hermanados con la ciudad, empezaron a llamarla Mamáyev Kurgán.

Más al sur, en el centro de Stalingrado, la franja de tierra que ocupaba el 62.º Ejército seguía estrechándose; una parte de las calles del centro había caído en poder de los alemanes, y desde el sector de los embarcaderos y el monumento a Jolsunov, hacia la desembocadura del Tsaritsa en el Volga y el elevador de granos, aquella franja se reducía a la nada. Los alemanes habían llegado al Volga.

Hacia mediados de septiembre, los extensos barrios industriales del sur de Stalingrado –el de la central eléctrica, la fábrica 95 y las aldeas Beketovka y Krasnoarmeisk–, protegidos por los ejércitos 64.º y 37.º, quedaron aislados del centro de la ciudad.

El 23 de agosto, cerca de Yérsovka y Okátovka, los alemanes habían logrado aislar el 62.º Ejército de las tropas destacadas al noroeste de Stalingrado. En consecuencia, se había visto dentro de un cerco enemigo de cincuenta kilómetros cuadrados en forma de herradura cuyos extremos tendían a acercarse: al este se encontraba el Volga y al norte, al oeste y al sur, las divisiones alemanas.

Durante aquellos días, el puesto de mando del 62.º Ejército cambió de ubicación tres veces. Desde la cota 102, después de que el enemigo se lanzara a su conquista, el Estado Mayor se había trasladado a una mina junto al río Tsaritsa. Una vez los alemanes consiguieron también alcanzarla, el comandante del ejército ordenó trasladar el Estado Mayor hasta un despeñadero sobre el Volga, cerca de la fábrica Octubre Rojo, al pie de los tanques de combustible.

No hacía falta tener conocimientos en materia militar ni demasiada imaginación para figurarse, con sólo echar un vistazo al mapa, los

sentimientos y el estado de ánimo de los oficiales de aquel ejército atrapado en un cerco enemigo que se iba estrechando con cada hora que pasaba.

Antes de que llegaran los refuerzos, Chuikov sólo tenía a su disposición divisiones de fusileros mermadas por las bajas, brigadas acorazadas extenuadas, unidades de infantería de marina, de cadetes y destacamentos de la milicia para hacer frente a los cien mil hombres que el mando alemán había destinado para emprender el asalto a la ciudad.

En la mañana del 14 de septiembre las tropas soviéticas contraatacaron en el sector central del frente e hicieron retroceder al enemigo. Sin embargo, gracias a la potencia de sus blindados y aviones, los alemanes lograron neutralizar el avance soviético y continuaron el asedio de los barrios del centro.

Antes de las tres de la tarde, tropas alemanas ocuparon la estación de tren Stalingrado 1 y ampliaron considerablemente la brecha que habían abierto en el centro de la ciudad.

22

Las explosiones de las bombas estremecían el refugio del general Chuikov desde la mañana.

El comandante estaba sentado sobre un catre cubierto con una manta gris. Permanecía con los codos apoyados en una mesita y los dedos enredados en el pelo mientras repasaba ceñudo, con los ojos enrojecidos por el insomnio, un plano de Stalingrado. Su pelo crespo y enmarañado, la nariz carnosa y prominente, sus ojos pequeños y oscuros aunque brillantes por debajo de los arcos salientes de las cejas y los labios gruesos conferían a su cara robusta y morena una expresión huraña, autoritaria y seductora a un tiempo.

El comandante suspiró, cambió de postura y se sopló la piel de la mano derecha, que le escocía insoportablemente. Se le había agravado el eccema nervioso que padecía, y lo atormentaba tanto durante las ensordecedoras incursiones aéreas diurnas de los alemanes como durante el trabajo incesante y febril que realizaba por las noches.

La lámpara eléctrica, colgada sobre la mesa, se balanceaba; las tablas blancas y algo húmedas que revestían las paredes y el techo del refugio

crujían y lanzaban suspiros de sufrimiento. La funda de cuero amarillo del revólver que colgaba de la pared oscilaba como un péndulo unas veces, otras se agitaba amenazando con descolgarse del clavo que la sujetaba. La cucharilla que había sobre un platillo junto a un vaso de té sin terminar tintinaba, contagiada del temblor de la tierra. A la luz vacilante de la lámpara, las sombras de los objetos del refugio ora trepaban temblorosas por las paredes, ora descendían hacia el suelo.

A ratos, aquel estrecho refugio cabeceaba como el mareante camarote de un barco durante una tormenta.

Los estallidos más allá de la gruesa bóveda y de la doble puerta se convertían en un zumbido continuo, quejumbroso, casi tangible, pesado y tenaz. Aquel sonido traspasaba el cráneo, arañaba el cerebro, hería los ojos y abrasaba la piel, penetraba hasta las entrañas, dificultaba la respiración y enmarañaba los latidos del corazón. Aquél no era sólo un sonido sino la mezcolanza del temblor febril de la tierra, de la roca, del bosque…

Así era como empezaba cada mañana: desde el amanecer hasta la puesta del sol los alemanes bombardeaban sin descanso los distintos sectores de la ribera.

El general se pasó la lengua por los labios y las encías, secos a causa de haber fumado un cigarrillo tras otro durante la noche, y gritó con fuerza a su ordenanza mientras seguía examinando el mapa:

–¿Cuántos hoy?

Aunque no oyó con claridad la pregunta del general, el asistente sabía qué era lo primero que solía preguntar por la mañana, y contestó:

–Hasta veintisiete monomotores. –Luego se inclinó sobre la mesa y dijo cerca del oído del comandante–: No descansan, los muy cabrones: cuando unos se van, otros se lanzan en picado, ola tras ola, rasando la tierra. Están bombardeando a unos ciento cincuenta metros de aquí.

Chuikov consultó el reloj y vio que eran las ocho menos veinte minutos. Los aviones alemanes solían retirarse pasadas las ocho de la tarde, así que «sólo» había que aguantar unas doce o trece horas más de bombardeo… «Unos ochocientos minutitos», contó, y pidió a voz en grito:

–¡Cigarrillos!

–¿Tomará té? –preguntó sin haber oído la petición el ordenanza; al ver el rostro ceñudo del comandante, se apresuró a decir–: Entendido, cigarrillos.

Un hombre robusto, de frente ancha y pelo ralo que lucía galones de comisario de división, entró en el refugio. Era Gúrov, miembro del Consejo Militar. Se enjugó la frente y las mejillas con un pañuelo y explicó resollando:

–No he podido quedarme en la cama, el despertador de los alemanes volvió a sonar a las siete y media en punto.

–Debes de sufrir del corazón, camarada miembro del Consejo Militar –le gritó el comandante moviendo la cabeza–: ¡Apenas puedes respirar!

Los instructores políticos que habían conocido a Gúrov en el Instituto militar pedagógico y volvieron a coincidir con él en los difíciles días de la defensa de Stalingrado eran de la opinión de que el Gúrov de antes no era muy distinto del Gúrov que ahora ejercía el cargo de miembro del Consejo Militar. En cambio, el mismo Gúrov creía que la guerra lo había cambiado por completo. A veces deseaba que su hija hubiera visto a su «papaíto» atravesar el cerco enemigo en un blindado cerca de Protopópovka en la primavera de 1942 o, como ahora, abrirse paso entre las ruinas en compañía de un tirador para alcanzar el puesto de mando de la división, que resistía los ataques que los alemanes lanzaban por tierra y aire.

–¡Eh! –gritó hacia el fondo en penumbra del pasillo el comandante–, ¡diles que sirvan el té!

Cuando una joven con botas de lona –quien ya sabía lo que quería decir «té» en boca del comandante en una mañana como aquélla– hubo traído arenques con cebolla, caviar y lengua ahumada de vaca, el comisario de división, al verla colocar dos copas de cristal tallado sobre la mesa, le dijo:

–Ponga una más, el jefe del Estado Mayor está a punto de llegar.

Se señaló la cabeza dando a entender que el bombardeo le trastornaba y preguntó al general:

–¿Cuánto tiempo llevamos sin vernos? ¿Unas cuatro horas?

–Menos. La reunión del Consejo Militar acabó pasadas las cuatro, y el jefe del Estado Mayor estuvo conmigo unos cuarenta minutos más intentando desnudar a un santo para vestir a otro –dijo el comandante.

Gúrov miró con enojo la lámpara que oscilaba sobre la mesa y la detuvo con la mano.

–La pobreza no es pecado –se justificó–: además, pronto seremos ricos, y mucho –sonrió y continuó–: Ayer conseguí llegar al cuartel general del regimiento de infantería comandado por el mayor Kaprónov. Éste, junto con sus hombres, permanece bajo tierra en una cañería de agua alimentándose

de sandías y diciendo: «Como son diuréticas, nos quedamos en nuestra cañería y no necesitamos ir más lejos». Allí la oscuridad es absoluta. Por suerte, Kaprónov tiene un gran sentido del humor. *

El comandante descargó un puñetazo en la mesa y bramó, no para ahogar el ruido proveniente del exterior, sino a causa de la furia y la congoja que lo devoraban:

–¡Yo exijo a mis soldados y oficiales lo imposible, lo sobrehumano! ¿Y qué refuerzos puedo ofrecerles a cambio? ¿La compañía, la batería y el blindado ligero de los que dispongo para la protección del Estado Mayor? ¡Esos hombres poseen un valor extraordinario!

Volvió a golpear la mesa, esta vez con tanta fuerza que incluso la vajilla, acostumbrada a los bombardeos, rebotó. El rostro del comandante se ensombreció:

–¡Si los refuerzos no llegan a tiempo, armaré a los miembros del Estado Mayor con granadas y los mandaré al ataque! ¡Qué demonios! Es mejor que seguir en esa ratonera o que chapotear en el agua. ¡Al menos me recordarán! No dirán de mí que abandoné sin refuerzos las tropas que tenía a mi cargo.

Frunció el ceño y miró con hosquedad, con las manos sobre la mesa. Después de un largo silencio, una sonrisa pícara se extendió por la cara del general desde el ángulo de sus ojos.

Aquella sonrisa, tras salvar despacio y con esfuerzo el pliegue huraño de los labios, le iluminó todo el rostro. Su expresión amenazadora se despejó para volverse risueña.

Posó la mano en un hombro del comisario de división y le aseguró:

–Usted acabará por adelgazar aquí, es decir, acabarás por adelgazar. –Aunque la víspera se habían dado los tres besos solemnes y habían acordado tutearse, aún no se habían acostumbrado y lo olvidaban–. ¡Ya verás como adelgazas!

–Lo sé –dijo Gúrov y sonrió al comandante–. Y no será sólo por culpa de los alemanes.

–Exacto, también será por mí, verás cuánto vale mi famosa «dulzura» de carácter. Aunque no es nada grave, tu corazón te lo agradecerá.

Descolgó el teléfono y gritó en el auricular:

–¡Póngame con el número dos!

Una vez se estableció la conexión, dijo:

–Le felicito por el bombardeo matutino, pero llega usted tarde. ¿Qué le ocurre? ¿Está descansando? No se demore, el té se está enfriando.

El comisario de división puso la mano sobre la cucharilla que tintinaba sobre un platillo y la exhortó:

–Deja de temblar de una vez.

Luego alzó la mano para detener otra vez la oscilación de la lámpara.

En ese momento entró Krilov, jefe del Estado Mayor de Chuikov. Todo él irradiaba calma, algo inusual en aquel ambiente. La voluminosa cabeza con el pelo mojado y bien peinado, la frente despejada y lisa, la cara ancha con una nariz prominente, los grandes ojos castaños con expresión de cansancio, los gruesos carrillos recién afeitados de cutis algo poroso que olían a agua de colonia, las manos blancas con las uñas cuidadosamente recortadas, la tira blanca que asomaba por encima del cuello de su guerrera, la suavidad de movimientos y la sonrisa atenta con la que había mirado la mesa puesta eran propias de un hombre dueño de una tranquilidad inquebrantable e innata.

Su voz, aunque baja, era audible en mitad del estruendo de la guerra, de modo que no tenía necesidad de desgañitarse como otros. Quizás era porque tenía la habilidad de tomar la palabra durante los momentos en que el rumor del bombardeo amainaba; tal vez porque había aprendido a utilizar un timbre de voz que el estrépito de la guerra era incapaz de ahogar, o bien porque su calma era tal que el fragor de los asaltos no hacía mella en ella y, cual mancha de aceite, flotaba en la superficie de las aguas retumbantes.

El fragor del asedio lo había acompañado desde el principio de la guerra, y estaba tan acostumbrado a él como un herrero al retumbar de su martillo contra el yunque.

En otoño de 1941 había sido jefe del Estado Mayor del ejército que defendía Odessa; después ocupó el mismo cargo en el ejército que defendió Sebastópol durante doscientos cincuenta días. Cuando los alemanes tomaron la ciudad consiguió escapar en un submarino junto al comandante Petrov. Ahora era jefe del Estado Mayor del ejército que defendía Stalingrado.

El miembro del Consejo Militar, tal vez porque disfrutara al ver el rostro sereno del jefe del Estado Mayor, preguntó con una sonrisa:

–¿Qué noticias hay del sector sur?

–La artillería nos apoya desde la orilla opuesta del Volga, ha causado estragos entre las filas alemanas. Fue un acierto trasladarla allí. Estuvo

bombardeando la zona sur de la ciudad durante todo el día. Mis colaboradores contaron, ayer, mil cien salidas de cazas alemanes.

Chuikov se encogió de hombros y dijo:

–A mí esos cálculos no me sirven de nada.

El jefe del Estado Mayor asintió con una sonrisa:

–Menuda bobada, es como medir el agua –y luego prosiguió ya en un tono grave–: Nuestros blindados pesados, los Kliment Voroshílov, repelieron un ataque de los tanques alemanes. Ayer la cifra de bajas fue menor que el día anterior, y creo que cabe atribuirlo a que los alemanes cuentan ahora con menos carros de combate. La cosa está clara, pero no por eso nuestra situación ha mejorado. El enemigo bombardea desde el aire el barrio Voroshílovski y sigue atacando por tierra y aire desde Gumrak, Gorodische y Bekétovka. Por las cartillas militares de los soldados alemanes muertos supimos que desde ayer dos nuevas divisiones operan en nuestra zona. En cuanto al sector sur, ¡seguimos resistiendo! Esta noche hemos detectado una nueva concentración de tropas y blindados en la zona de la fábrica de tractores. Por lo visto, el enemigo considera prácticamente cumplida su misión en la ciudad y está reagrupando sus fuerzas. Hemos constatado la salida de numerosos aviones hacia las fábricas, sin duda en misión de reconocimiento.

–Y yo, sabiendo que el enemigo está reagrupando sus fuerzas para el asalto definitivo, ¿de dónde sacaré hombres para detenerlo? ¡Será a mí a quien se le pedirán responsabilidades! ¡Yo mismo me las pediré! Ya hemos perdido la estación de tren, el molino, la sede del Gosbank, [16] el Centro de Expertos… –dijo el comandante.

Guardaron silencio durante un rato. El bramido de los estallidos se amplificaba, se acercaba cada vez más al cuartel general. El plato que había en el borde de la mesa cayó al suelo y se rompió sin que oyeran el ruido, como en una película muda.

El jefe del Estado Mayor dejó a un lado el tenedor, entreabrió la boca y entornó los ojos. La vibración de la tierra y del aire se volvió insoportable, como si una aguja incandescente les barrenara el cráneo. Los rostros de aquellos hombres se paralizaron. De pronto el refugio entero empezó a temblar, crujir y sacudirse como un acordeón cuyo fuelle desplegaran y volvieran a plegar con brusquedad las manos de un borracho.

Los tres hombres se irguieron y alzaron la cabeza pensando que iban a morir. A continuación, sobrevino un silencio ensordecedor, opresivo.

El comisario de división sacó un pañuelo y lo agitó cerca de su cara. El jefe del Estado Mayor se tapó los oídos con sus grandes palmas blancas.

–Me di prisa para desprenderme del tenedor porque pensé que se reirían de mí cuando me desenterraran y me vieran con un tenedor en la mano –confesó Krilov.

El comandante le miró de soslayo y preguntó:

–Sea como fuere, reconózcalo: en Sebastópol nunca les bombardearon con tanta dureza, ¿verdad?

–No sé qué decir, pero quizá…

–¡Ajá, usted dice quizá! –le interrumpió el comandante expresando con aquel «ajá» alegría, amarga fiereza y triunfo. Acaso envidiara al jefe del Estado Mayor por haber vivido la defensa de Sebastópol y pretendiera que nada en la guerra pudiera compararse con el peso con que él, Chuikov, había aceptado cargar. De todos modos, parecía que estaba en lo cierto.

–No, en Sebastópol no fue como aquí. El general Petrov no nos llega a la suela del zapato –dijo Gúrov resollando con una sonrisa pícara.

El comandante rió al ver que aquél parecía haber adivinado sus pensamientos.

–Y bien, parece que la cosa se ha calmado –observó Chuikov–. Brindemos, pues, por Sebastópol.

Apenas hubo pronunciado aquellas palabras, afuera volvió a oírse un sonido ululante y acto seguido un terrible mazazo sacudió el refugio; la estructura crujió, y a través de las tablas reventadas cayó tierra sobre la mesa.

Por un instante, los objetos y las caras de aquellos tres hombres desaparecieron en una nube de polvo; tan sólo se oían explosiones a derecha e izquierda que se fusionaban en una especie de redoble de tambor ensordecedor y continuado.

Cuando el polvo empezó a asentarse, el comandante miró, tosiendo y estornudando, la mesa, la lámpara que milagrosamente seguía intacta y encendida, el teléfono que había caído al suelo, la almohada cenicienta, las caras tensas y lívidas de sus compañeros. Entonces sonrió de repente con expresión cándida y dijo:

–¿Qué pecados cometimos para acabar en Stalingrado?

Fue tal el asombro pueril que contenía aquella sonrisa del comandante y tan humanas y espontáneas habían sonado sus palabras, como en boca de un soldado raso, que los presentes no pudieron reprimir una sonrisa.

El ordenanza, frotándose con la mano la cabeza golpeada, informó:

–Camarada comandante, un colaborador del Estado Mayor ha muerto, dos están heridos y el refugio del administrador ha quedado destruido.

El comandante, serio y tenso de nuevo, miró la cara de desconcierto del ordenanza y le espetó con brusquedad:

–¡Que la comunicación se restablezca de inmediato!

–Desde luego, esto no es Sebastópol… –ratificó el comisario de división, repitiendo la frase que tanto le había gustado.

–Claro que no –asintió el comandante–, además, aquí es más difícil organizar la defensa: todas las calles llevan al Volga, son rectas, cortas y están al alcance de las balas desde la primera hasta la última casa.

El oficial de guardia entró en el refugio.

–Muéstremelo –dijo el comandante y tendió la mano hacia el fajo de partes y cables cifrados que traía el oficial, sin dejar que éste, como establecía el reglamento, le informara–. La 13.ª División de la Guardia está llegando al Volga y ya puedo disponer de ella –anunció con solemnidad.

Todos se inclinaron sobre el telegrama.

–¡Diablos! –profirió el comandante y se puso en pie de un salto–. Debemos asegurarnos de que crucen el río hoy mismo. ¡Ojalá hubiese sido ayer! ¡Hubiéramos impedido que el enemigo se adentrara tanto en la ciudad!

–Un solo día más –dijo Gúrov–. Eso es lo que los estudiantes siempre piden, un día más para preparar el examen. Y nosotros, lo mismo.

–Llevaremos hasta el muelle todos los blindados que nos quedan para proteger la travesía. ¡Ni un solo hombre abandonará la primera línea de combate! El Estado Mayor conducirá los blindados.

–Es una división completa –comentó el jefe del Estado Mayor–, espero que con su llegada mejore la situación que hace un minuto yo creía gravísima.

–Rodímtsev ha venido a salvarme –rió el comandante.

*

Fueron tres los acontecimientos de capital importancia para la defensa de Stalingrado que tuvieron lugar en la primera mitad de septiembre de 1942: la ofensiva de las tropas soviéticas al noroeste de la ciudad, la concentración de la artillería pesada en el margen izquierdo del Volga y el

traslado a la orilla derecha de las divisiones de refuerzo, entre ellas la de Rodímtsev.

La ofensiva que los soviéticos habían lanzado al noroeste por orden del Alto Mando tuvo como consecuencia la movilización de grandes contingentes de tropas alemanas e italianas, lo cual permitió a los rusos resistir hasta la llegada de refuerzos en un momento clave en que el mando germano se apresuraba a anunciar la toma de Stalingrado.

El comandante del frente era plenamente consciente del poder de la artillería cuando se la reunía en un puño. Entonces, se convertía en una pistola que podía apuntar al corazón del enemigo. Minusvalorar la importancia de Rodímtsev se antojaba complejo. Pero el comandante de artillería no era del gusto del comandante del frente. Tampoco le caía en gracia a Chuikov. Los hombres que poseen un carácter fuerte no suelen tener en gran estima a quienes los salvaron en sus momentos de flaqueza y los ayudaron a ganar fuerzas de nuevo. Este es un hecho incontrovertible.

23

La división de Rodímtsev cruzó el Volga sin dilación. Los batallones se apeaban de los camiones, y allí mismo, junto al agua, los brigadas abrían cajas y sacos para distribuir municiones, granadas, espoletas, conservas, picatostes, caldo concentrado y azúcar a los combatientes. [‡]

Acto seguido, compañía por compañía y sección por sección, los combatientes embarcaban en las lanchas motoras, las gabarras y los transbordadores. El crujido de los pasos en la arena mojada cedía al seco repiqueteo de centenares de botas pesadas contra las tablas de la cubierta, como si acompañaran el embarque con redobles regulares e inquietantes de tambor.

Jirones de niebla amarilla flotaban a ras del agua, como resultado de los botes de humo que se estaban destapando cerca del embarcadero. A través de la bruma, iluminada por el sol, la ciudad se elevaba almenada, blanca, llena de vida y elegante desde lejos, como perfilada por encima del despeñadero. Parecía que no pudiera albergar chozas sino sólo palacios… Sin embargo, aquella imagen tenía algo de insólita y aterradora, pues la

ciudad permanecía muda y ciega; las ventanas no brillaban al sol, y los corazones de los soldados adivinaban que detrás de aquel dibujo de blanca piedra había sólo vacío.

El día era luminoso; el sol, con alegría y una generosidad despreocupada, bañaba con su riqueza todas las cosas grandes y pequeñas de la tierra.

El calor del sol penetraba en las bordas ásperas de las lanchas, en los goterones blandos de alquitrán, en las cucardas verdes y estrelladas de los gorros, en los cargadores de las metralletas y en los cañones de los fusiles. El sol calentaba las fundas de las pistolas de los oficiales, el cuero lustroso de los portaplanos y las hebillas de los cintos. Entibiaba el agua rápida del río, el viento sobre el Volga, los sarmientos rojizos de los viñedos, el follaje triste y amarillento, la arena blanca, los casquillos cobrizos de los proyectiles y los cuerpos de hierro de las minas que esperaban ser trasladados a la otra ribera.

Apenas la primera gabarra alcanzó el centro del río, los cañones antiaéreos empezaron a tronar junto al embarcadero. Unos Messerschmitt de color gris y amarillo, marcados con cruces negras, atravesaron en vuelo rasante el Volga de sur a norte, a toda velocidad, aullando y graznando repulsivamente, escupiendo ráfagas de ametralladora.

Al girar su delgada panza amarilla, el caza que lideraba el escuadrón viró con brusquedad y, entre aullidos y graznidos, se abalanzó de nuevo sobre las gabarras y los pontones desperdigados sobre el río. El aire se llenó con una variedad de timbres de disparos de mina y de proyectil; el agua, surcada por las balas, chasqueaba. Una mina pesada impactó en un pontón pequeño, que por un instante quedó envuelto en humo, fuego y salpicaduras; cuando el humo se disipó, los pasajeros de las gabarras y los otros pontones vieron como aquellos hombres, heridos y mutilados por la explosión, se ahogaban silenciosamente en el agua, arrastrados hacia el fondo del Volga a causa del peso de las granadas y de los zurrones llenos de cartuchos.

Conmocionados, sus compañeros los veían ahogarse, mientras los pontones, las gabarras y las lanchas motoras seguían su camino rumbo a la orilla derecha.

La división se acercaba a Stalingrado. Es imposible describir qué sentían o en qué pensaban aquellos centenares de soldados al pisar las gabarras, al ver agrandarse la franja fluida entre la llana orilla de Zavolzhye

y la borda de la embarcación, al escuchar el chapoteo inquietante del agua y el canto de las minas al tiempo que veían emerger la ciudad blanca entre la bruma.

Durante los eternos minutos de travesía los combatientes permanecían en silencio; eran muy pocos los que, de tanto en tanto, pronunciaban alguna palabra. En aquellos momentos se quedaban en suspenso, inactivos, incapaces de disparar, atrincherarse ni lanzarse al ataque. Sólo podían pensar.

¿Sería posible narrar los sentimientos de aquellos centenares de hombres? ¿Sería posible comprender el caos en el que se mezclaban las esperanzas, los miedos, los recuerdos, los amores, los pesares y los afectos de seres tan distintos: padres de familia y muchachos, ciudadanos y campesinos originarios de Siberia, de los campos de Ucrania y de Kubán, de ciudades y colonias obreras?

24

Cuando la gabarra zarpó, Vavílov se colocó junto a la borda buscando instintivamente el lugar que quedaba más cerca de la orilla.

Tras los incesantes bocinazos, el ruido de los camiones, el pataleo retumbante y las voces de mando que habían acompañado el embarque, el silencio que sobrevino resultaba extraño; apenas si se oía el chapoteo del agua contra la borda, y el viento traía de vez en cuando el zumbido del motor del remolcador.

Una brisa húmeda refrescaba los rostros acalorados, los labios secos y cortados y los párpados irritados a causa del polvo de los caminos.

Vavílov escudriñó el río, la orilla cercana, al alcance de la mano. Como él, los combatientes que le rodeaban callaban y miraban a su alrededor. El lento avance de la gabarra los angustiaba, en tanto que la distancia que la separaba de la orilla de Zavolzhye parecía aumentar con rapidez: ya no se veía la arena del fondo y el agua había adoptado una tonalidad gris, metálica. Mientras tanto, la ciudad envuelta en una bruma blanca seguía pareciendo lejana, como si la gabarra no pudiera alcanzarla aunque estuviera navegando durante todo el día.

La corriente la desviaba de su rumbo; la maroma que la unía al remolcador vibraba con la tensión. En un momento, la gabarra viró, la maroma se aflojó y se hundió en el agua. Entonces pareció que el menor movimiento del remolcador tiraría bruscamente de la maroma, la rompería y la corriente arrastraría la gabarra río abajo, cada vez más lejos de la ciudad silenciosa, a lo largo de la tranquila ribera donde sólo habría arena blanca y pájaros… Después, las orillas desparecerían, la gabarra navegaría hasta salir al mar, y sólo quedarían las nubes en el cielo, el agua azul y el silencio; por un instante los soldados desearon marcharse lejos, huir hacia la paz y el silencio, donde no habría nadie, alejar de sí la guerra aunque nada más fuera por un día o sólo una hora.

Sus corazones dieron un brinco cuando el remolcador tiró de la maroma para tensarla, pero la gabarra siguió avanzando lentamente. Usúrov, de pie al lado de Vavílov, sacudió su macuto y protestó:

–Está vacío, sólo hay una muda, un trozo de jabón, hilo y una aguja... cabe todo en una mano. Tuve que dejar el resto por el camino.

Aquélla era la primera vez que Usúrov le dirigía la palabra después del incidente del chal. Vavílov le dirigió una mirada distraída. ¿Acaso le había hablado porque quería reconciliarse con él?

–¿Por qué lo hiciste? ¿Te pesaba? –preguntó Vavílov.

–No. Cuando me alisté, cargué tanto el macuto que mi mujer no podía levantarlo. Acabé por desprenderme de todo aquello porque en mí ya no anida la avaricia que me dominaba cuando era civil, ahora no me sirve de nada.

Vavílov comprendió que Usúrov no se había dirigido a él sólo para charlar. La conversación era seria. Señaló con la cabeza en dirección a la orilla derecha y dijo con sorna:

–¿Para qué los trastos? Allí no hay mercadillo.

–Es verdad –asintió Usúrov y contempló la ciudad enorme que se extendía a lo largo de decenas de kilómetros bordeando el Volga, una ciudad en la que ya no había mercados, cervecerías, baños públicos, sesiones de cine, guarderías ni colegios.

Usúrov se acercó a Vavílov y le susurró:

–Estamos a punto de intervenir en un combate mortal y debemos desprendernos de todas esas fruslerías –y agitó su macuto vacío.

Aquellas palabras, pronunciadas a bordo de una lenta gabarra en mitad del Volga por un hombre que no era un santo varón, tuvieron un curioso

efecto en Vavílov, como si una brisa le hubiese acariciado el pecho. Una tristeza y una calma insólitas se apoderaron de él.

Mientras, Stalingrado se erguía bajo un cielo despejado. Una ciudad por cuyas plazas y calles vacías vagaba la desgracia, cuyas fábricas no hacían ruido ni echaban humo, en cuyas tiendas no se vendía nada, una ciudad en la que los maridos no discutían con sus mujeres, los niños no iban al colegio y no se cantaba al son de los acordeones en los parques de las afueras.

Fue en aquel momento cuando un escuadrón de cazas alemanes irrumpió en el cielo; las minas y los proyectiles empezaron a explotar en el agua y el aire, desgarrado por la metralla, estalló en gemidos.

Entonces algo extraño le sucedió a Vavílov. Al principio corrió junto con los demás hasta el borde de la popa para situarse, aunque sólo fuera un paso, más cerca de la orilla de donde había zarpado la gabarra; con la mirada, calculó la distancia y las posibilidades de llegar a nado a la orilla. La gente se había apiñado en la popa, el calor era sofocante y costaba respirar. El olor a sudor y el resuello acelerado del gentío allí agolpado se impusieron sobre la frescura del viento del Volga, como si, en lugar de la vastedad del cielo, les cubriera el techo de un vagón. Algunos conversaban, los más callaban; todos tenían los ojos inyectados en sangre y miraban trastornados.

Por un instante, fue como si la ciudad hacia donde los arrastraba el remolcador los repeliera al tiempo que las tranquilas arenas de Zavolzhye se les antojaban familiares y deliciosas.

Recordó fugazmente el camino, primero los instantes que precedieron su llegada al Volga y la descarga de los vehículos; después toda la ruta se le vino a la memoria en una visión sombría: remolinos de polvo, ojos irritados, caras tiznadas cuyos ojos parecían asomar de entre la tierra, las manchas ásperas y blanquecinas de los saladares en la estepa, los cuellos de serpiente de los camellos, las cabezas canosas de las viejas refugiadas, los rostros de desesperación de las madres inclinadas sobre sus bebés empapados y sollozantes...

Recordó a una joven ucraniana que había perdido la razón. Estaba sentada en el margen de la carretera con un morral a la espalda, mirando con ojos dementes la densa polvareda amarilla que cubría la estepa y gritando:

–¡Trojim! La tierra está ardiendo… ¡Trojim! ¡El cielo está ardiendo!

Una vieja, su madre tal vez, la agarraba de las manos para impedir que se rasgara la ropa.

La memoria de Vavílov se remontó aún más allá en el tiempo. Volvió a ver a sus hijos dormidos y el rostro de su mujer cuando él había salido de su patio al encuentro de aquella aurora roja.

El recorrido de su memoria cruzó por delante del cementerio donde estaba enterrados sus padres y su hermano mayor, atravesó el campo donde se erguía el centeno, verde y alegre como la juventud pasada de Vavílov, y más allá conducía hacia el bosque, el río y la ciudad. Vavílov caminaba por esa senda, fuerte y contento, y a su lado iba Maria... Vania, su hijo menor, los seguía con sus piernecitas curvadas…

La añoranza le abrasó las entrañas. Aquello que más amaba en el mundo –su vida, la tierra, su mujer, sus hijos– estaba ante sus ojos, donde el remolcador los llevaba, mientras que atrás quedaban la orfandad y el polvo amarillo. Por los caminos de Zavolzhye ya no llegaría hasta su casa, sino que la perdería para siempre. Allí, en mitad del Volga, dos caminos se habían cruzado para separarse de nuevo, por los siglos de los siglos, como en un cuento que Vavílov había oído en su infancia.

Vavílov se apartó de la multitud apiñada en la popa y caminó a lo largo de la borda sin dejar de mirar las columnas de agua que se alzaban tras el impacto de cada proyectil.

El enemigo trataba de impedir que llegara a casa, intentaba empujarlo de nuevo hacia la estepa de Zavolzhye, le apuntaba con sus minas y proyectiles, le atacaba desde el aire.

La ciudad ya estaba cerca; empezaban a distinguirse los marcos vacíos de las ventanas, las paredes derruidas y agrietadas, las chapas de hojalata retorcida de los tejados, el empedrado hundido de las calles, las vigas combadas que colgaban de los techos y los restos de cabrios calcinados. En el embarcadero, cerca del agua, había un coche con las portezuelas abiertas; daba la sensación de que aquel vehículo, a punto de entrar en el río, hubiera cambiado de idea en el último momento. No se veía a nadie, por ningún lado.

Mientras tanto, la ciudad seguía creciendo, ampliándose y mostrando cada vez más detalles, rasgos de una ciudad triste, silenciosa, apacible, grave y atrayente…

La sombra oblicua del despeñadero, con sus casas encima, se había posado ya en el agua; los proyectiles sobrevolaban aquella franja ancha,

sombría e inmóvil y caían más allá.

El remolcador empezó a girar remontando la corriente; la gabarra viró y el agua, que fluía con fuerza a lo largo de la orilla, la arrastró hacia el embarcadero.

Muchos de los combatientes habían pasado de la popa a la proa, y la sombra severa y fría que arrojaban las casas incendiadas cubrió sus rostros, demudándolos, cada vez más tristes, cada vez más pensativos y tranquilos.

–Ya estamos en casa –dijo alguien en voz baja–: ¡En Rusia!

Vavílov advirtió que aquél era el lugar donde la llave de su tierra patria habría de caer de nuevo en sus manos de soldado, la llave de su casa, de todo lo sagrado para el hombre y de todo lo que más quería en el mundo.

Tal vez esa sensación recóndita que Vavílov había experimentado con tanta claridad y sencillez era la misma que compartían los miles de corazones, jóvenes y añosos, de los soldados.

25

La 13.º División acabó de cruzar el Volga al amanecer del 15 de septiembre. Rodímtsev envió al comandante un parte en que le informaba de que la división había sufrido pocas bajas. La travesía, a pesar del intenso fuego de la artillería alemana, había terminado.

El día ya había amanecido cuando el general Rodímtsev en persona pasó a la orilla derecha. A pocos metros de su lancha navegaba el bote en que iban los combatientes del batallón de comunicación.

Todo brillaba y resplandecía: el escarceo del viento en el agua de un remanso; el oleaje sobre el rápido donde la corriente rodeaba la isla Sárpinski; la Estrella de Oro y las condecoraciones en la pechera del joven general; la lata amarilla que usaban para achicar el agua… Era un día despejado, límpido y ligero, rico en calor, luz y movimiento.

–¡Mierda de tiempo! –exclamó el coronel de artillería, un hombre de pelo cano y con la cara picada de viruela sentado al lado del jefe de división–. Ya que no llueve, al menos podría haber algo de bruma, y no esta atmósfera transparente como un cristal. Lo único bueno es que los alemanes tienen el sol de cara, ya que vienen por el oeste.

Sin embargo, el sol no parecía molestar al artillero alemán que un segundo después disparó al bote que navegaba junto a la lancha de Rodímtsev. Sólo el soldado que viajaba en el extremo de la proa y que cayó al agua cuando el proyectil impactó en el bote logró sobrevivir y nadó de regreso a la orilla izquierda. El resto acabó en el fondo del río.

Cuando el superviviente alcanzó la orilla, vio aparecer un automóvil pequeño en mitad de la arena. De él bajó el general Gólikov, comisionado del Alto Mando, quien se acercó presto al agua y gritó:

–¿El jefe de división está vivo?

El náufrago, aturdido por el estallido y atónito aún por haberse salvado milagrosamente, agitó sus mangas pesadas y empapadas y respondió con labios temblorosos:

–Soy el único superviviente. En cuanto intuí que iban a dispararnos, salté al agua y empecé a nadar sin rumbo fijo.

Transcurrió una hora hasta que Gólikov recibió la noticia de que Rodímtsev había desembarcado sano y salvo en la orilla derecha y se encontraba ya en su puesto de mando.

El puesto de mando provisional estaba a cinco metros de la orilla, entre montones de ladrillos y troncos calcinados, en un foso poco profundo cubierto con chapas.

Rodímtsev y el comisario de división Vavílov –un moscovita grueso y de cara pálida– se acercaron, tropezando entre las piedras, al foso junto al cual montaba guardia un soldado con botas de cuero rojizo armado con un subfusil.

–¿Hay comunicación con los regimientos? –preguntó el jefe de división asomándose al foso.

Aquella cuestión lo tenía preocupado cuando aún se encontraba en la otra orilla y mientras cruzaba el río, de modo que sus primeras palabras al llegar a Stalingrado aludieron precisamente al asunto de la comunicación.

El mayor Belski, jefe del Estado Mayor, sacó la cabeza del foso. Se recolocó la gorra, que se le había escurrido hasta la nuca, e informó de que tenían ya comunicación con dos regimientos, mientras que el tercero, que había desembarcado más al norte, aún no había establecido contacto con el mando de la división.

–¿Y el enemigo? –preguntó brevemente Rodímtsev.

–¿Ataca? –inquirió a su vez el comisario y se sentó sobre una piedra para recuperar el aliento.

Al contemplar el rostro sereno del diligente Belski, el comisario asintió con la cabeza visiblemente satisfecho; admiraba en secreto su perseverancia, su impasibilidad y su carácter campechano. Corrían varias chanzas sobre su persona, entre ellas aquella ocasión en que un tanque alemán había irrumpido en el refugio del Estado Mayor con el objetivo de destrozarlo con sus orugas, y Belski, medio aplastado y con la sola ayuda de la luz de su linterna, dibujó con diligencia en el mapa un rombo que significaba: «Un tanque enemigo en el puesto de mando de la división».

«Menudo burócrata», decían de él en broma.

También ahora, con medio cuerpo dentro del foso, apartando con la mano una de las chapas, los ojos de Belski observaban a Rodímtsev con la misma serenidad y gravedad como lo habían hecho una semana atrás en el despacho mientras le informaba sobre los uniformes recibidos.

«Un soldado sin parangón», pensó conmovido el comisario mientras le escuchaba hablar.

–Instalaré el nuevo puesto de mando dentro de una cañería –dijo Belski–, se puede estar de pie casi sin agacharse. Ordené a los zapadores que pusieran un revestimiento de madera en el suelo para que no nos mojáramos los pies. Lo más importante es que está a diez metros bajo tierra, reúne las condiciones necesarias.

–Las condiciones… –repitió pensativo Rodímtsev mientras examinaba el plano de la ciudad que acababa de entregarle Belski y en el que estaban indicadas las posiciones que había ocupado la división.

Habían situado los puestos de mando de los regimientos a veinte o treinta metros del río. Los jefes de batallón y de compañía, los cañones y los morteros se habían instalado en unos hoyos, en un barranco y entre las ruinas de las casas sobre el despeñadero. En la cercanía se habían establecido, además, las unidades de fusileros.

En aquel terreno pedregoso, los combatientes cavaban trincheras sin descanso y construían barracones y refugios, sin dejar de husmear la amenaza que se acercaba desde el oeste.

No era necesario consultar el plano de la ciudad para descubrir el emplazamiento de los dos regimientos de fusileros y de la artillería de la división. Desde el río, la visión de ambos era perfecta.

–¿Conque os dio por levantar aquí una línea de defensa permanente en mi ausencia? –preguntó Rodímtsev trazando una circunferencia en el aire a su alrededor.

–Aquí ni siquiera nos hace falta mantener la comunicación por cable –observó Belski–, las órdenes se pueden transmitir a viva voz desde el Estado Mayor de la división a los regimientos, y de allí a los batallones y las compañías.

Miró a Rodímtsev y guardó silencio. El rostro juvenil del general se mostraba ceñudo y colérico, como pocas veces Belski había tenido ocasión de ver.

–Os apiñáis unos sobre otros, estáis demasiado cerca del agua, se percibe vuestro miedo –dijo Rodímtsev.

El general se apartó del foso y caminó por la orilla surcada de enormes piedras, troncos quemados y láminas de hierro.

El despeñadero que conducía a la ciudad –escarpado, pedregoso y atravesado por numerosos senderos– estaba dominado por los altos edificios de cristales rotos que blanqueaban en lo alto.

Ahora reinaba la calma; tan sólo, en contadas ocasiones, explotaba alguna que otra mina o un Messerschmitt insolente, pintado de gris y amarillo, sobrevolaba el Volga aullando y escupiendo roncas ráfagas de ametralladora, berreando con su cañoncito de tiro rápido.

Sin embargo, no eran los disparos, familiares ya para la mayor parte de los combatientes, los que creaban la sensación de alarma sino los momentos de silencio, un silencio siniestro. Todos los integrantes de la división, desde su comandante hasta los soldados rasos, eran conscientes de que se encontraban en medio del eje principal de la ofensiva alemana.

Al cabo de poco tiempo, se presentó un funcionario del Estado Mayor para informar de que el nuevo puesto de mando ya estaba acondicionado.

Rodímtsev le dijo con la misma expresión ceñuda y rabiosa de antes:

–¿Por qué lleva una *kubanka* ? ¿Acaso va a una boda en la aldea? ¡Póngase la gorra reglamentaria!

La sonrisa se borró de la cara joven y ancha del funcionario.

–A sus órdenes, camarada general –dijo.

Sin articular palabra, Rodímtsev echó a andar hacia el nuevo puesto de mando acompañado por su Estado Mayor.

Al ver a los combatientes cargando troncos, tablas y planchas de hierro hacia las trincheras y los refugios, comentó en tono burlón, mirando de soslayo al resollante comisario de división:

–¿Los has visto? Parecen castores construyendo una fortaleza permanente en el agua.

A diez metros de la orilla vio la boca oscura de la cañería.

–Creo que ya hemos llegado a casa –dijo el comisario.

Sin duda, la orilla de Stalingrado infundía terror a aquellos hombres. En ese día luminoso y alegre suspiraban con alivio y mudaban la expresión tensa y ceñuda de sus rostros en un gesto de sosiego al cambiar el cielo despejado, el sol y el maravilloso Volga por una cañería oscura, de atmósfera viciada, revestida de piedra mohosa.

Los combatientes de la compañía administrativa entraban en la cañería mesas y banquetas, lámparas y cajas con papeles; el personal de comunicación tendía el cableado telefónico.

–Tiene un puesto de mando magnífico, camarada general –dijo un enlace entrado en años que Rodímtsev conocía desde hacía tiempo; cuando la división aún se encontraba en el río Demíyevka, cerca de Kiev, había transmitido sus órdenes a los batallones–. Hay incluso un reservado para usted, para que pueda descansar, allí, entre las cajas y el heno.

Rodímtsev, frunciendo el ceño, asintió con la cabeza y no dijo nada.

Caminó por la cañería, tamborileó con un dedo en la pared de piedra, escuchó el rumor del agua bajo sus pies y, tras volverse hacia el jefe del Estado Mayor, preguntó:

–¿Para qué están instalando teléfonos? Daremos las órdenes a viva voz; estamos todos muy cerca, en la playa, en nuestras casetas de baño.

Belski se había percatado de que el jefe de división estaba profundamente disgustado; sin embargo, el reglamento no le permitía interrogar a un superior sobre las causas y motivos de su descontento, por lo que, triste y respetuoso, se mantuvo en silencio.

Al ver la expresión hosca y enojada de Rodímtsev, el comisario de división también frunció el ceño.

Tal vez ninguno de los hombres de la división conociera tan bien las debilidades y virtudes humanas como el comisario Vavílov. Sabía que decenas de ojos escrutaban interrogantes a Rodímtsev. Sabía que pronto, por boca del personal del Estado Mayor, del de comunicación, de los radiotelefonistas, de los enlaces, de los ordenanzas y de los soldados, en los Estados Mayores de los regimientos y las divisiones iban a decir del general: «Camina sin descanso, no se ha sentado ni una sola vez», «Anda enfadado con todo el mundo, incluso Belski se llevó una reprimenda ¡está muy nervioso!».

Al pensar en aquello, el comisario se sentía molesto con Rodímtsev. Debería tener en cuenta que en aquella situación tan delicada y difícil corría el riesgo de que los soldados de los regimientos y batallones empezaran a intercambiar miradas significativas y a decir en susurros: «Está claro, la cosa no podría ir peor, no saldremos vivos de aquí». Y Rodímtsev sabía perfectamente qué dirían. En no pocas ocasiones el comisario había admirado la capacidad del general para sonreír ante las miradas de alarma y, tras ser informado de que los blindados enemigos se acercaban a su puesto de mando, ordenar sin dejarse llevar por el pánico: «¡Avanzad los cañones y abrid fuego a tiro directo; mientras tanto acabemos de comer!».

Cuando por fin se consiguió establecer comunicación, Rodímtsev telefoneó al comandante de ejército y le informó de que la división había cruzado el río.

El comandante le respondió:

–Tenga presente que no hay tiempo para descansar, deben lanzarse al ataque.

–A sus órdenes, camarada comandante –respondió Rodímtsev mientras pensaba: «¿De qué descanso me habla?».

Rodímtsev salió de la galería. Se sentó sobre una piedra, encendió un pitillo y miró, pensativo, la lejana orilla izquierda.

Se sentía tranquilo y apesadumbrado a la vez, una sensación que ya le era familiar y que le invadía en los momentos más difíciles de la guerra.

Tocado con una gorra de soldado y con un abrigo verde forrado de algodón echado sobre los hombros, Rodímtsev se sentó lejos del ajetreo de aquel hormiguero humano.

Parecía tener bastantes menos de sus treinta y siete años; si un extraño se hubiera fijado en aquel militar delgado, rubio y con facciones de muchacho jamás habría adivinado que aquel hombre atractivo de ojos castaños, que miraba distraído y triste en derredor, era el comandante de la primera división que había desembarcado en la ciudad sitiada y casi ocupada por los alemanes.

En el transcurso de las horas en las que Rodímtsev se había ausentado de la división, la vida de sus miles de integrantes, cual agua que busca su cauce natural, retomó su curso.

Las personas, dondequiera que estén –en un nudo ferroviario aguardando un transbordo, sobre un bloque de hielo que flota en el Ártico e,

incluso en la guerra–, tratan siempre de tumbarse o sentarse con la mayor comodidad posible y de abrigarse lo mejor que pueden.

Ésa es la tendencia natural del ser humano, y en la guerra muchas veces no entra en contradicción con el objetivo del combate. Los soldados cavan trincheras para proteger sus cuerpos de la metralla y disparar contra el enemigo. Sin embargo, durante el combate, el instinto de supervivencia a menudo se impone sobre todo lo demás. Un hombre cava una zanja o una trinchera, se tumba en ella para protegerse y se olvida de su fusil. Lo domina la simple idea de que le proporcionaron una pala de zapador con el único propósito de que se pusiera a cubierto de las balas y la metralla.

Sentado encima de una piedra, Rodímtsev hojeaba con indiferencia los partes que informaban sobre la buena marcha de la construcción de una línea de defensa en la orilla.

En apariencia, todas aquellas medidas eran perfectamente razonables si se daba prioridad a la supervivencia de la división, de sus regimientos y batallones. No obstante, ni siquiera alguien tan avispado como Belski se daba cuenta de que en aquel momento no se trataba de defender la división desplegada junto a las aguas del Volga.

–¡Belski! –llamó Rodímtsev–. Fíjese, durante mi ausencia ustedes decidieron levantar una línea de defensa en la orilla. Aun así, reflexionemos sobre ello… –Hizo una pausa invitando a Belski que pensara sobre ello–. ¿Qué tenemos? Uno de los regimientos está prácticamente incomunicado. Nosotros estamos a cinco metros del agua. ¿Ha pensado en qué sucederá si tenemos que defendernos, eh? Los alemanes nos ahogarán en el Volga como a una camada de gatitos. Primero nos aplastarán con los morteros y luego nos ahogarán. ¿Sabe de qué fuerzas disponen?

–¿Qué hacemos entonces, camarada general? ¿Cuál es su decisión? –inquirió Belski con calma.

–¿Qué hacemos? –preguntó a su vez Rodímtsev con aire pensativo, contagiándose por un instante de la tranquilidad de Belski.

Entonces, en voz alta y enfatizando cada palabra, añadió:

–¡Atacar! ¡Asaltar! ¡Irrumpir en la ciudad! Eso es lo que debemos hacer. Nuestra única ventaja radica en el efecto sorpresa, mientras que las suyas no tienen fin.

–Cierto –dijo el comisario de división, en el convencimiento de que él había pensado lo mismo en todo momento–. Está claro que no hemos llegado hasta aquí para cavar trincheras.

Rodímtsev consultó su reloj.

–Dentro de dos horas informaré al comandante del ejército de que estoy listo para atacar… Convoquen a los jefes de los regimientos. Les comunicaré el nuevo objetivo: ¡atacaremos al amanecer! Apenas disponemos de información sobre el enemigo. Que el servicio de reconocimiento se ponga manos a la obra inmediatamente. Pónganse en contacto con la sección de inteligencia para que les proporcionen todos los datos sobre el enemigo. Averigüen por dónde pasan exactamente sus líneas y cuáles son sus posiciones de tiro. Comprueben la comunicación con nuestra artillería en Zavolzhye. Preparen a sus hombres para atacar y no para defenderse. Entreguen un plano de la ciudad a todos los oficiales y comisarios. Dentro de pocas horas tendrán que pelear en sus calles. Actúen.

Habló sin alzar la voz pero en tono autoritario, como si hubiera golpeado ligeramente a Belski en el pecho.

Vavílov gritó a su ordenanza:

–¡Convoque inmediatamente a los comisarios de los regimientos!

El comandante y el comisario se miraron y se sonrieron al mismo tiempo.

–A estas horas solíamos dar un paseo por la estepa después de comer –dijo Rodímtsev.

La corriente de la actividad humana empezó a bullir. Rodímtsev había puesto la primera piedra del dique que iba a dirigir el caudal de la fuerza física y espiritual de aquellos soldados hacia un nuevo objetivo. Aquel hombre que pocos minutos antes había estado sentado sobre una piedra, ajeno al ajetreo imperante, imponía ahora su voluntad sobre los miembros del Estado Mayor y los jefes de los regimientos y batallones, pero también sobre los soldados rasos que conformaban sus secciones. Cavar trincheras y construir refugios en la orilla había dejado de parecerles una tarea acuciante.

Cada vez con mayor frecuencia en los regimientos y batallones se oía: «El general revocó esa orden», «El general lo prohibió», «El general lo ordenó», «El número uno lo aprobó», «El número uno tiene prisa», «El número uno pasará a comprobarlo».

Mientras tanto, los combatientes conversaban entre ellos. Decenas de indicios les llevaron a pensar que en la última hora la situación había cambiado radicalmente.

–Basta, deja esa pala, el brigada está distribuyendo munición extra.

–¿Os han suministrado bombas incendiarias? Hay dos granadas más por persona, y están subiendo los cañones al despeñadero…

–Ha llegado Rodímtsev y prepara el asalto a la ciudad.

–Según cuentan los enlaces, hizo llamar a nuestro mayor y le preguntó si pensaba que lo había traído aquí para cavar trincheras.

–A los del primer pelotón les han dado cien gramos de vodka y dos tabletas de chocolate para cada uno.

–Cuando a un soldado le dan chocolate, hermano, sólo puede significar que la situación es grave.

–Nos han entregado cincuenta balas extra a cada uno.

–Temo que ataquemos cuando oscurezca. ¡Podríamos perdernos! [‡]

A la hora del crepúsculo, escoltado por dos fusileros, el general caminó por la orilla bordeando las aguas de Volga para dar parte al comandante de ejército.

Reinaba un silencio sepulcral, y sólo muy de vez en cuando se oía un disparo aislado de fusil, tal vez de los centinelas que trataban de disipar el horror nocturno, de ahogar con el ruido de los disparos el chirrido de la hojalata y el susurro de las piedras al caer.

Rodímtsev regresó al cabo de una hora y media, cuando ya había oscurecido, con la orden de ataque firmada por el comandante.

Llegó la hora del silencio. La noche cubrió el Volga en toda su riqueza esplendorosa y azul, el chapoteo suave del agua, la frescura y la tibieza del viento cuyas corrientes arrastraban ráfagas del calor de la estepa, del bochorno de las calles sin vida y del aliento húmedo del río.

Una miríada de estrellas contemplaba la ciudad, el río, escuchaba el murmullo del agua entre las piedras de la orilla, los susurros, los gemidos y los suspiros quedos de los soldados.

Los colaboradores del Estado Mayor salieron de la cañería para contemplar el río, el cielo y las siluetas del jefe de división, el comisario y el jefe del Estado Mayor, sentados cerca del agua sobre un tronco medio hundido en la arena.

Inquietos, un único pensamiento ocupaba su mente mientras escrutaban a través del ancho río la franja oscura y apenas visible de Zavolzhye.

El general sacó un cigarrillo, lo encendió y aspiró el humo.

El jefe del Estado Mayor le preguntó en voz baja:

–Camarada general, ¿qué le ha parecido el nuevo comandante de ejército?

Tal vez Rodímtsev no hubiera oído bien la pregunta, y Belski no quiso repetirla.

Rodímtsev dio todavía unas cuantas caladas más al cigarrillo y lo tiró al agua.

Vavílov dijo en voz baja:

–Menuda fiesta de bienvenida.

Rodímtsev, absorto en sus pensamientos, observó:

–Efectivamente. Así es nuestra vida.

Era como si cada uno de ellos hablara de una cosa distinta, sin responder a su interlocutor, mas no era así: comprendían perfectamente el humor del otro y la dirección en que discurrían sus pensamientos en aquel momento.

Todos ellos habían empezado a combatir en junio de 1941. Sobrevivieron juntos a tantos infortunios, habían visto la muerte tan a menudo, tanta fría lluvia otoñal y tantos meses de julio abrasadores y polvorientos les tocaron en suerte, tanto conversaron y tantas cosas se contaron que, con una sola palabra, a veces con media e incluso un silencio les bastaba para entenderse.

Rodímtsev rompió su mutismo para responder de repente a la pregunta de Belski:

–Un comandante es un comandante. Será porque los alemanes lo enfurecieron al bombardear durante todo el día, pero sin duda tiene carácter.

Se quedaron un largo rato escuchando el silencio, como si presintieran que ya no habrían de volver a oírlo en aquella ciudad.

Mientras su mirada se perdía en el Volga, Rodímtsev pronunció las palabras que un subalterno jamás debería oír en boca de un superior la víspera de una ofensiva:

–Me siento triste, Belski, nunca lo he estado tanto, ni siquiera cuando perdimos Kiev o cerca de Kursk. Está bien claro que hemos venido aquí para morir.

Un bulto oscuro se deslizaba lentamente por el río: quizás un bote sin remos, el cadáver hinchado de un caballo o el casco de una gabarra destrozada por las bombas.

Mientras tanto, la ciudad quemada permanecía en silencio a sus espaldas; aquellos hombres, con la mirada perdida en el Volga, se volvían de tiempo en tiempo como si advirtieran la presencia pesada y opresiva de alguien que los estuviera observando desde la oscuridad.

26

Por la noche, el comandante de ejército ya conocía los detalles de la travesía. Rodímtsev se presentó ante él a las veintidós horas, y éste le dio orden de atacar. A medianoche el comandante recibió al jefe de la sección especial y al presidente del tribunal de guerra, quienes le presentaron los expedientes de los oficiales que, sin permiso, habían trasladado sus cuarteles a las islas Záitsevski y Sárpinski. El comandante resopló, cogió un lápiz y se acercó los papeles.

–Eso es todo –les dijo–, pueden retirarse.

Luego, durante mucho tiempo, caminó arriba y abajo por el refugio, con semblante sombrío y mirada hosca. Se sentó en una silla, se desordenó el pelo con la mano, frunció los labios y se quedó mirando el lápiz con que acababa de firmar los expedientes que habían traído el jefe de la sección especial y el presidente del tribunal de guerra. Suspiró y echó a andar de nuevo por el refugio; se desabrochó el primer botón de la guerrera, se palpó el cuello con los dedos, se pasó la mano por el pecho y por la nuca. La atmósfera en aquel refugio, saturada de humo de tabaco, era irrespirable.

El comandante se dirigió hacia la salida cruzando la galería donde dormía su ordenanza.

El teniente descansaba cubierto a medias con un capote que se había escurrido hasta el suelo. El comandante le iluminó el rostro con una linterna; la tez pálida e infantil del teniente y los labios entreabiertos tenían un aspecto enfermizo.

El comandante recogió el capote y cubrió los escuálidos hombros de su asistente.

–Mamá, mamá, mamá –llamó el joven con voz ahogada.

El comandante reprimió un sollozo y salió precipitadamente del refugio, con andares pesados.

27

Unas sombras se agitaban confusamente en el crepúsculo matutino; se oía el tintinar de las armas: los regimientos de la 13.ª División se preparaban para emprender la marcha. Los instructores políticos llamaban en voz baja a los combatientes convocándoles a una charla breve y les señalaban el camino iluminándolo con linternas.

Luego, sentados sobre montones de ladrillos, escucharon la arenga del comisario de regimiento Kólushkin. Hablaba en voz baja, y los hombres de las últimas filas tenían que aguzar el oído para entender su discurso. Aquella reunión sobre el despeñadero, entre las ruinas, a la débil luz que arrojaba desde el este la estrecha franja de la aurora apenas visible que anunciaba la llegada de un día cruel, tenía algo de especial y conmovedora.

Kólushkin prescindió del guión que había esbozado y empezó por contar a los soldados detalles de su vida en Stalingrado y su trabajo en la construcción de una fábrica; luego les explicó que antes de la guerra le habían cedido un apartamento no demasiado lejos del lugar donde ahora se sentaba sobre un tronco chamuscado; contó sobre la enfermedad de su anciana madre y sobre lo mucho que ésta había insistido en que colocaran su cama junto a la ventana desde la que se podía ver el Volga… Los combatientes lo escuchaban en silencio.

Cuando Kólushkin terminó de hablar, distinguió de pronto la maciza figura del comisario de división, de pie, apoyada en una pared de ladrillos.

«Ay, qué de tonterías habré contado, me he ido por las ramas… Con lo quisquilloso que es, me echará un rapapolvo, dirá que lo que he hecho no es precisamente un buen trabajo propagandístico en víspera de una ofensiva», pensó Kólushkin con angustia.

El comisario de división le estrechó la mano y dijo:

–Gracias, camarada Kólushkin, has dado con las palabras justas.

28

Cuando el Alto Mando germano anunció por radio que Stalingrado había sido ocupada por las tropas de la Wehrmacht y que el Ejército Rojo sólo seguía resistiendo en la zona industrial, los propios alemanes estaban convencidos de la objetividad de aquella declaración.

El centro de la ciudad con sus calles, plazas, la estación de tren, el teatro, el banco, los colegios, los grandes almacenes del Estado, las sedes del Comité Regional del Partido y del Consejo Municipal, la redacción del diario local y los centenares de edificios de viviendas semidestruidos que integraban la zona nueva de Stalingrado estaban bajo control alemán. En aquella parte de la ciudad las tropas soviéticas ocupaban tan sólo la estrecha franja del muelle.

El mando germano era de la opinión de que la resistencia rusa en el barrio de las fábricas, en el norte, y en las afueras de Bekétovka, en el sur, no tenía ningún futuro.

La línea de la defensa soviética estaba rota en varios puntos, su centro estaba aislado de los flancos norte y sur, las comunicaciones se encontraban prácticamente paralizadas y la acción conjunta de los ejércitos se antojaba impensable.

Los oficiales y soldados alemanes estaban convencidos de su victoria inminente en Stalingrado. Nadie pensaba siquiera en reforzar el terreno conquistado dada la solidez de la conquista. Muchos de los oficiales del Estado Mayor germano creían que el repliegue del Ejército Rojo más allá del Volga era cuestión de días, si no de horas.

Ése fue el motivo por el que el efecto sorpresa constituyó una de las causas del éxito que cosechó la división de Rodímtsev en su primera ofensiva. El mando alemán estaba desprevenido y no esperaba aquel ataque.

El regimiento del flanco derecho de la división entró en combate con el objetivo de conquistar Mamáyev Kurgán, la cota que dominaba la ciudad; a continuación, los tres regimientos se unieron para restablecer una línea de frente continua.

Aquella acción permitió que decenas de edificios importantes cayeran en poder soviético. El regimiento que avanzaba por el centro logró penetrar en profundidad hacia el oeste, y como resultado uno de sus batallones había tomado la estación de tren y los edificios colindantes. La ofensiva alemana en el sector sur de la ciudad quedó en suspenso.

Rodímtsev ordenó a sus tropas que, aunque estuvieran rodeadas o semirrodeadas por el enemigo, se atrincheraran y pelearan hasta el último cartucho.

Anunció a los oficiales que el menor atisbo de repliegue se consideraría como el más grave de los crímenes. Así se lo había exigido el comandante del ejército, y a éste a su vez el comandante del frente.

Aquella decisión, transmitida desde las más altas instancias, había cristalizado ya por otra vía: expresaba la profunda determinación de los soldados. Aunque el efecto sorpresa había contribuido al éxito de la ofensiva emprendida por la división de Rodímtsev, se sustentaba en otra razón fundamental: el curso natural de los acontecimientos.

29

El mayor éxito lo logró el batallón del teniente Filiashkin.

Partiendo del Volga, el batallón avanzó mil cuatrocientos metros hacia el oeste entre calles estrechas y descampados, llegó a la estación de tren y, sin hallar apenas resistencia, ocupó sus dependencias semidestruidas, las garitas de los guardagujas, los cobertizos donde se almacenaba el carbón y los depósitos medio derruidos cuyos suelos estaban cubiertos con una gruesa capa de harina y de granos de maíz.

El pelirrojo Filiashkin, de unos treinta años de edad, ojos pequeños y enrojecidos a causa del insomnio, se instaló sobre el terraplén de la vía férrea, en una garita de hormigón con los cristales rotos.

Enjugándose el sudor y hurgándose el oído con un dedo de la mano izquierda, taponado a consecuencia de una explosión, Filiashkin redactaba en un papel pautado un parte para su jefe de regimiento. Orgulloso de haber logrado la hazaña de tomar la estación de tren de Stalingrado, se sentía en cambio contrariado porque los batallones vecinos se habían rezagado más de lo previsto y, al dejar sus flancos desprotegidos, le habían impedido avanzar aún más lejos hacia el oeste.

El comisario de batallón Shvedkov, que tenía el rostro marcado con una quemadura solar en la cara, aún estaba excitado por haber participado en su primer combate, ya que hasta entonces se había limitado a ejercer de instructor del comité de distrito en la región de Ivánovo.

–¿Por qué detenernos? –decía a voz en grito a Filiashkin–. ¡Los combatientes rabian por avanzar, debemos lograr nuevas victorias!

–¿Rabian por avanzar hacia dónde? ¡En dirección al oeste nadie ha llegado tan lejos como nosotros! –le interrumpió Filiashkin señalando con el dedo en el plano de la ciudad–. ¿Hasta dónde seguimos? ¿Hasta Járkov? ¿O tal vez hasta Berlín?

Filiashkin pronunció «Berlín» alargando las sílabas.

Se les acercó el teniente Kovaliov, jefe de la 3.ª Compañía. Un rizo se le escapaba por debajo de la gorra, ladeada sobre la oreja. Cada vez que Kovaliov volvía bruscamente la cabeza, aquel rizo se movía como un resorte.

–¿Qué hay? –preguntó Filiashkin.

–Todo en orden –respondió el teniente intentando no toser y hablar con una voz ronca de bajo–. Logré matar a nueve.

Kovaliov sonrió con los ojos, con los dientes y con todo su ser, como sólo los niños saben hacerlo.

Había matado a tres alemanes. Otros dos habían caído a tierra, pero Kovaliov no sabía a ciencia cierta si habían muerto. Se preguntó por qué había dicho nueve. Tal vez sólo quiso pavonearse ante Filiashkin. Y que Lena Gnatiuk hubiera pasado la noche con Filiashkin no tenía nada que ver.

A continuación les anunció que Kotlov, el instructor político de la compañía cuyo ejemplo de valor y coraje había alentado la moral de los soldados durante el combate, había sido herido y evacuado a la retaguardia.

El teniente Igúmnov, un hombre de pelo cano, jefe del Estado Mayor del batallón, examinaba el mapa en silencio. Antes de la guerra había trabajado en el consejo de distrito de Osoaviajim y tenía en poco aprecio a los oficiales jóvenes debido a la frivolidad y fanfarronería de la que solían hacer gala; le disgustaba pensar que el jefe de batallón tuviera la misma edad que su hijo mayor.

Entonces llegó Konanikin, comandante de la 1.ª Compañía, moreno, ancho de hombros, de brazos largos y movimientos rápidos y bruscos. Uno de los rombos que lucía en los galones de su casaca había sido recortado de un pedazo de goma roja.

Igúmnov murmuró enojado:

–El enemigo nos rodea, y ustedes actúan como si esto fuera un club.

–Informa, camarada Konanikin –ordenó Filiashkin.

Konanikin notificó los éxitos y las bajas de la compañía, y después entregó a Filiashkin un parte escrito en grandes caracteres.

–Hoy hemos vapuleado a los alemanes –dijo Filiashkin y llamó a Igúmnov–: jefe del Estado Mayor, venga aquí, tenemos algo para picar.

Kovaliov señaló con un dedo los silenciosos edificios ocupados por los alemanes y dijo:

–En verano estuve allí de visita con un teniente amigo mío, y nos lo pasamos en grande… Camarada teniente, ahora puedo confesarle que entonces me tomé un día de más de vacaciones. La hija de la dueña tendría unos veinticinco años; era soltera, una verdadera belleza, como jamás había visto en mi vida. Culta y guapa…

–La cultura general es sin duda lo más importante –dijo Konanikin–. ¿Lograste ventaja táctica en tu abordaje?

–Puedes estar seguro –mintió Kovaliov para que Filiashkin pensara que no estaba interesado en la sanitaria Yelena Gnatiuk. Mientras estaban en la reserva, Kovaliov había ido a pasear con ella por la estepa y le había regalado una fotografía, pero lo había hecho para sacudirse el aburrimiento.

Filiashkin bostezó y dijo:

–Vamos, dejad ya de hablarme de Stalingrado. Estuve en la ciudad de paso cuando me gradué de la escuela militar y no tenía nada de especial; en invierno soplan unos vientos terribles que por poco acaban conmigo.

Tendió una taza a Kovaliov.

–Gracias, camarada teniente mayor, pero no me apetece –dijo Kovaliov.

Después de dar buena cuenta de los cien gramos de vodka correspondientes a ese día, Filiashkin y Konanikin recordaron un incidente que había ocurrido ese día en una cabaña del pueblo. Un teniente, hombre tímido y sosegado, se había bebido una buena cantidad de aguardiente para darse ánimos y se había encaramado a la estufa, donde creía que iba a encontrar a la joven de la casa esperándolo. Pero en su lugar se encontró con su madre, de edad muy distinta a la apetecida por él. Y no se privó la mujer de «darle su merecido». El teniente cayó al suelo y acabó con un moretón en un ojo. Toda aquella situación lo avergonzó tremendamente y el resto del tiempo que permanecieron en aquel pueblo se esforzó en pasar inadvertido metiéndose en la cocina.

En las pocas horas que llevaban en Stalingrado, la ciudad aún no se había convertido para ellos en una fuente de recuerdos, de modo que seguían evocando los meses que habían pasado en Zavolzhye. Para ellos, como para tantos otros que les sucedieron, Stalingrado no llegó a convertirse jamás en recuerdo sino que fue una realidad suprema y última, un hoy tras el cual nunca llegó el mañana.

El enlace regresó con una nota del jefe de regimiento: el teniente coronel ordenaba la organización de la defensa. A tenor de los datos que obraban en su poder, el enemigo se estaba preparando para contraatacar.

–¿Y qué hay del avituallamiento? Sólo disponemos de víveres para dos días –dijeron a la vez el jefe del Estado Mayor y el comisario.

Konanikin miró a Filiashkin y sonrió. De aquella sonrisa distraída y despreocupada se desprendía tal disposición para ir al encuentro de su suerte y tal conciencia de la simpleza de ese destino que Igúmnov se estremeció, sintiéndose como un chiquillo al lado de aquel teniente. Filiashkin marcó los sectores de la línea de defensa en su mapa; los jefes de las compañías hicieron lo propio y anotaron en sus libretas una serie de instrucciones.

–¿Puedo retirarme? –preguntó Kovaliov y se cuadró.

–Váyase –concedió Filiashkin.

Kovaliov hizo chocar los tacones y se volvió bruscamente, saludando con la mano pegada al borde de la gorra, a la altura de la sien.

El terreno, tachonado con fragmentos de ladrillos y de alabastro, no era muy propicio para aquel tipo de ejercicio; Kovaliov tropezó y estuvo a punto de caerse. Azorado, dio un salto intentando disimular su torpeza y echó a correr como si tratara de apresurarse para cumplir la orden del superior.

–Pero ¡si no sabe dar media vuelta! –le gritó enojado Filiashkin.

La brusca transformación del tono amistoso en una severidad exagerada parecía poco natural, un simple juego. Sin embargo, quizá fuera inevitable entre los jóvenes a un tiempo proclives a la aventura, a la lectura de las cartas de los familiares, al canto coral y, por contra, a demostrar el poder que ejercían sobre sus subordinados. A veces esos brotes de severidad eran provocados por el temor a ser tomados por niños, porque se pensara que no eran lo suficientemente maduros para ejercer de comandantes. En personas jóvenes y obligadas a compartir responsabilidades, se trata de un miedo muy natural.

La suavidad que mitiga la superioridad y la indulgencia del fuerte se aprende tras años de experiencia en los puestos de mando; se acompaña de un prejuicio según el cual el poder es un privilegio natural e inalienable de unos pocos, y la obediencia la suerte de muchos.

Filiashkin ajustó los binoculares que le colgaban del pecho y dijo:

–Que alguno de los oficiales se dirija al cuartel general del regimiento, donde se quedaron nuestras cosas. Además, mi compañía se ha incorporado a la reserva del jefe de regimiento, y corremos el riesgo de que se disperse.

Cuando se volvió para mirar al jefe del Estado Mayor y al instructor político superior, comprendieron que iba a designar a uno de ellos, y ambos mudaron de expresión: su vida dependía de una sola palabra de Filiashkin.

Un silencio engañoso anunciaba la proximidad del combate, y aquella calma diabólica presagiaba la muerte. El cuartel general de aquel regimiento de vanguardia parecía ahora un apacible refugio de la retaguardia.

«Dejen que vaya el anciano», quiso bromear Igúmnov. Asqueado, se dio cuenta de lo forzada y mordaz que sonaría su risa, frunció el ceño y se inclinó con aire indiferente sobre su plano.

Shvedkov sabía que la facilidad con que el batallón había logrado el éxito en su primera ofensiva era engañosa. Su insistencia en seguir avanzando era un completo despropósito, pues el batallón había superado las líneas de los alemanes que avanzaban hacia el Volga.

Sin embargo, también él callaba mientras revisaba su pistola.

Ante el temor de que intentaran engatusarlo, Filiashkin era desconfiado en el trato. Siempre había detestado a Shvedkov, pues Filiashkin despreciaba a los que, como aquél, habían llegado al ejército procedentes de la reserva. A Shvedkov, sin haber combatido jamás, le habían conferido un alto grado que le permitía lucir una barra de comandante, mientras que Filiashkin había sudado largos años para lograr sus tres cuadrados de teniente. En cuanto al jefe de su Estado Mayor, lo tenía por un viejo sin interés. Respetaba a Konanikin, jefe de la 1.ª Compañía, porque había cursado tres años de estudios en una escuela militar y había cumplido el servicio obligatorio en grado de soldado raso; sin embargo, le disgustaba porque Konanikin jamás cedía ante sus superiores.

–Tenga cuidado, Konanikin –le advirtió en una ocasión Filiashkin, exasperado.

–¿Tener cuidado de qué? –respondió Konanikin, enojado a su vez–. Sólo los que tienen miedo andan con cuidado, y a mí me da igual. ¿Cree usted que dirigir a los convictos de una brigada de trabajo es más fácil que ser un convicto ? Pase lo que pase, peor no voy a estar.

Tras pensar un rato, Filiashkin dijo:

–Shvedkov, ¿por qué no vas tú al regimiento? –Luego añadió con una sonrisa–: En caso de que el enemigo nos cerque, te arriesgas a que la sección política se quede sin sancionarte por el informe que no has presentado.

La había tomado con Shvedkov porque no veía a Lena Gnatiuk desde la larga jornada de marcha y sabía que Shvedkov podría interponerse en el encuentro que anhelaba mantener hoy con ella.

Shvedkov cubrió su portaplanos y su maletín con un capote para evitar que un francotirador lo abatiera enseguida, cogió un subfusil y avisó a Igúmnov:

–Voy a echar un vistazo a nuestras posiciones.

Igúmnov, que ya no podía soportar más el silencio, dijo levantando la voz:

–Camarada jefe de batallón, bajo el edificio de la estación hay un sótano profundo donde sería conveniente almacenar los pertrechos, y las compañías podrán abastecerse a medida que se vayan quedando sin munición.

Filiashkin negó con la cabeza.

–Nada de almacenes –dijo–, asegúrese de que todos los cartuchos y granadas sean entregados a los combatientes. ¡Nada de almacenes!

Los alemanes habían dejado de disparar y todo estaba en calma. El rumor lejano y lúgubre que llegaba del norte parecía aún más aterrador. A Filiashkin no le gustaba el silencio; como todo combatiente avezado, lo temía. Recordaba el silencio que había reinado más allá de Chernovitsi en la noche del 21 de junio de 1941. Entonces había salido del sofocante local del Estado Mayor del regimiento para fumar un cigarrillo. A su alrededor había paz, los cristales brillaban a la tranquila luz de la luna. Debieron haberle relevado del puesto de guardia a las seis de la mañana del día 22 y ahora, quince meses después, tenía la sensación de que nunca habían llegado a hacerlo.

Esa plaza desierta, de color gris pizarra; los postes torcidos, los cables colgando; los raíles resplandecientes, aún a salvo de la herrumbre; las vías silenciosas; esa tierra proletaria, brillante de aceite negro, hollada por aquellos cuyo trabajo consistía en engrasar máquinas y enganchar vagones, una tierra que hasta entonces no había dejado de temblar bajo el peso de los trenes de mercancías: ahora todo aquello callaba como si desde siempre hubiera sido así, tranquilo y somnoliento. El aire de la estación, habitualmente horadado y desgarrado por los bocinazos de locomotora, los pitidos de los conductores y de los enganchadores, permanecía intacto y vasto. Todo en ese día tranquilo traía a la memoria de Filiashkin aquellas últimas horas de paz y el momento de su infancia en que él, Pável

Filiashkin, un niño de siete años de edad, hijo de un guardavía, había burlado la vigilancia materna para vagar por las vías de tren.

Guarecido al pie de una pared de la estación, abrió el portaplanos y leyó la nota del jefe de regimiento a través de su celuloide turbio y amarillento. Aquella lectura no lo calmó. El jefe de regimiento también era consciente de que la paz que reinaba en la estación era engañosa, efímera.

Parecía que, como en aquella noche de luna del 21 de junio de 1941, el rugido de los aviones y el fuego interrumpirían de pronto el silencio. Filiashkin pensó que lo que había sucedido quince meses atrás nunca volvería a repetirse: no volverían a cogerlo desprevenido, se mantenía en estado de alerta y era un hombre distinto del que había sido entonces, en la frontera. Tal vez ni siquiera fuera el teniente el que había estado fumando en la calle aquella noche de luna sino algún otro ingenuo… Él era fuerte, listo y hábil; sabía reconocer el calibre de un arma por el sonido del estallido, y antes de leer los partes y hablar por teléfono con los jefes de las compañías ya conocía desde dónde disparaban las ametralladoras y los morteros y cuál era la compañía que más cerca estaba del enemigo.

Aquella ansiedad le hizo sentirse incómodo.

–No hay nada peor –dijo al enlace que caminaba a su lado– que regresar de la reserva a la primera línea. Cuando luchamos, no deberíamos detenernos jamás.

30

El batallón desplegó una defensa circular…

¡Cuán engañosos son los presentimientos! Los que bebieron del cáliz de la guerra temen su pérfida y encantadora mentira. A veces uno se despierta de repente en mitad de la noche presintiendo la muerte con tal claridad que parece que lo ha leído todo, hasta el último renglón, en el breve y riguroso libro de su destino. Entonces, triste y sombrío, o resignado y conmovido, empieza a escribir una carta, contempla los rostros de sus compañeros, mira su tierra patria, repasa sin prisas las cosas que guarda en su macuto.

Mientras tanto, el día transcurre tranquilo, sin disparos ni aviones alemanes en el cielo…

A veces, o quizás a menudo, un hombre comienza el día sintiéndose liviano, seguro y esperanzado mientras piensa en qué hará cuando la guerra termine; sin embargo, antes de que llegue la tarde el día se ahoga en sangre. ¿Dónde está entonces ese hombre tranquilo? Yace enterrado, sólo las polainas que calzaba asoman en la superficie.

Los soldados del batallón que había ocupado la estación de tren y sus dependencias compartían el buen humor, una predisposición alegre y confiada.

–Ahora volveremos a casa –dijo uno de ellos mirando una locomotora parada–, encenderemos la caldera y yo mismo conduciré; pedid las tarjetas de embarque al administrador.

–Tenemos carbón de sobras, alcanzará para llegar hasta Tambov –continuó bromeando otro soldado–. ¿Vamos ya a la estación? La cantina está abierta, compraremos empanadillas para el viaje.

Los combatientes perforaban las paredes con hachas y barras de hierro para abrir aspilleras y se sentaban en el suelo echando en falta algo de heno o paja para acomodarse. Un soldado muy mañoso improvisó incluso un pequeño estante en el que colocó su macuto y su caldero. Dos hombres examinaban una taza de hojalata abollada por un ladrillo mientras debatían sobre la conveniencia o no de soltar la cadenita que colgaba de aquel recipiente.

–Yo me quedaré con la taza y tú con la cadenita –propuso uno.

–Gracias, eres muy generoso –respondió el otro–, quédate también la cadenita.

Un tercero se acomodó en la repisa de una de las ventanas de la estación, colocó delante de sí un espejo de mano y se afeitó la barba polvorienta que chirriaba al contacto con la navaja.

–Dame algo de jabón para que me afeite –le pidió un compañero.

–Bromeas, ya ves lo que me queda… –miró la cara contrariada del otro y añadió–: Toma, quédate con el cigarrillo, pero déjame la última calada.

En el sector donde estaba destacado el batallón disciplinario [17] agregado a la compañía de Konanikin no se oía discutir a nadie; allí reinaba un ambiente de concordia, y los combatientes se tomaban un tiempo para instalarse, tratando de aclimatarse al lugar en el que, según creían, iban a permanecer durante mucho tiempo.

Uno de ellos, al mirar los tabiques medio derruidos y el techo hundido, dijo:

–Ya veis lo que nos ha tocado en suerte… Las compañías de la Guardia están en primera clase y en la sala de descanso.

Otro, un soldado estrecho de espaldas, con pelo rizado y cuya pálida tez había resistido al bronceado, instaló un fusil antitanque, entornó un ojo, calibró el arma y dijo al segundo servidor con una sonrisa perezosa:

–Zhora, apártate, estás en mi campo de tiro, no vaya a dispararte por error.

Arrastraba suavemente las erres, pronunciando «Zhoga» y «tigo».

En la compañía de Kovaliov, los combatientes hablaban de sus asuntos mientras trabajaban sin descanso. Las hachas partían los ladrillos, las palas cavaban en la tierra veteada con cascotes reblandecidos por la humedad, esquirlas blancuzcas y pedazos de hojalata tan podridos que parecían de encaje.

Usúrov, el de ojos amarillos, metido hasta la cintura en una trinchera, preguntó:

–Oye, Vavílov, ¿por qué no te has comido tu ración de chocolate? ¿No tienes hambre? Te lo cambio por medio paquete de tabaco. Me encanta ese chocolate.

–No –respondió Vavílov–, lo guardo para mis hijos, ellos ni saben cómo es el chocolate.

–Habrá cogido moho para cuando vuelvas a verlos.

–Puede que no me maten. Puede que sólo me hieran. Y entonces me enviarán de vuelta a casa y a Nastia no le importará que sepa un poco agrio.

–Como quieras…

Usúrov dejó la pala y se volvió hacia Vavílov. Recordó una ocasión, muchos años atrás, en que su padre quiso llevárselo al bosque a cortar leña y él escapó y se escondió. Al observar las grandes manos de éste, sus movimientos pausados, los golpes potentes y precisos que hacían que la piedra cediera con facilidad y sin oponer resistencia, sometida a su dominio, Usúrov olvidó el agravio y sintió ternura por aquel hombre grande y severo que, en cierto modo, le recordaba a su padre.

–¡Ay, cuánto me gusta el trabajo de campo! –mintió cuando en verdad lo aborrecía, y lo único que le interesaba de cualquier trabajo era el salario.

Mientras estaban en Zavolzhye y observaban el resplandor rojo del incendio que asolaba Stalingrado, creyeron que sería imposible sobrevivir en aquella ciudad más de una hora. Sin embargo, al llegar descubrieron que allí había paredes de piedra que les podían servir de protección, había

trincheras, había silencio, había tierra y el sol brillaba en el cielo. Ya más tranquilos, recuperaron el buen humor. La angustiosa espera mudó en una seguridad aguerrida y la fe en un próspero destino…

–¿Qué tal, mis águilas? –preguntó Kovaliov a los de su compañía–. Nada de holgazanería, el enemigo está ahí mismo.

La nariz de Kovaliov, pelada en algunos puntos, era de un rosa suave. Con calma e indulgencia, estuvo observando el trabajo de los combatientes.

El jefe de batallón, que acababa de recorrer con él los nidos de ametralladoras e inspeccionar las tropas de vanguardia, le dijo a modo de despedida:

–La línea de defensa está dispuesta correctamente.

Kovaliov se sentía fuerte y experimentado. Se instaló en su puesto de mando, ubicado en una guarida cavada al pie de la pared semiderruida de un almacén y protegida con ladrillos. Aquel puesto de mando se encontraba en la retaguardia «profunda», a unos quince o veinte metros de la línea de combate. La defensa había terminado prácticamente de armarse; los cartuchos, las granadas y las bombas incendiarias se habían distribuido entre los combatientes; las ametralladoras estaban revisadas; los cinturones de municiones, cargados; los fusiles antitanque, instalados; los picatostes y el embutido, repartidos; el cable telefónico que comunicaba la compañía con el mando del batallón, tendido al amparo de las ruinas; los centinelas, apostados; los jefes de sección, instruidos… El sargento Dodónov, que había solicitado permiso para ir a la unidad sanitaria del regimiento aduciendo una indisposición, recibió una severa advertencia…

Kovaliov abrió su bolsa de campaña y se entregó a la revisión de sus pertenencias. Para protegerse de miradas burlonas, desplegó un mapa del sector y, simulando estar sumido en su estudio, procedió a sacar el contenido de la bolsa. Allí guardaba los testigos de su breve, pobre y casta vida. Uno era una tabaquera con una estrella roja que su hermana mayor Taya había cosido con retazos de colores recortados de la manga de un vestido otrora elegante. Recordaba a su hermana con aquel vestido cuando Kovaliov tenía ocho años. También se lo puso el día de su boda con el contable Yákov Petróvich, quien había llegado a su pueblo procedente de un centro regional.

Cuando le preguntaban de dónde había sacado una tabaquera tan bonita, Kovaliov respondía: «Me la regaló mi hermana cuando estudiaba en la escuela de oficiales».

Después de echar un vistazo a la tabaquera, Kovaliov empezó a hojear una pequeña libreta de bordes gastados encuadernada con calicó en la que, en letras grandes ya desdoradas, se leía «Cuaderno de notas»; se la había regalado su maestro cuando pasó al séptimo curso en la escuela del pueblo. En la libreta había anotado, con bonita caligrafía oval, poemas y muchas letras de canciones: *El tórrido verano; Mi orgulloso amor; Una guerra popular se está librando, una guerra sagrada; Katiusha; Mi alma tiene mil años; Un sencillo pañuelo azul; Adiós, mi ciudad amada,* y *Espérame.*

Dentro de la libreta guardaba cuatro billetes de metro, unas entradas para el Museo de la Revolución y la galería Tretiakov, una para el cine Unión y una para el zoológico, recuerdos de una visita de dos días a Moscú en noviembre de 1940.

En la primera página de aquel cuaderno se leía, transcrito con esmero, un poema de Lérmontov cuyos versos «por un tiempo, es un esfuerzo inútil, mas amar eternamente, ¿quién podría?» estaban subrayados con gruesos trazos de lápiz azul y rojo.

Luego Kovaliov sacó de su bolsa otra libreta en la que había tomado apuntes de táctica militar. En esa materia había sido el mejor de su clase, y para él aquel cuaderno era un gran motivo de orgullo.

Envuelta en papel de celofán, el teniente guardaba la fotografía de una chica de cara angulosa, mirada severa, nariz respingona y boca masculina. En el reverso, habían escrito con tinta: «No confíes en aquellos que comparten sólo tu alegría; los verdaderos amigos se revelan en la desgracia: cuando las lágrimas se derraman y el infortunio te golpea, un amigo es quien llora contigo. Para que me recuerdes siempre. Vera Smirnova». En el ángulo superior derecho habían dibujado un rectángulo dentro del cual se leía, en letra pequeña: «En el lugar del sello, un beso apasionado».

Al mirar la foto, Kovaliov sonrió complaciente y la envolvió de nuevo en el crujiente papel de celofán. Después sacó sus riquezas: una cartera con un fajo de billetes rojos de treinta rublos, un monedero de color violeta donde guardaba dos insignias de repuesto para sus galones, dos trofeos de guerra –una cuchilla de afeitar y un encendedor–, un lápiz rojo de galalita, un espejo de mano redondo con el marco guarnecido de metal, una brújula, una navaja maciza que plegada parecía un tanque chato y una cajetilla de tabaco sin abrir.

Miró a su alrededor, escuchó el rumor lejano y el silencio próximo, abrió la cajetilla, encendió un cigarrillo y, tras volverse hacia el brigada

Márchenko, que se había convertido en su mano derecha desde que hirieran al instructor político, le dijo:

–Toma, fuma –miró de reojo sus pertenencias dispuestas en el suelo y explicó–: No sé dónde he metido las espoletas para granadas, he revuelto la bolsa entera buscándolas.

–No siga buscando, acaban de traernos un montón –respondió Márchenko.

Cogió el cigarrillo con dos dedos y lo examinó cuidadosamente antes de llevárselo a los labios.

31

Hasta su llegada a Stalingrado, Piotr Semiónovich Vavílov no había sentido ni comprendido del todo qué significaba la guerra.

La inmensa ciudad estaba muerta, destruida. Algunos de los edificios conservaban todavía el calor del incendio. Vavílov, mientras montaba guardia a la hora del crepúsculo, notaba el calor que irradiaba la piedra y se le antojaba que era la huella de las personas que hasta hacía poco habían vivido en aquellas casas. Antes de la guerra Vavílov había tenido ocasión de visitar distintas ciudades, pero sólo allí, en aquella Stalingrado en ruinas, tomó conciencia de la magnitud de la labor de sus constructores.

Durante la guerra, en el pueblo de Vavílov era muy difícil conseguir cristal, ladrillos y fallebas para las ventanas del hospital, aleros para entradas, una viga de hierro necesaria para reparar el molino... Era tanta la penuria que, cuando se construía, los clavos se repartían por unidades y no al peso. Costó mucho encontrar madera seca y de calidad en lugar de húmedos troncos de abeto para los techos de la escuela. ¡Había costado tanto poner los suelos nuevos en el colegio del pueblo y tanta fue la alegría cuando acabaron de revestir con hierro su tejado!

Las ruinas de la ciudad descubrieron la inagotable riqueza de los materiales que se habían empleado en la construcción de sus edificios: miles de planchas de hierro que habían cubierto los tejados estaban tiradas en el suelo, retorcidas por el fuego; los ladrillos, tan difíciles de conseguir, se amontonaban formando túmulos en las calles, cerrando el paso a lo largo de centenares de metros; las aceras relucían cubiertas con escamas de

cristal. ¡Con tamaña cantidad de vidrio podrían haberse acristalado todas las aldeas de la Rusia rural! En el suelo, el hierro deformado por el incendio; clavos, tornillos y tiradores que habían perdido su solidez a causa del fuego y aparecían desparramados por doquier; rieles y vigas de acero combadas, despedazadas y dobladas por la potencia malvada de las bombas alemanas…

¡Cuántos sudores había costado transformar roca, arena y mineral en vidrio, piedra labrada, hierro fundido, cobre y vigas de acero! Miles y miles de cuadrillas de albañiles, carpinteros, pintores, cristaleros y cerrajeros habían trabajado allí durante decenios, de sol a sol…

¡Cuánto arte, ingenio y solidez se adivinaban en la mampostería de las escaleras y las paredes resquebrajadas a causa de una fuerza extraordinaria! El asfalto, antes llano, estaba destrozado, acribillado con agujeros oscuros que los impactos de las bombas habían abierto, tan profundos que podían dar cabida a un almiar. Aquellos huecos corroían la lisura de las plazas y calles, dejando al descubierto otra ciudad, la subterránea: gruesos cables telefónicos, cañerías, calderas de calefacción a vapor, pozos revestidos de hormigón, manojos de alambres entrelazados...

¡La destrucción de una obra monumental! Parecía que el enemigo, malvado y ruin, estuviera burlándose de la labor de miles de trabajadores. En la estepa de Zavolzhye Vavílov se había topado con quienes habían vivido en aquellas casas: ancianas extenuadas, madres con sus bebés, viejos, huérfanos. ¡Cuántos de ellos yacían bajo aquellos túmulos de ladrillo!

–Eso es Hitler –dijo Vavílov en tono quejumbroso.

Aquellas tres palabras no dejaban de sonar en sus oídos: «Eso es Hitler…».

Para Hitler, la fuerza radicaba en la violencia que ejercía un hombre sobre otro. Para Vavílov y millones de personas como él, se trataba más bien del poder del aliento vivo sobre la piedra muerta.

Las nociones de fuerza, justicia, bien y trabajo modelan el alma de un pueblo. Cuando se dice: «El pueblo lo condenará», «El pueblo no se lo creerá», «Es la opinión del pueblo» o «El pueblo no lo aceptará», se alude precisamente a un sentimiento general, una idea sencilla que anida en el corazón y en la mente de ese pueblo. Esos sentimientos y pensamientos tan simples conciernen a los aspectos más básicos y por ende fundamentales de la existencia humana: son los que constituyen las fuerzas espirituales,

diríase nucleares, que entrelazan el tejido de la vida y los destinos de los pueblos.

Ésos son los sentimientos e ideas que el pueblo alberga y que también viven en cada individuo: se mantienen latentes mientras el hombre se enfrenta por sí solo a la vida, y afloran cuando empieza a sentirse parte de un gran todo y puede decir: «El pueblo soy yo».

Quienes afirman que el pueblo es dado al culto de la fuerza, deberían reflexionar a fondo acerca de qué entiende el pueblo por fuerza, qué clase de fuerza respeta, ante qué fuerza se descubre y cuál es la fuerza a la que desprecia, cuál es la que sigue y ante cuál no se someterá jamás.

32

Desde la mañana, una nube fulguraba en el aire: era el polvo en el que se habían convertido los ladrillos despedazados por los obuses, mezclado con la polvareda gris que las explosiones y el paso pesado de las botas herradas habían levantado en las plazas sin barrer.

En el aire trémulo del mediodía, los observadores alemanes, encaramados a las cuencas vacías de las ventanas abiertas en los pisos superiores de los edificios en ruinas, contemplaron el Volga y se quedaron maravillados ante su belleza: el azul del cielo despejado se reflejaba en las aguas; su vasto espacio, que recordaba el mar, resplandecía. El aliento húmedo, puro y suave del río refrescaba las caras sudorosas de los soldados.

Mientras tanto, las tropas alemanas marchaban por las calles entre los bloques de piedra calientes y vacíos de los edificios. Cañones autopropulsados, blindados y carros de combate viraban en las esquinas haciendo chirriar sus ruedas; unos soldados borrachos, con las guerreras desabrochadas y la cabeza descubierta, daban vueltas en motocicletas alrededor de una plaza.

La polvareda se mezclaba con el humo de las cocinas de campaña, el olor a chamusquina con el aroma de la sopa de guisantes.

Unos tiradores alemanes escoltaban, gritando y amagando entre risas con pegarles, a un grupo de prisioneros cubiertos con vendas sucias y empapadas en sangre; también arreaban hacia el oeste de la ciudad, cual

ganado, a civiles de rostros lívidos –mujeres, niños y viejos– que miraban desconcertados a su alrededor.

Los oficiales de infantería disparaban sin cesar sus cámaras fotográficas y, desconfiados de su memoria, tomaban apuntes en libretas que se convertirían en una reliquia familiar para sus nietos y bisnietos, un recuerdo de aquel día glorioso.

Los soldados, con el rostro cubierto de polvo gris, entraban en las casas humedeciendo con la lengua sus resecos labios, hacían resonar sus botas en los suelos de parqué intacto de los apartamentos abandonados, golpeaban las paredes con las culatas de sus fusiles, abrían los armarios, sacudían las mantas.

Como ya había sucedido tantas otras veces, los soldados encontraban entre las ruinas, de un modo inexplicable y milagroso, botellas de vodka ruso y vino dulce.

Las agudas notas de centenares de armónicas resonaron en las calles; detrás de las ventanas rotas se oía tronar un coro endiablado, el zapateo de una danza soldadesca, gritos y carcajadas. Entre los chillidos guturales de los alemanes, de las gaitas y las armónicas, los discos rusos encontrados por los invasores sonaban tristes y solitarios: la voz de tenor de Lémeshev, la voz de bajo de Mijáilov.

«Y quién sabe por qué él me guiña el ojo…», cantaba melancólica y sorprendida una voz de muchacha.

Los soldados salían de las casas guardando en sus macutos de piel de becerro medias de mujer, blusas, madejas de hilo, toallas, copas de cristal tallado, tazas, cucharones, cuchillos. Los soldados palmeaban sus bolsillos abultados y llenos a rebosar. Algunos echaron a correr, mirando a los lados, a través de la plaza: se rumoreaba que a la vuelta de la esquina había una fábrica de calzado femenino.

Los conductores cargaban en los camiones rollos de tela, alfombras, sacos con harina, cajas de macarrones; los tanquistas metían en sus blindados edredones, cortinas arrancadas de las ventanas, visillos, cubrecamas y abrigos de mujer.

De las calles próximas al Volga llegaba el tableteo de los subfusiles, el estallido de las minas y las ráfagas de ametralladora, pero nadie les prestaba atención.

Desde el balcón de un edificio de cuatro plantas orientado al río un suboficial vestido con un traje talar de camuflaje con manchas amarillas,

marrones y verdes, cubierto con un velo salpicado de retazos aterciopelados, gritaba con voz estridente y autoritaria en el auricular, agitando el brazo libre: *«Feuer! Feuer! Feuer!»* . [18] Como obedeciendo sus movimientos, los cañones rugían en el bulevar y sacaban de sus bocas negras unas lenguas bífidas de fuego blanco y amarillo.

Un blindado del Estado Mayor pasó a gran velocidad, dio media vuelta en la plaza y se detuvo. Del vehículo bajó un general de complexión delgada, con polainas de cuero amarillo sobre las piernas encorvadas, de nariz aguileña y rostro surcado por varias cicatrices. Haciendo brillar el cristal de su monóculo, miró el cielo, la plaza y los edificios. Después se dirigió a un oficial que acababa de acercársele corriendo, gesticulando impaciente con su mano enguantada, y volvió a subir al vehículo, que partió hacia la estación.

Aquel día era como debía ser, según los alemanes, el último día de la guerra. Así lo habían imaginado y creían que sus sueños se estaban haciendo realidad.

Parecía que la bruma ardiente que flotaba en el aire había invadido las mentes acaloradas de los soldados. Tras largas semanas en la estepa, el olor a quemado, a piedra recalentada, a vivienda y a asfalto derretido les embriagaba.

El Volga, aquella vena azul que tantas veces habían visto dibujada en el mapa, se mostraba ahora ante sus ojos, vivo y fluido, chapoteando contra los muelles de piedra, murmurando y meciendo las balsas, los pontones, los troncos y los botes. Y los alemanes pensaron que aquello era la victoria.

Mientras tanto, en el barrio colindante con el centro donde Paulus había clavado su cuña, aún ocupado por las tropas soviéticas, la guerra continuaba. Allí nadie soñaba con trofeos. Los tanques apuntaban contra los portalones y las ventanas; las dotaciones de ametralladoras arrastraban sus armas hacia las ruinas que dominaban el despeñadero sobre el Volga; lanzaban cohetes de colores de aviso; los fusileros disparaban una ráfaga tras otra dentro de sótanos oscuros; los francotiradores reptaban por los bordes de los barrancos; los aviones espía de doble fuselaje colgaban en el aire, y el grito gutural de los observadores alemanes –*«Feur! Feur! Gut! Sehr gut!»*– [19] con el que avisaban a los jefes de las baterías resonaba en un eco múltiple en los oídos de los radiotelefonistas soviéticos que seguían en sus puestos de Zavolzhye.

El comandante de un batallón de granaderos, el *Hauptmann* [20] Preifi, instaló su cuartel general en la planta baja de una casa baja que se había librado de las bombas.

Al este, aquella casa quedaba protegida por el armazón de un edificio semidestruido y Preifi estimó que, en caso de que a los rusos les diera por bombardear desde el otro lado del Volga, su cuartel general estaría a salvo de cualquier impacto directo.

Su batallón había sido el primero en entrar en la ciudad; en la noche del 10 de septiembre, la compañía comandada por el teniente Bach había logrado llegar hasta los muelles tras avanzar a lo largo del río Tsaritsa. Bach informó de que la vanguardia de la compañía se había atrincherado junto a la orilla y mantenía bajo el fuego de ametralladora de gran calibre la carretera que bordeaba la orilla izquierda del Volga.

No era la primera vez que aquel batallón de granaderos entraba en una ciudad conquistada, y los soldados que lo componían ya se habían acostumbrado a que las calles por las que avanzaban estuvieran desiertas, los cascotes y cristales rotos crujieran bajo sus botas, su olfato percibiera las ráfagas de aire caliente con olor a quemado, los civiles se paralizaran nada más ver los uniformes grises y verdes de la infantería alemana, y a que casi todos callasen, otros corrieran a esconderse y algunos les sonrieran con hipocresía e intentaran chapurrear algunas palabras en alemán.

Ellos siempre eran los primeros alemanes a los que los rusos veían entrar en sus pueblos. Por esa razón se autoproclamaban portadores del alma de la conquista, que reducía a ruinas casas y puentes de hierro y provocaba espanto en las miradas de las mujeres y los niños.

Así había sido durante todo el recorrido de aquella división de granaderos.

Sin embargo, la llegada a Stalingrado era especial, diferente de todas las demás entradas en las ciudades conquistadas. Antes del inicio del ataque, el subcomandante del cuerpo acudió al regimiento para conversar con los oficiales y soldados mientras un representante del departamento de propaganda filmaba el encuentro y repartía proclamas. Un periodista conocido en el ejército, corresponsal del *Völkischer Beobachter* y experto en la vida castrense que había compartido con la tropa las dificultades de la

campaña oriental, entrevistó a tres combatientes veteranos. Al despedirse de ellos les dijo:

–Estimados amigos, mañana yo seré testigo y ustedes, participantes de la batalla decisiva contra Rusia. La toma de Stalingrado significa el fin de la guerra. Rusia acaba en el Volga, porque más allá no hallaremos resistencia.

Los diarios, tanto los que llegaban por vía aérea desde la lejana Alemania como los que editaba el ejército, se llenaban durante aquellos días con titulares en grandes caracteres en los que se leía: *«Der Führer hat gesagt: "Stalingrad muß fallen!"»* . [21] En letra negrita se detallaban las cifras de las terribles bajas de los soviéticos y se enumeraban los trofeos: prisioneros, blindados, cañones y aviones.

En la conciencia de los oficiales y soldados había arraigado la convicción de que la jornada decisiva estaba a punto de concretarse. No era la primera vez que lo pensaban, pero ahora se hacía evidente que la inconsistencia de la certidumbre pasada, que se había revelado como falsa, no hacía más que confirmar la razón de su confianza presente.

–Después de Stalingrado podremos volver a casa –se decían.

Corrió el rumor de que el Alto Mando ya había designado las divisiones que, una vez terminada la guerra, formarían parte del ejército de ocupación.

Cuando Bach dijo a su comandante de batallón que en Rusia aún había enormes espacios sin ocupar, que Moscú seguía resistiendo y que a los soviéticos todavía les quedaban tropas de reserva, más Inglaterra y los Estados Unidos, Preifi respondió:

–Pamplinas. Si tomamos Stalingrado, sus ejércitos de reserva se dispersarán y huirán en desbandada; Estados Unidos e Inglaterra firmarán la paz con nosotros inmediatamente. Nosotros volveremos a casa y aquí sólo quedarán guarniciones y unidades con la misión de luchar contra los partisanos. Es importante que no acabemos en una de ellas si no queremos pudrirnos en alguna hedionda ciudad rusa.

Durante la noche, Bach reptó hasta el Volga y llenó su casco de agua. Al amanecer, después de que la compañía reforzara sus posiciones y cesara el tiroteo, Bach llevó el agua al cuartel general del batallón y convidó al *Hauptmann* Preifi.

–Sabe –le dijo éste–, esa agua no está tratada y puede contener gérmenes del cólera asiático, así que la mezclaremos con el alcohol de Stalingrado.

Guiñó un ojo y añadió:

–Con más alcohol que agua.

Así lo hicieron, luego brindaron y bebieron. Bach alzó el brazo y dijo:

–Aprovechando estos cinco minutos de paz, que cada uno de nosotros escriba ahora mismo unas pocas líneas a su familia para decirles que hemos bebido agua del Volga.

–Muy buena idea, auténticamente alemana –observó Preifi.

Bach escribió a su prometida que las estrellas del sur colgaban sobre un río negro y que el aliento húmedo del Volga se confundía con el aliento de la historia.

El *Hauptmann* Preifi escribió que al brindar con el agua del Volga ya se veía rodeado de su familia, que olía la leche recién ordeñada que su mujer le serviría una mañana despejada de primavera y que se sentía feliz mientras pensaba en sus seres queridos durante aquellos días gloriosos.

El jefe del Estado Mayor Rummer, quien se tenía por un gran estratega, escribió a su anciano padre sobre la grandiosa ofensiva en el este, hacia Persia y la India, acerca del encuentro con los japoneses que avanzaban desde Birmania e Indochina y sobre el cinturón de acero que encadenaría el globo terráqueo por diez siglos.

«Ha caído el último baluarte, y he brindado por el próximo encuentro con nuestros aliados», escribió.

El joven *Oberleutnant* [22] Fritz Lenard, jefe de compañía, un muchacho de cutis suave, boca pequeña y rosada, frente alta y pálida, ojos azules y mirada fija, no escribió a nadie. Sonriendo y sacudiendo sus rizos, vagaba por la estancia entre los trofeos reunidos por el hacendoso Preifi mientras recitaba a media voz versos de Schiller.

Lenard intimidaba incluso al mismísimo Preifi, un gigante de voz atronadora y tartamudeante que poseía grandes dotes organizativas.

Antes de la guerra Lenard se había dedicado a la propaganda, luego sirvió como *Sturmführer* [23] en una unidad de las SS, y cuando Alemania atacó Rusia, fue destinado al Estado Mayor de una división motorizada.

Se murmuraba que dos oficiales habían sido arrestados tras una denuncia de Lenard: uno era el mayor Schimmel, acusado de ocultar su ascendencia judía por parte de padre; en cuanto al otro, Hoffmann, Lenard habría tirado del hilo hasta averiguar que mantenía contactos secretos con ciertos internacionalistas recluidos en un campo de concentración. Al parecer, no sólo se carteaba con ellos, sino que se las ingeniaba para mandarles dinero y comida a través de sus familiares en Dresden.

En una ocasión Lenard se había permitido el lujo de olvidar que se encontraba en el ejército y había respondido con insolencia al comandante de división Weller. El general lo trasladó a la compañía. Lenard demostró su valentía en el frente, fue distinguido varias veces por el comandante de regimiento y condecorado con una Cruz de Hierro.

Solía conversar con sus soldados, les recitaba poemas de memoria, velaba por sus necesidades, apenas utilizaba el coche y durante las marchas viajaba con ellos en la caja del camión.

Los oficiales del regimiento sabían que la compañía de Lenard había participado en la quema de un pueblo de partisanos en el río Desná y en la matanza de cinco mil judíos de un *schtetl* ucraniano.

Los oficiales del regimiento y del batallón detestaban a Lenard, pero aun así muchos de ellos procuraban mantener su amistad, incluso los que le superaban en edad, graduación o cargo.

Bach evitaba a Lenard aunque reconocía que era, tal vez, el más inteligente de entre los oficiales del batallón. Con el comandante Preifi, dominado por su incontenible pasión económico-doméstica, no se podía hablar de asuntos que no tuvieran relación directa con envíos de ropa y comida. Preifi reducía toda conversación a la conclusión de que a la hora de componer los envíos debía utilizarse el método combinatorio. Al principio creía que tenía que enviar a casa sólo telas y lana, pero luego se decidió por la comida: café, miel, mantequilla hervida. Sólo después de cruzar el Donets del Norte tomó conciencia de que debía satisfacer las variadas necesidades de su familia de un modo armónico y complejo.

Gustaba de enseñar a los oficiales su fábrica de campaña. El ordenanza, enfundado en una bata blanca, vertía mantequilla hervida a través de un embudo con filtro en unos tarros metálicos, que se cerraban herméticamente en el acto. Dicho asistente dominaba a la perfección el arte de la soldadura, sabía coser unos sacos muy resistentes y metía decenas de metros de tela, con la habilidad de un mago, en paquetes increíblemente pequeños. Todas aquellas labores entretenían al gigantesco Preifi y ocupaban su pensamiento en el tiempo libre que la guerra le permitía.

La charlatanería alcohólica de Rummer, jefe del Estado Mayor del batallón, irritaba a Bach sobremanera. Como toda persona corta de entendimiento, era presuntuoso en extremo, y cuando se emborrachaba, solía aleccionar a su interlocutor sobre política internacional y estrategia.

Los oficiales jóvenes procuraban evitar las discusiones. Se interesaban por placeres sencillos: mujeres y alcohol. Pero Bach, aquel día, rabiaba por hablar y compartir sus pensamientos con un interlocutor inteligente.

–Dentro de unas dos semanas –dijo Preifi– estaremos en plena Asia, donde abundan las batas de seda y las alfombras tejidas a mano en Persia y Bukhará. Su valor es incalculable –rió y añadió–: Digan lo que digan, en Stalingrado he conseguido algo que ustedes no tienen. –Y acto seguido levantó el borde de una capa de campaña que cubría un rollo de tela gris–. Es pura lana: cuando quemé el extremo de un hilo, hirvió hasta formar una bolita. Además, consulté con un experto, el sastre del regimiento.

–Es un verdadero tesoro –dijo Rummer–, unos cuarenta metros.

–No exagere, aquí no hay más de dieciocho metros –disintió Preifi–, y si yo no me hubiera agenciado esa tela algún otro se la habría quedado, pues no tenía amo, como el aire.

En presencia de Lenard, optaba por minimizar la importancia de sus adquisiciones.

–¿Dónde están ahora las mujeres que vivían en esa casa? –preguntó de repente Lenard–. Una de ellas es guapa, un auténtico tipo nórdico.

–Por orden del jefe del Estado Mayor de la división, las trasladaron junto con los demás civiles al sector norte de la ciudad –respondió Rummer–. Cree que existe la posibilidad de que los rusos contraataquen.

–Qué pena –se lamentó Lenard.

–¿Quería usted hablar con ellas?

–¿Con la vieja gorda? Por supuesto.

–Está claro que la guapa no le interesa.

–La gorda no está tan vieja, tiene rasgos orientales –dijo Preifi provocando la risa de todos los presentes.

–Tiene toda la razón, *Herr Hauptmann* –asintió Lenard–, me pregunto si sería judía.

–Ya lo averiguarán –dijo Rummer.

–¿Saben qué? Regresen a sus compañías –ordenó Preifi cubriendo el rollo de tela con la capa de campaña– y procuren no ponerse a tiro. A partir de hoy toda precaución es poca: ¡no hay nada más estúpido que morir a manos de los rusos cuando la guerra está tocando a su fin!

Bach y Lenard salieron a la calle. Sus respectivos puestos de mando se encontraban en el ala sur y en el ala norte del mismo edificio de una sola planta.

Lenard dijo:

–Iré a verle, es posible pasar de un ala a la otra por un corredor interior sin tener que salir a la calle.

–Hágalo, tengo alcohol –invitó Bach–, las interminables conversaciones sobre trofeos me ponen de mal humor.

–Si desembarcáramos en la Luna –dijo Lenard–, lo primero que preguntaría nuestro *Hauptmann* sería si allí podía hacerse con alguna tela, y sólo después se interesaría por la presencia de oxígeno en la atmósfera lunar. –Tamborileó con un dedo en la pared–. Creo que este muro data del siglo XVIII .

El descomunal grosor de aquellas paredes era sorprendente, y totalmente injustificado, pues habrían podido sostener una construcción de ocho plantas cuando el edificio que componían tenía sólo una.

–El estilo ruso, absurdo y espantoso –suspiró Bach.

Los radiotelefonistas y los enlaces se alojaban en una amplia estancia de techos bajos; los oficiales habían ocupado un cuarto pequeño. Desde la ventana podían ver el muelle, el monumento a algún héroe soviético y una parte del río; desde la otra ventana se divisaban las paredes altas y grises del silo municipal y las construcciones fabriles del sur de la ciudad.

Habían pasado juntos casi la mitad de su primer día en Stalingrado, charlando y bebiendo.

–El carácter alemán sigue resultándome sorprendente –comentó Bach–: durante toda la guerra he echado de menos mi casa, pero hoy, cuando por fin tengo la seguridad de que está tocando a su fin, siento que me invade la tristeza. No sabría decir a ciencia cierta cuál ha sido el momento más feliz de mi vida, pero tal vez fuera ayer, durante la noche, cuando, pertrechado con granadas y un subfusil, llegué reptando hasta el Volga, llené el casco de agua, me la eché por la cabeza para refrescarme y miré el cielo negro de Asia y sus estrellas, mientras unas gotas de agua me rodaban por los cristales de las gafas. Entonces me di cuenta de que eran mis pies los que habían caminado desde el Bug occidental hasta el Volga y las estepas de Asia.

Lenard dijo:

–No sólo hemos vencido a los bolcheviques y el vasto territorio ruso, también nos hemos liberado de la impotencia del humanismo. Hemos vencido a los primeros y a la segunda desde fuera y desde dentro.

–Sí –respondió Bach conmovido–, sólo unos alemanes podrían mantener semejante conversación en un puesto de mando, en el corazón de una ciudad conquistada. La pasión por generalizar los hechos es nuestro privilegio. Lleva usted razón: hemos recorrido esos dos mil kilómetros sin recurrir a la moral.

Lenard se inclinó hacia Bach por encima de la mesa y le dijo con jovialidad:

–Me gustaría conocer a alguien en esta orilla del Volga que se atreviera a reprocharle a Hitler haber conducido Alemania por un camino equivocado.

–Es posible que tales personas existan –aventuró Bach con alegría–, pero naturalmente mantienen la boca cerrada.

–Claro que existen, estoy seguro, pero ¿acaso importa? ¿Acaso las viejas institutrices sentimentales, los intelectuales pusilánimes y toda clase de especialistas en enfermedades infantiles pueden influir en el curso de la historia? No son portavoces del alma alemana. Lo importante no es la virtud lacrimosa. Lo importante es ser alemán.

Continuaron bebiendo, y la mente de Bach se nubló. Sintió unos deseos irrefrenables de entablar una conversación franca. En lo más profundo de su conciencia se daba cuenta de que no diría lo mismo que si estuviese sobrio, de que al despejarse lamentaría su incontinencia verbal, se inquietaría y le invadiría un miedo agotador. Sin embargo, le parecía que allí, en el Volga, nada le estaba prohibido, ni siquiera una conversación sincera con Lenard.

Ahora Lenard comía de la misma olla que los soldados, era otro hombre. En sus ojos claros de largas pestañas había cierto magnetismo.

–Verá –empezó Bach–, durante mucho tiempo creí que Alemania y el nacionalsocialismo eran incompatibles. Me influyó sin duda el ambiente en que me crié: a mi padre, maestro de escuela, lo despidieron por decir a sus alumnos lo que no debía. En verdad, a mí siempre me habían interesado otro tipo de ideas. Yo no era partidario de la teoría racial, se lo confieso, también a mí me expulsaron de la universidad. ¡Pero he llegado hasta el Volga! La marcha hasta aquí encierra más lógica que los libros. Ahora ya sé quién es el hombre que condujo Alemania a través de los campos y bosques rusos y salvó el Bug, el Bereziná, el Dnieper y el Don. Eso sí que lo he comprendido… Nuestra filosofía ha salido de las bibliotecas. Ya no está confinada en las páginas de los libracos académicos. Todo aquello que permanecía latente en las páginas de *Más allá del bien y del mal, La*

decadencia de Occidente [24] y en los libros de Fichte [25] marcha hoy sobre la faz de la tierra…

Era incapaz de detenerse. Sabía que su locuacidad se debía al insomnio y a la tensión acumulada durante los últimos combates, por no hablar del medio litro de vodka ruso. Los pensamientos fluían de su mente como el calor emana del acero incandescente.

–Lenard, quiero confesarle que yo era de la opinión de que nuestro pueblo no quería que se acabara con la vida de mujeres, niños, ancianos y gente indefensa. Y sólo ahora, en el momento de la victoria, he comprendido que nuestra lucha se libra más allá del bien y del mal. La idea de la fuerza alemana ha dejado de ser una entelequia para convertirse en verdadera fuerza. Una nueva religión, cruel y deslumbrante, hizo su entrada en el mundo y eclipsó la moral de la misericordia y el mito de la igualdad internacional.

Lenard se acercó a Bach, le enjugó el sudor de la frente con un pañuelo y le puso las manos sobre los hombros.

–Usted me habla con franqueza –dijo lentamente–, y eso es lo más importante, aunque está en un error. Son nuestros enemigos los que dicen de nosotros que negamos el amor. ¡Menuda tontería! Esos timoratos llaman amor al temblor de los impotentes. Usted ya verá lo tiernos y sensibles que somos. No crea que somos únicamente crueles. También sabemos lo que es el amor. Pero el mundo necesita sólo del amor de los fuertes. ¡Me gustaría ser su amigo, querido Bach!

Bach vio su mirada atenta y expectante. Se quitó las gafas y la cara de Lenard se difuminó volviéndose una mancha clara, sin ojos.

–Eso es irrefutable –dijo Bach estrechando la mano de Lenard–, y yo aprecio lo irrefutable. Oiga, ¿por qué no nos bañamos en el Volga? ¡Sería formidable! Luego escribiremos a casa y les contaremos que dos alemanes se han bañado en el Volga. ¿Qué le parece?

–¿Bañarnos? Es una temeridad, pueden matarnos –razonó Lenard y añadió–: Lo que usted necesita es meter la cabeza en agua fría, ha bebido demasiado.

Volviendo en sí, Bach lo miró preocupado.

Una ingeniosa idea cruzó su mente: si Lenard quisiera utilizar las palabras de Bach en su contra, lo mejor sería atribuirlas a la borrachera. En un día como aquél, todo podía perdonarse.

–Realmente he bebido demasiado –murmuró–. La mañana siguiente después de una borrachera no recuerdo ninguna de las tonterías que pude haber dicho la víspera.

Por lo visto, Lenard adivinó la intención de Bach y le aseguró entre risas:

–¡En absoluto, no ha dicho ninguna tontería! Sus palabras han sido muy sensatas, todo lo que ha dicho merece ser publicado en los diarios de mañana –de pronto pasó a tutearle y dijo–: Oye, amigo, no sé cómo dejé escapar a aquella belleza. Intentaré encontrarla. Sigo imaginándola con absoluta claridad.

–Yo no la vi –explicó Bach–, pero los soldados me hablaron de ella.

–Ésa es la única clase de trofeos que me interesa –dijo Lenard.

Por la noche, a la luz blanca e intensa de una bombilla, mientras suspiraba y torcía el gesto a causa del dolor de cabeza, Bach apuntó en su diario:

> […] Creo que empiezo a comprender la esencia de la cuestión. No se trata de negar el humanismo. Se trata de una idea superior… Ahora Alemania y el Führer se enfrentan al problema supremo. Las categorías del bien y del mal son capaces de transformarse mutuamente. Son, como la energía térmica y la energía mecánica, formas de la misma esencia: no son contrarias, son señas, convenciones, es una ingenuidad oponerlas. El crimen de hoy constituye el fundamento de la virtud de mañana. El unánime impulso nacional pangermano absorbe y unifica el bien y el mal, la libertad y la esclavitud, la moral y el amoralismo. Tal vez hoy, en el Volga, se haya hallado una solución sencilla y definitiva a ese problema.

34

Las compañías comandadas por Bach y Lenard abandonaron las plantas superiores de un edificio enorme para trasladarse a un sótano, fresco y espacioso. La luz y el aire penetraban a través de los cristales rotos de los ventanucos. Los soldados habían llevado al subsuelo mobiliario de los apartamentos quemados, por lo que el sótano se parecía más al almacén de una tienda de muebles que a un vivaque militar.

Cada granadero tenía su cama, cubierta con una manta o un edredón. Además, habían traído sillones de patas finas, talladas con artificio, mesitas e, incluso, un espejo de tres lunas.

El soldado de primera Stumpfe, el más popular del batallón, armó una especie de alcoba en un rincón del sótano. Desde uno de los apartamentos de la planta superior había bajado una cama de matrimonio que adornó con una manta azul y dos almohadas con fundas bordadas. A cada lado de la cama puso una mesilla cubierta con un tapete y desplegó una alfombra sobre el suelo de piedra. Trajo también dos bacines y dos pares de pantuflas de viejo forradas en piel. En la pared colgó una decena de fotografías de familia enmarcadas que había sacado de varios apartamentos.

Había hecho una selección de fotos premeditadamente cómica. En una de las imágenes aparecían retratados un anciano y una anciana, probablemente obreros, vestidos para la ocasión con ropa de gala: él, con americana y corbata, fruncía el ceño, algo desconcertado; ella llevaba un vestido negro con grandes botones blancos y un chal sobre los hombros, tenía las manos sobre las rodillas y bajaba la mirada con expresión dócil.

En otra fotografía, muy antigua, aparecía –según determinaron los expertos– la misma pareja en el día de su boda. Ella, triste y atractiva, preparada para una larga y dura vida matrimonial, estaba tocada con un velo blanco y flores de azahar; él, con traje oscuro, botas lustradas y la cadenita del reloj de bolsillo sobre el chaleco, estaba junto a la novia, apoyando el codo en el respaldo de una alta silla de color negro.

En la tercera fotografía se veía un ataúd de madera cubierto con encajes de papel. Dentro había una niña vestida de blanco, y alrededor, de pie con la mano sobre el borde del ataúd, varias personas de aspecto ridículo: un viejete con una camisa de percal sin cinturón, un hombre barbudo, un niño con la boca abierta y algunas mujeres mayores con un pañuelo en la cabeza. Todos tenían una expresión solemne, pétrea.

Stumpfe se tendió en la cama sin sacarse las botas ni el subfusil que le colgaba del cuello; mientras agitaba las piernas, empezó a hablar con voz tenue y melindrosa, creyendo imitar a una mujer rusa:

–*Lieber Ivan, komm zu mir.* [26]

Todos los ocupantes del sótano se desternillaron de risa.

Stumpfe y el cabo Ledeke se sentaron sobre los bacines a ambos lados de la cama y se pusieron a improvisar diálogos cómicos. En el primero hablaban «Iván y su madre»; en el segundo, «El rabino Israel y Sara, su mujer».

El improvisado espectáculo atrajo a varios soldados de otros regimientos. Preifi no tardó en aparecer, en estado de ebriedad, y le

acompañaban Bach y Lenard.

Stumpfe y Ledeke representaron todo su repertorio ante los oficiales e hicieron reír a carcajadas a Preifi quien, frotando su pecho de gigante con sus manazas, aulló:

–Basta, basta, ¡me matáis de la risa!

Al oscurecer los soldados camuflaron los ventanucos del sótano con mantas y pañuelos, cargaron las grandes lámparas de pantallas verdes y rosa con gasolina mezclada con sal, las encendieron y se sentaron alrededor de la mesa.

Sólo seis de aquellos hombres habían tomado parte en la campaña rusa desde el principio. Los demás procedían de tropas destacadas en Alemania, Polonia y Francia, y dos soldados provenían de una de las unidades comandadas por Rommel desplegadas en África.

La compañía se dividía entre los soldados que pertenecían a la élite y los parias. Los alemanes se burlaban de los austríacos, pero también se mofaban maliciosamente los unos de los otros. A los oriundos de la Prusia oriental se les tenía por patanes. Los bávaros se burlaban de los berlineses afirmando que Berlín era una ciudad judía donde se había dado cobijo a todo tipo de chusma: italianos, rumanos, mexicanos, polacos, checos, húngaros y brasileños, y que allí era imposible encontrar un solo alemán auténtico. Los prusianos, los oriundos del sur y los berlineses despreciaban a los alsacianos y los consideraban unos cerdos y unos forasteros. A los alemanes repatriados desde Letonia, Lituania y Estonia se los llamaba «cuartos de alemán». A los *Volksdeutsche* [27] ni siquiera se les consideraba alemanes: existía una disposición que recomendaba no confiar en ellos y vigilar su comportamiento.

En la compañía, a Stumpfe y Vogel se les tenía por aristócratas: habían servido en las SS y, entre miles de otros como ellos, habían sido destinados al ejército regular, en cumplimiento de una célebre orden del Führer, para fortalecer el ánimo de la tropa.

Stumpfe, un individuo bromista, alto y bien alimentado –sorprendente entre los soldados rasos y de primera–, era el alma de la compañía. Su buena suerte, su coraje y la capacidad de reunir antes que nadie material suficiente para componer un paquete en toda regla y enviarlo a su familia en Alemania desde un pueblo ruso envuelto en llamas, causaban admiración en sus compañeros. Le bastaba una sola mirada para conseguir que cualquier

campesino sacara como por arte de magia sus reservas de miel y tocino y se las entregara.

Stumpfe amaba a su mujer, a sus hijos y a su hermano; les escribía una carta tras otra y les enviaba paquetes tan ricos en calorías como los que despachaban los oficiales a sus familias. Su billetera estaba llena de fotografías que había mostrado en numerosas ocasiones a la compañía. Había fotos de su mujer, más bien delgada, con una pila de platos junto a la mesa del comedor; en pijama, apoyada en la chimenea; a bordo de un bote, levantando los remos; sonriendo con una muñeca en las manos; de paseo por el campo. También había muchas fotografías en las que aparecían sus hijos: un niño alto y una preciosa niña de seis años de edad con una melena clara que le llegaba hasta los hombros.

Al mirar aquellas fotografías, los soldados, nostálgicos y pensativos, decían: *«Jaaa…»;* el propio Stumpfe contemplaba largamente los rostros de sus seres queridos con expresión solemne y concentrada, como si admirara un icono, antes de guardarlos de nuevo en la billetera.

Solía contar anécdotas sobre sus hijos; en una ocasión, después de escuchar una de ellas, el *Oberleutnant* le había dicho que, con su talento, podría actuar en público. De su repertorio destacaba una historia sobre los preparativos de la fiesta de Navidad cuya narración trufaba con decenas de palabras graciosas y entrañables, exclamaciones, aspavientos y triquiñuelas, y representaba muy bien la hipocresía y la envidia infantiles de los regalos ajenos. Aquel cuento despertaba sentimientos contradictorios en los soldados: mientras lo escuchaban, reían hasta que se les saltaban las lágrimas, pero una vez concluida la narración les invadía tal tristeza que algunos incluso acababan llorando.

Stumpfe aunaba en su carácter rasgos contradictorios. Atravesaba períodos en los que se mostraba temerario, violento e increíblemente cruel. Entonces se convertía en una bestia enfurecida que nadie era capaz de contener.

Una vez, en Járkov, se había emborrachado, había salido por la ventana de un quinto piso a la estrecha cornisa que rodeaba el edificio y había dado la vuelta completa alrededor de éste al tiempo que disparaba con una pistola.

En otra ocasión incendió una casa, subió al tejado y empezó a gesticular en medio del humo y el fuego, dirigiendo, como si fueran un coro, los

lamentos de las mujeres y los niños que lloraban y chillaban junto a su vivienda, envuelta en llamas.

Una noche de mayo, cuando su unidad vivaqueaba en una aldea, tuvo un tercer arrebato de locura: arrojó una granada de mano en la espesura de unos árboles en flor. El explosivo se colgó entre las ramas y estalló a cuatro metros de Stumpfe, cubriéndole con una lluvia de pétalos blancos. Un casco de metralla le rajó la caña de una bota y otro le agujereó una hombrera. Stumpfe sufrió varias contusiones y tardó dos días en recuperar el oído.

En la expresión de su rostro, en la profundidad cristalina de sus grandes ojos tranquilos, había algo que infundía terror a los civiles rusos. Cuando Stumpfe entraba en una isba y examinaba despacio y con mirada burlona su interior mientras husmeaba el aire con una mueca de asco y aprensión para ordenar luego a sus dueños que limpiaran con una toalla blanca la banqueta donde iba a sentarse, las mujeres, jóvenes y ancianas, comprendían enseguida que se encontraban ante un hombre que no se andaba con contemplaciones.

Stumpfe era un gran conocedor de la psicología de los campesinos rusos. Le bastaba observar a una rusa durante cinco minutos para ganar una apuesta sobre la cantidad de miel, huevos y mantequilla que guardaba en su cabaña o sobre si escondía tesoros bajo la tarima de madera en forma de botas nuevas, ropa o abrigos.

Fue el más rápido de todos sus camaradas de armas en aprender algo de lengua rusa y se las apañó muy pronto sin la ayuda de prontuarios o diccionarios.

–He simplificado el vocabulario ruso –decía–, mi gramática tiene un solo modo, el imperativo.

A sus compañeros les gustaba escucharle hablar de su pasado: había vivido y visto mucho.

Cuando era joven, se empleó de dependiente en una tienda de deportes; tras perder aquel empleo, trabajó dos temporadas en el campo, donde manejó una máquina trilladora. En 1926 fue minero en el Ruhr, en la explotación Kronprinz, durante tres meses. Después de obtener el carné de conducir, empezó a trabajar conduciendo un camión cisterna de leche, luego hizo de chófer de un dentista de Gelsenkirchen y al cabo de un año era taxista en Berlín. Entonces dejó de ejercer aquel oficio y entró a trabajar de ayudante de recepcionista en el hotel Europa. Pasado un año obtuvo el

puesto de encargado de cocina en un pequeño restaurante que solían frecuentar algunos hombres de negocios, industriales y abogados.

Estaba orgulloso de que sus manos se hubieran vuelto blancas y suaves; las cuidaba para borrar de su piel cualquier rastro que sus trabajos anteriores hubieran dejado en ellas.

Y ahora estaba cerca de empezar a llevar la clase de vida que siempre le había atraído. En una ocasión calculó que la compra de unas acciones había reportado a uno de los clientes del restaurante la ganancia equivalente al antiguo sueldo de Stumpfe de ciento veinte años, o mil cuatrocientos cuarenta meses, o cuarenta mil días, o trescientas mil horas o diecinueve millones de minutos. La compra en cuestión se había llevado a cabo por teléfono utilizando el aparato del restaurante y se cerró en menos de dos minutos.

Aquella correlación se le antojaba a Stumpfe la expresión de un poder atrayente y maravilloso.

Respirar la atmósfera que rodeaba la riqueza ajena, las conversaciones de los avispados camareros acerca de cuál de los clientes había comprado un Hispano-Suiza, una mansión o un collar para una actriz. Todo aquello le procuraba a Stumpfe un placer torturador.

Su hermano menor Heinrich, tan alto y fornido como Stumpfe, entró a trabajar en la policía política en 1936. A menudo decía a su hermano mayor: «A ti y a mí nos aguardan grandes riquezas en esta vida».

Heinrich le habló en susurros sobre un juego aún más arriesgado y de mayor ganancia que al que se dedicaban los clientes del restaurante. Aquél sí que era un negocio redondo: una sola acción afortunada y audaz podía encumbrar a un hombre.

A veces Stumpfe se detenía ante el espejo que había en el sombrío vestíbulo del restaurante y adoptaba la expresión de hastío y desprecio que había advertido en varios clientes. Tenía buena planta: medía un metro setenta y siete, pesaba ochenta kilos, su pelo era suave y la piel blanca y lampiña.

Entonces Stumpfe se decía: «¿Acaso no merezco una vida mejor?».

Mientras tanto, en diarios, revistas, folletos, radio, en reuniones y conferencias, en las intervenciones del Führer, en los discursos de Goebbels, del mariscal del Reich, de Rosenberg y de Streicher, se demostraba y proclamaba que la erudición de los sabios y la labor de los grandes trabajadores no eran nada en comparación con el tesoro supremo: la

sangre alemana. La cabeza que coronaba el perezoso y voraz cuerpo de Stumpfe tenía mucho en qué pensar.

Durante la campaña del Este, Stumpfe se fue convenciendo cada vez más firmemente de su superioridad racial, si bien ello no le proporcionaba especial alegría. Sin embargo, conforme se iba acercando el fin de la guerra, Stumpfe echaba en falta cada vez con mayor claridad que se le negaba la posibilidad de beneficiarse verdaderamente de su supremacía racial: seguía siendo un soldado, todas sus pertenencias cabían en su macuto y ya no le bastaba con despachar paquetes a casa.

Sus compañeros le apreciaban. Los suboficiales habían reparado en que era a él a quien los soldados atendían con más atención y en que Stumpfe solía ejercer de árbitro cuando entre sus compañeros surgía alguna riña o discusión. Era valiente, y a menudo le encomendaban misiones de reconocimiento; a los soldados les gustaba acompañarlo en aquellas acciones: decían que confiaban más en Stumpfe que en el suboficial Munk, a pesar de que éste había recibido formación en aquel tipo de misiones. Se adentraba con temeridad en los pueblos ocupados por las tropas rusas. Una noche llegó a prenderle fuego a un puesto de vigilancia guardado por un centinela del Ejército Rojo.

A los compañeros de Stumpfe les agradaba su carácter divertido y burlón: tenía motes para todos, sabía fijarse en los rasgos cómicos de la gente e imitarlos a la perfección. Acumulaba un gran repertorio de escenas graciosas: «Vogel prepara un desayuno frugal: veinte huevos fritos y un pollito», «Ledeke, el mujeriego, solicita el amor de una campesina rusa en presencia de los hijos pequeños de ésta», «El cuatro ojos de Sommer recibe un rapapolvo del comandante de batallón», «Meyerhof intenta hacer comprender a un judío que le conviene dejar este mundo antes de la fecha fijada por el dios hebreo». Sin embargo, las escenas más extensas y logradas estaban dedicadas a Schmidt. Gracias a los esfuerzos de Stumpfe, el tal Schmidt se había hecho famoso no sólo en la compañía sino también en el regimiento y quedó convertido en objeto de burla constante.

Stumpfe representaba muchas escenas cuyo protagonista era Schmidt: «Schmidt se casa, pero como lleva un año trabajando en el turno de noche, sigue sin haber podido acostarse con su mujer», «Schmidt recibe una distinción que conmemora sus veinte años de cerrajero en la fábrica e intenta cambiarla por un kilo de patatas», «Schmidt es degradado de

suboficial a soldado raso; la orden se lee ante la tropa en formación», algo que había sucedido realmente el año anterior.

El aspecto de Schmidt no tenía nada de cómico: corpulento, encorvado, tan alto como Stumpfe, casi siempre sombrío y callado. No obstante, Stumpfe acertaba a imitar incluso sus más insignificantes gestos, como su manera de arrastrar los pies al caminar, de tener la boca abierta cuando cosía o de resoplar siempre que se quedaba en actitud pensativa.

Schmidt, el soldado de más edad de la compañía, había participado en la Primera Guerra Mundial. Se rumoreaba que en 1918 había estado entre los partidarios de un movimiento en favor de la deserción dirigido por un sinvergüenza que respondía por Labiknecht o Liebnecht. Los jóvenes soldados no conocían el nombre con certeza, pero sabían que era un miembro del Sanedrín judío porque lo habían aprendido en el colegio.

Aquel badulaque antediluviano irradiaba una especie de estupidez melancólica e irritante. Stumpfe no podía verlo sin alterarse. Schmidt era un perdedor. Lo reclutaron en grado de suboficial porque su edad no le permitía ser soldado; sin embargo, tras degradarlo no lo desmovilizaron, a pesar de que era un obrero cualificado y aquello le daba derecho a licenciarse. En breves palabras, le tomaron el pelo. La mala suerte de Schmidt suscitaba risas e irritaba a todos por igual. Sobre él recaían siempre los trabajos más pesados. Tenía el dudoso talento de estar presente cada vez que se requería a alguien para reconstruir los servicios de los oficiales o enterrar desechos. Trabajaba siempre en silencio y se mostraba estúpidamente afanoso e incansable, como una bestia de carga. Había sido degradado a soldado raso al principio de la campaña oriental. Su compañía, antes de que llegara al frente, custodiaba una cárcel y un campo de prisioneros de guerra. Schmidt simulaba estar enfermo para eludir las guardias, pero el médico del regimiento lo descubrió; tal vez Schmidt llevara la deserción en la sangre. Después de ser degradado, no cometió actos de cobardía, era cumplidor y tenía buena puntería. Cuando la compañía se retiraba tras las líneas para tomarse un descanso, Schmidt se afanaba en enviar a su familia paquetes con comida. A pesar de todo, resultaba ridículo. Stumpfe lo llamaba Patán.

Tres amigos estaban sentados alrededor de una mesa redonda iluminada con una lámpara de color rosa: Stumpfe, Vogel y Ledeke.

Los unían los lazos que crean las penalidades, los peligros y las diversiones compartidas; apenas había secretos entre ellos.

Vogel, un joven alto y enjuto que no había terminado sus estudios en el instituto, se volvió para mirar a los hombres que dormitaban en la penumbra del sótano y preguntó:

–¿Dónde está nuestro amigo Schmidt?

–Montando guardia –respondieron los finos labios de Ledeke.

–Parece que la guerra está tocando a su fin –dijo Vogel–. Esta ciudad es inmensa, fui al cuartel general del regimiento y me perdí por el camino.

–Bien está lo que bien acaba –sentenció Ledeke–. ¿Sabéis una cosa? Me he convertido en un cobarde: cuanto más se acerca el fin de la guerra, más miedo tengo de morir.

–Hemos enterrado a tantos que sería absurdo morir ahora –asintió Vogel.

–Me cuesta creer que vaya a volver a casa –dijo Ledeke.

–Tendrás de qué enorgullecerte, sobre todo si acabas contagiándote de alguna enfermedad de ésas –señaló Vogel, que desaprobaba a los mujeriegos.

Acarició con cuidado las cintas de sus condecoraciones y añadió:

–Aunque no tengo tantas como los héroes del Estado Mayor, me las he ganado honradamente.

Stumpfe, que hasta entonces había permanecido callado, sonrió y dijo:

–No están grabadas, las que se entregan en el Estado Mayor tienen el mismo aspecto que las que se ganan en combate.

–Stumpfe se ha desanimado –dijo Ledeke compungido–, no quiere correr ningún riesgo ahora que el final se aproxima.

–No lo entiendo –dijo Vogel.

–No me extraña –se mofó Stumpfe–, volverás a la fábrica de cuchillas de afeitar de tu papá y vivirás a cuerpo de rey.

–¡Tú tampoco tienes de qué quejarte! –respondió Ledeke, irritado.

–¿De qué me hablas? –se enfadó Stumpfe y dio una fuerte palmada en la mesa–. ¿Acaso se puede comparar eso con los paquetes que envío a mi familia?

–¿Y la bolsita que guardas en el pecho? –preguntó Ledeke con sorna.

–¿Y qué crees que hay dentro, un tesoro? ¡Una miseria! Sólo ahora me doy cuenta de que he sido un completo imbécil, me entretuve bailando como un crío sobre el tejado de una casa en llamas mientras los más inteligentes no perdían el tiempo.

–Es cuestión de suerte –opinó Vogel–. Conozco a un hombre que en París se hizo con un collar de diamantes. Durante un permiso lo llevó a un joyero, que le preguntó: «¿Cuántos años tiene usted?». «Treinta y seis», respondió el hombre. «Pues bien, el dinero que obtendría vendiendo el collar le alcanzaría para vivir sin trabajar hasta los cien años y con familia numerosa.» Y eso por un collar que no le costó nada –concluyó Vogel.

–Ojalá pudiera ver yo una joya de ésas –dijo Ledeke–. Los *mujiks* no tienen collares de diamantes, en eso Stumpfe tiene razón. Nos enviaron a un frente equivocado. Si yo fuera tanquista, hubiera conseguido hacerme con paños y pieles. Me equivoqué de frente y de armada, ése es el problema.

–La graduación tampoco es la correcta –añadió Vogel–. Si fueras general, hoy no estarías tan triste. Los generales mandan a sus familias un camión tras otro. Traté con unos ordenanzas cuando estuve en la guardia del Estado Mayor del ejército, y discutían sobre cuál de sus superiores había mandado más pieles a Alemania.

–En el Estado Mayor no se oye otra cosa que «*Pelze*… *Pelze* …» [28] durante todo el día. Y ahora que nos estamos acercando a la India y Persia, empieza a oler a alfombras.

–Sois unos necios –dijo Stumpfe–, es de lamentar, pero por desgracia sólo ahora me doy cuenta de que no he sido más inteligente que vosotros. Aquí se trata de otra cosa. No estoy hablando de abrigos de piel y alfombras. –Se volvió para ver si alguien los escuchaba y susurró–: Se trata del futuro de mis hijos, de mi familia. Todas esas baratijas, la moneda de oro, el reloj y el anillo, las conseguí en un miserable *schtetl* . ¿Os imagináis qué pueden amasar los *Einsatzgruppen* [29] cuando operan en Odessa, Kiev o Varsovia?

–Al diablo con los *Einsatzgruppen* , yo no tengo su templanza –dijo Vogel.

–Un pfennig [30] por cada judío que deja de respirar –informó Stumpfe–, no más.

–No te irá mal –aseguró Ledeke–, puesto que el mismo Führer se encarga personalmente de ese asunto: suena a vagones y vagones cargados de pfennigs.

Rieron, pero Stumpfe, el más risueño de los tres, seguía con gesto grave.

–No soy tan idealista como tú –dijo a Vogel–, lo reconozco. Tú eres un hombre del siglo pasado, a la manera del teniente Bach.

–No todos provenimos de una familia rica –razonó Ledeke–. Si mi padre fuera un industrial, también yo hablaría del deber, del alma y de la amistad.

–He decidido pedir un traslado al *Oberleutnant* antes de que sea tarde –explicó Stumpfe–, así podré recuperar el tiempo perdido. Le diré que hay una voz en mi interior que me guía, le van ese tipo de cosas. Mirad.

Stumpfe sacó un grueso fajo de fotografías de familia y les mostró una. En ella aparecía una multitud de mujeres, niños y ancianos que marchaban en columna entre dos filas de soldados armados. Algunos miraban hacia el objetivo de la cámara, pero los más marchaban cabizbajos. En primer plano se veía una mujer joven con una estola de piel de zorro plateado, que resaltaba su piel blanca y su pelo rubio, sentada en un descapotable. Junto al coche, de pie, unos oficiales miraban a los que marchaban. La mujer, de brazos blancos y rollizos, sostenía en el aire una perrita negra, peluda y de hocico grueso. Por lo visto, aquella dama quería que el animal viera la marcha de la columna, como las madres levantan en brazos a sus hijos pequeños para recordarles muchos años después el espectáculo que presenciaron en su primera infancia.

Vogel examinó largamente aquella fotografía.

–Es un terrier escocés –dijo al final–, tenemos uno en casa, mi madre me manda saludos de su parte en cada carta.

–Menuda mujer… –suspiró Ledeke.

–Es la esposa de mi hermano –explicó Stumpfe–, y él es ése, el que se apoya en la portezuela abierta.

–Os parecéis –dijo Ledeke–. Al principio he pensado que eras tú, pero él viste el uniforme de las SS y su graduación es diferente de la tuya.

–Esta fotografía se tomó en Kiev, en septiembre de 1941, cerca del cementerio, pero he olvidado el nombre el lugar. Después de haber participado en esa Purim, [31] mi hermano podría prestarle a tu papá algunos céntimos si quisiera ampliar su fábrica.

–Déjame verla otra vez –pidió Ledeke–. Hay una reminiscencia del mundo antiguo en ella, especialmente por el magnetismo de esa procesión de condenados que se ve al fondo. Parece una señora romana en el Coliseo.

–Si os hubierais encontrado con la esposa de mi hermano antes de la guerra, cuando él actuaba en operetas y ella trabajaba de taquillera, ni

siquiera os habríais fijado en ella. El ochenta por ciento de la belleza femenina depende de la manera de vestirse, del peinado y de lo lujoso del ambiente. Yo quiero que después de la guerra mi esposa tenga un aspecto igual de atractivo. Mi hermano está muy bien situado ahora. Leyendo sus cartas entre líneas, entiendo que tienen montado algo muy importante por allá, una verdadera fábrica para procesar judíos. En comparación, Kiev es poca cosa… Me escribe que, si me conceden el traslado, él me colocará en su empresa. Ledeke, te aseguro que mis nervios son de acero.

–¡Y yo creo que es una canallada! –gritó de pronto Vogel–. ¿Qué hay del compañerismo, eh? El compañerismo está por encima de todo. Después de haber pasado catorce meses juntos, ¿te vas a largar así, sin más? ¡Eso no es digno de un soldado!

Ledeke, que se dejaba convencer fácilmente por los demás, apoyó a Vogel:

–Tiene razón, hemos compartido tantas cosas… Lo de tu hermano no es nada definitivo. Allí no admiten a cualquiera, no tienes la garantía de que te acepten. Mientras que aquí, en Stalingrado, nos condecorarán seguro. Nadie acabará la guerra más al este que nosotros. Además, habrá una insignia de oro especial para los que combatieron en el Volga y en Stalingrado: no nos proporcionará más que prestigio.

–¿Nos darán un castillo en Prusia? –preguntó Stumpfe y se sonó.

–No me refiero a eso, Ledeke –se impacientó Vogel–, te estoy hablando de sentimientos, y tú te comportas como un campesino que va a vender remolachas en el mercado. No mezcles las cosas.

Entonces los tres se enzarzaron en una discusión.

–¡Vete al diablo con tus sentimientos! –dijo Stumpfe–. Tú eres un maldito burgués, y a mí me da miedo pasar hambre después de la guerra.

Vogel, estupefacto ante la mueca de odio que se dibujó en la cara de su compañero, respondió desconcertado:

–Los inspectores del Ministerio de Industria tienen a mi padre contra las cuerdas; no parece un capitalista sino un vulgar funcionario que tiembla de miedo.

–¡Claro que sí! Deberían apretarle las tuercas de verdad. ¡Habría que destriparos a todos después de la guerra, parásitos! ¡El Führer os enseñará! ¡Os dará vuestro merecido! ¿Verdad, Ledeke?

Ledeke, que siempre tomaba partido por alguno de los que discutían, dijo esa vez, ceceando de rabia:

–A decir verdad, ahora que la guerra está tocando a su fin, todas esas conversaciones acerca de la unidad de la nación no son más que palabrería. Los burgueses seguirán llenándose la barriga y enriqueciéndose aún más con la victoria. Los miembros del Partido Nazi y las SS, como Stumpfe y su hermano, también se pondrán las botas, y si a alguien van a destripar, será al tonto del obrero como yo y a los campesinos como mi padre. ¡Tendremos tanta unidad que nos saldrá por las orejas! ¡Al diablo con vosotros, después de la guerra nuestros caminos se separan!

–Compañeros, ¿qué os pasa? –preguntó Vogel, asustado–. No os reconozco.

Stumpfe lo miró de hito en hito.

–De acuerdo, basta –dijo en tono conciliador–. Muchachos, habéis de saber que si renuncio a mis planes y acabo la guerra igual de tonto, lo habré hecho sólo por vosotros.

En ese momento entró en el sótano el centinela que había estado haciendo guardia.

–¿Qué ha sido ese tiroteo? –preguntó desde la penumbra una voz soñolienta.

El soldado dejó con estrépito su arma en el suelo, se desperezó y respondió:

–El *Oberleutnant* de enlace me explicó que se trataba de un destacamento ruso que había tomado la estación de tren. Está fuera de nuestro sector.

Alguien comentó entre risas:

–Estarían tan asustados que equivocaron el camino, y en vez de ir hacia el este, fueron hacia el oeste.

–Es posible –dijo Ledeke–, me parece que ninguno de ellos sabe con certeza dónde queda el este y dónde el oeste.

El centinela se sentó sobre su cama, sacudió la manta y dijo con enojo:

–Ya lo he dicho dos veces. Os juro que mañana, antes de empezar la guardia, meteré una granada debajo de la manta. Es increíble que la gente no respete las pertenencias ajenas. Quiero llevarme esa manta a Alemania, y alguno de vosotros la ha pisado con sus botas.

Se descalzó y, saboreando de antemano el descanso que le aguardaba, dijo con ánimo conciliador:

–Mientras en la estación disparan, donde Lenard están de juerga. Han puesto el tocadiscos, han llevado allí a unas chicas que no dejaban de llorar

y menudo alboroto han armado. Bach también está allí, imaginaos, será que quiere dejar de ser virgen antes de que acabe la guerra. En la estación disparan, y en nuestro cuartel general ponen música.

Una voz dijo desde la oscuridad del sótano:

–La capitulación se acerca. Ay, el corazón me late más aprisa cuando pienso que pronto volveremos a casa.

36

El soldado Karl Schmidt montaba guardia junto a la pared que daba al patio del edificio donde se había instalado el cuartel general de un batallón de fusileros. A la luz centelleante que arrojaba el incendio de Stalingrado, la cara flaca y surcada de arrugas de Schmidt parecía especialmente huraña.

Una gata blanca y esbelta caminaba por la cornisa y se volvía de tiempo en tiempo, vigilante, para mirar atrás.

También Schmidt se volvió para comprobar si alguien lo estaba observando y luego llamó con voz ronca:

–*He du, Kätzchen, Kätzchen…* [32]

Sin embargo, aquella gata de Stalingrado parecía no entender el alemán; se detuvo un instante mientras sopesaba el peligro que podía representar para ella aquel hombre apostado al pie de la pared, meneó la cola, saltó con estruendo sobre el techo metálico del cobertizo y desapareció en la oscuridad.

Schmidt consultó su reloj y vio que todavía faltaba una hora y media para que lo relevaran. No le disgustaba montar guardia junto a la pared de aquel tranquilo patio interior ya que, en los últimos tiempos, Schmidt había aprendido a apreciar la soledad.

No era porque Stumpfe lo hubiera elegido como objeto de sus burlas. Se trataba de algo más grave.

Schmidt miró unas sombras que se deslizaban silenciosamente por la pared, como si fuera una pantalla: sus reflejos rosados adoptaban extrañas formas de pétalos, de semicírculos, de óvalos.

El incendio que arreciaba cerca; tal vez las llamas ya hubieran alcanzado los techos de madera.

¡Los cambios que experimenta la naturaleza humana conforme pasa el tiempo son tan sorprendentes! Diez años atrás su mujer se enfadaba con él porque pasaba las noches fuera de casa: al regresar de la fábrica se cambiaba de ropa, comía y se marchaba a alguna de las reuniones políticas que se celebraban en las cervecerías. Aquello se repetía noche tras noche. En cambio ahora, si de pronto volviera a casa, cerraría la puerta con llave y no saldría en un año. ¿Por qué? Porque las personas con las que se reunía antes de la guerra –la plana mayor del sindicato, los activistas del comité de empresa– ya no estaban: unos habían sido recluidos en campos de concentración, otros habían procurado salir del país, algunos habían optado por el color marrón. Schmidt no tenía demasiadas ganas de ver a los que quedaban: habían empezado a desconfiar unos de otros, sólo se podía hablar del tiempo, de la compra a plazos de un Volkswagen, de lo que la vecina iba a cocinar para comer, de la avaricia de los conocidos comunes, de quiénes servían té a sus invitados y quiénes café de bellota… Y aun así, no estaban a salvo de nada. Si alguien osaba recibir con frecuencia las visitas de sus amigos, corría el riesgo de que el *Blockleiter* le espiara a través de las grietas de la puerta y pegara el oído a su pared para escuchar de qué diablos hablaban cuando deberían estar leyendo *Mein Kampf*.

No obstante, Schmidt quería saber si las personas realmente habían cambiado. Nadie podía asegurarlo, no era una cuestión fácil. ¿A quién iba a consultar y con quién podía discutir al respecto? Tal vez con aquella gata, pero tampoco ella quiso saber nada de él.

Tal vez aquella bestia de Stumpfe acertara al considerarlo un zopenco. ¿Lo había sido siempre? ¿O se había convertido en un zoquete cuando el nazismo llegó al poder? ¿O sólo era un patán a los ojos de un nazi, mientras que según otros no lo era tanto? Hubo un tiempo en que a Schmidt se le consideró el cabecilla del taller; más aún: había asistido a un congreso sindical en Bochum tras ser elegido para representar a diez mil personas. Y ahora no era más que «Patán», el hazmerreír de la compañía.

Schmidt pateó un trozo de ladrillo y echó a andar a lo largo de la pared. Cuando llegó a la esquina del edificio, se detuvo y miró la calle desierta y las cuencas muertas y calcinadas de las ventanas. Una sensación de congoja, frío y soledad traspasó su corazón. Conocía bien aquella espantosa sensación de opresión y suplicio que parecían causarle tanto la vastedad del cielo como el resplandor de las estrellas, la luz del sol o el aire del campo. Por alguna razón, la intensidad de aquella emoción se acentuaba en

primavera, cuando los brotes verdes, el murmullo de los arroyos, la suave brisa y las estrellas en el cielo evocaban más que nunca la libertad.

En una ocasión, descubrió en el manual de botánica de su hijo que había unas bacterias llamadas «anaerobias» que no necesitaban oxígeno para sobrevivir, que respiraban nitrógeno y vivían satisfechas y bien alimentadas en las raíces de las plantas leguminosas. Al parecer, en el género humano también había seres anaerobios que respiraban la atmósfera nítrica de la Alemania de Hitler. Sin embargo, Schmidt se ahogaba y no había conseguido acostumbrarse: necesitaba el oxígeno de la libertad.

Por encima del caos de la ignominia, de la sangre inocente derramada, del cobre resplandeciente de las fanfarrias triunfales, de los ladridos de las voces de mando, de las carcajadas de la soldadesca ebria, de los aullidos de las ancianas y de los niños asesinados, una cara pálida de frente alta y lisa se erigía como una visión extraña ante los ojos de Schmidt, el rostro del hombre que había proclamado que él era Alemania y que Alemania era él.

¿Cómo era posible que a él, el soldado raso Karl Schmidt, alemán, hijo y nieto de alemanes, amante de su patria, le horrorizaran las victorias militares de Alemania en lugar de entusiasmarle?

¿Por qué sentía tanta congoja aquella noche en que montaba guardia en una ciudad arrasada a orillas del Volga, mientras miraba cómo los desvaídos reflejos de las llamas se deslizaban sobre las paredes de las casas con vanos muertos y quemados?

¡Cuán horrorosa era su soledad!

Unas veces tenía la sensación de que había desaprendido a pensar, de que su cerebro se había convertido en piedra y había dejado de ser humano. Otras se asustaba de sus propios pensamientos y le parecía que Ledeke, Stumpfe y el SS Lenard podían, con sólo mirarle a los ojos, adivinar lo que pasaba por su alma y su mente. Le aterraba pensar que pudiera traicionarse hablando en sueños, mientras dormía en el cuartel, que alguien lo escuchara y despertara a los demás para decirles: «Escuchad lo que dice del líder ese rojo de Schmidt».

En cambio, en aquel patio oscuro donde no había entrado nadie desde el inicio de su guardia, Schmidt se sentía seguro, pues ni Lenard ni Stumpfe estaban allí para mirarle a los ojos y leer sus pensamientos.

Volvió a consultar el reloj. Ya había llegado la hora de rendir la guardia.

Con todo, sabía y sentía que no era el único que pensaba de aquella manera. En el ejército debía haber más «Patanes» como él. Pero ¿cómo iba

a encontrarlos? Si los había, no eran tan ilusos como para hablar abiertamente del tema. Existían, pensaban y tal vez ¡actuaban! ¿Cómo podía encontrarlos?

La puerta se entreabrió y el jefe de guardia se plantó en el umbral. Los reflejos del incendio se dibujaron en su guerrera desabrochada, tiñendo su camisa de un rosa pálido.

–Eh, Schmidt, ven aquí –llamó en voz baja escudriñando con la mirada en la oscuridad.

Cuando se acercó a la puerta, el jefe de guardia dijo en un tono inusitadamente amable, echándole el aliento a vodka en la cara:

–Escucha, amigo, tendrás que quedarte un rato más. Hoffmann, que debía relevarte, está celebrando su cumpleaños y no se encuentra bien, está algo fatigado, ¿de acuerdo? Aún estamos en verano; no tienes frío, ¿verdad?

–Está bien, cubriré otro turno –se avino Schmidt.

*

Unas horas más tarde, Stumpfe se dirigió a la casa achaparrada donde dormían los oficiales. La cara del centinela que había en la puerta le era familiar.

–¿Y bien? –le preguntó Stumpfe–. ¿De qué humor está hoy el comandante? ¿Se puede hablar con él? Tengo algo importante que decirle.

El centinela negó con la cabeza y explicó:

–Estaban todos de juerga cuando el coronel los convocó con urgencia, y aún no han regresado.

–¿Será porque los rusos han capitulado?

El centinela no oyó la última pregunta y guiñó un ojo en dirección a la puerta:

–Las chicas siguen ahí dentro, las estoy custodiando. El *Oberleutnant* Lenard me dijo: «Debemos ausentarnos durante media hora, hay que expulsar a los rusos de la estación», me ordenó que las vigilara y prometió volver hacia el mediodía.

En el batallón dieron la señal de alarma; los blindados y la artillería se dirigieron hacia la estación de tren.

37

A las dos de la tarde, los alemanes atacaron la estación. El teniente coronel Yelin, comandante de regimiento, estaba escribiendo un informe para el jefe de división en el que resumía las acciones llevadas a cabo los últimos días, al tiempo que escuchaba distraído una discusión entre el ordenanza del Estado Mayor y el jefe de la sección sanitaria acerca de si las sandías eran más dulces en Astrakán o en Kamishin.

Yelin tuvo noticia del ataque antes de que se lo comunicara el jefe de batallón: el estruendo repentino de las explosiones y el fuego graneado de cañones y morteros llegaron hasta sus oídos.

Salió corriendo del refugio y vio, por encima de la estación, una polvareda blanca y caliza que se mezclaba con volutas de humo grasiento y untuoso hasta formar una nube oscura que flotaba pesadamente en el aire envolviendo las ruinas.

Enseguida se oyeron ráfagas de disparos en el flanco izquierdo y en el centro de la línea de defensa de la división.

«Ya ha comenzado», se dijo Yelin al igual que otros miles de personas que esperaban lo inevitable.

La espera había sido especialmente tensa para los soldados que habían cruzado desde la ribera izquierda del Volga. La disposición de aquellas tropas semejaba el intento de un hombre por plantarse ante un tren cargado que descendía por una pendiente a toda velocidad: por fuerza, el impacto había de ser tremendo e inexorable.

Yelin, un hombre curtido, creía que su pelo había encanecido no sólo por culpa de la guerra, sino también a causa de las exigencias de ciertos superiores y de la indolencia de algunos de sus subordinados.

«Y han tenido que atacar precisamente al último batallón en llegar, el de Filiashkin, mi eslabón más débil, a cuyos combatientes apenas conozco», se lamentó Yelin.

En ese momento, el enlace lo llamó desde el refugio. Filiashkin estaba al teléfono para informarle de que los alemanes estaban bombardeando su unidad por tierra y aire, de que se oía el ruido de los tanques y de que los soldados se preparaban para repeler el ataque enemigo.

–De acuerdo, yo mismo los he oído –gritó Yelin en el auricular–, defiende las ametralladoras y no retrocedas, yo te apoyaré. ¿Me oyes? ¡Te

apoyaré con fuego de artillería! ¿Me oyes? ¿Me oyes?

Pero Filiashkin no oyó la promesa del comandante del regimiento: la comunicación se había interrumpido.

Yelin telefoneó al jefe de división y le informó de que el enemigo había lanzado un ataque contra el batallón comandado por Filiashkin.

–Se trata del batallón adjunto a mi regimiento, el que formaba parte de las tropas de Matiushin –explicó Yelin al comandante.

Después de hablar con Rodímtsev, dijo al jefe de su Estado Mayor:

–El comandante ordena que defendamos la estación a cualquier precio y promete apoyo de la artillería. ¿Oye cómo cañonean los alemanes? No vayan a hacer que nos bañemos en el Volga…

«Aunque no estaría de más tener alguna lancha por si acaso», se dijo el jefe del Estado Mayor para sus adentros.

Yelin convocó a los jefes de los batallones para comprobar que estuvieran preparados para una defensa activa.

Los rápidos progresos de aquella nueva ofensiva alemana amenazaban con desembocar en graves consecuencias. Las divisiones soviéticas a las que se había encomendado la defensa de Stalingrado aún no habían llegado; sólo la de Rodímtsev se encontraba ya en la orilla derecha. Si los alemanes conseguían empujarla hasta el Volga, podrían impedir que el grueso de las tropas destinadas por el Alto Mando ruso para la defensa de la ciudad cruzara a la orilla derecha.

Rodímtsev telefoneó al comandante del regimiento que cubría el flanco derecho, convocó al jefe de artillería y al de zapadores, les dio las instrucciones pertinentes y ordenó a Belski que verificara personalmente las posibles rutas de ataque de los blindados enemigos. Luego llamó a Chuikov y le informó:

–Camarada teniente general, el enemigo ha atacado mi flanco izquierdo. Ha empezado a bombardear y está concentrando sus blindados. Pretende tomar la estación de tren.

Rodímtsev era consciente de la gravedad de la situación: el flanco derecho de su división estaba desprotegido. Si el enemigo lograba su objetivo en el flanco izquierdo, podría arremeter enseguida contra el derecho y la división entera correría peligro.

Rodímtsev escuchaba la voz profunda de Chuikov al otro lado del hilo mientras miraba la bóveda de piedra oscura de la cañería y la mancha clara

de la salida, a lo lejos. «¿Acaso habré de terminar mi vida aquí, en esta cañería?», se preguntó.

–¡Resistan! ¡Ni un paso atrás! ¡Los desertores serán juzgados por un tribunal de guerra! ¡Yo mismo les pegaré un tiro! –decía a voz en grito y en tono cortante Chuikov–. ¿Me ha oído? Dentro de dos horas las tropas de Gorishni empezarán a cruzar el Volga y cubrirán su flanco derecho. La línea del frente se estabilizará y la situación cambiará radicalmente. ¡Olvídense de la palabra «repliegue»!

Sin embargo, Rodímtsev no tenía intención de replegar sus tropas, sólo quería recuperar la iniciativa y atacar a los alemanes.

A Chuikov le preocupaba la nueva ofensiva germana. ¡Corrían el riesgo de que la línea del frente se rompiera en un momento en que una nueva división había llegado a la ciudad, otra iba a cruzar el río al cabo de pocas horas y las fuerzas principales de la reserva del Alto Mando ya estaban cerca!

¡Ojalá el combate se prolongara y absorbiera las fuerzas del enemigo! Las tropas soviéticas conocían ya la costumbre alemana de no empezar una nueva operación hasta concluir la que tenían en curso. Alargar el combate en el flanco izquierdo de la división de Rodímtsev reportaría grandes ventajas para el conjunto de la armada soviética: apenas los alemanes habían atacado por la izquierda, en el flanco derecho, en el sector de las fábricas, respiraron con alivio: el estruendo se atenuó, cesaron los bombardeos aéreos y se rebajó la tensión.

En cambio, si la defensa soviética resultaba poco sólida, si los alemanes lograban aislar la división de Rodímtsev, aplastarla e impedir que reforzara aquella línea apenas hilvanada, si conseguían sacar provecho de su superioridad numérica y de todas las ventajas que les permitían maniobrar libremente… Costaba horrores seguir resistiendo sin las reservas necesarias para una intervención efectiva. Aunque Chuikov sabía que los alemanes lanzarían aquella ofensiva en cualquier momento, acariciaba la esperanza de que se demoraran algo más.

Entonces telefoneó a Yeriómenko.

–Informa Chuikov –dijo en un tono áspero y cortante–. Después de los bombardeos aéreos, el enemigo ha atacado mi flanco izquierdo, movilizando su artillería y concentrando sus blindados. Supongo que pretende aislar la división de Rodímtsev, alcanzar el Volga y romper mi línea de defensa.

–Menos suposiciones. ¡Contraataquen y apoyen con fuego de artillería! –ordenó Yeriómenko. Por el ruido que llegaba del teléfono, Chuikov comprendió que se estaba comiendo una manzana.

–No se ve nada, todo está envuelto en humo, ahora mismo daré la orden a la artillería.

–Actúe –ordenó Yeriómenko. Por la pausa que siguió, Chuikov supo que el comandante estaba encendiendo un cigarrillo–. Procuren no disparar contra sus propias tropas en mitad del humo, que no queremos un segundo frente aquí, en Stalingrado. Si Rodímtsev cae, estamos perdidos. Hay dos divisiones que vienen a reforzar el flanco derecho, y dos más que cruzarán el río en cuanto lleguen. ¡Actúe!

–A sus órdenes, camarada coronel general.

Chuikov colgó el auricular y volvió a descolgarlo enseguida:

–Quiero hablar con Pozharski –tronó.

Mientras esperaba que contactaran con el jefe de artillería, se volvió hacia Gúrov y le dijo:

–¡Ese fuego infernal se oye desde aquí! En cambio, ahora estamos más tranquilos, aunque hubiera preferido que siguieran atacándonos a nosotros –enseguida alzó la voz y preguntó–: Pozharski, ¿tiene el mapa delante? Bien… ahora anote…

En ese mismo momento, en la otra ribera del Volga, Yeriómenko se inclinaba sobre el mapa.

Aunque los alemanes habían iniciado la ofensiva tras dos días de calma, había sido demasiado pronto. ¿Cabía calificarla como una operación aislada o era el comienzo de una ofensiva general? No había tenido tiempo suficiente para terminar de reagrupar las divisiones al mando del general Shumílov. Según el plan que había trazado Yeriómenko, las tropas de Shumílov debían pasar a la ofensiva cada vez que los alemanes atacaran a Chuikov; de ese modo Yeriómenko pretendía restar fuerza a las acometidas del enemigo contra el flanco izquierdo y el centro del ejército desplegado en Stalingrado. Además, las nuevas divisiones que el Alto Mando había transferido desde el frente del Don aún no habían llegado al Volga, y Yeriómenko temía que los alemanes, en el caso de que lograran doblegar el flanco izquierdo y el centro de la defensa soviética, lanzaran entonces un ataque decisivo en la zona de las fábricas.

Comentó al jefe de su Estado Mayor:

–Esos hijos de perra tenían que atacar precisamente hoy. Ni siquiera con la artillería lograremos pararlos. Podrían haber esperado hasta mañana, cuando las tropas de Gorishni tenían que cruzar el Volga. A pesar de todo, debemos intentarlo, ¿no le parece? –preguntó Yeriómenko al jefe del Estado Mayor, que se mantenía en silencio–. Creo que el ataque de hoy es mayúsculo. Se oye desde aquí.

Un minuto después Yeriómenko indicaba por teléfono al jefe de artillería:

–Hay que apoyar el flanco izquierdo y el centro… ¿Por qué? ¿Es difícil establecer la posición del enemigo? Por supuesto… –y el comandante soltó un improperio–. Pero es necesario. ¡Ahora mismo, sin falta!

El informe escrito a mano sobre la hoja de un cuaderno de notas enviado desde el Estado Mayor del regimiento llegó al de la división. Un oficial de comunicación llevó después tres copias mecanografiadas desde el cuartel general del ejército al Estado Mayor del frente en la otra orilla del Volga. Desde allí llamaron por telefonía de alta frecuencia a Moscú, al tiempo que los aparatos Bodo del centro de comunicaciones del frente se ponían en funcionamiento; en el puesto de recogida de los partes se lacraba un grueso paquete que el correo debía llevar al amanecer en un avión Douglas hasta el Estado Mayor General. Tras varios días de calma, los alemanes habían pasado a la ofensiva.

Yelin, sordo a causa del cañoneo, era plenamente consciente de la responsabilidad que pesaba sobre sus hombros; gritó al radiotelefonista:

–¡Comunícame de inmediato…! ¿Me oyes? ¡Comunícame de inmediato con Filiashkin!

El radiotelefonista respondió con voz temblorosa:

–No hay comunicación, no puedo transmitir nada.

El ordenanza del comandante del regimiento entró en el refugio, pasando por delante de los enlaces que, con cara pálida y mirada tensa, aguardaban ser llamados en cualquier momento.

–Camarada teniente coronel –anunció–, tres enlaces han sido abatidos, no hay manera de llegar hasta allí, los alemanes han cortado todas las vías, la estación está sitiada. El batallón de Filiashkin mantiene la defensa circular.

–¿Y la radio? –preguntó tajante Yelin y gritó–: ¿Y la radio?

–No hay respuesta, camarada teniente coronel.

–Su aparato ha quedado destrozado, está claro –dijo Yelin.

El batallón estaba aislado del regimiento, de la división, del ejército, del frente. Quizá Filiashkin hubiera muerto, quizá…

Cuando el fuego de la artillería alemana cesaba por un momento a lo largo de toda la línea del frente, el tiroteo en la estación se oía con singular claridad. Allí el fuego no se interrumpía ni amainaba; los alemanes querían acabar con el batallón cercado costara lo que costase. Durante aquellas breves pausas, la división escuchaba, tensa, el estrépito lúgubre y aterrador que llegaba desde la posición de sus compañeros, rodeados por el enemigo.

Yelin se quejó al comisario de regimiento:

–¿Qué hacemos con Filiashkin? Nosotros hemos rechazado los ataques alemanes, ¿y él? ¡Ayudémosle con todos los medios, abriendo fuego y contraatacando! Pero ¿cómo puedo responder por él cuando su batallón hace tan poco que se incorporó a mi regimiento? Ni siquiera estoy seguro de haberlo visto.

El comisario dijo:

–Apenas mandé al comisario Shvedkov de vuelta al batallón de Filiashkin para que les llevara los regalos de los americanos, el enemigo atacó. Por fortuna, el comisario es un comunista sólido, tomará parte en la contienda. Además, en una de las compañías tienen un batallón disciplinario sin separación alguna del resto. Ya se lo advertí a Filiashkin, le ordené que listara a sus miembros para trasladarlos.

Yelin telefoneó al jefe de regimiento Matiushin, y acordaron reforzar la defensa en el punto de unión de las posiciones de ambos regimientos. Luego Yelin le preguntó:

–¿Cómo valoras al batallón de Filiashkin? De hecho, son tus hombres.

–De eso nada –dijo Matiushin al percatarse de la intención de Yelin–, ese batallón es tuyo, yo ya no tengo ninguna relación con él. Son gente corriente, todo depende de cómo se los dirija.

38

Después de preparar la defensa, Filiashkin, acaso seducido por las ganas de vivir, alimentó la esperanza de que los alemanes no les atacaran.

Creía que el batallón se replegaría hasta el Volga no por iniciativa propia, desde luego, sino con la autorización del comandante de regimiento, pues

sin duda comprendería que la defensa de un batallón con los flancos abiertos carecía de sentido. Filiashkin imaginaba cómo el batallón se batiría en retirada y el comandante de regimiento lo pasaría luego a la reserva para que los combatientes se tomaran un descanso. Se imaginaba a sí mismo, con heridas leves, evacuado a la orilla izquierda en compañía de la enfermera Yelena Gnatiuk; los hospitales de campaña estarían abarrotados, y Filiashkin se alojaría en una casa de pescadores, donde dormirían juntos encima de la estufa. Allí, Yelena cuidaría de él y le cambiaría las vendas; por la mañana, al alba, iría a pescar al Ajtuba. También se imaginaba otro escenario en el que lo declaraban no apto para el servicio en el ejército y lo mandaban a dar clases en la academia militar de Riazán, a dieciocho kilómetros de su aldea natal. En ese caso, Lena se quedaría con el batallón, porque Filiashkin tenía mujer y dos hijos, de modo que su joven amiga quedaría fuera de la ecuación.

Los trescientos integrantes del batallón pensaban, cada cual a su manera, en el futuro tras el fin de la guerra, en la felicidad que les reportaría, en su vida y en su trabajo que, sin duda, serían mejores después de la guerra que antes de ella. Unos soñaban con mudarse de su pueblo al centro del distrito, otros con irse a vivir al campo. Muchos pensaban en sus mujeres, se prometían ser más cariñosos con ellas al volver a casa; no les importaba que mientras tanto sus esposas hubieran tenido que vender su ropa de civil para subsistir, pues tras regresar de la guerra ganarían lo suficiente para comprarla nueva. Echaban de menos a sus hijos: «Si pudiera volver a verlo –se decía uno de ellos– haría lo posible por que mi Masha estudiara y lograra ser médico».

Filiashkin fue el primero en darse cuenta de que, en tan sólo media hora, sus sueños de seguir viviendo en este mundo se habían desvanecido. La punta de lanza del ataque alemán se dirigía directamente contra su batallón, y todo se había aclarado. Habían perdido la comunicación con el regimiento; primero los tanques y luego la infantería del enemigo habían logrado cercar el batallón. Los alemanes disparaban sus cohetes y obuses con tanta precisión que los combatientes no podían correr para cambiar de posición ni asomarse fuera de los refugios. Filiashkin sacó la pistola, la cargó y quitó el seguro. Entonces su ansiedad disminuyó.

–No hay comunicación –gritó Igúmnov–, la han cortado desde el este.

–¡Se acabó! Ahora sólo depende de nosotros –respondió Filiashkin.

En la cara habitualmente tensa y preocupada de Igúmnov se dibujó una sonrisa. Exangüe y pálido, el rostro del jefe del Estado Mayor parecía más fresco, blanco y rejuvenecido a pesar de las arrugas que lo surcaban.

Filiashkin vio como Igúmnov sacaba del bolsillo de su casaca varias cartas, las rompía en pedacitos y las tiraba al suelo. Filiashkin ni siquiera se paró a pensar qué estaba haciendo Igúmnov: sabía que el jefe de su Estado Mayor quería evitar que los alemanes, al registrar su cuerpo inerte, mancillaran con sus manos las cartas de su mujer y sus hijos.

Luego Igúmnov sacó un peine y lo pasó por sus canas cortadas a cepillo.

–¡Al infierno con… la vida! –gritó Filiashkin en un arrebato de cólera–. Debo seguir al mando.

Filiashkin envió a un enlace para que averiguara dónde se había cortado el cable que comunicaba el batallón con el regimiento. Contactó con los jefes de las compañías y les ordenó que pusieran a salvo las ametralladoras y los fusiles antitanque para que no quedaran inutilizados antes del asalto alemán. Porque Filiashkin estaba seguro de que tal asalto se produciría. Además, mandó mejorar la protección de los efectivos, dispersarlos en la medida de lo posible para evitar bajas prematuras y reservar a los enlaces. Luego se interesó por el estado de ánimo de los soldados y amenazó a los jefes de las compañías y de las secciones con ajusticiar en el acto a cualquiera que pretendiera huir.

La comunicación telefónica se restableció por unos minutos. Filiashkin pudo contactar con Yelin, quien le prometió apoyar al batallón con toda la artillería del regimiento; sin embargo, la comunicación pronto se interrumpió de nuevo y ya no hubo manera de restablecerla: o bien el cable había quedado inutilizado por un impacto de bala, o bien un zapador alemán lo había cortado después de cercar el batallón.

Filiashkin dictaba órdenes, explicaba, se humedecía los labios resecos con la lengua y se daba palmadas en la frente y en la nuca para deshacerse de la sordera que le había causado una explosión. Todo lo que decía se sustentaba en una idea clara y sencilla: durante el asalto alemán su batallón no se movería, no retrocedería un ápice ni trataría de romper el cerco enemigo para alcanzar el Volga y reunirse con el regimiento sino que pelearía hasta el final. «Si retrocedes, Filiashkin, los alemanes ahogarán al regimiento entero en el Volga», se decía a sí mismo.

Filiashkin creía que los soldados que algunos días atrás habían cruzado el río junto con él estaban asimismo decididos, aunque muchos de ellos

jamás habían participado en un combate y otros llevaban tiempo sin hacerlo. Todas sus dudas se disiparon y dejaron de atormentarlo, ya que no había adónde retroceder, la retirada era imposible, más allá del despeñadero sólo había agua. Sus soldados se habían agarrado a aquel reducto de tierra, no iban a abandonarlo y no se dejarían ahogar en el río. Con todo, Filiashkin se inclinó hacia Shvedkov, que había regresado del Estado Mayor del regimiento poco antes de que los alemanes iniciaran el bombardeo, y le gritó:

–No sería una mala idea acercarse a la compañía de Konanikin para averiguar cómo siguen los ánimos en el batallón disciplinario.

El primer obús de mortero que los alemanes dispararon contra la compañía de Konanikin impactó en el borde de la trinchera donde se habían sentado tres soldados y los cubrió de tierra. En el momento de la explosión dos de ellos se agacharon sobre sus calderos y se quedaron inmóviles, como si una mano invisible los empujara contra el fondo de la trinchera. El tercero, flaco y encorvado, permaneció impasible, con el hombro apoyado en una pared de la trinchera.

–Panda de cabrones, mira lo que hacen, ni siquiera nos dejan comer tranquilamente –dijo uno de los soldados al ver su caldero lleno de tierra, como si las leyes de la guerra prohibieran disparar durante la hora del almuerzo.

El otro, mientras se sacudía la tierra de los hombros y limpiaba con mimo la cuchara con la mano, murmuró:

–¡Por un momento he llegado a pensar que ya estábamos muertos!

El peso del cuerpo y de la cabeza ya sin vida del tercer soldado se desplomó de repente y en silencio sobre los pies de sus compañeros.

Enseguida volvió a oírse un suave y aterrador susurro, y varios obuses impactaron más allá de la trinchera.

En mitad del humo y el estruendo brotó un gemido penetrante y luego dos voces gritaron:

–Arrástralo… O no… ¿Para qué?

Después, otra vez, un silbido y varios estallidos.

«Cubiertos con fuego»: esas palabras describen a la perfección lo que sucede durante un bombardeo por sorpresa; los hombres quedan cubiertos con fuego, como los atraparía una red o un saco.

Los cascos se hundían en los ladrillos haciendo surgir pequeñas nubes de polvo rojo y, tras perder su fuerza destructiva, caían en el suelo con un sonido tenue e inofensivo. El sonido dependía del peso, la forma y la velocidad del casco. Uno semejaba el que se consigue cuando se toca una armónica a pleno pulmón, tal vez porque tuviera los bordes dentados. Otro aullaba, rasgando el aire con su garra de acero. Algunos silbaban, giraban, chapoteaban y se enredaban, furiosos, en el aire seco tras la explosión.

Los obuses de mortero trinaban con modulaciones que sólo un huso metálico podía, como un taladro, hacer con su punta afilada en el aire:

primero un agujero pequeño y redondo que luego ensanchaba hábilmente con la fuerza de su macizo cuerpo.

Aquellos chirridos, alaridos, chillidos y cuchicheos provocados por el metal invisible eran las voces de la muerte.

Las volutas de humo rojizo y gris que aparecían en uno y otro punto acabaron por formar una única humareda. Las nubecitas de polvo de ladrillo, de cal y de tierra se fusionaron en una polvareda gris y turbia. Tras mezclarse, el humo y el polvo separaron la tierra del cielo y se cernieron sobre el batallón desplegado entre las ruinas.

Los alemanes preparaban el terreno para la embestida de los blindados. Su principal objetivo no consistía en aniquilar a todos los integrantes del batallón, pues la experiencia les había demostrado que, por muy nutrido que fuese el fuego de artillería, era imposible exterminar a los cientos de personas que se habían atrincherado bajo tierra y refugiado dentro de la roca. En aquellas condiciones, las leyes de la probabilidad negaban la posibilidad de una aniquilación total.

La razón de aquel bombardeo incesante no era otra que socavar el ánimo y la voluntad de los soldados. La potencia del fuego enemigo irrumpía en el alma de cada combatiente, la atravesaba sin que importara la profundidad y la solidez de su refugio, llegaba hasta nervios que ningún bisturí alcanzaría, penetraba por el laberinto del oído, a través de los párpados entornados y de las fosas nasales, conmocionaba el cráneo, trastornaba la mente.

Los cientos de combatientes del batallón yacían envueltos en humo y niebla, a solas consigo mismos, sintiendo, con una intensidad inusitada, la infinita fragilidad de su cuerpo, conscientes de la amenaza de desaparecer, en cualquier momento, para siempre. El fuego huracanado del enemigo pretendía que cada hombre se concentrara en su propia soledad, que se aislara de los demás, que dejara de oír la voz del comisario en mitad del estruendo del bombardeo, de ver la figura del comandante en mitad del humo, de sentir el nexo que lo unía con sus compañeros y así, terriblemente solo, tomara conciencia de su debilidad. Aquel bombardeo que deformaba la memoria y confundía los pensamientos no duró un segundo ni unos pocos minutos, sino que se prolongó durante dos horas.

Al levantar por un instante la cabeza, los combatientes miraban alrededor y veían los cuerpos inmóviles de los compañeros: ¿estarían vivos o muertos? Luego continuaban tendidos en la tierra mientras pensaban en

una sola cosa: «Estoy vivo, pero ¿será mi muerte el silbido que oigo ahora?».

Desmoralizar a los soldados que seguían con vida era el principal objetivo de aquel bombardeo que mantenía al batallón cuerpo a tierra.

El fuego cesó de pronto cuando, según las estimaciones que el enemigo había hecho de las fuerzas de la naturaleza humana y conforme la ley que determina la resistencia del espíritu, la ansiedad y la tensión de la espera debían de haber cedido al abatimiento, la indiferencia y la resignación.

¡Oh, cuán siniestro y cruel era aquel silencio! En aquellos momentos, cada uno de los soldados evocaba su pasado, se alegraba tímidamente de seguir con vida y confiaba en resistir; pero a la vez aquel silencio le aterrorizaba, le privaba de toda esperanza y le susurraba: tienes un instante de paz, un rayo de luz sobre la afilada hoja de un cuchillo, antes de que el futuro se convierta en un presente aún más despiadado que el que acaba de marcharse; retrocede y escóndete, porque dentro de un minuto será demasiado tarde. «Hemos caído en una trampa, la palabrería del instructor político no nos ha servido de nada, y ahora vamos a morir como perros.»

Un breve instante bastaba para despertar aquellos pensamientos, tan breve como el que duró el silencio que sobrevino después del bombardeo. Es en esos intervalos de silencio cuando se toman las grandes decisiones. Entonces se oyó el ruido leve, ronco y amenazante del hierro al arañar la piedra, fugas de gas, el aullido de los motores cada vez más agudo a medida que aumentaban de revoluciones: los tanques alemanes avanzaban. Unas voces gallardas y malintencionadas gritaban a lo lejos.

Mientras tanto, el batallón permanecía en silencio. Podía parecer que el enemigo, fuerte y curtido, había logrado su principal objetivo: aturdir, paralizar y hundir la voluntad y el ánimo de los combatientes soviéticos.

De pronto resonó un estallido, después el estrepitoso disparo de un fusil antitanque, después otro, después el restallido de centenares de disparos, ráfagas de ametralladora y explosiones de granada. Los vivos estaban vivos.

Los alemanes pretendían romper la línea de defensa del batallón cercado. Sabían que así perdería su fuerza, como muere un cuerpo partido en dos. Persuadidos de que después del bombardeo la defensa había perdido elasticidad y su tejido se había anquilosado, hasta volverse inerte y dócil, los alemanes atacaron los puntos donde creían poder alcanzar su objetivo con mayor rapidez. Pero la punta de lanza que conformaban los blindados

no penetró en el cuerpo vivo del batallón; sólo rebotó y resonó inútilmente, mellada.

Vavílov creía haber sido el primero en disparar contra los blindados alemanes. Sin embargo, decenas de hombres creyeron haber sido precisamente ellos y no otros quienes rompieron el silencio que atenazaba al batallón.

Vavílov tuvo la sensación de que no había sido el disparo de la primera bala sino su grito desesperado el que había rasgado el aire, un grito al que siguieron los centenares de voces de sus compañeros haciendo que todo a su alrededor retumbara salpicado con los fogonazos de los disparos. Vio a los soldados alemanes correr de un lado a otro y, aunque no era dado a maldecir, sus compañeros de trinchera lo oyeron entonces pronunciar una lista interminable de improperios.

Se decía, atónito, que aquellos pequeños bichos zumbones que corrían detrás de los tanques eran los causantes de la pena, el sufrimiento y la destrucción que él mismo había vivido y de los que tanto había oído hablar.

El contraste entre la magnitud de la tragedia que se había abatido sobre el país y aquellos seres diminutos y agitados que la habían provocado resultaba tremendamente inquietante.

40

Konanikin era un combatiente experimentado; cuando los alemanes cercaron el batallón y abrieron fuego, se dijo en voz alta:

–¿Entendido, camarada teniente?

Acompañado de un enlace, llegó reptando hasta una caja llena de granadas, ahora el tesoro más preciado del mundo, y la arrastró hasta el puesto de mando.

Mientras se arrastraba por delante de los combatientes del batallón disciplinario, les dijo con afabilidad y voz serena:

–Resistid, compañeros, ahora os amnistiarán.

Aquella broma pesada, aunque cordial y pronunciada con una tranquilidad pasmosa, animó extrañamente a los integrantes del batallón disciplinario.

Durante el bombardeo previo al ataque, Konanikin había situado a los disciplinarios cerca del puesto de mando para poder observarlos mejor. Vio como uno de ellos no dejaba de acariciar el cuerpo verde de la granada que sostenía en la mano, otro sacaba picatostes del bolsillo y se los metía en la boca compulsivamente –tal vez masticar lo tranquilizara–, un tercero contraía el cuerpo con violencia unas veces y permanecía inmóvil otras, un cuarto daba puntapiés en un ladrillo como si pretendiera quebrarlo, un quinto abría la boca y se tapaba los oídos con las manos y un sexto murmuraba sin cesar, sin que pudiera entenderse si rezaba o maldecía.

«A cuál más valiente… No conseguí deshacerme de ellos y ahora nos toca combatir juntos, menuda suerte la mía», pensaba Konanikin.

Konanikin no les tenía ninguna simpatía a aquellos hombres. Uno se había pegado un tiro a propósito. Otro había huido del campo de batalla. Todos violaban las ordenanzas militares y le creaban problemas constantemente. Uno había perdido la cartilla militar. Uno de ellos, Yájontov, un delincuente común, rubio, de ojos azules, se había quedado rezagado de su tropa y apareció más tarde, traído por un camión que iba de paso, cuando ya Konanikin estaba escribiendo el informe. Otro tenía un don especial para conmover a las aldeanas, que le ofrecían su aguardiente casero. En una ocasión, el jefe de pelotón había escrito de él en un parte: «Este sujeto es un consumidor de alcohol empedernido».

Ahora, sin embargo, Konanikin se veía incapaz de irritarse con ellos ni con Filiashkin, que había tardado demasiado en trasladar al batallón disciplinario a otra unidad. Cuando pensó en lo que les aguardaba, sintió lástima por ellos.

Alguien le tocó en el hombro. Konanikin se volvió y tardó en reconocer en aquel rostro sudoroso y manchado de tierra al comisario del batallón Shvedkov.

–¿Cuántas bajas? ¿Cuál es el estado de ánimo de los combatientes? –preguntó el comisario echando su ardiente aliento en el oído de Konanikin.

–Satisfactorio, pelearemos hasta el final –respondió y soltó una maldición: un proyectil acababa de estallar muy cerca de su posición.

Ahora Konanikin sentía una insólita confianza en aquellos hombres y una gran simpatía por ellos. Según su propio criterio de clasificación, la población masculina de la Unión Soviética se dividía en dos grupos de hombres: los que habían servido en el ejército antes de la guerra y los que no lo habían hecho nunca.

Todas sus simpatías eran para los primeros… No obstante, entre aquellas ruinas, su criterio había perdido validez.

Cuando Shvedkov, tras interrogar a Konanikin, le deseó buena suerte y se marchó reptando hacia la compañía de Kovaliov, Konanikin pensó enternecido: «Un auténtico guerrero, aunque nunca antes hubiera servido en el ejército».

Le pareció natural que el comisario Shvedkov, que había llegado al Estado Mayor del regimiento justo antes del bombardeo, regresara con el batallón y se arrastrara por la línea de combate bajo el fuego enemigo para hablar con los oficiales y soldados e insuflarles ánimo.

Sin embargo, Konanikin no tuvo tiempo para experimentar plenamente y poner a prueba aquel nuevo sentimiento que acababa de brotar en él: pereció un instante antes de que comenzara el asalto alemán.

41

Un tanque de carrocería aristada y gris, con una cruz pintada de negro sobre su delantera ancha y chata, trepó sobre una muralla de ladrillos y se detuvo, aunque seguía husmeando el aire y oteando a su alrededor.

¿Cómo creer que sus movimientos prudentes y desconfiados, el giro lento y silencioso de su torreta y la oscilación de la pupila codiciosa de la ametralladora en el ojo acerado de la tronera estaban comandados por un hombre? Parecía más bien un ser vivo dotado de ojos, cerebro, terribles mandíbulas, garras y músculos infatigables.

Embargado por la emoción, el servidor rubio de un fusil antitanque se preparó para disparar. Con un movimiento increíblemente lento levantó la culata, bajó el cañón y se apoyó el arma en el hombro. Aquel contacto le tranquilizó. Acercó la mejilla a la madera fría de la culata y, a través de la mirilla del fusil, su ojo vio la frente del blindado, salpicada con polvo rosado de ladrillo, baja y chata como la de un simio, y la escotilla rectangular cerrada. Despacio, en su campo de visión aparecieron el punteado prominente del remachado sobre un costado del tanque, el resplandor plateado de la oruga y los goterones de aceite. El dedo índice del fusilero, que apenas rozaba el gatillo, lo apretó con suavidad y el gatillo cedió. El pecho del tirador se cubrió de sudor, pues su instinto le decía que

en aquel instante el cañón de su arma apuntaba hacia la parte más vulnerable de aquella piel de acero gris.

El tanque se movió, su torreta rotó lentamente y el cañón apuntó con suavidad, como si oliera el rastro de su presa, en dirección al soldado que acechaba al pie de la muralla.

El tirador, con la respiración contenida, siguió apretando el gatillo; cuando disparó, el retroceso de la culata le golpeó con fuerza en el hombro y en el pecho, como un puñetazo.

El soldado puso en aquel disparo toda su pasión y fuerza, pero erró el tiro.

El tanque se estremeció como si vomitara, y un fogonazo blanco y venenoso escapó de la boca de su cañón. El proyectil estalló a la derecha del tirador, a su espalda. Entonces descerrajó el arma, cargó otro cartucho antitanque de punta negra, apuntó y volvió a disparar, pero erró de nuevo: alrededor de la piedra resquebrajada por el impacto, a varios metros del tanque, se levantó una pequeña nube de polvo. El blindado escupió una ráfaga de ametralladora y una bandada de pájaros de acero rechinante pasó volando por encima de él, que seguía tendido en el suelo. Desesperado, haciendo acopio de sus mermadas fuerzas, volvió a cargar el fusil y disparó.

Un fogonazo azul y brillante iluminó la coraza gris del tanque. El tirador alargó el cuello para asegurarse de que lo que veían sus ojos –una flor azul de fuego que centelleó sobre el acero del blindado para desaparecer enseguida– no había sido un espejismo. Entonces una humareda amarillenta y poco espesa empezó salir por las ranuras de la torreta, seguida de algunos chasquidos, señal evidente de que los cartuchos de los cinturones de municiones estallaban dentro del tanque. Tras una explosión ensordecedora, una fulgurante nube negra y veloz se elevó por encima del blindado.

El tirador dudó al principio de si era él la causa de aquel estallido y de si aquella nube negra tenía relación con el fogonazo azul que había iluminado la coraza del tanque… Luego cerró los ojos, acercó los labios al fusil y besó largamente su acero pavonado, que aún olía a pólvora.

Cuando volvió a alzar la cabeza, vio el tanque destrozado y humeante tras la explosión; uno de los flancos estaba hundido, la torreta había caído sobre la delantera del vehículo y la trompa del cañón apuntaba al suelo.

Olvidándose del peligro, el tirador se incorporó y susurró emocionado:

–¡He sido yo, yo, yo!

Luego volvió a tenderse en el suelo y, arrastrando las erres, gritó a su vecino:

–Por favor, ¡présteme un cargador!

Tal vez nunca en toda su compleja y azarosa vida se hubiera sentido tan feliz como en aquel momento. Ese día no luchaba por él, luchaba por todos. El mundo que le había engañado y al que él pretendía engañar habían desaparecido.

La muerte asediaba, y él le había hecho frente. Su ayudante, Zhora, había muerto; su comandante, Konanikin, había sido alcanzado por un casco de metralla unos minutos antes del ataque; el jefe de su pelotón, aplastado por una enorme piedra, agonizaba y no podía dar órdenes, ni siquiera podía gemir. Mientras tanto, él se había quedado solo con su fusil. ¿De quién se acordaba en aquel momento? ¿De su padre, de su madre? No los había conocido.

Su padre, un funcionario del Almirantazgo, y su madre murieron de tifus en la estación de Melitópol durante la Guerra Civil, mientras viajaban de Petrogrado al sur. Él, con apenas dos años de edad, fue internado en un orfanato. Una noche, cuando todavía era estudiante del instituto ferroviario, tuvo un sueño absurdo: estaba de pie sobre un suelo resbaladizo de parqué, vestido con un delantal ribeteado de encaje, y sostenía en las manos las orejas largas y calientes de un perro cuyos ojos turbios le miraban a la cara al tiempo que su lengua áspera le lamía la mejilla. Una mujer, tras enlazar las manos en un gesto de extrañeza, se lo llevaba estrechándolo contra el pecho de su blusa de seda mientras él pataleaba y se resistía.

Tras abandonar los estudios, empezó a trabajar y se casó. Después dejó a su mujer y el trabajo, perdió la cabeza y se dio a la bebida. Una noche asaltó una tienda de alimentos con dos amigos. A la mañana siguiente los arrestaron . La guerra lo sorprendió en un campo de trabajos forzados. Presentó una solicitud para alistarse, y lo enviaron al frente para que se ganara el indulto combatiendo.

Aquel día había abatido un tanque enemigo y un casco de metralla le había herido en la pierna, ambos méritos suficientes para que le condonaran la pena, y él lo sabía. No obstante, no pensó en ello cuando vio un segundo blindado entre las ruinas.

Tranquilo, seguro de su fuerza y feliz por el éxito logrado, empezó a preparar otro disparo saboreando su siguiente victoria. Sin embargo, una ráfaga de ametralladora se le adelantó. Lo encontraron aún con vida, con la

columna vertebral quebrada y el vientre destrozado; los sanitarios lo trasladaron sobre el capote de un uniforme.

42

Al oscurecer, cuando reinó cierta calma, Filiashkin intentó hacer un cálculo estimado de bajas, pero enseguida comprendió que era más fácil contar a los que aún seguían vivos.

Aparte de Filiashkin, los únicos oficiales que habían sobrevivido eran Shvedkov, Kovaliov y Ganíyev, el jefe de sección tártaro.

–Las bajas entre los soldados rasos alcanzan el sesenta y cinco por ciento –informó Filiashkin al comisario, que acababa de pasar revista a las trincheras–. He confiado el mando a los brigadas y los sargentos. Son gente resuelta, que no cunda el pánico.

La garita en que habían instalado el puesto de mando quedó arrasada durante los primeros minutos del combate. Ahora estaban sentados en un hoyo cubierto con troncos traídos desde el cobertizo que había junto a la estación. Durante las últimas horas sus rostros se habían ennegrecido, sus mejillas se habían hundido hasta pegarse a los huesos y en sus labios se había formado una costra oscura.

–¿Qué hacemos con los muertos? –preguntó un brigada asomándose al hoyo.

–Ya lo dije –respondió Filiashkin–. Llevadlos al sótano de la estación –luego añadió contrariado–: Estaba convencido de que nos faltarían granadas RGD y F1 .

–¿Hay que separar a los oficiales del resto? –preguntó el brigada.

–¿Para qué? –se sorprendió irritado Shvedkov–. Murieron juntos, que reposen juntos pues.

–De acuerdo –respondió el brigada.

–Hemos perdido dos ametralladoras, cinco fusiles antitanque y tres morteros –enumeró Filiashkin en un tono de preocupación.

El brigada se marchó arrastrándose y haciendo rechinar con su cuerpo los casquillos desperdigados en el suelo alrededor del hoyo.

Shvedkov abrió un cuaderno escolar y empezó a escribir. Filiashkin asomó la cabeza fuera del hoyo, echó un vistazo a su alrededor y volvió a

meterse dentro.

–No regresarán antes del amanecer –comentó–. ¿Qué escribes?

–Un informe para el comisario de regimiento –explicó Shvedkov–. Acabo de describir los actos de heroísmo y he empezado a enumerar a los caídos y a detallar las circunstancias de su muerte, pero me he confundido: no recuerdo a quién mató una bala y a quién un casco de metralla, si a Igúmnov o a Konanikin. Soy incapaz de acordarme de cuál de los dos murió primero. Creo que Igúmnov cayó a las diecisiete horas.

Entonces miraron de soslayo el rincón oscuro en el que hasta hacía poco había descansado el cuerpo inerte de Igúmnov.

–Deja de escribir tus crónicas –dijo Filiashkin–. De todas formas, no llegarán al regimiento, estamos cercados.

–Eso es cierto –se avino Shvedkov, pero no cerró el cuaderno y siguió escribiendo–. Igúmnov murió de la manera más estúpida: apenas se había incorporado para llamar a un enlace cuando lo abatieron –comentó Shvedkov.

–Recuerda, comisario –repuso Filiashkin–, que en la guerra nadie muere de modo inteligente. Sólo hay muertes estúpidas.

No se sentía con ánimo de hablar de los compañeros que habían caído en combate, pues él mejor que nadie sabía que no dejarse llevar por los sentimientos durante la batalla podía salvarle la vida. Más adelante, si sobrevivía, los recordaría con dolor… Cuando los evocara en una tarde tranquila, se le encogería el corazón, las lágrimas brotarían de sus ojos y relataría: «El jefe de mi Estado Mayor era un hombre bueno y sencillo. Recuerdo que cuando los alemanes atacaron, rompió las cartas de su familia en pedacitos como si presintiera que iba a morir; luego sacó un peine, se atusó el pelo y me miró».

En la batalla, el corazón de un hombre se endurecía y no era momento de enternecerse; al fin y al cabo, era incapaz de abarcar todo el dolor que provocaban en él la sangre y la muerte que veía a diario.

Shvedkov releyó sus anotaciones, suspiró y dijo:

–Podemos estar orgullosos de nuestros combatientes, el trabajo político no se hizo en vano. Son mesurados y valientes. Uno de ellos me aseguró: «No dude de nosotros, camarada comisario, nuestro pelotón está formado por comunistas, cumpliremos con nuestro deber, prefiero morir antes que caer prisionero de los fascistas»; [33] otro dijo: «Gente mejor que nosotros ha muerto». [§]

No demasiado lejos, una tras otra, se produjeron dos explosiones.

Shvedkov alzó la cabeza.

–¿Vuelven?

–No, lo harán sistemáticamente hasta que amanezca para que no podamos dormir –explicó Filiashkin con condescendencia ante el propósito ya presentido del enemigo–. Ha sido un combate terrible; antes de las seis de la tarde ya había abatido a unos treinta con la ametralladora. ¡Y seguían llegando!

–Entonces, dejemos constancia de tu hazaña personal –dijo Shvedkov y ensalivó la punta del lápiz.

–Déjalo, ¿para qué?

–¿Y por qué no? –dijo Shvedkov y empezó a escribir. **

Después, acordándose de repente, dijo:

–Camarada jefe de batallón, esta mañana he traído un regalo para nuestras jóvenes heroínas.

Pensó que, si no hubiese sido por aquel maldito regalo, el comisario de regimiento no le habría mandado de vuelta al batallón tan pronto y tal vez ahora estaría tomando té y redactando un informe en la sección política. Sin embargo, aquel pensamiento no le inspiró arrepentimiento ni despecho. Miró interrogante a Filiashkin y preguntó:

–¿A quién premiaremos con el regalo? ¿Tal vez a Gnatiuk? Hoy se ha comportado como una verdadera heroína.

–Por qué no... –dijo Filiashkin alargando con pereza las sílabas.

Shvedkov llamó a un soldado y le ordenó que avisara a la sanitaria.

–Si aún está viva –añadió.

–Desde luego. Para qué avisarla entonces si no lo estuviera –respondió el combatiente con gesto huraño.

–Está viva, lo he comprobado –sonrió Filiashkin y, tras sacudirse el polvo de la manga, se limpió la cara.

Filiashkin husmeaba sin cesar el aire viciado de humo acre, hollín espeso y polvo de cal, el inquietante y embriagador aroma de la primera línea de combate.

–¿Bebemos? –preguntó inesperadamente Shvedkov, que no solía hacerlo.

–No me apetece –respondió Filiashkin.

Todo se había vuelto del revés durante el combate: los tímidos se habían enrudecido al tiempo que los rudos se habían dulcificado, los

despreocupados habían empezado a reflexionar y los que habían estado inquietos ahora escupían y hablaban en voz alta y sin azorarse, como si hubiesen bebido.

–Y bien, ¿estás contento con la vida que has vivido? –soltó de repente Filiashkin–. Pronto habrá que hacer balance y tal vez resulte que detrás de tu carrera política ocultas algún asunto turbio. A mí me lo puedes contar. Si hay algo que pudiera comprometerte, yo te absolveré.

–Déjalo, camarada Filiashkin, no me gustan esa clase de conversaciones, y menos si me las propone un comandante.

–Eres un hombre extraño, sigues escribiendo en tu cuaderno como si aún te quedara... –Filiashkin pensó y fijó un plazo que juzgó desmedido dentro de aquel hoyo– medio año por vivir. Mejor hablemos. Por ejemplo, ¿me censuras por lo de la enfermera?

–Sí. No lo sé, tal vez me equivoque –respondió Shvedkov–. La comisión del Partido no se ha pronunciado al respecto, tiene que volver a reunirse. Creo que un comandante no debe comportarse de ese modo.

–Tienes razón, y la comisión no aportará nada nuevo al asunto. ¿Para qué esperar a que se estudie? Puedo decírtelo ahora mismo: soy culpable.

En un arrebato de cordialidad, Shvedkov propuso:

–Venga, tomemos la cantidad de vodka reglamentaria: los cien gramos permitidos, mientras la situación lo permite.

–No, no quiero nublarme la mente –dijo Filiashkin y rió por lo irónico de la propuesta: le resultaba cómico que el comisario, que siempre le había criticado por su afición a la bebida, le invitara ahora a tomar un trago.

El rostro de la enfermera asomó por el borde del hoyo.

–Camarada comandante, ¿puedo bajar? –preguntó la joven.

–Baja y hazlo rápido, o conseguirás que te maten –respondió Filiashkin moviéndose a un rincón para dejarle sitio–. Y bien, comisario, entrégale su regalo, yo actuaré como testigo.

Antes de dirigirse al puesto de mando, la joven se había tomado unos minutos para arreglarse. Sin embargo, el agua de la cantimplora no había bastado para limpiar el hollín y el polvo que se le habían incrustado en la piel. Con un pañuelo se había frotado con esmero la nariz, pero tampoco fue suficiente. Se limpió las botas con un trozo de venda sin conseguir sacarles brillo. Tampoco había conseguido esconder su trenza desgreñada bajo la gorra, ya que su melena polvorienta se había vuelto áspera y rebelde y le caía sobre las orejas y la frente como a las niñas aldeanas.

Enfundada en una casaca manchada de sangre negra demasiado estrecha para sus generosos pechos, cargada con varias bolsas en bandolera, un pantalón holgado de paño que se le arrugaba en las caderas y grandes botas de punta roma, la enfermera permanecía de pie, confusa e incómoda, en el fondo del hoyo.

Intentaba esconder las uñas cortas y negras de sus grandes manos, las manos que aquel día habían dado una gran lección de bondad y de misericordia. Se sentía fea y torpe.

–Camarada Gnatiuk –dijo en voz alta Shvedkov–, el mando me ha encomendado que le hiciera entrega de este regalo en reconocimiento de su abnegado servicio. Se trata de una donación de las mujeres norteamericanas para las soviéticas que combaten en el Volga. Lo trajeron directamente desde Estados Unidos hasta el frente en un avión especial.

Acto seguido tendió a la joven un voluminoso paquete envuelto en un crujiente papel de pergamino y atado con un cordón de seda trenzado.

–Al servicio de la Unión Soviética [34] –respondió con voz ronca la joven, y tomó el paquete de manos del comisario.

Shvedkov, en su tono habitual, muy distinto del que acababa de utilizar para condecorar a Gnatiuk, dijo:

–Vamos, ábralo, también nosotros queremos saber qué es lo que le envían esas mujeres.

La joven desató el cordón y empezó a desenvolver el paquete. El papel crujía y se arrugaba. Tras abrirlo, Gnatiuk se acuclilló para evitar que se perdieran los objetos que contenía y los examinó uno por uno.

¡Qué no había allí! Un jersey de lana con un bonito dibujo en verde, azul y rojo; un albornoz con capucha; dos braguitas de encaje y dos combinaciones con cintas; tres pares de medias de seda; dos pañuelos diminutos bordados con encaje; un vestido blanco de batista de primera calidad cosido a máquina; un tarro con crema fragante y un frasco de perfume adornado con un ancho lazo.

La joven alzó la vista y dirigió a los oficiales una mirada tan llena de gracia y femineidad que, por un instante, pareció como si un silencio repentino se cerniera sobre la estación para que nada viniera a perturbar ni ahuyentar aquella expresión de su rostro. Aquella mirada lo decía todo: reflejaba la añoranza de la maternidad que el destino no habría de concederle, el presentimiento de su trágico destino, el orgullo de haberlo elegido.

Yelena Gnatiuk permanecía de pie ante aquellos dos hombres vestida con grandes botas, su pantalón de soldado y su casaca y, aunque parezca extraño y sorprendente, tal vez nunca antes una mujer había resultado tan bellamente femenina como cuando ella rechazó aquellas exquisiteces.

–¿Para qué voy a necesitar yo todas esas cosas? –preguntó–. No las aceptaré, ahora no me servirán de nada.

Ambos hombres se azoraron al darse cuenta de lo que debía de experimentar la muchacha que en aquel momento se sentía tan torpe, fea y orgullosa.

Shvedkov frotó un extremo del jersey entre los dedos y dijo visiblemente perplejo:

–Esto no es algodón, es lana de calidad.

–Lo dejaré aquí, no tengo dónde guardarlo –anunció la joven, abandonó el paquete en un rincón del refugio y se enjugó las manos en la casaca.

Al examinar los regalos, Filiashkin dijo:

–Esas medias empezarán a romperse después de usarlas dos veces; eso sí, son muy finas, parecen tela de araña, como para ir a bailar.

–¿Y para qué quiero yo medias de baile? –preguntó la joven.

De pronto Shvedkov se enfadó, cosa que le ayudó a resolver una compleja cuestión «diplomática» que nunca antes había tenido oportunidad de tratar. Dijo a Gnatiuk:

–Si no acepta el regalo, hará bien en dejarlo. ¿Acaso esas mujeres creen que estamos en un balneario? ¿Se burlan de nosotros? ¡Se les ocurre mandarnos albornoces, qué absurdo! –Miró a Filiashkin y le dijo–: Voy a ver a los soldados y a darles una charla.

–De acuerdo, yo iré enseguida –se apresuró a responder Filiashkin–, he pasado revista a la tropa hace poco, ve con cuidado, los francotiradores están a ciento cincuenta metros. Al menor ruido, se acabó.

–¿Puedo irme ya? –preguntó la joven después de que Shvedkov abandonara el refugio.

–¿Por qué? Espere un momento –pidió Filiashkin.

Siempre se sentía incómodo cuando se quedaba a solas con ella y cambiaba el tono autoritario de un superior hacia un subordinado por el que suelen utilizar los enamorados:

–Lena, te ruego que me disculpes por haber sido tan grosero contigo durante la marcha. Quédate un momento y despidámonos. La guerra todo lo borrará.

–No tengo nada que borrar, camarada jefe de batallón –respondió ella con la respiración entrecortada–, y no tiene por qué pedir disculpas. No soy una niña, sabía lo que hacía cuando fui a verle, soy responsable de mis actos. Y no voy a quedarme aquí con usted, sino que regresaré allí donde mi deber me obliga a estar. Y, por último, no quiero esos regalos, tengo todo cuanto necesito. ¿Puedo irme?

Sus últimas palabras distaban mucho del tono militar reglamentario.

–Lena –empezó a decir Filiashkin–, Lena… ¿Acaso no te das cuenta…?

Su voz sonó tan extraña e inusual que la joven lo miró sorprendida. Filiashkin se puso en pie, al parecer, para decir algo importante, pero de pronto sonrió:

–De acuerdo, qué se le va a hacer.

Luego concluyó con voz tranquila y algo ahogada:

–En cualquier caso –señaló con una mano hacia el oeste–, no te rindas y ten a mano la pistola alemana que te di.

Ella se encogió de hombros y respondió:

–En cualquier caso, puedo pegarme un tiro con mi propio revólver.

Se marchó sin volverse para mirar al teniente ni las elegantes e inútiles prendas desparramadas en el suelo.

43

A la hora del crepúsculo, camino del hospital de campaña, Yelena Gnatiuk pasó por el puesto de mando de la 3.ª Compañía.

El centinela llamó su atención con un grito bronco, pero enseguida la reconoció y le dijo:

–Ah, eres tú, sargento, pasa, pasa.

De repente se preguntó: ¿acaso la sargento Yelena Gnatiuk era la misma persona que dos años atrás había dirigido una cuadrilla durante la cosecha de la remolacha en Podivotye, una aldea en la región de Sumi, la misma que gritaba contenta y caprichosa al regresar del campo: «¡Mamá, la cena, rápido, estoy hambrienta!»?

Kovaliov dormía sentado, con la espalda apoyada en el madero que apuntalaba el techo del sótano. En el suelo, sobre un ladrillo que hacía las veces de candelabro, ardía una vela. Al lado se amontonaban algunas

granadas de mano que semejaban peces pescados con una red y abandonados en la orilla.

Kovaliov tenía un subfusil sobre el regazo y apretaba el zurrón de campaña contra su vientre.

La joven, tropezando en los cargadores de subfusil vacíos, se acercó a él.

–¡Misha, Misha! –llamó, tocó un brazo del teniente, le cogió la mano y, por costumbre, le tomó el pulso.

–¿Qué? –respondió Kovaliov y abrió los ojos sin moverse–. Lena, ¿eres tú?

–¿Estás cansado? –preguntó ella.

–No, intentaba dormir un poco –respondió a modo de excusa–, el brigada está de guardia y yo descanso mientras tanto.

–Misha… –llamó ella en voz baja–: He venido a decirte adiós.

–¿Marchas a la retaguardia? ¿O te vas al otro margen del río?

–Más bien al otro mundo es adonde voy. Como todos nosotros.

–Misha –dijo suavemente.

–¿Qué?

–¿Estás enfadado conmigo?

–¿Por qué me preguntas eso?

–No te enteras.

–Será mejor que te marches, Lena, te lo ruego. No tiene sentido que volvamos a hablar de eso. En mi pueblo hay una chica que me espera.

Entonces ella se apretó contra él y apoyó la cabeza en su hombro.

–Míshenka, tal vez nos quede sólo una hora de vida. Aquello fue una tontería, ¿acaso no te das cuenta? Hoy, cuando traían a los heridos, no hacía más que buscarte entre ellos. Entiéndelo, no sé qué me pasó, puede sucederle a cualquiera; si no me crees pregúntaselo a las chicas de la sección sanitaria, ellas saben lo que siento por ti. Acabo de estar en su puesto de mando, y ni siquiera le he mirado. ¡Sólo te pido que me creas! ¡Sé comprensivo! ¿Por qué te obstinas en no entenderlo?

–Tal vez yo no lo entienda, camarada Gnatiuk, pero usted lo comprende todo demasiado bien. Yo no voy con segundas intenciones con las chicas. Es usted quien debería darse cuenta. Yo no engaño a nadie como hacen otros.

Como si buscara apoyo para tomar aquella difícil decisión, Kovaliov apretó el zurrón de campaña contra su vientre y lo acarició.

Durante algunos instantes se quedaron en silencio, y luego él dijo en voz alta:

–Puede retirarse, camarada sargento.

Ésas fueron las palabras que se le ocurrieron para concluir de una vez por todas y sin derecho a réplica aquella conversación. Su cuerpo, su espalda y su nuca sintieron la dureza con que habían sonado.

Dos soldados que dormían en el suelo se incorporaron a la vez y miraron con ojos soñolientos quién era la persona que acababa de dar parte al jefe de la compañía.

44

El soldado Yájontov estaba tendido sobre un montón de capotes que habían quitado a los muertos. No gemía; sus pupilas dilatadas a causa del sufrimiento miraban con insistencia y avidez el cielo tachonado de estrellas.

–Déjame, déjame –susurró con todas sus fuerzas al sanitario que intentaba moverlo–. ¡Me haces daño, tienes las manos de piedra, no me toques!

Un rostro de mujer se inclinó sobre él; su aliento le rozó la cara. Unas lágrimas bañaron su frente y su mejilla, que tomó por gotas de lluvia caídas del cielo.

Pero de pronto comprendió que eran lágrimas calientes como la mano que lo acariciaba. La vida le abandonaba y el contacto con un cuerpo vivo parecía infundirle calor, como si fuera un trozo de metal o de madera fría. Se imaginó que aquella mujer lloraba por él.

–Eres muy amable, no llores, me recuperaré –dijo, pero ella no oyó sus palabras.

Él creía estar hablando cuando, en realidad, ya «hacía gluglú», según decían los sanitarios. [35]

Yelena Gnatiuk pasó la noche en vela.

–No grites, no grites, los alemanes están cerca –suplicaba a un soldado que se había roto las piernas mientras le acariciaba la frente y las mejillas–, resiste hasta la mañana, entonces te enviaremos al hospital militar para que puedan enyesarte las piernas.

Cuando fue a ver a otro herido, el soldado de las piernas rotas volvió a llamarla:

–Mamita, ven aquí, quiero preguntarte algo.

–Ya voy, hijo –respondió, y ni ella ni nadie juzgaron extraño que aquel hombre de barba cana llamara «mamita» a una mujer de veintitrés años ni que ella le llamara «hijo» a él.

–¿Me anestesiarán para enyesarme las piernas? Eso no duele, ¿verdad? –preguntó.

–No duele, ten paciencia hasta mañana.

Al amanecer, un Junkers monomotor surcó el cielo. Las alas y el morro mudaron de color cuando descendió en picado sobre la estación. La bomba cayó en el refugio, al pie de la pared donde se encontraban los heridos, Lena Gnatiuk y dos sanitarios. No quedó ni un soplo de vida.

El sol naciente tiñó de rojo la humareda que se alzó tras la explosión. Una nube ligera se mantuvo suspendida en el aire durante mucho tiempo, hasta que la brisa del Volga se la llevó hacia el oeste y la desvaneció sobre la estepa.

45

A las seis de la mañana, la artillería soviética pesada desplegada en Zavolzhye abrió fuego contra las posiciones del enemigo. Los hilos invisibles tendidos en el aire matinal hacían vibrar el cielo sobre el Volga. El escarceo plateado que salpicaba el agua parecía nacer del ritmo de los obuses soviéticos que sobrevolaban el río.

Bajo la línea del dispositivo alemán en el sector oeste de la ciudad y cerca de la estación, terrones negros y rojizos, astillas de madera, trozos de piedra y polvo se esparcían en el aire.

Durante una hora rugieron los cañones soviéticos, aullaron los obuses y una cortina de humo negro y amarillo cubrió a los soldados alemanes, inmóviles y ocultos bajo tierra.

Como desde el epicentro de un terremoto, los temblores provocados por el estallido de los obuses se propagaban en círculos concéntricos. En el interior de los refugios situados en la ribera del Volga tintinaban los cascos, las bayonetas y los subfusiles colgados de las paredes.

Apenas cesó el bombardeo, los artilleros de Zavolzhye, sudorosos por el esfuerzo, abandonaron los cañones recalentados. Entonces entraron en combate las unidades de fusileros, el agua del sistema de refrigeración de las ametralladoras soviéticas empezó a hervir, comenzaron a estallar las granadas F1 , las «fenkas» [36] y los subfusiles PPSh se calentaron de tanto disparar.

Sin embargo, el ataque soviético acabó por ahogarse y la infantería, que actuaba en pequeños grupos, no logró consolidar el éxito inicial.

A las once de la mañana la estación presentaba un aspecto dantesco.

En mitad del humo y el polvo levantados por el nutrido fuego de cañones y morteros, entre el negro estallido de las bombas incendiarias, al son del aullido de los Messerschmitt y los estertores de sus ametralladoras, el batallón, o más bien lo que quedaba de él, seguía resistiendo.

Los gritos de los heridos, los gemidos de los que, desquiciados por el dolor, yacían en un charco de sangre o se arrastraban en busca de refugio, se mezclaban con las voces de mando y los disparos de las ametralladoras y los fusiles antitanque. Sin embargo, cada vez que, tras el cese del fuego, sobrevenía un silencio y los alemanes avanzaban en breves carreras hacia las ruinas, que parecían definitivamente muertas, aquellos montones de escombros volvían a cobrar vida.

Tendido sobre un montón de casquillos, Filiashkin apretaba el gatillo de la ametralladora; se volvió rápidamente para mirar a Shvedkov, que, concentrado, disparaba con pésima puntería un subfusil.

Los alemanes volvían a atacar.

–¡Alto! –se gritó a sí mismo Filiashkin al darse cuenta de que tenía que cambiar la posición de la ametralladora. Cogió el arma por el cañón y ordenó al segundo servidor, un joven combatiente que le miraba con admiración y fervor–: ¡Ayúdame a llevarla hasta aquel muro!

Mientras instalaban el arma en la nueva posición, a Filiashkin le hirieron en el hombro izquierdo. Creyó que era un rasguño sin importancia, un simple corte, y no fue consciente de su gravedad mortal.

–Comisario, véndame el hombro, rápido –gritó desabrochando el cuello de la casaca, pero enseguida cambió de idea–: Utiliza esas vendas que Lena Gnatiuk rechazó.

Pero lo apartó enseguida:

–Luego, luego, ya vuelven a atacar…

Filiashkin apuntó el arma:

–Empecé el servicio activo disparando una ametralladora y hoy he vuelto a hacerlo –murmuraba–. ¡La munición, vamos, la munición! –gritó a su ordenanza.

Filiashkin se daba órdenes a sí mismo y las cumplía, era el comandante de su unidad, un observador y un servidor de ametralladora.

–El enemigo está delante, trescientos metros a la izquierda –dijo a voz en grito cumpliendo el papel de observador.

–Prepare la ametralladora… Contra la infantería del enemigo, a ráfagas, media banda de munición… ¡fuego! –gritó el comandante mientras disparaba moviendo lentamente el cañón del arma de izquierda a derecha.

La cólera se apoderó de él cuando, de repente, vio aparecer unos uniformes alemanes verdigrises detrás de un terraplén; no tenía la sensación de estar defendiéndose de los soldados alemanes que corrían hacia su posición, sino de estar atacándoles.

Una idea, cual el eco del fuego rechinante e ininterrumpido de la ametralladora, acaparaba el pensamiento de Filiashkin. Había dado con la clave para comprender todo cuanto le había sucedido en la vida: su resentimiento, sus fracasos, su condescendencia ante los compañeros de promoción anclados en el rango de teniente, la envidia hacia los que habían alcanzado el grado de teniente coronel o de mayor. «Empecé en el servicio activo como servidor de ametralladora y así lo acabo.» Aquella idea tan nítida y sencilla calmó la inquietud que le había dominado en las horas previas. Aquella idea, convertida ahora en sentimiento, le decía que todo lo malo que le había sucedido en la vida carecía ya de importancia para el servidor de ametralladora Filiashkin.

Shvedkov no había conseguido vendarle el hombro a Filiashkin con las tiras de tela arrancadas de una toalla. Filiashkin perdió el conocimiento, se golpeó la barbilla contra la ametralladora y cayó muerto.

Un observador alemán, que hacía mucho que había reparado en la ametralladora que disparaba Filiashkin, sospechó que se trataba de un ardid.

Shvedkov no tuvo tiempo para besar los labios muertos del comandante de batallón, ni de llorarlo ni sentir la responsabilidad del mando que debía asumir tras su muerte: cayó abatido por el obús que los alemanes dispararon contra la tronera de su refugio.

*

Kovaliov era el oficial de mayor graduación que quedaba en el batallón; un detalle que él ignoraba, pues durante el asalto alemán había perdido el contacto con Filiashkin.

Kovaliov ya no se parecía a aquel joven despeinado de ojos claros que dos días atrás había estado releyendo los poemas anotados en su libreta y las dedicatorias de las fotografías. Ni siquiera su propia madre habría reconocido a su niño en aquel hombre de voz ronca, ojos inflamados y mechones de pelo polvoriento pegados a la frente sudorosa.

Los oídos le zumbaban a causa de una fuerte contusión, la cabeza le ardía de dolor y un hilo de sangre viscosa le manaba de la nariz y bajaba hasta su pecho cosquilleándole en la barbilla.

Caminar le suponía un gran esfuerzo; se dejaba caer sobre las rodillas, andaba a gatas y volvía a levantarse.

Pese al bombardeo continuo y los constantes ataques, su compañía había sufrido menos bajas que el resto de las unidades del batallón.

Kovaliov ordenó a los supervivientes que formaran un círculo de defensa estrecho; él mismo se sorprendía de que su compañía siguiera haciendo un fuego tan nutrido, como si, cuando los alemanes atacaban, los muertos volvieran a empuñar las armas y dispararan junto con los vivos.

A través de la niebla Kovaliov veía a sus compañeros, tensos y sombríos, que disparaban sus subfusiles, apoyaban la cabeza contra el suelo para protegerse de la metralla, se levantaban de un salto para volver a tirar y se detenían al ver cómo aquellos seres verdigrises avanzaban en todas direcciones.

En aquellos instantes se hacía el silencio y brotaba un sentimiento complejo, una mezcla de la alegría y el miedo que provocaba la cercanía del enemigo.

La musculatura de las espaldas, los brazos y los cuellos se tensaba; los dedos apretaban con fuerza las granadas a punto de ser lanzadas, y aquel gesto resumía la tensión que atenazaba a los combatientes soviéticos cuando los alemanes se acercaban.

Las nubes de polvo llenaban el aire, la mente de los soldados se nublaba. El oído de Kovaliov distinguía el estallido de las granadas soviéticas del de las alemanas con la misma claridad con que diferenciaba

el habla salpicada de oes de los de Nizhni Nóvgorod de las voces guturales de los bávaros y los berlineses. Y aunque en mitad del fragor no se oían los gritos de los defensores, a todos aquellos que seguían escuchando, ya fueran soviéticos o alemanes, les parecía que en el estallido de las granadas se entrelazaban palabras amenazadoras en ruso que resonaban sobre la ciudad y el Volga.

Luego la polvareda se desvanecía y volvía a descubrir las odiosas ruinas, los cuerpos inertes, los tanques alemanes destrozados, un cañón que colgaba desmembrado, un puente hundido, las ventanas rotas de las casas desiertas y el turbio cielo que las cubría. Entonces los alemanes volvían a atacar a los hombres y las piedras, diligentes y con brío renovado, mientras preparaban una nueva carga.

Para Kovaliov, los acontecimientos se agolpaban.

A veces la mente se le nublaba y sólo percibía la rapidez de sus movimientos y su propio arrojo, como si no quedara nada en el mundo excepto aquellas figuras grises y el rechinar de los blindados. Los alemanes cargaban en diagonal, en pequeños grupos. A veces daba la impresión de que sólo aparentaban avanzar cuando, en realidad, su propósito era retroceder; pero una fuerza invisible los empujaba y ellos pretendían zafarse. Una vez fuera de su alcance, corrían de un lado a otro, se dispersaban y daban media vuelta para replegarse. Entonces Kovaliov, al adivinar su verdadera intención, pretendía impedirles que continuaran con aquel malvado y engañoso juego y dieran media vuelta; sus movimientos se hacían más lentos y calculados cuando elegía un blanco. En aquellos momentos su penetrante ojo trataba de distinguir con rapidez si el enemigo se había atrincherado, agazapado, había resultado herido o había sido abatido.

Unas veces le parecía que los atacantes no eran personas sino marionetas impasibles, míseras e inofensivas; otras sólo tenía ante sus ojos a hombres embargados por el miedo a la muerte. En ocasiones no sólo su mente sino también todo su cuerpo, sus piernas, sus brazos, sus hombros y su espalda tomaban conciencia repentinamente de que los alemanes, sin importar su número, atacaban con el único objetivo de alcanzar aquel hoyo al pie de un saliente del muro donde estaba agazapado Kovaliov, aturdido por la contusión, manchado de sangre y con el dedo índice dolorido de tanto apretar el gatillo. Entonces, se alteraba, se le entrecortaba la respiración y se olvidaba de todo excepto de contar los cartuchos que quedaban en el

cargador de su subfusil y del cargador de repuesto. Su temor era que, en el tiempo de cambiar el cargador, los alemanes alcanzaran el poste inclinado cubierto de cables o tal vez la garita con el techo arrancado.

Gritaba y su voz se fundía con los disparos de su arma. Era como si el subfusil se recalentara en sus manos a causa del fervor y la furia que lo poseían.

Luego la tensión cesaba de pronto, veía el cielo azul y despejado y sobrevenía un silencio tranquilo, sano y rubicundo, alejado de la quietud sofocante y enfermiza que había precedido al ataque. Kovaliov deseaba que aquel silencio durara eternamente y acabara con el otro, que angustiaba más que cualquier estrépito.

Un recuerdo en apariencia fugaz y fortuito brotó en la mente de Kovaliov: una mañana temprano, una muchacha con una cicatriz rosada en el brazo –la marca de la vacuna contra la viruela– aclaraba unas sábanas en el río, retorciéndolas y golpeándolas con fuerza en una tabla de madera oscura y resbaladiza. Cada golpe resonaba con un eco múltiple, el agua se agitaba centelleante y los ojos de la joven dirigían breves miradas de enojo a Kovaliov mientras en sus labios entreabiertos se dibujaba una media sonrisa. Cuando la chica se agachó y volvió a erguirse, él reparó en la ondulación de sus pechos; ella desprendía el aroma de la hierba joven y el agua fresca, su cuerpo irradiaba la calidez de la vida. Se daba cuenta de que él la devoraba con los ojos, y aquello le agradaba y la incomodaba a la vez; pero él le gustaba, y le extrañaba que fuera tan joven, y su propia juventud la hacía reír…

Y después otro recuerdo… El teniente Anatoli, su compañero de viaje, de labios carnosos y tez pálida, estaba tendido en la litera superior de un compartimento de tren y fumaba sin saber hacerlo, tosiendo y usando la palma de la mano como cenicero… Luego ambos estaban sentados a una mesa grande, en un apartamento de esa misma Stalingrado, en algún lugar al nordeste del muro al pie del cual Kovaliov se refugiaba ahora, y unos ojos burlones e interrogantes le miraban causándole incomodidad. Dos viejos, uno de ellos ceñudo y de pelo negro y el otro de frente ancha y nariz gruesa, una médica militar muy corpulenta que lucía galones de comandante y el muchacho nervioso de ojos oscuros que le había dejado copiar unos poemas también le miraban desde el otro lado de la mesa.

Al recordarlo, le sobrevino un sentimiento exacerbado e inquietante de superioridad respecto de aquel agradable y simpático grupo de personas.

Ah, si aquella hermosa mujer de cuello níveo lo viera ahora, comprendería el porqué de su congoja, ansiedad y hosquedad de entonces; habían estado hablando nada menos que de la muerte, de manera que aquellas bromas y aquella manera de decir que «la orden de combatir está en vigor desde el comienzo de la guerra» estaban fuera de lugar. Además, las miradas que le dirigieron habían hecho que se sintiera como un crío, las preguntas que le formulaban para que pudiera contestarlas con facilidad y recrearse en las respuestas… Si bien era cierto que Kovaliov había nacido en un pueblo, sólo había cursado estudios en la escuela de tenientes y todavía era muy joven.

Su alma pura era, en realidad, la de un muchacho, pues su edad, su experiencia, su fe serena, sus dudas, sus sueños, sus preocupaciones y su rudeza eran propias de la adolescencia. En aquellos momentos, al pie de aquel muro semiderruido, Kovaliov estaba viviendo el amargo y despiadado cumplimiento de sus sueños. Entonces advirtió que ante sus propios ojos, ante los ojos de sus paisanos, de su madre y de la joven que había sellado aquella postal con un beso, ante los ojos del mundo entero, de amigos y enemigos, él aparecía por fin fuerte e inflexible tal y como deseaba verse a sí mismo cuando, arqueando sus rubias cejas y entornando los ojos con expresión misteriosa, se miraba antes de acostarse en un pequeño espejo de mano forrado con papel áspero de color rojo…

Ansioso por compartir sus sentimientos con alguien y dejar constancia de ellos, Kovaliov sacó el cuaderno de su bolsa, palpó la fotografía envuelta en papel de celofán y miró de pasada los poemas escritos con una bonita letra por alguien que ya no era él. Arrancó una hoja y empezó a escribir un parte.

Hora: 11.30. Fecha: 20.09.42.

A la atención del teniente mayor de la Guardia Filiashkin.

Le informo de que la situación es la siguiente:

El enemigo ataca sin tregua, trata de cercar mi compañía y situar a sus fusileros detrás de nuestras líneas; ha lanzado dos ataques con blindados contra las posiciones de mi compañía, pero todos sus intentos han fracasado. Los Fritz no se saldrán con la suya mientras yo siga con vida. Los de la Guardia no retroceden, decidieron morir como héroes, pero el enemigo no podrá cruzar nuestra defensa. Que en todo el país se sepa de la 3.ª Compañía de Fusileros. Mientras el jefe de compañía tenga un hálito de vida, ninguno de esos desgraciados pasará. Podrán hacerlo cuando el jefe de compañía muera o quede herido de gravedad. El jefe de la 3.ª Compañía se encuentra en una situación difícil, no está bien físicamente, se ha quedado sordo y no tiene

fuerzas. Se marea y apenas puede sostenerse en pie, tiene hemorragias nasales; a pesar de todo, la 3.ª Compañía de la Guardia no retrocede. Moriremos como héroes por la ciudad de Stalin. Que la tierra soviética sea nuestra tumba. Esa chusma no pasará. La 3.ª Compañía de la Guardia dará su sangre por Stalingrado, nos convertiremos en los héroes de su liberación.

Tras firmar el parte y doblar la hoja en cuatro –mientras escribía, la hoja había mudado su color blanco en el rojinegro de la sangre y el barro que manchaban la mano de Kovaliov–, llamó a Rísiev y le ordenó:

–¡Llévalo al comandante de batallón!

Luego sacó el medallón identificativo que le habían regalado sus padres en el que, por si moría o quedaba gravemente herido, habían grabado su estado civil, el apellido, la graduación, el cargo, el número de la unidad, la dirección y el grupo sanguíneo, y escribió en el reverso:

Aquel que se atreva a quitarme este medallón, le ruego que lo haga llegar a mi casa. ¡Hijos míos! Estoy en el otro mundo. Vengad mi sangre. ¡A por la victoria, amigos, por la patria, por la gloriosa causa de Stalin!

No sabía por qué se había dirigido a los hijos que no tenía, cuando ni siquiera estaba casado. No obstante, así debía ser. Quería que el recuerdo de su honradez e inflexibilidad perdurara; se negaba a admitir que la guerra había de segar su vida, que no conocería qué era la paternidad ni llegaría a ser el esposo de ninguna mujer. Escribió aquellas palabras pocos minutos antes de morir, luchando por alargar su futuro, pues a sus veinte años no quería someterse a la muerte y se obstinaba en salir victorioso.

Rísiev regresó del puesto de mando de Filiashkin. Ni él mismo sabía cómo había logrado sobrevivir a aquella expedición.

–Camarada teniente, allí no hay nadie, nadie a quien entregar el parte, todos están muertos y no queda ningún enlace –anunció.

Tampoco pudo devolver la misiva a Kovaliov. El teniente yacía muerto, con el pecho apoyado en su zurrón de campaña y la mano sobre el subfusil.

Rísiev se tendió a su lado, cogió el arma y apartó ligeramente, con el hombro, el cadáver de Kovaliov. Al parecer, los alemanes preparaban un nuevo asalto: formaban pequeños grupos, corrían de un tanque en llamas a otro y agitaban los brazos; desde algún lugar cercano, el tableteo de sus metralletas se mezclaba ya con el estruendo de las explosiones.

Rísiev contó las granadas y se volvió para mirar el cuerpo de Kovaliov. En la frente, entre los ojos, había una muesca oscura… El viento mecía su

cabello claro; las suaves pestañas le cubrían los ojos; miraba al suelo con una sonrisa dulce y pícara por algo que sólo él sabía y que nadie, salvo él, habría de saber nunca.

«Entre los ojos… en el acto», pensó Rísiev, horrorizado y con cierta envidia.

46

Entre los oficiales del batallón, Kovaliov fue el último en morir.

Casi todos los suboficiales habían quedado fuera de combate.

El sargento Dodónov, paralizado por el miedo, rehuyó el combate y se resguardó en su refugio. Nadie le miraba ni le dirigía la palabra.

El brigada Márchenko, gravemente herido por el obús que había acabado con la vida de Kovaliov, yacía inmóvil sangrando por los oídos y la nariz.

Sin embargo, después de la muerte de Kovaliov los combatientes siguieron haciendo fuego contra los alemanes. Hasta entonces, en un gesto natural y legítimo, Konanikin, Filiashkin, Shvedkov, Kovaliov, los instructores políticos y los jefes de las secciones habían disparado junto a los soldados rasos. Después de que cayeran abatidos uno de aquellos soldados rasos asumió el mando, en un gesto natural y legítimo en la misma medida.

En la vida cotidiana, son muchas las personas modestas que albergan el carácter de un líder pero que no llegan a realizarse como tales. Quienes los tratan en el trabajo conocen su fuerza, la perciben, la tienen en cuenta, pero muchas veces se olvidan de ella. La naturaleza humana posee dos grandes cualidades: una consiste en la capacidad de comprender rápida y correctamente los cambios que se producen en la superficie de la existencia, y la otra en penetrar en sus profundidades espirituales, inmutables y de difícil acceso.

En los tiempos en que el drama no se revela en la superficie sino en las profundidades de las almas y los corazones humanos, aquellos individuos sobresalen y su fuerza, hasta entonces latente, se revela a los ojos del mundo.

Nadie había nombrado a Vavílov comandante del batallón, pero para el puñado de combatientes sitiados, que en esta hora horrible habían hecho del bien de las personas trabajadoras y pacíficas amenazado por el mal sanguinario de los invasores su única realidad y se sentían responsables ante su propia conciencia, Vavílov llegó a ser durante el combate no menos poderoso que el comandante de ejército.

Ya antes de la guerra, Vavílov había tomado el mando en situaciones de crisis. Sucedió cuando él y sus compañeros labraban tierras vírgenes. También en una ocasión en el bosque, cuando estaban talando pinos un ventoso día de otoño y el fuego amenazó toda la aldea. Entonces, los vecinos corrieron a ocuparse de sus propias cabañas exclusivamente, mientras que Vavílov comprendió la gravedad de la situación y los dirigió a sofocar los incendios en el almacén de granos del koljós y la escuela, sobre los que también se alzaban ya las columnas de humo. En otra ocasión tuvo que levantar un hacha sobre la cabeza de un barquero que había negado socorro a Andriushka Orlov, el tonto del pueblo, que a punto estuvo de morir ahogado.

Los combatientes, por instinto, empezaron a obedecerle y a congregarse a su alrededor. Ninguno escondió picatostes en el bolsillo ni agua en la cantimplora cuando Vavílov ordenó que los compartieran.

Vavílov distribuyó a los combatientes en grupos. Conocía las virtudes y defectos de aquellos hombres con quienes había compartido pan y camino, y puso a la cabeza de cada grupo a aquellos que realmente lo merecían.

Mandó estrechar todavía más el círculo de defensa y dispuso a los soldados en los puntos donde los muros del refugio eran más gruesos y se podía vigilar mejor a los alemanes.

En su grupo, que ocupaba el centro de la defensa, estaban Réschikov, Usúrov, Muliarchuk y Rísiev. Vavílov corría sin descanso en apoyo de aquellos contra quienes los alemanes cargaban en primer lugar.

Reservó cierta cantidad de cartuchos, cargadores, granadas y espoletas y colocó las dotaciones de las ametralladoras detrás de un grueso cortafuegos de hormigón que sólo podía atravesar un proyectil del más grande calibre.

En los pocos días que llevaban allí, los combatientes habían aprendido el cruel arte de la guerra urbana y comprendido el funcionamiento de un grupo de combate tan bien como conocían el de una cuadrilla de trabajo. Si bien cada combatiente contaba, sólo cobraba importancia dentro del conjunto.

Tras ponderar en la práctica las prestaciones del armamento que poseían, destacaron la granada F1, el subfusil y la ametralladora pesada. A la F-1 la bautizaron como «Fenka», un nombre que ahora conoce todo soldado soviético. También descubrieron el poder de destrucción de una zapa.

Réschikov, que durante la marcha se había mostrado abatido, recuperó el ánimo. El sensato Saichenkov, al que hasta entonces jamás se le había oído una palabra obscena, se mostraba rabiosamente temerario y maldecía a cada momento. El glotón y ambicioso Usúrov, siempre dispuesto a armar un escándalo sin motivo aparente, se había vuelto dócil y generoso y había cedido la mitad de su tabaco y su ración de pan a Rísiev. Pero quien más había cambiado era Muliarchuk. Aquel hombre enclenque y, en la opinión de muchos, inútil, estaba irreconocible. Incluso su rostro se había transformado: las arrugas que surcaban su frente y que antes le daban un aire de perplejidad se habían hundido en un pliegue severo; sus cejas, otrora blancas y arqueadas, formaban ahora una sola línea ennegrecida de polvo y hollín. Dos veces un tanque alemán lo había arrinconado en su trinchera y dos veces Muliarchuk había conseguido zafarse y abatir el blindado enemigo con una granada antitanque desde una distancia increíblemente corta. Al final, había acabado cayendo de espaldas en una trinchera, gravemente herido y tosiendo polvo y sangre.

Algunos de los que antes se retraían ante los compañeros, ahora prodigaban sus simpatías con generosidad; otros que hasta entonces habían vivido despreocupados, con alegría y largueza, se tornaron reservados y huraños.

Vavílov, sin embargo, seguía siendo el de siempre, tal como lo conocían su mujer, sus parientes y sus vecinos, igual que cuando vivía en su isba, comiendo pan mojado en leche después de un día de trabajo en el campo, en el bosque o en el camino.

La guerra ayuda a comprender las leyes de la conducta humana. En tiempos de paz, los hombres de espíritu débil se engañan a sí mismos y a los demás aparentando ser personas profundas y fuertes. En cambio, en tiempos de guerra manifiestan su debilidad para sorpresa de los demás y para la suya propia. También hay personas tímidas, poco afortunadas y apacibles a las que se tiene por débiles y que, equivocadamente, acaban por considerarse a sí mismas como tales; sin embargo, cuando se someten a una prueba, abandonan las más de las veces su supuesta debilidad para

demostrar cuán fuertes son en realidad. En la guerra, de personas así se dice: «Quién hubiera podido imaginar…». Y, por fin, están los que poseen una espiritualidad elevada y cuyo aspecto no muta ni siquiera cuando se enfrentan a las situaciones más duras: su tono de voz, su rigor y afabilidad, la claridad de su pensamiento, sus costumbres y las leyes fundamentales que rigen su vida espiritual, su sonrisa y su manera de moverse siguen siendo en la tormenta las mismas que en los momentos de calma.

Bien entrada la noche, los soldados sucumbieron al cansancio. Se quedaban dormidos mientras hablaban, al son del tiroteo y de los estallidos.

A las dos de la madrugada, cuando la oscuridad era absoluta, debieron enfrentarse a algo totalmente nuevo, desconocido y aterrador: una ofensiva nocturna.

Los alemanes no disparaban cohetes. Reptaban desde todas direcciones. La masacre se prolongó durante toda la noche. Las estrellas desaparecieron tras las nubes; parecía que las tinieblas habían descendido sobre la tierra para ahorrar a aquellos hombres la visión de sus ojos enfurecidos.

Cualquier objeto se convirtió en un arma: cuchillos, zapas, ladrillos, los tacones herrados de las botas.

En la oscuridad se oían gritos, estertores, disparos de pistola y de fusil, el graznido de las metralletas, los últimos susurros y murmullos de las vidas que se iban.

Los alemanes atacaban en grupos e imponían su superioridad numérica: dondequiera que empezara un combate cuerpo a cuerpo, se abalanzaban con una ventaja de diez hombres contra uno o dos, empuñaban cuchillos y daban puñetazos intentando alcanzar la garganta. Estaban enfurecidos.

Aunque se llamaban en voz baja, cada palabra en alemán se seguía del disparo de un combatiente soviético escondido entre las ruinas. Apenas intentaban hacer señales luminosas verdes o rojas con sus linternas, los fogonazos de los disparos los obligaban a apagarlas y pegar cuerpo a tierra. Un instante después volvía a oírse el ruido de un nuevo enfrentamiento, la respiración ahogada y el rechinar del metal.

Sin embargo, al parecer los alemanes seguían un plan y no atacaban en desorden.

El círculo de la defensa soviética fue estrechándose cada vez más; desde los refugios donde hacía poco disparaban los soldados soviéticos ahora sólo se oía el silencio, susurros en alemán y el parpadeo furtivo de unas lucecitas verdes y rojas. Al poco, en otro punto de la defensa, alguien volvía a lanzar

un chillido lleno de rabia y desesperación, se oía el ruido de una pedrada o sonaba un disparo. Un minuto después la luz verde se movía más allá…

De pronto, un fogonazo amarillo brilló por un instante en la oscuridad, explotó una granada de mano, hubo un movimiento precipitado, un oficial alemán hizo sonar su silbato agudo y luego sobrevino el silencio. La luz verde parpadeó de nuevo; una roja le respondió con un guiño y se apagó… Después otra vez silencio, luego otro fogonazo rojo y amarillo como si alguien abriera y volviera a cerrar la puerta de una fragua. Acto seguido explotó otra granada y una voz entonó largamente un «aaaagh», que cesó de pronto como si se zambullera en el silencio. Atenta a todo, la luz verde apareció aún más cerca…

Quienes en la lejanía escuchaban los sonidos de aquella matanza, comprendieron que el batallón no iba a resistir por más tiempo.

Sin embargo, en la estación aún se oían susurros en lengua rusa, y varios hombres, sin hacer ruido, levantaban una barricada de piedra para seguir combatiendo al amanecer.

El lugar donde se habían atrincherado aquellos combatientes estaba rodeado de hoyos perforados por los obuses, y era imposible alcanzarlo en la oscuridad.

Rísiev, tendido de lado, respiraba ruidosamente y susurraba a los compañeros apiñados junto a él:

–Me arrinconaron como un lobo, por poco no logro zafarme, me hirieron en el hombro izquierdo, pero es un rasguño sin importancia… Dodónov se entregó a los alemanes, oí cómo se arrastraba hacia sus líneas.

–Tal vez lo hayan matado –dijo Réschikov.

–No, lo comprobé. ¡El muy cabrón dejó el subfusil y las granadas y se marchó!

Tentó en la oscuridad la mano de Vavílov y dijo:

–Con vosotros estoy bien, sois gente en quien se puede confiar…

–No tengas miedo… no te abandonaremos –aseguró Réschikov.

–No me dejéis, estoy herido…

Rísiev había perdido mucha sangre, estaba mareado, a ratos se adormecía, murmuraba y después se quedó quieto.

–Vera, ven aquí –llamó con voz clara y tranquila y añadió tras un breve silencio–: Y bien, ¿a qué esperas?

Sorprendido de que su mujer hubiera tardado tanto en acercarse a él, se quedó un largo rato callado y luego en su mente desquiciada surgió un

nuevo pensamiento:

–Semiónich… Piotr… ¿crees que el segundo frente se abrirá pronto?

–Calla, no hagas ruido –le dijo Vavílov.

Entonces Rísiev gritó contrariado:

–Os pregunto si van a abrir un segundo frente. ¿No me oís? Os lo estoy preguntando a vosotros, ¿estáis sordos?

Réschikov le tapó la boca con la mano:

–¡Calla, estúpido!

–Déjame, déjame, déjame… –murmuró Rísiev con voz ahogada intentando oponer resistencia.

No obstante, el enemigo lo oyó. Varias ráfagas de resplandor sanguinolento aullaron por encima de las cabezas de los combatientes soviéticos; los alemanes empezaron a dar voces de alarma llamándose por sus nombres de pila. El ruido cesó, tal vez pensaron que se trataba del delirio de un moribundo. Y estaban en lo cierto.

–¿Quién va? –preguntó repentinamente Vavílov alzando la cabeza.

En la oscuridad se oyó desprenderse y caer una piedra. Alguien reptaba hacia su posición.

–Soy yo –sonó la voz de Usúrov–, estáis vivos, yo pensaba que los alemanes os estaban rematando –luego dijo–: ¡Dadme de fumar!

–Métete debajo del capote y fuma –dijo Vavílov.

Usúrov se tendió al lado de Rísiev y tardó en cubrirse la cabeza con el capote, resoplando y escupiendo.

–¿Sabéis cómo hago para reconocerlos en la oscuridad? –dijo Usúrov sacando la cabeza de debajo del capote.

Por lo visto, la necesidad de hablar con los compañeros se imponía sobre la de fumar.

Apagó el pitillo y contó en susurros:

–Oí a uno venir reptando y sospeché que no era de los nuestros, pues hacía un ruido extraño, un ruido de animal; tuve miedo de disparar y utilicé las manos.

Mientras tanto, Muliarchuk levantaba el muro en silencio y con rapidez.

–Se te da bien –susurró Réschikov, sin ganas de escuchar los horrores que contaba Usúrov.

–Antes de la guerra era fumista –explicó Muliarchuk–. Ahora, mientras ponía las piedras, me he acordado de lo bien que vivía entonces. Después del trabajo, a casa. Vivía en el centro del distrito.

–Cuánta calma –dijo Vavílov–, y será así hasta el amanecer. Muchachos, lo único que os pido es que no hagáis ruido.

–¿Estás casado? –preguntó Usúrov a Muliarchuk.

–No, vivía con mi madre en Polónnoye, en el centro de distrito –respondió Muliarchuk, encantado de que se interesaran por él, y se apresuró a añadir–: Mi madre es una buena mujer, yo era un buen hijo y le entregaba todo lo que ganaba. Pero se preocupaba demasiado por mí: si acudía a alguna reunión después del trabajo o me retrasaba, salía a buscarme. Yo no bebía ni salía con chicas. Trabajaba de fumista para la hacienda colectiva de distrito.

–Yo era viudo, sin hijos –dijo Réschikov, hablando de sí mismo en pasado, como Muliarchuk–. El vodka me gustaba como la leche a un perrito; las mujeres tampoco me trataban mal: yo era el encargado de fabricar las estufas para los miembros de todo el koljós.

–Escuchad –terció Usúrov–, quiero pediros una cosa. Quedémonos hasta que amanezca. Y olvidaos de esa pared: ¡no podremos mantener alejada a la muerte, como quiera que sea!

–Es cierto –dijo Vavílov–. Creo que debemos seguir trabajando para que la muerte no nos asuste tanto.

–Pero estamos muy jodidos –dijo Usúrov–. ¿No sería mejor que nos peguemos un tiro?

–Yo lo que creo es que deberíamos esperarnos aquí hasta el amanecer –dijo Vavílov–. ¿Por qué nos vamos a pegar un tiro si todavía nos queda munición?

–Cuéntanos alguna de tus historias, Réschikov –le pidió Usúrov.

–Llevo toda la vida contando historias –protestó Réschikov–. Dejadme que me quede un rato en silencio, ahora que estoy a punto de morir.

Muliarchuk dijo separando las sílabas para que no lo olvidaran:

–Mi madre se llamaba Maria Grigórievna y yo Mikola Mefódievich.

Preocupado por que sus compañeros ya nunca supieran lo bonito que era el centro de Polónnoye en verano, las refinerías de azúcar que había en los alrededores y lo amable y habilidosa modista que era su madre, Muliarchuk empezó a explicárselo mezclando en su relato palabras rusas y ucranianas:

–Mi madre sabía cortar cualquier prenda, pero cosía sobre todo para los campesinos: americanas, chaquetas acolchadas y abrigos en invierno, chalecos y faldas bordadas para las fiestas, chaquetas de mujer, sabe hacer de todo… Y yo puedo construir todo tipo de estufas: para cocinar, para una

habitación, con azulejos y un poyo para dormir; trabajé ocho años en Polónnoye, Yampolie y en otros pueblos, se me consideraba un buen fumista.

Vavílov encendió un cigarrillo con tranquilidad, sin preocuparse de los alemanes; a la luz de la cerilla, vieron cómo dos lágrimas negras se deslizaban por sus mejillas sucias.

–Continúa, Muliarchuk –dijo–, yo también quería cambiar las estufas de mi casa el próximo verano.

Usúrov se agachó para encender un pitillo y el fósforo iluminó sus enormes manos.

–¿Estás herido?

–Esa sangre no es mía, maté a dos con una zapa. Por el camino, mientras venía –explicó Usúrov y sollozó–. Nos convertimos en bestias, ¿verdad?

En su voz había asombro y compasión de sí mismo. Usúrov suspiró y aguzó el oído.

–Rísiev, no le oigo, no respira.

Se levantó, volvió a sentarse y miró a su alrededor.

–El cielo está encapotado, más que en Samarkanda en el mes de julio.

Preocupado, tocó el hombro de Réschikov.

–Tranquilo, no estoy durmiendo.

–Cálmate, Usúrov –dijo Vavílov–, gente mejor que nosotros ha muerto. Ojalá pudiera ver mi casa un momento… La muerte no es nada… Allí sólo hay sueño…

–Para llevar el chocolate a tu hija –sonrió Réschikov.

Un cohete soviético iluminó el Volga. Primero su luz parecía de cera, luego se volvió de un blanco lechoso que mutó en el amarillo de una espiga de trigo madura. Después la luz se tornó opaca, menguó y se desvaneció… Y la noche se volvió aún más negra.

Los combatientes permanecieron en silencio hasta el amanecer, y sólo muy de vez en cuando intercambiaron alguna palabra. ¿En qué pensaron? ¿Estuvieron dormitando? Luego se pusieron en guardia y contemplaron, ansiosos, resignados e inquietos el nacimiento de la luz en mitad del silencio y la oscuridad que llenaban el cielo y la tierra.

Pero de pronto la tierra se volvió negra y el cielo se separó de ella como si la tierra le robara una parte de su negrura, que al desprenderse descendió

en copos silenciosos. En el mundo ya no había una sola oscuridad sino dos: la del cielo, tersa y serena, y la de la tierra, espesa y frenética.

Luego el calor pareció haber tocado el cielo, que adquirió una tonalidad más clara mientras la tierra seguía sumida en la oscuridad. La línea que los separaba se quebró y perdió su horizontalidad, y empezaron a perfilarse algunos accidentes de la superficie. Sin embargo, aquello no era más que un reflejo del cielo apenas amanecido. Enseguida aparecieron las nubes. Una de ellas, la más pequeña y alta, pareció respirar, y su carita pálida y fría se tiñó levemente de un rosa cálido.

Los soldados de la 13.ª División que dormitaban en algunos de los edificios situados en la orilla del Volga oyeron las ráfagas de ametralladora, el estallido de las granadas de mano, los gritos de los alemanes, disparos, explosiones de las minas de mortero, el rugido de los tanques. Aquel estruendo provenía de la estación, donde se encontraba el batallón sitiado.

–Nuestros soldados son en verdad aguerridos –comentaron admirados.

Sin embargo, ninguno de ellos vio la figura de un hombre mayor con las mejillas hundidas y cubiertas con una barba negra alzarse de un foso oscuro, blandir una granada y escudriñar su alrededor con una mirada despejada y atenta.

Los subfusiles alemanes le dispararon con virulencia pero el hombre permaneció erguido en medio de una nube de polvo amarillenta; cuando desapareció, dio la impresión de que su cuerpo, convertido en un bulto muerto y ensangrentado, no se había venido abajo sino diluido en aquella nebulosa de polvo amarillento que se arremolinaba atravesada por los rayos del sol de la mañana.

47

Durante todo el día, los sepultureros del ejército de Paulus estuvieron recogiendo y cargando en camiones los cadáveres de los oficiales y los soldados alemanes que habían muerto durante el asalto a la estación.

Sobre un cerro desierto situado en el extremo oeste de Stalingrado, los topógrafos estaban marcando los lugares donde se iban a cavar las tumbas; unos destacamentos especiales preparaban ataúdes y cruces, y acarreaban

césped, grava, ladrillos y arena para acondicionar los senderos del nuevo cementerio.

Las cruces se erguían, perfectamente alineadas, a intervalos regulares, tumba tras tumba, fila tras fila. Los camiones continuaban llegando y levantando nubes de polvo; transportaban cadáveres, ataúdes e idénticas cruces de madera maciza tratadas con un compuesto químico para protegerlas de la humedad.

En unas tablillas rectangulares, un destacamento de pintores escribía en letra gótica de color negro y con la ayuda de una plantilla el nombre, el apellido, la graduación y la fecha de nacimiento de los soldados enterrados.

Entre los centenares de inscripciones, fechas de nacimiento, nombres, apellidos de soldados alemanes jóvenes y viejos caídos en el asalto a la estación, un solo dato coincidía en todas ellas: la fecha de la muerte.

*

Lenard y Bach vagaban entre las ruinas mirando los cadáveres de los combatientes soviéticos.

Lenard, presa de la curiosidad, tocaba a los muertos con la punta de su perfecta bota. ¿Cuál era la causa oculta que había originado la terrible y sombría obstinación de aquellos hombres que ahora estaban muertos? Sus cuerpos, vestidos con casacas de color verde, botas rudas y polainas verdes y negras, eran pequeños; sus caras, grises y amarillentas.

Algunos de ellos yacían con los brazos en cruz, otros estaban acurrucados con las piernas encogidas como si tuvieran frío, otros estaban sentados. Muchos de ellos estaban sepultados bajo piedras y tierra. De una de las troneras asomaba una bota de lona con el tacón gastado; en otro lugar, con el pecho apoyado contra un saliente de un muro, yacía un hombre enjuto con la cabeza destrozada; sostenía una granada en la mano, tal vez lo hubieran abatido cuando se levantó para arrojarla.

–Mire, allí hay un depósito de cadáveres –señaló Bach–, por lo visto, al principio trasladaban allí a los muertos. Parece un club: unos están sentados, otros yacen y aquél parece que vaya a pronunciar un discurso.

Otro foso, acondicionado como un refugio, parecía haber sido un puesto de mando. Bach y Lenard encontraron, entre los restos de vigas, un radiotransmisor destrozado y la caja rajada de color verde de un teléfono de campaña.

Un oficial soviético yacía con la cabeza apoyada en una ametralladora con el cañón torcido; a su lado había otro, con la insignia estrellada de comisario cosida a la manga. En la entrada del refugio estaba sentado el cadáver encogido de un soldado, seguramente un telefonista.

Lenard, con una mueca de asco, levantó con dos dedos el zurrón de campaña que había junto al cuerpo del comisario y ordenó a un soldado que le quitara el portaplanos al oficial muerto que estaba abrazado a la ametralladora destrozada.

–Llévelo al cuartel general, y que lo examine un traductor.

Bach dijo, llevándose el pañuelo a la nariz:

–Alrededor de las trincheras que abandonan nuestras tropas suele haber montones de diarios y revistas ilustradas, pero aquí no veo nada parecido, aquí sólo hay mierda.

–Puede que no se limpiaran el culo –dijo Lenard con sonrisa burlona–, aunque no es lo que me interesa ahora. Está claro que aquí se hallaba el puesto de mando. A juzgar por el aspecto de los cadáveres, a esos oficiales los liquidaron durante el primer día del asalto. Parece que los soldados combatieron con la terquedad propia de las bestias sin líder que los capitaneara. Y nosotros los considerábamos faltos de iniciativa…

–Marchémonos –pidió Bach–, no soporto ese olor dulzón. Cuando lo respiro no puedo comer carne en conserva durante un par de días.

A lo lejos vagaban unos soldados alemanes.

–El compañerismo entre soldados es realmente hermoso –dijo Bach–, mírelos.

Señaló al soldado Stumpfe quien, sujetando al soldado Ledeke entre sus brazos, intentaba hacerlo caer sobre el cadáver de un combatiente soviético que tenía un brazo levantado y retorcido.

–Es usted un imbécil sentimentaloide –dijo Lenard repentinamente irritado.

–¿Por qué? –preguntó estupefacto Bach.

Creyó que Lenard se burlaba de él por aquella conversación tan franca y difícil que habían mantenido varios días atrás. En efecto, sólo un imbécil podía intentar algo parecido con un hombre como Lenard, un nazi y miembro de las SS , al que todo el mundo tenía por un colaborador de la Gestapo.

–¿Por qué? No le entiendo, ¿acaso el compañerismo entre soldados es malo?

Pero Lenard no respondió. No podía revelarle a Bach que ese mismo Stumpfe, tan divertido y querido por todos, le había entregado tres días atrás una denuncia dirigida a la gendarmería de campaña en que informaba sobre ciertas conversaciones comprometidas que mantenían sus compañeros Ledeke y Vogel.

Luego ambos oficiales se marcharon y los soldados siguieron vagando entre las ruinas.

Ledeke se asomó a un sótano con el techo hundido.

–Aquí estuvo el puesto sanitario.

–Mira, Ledeke, una mujer, es tu especialidad –dijo Vogel.

–Tiene un aspecto horrible.

–No pasa nada, ahora harán venir a unos civiles para que entierren todo eso.

Tras echar una mirada distraída a los cadáveres, Ledeke dijo:

–Creo que aquí no hay nada de valor, ni siquiera una toalla o un chal.

Stumpfe seguía examinando con esmero el exiguo contenido de los macutos de los muertos mientras, molesto, apartaba a patadas tazas y calderos.

En uno de los macutos encontró una tableta de chocolate envuelta en un paño limpio de color blanco; en el zurrón de campaña de un teniente descubrió, entre libretas, papeles y cartas, una navaja, un espejo de mano y una cuchilla de afeitar en buen estado. Tras un momento de reflexión, decidió dejar todo aquello.

Pero al final sus esfuerzos se vieron recompensados. Después de que Bach y Lenard se marcharan lejos del refugio donde había estado el puesto de mando de los soviéticos, Stumpfe se metió dentro y halló en un rincón un paquete semicubierto con tierra.

Cuando vio que las prendas que habían caído en sus manos eran bonitas y estaban sin estrenar, arrancó a cantar de contento.

–¡Muchachos! –llamó a voz en grito–. ¡Mirad qué sorpresa! ¡Un albornoz! ¡Una blusa con encajes! ¡Medias de seda y un frasco de perfume!

Maria Nikoláyevna Vavílova se despertó pasadas las cuatro de la madrugada y llamó en voz baja a su hija:

–¡Nastia, Nastia, levántate!

Nastia se desperezó, se frotó los ojos y empezó a vestirse y a peinarse mientras murmuraba y se quejaba con voz llorosa de que había dormido poco, fruncía el ceño adrede y tiraba del peine con fuerza para despejarse.

Maria Nikoláyevna cortó pan para Vania, que seguía durmiendo, llenó una taza de leche y cubrió el desayuno con una servilleta para que la gata no se lo comiera antes de que el pequeño se levantara. Luego guardó en un cofre las cerillas, el cuchillo del pan y el punzón –todos ellos objetos peligrosos por los que Vania mostraba un interés especial durante sus mañanas solitarias–, amenazó a la gata con un dedo e, impaciente, miró cómo Nastia acababa de tomarse la leche.

–¿Nos vamos? –le dijo Maria Nikoláyevna.

–¡Señor! –se quejó Nastia en un tono irritado más propio de una anciana y lanzó un suspiro–. Deje al menos que termine el pan. Desde que es jefa de cuadrilla, se ha vuelto insoportable.

Maria Nikoláyevna se acercó a la puerta, se volvió para mirar la habitación, regresó al cofre, sacó un terrón de azúcar y lo puso bajo la servilleta que cubría el desayuno para Vania.

–Y tú, ¿por qué te molestas? –preguntó a su hija sin mirarla pero sabiendo que Nastia estaba enfadada–. Ya eres mayor, puedes pasar sin azúcar.

Cuando salieron a la calle, Maria Nikoláyevna dijo en voz baja mientras miraba el camino:

–Hoy se cumplen cuatro meses desde que se marchó tu padre.

Nastia, que comprendía los pensamientos de su madre, replicó:

–¿Acaso me importa que le des azúcar a Vania? Que coma, me da igual, a mí no me gusta el azúcar.

Después de respirar la atmósfera sofocante de la isba, resultaba agradable marchar por aquel camino mojado de rocío y disfrutar de la entrañable vista de los alrededores conocidos desde la niñez, expulsando del cuerpo los restos de sueño y del cansancio de la víspera.

Qué bonito era el verdor espeso, móvil y sedoso de las mieses de otoño iluminadas por los rayos oblicuos del sol de una mañana de septiembre: ondulaban con el soplo del viento fresco de levante, como un ser vivo, enorme y joven que respiraba suavemente, poniendo a prueba su fuerza y

disfrutando de la vida, de la luz y de la frescura del aire. Los brotes de barbas suaves, atravesados por los rayos del sol, se volvían casi transparentes. Una luz tornasolada y verdosa centelleaba sobre el campo…

¡Qué delicioso, tímido e infantil encanto había en cada uno de aquellos brotes, cuánto poderío y obstinación desprendían sus tallos blanquecinos, gruesos y rectos como una flecha! ¡Cuánto esfuerzo les debió de haber costado brotar de debajo de la tierra, abrir con sus estrechos hombros verdes los terrones, tan pesados para ellos como una mole de granito!

El maravilloso verdor de la sementera joven y pura contrastaba con la tristeza de los campos otoñales, la hierba que se había vuelto parda, las ajadas hojas rojas y amarillas de los álamos temblones y de los abedules. Aquel verde intensamente brillante era lo único que había nacido en el marchito mundo otoñal del aire frío, de las canas del veranillo de San Martín, de las nubes preñadas de copos de nieve suspendidas aquí y allá en el vacío azul de la bóveda celeste. ¿Acaso podía compararse con aquella juventud el verde polvoriento y ahumado de los abetos viejos y huraños que extendían sus pesadas ramas sobre el camino?

Aquella sementera de septiembre, que había brotado en el campo con tanto ímpetu y abundancia, se distinguía de los jardines y prados primaverales que florecen con la despreocupación propia de la juventud. La densidad de sus filas firmes y ordenadas expresaba algo más que alegría y mocedad, desprendía seriedad, cautela y la disposición para arrostrar pronto, sin haber madurado todavía, el rigor de las tormentas de nieve.

En aquella tropa estrechamente unida, cuyos integrantes se sostenían hombro con hombro, se advertía una gran fuerza y la aceptación de su difícil destino. Una nubecita distraída ocultó el sol; una sombra ancha planeaba en silencio sobre los campos segados y sin segar y luego alcanzó los brotes de la sementera, que se tiñeron de un color verde oscuro, casi negro, haciendo especialmente palpable su ceñuda y atenta fuerza.

Mientras tanto, los campesinos que trabajaban en aquella hora temprana sentían no sólo el vacío del otoño y el frío viento que anunciaba la cercanía del invierno, sino que experimentaban también la tristeza de los tiempos de guerra.

Adolescentes, madres de familia y viejas tocadas con pañuelos segaban el trigo con hoces; en un campo vecino unos ancianos cargaban las gavillas ya secas en carros mientras reprendían a los muchachos que les ayudaban…

Aquella imagen de la siega a la luz del tibio sol matutino bajo el cielo otoñal vasto y despejado parecía destilar paz y tranquilidad.

Como siempre, en la era se oía el ruido de la máquina trilladora; el silbido del grano escurridizo y pesado que absorbía el frescor del aire; los rostros sudorosos y animados de las muchachas. Igual de familiares resultaban la polvareda gris azulada, el aroma acre que emanaba de las gavillas recalentadas, el brillo nacarado de las ligerísimas briznas de paja que flotaban en el aire, el crujido de los rastrojos bajo los pies…

Sin embargo, Maria Nikoláyevna veía, sentía y sabía que tras aquella apacible escena se escondía el horror de la guerra. Las mujeres que calzaban botas de hombre, el anciano vestido con un pantalón de soldado y una casaca vieja, el adolescente de catorce años tocado con una gorra militar desteñida con la sombra de una estrella de cinco puntas que resaltaba en la tela castigada por el sol y el frío, dos niños con petos cortados de una tela de camuflaje desgastada y estampada con óvalos de color oliva, negro y marrón. Eran las esposas, madres, hermanas, padres e hijos de soldados. La ropa que llevaban era el testimonio de la estrecha relación que unía a los campesinos con los soldados que luchaban en el frente de batalla.

En tiempos de paz, una mujer se ponía a veces la americana del marido y el niño las botas de fieltro del padre; ahora, los que habían tomado la senda de la guerra compartían de tiempo en tiempo su ropa con la familia cuando recibían nuevos uniformes.

Si no fuera por la guerra, no habría tantos viejos y viejas trabajando en la siega y en la trilla, pues muchos de ellos ya no estaban en edad de trabajar. Y todos aquellos adolescentes habrían estado en el colegio, por culpa de la guerra el comienzo de las clases se había aplazado un mes… No se oía el zumbido de los tractores. ¿Dónde estaban los camiones que en aquella época del año solían trabajar en el campo? Los camiones y los tractores también habían partido a la guerra…

¿Acaso en tiempos de paz en lugar del audaz mecánico Vasia Belov, que ahora era tanquista, estaría atendiendo la trilladora su hermana Klava, una chica de diecisiete años con el cuello fino de una niña y cuyos dedos, manchados de aceite, temblaban inseguros? Klava frunció el ceño y gritó a su ayudante Koslov, un viejo de bigote cano:

–Dame la llave, ¿es que te has dormido?

¿Y no fue por culpa de la guerra que Degtiariova, una mujer que se quedaba durante horas junto al portalón esperando una carta de su marido y sus hijos, se irguió, enjugó su frente sudorosa y miró con añoranza las mieses segadas que cubrían la tierra?

Llora, Degtiariova, llora, pues tienes a quién llorar.

¿Habría imaginado Maria Nikoláyevna el peso de la responsabilidad que habría de asumir durante los cuatro meses que su marido llevaba fuera de casa?

Aquella mañana despejada de otoño Maria Nikoláyevna se acordó del pasado.

Cuando su marido partió hacia la guerra, ella tenía el corazón en un puño. La angustia de vivir en adelante sin su marido la carcomía. ¿Qué sería de sus hijos? ¿Podría alimentarlos?…

Sin embargo, resultó que no sólo tuvo que encargarse de su familia, de su isba y de la leña para calentarla…

¿Cómo empezó todo? Quizás en una reunión en que ella, por primera vez en su vida, había hablado ante decenas de personas que la escucharon con atención y pudo comprobar, en la expresión de sus caras, el valor de sus palabras.

O quizás empezó en el campo, donde ella había reprendido con mesura y dureza al presidente del koljós, que había venido para criticar el trabajo de la cuadrilla de mujeres cuya responsable era Vavílova.

La labor agrícola era una tarea ardua y difícil, pero ella se dejaba la piel y no había quien pudiera reprocharle nada.

Koslov se le acercó y le dijo en tono burlón:

–Ya ves, jefa, si nuestros hijos y hermanos menores, conductores y mecánicos, tractores y camiones estuvieran aquí, terminaríamos la siega y la trilla antes de *Pokrov.* [37] En cambio, en tu cuadrilla la desidia es mucha y el provecho poco. Empezará a nevar y aún no habréis acabado la faena.

Maria Nikoláyevna echó una mirada a Koslov, un hombre de ojos rasgados y nuez abultada, y quiso responderle con severidad, pero se contuvo: sabía que estaba molesto por tener que trabajar de ayudante de una mocosa. Además, su vieja esposa lo recibía por las noches en la puerta:

–¿Qué hay, fogonero de Klashka? [38] –se burlaba–. ¿La mecánico te ha dado permiso para volver a casa?

Cuando en una ocasión Koslov reprendió a su mujer y a sus nietos, Liuba, la menor, que era estrábica, le amenazó ofendida con voz de bajo:

–Tú, abuelo, ándate con cuidado o nos quejaremos de ti a Klashka.

Al considerar todo aquello, Vavílova sonrió y respondió en voz baja a Koslov:

–Hemos hecho lo que hemos podido, y no podemos hacer más.

Y había sido mucho. En plena labranza se averió el tractor, al tractorista lo enviaron al frente y su lugar lo ocupó un excombatiente herido.

Al intentar reparar el tractor, aquel hombre hizo un esfuerzo excesivo y su herida se reabrió. Entonces tuvieron que seguir labrando la tierra con la ayuda de las vacas, pero también hubo jornadas en que las mujeres tiraron del arado.

La sementera de otoño había brotado, la tierra no iba a quedarse yerma. Sin embargo, había que seguir trabajando para que la nieve no acabara por cubrir el trigo sin segar.

Maria Vavílova recogía en su puño avezado las cañas crujientes del cereal, las doblaba, las segaba con una hoz y las dejaba en la superficie. Sus movimientos rápidos y mesurados, breves y amplios a la vez, se fusionaban con el susurro áspero de las espigas que apretaba en la mano al tiempo que en su cabeza, como si acompañara aquel sonido triste y monótono, se repetía una y otra vez un pensamiento: «Tú lo sembraste y yo lo estoy cosechando… Tú lo sembraste, tú, y yo lo estoy cosechando, tú lo sembraste, tú…». Sentir el vínculo que la unía con el hombre que había labrado aquel campo y sembrado el trigo que ahora caía susurrando bajo los golpes de su hoz hizo que en su alma naciera una dulce melancolía…

«¿Volverá? Aliosha estuvo mucho tiempo sin escribir y ahora llegan cartas de él, está sano y salvo, gracias a Dios. También Piotr me escribirá. ¡Volverá, volverá!»

El trigo se agitó ruidoso y volvió a calmarse, expectante y pensativo.

La hoz tintinaba y las espigas susurraban…

El sol ya estaba en lo alto y calentaba la nuca y el cuello como en verano… Su calor llegaba hasta los hombros, debajo de la camisa. Una mosca de otoño pasó con un zumbido estridente.

«Cuando regreses me pedirás cuentas. Me desviví trabajando. Ni siquiera de Nastia tuve piedad, nadie puede reprochármelo, la pobre incluso lloró rogando que la cambiaran de cuadrilla… Contigo o sin ti, seguimos siendo personas honradas, y puedo decírtelo a la cara sin temor a sonrojarme…»

La hoz seguía tintinando en la mano de Maria Nikoláyevna al tiempo que en su alma saltaba una chispa de alegría y prendía la luz de la esperanza y la fe en un reencuentro feliz.

Y otra vez, al son de las espigas que crujían en su puño y caían susurrando en la tierra, se repetía: «Fuiste tú quien sembró este campo…».

Sin levantarse, Maria Nikoláyevna miró la sementera otoñal que verdeaba a lo lejos. «Cuando regreses, tú cosecharás lo que yo sembré», pensó. La fe en aquel vínculo sencillo, natural y más fuerte que la vida y la muerte llenó todo su ser. Creyó que podría seguir segando sin erguirse hasta la noche, sin reparar en el dolor que sentía en la cintura y en los hombros, en la sangre que le golpeaba en las sienes.

A su alrededor blanqueaban los pañuelos de las segadoras, que se habían rezagado; sólo Degtiariova le iba a la par.

Ay, Degtiariova, Degtiariova, qué destino tan duro el tuyo…

De pronto, una ráfaga de viento helado hizo que el trigo volviera a agitarse, como embargado de congoja y terror.

Maria Nikoláyevna se enderezó y miró los campos segados y sin segar, la franja ancha y oscura de un bosque a lo lejos… El aire infinito, de un intenso gris azulado, era frío y diáfano, pero la belleza de los campos y los sotos iluminados por un sol brillante no brindaban paz y calor a su alma.

Degtiariova estaba de pie unos metros más allá, mirando las espigas que se balanceaban, con el ceño fruncido.

–¿A quién puedo preguntar? ¿Quién me podrá responder? ¿Quién puede apartar esta espada de mi corazón? –dijo.

–¿Por qué sigues llorando? –le preguntó Maria.

Degtiariova la miró sin decir nada, primero, como si no la hubiera escuchado o comprendido, y después dijo:

–Creo que tú estás llorando también.

49

Ya nadie volverá a ver a ninguno de los combatientes del batallón de Filiashkin porque todos murieron. Todos están muertos y ya no pueden jugar papel alguno en este relato. Y, sin embargo, ellos constituyen uno de sus principales hilos conductores.

Esos muertos, la mayoría de cuyos nombres han caído en el olvido, siguieron viviendo durante la batalla de Stalingrado.

Junto con otros, fueron los fundadores de una tradición que se transmitía sin palabras, entre las almas.

Durante tres días los regimientos escucharon el estruendo del combate que se libraba en la estación de tren, y aquel rumor lúgubre reveló a los soldados soviéticos la verdad del porvenir.

Cuando una noche, muchas semanas después, las tropas de refuerzo cruzaron el Volga, los soldados eran distribuidos inmediatamente por regimientos, en la orilla, sin tener en cuenta las listas, sólo por su nombre, a veces para morir aquella misma noche; en pocas horas lograban saber de las leyes que regían en Stalingrado no menos que Jrushchov, Yeriómenko y Chuikov, y combatían según un código tácito, pero severo, que había madurado en la conciencia popular, el código promulgado en septiembre de 1942 por los hombres que habían muerto en la estación.

50

El jefe de regimiento Yelin informó a Rodímtsev de que el batallón de Filiashkin había luchado durante tres días cercado por el enemigo, no había retrocedido ni un palmo y había sido aniquilado.

Yelin no reparó en que en su primer parte, fechado tres días atrás, había llamado al batallón «la unidad procedente de las tropas de Matiushin y adjunta a mi regimiento», mientras que en el informe que ensalzaba su tenaz resistencia y la heroica muerte de sus combatientes había escrito en tres ocasiones «mi batallón».

Durante aquellos días, la división del coronel Gorishni había cruzado el río y se había desplegado en el flanco derecho de la de Rodímtsev. Uno de los regimientos de éste pasó a formar parte de la división de Gorishni y participó en el asalto a la cota 102: Mamáyev Kurgán.

Al principio, las acciones de aquel regimiento fracasaron, pues sufrieron numerosas bajas y no lograron avanzar. Gorishni, enojado con su jefe, se quejaba de que el regimiento no estuviera preparado para la ofensiva en las complejas condiciones que ofrecía un núcleo urbano.

–Es el eterno problema: te endosan un regimiento en el último momento y debes responder por él –dijo a Gorishni el jefe de su Estado Mayor.

El coronel Gorishni era un hombre alto, corpulento, de movimientos lentos, tranquilo y consumido por la añoranza de su familia, que estaba desaparecida. Hablaba con acento ucraniano, alargando las sílabas. Aquel mismo día comentó al jefe de su Estado Mayor:

–¿Acaso un solo regimiento puede tomar esa cota? No lo conseguiría ni un cuerpo de tropas entero, aquello es un infierno.

Mientras tanto, en la cañería donde se alojaba el Estado Mayor de Rodímtsev, el mayor Belski le dijo:

–Nuestro antiguo regimiento, el que ahora dirige Gorishni, ha sufrido numerosas bajas. Además, su acción está mal coordinada con la artillería.

Sin embargo, en los Estados Mayores de ambas divisiones desconocían que precisamente en aquel momento el regimiento había lanzado un ataque bajo el mortífero fuego del enemigo y había alcanzado la cresta de la cota 102.

Entonces a pocos les preocupaba la cuestión de las unidades supeditadas a uno u otro mando, como tampoco importaba cuál de ellas había desempeñado el papel decisivo en una operación.

Además, aquel conflicto de ambiciones ocupaba un lugar minúsculo en la enorme caldera en que se había convertido Stalingrado y que hervía varias veces al día.

Aquella caldera absorbía toda la energía de los jefes de las divisiones y de los regimientos, su voluntad, su tiempo, su razón y, muchas veces, su vida.

Más tarde, a partir de finales de noviembre o principios de diciembre, cuando la tensión emocional había remitido, en los almuerzos y cenas se empezó a discutir sobre quién era más importante, quién se había expuesto más al fuego enemigo, quién había retrocedido un metro y quién no lo había hecho en absoluto, cuál de las tropas, la de Gorójov o la de Liúdnikov, había quedado cercada en un terreno más estrecho y quién y por cuánto tiempo había comandado algún regimiento o batallón.

Al recordar los primeros asaltos a la cota 102, en septiembre, discutían una y otra vez sobre cuál de las dos divisiones, la de Rodímtsev o la de Gorishni, había sido la primera en tomar aquella famosa colina.

Los soldados de la división de Rodímtsev consideraban, no sin razón, que cabía atribuir la victoria a uno de sus regimientos.

Los soldados de la división de Gorishni, con no menos razón, opinaban que el mérito era suyo, pues en el momento de tomar la cota el regimiento que lo había logrado estaba supeditado a la división de Gorishni, después de pertenecer a la de Rodímtsev.

No obstante, los hombres que habían tomado Mamáyev Kurgán no necesitaban discutir para saber que habían sido ellos, pues no había nadie más en la cresta de aquella colina. Los muertos, que habían sido muchos, callaban, aunque cada uno de ellos habría tenido un argumento que esgrimir en aquella discusión. Sin embargo, eran los vivos los que disputaban el mérito.

Una vez terminada la guerra, los participantes de la batalla de Stalingrado solían discutir sobre otra cuestión más. Quienes habían combatido dentro de la ciudad insistían en que el triunfo en la batalla se debía sobre todo a la infantería de asalto, los lanzadores de granadas, los tiradores de élite, los zapadores y los servidores de mortero. Si bien era a todas luces innegable que la artillería les había prestado apoyo, también era cierto que a veces tardaba en reaccionar, carecía de precisión e incluso, de tiempo en tiempo, disparaba contra las tropas de su propio bando; la artillería, a juicio de aquellos hombres, había desempeñado un papel secundario en la batalla.

Sin embargo, los que habían estado en Zavolzhye afirmaban que la infantería, pese a su coraje, no habría sido capaz de resistir sola el tremendo empuje del grueso del ejército alemán, sobre todo hacia el final de los combates defensivos, cuando la infantería estaba exhausta y se había limitado a mantener la línea del frente, mientras que la artillería había asumido el cometido de frenar el avance de las divisiones germanas.

El Volga, que con tanta claridad separaba la infantería de Stalingrado de la artillería de Zavolzhye, fue la verdadera causa de aquella discusión irrelevante. Debates parecidos surgieron también en otros momentos de la contienda, pero la ausencia de una clara línea divisoria –como lo había sido el Volga en la batalla de Stalingrado– hacía difícil una argumentación sólida. En Stalingrado, la infantería, los francotiradores, los fusileros antitanque, la artillería ligera, los morteros y los zapadores con sus minas y explosivos se encontraban en la orilla derecha de un gran río; en la izquierda, centenares de cañones, obuses, la artillería pesada y superpesada de la reserva del Alto Mando, grupos y regimientos de morteros pesados y de lanzacohetes.

Allí, en el margen izquierdo del Volga, se levantó una ciudad compuesta por divisiones, regimientos y grupos de artillería que escupía fuego. Los cañones estaban dispuestos tan cerca unos de otros que los jefes de las baterías se enzarzaban en discusiones por un palmo de terreno arenoso en las salcedas.

Allí creció un bosque acerado de cañones antiaéreos. En los remansos de la orilla izquierda se agazapaban las embarcaciones blindadas de la armada del Volga, equipadas con piezas de artillería de gran calibre.

Allí había aeródromos desde los que operaban centenares de cazas YAK y LAG que partían hacia la orilla opuesta; bombarderos ligeros P-8 «petliakov» que atacaban la retaguardia y las comunicaciones alemanas, y gigantescos TB-3 que se elevaban rugiendo en el cielo nocturno.

En la orilla izquierda del Volga hubo una concentración y centralización insólitas de todo tipo de maquinaria bélica moderna. Cuando tras un breve aviso por radio sobre un nuevo ataque alemán el comandante ordenaba al instante «hagan fuego contra el sector indicado», aquella ciudad ignívoma cobraba vida por unos segundos y disparaba miles de obuses contra el sector señalado con el mismo número en los mapas de los jefes de artillería, de morteros y de lanzacohetes, hundiendo en la tierra y haciendo volar por los aires todo lo vivo e inerme que allí había.

El Volga no había separado las dos alas de la gran batalla. La claridad y profundidad de aquella separación eran aparentes: el río no era una línea divisoria sino, al contrario, un punto de unión. El Volga no dividía sino que aunaba la paciencia y el valor de la orilla derecha con la destructora potencia de la artillería de la orilla izquierda.

Sin el valor de la infantería, aquella fuerza descomunal no habría servido de nada. La artillería pudo desarrollar su tremendo potencial y concentrar rápidamente su fuego gracias a que la infantería seguía resistiendo en la ciudad.

Pero es innegable que la infantería logró resistir porque la artillería, cual escudo de fuego, la protegió durante los ataques de las unidades acorazadas y de tiradores del enemigo. Sin la artillería de Zavolzhye, la labor de las divisiones soviéticas que combatían en Stalingrado habría tenido un trágico final, pues aunque la artillería no las hubiera apoyado, tampoco se hubieran batido en retirada. La esencia de aquellos combates consistió precisamente en la alianza entre el valor desmedido de la infantería de Stalingrado y el inmenso potencial del armamento.

51

A mediados de septiembre, los alemanes bombardearon la central eléctrica de Stalingrado con fuego de artillería. Sucedió mientras la central estaba en funcionamiento: las blancas nubes de vapor que flotaban por encima de la sala de calderas y el humo que salía de las chimeneas se veían con claridad en el aire transparente.

Cuando los primeros obuses de calibre 103 estallaron en el patio de la central e impactaron en las torres de refrigeración, cuando uno de ellos atravesó la pared de la sala de máquinas, los obreros de la sala de calderas preguntaron si debían interrumpir el trabajo. Spiridónov, que en aquel momento se encontraba junto al tablero central de mando, ordenó que siguieran suministrando fueloil. La central proporcionaba electricidad a Bekétovka, al puesto de mando y al centro de comunicaciones del 64.º Ejército, cargaba baterías y suministraba energía a los aparatos de radiotelefonía de campaña. Además, se necesitaba electricidad para reparar tanques y Katiushas, labor que se llevaba a cabo en los talleres de la central.

Spiridónov telefoneó al edificio de oficinas para hablar con su hija y le dijo:

–Vera, baja inmediatamente al refugio antiaéreo.

Su hija le respondió en el mismo tono autoritario:

–Tonterías, no pienso ir a ninguna parte –luego añadió–: La sopa está casi lista, ven a almorzar.

Aquel día marcó el inicio de un desafío entre los ingenieros y los obreros de la central, por un lado, y la artillería y la aviación alemanas, por otro, una prueba de fuerza que suscitó la admiración incluso de los militares de Stalingrado, por la obstinación y el coraje demostrados.

Apenas el humo asomaba por las chimeneas de la central, las baterías del enemigo abrían fuego. Los obuses destrozaban los muros; a veces la metralla rasgaba el aire de la sala de máquinas y la de turbinas. Los cristales rotos cubrían los suelos de piedra, pero una fina, tenaz y temblorosa columna de humo seguía arremolinándose obstinadamente por encima de las chimeneas como si se mofara de la artillería alemana. Aquel detalle no bastaba para alegrar la vida de los trabajadores de la central, pero día tras día éstos porfiaban, tercos, y aumentaban la presión en las calderas a sabiendas de que al hacerlo iban a provocar los disparos de las baterías del

enemigo. A veces, mientras atendían los fogones, los volantes, los tableros de mando y los reguladores del nivel del agua, veían cómo sobre las crestas de las colinas cercanas aparecían tanques alemanes que avanzaban en dirección a la iglesia Obídinskaya. Había momentos en que parecía que los blindados estaban a punto de alcanzar la central; entonces el director ordenaba a los obreros que tuvieran preparadas las cajas con «jabón de tocador», nombre con el que los electricistas habían bautizado los explosivos colocados en las máquinas principales. Aquellas cajas fueron motivo de sufrimiento para quienes por desgracia pensaban en ellas durante los bombardeos: tocadas por un obús, todo habría quedado reducido a polvo.

Los ingenieros y obreros que atendían la central vivían en su lugar de trabajo desde que se había declarado el estado de sitio, en tanto que sus familias se habían marchado al otro lado del Volga. Aquella fusión entre el trabajo cotidiano y una vida de soltero propia de soldados, el contacto diario de aquel grupo de personas durante tanto tiempo en los talleres, en las reuniones de trabajo y en el Partido, aquella existencia pacífica en una situación de guerra, al son del estallido de los obuses y del aullido de los aviones alemanes, forjó una relación distinta entre ellos.

Cada uno de ellos, por muy modesto que fuera el cargo que ocupaba, empezó a tener para los demás una importancia extraordinaria. El interés que mostraban no se limitaba al desempeño de su labor sino que se ampliaba, se volvía cada vez más complejo y revelaba decenas de rasgos y particularidades de los caracteres que suelen permanecer ocultos en una relación laboral.

En Stalingrado, donde se puso de manifiesto la fragilidad de la vida humana, el valor del hombre se reveló en toda su magnitud.

El compañerismo, el sentido de la igualdad y el respeto se manifestaban tanto en los pequeños detalles como en las cosas más importantes.

Nikoláyev, el secretario del comité de la central, era consciente de la responsabilidad que pesaba sobre él. No obstante, precisamente durante aquellos días convulsos y trágicos de septiembre Nikoláyev se interesaba especialmente por la úlcera de estómago que padecía el ingeniero Kapústinski, aconsejándole que no fumara en ayunas; o comentaba lo mucho que había sufrido en la vida el electricista Súslov y de lo buena persona que era; o hablaba del técnico Paramónov, que hacía guardia en la tercera planta, un gran entendido en literatura que tal vez debiera estudiar

humanidades en la universidad en vez de ocuparse de los transformadores; o disertaba acerca de la opinión que la familia y el matrimonio le merecían al contable Kasatkin, acaso influida por su desastrosa vida personal, pero que en realidad era una buena persona, un bromista y amante de los niños.

Durante aquellos días, se olvidaron las diferencias de oficio, edad y posición social, divergencias que con frecuencia dificultan las relaciones. Los trabajadores de la central, unidos por el más importante de los lazos, el humano, acabaron por formar una gran familia.

A veces Stepán Fiódorovich tenía la sensación de que habían pasado años, y no unos meses, desde la muerte de su esposa: acontecimientos importantes, cambios, pérdida de vidas humanas y tensiones extraordinarias habían sucedido desde entonces. Cada día y a todas horas debía enfrentarse a situaciones comprometidas que hacían que olvidara todo lo demás y le inducían a pensar que aquél era el último día de su vida. A veces el recuerdo de su mujer le abrasaba de pronto como una llama; entonces sacaba de su bolsillo una fotografía de Maria Nikoláyevna y la miraba emocionado, incapaz de comprender ni de aceptar su muerte. ¿Era verdad que ya no estaba entre los vivos, que no volvería a verla, que pasaría solo el resto de su vida, que nunca más le hablaría, le pediría consejo, discutiría con ella la conducta de su hija, rabiaría por su culpa, se daría prisa para llegar a casa deseando verla, se enorgullecería por sus artículos en la prensa, le regalaría un corte de tela para que se hiciera un vestido nuevo ni le diría: «Marusia, otra vez vamos a llegar tarde al teatro por tu culpa»?

La salud de Vera había mejorado, las cicatrices de la quemadura habían desaparecido casi por completo y sólo le quedaba una pequeña mancha rosada sobre un pómulo. En cuanto a la visión del ojo dañado, la había recuperado por completo. Si uno aguzaba la vista podía ver unos puntos de sutura cicatrizados sobre el párpado, señal de una intervención quirúrgica reciente.

Entre Vera y Stepán Fiódorovich se estableció una relación llena de ternura.

Stepán Fiódorovich no hablaba de sus sentimientos con Vera ni tampoco ella mencionaba casi nunca a su madre, pero quien les hubiera conocido en vida de Maria Nikoláyevna se habría dado cuenta enseguida de que precisamente el cambio que se había obrado en la relación entre padre e hija era la mejor prueba de lo que sentían.

Ese cambio se hizo palpable, sobre todo, en el hecho de que Vera, hasta entonces indiferente a las cuestiones domésticas, hostil y burlona ante las preocupaciones familiares por la salud, el descanso, la alimentación y la organización de la vida cotidiana, había empezado a cuidar de su padre. Se preocupaba constantemente por si había comido, tomado té y dormido por la noche, le hacía la cama y le calentaba agua para el aseo. Había abandonado ese tono de burla reprobatoria que tan a menudo adoptan los hijos en su trato con los padres y cuya razón se reduce a una idea: «No perdéis oportunidad de darnos lecciones cuando a vosotros mismos os sobran imperfecciones, debilidades y defectos…». Vera, al contrario, hacía ahora caso omiso de las debilidades de Stepán Fiódorovich y se mostraba encantada y comprensiva con él. «Papá, tómate una copa de vodka, has tenido un día duro», le decía.

Juzgaba todo cuanto él hacía o decía como bueno y digno de admiración; se sentía orgullosa de que su padre ordenara mantener la central en funcionamiento a pesar de los bombardeos alemanes. Junto con los rasgos heroicos del carácter de Stepán Fiódorovich, Vera descubrió en él otros que desconocía: los de un hombre que no sabía valerse por sí mismo en los asuntos de la vida cotidiana.

Stepán Fiódorovich, consciente de la atención constante que le prestaba su hija, cambió su actitud hacia ella. Hasta entonces, todo cuanto Vera hacía le había preocupado en exceso porque la consideraba una niña insensata, capaz de cometer un error en cualquier momento y dar un paso en falso. En cambio, ahora la trataba como a una mujer adulta y razonable, le pedía consejo y le confesaba sus dudas y errores. Cuando no iba a casa a comer con ella y se quedaba a picar algo con los ingenieros o los funcionarios del Partido sentía cierta incomodidad. A pesar de la severidad de las condiciones de guerra, solía disipar ese enojo bebiendo ciento cincuenta gramos de vodka, en lugar de los cien establecidos.

En lugar de su amplio apartamento, compartían una pequeña habitación en el semisótano de la oficina de la central. Allí las paredes eran más gruesas y las ventanas no daban al oeste, desde donde disparaba la artillería germana, sino al este, al patio de la central.

Durante los primeros días después del incendio Spiridónov había instalado a su hija a varios kilómetros de la central, en casa de uno de los contables. La vivienda se encontraba en un lugar seguro, cerca del Volga y lejos de las fábricas y la carretera. Spiridónov rogó a su hija que no volviera

a la central, pero Vera no le hizo caso. Stepán Fiódorovich volvía a menudo sobre el tema e insistía en que su hija se marchara a vivir con su tía Liudmila a Kazán. Vera disfrutaba de aquellos ruegos insistentes, pues le resultaba agradable y doloroso a la vez volver a sentirse la niña que había sido antes de la guerra y que nunca volvería a ser.

Aunque a veces deseaba ir a la casa de Liudmila Nikoláyevna en Kazán para visitar a la abuela y a Nadia, para dejar de oír el cañoneo y las explosiones, para no despertarse en mitad de la noche y, horrorizada, aguzar el oído temiendo la presencia de los alemanes, algo en su interior le decía que en Kazán sería todavía peor. Tenía la sensación de que si se iba traicionaría a su madre muerta y perdería para siempre la oportunidad de volver a ver a Víktorov, tan segura estaba de que iría a visitarla a la central, le enviaría una carta o bien le mandaría recuerdos por boca de algún compañero. Cuando los cazas soviéticos surcaban el cielo, el corazón de Vera desfallecía: ¿tal vez fuera él?

Vera le pidió a su padre que le encontrara un trabajo en la central, pero Stepán Fiódorovich temía que se expusiera a los bombardeos alemanes.

Entonces Vera le amenazó con acudir a la división desplegada en los alrededores y pedir que la enviaran a la primera línea de combate, al puesto sanitario de regimiento. Ante aquella amenaza, Stepán Fiódorovich le prometió que al cabo de un par de días podría ofrecerle un trabajo.

Una mañana, Vera visitó la residencia de los ingenieros, ahora desierta, y subió a la tercera planta, al apartamento abandonado donde antes se había alojado su familia. Las puertas estaban abiertas de par en par y los cristales de las ventanas, rotos. Entró en la habitación de Maria Nikoláyevna, se sentó sobre el armazón desnudo de la cama y se quedó mirando las marcas claras de las paredes donde habían colgado fotografías, cuadros y un tapiz. La sensación de abandono, el recuerdo y el sentimiento de culpa ante su madre, a la que Vera había tratado con extrema rudeza en los últimos días de su vida, el cielo azul y el estruendo de la artillería, se le hicieron tan dolorosamente insoportables que se levantó de un salto y corrió escaleras abajo.

Al cruzar la plaza camino de la entrada de la central, creyó que su padre saldría para abrazarla y decirle: «Me alegro de encontrarte aquí, hay una carta para ti, la han traído desde el frente». Sin embargo, el guardia de la entrada le dijo que el director acababa de irse en coche en compañía de un

comandante al Estado Mayor del ejército. No había dejado ninguna nota triangular para ella…

Caminó por el patio hacia el edificio principal y se topó con Nikoláyev, el secretario del comité, un hombre de pelo claro que vestía una casaca de soldado y gorra de obrero.

–Vérochka, ¿ha regresado Stepán Fiódorovich? –preguntó Nikoláyev.

–Todavía no. ¿Ha ocurrido algo?

–No, nada, todo va bien –la tranquilizó el secretario y, tras señalar el humo que se elevaba sobre la central, añadió en tono edificante–: Vera, no hay humo sin fuego, así que no pasee por el patio, los alemanes están a punto de empezar a disparar.

–Por mí, que disparen, no temo los bombardeos.

Nikoláyev la tomó del brazo y la regañó medio en broma:

–Vamos, marchémonos de aquí, en ausencia del director soy yo quien carga con sus obligaciones y responsabilidades de padre.

Acompañó a Vera hasta la puerta de la oficina de la central y le dijo:

–Cuénteme qué le ocurre, algo la atormenta, lo veo en sus ojos.

–Quiero empezar a trabajar –respondió.

–Desde luego, pero el hecho de que esté desempleada no explica esa mirada.

–Serguéi Afanásievich, ¿acaso no lo comprende? Usted está al corriente de todo… –dijo Vera con voz triste.

–Por supuesto que lo estoy, pero creo que hay algo más. ¿Se siente confusa, tal vez?

–¿Confusa? Se equivoca, no me siento ni me sentiré así jamás.

En ese momento, en el lado este de la central se oyó el silbido de un proyectil y luego el sonido de una explosión.

Nikoláyev se dirigió aprisa hacia la sala de calderas, mientras que Vera se quedó de pie en la entrada de la oficina. Tuvo la sensación de que, de pronto, el patio se había transformado: el suelo de tierra, el metal y los muros que lo rodeaban se volvieron tensos y ceñudos, lo mismo que las almas humanas.

Stepán Fiódorovich regresó bien entrada la noche.

–¡Vera! –gritó–, ¿estás durmiendo? ¡He traído a un invitado de honor!

Ella salió corriendo al pasillo y por un instante le pareció que era Víktorov el que estaba junto a su padre.

–Buenas noches, Vérochka –la saludó una voz de hombre en la penumbra.

–Buenas noches –respondió despacio mientras trataba de recordar a quién pertenecía aquella voz. Era la de Andréyev–. Pável Andréyevich, ¡qué alegría! Pase, pase –dijo Vera con voz llorosa, ya que acababa de sentir un intenso momento de emoción y decepción.

Stepán Fiódorovich le contó, conmovido, cómo se había encontrado con Andréyev cuando éste caminaba por la carretera desde el río hacia la central. Spiridónov lo reconoció y detuvo el coche.

–Un viejo indomable –decía Stepán Fiódorovich–, Vera. Figúrate, hace dos días, durante un bombardeo alemán, evacuaron a los obreros de su fábrica a la orilla izquierda y los llevaron a Léninsk. Sin embargo, él no quiso acompañarlos, a pesar de que en Léninsk están su esposa, su nieto y su nuera. Caminó hasta Tumak, subió a una lancha con unos combatientes, y aquí le tenemos de nuevo.

–Stepán Fiódorovich, ¿tendrá algún trabajo para mí? –preguntó Andréyev–. Sólo aquí, en Stalingrado, volveré a encontrarme a mí mismo.

–Por supuesto, algo le encontraremos, trabajo no falta. Una roca, ese viejo, ni siquiera ha perdido peso y va bien afeitado.

–Por la mañana, antes de que volviera a cruzar el río, uno de los combatientes se afeitó y me afeitó a mí –explicó Andréyev–. ¿Qué tal por aquí? ¿Hay muchos bombardeos?

–No, nos atacan principalmente con fuego de artillería. En cuanto la central echa algo de humo, disparan.

–En las fábricas bombardean sin descanso, uno no puede ni despegar la cabeza del suelo.

Al ver como Vera colocaba la tetera y los vasos sobre la mesa, Andréyev dijo a media voz:

–Vérochka está hecha toda un ama de casa.

Spiridónov sonrió a su hija y dijo:

–Durante un tiempo traté de convencerla para que se marchara a Kazán con nuestra familia, pero al final me rendí. No hay nada que hacer con ella. Es como tú, dice que no puede vivir en ningún otro lugar. Dame el cuchillo, voy a cortar pan.

–Pável Andréyevich, ¿se acuerda de cuando mi padre cortó la empanada? –preguntó Vera, que no sabía si Stepán Fiódorovich le había hablado de la muerte de su madre.

–Claro que lo recuerdo –respondió Andréyev asintiendo con la cabeza y añadió–: Tengo un pan blanco en mi saco, ya está algo seco, deberíamos comérnoslo.

Sacó el pan, lo puso sobre la mesa y dijo a Stepán Fiódorovich con un suspiro:

–Los fascistas nos han arrastrado al borde del precipicio, pero acabaremos por doblegarlos.

–Quítese el abrigo, aquí no hace frío –sugirió Vera–. ¿Sabe?, la casa de la abuela se quemó por completo.

–Lo he oído. Mi casa también desapareció al segundo día de los bombardeos, una bomba cayó sobre ella. Arrancó los arbolitos del jardín y la cerca voló… Todo cuanto me queda cabe en ese saco, pero lo importante es que tengo pocas canas –sonrió y agregó–: Suerte que no hice caso a Várvara Aleksándrovna; quiso convencerme de que no fuera a la fábrica y me quedara en casa para vigilarla. Aquella bomba me habría enterrado.

Vera sirvió el té y acercó las sillas a la mesa.

–Por cierto, tengo noticias de vuestro Seriozha –anunció Andréyev.

–¿Cómo? –exclamaron padre e hija a la vez.

–¡Lo había olvidado por completo! Crucé el Volga junto con un miliciano herido de mi fábrica que servía en la misma batería de morteros que mi amigo Poliakov, el carpintero. Cuando le pregunté quién más había estado allí, nombró a Seriozha Sháposhnikov, un chico de ciudad, vuestro Seriozha.

–¿Y qué tal está nuestro Seriozhka? –preguntó impaciente Vera.

–Está bien, sano y salvo. El hombre no entró en detalles, sólo me dijo que era un buen combatiente y que se había hecho muy amigo de Poliakov, hasta el punto de que sus compañeros de batería se reían de que aquellos dos, el viejo y el joven, fueran inseparables.

–¿Y dónde está ahora su batería? –preguntó Stepán Fiódorovich.

–El miliciano me explicó que al principio habían estado destacados en la estepa, donde libraron su primer combate; luego se trasladaron al pie de Mamáyev Kurgán y hace poco retrocedieron para instalar la batería en los sótanos de una casa en la colonia obrera de la Barricada. Disparaban desde allí y, según me comentó, las paredes de la casa son tan gruesas que resisten el impacto de cualquier bomba.

–¿Y Seriozha? ¿Qué aspecto tiene? ¿Cómo viste? ¿Cuál es su estado de ánimo? ¿Qué dice? –preguntó Vera.

–Eso no lo sé, y en cuanto a la ropa, todos visten con el mismo uniforme de soldado.

–Tiene razón, le he hecho una pregunta estúpida, pero ¿seguro que Seriozha está bien? ¿No está herido ni magullado?

–Es lo que me dijo aquel hombre: sano y salvo, ni herido ni magullado.

–Pável Andréyevich, por favor, repítame lo que me ha dicho sobre Seriozha, que es un buen combatiente, que es amigo de Poliakov y que no está herido ni magullado –rogó emocionada Vera.

Andréyev volvió a referir con una sonrisa, alargando las palabras para hacer más extenso su relato, todo lo que el miliciano herido le había contado sobre Seriozha.

–Ojalá hubiera modo de hacérselo saber cuanto antes a la abuela, debe de pasar las noches en blanco pensando en él –dijo Vera; entonces cayó en la cuenta de que seguramente Stepán Fiódorovich y Andréyev ya habían hablado de su madre.

–Lo intentaré, intentaré pasar por el Estado Mayor para averiguar si es posible mandar desde allí un telegrama a Kazán –prometió Stepán Fiódorovich.

Sacó una cantimplora de un cajón del escritorio y sirvió dos copas grandes para Andréyev y para él y una más pequeña para Vera.

–Yo no quiero –dijo la joven con decisión.

–Vera, tómate al menos media copa y brindemos por el encuentro –le pidió Stepán Fiódorovich.

–No quiero, o más bien, no puedo.

–Cómo cambia todo –se sorprendió Spiridónov–, cuando eras pequeña, tu mayor placer era beber una copa de vino en tu fiesta de cumpleaños. La gente se reía, decían en broma que serías una borracha. Y ahora me dices que no quieres, o más bien, que no puedes.

–¡Me alegro tanto de que Seriozha esté sano y salvo! –exclamó Vera.

–Brindemos pues, Pável Andréyevich –invitó Spiridónov y consultó el reloj–. Tengo que regresar a la central.

Andréyev se puso en pie y cogió la copa con su mano grande y firme.

–Descansa en paz, Maria Nikoláyevna –dijo entonces en voz alta.

Stepán Fiódorovich y Vera se levantaron y miraron el rostro grave y solemne del viejo…

A pesar de que sus anfitriones intentaron convencerlo de que se quedara a pasar la noche en la habitación de Spiridónov, Andréyev se marchó a la

residencia de los guardias de la central. Stepán Fiódorovich le ofreció trabajo en el puesto de control, donde tendría que expedir los pases y vigilar la entrada.

Spiridónov regresó bien entrada la noche y se acercó a su cama caminando de puntillas.

–No estoy durmiendo –dijo Vera–, así que puedes encender la luz.

–No hace falta, ni siquiera voy a desnudarme, descansaré una hora, porque antes de que amanezca quiero volver a la central.

–¿Qué tal hoy?

–Un obús ha impactado en la pared de la sala de calderas, otros dos han caído en el patio y se han roto algunos cristales en la sala de turbinas.

–¿Ha habido algún herido?

–No. ¿Por qué no estás durmiendo?

–No tengo sueño, hace mucho calor.

–En el Estado Mayor me han dicho que los alemanes habían vuelto a avanzar hacia el barranco Kuporósnaya. Deberías irte, Vera, hazme caso. Me preocupa que sigas en la central, ahora eres lo único que me queda. Respondo por tu vida ante mamá.

–Ya sabes que no pienso marcharme, así que ¿para qué hablar del tema entonces?

Se quedaron callados durante un rato, mirando la oscuridad y sintiendo que ninguno de los dos podía dormir pensando en el otro.

–¿Por qué suspiras? –preguntó Stepán Fiódorovich.

–Estoy contenta de que Pável Andréyevich haya venido –dijo Vera sin responder a la pregunta de su padre.

–Nikoláyev acaba de preguntarme qué te pasa. ¿Estás preocupada por tu piloto?

–No me pasa nada.

–Sólo te lo pregunto.

De nuevo se hizo el silencio. Spiridónov sabía que su hija seguía con los ojos abiertos.

–Papá –dijo de repente Vera en voz alta–, tengo que decirte algo.

Él se sentó en la cama.

–Te escucho, querida.

–Papá, voy a tener un hijo.

Él se levantó, caminó por la habitación, se aclaró la garganta y dijo:

–Está bien.

–No enciendas la luz, por favor.

–No iba a hacerlo.

Se acercó a la ventana, apartó el camuflaje y dijo:

–Estoy desconcertado…

–¿Por qué no dices nada? ¿Estás enfadado?

–¿Cuándo nacerá el bebé?

–En invierno, aún falta mucho…

–Sí –dijo Stepán Fiódorovich–, salgamos al patio, aquí realmente hace un calor asfixiante.

–De acuerdo, voy a vestirme. Tú, papá, ve mientras tanto.

Stepán Fiódorovich salió al patio de la central. La noche era fresca y estrellada, no había luna. Los grandes aisladores blancos de los cables de alta tensión, conectados al transformador, brillaban en la oscuridad. Más allá de la central, a través de las brechas sombrías entre sus dependencias, se veía Stalingrado, oscura y muerta. Lejos al norte, en el barrio de las fábricas, relampagueaban de vez en cuando los fogonazos blancos de los cañonazos. De repente, una luz amplia y brumosa iluminó las calles oscuras y las casas, como si un ave gigantesca hubiese agitado, soñolienta, sus alas color de rosa: una bomba pesada arrojada por un bombardero nocturno acababa de estallar.

Las estrellas de otoño titilaban en un cielo lleno de ruidos y movimiento, atravesado por las centelleantes estelas verdes y rojas de las balas trazadoras, en una inmensidad inconcebible, inconmensurable para el hombre, que era a la vez altura y abismo de una profundidad aterradora.

Stepán Fiódorovich oyó a su espalda los pasos ligeros de su hija; Vera se detuvo a su lado y Spiridónov notó su mirada expectante e interrogadora. Ella estaba esperando.

Se volvió bruscamente hacia Vera y escrutó su rostro, maravillado ante la intensidad del sentimiento que se había apoderado de él. El rostro de ella, triste y consumido, y sus ojos oscuros, que lo miraban fijamente, transmitían la debilidad de un ser desvalido, la de una niña a la espera del veredicto de su padre, pero también aquella fuerza asombrosa, vencedora de la muerte, que arrasaba en la tierra y en el cielo.

Stepán Fiódorovich abrazó los hombros flacos de Vera y dijo:

–No tengas miedo, hijita, cuidaremos de tu bebé.

Durante dos semanas se libraron combates en el sector sur y en el centro de la ciudad. Conforme había ordenado Yeriómenko, el 62.º Ejército lanzó un contraataque el 18 de septiembre para impedir que los alemanes transfirieran sus tropas al norte. Al mismo tiempo, las fuerzas soviéticas desplegadas al sudoeste pasaron a la ofensiva.

Ninguno de los dos ataques obtuvo el éxito esperado, y la brecha que los alemanes habían abierto desde el norte hasta el Volga seguía partiendo el frente en dos.

El 21 de septiembre, cinco divisiones germanas –dos de infantería, dos acorazadas y una motorizada– asaltaron el centro de Stalingrado. La división de Rodímtsev y dos brigadas de fusileros tuvieron que hacer frente a la acometida principal. El 22 de septiembre, la violencia de los combates en el centro de la ciudad alcanzó su punto álgido. La división de Rodímtsev rechazó doce ataques, pero los alemanes consiguieron hacerla retroceder y ocuparon el centro. Rodímtsev ordenó a sus tropas de reserva que entraran en combate, y éstas contraatacaron con éxito y lograron que el enemigo se replegara. A partir de ese día, la 13.ª División de la Guardia, tras dejar el centro de Stalingrado, se mantuvo firme en la parte este de la ciudad a lo largo de la orilla del Volga.

El epicentro de la batalla se desplazaba lentamente desde el sur hacia el norte, desde las calles en las que se habían atrincherado las tropas de Rodímtsev hacia el sector fabril. Fue allí donde, en octubre, los alemanes atacaron con todas sus fuerzas.

Mientras tanto, los refuerzos seguían llegando a Stalingrado. Primero fue la división de Rodímtsev, a la que siguieron las de Gorishni y Batiuk. La división de Gorishni se desplegó a la derecha de la de Rodímtsev, y la de Batiuk a la derecha de aquélla. Se les sumó también la de Sokolovski, que se desplegó en la cercanía. Las divisiones de Gorishni y de Batiuk formaban una línea de defensa al pie de Mamáyev Kurgán, al lado de la industria cárnica y de las torres hidráulicas.

La división de Rodímtsev permanecía a su izquierda, hacia el sur y río abajo. Al norte, a la derecha de las divisiones desplegadas en el centro, nuevas unidades tomaron posiciones en el sector fabril: las divisiones de Gúriev, Gúrtiev, Zheludiov y Liúdnikov, la última en llegar.

Todavía más al norte, en el extremo del flanco derecho, se encontraban las brigadas comandadas por los coroneles Gorójov y Bolvínov.

La densidad de la defensa soviética aumentaba sin cesar, hasta tal punto que una división completa asumía la protección de una sola fábrica. La división de la guardia comandada por el general Gúriev se había instalado en la fábrica Octubre Rojo, la división de fusileros siberiana del coronel Gúrtiev en la Barricada y la del general Zheludiov en la de tractores, donde más tarde se le unió la división del general Liúdnikov.

Tras cruzar el Volga, aquellos enormes contingentes de tropas rellenaron la estrecha franja de defensa que abarcaba los edificios de la orilla y las fábricas contiguas al río. En algunos puntos la línea de combate se establecía a unos mil o mil doscientos metros del Volga, pero la distancia media no superaba los trescientos o quinientos metros.

Los suministros para las tropas llegaban desde el otro lado del río, pues tanto al norte, donde se encontraba la brigada de Gorójov, como al sur, donde se emplazaba la división de Rodímtsev, el enemigo había cortado todas las comunicaciones.

Sendas brechas que los alemanes habían abierto en el norte y en el sur separaban a los defensores de Stalingrado del frente del Don y del 64.º Ejército comandado por el general Shumílov.

Las tropas soviéticas estaban aprovisionadas con todo tipo de armamento ligero: cañones móviles, morteros de pequeño calibre, ametralladoras, subfusiles, fusiles convencionales y de mira telescópica, granadas de mano, antitanque e incendiarias. Los batallones de zapadores disponían de grandes cantidades de explosivos, de minas antipersona y antitanque. La línea de defensa se había convertido en una verdadera obra de ingeniería atravesada por una tupida red de trincheras, sótanos, galerías y refugios.

Aquel resistente entramado, aquella nueva ciudad, compuesta por trincheras, sótanos, túneles y cañerías subterráneas, alcantarillas, torrenteras y barrancos que llegaban hasta el Volga, huecos de escalera y aberturas de bomba, estaba densamente poblada de militares. Allí se habían establecido el cuartel general del ejército, los Estados Mayores de las divisiones, los de varias decenas de regimientos de infantería y de artillería y los de decenas de batallones químicos, sanitarios, de fusileros, de zapadores, de ingenieros y de ametralladoras.

Todos aquellos Estados Mayores se comunicaban con las tropas y entre sí por teléfono, por radio y mediante un sistema de correos y enlaces.

El cuartel general del ejército y los Estados Mayores de las divisiones mantenían comunicación por radio con el Estado Mayor del frente y con la artillería pesada emplazada en Zavolzhye.

Las ondas electromagnéticas que circulaban entre los radiotransmisores significaban algo más que la simple unión entre la primera línea de combate y el segundo escalón de la defensa de Stalingrado, que se extendía más allá del Volga y abarcaba, además de las posiciones de artillería y los aeródromos, los altos hornos de Magnitogorsk, las fábricas de blindados de Cheliábinsk, los hornos de coque de Kuznetsk, los koljoses y los sovjoses [39] de Siberia y de los Urales, las bases navales y la industria pesquera de la costa del Pacífico.

Tales eran el ritmo y la amplitud que definían la batalla de Stalingrado.

Sus dimensiones eran ahora gigantescas. Incluso quienes no participaban directamente en ella lo sabían: los empleados de los organismos oficiales y los almacenes ubicados en la retaguardia, los ferroviarios, los trabajadores que proveían a las tropas de combustible y de millones de cartuchos de fusil, subfusil y fusil antitanque, de decenas de miles de granadas de mano y de minas, de obuses que los cañones devoraban en cantidades astronómicas.

La potencia del fuego que los combatientes soviéticos hacían contra el enemigo daba fe de su fortaleza moral y de la energía espiritual que consagraban a la lucha. Toneladas de proyectiles, de granadas y de cartuchos estaban en relación directa con la voluntad, con el esfuerzo, con la abnegación, con la furia y con la paciencia de los miles de hombres que consumían aquellas montañas de acero y de explosivos.

Los habitantes de las aldeas situadas a treinta o cuarenta kilómetros del río en la orilla de Zavolzhye percibían también la magnitud de la batalla: un resplandor iluminaba constantemente el cielo; el estruendo que unas veces crecía y otras amainaba se oía día y noche.

Los ajustadores en las fábricas de armamento, los cargadores y los controladores ferroviarios, los mineros, los operarios de los altos hornos y los fundidores conocían la tensión de la batalla.

El viento de la batalla soplaba en la prensa, la radio y el telégrafo, en miles de periódicos que se publicaban en el país, en la profundidad del bosque y en los lejanos invernaderos del círculo polar; lo sentían los

ancianos, los inválidos, las viejas campesinas, los escolares en las aldeas y los académicos de renombre.

Aquella batalla fue una realidad no sólo para los hombres que intervenían en ella, sino también para los pájaros salvajes que revoloteaban en mitad de un aire impregnado de humo y para los peces que descendían a las profundidades del Volga, cuyas aguas se revolvían sacudidas por las bombas, los torpedos y los proyectiles que aturdían a los grandes esturiones, los enormes siluros y los lucios.

Las hormigas, los escarabajos, las abejas, los saltamontes y las arañas que habitaban la estepa no podían ignorar la batalla: las profundidades de la tierra que les servía de cobijo temblaban día y noche. Las liebres, los ratones de campo y otros roedores habían tardado muchos días en acostumbrarse al olor a quemado, al cambio de color del cielo y a los temblores que provocaban que la tierra se desprendiera de sus madrigueras.

Los animales domésticos de Zavolzhye estaban tan inquietos como durante un incendio: las vacas dejaban de dar leche, los camellos bufaban y no obedecían, los perros aullaban por las noches, apenas comían, vagaban desconcertados entre las casas con la cabeza gacha y en cuanto oían los motores de los aviones alemanes, gañían y se escondían. Los gatos no salían de las casas y aguzaban el oído atentos al tintinar permanente de los cristales.

Muchos animales, atemorizados, abandonaron aquellos lugares y migraron hacia el lago Elton, hacia la estepa calmuca y Astrakán en el sur, hacia Sarátov en el norte…

Millones de personas en Europa, China y América percibían la tensión de aquella batalla que empezó a condicionar el pensamiento de los diplomáticos en Tokio y Ankara, las conversaciones secretas entre Churchill y sus consejeros y el espíritu de los llamamientos y las circulares que salían de la Casa Blanca estampadas con la firma de Roosevelt.

Los partisanos soviéticos, polacos, yugoslavos y franceses, los prisioneros de guerra en los terroríficos campos de concentración alemanes, los judíos en los guetos de Varsovia y de Belostok percibieron la tensión de aquella batalla. Para decenas de millones de almas, el fuego de Stalingrado era semejante al de Prometeo.

La hora temible y feliz del hombre acababa de llegar.

53

En septiembre de 1942 el Alto Mando ordenó reestructurar la primera brigada antitanque que había hecho frente a los blindados alemanes en el sector norte de Stalingrado.

Tras dos semanas en la reserva, Nikolái Krímov obtuvo a finales de septiembre un destino provisional: pronunciar algunas conferencias sobre cuestiones de política nacional e internacional ante las tropas desplegadas en Stalingrado.

Krímov se estableció en Srédniaya Ajtuba, un pueblo polvoriento de pequeñas casas de madera donde se encontraba la sección de propaganda de la dirección política del frente.

Desde el primer día, la vida en Srédniaya Ajtuba le pareció opresiva, insulsa y aburrida…

Una noche lo llamaron desde la dirección política para ordenarle que fuera por primera vez a la ciudad.

Desde el oeste, del lado del Volga, se oía un rumor que unas veces aumentaba y otras amainaba y al que durante aquellos días ya se habían acostumbrado porque no cesaba ni un segundo, fuera durante la mañana, en mitad de la noche o durante la puesta de sol. Las llamas de Stalingrado se reflejaban sobre las paredes grises de madera y los cristales oscuros de las ventanas camufladas; unas sombras rojas y silentes recorrían el cielo micáceo de la noche; a veces un fogonazo blanco, semejante a un relámpago que naciera de la tierra, arrancaba de la oscuridad la colina cubierta de casitas y el boscaje que descendía hasta la orilla llana del Ajtuba.

Junto al portalón de la casa de la esquina varias lugareñas escuchaban a un adolescente de unos catorce años que tocaba dulcemente el acordeón. Dos parejas de chicas bailaban bajo una luz centelleante y brumosa mientras las demás las miraban. Algo inefable manaba de aquella música dulce y tímida que acompañaba el rumor lejano de la batalla, del fuego mortífero que iluminaba las blusas, las manos y el pelo claro de las chicas.

Krímov se detuvo, olvidando por unos instantes su cometido. ¡Qué doloroso encanto, cuánta poesía y tristeza transmitían el sonido amortiguado de aquel acordeón y los pasos contenidos y meditabundos de

las danzarinas! ¡Aquello que se mostraba ante sus ojos carecía de la frivolidad y el egoísmo propios de la juventud!

Las danzarinas, pálidas a la luz difusa de un fuego lejano, parecían serias y concentradas. Sus rostros, dirigidos casi todo el tiempo hacia la ciudad, expresaban la unión con los jóvenes que daban su sangre por Stalingrado, la tristeza de la soledad, la esperanza tímida pero inquebrantable del reencuentro, la fe en el encanto de su juventud y en la felicidad, la amargura de la separación y algo tan grandioso y sencillo, ligado a la fuerza y la debilidad femeninas, que ya no había palabras ni ideas para transmitirlo si no era con el alma o el corazón, una sonrisa de desconcierto o un suspiro… Y Krímov, que había vivido tanto y pensado en tantas cosas a lo largo del primer año de guerra, se olvidó de todo al contemplar a aquellas bailarinas.

Para preparar las conferencias que debía pronunciar ante los soldados y oficiales del 62.º Ejército, Krímov había repasado un gran número de diarios extranjeros enviados desde Moscú. Stalingrado salía en grandes caracteres en la primera plana de los periódicos de todo el mundo, se repetía una y otra vez en boletines y editoriales, en telegramas y artículos… En todas partes: en Inglaterra, en Australia, en China, en América del Norte y del Sur, en la India, en México, en Spitzberg, en Cuba, en Sudáfrica, en Groenlandia… pensaban en Stalingrado, hablaban y escribían sobre Stalingrado. Colegialas que compraban lápices, libretas y papel secante con el emblema de Stalingrado, viejos que salían a tomar una jarra de cerveza, amas de casa que se apiñaban junto a las tiendas de comestibles en todas las latitudes, en todos los continentes y las islas del globo terráqueo: todos hablaban y opinaban sobre Stalingrado no porque fuera un tema candente, una curiosidad o una novedad, sino porque aquella ciudad había entrado a formar parte de la vida sobre la faz de la tierra y llegado a estar presente en su cotidianidad, en los colegios, en el cálculo del presupuesto de las familias obreras, en la cantidad de patatas y nabos que se compraba para comer en casa, en las perspectivas de futuro sin las cuales una persona razonable no concibe seguir viviendo.

Al examinar la prensa extranjera, Krímov tomaba notas que daban fe de cómo la diplomacia de los países neutrales, los discursos de los primeros ministros y de los ministros de defensa y la validez de los acuerdos internacionales estaban condicionados por el fuego y el estruendo de la batalla de Stalingrado. Sabía que la palabra «Stalingrado» había aparecido

escrita con carbón y almagre –la tinta negra y roja de la multitud– en las paredes de las casas, los cuarteles obreros y los barracones de los campos de concentración en decenas de ciudades europeas ocupadas por los nazis. Sabía que aquella palabra estaba en boca de los partisanos y paracaidistas de los bosques de Briansk y Smolensk, que la tenían presente los soldados del ejército revolucionario chino, que su sonido agitaba las mentes y los corazones, encendiendo la luz de la esperanza e infundiendo el ansia de luchar en los presos de los campos de exterminio donde parecía no caber la esperanza… Eso y mucho más sabía Krímov mientras preparaba las conferencias que pronunciaría ante el 62.º Ejército sobre el valor universal de los encarnizados combates que libraban sus soldados… Todo aquello le importaba tanto que, al pensar en lo que diría ante los combatientes, Krímov imaginaba la fuerza y el rigor de sus palabras.

Sin embargo ahora, al escuchar la música del acordeón y ver a las muchachas que se apiñaban cual bandada de pájaros junto a la pared de madera de una casita de Ajtuba, sintió una emoción inenarrable, imposible de expresar con palabras.

54

Cuando Krímov subió a la cabina del camión y acomodó su abultado zurrón de campaña en un gesto ya habitual en él sobre la cadera para poder apoyarse en el respaldo del asiento, tuvo la sensación de que estaba empezando a vivir algo nuevo, distinto de todo lo que le había sucedido desde el comienzo de la guerra, y de que iba a ser testigo de algo que no había visto jamás.

Aún con aquella sensación, en absoluto fácil ni placentera, miró la cara ceñuda y preocupada del conductor y dijo, tal como solía decir a Semiónov:

–En marcha, pues…

Suspiró y pensó: «Mostovskói no está, Semiónov tampoco… Ambos desaparecidos, como si se los hubiera tragado la tierra».

Había luna llena. La única calle y las casitas del pueblo estaban iluminadas con una luz intensa y regular que pintores y poetas tantas veces intentaron, sin éxito, reproducir en sus obras, quizá porque no sólo provoca extrañeza y confusión en el ser humano, sino también porque su propia

naturaleza es extraña y confusa, porque alberga el contraste entre la fuerza de la vida, asociada con la luz, y la de la muerte, plasmada en el frío pétreo y luminoso que irradia el cadáver celeste de la luna.

El camión descendió por una pendiente empinada hacia el anodino río Ajtuba, semejante a un canal, cruzó un puente de pontones, atravesó un boscaje ralo de árboles enclenques y llegó hasta una carretera ancha que conducía hacia Krásnaya Slobodá.

A lo largo de la carretera había paneles en los que se leía: «¡Para nosotros no hay tierra más allá del Volga!», «¡Ni un paso atrás!», «¡Stalingrado resiste!» y otros que referían hazañas logradas por combatientes soviéticos que destruían tanques, cañones autopropulsados, infantería y artillería de asalto del enemigo.

Aquella carretera, por la que habían pasado miles de personas, se extendía ancha y recta. En las flechas indicadoras, orladas con una gruesa franja negra, se leía: «Hacia el Volga», «Hacia Stalingrado», «Hacia el paso 62». [40] No había en el mundo otra carretera tan recta, pura, desesperante y difícil como aquélla.

Esa carretera, pensó Krímov, seguiría igual de recta en las noches de luna llena después de la guerra, la gente transportaría por ella cereales, sandías y tejidos hacia el paso del río y llevaría a los niños de visita a casa de la abuela. Krímov deseó entonces poder adivinar los pensamientos que asaltarían a los viajeros que transitaran por aquella carretera una vez terminada la guerra. ¿Pensarían en todos aquellos que la recorrieron desde Ajtuba hasta el Volga durante los meses de septiembre y octubre de 1942? Quizá ni siquiera los recordaran. ¡Cielos! ¿Por qué entonces se le cortaba la respiración y le parecía que a cuantos miraran las salgueras y los arbolitos que crecían a lo largo de aquella carretera de ahí en adelante se les enfriarían las manos, embargados por la emoción...? ¡Atentos! Por allí habían marchado los batallones, regimientos y divisiones arrastrando los morteros y haciendo brillar a la luz del sol y de la luna los cañones de los fusiles y el acero pavonado de los fusiles antitanque.

Sólo arbolitos otoñales y sotos silenciosos vieron a aquellos hombres que, tras dejar atrás sus hogares, se dirigían al Volga para cruzarlo y alcanzar la tierra amarga.

Nadie se cruzó en su camino; nadie vio los rostros jóvenes y viejos, los ojos claros y oscuros de aquellos miles y miles de soldados que habían partido de ciudades y pueblos, de bosques y estepas, de la costa del mar

Negro y de las laderas de Altai, de Moscú, de la humosa Kémerovo y la sombría Vorkutá...

Avanzaban alineados en columnas: los jóvenes tenientes caminaban por el arcén, los brigadas y los sargentos supervisaban las filas, los comandantes de batallón y de regimiento marcaban el paso junto a sus soldados... Un joven ordenanza pasó corriendo, mientras frenaba con la mano el balanceo de su zurrón, para transmitir una orden...

¡Cuánta congoja y cuánta fuerza había en sus corazones, cuánta tristeza, cuántos corazones vivos y palpitantes, cuán desiertos estaban los alrededores! Y Rusia entera los seguía con la mirada...

Cincuenta o sesenta años después, en un día festivo, una camioneta cargada con un grupo de chicos y chicas venidos desde la estepa de Ajtuba pasaría por allí, cantando y gastando bromas, camino de Stalingrado. Tal vez el conductor detendría un minuto el vehículo y bajaría de la cabina para limpiar el carburador o llenar de agua el radiador. De pronto los pasajeros se quedarían en silencio. ¿Por qué? ¿No sería por el viento que levantaba una nube de polvo sobre la carretera y hacía susurrar las altas copas de los árboles? ¿No sería por el suspiro que escapaba de un pecho, por el tenue sonido de unos pasos? Alguien se acercaba... Entonces se haría el silencio y nadie entendería por qué se le encogía el corazón ni por qué sus ojos miraban acongojados una carretera recta y desierta... ¿Era una ilusión, un espejismo?

Los pensamientos y sensaciones de Krímov se confundieron con los pensamientos y sensaciones que acompañarían al viajero que, después de la guerra, evocara el pasado al transitar por aquella carretera.

> Dime ¿por qué lloras y te lamentas en tu ánimo cuando oyes referir el azar de los argivos, de los dánaos y de Ilión?
>
> Las deidades así lo depararon: decretaron la muerte de aquellos hombres para que sirvieran a sus descendientes de tema para sus cantos. [41]

Tal vez dentro de ochocientos, o quizás mil años, cuando ya no estén esos árboles ni esa carretera, cuando esa tierra duerma un sueño eterno cubierta por el estrato denso y grueso de otra tierra sobre la cual habrá una vida que a nosotros no nos es dado conocer, después de que hayan desaparecido las ciudades y los pueblos en los que vivan los descendientes de nuestros descendientes, un hombre de pelo cano caminará despacio por

la cercanía del Volga, se detendrá y pensará: «Esta región esconde vestigios de la Historia, por aquí marcharon hacia el Volga los soldados de la época lejana de la gran Revolución, de las obras nacionales y de las invasiones enemigas». Entonces le vendrá a la memoria una imagen de su infancia, el dibujo de un libro de texto escolar: unos guerreros de cara amable y sencilla, de ropa y calzado antiguos, con estrellas rojas sobre las gorras, caminando a través de la estepa. El viejo transeúnte se detendrá y aguzará el oído... ¿Qué es eso? El suspiro que escapa de un pecho, el ruido de unos pasos... Ya vienen... ¿Por qué se le encoge el corazón...?

55

Cuando el camión llegó hasta las casitas desperdigadas del caserío Burkovsky, el conductor tomó un camino estrecho que discurría por un bosque tupido y joven.

–Disparan día y noche contra la carretera principal, así que daremos un rodeo –explicó.

Después de tomar un accidentado camino, aceleró; el camión empezó a crujir y a chirriar mientras traqueteaba al pisar las raíces que cubrían la vía o metía la rueda en un bache.

El cañoneo sonaba cada vez más alto, hasta que ahogó el ruido del motor. Los estampidos de las baterías soviéticas se distinguían claramente de las explosiones de los obuses alemanes, pero no con el oído sino con el instinto que nacía de las entrañas. Tranquilos e indiferentes ante los ensordecedores cañonazos de la artillería soviética, el corazón y los nervios se tensaban con cada explosión provocada por el enemigo mientras el cerebro trataba de determinar si había sido un tiro corto o largo, un proyectil o una mina de mortero, cuál era su calibre y si el camión que circulaba dando tumbos a través del bosque se encontraba o no bajo el fuego cruzado.

Enseguida el bosque se hizo notablemente más bajo; los árboles, como si los hubieran podado con unas tijeras enormes, no tenían ramas ni hojas. Aquellas decenas de miles de palos, estacas, troncos y varas clavados en la tierra se asemejaban más a una empalizada que a un bosque; había sido obra de la artillería alemana, ya que el estallido de sus proyectiles liberaba grandes cantidades de metralla que arrancaban la corteza, las hojas, las

ramas y los brotes de los árboles. El bosque de Zavolzhye se erguía transparente y translúcido a la luz de la luna, como un esqueleto inmóvil y sin respiración. Dejaba ver los fogonazos de los disparos, los parapetos de tierra, los claros que se habían abierto en el bosque para instalar piezas de artillería, las puertas de madera blanca de los refugios cavados en el suelo, los camiones camuflados y medio hundidos en la tierra para protegerlos del fuego enemigo.

La tensión era más palpable conforme se acercaban al paso 62 a través del Volga; sin embargo, a las personas les parecía que aquella creciente sensación de zozobra no nacía de ellas sino que aumentaba en el mundo circundante: en el titilar de las estrellas, en la palidez de la tierra arenosa y en la mudez de aquel bosque desnudo.

El conductor frenó bruscamente al llegar a un lindero y, tras tender a Krímov un papel y un lápiz preparados de antemano, le pidió:

–Fírmeme la hoja de ruta, camarada comisario de batallón, tengo que marcharme.

Por lo visto, no quería quedarse ni un segundo más y partió enseguida.

Krímov dio unos pasos y miró a su alrededor. Vio un alto parapeto de tierra al pie del cual, en una hondonada natural, se apilaban algunas cajas de proyectiles, sacos de pan, montones de conservas y uniformes de invierno. Decenas de personas estaban llevando aquellas cajas y sacos hacia una larga pasarela de madera.

A través del estrecho espacio que quedaba entre un extremo del parapeto y las densas salgueras de la orilla, Krímov pudo ver el brillo del Volga a la luz de la luna. Se acercó a un soldado que regulaba el tráfico y le preguntó:

–¿Dónde puedo encontrar al comandante del paso?

En ese momento relampagueó un fogonazo junto al bosque y se oyeron varias explosiones. El guardia volvió su ancho y ajado rostro hacia Krímov, esperó que el estruendo cesara y respondió:

–Allí, bajo aquellos arbolitos, donde está el centinela, junto al refugio –luego preguntó con cordialidad–: ¿Va a la ciudad, camarada comisario?

Nuevas explosiones, aún más demoledoras, resonaron a la derecha, a la izquierda y a su espalda.

Krímov reparó en que nadie se había echado al suelo ni había corrido; los hombres que llevaban las cajas al pie del parapeto no habían interrumpido su actividad; el guardia, mientras esperaba la respuesta de

Krímov, ni siquiera se había vuelto para mirar. Contagiado de su calma, el comisario contestó con la misma parsimonia y cordialidad:

–En efecto, voy a Stalingrado. Les informaron de mi llegada por teléfono.

–Posiblemente deba hacer la travesía en una lancha motora –señaló el guardia–, hoy la gabarra no circula. La noche es demasiado clara y se convertiría en un blanco fácil.

Krímov se dirigió al refugio del comandante del paso. Los obuses pasaban aullando por encima de su cabeza para estallar más allá, en el bosque. De repente una humareda espesa se alzó por entre los árboles y todo alrededor empezó a crujir, como si se irguiera un enorme oso, rugiera y se revolviera destrozando los arbolitos. Sin embargo, los hombres no interrumpieron su actividad y siguieron trabajando ajenos al estruendo, como si su vida no fuera tan frágil como un filamento de cristal que podía partirse en cualquier momento.

Krímov, sin comprender todavía aquel sentimiento nuevo y sublime que poco a poco se había ido apoderando de él ni ser plenamente consciente de su asombro ante la noble y diligente majestuosidad de los movimientos, el paso y las palabras de aquellos hombres, los observaba con avidez y alegría desbordada.

Tal vez aquel conductor huraño que fumaba un cigarrillo tras otro, que se había apresurado a dar media vuelta y pisar el acelerador para huir cuanto antes lejos del río, fuera el último de una cierta clase de individuos con los que Krímov se había cruzado con frecuencia en los últimos tiempos. Sus miradas eran rápidas y destilaban alarma, sus risas y silencios eran repentinos, y para disimular su desconcierto recurrían a veces a una rudeza chillona...

Los hombros encorvados de los que, exhaustos, marcharon en 1941 por los caminos polvorientos; sus pupilas dilatadas que escudriñaban el cielo en busca de cazas alemanes; aquel teniente ronco y extenuado, jefe de un paso en el Don, que sostenía una pistola; frases referidas al enemigo: «están atacando», «dispararon un cohete», «enviaron a los paracaidistas», «cortaron la carretera», «cercaron»... Las conversaciones sobre los cercos, las tenazas, el poder de la aviación germana, las circulares de los generales alemanes que informaban de la fecha y la hora previstas para la caída de Moscú, la higiene dental de los soldados durante la marcha y el consumo de gaseosa en las paradas...

Más adelante recordaría con frecuencia la primera vez que vio trabajar a los soldados que atendían el paso 62 bajo la luz de la luna.

Krímov entró en un refugio sacudido por las explosiones. Un hombre vestido con un chaleco, rubio, ancho de espaldas y con una fuerza física probablemente considerable estaba sentado sobre una banqueta nueva de color blanco ante una mesita tan blanca y nueva como aquélla; se presentó:

–Permínov, comisario del paso 62.

Invitó a Krímov a sentarse y le informó de que aquella noche la gabarra no circularía y de que Krímov, junto con dos oficiales que estaban a punto de llegar procedentes del Estado Mayor del frente, cruzarían a la ciudad en una lancha motora.

–¿Le apetece tomar un té? –ofreció Permínov, se acercó a una estufa de hierro y cogió una tetera blanca y brillante.

Mientras tomaba el té, Krímov se interesó por el funcionamiento del paso.

Permínov apartó a un lado un pequeño tintero y varias hojas de papel rayado que quizá tuviera preparadas para redactar un informe, y satisfizo encantado su curiosidad, aunque no destacaba precisamente por su locuacidad.

Desde el primer momento había comprendido que Krímov era un hombre versado en la guerra, lo cual permitió que se entendieran con pocas palabras.

–¿Qué tal vuestros refugios? –preguntó Krímov.

–No están mal. Tenemos saunas y un horno de pan propio. La cocina funciona. Todo bajo tierra, claro.

–¿Los alemanes? Atacan sobre todo por aire, ¿verdad?

–Durante el día, sí. Los Junkers 77 son realmente peligrosos, mientras que los bimotores lanzan bombas sin ton ni son, casi siempre en el Volga. Es imposible salir de día, nunca descansan.

–¿Vuelan en escuadrones?

–Depende. A veces en vuelos aislados, a veces en escuadrón, de sol a sol. Durante el día organizamos lecturas y charlas. También descansamos. Mientras tanto, los alemanes atacan.

Permínov no pudo reprimir un gesto de desprecio en dirección al enemigo, que surcaba el cielo de un modo tan improductivo.

–Y de noche disparan con cañones y morteros –añadió.

–¿Calibres medios?

–Casi siempre, aunque a veces usan el de 210, o incluso el de 103. Se emplean a fondo, eso es cierto. Pero todo en vano. Nosotros cumplimos con nuestro cometido. Ellos no pueden hacer nada. Bien que hunden alguna gabarra.

–¿Bajas?

–Sólo por impactos directos, estamos bien protegidos. Ayer lanzaron una bomba de 100 kilos e hicieron pedazos la cocina.

Se inclinó por encima de la mesa hacia Krímov y dijo bajando la voz como quien pretende alardear de una familia bien avenida ante los amigos:

–Mis hombres se muestran tranquilos, hasta el punto de que a veces no entiendo qué les pasa. En su mayoría son originarios del Volga o de Yaroslavl, gente sensata, ya se sabe; son zapadores, y muchos de ellos rondan los cuarenta años. Trabajan bajo el fuego enemigo como si estuvieran levantando un colegio en su pueblo. Hace poco construimos un puente de asalto para tenderlo hasta la isla Sárpinski. Seguro que ya conoce a los alemanes –volvió a sonreír y señaló en dirección al Volga–, se dieron cuenta de que nos estábamos dedicando a la carpintería y abrieron fuego. Y mientras tanto, los zapadores seguían trabajando. ¡Ojalá los hubiera visto, camarada comisario! ¡Algo increíble! Trabajaban tranquilamente, a ratos incluso se paraban a pensar y a fumar. Sin prisas ni chapucerías. Uno cogió un tronco, entornó los ojos y lo probó, pero como no servía para su cometido, lo apartó y escogió otro, sacó una cuerda, lo midió, hizo una marca con la uña y lo desbastó. A pesar de que aquello parecía un infierno, dado que los alemanes concentraron el fuego de artillería en un solo sector, ya sabe a qué me refiero.

Meneó la cabeza desconsolado y luego dijo de repente, intentando quitar hierro al asunto:

–Aunque los del paso 62 no tenemos de qué quejarnos, esto es como un balneario. ¡La guerra se libra en Stalingrado! Y los zapadores opinan lo mismo...

Pronto llegaron los oficiales –un teniente coronel y un capitán– que iban a cruzar el río junto con Krímov. Pasadas las dos de la madrugada el sargento de guardia anunció que la lancha motora ya estaba preparada; le acompañaba un soldado joven y alto que sostenía un termo grande en cada mano y que pidió permiso a Permínov para cruzar a la otra orilla.

–Hundieron nuestra lancha pasadas las nueve, y yo tengo que llevar leche fresca a mi comandante, se la recetó el doctor. Lo hacemos una vez

cada dos días.

–¿De qué división es usted?

–De la 13.ª de la Guardia –respondió el combatiente sonrojándose de orgullo.

–Puede ir, permiso concedido. ¿Y cómo fue que hundieron la lancha?

–La noche está muy clara, camarada comisario, y hay luna llena. Los alcanzaron con una mina cuando estaban en medio del río. Nadie sobrevivió. Estuve esperando un buen rato, pero luego decidí venir al paso 62.

Permínov salió del refugio junto con los que se iban, miró el cielo claro y dijo:

–Hay nubes, pero son pequeñas. Tranquilos, llegarán sin problemas, el piloto tiene mucha experiencia, es un joven obrero de Stalingrado.

Al despedirse de Krímov, le dijo:

–¿Tal vez nos dé una conferencia cuando regrese?

Los oficiales siguieron en silencio a un enlace que no los condujo por donde se apilaban las cajas con municiones sino por el lindero del bosque. Pasaron por delante de una camioneta de tres toneladas destrozada y unas tumbas con pequeñas estelas de madera coronadas con estrellas de cinco puntas. La noche era tan clara que podían leerse los nombres y apellidos escritos con tinta de los zapadores y pontoneros muertos en el paso 62.

El soldado que llevaba los termos leyó sin detenerse:

–Lokotkov Iván Nikoláyevich –y añadió–: Descansa en paz, tocayo…

Krímov notó crecer la alarma en su interior. Creyó que en aquella noche tan clara no iba a llegar vivo a la otra orilla. Ya en el refugio había pensado: «¿Acaso será ésta la última vez que me siento en una banqueta a tomar una taza de té…?».

Cuando vio clarear el Volga a través de la espesura, pensó: «Y bien, Nikolái, termina de caminar lo que aún te queda por caminar en esta vida». Sin embargo, no consiguió hacerlo con tranquilidad. Un obús estalló en la cercanía; la llama roja de la explosión se alzó rodeada de una inmensa nube de humo. Los hombres cayeron aturdidos sobre la arena fría y movediza de la orilla.

–¡Por aquí, suban a la lancha! –gritó el enlace que les acompañaba, como si allí estuvieran más seguros que en tierra firme.

Nadie resultó herido, sólo quedaron aturdidos; sus cabezas burbujeaban, susurraban, resonaban. Los hombres saltaron a la lancha golpeando

ruidosamente con las botas en una pasarela de madera.

Un hombre con un chaquetón manchado de aceite de máquina acercó su rostro joven y delgado al de Krímov y le dijo con una calma y cordialidad inenarrables:

–Es mejor que no se siente aquí, se manchará de aceite, en aquel banco estará más cómodo.

Luego, con la misma tranquilidad, pidió al enlace que estaba en la orilla:

–Vasia, cuando regrese para hacer el segundo viaje, tráigame el diario de hoy, se lo prometí a los muchachos que están en Stalingrado, pues no llegará allí hasta mañana.

«Un muchacho increíble», pensó Krímov y sintió ganas de sentarse más cerca del piloto para preguntarle cómo se llamaba, cuántos años tenía y si estaba casado.

El teniente coronel tendió su cigarrera al piloto y le dijo:

–Fuma, héroe. ¿Cuántos años tienes?

–¿Eso qué importa? –respondió con una sonrisa y tomó un cigarrillo.

El motor arrancó, las ramas de la orilla golpearon en la borda, se enderezaron con un ruido susurrante y la lancha salió del remanso para dirigirse hacia el centro del río. El olor a gasolina y a aceite ahogó la frescura que emanaba del agua, pero el aliento calmado y regular del río nocturno pronto se impuso sobre el resto de olores.

56

Krímov, ante el temor de que se averiara, escuchaba con atención el ruido del motor. Había oído contar cómo la corriente había arrastrado más de una lancha con el motor repentinamente averiado o destrozado por la metralla hacia el embarcadero central, ocupado por los alemanes.

Al parecer, sus acompañantes pensaban en lo mismo.

El capitán preguntó:

–¿Tenemos remos, por si acaso?

–No –respondió el piloto.

El teniente coronel miró su rostro delgado y sus largos y finos dedos manchados de aceite y señaló con amabilidad:

–Nuestro piloto es un verdadero profesional, no necesita los remos.

El piloto asintió con la cabeza y señaló:

–No se preocupen, el motor es bueno.

Krímov miró alrededor; la visión le cautivó de tal manera que olvidó sus preocupaciones.

El río semejaba un oblongo campo plateado que refulgía y se estrechaba hacia el sur. Las olas que la lancha dejaba tras de sí semejaban maravillosos espejos móviles y azulados. El vasto cielo salpicado de estrellas, claro y leve, se cernía sobre el río y sobre las amplias tierras que se extendían de este a oeste.

La imagen que forman el cielo nocturno despejado, el río solemne y brillante, los llanos y las colinas onduladas que clarean en la noche, suele sugerir silencio, una paz solemne, un movimiento lento y armonioso. ¡Sin embargo, aquélla no era una tranquila noche rusa sobre el Volga! Los reflejos incandescentes del fuego de la guerra oscilaban sobre las colinas de Stalingrado y sobre los edificios, blancos a la luz de la luna, que bordeaban el río a lo largo de decenas de kilómetros.

Los talleres negros de las fábricas se erguían cual tenebrosas fortalezas. Del otro lado del Volga, desde Zavolzhye, el estrépito de los disparos de la artillería pesada soviética sacudía el cielo, el agua y la tierra. El azul de la noche de otoño estaba pespuntado con miles de hilos rojos: las balas trazadoras volaban unas veces aisladas; otras, formando un enjambre denso que se extendía suavemente ocupando la mitad del cielo despejado para clavarse como dardos en la tierra y en las paredes de las casas. El zumbido ahogado de los pesados bombarderos nocturnos sobrevolaba la ciudad. Los haces de hilos rojos y verdes que dejaban tras de sí los proyectiles de la artillería antiaérea formaban un cono que cortaba el aire y se cruzaban, componiendo un alambicado dibujo, con las trazas de los proyectiles disparados por los bombarderos para neutralizar las baterías antiaéreas.

Los relámpagos rosados de las bombas al explotar hendían el aire claro de las calles iluminadas con la luz de la luna. El metal aullaba por encima del Volga; las minas estallaban en el agua provocando llamaradas azules y violeta que se extinguían en mitad del hervor de espuma blanca y dorada de la corriente.

A primera vista parecía que aquella fragua retumbante, rebosante de fuego y movimiento, que se extendía a lo largo de decenas de kilómetros, desafiaba al ojo humano y escapaba a su entendimiento. Sin embargo, nada más lejos de la realidad. Al contrario, allí se distinguían y se hacían visibles

con una claridad sorprendente no sólo las fuerzas principales –dos martillos y dos yunques– que libraban la batalla, sino también los breves y aislados enfrentamientos que se producían entre dos casas, entre dos ventanas, entre un bombardero en el aire y una batería antiaérea en la tierra. Todo aquello se advertía de repente y se percibía en todo su movimiento, desarrollo y tensión. Era un plano de la guerra que vivía y respiraba y en el que las trazas de fuego que dejaban las balas, los fogonazos de las explosiones y de las ráfagas de ametralladora señalaban sobre el papel azul de calcar del cielo los contornos y las líneas de fuerza de aquella batalla gigantesca.

En uno de los sectores montuosos al norte de las fábricas, el estallido de los cañonazos era especialmente intenso y pródigo. Unas veces formaban una larga cadena bien marcada; otras, haces aislados. En algunos momentos el sector entero resplandecía con fuegos tornasolados. Quizá fuera el lugar donde se concentraba la artillería alemana, que disparaba para allanar el camino de la infantería a punto de asaltar el barrio de las fábricas.

De pronto, cientos de brillantes parábolas de fuego, tras formar un frente amplio sobre el bosque oscuro de Zavolzhye, tendieron un arco ancho y rojo hasta la orilla contraria. Al mismo tiempo, un aullido llegó a oídos de los que iban en la lancha, como si decenas, o quizá centenares de locomotoras hubieran soltado a la vez una bocanada de vapor.

Sobre las colinas donde acababan las parábolas radiantes, en el lugar en que los alemanes habían concentrado su artillería de gran calibre, brotó un hervor de fuego. Entonces parecieron retumbar unos tambores de hierro, ahogando los demás ruidos de la batalla: era el aire que, condensándose y expandiéndose convulsivamente, propalaba el granizo de aquellas piedras capaces de destruir una pared de hormigón armado…

Cuando la bruma luminosa se disipó, los fogonazos de los mortíferos cañones alemanes desaparecieron del cielo sobre las colinas al norte de las fábricas: una salva de varios grupos de lanzacohetes Katiusha bastó para acallarlos.

¡Con qué claridad la vista, el oído y el corazón alborozado de Krímov comprendieron lo que estaba sucediendo durante aquellos segundos! Fue como si viera ante sus ojos a los perspicaces observadores que comunicaban a voz en grito los parámetros del punto de mira, a los radiotelefonistas que transmitían aquellos datos al otro lado del Volga, a los ceñudos comandantes de los grupos y regimientos que esperaban la orden de abrir fuego, al canoso general de artillería que seguía la aguja de un cronómetro

dentro de su refugio, a los soldados de la Guardia que se alejaban corriendo de las Katiushas en el momento de disparar.

Los ocupantes de la lancha se pusieron a hablar y encendieron sus cigarrillos; sólo el soldado que llevaba la leche seguía callado e inmóvil, apretando los termos contra el pecho como una nodriza a unos bebés.

Cuando la lancha alcanzó el centro del río, por entre los bastiones oscuros de las fábricas se inició un combate. Desde lejos parecía que las altas paredes de los talleres estaban muy cerca unas de otras. Sobre una de ellas brilló un fogonazo, e inmediatamente una flecha luminosa se clavó en la pared del edificio contiguo. Sin duda, un tirador alemán había apuntado al taller donde se habían atrincherado los combatientes del Ejército Rojo. Acto seguido una lanza de fuego partió de la pared oscura del bastión soviético y se clavó en la del taller que refugiaba a los alemanes. Instantes después, cientos de flechas y lanzas de fuego, haces de ráfagas y las trazas luminosas e incandescentes de las balas atravesaron el aire. Las paredes negras de los talleres semejaban nubes de tormenta entre las cuales fulguraban los relámpagos…

Krímov pensó que los talleres, en efecto, rebosaban electricidad y que la enorme tensión que había entre las dos fuerzas enfrentadas era de millones y millones de voltios.

Durante aquellos minutos Krímov se olvidó de que la frágil lancha podía naufragar en cualquier momento, de que no sabía nadar y de lo que había creído presentir mientras esperaba para embarcar. Se sorprendió de ver que sus acompañantes estuvieran acurrucados y que uno de ellos incluso se cubriera los ojos con una mano. Sin embargo, había poco de qué sorprenderse: a su alrededor, con un sonido grave y amenazante, vibraban cuerdas de acero invisibles tendidas casi a ras de agua.

Majestuosa y cruel, aquella escena tenía algo que la hacía conmovedora. Las llamas desgarradas y el rumor de la batalla nocturna no apagaban los colores de aquella noche otoñal de luna, no desgranaban el trigo blanco que ondulaba como las olas plateadas del Volga ni perturbaban el silencio meditabundo del cielo y la melancolía de las estrellas.

Aquel mundo sereno y elevado de la noche rusa a orillas del Volga se fusionó con la guerra, lo incompatible formó un todo que unió la pasión guerrera, la audacia y el dolor con la paz y una melancolía resignada.

Krímov se acordó de las chicas a las que había visto bailar en Ajtuba y de la emoción que le embargó al mirarlas, y ese recuerdo, Dios sabe por

qué, le trajo a la memoria aquel día lejano en que había declarado su amor a Zhenia y ella le había mirado a los ojos, largamente, sin decir palabra… Pero ese recuerdo ya no le entristecía…

Cuando la lancha se acercó al margen derecho del río, las aguas se calmaron. Los obuses pasaban muy alto por encima de sus cabezas y estallaban más allá.

Pronto, ya con el motor apagado, la embarcación alcanzó las piedras de la orilla. Los pasajeros descendieron y empezaron a caminar por el sendero que conducía a los refugios del Estado Mayor.

Después de la tensión vivida durante la travesía, resultaba especialmente placentero volver a sentir la tierra, las piedras y el barro bajo los pies; inconscientemente, querían alejarse del río cuanto antes.

Oyeron el leve zumbido del motor a su espalda; era la lancha que emprendía el camino de regreso a la orilla izquierda, navegando hacia el rápido donde bullía el agua desgarrada por las explosiones.

Krímov pensó en que, con las prisas, sus acompañantes y él se habían olvidado de despedirse del piloto. Tal vez por eso el piloto sonriera cuando el teniente coronel le había preguntado su edad. Había ocurrido lo mismo con el motor: lo habían escuchado con atención al principio, tratando de detectar la más leve anomalía, pero a medida que la lancha se acercaba a la orilla, ya nadie se preguntaba si el motor seguía funcionando o simplemente estaba apagado.

Mientras tanto, nuevas sensaciones se apoderaron de Krímov. Estaba pisando la tierra de Stalingrado.

---

* Fragmento eliminado, véase aquí . *(N. del E.)*

† Fragmento eliminado, véase aquí . *(N. del E.)*

‡ Fragmento eliminado, véase aquí . *(N. del E.)*

§ Fragmento eliminado, véase aquí . *(N. del E.)*

** Fragmento eliminado, véase aquí . *(N. del E.)*

1 . En la Unión Soviética ya no se celebraba la Navidad, pero la tradición del abeto seguía manteniéndose. Los abetos se decoraban para Año Nuevo.

2 . Marca de tabaco; el nombre proviene de una garganta en las montañas de Kirguistán.

3 . Red de tiendas del ejército; literalmente, «comercio militar».

4 . Llamándola «comercio de Iván» Beriozkin se mofa de las tiendas del ejército dando a entender que su organización es rudimentaria, próxima a la del comercio rural: Iván era un nombre típico de las clases populares rusas.

5 . Metáfora del saludo militar.

6 . Marca de tabaco.

7 . Se refiere a la Primera Guerra Mundial.

8 . Alusión a la guerra contra Napoleón en 1812 y a la estrategia militar que adoptó el comandante en jefe de las fuerzas rusas, Mijaíl Kutúsov. Existe cierta analogía entre las dos grandes guerras patrióticas que se desarrollaron en territorio ruso, ya que ambas empiezan con una terrible retirada de los ejércitos rusos.

9 . Alusión a Stalin, quien durante la guerra contra la Alemania nazi ensalzó, para alentar el patriotismo, a varios estrategas rusos de la época prerrevolucionaria defenestrados en su momento por los bolcheviques, quienes los consideraban servidores del régimen monárquico. Nevski, Suvórov, Kutúsov son algunos de los estrategas en cuyo honor se crearon, por orden de Stalin, condecoraciones militares soviéticas durante la guerra.

10 . Posición en la que los eslavos disponen al finado para velarlo.

11 . El trasero.

12 . Usúrov achaca los fracasos del Ejército Rojo, que tuvo que replegarse hasta las estepas de Kazajistán, a la política interior de Stalin, uno de cuyos caballos de batalla fue la implantación de los koljoses.

13 . Se refiere a la «alianza entre la ciudad y el campo», una de las consignas de la política agraria de Stalin. Las tres niñas son de ciudad, mientras que el niño es un campesino. Esa escena, según la interpreta Usúrov, es una metáfora del expolio del campo ruso mediante la expropiación de tierras y la implantación forzosa de los koljoses.

14 . Referencia implícita a la directiva n.º 227 rubricada por Stalin el 28 de julio de 1942, según la cual se prohibía al ejército retroceder «ni un solo paso». Los instructores y comisarios políticos velaban por el cumplimiento de esta férrea disciplina: todos aquellos oficiales y comandantes de unidad que retrocedían en sus posiciones, aunque tan sólo fueran unos pocos kilómetros, eran conducidos indefectiblemente ante un tribunal militar.

15 . Después de la revolución bolchevique se suprimió el uso de las hombreras como distintivo del uniforme militar, pues se consideraban un vestigio del régimen zarista.

16 . Banco estatal.

17 . Los batallones disciplinarios estaban formados por prisioneros del Gulag y solían intervenir en las misiones consideradas de mayor peligro.

18 . «¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fuego!»

19 . «¡Fuego! ¡Fuego! ¡Bien! ¡Muy bien!»

20 . Capitán.

21 . «El Führer dijo: “¡Stalingrado debe caer!”.»

22 . Teniente.

23 . El equivalente a teniente.

24 . *La decadencia de Occidente* (1916-1920) de Oswald Spengler (1880-1936) fue una obra muy leída y discutida en Rusia, donde sus interpretaciones alimentaron una reflexión acerca de las relaciones entre Rusia y Occidente. El nacionalsocialismo se apropió de algunas de las tesis de Spengler, sobre todo las concernientes al destacado rol político de Alemania.

25 . Johann Gottlieb Fichte (1762-1814): filósofo alemán. El nacionalsocialismo utilizó algunas de sus tesis, sobre todo su doctrina del hombre cuya libertad tiene el poder de transformar el mundo, desarrollada en *Fundamentos del derecho natural* (1796), y las ideas que expone en *El Estado comercial cerrado* (1800), donde critica las consecuencias del liberalismo y del mercantilismo y preconiza una forma de socialismo de Estado.

26 . «¡Querido Iván, ven conmigo!»

27 . Étnicamente, alemanes que no viven dentro del territorio alemán.

28 . «Pieles… Pieles…»

29 . Escuadrones de la muerte de la Wehrmacht.

30 . Céntimo.

31 . Festividad judía que conmemora la milagrosa salvación de los hebreos de ser aniquilados por un rey persa.

32 . «Eh, tú, gatita, gatita…»

33 . Los soldados soviéticos no tenían elección: los que se tomaban como prisioneros eran considerados por la Comandancia Suprema como traidores a la patria. En la Conferencia de Teherán, en 1943, Stalin había declarado a Churchill: «En la Unión Soviética, todos los soldados son héroes, y los que no llegaron a serlo están muertos». La Unión Soviética renunció a la ayuda que la Cruz Roja prestaba a los prisioneros. Esa negación, así como el trato reservado a los prisioneros soviéticos en los campos nazis, hizo que sus condiciones de vida resultaran insoportables. La mayoría de los que sobrevivieron fueron acusados de traición y enviados a los Gulag.

34 . Fórmula de uso habitual en el ejército soviético para agradecer cualquier condecoración o reconocimiento.

35 . Evidentemente, se le estaban encharcando los pulmones y apenas podía respirar.

36 . Fenka, diminutivo de Fiokla, nombre ruso de mujer.

37 . Pokrov (protección): festividad consagrada a la Virgen María que se celebra en la Iglesia ortodoxa y en las Iglesias orientales católicas el 1 de octubre.

38 . Diminutivo de Klava; se refiere a la chica que trabaja en la máquina trilladora y tiene a Koslov de ayudante.

39 . Derivado de la abreviatura de *Sovétskoye Jozyáistvo* (explotación del consejo o soviet), utilizado para denominar a las explotaciones agrícolas que en la Unión Soviética no tenían carácter cooperativo, sino que dependían directamente del Estado.

40 . El paso 62 era un grupo de amarraderos situado detrás de las fábricas Octubre Rojo y Barricada, lugar de desembarco de tropas y material debajo de una empalizada saliente. Aquel emplazamiento era razonablemente seguro mientras los alemanes no se hicieran con el control de los alrededores de las fábricas. (William Craig, *La batalla por Stalingrado* , Barcelona, Planeta, página 174.)

41 . Homero, *Odisea* , Canto VIII.

Personajes principales

LA FAMILIA SHÁPOSHNIKOV

Aleksandra Vladímirovna Sháposhnikova: matriarca de los Sháposhnikov.
Liudmila Nikoláyevna Sháposhnikova: hija mayor de Aleksandra Vladímirovna.
Víktor Pávlovich Shtrum: físico, casado en segundas nupcias con Liudmila Nikoláyevna Sháposhnikova y miembro de la Academia de Ciencias.
Abarchuk: primer marido de Liudmila Nikoláyevna Sháposhnikova.
Anatoli Sháposhnikov (Tolia): hijo de Liudmila y Abarchuk.
Nadiezhda Víktorovna (Nadia): hija de Víktor y Liudmila.
Dmitri Sháposhnikov: hijo de Aleksandra Vladímirovna.
Ida Semiónovna: madre de Seriozha.
Serguéi Sháposhnikov (Seriozha): hijo de Dmitri, soldado.
Maria Nikoláyevna Spiridónova (Marusia): hija de Aleksandra Vladímirovna, esposa de Stepán Fiódorovich Spiridónov.
Stepán Fiódorovich Spiridónov: director de la central hidroeléctrica de Stalingrado.
Vera Spiridónova: hija de Marusia y Stepán Fiódorovich.
Yevguenia Nikoláyevna Sháposhnikova (Zhenia): hermana de Liudmila.
Nikolái Grigórievich Krímov: ex marido de Yevguenia Nikoláyevna, comisario político en el frente sudoeste.
Anna Semiónovna (Ania): madre de Víktor Shtrum.

AMIGOS Y CONOCIDOS DE LOS SHÁPOSHNIKOV

Mijaíl Sídorovich Mostovskói: viejo bolchevique, amigo de Aleksandra Vladímirovna y uno de los fundadores del Partido.
Sofia Ósipovna Levinton: médico militar en un hospital de Stalingrado, amiga íntima de los Sháposhnikov.
Piotr Pávlovich Nóvikov: coronel que comanda una unidad de blindados, está enamorado de Zhenia.
Víktorov: brigada, entabla una relación con Vera Spiridónova mientras convalece de sus heridas en el hospital.
Iván Leóntievich Beriozkin: mayor, destinado al frente.
Tamara Dmítriyevna Beriózkina: esposa de Iván Leóntievich Beriozkin, amiga de los Sháposhnikov.

Slava Beriozkin: hijo de los Beriozkin.
Liuba Beriozkin: hijo de los Beriozkin.
Pável Andréyevich Andréyev: fundidor, amigo del difunto esposo de Aleksandra Vladímirovna Sháposhnikova.
Várvara Aleksándrovna Andréyeva: esposa de Pável Andréyevich Andréyev.
Anatoli: hijo de Pável Andréyevich y Várvara Aleksándrovna.
Natalia: esposa de Anatoli, hijo de Pável Andréyevich y Várvara Aleksándrovna.
Volodia Korotéyev: operario de horno en la fábrica donde trabajaba Pável Andréyevich.
Olia Kovaliova: empleada en la fábrica donde trabajaba Pável Andréyevich.
Agripina Petrovna: vecina de Mijaíl Sídorovich Mostovskói.
Zina Mélnikova: amiga de Vera Spiridónova.
Gagárov: amigo de Mijaíl Sídorovich Mostovskói.
Dmitri Ivánovich Ivánikov: amigo de los Shapóshnikov.
Mescheriakov: administrador de la finca donde viven los Sháposhnikov.
Zhuravliov: funcionario del Comité Regional.
Márkovna: barrendera.
Anna Spiridónovna: viuda de un zapatero.
Yelisaveta Savélyevna Tókareva: directora del orfanato.
Antonina Vasílievna: una anciana que acoge al mayor Beriozkin.
Klavdia: limpiadora en el orfanato.
Semión: ingeniero metalúrgico, hermano del comisario Krímov.

AMIGOS Y COLABORADORES DE VÍKTOR SHTRUM

Leonid Serguéyevich Postóyev: físico y académico.
Piotr Lavréntievich Sokolov: doctor en ciencias, físico teórico, amigo y asesor de Shtrum.
Iván Dmítrievich Sújov: ex director del Instituto de Física.
Dmitri Petróvich Chepizhin: académico y mentor de Shtrum.
Nadezhda Fiódorovna: esposa de Chepizhin.
Anna Stepánovna Loshakova: ayudante de laboratorio.
Aleksandr Matvéyevich: guardia nocturno del instituto.
Pímenov: joven aspirante a doctor que reemplaza provisionalmente a Sújov al frente del instituto.
Iván Ivánovich Maksímov: catedrático y doctor en bioquímica.
Alla Postóyeva: amiga de Nadia.
Olga Yákovlevna: amiga de Nadia.
Chépchenko: director de una fábrica metalúrgica.
Sverchkov: director de una fábrica metalúrgica.
Korenkov: secretario de la célula del Partido en Cheliábinsk.
Olga Ignátievna Bíbikova: viuda de un oficial de la Marina y amiga de Anna Semiónovna Shtrum.
Petia Lébedev: compañero de colegio de Víktor Shtrum.
Nina: vecina de la casa de Shtrum en Moscú.

EN EL HOSPITAL

Vera Spiridónova: enfermera, hija de Marusia Sháposhnikova y Stepán Fiódorovich Spiridónov.
Nikíforov: enfermero.
Kvasniuk: técnico intendente.
Yúkova: terapeuta.
Liudmila Sávichna: enfermera en jefe.
Anna Apolónovna: encargada del almacén.
Víktor Arkádievich: médico consultor.

EN EL KOLJÓS

Piotr Semiónovich Vavílov: será destinado al frente de Stalingrado en el batallón de Filiashkin.
Maria Nikoláyevna: esposa de Vavílov.
Nastia, Alekséi, Vania: hijos del matrimonio Vavílov.
Masha Balashova: vecina.
Pújov: vecino.
Kozlov: vecino.
Natalia Degtiariova: vecina.
Pachkin: herrero.
Shepunov: contable en la dirección del koljós.
Iván Mijáilovich: presidente del koljós.

EN LA MINA

Iván Pávlovich Nóvikov: minero, es el hermano del coronel Nóvikov.
Inna Vasílyevna: esposa de Iván Pávlovich Nóvikov.
Braguínskaya: polaca rusificada, carretillera en la mina.
Kótov: pocero.
Deviatkin: pocero.
Vikéntyev: entibador.
Latkov: entibador.
Niura Lopátina: carretillera.
Rógov: jefe de sección de la mina.
Yásev: director de la mina.
Gueorgui Andréyevich: apoderado del Comité Estatal de Defensa.
Iliá Maksímovich Lapshín: director de la corporación de carbón.
Motorin: secretario del comité de la mina.
Meshkov: general responsable de una fábrica de blindados.

EN EL LABORATORIO

Krótova: auxiliar de laboratorio.
Liudmila Sávichna: enfermera en jefe.
Anna Apolónovna: encargada del almacén.

EN LA CENTRAL ELÉCTRICA DE STALINGRADO

Stepán Fiódorovich Spiridónov: director de la central hidroeléctrica de Stalingrado.
Vera Spiridónova: hija de Marusia y Stepán, mantiene una relación amorosa con el brigada Víktorov.
Olga Petrovna Savélyeva: mujer de la limpieza en la central eléctrica que conoce al brigada Víktorov.
Anna Ivánovna: secretaria de Stepán Fiódorovich Spiridónov.
Iván Pávlovich Priajin: secretario de la dirección del Comité Regional del Partido.
Barulin: ayudante del secretario del Comité Regional del Partido.
Filípov: vicepresidente del Comité Ejecutivo Regional.
Serguéi Afanásievich Nikoláyev: secretario del comité de la central.
Kapústinski: ingeniero.
Súslov: electricista.
Paramónov: técnico.
Kasatkin: contable.

EN EL CONSEJO MILITAR

Cheprak: comisario de batallón, secretario del Consejo Militar.
Anguelina Tarásovna: mecanógrafa del Estado Mayor.
Gusarov: favorito del coronel Nóvikov.
Bobrov: teniente topógrafo.
Vitali Alekséyevich Darenski: teniente coronel.
Afanasi Gueórguiyevich Bíkov: general en jefe de la sección de suministros.
Ivanchin: miembro del Consejo Militar del frente.
Voroshílov: mariscal.
Aguéyev: coronel, comandante en el Estado Mayor de artillería.

LA BRIGADA DEL COMISARIO KRÍMOV

Semiónov: chófer del comisario Krímov.
Rógov: ordenanza de Krímov.
Gorélik: teniente coronel.

Kostiukov: jefe del Estado Mayor de la brigada de Krímov.
Selídov: apuntador.
Svetílnikov: mayor de aviación.
Sisov: comandante de la unidad de exploradores.
Svistun: oficial de batería antiaérea.
Skoropad: encargado del abastecimiento.
Petrov: médico militar.
Shliapin: comisario de brigada y miembro del Consejo Militar del ejército.
Petrov: general, comandante del ejército.
Katukov: coronel.
Sarkisián: teniente mayor, comandante de la división de morteros.
Stépchenko: soldado.
Bolojín: corresponsal.
Sómov: ordenanza.
Guenerálov: sargento primero, artillero.
Morózov: teniente.
Guerman: teniente coronel, comandante de regimiento.
Vólkov: jefe de la sección de ametralladoras.

EN LA DIVISIÓN DE FUSILEROS

Pável Filiashkin: comandante de batallón.
Kovaliov: teniente de la 3.ª Compañía de Fusileros, amigo de Tolia.
Konanikin, jefe de la 1.ª Compañía de la 13.ª División de Tiradores.
Shvedkov: comisario de batallón.
Dodónov: sargento mayor.
Igúmnov: teniente.
Vlasiuk: jefe de batería.
Árisov: jefe de la sección de avituallamiento.
Kólushkin: comisario de regimiento.
Ganíyev: jefe de sección tártaro.
Kotlov: comisario instructor.
Márchenko: brigada.
Piotr Semiónovich Vavílov: soldado.
Réschikov: soldado.
Usmanov: soldado.
Usúrov: soldado.
Muliarchuk: soldado.
Rísiev: soldado.
Saichenkov: soldado, un antiguo contable.
Yelena Gnatiuk: enfermera.

EN LA DEFENSA DE STALINGRADO, ESTADO MAYOR DEL FRENTE

Andréi Ivánovich Yeriómenko:* coronel general, comandante del frente de Stalingrado.
Chuikov:* teniente general, comandante del 62.º Ejército.
Krilov:* general, jefe del Estado Mayor de Chuikov.
Gúrov:* comisario, miembro del Consejo Militar.
Rokosovski: general, comandante del frente norte de Stalingrado.
Gólikov: general, comisionado del Alto Mando.
Shumílov: general, comandante del 64.º Ejército.
Rodímtsev:* general, comandante de la 13.ª División de Guardias.

*Personajes históricos.
Pozharski:* comandante de artillería del 62.º Ejército.
Zhúkov:* general.
Batiuk:* teniente coronel, comandante de la 284.ª División de Fusileros.
Gúriev:* general, comandante de la 39.ª División de Guardias.
Gúrtiev:* coronel, comandante de la división de fusileros siberiana.
Gorishni:* coronel.
Liúdnikov:* general.
Belski:* mayor, jefe del Estado Mayor de Rodímtsev.
Yelin:* teniente coronel.
Vavílov: comisario de la 13.ª División de Guardias.
Marfin: instructor del comité del distrito.
Sitin: coronel, comandante de una división.
Parjómenko: mayor, ordenanza del general Yeriómenko.
Dubrovin: ordenanza del general Yeriómenko.
Sávinov: teniente, oficial de comunicación.
Permínov: comisario del paso 62.
Sbavski: corresponsal del programa de radio *Últimas noticias.*
Bolojín: capitán, corresponsal del *Estrella Roja.*

EN EL ALTO MANDO EN MOSCÚ

Zvezdiujin: teniente coronel.
Ivanov: coronel miembro de la dirección operativa del Estado Mayor General.
Fedorenko: general, jefe de la Dirección de las Fuerzas Blindadas de Combate del Ejército Rojo.
Duguin: comandante de una unidad de blindados.

LA COMPAÑÍA DE SERIOZHA

Kriakin: jefe de la compañía.
Shumilo: comisario político.
Poliakov: miliciano.
Grádusov: miliciano.
Chentsov: miliciano.
Briushkov: jefe de sección.
Iliushkin: miliciano.
Galigúsov: jefe de la dotación de artillería.

EN EL BANDO ALEMÁN

Friedrich Paulus:* general, comandante del 6.º Ejército.
Adam:* coronel, ordenanza del comandante Paulus.
Franz Weller:* general al mando de una división de granaderos de la Wehrmacht.
Richthofen:* general, comandante de la 4.ª Flota Aérea.
Hermann Hoth:* general al mando del 4.º Ejército Acorazado.
Forster:* coronel, colaborador de la dirección de operaciones.
Peter Bach: oficial de una compañía motorizada, novio de Maria, la hija del coronel Forster.
Rummer: jefe del Estado Mayor de un batallón de granaderos.
Preifi: comandante de un batallón de granaderos.
Fritz Lenard: jefe de compañía, miembro de las SS.
Stumpfe: soldado de primera.
Ledeke: cabo.
Karl Schmidt: soldado.
Vogel: soldado.

Epílogo a esta edición

Stalingrado es una de las grandes novelas del siglo pasado, pero no existe ningún texto definitivo de ella. La historia del texto y su publicación es, de hecho, aún más enrevesada que la de *Vida y destino* . Grossman comenzó su primera versión en 1943 y la completó en 1949. Ese mismo año se publicó una selección de once capítulos, sometidos a una severa edición, con el título *Junto al Volga (capítulos de la novela 'Stalingrado')* . En ellos, básicamente, se trata de asuntos militares y no se menciona a Víktor Shtrum o las hermanas Sháposhnikova. Los primeros diez de estos capítulos se incluyeron, en versiones más completas, en las diversas ediciones publicadas de la novela. El capítulo restante, sin embargo, no se incluyó en *Stalingrado,* sino en *Vida y destino* , otro testimonio más del hecho de que Grossman, al menos en aquel momento, veía las dos novelas como una sola obra.

En su esfuerzo por satisfacer las demandas cambiantes de sus editores, Grossman reescribió parcial o completamente *Stalingrado* al menos cuatro veces entre 1949 y la primera publicación de la novela, que apareció en la revista *Novi Mir* a finales de 1952. La novela se publicó entonces como un libro: primero por la editorial militar Voenizdat en 1954 (reimpresa en 1955); y luego, en 1956, por la editorial literaria Sovietski Pisatiel («Escritor Soviético»). Las ediciones de 1952, 1954-1955 y 1956 difieren mucho entre sí, y todas difieren aún más de las diversas versiones mecanografiadas. Incluso el título fue cambiado, contra los deseos de Grossman, poco antes de la primera publicación de la novela. El título original de Grossman era *Stalingrado* , pero la novela fue publicada bajo el título *Por una causa justa* , una frase del discurso pronunciado por Vyacheslav Mólotov, el ministro soviético de Asuntos Exteriores, el día de la invasión alemana. Anticipando claramente las dificultades desde el principio, Grossman registró todas las conversaciones oficiales, cartas y

reuniones relacionadas con la novela en su «Diario del viaje del manuscrito de la novela *Por una causa justa* a través de editoriales». [1] Anatoli Bocharov, autor de la primera monografía sobre Grossman, resume este «viaje de la novela» de la siguiente manera: «En reuniones de los consejos editoriales y a partir de los comentarios de un gran número de reseñistas y correctores, editores y mandamases literarios de todo tipo, entre 1949 y 1952 el texto sufrió toda suerte de cambios. Sólo un milagro hizo que el autor lograra salvar aquel texto maltratado, agotado, lleno de parches y hecho a retales de la destrucción a la que buscaron someterlo la demagogia, la estrechez de miras y la precaución excesiva». [2]

El tono de estas reuniones editoriales se estableció con claridad en un intercambio que se produjo en diciembre 1948 entre Grossman y Borís Agapov, uno de los miembros del consejo editorial de la revista *Novi Mir* :

> AGAPOV : Lo que yo me propongo es despojar a la novela de esos momentos peligrosos y conseguir que no quede nada en ella que resulte reprensible.
>
> GROSSMAN : Borís Nikoláyevich, yo no tengo la menor intención de despojar mi novela de esos aspectos peligrosos. [3]

Aunque tanto Konstantín Símonov (editor jefe de *Novi Mir* hasta febrero de 1950) como Aleksandr Tvardovski (el reemplazo de Símonov como editor jefe de la revista) y Alexander Fadéyev (secretario general de la Unión de Escritores Soviéticos durante la mayor parte del período entre 1937 y 1954) parecen haber admirado realmente *Stalingrado* , la publicación de la novela fue repetidamente pospuesta. Las demandas hechas por Fadéyev y Tvardovski van desde las más triviales hasta las más demoledoras. En un momento dado, se dice que Tvardovski sugirió que Grossman debería convertir a Shtrum en el jefe de un Comisariado militar en lugar de un físico; en respuesta, Grossman le preguntó qué puesto debería dar a Einstein. [4] En otra ocasión, se pidió a Grossman que eliminara todos los capítulos «civiles». En tres ocasiones las planas de la novela estuvieron listas para la imprenta, pero en cada una de ellas se revocó la autorización de imprimirla y se destruyeron los tipos. No obstante, parece ser que, al menos en dos de estas ocasiones, algunas pocas copias ya estaban impresas. La entrada del 30 de abril de 1951 en el diario de Grossman dice: «Gracias a la espléndida actitud de camaradería de los

técnicos y los empleados de la imprenta, la nueva composición tipográfica se llevó a cabo con una velocidad fabulosa. Ahora tengo en mis manos una nueva copia: segunda edición; tirada de impresión: 6 ejemplares».

La razón de la extrema precaución que mostraron los editores de Grossman estribaba en la condición de mito sagrado que había adquirido la victoria soviética en Stalingrado, un mito que legitimó el gobierno de Stalin. Por lo tanto, no había lugar para el más mínimo error político. Así, Tvardovski y Fadéyev consideraron necesario pedir la aprobación de una variedad de organismos diferentes: el Sindicato de Escritores; la Sección Histórica del Estado Mayor; el Instituto de Marx, Engels y Lenin; y el Comité Central del Partido Comunista. Temían ofender a generales de alto rango. Tenían miedo de ofender a Jrushchov, que en las primeras versiones aparecía en su papel de principal comisario político en Stalingrado. Sin duda, estaban aún más preocupados por la reacción del propio Stalin.

En diciembre de 1950, el propio Grossman le escribió a Stalin. Su carta termina con estas palabras: «El número de páginas que alcanzan las reseñas, los estenogramas, las resoluciones y las recomendaciones ya se acerca al de la propia novela y aun cuando todos se manifiestan a favor de la publicación todavía no se ha pronunciado la última palabra. Le ruego encarecidamente que me ayude a resolver la cuestión del destino de este libro que considero como la obra fundamental de mi vida en cuanto escritor». [5] Stalin, al parecer, no respondió a la carta. Tampoco lo hizo Gueorgui Malenkov, uno de los dirigentes más próximos a Stalin, a quien Grossman escribió en octubre de 1951. [6] Sin embargo, después de una última oleada de nuevas sugerencias para el título, que incluían *En el Volga* , *El pueblo soviético* y *Una guerra popular* », [7] la novela fue finalmente publicada en los números de julio-octubre de 1952 de *Novi Mir* . En una carta a Fadéyev, Grossman escribió: «Estimado Aleksandr Aleksándrovich [...] Incluso después de haber sido publicado y haber visto reeditados mis textos durante tantos años, me sentí más profunda e intensamente conmovido al ver la edición de julio de la revista, que cuando vi mi primer relato [“En la ciudad de Berdíchev”] en *Literatúrnaya Gazeta* ». [8]

*

Además de las tres ediciones diferentes publicadas de la novela, en el Archivo Estatal Ruso de Literatura y Arte (RGALI) están registradas once versiones más, algunas completas y otras parciales. La primera de ellas es un manuscrito, casi ilegible debido a la mala escritura de Grossman y la gran cantidad de correcciones que le hizo. La siguiente de las versiones no consta ya, inexplicablemente, en el archivo y ni siquiera se sabe si se trataba de un manuscrito o una copia mecanografiada. La tercera versión, por lo tanto, es la primera versión legible que tenemos. Es una copia mecanografiada bastante limpia, con revisiones hechas a mano, y no parece diferir mucho del manuscrito original. Esta versión también es más audaz y más intensa que las versiones posteriores y merece ser publicada en su totalidad.

Las versiones cuarta y quinta incorporan tanto las sugerencias editoriales como los cambios introducidos por el propio Grossman. Estas versiones son menos audaces, pero todas las líneas principales de la trama todavía están presentes en ellas. Una característica importante de la quinta versión es la adición de un capítulo conmovedor, el relato del último día de Tolia Sháposhnikov antes de ser herido de muerte, que no aparece en ninguna de las versiones anteriores. La sexta versión es la que más se atiene a la ortodoxia soviética de todas. La mayoría de los capítulos sobre Víktor Shtrum y los Sháposhnikov han sido suprimidos y se ha añadido mucho texto sobre Stalin y su rol histórico. Curiosamente, los editores de Grossman parecen haberse dado cuenta de que la precaución de la que habían hecho gala había debilitado la novela. Así, tanto las galeradas posteriores como las ediciones publicadas no se basan en esta sexta versión, sino en la quinta, mucho menos editada.

Las versiones posteriores que contiene el RGALI son galeradas y pruebas de imprenta para la publicación proyectada, pero cancelada, de la novela en *Novi Mir* en 1950, para la publicación efectiva en *Novi Mir* en 1952 y para la publicación en forma de libro en 1954. La más interesante de todas ellas es la llamada «novena versión», que contiene una docena de capítulos que se agregaron, en 1951, a las galeradas de 1950, que no fueron utilizadas. Es en esa versión donde Chepizhin e Iván Nóvikov (el hermano del coronel Nóvikov empleado en una mina de carbón) aparecen por primera vez.

Sabemos que la creación de esos dos personajes no fue una decisión que Grossman adoptara por sí mismo. En enero de 1951, Alexander Fadéyev informó a Grossman y a Tvardovski de que el Comité Central había

expresado una «alta opinión sobre la novela» y propuso que la Unión de Escritores y *Novi Mir* «decidieran conjuntamente la cuestión de su publicación». Poco después, Fadéyev envió a Grossman una serie de demandas. Debía agregar nuevos capítulos en los que se mostrara el heroico trabajo que se llevó a cabo en las minas y fábricas en Siberia y los Urales durante la guerra, insertar la opinión oficial corriente sobre la alianza con Inglaterra y los Estados Unidos (véase, más adelante, la nota relativa al capítulo 23), y eliminar completamente el personaje de Víktor Shtrum. Esta última demanda fue claramente motivada por el antisemitismo oficial. A esas demandas Grossman respondió: «Estoy de acuerdo con todo, excepto con suprimir a Shtrum». Entonces Tvardovski sugirió un compromiso ingenioso: convertir a Shtrum en el subordinado de un físico ruso de fama mundial. Grossman aceptó esta sugerencia e introdujo el personaje de Chepizhin.

Sin embargo, sería un error suponer que, por el hecho de haberle sido impuestas a Grossman, estas nuevas secciones son menos valiosas que el resto del libro. Grossman demostró tener un don notable por darle la vuelta a una imposición externa y volverla en favor de su propia obra. Él mismo había trabajado como ingeniero encargado de la seguridad en una mina de la cuenca minera del Donbass. Su primera novela, *Glückauf* , está ambientada precisamente allí, y de la lectura de sus notas de viaje a Armenia se desprende que recordaba aquellos años con orgullo. De modo que no hay ninguna razón para pensar que se mostrara reacio a añadir estos capítulos. Todos ellos son extremadamente potentes y la imagen de la URSS en guerra que ofrece Grossman habría estado incompleta sin ellos.

Muchas de las páginas dedicadas a Chepizhin son igualmente vívidas. La mención a sus conferencias es con toda probabilidad otro de los tributos de Grossman al físico Lev Shtrum. El reciente redescubrimiento de la vida y la obra de Lev Shtrum otorga una intensidad añadida a pasajes como este: «[Estas] fórmulas que escribía en la pizarra… semejaban frases preñadas de significado que hablaban sobre las dudas, la fe y el amor humanos. [...] Tal vez debieran conservar aquella pizarra como si fuera un manuscrito de incalculable valor».

*

Un editor o traductor debe optar por una de las muchas versiones de Grossman. El camino más simple sería seguir la edición de 1956. Es la mejor de las tres ediciones publicadas. El año 1956 marca el comienzo del deshielo de Jrushchov, el período relativamente liberal que siguió a la muerte de Stalin en 1953. Ese clima le permitió a Grossman restablecer muchos pasajes que habían sido omitidos en 1952 y 1954. Después, en las reediciones de 1959 y 1964 apenas hizo escasos y pequeños cambios, mientras que la trama de *Vida y destino* comienza donde termina la versión de 1956, sin conflictos ni inconsistencias. Hasta hoy, todas las reediciones rusas y todas las traducciones de *Stalingrado* han seguido la edición de 1956.

La principal desventaja de seguir esta edición es que, aunque más completa que las dos anteriores, todavía omite muchos de los pasajes más ingeniosos, imaginativos y curiosos de la tercera versión inédita. Por mucho que se la ensalce, es difícil hacer justicia a la audacia de esta primera versión manuscrita. Grossman fue tan atrevido a finales de la década de 1940, cuando pensó que podía publicarla, como lo fue a finales de la década de 1950 creyendo que podría publicar *Vida y destino* . Sería completamente imperdonable que continuáramos omitiendo muchos de los mejores pasajes de la escritura de Grossman.

Un problema secundario con la edición de 1956 es que, en algunos momentos, se resiente de la censura que se ejerció sobre la figura de Stalin en las décadas posteriores a su muerte. El ejemplo más evidente de esta variante particular de la censura soviética se refiere al tratamiento que da Grossman a la orden de Stalin de 28 de julio de 1942, poco antes del comienzo de la batalla de Stalingrado. Esta orden, todavía hoy controvertida, con su divisa «Ni un paso atrás», prohibió cualquier retirada y decretó la pena de muerte para «los rezagados, los cobardes, los derrotistas y otros malhechores». En la tercera versión, y en las ediciones de 1952 y 1954, Grossman retrata a Krímov leyendo la orden de Stalin con profunda alegría. Este breve capítulo es el clímax de una larga secuencia de capítulos en los que vemos a Krímov rabiando por lo que ve como una aceptación general e irreflexiva de una retirada soviética que no parece tener fin. Este es un asunto crucial para la estructura de la novela. Y no obstante, dado que el rol de Stalin es tenido, en esta ocasión, como totalmente positivo, el capítulo fue omitido en 1956. Es difícil pensar que Grossman no hubiera querido restablecerlo.

*

La tercera versión de *Stalingrado* merece ser publicada en su totalidad, tanto en ruso como en otros idiomas, de la misma manera que hoy se publican los primeros borradores de obras como *Guerra y Paz* . Desafortunadamente, a pesar de su brillantez, esta versión es solo un borrador; no es una novela terminada. Una línea de la trama –el *affaire* de Víktor y Nina– simplemente se difumina sin explicación alguna. No es esa la única inconsistencia. No fue hasta la quinta versión de la novela que Grossman diferenció claramente a Nóvikov y Darenski; en las primeras cuatro versiones, en lugar de dos personajes distintos, sólo hay uno, llamado a veces Nóvikov, a veces Darenski. Algunos pasajes largos relacionados con este carácter compuesto se repiten literalmente, cientos de páginas después.

También hay conflictos entre esta tercera versión y la trama de *Vida y destino* . En la tercera versión, Vera no se queda embarazada e Ivánikov entrega a Mostovskói su ensayo sobre la inutilidad de la bondad humana mientras ambos están todavía en Stalingrado. En *Vida y destino* , en cambio, Vera ha dado a luz a un niño e Ivánikov (llamado allí Ikónnikov) no muestra su ensayo a Mostovskói en Stalingrado, sino en un campo de prisioneros de guerra alemán, probablemente Dachau.

Otra razón para no considerar esta versión como la definitiva es que muchas de las revisiones posteriores de Grossman valieron la pena. Se le exigió que eliminara muchos pasajes estupendos, pero también omitió pasajes aquejados de un innecesario exceso verbal, confusos o plagados de detalles innecesarios. Entre los capítulos que agregó no sólo se cuentan los relativos a la minería y el que contiene el relato del día en que Tolia asumió el mando de una batería de artillería. También están los capítulos en los que Maria Vavílova trabaja en los campos, Aleksandra se relaciona con la hidroeléctrica y Mostovskói y Sofia caen en manos de los alemanes.

*

La tercera versión y la edición de 1956 son las dos fuentes textuales más importantes de la novela, pero ninguna de ellas es plenamente satisfactoria por sí sola. Es por ello que para esta traducción hemos recurrido a ambas.

Con respecto a la trama general y el orden de los capítulos, hemos seguido la edición de 1956, pero hemos restablecido varios cientos de pasajes –algunos de tres o cuatro palabras; otros de varias páginas–, tomados de la tercera versión. Y donde se agregaron capítulos completamente nuevos en una etapa posterior, por ejemplo, los capítulos sobre la minería de carbón, también hemos recurrido a las versiones mecanografiadas en las que aparecieron por primera vez.

Con el propósito de evitar cualquier subjetividad excesiva por nuestra parte, hemos buscado guiarnos en todo momento por dos pautas. Primero, la de no restablecer ningún pasaje que pudiera generar conflictos en el curso de la trama. Segundo, no restablecer ningún pasaje a menos que tuviéramos buenas razones para pensar que fueron los editores de Grossman, y no el propio Grossman, los responsables de su omisión en las ediciones publicadas. Había, por supuesto, casos muy complicados, como sucedía con los pasajes que Grossman podría haber optado por omitir en aras de la concisión, pero en los que era igualmente posible que sus editores pudieran haber encontrado algo cuestionable y la omisión se debiera exclusivamente a ellos.

La tarea de restaurar fielmente la novela de Grossman, como se restaura una pintura dañada, es, sin duda, teóricamente imposible. En la práctica, sin embargo, es menos difícil de lo que uno podría imaginar. El primer paso fue llevar a cabo una comparación detallada de las tres ediciones principales publicadas. Esto nos dio una idea clara de la naturaleza de los desacuerdos entre Grossman y sus editores, permitiéndonos ver qué es lo que más perturbaba a los últimos y qué pasajes le importaban tanto a Grossman que hizo todo lo posible para restablecerlos cuando se le ofreció la oportunidad.

Estas tres ediciones constituyen un recurso único para el estudio de la censura soviética. Hay, por supuesto, casos en los que las omisiones (principalmente en 1952) y las reinserciones (principalmente en 1954 y 1956) se deben a cuestiones de evidente sensibilidad política: críticas a los koljoses y alusiones a derrotas militares o a los campos de trabajo. Con mayor frecuencia, sin embargo, las diferencias entre las ediciones son menos una cuestión de sustancia que de tono. Muchos de los pasajes omitidos en 1952 no podrían haber sido interpretados como antisoviéticos; simplemente deben haber sido considerados demasiado tontos o frívolos para una novela sobre un tema tan épico como la batalla de Stalingrado. Durante los últimos años del régimen de Stalin, sobre esos asuntos sólo era

aceptable el estilo más solemne. Los soldados o funcionarios soviéticos no podían ser retratados comportándose de manera infantil o egoísta en un momento de tamaña importancia militar. También imperaba un fuerte tabú sobre cualquier mención manifiesta de delitos menores. En la tercera versión y en la de 1956, la lata de Seriozha fue «robada» (*ukrali*) el día en que se graduó de la escuela militar; en las ediciones sometidas a correcciones más firmes en 1952 y 1954, «desapareció» (*propal*). La misma sustitución se hizo en la escena en la estación de Kazán, cuando le roban el dinero y los documentos a una koljosiana. El tabú en las menciones a piojos, pulgas, chinches y cucarachas parece haber sido igualmente fuerte. No hay duda de que Andréi Siniavski, uno de los primeros y más importantes disidentes soviéticos, tuvo razón al definir el realismo socialista como una versión del neoclasicismo del siglo XX . [9]

Un pasaje sobre el mayor Beriozkin ilustra perfectamente esto:

> En verano de 1941 el mayor combatió en los bosques bielorrusos y ucranianos, sobrevivió a las adversidades de los primeros días del conflicto y fue testigo de toda clase de horrores. Era tímido y callado, y escuchaba anécdotas sobre la guerra con una sonrisa contenida mientras se deleitaba en sus pensamientos: «Ay, hermanos, lo que yo he vivido y sé no puede contarse ni escribirse».
>
> Sólo cuando se encontraba con algún mayor tan taciturno, tímido y curtido como él, a quien reconocía como su semejante por detalles en los que sólo él podía reparar, entablaba con aquél una conversación cordial:
>
> –¿Se acuerda de aquel general vestido con el uniforme completo y todas sus condecoraciones que llevaba una cabra atada con una cuerda mientras intentaba atravesar el cerco del enemigo? Un par de tenientes le preguntaron en mitad de una ciénaga si se guiaba por una brújula y él les respondió: «En absoluto, me dejo llevar por la cabra».

El general está actuando de manera correcta y valiente. No se quita el uniforme y las medallas, a pesar de que pueden atraer la atención de los soldados alemanes. Además, es inteligente e ingenioso: sabe que primero lo sacará una cabra que una brújula del pantano. Sin embargo, no resulta digno que un general soviético confíe su vida a una cabra. Hay otros elementos conspicuos en estos párrafos: ¿se abstiene Beriozkin de contar lo que vio en el verano de 1941 debido a los «horrores» que menciona o será más bien porque lo que contaría no podría encajar en el relato oficial?

Con todo, el último párrafo fue omitido en 1952 y 1954. Afortunadamente, Grossman pudo recuperarlo en la edición de 1956. La tercera versión incluye muchos otros ejemplos de la mejor escritura de

Grossman que nunca pudo publicar. Ha sido un placer incluirlos en esta traducción, y así devolver a la novela gran parte de su fuerza original, su humor y su vigor. Como Antón Chéjov, a quien adoraba, Vasili Grossman es, entre muchas otras cosas, un gran escritor satírico.

*

La mayoría de los personajes de Grossman siguen siendo básicamente los mismos tanto en la tercera versión como en las ediciones publicadas. Sin embargo, hay algunas alteraciones importantes.

Primero, hay tres personajes que tuvieron que ser eliminados total o parcialmente de *Stalingrado* . Grossman los incluyó más tarde a todos en *Vida y destino* . En la tercera versión, Jenny Guenríjovna, la ex institutriz alemana de Liudmila y Marusia, vive con los Sháposhnikov en su apartamento de Stalingrado. Grossman mostró un gran atrevimiento haciendo que la familia central de la novela albergara a una alemana, cuando la Wehrmacht se acercaba a Stalingrado en el verano de 1942. No es de extrañar que haya tenido que eliminar todos los pasajes sobre Jenny Guenríjovna. A nosotros nos hubiera gustado restablecerlos, pero esto habría generado conflictos con la historia de *Vida y destino* .

El segundo personaje a quien Grossman trasladó a *Vida y destino* es Vladímir Sharogorodski, el poeta e historiador ruso que, como Jenny Guenríjovna, integraba el círculo de relaciones de Zhenia en Kúibishev (*Vida y destino* , I, 25). Sharogorodski era demasiado aristócrata y ferozmente antisoviético como para ser incluido en las ediciones publicadas de *Stalingrado* . Sin embargo, a diferencia de Jenny Guenríjovna, desempeña un papel indispensable en la trama. Es él quien presenta a Ivánikov/Ikónnikov a Mostovskói, permitiendo así que la última carta de Anna Semiónovna llegue a la familia de Víktor desde el gueto de Berdíchev. Incapaz de eliminar por completo a Sharogorodski de la novela, Grossman lo dividió en dos figuras separadas. De tal manera, tenemos al Sharogorodski de *Vida y destino* , y a Gagárov, una versión más aceptable y menos antisoviética de Sharogorodski, a quien nos encontramos en las ediciones publicadas de *Stalingrado* .

El tercer personaje al que Grossman tuvo dificultades para incluir en *Stalingrado* es el propio Ivánikov. En la tercera versión Ivánikov es una presencia importante, pues es el portador de dos documentos de enorme

peso como respuesta al Holocausto. Ivánikov no sólo lleva la última carta de Anna Semiónovna a través de la línea del frente, sino que también muestra a Mostovskói su ensayo sobre la inutilidad de la bondad. La lectura de esas páginas impactó fuertemente a Mostovskói.

Resulta evidente que Grossman sabía que el ensayo de Ivánikov era impublicable. De ahí que lo retirara de *Stalingrado* , posiblemente ya con la esperanza de incluirlo más tarde en *Vida y destino* . El ensayo aparece en la quinta versión de *Stalingrado* , pero no en la sexta. Tampoco se lo menciona en ninguna de las actas de las reuniones editoriales. Con todo, Ivánikov, como Sharogorodski, juega un papel necesario en la trama y Grossman no podía eliminarlo por completo. Lo que hizo fue rebajar su importancia. De ese modo, el lector no conoce a Ivánikov. Simplemente escucha a Gagárov hablando de él. Del ensayo, entretanto, no se dice palabra.

En *Vida y destino* , Ikónnikov –que es como Grossman ha rebautizado a Ivánikov– recupera su importancia. Aquí su ensayo está incluido en su totalidad y se lo ve debatir con el sacerdote católico Guardi y el viejo bolchevique Mostovskói, haciéndoles notar que, en lo que a la responsabilidad moral personal respecta, sus puntos de vista son indistinguibles. Tanto Guardi como Mostovskói creen que pueden ser eximidos de responsabilidad por sus acciones. Guardi confía en el perdón de Dios y Mostovskói cree que sus acciones están determinadas por fuerzas históricas, económicas y políticas tan determinantes como lo sería el poder del Dios de los católicos. Ikónnikov, por el contrario, adopta una posición que podríamos considerar afín al protestantismo. Reclama tener libre albedrío y, por lo tanto, se considera responsable de sus acciones, con independencia de la presión externa a la que esté sometido. Más adelante, al negarse a trabajar en la construcción de una cámara de gas, lo que equivale a dictar una condena a muerte contra sí mismo, Ikónnikov demostrará su plena fidelidad a sus palabras.

*

Al realismo socialista le gustan la integridad y el decoro. Los personajes positivos deben ser completamente positivos y los personajes negativos, completamente negativos. Luego, hay poco espacio para la mezquindad, los excesos y la frivolidad, y lo hay aún menos en una novela sobre la batalla

de Stalingrado. De ahí que casi todos los personajes de Grossman sean algo menos complejos y algo más estereotipados en las ediciones publicadas que en la tercera versión. Originalmente, Grossman los concibió más complejos y con aristas más agudas. Vera es una mujer más ruda. Zhenia, más impredecible. Abarchuk es más fanático y Marusia se muestra aún más dura cuando reprende a Tókareva, la directora del orfanato, o cuando polemiza sobre arte con Zhenia. También las peleas de Víktor y Liudmila son más amargas y el romance que Víktor mantiene con Nina tiene un carácter sexual y no meramente platónico. Es muy probable que Zina Mélnikova, la amiga de Vera, tuviera un romance con un oficial alemán. En cuanto a los personajes menores, hay entre ellos más casos de mal comportamiento, embriaguez y comisión de pequeños delitos.

En la mayoría de los casos, hay pocas dudas de lo que Grossman hubiera preferido. Las peleas entre Víktor y Liudmila, por ejemplo, son de obvia importancia tanto para *Stalingrado* como para *Vida y destino* . En las ediciones publicadas de *Stalingrado* , Aleksandra Vladímirovna es un personaje bastante plano; en la tercera versión, Grossman nos cuenta más sobre su pasado y esto la convierte en un personaje más profundo y convincente. Evidentemente, Grossman se vio obligado a omitir tanto las alusiones a su padre, un rico comerciante, como también los pasajes acerca de los años que vivió en Europa occidental. Las versiones publicadas de los capítulos en los que figura Zina Mélnikova son aún más insatisfactorias, porque en la mayoría de los casos se eliminaron las referencias a su comportamiento sospechoso, lo que dificulta entender la desaprobación que encontraba en las hermanas Sháposhnikov.

Por lo tanto, siempre que nos resultó posible, recuperamos los detalles más interesantes e inesperados que encontramos en la tercera versión. Con respecto a la aventura de Víktor con Nina, no obstante, hemos permanecido más próximos al texto de la edición de 1956. Algo semejante nos sucedió con Jenny Guenríjovna: resultaba imposible seguir la tercera versión sin generar confusiones en el curso de la trama de la novela.

*

En su carta a Stalin de diciembre de 1950, Grossman escribió que ya había casi tantas páginas de reseñas, estenogramas, resoluciones, etc., como páginas en la propia novela. Un estudio exhaustivo de las cuatro principales

versiones mecanografiadas y las tres ediciones publicadas podría, fácilmente, ser aún más largo. Nos limitaremos, pues, a una breve mención, capítulo por capítulo, de las diferencias más sorprendentes entre ellas.

PRIMERA PARTE

1-2. Estos capítulos fueron omitidos en 1952 y 1954. En la tercera versión y en la edición de 1956 son idénticos.

3-5. Similares en todas las variantes. Algunos de los aspectos más sombríos de la vida de los campesinos soviéticos, los detalles acerca del trabajo agotador de Vavílov, el dolor de la familia por la vaca muerta, la escasa comida que Vavílov se lleva en la mochila e incluso la mención a las cucarachas fueron tomadas de la tercera versión. El párrafo que comienza: «Vavílov veía la guerra como una enorme catástrofe personal» igualmente procede de esta versión. También han sido tomados de ella las críticas más punzantes de Pújov, su actitud positiva hacia los alemanes y el pasaje sobre la pérdida de sus hijos. Y también lo fue gran parte del retrato del corrupto presidente del koljós. Una versión condensada de estos capítulos fue incluida en *Por el Volga* (1949).

6. La mención de que Sofia y Aleksandra se conocieron en París y Berna proviene de la tercera versión. Este es uno de los muchos casos en los que las ediciones publicadas omiten mencionar las vidas anteriores de los personajes en Europa occidental. También hemos seguido esta versión para los detalles de los alimentos consumidos en la cena. En las ediciones publicadas, la comida es más modesta: no hay mantequilla, esturión o caviar, y sólo se sirve medio litro de vodka.

7. En general, los editores de Grossman parecen haber querido suavizarlo y uniformarlo todo. Cualquier aspecto cómico o absurdo en la tercera versión, lo resulta menos en las ediciones publicadas. Así, por ejemplo, en las versiones publicadas de este capítulo no se menciona la ambición de Seriozha de eclipsar tanto a Newton como a Einstein. Y, como ya se mencionó, en la tercera versión y en 1956, la marmita de campaña de Seriozha fue «robada», mientras que «desapareció» en las de 1952 y 1954.

8. La mayor parte del análisis sociológico que Mostovskói hace de la habitación de Aleksandra proviene de la tercera versión. En las ediciones publicadas, sólo dice que los libros (Marx, Hegel y Lenin) y los dos retratos

le recuerdan su apartamento en Leningrado. No menciona ni a su padre comerciante ni a su próspero yerno. Y en las ediciones publicadas, Aleksandra es intensamente positiva. En lugar de terminar uno de sus discursos a Mostovskói mencionando «las tinieblas que se ciernen sobre nosotros», dice: «No, no, detendremos a los fascistas. Por supuesto que los detendremos».

9. Para el discurso de Mostovskói sobre Anteo, no hemos seguido la edición de 1956, sino las ediciones de 1952 y 1954. En 1956, el editor había suprimido la mención a Stalin y Mostovskói comenzaba diciendo: «Seguro que todos recordaréis el mito acerca del gigante Anteo». Tal cosa carece de sentido. Mostovskói no traería repentinamente a colación un mito griego si Stalin no lo hubiera mencionado poco antes en un discurso público. La eliminación de la mención de Stalin es un claro ejemplo del afán de los editores de Grossman por reducir a la mínima expresión las referencias a éste, después de las críticas que Jrushchov le hizo en 1956.

Para la evocación de los pasteles que hace Aleksandra hemos seguido la tercera versión. En esos pasajes, como inadvertidamente, se hace patente que el exilio bajo el régimen zarista fue mucho más soportable que en los años soviéticos. Este pasaje fue omitido en 1952 y 1954. Después, se incluyó en 1956, pero severamente abreviado. Los recuerdos de Mostovskói de su comida de Pascua en la cárcel también fueron omitidos de las ediciones publicadas.

En las ediciones publicadas, los amigos de Vera no toman prestados ejemplares de libros de Conan Doyle o Rider Haggard, sino de *Así se templó el acero* , de Nikolái Ostrovski (1904-1936). Un clásico del realismo socialista, esta novela se publicó por primera vez por entregas en 1932-1934. No debía ser difícil guardar varios ejemplares de ese libro. Conan Doyle era un autor genuinamente popular en aquel momento, a pesar de cierto grado de desaprobación oficial.

Para las dos últimas páginas de este capítulo, desde «En la mesa se hizo el silencio» hasta «todos se volvieron a mirarlo», hemos seguido la tercera versión. A Grossman lo irritaba claramente el aire de sospecha con el que el poder soviético miraba a los cientos de miles de hombres que fueron rodeados por los alemanes durante el primer año de la guerra. Muchos de ellos fueron enviados a batallones de castigo, sentenciados a años en los campos o fusilados. Las ediciones de 1952 y 1954 omiten las palabras de

Kovaliov sobre los burócratas que colaboran con los alemanes; la edición de 1956 incluye este pasaje, aunque muy atenuado.

Las sombrías palabras de Andréyev sobre la verdad proceden de la tercera versión.

10. Aquí hemos seguido la edición de 1956. En la tercera versión, Tolia, cuando juega con el gato, no imita la voz de Marusia sino la de Jenny Guenríjovna. Y las ediciones de 1952 y 1954 omiten las líneas en las que Tolia embiste al gato llamándolo «¡toro!». Evidentemente, esto fue considerado demasiado tonto para una novela sobre un tema tan importante como la batalla de Stalingrado.

11. La crítica de Pável Andréyev al internacionalismo de Mostovskói, asimilándolo a las enseñanzas de Cristo, proviene de la tercera versión.

12. La mención del filósofo anarquista Mijaíl Bakunin proviene de la tercera versión. Incluso las menciones al lago de Ginebra y la tumba de Marx en Londres, presentes en la versión mecanografiada, se publicaron por primera vez sólo en 1954. Evidentemente, en 1952 se consideró más seguro omitir todas las referencias a los años del exilio de Mostovskói en Europa occidental, como si ello pudiera dotarlo de un perfil demasiado cosmopolita y menos ruso.

13. En relación con el gusto de Agripina por el vodka, sus palabras sobre las catedrales «llenas a rebosar» y las quejas envidiosas sobre Mostovskói, hemos seguido la tercera versión. En las ediciones publicadas no se mencionan los viajes de Mostovskói al Cáucaso y su pensión es de sólo mil rublos. Los últimos párrafos se suavizan, omitiendo la palabra «puta», la sugerencia de que una mujer puede estar haciendo señales a los alemanes y la amenaza de pegarle un tiro.

14. Similar en todas las versiones.

15. La naturaleza de la herida de Sítnikov y la sospecha con la que fue tratado provienen de la tercera versión. La descripción de Víktorov en la camilla también sigue la tercera versión. Una versión condensada de este capítulo fue incluida en *Por el Volga* (1949), donde su ropa interior está «sin lavar».

16. Este capítulo sobre Aleksandra aparece por primera vez en la quinta versión. Tal vez represente una cesión de Grossman a sus editores, que pueden haberle exigido que enfatizara la empatía de Aleksandra con los trabajadores soviéticos. Sin embargo, sería un error desestimarlo por este motivo. Grossman, como siempre, iba a escribir con sinceridad, y una parte

de esa veracidad fue considerada claramente inaceptable. El párrafo sobre la influencia «alevosa» de la química, por ejemplo, se omitió tanto en 1952 como en 1954. El párrafo sorprendentemente audaz sobre Dmitri Sháposhnikov, presente en la quinta versión, también se publicó por primera vez sólo en 1956. En las ediciones anteriores, Dmitri muere de un ataque al corazón provocado por «graves disgustos» (*krupnye nepriyatnosti*) en el trabajo. Su esposa, la madre de Seriozha, se va a trabajar al extremo norte y sólo después de que Seriozha pillara dos veces la neumonía allá, acepta dejarlo vivir con Aleksandra en Stalingrado. En la quinta versión, Grossman afirma que Dmitri estaba trabajando en el Canal del Mar Blanco. Los editores de Grossman pueden haberle exigido que omitiera esto por razones políticas, pero la mención del canal, en cualquier caso, habría sido anacrónica. Dmitri fue arrestado en 1937 y el Canal del Mar Blanco, el primero de los principales proyectos de trabajo esclavo de Stalin, se construyó entre 1931 y 1934. Sin embargo, la edición de 1956 aún conserva un ligero rastro del Canal del Mar Blanco: «Caminó por la orilla desierta, en cuyas piedras rompían las olas de blancas crestas, mientras en lo alto, por encima de sus canas chillaban las gaviotas...».

17. Este capítulo no está presente en la tercera versión y aún no hemos podido establecer en qué versión aparece por primera vez.

18. Una página completa de este capítulo, a partir del momento en que Marusia dice: «Pues, precisamente, deberías pintar carteles…», procede de la tercera versión. Ni el debate sobre la verdad, ni las historias de Zina acerca de Kiev, ni la discusión sobre la posibilidad de que Aleksandra permanezca en Stalingrado aparecen en las ediciones publicadas.

19. Similar en todas las versiones. Algunas de las disculpas de Nóvikov y las menciones humorísticas de su disposición a subordinarse a Zhenia proceden de la tercera versión. Evidentemente, un coronel soviético no se debía subordinar nunca a una mujer.

20. El párrafo sobre la extrema corrección de Nóvikov y su manera de ser «justo como una balanza de boticario» procede de la tercera versión.

21. El énfasis en el sentido de la vergüenza de Nóvikov proviene de la tercera versión. Esta versión también incluye varias páginas del cuaderno de Nóvikov. Algunas de las reflexiones de Nóvikov fueron entregadas más tarde a Darenski e incorporadas en las ediciones publicadas (III, 6) como parte de *su* cuaderno de notas.

22. Similar en todas las versiones.

23. Al comienzo del capítulo hemos omitido un largo resumen de acontecimientos militares, que ocupa casi una página entera de las ediciones publicadas y no aparece en la tercera versión. En 1952 y 1954, las derrotas soviéticas recogidas en ese fragmento son achacadas a la negativa de los Aliados de abrir un segundo frente. Esta idea de la línea oficial soviética se suprimió en 1956. Las cucarachas «que correteaban sobre los mapas» y el secretario que anotaba en el acta de la reunión decisiones «que nunca se llevarían a cabo» proceden de la tercera versión. El párrafo que comienza diciendo «La velocidad de la retirada los obligaba…», con la vívida imagen de Nóvikov como un proyeccionista de cine, también proviene de esta versión, al igual que la referencia a Heráclito cerca del final del capítulo.

24. Parte del relato acerca del regimiento del mayor Beriozkin, que está avanzando hacia el oeste ¡bajo las órdenes del mayor Beriozkin!, y la mención a las mujeres que miraban a los hombres «como a mártires» procede de la tercera versión. La crítica de Nóvikov a Bíkov, cuando dice que es como un científico explicando cómo y por qué un bote está yéndose a pique, cuando debería intentar tapar los agujeros del casco, también procede de esta versión.

25. Este capítulo, presente en una forma ligeramente diferente en la tercera versión, se publicó por primera vez sólo en 1956. Pero en 1956 Cheprak es mucho más positivo cuando se despide de Nóvikov. En lugar de decirle: «Lo matarán», le dice: «Creo que es una buena decisión».

26. Tres pasajes importantes de este capítulo proceden de la tercera versión: la noticia de que Timoshenko se dio un baño en el Volga, las líneas en las que se sostiene que sus hombres «perdieron la confianza en sí mismos y la fe en el futuro» y los dos párrafos sobre la participación en «un ritual simbólico».

27. Similar en todas las variantes, aunque las ediciones publicadas omiten muchos detalles interesantes. Por ejemplo, lo relativo al científico que sostiene que su vida era «muy importante para el desarrollo de la ciencia», los baños con hojas de pino y «las terapias con luz, impulsos eléctricos y agua» que se daba Liudmila y el trueque al que se entregaba la empleada doméstica Varia en el mercado.

28. Este capítulo, severamente editado, fue publicado por primera vez en 1956. Entre los detalles que hemos tomado de la tercera versión están las bromas de los estudiantes sobre la importancia del origen social adecuado, el pasaje sobre la coincidencia de Sofia y Aleksandra en París y su

convencimiento de la imposibilidad de erradicar el contagio de la ideología burguesa de la mente de cualquier persona que tenga un padre o un abuelo burgués… y sus palabras, cautelosas, aunque ominosas, sobre lo que se debería hacer con tales personas. También proviene de la tercera versión el comentario de Aleksandra sobre quienes «son incapaces de conciliar el amor por la humanidad con el amor por una persona concreta».

29. Similar en todas las variantes, aunque el párrafo aparentemente inocuo que comienza diciendo: «Tenía la impresión de que ninguna otra madre sentía por sus hijos lo mismo que ella» se publicó por primera vez sólo en 1956. Indudablemente, se consideró demasiado tonto para ser incluido en una novela con tal aire épico.

30. Aquí hemos seguido la edición de 1956. La tercera versión es similar, pero contiene un mayor número de detalles. El amor y la preocupación de la madre de Víktor por su bienestar son aún más obsesivos. El piso de Olga Ignátievna es aún más exótico y su acuario aún más espléndido. Parte de la discusión entre Víktor y el director del Instituto de Física, concretamente los seis párrafos a partir de «Iván Dmitrievich, ¿cómo pueden unos pobres pecadores…?», se omitió en 1952 y 1954.

31. En la tercera versión, la disputa entre Víktor y Liudmila es mucho más agria que en las ediciones publicadas. Aquí nos hemos quedado más cerca de la tercera versión, tomando de ella las ocho frases que van desde «A veces necesito la compasión de tu corazón» hasta «discusiones y desencuentros entre ellos».

32. Los tres primeros párrafos se omitieron en 1952 y 1954, evidentemente porque enfatizan los antecedentes judíos de Víktor. Aquí y en otros lugares, la tercera versión pone más énfasis que las ediciones publicadas en la importancia que Víktor concede a la relación con su madre. El largo párrafo sobre la disposición de su madre a sacrificarse por él, por ejemplo, se omitió de todas las ediciones publicadas.

La comparación de la energía nuclear con un oso dormido o grandes peces también proviene de la tercera versión. Es probable que los editores de Grossman las consideraran extravagantes y muy alejadas del realismo que debían promover.

33. En la edición de 1952 se pone mucho énfasis, a lo largo del capítulo, en la amplitud de intereses de Chepizhin, su fama mundial y el respeto que le tenían los estudiantes. En esa primera publicación de la novela, Chepizhin no sólo jugó un «gran» papel en la formación de la visión

científica del mundo de Víktor (como se dice en la edición de 1956), sino un papel «decisivo». Los diez párrafos al final del capítulo, desde «A Shtrum se le grabó en la memoria una conversación que había mantenido con Krímov a propósito de Chepizhin…», aparecieron por primera vez en 1954. Aunque Grossman había introducido a Chepizhin con el solo objeto de satisfacer las demandas de Fadéyev, varios reseñistas de la edición de 1952 le reprocharon dar tanto espacio a la «filosofía de cuño propio» de Chepizhin. El ataque de Krímov contra Chepizhin puede haber sido introducido para contrarrestar esta crítica.

34. Algunos de los artículos en la maleta de Víktor, incluyendo el agua hervida y las botellas de medio litro de vodka para sobornos, proceden de la tercera versión. Varios de los episodios menos enaltecedores en la primera mitad del capítulo también vienen de ella. Por ejemplo, el relato que hace Víktor de su viaje en tren durante la Guerra Civil, las respuestas antipáticas de la gente a la mujer del koljós y el relato del borracho pendenciero. Debido a otros cambios en la estructura de este y de los capítulos posteriores, fue imposible restablecer otro episodio interesante de esta versión. A saber, el descubrimiento de Postóyev, en el tren, de que a él también le han robado y que la maleta con sus provisiones, incluido el pollo asado, quedó vacía.

El párrafo que comienza diciendo «Desde el compartimento contiguo…» y termina en «… entender Rusia con la mente» fue omitido en 1952 y 1954. Evidentemente, en aquellos momentos de la guerra, resultaba inaceptable sugerir que, después de una discusión seria sobre la probabilidad de que los alemanes llegaran al Volga, los rusos se arrancaran tan rápidamente con aquellas canciones alegres.

35. Alrededor de treinta líneas de este capítulo provienen de la tercera versión. Estas incluyen los pasajes sobre los telegramas por los cumpleaños, la necesidad que sentía de Anna Semiónovna de trabajar y ser financieramente independiente y las palabras en yidis que incluye en sus cartas. La supresión de estos pasajes en las ediciones publicadas debe haber sido otra de las exigencias planteadas a Grossman. Si quería mantener a Víktor Shtrum en la novela, tenía que restar espacio a su vida personal y su origen judío.

36. El relato completo de la disputa de Víktor y Liudmila proviene de la tercera versión, como también gran parte de lo que dice Maksímov acerca de la libertad de expresión en Checoslovaquia. En las ediciones publicadas,

Maksímov, en realidad, no ha escrito su artículo, sino que simplemente ha venido a hablar con Víktor sobre el fascismo. Y sus últimas palabras, sobre cómo la jardinería podría salvar al mundo del fascismo y de la guerra, se omiten.

La tercera versión no incluye el relato de Víktor escuchando el discurso de Stalin. En las ediciones de 1952 y 1954, este episodio ocupa alrededor de dos páginas, mientras que en 1956 ocupa sólo cinco líneas. Dado que este discurso tiene una gran importancia histórica y que en 1956 a Grossman lo presionaron para que minimizara el papel de Stalin en la guerra, hemos insertado de la edición de 1954 los dos párrafos a partir de «En ese punto Stalin se preguntó…». Es posible que Grossman hubiera querido recuperar una parte mayor de este discurso, pero resulta difícil saberlo con certeza.

La descripción del viaje en tren de otoño de 1941 a Kazán, presente en la tercera versión, se omitió en 1952 y 1954. Sin duda, su realismo fue visto como demasiado negativo.

37. Las tres ediciones publicadas omiten el énfasis en la importancia de los suministros de vodka de los que gozaba el hotel Moskvá. Las ediciones de 1952 y 1954 omiten el relato de las relaciones de Postóyev con el gerente del hotel. Su desvergonzada afirmación de tener derecho a los privilegios que disfrutaba debe haber desconcertado a los editores de Grossman.

Con mucho, de los cuatro científicos mencionados por el gerente del hotel el más importante es el biólogo Nikolái Vavílov, una de las muchas víctimas de las purgas de Stalin. Vavílov fue arrestado y condenado a muerte en 1941, en parte debido a sus contactos con científicos extranjeros y en parte debido a sus desacuerdos con Trofim Lysenko, un charlatán por quien Stalin sentía predilección. La sentencia de muerte de Vavílov fue conmutada a veinte años de prisión, pero en 1943 murió de hambre en la cárcel. En 1955 su sentencia fue revocada póstumamente y en la década de 1960 fue aclamado como uno de los científicos soviéticos más importantes.

Varias versiones de este pasaje difieren mucho entre sí. En la tercera versión, Grossman escribe: «El gerente del hotel podía recordar con asombrosa exactitud el número de habitaciones en las que se habían alojado Fersman, Vedenéyev y Lysenko, aunque parecía tener poca idea de cuál de ellos era geólogo y cuál metalúrgico». Grossman incluye tres nombres, pero sólo dos profesiones, evitando dignificar a Lysenko con el título de biólogo.

La versión de 1952 es mucho más corta y omite por completo este párrafo. Pero en las ediciones de 1954 y 1956, el nombre de Lysenko es reemplazado por el de Vavílov. Dado que Vavílov sólo fue rehabilitado en 1955, se trata de un movimiento atrevido por parte de Grossman. Al igual que en la tercera versión, existe un desajuste entre el número de nombres mencionados y el número de profesiones. Aquí, sin embargo, este desajuste tiene un propósito diferente, pues es la manera en la que Grossman insinúa que puede haber algo que no puede decir directamente. Vavílov ciertamente merece ser llamado biólogo, pero a los ojos del Estado es un criminal.

En la tercera versión no se menciona que Víktor y Postóyev hablaran y leyeran durante la noche. En las ediciones de 1952 y 1954 se nos dice que los dos hombres están leyendo, pero no que están leyendo un libro de Sherlock Holmes. En un momento de exaltación nacionalista, podía haber sido inaceptable que leyeran a autores extranjeros.

38. Aquí hemos seguido la edición de 1956. La tercera versión es similar, aunque la descripción del apartamento de Víktor es más detallada.

39. El párrafo sobre el malestar de Víktor proviene de la tercera versión, al igual que algunos de los detalles físicos –la piel rugosa, las manos callosas–, que muestran a Víktor el trabajo pesado y agotador que Anna Stepánovna ha estado haciendo. La oración en la que Víktor se inclina ante ella y le besa la mano también procede de la tercera versión.

40. No hay diferencias entre la tercera versión y la edición de 1956. Gran parte de los cuatro primeros párrafos se omitieron en 1952 y 1954. El énfasis de Grossman en la precaria condición del Estado ruso durante el verano de 1942 era inaceptable. El párrafo sobre las sedes de los servicios de apoyo del cuartel general proviene de la tercera versión, al igual que muchos de los pasajes de carácter más reflexivo.

41. Para este capítulo, hemos seguido la edición de 1956. En la tercera versión, Nina es más elocuente acerca de la vileza de su esposo. La obligó a abortar, y él y su madre venden comida enlatada en el mercado negro. En la tercera versión, Nina es mostrada como una mujer ingeniosa y seductora, aunque Víktor cree que es ingenua e inocente y se ve a sí mismo como un noble guerrero que se apresta a dar la cara por ella. Víktor y Nina pasan la noche juntos. Da la impresión de que estén solos en el edificio, en un mundo que sólo existe para ellos dos, mientras todo lo vulgar, mezquino y mundano ha quedado en el refugio antiaéreo.

42. Este es uno de los capítulos que Fadéyev requirió que Grossman agregara para la primera publicación de la novela en 1952. El texto mecanografiado por Grossman en la llamada «novena versión» y el que aparece en la edición de 1952 son casi idénticos. El de la edición de 1954, en cambio, difiere mucho. Las ediciones de 1954 y 1956 difieren sólo ligeramente.

El 2 de febrero de 1953, diez días antes de la publicación en el *Pravda* del demoledor artículo de Bubionov contra la novela, hubo una reunión en la oficina editorial de *Novi Mir* . A esa reunión no sólo asistió el personal de la revista, sino también escritores, críticos y destacados militares. Atentos a la dirección en la que soplaba el viento, Tvardovski y el resto de los presentes criticaron varios aspectos de la novela, incluida su representación inadecuada del papel de Stalin. Sin embargo, las críticas a la concepción «histórico-filosófica» de la novela fueron aún más encendidas. Los atacantes y defensores de Grossman fueron unánimes a la hora de sugerirle que eliminara los pasajes filosóficos «descabellados». Seis semanas más tarde, en una reunión del Presídium de la Unión de Escritores, Fadéyev se refirió a la «filosofía reaccionaria, idealista y antileninista» enunciada por Chepizhin.

A un lector de hoy, no versado en la ortodoxia marxista-leninista de la época, le puede resultar difícil comprender dónde radicaban las herejías de Chepizhin. El crítico literario Venedikt Sarnov ha sugerido, y su idea parce muy acertada, que el problema más serio de todos radica simplemente en que Chepizhin está pensando por sí mismo. Tanto Chepizhin como Grossman son culpables de expresar sus propias ideas acerca de cuestiones políticas y filosóficas sobre las que sólo Stalin y el Partido tenían derecho a pronunciarse. [10]

Evidentemente, los cambios introducidos en 1954 fueron una respuesta a las críticas formuladas en la reunión editorial de marras y en las reseñas publicadas con posterioridad. La principal diferencia entre las distintas ediciones estriba en que si en las ediciones de 1954 y 1956 es Víktor quien gana la discusión, en la de 1952 Chepizhin sale vencedor. La versión del capítulo de 1952 termina con Víktor subordinándose a Chepizhin: «De lo que quería hablarle hoy no era sólo de la metodología de mi trabajo. Tengo que confesar que me alegró que tocara cuestiones más generales de la existencia. De repente entendí con más claridad que nunca que usted ha sido mi maestro en cuestiones que rebasan el campo de la física».

Grossman introdujo al personaje de Chepizhin para satisfacer las demandas de Fadéyev. Entendió que podría mantener a Víktor Shtrum en la novela si lo convertía en el discípulo de un físico ruso de fama mundial. Resulta irónico que ello expusiera a la novela a críticas en otros flancos.

43. Este capítulo no aparece en la tercera versión. Todavía no está claro en qué versión apareció por primera vez.

44. Una buena parte de este capítulo –alrededor de quince párrafos, incluyendo el relato de la batalla personal de Krímov con el «instinto de supervivencia», el párrafo en el que se menciona a Tolstói y gran parte de la descripción de los soldados heridos y los pontones– procede de la tercera versión. Con este se marca el comienzo de una serie de capítulos que ven a Krímov pensando constantemente, con creciente angustia, sobre la retirada del Ejército Rojo, un tema muy delicado. Luego no sorprende que Grossman no pudiera publicar extensos fragmentos.

45. Para la descripción de la estepa nocturna hemos seguido la edición de 1956. En la tercera versión, este pasaje es más largo. Sin embargo, hemos seguido la tercera versión para varias oraciones sobre los refugiados, y también para el párrafo final del capítulo. En las ediciones publicadas, el tono es más optimista. La edición de 1956, por ejemplo, dice: «Miles de personas, miles de hombres, mujeres y niños, todos ellos llenos de un odio implacable al mal representado por el fascismo, se dirigían hacia el este bajo el sol cobrizo y broncíneo que caminaba hacia el ocaso».

46. Este capítulo no aparece en la tercera versión. Todavía no está claro en qué versión apareció por primera vez.

47. Como muchos de los capítulos que se refieren a cuestiones estrictamente militares, este no aparece en la tercera versión.

48. Este capítulo fue sometido a un buen número de cambios. De la tercera versión hemos tomado la cita de Lérmontov, la alusión a los desertores de Chernígov y el general Vlásov, junto con otras referencias al catastrófico cerco de Kiev. El párrafo que comienza diciendo «Entonces, acaso convocadas por aquellas fuerzas tenebrosas que se aproximaban…» fue omitido en 1952 y 1954. Las últimas cinco o seis páginas de este capítulo, desde «A veces Krímov se desconcertaba, pues no podía comprender…» evidentemente se agregaron relativamente tarde. Están presentes en las ediciones de 1954 y 1956, pero no aparecen en la tercera versión o en la edición de 1952.

49. Gran parte de este capítulo se ocupa de otra retirada de un ejército presa del pánico. Parece probable que los editores de Grossman le exigieran agregar algunos pasajes más optimistas que equilibraran el relato. En la primera página, por ejemplo, las palabras «Allí Krímov se enteró de lo que había sucedido mientras deambulaba…» eran seguidas por esto: «La línea del frente había sido violada y los alemanes avanzaron rápidamente, pero ante ellos había aparecido un nuevo frente, el frente Bryansk, con nuevos ejércitos y nuevas divisiones; y detrás del frente Bryansk, las defensas soviéticas se tornaron cada vez más profundas y fuertes y ahora se extendían por cientos de kilómetros». Hemos omitido este y dos párrafos similares que estaban presentes en las ediciones publicadas, aunque no en la tercera versión.

El presidente del tribunal no aparece en las ediciones de 1952 y 1954. En la tercera versión y en los cuadernos de guerra hay seis traidores a los que juzgar, mientras que en la edición de 1956 son sólo tres. [11] La «sonrisa de desprecio» (*brezglivo usmekhnulsya*) con la que uno de los subordinados de Yeriómenko mira a Krímov, un hombre que había estado en territorio alemán y que, por lo tanto, era sospechoso automáticamente, aparece en la tercera versión, pero no en las ediciones de 1952 y 1954.

En 1952 y 1954 el propio Yeriómenko no aparece, aunque algunas de sus palabras se atribuyen al general mayor.

En las ediciones publicadas, los recuerdos de Krímov sobre Bielorrusia terminan con una frase probablemente impuesta a Grossman por sus editores: «Pero durante los últimos veinticinco años ha irrumpido una nueva fuerza en la vida de Bielorrusia. En las aldeas, las ciudades y los bosques, Krímov se había encontrado con los bolcheviques bielorrusos: soldados, artesanos, trabajadores, ingenieros, maestros, agrónomos y líderes de brigada en los koljoses, que ahora están al frente de las bandas de partisanos que luchan por la libertad de su pueblo». Esa frase no aparece en la tercera versión. Las ediciones de 1952 y 1954 incluyen un párrafo igualmente ortodoxo sobre los bolcheviques en Ucrania, omitido en 1956.

El relato de la anciana que reza a Dios y después maldice a Satanás proviene de la tercera versión. Sigue de cerca una entrada del cuaderno de guerra en la que se lee: «Estos corazones, como los justos de los que habla la Biblia, iluminan a todo nuestro pueblo con su extraña luz. Sólo hay un puñado de ellos, pero se alzarán con la victoria». [12]

El poema de Tiutchev, como la mayoría de los otros versos que aparecen en el libro, proviene de la tercera versión.

50. En la tercera versión, este capítulo adopta la forma de una carta que Krímov le escribe a Zhenia.

51. En la tercera versión, Krímov pasa sólo diez días en Moscú y no asiste a la celebración del aniversario de la Revolución en la Plaza Roja. En las ediciones de 1952 y 1954, Grossman dedica una página al discurso de Stalin al final de este capítulo. Aquí hemos seguido el resumen del discurso tal como aparece en la edición de 1956.

52. Al igual que otros que contienen resúmenes de acciones militares, este capítulo apareció por primera vez en uno de los mecanografiados posteriores. La escueta mención de Grossman de dos derrotas desastrosas, la batalla de la Península de Kerch y la segunda batalla de Járkov, se publicó por primera vez sólo en 1956. El tabú contra la mención de las derrotas del primer año de la guerra se fue relajando gradualmente.

53. Las distintas versiones de este capítulo difieren mucho. En la tercera versión, Grossman enfatiza la importancia de la producción de armamentos ingleses y estadounidenses. En las ediciones publicadas, sin embargo, este pasaje es reemplazado por una crítica a los Aliados por no abrir un segundo frente. En las ediciones de 1952 y 1954, esa crítica se extiende por casi una página entera, mientras que en 1956 sólo ocupa unas pocas líneas, lo que vendría a confirmar que Grossman la introdujo ante la insistencia de sus editores. Por lo tanto, hemos omitido la mayoría de las críticas y hemos restaurado las líneas sobre la producción de armamentos aliados. También hemos omitido algunos pasajes como el siguiente: «Fue durante estas batallas que el Comité Central del Partido, los oficiales políticos del ejército y otros miembros del Partido forjaron gradualmente la disciplina que templó la fuerza moral y de lucha del Ejército Rojo». Hay pocas dudas de que Grossman añadió esos pasajes bajo coacción.

En la tercera versión hay una larga discusión acerca de las diferencias entre la guerra contra Hitler y la guerra librada contra Napoleón. Grossman considera que Kutuzov buscaba evitar entrar en una guerra abierta. En aquella época, la inmensidad de Rusia se bastaba para derrotar a un invasor ella sola. Stalin, en cambio, quería mantener las hostilidades aún en medio de la retirada, porque supo comprender que para Hitler y su ejército mecanizado la inmensidad de Rusia no era un obstáculo decisivo. De ahí que el Ejército Rojo luchara tenazmente cada vez que se veía empujado

contra un muro. Así lo hizo en la batalla de Moscú, los asedios de Leningrado, Sebastopol y Odessa, y en la propia Stalingrado. No obstante, para la parte central del capítulo, nuestra traducción sigue a la edición de 1956, que incluye pasajes notables que no están presentes en la tercera versión.

54. Este capítulo es similar en todas las versiones, pero muchos de los aspectos más disonantes, penosos o simplemente cómicos proceden de la tercera versión. Por ejemplo, la reflexión de Sofia sobre la evolución de las preferencias a la hora de contraer matrimonio; las ganas que tiene Zhenia de echarse a reír mientras los compañeros de Krímov cantan *La Internacional* ; el coche en el que Krímov es llevado a trabajar diez días de cada mes en el taller de reparación; y Zhenia, sintiendo por Krímov la misma sensación de pena que por el cachorro de zorro asesinado.

55. Es similar en todas las versiones. Hemos seguido la tercera versión para el pasaje sobre el monumento del aviador Jolsunov. En las ediciones publicadas, Zhenia y Nóvikov no parecen esperar que él los escuche. También hemos seguido la tercera versión para la disputa entre Bíkov y Nóvikov. En las ediciones publicadas es menos agria y no se menciona la amenaza con llevarla ante los tribunales.

56. Para la práctica totalidad del capítulo hemos seguido la tercera versión. En las ediciones publicadas, Zina no destaca tanto. No vivió una temporada bajo la ocupación alemana y la historia que cuenta para ejemplificar su ideal de amor verdadero es más opaca. En ella, simplemente, la ingeniera abandona los estudios y a su marido por un actor. En la tercera versión, sin embargo, Vera no se queda embarazada. Dado que en *Vida y destino* se la retrata con una criatura de corta edad, hemos seguido la edición de 1956 para su conversación con Zina sobre el embarazo.

57. En la tercera versión, Mostovskói no discute con Gagárov, que aparece por primera vez en la cuarta versión, sino con Vladímir Sharogorodski, un ex aristócrata. Sharogorodski es esencialmente el mismo personaje que Gagárov, pero es abierta y desinhibidamente antisoviético. La discusión entre ambos es feroz. Mostovskói echa mano, una por una, de todas las críticas dirigidas contra el régimen soviético por los mencheviques, los miembros del Partido Social Revolucionario, los anarquistas y los emigrados burgueses. Llega incluso a expresar sus puntos de vista sobre el pacto de no agresión firmado por la URSS y la Alemania nazi, y la ejecución de importantes generales del Ejército Rojo durante las

purgas. Luego dice que es al pueblo soviético a quien le corresponde decidir. Si los soviéticos consideran justas esas críticas, echarán el régimen abajo; si las consideran injustas, lo defenderán. Sharogorodski sostiene que los comunistas tendrán que responder por sus errores como los partidarios del régimen anterior por las suyas. El capítulo termina con Sharogorodski diciéndole a Mostovskói que un partisano llamado Ivánikov lo está buscando, porque quiere darle una carta de la madre de Shtrum y algo que él mismo ha escrito.

58. La reunión de los ingenieros es similar en todas las versiones, excepto que el hermano ingeniero de Krímov no aparece en la tercera versión. Algunos de los detalles más impactantes, como el relativo a los trabajadores que se hinchan de hambre o mueren de escorbuto, se omitieron en 1952 y 1954. La edición de 1956, por otro lado, suprime varias menciones de Stalin. En uno de los discursos de Andréi Trofímovich, por ejemplo, las ediciones anteriores decían «Stalin resolvió construir», mientras que la edición de 1956 dice «el Comité de Defensa del Estado resolvió construir». Aquí hemos seguido las ediciones anteriores. La omisión del nombre de Stalin en un discurso pronunciado abiertamente durante una reunión formal es un claro ejemplo de la censura anti-Stalin característica de la era Jrushchov.

Al igual que otros muchos de los momentos más cómicos de la novela, la pregunta de Postóyev al final del capítulo se omitió en las ediciones de 1952 y 1954.

59. Para el grueso de este capítulo hemos seguido la edición de 1956, porque haber seguido la tercera versión habría dado lugar a conflictos de trama. En la tercera versión, Víktor besa cada una de las uñas de Nina, mientras ella se ríe y las va contando: «Una, dos, tres», etc. Luego pasan la noche juntos. En 1952 y 1954, sin embargo, Víktor ni siquiera la besa, sino que se limita a tomarla de la mano. La Unión Soviética, especialmente en los últimos años del régimen de Stalin, era un país dominado por la mojigatería y al héroe de una novela épica no se le podía permitir cometer adulterio.

60. En la tercera versión, este capítulo es más largo, porque incluye varias páginas en las que Víktor reflexiona sobre las mentiras, la honestidad y la ética del adulterio. Hemos incluido sólo una de estas páginas algo detalladas. A saber, los once párrafos que comienzan con «Un hombre con una sola pierna cargaba…». Algunos de los pensamientos expuestos en

estas páginas reaparecen en *Vida y destino* , cuando Víktor se pregunta acerca de su amor por Maria Sokolova.

En la tercera versión, Víktor espera que Nina se reúna con él en la dacha a la mañana siguiente. Pero el hilo de la trama que incluye a Nina se rompe al final del capítulo. Grossman ni siquiera nos dirá después si Nina llegó o no a la dacha. Por esta razón hemos preferido permanecer apegados a la edición de 1956 para este capítulo y el capítulo anterior, el 59.

61. Al igual que los otros capítulos en los que se trata de las minas y las fábricas en Siberia y los Urales, este no aparece en la tercera versión.

62. La amargura y la furia de Krímov, su indignación con los demás comandantes por la resignación con la que aceptan una retirada que parece no tener fin, son más extremas en la tercera versión que en las ediciones publicadas. De esa versión provienen sus reflexiones sobre el instinto de supervivencia y sus fantasías sobre la mejor manera de castigar a los cobardes.

Hemos seguido también la tercera versión para los últimos cuatro párrafos del capítulo. En las ediciones publicadas, el general es más comedido en sus planteamientos. No amenaza con pegar un tiro a Malinin, como tampoco menciona la posibilidad de volar por los aires las reservas de combustible. En cambio, dice: «Si Malinin ya no tiene combustible, que le dé al comisario la gasolina de sus propios vehículos, y él y sus contables talmúdicos pueden continuar su camino a pie». La queja de un comandante sobre el jefe de la cantina que come pollo frito y el lamento del ayudante por la alfombra desaparecida también provienen de la tercera versión.

63. Similar en todas las versiones. Tres oraciones sobre la traicionera extensión de las estepas rusas provienen de la tercera versión.

64. Similar en todas las versiones.

65. Hemos seguido la tercera versión para el párrafo que cuenta pormenores íntimos de los comandantes. Los elementos más picantes habían sido omitidos en las ediciones publicadas. Los horrores de la colectivización y la posterior hambruna hicieron que muchos campesinos dieran la bienvenida a la invasión alemana, al menos al inicio de la guerra. Las diferencias más interesantes entre las versiones de este capítulo están en el discurso del anciano que comienza diciendo «En 1930 aquí, en el pueblo…». En las ediciones de 1952 y 1954, dice: «En 1930 aquí, en el pueblo, se bebió durante dos semanas seguidas y se mataron todos los cerdos. Dos hombres perdieron el juicio y un anciano –tenía más tierra que

nadie en el pueblo, tenía ocho caballos y cuatro mujeres que trabajaban para él como trabajadoras–, tras tomarse dos litros de alcohol, se fue a la estepa, se acostó sobre la nieve y se durmió». Con ello buscaba poner de manifiesto que sólo los campesinos más ricos y explotadores se oponían a la colectivización, lo que hizo que el pasaje fuera más aceptable para los editores de Grossman. Aquí hemos seguido la edición de 1956, que es idéntica a la tercera versión.

La mayor parte de la última página y media de este capítulo –la reflexión de Krímov acerca de la cantidad de energía que ha gastado a lo largo de los años discutiendo con gente como esta pareja de ancianos; la visión que el anciano tiene de sí mismo como testigo e historiador; y la afirmación de la anciana de que sólo los judíos tienen algo que temer de los alemanes–, procede de la tercera versión.

66. El pasaje sobre el suicidio del teniente Orlov procede de la tercera versión. Este capítulo toca cuestiones delicadas, porque decir abiertamente que algunos sectores de la población habían dado la bienvenida a los alemanes resultaba prácticamente imposible. La mayor parte del relato acerca del hombre de la barba negra y los jóvenes y el cosaco taciturnos fueron omitidos en las ediciones de 1952 y 1954. Otro tanto sucedió con el fragmento de dos páginas que comienza con «Por lo visto, aun estando ebrio…» y termina con «como si entre ellos no hubiese nadie ebrio…» El ofrecimiento de la mujer cosaca de casarse por la iglesia con Krímov también procede de la tercera versión.

67. Este capítulo aparece en la tercera versión y en las ediciones de 1952 y 1954, pero fue omitido en 1956. La orden en cuestión es la número 227, dictada por Stalin el 28 de julio de 1942, que incluía la célebre divisa «Ni un paso atrás». Véase la página 1139 de este epílogo.

68. Este capítulo es igual en todas las versiones.

69. Para la oración sobre los piojos de Mularchuk hemos seguido la tercera versión. Las ediciones publicadas dicen: «Mularchuk fue el único hombre que tuvo piojos». En la tercera versión, el pasaje que habla del amor de Vavílov por el trabajo es todavía más largo. El amor al trabajo es un tema importante para Grossman y no algo a lo que lo obligaran a escribir sus editores. Una versión condensada de este capítulo, muy centrada en Vavílov, fue incluida en *Por el Volga* (1949).

SEGUNDA PARTE

1. Otro de los resúmenes de acciones militares que apareció por primera vez en una de las últimas versiones.

2. Similar en todas las versiones. En la tercera versión, Grossman cita a Tolstói como ejemplo de la «profunda simplicidad» del arte genuino.

3. Las ediciones de 1952 y 1954 no incluyen ninguna de las consideraciones generales sobre Yeriómenko. Incluso la tercera versión sólo recoge algunas de ellas.

4. Para este capítulo nos hemos atenido al texto de la edición de 1956. Hemos tomado sólo tres pasajes de la tercera versión: la imagen de los calcetines y los libros de poesía de Bolojín transformados en una materia informe; la referencia al periodista que estuvo a punto de matarse; y el párrafo sobre el periodista cínico y pesimista que quiere comprar un arnés de camello. Las ediciones de 1952 y 1954 difieren poco de la edición de 1956, aparte de que en ellas no se nombre a Yeriómenko. Yeriómenko queda plasmado de una manera bastante vaga. Es probable que le hubieran molestado algunos aspectos de la representación que Grossman hace de él, aun cuando esta es bastante positiva en general.

5. La lista de libros leídos por Andréyev, incluida la mención de dos novelas de Alexandre Dumas, procede de la tercera versión. Como ocurre en otros capítulos, varios de los momentos más ingeniosos y los pasajes más interesantes de este fueron omitidos de las ediciones publicadas. Entre ellos se encuentran la mención de que Andréyev ingresaba los datos de fundición requeridos, en lugar de los reales; la alusión a las desavenencias entre las mujeres y el socialismo de August Bebel; y el párrafo sobre las similitudes entre las relaciones familiares y las relaciones entre los Estados.

6. La oración en la que Andréyev llama «Hitler» a su esposa y su nuera procede de la tercera versión. Parte de este capítulo se incluyó en «La familia Andréyev», en *Por el Volga* (1949).

7. Este capítulo es similar en todas las versiones.

8. Similar en todas las versiones, aunque en la tercera Mostovskói se muestra indignado porque se le pida que dé una charla formal, cuando él habría preferido simplemente dar un paseo con los trabajadores y charlar de manera informal con ellos.

9. Algunos detalles que aparecen en el final de este capítulo –el cuchillo, el tomate y la referencia a la muerte que ha irrumpido en el hogar– proceden de la tercera versión.

10. La tercera versión de este capítulo es similar a la publicada en 1956. En las ediciones de 1952 y 1954 no se menciona el destierro de Ida: sólo se nos dice que vivía en Kazajistán y los Urales.

11-12. Similares en todas las variantes, aunque la tercera versión es algo más prolija.

13. Para la parte principal del capítulo hemos seguido la edición de 1956. En la tercera versión, Marusia es aún más contundente cuando habla de la disciplina, adquiriendo un aire de caricatura. Sin embargo, hemos tomado varios pasajes cortos de esta versión. El más relevante es el que contiene el debate de Marusia y Zhenia sobre la verdad. También se siguió esta versión en detalles como los prisioneros de guerra rusos alimentándose de carne podrida y el mayor énfasis en las distintas nacionalidades de los niños. En los últimos años del régimen de Stalin el cosmopolitismo no era bien visto.

La mención del niño que robó unas toallas aparece tanto en la tercera versión como en la edición de 1956. En las ediciones de 1952 y 1954, sin embargo, sólo se habla de un niño que se metió en una pelea durante un partido de fútbol. Evidentemente, un niño soviético no podía ser descrito cometiendo un robo, por pequeño que fuera.

14. Similar en todas las versiones, con la salvedad de que en la tercera Marusia se muestra profundamente molesta en la escena final.

15. Al igual que sucede en el capítulo 4 de la segunda parte, a Yeriómenko no se lo nombra en las ediciones de 1952 y 1954. «Priajin» es un nombre ficticio. Grossman se refiere a Yeriómenko al anotar en sus diarios que Chuyanov (el primer secretario del *obkom* en la vida real) «no sabe un carajo» (*ni juyá nie znaet*), y que las fortificaciones que construyó eran «una mierda» (*juyóvie*).

La mención de Tolstói y el consejo de guerra en Fili provienen de la tercera versión. Dos de los momentos más frívolos –la mención del atractivo emplazamiento del *obkom* y el interés que mostró Yeriómenko por el tintero de Priajin– fueron omitidos en las ediciones de 1952 y 1954.

16. Similar en todas las versiones.

17. Para la mayoría de los parlamentos largos de Priajin hemos seguido la tercera versión. Su énfasis en el uso del trabajo forzado habría parecido

excesivo a principios de la década de 1960, y un poco también a finales de los cuarenta. Por lo tanto, no es de extrañar que en las ediciones publicadas se suavice el tono, aunque la edición de 1956 incluya una breve mención a los «antiguos kulaks» (*raskuláchennie*). Las ediciones de 1952 y 1954 incluyen veinte líneas adicionales, ausentes de la tercera versión, aquejadas de la retórica soviética.

18. Muy similar en todas las versiones. La referencia a la candidatura de Marusia al Partido Comunista proviene de la tercera versión. Su omisión en las ediciones publicadas hace que el comentario de Aleksandra comience diciendo: «Miembro del partido o no...», lo que le parecerá inmotivado al lector.

19-20. Estos capítulos son similares en la tercera versión y en la edición de 1956. Hemos tomado algunos detalles de la tercera versión, como la aparente incapacidad de Kriakin para mover los ojos, los sobornos con los que Grádusov se granjea el favor de los comandantes, el viaje que Chentsov estuvo a punto de emprender a América y la «conferencia» de Poliakov.

21. Similar en todas las versiones.

22. En la tercera versión no aparece ninguna mención a un general Weller. Su lugar es ocupado por Paulus. Como en otras ocasiones, los detalles más vívidos, como la visión de los «aviones soviéticos derribados con los motores hechos añicos y las alas con la estrella roja clavadas en el suelo», se omitieron de las ediciones publicadas. Hay diferencias importantes entre las ediciones anteriores (1952 y 1954) y las posteriores (1956 y otras) del comienzo del párrafo: «Si Weller hubiese sido psicólogo o filósofo…». Estos cambios persiguen el propósito de hacer que los pensamientos del general parezcan relevantes no sólo a la Alemania nazi, sino también a la Unión Soviética. En las dos ediciones anteriores, por ejemplo, en lugar de la lacónica expresión «La satisfacción personal de Weller no pasaba por colgar otra medalla más en su uniforme…» había una frase más larga: «La satisfacción personal de Weller no pasaba por colgar otra medalla más en su uniforme, sino en la severidad con la que actuaba en aras de la gloria de Alemania».

23. Este capítulo, omitido en la edición de 1952, es similar en la tercera versión y en las ediciones de 1954 y 1956.

24. Aquí seguimos la edición de 1956. Como en otros capítulos, muchas de las reflexiones y parlamentos de Weller pertenecen a Paulus en la tercera versión.

25. Similar en todas las versiones, aunque hay diferencias importantes en el penúltimo apartado. En las ediciones de 1952 y 1954 se omitieron expresiones como «el trabajo agotador y la falta de derechos», «del horror ante la fuerza despiadada del Reich», «el aullido de las bombas inglesas». Las dos últimas frases del capítulo en referencia a lo que podría pasar después de la victoria se omitieron también. Esto último resulta revelador. En vista de la consolidación del estalinismo que siguió a la victoria soviética en 1945, no hay duda de que Grossman estaba pensando más en la Unión Soviética que en Alemania. Y también parece que sus editores deben haber sido conscientes de la posibilidad de esta interpretación.

26. Similar en todas las versiones. En el relato del tropiezo con Goebbels, la bibliotecaria lo ensalza por ser «alguien salido del seno del pueblo». En el original Grossman usa la palabra *narodnost* (literalmente, «condición de popular» o «pertenencia al pueblo»), una palabra de uso muy corriente en la jerga soviética. Naturalmente, se omitió en las ediciones publicadas.

La mención de Churchill proviene de la tercera versión.

27. Similar en todas las versiones, a excepción de las dos últimas páginas. En la tercera versión, Forster no menciona la posibilidad de una contraofensiva soviética.

28. Este capítulo, que no aparece en la tercera versión, se publicó por primera vez en la edición de 1954.

29. Hay pocas diferencias entre las diferentes versiones.

30. Este capítulo fue omitido en las ediciones de 1952 y 1954. Probablemente, el debate acerca de la naturaleza de los dictadores y las dictaduras resultara peligroso. Para la parte principal del capítulo, nuestra traducción sigue la edición de 1956, que es similar a la tercera versión. El largo primer párrafo apareció por primera vez en 1959, siendo uno de los poquísimos casos de modificaciones realizadas después de 1956.

31. Aproximadamente la mitad del monólogo de la esposa del casero procede de la tercera versión. Entre las oraciones omitidas de las ediciones publicadas estás las referidas a que Marusia robaba de los orfanatos y a que Vera prestaba «servicios a los tenientes» en el hospital.

32. Similar en todas las versiones. Hemos restablecido algunos detalles vívidos omitidos de las ediciones publicadas: por ejemplo, la imagen de los montones de ladrillos «como jirones de humeante carne roja».

33. Algunos de los detalles más sombríos proceden de la tercera versión. Las ediciones publicadas omiten dos de los muchos temores de Várvara: que Natalia pudo haberla enviado al embarcadero equivocado y que la barca pudiera impactar contra una mina. La parte del párrafo en la que se alude a los trabajos que el conductor del camión hace «por la izquierda» se omitió en 1952 y 1954. Una pequeña parte de este capítulo se incluyó en «La familia Andréyev», en *Por el Volga* (1949). En esa versión el bote navega hacia la orilla, en lugar de zozobrar.

34. Similar en todas las variantes. Algunos detalles, como la maldición y los tacos de Sokolova proceden de la tercera versión.

35. Como en otros capítulos, hemos tomado las referencias al pasado de Aleksandra de la tercera versión, porque se omitieron en todas las ediciones publicadas. También se omitieron varias alusiones a comportamientos particularmente deplorables y egoístas. Entre los pasajes que hemos recuperado está la frase de la mujer que proclama la valía de su marido científico y varios de los intercambios más feroces entre Sofia y Aleksandra, por un lado, y Mescheriakov y la esposa del casero, por otro.

36-37. Similar en todas las variantes. Pero varios de los momentos más sombríos o extraños de la tercera versión –los pequeños robos, las extrañas ideas de Zhenia–, fueron excluidos de las ediciones publicadas. Parte del capítulo 37 se incluyó, bajo el título «El fuego», en *Por el Volga* (1949).

38-39. Similar en todas las variantes. La mención de los asaltos a las tiendas de vodka y los depósitos de alimentos fue omitida de las ediciones publicadas. Hacia el final del capítulo 39, hemos omitido la siguiente frase, presente en todas las ediciones publicadas, aunque no hay rastro de ella en la tercera versión: «Se sabe de comunistas y miembros del Komsomol, de comandantes del Ejército Rojo e instructores políticos que están haciendo todo lo posible para salvar la ciudad en llamas y a las personas que viven allí».

40-41. Similar en todas las variantes.

42. Similar en todas las ediciones publicadas. En la tercera versión, sin embargo, la segunda mitad del capítulo es completamente diferente. En lugar de participar en los combates, Krímov da los partes a Yeriómenko en el cuartel general. Jrushchov, Malenkov y Vasilevski también están presentes. Grossman retrata a un Yeriómenko que se comporta de forma injustificadamente grosera con Krímov.

43. Similar en todas las variantes. Algunos detalles, como la descripción de las uñas de la mujer, proceden de la tercera versión.

44. Este capítulo apareció por primera vez en la quinta versión.

45. Este capítulo fue añadido en una etapa posterior y no está presente en la tercera versión.

46. Otro capítulo que se agregó en una etapa posterior.

47-51. Estos capítulos fueron añadidos para la primera publicación de la novela en 1952. Una de las demandas que Fadéyev presentó a Grossman requería que este agregara una sección sobre el trabajo en apoyo del esfuerzo de guerra que realizaron los mineros y los obreros de las fábricas. Varios de los pasajes que aparecen en la versión mecanografiada de esta sección están escritos con inflamada retórica soviética. Estos pasajes se incluyeron en las ediciones de 1952 y 1954, pero no aparecen en la de 1956. Parece probable que fuera el propio Grossman quien tomara la decisión de eliminarlos, consciente de su exceso retórico. La única otra diferencia significativa entre las variantes mecanografiadas y publicadas de estos capítulos es el tratamiento que se da a Masha. En las versiones mecanografiadas, Iván piensa mucho más a menudo en ella que en las ediciones publicadas. En definitiva, Iván aparece más como un ser humano y no como un trabajador esforzado a la manera de Stajanov. En esta traducción hemos restablecido todas las menciones a Masha.

TERCERA PARTE

1. Otro capítulo de tema histórico-militar que fue agregado en una etapa posterior.

2-3. El relato del día en que Tolia está al mando de la batería de artillería aparece por primera vez en la quinta versión. Este episodio fue incluido, como un solo capítulo, en *Por el Volga* (1949), aunque allí se omiten los dos últimos párrafos, que narran cuando Tolia cae herido. De ese modo, el capítulo termina con una nota positiva: «el rugido de sus armas [...] saludó el amanecer».

4-5. Los detalles tomados de la tercera versión incluyen la imagen de los brazos de Tolia y las piernas que «se movían inermes, a expensas de los baches en los que caía el camión»; la queja del médico sobre el hacinamiento del hospital; los artículos más caros en el convite ofrecido por

la casera de Áristov: el jamón, las lampreas y el caviar; la mención del viejo al que casi le arrancan la barba; y el relato de que Beriozkin le había cosido un vestido a su esposa, algo que evidentemente se habría considerado una tarea por debajo de la dignidad de un comandante del Ejército Rojo.

Las palabras de Áristov acerca de que le proporcionaba Riesling al general proceden también de la tercera versión. En la edición de 1956 ese fragmento quedaba así: «El jefe de personal está en una dieta especial debido a su úlcera. Y yo cada vez le digo: "¡A sus órdenes, camarada general, le traigo lo que usted necesite!". Podemos estar fuera en la estepa, bien lejos de cualquier granja colectiva, pero siempre obtengo para él los mejores productos lácteos. Llegó a sospechar, me convocó y me dijo que yo era un tipo muy peligroso».

La escena del general con la cabra fue omitida en las ediciones de 1952 y 1954.

En las ediciones publicadas, el padre de Tamara es simplemente «un hombre llamado Sokratov».

En el volumen *Por el Volga* (1949) se incluyó una versión resumida de los capítulos 4-7, 9 y 12-13 de la tercera parte, con los títulos «Por el camino de la guerra» y «Por el Volga».

6. Dos largos pasajes –la fantasía de Darenski acerca de la llegada del jefe del Estado Mayor y el comandante del frente preocupados por su salud y las notas de sus diarios– se publicaron por primera vez sólo en 1956. Las primeras líneas de los extractos de cuaderno, desde «Un comandante de batallón…» hasta «… cuánta confianza», proceden de la tercera versión. Con respecto a los dos párrafos sobre el tiempo que Darenski pasó en la cárcel y un campo de trabajo, las ediciones de 1952 y 1954 difieren sorprendentemente poco de la edición de 1956. Las palabras «campo» y «prisión» no aparecen, pero no hay duda de dónde ha estado Darenski. La manera eufemística que utiliza Grossman para insinuarlo claramente es: «Darenski tuvo que soportar una situación muy desagradable hasta que se demostró la falsedad de la acusación contra él». En la tercera versión, Darenski es liberado después de enviar una carta a Stalin.

7. Similar en todas las versiones. Como en otros capítulos, hemos tomado de la tercera versión algunos de los detalles más cómicos omitidos en las ediciones publicadas. Por ejemplo, las líneas sobre el destacamento de infantería que estuvo a punto de meterse directamente en el Volga.

8. Este capítulo, a excepción de los tres últimos párrafos, se omitió en las ediciones de 1952 y 1954. Ello sucedió, muy probablemente, porque, después de la guerra, Stalin vio en Zhúkov a un rival potencial, por lo que restó importancia a su papel en la victoria soviética y lo degradó. El capítulo es prácticamente idéntico en la tercera versión y en la edición de 1956.

9-11. La cita de Tiutchev y la oración que le sigue proceden de la tercera versión. Entre otros pasajes tomados de esta versión se encuentran el párrafo sobre los soldados derrotados que cruzan el río Don, la mención de vagabundos, desertores y piojos, la imagen de la «fuerza centrípeta» que proyectó un asiento de autobús y una cisterna de lavabo a la estepa, y gran parte de la letanía de quejas del anciano acerca de los soldados ladrones y los presidentes de koljós que cambian «reses por botellas de aguardiente». La admisión del anciano de que se encontraban «algún que otro piojo y nada más» fue omitida en 1952 y 1954. En la tercera versión, el capítulo 11 concluye con una declaración enfática de Grossman sosteniendo que todos, desde Stalin hasta el último de los soldados, tenían el claro convencimiento de que el Ejército Rojo tenía que mantenerse firme y excluir toda retirada adicional.

12. Para este capítulo hemos tomado varios detalles de la tercera versión. En las ediciones publicadas, Darenski no se muestra tan enfadado con Beriozkin, ni lo acusa de ser como un pedigüeño. Tampoco sus ojos se llenan de lágrimas cuando se despide de Beriozkin y Tamara. Y se omite la penúltima oración, acerca de las manos de Tamara manchadas y desfiguradas. Seguramente, lo último se debió a la conocida insistencia soviética en la observación del decoro.

13. Similar en todas las versiones, si bien en las ediciones publicadas el tono del párrafo que comienza «Murió, murió, murió» está suavizado. La referencia a la salazón de las setas y la descripción de Áristov luciendo como si acabara de volver de unas vacaciones proceden de la tercera versión. También hay un cambio en el penúltimo párrafo. En las ediciones publicadas, Tamara sólo quiere limpiar los ojos de Beriozkin, mientras que en la tercera versión, la que hemos seguido, también quiere limpiarle los mocos, algo que habrá sido visto como otro atentado al decoro.

14. Se omitieron dos episodios en las ediciones de 1952 y 1954. Concretamente, el relato de las tres chicas que roban una zanahoria al chiquillo y la conversación con el anciano que dice no necesitar

documentos para vivir en la estepa. La oración que menciona los camellos que «agitan los belfos» como si se mofaran de la gente procede de la tercera versión.

15. Aquí hemos seguido la edición de 1956. En la tercera versión no se menciona que la cabaña de la mujer despierte en Vavílov el recuerdo de su propia casa. Tampoco la mujer tiene un hijo junto a ella. Cuando Vavílov le pregunta por qué les ofrece tomates, ella le dice: «Siento lástima por ustedes, hijos míos. Parecéis unos pobres soldados y puede que no seáis muy valientes, pero os quiero igual. Mi marido murió hace mucho tiempo. No tengo hijos, así que me da gusto cuidar de ustedes. Además, una mujer siempre ama a sus hijos, ya sean buenos o malos».

El pasaje sobre la mujer que vende tazas de agua aparece en la tercera versión, pero se publicó por primera vez en 1956 con un cambio. En la tercera versión, la mujer cobra diez rublos por taza, mientras que en la edición de 1956, sólo cobra uno.

La oración sobre el cansancio borrado por «el miedo a la muerte» procede de la tercera versión.

Una versión resumida de los capítulos 15, 23, 24 y 31, de la tercera parte, apareció en *Por el Volga* (1949) con el título «El cruce».

16. Al igual que muchos pasajes sobre Yeriómenko, gran parte de este capítulo se omitió en 1952 y 1954. La mención de los pedos y los generales que proferían tacos proviene de la tercera versión.

17. Este capítulo fue omitido en 1952 y 1954. La tercera versión y la edición de 1956 son similares, salvo que en la tercera versión a Chuikov lo reciben juntos Jrushchov y Yeriómenko. La mención del placer que produce en el ayudante la línea «fina, perfecta» que señala el avance alemán procede de la tercera versión, como también la cruel idea de Chuikov de creerse prescindible.

18. En la edición de 1956, Darenski se muestra sorprendentemente franco sobre el tiempo que pasó en el campo de trabajo. En la tercera versión, como también en las ediciones de 1952 y 1954, dice: «Fue un momento desagradable». El contexto, sin embargo, hace que el significado de esa expresión sea completamente claro.

Varios detalles, como el temor de Darenski de que él también se vuelva obsesivo con la comida que les darían, proceden de la tercera versión. El pasaje sobre el interés de Darenski en las mujeres, sin embargo, no aparece en la tercera versión. Resulta evidente que Grossman lo agregó más tarde.

Originalmente, Darenski y Nóvikov eran un solo personaje. Al convertir a Darenski en un mujeriego Grossman puede haber estado buscando diferenciar a los dos comandantes.

19. La mención de que Aguéyev se persigna discretamente cuando sale del búnker procede de la tercera versión, como también que los ayudantes se sienten «decepcionados», como se lee al final del capítulo.

20. Algunos de los detalles del viaje de Darenski, como la presencia de chinches y otros insectos y la suciedad de los andenes de la estación, proceden de la tercera versión.

21. Como otros resúmenes de contenido histórico y militar, este capítulo no aparece en la tercera versión.

22. Para el parlamento de Gúrov que comienza con «La pobreza no es pecado», hemos seguido la tercera versión. En las ediciones publicadas, Gúrov continúa alardeando de números improbables de hombres de varios regimientos que habrían solicitado unirse al Partido. La lista es más corta en la edición de 1956 que en las de 1952 y 1954, lo que sugiere que Grossman podría haber preferido omitirla por completo. Según un artículo reciente de Oleg Budnitsky, «El ingreso masivo en el Partido y el Komsomol después de la guerra no fue un movimiento caótico desde abajo, sino que estuvo impulsado desde arriba». [13] Grossman parece haber sido muy consciente de ello.

Para el tercer párrafo desde el final del capítulo hemos seguido la versión de 1956. En la tercera versión, este párrafo dice lo siguiente: «Fueron dos los acontecimientos de capital importancia para la defensa de Stalingrado que tuvieron lugar en la primera mitad de septiembre de 1942: la concentración de la artillería pesada en el margen izquierdo del Volga y el traslado a la orilla derecha de las divisiones de refuerzo».

El último párrafo proviene de la tercera versión.

La tercera versión contiene un capítulo adicional sobre Chuikov. De acuerdo con Grossman, Chuikov no conoció un gran éxito hasta Stalingrado, lo que motivaba que los otros comandantes se mostraran bastante despectivos con él. Pronto, sin embargo, comprendieron que «Chuikov no les había sido impuesto desde arriba y que, por el contrario, parecía haber sido creado para librar la batalla más terrible que la humanidad haya conocido».

23-24. Estos capítulos son similares en todas las versiones. Sin embargo, hemos omitido este párrafo del comienzo del capítulo 23: «Y allí,

en la orilla este del Volga, los instructores políticos y los comisarios leyeron a sus hombres en voz alta el Decreto n.º 4 del frente, “¡Luchad hasta la muerte!”, y distribuyeron ejemplares de la edición del 4 de septiembre del periódico *Estrella Roja* con el editorial “¡Repeler el avance alemán en Stalingrado!”. También dieron breves charlas de cinco minutos sobre actos de heroísmo, citando los ejemplos de Boloto, Oléinikov, Samóilov y Belikov, los fusileros antitanque que destruyeron, ellos solos, quince tanques en una sola batalla cerca de Kletskaya». Dada la urgencia desesperada de cruzar el Volga, es poco probable que hayan tenido tiempo para esos cinco minutos de instrucción política. Dado que este párrafo no aparece en la tercera versión, es probable que Grossman lo insertara a instancias de sus editores, a fin de subrayar la importancia del papel desempeñado por el Partido y los comisarios políticos.

25. Aquí hemos omitido unas quince líneas sobre la instrucción política, que no figuran en la tercera versión. Vavílov da órdenes a sus comisarios de batallón, y ellos a su vez instruyen a los políticos para que celebren reuniones cortas con sus hombres: «Todo debe ser breve y sencillo. Lo mismo que defendimos Tsaritsino de los blancos, ahora defenderemos Stalingrado de los alemanes. Familiarizad a todo el mundo con el plano de ciudad».

El comentario del soldado sobre el chocolate proviene de la tercera versión. En las versiones publicas antes es menos claro a ese respecto. En las ediciones de 1952 y 1954, el soldado simplemente dice: «Sí, hermano, nos ganaremos bien el chocolate».

El penúltimo párrafo del capítulo, en el que Rodímtsev dice que nunca se sintió tan triste antes, aparece en la tercera versión, pero se publicó por primera vez sólo en 1956, aunque omitiendo la expresión «está bien claro».

Una versión condensada de este capítulo, titulada «Antes de la batalla», fue incluida en *Por el Volga* (1949).

26-28. Estos capítulos son similares en todas las versiones.

29. Para este capítulo hemos tomado algunos pasajes cortos de la tercera versión. Así, el párrafo donde se menciona su intención de pasar la noche con Lena Gnatiuk; el párrafo donde un teniente recibe un puñetazo en una choza de la aldea; y las dos últimas frases con las reflexiones de Grossman sobre los «brotes de severidad» de Filiashkin. En las ediciones publicadas, la réplica de Konanikin a Filiashkin hacia el final del capítulo es menos audaz y no se menciona a convictos. Simplemente dice: «¿Te crees que

conducir a los soldados a la batalla es más fácil que ser soldado uno mismo?».

30. Similar en todas las versiones, salvo que, en las ediciones publicadas, los comentarios sobre la barra de chocolate son más breves.

31. Para el párrafo sobre la dificultad que experimentaba Vavílov para obtener materiales de construcción de cualquier tipo hemos seguido la tercera versión. En las ediciones publicadas este párrafo cambia mucho, siempre suavizando el tono.

Los últimos cuatro párrafos del capítulo en los que se habla de la fuerza están presentes en la tercera versión, pero sólo fueron publicados por primera vez en 1956. Esto sugiere que Grossman les concedía importancia, pero sus editores se sentían incómodos con ellos. En estos párrafos, el estilo de Grossman se torna algo oscuro y opaco. Es posible que estuviera pensando tanto en la actitud del pueblo ruso hacia Stalin como en la del pueblo alemán hacia Hitler, pero no pudiera permitirse el lujo de dejarlo demasiado claro.

32. Similar en todas las versiones.

33. Las palabras «casi todos callaban, otros corrían a esconderse y algunos les sonreían con hipocresía e intentaban chapurrear algunas palabras en alemán» proceden de la tercera versión. La referencia de Bach a Inglaterra y América también procede de esa versión. En las ediciones publicadas dice: «Y más allá estaban Siberia y los Urales».

34. La frase acerca de Stumpfe prendiendo fuego a un puesto de vigilancia guardado por un centinela del Ejército Rojo procede de la tercera versión, al igual que la mención a su competencia en ruso. Aún más relevante resulta la presencia en la tercera versión de dos referencias al antisemitismo nazi que Grossman, sin duda, se vio obligado a omitir. En primer lugar, el «diálogo cómico» entre el rabino y su esposa. En segundo lugar, la creencia de los soldados alemanes de que el comunista Liebnecht (*¡sic!*) era un «agente del Sanedrín judío».

35. Algunas de las palabras de Vogel sobre el «compañerismo» militar proceden de la tercera versión.

El disgusto de los editores de Grossman porque los alemanes concedieran tanta importancia a una noción tan soviética resulta evidente.

36. Este es otro de los capítulos añadidos para la primera publicación de la novela en 1952. Fadéyev le había pedido a Grossman insertar un pasaje que abordara la resistencia alemana a Hitler. A las autoridades soviéticas les

interesaba subrayar esa resistencia para dotar de legitimidad al régimen comunista que habían establecido en Alemania del Este.

La respuesta de Grossman a esa imposición ejemplifica su capacidad para convertir las interferencias editoriales en ganancia para su libro. En la tercera versión y en la edición de 1952, Schmidt piensa: «O podría murmurar en sueños alguna cosa incorrecta. Entonces su vecino lo escucharía y despertaría a los demás para decirles: "Escuchad lo que dice del Führer ese rojo de Schmidt"». Aquí Grossman simplemente translitera al alfabeto cirílico la palabra «Führer». En 1954 esta frase termina con estas otras palabras: «Escuchad lo que el rojo de Schmidt tiene que decir». Y en la edición de 1956 termina de esta guisa: «Escuchad lo que dice del líder ese rojo de Schmidt». En esta última ocasión, sin embargo, la palabra que Grossman utiliza para «líder» es *vozhd* , la forma soviética habitual de referirse a Stalin. Por lo tanto, todo este pasaje se puede leer como una declaración sobre la vida tanto en la Alemania nazi como en la Rusia soviética. El hecho de que Grossman lo haya revisado no una, sino dos veces, indica con claridad que estaba abordando esta cuestión muy conscientemente.

37. Similar en todas las versiones. Las palabras «¡Yo mismo les pegaré un tiro!» en la respuesta cortante de Chuikov a Rodímtsev provienen de la tercera versión, como también la broma pesada de Yeriómenko de que no deseaba «un segundo frente aquí, en Stalingrado».

38. Algunos aspectos en las fantasías de Filiashkin con Lena Gnatyuk provienen de la tercera versión. Al igual que muchos otros detalles sombríos, la mención de las mujeres vendiendo las ropas de civil de sus maridos no se incluyeron en las ediciones de 1952 y 1954.

39. La expresión «con mimo» en la siguiente frase fue tomada de la tercera versión: «El otro, mientras se sacudía la tierra de los hombros y limpiaba con mimo la cuchara con la mano, murmuró: "¡Por un momento he llegado a pensar que ya estábamos muertos!"». El lector puede preguntarse por qué Grossman o alguno de sus editores debería haberse molestado en eliminar una fórmula tan aparentemente inocua, o por qué un traductor debería molestarse en reinsertarla. Esta palabra, sin embargo, no carece de importancia. Brandon Schechter tituló el tercer capítulo de su libro sobre los suministros y el avituallamiento del Ejército Rojo «El caldero del Gobierno y la cuchara del soldado: raciones en el Ejército Rojo». En él escribe: «Prácticamente todo lo que los soldados llevaban le

pertenecía al Estado. Su ropa era propiedad del Gobierno. [...] Sin embargo, la cuchara era una posesión personal. [...] La cuchara y la taza se encontraban entre los pocos artículos del mundo civil que los soldados llevarían consigo a lo largo de la campaña. Con frecuencia, las cucharas eran individualizas con las iniciales de su dueño o modestas obras de arte [...], toda la comida que los soldados recibían estaba pensada para ser consumida con una cuchara o las manos. De ese modo, la cuchara era la seña de identidad de los verdaderos soldados. Vera Malajova, una cirujana que trabajó en la primera línea del frente, recordó un momento embarazoso que vivió cerca de Odessa. Al sumarse a un grupo de soldados sentados a comer, se dio cuenta de que le faltaba algo que todos ellos poseían: "¿Qué clase de matasanos eres? ¿Qué clase de soldado pretendes ser? ¿Cómo es que no tienes cuchara?", le dijeron. [...] Lo mínimo con que cargaba un soldado era la cuchara y el fusil. [...] Las cucharas eran la herramienta de consumo individual y un elemento enormemente valorado por tratarse de una rara pieza de propiedad personal».

Más adelante en el capítulo, la poderosa imagen del instante de paz que es como «un rayo de luz sobre la afilada hoja de un cuchillo» también procede de la tercera versión.

40. Gran parte del párrafo en el que se menciona a los miembros del batallón disciplinario procede de la tercera versión. Las ediciones publicadas son más breves a ese respecto y omiten al soldado que se pegó un tiro, al que huyó del campo de batalla o la aparente deserción de Yájontov.

41. Los dos párrafos a partir de «¿De su padre, de su madre? No los había conocido» son mucho más breves en las ediciones de 1952 y 1954. Sólo se incluyen la frase «con apenas dos años de edad, fue internado en un orfanato», y las últimas cuatro frases, desde «Cuando era estudiante» hasta el final del párrafo.

42. Para este capítulo hemos seguido la tercera versión. Las ediciones publicadas son similares, a excepción de la adición de diez tediosas líneas del cuaderno de Shvedkov, en las que se narran actos de heroísmo y se incluyen expresiones de agradecimiento de los soldados a su instructor político.

43-44. Similares en todas las versiones.

45. Para el comienzo de este capítulo hemos seguido la tercera versión. Las ediciones publicadas contienen seis párrafos adicionales sobre un

fracasado intento de salvar al batallón de Filiashkin. Parece probable que los editores de Grossman le exigieran que agregara este pasaje, para evitar la impresión de que el Ejército Rojo había abandonado a Filiashkin.

Las últimas palabras del mensaje de Kovaliov –«¡A por la victoria, amigos, por la patria, por la gloriosa causa de Stalin!»– fueron omitidos de la edición de 1956.

46. Como muchas otras de las imágenes más poderosas de Grossman, «los últimos susurros y murmullos de las vidas que se iban» proceden de la tercera versión. Los intercambios sobre la muerte, desde «¡No podemos mantener alejada a la muerte!», en boca de Usúrov, hasta cuando Réschikov pide: «Dejadme que me quede un rato en silencio, ahora que estoy a punto de morir», proceden también de esa versión.

47. El intercambio entre Bach y Lenard a propósito de la «mierda» y el aseo del «culo» proceden de la tercera versión.

48. Otro de los capítulos que Grossman se vio obligado a agregar para la primera publicación de la novela. Las copias mecanografiadas de estos capítulos y las ediciones publicadas son prácticamente idénticas, excepto en la última media página, que es más corta en las ediciones publicadas. Hemos tomado dos pasajes de esa versión mecanografiada. A saber, el fragmento que comienza: «Piotr me escribirá…» y el breve diálogo a partir de «¿A quién puedo preguntar?».

Otro pequeño cambio sirve de ejemplo del cuidado extraordinario que Grossman ponía en el texto, así como de la determinación de las autoridades de minimizar el sufrimiento padecido por las mujeres. Así, en la copia mecanografiada y en la edición de 1956, las mujeres tuvieron que tirar del arado durante «jornadas», mientras que en las de 1952 y 1954 sólo lo hicieron «dos días».

49. La segunda y tercera frases de este capítulo, a partir de «Todos estaban muertos…», proceden de la tercera versión. Los editores de Grossman pueden haberlas considerado algo paradójicas.

50. Similar en todas las versiones. En la tercera versión, pero no en las ediciones publicadas, a este capítulo le sigue otro lleno de reflexiones más generales sobre los primeros dieciocho meses de guerra. Usando el lenguaje de la física, Grossman sostiene que la energía cinética de un ejército moderno y altamente movilizado es tal que no hay línea defensiva, sea una fortaleza o Línea Maginot, capaz de detenerlo. Nada puede detener a un ejército como ese, excepto la acción conjunta de la tecnología y la fuerza

moral. Durante el primer año de guerra hubo varias ocasiones, por ejemplo, la defensa de la fortaleza de Brest y el largo asedio de Sebastopol, en las que las tropas soviéticas demostraron su fuerza moral. Pero no fue hasta la batalla de Stalingrado que fueron capaces de combinar la fuerza moral y el poder tecnológico.

Es difícil saber si la decisión de omitir este capítulo fue de Grossman o de sus editores. Parece probable, no obstante, que Grossman hubiera recuperado al menos una parte de él en 1956 de habérselo propuesto.

51. Este capítulo aparece por primera vez en la sexta versión, la más ortodoxa de todas, y probablemente fue escrito en 1949.

52. Similar en todas las versiones.

53-55. Otra sección que Grossman se vio obligado a añadir para la primera publicación de la novela en 1952. Ni en la tercera versión, ni en cualquiera de los primeros manuscritos aparece nada que se corresponda con estos poderosos capítulos.

ROBERT CHANDLER Y YURY BIT -YUNAN

---

1 . RGALI , fondo 1710, sección segunda, archivo 1.

2 . A. Bocharov, *Grossman: su vida, su obra, su destino* , Sovietski Pisatiel, Moscú, 1990, p. 196.

3 . Guber, Fedor, *Cartas y recuerdos de Vasili Grossman* , traducción del ruso de Jorge Ferrer, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2019, p. 172.

4 . Semión Lipkin, *Kvadriga* , Knizni Sad, 1997, p. 533 *(en ruso).*

5 . Fedor Guber, *op. cit.* , p. 177. También en RGALI , fondo 1710, sección segunda, archivo 8.

6 . Fedor Guber, *op. cit.* , pp. 177-178.

7 . Véase el «Diario del viaje del manuscrito de la novela *Por una causa justa* a través de editoriales».

8 . Natalia Gromova, *Raspad,* Ellis Lak, 2009, p. 337 *(en ruso).*

9 . Abram Tertz / Andréi Siniavsky, «The Trial Begins», en *On Socialist Realism* , University of California Press, 1992.

10 . Venedikt Sarnov, «Voina i mir dvatsatogo vieka», en https://lechaim.ru/ARHIV/177/sarnov.htm , consultado el 21 de octubre de 2017.

11 . Vasili Grossman, *A Writer at War, op. cit.*, pp. 31-35.

12 . Vasili Grossman, *Años de guerra, op. cit.*

13 . «Un Harvard Project al revés», en *Kritika* , vol. 19, n.º 1, invierno de 2018, p. 192.

Fragmentos eliminados

PRIMERA PARTE

Capítulo 23, aquí :

Para el Estado Mayor, la guerra había empezado en Tarnópol. Los enfrentamientos por Lvov y Rovno, la batalla de blindados cerca de Novograd-Volinsk, los encarnizados combates en los alrededores de Kiev y Shepetovka, la rendición de Járkov, las contiendas de Zhitómir, Korostén, Sviatóshin, el bosque Goloséyevski, el Irpén, Bróvari, Piriatin, Borísov, Priluki y Poltava: todos aquellos pueblos, regiones, ciudades y acontecimientos se habían grabado para siempre en la memoria de los centenares de miles de personas que integraban la retirada soviética desde Tarnópol hasta el Volga.

Desde el mes de noviembre de 1941, el Estado Mayor del frente se encontraba en Vorónezh. Muchos de sus mandos y colaboradores procedían de Kiev, Járkov y Dniepropetrovsk. Los combatientes de las unidades apostadas en las nieves de Kursk y Vorónezh, en Yelets, en Livni y en los alrededores de Schigri conservaban en su alma el recuerdo de los pueblos, ríos y ciudades ucranianos que se habían visto obligados a abandonar al paso del enemigo. Aquel recuerdo se sumaba a la añoranza por los familiares, esposas, hijos, madres, hogares, campos y jardines que también habían dejado atrás...

Durante el invierno se logró frenar la ofensiva germana en todos los frentes. El primer triunfo invernal del Ejército Rojo había sido la liberación de Rostov lograda por las tropas de Remísov, Jaritónov y Lopatin. Poco tiempo después, las tropas de Meretskov liberaron Tijvin. A mediados de diciembre, el mundo tuvo noticia de la grandiosa derrota que habían padecido las fuerzas alemanas en el frente occidental y del fracaso de la

ofensiva nazi contra Moscú. Las tropas de Zhúkov, Lelushenko, Góvorov, Boldin, Rokosovski y Gólikov reconquistaron centenares de poblaciones y decenas de ciudades. Las tropas de Máslennikov y Yushkévich liberaron Klin y Kalinin. En Crimea, los alemanes perdieron Kerch y Feodosia. La Oficina de Información Soviética anunció la derrota del cuerpo de blindados comandado por el general Guderian al nordeste de Tula y la liberación de Kaluga. A finales de enero, las tropas de los frentes noroeste y de Kalinin comandadas por Yeriómenko y Purkáyev rompieron la defensa de los alemanes y ocuparon Jolm, Toropets, Selizhárovo, Olénino y Stáraya Toropa.

Los éxitos cosechados en el frente sudeste también fueron notables. Las divisiones de Kostenko habían logrado avanzar en el Donets del Norte tras apoderarse de Losovaia, un importante enclave ferroviario. Durante todo el invierno se combatió encarnizadamente para defender los puntos de apoyo del frente en el norte, en el centro y en el sur, cerca de Yelets, Schigri y Chugúyev y Balaklea, respectivamente.

Hacia finales de invierno empezaron a llegar los refuerzos. Se inició la ofensiva de Járkov.

Capítulo 56, aquí :

Zina Mélnikova, amiga de Vera, vivía en el mismo edificio donde habían alojado a Mostovskói. Era uno de los mejores inmuebles de la ciudad.

La familia de Vera estaba descontenta por su amistad con Zina, pero a aquélla no le importaba lo que pudieran opinar sobre su amiga. A Vera le gustaba que Zina no desdeñara ningún trabajo, fregara suelos, lavara ropa y fuera capaz de alimentarse durante semanas sólo con pan y té con tal de ahorrar lo suficiente para comprarse unos guantes de piel de cabrito o un par de medias de rejilla.

Era ahorrativa y generosa a un tiempo. Era capaz de regalar su broche favorito a una amiga u organizar una fiesta con un fastuoso convite, aunque eso la obligara después a alimentarse únicamente de patatas aderezadas con aceite vegetal durante un par de semanas.

A Vera le gustaba que Zina no la tratara como a una muchacha que no entendía nada de la vida, sino que compartiera con ella los problemas de su vida conyugal y le pidiera consejo.

Aunque Vera, por su manera de ser, se sentía ajena a todo lo que constituía la vida de Zina, su naturaleza pura y transparente no le impedía mostrar interés por las pasiones de su amiga. Zina sólo era tres años mayor que Vera, pero en comparación con ella, parecía saberlo todo. Llevaba dos años casada y había estado varias veces en Moscú, además de haber vivido en Asia Central y en Rostov. Su marido trabajaba como apoderado de abastecimiento, razón por la que viajaba mucho por toda la región y a menudo se desplazaba a Kúibishev, convocado por el Comisariado del Pueblo.

Vera subió corriendo a la tercera planta y llamó a la puerta.

Zina le abrió y, al verla, exclamó:

–¡Vérochka, pareces preocupada! ¿Qué te ha pasado?

–¿Puedo quedarme a dormir en tu casa?

–Por supuesto, menuda pregunta, claro que sí. Mi marido está otra vez en Kúibishev. ¿Tienes hambre?

–Sí.

Zina invitó a Vera a que se sentara en el sofá.

Vera miraba a Zina mientras ponía la mesa, moviéndose con presteza por el cuarto. Cada vez que pasaba por delante del armario de luna, se echaba una mirada breve en el espejo.

–No dejo de engordar –comentó Zina–, desde que comenzó la guerra todo el mundo ha adelgazado excepto esta desgraciada, imagínate.

–Zínochka… –dijo Vera en voz baja y rompió a llorar.

–¿Qué te pasa? –preguntó Zina, asustada.

Vera dejó de llorar y le explicó aquello que no podía ni quería explicar a su familia.

La noche del día anterior el jefe del hospital había entregado a Vera la lista de los pacientes a los que se les daría el alta. Vera llevó la lista a la oficina para que hicieran los trámites correspondientes: a todos los que recibían el alta se los trasladaba en barco a Sarátov desde donde, tras un reconocimiento, se les enviaba de regreso a sus respectivas unidades. Cuando por la mañana del día siguiente, al terminar su turno de guardia, Vera vio otra vez aquella lista, en la que constaban doce apellidos, se fijó en que habían añadido a mano el apellido de Víktorov. Ni siquiera tuvo tiempo de hablar con él a solas. Corrió a su habitación para verlo, pero Víktorov ya bajaba por las escaleras junto con los demás; en la calle les esperaba un autobús del hospital.

–No está bien que él sea el decimotercero en la lista –observó Zina.

–No es el decimotercero. Su apellido va antes que el del primero.

Zina se sentó en el sofá al lado de Vera y empezó a frotar los dedos de su amiga con las manos, como si ésta los tuviera helados. Luego dijo en el tono de un médico experimentado que hubiera decidido revelar la verdad a su paciente:

–Sé por experiencia lo duro que es eso, y no esperes que la cosa vaya a mejorar.

–¡Me atormenta pensar que nunca más volveré a verle! Mamá me dijo hace unos días: «Te felicito, me he enterado de que tu amigo es un chico vulgar y poco culto». ¡Imagínate! A ella le hubiera gustado que fuera un superdotado… Y yo odio a esos genios y coroneles tan guapos tanto como desprecio a las mujeres que se casan con ellos por interés.

–El amor no atiende a razones y nada debería tener en cuenta –opinó Zina.

Vera dijo entre lágrimas:

–Ay, Zínochka, ¿y si no vuelvo a verle?

Zina se quedó pensando un rato y luego añadió sin ton ni son:

–A quien no logro entender es a Yevguenia Nikoláyevna. ¿Por qué se viste como se viste? ¡Con su figura, su cara y ese maravilloso pelo podría tener un aspecto impresionante!

–Creo que se va a casar con un coronel –comentó Vera con una mueca.

Sin embargo, Zina no comprendió lo que su amiga había querido decir con aquello y, olvidando sus propias palabras acerca de lo irrazonable del amor, observó:

–No me extraña. El coronel le proporcionará un certificado que le permita esperar en la cola para conseguir leche para el bebé mientras viva en algún lugar como Cheliábinsk, por ejemplo.

–Bueno, ¿y qué? –replicó Vera–, no me importaría hacer cola para conseguir leche para mi bebé.

Sintió el deseo irreprimible de ser madre, de tener un hijo de Víktorov y de cuidarlo, cual una llamita en medio de la oscuridad de la noche, a pesar de las privaciones y las necesidades. El bebé tendría los ojos de su padre, su lenta sonrisa y el mismo cuello fino. Jamás le habían pasado por la cabeza semejantes ideas, de modo que aquel pensamiento puro, amargo y dulce a la vez, la avergonzaba y la alegraba. ¿Acaso había alguna ley que prohibiera a una muchacha amar y ser feliz? ¡No la había! No se arrepentía de nada,

jamás se arrepentiría. Había hecho lo que tenía que hacer. Zina, como si hubiera leído sus pensamientos, le preguntó:

–¿Estás embarazada?

–No me lo preguntes –se precipitó a responder Vera.

–No te preocupes, soy mayor que tú y era sólo un comentario... no es ninguna broma. Él es piloto, pueden abatirle en cualquier momento. ¡Sería terrible que te quedaras sola con un bebé!

Vera se cubrió los oídos con las manos y dijo negando con la cabeza:

–¡Tonterías! ¡No quiero oír nada!

Estuvieron conversando hasta la medianoche. Luego Zina puso sábanas en el sofá y dijo a Vera:

–Acuéstate, necesitas descansar.

Zina apagó la luz.

Por la mañana del día siguiente, al llegar al hospital, Vera se asomó a la habitación de Víktorov. En su antigua cama había un hombre moreno de ojos negros y cara consumida, por lo visto, armenio. Vera sintió una congoja insoportable, salió aprisa al pasillo y se acercó a la ventana junto a la que solía encontrarse con Víktorov antes de que le dieran el alta. El agua escamosa del Volga resplandecía, deslumbrante, a la luz del sol... «A esta hora, es probable que el barco ya haya pasado Kamishin...», pensó Vera. El cielo estaba sereno y azul, el río fluía indolente, las nubecitas brillantes parecían tan blancas, ligeras y ajenas al mundo...

De repente, al acordarse de Zhenia y de Nóvikov, decidió que éstos llevaban una vida igual de mesurada, tranquila e impasible, ajenos a su confusión y pesadumbre. Aquel sentimiento de irritación contra Zhenia y Nóvikov no abandonó a Vera hasta la noche. Incluso se alegró cuando, al regresar del hospital, sorprendió a Zhenia y al coronel en casa. Estaban sentados a la mesa; al parecer Nóvikov acababa de llegar, pues aún sostenía su gorra de plato en la mano.

Vera miró de hito en hito el rostro animado de Yevguenia Nikoláyevna. Quería hacerle saber que existía un amor que despreciaba la razón y el interés.

Vera empezó a relatarles una historia de antes de la guerra que Zina le había explicado la noche anterior. Trataba de una joven ingeniera que se había enamorado de un actor de una compañía ambulante y había abandonado a su marido para huir con él. Y lo hizo a pesar de que se estaba preparando para defender la tesis y de tener que superar muchísimos

obstáculos, pues el marido estaba desesperado y en el trabajo se resistían a dejarla marchar.

Tras escuchar aquella historia, Yevguenia Nikoláyevna se echó a reír y observó:

–¡Qué vulgaridad!

–¡No es vulgaridad sino un amor verdadero! –replicó Vera, encolerizada.

Zhenia, visiblemente enfadada, dio un golpe con la cucharilla contra el borde de un vaso; el cristal tintineó, transmitiendo su emoción.

–¡Un romance de opereta! Se trata de un devaneo sin importancia, y tú lo llamas amor. ¡Qué disparate!

Mientras lo decía, los ojos de Vera la miraban hoscos e insistentes. Tenía la boca abierta, como una niña pequeña, sorprendida por las palabras de Zhenia.

–No me sermonees, tía. Tú no entiendes nada de eso –dijo Vera.

–No digas tonterías –le insistió Zhenia con frialdad.

TERCERA PARTE

Capítulo 22, aquí :

Cuando anoche regresé de la reunión del Consejo, Kuznetsov, comisario de una división del NKVD , me estaba esperando. Cinco de sus regimientos forman una línea de defensa que se extiende desde las fábricas hasta el centro. El 269.º Regimiento se repliega porque los alemanes atacan sin descanso con tanques e infantería. Nuestras bajas son incontables: ¡en el 271.º Regimiento sólo quedan ciento diez hombres de los cuales cuarenta han solicitado ingresar en el Partido! ¿Entiende qué significa eso? En el 273.º Regimiento quedan ciento treinta y cinco combatientes. ¡Y eran regimientos completos!

Capítulo 23, aquí :

Mientras tanto, en la orilla, los instructores políticos de las compañías y regimientos leían en voz alta la escueta orden n.º 4 del Consejo Militar: «¡Resistid a muerte!»; distribuían ejemplares del *Estrella Roja* fechados el 4

de septiembre cuyo titular de primera plana rezaba «Rechacemos la ofensiva alemana contra Stalingrado»; pronunciaban breves conferencias, de apenas cinco minutos, sobre actos heroicos; hablaban de los artilleros Bólot, Oléinikov, Samóilov y Bélikov, quienes habían destruido quince tanques del enemigo en un solo combate.

Capítulo 25, aquí :

El primero en acudir a la llamada del comisario de división fue el comisario de regimiento Kólushkin, conocido en Stalingrado desde antes de la guerra por su trabajo en el Komsomol y en el Partido.

Quería explicarle que había ido a visitar las ruinas de la casa en la que vivió, que había tocado las piedras aún calientes tras el incendio y que había encontrado allí pedazos de estuco con restos de pintura azul, vestigios de una de las habitaciones que él había pintado la víspera del Primero de Mayo de 1940. No obstante, el comisario de división se mostraba ceñudo y preocupado.

Al poco de presentarse Kólushkin llegaron tres comisarios de batallón y un comisario en jefe.

–Tomen nota, el objetivo es el siguiente –dijo el comisario de división–: deben preparar a los instructores políticos para un trabajo orientado hacia el combate ofensivo.

Luego procedió a dictarles punto por punto.

–¿Qué hay del plan de conferencias? –preguntó uno de los comisarios que estaban tomando notas.

–Suspendido. ¡Breves charlas informales, eso es lo que necesitamos! De la defensa de Tsaritsin a la de Stalingrado, su tarea es relacionar ambas experiencias de combate. Den a conocer el plano de la ciudad.

Luego se dirigió al ordenanza:

–Ahora llame al comisario de la retaguardia y al redactor.

Al cabo de poco tiempo, en los Estados Mayores de los regimientos y batallones, en las baterías, en las compañías de morteros y en el batallón especial de zapadores se vieron las hojas blancas de las libretas de los instructores políticos; los propagandistas se dirigieron a las compañías y secciones para organizar las charlas.

Capítulo 42, aquí :

–Shvedkov leyó en el cuaderno–: El soldado Riaboshtán declaró: «Acabo de cavar una trinchera, y ningún bombardeo conseguirá que me vaya de aquí. Es muy duro ceder nuestra tierra al enemigo, ojalá contraataquemos pronto…». El combatiente Nazárov salvó a dos heridos graves y luego mató a diez alemanes, entre ellos un soldado de primera y un oficial. Cuando le dije que era un verdadero héroe, me respondió: «No es cierto. Si tomara Berlín, sí que lo sería». Luego declaró: «Durante el combate el instructor político Chérnishev transmite una seguridad absoluta: en pleno asalto alemán se me acercó, bromeó conmigo y me hizo reír». El soldado Nazárov murió con valentía…

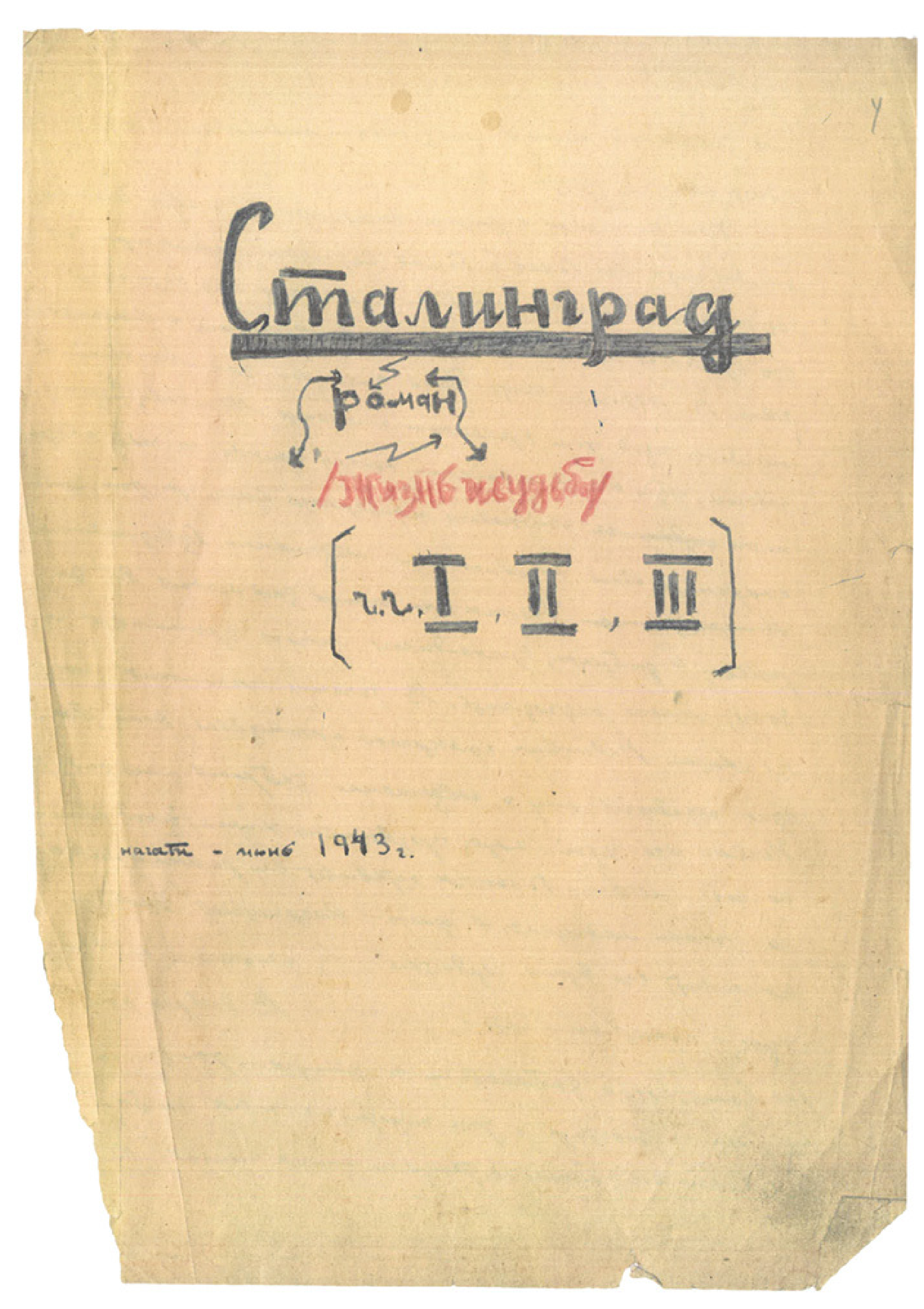
–El jefe de regimiento cumplió su palabra –dijo Filiashkin–, hizo todo lo posible por nosotros, disparó y atacó. Sólo que después los alemanes se le echaron encima y tuvo que defenderse, yo le oí.

Capítulo 42, aquí :

–Chérnishev está muerto –informó Filiashkin–, tomó el mando después de que muriera Konanikin, y media hora más tarde él también cayó abatido.

–Era un buen muchacho, un verdadero bolchevique. Gran combatiente y eficaz activista. Sus compañeros le tenían en alta estima.

Índice



1. Portadilla del manuscrito original de *Stalingrado* .

23

План работы при сдаче рукописи

1.) Поправки и замечания
2.) Новый просмотр поправок и капитальные вставки
3.) Работа с редактором
4.) Сплошное чтение рукописи перед перепечаткой.

2. «Plan de trabajo a partir de la entrega del manuscrito

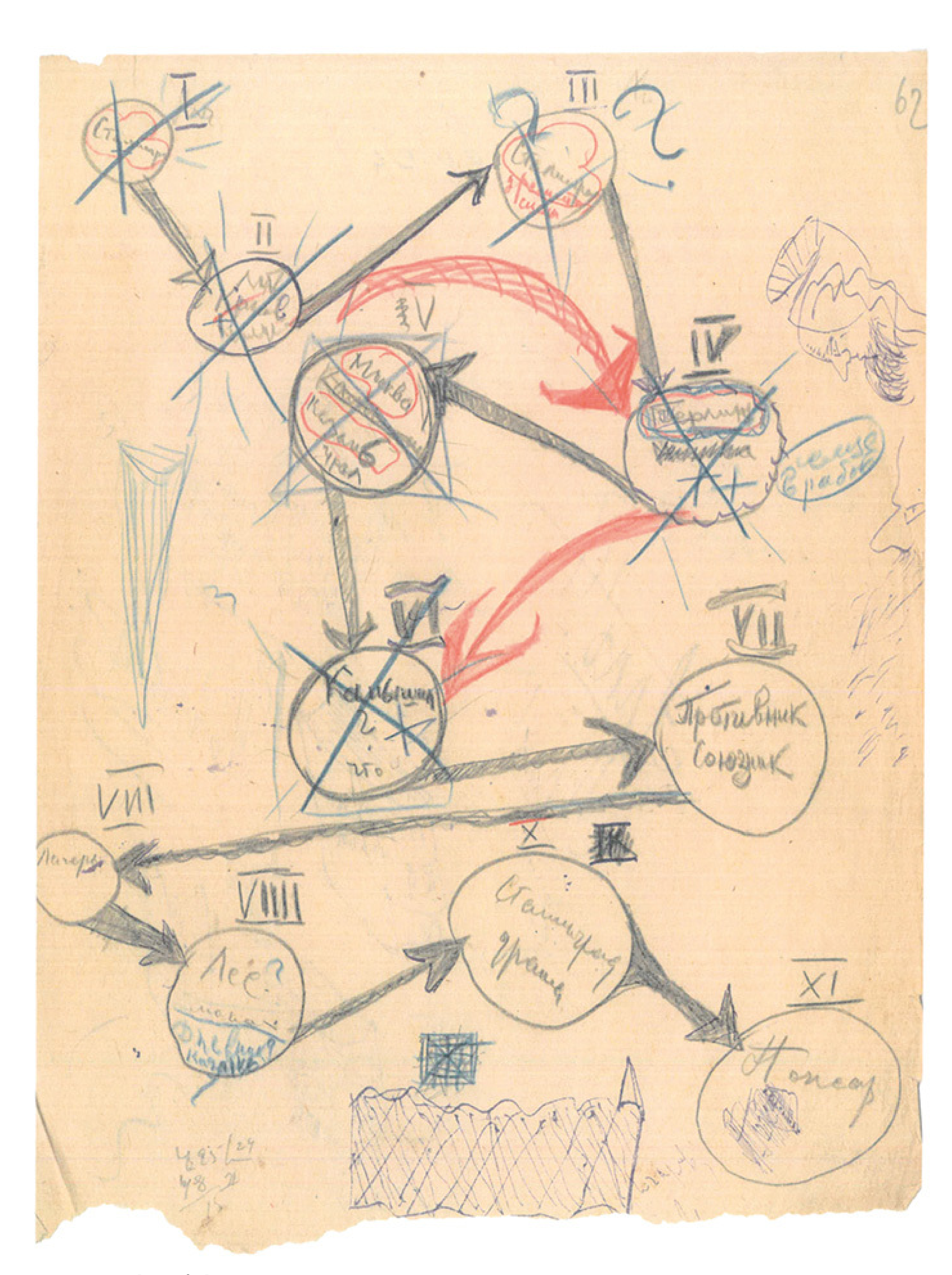
1. Correcciones y comentarios.
2. Nueva revisión de las correcciones y las inserciones de carácter capital.
3. Trabajo con los editores.
4. Lectura cabal del manuscrito antes de pasarlo a máquina de nuevo.»

Esta lista de tareas resulta interesante, sobre todo si se atiende al proceso de enmiendas, sucesiva redacción y censura que se describe en el epílogo.

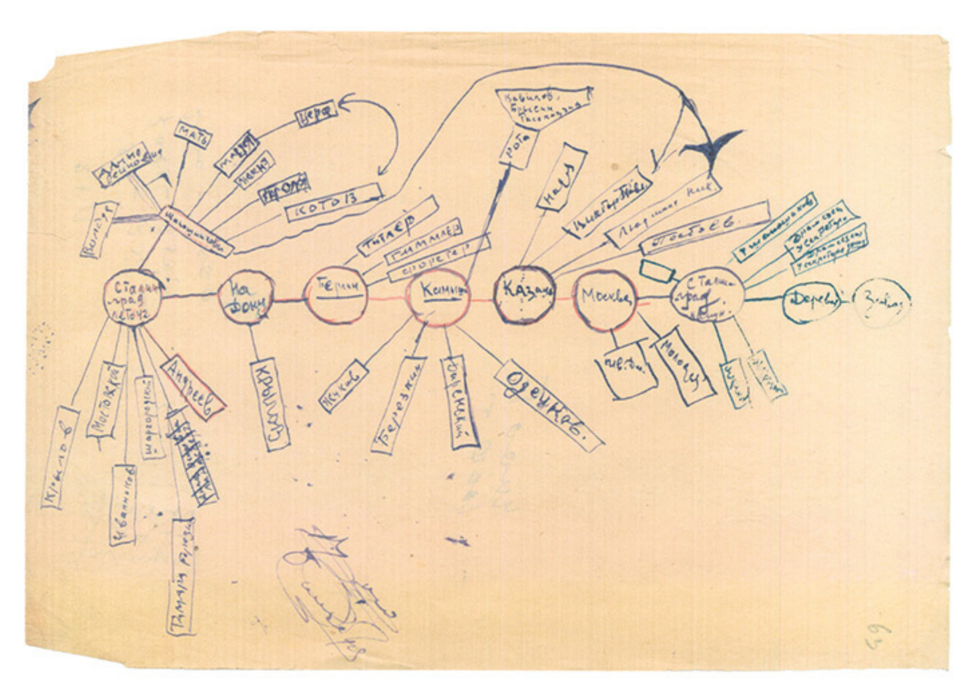
22

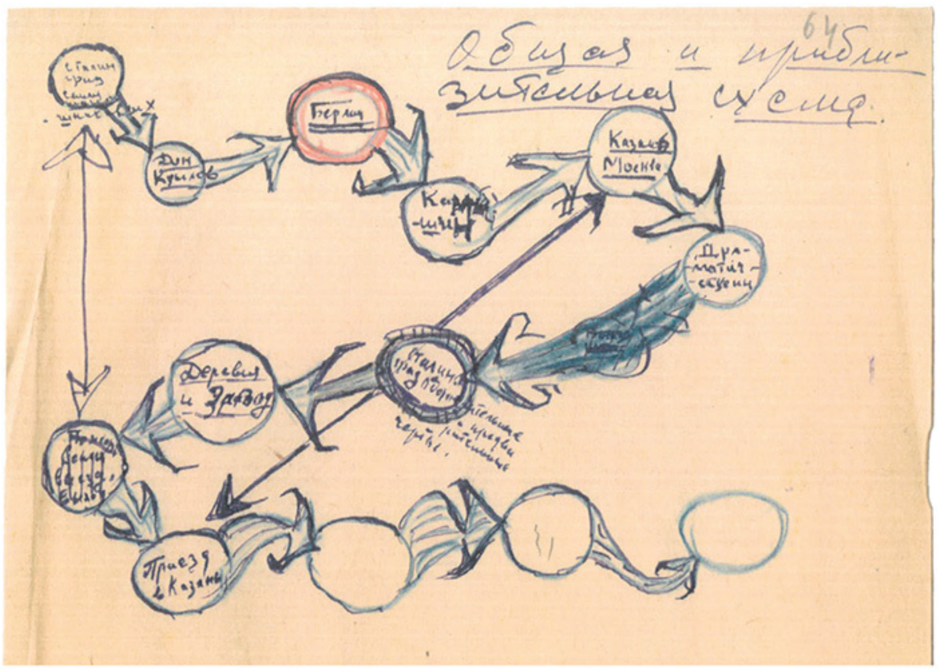
1) Шапошникова Александра Владимировна
2) Шапошникова Мария Николаевна
3) Шапошникова Людмила Николаевна
4) Крылова Евгения Николаевна
5) Спиридонов Степан Федорович
6) Штрум Виктор Павлович
7) Крылов Николай Григорьевич
8) Шапошников Анатолий
9) Шапошников Сергей
10) Шапошникова Вера
11) Штрум Надя
12) Левинтон Анна Осиповна
13) Новиков Петр Павлович
14) Генрихсон Женя Генриховна
15) Березкин
16) Березкина Тамара
17) Мостовской Михаил Сидорович
18) Андреев
19) Андреева
20) Андреева Наташа
21)

3. Listado de personajes.

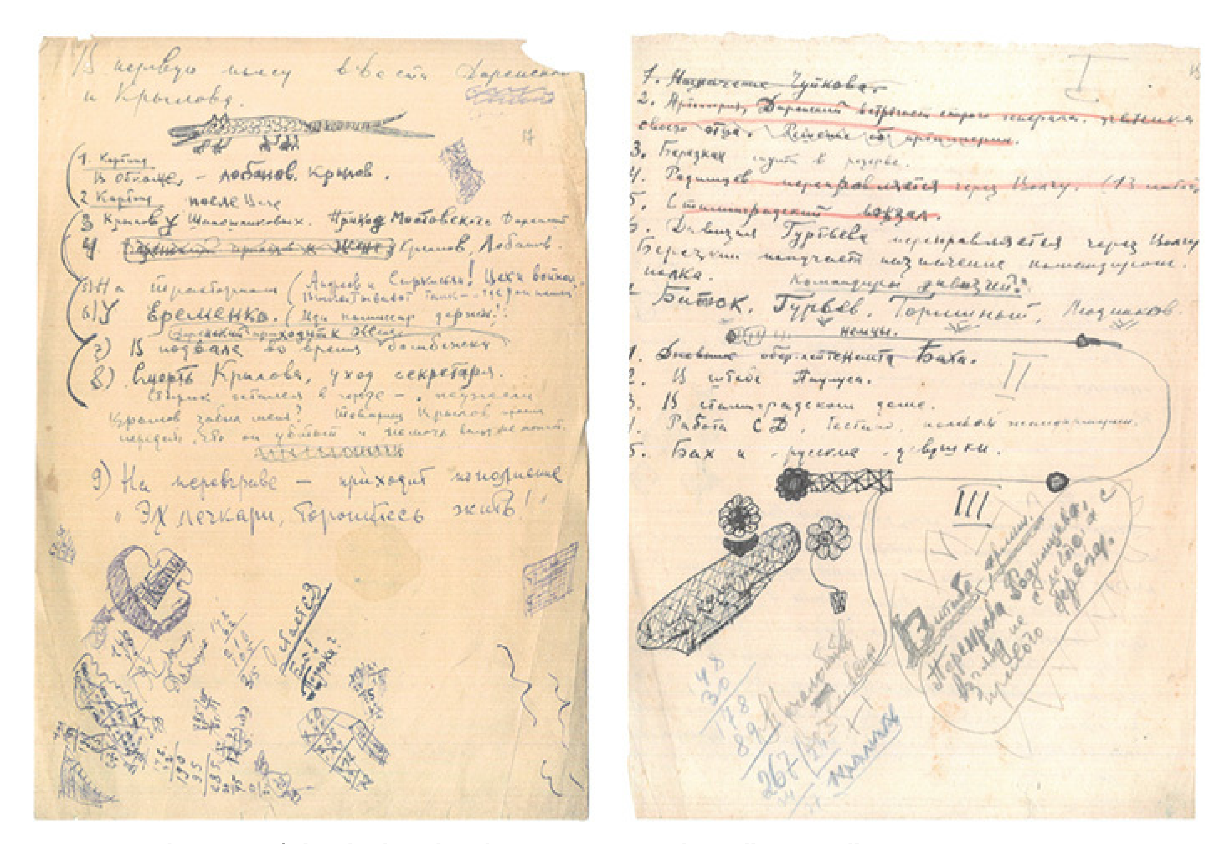


4. Esquema de capítulos.





5. «Esquema general y aproximado», anota Grossman. Se trata de esquemas de la novela siguiendo el curso de la acción en diferentes ciudades (Stalingrado, el Don, Berlín, Kazán, Moscú…) y los personajes que intervienen en cada lugar…



6. Notas para distintos capítulos, donde se describen acciones que se desarrollan entre ellos o personajes que intervienen.

Я пишу книгу о Сталинграде. Книга, если мне удастся ее написать будет состоять из трех частей.

За полтора года мной вчерне написана первая часть, сейчас я работаю над второй частью.

Работать над книгой мне удается урывками и я не могу сказать, когда кончу работу по той причине, что сам этого не знаю.

Сталинград это катастрофа мирового зла.

Сталинградская победа не чудо и не счастливая случайность.

Сталинград величайшая закономерность в движении потока истории,

Сталинградская победа - результат, равнодействующая сложения многих сил из коих сила материальная одна из могучих составляющих. [Судьбу Сталинграда решили люди, но и Сталинград

~~Итак Сталинград это катастрофа [illegible] судьбу Сталинграда [illegible] мирового зла [illegible] Сталинград~~

определил судьбы людей и народов.

Мне хочется, чтобы труд мой хоть в самой малой мере

был достоин того страдания, которое принесла в мир война, тех сил истории и народного духа, тех людских характеров, о которых я пытаюсь написать.
Я хочу, чтобы труд мой хоть в само малой мере был достоин тех безымянных бойцов со злом, о которых не должно забыть
Это честолюбивое и может быть неосуществимое желание заставляет меня относиться к своей работе с наибольшей суровостью на какую я способ

Вас. Гроссман

7 y 8. Borrador de una carta de 1944-1945 sin destinatario donde Vasili Grossman explica la naturaleza del libro en el que trabaja, la novela *Stalingrado* . Cuando escribe esta carta está trabajando en la segunda parte del libro. Seguramente, Grossman no llegó a enviar la carta debido a los avatares de la guerra. «[...] El destino de Stalingrado lo decidieron los hombres, pero Stalingrado (tachado) también determinó el destino de los hombres y los pueblos.

Deseo que mi obra sea digna, siquiera modestamente, tanto del dolor que la guerra trajo al mundo, como de las fuerzas históricas, del espíritu del pueblo y de cada uno de los hombres sobre los que intento escribir.

Y quiero que mi obra sea digna, siquiera modestamente, de los anónimos luchadores contra el mal que no deben ser olvidados.

Esa ambición, y tal vez también ese deseo condenado a la insatisfacción, me obligan a abordar mi trabajo con el máximo nivel de exigencia del que soy capaz.»